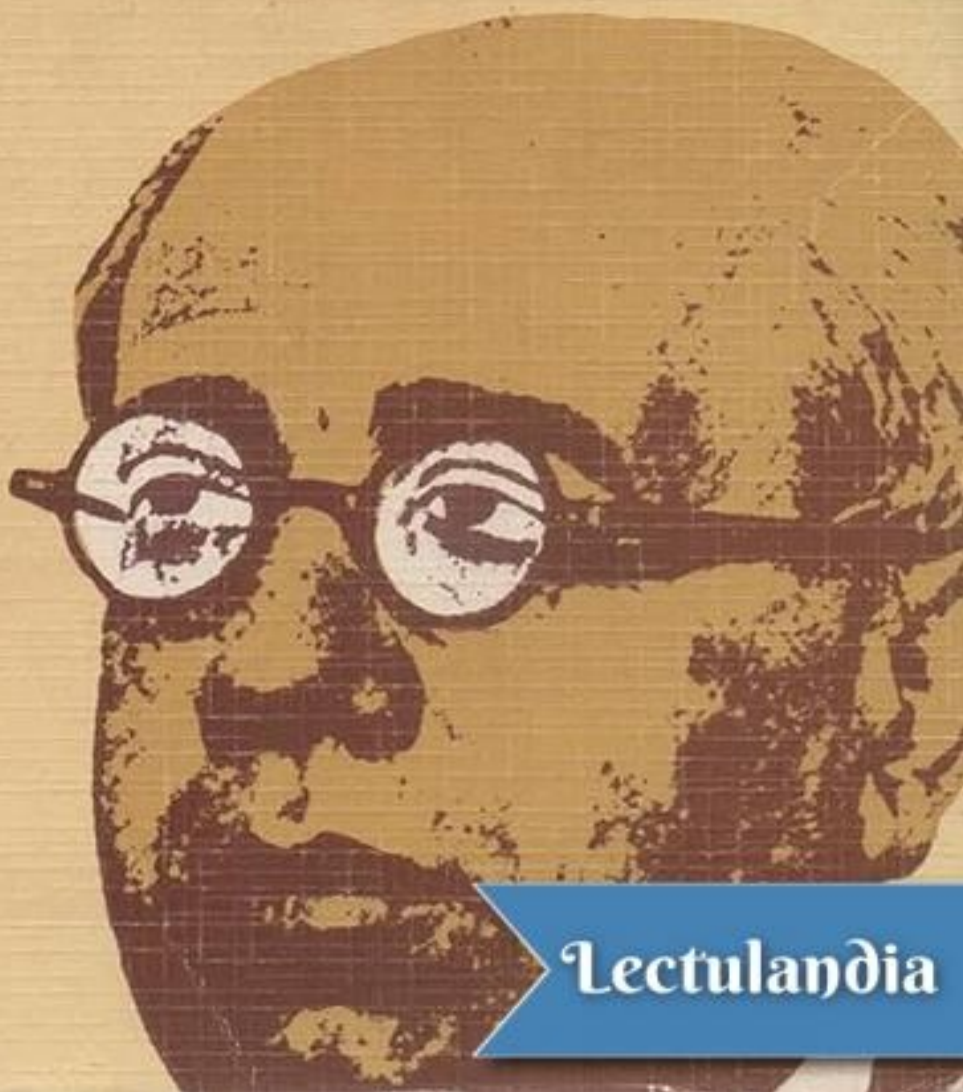
Memorias políticas y de guerra, I

El texto memorial más importante de la historia española moderna

Manuel Azaña



Lectulandia

Si alguien podía dejarnos un testimonio histórico de la máxima autoridad sobre la república y la guerra civil, éste era, sin duda alguna, don Manuel Azaña, no sólo por su acusado protagonismo político sino por la inteligente y amarga lucidez de sus juicios. El diario del presidente Azaña constituye, en efecto, un documentos histórico de excepcional veracidad, pues está escrito a medida que los hechos transcurren, no con la intención apologética que caracteriza a otras obras del mismo género. Para Azaña, «escribir no era distanciarse de la realidad, sino más bien lo contrario: era aprehenderla para poder transformarla», según Juan Marichal, que calificaba a este libro como «el texto memorial más importante de la historia española moderna».

Manuel Azaña

Memorias políticas y de guerra I

ePub r1.0
Titivillus 30.04.2025

Manuel Azaña, 1978
Diseño de cubierta: Alberto Corazón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

12.º Aniversario se

ePubLibre

Proyecto

Scriptorium

Os añoramos, compañeros, DEP

MADRID: 1931

2 de julio

Ayer tarde, un poco menos atareado, fui al Ateneo cerca de las ocho. Metido en mi despacho, no vi a nadie más que al conserje. Arriba había una conferencia, de las de mírame y no me oigas. Vi unos papeles y aburrido llamé a Guzmán[1], que estaba en el Regina. Le recogí en la calle de Alcalá y dimos un paseo hasta El Pardo, ya de noche. Tronaba y relampagueaba. Fresco en las orillas del río. Guzmán me cuenta las ocurrencias de Valle-Inclán, que acaba de ser derrotado como candidato lerrouxista en Galicia. Recordamos el furor antiguo de Valle contra Lerroux, y su tema: que sólo los sinvergüenzas podían ser republicanos. Volvemos de prisa, y dejo a Guzmán en casa de Juan Echevarría, que está gravísimo. La familia de Echevarría, que hace pocas semanas quería cortarle los víveres, ordena ahora que se gaste todo el dinero preciso, y mucho más del preciso, en médicos eminentes.

Estoy un rato en casa, después de cenar. Es uno de los pocos días que ceno a hora regular. Vienen a buscarme a las once. Salimos juntos, me acompañan al ministerio. Despacho algunos asuntos con el Gabinete, firmo cartas, preparo cosas para el día siguiente, y nos vamos con ánimo de dar un paseo. Buscamos a otros amigos, porque siento que la conversación se me acaba. Sólo encontramos a Luis Bilbao, paseando por la acera del Círculo de Bellas Artes. De negro, barba de dos días, sombrero disforme. Carretera adelante, llegamos a Alcalá. Dejamos el coche en la Puerta de Madrid, y entramos a dar una vuelta por el pueblo. Plazas de Palacio y de San Bernardo. Soledad absoluta. Ambiente que me repone en veinte años atrás. El silencio inquietante, el olvido, una incitación, y una tristeza despavorida. La impresión resucita otras, de personas y escenas tan antiguas. Las de P. N., las rejas, sus voces, el bullicio de aquella compañía. Todo pasó. Sólo queda este escenario. El rincón de la plaza de San Bernardo está como hace cuarenta años. Curiosa coincidencia: ayer se me presentaron en el ministerio, a pedirme una recomendación, dos señoras, de pelo blanco. Eran Rosalía y Petra de la Cruz, a quienes yo no había vuelto a ver desde que jugábamos a los novios en esta plaza, siendo niños. Llegamos a la Plaza Mayor, por la que se pasean seis personas. Es la una y media de la madrugada. Nos miran de soslayo, y me

reconocen. Sentados en la puerta de casa de Salinas, tomamos un refresco; allí están Pepito, y Cecilio Casas, y otro alcalaíno, desconocido para mí. Un grupo nos observa con curiosidad desde la puerta de la posada del Vizcaíno. Es la posada de Blas Acebrón, importante personaje novelesco. También creo que es correligionario mío, y, según dice, me admira. Al levantarnos, se me acercan en la plaza antiguos conocidos: El Andresillo, un barbero, un mozo de billar, y otras gentes que me llamaban entonces señorito Manolo, y ahora don Manuel. Volvemos a Madrid, y yo, a casa.

Con retirarme tarde, hoy no he podido ir al ministerio hasta las once. Me estaba esperando el comandante aviador Romero Vasar, que ha hablado una hora y veinte minutos sin interrupción, contándome su historia en Africa desde que se proclamó la República y su situación en Tablada con motivo de los sucesos a que Maura ha dado demasiado aire. Este Romero está algo loco, y acaso bastante. Se imagina que era en África el defensor de la República contra no sé qué tenebrosos complots. Todo lo quería arreglar con bombardeos y muertes. Habla como un descosido, tan pronto de su novia como de Sanjurjo. Le escucho con paciencia, por ver si atisbo algo de la verdad. Es imposible. No me cuenta más que alucinaciones. Me asegura que todo ha sido un complot urdido por los monárquicos para derribar la República, y quiere hacer partícipe en él a Sanjurjo. Yo sé que esto no es verdad, porque conozco cómo y por qué fue Sanjurjo a Sevilla, enviado por nosotros después de la conversación que tuvimos el Presidente, Maura y yo. Me dice también que querían formar un Ministerio presidido por Lerroux y con Sanjurjo de ministro de la Guerra. Todo es una patraña, y como yo lo sé, no puedo hacer caso de nada de lo que dice Romero. Me asegura también que Sanjurjo es muy enemigo mío, y muy amigo de Lerroux. Que Sanjurjo haya sido elegido diputado por Lugo, sin conocimiento suyo, lo achaca a una maquinación, para que Sanjurjo tenga «inmunidad parlamentaria». Romero no sabe lo que es esto, ni para qué sirve. En manos de este hombre está la escuadra de aviación de Marruecos. Quedamos en que volverá allí a recoger sus cosas y en que le concedería dos meses de licencia para que venga a descansar en Madrid. Con este motivo, cesará en el mando. Tan loco está, que ayer, cuando llegó, tomó el teléfono para convocar el Consejo de ministros.

La entrevista con Romero me hace perder la mañana. Despacho con el subsecretario[2]. Recibo muchas visitas. Salgo del ministerio cerca de las tres, reventado. En casa, apenas puedo hablar mientras comemos. Después llegan Cipriano y Ramón[3]. Estoy tan cansado, que me quedo dormido en un diván, y no me entero de cuándo se marchan. A las cinco, dentista. Después, otra vez

al ministerio. Despacho de asuntos. Papeles. Consultas. Visitas. A las ocho, puedo volver a casa. Todavía en el coche, el ayudante me plantea no sé cuántas cuestiones. No le oigo. Se empeña en que salga de paseo. Me quedo en casa. Tengo que hacer el preámbulo del decreto reorganizando el ministerio. Después de cenar, me pongo a ello. Viene Cipriano. Por fin me quedo solo, y concluyo el trabajo. Cerca de las dos me acuesto.

3 de julio

Me he levantado sin haber descansado lo necesario. A las once en el ministerio. Despacho con el subsecretario. Perfilamos los decretos para el Consejo de la tarde. Despacho con Goded, tan pedantuelo. Conferencia con «El Perro», general de la octava división, que me anunció que ya hay tranquilidad en La Coruña. (Anoche me llamaron por teléfono para decirme que en La Coruña estaban quemando un convento). Conferencia con Ruiz Trillo, general de la segunda división. Me dice que el auditor impondrá dos meses de arresto a R. Franco, por el telegrama que me dirigió protestando contra la llegada de Sanjurjo. Y que no pide ahora el procesamiento de Franco por lo de Tablada, para no complicar la causa con una cuestión de competencia y una de inmunidad parlamentaria, hasta que lo tenga todo bien esclarecido.

Innumerables visitas. El general Bermúdez de Castro, que su gratitud será eterna. Comisiones que protestan por la supresión de las Academias. Comisiones que van a pedir cosas raras. Oficiales en demanda de destinos y de favores. Una mujer sablista. Dos señoras que piden gollerías. Los periodistas. Dos alcalaínos tontos. Gentes de Toledo. Royo Villanova, que será, dice, ministerial mío «porque es agrario». En fin, la rueda de siempre. Memoriales, cartas, distracción buscada de propósito, para no marearme, cuando me cuentan sandeces, etcétera, etcétera.

Salgo a las dos para almorzar en el Ritz con el Gobierno, que ofrece un banquete de despedida al embajador de Francia, M. Corvin, que cesa. El Nuncio, a quien conocí el otro día en la legación de Polonia. Los embajadores de Bélgica, Chile, EE. UU., Inglaterra, Alemania, etcétera. Me corresponde estar junto al de Inglaterra. Compara a los embajadores que no son de la *carrière* con los «espontáneos», que se tiran al ruedo. A su Gobierno no le ha sorprendido la revolución española, por los despachos que le enviaba desde hacía año y medio. El español es muy hermoso idioma para echar discursos. Y debe de ser muy bonito para hablar los novios.

Con el grotesco Mello no he hablado apenas. «A mí no me gusta hablar ni escribir», me decía hace pocas noches en la embajada de Francia.

Después de comer, voy al ministerio. Incidencias del despacho con el Gabinete militar. Firma del correo. Recomendaciones. Consultas. *Pegas y discos*, como dicen los militares.

A las cinco y media, Consejo. En Hacienda, Lerroux no asiste. Está en Baños de Montemayor. Habíamos quedado en vernos hoy con Giral, para hablar de la orientación de la Alianza. No ha venido.

En el Consejo, Martínez Barrio comienza por hablarnos del asunto de la huelga en la Telefónica. Todos opinan que la huelga está vencida de antemano, y que no estallará. Ha comenzado la readmisión de los telefonistas despedidos.

Al aprobarse unos decretos que lleva Largo Caballero, empleamos una hora en discutir el texto. El Presidente, que todo se lo estudia, analiza según costumbre cada párrafo, hace muchas observaciones. Infinidad de palabras.

Por incidencia, se habla de la situación en Andalucía. Martínez Barrio asegura que la insurrección de los campesinos es inevitable, para dentro de quince o veinte días. Yo lo dudo.

Esta mañana se me presentó en el ministerio, Gómez Chaix, presidente del Tribunal de Cuentas, a quejarse de que el general Rodríguez del Barrio, que hemos enviado a Málaga, *tampoco es enérgico;* el saqueo de Málaga puede empezar esta misma noche. «¿Quiere usted que bombardeemos Málaga para que se acabe la huelga?», le pregunto.

Este viejecito y Armasa, viejo y malagueño también, vienen de vez en cuando, temblorosos, a contagiarme sus temores. No les hago caso. Con tanta más razón cuanto que lo que ocurre en Málaga se debe, al parecer, a los caciqueos electorales de estos señores y de sus amigos. Los vaticinios de Martínez Barrio pudieran ser también nacidos de la impresionabilidad andaluza.

Dificultosa aprobación de un decreto de Nicolau reorganizando el Consejo de Economía Nacional. A nadie le gusta. Por fin, que sea provisional, y que no tenga el nombre y carácter aparatoso de Consejo de Economía, sino de junta consultiva.

Decretos de Albornoz para liquidar la concesión de los altos del Alberche. No tienen pies ni cabeza. A medida que se examinan, aparecen más claros sus errores. Situación difícil. Acalorada discusión de Maura y Albornoz.

Albornoz quiere hacer una *que sea sonada*, como corresponde *a su significación de revolucionario…*, pero le demuestran que lo que propone con el Alberche ni defiende el interés del Estado, ni castiga a los concesionarios que se aprovecharon de la dictadura, sino a los accionistas de buena fe. Habla

Albornoz de la dimisión fulminante del director de Obras Públicas. Pifia. Dice que él no dimite porque no puede, según lo convenido. Más de una hora dura la discusión. Maura se va del Consejo para tomar el tren. Por fin, lo que no quería aceptar, que era llevar el asunto a las Cortes, lo acepta, cuando Prieto propone que los cuatro ministros más interesados en las concesiones otorgadas por la dictadura (Hacienda, Fomento, Marina y Comunicaciones), presenten en la primera sesión hábil de las Cortes un proyecto para que el Estado se incaute de todas las concesiones irregulares de la dictadura. Aceptado esto, porque va en compañía de otros ministros, demuestra que lo que le lastimaba, era no hacer bastante el papel de demoledor y de terrible revolucionario.

Por Prieto nos enteramos de que Bauer (Alfredo), ha hecho una estafa librando cheques al descubierto contra el Comité de Cambios. Alcanza a dos millones. Al Banco le debe siete. Acordado presentar mañana la querella contra Bauer.

Se aprueban mis decretos de Guerra sin discusión, como siempre.

De los Ríos da cuenta de que el Supremo propone la convalidación de todos los nombramientos hechos por la dictadura. Dolor de Fernando. El Presidente dice que cualquier medida radical que le proponga se la firmará. Pero ya veremos como no se la propone; son los resultados de los paños calientes de don Fernando.

—Disuélvalos usted —le digo.

—Si cayéramos del poder, nos procesarían, el primero nuestro fiscal —Prieto se ríe y asiente.

A las once se acaba el Consejo.

Cansadísimo llego a casa, ceno rápidamente, viene Cipriano, vuelvo al ministerio, porque he de redactar para el *Diario Oficial* de mañana una orden declarando que no ha terminado el plazo para convalidar los ascensos por méritos de guerra.

Corrijo las bases para el escalafón de los aviadores, expido unos telegramas, reparto papeles en el Gabinete militar, converso un momento con Ernesto [*ilegible el apellido*] y un ayudante, y salgo con Cipriano a dar una vuelta en coche por la carretera de Francia.

Regreso a casa a las dos. Estoy cansado. Me duele la cabeza.

Cuando me ponga a descansar después de esta temporada, descansaré dos meses.

4 de julio

Aún no me he levantado, cuando el Presidente me llama para decirme que asista a la toma de posesión de la presidencia del Consejo de Estado por don Carlos Blanco. No podré. Se hace tarde. Llego al ministerio cerca de las doce. Largo despacho con el subsecretario. Convinimos que el traslado de Berenguer al Alcázar de Segovia sea el lunes por la noche. Le acompañará mi ayudante el comandante Menéndez.

Firmo la denegación del ascenso a capitán general que al pasar a la segunda reserva solicita Burguete, por ser caballero de San Fernando. Es una pretensión ridícula, hija de su vanidad.

Hablo por teléfono con el general Cabanellas. El loco del comandante Romero ha llegado a Tetuán y se ha hecho cargo del mando de la escuadra. Cabanellas dice que Romero está en mala disposición con los oficiales del aeródromo, y que tiene orden del juez militar de Sevilla para retenerle la correspondencia. Le contesto que hoy concederé a Romero un permiso de dos meses y cesará en el mando mientras se sustancia la sumaria.

También hablo con Rodríguez del Barrio, que me anuncia la conclusión de la huelga de Málaga. Las autoridades civiles se oponen al levantamiento del estado de guerra, propuesto por los generales. Le autorizo para que vuelva a su guarnición el batallón que se envió desde Algeciras. El saqueo que me anunciaba Gómez Chaix no se ha producido, como yo suponía.

Entre otras visitas, la de los diputados por Guadalajara que acompañan a una delegación del Ayuntamiento y «fuerzas vivas» de la ciudad, y vienen a protestar contra la supresión de la Academia de Ingenieros. Los diputados, con quienes hablé ayer, y están convencidos, representan un papel: el de hacer que hacemos. No así el alcalde, que se empeña en discutir conmigo y en darme razones «morales» para que continúe la Academia. Sin dejar de sonreírme y de estar amable, le contesto con alguna severidad. No corresponde a los Ayuntamientos decidir cómo debe organizarse el ejército ni las academias. Alega como un mérito el haber derrotado el romanonismo. «Para ustedes han hecho», le respondo.

La conversación es un poco viva y yo no apeo el tono inflexible. Se van, con la esperanza de que, al desarrollarse la aviación, las fábricas que allí existen prosperen.

También el Presidente, electo diputado por Zaragoza, me habló esta mañana de que Honorato Castro, diputado como él por Zaragoza, le había propuesto la cesión del edificio de la Academia para hospital. Supongo que no pensarán regalárselo a la ciudad.

Esto de ser diputado crea, por lo visto, muchos compromisos. Anoche en el Consejo, el Presidente se oponía a que la recaudación de contribuciones en Zaragoza se hiciese directamente por la Hacienda, y quería que volviera a arrendarse a la Diputación. Prieto afirmaba que, si se tomaba ese acuerdo, no volvería a hablar de restablecer la recaudación directa, como lo teníamos acordado. Fernando apoyaba a Prieto suavemente. Una intervención mía venció la resistencia del Presidente.

He recibido también hoy a varios candidatos de Acción, triunfantes. Acordamos reunimos la semana próxima. Lerroux no ha venido a conferenciar conmigo, aunque lo teníamos acordado.

Al volver a mi despacho encuentro al general Sanjurjo; también estaban el general Queipo y el general Caminero, tan guillado; como les he permitido que vuelvan a usar fajín, Caminero llevaba uno como una colcha.

Sanjurjo me cuenta sus impresiones del campo andaluz, que son malas. Agitación, cosechas perdidas, ganado abandonado, etcétera. Dice que es urgente dar trabajo. Como son más de las dos acordamos hablar el lunes de lo de Tablada.

Queipo está a dos pasos, aguardando a que terminemos. Me cuenta pequeñas cosas, y su disgusto con el teniente coronel Mangada, del regimiento 1, que quiere dar conferencias en el Ateneo y en la Casa del Pueblo. Le autorizo para que las dé en el Ateneo, si no son políticas, pero no en la Casa del Pueblo.

Caminero (eran ya las dos y media y me estaban aguardando para almorzar), que acaba de ser derrotado en las elecciones (¡qué de militares con ambición parlamentaria!), me pide que lo destine a cualquier parte menos a Valladolid, adonde tiene que incorporarse mañana. Dice que la tazón me la revelará dentro de un mes. Supongo que está mal con Villegas.

Antes he recibido al general Villegas, que manda la división séptima. Me explica los trabajos de acuartelamiento.

La resistencia de Plasencia a dejar salir el batallón que la guarnece y que va a Cáceres fue promovida, según Villegas, por los jefes y oficiales del

batallón, y por algunas clases. Están casados en Plasencia, o tienen allí intereses y no les conviene salir. A Villegas le digo que el batallón hay que llevárselo, y así lo hará.

Llego retrasado al Palace; invita el agregado militar de México, con motivo de haber terminado sus estudios en la Escuela de Guerra algunos oficiales de aquel país. Tengo al lado a Torres Bodet y hablamos agradablemente. Enfrente está Goded, tiesecito y pedantuelo. Como yo no me franqueo con él, se le nota que algo le escarba por dentro. Ese algo es su ascenso en entredicho. Y quizás echa de menos una explicación del porvenir o le molesta hallarse en postura poco airosa. Siempre que despacha conmigo me habla de las maniobras de la Lorena y de sus amistades en el ejército francés.

Discurso del agregado mexicano. Discurso mío, y al ministerio.

Hablo por teléfono con el Presidente sobre la situación de Málaga, y con el ministerio interino de la Gobernación. Se dirá a las autoridades civiles que vuelvan a deliberar mañana. Lo mismo se le dice al general Rodríguez del Barrio, y que puede regresar a Madrid.

Recibo a Fernando Morales, candidato de Acción derrotado en Almería. Me explica y casi me demuestra que, si hubiera obtenido ciertos votos que le han faltado, habría sido elegido. Me dice que toda la provincia de Almería puede ser para Acción[4], porque allí nadie tiene nada. Sólo hace falta que se envíe un gobernador del partido. También me piden destino para el jefe de los afiliados a Acción en Almería, para que se vea que no están desamparados del favor oficial. También asegura que Augusto Barcia no espera más que una indicación mía para incorporarse a Acción.

Visita de Joaquín Álvarez Pastor, con el vicerrector de Valencia, que ha ingresado en Acción. Hablamos largo de *mi obra* en el ministerio. Anécdotas. Más tarde me dice Alvarez Pastor que su amigo el neófito es algo tímido y que algunas cosas que le he dicho le han asustado.

Conversación con el teniente coronel Soto sobre la cuestión de las fábricas militares. Tenemos en estudio un proyecto para darles autonomía administrativa, y que puedan desenvolverse sin carga para el Presupuesto.

Llegada de Giral. Para hablar tranquilamente salimos en coche. En la escalera me encuentro a Enrique Ramos, diputado electo por Málaga, de Acción. Hablamos unos minutos. Confirma mi impresión sobre Málaga, y lo que me dijo el otro día el general Urbano Palma: que los huelguistas tienen razón.

Paseo con Giral. Llegamos hasta Guadarrama. Examinamos la situación. Alianza Republicana es el grupo más numeroso de las Cortes. Debemos

mantener la Alianza, e impedir que Lerroux derive hacia la derecha. Acción, dentro de la Alianza, debe proceder con independencia, conservar su fisonomía de partido. No aceptar combinaciones prematuras. Estima, como yo, que el Gobierno debe continuar hasta que se apruebe la Constitución, si es posible. Las declaraciones de Prieto contra Lerroux han perjudicado a Prieto, que acredita su impremeditación y su ligereza. Reconoce Giral que la confianza en Prieto ha menguado. Como casi todos los ministros, habla demasiado con los periodistas. Lerroux ha estado más hábil que Prieto. Desde que se formó la Alianza estoy asistiendo a los ataques contra Lerroux, y a los esfuerzos por desmontarlo. Casi siempre gana él por cauto y experto. Frente a Lerroux no puede hacerse hoy otra cosa más que adquirir autoridad y peso en la opinión pública. No se le puede frenar con pequeñas maniobras. Repasamos algunas de las diabluras que ha hecho Lerroux en las elecciones, incluso con sus más adictos. Torres Campañá, que lleva veinte años a su lado, ha tenido con Lerroux una escena violenta, porque lo sacó de Toledo, donde era seguro su triunfo, para llevarlo a Cáceres, donde lo han derrotado.

Vengo a casa a las nueve. Después voy a buscar a Lola[5] en casa de su padre, y nos vamos con Joaquín Alvarez a cenar en la terraza del Hotel Nacional.

Se me acerca don Carlos Blanco, tan redicho, y tan refitolero, para darme las gracias porque le he resuelto favorablemente un expediente de reclamación de pagas. Incienso. Alaba mi gestión con entusiasmo. Habla mal de Burguete, que ha maltratado en los periódicos al general Aguilera, después de muerto, porque le hicimos capitán general, y a él no le hemos hecho otro tanto.

En Málaga se ha descubierto una organización de soldados, de tipo soviético, dirigida por un capitán, creo que de la Escala de Reserva, cuyo nombre no recuerdo; algo así como Paiva, o Piavia. Se sigue causa.

En Madrid, los cabos se han organizado para gestionar mejoras que «dignifiquen a la clase». El general Queipo ha montado en cólera al saberlo.

El teniente coronel Mangada, a quien he recibido esta tarde, quita importancia al caso, en el que no ve ningún mal propósito. Se queja de los modos de Queipo, con quien está disgustado también el coronel del regimiento 1. Mangada habla de pedir el retiro Mangada tiene rostro y maneras de frailecito. No dará las conferencias en la Casa del Pueblo.

A última hora de la tarde, por telegrama cifrado del general de la sexta división, que me trae el subsecretario, me entero de que en el batallón de zapadores de San Sebastián han ocurrido actos de indisciplina. Propone que

una veintena de soldados sean enviados a África. Mañana sabré lo que ha sido esto.

También me informan de que a un capitán de Artillería le han propuesto que ingrese en una organización dirigida por Barrera, Orgaz y no sé qué otro general para derribar la República. Hasta que no nos carguemos a uno no se quedarán tranquilos.

Los periódicos publican mi decreto de reorganización del ministerio. Sólo uno, *La Voz*, lo publica íntegro. El público sigue las reformas de guerra con más interés que la prensa.

El general Mola ha sido puesto en libertad.

Algunos periódicos protestan porque vamos a llevar a Berenguer a Segovia.

He vuelto a casa a la una y media. Me llaman por teléfono desde el Gabinete militar. El general Rodríguez del Barrio ha dispuesto para mañana una revista de la guarnición de Málaga. No formará la Guardia civil. El gobernador civil se queja de esto, porque se tomará a desaire a la Guardia que ha prestado buenos servicios. Me figuro que el general no quiere revistar a la Guardia civil, para evitar que el pueblo le haga demostraciones hostiles.

Sea como quiera, me encojo de hombros.

Como he autorizado ayer a los del cuerpo de Estado Mayor para que vuelvan a usar la faja azul, están contentísimos, y asegura mi ayudante Peyre que he conquistado al cuerpo. El general Sánchez Ocaña, director de la Escuela de Guerra, me ha dicho hoy en el almuerzo, que se hablaba de hacerme una demostración de gratitud. Puerilidades del espíritu de cuerpo. Parece que el rey, por aversión al cuerpo de Estado Mayor, le privó de usar la elegante faja azul.

5 de julio

Me levanto tarde. Pensaba que hoy sería de descanso completo. Pero he tenido que ir al ministerio a la una. El subsecretario me lee un telegrama del comandante militar de Córdoba, anunciando para mañana huelga general. No tiene fuerzas bastantes para mantener el orden. Cree que pararán dieciséis mil obreros. Se dispone que un batallón de Cádiz esté dispuesto a salir.

Lo del batallón de zapadores en San Sebastián ha sido un plante de rancho. Los oficiales tuvieron que imponerse revólver en mano con la tropa para que bajase al comedor. No probaron el rancho. Lo mismo para hacerles volver a las compañías. Sumaria. Conversación con el capitán Ordiales, del Gabinete militar, y con el comandante Riaño, acerca de la situación en Aviación.

Tropas y clases están muy indisciplinados. Sobre todo, la Escuela de Mecánicos de Cuatro Vientos. Los oficiales van a los aeródromos con pistola en el bolsillo. Todo esto viene de los sucesos de diciembre; todo lo que se preparó en Cuatro Vientos tenía por base la Escuela de Mecánicos. Y de la actitud de media docena de jefes (Franco[6], Camacho, Romero, Ortiz y algún otro), que han favorecido el espíritu de rebeldía en sus propios subordinados. El noventa y ocho por ciento de la oficialidad está en contra de esa corriente, y se hallan además un poco desmoralizados para imponer su autoridad.

Durante tres meses, no se han comunicado conmigo más que a través de Franco. Dicen ahora que por respeto, no se atrevían a decirme nada.

Que Romero haya vuelto a Tetuán les desconcierta. Han creído que el Gobierno apoyaba a los indisciplinados y locos. Ignoran que Romero ha cesado ayer en el mando de su escuadra. Pensaban reunirse y ofrecer al Gobierno su retiro colectivo. Ordiales les ha dicho que no hagan semejante cosa, que podrían parecer una junta de defensa, y que seguramente el ministro les mandaría a donde no quisieran ir. En suma, que la mayor parte del cuerpo es adicta y disciplinada, y está nerviosa por la situación de la tropa y por las locuras de unos cuantos.

Yo recuerdo que en estos tres meses, el jefe de Aviación, Pastor, que es de los buenos, apenas si ha pisado mi despacho, y siempre para incidencias

insignificantes. Nunca me ha hablado de cuestiones de importancia. Resulta que Franco les tenía prohibido verme. Cuando he querido enterarme de algo de Aviación, en vista de la obtusidad de Franco he tenido que llamar a otros, como Sandino, Menéndez y alguno más de confianza, que me han hablado con más franqueza, aunque siempre algo cohibidos o por el respeto o por el compañerismo.

En el fondo de todo esto, lo que hay es que en Aviación se ha desarrollado un espíritu de aventuras, y casi desaparecido el militar. Deportistas, mecánicos, etcétera; pero pocos militares. Y lo que se trabaja no es con fines de guerra ni con miras de campaña. Ahora los oficiales *buenos* están como desarmados, y no tienen ánimo o resolución para levantar la voz e imponerse. Todo ello conducirá a hacer una *limpia* general y a cambiar los métodos de trabajo.

Me visita Vergara, de Acción, subsecretario de Hacienda, electo por Valladolid, que me habla del asunto de la Academia. Le explico el caso. Claro que él no deja de secundarme. Calmará los ánimos provincianos. Y pensamos hacer allí un acto de propaganda, para reorganizar el partido en Valladolid.

Comentamos la situación de Prieto. Vergara emplea la misma expresión que yo: *Está derrumbado*. Prieto repite que el ministerio se le viene encima, y que no acaba de penetrar en los problemas. Ya lo sabía yo, por habérselo *oído* y conocido en los Consejos de ministros. Insiste en dimitir.

De tarde, en El Escorial, con la familia. Panorama boscoso y ambiente fresco.

Después de cenar han venido Cipriano y Martín Guzmán. Salimos a pie. Rara vez piso la calle, y me agrada divagar como en otros tiempos.

Paseamos por la Castellana y nos sentamos en un café de Recoletos. Echo de menos el incógnito.

6 de julio

En el ministerio, apenas llego, despacho con el Gabinete militar. Se reanuda la conversación sobre el malestar de los aviadores *formales*. He recibido hoy una larga carta del loco de Romero Vasar, que aún no he leído. Ayer se le quitó el mando, y supongo que mañana protestará. También desea ser oído Camacho, que mandaba en Tablada. Aplazo el recibirle.

Rumores, que no llegan a noticia, sobre proyectos de conspiración. Señalan a los generales Orgaz y Barrera. Es positivo que un capitán de Artillería ha sido invitado a entrar en una conjura. Me hablan de muchos telegramas cifrados que se cursan desde la Guardia civil y que Sanjurjo también ha recibido la misma invitación que el capitán; dicen que ha contestado que él está con el vencedor. No lo creo. Otros dudan de Queipo. Le achacan que nunca fue republicano, sino despechado. Y que le han tentado también para que se erija en dictador. Acerca de esto, recuerdo que me han referido auténticamente una conversación de Queipo, que decía: «yo podría ser dictador, soy el más indicado, y podría gobernar siete u ocho años; pero después el pueblo me arrastraría». (El general Queipo es muy optimista). Hace un mes me dijo que querían elegirlo diputado en ocho o diez provincias. «Así empezó Napoleón III», le dije riendo.

También me aseguran que el general Orgaz estuvo a ver a Melquíades Álvarez, para *ofrecerse*; y añaden que Melquíades los despidió con cajas destempladas. Otros afirman que Melquíades se ha comprometido a combatir en las Cortes la anulación de los ascensos por méritos de guerra. ¿Será posible?

Algunos generales, como González Carrasco, vienen a pedirme un mando, y se van al café a despotricar contra la República y el Gobierno. A González Carrasco tuvo que hacerle callar el teniente coronel Golmayo.

El teniente general Casademunt, que mandaba en Canarias, y a quien quité el mando, es ahora presidente del Consejo Director de las Órdenes de San Hermenegildo y San Fernando. Vino a preguntarme hace dos días qué criterio tendría el Gobierno en cuanto a los asuntos del Consejo, y como yo no le entendiese, añadió: «si un criterio de legalidad o no». Este Casademunt,

cuando era capitán general de Canarias, convirtió en huerta el jardín de la capitanía, y vendía las hortalizas.

Dos oficiales agraviados por la cuestión de los destinos, vienen a verme. Sin duda han cometido alguna arbitrariedad los encargados de estos asuntos, sin darme parte de lo que hacían. Imposible evitarlo.

Luis Bello viene a decirme que ya está designado como candidato por Madrid en la elección complementaria del domingo.

Por la tarde, a las tres y media, salgo para Segovia, con el subsecretario, ayudantes, parte del Gabinete, etcétera. Parece que he de entregar a la Academia de Artillería la nueva bandera, y que dan mucha importancia a que vaya el ministro. A las cinco llegamos. Formación, revista, música, presentaciones, un obispo, un general con barba blanca, que es gran prestigio artillero; y una gran ceremonia en el patio de la Academia, lleno de militares. Las damas de la población ocupan las galerías. El coronel director suelta un discurso, en el que hay galanterías para las señoras, como usaba Primo de Rivera. Le entrego la bandera. Dice otro discurso. Yo contesto con otro. Después una exhortación del coronel, una descarga, desfile en columna de honor, etcétera, etcétera.

Le tour du propriétaire. No me perdonan ni un rincón. Los talleres son algo anticuados. El de mecánica se parece a lo que se estilaba cuando yo cursé el bachillerato. *Lunch*. Melifluas cortesías con el obispo, a quien no había hecho ningún caso, y lo han traído y llevado por la Academia detrás de mí.

Visita a la Escuela de Automovilismo. No es gran cosa. Lo poco que hay, es nuevo. Esto de la Escuela es una gran cuestión entre los artilleros y los ingenieros, que están como perros y gatos, como todas las armas y cuerpos. Los ingenieros tienen otra Escuela de Automovilismo en Madrid. Por si han de refundirse o no, y sobre quién ha de encargarse de ella, me tienen aturdido, y cada bando dice del otro lo peor que puede.

Es claro que ninguno de los jefes y oficiales que me han hablado particularmente ha dejado de pedirme algo sobre destinos y vacantes.

Durante la merienda me comunican desde Madrid que en Barcelona se teme para mañana la huelga de los servicios de agua y luz. El general López Ochoa pide que le manden maquinistas de la armada, y que se guarden las centrales de los saltos en la provincia de Huesca que dan luz a Barcelona.

Regresamos por Riofrío, que estaba muy hermoso de luz vespertina, en su abandono. Encinas y corzos, como en un tapiz. Un anochecer prodigioso, sobre Castilla la Vieja, y al doblar el Alto del León, los cerros sobre Villalba,

cadavéricos y oro viejo, finísimos de temple, apagándose, son de un patetismo desgarrador. La tragedia perenne.

Paso por el ministerio a saber las últimas noticias. El subsecretario me comunica que la huelga de Melilla está peor. El general Sanjurjo ha enviado un recado (no viene porque se ha torcido un pie) aconsejando que no se disuelva el batallón de Ronda ni se retire el regimiento de caballería de Jerez porque pueden ocurrir cosas graves. A lo de Ronda, se llega tarde. Lo de Jerez me parece inútil. Le digo que hable mañana con el general de la división, para conocer sus impresiones, pero que me parece inútil retener en Jerez un regimiento en cuadro con el intento de reprimir un movimiento social. No hay que dejarse impresionar por los terrores de los pudientes.

Regreso a casa, con ánimo de no salir ya; pero caigo en la cuenta de que he dejado sin despachar cartas urgentes, y vuelvo al ministerio. Hago lo que tenía que hacer. Cipriano me acompaña. Hablamos después largamente con algunos del Gabinete militar. Examinamos la situación en que me encuentro: he creado importantísimos cargos militares (Estado Mayor Central y Consejo Superior de la Guerra) y no tengo con quien proveerlos. Apenas puedo encontrar dos o tres personas discretas.

7 de julio

Me visita en el ministerio el ministro de Comunicaciones con el director de Correos, para contarme que un juez militar ha metido en la cárcel a un funcionario de Correos, por un artículo al parecer injurioso contra el general Queipo. El articulista se ha negado a declarar ante el juez militar, por no ser competente, el cual, irritado, mandó que lo detuvieran. Encargo al subsecretario que llame al auditor, para que intervenga en el caso, y haga saber al juez que ya no rige el antiguo fuero, y ponga en libertad al preso. Lo achacan a una intervención personal de Queipo, y parece que no se ha enterado aún de que ya no es capitán general y que no tiene potestad judicial.

Numerosa comisión de Avila, que viene a protestar contra la supresión de la Academia. Preside el gobernador, y dos diputados, el alcalde y otros personajes. Vienen más de cien. Uno se pone a discutir conmigo, o pretende discutir, el porqué y el cómo de la reforma. Corto el diálogo. Buenas palabras de los otros; pesadez de todos, saliva gastada sin objeto. Se van, creo que descontentos, pero allá ellos.

Visita del candidato alicantino derrotado, señor Devesa, que viene a anunciarme lo que va a decirme esta tarde la Comisión, y de paso me lo dice ya todo, con su hablar gangoso y soñoliento.

El general Queipo, con un elegante fajín rojo, me consulta unas cuantas menudencias.

Laca, consejero de Estado, del cuerpo jurídico-militar, viene a consultarme las reformas que convendría introducir en él. Yo le digo que lo primero es desmilitarizarlo.

Dorrién viene a decirme que los gastos electorales de Toledo ascienden a unas veinte mil pesetas. Valdés, el de Talavera, conforme con pagar su parte. El de Quintanar, Ugena, que abonará la suya cuando pueda. Bello no tiene dinero, por lo menos tanto como hace falta. Se le advirtió que le costaría siete u ocho mil pesetas, y aceptó. Sé que anda lamentándose por ahí, como una víctima, de que le hayan presentado una cuenta de dieciséis mil pesetas. De todo esto va a resultar que el haber ido yo dos días de propaganda electoral a

Toledo, principalmente a defender y reforzar la candidatura de Bello-Valdés-Ugena, va a costarme unos miles de pesetas.

Almuerzo con Giral y Honorato Castro en el Palace, donde estamos citados con Lerroux para hablar de la situación política.

Después de comer, en el *hall*, está Lerroux, con *su* embajador en Portugal, Rocha, y otros satélites menores.

Lerroux, Castro, Giral y yo hablamos aparte Convenimos en reunir el Consejo de Alianza Republicana el viernes, para resolver lo que haya de hacerse.

Coincidimos en opinar que la Alianza Republicana debe subsistir y que como tal será la agrupación más numerosa de las Cortes, unos ciento cincuenta diputados.

A preguntas de Giral, Lerroux declara que el federalismo está aceptado por su partido, como por el nuestro, y por tanto lo acepta la Alianza, y que hay que llevar a término lo convenido en San Sebastián. Tampoco va a retroceder en la separación de la Iglesia y el Estado.

—Yo no me he hecho conservador —dice Lerroux—, hablo como gubernamental.

—La diferencia que advierte el público está en el tono —le digo yo.

Lerroux asiente. «Tengo facilidad —añade— para adaptarme a la realidad. Pasar de los mítines de la oposición a los que ahora celebramos estando en el Gobierno, era difícil». «También me adapté —dice— a la tribuna parlamentaria, cuando yo era un orador de la calle».

Convenimos también en que el Gobierno provisional debe continuar hasta que haya Constitución y Presidente de la República. Todo depende acaso de que el ministro de Hacienda deponga su resolución de dimitir, si sus colegas socialistas o el partido le convencen de que debe continuar, o se lo ordenan.

Hablo con los de Alicante. En suma, su preocupación era saber si el partido se suma o no al de Lerroux, como algunos han hecho creer en Alicante, diciendo que yo seré, o soy, un lugarteniente de Lerroux. En caso tal, el partido de Acción Republicana en Alicante se disolvería, porque allí no pueden transigir con los radicales.

Les explico cuáles son nuestros propósitos, de absoluta independencia como partido, y que mi situación personal con Lerroux, no puede ser más que la de un colaborador, en las condiciones que se pacten cuando llegue el caso, y nunca en forma que nos haga perder nuestra significación.

A las veinticuatro actas que tenemos, van a sumarse algunas más, de gentes desprendidas del Radical-Socialista, y de diputados elegidos con

nombre de independientes. Algunos radicales-socialistas han venido a hablarme ya de esto.

Me anuncian otras presentaciones.

De nuevo en el ministerio. Continúa la broma de las comisiones locales. Les toca el turno a los de Ronda y Almería. Estos cursis amedrentados de Ronda pretenden hacerme creer que en cuanto se ha sabido la disolución del batallón de Ronda, los obreros han comenzado a presentar nuevas exigencias a los propietarios. Dicen cosas mezquinas y tontas. No menos que los almerienses, que se ponen a echarme la cuenta de si he suprimido más o menos en Granada, Málaga o Almería. Que la población está nerviosa… «¡Qué quieren ustedes!, si me dicen que va a arder una manzana de casas…, que arda». José Salmerón, que les acompaña, y es el único que no participa de estas mezquindades de pueblo, me apoya, les aconseja que se den por contentos con mis buenas palabras, y me los quita de delante.

En el Palace me han hablado unos amigos de Sevilla, para pedirme que les dé un nombre, a ser posible ilustre, que se presente diputado por allí el domingo próximo, en la elección complementaria. Proclamado Bello por Madrid, ya no nos queda ningún otro que pueda parecerles bien.

Se les ocurre la extravagante idea de presentar a don Antonio Zozaya. Yo les digo que bueno, que lo presenten. Comparece Rocha, le preguntan si va a ser candidato de Lerroux por Sevilla. Responde que lo ignora. Si lo fuese, estos amigos míos de Sevilla le apoyarían.

En el Consejo, desde las seis. Pequeños asuntos de varios ministerios.

Acordamos no entrar a fondo en la discusión del anteproyecto de Constitución, puesto que no podemos presentar, dada la hechura del Gobierno, un texto que aceptemos todos. Irá la Comisión de las Cortes, con todos los votos particulares que han formulado en la junta redactora.

Mientras estamos en esto, Maura nos traslada la despampanante noticia de que un aeroplano vuela sobre Jerez arrojando bombas incendiarias y que ya han ardido cinco cortijos. («¿No sabe usted lo de Jerez?», me dice Maura. «¡Ah!, ¿pero no lo sabe usted?»). Como yo les había hablado antes de lo que pasa en Aviación, la noticia que da Maura les impresiona. Conjeturas sobre el carácter del suceso, procedencia del avión y su género civil o militar. Si es militar, y se trata de alguna locura, se pronuncia una corriente de severidad en el Consejo: Habrá que fusilar al criminal. Fernando de los Ríos esboza ya una oposición a este propósito. Yo pregunto si no sería mejor aplazar la discusión, para cuando se complete la noticia. Así lo hacemos. Me permito insinuar a Maura que los cinco cortijos son muchos, y que quizá no haya ardido ni

medio. Me fundo para creerlo así, en los movimientos de terror imaginario que veo producirse en las gentes de Andalucía.

Maura se sulfura: «No puedo hacer más que trasmitir lo que me comunican de Sevilla».

Ya hay órdenes para que salga de Tablada una escuadrilla de caza. Llegan del ministerio dos ayudantes a traerme la noticia. Les digo que hablen por teléfono con Tetuán, para averiguar si ha salido de allí el avión.

Continúa el Consejo. Entra R. Sánchez Guerra, subsecretario de la presidencia, derrotado en tres circunscripciones (¡fuerza de la derecha republicana!), cuchichea con Maura, que le responde en voz alta: «Díselo a éste —por mí—, que es el *amo* de Albacete…». Lo que quiere Sánchez Guerra es que le saquemos diputado el domingo, porque en aquella provincia hay un puesto vacante. Le digo que desde hace dos días está proclamado Coca, y ya está en la provincia.

Más tarde, al final del Consejo, le he oído hablar con Maura de telegramas enviados por Lerroux y Domingo a Barcelona, para que le den un puesto por allá.

Examen de la cuestión Bauer. Está detenido en su casa, con policía en la puerta.

No se ha presentado la querella ni lo han llevado a la cárcel, en espera de que haga algunas gestiones para reponer los dos millones que ha birlado al Centro de Cambios.

La mujer de Bauer ha ido a París a suplicar el auxilio de los Rothschild, y no la han recibido.

Un pariente de París le ha proporcionado 500.000 pesetas que, con las alhajas y el cuadro de Goya entregados al Banco como prenda, se cree que cubrirán la suma adeudada al Tesoro.

Parece que el objeto de todo esto es procurar que el Tesoro no pierda esa suma. Hay en el Consejo quien opina que no debiera procederse así, sino dar curso a la querella, aunque se pierda ese dinero. Se perdería si las prendas dadas por Bauer ingresan en el activo de la suspensiva, y se prorratean entre los acreedores. Al Banco le debe siete millones.

Opino que como el Tesoro no cobre, y además se escape Bauer, vamos a quedar lucidos. El otro día se acordó cursar la querella. Ignoro en qué momento Prieto resolvió aplazarla. Debió de ser aconsejado por Sánchez Román, defensor de Bauer en la suspensiva de pagos. Sánchez Román le ha dicho que si antes no salda su descubierto con el Centro de Cambios, no podrá

defenderlo. Y por esta presión se espera, o espera Prieto, que Bauer pague el importe de su estafa.

Después se habla de la supresión del Banco de Cataluña. Suceso previsto y que también le cuesta al Estado unos cuantos millones. Prieto suelta una rociada de insultos al Banco de Cataluña, que ha estado gestionando arreglos, sobre la base de préstamos del Banco de España, y sobre el aval del Estado.

Prieto propone la clausura del *mercado libre*, de Barcelona, del cual dice por lo menos que es una madriguera de estafadores, y que la banca barcelonesa está podrida. Nicolau, que oye siempre impasible los exabruptos de Prieto en las cosas de Cataluña (todo lo más, se pone un poco colorado), dice que el cierre del mercado libre sería un acto de hostilidad, ante el cual no le bastaría votar en contra.

Después de alguna discusión, se acuerda suspender el mercado libre hasta que los interventores del Banco de Cataluña redacten la memoria sobre la suspensión.

También está en mala situación el Banco Central.

El Ayuntamiento de Barcelona no puede pagar el cupón, y ha pedido dinero al Banco, que se lo niega, porque las firmas (una de ellas, el Banco de Cataluña) no le ofrecían confianza. La suspensión del Banco de Cataluña prueba que no andaba descaminado el Banco de España.

Mientras barajamos todos estos asuntos, Maura me dice por lo bajo que con tales suspensiones y quebrantos bancarios, el problema catalán pasa a segundo término, y que siempre se le podrá dominar, por esta situación tan comprometida, de la banca catalana. Al oírle, diríase que ya no hay cuestión catalana.

Se averigua que lo de los cinco cortijos quemados era falso. Se han quemado cuarenta hectáreas, y se debe a que un avión militar, procedente de África, ha dejado caer un bote de humos, y se ha producido el fuego. El incidente acaba en burlas.

Mientras se despachan asuntos que no me interesan, hablamos Maura y yo de la situación parlamentaria. Le explico la posición de Alianza Republicana, que podrá ser el grupo más numeroso, y dentro de la Alianza, la de Acción Republicana, que mantiene su color propio, y hará lo posible para que Lerroux no se *despegue*, y se vaya a la derecha. Una combinación de Lerroux con los partidarios de don Niceto y Maura, la juzga inaceptable el propio Maura. El cual me asegura que no quiere tener partido, y que en cuanto Alcalá-Zamora sea elegido Presidente, liquidará su situación con la derecha republicana.

A propósito de una exención de impuestos a la sal que exporta Torrevieja para Yugoslavia, propuesta por Nicolau, Prieto vota en contra y se desata en improperios contra los catalanes dueños de las salinas. Nicolau se calla, y obtiene la aprobación del decreto.

Después de cenar he vuelto al ministerio. Despacho asuntos. Larga discusión entre mis colaboradores, que descubre las pequeneces del espíritu de cuerpo.

8 de julio

Se ha muerto Juan Echevarría. El pobre acaba tristemente, todavía en buena edad, y sin haber logrado emanciparse de los caprichos de su padre, el nonagenario y archimillonario don Federico. Juan Echevarría era hombre bien educado, fino, artista, aunque no un gran pintor, bondadoso, y con muchos prejuicios de bilbaíno. La indecisión en persona. Tímido. No me parece que ha sido feliz.

Hoy era día de audiencias en el ministerio, que me han rendido. Cada cual cuenta su majadería, y yo procuro ahorrarme fatiga, prestando la menor atención posible.

Anoche fue trasladado al Alcázar de Segovia el general Berenguer, que no podía soportar las incomodidades de la prisión militar de Madrid. Ordené que le preparasen habitación en el Alcázar. Su hermano Federico vino a pedirme que le llevasen a Guadalupe, donde estaría más fresco. El Gobierno se negó, porque parecería que se le acercaba a la frontera para que se escapase. Maura dijo que el general pedía ir a Guadalupe porque cuando lo tuvo allí preso Primo de Rivera, dormía en un hotel de Fuenterrabía, y quizás esperaba que ahora sería lo mismo.

Cuando llamé a Federico Berenguer para comunicarle que había decidido poner a su hermano en Segovia, me dio las gracias y me pidió consejo sobre si debía él pedir o no el pase a la segunda reserva. Le contesté que yo no podía aconsejar a nadie sobre el particular. Insistió en averiguar si el Gobierno emplearía o no a los tenientes generales; con la timidez que siento para decir cosas desagradables a las gentes, me limité a responder que por ahora no. El general debió de advertir la verdad del caso, porque al día siguiente envió la solicitud de pase a la reserva.

El 14 de abril había diecisiete tenientes generales. Ya no quedan más que cuatro. ¡Qué limpia!

A don Dámaso Berenguer le ha sacado de la prisión y le ha llevado a Segovia mi ayudante el comandante Menéndez, el mismo que con el comandante Flórez lo prendió por mi orden, después que el Consejo Supremo

de Guerra y Marina le hubo puesto en libertad; de la cual libertad vino una exasperación del sentimiento público que favoreció a la quema de conventos.

Hace cinco o seis meses, cuando estaban en la prisión militar de Madrid algunos oficiales republicanos, se quejaron al entonces capitán general, Federico Berenguer, de algunas molestias e incomodidades innecesarias que les producía el régimen de la prisión. «Ustedes olvidan —respondió don Federico— que están presos». Pudiéramos haberle contestado lo mismo a su hermano.

Los ministros hablan por los codos. Nicolau da una nota a la prensa, diciendo que si no fuera por el compromiso de honor de llegar juntos a las Cortes, hoy no sería ministro, en vista del acuerdo de cerrar el Centro de Contratación Libre de Barcelona, que es un acto de agresión, aunque realizado de buena fe. Nicolau necesita salvar su posición en Barcelona.

Prieto da otra nota; asegurando que si hasta ahora no ha pensado en la estabilización es porque creía que no continuaría de ministro; pero que ahora, como el comité directivo de su partido le manda continuar, será otra cosa, y se propone preparar la estabilización de la moneda. Es una ligereza después de otra.

Recibo un telegrama del gobernador civil de Gerona, acusando al general López Ochoa, que manda la cuarta división, de estar en franca oposición al Gobierno, por las reformas militares, y de prepararse a restablecer la antigua supremacía del ejército. López Ochoa maltrató neciamente a este gobernador, hace pocos días. Me propongo seguir el hilo de este asunto, para desmontar al general, si hay caso; de lo que tengo muchas ganas. Le he hecho ya algún desaire grave, y se calla.

Me visitan don Pedro Armasa y el marino Roldan, para darme cuenta de lo que pasa en Málaga. Aseguran que la tropa está en las mejores relaciones con los sindicalistas, que el general Palma los trata muy bien y *parlamenta* con ellos, y que los huelguistas han acordado terminar la huelga mientras haya estado de guerra, para empezar otra vez en cuanto se levante. Algunos soldados, bromeando, han apuntado con los fusiles a las espaldas de los guardias civiles. Que el comercio está paralizado, etcétera, etcétera… Me piden el relevo del general Palma. Pero yo no tengo otro mejor.

Algunas de las noticias que me da Armasa resultan exageradas, según compruebo en una conferencia telefónica con Málaga. Ordeno que salga de Sevilla el auditor y vaya a Málaga a instruir sumaria por lo ocurrido, en vista de que se acusa a los jueces instructores de cerrar los ojos ante los hechos.

El gobernador civil ha venido a ver a Maura; que le ha ordenado volver allí y levantar el estado de guerra. Veremos ahora lo que pasa.

Reunión con el jefe de Aviación Pastor y otros aviadores, para seguir estudiando la organización de este servicio.

Como he variado el ministerio, pretendo que se incorporen a él los servicios de contabilidad, material, etcétera, que hasta ahora llevaba la Aviación, como un cantón independiente. No les hará mucha gracia, pero qué remedio tienen.

Reunión con los diputados electos de Acción Republicana y el Consejo Nacional. Trazamos nuestro plan para la reunión del Consejo de Alianza Republicana, señalado para el viernes. Mantener la Alianza, retener a Lerroux en la izquierda, y, en todo caso, sostener nuestra posición propia.

Después de cenar he salido con Cipriano y Guzmán, que van a casa de Echevarría. Estoy tan fatigado, que apenas puedo sostener la conversación. En algunos momentos me parece que estoy *haciendo el primo* con tanto trabajar. Y nunca se me olvida que podía estar escribiendo tranquilo en mi casa, sin meterme en estas aventuras. Guzmán y Cipriano se ríen un poco de mí.

En Recoletos encuentro en torno de una mesa a Prieto con otros amigos. Se me acerca Sánchez Román, que en un largo aparte me explica las líneas generales del primer proyecto de reforma agraria que está elaborando la Comisión, y que entregará al Gobierno esta semana. El proyecto me parece bien. Convenimos en que habrá que promulgarlo por decreto, porque la urgencia es grandísima.

Pasa también Casares, ministro de Marina. Coincidencia de Gabinete. Hablamos los cuatro unos minutos. Sánchez Román ve el porvenir con confianza. Prieto opina que vamos al caos.

Me vuelvo a casa, solo.

9 de julio

Me traen al despacho un telegrama cifrado de López Ochoa, con la indicación: «Descifre vuestra excelencia personalmente». Después de referirse a otro telegrama cifrado urgentísimo que dice haberme puesto esta mañana y que aún no he recibido, me comunica que el general Barrera organiza y dirige unas juntas de defensa, y que en el norte hay un grupo de hombres preparados para rebelarse contra la República: cree que son veinte mil hombres. Encargo al subsecretario que hable por el *Hughes* con López Ochoa y le pida ampliación de estas noticias y el fundamento que tienen. Me traen la cinta de la conversación telegráfica. Resulta que López Ochoa no sabe dónde anda Barrera, y que lo de las juntas procede de unas palabras oídas a un oficial que estaba algo *mareado*. Al mismo tiempo recibo el telegrama «urgentísimo» a que se refería en el anterior. Contesta a otro que ayer le puso el subsecretario por mi orden. Leí en los periódicos de ayer que López Ochoa había dispuesto que los jefes y oficiales retirados estuviesen prontos a prestar ayuda en caso de proclamarse la huelga de los servicios de luz y de agua. Ordené al subsecretario que le preguntase por la exactitud y alcance de esa disposición anunciada en la prensa. El general, en su telegrama urgentísimo, explica que en previsión de la huelga había pensado utilizar el concurso de cierto número de personas, entre ellas los jefes y oficiales retirados, que se han ofrecido a servir donde la República los necesite. Añade, y este es el caso, que la pregunta hecha por mí le agravia, y pide que el texto del telegrama expedido por el subsecretario, y el suyo, sean vistos por el Gobierno.

Pensado el asunto, pido por teléfono una entrevista al Presidente del Gobierno, para proponerle la solución y me contestan que el Presidente se ha ido a Miraflores hasta mañana.

El capitán Carrillo viene a verme, y me cuenta cosas de Aviación, quejoso de los revolucionarios. Cuando ya estaba en mi despacho, un ayudante me desliza al oído: «es un indeseable».

El general Cabanellas me ha dicho esta mañana por telégrafo que entre los comandantes de Aviación cunde el propósito de formar tribunal de honor a

los que se mezclen en política.

Conferencia con el subsecretario, el comandante Pastor, jefe de Aviación y otro, para convenir el enlace de los servicios de aviación con el ministerio. Esto va a resolverse más fácilmente de lo que creí.

Hablo con el interventor general del Estado, que me trae acabado el proyecto de decreto para dar autonomía a las fábricas militares.

Mateo Carreras me entrega el acta de diputado por Baleares, y de paso refiere las diferencias de su hermano, el gobernador de aquellas islas, con Maura. Según Mateo, su hermano lo hace muy bien. Cuando estamos en Maura me llama por teléfono y dice que traslada a León al gobernador de Baleares.

Carreras hace una mueca muy rara. En resumen, yo le aconsejo que su hermano acepte.

He estado de cinco a nueve y media en el ministerio, revolviendo papeles, y he dejado hecho el decreto suprimiendo la escala de reserva retribuida.

El auditor de Sevilla, que por mi orden ha ido a Málaga, me dice que instruye sumaria y que probablemente tendrá que procesar a un teniente coronel.

También me han comunicado hoy la copia del acta de entrega de la caja y cuentas del regimiento 17, en la que aparecen irregularidades, de las que habrá de responder un coronel Barbudo que casi a diario me visita para pedirme un mando. A este coronel tuve que destituirlo, y todo el viejo republicanismo de Málaga (Armasa y Gómez Chaix), el que ahora pronostica horrores, se colgó del teléfono para pedirme la suspensión de la orden.

El coronel Pareja, que manda ahora el regimiento 17, me escribe pidiéndome un mando en otra parte, porque no quiere verse en el trance de encargarse otra vez del mando de la plaza. Hoy han levantado allí el estado de guerra. Veremos si se plantea otra vez la huelga, como profetiza Armasa, «porque así lo tienen concertado a guarnición y los sindicalistas».

Hoy ha sido un día relativamente descansado. Por fortuna, no ha habido Consejo.

Después de cenar no he salido de casa. Hay un silencio veraniego. Lejanos bocinazos de automóvil. En el garaje inmediato, canta un hombre cosas tristes.

10 de julio

Muchas visitas. Apruebo la organización interior del ministerio. Me deja mala impresión la visita del coronel director de la Escuela de Gimnasia, a quien he destinado a África, y que se lastima de ello, como de una destitución. Yo he creído que le complacía en una aspiración. Algunos del Gabinete quieren satisfacer enconos del tiempo de la conspiración, y tengo que andar con mucho cuidado para no servirles de instrumento sin saberlo.

Voy a ver al Presidente en su despacho y le llevo los telegramas de López Ochoa. Acordamos relevarlo. Lo haré el lunes. Consideramos la dificultad de proveer los cargos militares, y no acertamos todavía con una solución que nos satisfaga. Ni acertaremos con ella, que es peor. Tal es la penuria de hombres capaces y útiles. Le dejo el decreto de anulación de las *leyes* de la dictadura en el ministerio de la Guerra.

Por la tarde, Teodomiro Menéndez. Conversación política. Después Pastor, jefe de Aviación. Acordamos enviar al auditor el artículo que publicó anoche en *El Heraldo* el teniente coronel Camacho, exjefe de la base de Tablada. Este Camacho, que ahora hace de revolucionario, era gentilhombre de su majestad.

Me visitan Carner, Hurtado y Campanals, que me entregan el Estatuto de Cataluña. Larga conversación. Están muy contentos conmigo.

Consejo de ministros en Hacienda. Prieto y Nicolau, que ayer se disparaban en los periódicos notas polémicas (agria y dura la de Nicolau), a propósito del cierre del mercado libre de Barcelona, se dicen palabras amistosas. En este asunto, Nicolau no ha procedido bien. Cuando Prieto propuso la supresión del mercado libre, Nicolau declaró que lo estimaría como un acto de agresión. Surgió la propuesta de clausurarlo temporalmente, y el Presidente preguntó a Nicolau si también esto lo consideraría agresivo. Nicolau respondió que no. En su nota a la prensa, sin embargo, vuelve a decir lo de la agresión, y hoy, en el Consejo, Prieto se admiraba de que hubiera insistido en ese aprecio, después de la respuesta que dio al Presidente. El cual, en efecto, ha recordado cómo pasaron las cosas. Nicolau lo ha negado, queriendo decir que pasó de otra manera; pero no tiene razón. Con su nota ha

buscado causar buen efecto en Cataluña. En rigor, lo procedente habría sido dispensarle su compromiso de continuar en el Gobierno.

Me aprueban los decretos de supresión de la escala de reserva y de reforma del régimen de las fábricas militares.

La mayor parte de la sesión se emplea en examinar y rehacer un proyecto de reglamento de las Cortes, que ha hecho el señor Posada, y que es inaceptable. Llegaba hasta poner bajo la dependencia del Presidente de las Cortes la fuerza pública.

El asunto Bauer se ha arreglado en lo que importa al Tesoro público. Un pariente de Bauer ha depositado un millón para cubrir el saldo de las operaciones en descubierto.

Al discutir el reglamento del Congreso, se plantea la cuestión de la retribución de los diputados. Maura propone que sea de mil quinientas pesetas mensuales. La mayoría, opina que sean mil. También se habla de la instalación del Presidente de la República. Vagamente se fija la atención en el Palacio de Latios, de la Castellana. Se había pensado hacer la sesión de apertura de las Cortes sin solemnidad interior, y sin otra ceremonia que la presencia de las tropas desde la plaza de Neptuno hasta el Congreso. Prieto dice que «como ha sido comparsa de teatro», le parece mal tanta sencillez, y que a un suceso tan importante, debe dársele gran solemnidad. Convinimos en que el Presidente no debe limitarse a decir unas palabras, sino que debe pronunciar un gran discurso. «Un discuso histórico», dice no sé qué ministro. Casi todos afirman que el momento es histórico. El Presidente pregunta qué tiempo creen que debe durar el discurso, y que a su parecer no debe pasar de una hora. Estamos conformes.

Formarán las tropas en toda la carrera, desde la presidencia del Consejo. Prieto quería que los coches del Gobierno fuesen escoltados por la Guardia civil de gala, «con esos pantalones blancos que muestran tanto los c…», dice el ministro.

Después de las diez se levanta el Consejo. Martínez Barrio y yo vamos a Acción Republicana, donde ya nos espera Lerroux, para la reunión del Consejo Nacional de Alianza. Todos están conformes en mantener la Alianza, como bloque parlamentario. Yo plantee las cuestiones que nos importan: la de libertad de organización y propaganda de cada uno de los dos partidos, y la del izquierdismo que no podemos abandonar. En lo primero, que es resultado de contiendas locales, el señor Marraco me interrumpe con un exabrupto poco delicado para Castro, que acaba de ser elegido diputado por Zaragoza, donde,

según Marraco, no había más que un voto de Acción. Este Marraco es muy brutote.

Lerroux se muestra conforme con mis puntos de vista, y vagamente afirma su radicalismo de siempre. Que le quieran secundar otras gentes, no es culpa suya; no ha rectificado. No tiene por qué echarlas. Quizá se vayan más pronto de lo que se piensa, cuando llegue la ocasión.

Acordamos reunir las minorías el lunes. Votar juntos en la elección de mesas y comisiones.

Vuelvo a casa a las doce y media a cenar. Carta que Ramón Franco me dirige en *El Heraldo* disintiendo de la fórmula aprobada para formar el cuerpo de Aviación. Todavía me respeta. Veremos cuánto le dura. Haberme quitado esta mosca del ministerio es una gran ocurrencia.

11 de julio

Salgo de casa para la presidencia, y asisto a la presentación de credenciales de *monsieur* Herbette, nuevo embajador de Francia. Llego detrás del coche del embajador, cuando la música le toca el Himno de Riego. Para no llegar después que él, echo escaleras arriba, mientras le ponen el ascensor. No están más que el Presidente y Lerroux. Este Gobierno se mofa de las ceremonias. Presentes los altos funcionarios de la presidencia, y mis cuatro ayudantes, que el Presidente me rogó que asistieran, para que hubiese más uniformes; dijo que la brillantez de los uniformes era indicación procedente de los franceses. *Monsieur* Herbette ha leído su discurso, temblándole un poco la mano al comenzar, y después tanto y tan fuerte, que yo no sé cómo podía tener el papel. Ceremonia excesivamente sencilla. Después un *ratita en el sofá*, diciendo trivialidades. Don Niceto pronuncia mal el francés, como es natural; pero tiene rasgos muy originales: *séance* lo pronuncia *sans*.

Voy al ministerio. Recibo al general Rodríguez del Barrio, que me pide dos favores para dos amigos suyos; entre otros, que le permita nombrar ayudante a Lacerda, que fue secretario de Primo.

El general Castro Girona, a quien he vuelto a activo, por resultas de la amnistía, viene a darme las gracias, y a pedirme que le nombre inspector general. Cuando se despide y le doy la mano, se inclina para besármela. Qué no harían con el rey.

Notas que me envía Simó, gobernador de Gerona, sobre las palabras de López Ochoa contra el ministro. Ya es cosa juzgada.

Almuerzo en la embajada de Alemania. Asiste Lerroux, el subsecretario Agramonte con su mujer, Méndez Vigo y la suya, recién apeados de la embajada en Cuba, y cierto número de alemanes. El embajador es agradable e inteligente; su mujer, chilena, es guapa y discreta. El secretario me habla largamente de cosas de España, que entiende muy bien. Méndez Vigo, que está a mi lado en la mesa, me dice tonterías. Al excesivo pudor que reina en algunas playas españolas y al escándalo que produce el desnudo lo llama *falta de civismo*. Agramonte me da consejos sobre lo que debo hacer. Se los agradezco.

Dejo a Lola en casa de su padre, y voy al ministerio. Conversación con el comandante Pastor y el comandante Barrón, jefe de Tablada, que me cuentan más detalles de lo sucedido allí. Los oficiales están muy molestos porque su exjefe Camacho se pone a expedir en los periódicos patentes de republicanismo, o negarlas. (Anoche Franco decía en *El Heraldo* que los aviadores, cuanto más viejos más brutos). Dice Barrón que Franco había tendido un *hilo directo* entre él y la tropa saltándose a la oficialidad. Inadmisible la *adhesión* al jefe. ¿Adhesión por qué y para qué?

Otras visitas, y más tarde, dos aviadores, Legórburu y Spencer, que vienen a decirme su opinión adversa a la fórmula adoptada para formar el escalafón. Legórburu es antiguo amigo mío. Estos dos son partidarios del criterio de antigüedad absoluta. Legórburu me dice que lo mejor sería disolver el cuerpo; lo mismo me había dicho Riaño. Yo no puedo aceptar esto, que es disparatado, y no haría más que alejar la dificultad.

Vengo a casa a las ocho y media y trabajo en la redacción de un decreto.

Los periódicos dan cuenta de la reunión de la Alianza y refieren mi coloquio con Lerroux. Así leído, el caso parece de más bulto, y como ésta es la impresión que llega al público, el efecto político está conseguido, *Crisol* aplaude mi pregunta a Lerroux, y se felicita de la permanencia de la Alianza.

Esta tarde me ha visitado el teniente coronel Puig, nombrado para un cargo de la policía internacional de Tánger. Ha trabajado mucho por obtener el destino, y yo le apoyé, por quitarlo de Madrid y de la Península. Es de los de Cuatro Vientos, y continuaba haciendo una propaganda desagradable y molesta en Madrid. Se pidió el placet, y a los pocos días vino el teniente coronel Mangada a decirme que Puig es un inmoral y que dará un escándalo. Yo no podía hacer nada. Recibido el placet, y ante el nombramiento ya firme, Mangada y el teniente coronel Arronte han dirigido una carta a Puig diciéndole que dimita, para evitar las consecuencias que seguramente han de venir. Me han enviado copia de la carta, que no parece haber impresionado a Puig. Manejará en Tánger fondos reservados, de alguna cuantía. Yo le he echado un sermón, que no servirá de nada.

12 de julio

El Socialista publica un largo artículo sobre el pacto (dice él) Azaña-Lerroux. Resulta que yo era el eje de la política republicana, y podía haber desbancado a Lerroux, y resulta que le apoyo. *El Socialista* recuerda lo mucho que ha aplaudido mis reformas en Guerra. Pero en vista de lo que he hecho ahora, ya no le parezco un gobernante, y mis aciertos en Guerra se deben sin duda a que tenía «un criterio técnico».

A los socialistas no les ha hecho gracia que la Alianza resulte con más votos que ellos en las Cortes. Y además, la animosidad contra Lerroux les hacía esperar que yo lo suplantaría.

No salgo de casa en toda la mañana. De tarde voy con la familia al Paular, triste ruina, que encantaba a Enrique de Mesa. Volvemos a las nueve. Ya no salgo. Escribo. Día tranquilo. No he tenido que acordarme del Gobierno, y nadie me ha llamado «señor ministro».

13 de julio

Pocas cosas hoy. Me visita Simó, tronando contra López Ochoa. Se propone interpelar en las Cortes. «Ya verá usted como no interpela». «¿Por qué?». «Ya lo sabrá».

Comen en casa los Torres Bodet y los Guzmán. He llegado tarde a comer, tal era la cantidad de gente que había en el ministerio. Para hablar con alguno, lo he traído en el coche.

Desde casa, al Congreso. Reunión de la minoría de Acción. Candidatura para los cargos de la Mesa y comisiones. Asiste Castrovido; hasta hace pocos días no he sabido que está inscrito en nuestro partido.

Después pasamos a la reunión plenaria de Alianza Republicana. Lerroux vuelve a soltar lo de «unidad parlamentaria», a lo que inmediatamente opongo la rectificación aclaratoria que conviene. Insistimos: aliados, pero sin confusión. También asisten cuatro federales, y anuncian que se adherirán más. Somos hasta ahora ciento trece.

Consejo de ministros en el Congreso. Ningún asunto importante. Preparativos de la sesión de apertura. Se acuerda suprimir la instalación de radio. Marcelino Domingo promueve esta medida, porque radiar las sesiones podría ser peligroso: gente en los cafés y en los círculos, oyendo los discursos que en una sesión agitada o violenta pudiera ir sobre el Congreso.

Durante el Consejo se celebra la sesión preparatoria. Me asomo un momento a la puerta del salón. Eduardo Ortega está protestando contra el reglamento publicado por el Gobierno. Le contesta Maura. Fresco en el salón, oquedades sonoras en las tribunas.

Hablo unos minutos con Unamuno. Está muy aviejado; tiene una delgadez senil, que contrasta con la robustez sanguínea de hasta hace poco.

Terminado el Consejo, vuelvo al ministerio, y estoy despachando asuntos con el secretario hasta las diez y media.

En casa, vienen Cipriano y Guzmán. Guzmán me trae una papeleta portuguesa, imposible.

La estancia en el Congreso me ha dado La impresión física de que entramos en otra cosa.

14 de julio

Cuando llego al ministerio, me anuncian que está esperándome el general López Ochoa, a quien hice llamar ayer por telégrafo.

Antes de recibirlo, despacho con el subsecretario y con el Gabinete militar.

Entra el general. Saludos. «No parece que lleva usted con paciencia el haber dejado de ser capitán general». Así entro en materia. López Ochoa me dice, que en efecto, descartado todo interés personal, porque él ha conseguido ya cuanto ambicionaba, que era ser capitán general de Cataluña, la reforma de las regiones y capitanías le parece mal, y que he ido demasiado lejos, porque si al ejército, donde no se disfruta ninguna ventaja económica, por la cortedad de los sueldos, se le quita toda representación y prestigio sociales, ¿qué le queda?

—Le queda —replico— cumplir con su deber.

—Eso es lo mismo para los civiles que para los militares —dice.

Reconoce que pensó presentarse diputado para combatir las reformas.

Un poco jactancioso, y pagado de sí mismo, dice que para el público él sigue siendo el capitán general de Cataluña, y que todo el mundo sigue llamando Capitanía a su residencia, porque lo de «cuartel general de la cuarta división» *es muy largo*.

Paso a lo del *agravio*. Dice que mi pregunta telegráfica sobre la noticia de los oficiales disponibles le agravió, porque suponía una duda.

—A juicio de usted, el ministro no puede preguntar a un subordinado lo que significa una determinación relativa al servicio.

Insiste en que se lastimó en su susceptibilidad.

—Y usted se alzó de una pregunta del ministro ante el Consejo.

Me explica que, según las ordenanzas, los militares, con la debida subordinación y respeto, podían acudir ante el rey («ante Nos») con la exposición del agravio.

—Esas son cosas del tiempo de Carlos III —le digo—. Antes de la República y con la República, el Gobierno es quien debe gobernar y mandar.

Me insinúa que, como yo no contesté a su telegrama de queja y apelación ante el Gobierno, el agravio subsiste. Esperaba por lo visto que yo le diese explicaciones.

—He llevado su telegrama al Gobierno, como usted deseaba. Siento decirle que no puede usted continuar en el mando de la división.

—Bien, bien. Acato las órdenes del Gobierno, y nada más.

En seguida me anuncia que se tratará el asunto en las Cortes, porque por encima de todos está la opinión pública y el Parlamento.

—En ese caso, me abstendré de utilizar sus servicios en otra parte, hasta que usted haya hecho valer lo que cree su derecho.

Dice que, en efecto, prefiere quedarse disponible, porque eso hará ver que no acepta el criterio del Gobierno en la cuestión. Claro que si le nombro para otro cargo obedecerá, pero que su gusto no es ése.

Hacemos muchas protestas de consideración personal mutua; la cuestión consiste en el diferente modo de entender nuestras respectivas funciones. El general repite que el Gobierno se equivoca. Respondo que cada cual conoce su responsabilidad.

A lo largo de la conversación me repite que el ejército está resignado, pero que hay mucho descontento, y que no me fíe de lo que opinan los que me rodean.

Quiere marcharse esta noche a Barcelona, a esperar el relevo, y yo le retengo en Madrid hasta mañana, con pretexto de que he de hacer una combinación de mandos, y quiero resolver con el Gobierno si contamos o no con su nombramiento para otro cargo. Al oírme que se quede en Madrid, se enfurruña. Cree que desconfío de él, o de lo que puede hacer en Barcelona.

Nos despedimos hasta mañana.

Al salir, se encuentra en el Gabinete militar al capitán Pedro Romero.

—Siempre a sus órdenes, mi general —le dice Romero.

—¿Siempre? ¿De veras? Pronto hemos de verlo.

Romero ha venido a contármelo, muy preocupado.

Por la tarde voy al ministerio, a las cuatro. Visita de los diputados catalanes, Companys, A. Xirau, y otro cuyo nombre no recuerdo. Vienen oficialmente en representación de la minoría catalana a hablarme del Estatuto y a pedir el apoyo de Acción Republicana. Y el de mi influencia en la Alianza. Hacen grandes protestas de lealtad, de cordialidad, etcétera, y confían mucho en mí, recordando mi discurso de Barcelona el año pasado. Yo les ofrezco que contribuiré cuanto pueda a resolver este problema, que no debe durar más tiempo. Recalco mucho que, como español, no estoy

dispuesto a que el país lleve abierta esa llaga en el costado; y que el asunto debe resolverse con criterio de libertad. Les repito algo de lo que dije a Carner y a Hurtado: que los castellanos debemos dar ejemplo de magnanimidad, y que si Cataluña no supiese corresponder, peor para ella. Como les digo que algunos puntos pueden ser objeto de discusión, Companys se acalora un poco, y descubre la pretensión de que las Cortes aprueben el proyecto tal como viene. Habla de «agresión disimulada bajo la apariencia de reparos». Considero inútil discutir esto, y desvío la conversación a la política general, indicándoles la conveniencia de que la izquierda catalana se incorpore, después de aprobado el Estatuto, a la acción de los partidos nacionales. Me aseguran que ya han pensado en ello y han hablado con Domingo. Estarían dispuestos a colaborar como se les pidiera con la izquierda del republicanismo. La conversación se prolonga; nos despedimos con muchas cortesías.

Nuevas visitas de aviadores, en queja de perjuicios probables por su colocación en la escala.

A las seis salgo con mis ayudantes para la presidencia. Ya está allí todo el Gobierno. Les cuento el relevo de López Ochoa, que todos celebran. Preparativos de marcha.

A las seis y media empezamos a tomar los coches. Van a la cabeza los ayudantes de Guerra y Marina, los funcionarios de la presidencia, y luego los ministros, de dos en dos, por orden de antigüedad de los ministerios. Yo voy en el penúltimo coche, con el ministro de Justicia. La Castellana y Recoletos, cuajados de gente, detrás de las hileras de tropa. Muchas espadas, saludos militares, músicas, vítores, aplausos atronadores. Aclaman al ministro de la Guerra, que por lo visto va algo serio o indiferente, porque Ríos me dice: «No sea usted sequerón». Ríos va emocionadísimo, sonriendo y saludando a diestro y siniestro, y haciéndome ponderaciones de la hermosura del acto. El coche va despacio, a la velocidad de la escolta. Miro atrás: el general Queipo, flaco y gigante, se luce en la yegua del rey, a la derecha del coche presidencial.

En Recoletos, un hombre sale de las filas, se precipita sobre nuestro coche, sube al estribo, y nos estrecha las manos frenéticamente. Lo mismo pudo darnos de puñaladas.

Otro individuo, en primera fila, me hace con la cabeza signos negativos, como advirtiéndome que no está conforme con tanto aplauso.

La plaza de la Cibeles es un mar de cabezas Tocan las trompetas de Artillería. La tarde está fresca, con un poco de viento, y flotan muchas

banderas. El público es muy mezclado. Obreros de blusa azul, señores, mujeres de clase modesta. Todos se rompen las manos, y vitorean a la República.

Los jardines del Prado desaparecen bajo una masa humana apretadísima. Todas las bandas tocan. Las espadas se rinden. En Neptuno, el espectáculo es grandioso. Los techos de los tranvías invadidos por la gente, y los árboles, y la fuente. Nos apeamos en la escalinata del Congreso. Saludos a la comisión de diputados, y rehacemos la comitiva en orden inverso, hasta el salón. Todos los diputados y el público de las tribunas, en pie, aclaman. Subimos al estrado, estrechamos la mano al Presidente, hacemos una reverencia al cuerpo diplomático, y ocupamos el banco azul. Los diputados vitorean a la República. Hay uno que grita: «¡Viva el Gobierno!». Rodrigo Soriano, chato como siempre y gordo como nunca, dice: «Viva la República, pero no el Gobierno». Las protestas le hacen callar.

Sentados todos, y ya en silencio, Alcalá-Zamora pronuncia el discurso de salutación a las Cortes.

El estilo oratorio de Alcalá-Zamora nunca me ha gustado. Es profuso, circuelocuente, impreciso, y de una holgura de palabras desproporcionada con el vigor del contenido. Lo sublime y lo ridículo andan revueltos en su acento y en su inspiración. Sobre todo son temibles sus imágenes. Las dilata, las desarrolla, las esquilma. Cuando salen el «hacha», el «cincel», la «escultura», etcétera, no lo suelta. Hoy ha hablado del «cauce de la escultura». Con todo, en esta ocasión se ha lucido. Dentro de su estilo, ha estado más sobrio, ha dicho cosas acertadas, con buen sentido político, y ha comunicado al auditorio su emoción. No ha sido inferior a su encargo, aunque otro hombre hubiera encontrado acentos de más verdadera grandeza interior. Al final del discurso estaba de color de plomo, con un poco de espuma en la comisura de los labios. Le han aplaudido en dos o tres puntos, y al concluir, muchísimo. Mientras hablaba, Prieto le ha hecho decir por Lerroux que invitase a los diputados a que, suspendiéndose la sesión, salieran a ver el desfile del ejército y su homenaje a las Cortes.

La sesión se suspende. Salimos a la escalinata. Muchedumbre frente al Congreso, y a todo lo largo de la carrera hasta el Prado. Aparece Queipo, con su fajín encarnado, y se sitúa a la derecha de las Cortes. Empiezan a pasar tropas. El primer grito de *¡Viva la República!* que lanza un capitán, contestado por la tropa, arranca exclamaciones de entusiasmo, que se repiten al paso de cada sección. Las banderas, al inclinarse delante del Gobierno, son saludadas con aplausos y vivas. El público va estrechando la calle, y se

produce una especie de gollete retorcido a la altura del Palace, que desorganiza un poco la formación.

Los diputados que me rodean, se maravillan del estado de los cuerpos. ¡Cuántos soldados! Me dan muchas enhorabuenas, y el entusiasmo con que vitorean los soldados, les llena de regocijo y de admiración. Marañón es de los más expresivos. Algunos oficiales gritan con furia el viva de ordenanza. El teniente coronel Mangada, que viene por el regimiento 1, prorrumpe en un viva estentóreo. Muchos soldados se ríen al pasar y un cabo se fija en mí, y mueve muchas veces la cabeza, afirmando, con energía. Tantas músicas, tambores, gritos, el paso cadencioso de las secciones, con la silueta uniforme del oficial al frente, que tiende la espada, forman un conjunto impresionante. Todos los que están alrededor de mí, están conmovidos. Martínez Barrio me ha dicho después que a su paso por la plaza de Neptuno se le saltaron las lágrimas.

Más que lo vistoso y clamoroso del acto, nos impresiona la consideración de cuanto el hecho significa. Un ejército español aclamando a la República, prestando este acatamiento a las Cortes republicanas, nos resume los grandes acontecimientos de que hemos sido actores. Veo asomar en lo que está pasando un poco de mi obra personal, todavía muy tierna y rodeada de peligros. En el rigor de esta ceremonia oficial se introduce un aliento sentimental, que le da en algunos momentos un aspecto grandioso. ¡Parece que ya está todo conseguido! Anochece, y continúan pasando tropas. Le toca el turno a la Guardia civil, y de los jardinillos de la plaza sale una silba estrepitosa. La gente quiere ahogar los silbidos con aplausos, pero no lo consigue. El momento es muy desagradable. Me dicen que los autores de la silba son los huelguistas de Teléfonos. El incidente, previsto, me contraría. Cuando, ya casi de noche, asoma por lo bajo de la cuesta la Guardia civil de caballería, se reproduce la pita. Concluye el desfile. Queipo se aleja caracoleando en su bonita yegua y volvemos a la sesión. Todo el mundo está contento y admirado.

El día, por otro estilo, ha sido comparable al 14 de abril. El Gobierno no ha perdido nada en el aprecio público, y es manifiesto el fervor con que el pueblo protege a la República.

Hay mucha gente impresionable, y algunos amigos, entre ellos el capitán Romero, me instan a que disuelva *en seguida* la Guardia civil.

En el salón, votaciones. A las diez se suspende, la sesión. Voy con el ministro de Marina a cenar en Sicilia-Molinero, carretera de La Coruña, invitados por la comisión de médicos militares que ha estado en el Congreso

Internacional de La Haya. La comida tiene todos los caracteres de una encerrona, preparada para que yo oiga los méritos del doctor Van Bauberghen, contados por él mismo. Al acabar la cena, los criados traen una mesa cargada de libros, revistas y periódicos, y de fotografías de gran tamaño. Es el historial del doctor y teniente coronel que implacablemente me lo explica todo, hasta los puestos que ocupaba en los banquetes; y así, hasta las doce de la noche. Todo ello para que no prescinda de él en la organización del Congreso que debe celebrarse en Madrid, dentro de dos años.

Van Bauberghen, que es teniente coronel, pidió el retiro al día siguiente de publicarse el decreto del 25 de abril. Me confiesa que lo creyó obligado, por su modo de pensar, que no oculta (sería vano que lo ocultase; era monárquico y dictatorial). Cree que si hubiese estado aquí, en vista de las demostraciones que le hace el cuerpo de Sanidad Militar, no se le hubiera concedido el retiro. Ahora me entero de la petición y de la concesión. Uno de los médicos presentes se arranca a decirme que todo el cuerpo de Sanidad vería con gusto que se anulase el retiro del teniente coronel. Están frescos.

Volvemos a las Cortes. Aún están eligiendo la Mesa. Poco después toman posesión Besteiro y los secretarios. Besteiro, a quien veo con gusto en el puesto, pronuncia un breve discurso, limitado a dar las gracias y a proponer el plan de trabajo. La sesión se acaba y vuelvo a casa a las dos.

Esta tarde me ha visitado en el ministerio el auditor de Sevilla para darme noticias del proceso por los asuntos de Tablada. Me deja una nota. Asegura que está probada la culpabilidad de algunos sargentos, la de Rada y la de Franco, para cuyo procesamiento se ha enviado ya el suplicatorio al Supremo. Esta cuestión, agrandada por Maura, va a darnos algún disgusto. También me habla el auditor, entregándome una nota reservada del general Ruiz Trillo, de no sé qué vagos manejos que se hacen en Ronda por «un general muy conocido», pero que no sabe quién puede ser.

El auditor dice que si tuvieran policía, todo esto y más cosas se averiguarían pronto, pero que la policía no secunda o es infiel.

Me propone ir unos días a Ronda, donde tiene familia, y enterarse de lo que pasa. Lo acepto, encargándole que me informe.

15 de julio

Me despierto con una neuralgia muy fuerte. Debe de ser la conversación con Van Bauberghen.

En el ministerio, apenas llego, recibo a López Ochoa, que viene a recibir órdenes, como le dije ayer. Nos damos los buenos días. «Puede usted volver a Barcelona cuando quiera. Así tiene usted más libertad». «Usaré de ella», responde. Nos decimos adiós, le vuelvo la espalda, y se va.

El subsecretario, al despachar, vuelve a hablarme de un asunto que ya me apuntó anoche, al acabarse la cena de los médicos. Me dijo, y repite, que en Artillería e Ingenieros hay vivo malestar por la fusión de la escala de reserva y la activa. «Me han dicho cosas que me impresionan», exclamaba anoche. «Tranquilícese», le dije. «Ya hablaremos». Hoy me cuenta que los artilleros (tenientes y capitanes) hablan de pedir el retiro en masa. En todas las armas ha habido siempre pugna entre los oficiales de *colegio* y los de la reserva. Pero en Artillería, sobre todo, esa pugna es agudísima, por las pretensiones de los artilleros como cuerpo *sabio*.

Fundirlos con sus *inferiores* les molesta en grado sumo. El subsecretario me refiere que el comandante Vidal, tan adicto al régimen, asegura que este golpe a la Artillería es tan rudo como el que le descargó Primo de Rivera, si bien reconoce que mi intención no era ésa. El subsecretario trae esbozadas una serie de medidas que desvirtúen un poco la fusión decretada, y satisfagan a los artilleros.

Yo le digo que si los artilleros piden el retiro en masa, puedo hacer dos cosas: admitírselo, o bien negárselo y formarles sumaria. Que no se preocupe ni tenga prisa, y que antes de tomar ninguna determinación, me entere del resultado que ha dado en la escala de reserva el decreto de retiros, para ver la importancia de lo que queda.

Del mismo asunto me habla también el capitán Merino, artillero. Dice que podrá ser que los artilleros dejen de ser republicanos. Yo me echo a reír, y respondo que si el republicanismo de los artilleros dependía de estar o no fusionados con la escala de reserva, poco valía su República. El comandante Pérez Salas, artillero, que viene de Valencia a hablarme de varios asuntos,

toca esta cuestión, pero suavemente, y con alusiones nada más; yo le tranquilizo respecto de los resultados que para ellos puede tener. Le digo palabras afectuosas, y se va contento.

Precisamente hoy vienen a visitarme tres jefes de la escala de reserva, a darme las gracias por la reforma, y a decirme que no les contenta si no se les añaden éstas o las otras ventajas. «¿Aún no están ustedes satisfechos?». «Moralmente, sí. Pero además, etcétera, etcétera».

El capitán Romero, en el Congreso, me habla del asunto. Romero es impresionable y ponderativo. Me asegura que el asunto está muy feo. Mi impasibilidad le desconcierta un poco. Luego resulta que sus noticias proceden de Pérez Salas. «¡Ah! Pérez Salas —le digo—, yo también le he visto».

—Bueno, señor ministro, yo no puedo hacer más que trasmitirle lo que sé.

—Yo lo agradezco.

Visita de dos comandantes aviadores, Ortiz y Burguete. Muy *revolucionario s,* y amigos íntimos de Franco. Hablan del escalafón y se muestran descontentos de la fórmula adoptada. Después de muchos comentarios y ejemplos para demostrar que la fórmula es injusta, acaban diciendo que para seguir así, vale más disolver la Aviación y convertirla en civil. Es curioso. Ya son muchos los que me han propuesto lo mismo, partiendo de opiniones muy diferentes. Me sorprende que éstos me lo propongan también. Creo descubrir su motivo (no quisiera calumniarlos) cuando me dicen que desde la salida de Franco la Aviación se ha hundido. Después me preguntan si no habría una fórmula de arreglo en el asunto de Franco; yo me hago el tonto, y les pregunto qué asunto es ése. La vuelta de Franco al puesto que tenía, u otro equivalente. Yo les digo que es imposible. Que Franco ha tomado un camino incompatible con la disciplina militar, y que por eso le he relevado, no por lo de Tablada (como es verdad), cuyo contenido exacto ignoro todavía. Indican que ellos aconsejarían a Franco que renunciase a ser diputado, y creen fácil conseguirlo. Reconocen que Franco no estaba en su terreno y que hacía mal en lo que hacía. Les desahucio en sus pretensiones, que son muy significativas, y a las que quizá no sea ajeno el propio Franco.

Les encargo que me hagan una memoria con sus puntos de vista para la supresión del cuerpo general y cambiarlo en civil, sin otro alcance que el de informarme.

Hoy hemos comido todos los ministros en El Pardo, en La Zarzuela. El sitio es muy hermoso. Una casita muy graciosa, un jardín con árboles

espléndidos, aunque mal cuidado, y un bello panorama de oscuras encinas. La tarde, primaveral. Todos muy contentos. Invitado Besteiro. Hemos hablado de política, del porvenir y planes de gobierno, que Prieto se ha apresurado a contar a los periodistas, según veo en los periódicos de esta noche. Prieto ha hecho el gasto diciendo gansadas y tirándole zarpazos a Fernando de los Ríos, contándole anécdotas obscenas, etcétera. Fernando toma el partido de reírse a carcajadas. Cuando la conversación estaba en este tono, Prieto, en un silencio, dice: «Pues, con todo, somos el Gobierno de España».

Prieto ha dicho en la comida que los mejores oradores de las Cortes son Alba y Lerroux.

Don Niceto quiere instalar la presidencia de la República con mucha modestia. Todos le han llevado la contraria.

Hemos estado de sobremesa hasta cerca de las cinco. Al salir, Maura y Fernando de los Ríos me dicen: «Usted es el único que está atornillado al Gobierno».

Yo les respondo, como lo pienso, que se engañan, y que posiblemente no habrá combinación en la que yo pueda estar a gusto.

He estado un rato en el ministerio, me sigue el dolor de cabeza; voy después al Congreso, donde no pasa nada.

Conferencias con comisiones de diputados sobre traslados de servicios militares.

Vuelvo a casa a las ocho y media y ya no salgo. Después de cenar viene Cipriano. Entre otras cosas me cuenta que Valle-Inclán, que siempre me había tratado con respeto, ha tenido una agarrada con Unamuno y Luis Bello porque Valle les dijo que soy un mediocre, y lo he sido siempre, que no tengo imaginación, como lo prueban mis escritos, de los que nadie ha hecho nunca caso, salvo ahora que soy ministro. Unamuno le ha respondido que él no ha necesitado de eso para enterarse, etcétera. Bello también le ha replicado. Este cambio en la actitud de Valle quizá provenga de que Lerroux, de quien es ahora *muy amigo*, le haya trasladado mi juicio sobre esta *amistad*. Todos estos dimes y diretes me tienen sin cuidado. De Valle-Inclán, como no lo fundan de nuevo, nunca podrá hacerse un hombre respetable.

16 de julio

Me levanto tarde, cansadísimo. En el ministerio tratamos de la cuestión de la escala de reserva, suprimida, y del efecto causado, sobre todo en Artillería. Al subsecretario le digo que el ejército estaba muy necesitado de que lo mandasen y que yo no estoy dispuesto a dejarme impresionar por lo que digan unos ni otros. Los artilleros tuvieron que guardarse su aristocratismo, y amoldarse a la nueva situación. Tengo la opinión de que nunca ha habido ministros de la Guerra, y que mis predecesores se han limitado a contemporizar entre los embates encontrados de los cuerpos y armas rivales y de los mandarines con entorchados. El general baja la cabeza, y cuando nos quedamos solos me dice que si me ha dicho ciertas cosas era con intención de informarme. Yo estoy seguro de que se había asustado, y así se ha gobernado siempre aquella casa, de susto en susto.

Vienen Sandino, Pastor y Collar, aviadores, citados por mí, y luego llega Legórburu. Tratamos del asunto de Aviación. Se adelanta un poco en el trabajo de aplicación de la fórmula.

Todos los militares que me rodean quieren ir al banquete de mañana, y se lo prohíbo. El subsecretario me ruega que lo inscriba en mi partido, «porque siempre ha tenido ideas liberales». Se conoce que el pobre se las aguantaba.

Alocución del general Franco a los cadetes de la Academia General, con motivo de la conclusión del curso. Completamente desafecto al Gobierno, reticentes ataques al mando; caso de destitución inmediata, si no cesase hoy en el mando. Le paso la alocución al asesor, para que vea si hay materia punible. Me entrega un informe escrito, diciendo que se puede proceder en forma judicial; que cabría gubernativamente corregirlo.

Los periodistas están empeñados en hacerme dialogar en sus periódicos con López Ochoa. Me niego a decirles nada. Detrás de mi firma en el decreto de cese, no hacen falta comentarios.

Cuando vuelvo a mi despacho, después de recibir la audiencia, encuentro al general Queipo. En el Gabinete militar se ha encontrado con el capitán Salinas, que fue de los de Jaca y está algo loco. El general se ha permitido tratarlo amistosamente, y bromeando le ha tocado la cara, a lo que Salinas ha

contestado con un bofetón o un puñetazo. Queipo se ha contenido, y le ha dicho que no quería dar importancia al suceso, añadiendo: «El que con niños se acuesta…». A lo que respondió Salinas: «El que con imbéciles anda…». Queipo me decía que le serviría de lección, para no familiarizarse con nadie. «Eso es —le respondo—, hay que ocupar su puesto».

He estado en el Congreso. Nada de particular. Me he vuelto a casa y no he salido.

17 de julio

He ido tarde al Consejo de ministros, que se ha reunido en Hacienda. Cuando llegué, estaban Maura y Prieto hablando de Franco, con motivo de las actas de Sevilla, que se discutirán pronto. Como siempre, Maura bramaba ya de coraje, y prometía *desnudar* a Franco con un ataque personal, recordándole sus aventuras personales y políticas. Le hemos recomendado que no pierda autoridad descendiendo demasiado en la polémica.

A propósito de Franco, me ha contado Arturo Menéndez, artillero y aviador, que comiendo con otros amigos en casa de *Ramón*, como ellos le llaman, el glorioso le dijo a su mujer: «Calla, imbécil, que te voy a dar una paliza como la del otro día».

Menéndez y los demás invitados miraban distraídamente al mantel.

El mismo Menéndez y otros me aseguran que todo lo que le pasa a Franco es una cuestión de dinero. No necesita menos de cinco mil pesetas al mes, y no tiene de dónde sacarlas. Su mujer parece que también es muy manirrota. Además de lo que insinuaron el otro día Ortíz y Burguete, hay señales de que Franco quisiera la paz. Por mi parte, estoy dispuesto a separarlo del ejército, y a todos sus amigos.

En el Consejo, Prieto nos lee un informe del director del Banco de Crédito Exterior, del que resulta una situación desastrosa. Hay que liquidar el Banco, pero no puede procederse a la liquidación inmediata, porque el Banco tiene en cartera valores dudosos, como los del corcho, y otros, a consecuencia de haberse desviado el Banco de las funciones para que se creó. También aquí se han cometido irregularidades y delitos.

Mucho antes de acabarse el Consejo, me voy con Vergara al banquete de Acción Republicana. Hay mucha gente, cerca de quinientos, mucho calor. Para empezar tocan un himno de que es autora una señorita Anaya, que estuvo en el ministerio para pedirme protección. La música es ratonera. Durante la comida, el sexteto no descansa, y una trompeta me horada los sesos. Pronuncio el discurso de rigor. A la mitad, se me van las ideas, me canso, me inhibo absolutamente de lo que estoy haciendo, las palabras me suenan sin sentido. Extraña impresión de haberme quedado de pronto vacío, y

como tonto. Debe de ser la fatiga y que en realidad estoy pensando en otras cosas. Tengo que interrumpirme un rato, porque realmente no sé lo que hago, ni para qué estoy allí. El auditorio se asusta y cree que me va a ocurrir lo que a Melquíades. Muchos me hablan, me aconsejan que me siente, pero yo decido continuar en pie, hasta que recobre el dominio y la atención. Si me hubiera sentado, imposible volver a comenzar. Mientras tanto, desconectan el micrófono ante el cual venía hablando. No sé cómo, recobro la energía, y reanudo el discurso. La segunda parte me ha salido más briosa que la primera y ha gustado mucho más. No me acuerdo ahora de nada de lo que he dicho. Al final me aplauden muchísimo[7].

Terminado este paso, he ido hasta El Pardo, y allí hemos estado un rato tomando el fresco. He vuelto a casa a las tres.

18 de julio

Mi discurso de ayer ha gustado mucho y ha causado impresión, por lo de las autonomías. Como lo transmitió la radio a toda España, recibo telegramas de muchos pueblos, y de Madrid cantidad de llamadas de teléfono, interesándose por mi salud. Han creído que estuve moribundo.

Maura les ha dicho a los periodistas, que mi discurso era muy bueno. Esta tarde he ido un momento al Congreso, y al sentarme en el banco del Gobierno, Maura me ha felicitado muy sonriente, y me ha dicho que lo subscribiría todo, si no hubiera puesto yo, por sectarismo, algunas notas violentas contra la derecha. Yo le digo en broma «que estamos llamados a entendernos».

Esta tarde he ido al cine Royalty, invitado por el agregado naval italiano, a ver la película del viaje de Balbo desde Italia a Río de Janeiro. El agregado era uno de los tripulantes de los aviones. Se llama Longo, según creo. Será el papá de Dafnis y Cloe.

He comido en el Palace con los hermanos Menéndez. A tomar café han ido Sandino y Tourné, que es un muchacho muy simpático, muy entendido y muy desinteresado. Hablamos largamente de nuestros asuntos.

He trabajado en el ministerio hasta las ocho. Hora en que he ido a las Cortes.

Cenamos Lola y yo con Álvarez Pastor en Sicilia-Molinero. Volvemos a casa a la una y media. Estoy muy cansado.

19 de julio. Domingo

Holganza. Me levanto tarde, no salgo de casa. A las dos y media me voy con Lola al Escorial. Hemos estado allí hasta las diez de la noche, con los de Giral. Buscamos casa sin resultado.

ABC de hoy publica un artículo comentando un inciso de mi discurso de ayer, que califica de importantísimo. Me combate, por antiliberal, y me teme, porque soy «autoritario y resuelto». Mucho han cambiado. En noviembre querían hacer una campaña contra mí, por las cosas del Ateneo, tachándome de insignificante, y lo mismo cuando publicamos la proclama de diciembre.

20 de julio

Hoy he trabajado con menos agobio. Mejor organizada la recepción de audiencias, me cansan menos. Convengo con el subsecretario la redacción de un texto corrigiendo al general Franco por su alocución de despedida a los cadetes de la Academia.

Una comisión de obreros despedidos del Establecimiento Industrial de Ingenieros viene a quejarse. Sospecho que en algunos de estos centros se complacen en crear dificultades. Instrucciones al jefe del Gabinete militar, para que llame a los directores de los establecimientos y les conmine a que procedan a normalizar el trabajo.

Un coronel, Prats, destituido del mando del regimiento de Ceuta, y a quien acabo de dar otro mando, me visita para darme las gracias, y quejarse de la destitución, que es «una deshonra para él, promovida por murmuraciones de cuatro zorras».

Se lamenta de que el general Cabanellas le ha engañado, diciéndole que yo le ordené por teléfono la destitución. Y que Cabanellas le repuso: «Neurosis de la revolución». La verdad es que no he tenido arte ni parte en el relevo, y que Cabanellas lo embarcó para la Península, como ha hecho con otros, tildados de desafectos al régimen. Parece ser que este coronel estaba liado con la mujer de su ayudante.

Me visita Sanjurjo. Larga conversación. «Ya no se sabe de qué pie cojeo», dice, aludiendo a su pasada luxación. Me trae papeles relativos a un teniente de la Guardia civil trasladado de Palma del Río, a petición del Presidente. Hablamos de lo de Tablada. Para Sanjurjo, el complot de Franco y los sargentos y soldados es indudable. Lo atribuye a cuestiones de dinero, de que está muy ansioso Franco. Me cuenta que Berenguer quiso quitarse de encima a Franco enviándolo de agregado a Nueva York. Franco aceptó. Pero el rey no quiso, y al decirle Berenguer a Sanjurjo la negativa del rey, contestó Sanjurjo: «Ya le pesará».

Hablamos también del otro Franco, el general, y de su alocución. Sanjurjo le quiere mucho, dice —como otros— que es muy buen general («no es que sea un Napoleón, pero dado lo que hay…», añade) y él lo ha protegido. Cree

que está molesto por la supresión de la Academia, que ya se intentaba en tiempo de Berenguer: «Como un chico a quien le quitan un juguete».

Me habla de que le ha escrito Franco sobre este asunto, y que le ha contestado que es preciso resignarse. «También está molesto —le digo yo— por la revisión de ascensos». «Sí, también por eso», responde, un poco inseguro.

Le pregunto si por fin aceptará el acta de diputado. Que de ningún modo. Está más tranquilo en su cargo. «Me hablarían de la Guardia civil… podría dar un mal paso… hacer el ridículo…». «¡Si le dieran a uno las mil pesetas!». Quiere decir que le gustaría cobrar la indemnización de diputado.

Se despide con grandes muestras de afecto, diciéndome que me quiere mucho, y dándome un medio abrazo.

Por la tarde, trabajo en el ministerio de cuatro a ocho, dejo hecho un decreto suprimiendo en el ministerio el servicio de cría caballar, que cuesta dieciocho millones, para comprar cada año cuatro mil caballos.

Voy al Congreso. Ya se ha acabado la sesión, en la que Maura, al discutirse las actas de Sevilla, le ha dado una pateadura a Franco.

Doy un paseo en coche con Cipriano. Vuelvo a casa. Después de cenar vienen otros amigos.

21 de julio

En la mañana, despacho de expedientes y preparación de asuntos para el Consejo. También me entretengo en disponer obras en los locales del ministerio, y renovar los muebles y el decorado de unos salones, que están horrendos. Raro caso: el comandante Menéndez, que es el ayudante con quien trabajo estos días, es el único que no me ha pedido nada, ni para sí ni para otros. Tampoco me ha pedido nada el comandante Saravia, jefe del Gabinete. Todos los demás, se han buscado colocaciones, excepto los que se han retirado.

Después de comer he vuelto al ministerio hasta las cinco y media. Voy luego al Consejo, que se reúne en el Congreso, en un despachito muy caluroso, a pesar de que hace fresco en la calle. Me han aprobado seis decretos, y el texto de la reprensión al general Franco, que publicaré pasado mañana. Este asunto puede tener consecuencias…

Hemos hablado del anteproyecto de reforma agraria. El Presidente le opone objeciones bastante serias, de las cuales la que me parece más grave es que no se dirige el proyecto, franca y exclusivamente, contra la gran propiedad. Para impugnar el proyecto, el Presidente ha comenzado por contarnos cuántas hectáreas de tierra posee y de qué clases. Largo Caballero tampoco aprueba el proyecto. Yo no lo he leído aún, y sólo sé lo que me contó Sánchez Román. Acordamos que el Gobierno se reúna con la Comisión pasado mañana, para oír sus explicaciones.

El paro forzoso en Andalucía es gravísimo. Están en Madrid todos los alcaldes de la provincia de Jaén, a pedir dinero, y no se atreven a regresar a sus pueblos. Parece que hay necesidad de gastar dos millones diarios, durante tres meses, para que la gente no se muera de hambre y no se insurreccione. Martínez Barrio vuelve a hablar del peligro de que *arda* Andalucía. Se adoptan algunos paliativos, mientras se discurren los modos de encontrar dinero y obras en que invertirlo. Temo que este sacrificio no será más que una limosna disimulada, y se gaste el dinero sin utilidad. «Por más que —dice un ministro—, si se evita un trastorno social grandísimo, ya es bastante utilidad».

Albornoz trae un sobre abultadísimo, que contiene un plan de obras públicas. Pero no habla de él porque aún no lo conoce, y se queda para otro Consejo.

Con motivo de las huelgas que por todas partes suscita la Confederación Nacional del Trabajo, se examina largamente la situación, y convenimos que se ha de poner remedio urgente y severo. Maura expone las líneas generales de un decreto, para combatir a los patronos y obreros que infrinjan las leyes sociales, decreto que se someterá a las Cortes para tener —dice Maura— un instrumento jurídico de represión. Largo Caballero dice que él es más radical que Maura, y que iría más lejos, por el peligro en que ponen a la República los movimientos del sindicalismo. El Presidente pregunta a cada uno si cree llegado el momento de adoptar una política enérgica y de lucha contra la Confederación. Todos opinamos que sí. Largo lee unas cuartillas con un proyecto de decreto sobre la ilegalidad de las huelgas. Se acuerda que Maura refunda los dos proyectos, y los traiga al próximo Consejo. Maura cree que con estos proyectos, podrá cerrar la mayoría (o todos) los centros sindicalistas. Prieto asegura que esas disposiciones no asustan a los sindicatos.

El Presidente encarga al ministro de Justicia que redacte un decreto para impedir y corregir la cobardía de los jueces, que no se atreven a proceder contra el Sindicato Único.

Maura asegura que en Cataluña las autoridades se rinden todas al ambiente sentimental que allí existe, y como los niños besan a Macià, los gobernadores se impresionan como ante un santón, y no se atreven a contrariarlo. Unos creen que en Barcelona se producirá una reacción contra los sindicalistas, y otros que no.

Hay una discusión característica entre el ministro de Hacienda y el de Marina, que propone la construcción de dos buques plañeros. Prieto asegura, con anécdotas pintorescas, que los planos no sirven, que no saben hacerlos, que la marina es inútil, etcétera, etcétera. Es el derrotismo arrollador y simplista de siempre.

A las nueve y media, todos ya en pie, menos el Presidente y el ministro de Justicia, que discuten línea por línea un decreto sobre oposiciones a la judicatura. Yo intervengo en algunos detalles. Nadie de los demás hace caso de esto, y cuando acaban el Presidente y Ríos están solos. Periodistas en los pasillos, que piden «ampliación» y no se la doy.

Vuelvo a casa a cenar. Luego viene Cipriano. Salimos a dar un paseo. Se me ocurre subir a Gobernación en busca de noticias. Encuentro a Maura en su despacho disputando con Roldán, un marino, diputado por Málaga. «En

Archidona correrá sangre», dice Roldán. «¡Hombre!, en Archidona nunca ha corrido nada», dice Maura, congestionado, manoteando. Este Roldán es uno de los que venían a anunciarme el saqueo de Málaga. Por lo visto, estos malagueños ven correr la sangre. El señor Roldán se pone pesado, pidiéndole a Maura no sé qué intervención del gobernador en un asunto de Archidona. «Lo que yo le digo a usted —replica Maura con su calor habitual— es que yo no amparo una ilegalidad ni hago intervenir al gobernador para sacarle tres mil pesetas a una vieja». La conversación es pesadísima. Roldán repite sus argumentos, que se reducen a pronósticos sombríos (colijo que se trata de una exacción de dinero decretada por el Ayuntamiento de Archidona para dar jornales), y Maura bufa y se enciende, reprimiendo su impaciencia.

Nos quedamos solos y se habla de política. Maura, con la urgencia que pone en cuanto dice, me exhorta a que sin perder día me ponga a trabajar un acuerdo de la Alianza y los radicales-socialistas, para que haya mayoría posible que sostenga un Gobierno en cuanto se vote la Constitución. Los socialistas no pueden ni deben gobernar, porque el poder los quebranta y les quita afiliados. No pueden dar lo que les piden. Los jefes del partido están en retirarse del poder cuanto antes. La Alianza, con sus ciento cuarenta votos, no basta. Los radicales-socialistas no pueden ver a Lerroux, como los socialistas, «pero con usted irían encantados». Maura insiste en que el próximo Gobierno sólo puede presidirlo Lerroux, pero que yo he venido a ser el eje de la combinación, porque puedo atraer a los radicales-socialistas y otros elementos que no transigen con don Alejandro. «Aunque usted no haga nada, las cosas se le vienen a usted a la mano. En la izquierda es usted el único. Pero entre el modo de pensar y de sentir de usted y el de Lerroux hay un abismo. Bastantes radicales-socialistas están esperando un pretexto para irse del partido y afiliarse a Acción». Todo esto tengo que componerlo y ordenarlo yo, según Maura, y muy de prisa, porque en septiembre podemos encontrarnos ya con la necesidad de constituir el nuevo Gobierno, y pudiera verme obligado a hacerlo en muy pocos días.

Maura insiste en que hay que pasar por la experiencia de Lerroux.

22 de julio

El general Goded viene a despachar, y cuando terminamos, le planteo el caso personal de su empleo y de su destino. «Resulta que usted está comprendido en la revisión de recompensas, ¿cuál es su situación exacta?».

Goded dice que es coronel conforme a la ley, y que recibió los ascensos a general de brigada y a divisionario por el sistema de Primo de Rivera. «Aunque usted me quitase dos empleos…». «Yo no pienso quitarle a usted nada», le interrumpo. «Bien, aunque deba perder esos dos empleos, sería general de brigada por antigüedad, el número tres o cuatro de la escala, y podrían ascenderme a general de división».

—Le digo a usted esto porque pienso utilizar sus servicios como general de división, y podría usted verse, en el caso de un probable descenso de empleo, en la situación desagradable de quien pierde categoría, con relación al destino.

Me agradece mucho que le plantee el caso y que le hable francamente. Muchas veces hubiera querido hablarme él (se lo había conocido), pero no se decidió.

—Creo —me dice— haberle comprendido a usted, y que cuando usted no quiere hablar de un asunto, lo mejor es no hablarle. Cuando el señor ministro no me dice nada, será que no quiere o que no le conviene.

Me dice que preferiría no tener mando de tropas, y la indicación de que probablemente iría al Estado Mayor Central, le regocija.

Me habla de que el asunto de las recompensas suele mirarse mal, pero que cuando alguien quiera inclinarme en contra, que le pida la hoja de servicios. En los recompensados está lo mejor del ejército, «y lo escogimos para acabar la campaña de Marruecos, e incluso para acabarla contra la voluntad de Primo de Rivera, que quiso pararnos dos o tres veces. Tengo documentos que lo prueban». A un ejército no se le puede llevar a una guerra colonial sin el aliciente del premio.

Los empleos son propiedad de los oficiales que los disfrutan, según la ley.

Ellos *no tienen la culpa* de que el procedimiento instituido por el poder público fuese irregular.

La junta de generales fue más rigurosa de lo que se piensa, y más rigurosa que el sistema anterior, dentro del cual, «se nombraba juez instructor a un amigo del oficial a quien se quería favorecer, y se buscaban las declaraciones de testigos parciales».

Algunos ascensos se han concedido por regalo de boda, uno al hijo de Jordana, y otro a Muñoz Grandes, buen oficial, que pudo y debió ser recompensado de modo más digno.

Goded reconoce, a preguntas mías, que el primer apartado de recompensas, o sea las *desenterradas* por Primo de Rivera, después que el Consejo Supremo de Guerra y Marina y el Consejo de ministros las hubieron denegado, «son escandalosas», una francachela. «Pero no diga usted a nadie que esto se lo ha dicho el general Goded porque son compañeros míos».

Cree que las Cortes no le quitarán su ascenso a divisionario, porque tiene buen ambiente entre las izquierdas, donde es conocido por sus ideas. Muchos de los agraviados por la revisión de recompensas, *han ido a buscarlo*. Pero él los ha rechazado, porque nunca ha sido traidor. Cuando se puso contra Primo de Rivera, comenzó por avisárselo. En sus conversaciones con Maura, en noviembre («las conozco», le digo yo), le dijo que estaba persuadido del triunfo de la República, pero que no le pidiesen una traición. A los que le solicitaban ahora, incitándole a que no tolerase las medidas del Gobierno, les ha contestado aconsejándoles la calma y el silencio, como único medio de que pueda llegarse a una solución que restablezca la paz interior del ejército. No ha hecho caso de bravucones, que hablaban de pegar un tiro al ministro. La conversación, que es muy larga, concluye con decirme que está escribiendo la historia de la campaña de África, y que era durísima para Primo de Rivera, pero que como se ha muerto, suavizará todo lo posible para ser piadoso.

Hoy he firmado la reprensión para el general Franco.

He asistido a una comida al capitán Pedro Romero, diputado, de mi partido. Con esta ocasión, les he dado algunas lecciones de historia militar y de buena política militar, que no todos han comprendido.

Después de cenar voy a Gobernación. Maura quiere hablar conmigo. Me figuro que es sobre los sucesos de Sevilla, donde han andado hoy a tiros con los sindicalistas. Maura está hablando por teléfono en su despacho, y en un diván, Lluhí, el diputado, antiguo conocido mío del tiempo de la conspiración. Lluhí es simpático e inteligente.

Cuando Maura termina su conferencia telefónica, reanuda una discusión con Lluhí. Se trata de lo siguiente: preparando un decreto para reprimir los desmanes de los sindicalistas revolucionarios, Macià no está conforme con

que se tomen medidas de excepción. Ocurre que Macià no quiere indisponerse con los sindicatos, de quienes espera votos para el referéndum del Estatuto. Envía desde Barcelona una especie de embajador, para tratar de este asunto. Lluhí pretende que todo podría arreglarse sí Macià, con su enorme autoridad moral en Cataluña, solicitase o aconsejase a los sindicalistas una tregua de tres meses. Maura opone que si mañana, como se anuncia, estalla en Barcelona la huelga general revolucionaria, no habrá más remedio que darles la batalla. ¿Qué hace Macià? ¿Ampara desde la Generalidad a los sindicalistas? Entonces, dice Maura, habría que asaltar la Generalidad. La burguesía catalana, que ya ha declarado por medio del Fomento, que se atiene a lo que disponga el poder central respecto al Orden público, se apartaría de Macià.

Se ve que esta perspectiva preocupa a Lluhí, pero que no le preocupa menos la ruptura del catalanismo con los sindicatos. Quisiera encontrar medios de aveniencia, de ir tirando, hasta que se vote el Estatuto. Reconoce que Maura, en el fondo, tiene razón; pero como en otras muchas ocasiones ha hecho el ministro Nicolau, reconociendo que el Gobierno tiene razón, pretende no secundarlo ni admitir las consecuencias de esa razón en Cataluña.

Cree Lluhí que el obrero catalán se opondría a los manejos revolucionarios del sindicalismo, si Macià les advirtiera que hay peligro para la República.

«¿Pero es que el obrero catalán —le interrumpo yo— está esperando a que Macià se lo advierta para saber que estas cosas pueden destruir la República?».

Maura le hace observar, cómo va a recibir la Generalidad la economía de Cataluña, si ésta continúa como hasta aquí, y de qué medios va a disponer para conservar el orden, si se encuentra con el sindicalismo desbordado, y con la industria paralizada, como ya lo está.

La conversación es muy larga.

Nos quedamos solos Maura y yo. Hablamos un poco de la situación en Sevilla, de las fuerzas militares de que se puede disponer, y de las órdenes dictadas al declararse esta tarde el estado de guerra.

Mañana van a hundir a cañonazos una casa vieja y vacía, desde la que hoy se ha hecho fuego a la tropa. No sé bien si van a fingir mañana que hay gente dentro. Este programa le entusiasma y llega a decirme que influirá ventajosamente en la cotización de la peseta.

Yo me admiro un poco de la ocurrencia; él insiste en que cuando se sepa que la República cañonea a sus adversarios en armas, el efecto en el

extranjero será muy bueno. Le pregunto si no teme que pueda ser, por el contrarío, muy malo. «¡Que no! —replica—, ¡déjelo usted!». Yo me encojo de hombros y hablamos de otras cosas, de los militares, de la necesidad de completar la obra que estoy haciendo, etcétera. A las dos y media vuelvo a casa.

23 de julio

Me acosté tarde, he dormido poco, me levanto con neuralgia. El Consejo de ministros está convocado para las diez y media en el ministerio del Trabajo. Cuando llego, son cerca de las doce. Está todo el Gobierno, más Flores de Lemus, Sánchez Román y Carrión. Está en el uso de la palabra don Niceto, formulando objeciones al proyecto de reforma agraria. Unas se las desvanecen, de otras toman nota. Flores le contesta algunas veces, a media voz con un tono *detaché* y algo irónico. Nadie más hace observaciones. Largo Caballero pregunta si no va a llegarse a la nacionalización, sin indemnización, de las tierras procedentes de los antiguos señoríos. La Comisión dice que eso se queda para más adelante, cuando se haga la verdadera ley Agraria, porque esto de ahora no es más que una medida provisional.

Hace mucho calor, abro un balcón, hay tormenta y llueve un poco.

Se retiran los señores de la Comisión, y continúa el Consejo. Se examina el proyecto de decreto «de Defensa de la República». Los más opinan que no debe promulgarse sin que lo aprueben las Cortes. Entonces caen en la cuenta de que no vale la pena promover esta cuestión. Maura hace observar que el no promulgar el decreto parecerá que es timidez del Gobierno, y que ha bastado que un diputado protestase ayer contra el propósito de promulgarlo, para hacernos retroceder.

A lo cual se me ocurre pensar que si no se hubiera precipitado ayer y anteayer a anunciar un terrible decreto, no tendría ahora necesidad de embaulárselo. Ayer Maura vomitaba decretos draconianos. Como siempre, se embravece hablando. Lo más chusco es que venga a reconocer hoy que un Gobierno de plenos poderes, no necesita adoptar por decreto medidas extraordinarias, sino aplicar las que necesite.

En esto de la Defensa de la República hay una sugestión de lo hecho en Alemania hace años. Como allí hicieron una ley así, mejor dicho, con ese nombre, aquí se nos tarda ponernos fieros y copiarla en apariencia.

Es demasiada precipitación y ligereza, y un hablar desbocado que sólo sirve para crear dificultades. ¡Quién me dé hombres de hielo para gobernar!

Se acuerda no publicar el decreto, y tenerlo en reserva como proyecto de ley, por si hace falta.

Después discuten la posibilidad de permanecer con los plenos poderes, hasta que se vote la Constitución. Oposición que incita la tesis de Maura, partidario de la plenitud de poderes; no obstante, hace pocas semanas dijo, sin venir a cuento: «hoy se acaba la dictadura republicana».

Necesidad de armonizar las atribuciones de las Cortes, con la rapidez de la aprobación de la Constitución, que padecería si se intercala la discusión de leyes.

Desde el Consejo vengo a casa, a recoger a Lola, y vamos a almorzar a la embajada de Francia. Están Lerroux y su mujer, su sobrino y la suya, Nicolau, los embajadores de Inglaterra y Bélgica, y otras personas de menos cuenta.

El embajador *monsieur* Herbette, es inteligente y agradable. Cortésmente se interesa por mi gestión. Hemos hablado largamente de la política republicana y de la situación parlamentaria. Se muestra muy esperanzado sobre el porvenir. Me indica que es muy conveniente reformar la política arancelaria de España, y tratar con Francia, para que los exportadores franceses tengan interés en sostener la peseta y pueda España encontrar crédito en el exterior.

También hablo mucho rato con el embajador de Bélgica, que me pide protección para las fábricas Solvay en Suria. Es muy chistoso este embajador, que me parece algo camastrón.

A las cinco voy a las Cortes. Apenas entro por el pasillo me encuentro a Besteiro, precedido de sus rojos maceros, que vuelve a su despacho. Ya se ha terminado la sesión, que ha durado cinco minutos.

Zulueta me dice que va a separarse de don Melquíades, estimando que el Partido Liberal Demócrata, sucesor del Reformista, ha sido repudiado por los electores. Él, Zulueta, ha salido por los votos de los socialistas.

Cree Zulueta que el partido debe disolverse. Yo le respondo, y se lo repito a Besteiro, que me habla de este asuntillo, que eso debió hacerlo en 1923. Zulueta cree que don Melquíades, solo, podría ser más útil, en llegando la ocasión, que con un partido sombra.

Zulueta me habla de las reformas que «estoy realizando». Y Besteiro dice que don Melquíades debió en 1923 recoger la protesta contra la dictadura, y con la bandera de las reformas militares y alguna otra cosa hubiera sido el director del movimiento contra la monarquía, virtualmente concluida desde el golpe de Estado.

Estos dos participan, por lo que se ve, de la opinión que pensaba publicar don Melquíades en el discurso que repentinamente le cortó su enfermedad, a saber: que todo lo que yo estoy haciendo, figuraba en el programa reformista.

Tendré que recordarles: primero, que si figuraba en el programa reformista un capítulo de reforma militar, yo lo redacté y lo hice aprobar en la asamblea del partido, contra el parecer de muchos; segundo, que aquel capítulo no se parecía sino de lejos a lo que yo he hecho; tercero, que lo de menos es escribir un programa, y lo de más hacerlo; y cuarto, que nada de lo hecho era posible sin la República y sin ser republicano.

Besteiro me dice que don Melquíades, «como todos los pseudorrepublicanos», ha tenido siempre el tino de no afrontar el problema realmente planteado cada día. Si había una cuestión militar, hablaban de la cuestión religiosa; si había una cuestión religiosa, hablaban de Hacienda, etcétera, etcétera.

He ido con Cipriano y Lola a La Zarzuela, en El Pardo. Delicioso sitio y maravilloso anochecer en tan gran silencio, y una paz montés, y olores de campo. Yo viviría aquí. ¡Qué majaderos eran en esa familia real, que tenía abandonadas las cosas más bellas!

Después de cenar hemos ido los tres a casa de María Cardona. Están Fernández Almagro, José Bergamín, García Valdecasas, y dos señoras. Valle-Inclán era esperado y no ha ido.

Valle-Inclán ha publicado una carta insultando a su amigo, paisano y admirador Ramón Tenreiro, electo diputado por La Coruña. Tenreiro replica. Le contesta Valle-Inclán. Fernández Almagro cree que Valle tiene razón, yo se lo niego. Y creo que cuando se es viejo y manco no se debe agraviar a nadie.

Conversaciones de política. María Cardona me pide protección para que la nombren directora de la Casa-retiro de intelectuales que, según Tomás Borrás, debe crearse en el palacio de Aranjuez.

Por fin hoy han disparado en Sevilla los cañonazos que tanto le gustaban a Maura. Han destruido una casa, después de hacerla desalojar por sus moradores, el principal de los cuales se llama Cornelio. Han bombardeado un almacén de jamones, embutidos y conservas. Y se han quedado tan contentos. Cuanto más lo considero, más disparatado me parece lo que han hecho.

Extraña muerte de cuatro pistoleros en Sevilla, que eran conducidos a la cárcel, y que otros han pretendido poner en libertad a la fuerza. Tiene la apariencia de una aplicación de ley de fugas.

24 de julio

Al levantarme, leo en la prensa que los sindicalistas de Sevilla han matado a un capitán de la Guardia civil. Mal asunto.

Apenas llego al ministerio, un poco tarde, me enteran de que el general Ruiz Trillo comunica que están siguiendo juicio sumarísimo por la muerte del capitán, y que si bien entra en las atribuciones del general ejecutar la sentencia que recaiga, no hará nada hasta conocer el criterio del Gobierno. Y desea que se le haga saber antes de la una. Ya ha salido un ayudante mío a hablar con el Presidente, que desea verme. Me pongo a despachar con el subsecretario, que está impresionado por el suceso que se avecina. Apenas comenzado el despacho vuelve mi ayudante; el Presidente quiere que vaya en seguida a su despacho, y que se pregunte, al general de Sevilla, los fundamentos de la resolución judicial, que parece inminente, y su parecer. Los dos oficiales que están enterados de lo que ocurre se afanan gravemente, como pide el caso.

Voy a la presidencia. Encuentro a don Niceto paseándose por su despacho. Nos sentamos. «Vamos a ver. Supongo que estaremos de acuerdo». (Yo lo celebraré mucho, pienso entre mí). Lo primero en que estamos de acuerdo es en que no podemos eludir la responsabilidad del Gobierno, escudándonos en las facultades del general, y haciendo como que ignoramos el fallo. Eso hizo Canalejas (don Niceto se acuerda de todo) cuando el fusilamiento del *Numancia*. En seguida convenimos que no podemos fusilar por rebeldías sociales. Si se tratara de una rebelión militar, no habría más remedio que ser inexorables; o si se hubiera cometido un crimen especialmente espantoso. Quedamos en que si hay condena a muerte, se indultará, y que repetiré a Ruiz Trillo la orden de no hacer nada sin consultar con el Gobierno, que se reunirá por la tarde. Vuelvo al ministerio, y así se lo dice el subsecretario en conversación por el telégrafo.

Concluyo el despacho, recibo la audiencia militar. El teniente coronel Puig, que fue nombrado para un puesto de confianza en Tánger, viene a verme, muy cariacontecido, porque su nombramiento no acaba de salir en la *Gaceta*, y en la Dirección General de Colonias le dicen que el expediente se

ha perdido. Me pregunta si sé yo algo. Me da lástima, y le contesto que nada. Pero sí sé: que Mangada y Arronte le amenazan con un tribunal de honor.

Después de comer vuelvo al ministerio.

Larga conversación con el comandante Pastor. Voy al Consejo, que se reúne en el Congreso. Están hablando de lo de Sevilla, y comentan con censura lo de los cañonazos. Me admira que Maura también lo critique, y le recuerdo que la víspera del suceso me anunció lo que iba a ocurrir. ¡Pero él ya no se acuerda! Con gran calor me dice como réplica una cosa al margen de la cuestión, que él, contra la rebelión, emplearía la artillería o lo que fuese. Le hago observar que él me contó, como convenio con las autoridades militares, lo que se iba a hacer…; pero, muy impetuosamente y sofocado, dice que no fue así. Me encojo de hombros; este hombre es un torbellino; simpático, y a mi parecer ingenuo y candoroso, pero un torbellino. Se le puede aplicar un poco lo que Unamuno decía de Primo: que dispara, y después apunta.

El Consejo se ha interrumpido varias veces para algunos ministros, entre ellos, yo, que hemos ido un rato al salón de sesiones.

Lo de la aparente aplicación de la ley de fugas nos preocupa. Maura, a borbotones, y dándose palmadas en el pecho, afirma que él no sería ministro, si en sus narices alguien pretendiera volver a esos procedimientos. En la última parte del Consejo se acuerda que una Comisión de diputados, formada por Sánchez Guerra (Rafael), Barnés y no recuerdo cuál otro, vaya a Sevilla a informarse sobre el terreno. Este acuerdo se toma porque el ministro de Comunicaciones habla por teléfono con Sevilla, y nos refiere que en opinión de Sicilia, diputado por allá, se ha aplicado en efecto la ley de fugas, y que así lo asegura Olaguer, jefe de Policía de aquella ciudad. El testimonio de Olaguer es sospechoso porque está mal visto de todas las autoridades de Sevilla, y Galarza me dice que quiso destituirlo, y no lo hizo porque los diputados mismos de Sevilla le rogaron que no lo relevase. Parece que Olaguer cometió hace años una irregularidad que le costó un tribunal de honor. Cuando Galarza, que había colocado a Olaguer en Sevilla, por recomendación del capitán Pedro Romero (ignorante de esos antecedentes), hizo saber a los diputados sevillanos la tacha que acababa de descubrir en su subordinado, le contestaron que era cosa antigua, y que su conducta posterior era intachable.

El anterior gobernador de Sevilla, Montaner, de quien Maura hacía elogios atronadores, parece que estaba entendido con los sindicalistas, y que para no tener dificultades con ellos les concedía cuanto le pedían. Ahora Maura truena contra Montaner. El actual gobernador sigue otra política, de

rigurosa autoridad, que merece por ahora la aprobación del ministro, y a este cambio de sistema atribuye Maura la rebelión de los sindicalistas.

Por su parte, el ministro de Comunicaciones atribuye al gobernador actual el pecado de haberse echado en brazos de los aristócratas y señoritos de Sevilla, lo mismo que el general, y a sugestiones de estos señoritos achaca Martínez Barrio la tartarinada de los cañonazos, para poner en ridículo a la República.

Maura se queja de que las pasiones políticas en Sevilla están muy enconadas. Afirma que el interés político de Martínez Barrio, no puede impedir que se restablezca el orden allí.

Estoy en el salón de sesiones, después que el Consejo ha aprobado todos los expedientes que he llevado, cuando el comandante Riaño me trae los despachos cruzados con el general de Sevilla y la conversación telegráfica del mismo general con el subsecretario. El primer despacho dice que «pedido informe de la casa, auditor me dice que por no haberse podido capturar cuatro acusados como autores y directores del atentado, cuyas manifestaciones son del mayor interés, no sólo en las actuaciones mismas sino también en otras derivaciones que parecen deducirse, continúa la tramitación del sumario con rapidez, pero sin carácter sumarísimo». No hay, pues, nada inminente.

Acompañando a este despacho viene la conversación confidencial: «Si quieres oírme ya particularmente y rompiendo cinta te diré algo más». «Bien, venga lo que sea». «Parece que apuntan responsabilidad de alguna persona conocida y de categoría social que dicen incluso daba dinero a los pistoleros para que hicieran sus faenas. Como esto es de mucha trascendencia, porque implicaría que no es sólo complot de izquierdas, sino de derechas, y pudiera ser que esto fuese mentira y por despistar… (palabra ininteligible)… las responsabilidades en otra dirección, se busca con todo interés la captura de los otros complicados que parecen ser los principales autores para poner en claro todo esto, que de ser verdad, lo que no creemos, le daría un giro muy distinto, pero enérgico a las actuaciones». «Dime si crees acertado esperar». «Enterado». «Dime si hago presente al ministro estas últimas manifestaciones tuyas». «Sí, pero con carácter reservado, porque lo tomo a título de información por lo que me ha dicho el auditor. Mañana puedo escribir más detalles y con carácter también reservado». «Enterado». Tal es la cinta telegráfica.

Doy cuenta al Consejo de estos telegramas. Al mismo tiempo, y comentando el cañoneo de la «casa de Cornelio», expongo una vez más al Consejo los inconvenientes que resultan del abuso del estado de guerra, y a la

incongruencia de que, una vez declarado, el ministro de la Guerra no tenga nada que hacer, en virtud de haberse conferido al ministro de la Gobernación la dirección exclusiva de las cuestiones de orden público. Me extiendo largamente en el asunto, el Presidente baja la cabeza y nadie se opone a lo que digo, pero tampoco se acuerda nada. Me limito a un «que conste», porque si ahondo en ello saldría la ruptura.

En cuanto se acaba el Consejo, Domingo se apresura a decir a los periodistas que en Sevilla no hay fusilamientos *ni los habrá*. Lengua larga, dificultad en puerta.

En la sesión, Barriobero pregunta por los sumarísimos de Sevilla. Soriano aprovecha la ocasión para gritar y escandalizar. El Congreso le insulta, llamándole *clown* y chulo. Entre dos discusiones de actas, Besteiro, después de hablar conmigo, anuncia al Congreso que en Sevilla se siguen procesos por la jurisdicción militar, pero que ninguno es sumarísimo. Los diputados respiran y se oyen muchos *¡muy bien!* ¿Muy bien a qué? Porque el ser o no sumarísimos depende de las circunstancias del caso y no de una medida del Gobierno. Algunos periódicos han dicho que el Consejo de ministros «había acordado» que no se tramitase la causa por ese procedimiento. Yo me he apresurado a desmentirlo oficiosamente, agregando que el Gobierno no tiene por qué intervenir en los trámites de la causa.

Suspendida la sesión se ha continuado después de cenar. Hemos hablado los ministros nuevamente sobre la cuestión de Sevilla, y sobre el envío de la Comisión. Parece que su llegada disgustaría a las autoridades locales, que seguramente dimitirían. Por último, quedamos en que la información sobre la aparente aplicación de la ley de fugas, la haga Fernández Castillejo, diputado por Sevilla, y sevillano él también, que ha salido de Madrid esta noche y cuya presencia en Sevilla no puede llamar la atención. También irá el jefe superior de Policía de Madrid, con pretexto de inspeccionar los servicios, pero con encargo confidencial de enterarse de lo que ha sucedido.

En el Consejo, Fernando de los Ríos nos lee, con mucha solemnidad y atildamiento, la carta que le ha escrito Elola, fiscal de la República, diputado electo por Lugo, y comprendido por tanto en la discusión que las actas de esta circunscripción han promovido. Parece que estas elecciones de Lugo han sido muy irregulares y escandalosas. El fiscal pretende que se le deje fuera de la discusión personalmente, porque él no ha estado presente en la contienda electoral. No recuerdo ahora si él lo propone claramente, pero sí que el ministro indica la conveniencia de hacer en la sesión, cuando se discuta el dictamen, una declaración en ese sentido, que deje a salvo el «prestigio» de

tan alto funcionario. El cual, en su carta, sin dimitir, dice que su cargo está a la disposición del Gobierno. Cuando el Presidente pide parecer a los ministros sobre el caso, yo me adelanto a decir que no puedo opinar, porque tengo desde antes el criterio, que no he expuesto, porque nadie me lo preguntó, de que el fiscal no debió mezclarse en contiendas electorales, o dimitir de antemano, si quería ser diputado. Y que el fondo de la carta es una habilidad demasiado burda, porque equivale a poner al ministro en el compromiso de dimitirlo o de dar por bueno lo hecho por Elola, lo cual no puede aceptarse. Y que estimo una oficiosidad que el fiscal ponga su cargo a disposición del Gobierno, porque siempre lo está. Todos asienten, en silencio, y nadie opina más. Ríos se guarda la carta. A última hora de la sesión, cuando yo me he marchado del Congreso, los diputados acuerdan anular la elección de Lugo, con lo cual Elola queda lucidísimo. Supongo que dimitirá.

Por cierto, que con esta ambición, no sólo se queda sin acta Elola, del partido de Maura, sino Recasens, director de Administración, también correligionario de Maura. El cual lo ha tomado por donde quema, y como la minoría de derecha republicana ha votado la anulación, Maura ha declarado que eso es un acto de indisciplina, y que ya no tiene nada que ver con esa minoría. «Me quedo en las Cortes solo como un hongo», ha dicho. A esto han venido a parar las esperanzas de hace un mes, cuando Maura me decía que vendrían a las Cortes ciento veinte diputados de la derecha, «porque hay en el país una gran reacción conservadora».

Creo que han traído dieciocho diputados.

25 de julio

La facundia ministerial continúa causando molestias y situaciones desagradables. Como Maura anunció a trompetazos la publicación del decreto excepcional en Defensa de la República, antes de saberse a fondo si convenía o no, y después se ha desistido de publicarlo, hoy dice el *ABC*, con apariencia de razón, que «nos lo hemos tragado» porque a Macià no le gustaba el decreto, dirigido contra los sindicatos.

Anoche, en un café, fueron detenidos por un capitán de la Guardia civil, el comandante Luis Burguete y otro militar, que hablaban mal de la Guardia civil y del Gobierno. Conducidos a la Dirección General de Seguridad, y hecho el atestado, fueron puestos a disposición del juez de causas de la plaza. Me telefonea Galarza que esta mañana se le ha presentado el secretario del juez con la pretensión de que se rompa el atestado. Galarza se ha negado, es claro, y me lo comunica. Tendré que corregir al juez.

Larga carta confidencial de Ruiz Trillo al subsecretario, que éste me traslada. Describe los sucesos, está muy satisfecho de lo del cañoneo, insiste en lo de la participación de los monárquicos, etcétera.

De esto último ya estamos enterados.

Anda en ello el general Franco. Se han hecho detenciones, y se busca al conde de Arcentales. Precisamente en el Consejo de anoche expuse la necesidad de organizar un servicio de información, para estar al tanto de lo que ocurre, porque la Policía no nos sirve, o por inepta o por desleal. Federico Berenguer se ha negado, según me dicen, a tomar parte en estos negocios, «porque me está agradecido».

Por la tarde salgo de paseo con Lola y Cipriano, y vamos a Navacerrada.

Llegamos ya casi anochecido. Allí me encuentro a Prieto y a Queipo de Llano, con sus familias. Regresamos a Madrid, y ya no vuelvo a salir.

Hoy me anuncian que la revolución en Portugal será mañana. La noticia viene de parte de Corteçao, que le ha dicho a Guzmán cuán agradecido me está. La otra noche me presentaron en la calle de Alcalá, un ex Presidente del Consejo de Portugal, que creo se llama Domínguez, no recuerdo bien. Estaba muy esperanzado.

26 de julio

Domingo campestre. Almorzamos Lola y yo solos en el hotel Victoria del Escorial. Visito mi jardín de los frailes, a pleno sol. Nadie, siempre en perfecta comunión con este lugar. La sinfonía es hoy grandiosa.

Vamos a La Herrería. En unos peñascales, más allá del Castañar, pasamos unas horas sentados a la sombra, con el panorama completo del Escorial a la vista.

Aplastamiento del paisaje inundado de sol. Silencio, qué silencio. La majestad de las cumbres en reposo. Un cielo azulino entre las ramas de un roble. Y nada más. Ni de ayer, ni de mañana. Siempre, y nunca. Oigo cada quince minutos el reloj del monasterio que me contó muchas horas. El metal me suena muy bien: por esta sensación podría sacar un mundo de ellas.

El antiguo manantial de la tristeza parece cerrado. ¿Pero no hay una parte profunda en mi vida que se remueve a estos acordes? Como se removió hasta los poros cuando escribí *El jardín*[8]; o más bien, cuando para escribirlo lo resentí.

Considero cómo me he despegado de cuanto amaba en estos sitios, y ahora me creo incapaz de emocionarme con los valores que El Escorial representa; ni de polemizar sobre ellos. Me doy cuenta de que *somos* ya otra cosa, y que todo ello pasó, irrevocablemente. Es extraordinario que yo haya sido testigo, en mi vida interior, y actor (literario y político) de aquella ruptura.

Hay infinito número de gentes que no sabrán nunca lo que «eso» significa; no lo sabrán ni los que se han quedado del lado de allá, ni los que sólo han conocido ni van a conocer más que el de acá de la ruptura.

Temo que la revolución cometa aquí algún vandalismo inconsciente; que me degraden El Escorial con miras culturales, o sanitarias, o… turísticas. El Escorial debiera conservarse tal como está, con frailes y todo; igual que se conserva un hermoso bosque, o se protege un paisaje. Cosa única, que bien valdría una excepción. Me horroriza pensar que esto pudiera verse en el estado en que se ve El Paular. La idea parecería seguramente descabellada y reaccionaria.

¡Cómo ha resucitado y se ha impuesto el monasterio al declinar la luz!
Hemos vuelto a Madrid a las diez y media.

27 de julio

En *El Sol* de ayer leo un artículo de Menéndez Pidal sobre los proyectos de estatutos autonómicos. Su criterio es unitario e historicista. Teme la dispersión. Argumenta con que Cataluña y Galicia nunca han sido independientes. Cita, en el modo de las revistas técnicas, lo que «ha notado A. Castro». Este A. es Américo. El artículo me parece embarullado, porque no va a la raíz de la cuestión, que es como debe atacarla un político: la existencia real (por mucho que contradiga a la historia) de una voluntad secesionista en varias regiones. Y esto no se resuelve con textos de Estrabón.

En el ministerio, preparo la reforma del depósito de la Guerra, y la combinación de altos cargos militares.

Recibo la visita del general Benito, que manda en Ceuta y viene a presentárseme. Larga conversación sobre asuntos de Marruecos. Está conforme con mis propósitos de repatriar tropas peninsulares. Las reducciones de servicios necesarias tropiezan allí, como era de suponer, con dificultades de carácter personal. No todos tienen mi desenvoltura.

El teniente coronel Puig viene a hablarme del propósito de formarle tribunal de honor que tienen Mangada y otros tenientes coroneles. Quieren impedir que vaya a ocupar el destino para que ha sido designado en Tánger. Me dice que han ido a pedir permiso al general Queipo para proceder y que el general los ha mandado a paseo.

También me visita el coronel de Seguridad, Bermúdez de Castro, que me hace muchas protestas de adhesión «porque estoy llamado a ser una figura», y me pide la Dirección General de Seguridad.

El capitán de complemento, Valles, a quien he dado de baja el viernes, por publicar en un periódico un artículo, que es reproducción exacta de sus declaraciones en el sumario por lo de Tablada, viene a quejárseme, y de paso a poner de oro y azul a los oficiales de aquella base. Le canto las cuarenta y se va.

Enrique Ramos viene a consultarme el proyecto de Estatuto para la Iglesia.

Por la tarde, todavía estoy en el Ministerio, con Pastor, ocupado en los proyectos de Aviación. Después voy al Congreso.

Innumerables votaciones. Discurso de Besteiro. Creo que no ha estado como pedía la ocasión. Frío, sin acentos; reanudar las Cortes, y Cortes republicanas, después de ocho años de dictadura, debiera haberle elevado. La primera parte del discurso ha sido la peor. Indalecio Prieto ha dicho en el banco azul, a media voz, «es un churro». Todos los ministros me parece que opinan lo mismo. En la segunda mitad, hablando de Iglesias y de Giner, ha estado mejor. El punto de vista económico, que sería a su juicio el más útil, ha merecido silenciosas muestras de aprobación del señor don José Ortega. Con el cual me he tropezado en los pasillos, ha venido a saludarme y hemos cambiado muchas cortesías. También he saludado en el salón a don Melquíades, con quien no hablaba hacía años. Está consumidito.

La proposición de Royo, para que se eligiera inmediatamente un Presidente de la República, ha concitado en contra la casi totalidad de las Cortes. Era una habilidad de los monárquicos, que ahora se llaman agrarios, para dejar al Gobierno reducido a la impotencia. Besteiro ha dirigido este incidente mal. El Presidente ha intervenido para rechazar la proposición de Royo. Ha improvisado un discurso magnífico. El Congreso, puesto en pie, le ha aplaudido con entusiasmo.

Fernando de los Ríos es partidario de que se vote aparte, y antes de todo, el título de la Constitución relativa al Presidente. A mí esto me parece mal. Después de la sesión, y en vista de cómo ha rechazado el Congreso la proposición de Royo, me dice Ríos que, políticamente, su preferencia está también muerta.

28 de julio

El día ha sido completamente político. Por la mañana, Consejo en Hacienda. Lo más notable para mí ha sido la carta que nos ha leído Prieto, en respuesta a la que le ha escrito el doctor Madinaveitia. Este doctor anarquista, algo pedante y bastante soberbio, le ha escrito a Prieto una carta que no conozco, apelando a su honradez y rectitud para que se haga justicia en el hasta ahora dudoso caso de aplicación de la llamada «ley de fugas» en Sevilla. Prieto, que tiene algo de plebeyo, se ha impresionado mucho con la carta y le responde en términos excesivos. Lo notable de la respuesta es la reiteración de su hundimiento moral, a causa de las dificultades del mando y del fracaso en el Gobierno. «Reconozco que valgo mucho menos de lo que creía valer antes de ser ministro», viene a decir en la respuesta. Es de una ingenuidad aplastante. Y lo más lejano de un estadista. Recuerdo que hace años me decía Prieto que se creía con dotes sobradas para gobernar a España.

En la sesión de esta tarde ha estado muy feliz replicando al sinvergüenza de Barriobero, que ha hecho un discurso de «oposición moderada», como él dice, pero de un arcaísmo parlamentario lamentable. El Congreso se lo ha hecho notar a veces violentamente. Ha venido a las Cortes una especie de energúmeno, Ángel Samblancat, que se ha pasado la tarde vociferando y gesticulando. A Maura le ha dicho que era cómplice de los supuestos asesinatos de Sevilla, que él da por ciertos. Hemos tenido que sujetar a Maura que se lanzaba fuera del banco. Don Niceto ha estado bien en el discurso de resignación de poderes. Mi supuesto atacante, el general Fanjul, no ha dicho más que simplezas, entre el griterío de los diputados, y ni siquiera le he contestado.

Se ha acordado nombrar una comisión parlamentaria que vaya a Sevilla a investigar. Ya me figuré que este asunto daría que hacer. Con este motivo, algunos periódicos se alarman, temiendo que las Cortes puedan convertirse en convención. Este comodín circula bastante. No se discurre. Se vive de reminiscencias, de lecturas, lo mismo quienes temen ese resultado que quienes sueñan con jugar a hacer el Danton.

29 de julio

La sesión de las Cortes ha tenido interés. El debate político ha ido a parar al conflicto existente entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. Esta es una de las cuestiones más graves y más vivas. Así, en la discusión, ningún otro tema ha prendido hasta ahora, fuera de éste, y con pretexto de examinar la conducta del Gobierno, quienes estaban frente a frente en el Congreso eran la UGT y la CNT. Las cuestiones que promueven los «agrarios» y demás monárquicos disfrazados, no interesan.

La cuestión se complica en Cataluña, donde los amigos de Macià y la Izquierda Catalana en general, se apoyan en la CNT y quieren un trato especial para ella. Maura ha estado muy hábil en la respuesta a Companys; poniéndolo en el trance de declarar o, que colaboraría la Izquierda en una política de respeto a la legislación social vigente, aunque no le guste a la CNT, o que aceptaría la responsabilidad de lo que ocurra a la economía catalana, si por el amparo que la Izquierda y la Generalidad prestan a la CNT, fuese imposible, como ya está siéndolo, imponer a la CNT la observancia de las leyes sociales.

Companys, y un capitán Jiménez, abogado de los sindicalistas y granuja conocido, han descargado fuertes golpes contra Largo Caballero, acusándolo de favorecer desde el ministerio a la UGT. Largo se ha defendido muy bien. No han podido probarle nada. Jiménez ha sido «gritado» por el Congreso.

Manuel Cordero ha pronunciado al final de la sesión un gran discurso que no tenía más defecto que lo violento del ademán y lo estentóreo de la voz. Excelente de concepto, lleno de buen sentido político.

He estado en el Ateneo, con Amós y el secretario, a despachar asuntos y ver si tengo medios de continuar las obras comenzadas el año pasado.

Por el Congreso corre este chiste: La Alianza es el haz; el Partido socialista, la hoz, y el Partido Radical-Socialista, la hez.

30 de julio

Como hoy ha aparecido en el *Diario* la combinación de mandos militares, y el cese del general Fanjul en el cargo que tenía, este buen señor, que tan brillantemente interpeló al Gobierno en la sesión del otro día, ha ido a moverle bronca al subsecretario, «porque no le ha defendido» ante el ministro y ni siquiera le ha avisado de su cese; dice que le ha despedido como a una criada, y que ahora me ajustará las cuentas, en el Congreso, atacando las reformas militares. Si alza la voz en las Cortes, tendré que darle un recorrido en serio.

Queipo está contentísimo con su nuevo cargo. Y el subsecretario se me deshace en cortesías, porque le he confirmado en el cargo.

La sesión de las Cortes ha sido muy impresionante, en su conclusión. Toda la primera parte, gastada en ventilar pequeñas rencillas de los vasco-navarros. Todo feo, y mal dicho. Me dicen que durante mi ausencia del salón ha hablado el excapitán Sediles, que, como fue condenado a muerte por lo de Jaca, se cree un grande hombre. Es un héroe de *El Heraldo*. Creo que no le han hecho caso.

Por último, ha hablado José Ortega. Pronuncia (no sé si recita) un bello discurso. Dice a las Cortes cómo deben ser y portarse. Nadie debe hacer aquí «ni el payaso, ni el tenor, ni el jabalí». Deplora la pequeñez de los temas tratados y lo rastrero de los puntos de vista; una anécdota policíaca y un incidente de las luchas sociales en una ciudad. Se lamenta de que las buenas cosas hechas por el Gobierno no se hayan tratado, por ejemplo, la reforma del ejército (la cubre de adjetivos, el menor de los cuales es el de «fabulosa»), y que no se haya tributado al ministro de la Guerra el aplauso que merece. Entonces, Jos diputados se ponen en pie y me hacen una ovación clamorosa. Bien: sin despegar los labios he tenido «un triunfo parlamentario».

El discurso ha impresionado al auditorio y ha puesto en tensión a las Cortes. Sin este discurso, la conclusión de un debate tan importante, habría sido mezquina, como todo él.

La proposición de confianza en el Gobierno se ha votado por aclamación. Habíamos decidido retirarnos del salón, mientras se votaba, y habíamos

empezado a hacerlo, creyendo que la votación sería nominal, pero no nos ha dado tiempo para salir. Ya estaban los demás ministros cerca de la puerta, y quedaba yo solo en la punta del banco azul, cuando los aplausos nos han hecho volver. Gran ovación, puestos en pie los diputados. En la tribuna diplomática, el embajador de Francia se sonreía.

Don Niceto ha pronunciado un discurso, resumen del debate y de «acción de gracias». Ha estado bien, pero quizás un poco bajo de inspiración. Y la holgura del caudal verboso se hacía notar mucho, en relación con el contenido, quitándole precisión. Muchos aplausos. Besteiro propone que se levante la sesión, porque nuestra sensibilidad no toleraría ahora entregarse a la elección de comisiones y otras prácticas de la mecánica parlamentaria. Con esto nos vamos.

Me acerco a Ortega, a felicitarle, y darle las gracias. «Ya sé que a usted los aplausos no le importan», me dice. Yo, creyendo que se refiere a sus palabras, le digo: «¿Cómo puede usted pensar eso?». «No, si digo los de la Cámara», replica. La conversación, difícil ya por la mucha gente que le rodea, se acaba ahí. Por lo visto, entre este hombre y yo, toda cordialidad es imposible.

31 de julio

Toda la mañana en Consejo de ministros. Se discute la forma de plantear en las Cortes la revisión de los contratos escandalosos de la dictadura: Telefónica, Alberche, etcétera.

Se desecha la idea de pedir una autorización.

Fernando de los Ríos nos informa de sus planes en la cuestión de la Iglesia. Lo que prepara es un proyecto de separación, con un período transitorio, para la supresión del presupuesto de culto y clero. En cuanto a las órdenes religiosas, es contrario a la expulsión, incluso a la de los jesuitas. «Hace un mes o mes y medio —dice—, pudo haber un motivo político para expulsarlos; pero ya no lo hay». Piensa hacer un estatuto sometiendo a las órdenes religiosas a una estrecha inspección del Estado, obligándolas a presentar relaciones de bienes, etcétera, etcétera.

En los días de la quema de conventos, Fernando de los Ríos instaba que se expulsara a los jesuitas. El Consejo llegó a acordar la expulsión y se demoró unos días para que, practicándose algunas averiguaciones, se encontrara algún hecho demostrativo de sus ingerencias en la política. Pasaron algunos días y ni la información llegaba ni hablaba nadie de la expulsión. Resucité yo el asunto, y casi todos me apoyaron. Maura dijo que no se averiguaba nada. Yo insistí, haciendo ver al Consejo cuál sería la situación del Gobierno sí nuevos asaltos a los conventos nos forzaban a la expulsión porque la impusieran los alborotos. Maura dijo que ya no quedaban jesuitas en casi ninguna parte de España, que se habían concentrado todos en Loyola, y que se disponían a pasar la frontera. Dio a entender que una negociación oficiosa había conseguido, o iba a conseguir, el mismo resultado que la expulsión. El asunto no quedó aquí todavía. Marcelino Domingo me dijo una tarde, antes de empezar el Consejo, que insistiese de nuevo. También Albornoz me secundaba cada vez que ponía yo el tema a discusión. Pero era clarísimo que se iban enfriando todos, que el Presidente, decidido en un principio, y Maura daban largas; el propósito, que fue firme 24 horas, se desvaneció por consunción. Ahora, Fernando de los Ríos busca caminos jurídicos…

El duque del Infantado ha ido a pedirme algunas rectificaciones del decreto que suprimió las órdenes militares. Quiere que se les permita rehacerse como asociaciones de derecho común, «sin nada de real ni de militar», según se les ha permitido a las maestranzas. Les voy a complacer, para que sigan ejerciendo el patronato de unas fundaciones que tienen a su cargo. Pero no va a gustarles nada que les ponga bajo la dependencia del ministerio de la Gobernación, como asociaciones de beneficencia.

Casi toda la tarde en el ministerio, y buen rato con el comandante Pastor, que me trae asuntos de Aviación, muy enredosos y fastidiosos. Paso un momento por el Congreso. Ya se ha terminado la sesión, sin importancia, y me vuelvo a casa.

Visita del rústico estadista de Valdeverdeja, Alberto Moreno. Es un personaje de novela de Cervantes. Me gusta hablar con él, o más bien oírle hablar; desde hace quince años le conozco. Ya va para viejo. Su parla es fluida, concreta, llena de experiencia y de buen sentido. Socialista. Muy influyente no sólo en la «sociedad», sino en todo el pueblo. Hoy me explicaba las cosas que se le han «pasado por la imaginación» mucho antes de que viniera la República. «¿Por qué ha de ser individual la propiedad de la tierra, si es un cuerpo que no ha creado el hombre?». Describe la diferencia entre el egoísmo con que se nace y el que se adquiere por el afán de las pesetas. Para Alberto Moreno el hombre es lo más hermoso de la naturaleza. Después me da una conferencia sobre la distribución de tierras en proyecto y, naturalmente, sabe más del asunto que Fernando de los Ríos.

¡Cómo hablan los ministros! Tener en el Consejo a Prieto (y a otros) es como si el Gobierno deliberase delante de los reporteros. Por otra parte, Prieto, convencido de su incapacidad para la cartera de Hacienda, resultante de su absoluta falta de preparación, no hace más que vocearlo a diestro y siniestro, como si pretendiera excusarse a fuerza de sinceridad. Esto del Consejo de los técnicos, y el mar de confusiones en que está sumido, es deplorable. No se puede hablar con más ligereza[9].

1 de agosto

Desde que Ortega ha desatado sobre mí la catarata de sus elogios y desde que las Cortes me han hecho la ya sabida demostración, los periódicos que más fríos se me mostraron siempre, no saben ahora dónde ponerme. Ejemplo: *La Voz*, que en otros tiempos ni siquiera estampaba mi nombre, sale diciendo que van a rendir un homenaje a «mi figura». Y a continuación publica mi figura, que tal como me ha *sacado* el dibujante, da lástima. Espero que eso del homenaje nacional no cunda; tenque oponerme y no sé cómo lo haría para no parecer descortés. Si ahora se pone de moda alabar al adusto señor Azaña, ¡me he divertido! Claro está que los amigos personales de Ortega han perdido los estribos en punto a adulación. Heliófilo publica un suelto en *Crisol* muy repugnante. No sé por qué Ortega consiente estas cosas. En el antiguo *Sol*, también consentía que lo adulase bajamente Aznar, que le llamaba «maestro». ¿Cómo podría haber sido Ortega maestro de Aznar?**[10]**

2 de agosto. Domingo

Hoy publica *El Liberal* otro larguísimo artículo poniéndome en las nubes. Y *El Heraldo* de anoche insiste en lo del homenaje. Concluirían por echarme a perder, si yo no fuese naturalmente impermeable a estas cosas. Al parecer, soy el hombre más popular de la República. Lo comprobé en la campaña electoral. Hasta en las pequeñas aldeas que visité, la gente parecía entusiasmada, y todos repetían lo mismo. (Luego dirá Ortega que el *país* no se ha enterado de lo que he hecho). Hoy, en El Escorial, me han abordado personas desconocidas para estrecharme la mano. Y en Navacerrada, un excursionista montés se ha acercado a la mesa donde merendaba con los Giral y me ha soltado un discurso. No puedo ir a píe a ninguna parte. Pero yo no siento con todo esto, no ya embriaguez, ni siquiera gusto. Estoy absolutamente inhibido. No me penetra la popularidad ni el aplauso. Necesito ponerme a reflexionar, a establecer mediciones y comparaciones, si quiero percatarme de la importancia de lo que ocurre, y de la importancia que me dan. De ningún modo *me siento* hombre importante y admirado. Y además, no me importa a mí. Estoy tan habituado a vivir para mis adentros toda mi vida, que esto de ser la *vedette*, parece que no va conmigo. Por fortuna, aborrecida siempre toda representación, mi sencillez no corre peligro alguno, ni mi naturalidad. Como no sea que a fuerza de tiempo, si el buen viento dura, concluya por marearme. Esperemos que no ocurra así, y que continúe tan aprendiz como siempre.

En El Escorial, adonde me fui anoche con Lola, he pasado muy bien el tiempo. Hacía fresco; la luz, templada por nubarrones. Estuve por la mañana en la basílica, solo. Cantaban la misa mayor. ¡Cuántos recuerdos!, treinta y tres años han pasado. ¡Qué de cosas adquirí y perdí aquí! Alcalá y El Escorial: he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad, como París fue más tarde la escuela donde se afinó. Es extraordinario lo poco que le debo a Madrid, como no sea mi reacción, es decir, el ejercicio de mi espíritu de oposición. Jamás he asentido en Madrid, ni por las letras ni por la política. Con estas canciones de coro, mi alma adolescente subía en otro tiempo al cielo. El colegial ya no

existe, y ellos siguen cantando lo mismo. ¿Para quién? Nadie lo ha exprimido como yo.

Estoy un rato con Lola en las salas capitulares. El prodigioso San Mauricio, que me inspiró una página del *Jardín*. Se me ocurre después ir a «la universidad», es decir, al ex Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina, a visitar al padre Montes. Este fraile fue mi profesor de derecho romano en… ¡1894! Me quería entrañablemente. Le vi por última vez hace unos veinticinco años. Cuando subí al Gobierno, recibí una carta de felicitación, firmada Jerónimo Montes, sin lugar ni fecha y sin la indicación *P*., que los agustinos suelen poner como antefirma. Además, me trataba de vuestra excelencia; no acabé de creer que fuese de mi antiguo amigo. El cual padre Montes, es el padre Mariano que interviene en el último capítulo del *Jardín*, y el coloquio reproduce algunas de las frases que cambiamos la última vez que le vi, precisamente en la Galería de Convalecientes, como allí digo. He sentido hoy la curiosidad de ir a visitarlo. Me habían dicho que estaba muy viejo y acabado, y como si dieran a entender que tenía la cabeza perdida. He llegado a la Universidad, con Lola; pregunto al portero: «¿El padre Montes?». «Le avisaré. ¿Quién le digo?». «Un antiguo discípulo». «Querrá saber el nombre». «¡Azaña!». «¡Ah!, voy en seguida». Entramos en la sala de visitas, que está como estaba, salvo que han puesto algunos cuadros. En el fondo, bajo un dosel, conservan una fotografía de la reina Cristina. Llega el padre Montes. Le habría reconocido al punto. Está igual, sólo que amenguado, canoso y terroso. Pero las facciones no han cambiado ni sus movimientos suaves de gatito. Me abraza, se le saltan las lágrimas. Sentados, me da palmaditas. «¡Cuánto me gusta verte!», dice. Habla de su carta; le explico por qué dudé de que fuese suya y que no tenía data, ni lugar. «Como el papel tiene membrete, no me atreví a escribir a un ministro de la República con el encabezamiento de la corona real». Esto me hace conocer que tiene la cabeza un poco débil. Le alabo su buen aspecto. Se queja de debilidad nerviosa. Ya no enseña. «Aquí estoy esperando a salir de la escuela». Con esto quiere decir, aludiendo a un cuentecillo que no acierta a referirme, que está esperando a morirse. Conferimos nuestros pequeños recuerdos, el pobre está muy contento y emocionado. Le pregunto por los frailes de *nuestro tiempo*. «Aquí están el padre Isidoro, que es rector, y el padre Norberto. Se alegrarían de verte. También está el padre Serra, pero vive en el monasterio». Después de esto, quién se niega a verlos. Mientras llegan, el padre Montes me convida a comer. «Has de venir un día que haya pichones. El domingo que viene, y habrá pichones», repite, con fruición. En éstas, llega el padre Isidoro,

que era *inspector*, es decir, lo más humilde, cuando yo era estudiante. No recuerdo si le miento o le aludo en *El jardín*. Nunca me fue simpático. A menudo ampuloso, aguileño, un poco taimado, y con pretensiones de rapaz. Le di mucha guerra. Y una vez que volví al colegio, pocos años después de marcharme de él, a la consagración del padre Valdés como obispo, creo recordar que le dije algunas insolencias risueñas. El padre Isidoro está muy amable conmigo. A las pocas palabras, me dice: «Tengo que darle a usted una explicación, Azaña. Ramón Cordero (un antiguo compañero del colegio), me dijo que estaba usted molesto conmigo, porque fue usted a visitarme en Portugalete y usted creyó que me había negado a recibirle…». «Ni yo he visto a Ramón Cordero desde que salí de aquí, ni he sabido nunca que usted haya estado en Portugalete», le replico, como es verdad. (No añado más, aunque pudiera, por no ser descortés). Al poco rato, me convida a comer. «Ya le he dicho que venga un día que haya pichones», interrumpe el padre Montes. Isidoro interrumpe a su vez, como si se percatase de un desvarío del otro fraile.

Salimos al patio central, para que vea el jardín que han formado en él. Allí nos alcanza el padre Norberto. Este padre, que se apellida Vicioso, es el padre V., de quien hablo con alguna violencia en *El jardín de los frailes*. Si me ha leído, me querrá poco. Estaba de rector del Colegio de Agustinos en Málaga, quemado en el mes de mayo último. Me cuenta a qué circunstancias debió el escapar con vida, y por qué no hubo víctimas entre los niños acogidos en el establecimiento. Se lamenta de las desgracias y pérdidas, sobre todo del incendio del *Cristo* de Mena. «Si llega a perecer alguien, te crucifico», me dice, sonriendo. «A los redentores crucifican, a mí no, que no soy redentor», le respondo. Hablamos todavía otro rato, y el padre Norberto se despide.

Con Isidoro y Montes pasamos a la Galería de Convalecientes, para que Lola la conozca. Isidoro le dice a Lola, lo mucho que el padre Montes me ha querido siempre, no menos que el padre Valdés. «Cuando leí en *El jardín de los frailes* —dice el padre Isidoro— la escena con el padre Valdés, después de comulgar, me conmoví». (¡Hola!, digo entre mí, lo habéis leído). En la Galería, que está hermosísima, exclamo, al entrar: «Este olor de los bojes me restituye al tiempo pasado». «Es verdad —dice el padre Montes—, los olores nos reponen en las cosas que fueron». Allí hablamos un poco de política. El padre Isidoro me pregunta un tanto angustiado, qué va a ser de ellos, porque nada de lo que hay allí les pertenece, todo es del Patrimonio y no sabe cuál podrá ser el mañana inmediato. Respondo que tampoco lo sé yo, y que las

Cortes lo resolverán, pero le aseguro que por mi gusto, El Escorial permanecería tal como está.

—¿Y los colegios?

—No sé.

—¿Quitarán la libertad de enseñanza?

—Me parece probable.

El padre Montes asegura que eso sería ir contra lo que en toda Europa se hace y se consiente, y empiezan, o quieren empezar a ponerme ejemplos.

—Si quitan la libertad de enseñanza —dice Isidoro—, habrá que cerrar los colegios, y será un fastidio.

Después se muestra conforme con que para enseñar se exija título, y le parece muy razonable que el vestir un hábito o una sotana no sea bastante para enseñar. (Lo mismo decían el siglo pasado).

Isidoro cree que los más terribles son los radicales-socialistas, y que el «más exagerado» (¡oh!, ¡cuánto eufemismo, en consideración al ministro de la Guerra!) es Domingo.

Volviendo a la cuestión de las órdenes, les digo que los agustinos quizá corren menos peligros que otros, por ejemplo, que los jesuitas.

—Somos más liberales.

—No es por eso. La gente cree que se conducen ustedes de otra manera.

Yo no quiero asustarlos; me dan lástima y no he venido a decirles exabruptos.

Respecto de El Escorial, y de la conveniencia de que los agustinos continúen encargados de su custodia, el padre Montes aduce dos argumentos bien distintos: el uno es que la biblioteca, magnífica, sirve a la cultura universal; el otro, que cuando ellos se hicieron cargo de El Escorial, había cerdos en el monasterio.

Cuando vamos en busca de la salida, me habla de mi gestión ministerial, que aplaude. Era necesario, dicen los dos, y el padre Isidoro añade que ha discutido el caso con el coronel de Carabineros, el cual argüía a la defensa que Isidoro se atribuye: «Defienden ustedes al discípulo».

Cuando entramos en la Galería de Convalecientes, el padre Isidoro exclamó, con acento ponderativo: «¡El jardín de los frailes, el jardín de los frailes!», mirándome con aire de inteligencia. Ésta, y la del padre Valdés, son las únicas alusiones que han hecho a mi libro.

También el padre Isidoro me ha dicho que conocía mi libro sobre la política militar francesa, porque se lo dio o se lo mostró un abate francés amigo suyo.

Antes de separarnos, insisten en el convite, el padre Montes en lo de los pichones, quedamos en que probablemente vendré el domingo próximo, y entregándole el portero a Lola un ramito de flores, nos vamos, no sin que el padre Montes me haya dado algunos cachetitos, arrasándosele los ojos de lágrimas.

Me ha hecho una extraña impresión ver ante mí, vivos, a los personajes auténticos de mi novela, que en mi existencia estaban desde tanto tiempo muertos. Parecen resucitados de otra vida. Toda una historia espesa de por medio, olvido, hacerse uno otro hombre, y aquí los encuentro, conservados como el día que los dejé.

El encuentro con el padre Montes me ha satisfecho, y estoy contento de haberle alegrado una hora. No así el encuentro con los otros dos. El uno no es más que una sombra afectuosa. Los otros, fuertes aún, están en plena actividad y perpetúan cuanto me pareció insoportable en su juventud. El picajoso y suspicaz Isidoro, el brutote Norberto no pueden tener conmigo ninguna comunicación agradable, ninguna expansión real. Y este desagrado ha ido acentuándose a medida que transcurren las horas. Antes de salir del Escorial, le digo a Lola, que de ninguna manera iré a comer el domingo con los frailucos. Lo siento por el padre Montes, pero le enviaré unas líneas cariñosas, aplazándolo para otra vez, y se quedará contento. ¡Pobre fraile! ¡Cómo recordaba mis *triunfos* de colegial! Si quieren *estar amigos* de un ministro de la República, «que tanto puede hacer por ellos», dice Isidoro, a mí no me agrada.

Isidoro me ha dicho que oyó por la radio mi discurso del hotel Nacional.

Y, ¡basta de frailes!

Hemos ido a merendar en Navacerrada con los Giral. La mujer de Giral no ha visto el monasterio. Es probable que tampoco lo haya visto su hijo mayor, que viene de pasar unos meses en Alemania, estudiando química, y que es partidario de suprimir el ejército, adonde le toca ir a servir ahora; le interesa más la química. «Si una nación nos invadiera —dice—, nos defenderían *con piedras*». Esta joven generación está poco instruida. Pero los Giral son muy simpáticos y él es un gran amigo mío.

En Navacerrada nos hemos encontrado a última hora con Queipo *and family*. También han pasado por allí José Bergamín y el querubín García Valdecasas.

Hace frío. Nostalgia de una chimenea cargada de leños.

He dejado a los Giral en su casa. Cena en El Escorial, y regreso a Madrid.

4 de julio

Se cometió la ligereza de aceptar el proyecto de fiestas, ideado en San Sebastián, para conmemoración del pacto político del año pasado. En el Consejo en que se acordó el viaje del Gobierno a Bilbao y San Sebastián, yo no estuve presente; de estar, me habría opuesto al programa. No creo que el Gobierno deba prestarse a ser un número de feria ni a servir para atracción de forasteros. Todo lo proyectado tenía un aire de bullanga, de inspiración reporteril. A Prieto le parecía bien, repitiendo lo que su experiencia de antiguo «comparsa de teatro» le aconseja en cuanto a los efectos teatrales… Como estaba mal pensado, no podía salir airosamente el Gobierno de este paso. La discreción estaba en no meterse en él. Ayer han comenzado a protestar en San Sebastián, porque también se hacían festejos en Bilbao, y «se le quitaban» a San Sebastián. El alcalde ha dicho una grosería al Gobierno. En el Consejo de esta mañana se ha tratado del asunto. Yo he dicho mi opinión, contraria al viaje desde un principio, y decidida porque se suspenda en definitiva, advirtiendo que yo de todos modos no iría.

Han opinado por suspenderlo el mismo Prieto y otros. El Presidente y Lerroux querían suspenderlo, pero no publicar el acuerdo, suponiendo que todo podría arreglarse. He insistido en que el Gobierno no podía ser tratado como una compañía de cómicos contratada, y que si demorábamos el acuerdo o la publicación, las groserías irían creciendo, y al fin tendríamos que adoptarlo menos libremente. Por fin se acordó la supresión del viaje, diciéndolo en seguida. Aún el Presidente añadía: «Creo que todavía iremos a San Sebastián».

Cosas más importantes han ocupado después al Consejo. Todos los informes coinciden en que se reproducirán en Sevilla los motines sindicalistas y anarquistas. Según Martínez Barrio, la diferencia está en apreciar la inminencia del estallido. Maura opina lo mismo, y añade que *la fuerza pública* flaquea y está amedrentada por el exceso de celo de la Comisión parlamentaria que investiga los orígenes de la pasada revuelta. Según Maura, la Comisión se extralimita, las autoridades están achicadas, no se atreven a hacer nada, y hasta suspenden o revocan órdenes cuando la Comisión les pide

explicaciones sobre ellas. Parece que ante la Comisión no han declarado hasta ahora más que los sindicalistas. Antonio Jaén, que la preside y es algo loquinario, como se probó en los motines de Málaga, en mayo, arenga a los sindicalistas, les promete «la justicia social» en nombre de las Constituyentes, etcétera, etcétera. Han mandado desenterrar los cadáveres de los cuatro que murieron en la plaza de España, para averiguar cómo fueron las heridas. Según se dice, no se descubre nada hasta ahora respecto de la supuesta aplicación de la ley de fugas.

Martínez Barrio asegura que todo lo que ocurre en Sevilla, podría prevenirse si hubiera policía. Pero no la hay. Es gente inepta o pasiva y algunos vendidos a los sindicatos. Esto último lo confirma Maura. Es inútil aumentar allí el número de agentes, que no se enteran o no quieren enterarse de nada. Los sindicatos los tienen fichados y no pueden mezclarse en los medios sindicalistas para informarse. Martínez Barrio insiste en que se manden a Sevilla tres o cuatro policías, desconocidos en el país, y que sin aparecer por las comisarías ni presentarse a las autoridades, etcétera, hagan el espionaje. Al final del Consejo, Galarza da los nombres de los cuatro comisarios que pueden ir.

También había propuesto Martínez Barrio hace tiempo que se organizase en Sevilla una guardia cívica, formada con socialistas y republicanos, que sea la encargada de sujetar a los sindicalistas y sostener el primer choque en caso de motín. Maura y el Presidente se resistían, por lo peligroso que es «armar a las masas». Yo les he preguntado que a qué llaman *masas*; que armar a cuatrocientos o quinientos afiliados a los partidos, gente de confianza, no ofrece peligro, y que en todas partes donde lo hemos ensayado, la guardia cívica ha dado buen resultado. Discutido mucho el caso, prevaleció el propósito de crear la guardia cívica.

Se examina detenidamente los indicios de una acción catalanista, por medio de los sindicatos, en el origen de los sucesos de Sevilla. Los periódicos de hoy reproducen una información del de Córdoba, *Política*, en la que se atribuye lo ocurrido en Sevilla a una confabulación de Macià y Pestaña. La información no tiene base sólida y no convence. Los ministros enterados de ciertos antecedentes aseguran que Sevilla es, desde hace muchos años, una reproducción en pequeño de la situación social de Barcelona y de sus agitaciones, y que los agentes catalanes revolucionarios han trabajado siempre con predilección en Sevilla.

Más puntual es la información que envía al ministro de la Gobernación, Arturo Menéndez, jefe de Policía en Barcelona. Arturo Menéndez es el

capitán que me acompañó a tomar posesión del Ministerio de la Guerra, el 14 de abril; hermano de mi ayudante del mismo apellido.

Según Menéndez, Macià escribió a un fabricante de Tarrasa, amigo suyo, rogándole que recibiera en depósito una caja que, por no tener Macià casa puesta en Barcelona, y carecer de persona de más confianza, no sabía a quién confiar. La caja fue enviada al fabricante.

Resultó ser un bulto de más de una tonelada de peso, que hubo de ser descargado con la grúa de la fábrica. Admirado del envío, el fabricante abrió la caja, que apareció llena de fusiles máuser. Temeroso, el fabricante, escribió a Macià, diciéndole que por equivocación habían abierto la caja, y que como podía comprometerle el depósito, le suplicaba que se lo llevasen. Macià ha contestado que no tuviera miedo, que no era posible llevárselo a otra parte, y que depósitos iguales había constituido en diversas localidades de Cataluña.

Se recuerda, a propósito de ello, los anuncios que hizo Macià sobre el armamento de Cataluña.

A Menéndez se le encarga que con el mayor sigilo procure seguir la pista del asunto, y apoderarse de la caja, que sería un gran golpe. A Maura se le dice y aconseja, no sin motivo, que la cuestión se lleve muy discretamente, sin producir alarmas. A Nicolau no se le encarga nada. Pero ¿en qué relación estarían los hombres de su partido con Macià, si se produjera una situación de fuerza?

Una nota desagradable es el estado de la negociación comercial con Francia, que pretende acogotarnos. El Consejo se muestra decidido a afrontar la ruptura de relaciones comerciales y la guerra de tarifas, a sabiendas de sus consecuencias, para no aceptar una solución impuesta por Francia, que además de ser perjudicial, dejaría al Gobierno sin autoridad para todos los tratos de ese género.

Doy lectura a una memoria sobre la disolución de la Aviación militar, que tal vez sea la única solución del conflicto pendiente y la única cortapisa a las pretensiones de los aviadores.

Por la tarde, he recibido en el ministerio al teniente coronel Camacho, que era jefe de la base de Tablada, cuando la supuesta o real conjura revolucionaria de Franco, y a quien Sanjurjo destituyó. Camacho, andaluz, hijo de un jefe de Infantería ya muerto, que fue compañero de juergas y francachelas de Sanjurjo, ha sido en otro tiempo muy protegido de este general, que le dio, o le regaló, dos ascensos. Sin eso, Camacho sería capitán.

Se explica con calor y simpatía. Me cuenta todas las cosas buenas que hizo en la base para restaurar la disciplina y los hábitos de trabajo, relata a su

modo las visitas de Franco, etcétera. Asegura que es inocente, y que el haberlo procesado «por indicios de negligencia», es una iniquidad. ¿Tiene razón? Quién sabe. Pero repasando en frío sus explicaciones, me dejan una impresión de inconsistencia y levedad.

Una cosa me ha dicho Camacho, *ex abundancia cordis*, que demuestra el estado de la Aviación y la crisis de su disciplina.

Cuando las idas y venidas de Franco a Sevilla, Camacho, no recuerdo por qué incidente, reunió a los capitanes de la base y les dijo que si no les parecía bien su conducta, pediría un permiso, y que se encargase otro del mando; los capitanes dijeron que estaban conformes con su proceder y que *tenía toda su confianza*. Que los subordinados otorguen actas de confianza al superior es peregrino.

Una de las causas que contribuyen a esta situación es la camaradería entre los jefes y oficiales. Todos son jóvenes y compañeros, muchos de las mismas promociones, y no se tienen respeto.

Camacho me expone también su pleito personal en cuanto al proyectado escalafón. Que le saltan otros más modernos, que nadie ha volado tanto, etcétera, etcétera. Se me figura que esto le interesa sobremanera.

He ido a las Cortes. Sesión insignificante. Estoy un rato en el salón, porque está más fresco que los pasillos. Se aprueba «por aclamación» la propuesta que por la mañana hemos firmado los ministros: que se graben los nombres de Galán y García Hernández en el salón de sesiones.

Salgo del banco azul, y en recorrer los pocos metros que me separan del pasillo tardo hora y media: tal es el acoso de los diputados, que vienen a pedirme cosas, las más de ellas tonterías. Tengo que «regañar» a uno. El capitán Romero, diputado de mi partido, me pregunta qué pienso hacer con la solicitud de retiro de Franco. Le respondo que concedérsela. Insiste en saber si no habría benevolencia para los que se arrepienten de haberlo pedido; le respondo que no. Se refiere al comandante Ortiz, «una fierecilla», muy secuaz de Franco.

Romero me dice que Franco está muy frío con él; «sin duda», añade Romero, «porque contra lo que Franco creía, no hago todo lo que a él se le antoja y no voy por donde él quiere».

Franco hace en las Cortes un triste papel. Está solo en su banco, y cuando más le rodean pájaros como Sediles, Jiménez y Samblancat. Nadie le hace caso. La caída de este tipo, en cuanto ha abierto la boca en las Cortes, ha sido tan definitiva como yo lo esperaba. Siempre aconsejé a Maura que le protegiese para sacarlo diputado, y al mismo Franco le recomendé que viese a

Maura. No se vieron, con lo cual mi primer propósito, que era evitar que Franco cayese en los partidos extremistas, no se logró. Pero en uno o en otro partido, la anulación del glorioso comandante en el Congreso era fatal.

El auditor de Sevilla pide ahora su procesamiento y vendrá a las Cortes el suplicatorio.

Después de la sesión voy al despacho de ministros que está solo. Detrás de mí, llega Fernando de los Ríos. La conversación empieza con un «¿qué hay?». Ríos me dice que tenía gana de hablar conmigo. «Nosotros, los profesores, propendemos sin querer a la pedantería, y esto es muy ridículo, y yo lo deploro», añade, riéndose con una risa angelical que se le desparrama por las barbas, cubriéndolas de miel. «Estoy seguro de que, situando las cuestiones en un terreno objetivo y científico —prosigue—, nos entenderemos en seguida».

Ríos está hoy muy mal impresionado, tal vez las conversaciones del Consejo, esta mañana, le han puesto así. Es un hecho evidente que las reuniones del Consejo nos deprimen; yo, cuando estoy solo con mis asuntos, sin hablar con los ministros, a quienes sólo veo en los Consejos, me encuentro tranquilo y bastante despreocupado.

Tengo una seguridad que, probablemente, carece de fundamento racional y proviene de mi indolencia.

Ríos se preocupa de la situación económica, que es muy negra. Falta la confianza. El capital, con razón o sin ella, está alarmado. Del Banco Hispano Americano se han retirado cuatrocientos millones de pesetas y se retiran cada semana treinta y cuatro millones. Si el Hispano se *sienta*, el Banco de España caerá después. La Bolsa está, aunque en baja, sostenida artificialmente: si no fuera por eso, el interior se cotizaría a veinte. Cree, o sabe Ríos, que esta situación no puede durar hasta más allá de noviembre. Entonces, si no se consigue rehacer la confianza, se producirá la catástrofe.

Quedamos conformes en que nos falta una política económica y financiera. Yo me aventuro a decir que Prieto ha hecho mal en empeñarse en atacar principal y exclusivamente el problema del cambio, que depende de causas que no se han tocado. Ríos asiente. Y se lamenta de las ligerezas de Prieto, arremetiendo contra la técnica y los técnicos, siendo así que la República debiera ya de haberse preocupado de incorporar la ciencia a la política.

Ríos cree que debe invitarse al capital a que colabore en la transformación de la economía, y darle medios para ello. Ha requerido a Nicolau para que sin pérdida de tiempo organice un verdadero Consejo Nacional de Economía, con

las representaciones que debe tener, no como los antiguos organismos de esta clase.

Le hablo del presupuesto, cuya urgencia y gravedad me parecen, por el momento en que estamos, mayores que los de la Constitución.

Ríos me dice que en uno de los últimos Consejos (por lo visto, no estando yo) propuso que en Hacienda vayan ocupándose del presupuesto, porque el Gobierno no puede mantener el régimen que estaba en vigor sobre esta materia.

Después hablamos del porvenir político. Ríos parte del supuesto de que el Partido Socialista no continuará gobernando después de votada la Constitución. (Antes me ha dicho que al venir la República, el Gobierno debió decretar un aumento del 25 por ciento en las contribuciones, lo que nos hubiera despejado la situación de la Hacienda).

No gobernando los socialistas, el llamado a formar gobierno sería Lerroux. Se lamenta de la ligereza de Prieto, poniendo el veto a Lerroux. Si los socialistas no quieren o no pueden gobernar, deben dejar que gobiernen otros para que dure la República.

Le hago notar que la Alianza Republicana, aun con la colaboración de mi partido, no tendría votos bastantes, porque los radicales-socialistas no entrarán en una combinación presidida por Lerroux. Ríos cree que se nos sumarán otros. «La Alianza —dice Ríos— es ahora una organización bicéfala: usted y Lerroux». De momento, no ve más que la solución Lerroux, y dejarle que se gaste. «Usted —añade— es la única esperanza en el campo republicano». De estos otros amigos, los radicales-socialistas, no se puede esperar nada: con dos representantes en el Gobierno (Albornoz y Domingo), son dos bellísimas personas, pero no sirven para nada. «Albornoz —prosigue Ríos— no está en el mundo, no se entera de nada. En cuanto Domingo no tiene la menor idea del problema de la instrucción pública en España». (En esto íbamos cuando Albornoz cruza, impávido como una sombra, el despacho).

A poco, entra Indalecio Prieto, redondo, vagarosas las pupilas. «¿Secreteo?», pregunta.

—No —le responde Fernando—, estamos esperando un refresco.

—Se puede esperar un refresco, y secretear.

—Hablamos del futuro Gobierno.

—El futuro Gobierno tiene que presidirlo usted —me dice Prieto.

La conversación vuelve al tema de antes.

Prieto dice que como soy el ministro que ha tenido mejor fortuna, debo presidir el Gobierno que suceda al actual.

Contesto que desde el 14 de abril, las pocas veces que he parado la atención en este asunto, preveía como cosa natural un nuevo Ministerio de coalición, con socialistas y republicanos de izquierda. En este Ministerio, sería yo con gusto hasta portero de cualquier cosa. Pero que comprendo las ventajas para el Partido Socialista y para la República, que resultarían de retirarse los socialistas del poder, retirada que viene casi impuesta por la situación social, por la guerra civil de la Unión y la Confederación. (Me callo una cosa: que si alguno de los tres ministros socialistas hubiese realizado una obra plenamente acertada y popular, su retirada del Gobierno no sólo no sería necesaria, sino que sería imposible).

Apartados los socialistas del poder, es inevitable un Gobierno Lerroux. Fernando insiste en que Prieto ha hecho mal poniéndole un veto.

—En eso he de insistir con todas las fuerzas de mi alma —replica Prieto.

—Lerroux no es hombre para dejarse anular —le digo.

Prieto presenta el panorama de las inmoralidades que acompañarían a un Gobierno Lerroux. Asegura que Lerroux le es simpático en el fondo, porque es un tipo de aventurero muy español; pero que no es dueño de la gente que le rodea. Y calentándose un poco, agrega: «y para qué disimular, él mismo no se pararía en barras. Hace una vida fastuosa (no empleó esta palabra, pero no la recuerdo), necesita dinero, y lo sacará de donde pueda. Los chanchullos de la monarquía serían, por comparación, cosa de querubines».

—Los demás republicanos —digo—, no contando con la colaboración de ustedes, no podemos tener mayoría sin Lerroux. Quizá ni estando él.

—Lerroux podría estar en el Gobierno, aunque no lo presidiera —opina Prieto.

—No lo creo posible.

—MacDonald gobierna sin mayoría —dice Ríos.

—Pero aquí no hay la experiencia ni la disciplina de los partidos ingleses.

—Es preciso inculcárselas —responde Ríos.

Prieto habla de una política de apoyo. Tengo la impresión, en este momento, de que la no colaboración de los socialistas en el futuro Gobierno, no es cosa decidida, o por lo menos, no es decisión irrevocable. Tocado este punto, Prieto dice que Besteiro debe de estar ahora satisfecho en su vanidad. «Es un vanidoso con un *stock* inagotable. Y, después de haber hecho hasta última hora todo lo posible por torpedear el movimiento revolucionario, el cargo de Presidente de las Cortes le tiene muy contento». Deduzco que

Besteiro es el más opuesto a la continuación de los socialistas en el Gobierno, y que Prieto espera que flaquee, por el motivo que ha dicho.

—Usted puede hacer mucho —me dice Fernando.

—Lo que yo pienso hacer, si Lerroux es llamado a formar Gobierno, y quiere contar, como es natural, conmigo y mi partido, es oponerme a que forme un Gobierno de lerrouxistas. En eso no entro, aunque me dijeran que iba a caer la República. Porque no quiero desacreditarme por acciones ajenas. Y entonces, con sólo sus radicales, no podría formar Ministerio.

—Un Gobierno —dice Fernando— controlado por cuatro ministros de Acción Republicana, en Hacienda, Justicia, Instrucción y Guerra, ya sería mucho.

—Pero le dejan ustedes Fomento —replica Prieto— y sería temible.

—Como es listo —opino yo— quizá se le ocurra contar, además de con Acción Republicana, con alguno de estos intelectuales que Prieto llama la masa encefálica.

—Sí, eso tendría mucha fuerza, si fuese posible contar con Ortega y Sánchez Román.

Prieto opina que Ortega es un *camelista*. Todos convinimos en que estos hombres tendrán que salir pronto de su posición de espectadores, y ponerse a prueba.

Como yo insisto en que la combinación mejor sería sobre la base de la colaboración de los socialistas, Fernando llega a decir que acaso pudiera ocupar un socialista la cartera del Trabajo.

Prieto opone con calor que la cartera del Trabajo no puede ocuparla un socialista en un gobierno burgués, ni hubiera debido ocuparla por tanto en éste. Es un compromiso terrible y le hace perder terreno al socialismo. «Quizás estaría mejor un socialista en Fomento», opino yo.

Volviendo al Ministerio Lerroux, y a su falta de mayoría, Prieto afirma que lo primero que haría sería disolver estas Cortes, para traerse una mayoría por los antiguos procedimientos.

—Pero eso no dependería de él solo, sino del Presidente y también de los partidos —dice Ríos.

Prieto repite y amplía sus pronósticos.

En un inciso de la conversación, Fernando dice que un gobierno de republicanos podría dar la batalla a la CNT. (¡Es un encargo!).

Hablamos todavía mucho. Fernando me dice al final: «Hable usted con Besteiro, hable usted con Besteiro».

5 de agosto

Larga conversación con Sanjurjo, que charla conmigo muy animadamente y con gran franqueza. Se conoce que le he sido, por fin, simpático. Se expresa a trompicones, atragantándose para buscar las palabras, que yo me adelanto a decir, para abreviar, y que luego repite él, como aliviado de un gran trabajo. Entre otras cosas me cuenta el estado en que ha encontrado el parque de la Guardia civil. Abusos que, si se abriera una sumaria, producirían un escándalo. Me dice que él es en parte responsable de esto, porque lleva dos años al frente de la Guardia civil y hasta ahora no había *metido mano* a los del parque. Cuando le nombraron director general, tomó el cargo a beneficio de inventario. Por lo visto, ahora lo toma más en serio. No sé bien por qué, pero me lo figuro.

Me cuenta que en el parque hay instalada una preciosa sala de máquinas, con varios motores de 85 caballos cada uno, que podrían dar luz a Chamartín, pero que como la Guardia civil no va a dedicarse a eso, las máquinas están paradas y no sirven para nada.

Toda la fuerza que el parque necesita, la da un motor de 15 caballos. «Estas son cosas de Burguete —afirma Sanjurjo—, para justificar gastos o cobrar comisiones. Yo no sé si Burguete será un buen general, pero es un general caro».

Cree Sanjurjo que al venir la República se debió cambiar los puestos de la Guardia civil en muchos pueblos, porque ahora los guardias ven de alcaldes a las personas a quienes antes perseguían.

Hoy es día de audiencia militar. Muchos generales, con sus fajines, a lo largo del salón de visitas.

Viene a verme el general Lacerda, nombrado para la división de Valladolid. Sé que está descontento, porque pedía nada menos que una inspección general. Este general es muy desastrado y fachoso. Le atribuyen lo de los dos dilemas. Se les saca de un rincón, y todavía les parece poco.

Me ha pedido que le lleve pronto a otro destino, en clima más suave que el de Castilla, porque su mujer tiene bocio.

El comandante Pastor, a última hora, me trae papeles de Aviación, y me hace una pregunta a la que no doy importancia. Que cómo se da de baja, en el aeródromo de los Alcázares, al *material* que falta, y que se extrajo hace unas semanas con volantes para un fin reservado. Resulta que el *material* es más numeroso de lo que yo creía. Pastor dice que lo darán de baja como gastado en ejercicio.

Estoy en casa hasta las seis. A esa hora voy al Congreso, donde había Consejo de ministros. Sin llegar al salón de sesiones, entro en el despacho del Gobierno. En el Consejo se examina la comunicación de Calvo Sotelo al Presidente de las Cortes, preguntándole si puede contar con las seguridades necesarias para venir a ejercer su cargo de diputado y defender su gestión. Besteiro le ha contestado, en lo que a él le concierne, que dentro del Parlamento y en el ejercicio de sus funciones, le amparará como a todos los diputados. Y traslada la comunicación al Gobierno, para que éste resuelva en lo demás.

Como el escrito no viene dirigido al Gobierno, se acuerda no contestar a Calvo Sotelo, sino a Besteiro.

Se discute qué haremos con Calvo Sotelo cuando pase la frontera: si prenderlo, y comunicárselo a las Cortes para que resuelvan; o dejarlo venir a las Cortes y que ellas resuelvan si se le prende o no, como el Gobierno tiene acordado hacer con todos los exministros de la dictadura, por precaución.

Las opiniones se dividen: la mayoría vota porque se le prenda en cuanto pase la frontera. El Presidente, Barrio, Largo y yo opinamos que no se debe prender a un diputado. Como yo he votado el último, porque empezamos a votar por mi derecha, el voto mío sorprende un poco, lo conozco, y no deja de impresionar a algunos señores. Hemos dado cien vueltas al asunto, y yo les digo que siendo la cuestión tan difícil, políticamente, ni unos ni otros estamos satisfechos de nuestro voto. Todos asienten.

Por último, se aplaza la respuesta a Besteiro, en la que habríamos de consignar nuestra decisión, en espera de que en las Cortes se plantee un debate sobre lo que debe hacerse con los presos políticos, y que las Cortes resuelvan, incluso el caso de Calvo Sotelo. La verdad es que dejar libre a Calvo y tener preso a don Galo es un absurdo.

Con este motivo, se habla de otros presos, entre ellos del general Mola. Sobre esto me escribió hace días Ruiz y Benítez de Lugo, pidiéndome que intercediera por el general, y se le permitiera quedar en prisión en su casa, donde tiene a su mujer sola, próxima a dar luz.

El Consejo acordó entonces no soltarlo, y así contesté a Benítez de Lugo. Hoy estaban más blandos. Sanjurjo había hablado con Maura, en favor de Mola. Prieto ha llegado a decir que la prisión de Mola le parecía una iniquidad, y que por su parte pondría en libertad a todos. Lerroux también cree que Mola puede quedar arrestado en su casa. Solamente Largo sonríe y mueve la cabeza. Yo pregunto por qué no se acordó eso el otro día.

—Pero, querido Azaña —me dice el Presidente—, estos acuerdos son rectificables.

Total, queda convenido dejar a Mola en su casa. Maura quería decírselo en seguida a Sanjurjo. Después opina que debo dar yo la orden. Ignoro a disposición de quién está Mola en prisiones. Por el sentido de la deliberación, habrá que averiguar cómo va el parto de la mujer para que llegue a tiempo. Lo mejor será que mañana mismo le envíe arrestado a su casa.

Prieto exclama, no sé con qué ocasión: «Con el Estatuto catalán, los sucesos de Sevilla y el control obrero en las fábricas, la libra se ha puesto a 55. El desastre es inevitable». Prieto y Largo se dirigen algunas réplicas sobre lo del control obrero.

Se vuelve a hablar de lo de Sevilla. La huelga general parece inevitable y según Martínez Barrio no se limitará a Sevilla. Todo el que tiene dos pesetas ha huido de la ciudad, y la gente que queda, está encerrada en sus casas.

Cuando regreso a casa, me avisan del Gabinete militar que el capitán Romero quiere hablarme con urgencia. Le digo que venga, y se presenta con el comandante Muñoz, también diputado a Cortes.

Mientras están en camino, el comandante Saravia me dice, desde el Gabinete, que vienen a contarme cosas de Sevilla, y que los encuentra aterrorizados.

Romero y Muñoz me informan, por referencias de Ramón Sicilia, de que la guarnición de Sevilla no está tan decidida a defender la República como fuera de desear. Romero trae la cara sería y alarmada de los días de la conspiración. Les pido datos precisos. No los tienen. Resuelvo en mi interior no hacerles caso. Todo son conversaciones, rumores y los eternos *discos* militares, que no tienen congruencia entre sí, ni con la desafección a la República. Dejándolos hablar, Muñoz opina que la guarnición de Sevilla estaría dispuesta a resistir al pueblo insurreccionado, pero que no haría nada contra los patronos, si hubiese necesidad de ir contra ellos, cosa tal vez conveniente a juicio de Muñoz, porque son los principales causantes de la mala situación.

Añade Muñoz que los sujetos a revisión de empleos están muy trabajados y cunde entre ellos la desafección, sobre todo por la espera hasta que se resuelva el asunto. Pero que si las Cortes decretasen la anulación de ascensos la acatarían. Total, nada.

También me dice que hay descontento porque continúa Ruiz Fornells en la subsecretaría.

A esto observa Romero que él no ha oído decir nada contra Ruiz Fornells, lo que me da motivo para creer que Romero es algo distraído, porque contra Ruiz Fornells se desatan muchos, sobre todo los artilleros. Esto le desacredita como informador.

Y de la extensión de los informes de Muñoz me formo pobre idea, cuando dice que, si bien se alaba la política del ministro, produce extrañeza que no se atreva a tocar a «la casa grande», o sea al ministerio. Por lo visto, ni Muñoz, ni sus informadores, leen el *Diario Oficial*. En el ministerio no queda ninguno de los jefes de sección que yo encontré, y he separado a diez generales que había en la casa. Sólo permanece Ruiz Fornells, de cuya permanencia en el cargo me felicito cada día más. Lo he tenido, como sigue, contra la camarilla del Gabinete militar, y censor de sus iniciativas en cuestión de personal. Así los he contrapesado, librándome de ser prisionero de un grupo de oficiales.

A Muñoz y Romero les digo que no tengo inconveniente en que vayan a Sevilla a informarse personalmente, como desean.

Ya de pie, Romero me anuncia gravemente que aún le queda algo por decir. «Creo que Franco, Ortiz, y ésos, piensan dar una campanada en la prensa contra usted, hablando de un *material* facilitado a los revolucionarios portugueses, y de un avión para Italia».

Todo ello, de despecho porque han oído que voy a admitirles la instancia de retiro.

Le contesto a Romero, que no me impresiona el caso; que mi posición política y ministerial no está pendiente de lo que pueda decir en la prensa Franco; que el asunto no me concierne personalmente, y que si Franco hubiese recibido una misión confidencial y ahora lo revelase por encono personal, sería peor para él, porque le calificaría de hombre sin honor. Y los militares juzgarían su conducta, como la juzgarían las Cortes republicanas.

Apretando a Romero, deduzco que traía encargo de decirme eso, y le pregunto cómo se llama lo que Franco pretende.

—Un chantaje —responde.

—¿Y usted se presta a ser emisario?

La conversación se endurece por el tono que le doy, y los despacho pronto. Antes de marcharse, dicen que como su presencia en Sevilla pudiera llamar la atención, es preferible que primero concrete Ramón Sicilia sus informes y que ellos irían más tarde, si es preciso. Les digo que está bien, y se van.

Pensando en esto, lo relaciono con mi conversación con Romero en las Cortes, la otra tarde, y me doy cuenta ahora de que no hizo más que explorarme, por cuenta de Franco. Y si añado a esto su pronto desistimiento del viaje a Sevilla, me imagino que su alarma por el estado de la guarnición no es más que un pretexto para venir a verme y colocarme el encarguito de Franco. Contra esta suspicacia mía no hay más argumento que el hecho de haber llegado esta misma mañana de Sevilla, Muñoz, según creo haber entendido. ¡Qué gente!

Por la noche, después de cenar, voy a casa de Guzmán. Acaba de llegar de la sierra. Le entero de lo que sucede, haciéndole ver con qué razón he desatendido las últimas peticiones de Corteçao y sus amigos. Le explico cuánto me interesa saber dónde para el material. Guzmán acaba de hablar por teléfono con Corteçao y se han citado para cenar juntos mañana. En vista de lo que yo le cuento, Guzmán envía un recado a Corteçao para que venga a verle. Estamos comentando la botaratada que proyecta Franco y sus posibles consecuencias, cuando se presenta Corteçao, a quien Guzmán hubiera querido recibir a solas. La situación es un poco embarazosa. A Corteçao me lo presentaron hace dos meses en El Henar; es alto, de nariz larga, los ojos de mirar duro, la barba roja, crecida en un mazo primitivo y afeitadas las mejillas. Hombre solemne, ceremonioso, habla con dificultad el castellano, muy despacio, lo que aumenta su solemnidad.

Está muy cortés conmigo, me da las gracias muchas veces, y preguntándole yo por la marcha de los trabajos revolucionarios, averiguamos lo que Guzmán quería preguntarle a solas. El material está en España, cerca de la raya, y es tan numeroso como Pastor me ha dicho. Sólo una pequeñísima parte ha pasado a Portugal. Me habla después del barco cargado de armas que tiene detenido en Copenhague, porque el Gobierno danés no le deja salir sin un permiso de tránsito por ese país. Ese permiso fue expedido por la Dirección de Aduanas, de orden de Prieto. Resulta ahora que el permiso es insuficiente y que se necesita otro admitiendo el cargamento. Para mañana tiene citado Prieto a Corteçao.

Es evidente que este portugués no se explicará bien mi presencia en casa de Guzmán, coincidiendo con la llamada de éste. Se le ve un poco cohibido.

Guzmán se decide a disipar su extrañeza diciéndole que deseaba él adquirir noticias de un movimiento que parecía inminente, y que yo he llegado por casualidad.

El movimiento republicano portugués se ha detenido por acuerdo de los emigrados, hasta que tengan reunido el material suficiente para apoyar el movimiento de las guarniciones con que cuentan. Cree que aún puede tardar un mes o dos. Y están decididos a no *salir* sino cuando el buen éxito sea seguro.

Corteçao está indicado para ministro de Instrucción en el futuro Gobierno, pero él prefiere la embajada en Madrid. «Se puede hacer más historia en Madrid que en Lisboa», dice.

Corteçao es historiador. Tiene grandes miras respecto de su país y España. Hablando esta noche de la situación en que está Inglaterra, dice que la decadencia del poder inglés favorecería la verdadera libertad de Portugal, que ha sido desde hace un siglo un protectorado británico. Inglaterra, fiel a su política tradicional, ayuda a mantener la división peninsular, y ha favorecido a la dictadura portuguesa. Establecida la República en España, las dos democracias se entenderían fácilmente. Eso dice Corteçao, hay que prepararlo desde lejos, comenzando por las cuestiones económicas y de cultura. Poco a poco, los dos países podrán llegar a una unidad política, por lo menos, a cierta unidad política. Hay que contrarrestar muchos prejuicios seculares.

La conversación me interesa mucho, y aunque ya me disponía a marcharme, permanezco aún un rato largo. Como yo abundo en las opiniones y planes de Corteçao, sonríe satisfecho. «Juntos, seríamos una gran cosa en el mundo», le digo. «Eso es, y no sólo por el número, dado que tendríamos el acuerdo con la América hispana, sino en el orden moral», corrobora Corteçao.

«Los países europeos están dominados por el egoísmo. Francia no piensa más que en el franco, Inglaterra en la libra. Los pueblos ibéricos aportarían el desinterés, la nobleza, la elevación de miras, el idealismo que siempre les ha distinguido en la historia». Esto último me gusta mucho menos, y me suena a provinciano.

Corteçao está muy contento de Prieto y de mí, y también de Domingo. Poco o nada, de Lerroux.

Nos despedimos con muchas cortesías. Yo le digo que espero continuar esta conversación cuando él sea ya embajador de su país.

6 de agosto

Esta mañana he recibido en el ministerio una carta del general Mola, pidiéndome que bajo palabra de honor se le deje ir arrestado a su casa.

Me expone su situación de familia, y se cree exculpado de todo cuanto se le acusa, porque no hizo sino obedecer las órdenes de los ministros.

Como esto viene después de la conversación en el Consejo de anoche, me dispongo a complacer a Mola, y hago preguntar a disposición de quién está. Me dicen que a la del director general de Seguridad. A poco llega el general Queipo, a comunicarme que ha recibido del director general de Seguridad la orden de poner en libertad a Mola, bajo palabra de honor de no intentar escaparse. Queipo le ha enviado a su jefe de Estado Mayor para que le tome la palabra.

Yo le encargo a Queipo que por conducto del mismo jefe le diga a Mola que he recibido su carta, que no creo necesario contestarla por escrito y que la contestación está en el encargo que lleva el jefe.

Recibo la visita del general Cabanellas, que llega de África. Hablamos largo rato. Me cuenta la situación de la Zona, donde no hay ningún peligro. Sólo están armadas unas cabilas del territorio sin delimitar entre la Zona española y la francesa. Pero si allí ocurriese algo, en pocas horas podrían ponerse sobre el lugar diez mil hombres.

Convenimos en un plan de reducción de personal. Repatriamos ahora dos batallones y se disuelven pequeñas unidades. Se suprimen servicios inútiles. En algunos destacamentos hay quince obreros contratados para fabricar cuarenta raciones de pan, y así todo.

Villa Sanjurjo y Villa Jordana son dos equivocaciones costosísimas. A Villa Sanjurjo ha tenido que enviar el otro día desde Ceuta quinientas toneladas de agua.

Me propone variaciones en la contribución de suministros, que ahorrarán bastantes millones. Y me asegura que si las cosas de Andalucía se ponen serias, me puede enviar, en cuanto se los pida, unos miles de hombres.

Con este motivo hablamos de Sevilla, y se ríe a carcajadas al recordar el cañoneo de la casa de Cornelio.

Le pregunto si el alto comisario planea reducciones de gastos, y, un poco vacilante, me dice que cree que no, porque la gente que le rodea se lo come.

El general está contentísimo de mi recibimiento y no lo disimula.

Para no ser menos que otros generales, me pide que traiga a su hermano a la Península, y que a él le reserve la Dirección General de la Guardia civil cuando la deje Sanjurjo.

Le despido con muchas palabras de afecto, que le hacen dichoso.

Recibo hoy audiencia general. Oigo incontables simplezas. Un pobre señor, muy ridículo, viene a mostrarme su admiración y su simpatía, y dice que ya tuvo el gusto de serme presentado y de estrechar mi mano en un banquete… en que yo no estuve.

Las industrias parásitas del presupuesto de la Guerra me acosan: Béjar, los fabricantes de aeroplanos en Getafe. Todos perecen, los obreros están parados, piden dinero al presupuesto para sostener unos establecimientos que no pueden subsistir.

Estoy en casa hasta última hora de la tarde.

7 de agosto

Por la mañana, Consejo en Hacienda. Cuando llego, encuentro a los ministros cuchicheando en corrillos. Hablo con Maura, y me dice que estoy «en candelero». No entiendo lo que eso significa y Maura me explica que ayer, en los pasillos del Congreso, se tenía la impresión de que se urdía una conjura para provocar la crisis, apartar del Gobierno a los socialistas y levantar otro, presidido por mí. Le contesto que el propósito me parece desatinado y que no tenía noticia de él, porque ayer no estuve en las Cortes. No sé si Maura me habrá dicho todo lo que piensa, y si creerá que yo andaba en el ajo. Vuelvo a repetirle que mi opinión es la de siempre, que el Gobierno debe continuar como está, y que es absurdo el pensamiento de elegir un Presidente provisional, así como el de poner en vigor una especie de epítome de Constitución transitoria. Maura asegura que el propósito viene de Ortega y otros, y que a Fernando de los Ríos le parece bien. «Es cosa de la Institución Libre de Enseñanza», agrega, con un tópico bastante tonto, y que me hace entrever la inconsistencia de los datos que posee.

«Yo hablé con Fernando la otra tarde, y con Prieto, sobre lo que puede ser el futuro Gobierno, cuando haya Constitución, y sobre lo que vamos a hacer con Lerroux; pero de nada más. Como hablamos usted y yo de ello en Gobernación». «Eso sí, eso sí, pero les vieron a ustedes reunidos, después Fernando se marchó con Ortega, y de ahí viene todo».

En el Consejo, después de despachar los asuntos de varios ministerios, el Presidente plantea la cuestión de que me ha hablado Maura.

El Presidente dice que hay alguna nerviosidad o impaciencia entre los grupos republicanos, trabajados por alguien que no tiene representación en el Gobierno, en el sentido de que conviene constituir un Ministerio estrictamente republicano; que con el pretexto de crear un órgano capaz de resolver las crisis, se insiste en el propósito de elegir Presidente provisional, reproduciendo en otra forma lo que quiso hacer Royo Villanova con la proposición que se desechó, y que desea oír la opinión de todos.

Lerroux: que debe continuar el Gobierno de coalición; que en el Partido Radical, no hay nerviosidad ni indisciplina, y que todos están conformes en

apoyar a este Gobierno. Es contrario a la designación de un Presidente provisional.

A continuación hablo yo: que desde el 14 de abril tengo la convicción de que este Gobierno de coalición debe durar hasta que se vote la Constitución, y la convicción de que durará, a pesar de todo. Que nunca he hecho caso de las habladurías circulantes sobre la disgregación del Gobierno, y que estoy seguro de que el buen sentido y la realidad se impondrán. Que la creación de un Presidente provisional me parece un desatino; el Presidente provisional sería un personaje desmedrado, sin autoridad ni seguridad alguna y sólo serviría, creado el órgano de resolver la crisis, para provocarlas, en vista de que se podrían resolver. Que las crisis no pueden producirse ahora, si estamos resueltos a que no las haya y la mayoría de las Cortes es del mismo parecer. Que la especie circulante por el Congreso hay que relacionarla con las declaraciones de Ossorio en *El Sol* de hoy, en que habla de la necesidad de excluir a los socialistas del Gobierno; se conseguiría con eso anular a la mayoría, hacer casi imposible el voto de la Constitución, y de la ley Agraria, gastar rápidamente un Ministerio o dos, para caer en una nueva coalición apoyada en la derecha. Que yo no estoy dispuesto a *ossorizar* la República, ni aceptar para ella protectores, sean militares o paisanos, aunque parezcan ilustres, y que menos dispuesto estoy aún a dejarme impresionar por las opiniones y manejos de los que están fuera de las organizaciones y de la disciplina de los grupos representados en el Gobierno.

Los demás han opinado como yo. Largo Caballero, manteniendo la misma opinión, dice que después del acuerdo del Partido Socialista y de la votación de confianza de las Cortes, está dispuesto a ir con nosotros hasta las tapias del Retiro a que nos fusilen; pero que como hay contra él cierta hostilidad, por ser secretario de la UGT (aunque no ejerce el cargo desde octubre), está pronto a dejar su cartera, si eso puede contribuir a la tranquilidad y mejor marcha del Gobierno.

Prieto, por su parte, coincidiendo con el criterio general, vuelve a hablar de su caso. Está derrumbado moralmente, dice, se considera fracasado, aunque no le remuerde la conciencia por ningún error capital, y no quiere, ante la rápida baja de la peseta, presidir el desastre de la Hacienda española. Quiere ser sustituido, y saldrá del Gobierno proclamando a voces su solidaridad con él.

(Antes de comenzar el Consejo, Maura me ha leído la nota tomada taquigráficamente de las declaraciones de Prieto a los periodistas en el día de ayer. Intercaladas algunas blasfemias, y ciertas chuscadas como la de poner

un pie encima de la mesa, preguntando a los periodistas si él es un ungulado, como le dice Ortega en un artículo de *Crisol*, Prieto afirma que su ilusión es *fallecer*)..

Fernando de los Ríos se une al criterio general; si tenía otro, como supone Maura, se lo ha guardado. El Presidente siente como todos. Rechaza las ofertas y deseos de dimisión de Largo y Prieto.

Discutimos después, porque Prieto lo suscita, la conveniencia de discutir la Constitución por títulos aislados, según vayan dictaminándose, o esperar a que esté todo el proyecto. Prieto cree que lo primero es un disparate, que producirá un conflicto en cuanto esté aprobado el título relativo a la elección de Presidente, porque querrán ponerlo en vigor separadamente. Don Niceto quiere conciliario todo. En resumen, sólo cabe dar prisa a la Comisión.

Lerroux ha hablado nuevamente sobre el tema de la crisis y de la conjura. Por lo visto, ha creído, o temido, que algunos de los ministros le imputaban participación en esos planes. Muy enérgicamente los ha repudiado, invitando a todos a que dijeran con claridad su pensamiento, y que él estaba dispuesto a comparecer «como acusado», si alguien tenía recelos de su conducta. Eso del «acusado» se lo he oído decir muchas veces a Lerroux, en ocasiones parecidas, y hace mal efecto, como de un hombre que no está seguro de su autoridad. Lerroux, tras de afirmar su desinterés en el tiempo que corre hasta la aprobación de la Constitución, ha dicho que, logrado esto, vendrá el momento de hacer valer sus aspiraciones. Este es el concepto; las palabras han sido otras, y con más rodeos.

Por el Congreso circulaban esta tarde unas hojas con las licenciosas declaraciones hechas ayer por Prieto a los periodistas.

He estado un momento en la sesión. Asisto a la disputa, mejor que discusión, de Prieto con los diputados navarros de la derecha. Prieto les dispara palabras como cantazos, los diputados se lo celebran, ríen, aplauden. Los navarros gritan y manotean. Después, calma y deserción casi general. Leo cuatro proyectos de ley, uno de ellos que levantará ampollas a los ingenieros militares, porque les quito el manejo de las obras y reparaciones de que ahora viven las comandancias, y de que engordan los «fondos particulares».

Reúno a la minoría de Acción Republicana para hablar de la situación política. Les digo que el Gobierno ha acordado recomendar disciplina a los grupos. La opinión unánime es la de que el Gobierno continúe.

Los diputados de Acción que forman parte de la Comisión de Responsabilidades, nos traen, con muchas recomendaciones de secreto, el dictamen aprobado por mayoría. La Comisión se erige en instructora y

acusadora, con facultades omnímodas, y atribuye a las Cortes la facultad de imponer penas. El proyecto causa sensación, y es mal recibido por casi todos los presentes. Sólo el capitán Romero está en aceptarlo, si se quiere llevar adelante la cuestión de las responsabilidades. Uno de los que más chilla contra el proyecto es Castrovido. A su parecer, los que sean delitos comunes deben ser juzgados por los tribunales; las responsabilidades de orden político han quedado liquidadas por la revolución, que ha expulsado del poder a los culpables. El alcalde Pedro Rico, también se enardece contra el proyecto de la Comisión. Cree que habiendo dejado marcharse al rey, no es posible ensañarse con sus servidores. Vale más dar una amnistía. Llega a decir que los señores de la Comisión no han hecho más que tonterías. Se discute mucho y con pasión. Los más, estiman que las Cortes van a convertirse en Convención, y que la sola lectura del proyecto es peligrosísima. Rico afirma, exagerando, que si eso se aprueba, pensará en marcharse de España, porque se inicia una época en que los partidos se matarán unos a otros. Las objeciones principales vienen de los que tienen escrúpulos jurídicos.

El vocal de la Comisión, Serrano Batanero, se levanta, y muy airado dice que él no consiente que le llamen tonto, y que se da de baja en la Comisión y en la minoría. Intervengo para calmarlo. Todos reconocen también que no se puede dejar morir el asunto de las responsabilidades, porque todo el país las pide.

Se conviene en que, antes de dar cuenta a las Cortes, se comunique el proyecto al Gobierno y que se reúnan los jefes de las minorías para estudiar más el caso.

Yo tengo la impresión de que las Cortes aprobarán el proyecto. La prensa de esta noche lo da a conocer en sus líneas generales. Tal es el secreto.

Después de cenar, salgo a dar un paseo en coche con Lola. Llegamos al Alto del León, y al regreso, ya tarde, nos detenemos en Sicilia-Molinero. Hace frío. El lugar está desierto. Los músicos, en su tabladillo, bostezan, tiritan y tocan para nosotros solos. Volvemos a casa a las dos y media.

He tenido una conversación algo áspera con el señor Marraco en los pasillos del Congreso. El señor Marraco es un baturro tan duro como su apellido. No es más que terquedad. Obtuso como nadie. A propósito de lo que voy a hacer con la guarnición de Zaragoza, ha dicho, rodeado de una comisión aragonesa, un sinfín de abundidades. No sabía lo que quería, ni consigo entenderlo. El hombre me irrita por su brutalidad. Le contesto duramente, aunque riéndome de vez en cuando, por no llegar a la violencia. Empezaban a juntarse diputados y periodistas, y corto la discusión. ¡Qué tío!

Rasgo del general Cabanellas: Le ofrezco un cigarrillo, lo toma, se lo acerca a la nariz, lo olfatea, y me lo devuelve: «No, no; este tabaco no me gusta». Extrae del bolsillo una petaca de cuero y tira un cigarro muy gordo.

8 de agosto

Después de despachar con el subsecretario, recibo al general Villegas, que ha tomado hoy mismo el mando de la primera división. Supongo que la escena con su antecesor, Queipo, no habrá sido muy elegante. No se pueden ver. Queipo me dijo el otro día que Villegas es un indeseable. Cuando estoy oyendo las protestas de gratitud y adhesión de Villegas, se abre la puerta de la secretaría y entra Queipo. Villegas se pone rojo. Queipo no le mira siquiera. Hablamos unos minutos, despido a Villegas; él y Queipo se hacen un saludo frío y ceremonioso.

Luego celebro la primera sesión con el Consejo Superior de la Guerra. Están todos. Masquelet, siempre callado y enigmático, parece hoy de yeso. Debe de ser la impresión que le causa mi proyecto de ley sobre obras militares, porque él es ingeniero.

Les dirijo unas cuantas palabras, diciéndoles cuánto espero de ellos, y de sus consejos y orientaciones. Especialmente les encargo que empiecen a trabajar en los proyectos de material. Les hablo también de la moral del ejército, de la satisfacción interior, etcétera, y les indico algo sobre el problema de la aviación. El vicepresidente, Rodríguez del Barrio, responde por todos.

Ha ocurrido una cosa chusca. Hablándoles yo de las obras de fortificación, les digo cuánto me preocupa la situación de Baleares, y lo conveniente que sería hacer de las islas una gran base militar, que las pusiera en defensa para el caso de una guerra en el Mediterráneo, e hiciesen subir el valor potencial de España en caso de conflicto y en la paz. Goded, primer jefe del Estado Mayor Central, asiente. Pero Rodríguez del Barrio opina que las Baleares, ni corren peligro, porque no las necesita nadie, ni sirven para nada militarmente, porque en Mahón no puede formarse una base naval, dada la poca profundidad de la bahía. Se enredan en una discusión, que me divierte mucho. ¡Los técnicos!

Gil Yuste me habla después del descontento que reina en la oficialidad por el modo que se ha seguido para dar los destinos. Goded asiente: «Hay casos que seguramente el señor ministro no conoce». «Llega a decirse —añade Gil Yuste— que algunos destinos se han vendido». «No creía yo que

hubiera oficiales capaces de hacer eso». «Aquí, como en todas partes, hay gente capaz de venderlo todo», agrega Goded. Yo también lo creo, pero les replico, como es verdad, que en mi opinión el caso no se ha producido. Comoquiera que sea, el malestar no tiene remedio. Gil Yuste cree que podría arreglarse permitiendo que se solicitase ahora de nuevo los destinos, pidiendo cada cual el que le conviniese. No se da cuenta de la ensalada que esto produciría. También Gil Yuste me habla del descontento por la fusión de las escalas.

«Eso es lo más grande que ha hecho el ministro», interrumpe Queipo. Goded y Rodríguez del Barrio, aprueban también la reforma. Masquelet, como siempre, se calla.

En suma, me doy cuenta de que estas gentes son «el otro ejército», que casi he disuelto por la desbandada de los generales. Salvo Queipo, todos (como no sea Rodríguez del Barrio, al que no conozco bien todavía) deben creerme un demonio, un entrometido, un demoledor, y si se comprimen es por disciplina y respeto.

Goded ha hablado de los dramas que hay en los hogares de los disponibles, con el 80 por ciento de sueldo…

Levantada la sesión, nos hacen una foto, y se van.

Todavía recibo comisiones y pretendientes y la visita del coronel norteamericano que dirige la Telefónica y ha venido a Madrid con motivo de los proyectos de revisión del contrato. El comandante Vidal, representante del ministerio en la Telefónica, me habló esta mañana de la llegada del coronel yanqui. Han tenido una entrevista, en la que el yanqui quería averiguar las intenciones del Gobierno. Dice Vidal que el coronel ha insinuado la amenaza de una mayor presión de la banca norteamericana sobre la peseta. A mí, el coronel no me ha dicho más que unas cuantas palabras corteses, y me ha preguntado si el Gobierno, antes de resolver nada sobre la Telefónica, consentiría en oírla. Yo le he dicho que la cuestión no se me había ocurrido, de tal modo me parece natural lo que desea.

Últimamente llega el comandante Pastor, jefe de Aviación. Le firmo unos papeles, y en seguida me dice que la situación es cada día más delicada. Que *La Tierra* hace una campaña injuriosa contra los jefes del servicio, y que ayer tuvo que contener a un oficial que pretendía ir a desafiar a Franco, considerándole inspirador de la campaña.

Yo les digo que si los artículos de *La Tierra* son delictivos, se los envíe al auditor, y que si no lo son, no hagan caso. No me corresponde enviar notas oficiosas de rectificación, ni a ellos los aviadores tampoco.

Como vuelve a hablar de la nerviosidad, inquietud y desmoralización por la espera y la interinidad hasta que salga la escala, le replico que aconseje a los nerviosos que tomen duchas frías, y que me imiten a mí, que nunca me pongo nervioso, no obstante las preocupaciones que me agobian.

Por último, Pastor me dice lo que había insinuado al principio: que desea abandonar la Jefatura de Aviación, en la que, al desgaste natural de cuantos ejercen el mando, se junta la oposición de los alborotadores: de los amigos de Franco, porque no «revienta» a los demás; y de los enemigos de los revolucionarios, porque no revienta a éstos. Me indica a Buruaga para sucederle. No le contesto a ninguna de las dos cosas, le recomiendo que tenga calma, y le despido.

Precisamente esta mañana ha estado a verme Joaquín Gallarza, teniente coronel de Infantería, a quien, según me dice, no quieren readmitir en Aviación, como tiene derecho, y a su instancia le han dado carpetazo. Él cree que por quitárselo de delante. Sus empleos y servicios en Aviación le pondrían a la cabeza de la escala.

9 de agosto

Ayer nos fuimos al Escorial. Día de sol, ventarrón frío. Esta mañana, sentados en los pinos, oíamos las campanadas del monasterio ahogarse en el vendaval. Después de comer, en el jardín de los frailes, que estaba muy en calma, aunque estropeado por las pandillas de pazguatos visitantes.

Todos pasaban hablando mal de los frailes. En la Galería de Convalecientes diviso al padre Montes, que va y viene leyendo en un breviario.

A última hora de la tarde hemos ido a casa de Giral, que nos invitó ayer a merendar. Estaban también el ministro de Comunicaciones, y Guerra del Río. Hemos hablado, naturalmente, de política. El ministro y Guerra hablan como de una cosa prevista e inevitable, de la disolución de estas Cortes al formarse el nuevo Gobierno. Yo les adelanto mi opinión contraria. Creo que las Cortes no pueden disolverse mientras no hayan hecho un presupuesto y votado las leyes orgánicas.

Martínez Barrio, que es sevillano y masón, y por ambos lados tiene buenas informaciones de lo que ocurre en Sevilla, me dice que en la muerte de los cuatro sindicalistas, en la plaza de España, la fuerza pública no aplicó la «ley de fugas», y sin embargo, hubo «ley de fugas». Asegura que las cosas ocurrieron de esta manera: había detenidos algunas docenas de sindicalistas. Durante todo el día, estuvieron trasladándolos en una camioneta a otra prisión. A las ocho o nueve de la noche, cortaron en seco los traslados, cuando ya quedaban muy pocos. De madrugada, los metieron en la camioneta, y emprendieron el viaje. La suspensión de los traslados, y el reanudarlos a aquellas horas, produjo alarma en los detenidos, algunos de los cuales habían sido presos en una plaza, encontrándoseles una pistola y, al lado, cargadores vacíos. Conducían la camioneta individuos de la Guardia cívica, no sé si organizada de antes o improvisada aquellos días, bajo la dirección de un capitán procedente del Tercio que se llama Criado y de mote «Criadillas». Al llegar a la plaza de España, un neumático de la camioneta se pinchó (o dijeron que se había pinchado).

No es cierto que en la plaza, ni escondida entre las plantaciones, hubiese gente. Hicieron descender a los detenidos. Los pusieron entre la Guardia civil, la fuerza de Seguridad y la policía, y emprendieron la marcha a pie. Los de la Guardia cívica se quedaron detrás, junto a la camioneta. Cuando llevaban andados unos veinte pasos, sonaron tiros a retaguardia de la pequeña columna, que no hirieron a nadie. Los detenidos, que ya iban alarmados, salieron corriendo, y la fuerza de escolta hizo fuego, matándolos.

Antonio Borbolla, que vive por ahí cerca, le ha dicho a Martínez Barrio que sonaron setenta u ochenta tiros. Uno de los guardias de Seguridad que iban en la escolta, se ha confesado, no sé si con el mismo Martínez Barrio o con un íntimo suyo, y ha dicho, jurando por lo que más quiere, que no llevaba orden alguna de hacer daño a los presos, que al oír los tiros y ver correr a los detenidos, perdieron la cabeza y dispararon contra ellos.

Todo ha sucedido, según Martínez Barrio, por la estratagema de los cívicos de Criado, y lo han hecho, no por castigar a los pistoleros, sino por deshonrar la República.

El mismo Martínez Barrio asegura que, el comisario de Policía de Huelva, cobra de los sindicalistas.

Al oír el relato de Martínez Barrio, Guerra ha preguntado: «¿Y por qué no nos metemos con esa gente?». «¡Es muy difícil de probar!», contesta el ministro.

Guerra del Río nos ha contado este suceso. Cuando Arlegui era jefe de Policía en Barcelona, y andaba en toda su fuerza la ley de fugas, Guerra y Puig d'Aspirer, concejales de Barcelona, estaban presos en Montjuich. Por reclamación del Colegio de Abogados, Arlegui consintió en trasladarlos a la cárcel. Dispuso que el traslado se hiciera a las cuatro de la tarde, llevándolos a pie, esposados, por medio del Paralelo, y con una sola pareja de la Guardia civil por escolta. Los presos eran tres, los dos dichos, y un abogado que se llamaba Del Río. Al cruzar por el Paralelo, el público los reconoció, se agolpó gente, y en gran tumulto se pusieron en actitud de liberarlos. Entonces la Guardia civil los arrimó a una pared y los apuntó con los fusiles. El público alborotado se dio cuenta de lo que podía ocurrir, y se estuvo quieto. La conducción pudo hacerse sin más novedad. Llegados a la cárcel, preguntaron a la pareja: «¿Qué habrían hecho ustedes, si la gente no se calma?». «Disparar sobre ustedes».

Del Río, que se había medio desmayado al verse encañonado, decía después humorísticamente «que había visto salir la bala».

10 de agosto

De mañana, en el ministerio, viene a despedirse el general Cabanellas. Me dice que tenga cuidado con los aviadores locos, que preparan una cosa revolucionaria para fines de septiembre, cuando estén preparados.

El alto comisario de África ha debido de leer en los periódicos las reducciones de fuerzas en África que he anunciado y momentos antes de recibir a Cabanellas leo un telegrama del comisario diciéndome que la reducción de fuerzas militares forma parte de un plan general de economía, que está preparando. Por lo visto, son piques y celos de las dos autoridades. Encargo mucho a Cabanellas que evite estos rozamientos.

Por la tarde recibo a Fernández Clérigo, diputado de Acción Republicana, que ha formado parte de la Comisión parlamentaria que se envió a Sevilla. La impresión de Fernández Clérigo sobre los sucesos de la plaza de España, se asemeja a la de Martínez Barrio. La mayoría de la Comisión parece que viene dispuesta a decir que se aplicó la ley de fugas, aunque no puede decir quién sea el culpable. Fernández Clérigo cree que hay indicios de haberse cometido el crimen, pero que no se llega a una convicción firme. Opina también que el gobernador es ajeno al caso. El relato de los sucesos hecho por Fernández Clérigo añade algunos detalles al de Martínez Barrio. Se ignora quién dio la orden para el traslado de los presos, a las cuatro de la mañana. Los presos trasladados fueron cuatro. Iban en una camioneta, precedida y seguida por dos automóviles. Cuando se detuvo la camioneta, y apearon a los presos, no los metieron en los automóviles, como parecía natural, sino que los hicieron continuar a pie, sin esposarlos, aunque la Guardia civil llevaba esposas. Dice Fernández Clérigo que junto a los coches se quedaron la Guardia cívica y la Guardia civil. Los muertos y los heridos fueron conducidos al hospital militar. Estaban acribillados a balazos.

Después recibo a Gabriel Franco, también diputado de Acción Republicana y director del Banco de Crédito Exterior. Me dice que va a dimitir ese cargo porque el Banco está en malísima situación, merced a los gatuperios que en él se han cometido: Los Recasens, que lo han utilizado para hacer operaciones en favor del Banco de Cataluña, que acaba de suspender

pagos. Sobre este Banco nos leyó Prieto en Consejo una memoria hecha por Franco.

Consejo de ministros, en Hacienda, desde las cinco y media hasta las diez y cuarto. Importante, y grave, como la situación.

Un incidente grotesco, chabacano, ejemplo de cómo se hacen aquí ciertas cosas: Apenas reunido el Consejo, nos dice Prieto que van a llegar dos camareros, que han venido a pie desde Barcelona, para ofrecer al Presidente una copa de champaña. Don Niceto ha aparecido en los periódicos, retratado con los dos camareros, uno de los cuales le servía la copa. Hoy vienen a repetir el obsequio con todo el Gobierno.

Llegan los camareros al despacho inmediato a nuestra sala de reunión. Hay sus bromas respecto del contenido de las botellas; alguien ha dicho que el vino está envenenado, y, riendo, dice Prieto que se ha procurado cambiarlas. El Presidente y Prieto se disponen a salir, y salen; los demás ministros se ponen en pie, para seguirlos. Yo me quedo sentado, y digo que el caso es grotesco, y que no me presto a la diversión. El ministro de Marina me imita. Y el de Comunicaciones, que había puesto mala cara también, se queda en el salón.

Maura vuelve a entrar, llamándonos; y al decirle yo que no salgo, se queda con nosotros. Don Niceto entra dos veces, dando voces para que salgamos, pero al vernos reunidos en corro en el hueco de una ventana, no insiste y se va. Tardaron poco en regresar, después de haber cumplido con los camareros.

Se discute el proyecto de Reforma Agraria. Sin dilación, queda desechado el sistema de ocupación temporal que proponía la Comisión; sistema que no atenuaba la expropiación y que por su denominación de temporal no podía satisfacer a los campesinos. Perdemos no poco tiempo buscando nombre y situación jurídica al estado intermedio y transitorio que resulte entre la expropiación u ocupación primera y el régimen definitivo. Pasamos al fondo de la cuestión. Se acepta la expropiación de las tierras del señorío de las grandes fincas, etcétera, etcétera. Sobre si se ha de dar o no indemnización a los dueños de bienes de señorío hay gran debate. Se resuelve en votación, por mayoría, que se conceda una indemnización mínima a los señoríos. Han votado en contra de la indemnización, Largo, Prieto, Ríos, Albornoz y Domingo. Yo no me he decidido, porque las observaciones de Nicolau, sobre el influjo del despojo puro y simple en el crédito y en el cambio, me han hecho impresión.

He preguntado a Fernando de los Ríos a cuánto ascendía próximamente la extensión de los bienes de señorío. No se sabe. Esto me ha producido mal efecto, y me ha puesto de mal humor. Después de tantas comisiones, tantos peritos, y después de la actitud suficiente y doctoral del ministro, resulta que se ignora una de las bases de lo que vamos a hacer. Claro está que también se ignora la cabida total o aproximada de la categoría de fincas sometidas a expropiación. Me he permitido decirle al ministro que tal como va el proyecto nos apoderaremos de una tal masa de tierras que no tendremos braceros a quien dárselas, ni dinero ni crédito para que las labren, ni organización administrativa ni técnica para hacer la distribución.

Discutimos mucho todos y con calor. Las dificultades del problema pesan sobre nosotros, y sin notarlo acaso, nos deprimen. No hay más remedio que dar una solución, y sin embargo, cualquier solución está llena de peligros enormes y tropezará con obstáculos inmensos. Flores de Lemus, uno de los técnicos que han elaborado el proyecto de la Comisión, ha dicho que si llegaba a cuajar el cinco por ciento de todo lo que se proponía sería un gran triunfo.

En la cuestión de saber qué se hace con los gravámenes reales que pesan sobre las fincas expropiadas, tardamos mucho en entenderlo. Algunos no perciben la dificultad, y me parece que tampoco la percibía Fernando, que propuso pagar a los acreedores hipotecarios, singularmente al Banco, con las inscripciones *intransferibles* e *inalienables* que el Estado entregará a los propietarios desposeídos. Por fin, acordamos que los gravámenes sigan pesando sobre los bienes que pasen a propiedad del Estado, el cual será deudor hipotecario de los dueños de los gravámenes.

Tengo una discusión bastante viva con Fernando sobre el tipo máximo de la extensión de la propiedad que no sea expropiable. Viene fijado en trescientas hectáreas. Le digo que en Castilla, donde la propiedad territorial suele estar fraccionada en *tierras*, un hombre con trescientas hectáreas, dispersas en ochenta o cien fincas, como suele suceder, no es un gran propietario rico, y que el quitarle una o dos tierras que tenga de exceso, nada resuelve y representa una injusticia, con relación a lo que ocurre en otras regiones, donde la propiedad está menos fraccionada. Dice Fernando que los propietarios que estén en esa situación, podrán elegir dónde quieren conservar, en un solo lote, el máximo de tierra que permite la ley. Se imagina que los propietarios castellanos van a entrar en un sistema de permutas y que se conformarán con lo que los *peritos* les den.

Como resumen de los acuerdos, que han sido laboriosos, el Presidente redacta una nota oficiosa para los periódicos, encaminada a llevar la tranquilidad a los pequeños terratenientes y a la clase media, alarmada por los proyectos de reforma.

Después de esto les pregunto si no conocen el dictamen de la Comisión de Responsabilidades. Muchos no lo conocen, y el Presidente sólo de un modo vago. Les refiero el contenido que conocí en la reunión de Acción Republicana. El Presidente, Maura, Lerroux, y otros, se muestran alarmadísimos. Convención. Confusión de poderes. Peligro de la República. Amenaza de terror. Maura tiene una emotividad contagiosa, y a su lado, oyéndole, se vive en constante alarma. Ha habido un momento, largo, en que todo parecía comprometido. Albornoz se muestra partidario de los poderes omnímodos de la Comisión y de que las Cortes juzguen, definan las penas y sentencien. Invoca la revolución, cita palabras de Robespierre…

El Presidente expone que sólo puede admitir que las Cortes nombren un tribunal que juzgue y sentencie, con entera separación de la función legislativa, y que la Comisión no puede ser fiscal y juez. Maura describe, con su pintoresca pasión, los peligros de que la Comisión se ponga a investigar personalmente en bancos, ministerios, etcétera.

Se duda si los grupos parlamentarios querrán escuchar los consejos o las indicaciones del Gobierno, para que modifiquen el dictamen. A Ríos le parece bien lo que han hecho. El Presidente insiste en su opinión, y añade «que cada cual medite el voto que haya de dar, y después sabrá cada uno también lo que tiene que hacer». Claramente indica que dimitirá. Lerroux añade algo parecido. Y me parece recordar que don Niceto subraya con vigor: «no puedo admitirlo», a lo que Lerroux responde: «ni yo tampoco».

Estamos bajo una impresión penosa. Consideramos las probabilidades de un conflicto con las Cortes, a las que veo inclinadas a aprobar el proyecto de la Comisión. Algunos lamentan que no se haya tenido más cuidado en elegir los componentes de la Comisión. Otros observan que el Gobierno descuida demasiado la dirección de los debates de las Cortes. Y como alguien insiste en recomendar que los ministros se dirijan a sus partidos, marcándoles una línea de conducta en esta cuestión, Prieto comenta: «¡Para que no nos obedezcan!».

Prieto estima que al Gobierno no le secundan sus agentes. «A mí no me obedece nadie fuera de este salón», dice encogiéndose de hombros. Maura le replica que él sabe hacerse obedecer. Durante la mayor parte de la discusión, Prieto está como adormilado.

Durante el examen del proyecto agrario no ha dicho una palabra, y como al final le he llamado yo la atención sobre ello, ha dicho: «¡Psché! ¿Para qué? Todo esto me parece que no sirve para nada…».

Esta salida se parece mucho a la que yo he tenido discutiendo con Fernando. Acalorándome un poco, he dicho que me fastidiaba opinar sobre un proyecto de cuya eficacia no estaba aún convencido. Cuando el Presidente ha propuesto que forme yo en la Comisión de ministros encargada de redactar los acuerdos, me he resistido, porque el proyecto «no me dice nada». Esto es exagerado, y luego he sentido haberlo dicho tan crudamente. Lo que pensaba es que, a mi ver, el proyecto va retrasado con respecto de los acontecimientos, y que dado por decreto hace tres meses, quizás hubiera conseguido lo que se propone. Después del Consejo, mientras esperábamos los coches, Fernando, que debe creerse objeto de una hostilidad especial de mi parte, me ha dicho: «¡Qué gracioso! ¡Qué desprecio siente por la reforma agraria!».

Parece ser que en algunas comarcas andaluzas, los braceros, en grupos de cien o doscientos, entran en los cortijos, los arrasan y se van. «Mire usted —le digo a Fernando—, ésos podrían resolvernos la cuestión, quedándose en el cortijo. Ya sólo faltaría que los protegiéramos con la Guardia civil en su nueva propiedad, y la reforma quedaba hecha».

Fernando me asegura que aquellos campesinos son capaces de entrar y de arrasar un cortijo, pero no de quedarse en él.

Mucho más se ha hablado, hasta las diez y cuarto. Nos despedimos. Yo, bajo una impresión desagradable, veo amontonarse los obstáculos. Si me pongo a considerar lo que puede ocurrir en caso de conflicto con las Cortes y dimisión del Presidente, el caso me parece insoluble, y a favor de esta preocupación, todos los demás problemas se me agravan. Es el contagio del Consejo de ministros.

Por la noche, después de cenar, he paseado por la Castellana.

Esta mañana se me ha presentado Rufino Blanco Fombona, a pedirme una cosa necesaria para la liberación de Venezuela. «Sería usted el libertador de mi país». La petición se acompaña de ofrecimientos de servicios; alguno de ellos afecto no oírlo. Lo que pide es una locura y una extralimitación.

11 de agosto

Consejo en Hacienda. Despacho ordinario de los ministerios. Según Nicolau, la negociación con Francia va a terminar con una componenda aceptada por los franceses, que han retirado su ultimátum al convencerse de que estábamos dispuestos a la ruptura. Conflictos de paro forzoso en todas partes: en las fábricas de Béjar, en «La Hispano», de Guadalajara. Tienen la pretensión de que el presupuesto de Guerra vaya en su socorro.

Maura cree saber que la Comisión de Responsabilidades no se mostrará intransigente y que aceptará que el proyecto vuelva a la Comisión para redactarlo de nuevo. No me fío de las impresiones de Maura. En efecto, esta tarde decía en el Congreso Teodomiro Menéndez que los socialistas están dispuestos a sacar triunfante el proyecto.

Hemos llamado a Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión de Constitución, para acelerar la redacción del dictamen. Asúa dice que no tiene medios de imponer a la Comisión un criterio ni un método de trabajo más expeditivo. Anuncia que si se presenta en las Cortes la proposición de que se habla, invitando a la Comisión a reunirse en sesión permanente, la Comisión dimitirá. Cree que en doce o catorce días podrá estar hecho el proyecto. Convenimos en que si para el lunes no está terminado, comenzará el martes la discusión del título primero. Prieto es partidario de que se suspendan las sesiones una semana, hasta que la Comisión termine su trabajo, para impedir que las Cortes se entreguen a debates estériles o perjudiciales. Se hablará con Besteiro, para que explore la opinión de los grupos.

Volvemos a tratar de la formación del Consejo de Economía Nacional. Largo Caballero dice que es muy conveniente hacerlo, pero de ningún modo tal como lo ha propuesto Ortega y Gasset. No sé quién propone que nombren a Ortega miembro del Consejo de Economía; creo que ha sido Largo; de todos modos, apoya el propósito, para que exponga sus planes y no se limite a críticas fáciles.

«Es preciso que esos señores trabajen por la salvación de España, o enmudezcan», dice con energía. Fernando baja la cabeza y se calla.

En el ministerio, adonde he ido un momento, antes de almorzar, recibo una gran comisión de Alcalá y otra de Navalucillos.

También a Jesús Coronas, consejero del Banco de España, que viene a contarme la situación del Consejo con el ministerio de Hacienda.

Coronas está furioso con el ministro y sumamente disgustado de la situación. Cree que no va a ser posible crear una República burguesa. Quería llamarme la atención sobre la conducta de Prieto, que quiere obligar al Banco a que resuelva por sí solo el asunto del cambio. «Lo que quiere Prieto es bajar un poco la libra al tiempo de marcharse».

Por la tarde, en las Cortes, proposición y discurso de Ossorio para que el Gobierno respete los derechos individuales. Mala tarde para Ossorio, a cuyas no buenas intenciones han respondido las Cortes con una frialdad glacial. Ossorio ha buscado el aplauso muchas veces, tronando contra la dictadura y los dictadores; pero no le han hecho caso, y no le han aplaudido.

El discurso de Niceto, muy discreto, pero con poco brío y sin atacar. Otros han hablado.

La tarde se ha perdido.

Extraña pregunta del comandante Pastor, esta mañana. Que si no estoy convencido de la necesidad de una organización, sea cual fuese. Tenía yo mucha prisa, y no he seguido la conversación. Mañana le llamaré, para saber qué es esto y sus intenciones.

Cada día recibo noticias confirmando que algunos del Gabinete militar, a quienes yo di toda mi confianza, han hecho mal uso de ella, en la cuestión de destinos. Y esto es lo que más duele a la gente, de todo cuanto se ha hecho. Difícil remedio.

He mandado al auditor un número de *La Correspondencia Militar* que hace una furiosa campaña contra mí. Este periódico tenía una subvención de mil pesetas mensuales de los fondos secretos del ministerio. Yo se las quité, como a todos, y ahora están que trinan.

Me dicen que anda en esa campaña el general Orgaz.

12 de agosto

Toda la mañana se me va en despachar con el subsecretario y en la audiencia militar. Algunas quejas por la cuestión de los destinos. He firmado una orden concediendo preferencia para colocarse en sus antiguas guarniciones a los oficiales separados de ellas con motivo de la reorganización.

Me dicen que el general Riquelme está muy resentido porque no le he hecho inspector general.

También recibo información de los manejos del general Franco y Orgaz. Franco es el más temible. Me hablan de esto Ramón Sicilia y el comandante Muñoz, ambos diputados andaluces; Muñoz me garantiza que el coronel Varela, que manda el regimiento de guarnición en Cádiz, es absolutamente leal, a pesar de los rumores que circulan contra él. También me trae noticias de la actitud de algunos jefes militares de Sevilla, entregados a los aristócratas de la ciudad. Insisten en que Ruiz Trillo es tonto. El propio subsecretario, que es amigo suyo, me dijo que no tiene sindéresis. Esta conversación ha sido en el Congreso. También hablo con Galarza, sobre las medidas que conviene tomar, y acordamos reunimos el sábado. El Gobierno se ha congregado antes de la sesión. Hablamos de la llegada de Macià, anunciada para el viernes, con propósito de entregar el Estatuto. A los catalanes se les había ocurrido que don Niceto fuese a Barcelona «con cualquier pretexto», y allí recibiría el Estatuto.

Propósito descabellado, que don Niceto desechó al punto. La venida de Macià es un compromiso, porque hay gentes en Madrid que proyectan darle una silba. El comercio había proyectado cerrar, en señal de protesta. Parece que se ha conseguido que no lo hagan. El Presidente queda en hacer lo posible para conseguir que aplacen el viaje.

Hoy ha regresado mi ayudante Menéndez, a quien envié a Barcelona, para que me informase sobre la actitud de aquella guarnición respecto del catalanismo y el Estatuto. Un sujeto bastante necio, que fue secretario de don Niceto, me dijo que los oficiales de Barcelona eran todos de Macià. La información me pareció absurda. Menéndez me trae noticias enteramente contrarias. Más bien, dice Menéndez, pecan por incomprensión. También me

asegura que en los oficiales domina una especie de miedo o de inquietud, por lo que aún puede ocurrirles. «¡Son tantos golpes seguidos…!», parece que dicen.

La sesión de las Cortes no ha tenido interés. He entrado en el salón, pero no me han dejado llegar al banco azul. Tantos encarguitos y recomendaciones han venido a hacerme en el camino.

Larga conversación con S. Madariaga, embajador en Washington. Hablamos de Ginebra, del desarme, de lo que España puede presentar allí como obra de la República. Después la situación política y el futuro. Le cuento mi impresión personal, y los obstáculos a la colaboración con Lerroux.

Que para mí, el Gobierno debiera ser de socialistas e Izquierda Republicana, siempre sobre la permanencia de estas Cortes.

Madariaga me dice que él y otros del grupo de la Federación gallega, están dispuestos a ingresar en Acción Republicana; y, muy en secreto, me revela que lo mismo hará Casares Quiroga.

López Ochoa publica en *El Heraldo* un artículo sobre las reformas militares, pidiendo que en las Cortes se abra una información pública, para que «sea oída la voz del ejército». ¡Absurdo!

Hemos almorzado Lola y yo en el Palace con Lilí Álvarez, la campeona de tenis. Durante unos días, ha sido la *vedette* en el mundillo periodístico. Viene enviada por *Daily Mail*. Un periódico decía, burlándose, que deberíamos enviar a Inglaterra a Paulino Uzcudun, como corresponsal. Esta Lilí viene muy recomendada por Pérez de Ayala, que desde su embajada de Londres escribe una carta muy superferolítica, advirtiendo que se la reciba bien, y «que es un astro necesitado de un cielo para brillar». Llevaba quince días persiguiéndome para hablarme de política, pero yo me he negado. Un día, en El Escorial, me la encontré en el hotel, y se me presentó ella misma. Se empeñó en invitarnos para pocos días después, y pude eludir el convite. El de hoy, era ya inexcusable. Es una señorita bastante tonta, con pedantería galaica, que es muy molesta, habla siempre de sí misma, no entiende de nada, y usa un estribillo insoportable: un «¿qué?» chillón y pedante, puesto al final de cada frase, como si en tal momento volviese de un arrobamiento y fijara la atención en quien la rodea. Yo no he contestado nada de lo que quería saber. Y le he dicho que no entiendo más que de caza. Se lo ha creído.

Después ha llegado Luís Calvo, el del *ABC*, y ya he tenido quién me ayude a soportar este fastidio. Hablando con Calvo he dicho una porción de gansadas, que probablemente Lilí se habrá tragado. ¡Si las publica en el *Daily Mail*, qué golpe!

En el Palace estaban los Méndez Vigo; la mujer, alemana, es monísima y muy agradable. Nos invitan a comer el lunes.

13 de agosto

Cuando estaba despachando con el subsecretario, se presentan Maura y Martínez Barrio. Hablamos largo rato a solas. A Martínez Barrio le han dicho, en las logias, que se prepara un golpe monárquico para la próxima semana. Me hablan del coronel Varela, y como yo les digo que Muñoz asegura que es fiel, Martínez Barrio replica que Muñoz es muy apasionado y ciego por sus amigos. Se sabe que Varela ha tenido una conferencia de hora y media con Carranza, exalcalde de Cádiz y acérrimo monárquico, muy rico, que ha hipotecado ahora todos sus bienes. En la conversación suenan Franco y Orgaz. Franco es el único temible. Examinamos la situación y estamos de acuerdo en que un suceso militar sólo podrá venir de Navarra o de Andalucía. Hay que acudir con medios informativos, y en el Consejo de mañana pediremos los medios necesarios. Maura hablará con Sanjurjo, respecto de la Guardia civil. Yo voy a dar hoy instrucciones al general Goded, para que no esté desprevenido. Me callo cuáles son las instrucciones, que se me ocurrieron anoche, o por cavilosidad o por buen instinto.

A última hora viene al despacho el general Goded. Mientras firmamos, le ordeno que el Estado Mayor Central me estudie rápidamente el plan para que entren en campaña las divisiones quinta, sexta y séptima, más las dos medias brigadas de montaña, suponiendo que fuese necesario ocupar militarmente Navarra. Al general le hace impresión el encargo, aunque lo disimula.

Al mismo tiempo le rechazo un proyecto de trabajos cartográficos, que tendía a deshacer mi reciente supresión del Depósito de la Guerra.

Cuando ya estoy cansado de visitas, recibo al general Villegas, que me da cuenta de lo que ha hecho para ir restableciendo los hábitos de trabajo y de disciplina en la división, un poco relajados con todo lo que viene sucediendo.

Por la tarde, pensaba volver pronto al ministerio; pero se me presentan en casa mi primo, el general García Benítez, y su hijo, artillero. Me tienen aquí hasta cerca de las cinco. Benítez ha sido siempre muy palatino; ayudante del rey, coronel de la Escolta real; su mujer, mi prima, muy devota y con algo de manía de grandezas palaciegas. Les gustaba mucho al principio Primo de Rivera. Cuando empezábamos con los planes republicanos, mi prima me tenía

casi lástima, y llegó a decirme que en algunas casas ocultaba que fuéramos parientes. Me daba mucha risa. Con aires de dama catequista, me aconsejaba una vez la conformidad: refiriéndose a la realeza, etcétera, decía poniendo la boca chiquita: «Son cosas que debemos respetar». Ahora mismo tiene la casa llena de retratos de la familia real. Benítez se enfadó con Primo de Rivera cuando la disolución del Cuerpo de Artillería; porque tiene dos hijos en él. Un día, en casa de mi hermana, me confesó que era muy inconveniente vivir sin Cortes. Este general es típico: necesita su experiencia personal para convencerse de una cosa que una mediana ilustración le habría hecho conocer desde el primer momento. Mi prima, su mujer, cree que el diablo se aparece en las reuniones de los masones, bajo la figura de un señor respetable y distinguido, vestido de frac. Y en una de estas reuniones, un creyente que se había deslizado en ella, sacó un crucifijo, y el diablo de frac huyó dando alaridos.

Ahora me admiran mucho. Benítez manda la brigada de Caballería que está en Alcalá, enteramente seguro de que me será muy leal.

Estoy un corto rato en el ministerio, y me marcho al Congreso. Cuando llego al banco azul, el Presidente me hace sentar a su lado y me habla largo rato. Va a discutirse el proyecto de la Comisión de Responsabilidades, que trae las facultades omnímodas ya conocidas. Me dice el Presidente que la minoría socialista se opone a que ningún ministro socialista hable sobre esa cuestión en nombre del Gobierno.

El propósito está claro: como los socialistas quieren sacar adelante el proyecto, que un ministro de su partido lo combata los pondría en el caso de votar contra él, o de renunciar a su propósito. «Fernando no puede hablar, a pesar de lo que habíamos acordado. Domingo se excusa, porque dice que no conoce la técnica jurídica, y yo creo que no debo estar interviniendo a todas horas; por eso opino que debe usted estar atento al debate, para que intervenga usted a nombre del Gobierno». Así me ha dicho el Presidente. En el banco azul, hablamos vivamente Maura, Ríos, el Presidente y yo. El encargo me fastidia sumamente. Veo en él, no un lazo, claro está, sino una situación dificilísima para mí.

Les digo que si hay o no un criterio y un acuerdo fijo de Gobierno, cosa de que no estoy seguro. Que el Gobierno sólo puede tomar dos caminos: u oponerse al proyecto, presentando la cuestión de confianza, y éste sería un punto de vista aceptable, que yo podría defender, o declarar la cuestión libre. Lo que es inadmisible es intervenir con una finta, para retirarse luego; dar consejos u opiniones, y no proponer nada terminante. Esto no puede ser.

Maura y Ríos asienten, y añaden que debe hablar en nombre del Gobierno el Presidente, porque ésta es la cuestión más grave que se nos ha planteado hasta ahora en las Cortes. No se resuelve nada y el Presidente parece contrariado.

Cualquier intervención aconsejando la prudencia, parecería a los grupos de la mayoría una maniobra *impunista*. Y quieren que yo la personifique. Tanto más absurdo, cuanto que el Gobierno no está unánime en la cuestión. A Fernando, el criterio de la Comisión le *repugna*, pero no lo dice en la sesión, porque a su partido no le conviene. Largo piensa casi como la Comisión, aunque prefiere otra solución menos radical. Albornoz está de acuerdo con el dictamen, y supongo que Domingo, aunque no piense así, no se atreve a decirlo. Y habiendo estos pareceres, ¿quién habla *en nombre* del Ministerio? Don Niceto quiere que sea yo, sin duda porque no *soy sospechoso*; él mismo me ha dicho que Maura, por su significación, no debía hablar en el debate. Y no pasamos de ahí.

Mientras, un periodista llamado Antonio de la Villa, pronunciaba una especie de discurso acerca de las apariciones de la Virgen en Navarra, y afirmaba que el congregarse tanta gente en el lugar de las apariciones, era un pretexto para conspirar. Muy chabacano ha sido todo. Hablaba Antonio de la Villa y Unamuno brincaba en su asiento.

En la discusión del proyecto de la Comisión, las Cortes aparecen perplejas y preocupadas. Aplauden al socialista Cordero, que defiende el proyecto, de que en parte es autor, y que anuncia al final su propósito de transigir con algunas enmiendas. Escuchan con profunda atención a Sánchez Román, que ha estado bien, aunque frío en demasía, lo que ha amenguado el efecto de su discurso. Creo que aún no se ha formado una mayoría sobre el caso, por más que el fervor y el ruido están del lado de los intransigentes.

Como yo suponía, las informaciones de Maura sobre el ánimo de la Comisión, han resultado vanas. Después de la sesión, hablo con Ríos y Largo. Les hago ver lo falso de nuestra posición y la necesidad de echar por un camino cualquiera. Fernando se agita entre «la repugnancia» de adoptar el criterio de la Comisión y la conveniencia de que los ministros socialistas se callen. Largo sonríe, con la sonrisa fina que le es peculiar, que le baila en los ojos azules, dice unas cosas ambiguas, y se marcha. En el Consejo de mañana, pienso plantear a rajatabla la cuestión.

14 de agosto

En el Consejo de esta mañana ha comparecido el señor Carabias, gobernador del Banco de España, para informar sobre el problema del cambio. Es un hombre de corta estatura, de pocas carnes, algo sordo, de faz aguileña e inteligente. Habla con precisión y mucho tino. Es la primera vez que las cuestiones financieras se tratan en Consejo sin los habituales aspavientos, desmanes oratorios y procacidades de Prieto. ¡Qué diferencia! Las chocarrerías de Prieto y su irresolución han concluido por hacerme desagradable el simple planteamiento de aquellos asuntos en el Consejo. De antemano se sabe que no vamos a oír más que confesiones de impotencia, ni a ver más que encogimientos de hombros y manoteo, para ilustrar algunas desgarradas ocurrencias. Este Carabias me ha hecho incluso ameno y entretenido el relato de la situación, con la amenidad de una operación inteligentemente expuesta. El contraste ha sido muy fuerte, y, en mi opinión, desfavorable para Prieto. Ignoro lo que habrán pensado los demás. Carabias dice que los consejeros del Banco se alegran, aunque aparenten otra cosa, de la baja de la peseta; se alegran por espíritu de oposición al Gobierno. «Únicamente, cuando entrevé la posibilidad de las ganancias con las operaciones de intervención en el cambio, o con las fabulosas que pueden deducirse de la estabilización, *el Banco sonríe*». De la estabilización a un tipo alrededor de cincuenta pesetas por libra, resultaría para el Banco dos mil cuatrocientos millones de pesetas, próximamente. El Banco cree, o mejor, quiere que esas ganancias han de ser para él solo. El gobernador opina que habrá de compartirlas con el Estado.

Carabias ha explicado muy bien las dos políticas que hubieran podido seguirse: o la inflación sin límite, dejando que la peseta se hundiera definitivamente, política que hubiera arruinado a los ricos, o la contención y defensa del cambio, mostrándonos dispuestos a no consentir que el tipo de cambio lo fijen en el extranjero. Opina que debería crearse un estado de opinión nacional sobre el problema, y desde un punto de vista nacional, no le parece ningún disparate la primera de las dos políticas. Pero eso era para haberlo hecho desde el principio.

Lo que él propone ahora es una táctica para impedir la especulación a la baja de la peseta, que ahora se realiza por la impresión dominante de que España no se decide a poner en juego los medios de que dispone para defender su moneda. Si no tuviera esos medios, la peseta estaría ya hundida; la especulación a la baja opera con prudencia; temiendo que esos medios puedan jugar.

Carabias dice que hay que ponerlos en juego, y que el comienzo de esta táctica, o la simple seguridad de que va a emplearse, bastará para detener la especulación, retrayendo el cambio a poco más del tipo de convertibilidad en oro. Propone que el Banco compre todas las pesetas que salgan al mercado mientras el cambio se mantenga sobre 51,90 que es el tipo actual de convertibilidad; y que los billetes recogidos se amorticen.

Cree que en el extranjero hay trescientos millones de pesetas, de los cuales ciento cincuenta están en *dobles*, que se van recogiendo ahora normalmente.

Conviene detener el alza del cambio en poco más del tipo de convertibilidad, a 54, para no hacer imposible la estabilización a 45 o 46, como se tiene calculado.

El informe ha sido largo, y hemos acordado celebrar un Consejo especial el martes para dedicarlo al asunto y tomar una resolución.

Del asunto político pendiente, hemos hablado, pero sin llegar a una conclusión. No estaban Albornoz ni Domingo, a los que yo quiero oír, para que sepamos si se lleva en esto un criterio común o no, para hacer frente al dictamen de la Comisión de Responsabilidades. La discusión de esta tarde en las Cortes ha sido de poco interés, y los diputados no han concurrido en gran número.

Me han dicho que el general Franco ha llegado hoy a Madrid, desde Asturias. Se lo he dicho a Galarza, que ya lo sabía y lo tiene vigilado. En el Consejo se ha acordado concedernos los medios necesarios para el plan defensivo que tengo en estudio. Por su parte, Maura dice que va a suspender *La Correspondencia Militar*, que hace contra mí una campaña desaforada. El lunes envió dos números al auditor de la división, porque traía unos párrafos subversivos.

Después de cenar voy al ministerio.

Hablo con el jefe del Gabinete militar, que, siguiendo mis instrucciones, ha empezado a buscar los oficiales que deben prestarme servicios especiales en provincia. Mañana sale ya uno para Cádiz.

Salimos a dar un paseo, llegamos al Pardo. Nos apeamos. Delante del palacio, hay tropa en disposición de marcha. Son los ingenieros, que salen de práctica. Cuando nos cansamos de pasear, ordeno que el coche siga por el camino que han tomado los soldados. Al cabo de un buen rato damos alcance a un grupo de caballos. El coche se para, y se nos acerca un comandante. «¿Quién es?», pregunta al sargento. Al enterarse, se queda un poco sorprendido. Me apeo y hablo con él un rato. Es el jefe de la fuerza. Me explica el trabajo que van a hacer. Le interrogo sobre el acuartelamiento de la fuerza y la instrucción; después, sobre su carrera. El comandante está muy satisfecho. Le despido, siguen su camino, y yo vuelvo a Madrid. Seguramente, el pasmo del jefe lo compartirán sus subalternos, que nos miraban un poco apartados, y hoy será la comidilla en los centros militares de Madrid esta súbita aparición del ministro en medio del monte. ¡Cualquiera sabe a qué lo atribuirán! No es la última que pienso hacer, ahora que la división realiza marchas nocturnas.

15 de agosto

Día tranquilo en el ministerio, por ser festivo. Pero no me libro enteramente de las visitas. He aprovechado la mañana para dictar cartas de las que no puedo confiar la respuesta a la inspiración de la secretaría. Algunas, sobre todo las políticas, son ya muy atrasadas. Me piden gobernadores y otras gangas. No he hecho ninguna de las recomendaciones que desean. Esta clase de cartas suelen estar sobre mi mesa revueltas algunas semanas. Tengo la resolución de no caciquear ni intrigar, y si alguien quiere ayudarme o seguirme en política será por otros estímulos.

17 de agosto

El sábado y el domingo en la sierra. Pasamos la noche en El Escorial. El domingo, de mañana, vamos a Navalperal. Comemos en casa de Sicardo, con otros oficiales que han venido directamente de Madrid. Por la tarde, visitamos los altos del Alberche, junto al Tiemblo. Minuciosa explicación del ingeniero.

En Cebreros, por donde pasamos, es día de toros. Han matado un toro a pedradas. Junto a esta barbarie, la perfecta instalación de la central eléctrica del Alberche. Un hombre solo, en un cuarto silencioso, forrado de aparatos, dirige una fuerza enorme. Contraste.

Hemos ido a los toros de Guisando. Increíble anochecer, de morados y oros. Otra visita a otra fábrica. Pasamos de nuevo por Navalperal, y por el puerto de Guadarrama, al Escorial. Regresamos a Madrid a la una de la noche.

Hoy he tenido poco quehacer. Hemos almorzado Lola y yo en el Palace invitados por los Méndez Vigo. Concurren un matrimonio cubano, banquero él; un cónsul, Sierra, antiguo conocido mío, y el señor Danís, también cónsul, una de las criaturas más cargantes que conozco.

Después del almuerzo voy al Ateneo, donde me espera Fernando Salvador, para acordar un proyecto de obras, que tengo pensado, como continuación de las que hice el año pasado. Larga conversación, y más tarde al ministerio. Estoy allí hasta las diez menos cuarto. Como no tengo hoy Consejo ni Cortes, he trabajado tranquilamente despachando muchos papeles, y conversando con Riaño sobre los asuntos de Aviación, en los que voy formando un propósito ya decisivo. La tarde en el ministerio ocupado no más que en mis asuntos, y al cabo de tres días de no ver a los ministros ni a los diputados, me recuerda los *buenos tiempos* de mi actividad solitaria en esta casa. ¡Qué pronto se hace todo historia!

Después de cenar estamos paseando dos horas por la Castellana, hasta la una.

18 de agosto

Hoy hace un año que se murió Enrique Martí Jara. Unos cuantos amigos han ido al cementerio, pero yo no podía asistir, por tener Consejo, y me ha representado un ayudante. Martí Jara murió joven; tendría cuarenta años o menos. Era muy buena persona, tenaz hasta la terquedad, bastante propenso a «sulfurarse», y muy entusiasta por la «causa». Cuando lo de «la noche de San Juan», me lo encontré en el vestíbulo del Ateneo y me dijo, casi perdida la razón: «Valencia es nuestra». La verdad es que allí no se movió ni una rata; pero él, durante unas horas, *veía* la revolución triunfante. Estos ímpetus le hacían chocar conmigo con frecuencia y nuestro respectivo mal genio se encrespaba. Pero me tenía mucha estimación, y aunque alguna vez le trataba con aspereza y aun con dureza, no me lo llevaba a mal y me lo toleraba. Martí Jara es el que me llevó, casi tirando de mí a la fuerza, a los primeros trabajos para organizar la Alianza Republicana. Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera, o la encontraba muy buena; sin exceptuar a los escritores y redactores de *El Sol*, que ahora, en su forma mínima de *Crisol*, expiden patentes de republicanismo. Al quedarme sin *España*, sin *La Pluma* y con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer, y entré en una especie de interinidad expectante, parecida en cierto modo a lo que nos ocurría durante la gran guerra. Estaba además deprimido y muy a disgusto por haberme tenido que ir a vivir en familia, perdiendo el «espléndido aislamiento» a que desde hacía muchos años venía habituado.

Ni siquiera iba al Ateneo, del que me había separado por las tonterías que empezaron a hacer en cuanto salí de la secretaría, y por la feísima acción que cometieron conmigo algunas gentes que no podían soportar mis aciertos en aquella casa. Recuerdo que, por esas causas, y, sobre todo, por *la soledad* en que vine a encontrarme de pronto, el año 1925 es probablemente el más triste de mi vida. Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca. Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido (facilidad para contentarme con lo presente y no creerme *con derecho* a más, ni a nada. ¿Será el freno de la indolencia?).

Entré en unos devaneos que al punto no fueron entendidos, y que al serlo, fueron rechazados. ¡Qué suerte! ¡Lo que me habría pesado después! Lo chusco es que ya por entonces pensaba en otra cosa, pero me parecía inasequible, y la cultivaba nada más que como un cebo de la imaginación. Si aquello hubiera salido a medida de mis momentáneos deseos, mi aburrimiento y mi enojo ahora no tendrían límite, y la situación habría sido insostenible. Por entonces también me refugié en la afición a escribir. Concluí *El jardín de los frailes* y comencé el libro sobre Valera[11].

¿Por dónde he venido a recordar estas cosas? ¡Ah!, sí: por Martí Jara. De mi apartamiento huraño me sacaba Martí Jara llevándome casi a empellones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución. Cuando había que destacar a alguien en algún puesto, me destacaba a mí, con la extrañeza de algunos o con desdén de otros. Por entonces conocí personalmente a Lerroux, con quien tantas migas estaba yo llamado a hacer: y no sé aún si serán buenas o malas migas. Por Martí Jara fui al comité ejecutivo de la Alianza, y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián, y que me incluyesen en el comité revolucionario, convertido después en Gobierno de la República.

El 17 de agosto del año pasado se hizo el convenio que llaman Pacto de San Sebastián. Al día siguiente, por la noche, fuimos a un banquete republicano en Irún; yo veraneaba con Lola en Fuenterrabía. Estábamos en un hotel, lleno de burgueses y aristócratas sevillanos. Una marquesa viuda que allí vivía, le dijo a la fondista: «¡Qué lástima que una muchacha tan bonita (por Lola) se haya casado con un republicano!». Este era el personal. También vivía en el hotel Ruiz y Benítez de Lugo, subsecretario de la presidencia con Berenguer, y Matos, hermano del ministro de la Gobernación que sucedió a mi inolvidable adversario el general Marzo.

Al llegar a Irún, la noche del banquete, me dio Galarza la noticia de la muerte de Martí Jara. Al banquete no asistió Lerroux, pero sí don Niceto, y Miguel Maura, y Eduardo Ortega (de cuya indiscreción desconfiaban todos los conspiradores), y Victoria Kent, y no sé quién más. Había trescientos iruneses, algo bárbaros. La policía había prohibido que hubiese discursos, pero los hubo. A don Niceto, en su florido discurso, se le ocurrió hablar de la maternidad, dirigiéndose a la Kent. La autoridad, porque se quebrantaba la prohibición de echar discursos, quiso echarlo del local. Entraron los guardias, sable en mano. Creí que se reproducía lo del hotel Nacional, cuando el banquete a M. Domingo. Pero tal fue la actitud de aquellos bárbaros, que el comisario, pálido de cólera, optó por retirar a los guardias. Los republicanos

ocuparon lo alto de la escalera, pistola en mano, para que ya no subiese nadie. ¡Cuántas emociones, desde entonces hasta hoy!

El Consejo de esta mañana ha sido muy movido, a ratos. Comenzó por el examen de los papeles que le ha quitado la policía de la frontera al vicario de la diócesis de Vitoria; se los llevaba a su obispo, que está emigrado en Anglet. Son principalmente: un dictamen del señor Martín Lázaro, de la extrema derecha católica, sobre la manera de poner en salvo los bienes eclesiásticos. Aconseja la venta de las fincas, y que el producto o los valores que ya posean, se inviertan en fondos extranjeros, o se coloquen a nombre de un titular; que los cupones y rentas no los cobre nunca la misma persona, etcétera.

Y después: una carta, al parecer circular, del arzobispo de Toledo, Segura, diciendo que, con la autorización del Papa, aconseja que se hagan aquellas operaciones para cobrar los bienes de la Iglesia. La epístola es larga.

Se ha discutido mucho el caso. Fácilmente se llegó al acuerdo de publicar mañana un decreto prohibiendo la enajenación de los bienes de la Iglesia. También se convino en pedir al Gobierno francés el internamiento de los obispos de Vitoria y Toledo.

Después se pasó a examinar lo que se hacía con el arzobispo Segura. Querellarse contra él ante el Supremo, procesarlo por los delitos que contiene el documento, se desechó a propuesta del Presidente, porque la querella y el procesamiento implican la venida a Madrid del arzobispo, que estará deseando parecer mártir, y tenerlo aquí es un compromiso para el Gobierno; incluso podría provocar un movimiento violento contra los conventos y otra quema.

El punto de discusión, y lo que ha prevalecido, ha sido éste: suspender las temporalidades al arzobispo, y una vez hecho, enviar al Nuncio un ultimátum, para que, en plazo de cinco días, Roma destituya al personaje; y si no lo destituye, romper las relaciones diplomáticas.

El Presidente quería a todo trance que no se hiciese la suspensión de temporalidades antes de pasar el ultimátum al Nuncio. Decía que no siendo así, se le daba un argumento al Nuncio, que alegaría el acto unilateral realizado por el Gobierno de la República, como un imposible para tratar, lo que malograría el buen éxito de la gestión. Cada uno hemos ido votando, y todos por la solución contraria a la que proponía el Presidente. Y a cada uno que votaba, don Niceto le repetía su argumentación. Prieto ha propuesto que el asunto se llevase hoy a las Cortes, a lo que nadie ha asentido. Fernando de los Ríos, al dar su opinión, ha hablado vagamente de la dificultad de llegar a un criterio homogéneo en el Gobierno (u otra expresión por el estilo, a la que

nadie dio importancia), y se sumó al parecer de todos. Entonces el Presidente, después de sostener una vez más su opinión, y de salvar su voto, dijo que, en vista de lo dicho por Fernando, se consideraba Presidente dimisionario y que nosotros «administraríamos» su dimisión por unos días. Pasmo de todos. Azoramiento de Fernando, que realmente no había querido decir nada de lo que entendía el Presidente. Le hacemos ver que todas las cuestiones graves se han resuelto por votación, y que nunca se han molestado los que resultaban en minoría; que todos teníamos puesta en él nuestra confianza, etcétera, etcétera. Nada valió. Don Niceto, con un enojo verdaderamente pueril, semejante al que sintió cuando ya dimitió otra vez por el caso de la expulsión del obispo Múgica, decía que lo dicho por Fernando revelaba su disconformidad con la composición del Gobierno, y que él se eliminaba, etcétera, etcétera.

Todos han hablado, quitándole la razón. Yo también lo he hecho, diciéndole que estaba ofuscado, que no tenía derecho a proceder así y que pensase bien que no habría posibilidad de Presidente dimisionario, que si él dimitía, nos iríamos todos, y que esta misma tarde daríamos cuenta de ello a las Cortes, poniendo en peligro a la República. Han asentido los demás. La conversación ha continuado, y yo por último he dicho que creía resumir la opinión del Consejo, dando por no dichas las palabras del Presidente. El incidente parecía terminado, y no se ha vuelto a hablar más de ello, porque estaba esperándonos el gobernador del Banco de España, a quien se ha hecho pasar al salón del Consejo.

Examinamos la cuestión del cambio. Maura y don Niceto hacen observaciones, que Carabias desvanece. Sin embargo, algunas veces, su argumentación me parece menos sólida que el otro día. Carabias afirma que su fórmula sólo puede fracasar en el caso de que ocurra algún gran suceso imprevisto que afecte a la economía nacional.

Don Niceto le pregunta si, en el caso de preverse para dentro de doce o quince días algún hecho impresionante, no sería conveniente aplazar la aplicación de la fórmula. Carabias dice: «en ese caso, sí».

Le pregunta también si sería posible aplicar las ganancias de la operación (comprar pesetas por encima del tipo de convertibilidad) a reforzar las existencias de oro. Responde que sí. Se delibera mucho la eventualidad de que, empleando el oro del Banco en comprar pesetas, y retirados los billetes de la circulación, haya que ponerlos de nuevo en circulación, por otra crisis como la pasada, pero habiendo disminuido las reservas de oro.

Carabias me dice que esta misma mañana ha sabido que el Banco tiene quince millones de pesetas en monedas de oro, propiedad del Tesoro. Y que

no se lo han dicho hasta hoy, porque ahora el Banco ve en peligro su oro.

Después de dar muchas vueltas al asunto y de preguntar veinte veces a grandes voces don Niceto, si se aplicarían las ganancias a la compra de oro, se llega a una solución.

Con los quince millones de pesetas en oro, más el millón y medio de libras, sobrante del crédito abierto por el Banco de Francia para el rescate de las dobles, y otro tanto dinero que deberá poner el Banco, el Centro de Contratación comprará, mientras estén sobre el tipo de 54, cuantas pesetas salgan al mercado. Pero como si se supiese que no se dispone más que de esa cantidad, el remedio no produciría efecto, y sí lo producirá, según Carabias, en cuanto los especuladores crean que van a empicarse todos los recursos de que el Banco dispone, se acuerda aprobar la fórmula de Carabias, y decírselo así al Banco, para producir esa impresión, si bien con el propósito de no aplicar la fórmula a fondo, mientras no desaparezca la inquietud o la posibilidad de suceso «impresionante» de que hemos hablado. Siempre queda flotando la promesa y la seguridad de Carabias de que basta llevar al ánimo de los banqueros, dentro y fuera de España, el convencimiento de que se va a manejar el oro, para que no sea preciso manejarlo.

Después se habla de la situación en Navarra. Les doy cuenta de las medidas que tiene en estudio el Estado Mayor Central. Como esto sería de gran monta, les propongo que por el momento se concentren en Navarra los ocho batallones de montaña, para hacer «escuelas prácticas». Prieto y otros opinan que el momento crítico será el de la votación de la Constitución. También propone Prieto que se nombre (que le nombren a él, dice) un gobernador general de las Vascongadas.

La Guardia civil de Navarra, según Maura, es toda carlista. Se conviene en variarla.

Se aprueba el proyecto del aumento del haber de los soldados, y hablo un momento de la necesidad de hacer cuarteles modernos en Madrid, para lo que me propongo arbitrar recursos vendiendo los viejos.

Fernando no puede resistir la tentación, y con una sonrisa suavísima y pedante, dice: «No dejo de lamentar que tengamos que hacer cuarteles…». Ha dicho una tontería y todos lo comprenden. Largo Caballero dice que mientras no se suprima el ejército, hay que alojar bien a los soldados. Yo insisto en que la República debe ocuparse de ello, y que si han de suprimirse las cuotas, la exigencia será mayor, aunque ya está bien justificada.

Aunque no se suscita ninguna discusión, Fernando habla de la necesidad de poner en serie los problemas, que hay escuelas sin ventilación y sin luz,

etcétera. Largo Caballero me decía luego: «Es un criterio anarquista».

Por la tarde, antes de la sesión del Congreso, veo a los ministros. Todavía colea lo de la dimisión del Presidente, que, al parecer, insiste. Nos mantenemos en nuestro criterio. Maura opina que el Presidente está disgustado por el proyecto de Constitución, que estima disparatado, lo mismo en lo de los poderes del Presidente, forma de elección, etcétera, que en la parte religiosa. Y que éste es el origen de su dimisión. Prevé la guerra civil por la cuestión religiosa, y quiere apartarse, para ser una reserva de paz. Esto es opinión de Maura.

Dicen algunos ministros que es preciso tranquilizar al Presidente ofreciéndole que estaremos a su lado para corregir los desmanes del proyecto de Constitución.

Más tarde, en el banco azul, Fernando me dice que ha hablado con el Presidente y que está «muy entregado». No me preocupa la cuestión.

A Fernando le apunto lo que tiene que contestar a un diputado que le pide la derogación del artículo 20 de la ley hipotecaria. Era muy gracioso para mí ver el convencimiento con que repetía lo que yo acababa de decirle.

Hoy he hablado en las Cortes por primera vez, contestando a una pregunta de un diputado socialista. Necesitaba yo este pequeño ensayo, para saber cómo suena la voz en aquel salón. Creo que lo dominaré. El debut no me ha impresionado nada. La sesión, sin interés.

20 de agosto

Ningún incidente en el ministerio. Ayer me visitó Macià, en compañía de Amadeo Hurtado. Conversación reducida a palabras corteses. Por la tarde me reuní con la ponencia de la Comisión de Guerra, encargada de dictaminar sobre mis proyectos. El diputado socialista Bolaños, comandante de Ingenieros, que acaba de retirarse, me hizo algunas observaciones encaminadas a utilizar en servicios civiles a los oficiales retirados. Quería que fuese por obligación, y le convencí de que era imposible, sin deshacer lo hecho, porque la opción ofrecida era otra. Hablamos largamente de mis planes, que le parecieron bien.

Anoche, después de cenar, estaba yo muy deprimido por las dificultades interiores del Gobierno y por los rumores alarmantes que me llegan de varias partes. Hablar con un amigo, me alivia. Recibiendo tantas visitas y tratando de la mañana a la noche con tal número de gentes, resulta que vive uno en gran soledad y aislamiento.

Hoy por la tarde he estado largo rato en casa, arreglando papeles. He rasgado muchos, que se amontonaban en mi escritorio. Dejado de todos encuentro el capítulo de *Fresdeval*[12], que estaba escribiendo cuando vino la República. Lo he releído, y descubro que se me ha olvidado todo lo que tenía pensado y proyectado para esta novela, que se me iba cuajando tan bien. Difícil me sería ahora reconstituirlo. En la tranquilidad de casa, me he hecho la ilusión de que iba a ponerme a escribir como antaño, y realmente tenía ganas de hacerlo.

Después, un rato en el ministerio, y voy al Congreso, persuadido de que la tarde va a ser de emociones; hoy le toca hablar al Gobierno en el debate de las responsabilidades.

Sánchez Román ha hecho un buen discurso, mejor que el del primer día. Detrás de mí, en el banco de la Comisión, Eduardo Ortega y Gasset dice de Sánchez Román: «Es un tonto hinchado».

Ha hablado don Niceto. Yo había salido del banco del Gobierno y no tenía ninguna gana de estar en él mientras hablase el Presidente. Para mí, la situación es delicada, porque estaría de acuerdo con el proyecto de la

Comisión, si estuviese pensado y redactado con más inteligencia, y defendido con más agudeza y cordura. Cuando empieza a hablar el Presidente me acerco al banco azul y ya no se puede entrar en él, porque el orador está en pie y obstruye el paso. No me atrevo a llamar la atención saliendo al hemiciclo y penetrando en el banco del Gobierno por una puertecilla que tiene en el centro. Me quedo al pie de la tribuna presidencial, con veinte o treinta diputados. Estos detalles los recuerdo porque el Presidente, con lo que ha dicho y hecho después, me los ha traído a la memoria.

Las Cortes han oído el discurso del Presidente en profundo silencio, con frialdad y, en mucha parte, con hostilidad callada por el respeto. Todos los bancos, llenos. El Presidente ha sostenido: autoridad de las Cortes para juzgar el delito de alta traición; nombramiento de un tribunal especial, o diferir el caso al Tribunal Constitucional cuando esté nombrado; aplicación del Código penal a los ministros y a todos los partícipes en la dictadura, con excepción del rey, que está fuera de la ley; que la Comisión sea fiscal, y se desdoble para instruir el proceso; que se levante la vigencia de las leyes procesales que estorben, pero diciendo cuáles son, y que se haga la categoría de las personas y de los delitos que por su importancia merezcan someterse al fallo de las Cortes. Ha producido desconcierto lo que ha dicho sobre su personal creencia de que las Cortes no tendrían que convertirse en tribunal.

Me ha parecido —y a otros— extemporáneo y de poca enjundia, el elogio del derecho procesal, el «diamante» del derecho, según ha dicho. Completamente fuera de lugar la defensa de Elola, el exfiscal de la República.

El discurso, bajo de inspiración y lleno de arabescos y períodos abundantes y floridos, con pasajes de *fort en thène* —que siempre lo es un poco don Niceto—, no era apropiado a las circunstancias. Algunos ministros opinan que las Cortes no se han enterado bien de lo que el Presidente proponía, y otros han echado de menos al final una recapitulación clara.

Lo más notable ha sido que, sin plantear redondamente la cuestión de confianza, el Presidente ha dicho que si había censura, recaería sobre él solo, y que aunque hablaba en nombre del Gobierno, el Gobierno quedaba fuera de la cuestión, siendo él únicamente quien pagaría las consecuencias, si la Comisión no aceptaba «sus consejos».

Estas palabras del Presidente me han sorprendido mucho; primero, porque yo no recuerdo que se haya acordado por fin en el Gobierno presentar la cuestión de confianza, y segundo, porque si se ha acordado así, pretender que él solo pagaría las consecuencias, es una precaución inútil para salvar al resto del Gobierno, que no iba a aceptar que dimitiese solo el Presidente, y un acto

de extraña soberbia o despecho, porque implica un sacrificio que nadie le había pedido, ni servía para nada. La impresión en las Cortes ha sido enorme. Poco después, se ha suspendido la sesión «por unos minutos», a petición del presidente de la Comisión. Yo había vuelto ya al banco azul, y tan contrariado estaba por lo que parecía y me parece una torpeza del Presidente, que no paré mientes en felicitarle por su oración. Muchos diputados hacían corro en torno de don Niceto en la punta del banco, y unos socialistas —recuerdo entre ellos a Negrín— discutían acaloradamente, apoyados en nuestros pupitres, con Fernando de los Ríos. Omitir la felicitación ha sido también cosa grave. Mientras no iba a felicitarlo, yo sentía vagamente que estaba faltando a algo, pero no tuve ni el menor impulso de corregirme: tan disgustado estaba.

Albornoz, cuando nos retirábamos del salón, me dice: «Ha sido una jornada política deplorable».

Mucha gente en los pasillos. Encuentro a Martínez Barrio rodeado de periodistas, a los que está diciendo la solidaridad de los ministros con el Presidente. Los periodistas no me preguntan nada, porque ya saben que no les contesto. En el despacho de ministros encuentro al Presidente, a Casares y a Martínez Barrio. Lerroux se ha ido del Congreso. Domingo no ha asistido a la sesión. Y el Presidente, con este motivo, dice que Domingo es más escurridizo que una anguila.

Sabemos que Albornoz está disconforme con lo dicho por don Niceto, y que no recuerda que se haya convenido el planteamiento de la cuestión de confianza. Comentando esto, Martínez Barrio asegura que a Albornoz le engaña la memoria, y que eso era lo convenido. A mí, por lo visto, también me engaña. Esta cuestión nunca se ha tratado con decisión y franqueza en Consejo. Después averiguo que el miércoles, a última hora, no estando yo en el Congreso, los ministros, no sé cuántos, tuvieron una «reunión ocasional», en la que acordaron lo que el Presidente iba a decir.

Don Niceto, con muchos *¡bueno, señores!* y muchos *¿qué hay, querido Azaña?*, va diciendo que ha hecho un gran sacrificio, a sabiendas de que saldría perdiendo; que no quería hablar, y que ha hablado, porque el Gobierno estimó que debía ser él quien lo hiciera. Aunque pensó que pudiera hablar yo, después ha comprendido que no era conveniente, por mi especial significación.

Todos convinimos en que le correspondía hablar al ministro de Justicia, y que es intolerable que el grupo socialista haya prohibido a sus ministros que intervengan en la discusión, para no verse desautorizados por ellos o no tener que desautorizarlos.

Nicolau está presente en la conversación, está de acuerdo con esto y con todo lo dicho por el Presidente.

Insinúa después el Presidente que él ha hecho de «cortafuegos» y que sacrificándose él, salva al Gobierno; podría continuar el Ministerio con otro Presidente, que podremos ser Lerroux o yo. No le dejo continuar, haciendo un gesto de repulsa y echándolo a broma. En tanto, los ministros socialistas están reunidos con su grupo. Albornoz hace una rápida aparición, y dice que la cuestión que se discute debía dejarse a la libre opinión de los diputados. «Pero ya es tarde para eso —le dicen—. El conflicto está planteado». Yo me persuado que el Gobierno está en el suelo y me preocupa mucho el caso porque no veo solución. Puede ser el fin de la República.

Don Niceto entra y sale en el despacho. Durante una de estas salidas llega Domingo, que no está enterado de nada. Le imponemos rápidamente de lo que sucede, y se va a la reunión de su grupo.

El tiempo pasa, la Comisión sigue deliberando, la sesión no se reanuda y no se adivina la conclusión. Don Niceto nos dice que está muy satisfecho de su conducta, que todos los «prestigios» del Congreso se han acercado a felicitarle: Sánchez Guerra, Ossorio, Ortega, Alba, Marañón… (que está en Santander), etcétera. Se hacen cómputos de votos, yo digo que el 80 por ciento de los diputados están por la Comisión; el Presidente cree que sólo un 60 por ciento, y el subsecretario de la Presidencia, Sánchez Guerra (Rafael) opina que el Gobierno tendrá mayoría.

Alguien hace notar que muchos diputados se han marchado ya. Son las diez de la noche. Propongo que veamos al Presidente de la Cámara, para que se reanude la sesión y se levante en seguida hasta mañana. Voy con Martínez Barrio a ver a Besteiro, que está solo en su despacho. Le exponemos nuestro propósito, que le parece bien, pero necesita que la Comisión dé algún resultado de sus deliberaciones. Se envía un recado al presidente de la Comisión. En tanto, viene a verme Giral, para que suba yo a la reunión de nuestro grupo, que está alarmado, a fin de darle alguna orientación. Le contesto que nada hay que hacer, sino aguardar a que la Comisión resuelva si mantiene o no su dictamen, y si lo mantiene, que los diputados se resuelvan a sostener al Gobierno o a derribarlo. «La Comisión —dice Giral— no modifica su dictamen».

Con Besteiro convenimos en la necesidad de que pase esta noche para que los diputados tengan tiempo de reflexionar y de calmarse, y que el debate continúe el martes de la semana próxima. Besteiro ha subido a hablar con su

grupo. «Les he dicho lo que pienso y lo han recibido bien», nos dice. Adivino que ha ido a trabajar por la paz, en favor del Gobierno.

Llega don Carlos Blanco, presidente de la Comisión. Trae escrito a lápiz en un papel la fórmula que con gran trabajo ha conseguido arrancar a la Comisión. Es una declaración en que la Comisión, afirmando que mantiene lo esencial del dictamen, ofrece admitir enmiendas que recojan los puntos capitales del discurso de don Niceto, cuando la Comisión los estime aceptables. Blanco recitará la declaración en la sesión, y el Presidente, en vista de lo avanzado de la hora, levantará la sesión. Llamamos a don Niceto, para que diga si le parece bien lo acordado. Llega Indalecio Prieto, y nos dice que en la reunión del grupo socialista, se ha acordado autorizar a los socialistas que forman parte de la Comisión, para que retiren el dictamen; pero que esto ha llegado tarde, porque mientras el grupo deliberaba, la Comisión ha redactado su declaración.

Don Niceto, sonriente, entra, lee la fórmula propuesta, dice que bueno, pero como quien se reserva para más tarde (tenemos Consejo convocado para las once de la noche), y todos vamos al salón, menos don Niceto, que nos pide que le excusemos de asistir, si no creemos necesaria su presencia.

Antes de esto ha venido Saborit, a decir que el grupo radical-socialista pide que don Niceto hable para dar una explicación o satisfacción a ese partido. Don Niceto se indigna, todo lo que él puede indignarse. En la sesión —a la que asisten todavía casi todos los diputados— don Carlos Blanco recita su declaración, olvidándosele algunas frases. Al punto, Eduardo Ortega, que es de la Comisión, y otros radicales-socialistas, hablan para recalcar que la Comisión no ha retrocedido. Y cuando Besteiro empieza a decir que se aplaza la discusión, no le dan tiempo para proponer que continúe el martes. Muchos diputados protestan. Eduardo Ortega insiste en que continúe mañana. Besteiro así lo anuncia. Y nos vamos. Los ministros, que conocemos la decisión de don Niceto, tenemos la impresión de la ruina ministerial inminente.

A las once voy al Consejo, en Hacienda. Este Consejo estaba convocado para examinar el proyecto de ley agraria; pero nadie piensa que podamos ocuparnos de este asunto. Cuando llego, sólo están el Presidente, Lerroux y Fernando de los Ríos. El Presidente se ocupa en corregir las cuartillas de su discurso. Hablando de cosas indiferentes, llegamos, no recuerdo cómo, a tratar de la cuestión de Navarra y de las amenazas de conspiración. Han ido llegando Nicolau, y Largo Caballero. Mientras hablo de lo que voy a decir, vienen Maura y Casares. Después Prieto y Domingo. El último es Albornoz.

Algunas de las cosas que se me ocurrieron en la conversación primera, las he repetido después ante todos, ya como propuesta que han aprobado.

Les digo que se hace en los periódicos católicos del norte una propaganda subversiva, en la que francamente se incita a la rebelión, y se anuncia el alzamiento. Que en los mismos periódicos, y en otros de Madrid y en hojas clandestinas, se injuria gravemente a los ministros, singularmente al de la Guerra. Que esto crea un estado de alarma e inquietud, aumentado por los rumores alarmantes, y se da una impresión de debilidad e indefensión, muy perjudicial. Les comunico las noticias que tengo sobre fabricación y contrabando de armas en el norte, así como de los conciliábulos de señoritos monárquicos en Sevilla. Que yo no estoy dispuesto a que la República se nos vaya de entre las manos por indefensión y descrédito, y que si hemos de caer, caigamos con dignidad, y no dando lugar a que encima se rían de nosotros diciendo que los abogados no han sabido repeler la agresión. Propongo una política enérgica, que haga temible a la República, en la seguridad de que, en cuanto empiece a ponerse en práctica, el volumen ahora creciente de la inquietud y la alarma se reducirá a nada. Lerroux y Largo Caballero asienten vigorosamente. Todos los demás aprueban. Les digo que hay que comenzar suprimiendo todos los periódicos derechistas del norte, y quizá los de Madrid, como *La Nación* y *La Correspondencia Militar*. Maura cree que podría presentarse a las Cortes una «ley de Defensa de la República» (sigue con el tópico), en la que podrían incluirse prevenciones contra la prensa. Le contesto que eso no sirve para nada; que de las Cortes no puede salir una ley que fuese o pareciese represión de la libertad de imprenta, y que las Cortes aprobarán cuanto haga el Gobierno como medida de seguridad. Entonces dirigiéndose a Albornoz, le pregunta:

—¿Usted me garantiza que ningún diputado radical-socialista no va a protestar?

—Los radicales-socialistas no se opondrán a eso —responde Albornoz— ni a cosa parecida, siempre que se trate a los monárquicos y conspiradores como se ha tratado a los sindicalistas de Sevilla.

Con aprobación de todos, se acuerda suspender unos cuantos periódicos en Bilbao, San Sebastián y Pamplona. Queda en puertas la suspensión de otros en Madrid y Barcelona.

Después les propongo la incautación de las fábricas de armas de Guernica, Éibar y Plasencia. Toda la producción quedará en manos del ministerio de la Guerra.

Insisto en la necesidad de asegurarse de unas cuantas gentes *distinguidas*. Se acepta la necesidad y se conviene en hacerlo, pero no se llega a concretar más por el momento.

Mañana mismo haré lo de las fábricas.

Entramos en la cuestión política planteada por el discurso de don Niceto de esta tarde.

El Presidente habla largo rato y se va emocionando con lo que dice. Ha realizado un sacrificio, del que está muy satisfecho, y un acto de solidaridad con el Gobierno, cumpliendo el encargo —a que se resistía— de hablar en nombre de todos. Ha podido apreciar que no cuenta ni con la adhesión de las Cortes, ni con la del Gobierno. En las Cortes, frialdad y hostilidad. En el Gobierno, indiferencia, falta de calor y simpatía. Mientras hablaba, ha observado las caras de los ministros. Lo que revelaban ya sabe lo que significa. Sólo Lerroux, Nicolau y Casares, le han expresado su aplauso y su adhesión. Es un Presidente dimisionario, es un hombre acabado, y el Gobierno puede deliberar sobre su sustitución, ausentándose él de la sala.

—Si usted sale por esa puerta —le interrumpo— yo salgo detrás, y lo mismo creo que harán estos señores.

Todos asienten.

Continúa el Presidente quejándose de la actitud de los radicales-socialistas, que tienen dos ministros en el Gobierno. El secretario de Albornoz, que es diputado, despelleja al Presidente en los pasillos, y extrema la oposición en las sesiones. «El Gobierno que se forme puede estar presidido por uno de tres de los actuales ministros…».

—No siga usted por ese camino —le digo—. De eso no hay que hablar.

El Presidente continúa diciendo que va a dar los nombres de los posibles presidentes por orden alfabético.

Yo protesto. Él insiste. Protesto nuevamente, diciéndole que todo lo anterior, aunque equivocado, puede decirlo, pero no lo que anuncia a continuación. Como el Presidente, con calor, recaba su derecho a proseguir, le replico con mucha viveza:

—Está usted ofuscado. De la dimisión hablaremos; pero le ruego que respete también nuestra delicadeza no hablando de nombres para la sucesión.

Esto le impresiona y se calla. Todos se pronuncian en contra de la dimisión, y coincidimos en que si él dimite, todo el Gobierno cae.

Yo le digo:

—Aquí no hay más que un deber que cumplir, al cual me atengo desde el 14 de abril, y no nos ha ido mal observándolo. El deber es continuar juntos

hasta que se vote la Constitución y haya Presidente. A esto debe subordinarse todo, pase lo que pase, aunque nos tiren pellas de fango. Hoy le toca a uno sufrir, mañana a otro. Pero conocido el deber, no hay más que acomodar a él la conducta. Y no se hable más del asunto.

Unánime el Consejo me da la razón.

El Presidente, tras algunas palabras y controversias breves, asegura que será un prisionero del Gobierno, y que como tal continúa; que de nada puede servirnos un hombre en su estado de ánimo, reducido a una máquina de firmar decretos, y que no volverá a levantarse en el banco azul o hablar en nombre del Gobierno. «Estaré a la merced de cualquier diputadillo, porque no pienso defenderme». «Bueno —dice Maura—, ya le defenderemos nosotros».

Este es el resumen de una discusión que ha durado hora y media. Don Niceto, irritadísimo con los radicales-socialistas; Albornoz se ha limitado a decir que la admiración y el afecto no tienen nada que ver con la libertad de criterio de cada cual. Es opinión de todos los ministros, que Albornoz ha debido destituir a su secretario.

Lo del examen de las caras de los ministros ha sido muy gracioso. «¿Qué quiere usted que expresen nuestras caras, sino la preocupación por lo que estaba sucediendo?», dice Maura. «¿Y qué le decía a usted la mía?», le pregunto. «Querido Azaña: Como siempre: un gran entendimiento».

—No acepto el piropo. Yo estaba en pie detrás de usted y no podía usted verme.

Todo esto prueba la mella que le ha hecho el que no hayamos ido todos a felicitarlo. En don Niceto hay siempre algo de pueril y de irritable, aunque se domina. Y un resabio sentimental, que esta noche se siente herido en el amor propio.

Como Maura, Prieto y no sé quién más, le dicen que no se precipitaron a saludarle, porque se habían «echado al ruedo» a discutir con los diputados, don Niceto, sacando la voz de abonado al tendido de sol, replica:

—¡Querido Miguel! ¿Usted cree que yo busco esas vanidades? ¿Ni que las necesito?

En el arrechucho (y es el tercero) del Presidente puede haber un deseo, más o menos claro, de abandonar el puesto antes del conflicto con Roma. Y un magullamiento de su vanidad de orador, que no consigue un triunfo. Y un quebranto más serio al ver que su autoridad personal no le ha bastado y se le quebranta; y un pique de amor propio. La insistencia que ponía en dar los nombres de sus tres sucesores probables no me gusta nada. Había en ello como un despecho.

Levantado el Consejo, Lerroux se marcha el primero. Maura se cae de risa, porque le digo, apuntando al Presidente: «Es una petenera».

Y Prieto se le acerca, lleno de risa también y le pregunta: «¿Puedo saber si estaba yo en la lista de los tres presidentes?».

Entonces, con su terquedad habitual, don Niceto dice que sus sustitutos podríamos ser Lerroux, Largo o yo. «¡Y lo soltó!», decimos. Prieto afecta bromeando sentirse lastimado porque no le conceden categoría de presidente.

Y así nos vamos. Maura, Prieto, Casares y yo, nos citamos en el café Lyon, donde también está Sánchez Román, y pasamos un rato comentando la jornada. Todo queda aún pendiente de lo que haga mañana la Comisión. Vuelvo a casa cerca de las tres.

21 de agosto

En el ministerio, firmo la orden de incautación de las fábricas, elijo la comisión de artilleros que ha de intervenirlas. La preside el comandante Moltó, uno de los que se sublevaron en Ciudad Real. Salen esta noche.

Recibo a un teniente coronel, jefe accidental del regimiento 31, que viene a dar parte *por escrito* contra el general de la división, Villegas. Se queja de que los trata con dureza, de que los hace trabajar demasiado, de que pone a los jefes de cuerpo en situación desairada; me dice que el general se ha hecho incompatible con los jefes de cuerpo. Atribuye a Villegas la diabólica intención de provocar el descontento y la indisciplina. Este teniente coronel es un republicano antiguo, que anduvo en las cosas de la conspiración, y que, como otros militares del mismo color, es algo inseguro y ligero de carácter, entrometido y locuaz y poco paciente con la disciplina. Me pide que levante el arresto de un soldado, que tiene quince días de calabozo, impuestos por el general. Me niego. Le digo que estudiaré su caso y que no pienso desautorizar al mando. Ya tenía yo vagas noticias de que en la guarnición se quejaban de que les hacían trabajar demasiado. Llaman «demasiado» a hacer una marcha nocturna por semana. Uno de mis ayudantes me dice que los oficiales están habituados a no hacer nada, y que les costará trabajo cambiar de costumbres.

Recibo también al general Franco, a quien no había visto desde que se me presentó, a poco de venir la República. Ayer estuvo a visitar al subsecretario, quien le recordó que es obligatorio presentarse al ministro, y se lo aconsejó como compañero.

He recibido muy bien al general. Le digo que me dio un disgusto con su proclama y que no la pensó bien. Pretende sincerarse, un poco hipócritamente. Le aconsejo que no se deje traer y llevar por sus amigos y admiradores, porque en la vida pública no se es lo que uno quiere, sino lo que los demás se empeñan en hacer de uno. Hace protestas de lealtad, y aunque le han buscado, ha dicho que respeta al régimen constituido, como respetó a la monarquía. Me hace una gran defensa de la Academia General, que he suprimido, contra la que había muy mal ambiente en el ministerio.

Como yo le dejo entrever que cambiando las circunstancias del momento, me sería grato utilizar sus servicios, me responde con una sonrisita: «¡Y para utilizar mis servicios me ponen policía que me sigue a todas partes en automóvil! Habrán visto que no voy a ninguna parte».

(En la Dirección de Seguridad han hecho, pues, una tontería. Le dije a Galarza que vigilaran lo que hacía este general, y se les ocurre ponerle detrás un auto, con tres agentes. Esta tarde le he dicho a Galarza que se lo quite).

Le recuerdo el ejemplo de su hermano, que tuvo toda mi confianza, y a quien la popularidad le ha llevado adonde quizá no pensaba ir, y adonde quizás esté arrepentido de haber llegado. La entrevista concluye con las cortesías de uso.

Almuerzo en el Savoy, con casi todo el Gobierno (Maura y Prieto se han negado a asistir y Largo está enfermo) y los catalanes que estuvieron en el Pacto de San Sebastián.

A don Niceto no se le ha pasado el disgusto. Antes, parece agravado por una declaración de Albornoz a los periodistas, acerca del discurso presidencial de ayer: «Cuando un hombre se tira por la ventana, no hay más que lamentarlo», parece que ha dicho Albornoz.

Y don Niceto me murmura al oído: «¡Quién iba a pensar, querido Azaña, que fuese Alvaro el primer ministro que me hiciese objeto de una agresión!».

Cuando llega Domingo, el Presidente, lastimado por la ausencia de ayer, dice muy sonriente: «¡Ea! Aquí está Marcelino. Todo va bien, porque su presencia es de buen augurio».

La comida, sin incidentes.

Al final, Carrasco Formiguera, saca un libro escrito por él, creo, donde comenta la historia del Pacto y las cláusulas de lo convenido, nunca hasta ahora reducidas a escrito, y nos pide que le digamos si la transcripción que ha hecho es exacta. A mí no me lo parece enteramente, por ciertos giros de la frase, pero no digo nada, porque ya lo mismo da. El propio Carrasco dice que no le interesa mucho, porque con la presentación del Estatuto en las Cortes está cumplido el Pacto. Todos los presentes están conformes con lo que lee Carrasco, y cuando todos asienten, tendrán razón o mejor memoria que yo. Pero nadie les dice, sin duda por no disputar, que los catalanes se comprometieron a no hacer nada hasta que las Cortes votasen el Estatuto, y no lo han cumplido.

Esto se lo dijo Prieto a Macià y a Aiguadé el otro día en el despacho de Besteiro, acusándoles de deslealtad y mala fe. La conversación tuvo tono de disputa.

En el Congreso, la tempestad se calma porque la Comisión, por unanimidad, adopta unas enmiendas, un poco inspiradas en el discurso del Presidente, de las que resulta, como es natural, un texto nuevo. Pero los radicales-socialistas no quieren reconocer que es nuevo texto o dictamen, y con este motivo, tienen una pequeña discusión con el Presidente de las Cortes, bastante irritado porque no le habían dado comunicación del nuevo texto. La discusión, se aplaza para el martes. La tarde empleada en discutir los sucesos de Sevilla.

En el despacho de ministros me encuentro con Domingo, que se queja de su partido y de Albornoz. Dice que Albornoz está loco, y que los radicales-socialistas son indisciplinados y juegan a las revoluciones. «Uno no ha sido criado a los pechos de ese partido. Lo que uno es no se lo debe al partido, al contrario, es uno el que ha dado al partido lo que uno tiene. De manera que puedo mandarlos a hacer puñetas cuando quiera». Censura a Albornoz porque permite los desmanes de su secretario.

Los periódicos tratan hoy mal a Lerroux por unas declaraciones que ha hecho sobre el episcopado, y que yo no he leído.

Paseo con Guzmán por la Castellana, y nos sentamos en un café de Recoletos, juntándosenos luego Sánchez Román.

Me dice que es opuesto al Estatuto catalán, en la parte de Hacienda, Justicia y Enseñanza. La conversación cae en los sucesos de diciembre, en los que Sánchez Román era nuestro delegado en Burgos, donde debía esperarle el general Núñez de Prado. Sánchez Román fue a Burgos, y se encontró con que el general se había marchado hacía muchas horas, antes de saber que Alcalá-Zamora estaba detenido. El general se detuvo en Lerma. Sánchez Román fue a Lerma y se negó el general a intervenir en nada, porque en Burgos había cambiado la actitud de la guarnición, y sólo se contaba con cien caballos, y no quería hacer una cadetada.

22 de agosto

Lo primero que veo al abrir los periódicos es que Maura echando una vez más la lengua a paseo ha contado anoche a los periódicos lo de la incautación de las fábricas de armas. De modo que la noticia habrá llegado antes que los comisionados. Me produce un despecho profundo, y me cuesta trabajo contenerme para no llamarle al teléfono y decirle lo que se merece por su charlatanería. Es insoportable este vicio. Con tal de dar noticias a los reporteros, y tenerlos suspensos de su boca unos minutos, no reparan en nada. Toda la mañana he estado de mal humor por esta causa, y por fortuna no me he tropezado con Maura. Pero en el Consejo de esta tarde, pienso despacharme a mi gusto.

A los periodistas que me visitan en el ministerio, y que me han interrogado sobre esto, les he rogado que no hablen del caso, y que no le den importancia; y que cuando sea oportuno, les facilitaré la información. Y no es eso lo peor: también me han preguntado si hay tres divisiones preparadas para ir a Navarra. Yo sólo he hablado de esto con los ministros, pues ni el subsecretario ni mis ayudantes lo saben. Yo no estoy dispuesto a gobernar de esta manera, que es jugar al peón.

Recibo al general de la división, Villegas, y hablamos del incidente con el teniente coronel del 31. Villegas asegura que el hacer trabajar a las tropas, produce contrariedad, aunque el trabajo consista en una marcha nocturna semanal. El teniente coronel me había dicho que eran dos días por semana. Respecto de los castigos a los soldados, se propone evitar que anden por la calle sin permiso y en un estado de policía lamentable. Villegas me refiere su conversación con el teniente coronel, jefe del cuerpo, y asegura que estuvo muy paciente, porque debió quitarle el mando. «De todos modos —me dice —, usted me da sus instrucciones, y yo las cumpliré». Me limito a recomendarle moderación en la forma y que no vaya demasiado aprisa.

Otras visitas, entre éstas la del secretario del Ateneo, que me trae una petición de varios socios pidiendo junta general extraordinaria para tratar de la cuestión de las Responsabilidades, «en vista del estado parlamentario que tiene el asunto». Sin duda estiman que las Cortes y el Gobierno se han hecho

impunistas. El secretario es hombre impresionable, confusionista y asustadizo. Buen eco de los aspavientos y rumores de la gente de café. El secretario no cree en la República desde el día 14 de abril. Asegura que yo tampoco creo. Sostiene la extraña doctrina de que cuantos más cambios de Ministerios haya, mejor; porque daremos la impresión de que la República dispone de muchos hombres.

También opina que en período constituyente no debía haber poder ejecutivo, limitándose el Gobierno al despacho de los asuntos corrientes, y concentrado el poder en las Cortes.

Como no cree en la República democrática, y a muchos les sucede lo mismo, habrá que pensar en la revolución social. Cree que yo he debido encargarme del Gobierno. Tengo un gran prestigio, pero ese prestigio puede bajar. "Entonces —le replico—, me sentaré". "Lo que pasa es que usted no tiene ambición". "Es posible, ¿y qué?". "Que usted es el único que puede salvar la República, y aunque usted no quiera, tiene que responder a lo que el público espera de usted. Si no lo hace, dentro de treinta años, la historia dirá que usted pudo salvar la República, y no quiso". "Dentro de treinta años, estaré muerto, y lo que diga la historia me trae sin cuidado".

La conversación se ha mantenido en ese tono cerca de una hora: él, vomitando obtusidades, con un acento de urgencia y de apremio muy desagradables, y yo ejerciendo la paciencia, dominando la cólera. Estos tipos que no saben gobernar el Ateneo, me vienen a dar consejos sobre cuestiones que ignoran totalmente.

Ha despotricado mucho contra Sánchez Román, de quien dice que no tiene alma, y le llama *Don Preciso*. Este mote, "que empieza a darle todo el mundo", me lo repite como un síntoma grave de peligro para la República. También zarandea al partido de Acción Republicana, a cuyo Consejo Nacional pertenece. Dice que he fundado un partido "lerrouxista", es decir, que se inclina al conservadurismo de don Alejandro. Me incita a que yo lo encauce y lo reorganice. Le aseguro que estoy resuelto a no ocuparme de la dirección del partido, para lo que no tengo gusto ni tiempo; y que yo no he fundado nada todavía. Entre otras cosas peregrinas me declara que este Gobierno debiera quedar incurso en el proceso de las Responsabilidades. También está muy furioso porque se ha nombrado para un cargo al señor Ruiz y Benítez de Lugo, que fue subsecretario de Berenguer. Esto le tiene fuera de sí. Pero el nombrado no es tal, sino su primo, Félix Benítez de Lugo, que siempre estuvo a nuestro lado en las conspiraciones. No me tomo el trabajo de sacar de su error al secretario del Ateneo, y para mis adentros, me río.

Por la tarde, voy desde casa al Consejo, en Hacienda. Encuentro a cinco o seis ministros ya en el salón, entre ellos a Maura. Apenas nos saludamos, le digo: “Estoy muy incomodado con usted”. “¿Por qué?”. “Porque me ha chafado el asunto de las fábricas de armas, contándoselo todo a los periodistas”. Al principio, Maura no comprende el fundamento de mi queja. Se lo hago entender, por la importancia del secreto. Confiesa que no había creído que fuese un asunto reservado. “Pues si había armas depositadas en las fábricas y papeles de interés, vaya usted a buscarlos”. Sale diciendo que en las fábricas *no había armas almacenadas*. Yo me mantengo firme, y se lo reprocho muchas veces, y a medida que van llegando los ministros, me dan la razón. Protesto contra la manía de hablar, y añado que los periodistas me han preguntado por lo de las tres divisiones, cosa ignorada de todo el mundo, menos de los ministros. “Eso sí que no es cosa mía”, afirma Maura con ímpetu. Como no tengo datos sobre ello, me callo; pero los he adquirido más tarde, y resulta que también es Maura el que se lo ha dicho a los periodistas.

Toda la razón justificativa de su locuacidad, es que necesitaba calmar la ansiedad reinante anoche en Madrid por los rumores que corrían acerca de Navarra, y que le pareció oportuno revelar las medidas tomadas por el Gobierno. Esto me irrita más aún. Llaman ansiedad a los chismes y cuentos corrientes en los corrillos de prensa y en tres cafés, y para callar estas estupideces, un ministro descubre los planes del Gobierno. La conversación ha sido dura, y he acabado por poner colorado a Maura, convenciéndolo de su imprudencia y su ligereza.

En el curso del Consejo, tratando de otros asuntos, no se cómo hemos venido a hablar Maura y yo, que nos sentamos en puestos contiguos, y me ha dicho no sé qué gracia, sonriendo con simpatía. “Bueno —he dicho yo—, con este hombre no se puede”. “Claro, claro”. “A cualquier hora riño yo con usted”. “Ande, muérdame ahí”, decía, presentándome un codo. “Si usted cree que esto consiste en reñir o no reñir, no adelantamos nada”. Más tarde, se ha vuelto a mí, y me ha dicho por lo bajo que estaba preocupadísimo con lo que yo le contaba, y que no estaría tranquilo hasta saber que no se había estropeado nada por su culpa. (Hay que matarlo o dejarlo, como suele decirse).

El Consejo ha sido muy jovial, por causa de don Niceto. Le dura el resquemor del otro día, pero se desahoga en burlas y cuchufletas, como si quisiera marcar con ello su despego del cargo y del Gobierno. Con cualquier pretexto nos decía chistes, y ha habido momentos en que todo el Consejo reía a carcajadas. Prieto, comentando una cuchufleta del Presidente, ha añadido

una atrocidad de las suyas y le ha dado tal risa al propio Prieto que le ha ido por las narices un sorbo de la horchata que estaba bebiendo.

Despachados los asuntos corrientes, se lee y es aprobado el proyecto de ley Agraria, al que he prestado poca atención. Lerroux, ausente, y Largo, enfermo, no han asistido. Cuando nos íbamos, Albornoz me ha dicho que desea hablar conmigo de cuestiones políticas.

Después de cenar, Guzmán y Vicente Sánchez-Ocaña vienen a buscarme, Sánchez-Ocaña quiere escribirme una biografía, sobre todo de la infancia y juventud. Me ha dicho Guzmán que la intención de Sánchez-Ocaña es contrarrestar la campaña canallesca que se hace contra mí en hojas clandestinas. La biografía se publicará en *Estampa*. Yo les digo que para contarles cosas de mi infancia, lo mejor sería que fuésemos a Alcalá. Les parece de perlas; tomamos el coche, y nos plantamos en mi pueblo. Está solitario y sombrío, como siempre. Plaza de San Bernardo, calle Nueva, calle de la Imagen, calle de Escritorios y de Roma: sobre los lugares, les repito los recuerdos que me acuden. Después estamos un rato en casa de Salinas, y volvemos a Madrid, después de las dos.

Por el camino, Sánchez-Ocaña me dice que Maura, después de contarles a los periodistas lo de la incautación de las fábricas, añadió: “Y ahora, fuera de las cuartillas, hablemos fumándonos un cigarro”. Y les soltó lo de las tres divisiones preparadas.

También en el viaje le he encargado a Guzmán que haga una gestión diplomática cerca de Valle-Inclán. Valle está muy apurado por la suspensión de pagos de la CIAP, que le pagaba tres mil pesetas mensuales. Ha pensado irse a América, y ya tiene pasaporte y pasaje. En el Consejo de esta tarde, he dado cuenta del caso, y he opinado que no podía consentirse que Valle se fuese a mendigar por América, con el decoroso pretexto de dar conferencias. Todos han asentido. Discurriendo lo que se podría hacer por él, y convencidos todos de que, por su carácter, es peligroso darle un cargo de responsabilidad, he propuesto que se invente uno: el de Consejador General del Patrimonio Artístico en España, con veinticinco mil pesetas de gratificación, y que se provea en Valle. Conformes todos, querían extender el decreto al momento; pero yo les he dicho que esperen, hasta tener la certidumbre de que Valle aceptará, porque si el decreto sale sin esta seguridad, don Ramón se daría el gusto de rehusar, y además insultaría al Gobierno. De esta gestión he encargado a Guzmán.

Sánchez-Ocaña me dice que el inspirador de la campaña de *La Correspondencia Militar* es Federico Berenguer.

También hemos hablado de política general. Me asegura que tengo un prestigio inmenso. Y que no debo exagerar mis escrúpulos. Como yo Je muestro mi extrañeza, explica que no es que me aconseje la dictadura, sino que por grandes que sean nuestros buenos deseos, la situación del país no consiente más que partidos personalistas, etcétera, etcétera. Estas insinuaciones han quedado un poco oscuras.

Los periódicos de esta noche dan mucha importancia a lo de las maniobras militares en el norte. Y algunos, como *La Voz*, me dicen «¡muy bien!» y que soy un ministro de la Guerra de cuerpo entero. Lamento que se haga tanto ruido sobre ello. Y me da risa y me pasma el acelerado disparatar de la impresionable fantasía periodística. *La Voz* trae un artículo en el que pinta a los ocho batallones de montaña (*ocho mil* hombres, dice, bien pertrechados, aguerridos, «no hay quien pueda con ellos…») recorriendo las sierras, con sus ametralladoras y «sus reflectores…». Los representan recorriendo las aldeas, las caserías, desarmando a los habitantes, y como si todo estuviera sucediendo ya y lo hubiesen visto. Ahora bien: ni siquiera están dadas las órdenes, y los batallones empezarán a moverse el día 1. Para todo somos lo mismo.

Han salido para Sevilla, Cádiz, Pamplona, San Juan de Luz, y otros puntos, diversos emisarios personales, con instrucciones mías. Hoy sale para Navarra, con la misión de *pasearse*, el comandante de la Guardia civil que he hecho venir desde Logroño. Y he mandado a Orihuela otro capitán de la Guardia civil, con el encargo de descubrir el centro de difusión de hojas clandestinas que, según parece, existe allí.

24 de agosto

Todo el día de ayer, lo pasé quieto en casa, hasta las siete, que salí con Lola a dar un paseo por la carretera de Francia. A las nueve volvimos. Pensaba no moverme ya, pero los Guzmán nos invitaron al teatro. Hoy por la mañana recibo en el ministerio al comandante Moltó, que preside la Comisión que se ha incautado las fábricas de armas. Acaba de llegar. Me informa de cómo han pasado las cosas. Le doy instrucciones para los diversos puntos. En Guernica había diez o doce mil bombas de mano y de mortero, parte de ellas para el ejército. En Éibar existen ciento diecisiete mil armas de fuego, principalmente pistolas. Hablamos largamente del asunto. Esta noche se vuelve a su Comisión.

El alto comisario, López Ferrer, me visita en el ministerio. Larga conversación. En resumen: la situación es delicada, pero no grave. El campo está tranquilo; la rebeldía ha pasado a las ciudades. Hay foco de nacionalismo musulmán en nuestra Zona, pero no tan grave como en la francesa. Los franceses miran esto con mucha severidad y preocupación. Benuna, que pretendía ser gran visir, es el jefe del nacionalismo en Tetuán. Como los franceses conocieron sus pretensiones, enviaron al ministerio de Estado una nota, diciendo que si se nombraba al Benuna, «quedarían rotas las relaciones entre España y Francia». Así lo afirma López Ferrer, por más que en el Consejo nunca se ha hablado de esto, y bien valía la pena; y por más que no ha precisado el valor de la frase: si se refiere a las relaciones diplomáticas entre los dos países, que sería enorme, o a la colaboración marroquí.

En la Zona hay una crisis muy fuerte, por el atraso de su economía. Todo el mundo vivía del ejército de ocupación. Cree López Ferrer que puede fomentarse la colonización, y que en cuatro o cinco años la Zona cubriría sus propios gastos, exceptuando los de las tropas. Ahora tenemos allí 60.000 hombres. En dos o tres años podrían reducirse a 20 o 25.000, de los cuales diez mil serían peninsulares. Depende de las vías de comunicación.

López Ferrer no cree que se haga contrabando de armas. Se burla un poco de las informaciones policíacas que le envía desde Tánger el teniente coronel Puig.

Por la tarde, gasto el tiempo en tres visitas: la de Vicente Gaspar, que viene a hablarme de la Asamblea de Acción Republicana; de Valle-Inclán y Guzmán; y del comandante Pastor. Valle ha venido a decirme que acepta el cargo para que le he propuesto, «si yo no creo que eso suscitará dificultades ni protestas». Hemos estado de conversación casi dos horas, haciéndome perder un tiempo precioso. Política, arte, planes que piensa desarrollar, etcétera, etcétera. Todo ello concluirá probablemente en una dimisión ruidosa. Con el comandante Pastor, el eterno tema de Aviación. Luego estoy hasta las nueve leyendo cartas y papeles, y firmando lo que me trae el Gabinete.

Hoy he averiguado que en 1919 el Gobierno vendió a Elío y al duque de la Vega 1.000 fusiles remington y 100.000 cartuchos. ¿Para qué sería?

Esta noche no salgo. Estoy un poco fatigado y aburrido, y con grandes ganas de dejar de ser ministro.

Los periódicos publican el discurso de Lerroux en Valladolid. Reconoce que la mayoría de España es católica, y asegura que es muy conveniente la colaboración de Alba, Sánchez Guerra y Melquíades Álvarez en la República.

25 de agosto

Llego un poco tarde al Consejo de ministros. El Presidente ha dado ya cuenta de los proyectos del alto comisario en Marruecos, de los que sólo conozco aún la parte militar. Pero la discusión queda para otro día. Lerroux explica lo que se propone hacer y decir en Ginebra. Lee los índices de ideas para el discurso político y el discurso económico. Se ve que lo han trazado los que conocen aquellos asuntos mejor que el ministro. Muy discreto, en su trivialidad protocolaria. Doy cuenta de mis informaciones sobre Navarra. También se aprueba el proyecto de ley de cuadros y efectivos del ejército.

Y las líneas generales de la reforma de la Aviación, que es una solución interina e intermedia, que a nadie contentará, como me cuido mucho de advertírselo al Consejo.

Esta tarde hay una interpelación al ministro de la Gobernación, por la suspensión de los periódicos católicos. Maura revuelve ejemplares de la prensa suprimida. «No me han traído lo que pedía», dice.

El Consejo transcurre sin incidentes, con pesadez, entretenido don Niceto en analizar un proyecto de reglamento para los accidentes del trabajo, que presenta Largo.

Les informo de que Valle-Inclán acepta el cargo que inventé para él, y se acuerda extender el decreto. Por cierto que esta tarde, en el Congreso, Marcelino Domingo me pregunta si le había yo dicho a Valle la cuantía del sueldo. Le respondo que sí. Domingo lo lamenta, porque encuentra demasiado que cobre don Ramón mayor sueldo que el subsecretario. Esto deben de habérselo sugerido en el ministerio. Es una mezquindad. Pero como ya lo sabe Valle, el ministro no se atreve a modificar el sueldo.

A las cuatro, reunión del Consejo de Acción Republicana. Se acuerda convocar la Asamblea Nacional para el día 12, y para esta noche una reunión del grupo parlamentario con el Consejo, para llegar a un criterio común en los debates de Constitución, y evitar que, como ha sucedido en lo de las Responsabilidades, salga cada uno por distinto registro. Ahora mismo, un diputado de Acción Republicana ha presentado un voto particular en contra de la totalidad del proyecto, y otro ha pedido un turno en pro. Giral, a quien

nombramos jefe del grupo parlamentario, no quiere continuar en su puesto, porque no le obedecen. Asegura que cuando yo asisto a las reuniones del grupo parlamentario, todos aceptan mi autoridad. Pero en faltando yo, es otra cosa. Giral explica esto diciendo que muchos de los diputados del partido han ingresado en él recientemente y no tienen la misma disciplina que los antiguos. A Giral le han dicho algunos que están en el partido por consideración o «admiración» hacia mí, pero que no comparten las ideas del partido.

A esto he dicho que no estoy dispuesto a que haya diputados azañistas, y que el único azañista soy yo.

Estiman los reunidos esta tarde que en el partido hay una derecha y una izquierda, bien definidas.

Todo esto puede ser una dificultad en plazo próximo, cuando haya de resolverse la crisis política. ¿Qué hago yo con estos hombres, casi todos conservadores, si la gente se empeña en que soy el único revolucionario?

En el Consejo de hoy he sabido que en Barcelona hay casos de peste bubónica, seguidos algunos de defunción. Hasta ahora se mantiene en el mayor secreto.

Por la noche, desde las once hasta las dos, reunión de los diputados de Acción Republicana con el Consejo nacional del partido. Se examina la conveniencia de establecer una disciplina en el grupo parlamentario. Se dan explicaciones a Giral, que ya no dimite. Después tanteamos el debate sobre la Constitución. Sánchez Albornoz, que es castellano y unitarista, quiere pronunciar un discurso basado en sus conocimientos de historiador. Que en España nunca hubo naciones. Antifederalista. Gabriel Franco también es unitarista, y defiende la igualdad tributaria. Ansó, alcalde de Pamplona, protesta. Defiende la ley paccionada de 1839, y sostiene, con los derechos de Navarra, la teoría de que Navarra fue *independiente* hasta ese año. Unos son autonomistas, otros federales, como Palanco, que quiere hablar en las Cortes para introducir esa palabra en el artículo l.º Las diferencias son grandes. Gran discusión, hasta que se consigue convencer a unos y a otros para que adopten la línea general del partido, y se sometan a ella. El más duro es Sánchez Albornoz, que tiene sus convicciones de sabio, y cree que no puede pasarse sin decirlas, y decirlas redondamente, como en una disertación académica, sin reparar en las consecuencias políticas. Yo les digo que no deben hacer nada que comprometa el porvenir del partido, innecesariamente, adelantándose a tomar posiciones hostiles al autonomismo. La discusión se suspende hasta mañana, y pasamos a examinar el discurso de Lerroux.

Ha sentado muy mal. Yo les digo que no hay por qué refutar el discurso de Lerroux ni tomarla con él personalmente. Acción Republicana debe conservar su carácter mediante las declaraciones y discursos que vayamos haciendo sin necesidad de polémica, y mucho menos de ruptura de la Alianza. Lerroux, u otro cualquiera, es muy dueño de hacer cábalas para después de votada la Constitución. La Alianza tiene otros fines actuales: mantener la coalición gobernante hasta aquel momento. Como Lerroux ha declarado en otro discurso pronunciado anoche, que con estas Cortes sólo puede gobernar Alcalá-Zamora, nuestro criterio, decidido en favor de la permanencia de estas Cortes hasta que haya votado el presupuesto y las leyes complementarias, nos da una posición firme y *objetiva*, como se dice ahora, para oponernos a un manejo encaminado a poner en pie un Gobierno lerrouxista con decreto de disolución. La disolución es el bello ideal del lerrouxismo. No habían caído mis amigos en que la plataforma que nos conviene es la de la permanencia de las Cortes, además de ser la justa.

Formar un Gobierno que no tuviese mayoría en las Cortes, y disolverlas, sería un golpe de Estado.

El discurso de Lerroux de anoche es deplorable. «No me moriré sin haber presidido un Gobierno». Parece de Romanones.

26 de agosto

El auditor de Sevilla viene a consultarme qué hace con una denuncia suscrita por un capitán aviador, que está en los Alcázares, en la que cuenta que el suegro de Franco se presentó en los Alcázares con una orden para que se le entregasen ciertas bombas. Orden de Franco. El gobernador de Murcia, enterado del paso de las bombas, quiso detenerlas, y se le dijo que salían por orden del ministro de la Guerra para un movimiento revolucionario en Portugal. El auditor me pregunta qué ha de hacer. Le respondo que no haga nada, y que el Gobierno ya conocía el asunto, habiendo sido secuestradas las bombas por la policía.

Visita del general de la división, que me cuenta, entre otras cosas, sus dimes y diretes con el teniente coronel que vino a quejárseme el otro día. Dice que lo enviará a un castillo.

Almuerzo con el Presidente, el alto comisario y el ministro de Marina, invitados por mí en el Savoy. La conversación es poco interesante. Anécdotas que cuenta López Ferrer acerca de Burguete, que quiso aplicar en Marruecos, cuando fue alto comisario, las ideas del doctor Maestre.

Castro Girona y el coronel Cerdeira, fueron los autores del concierto con el Raisuni; Castro, por aturdimiento o torpeza. Cerdeira por traición. Esta palabra la ha dicho el Presidente.

El doctor Maestre abrazaba a los moros, llamándoles «hermanos de raza». Asegura López Ferrer que eso irrita mucho a los moros.

Continúa la reunión del grupo parlamentario de Acción Republicana. Como no hay manera de que se reduzca Sánchez Albornoz, pretenden que sea yo quien hable el primer día en el debate de Constitución. Me niego, alegando que yo no soy más que político, y que sólo cuando pueda hacer un discurso político intervendré. La verdad completa es que deseo conocer las posiciones que se vayan tomando, mejor que lanzarme a ciegas, para situar a nuestro partido entre los bandos contendientes.

He estado poco tiempo en la sesión. Casi toda la tarde la empleo en zurcir voluntades: Valle-Inclán se ha enfadado después de conversar con el director de Bellas Artes (Orueta), que ha tenido la falta de tacto de decirle que su gran

cargo de conservador general, etcétera, lleva como obligación principal la de escribir monografías. «Eso se da a los escritores fracasados». Se fue dando gritos, diciendo que no es él un mendigo de la República, etcétera.

Llevo a Valle a conversar con el ministro de Instrucción Pública y todo se arregla. Quedará encargado de organizar en el Palacio real el Museo de la República. Valle lo describe como si estuviera viéndolo.

Nunca había estado yo en el ministerio de Instrucción Pública. Es horroroso.

El resto de la tarde, en los pasillos del Congreso, sin poder evadirme. Asalto de diputados, recomendaciones, tonterías. Habrá que tomar el partido de no ir por allí.

Después de cenar me trae Guzmán a casa a un señor García, director del *Diario de Navarra*, uno de los periódicos suspendidos en Pamplona. Habla por los codos, con cierta incoherencia, durante dos horas. Yo estoy un poco mareado. Me describe la política de Navarra. Es católico, españolista, adversario de la República. Su gran enemigo, los bizcaitarras. Insiste mucho en que en Navarra no puede haber guerra civil. Ignora si hay armas, aunque cree que no; pero bien pudiera haberlas sin que lo supiese. Pero está seguro de que no hay organización, pues si la hubiera no podría serle desconocida. Y empeña sobre ello su palabra de honor.

El más grave error político sería favorecer la unidad política de las Vascongadas y Navarra. Entonces el nacionalismo sería peligroso. A eso tiende el Estatuto de Estella. Califica de filibustera a la Sociedad de Estudios Vascos.

Aborrece a los bizcaitarras y por su gusto se prohibirían las romerías de los mendigoroles. Cree también que los republicanos y socialistas se bastan para dominar a los nacionalistas. Pero entre los mismos republicanos, hay algunos que llevarían muy a mal una política anticatólica. Una política de este carácter, o que pareciese tal, concitaría contra la República muchos odios. Aunque también pudiera suceder que las órdenes religiosas se marchasen y todos lo viesen con indiferencia.

El aldeano navarro está tranquilo, siempre que no le quiten su caserío.

En el Congreso me han dicho esta tarde que ha estallado la revolución en Lisboa, y que han matado a Carmona. Cuando llego a casa, me telefonean del ministerio que han aterrizado en Sevilla y Huelva unos aparatos que vienen huyendo de Portugal, después de bombardear la capital. Lo cual es señal de fracaso. Lo siento.

27 de agosto

Nada notable en el ministerio, por la mañana. Despacho con Goded; al final me dice que, como yo me he conducido con él muy caballerosamente, quiere corresponder en el mismo tono. «Me han dicho —prosigue— que han venido a contarle a usted que en la casa del Escorial, adonde voy yo a jugar al tresillo, se habla mal del Gobierno. Y eso es falso». «Nadie ha venido a decirme semejante cosa, y si me lo hubiesen dicho, habría respondido lo que le voy a decir a usted: que si hablan mal del Gobierno, lo encuentro natural, porque si no, ¿de qué se va a hablar?». Goded se tranquiliza, y me dice que me está muy agradecido, y al Presidente, y a Lerroux, «que hace muy buenas ausencias de Goded». Está agradecido al Gobierno.

Creo que le he dado bien la impresión de que no me importa lo que diga.

Por la tarde, llamo al jefe de Aviación, Pastor, y le comunico las líneas generales de lo acordado por el Gobierno en el asunto de la Aviación. Le causa poca o ninguna impresión, y sospecho que ya lo sabía, o se lo figuraba.

En el Congreso, gran polémica de Prieto con los nacionalistas vascos. Prieto ha estado muy bien; aplastante, tomando por blanco a un Urquijo (J. María) y a March, El periódico de March en Madrid es, dice, la jaca de un contrabandista. Una interrupción de un señor Madariaga, diputado por Toledo, en que habla del *capital* de Prieto, desata una tempestad tremenda. Creí que se comían a Madariaga. El griterío ha sido ensordecedor. Gran función parlamentaria, con descarga de nervios.

Ha comenzado el debate de la Constitución Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión, ha hecho un discurso bastante bien, pero pedantísimo, y en suma, superficial. ¡Qué tono, qué apostura, qué modo de triplicar las erres!

Mi correligionario Sánchez Albornoz ha hablado por fin en nombre del grupo de Acción Republicana. Ha gustado a los pocos diputados que quedaban en el salón. Discreto, algo premioso, golpes de erudición histórica, castellanismo, etcétera. Nada que disuene ni nos comprometa. Ha citado lo menos seis veces a Ortega, que le oía con atención. Le han aplaudido. Menos mal.

Fernando de los Ríos me cuenta su conversación con el Nuncio. Cree que en Roma están aterrados por el proyecto de Constitución. Aceptan la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, etcétera, y estarían dispuestos a destituir al cardenal Segura, si el Gobierno ofreciese su mediación para que las Cortes aceptasen un reconocimiento de la personalidad de la Iglesia que garantice la existencia de sus escuelas confesionales. Ríos estaba muy contento.

Después de cenar voy al ministerio. Carta del emisario de Pamplona, asegurando que allí no pasa nada ni puede pasar nada.

Carta del emisario de Orihuela, que prosigue sus averiguaciones, y ahora se fija en un convento de franciscanos. Precisamente ha sido un franciscano el que ha dicho a Valle y a Guzmán que en Orihuela se reproducía *El Murciélago*[13].

28 de agosto

El día ha dado poco de sí. Toda la mañana en Consejo de ministros. Me aprueban cuatro o cinco decretos de poca importancia. Al final, el Presidente nos refiere la conversación con el Nuncio. Y pregunta al Gobierno si puede transmitir al Nuncio alguna impresión de lo que opina el Ministerio acerca de la situación en que ha de quedar la Iglesia en España, sin que ello implique compromiso colectivo alguno, sino simplemente la disposición personal de los ministros respecto del asunto, y la posibilidad de que influyan con sus grupos para que no se incurra en una política de persecución y de desconocimiento de la personalidad de la Iglesia. El punto se discute mucho, por la misma vaguedad de lo que se pretende. Largo Caballero dice que si el Nuncio reconoce que procede la destitución del arzobispo de Toledo y que tenemos derecho para pedirla, no comprende por qué pide ninguna clase de seguridades ni siquiera de esperanzas. Alcalá-Zamora repite que los artículos *energuménicos* del proyecto de Constitución, que aterran al Nuncio, son una buena arma en nuestras manos, y que sobre ello puede fundarse un gran triunfo diplomático de la República.

Se pone el caso a votación. Me toca hablar el primero. Digo que ninguna gestión puede aprobarse si no empieza por dejar fuera de debate, como puntos ya adquiridos, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, el matrimonio civil, en suma: la entera potestad del Estado para legislar unilateralmente sobre esas cuestiones. Que el triunfo diplomático de obtener la destitución del arzobispo, tendría para la poética interior de la República una importancia imponderable; que el Nuncio, con una impresión de templanza obtenida del Gobierno, quizá quiera disimular una derrota diplomática; y que siempre que eso no implique compromiso ni oferta de seguir una política determinada, y que advirtiendo que yo no respondo de lo que resuelva mi partido, no hay inconveniente en transmitir al Nuncio esa impresión de templanza personal.

Maura y Nicolau aceptan lo que proponen el Presidente y Fernando de los Ríos, que están ensimismados totalmente en el asunto. Albornoz hace algunos distingos sobre sus doctrinas y principios, para estar al fin conforme conmigo.

Me dice que la expulsión de las órdenes religiosas le repugna, porque es un acto de brutalidad. (Esto parece una réplica a un inciso mío, en que he lamentado que no se expulsara en mayo último a los jesuitas). Largo se limita a decir que «vota con Azaña», y lo mismo dice Casares. Entonces el Presidente y Fernando preguntan qué hay en el voto de Azaña que no haya en los demás. Repito y amplío lo que he dicho, por lo que se reduce a casi nada, a poco más que una cortés esperanza de paz, lo que se dice al Nuncio.

Prieto, rotundamente, se opone a que se le complazca en su pretensión «porque soy —añade— profundamente anticatólico».

Domingo acepta simplemente lo propuesto por el Presidente.

Todavía hago la salvedad de que nada de lo dicho va con la enseñanza. Y con esto se acaba el Consejo.

Araquistáin me ha invitado a comer en su casa con el doctor Negrín, también diputado socialista. Querían hablar conmigo de política. En suma: lo que desean es que yo forme Gobierno al ser elegido Presidente de la República don Niceto. De ninguna manera quieren a Lerroux. Los socialistas me apoyarían con lealtad, fuera del Gobierno. Yo les digo que esos apoyos son precarios. Y que si al ocupar ahora la cartera de Trabajo se han atraído los odios de los sindicalistas, podrían dar a ese problemático Gobierno un solo ministro, que ocupase otra cartera. Araquistáin dice que eso no podría ser, y que lo único que pudiera decidir a los socialistas a participar en el Gobierno, sería precisamente la posibilidad de desarrollar desde esa cartera una vasta política de legislación social.

Yo les pregunto si los socialistas estarían dispuestos a apoyar la política militar que tengo iniciada y que tiende a dotar al ejército de medios de acción y a dar satisfacción moral a los militares, haciéndoles agradable su carrera. Relaciono esto con el papel que España puede hacer en la política internacional, y con lo que podría hacerse si en Portugal se instaurase una República como la nuestra; Araquistáin y Negrín dicen que sí la apoyarían mientras no se llegue al desarme en Europa.

Araquistáin dice que Albornoz aprueba el proyecto de un Ministerio bajo mi presidencia, y que Ortega lo ve muy bien, pero que mi discurso de Valencia flota todavía por ahí, por aquello de «cortar cabezas», y que convendría que yo hiciese algún discurso, no de propaganda, sino constructivo y gubernamental. Aquel discurso me da fama de demagogo.

Recuerdo a Araquistáin que yo no he hablado en Valencia, ni en parte alguna, de cortar cabezas. Lo que dije textualmente fue: «que a las Comisiones de sabios y juristas encargados de redactar una Constitución,

preferiría trescientos hombres decididos que hiciesen caer el rayo de la responsabilidad sobre la cabeza de los culpables».

—Me sorprende —añado— que tenga yo ahora reputación de demagogo, habiéndola tenido casi siempre de autoritario y déspota.

—No son cosas incompatibles —replica Araquistáin.

—Primo de Rivera —agrego— ha desacreditado el sistema de dictadura. ¡Qué lástima! —y me echo a reír.

—Yo soy partidario de la dictadura —responde Araquistáin—, cuando conviene.

—Una dictadura personal sería un pensamiento ridículo; pero necesitamos una mayoría compacta que apoye ciegamente una política de profunda renovación.

Negrín asiente y añade que se necesita una dictadura bajo formas y apariencias democráticas que haga posible la preparación del pueblo para el futuro.

Volviendo al asunto principal, les digo que mi subida a presidir un Gobierno sería prematura, y podría quitarnos reservas para el porvenir. Yo soy un recién llegado a la política, y carezco de autoridad. Araquistán me rebate. Precisamente porque soy recién llegado inspiro más confianza. Lerroux ha dicho de mí que soy todavía joven para Presidente. También les aseguro que con el Partido Radical-Socialista no podría entenderme; no por diferencia de ideas, puesto que todos los republicanos de izquierda decimos lo mismo, sino por disparidad de temperamentos, que es más grave, porque para mí gobernar es cuestión de tino, de tacto, de conocimiento del mundo, y ese partido está lleno de gentes díscolas y arrebatadas. Araquistáin cree que están muy domesticados, y que lo ocurrido el otro día con el discurso de don Niceto ha servido de lección a muchos.

Después hemos hablado de reformas posibles en el Estado. Yo apunto unas cuantas cosas. Ambos amigos me dicen que Largo, don Niceto y yo, somos los únicos del Gobierno que conocemos la administración; los demás no estaban preparados y no saben por dónde se andan.

Su conversación ha durado hasta las cinco. Voy al ministerio. Hablo largamente con los directores de las fábricas de Trubia y de Toledo. Estas fábricas son un lío inextricable. Poco a poco, voy viendo claro en ello; le pregunto al director de Trubia cuántas baterías de 75 podrían hacer al año. Contesta que el primer año doce, y después veinticuatro al año. Les pregunto si, en vista de que el material de campaña es anticuado, hay adoptado ya un tipo de cañón de esa clase. No lo hay. Así estamos en todo.

En las Cortes la discusión con los vasconavarros carece de interés.

En el debate de Constitución, un discurso graciosísimo del cura Basilio Álvarez. Tiene de orador la figura y la voz; la voz es tan buena, que se ha hecho oír, aunque no ha proferido más que desatinos. ¡Qué lenguaje! ¡Qué incongruencias! Los diputados se han divertido mucho. En la tribuna diplomática estaba el Nuncio, que habrá palidecido más de una vez ante el estilo de su correligionario.

Después, Zulueta pronuncia un discurso, en tono de conferencia. Bien. Liberal: que al fin, habrá paz y tolerancia en España. Desaprueba los rigorismos contra las órdenes por injustos e ineficaces. Maura me decía en el banco azul, que suscribe el discurso de Zulueta. También Marañón y Ortega hacían signos de asentimiento. Asisten al debate pocos diputados.

Hoy han tirado una bomba al despacho del embajador de Portugal, donde estaba Mello con su mujer. Al notar que era una bomba, han tenido tiempo de huir. Seguramente habrían perecido. *El Heraldo*, que es muy su enemigo, *regaña* al embajador porque no ha tenido serenidad para acercarse a la bomba y arrancar la mecha. Si hubiera arrancado la mecha, «no habría pasado nada». Estos salvajes de *El Heraldo* son los grandes tipos.

29 de agosto

Esta mañana me ha visitado en el ministerio don Ángel Herrera, director de *El Debate*. Hace meses, cuando la quema de conventos, fue suspendido *El Debate*, y, declarado el estado de guerra, el señor Herrera me visitó para pedirme que se levantase la suspensión. En aquella entrevista, el señor Herrera me dijo que él estaba dispuesto a colaborar con la República, trayendo a ella las masas de católicos que siguen la política de su periódico. Temía una política anticatólica, sectaria, y me anunció que ellos se organizaban para la protesta, y que creían contar en el norte con ochenta mil hombres; «pero sin salirse de las vías legales, es claro», añadió.

El señor Herrera es un jesuita de capa corta, de mediana edad, delgado, nariz ganchuda, ojos sepultados en las órbitas, habla sin mirar al interlocutor, puesta la mirada en un punto vago del espacio. Habla con tono precavido, midiendo mucho los términos, y cargándolos de sutileza, con la intención. Yo no sé si realmente se cree sutil y astuto y temible, o si adopta un *estilo*, por escuela. En cualquier caso, es risible y sin ningún interés. Tanta recámara, se explora a la primera ojeada, y estamos al cabo de la calle.

Ha venido a conocer mis impresiones sobre el proyecto de Constitución. Parece que ha hablado con otros, como don José Ortega y Gasset, que le ha dicho que ciertos artículos de la Constitución deben ser quitados de ella «con pinzas». También me ha soltado Herrera que se habla mucho de mí como jefe del futuro Gobierno, y que, según Ortega, tengo mucho favor entre los intelectuales.

Me dice Herrera que algunos artículos de la Constitución denotan una política de persecución a los católicos. Que él era monárquico, porque la monarquía representaba esos principios de unidad, que tanta falta hacen en España, y un instrumento de prestigio para la expansión de nuestra cultura, sobre todo en América; «los herederos de Isabel la Católica» significaban todavía mucho. Pero instaurada la República, está dispuesto a servirla con buena fe y voluntad, siempre que se haga posible la vida de los católicos en el régimen. Muchos artículos de la Constitución equivalen a expulsar a los católicos de la República. Él tiene interés en separar la idea católica de la idea

monárquica, y que será una inhabilidad de la República empujarlos a que se confundan.

A preguntas mías, enumera hasta seis o siete puntos «nefandos». La separación, la expulsión de las órdenes, el divorcio, la supresión del presupuesto del clero, y no recuerdo cual más. Me pregunta si será reconocida la «personalidad de la Iglesia». Yo le contesto, como impresión personal mía, que en las Cortes no se observa ninguna saña anticatólica, y que todos quisiéramos llegar a un régimen con la Iglesia que pueda durar. Le aseguro que la separación y el divorcio, me parecen puntos ganados ya por la opinión dominante en las Cortes; que en mi opinión, el artículo que prescribe la disolución de las órdenes, será suprimido para llevarlo a una ley especial; que cualquiera que sea el régimen venidero no parece probable que la personalidad de la Iglesia sea desconocida; que el sistema concordatorio (éste era otro punto) no tiene partidarios, y que lo de las procesiones quizá se arregle. Lamento tener que decirle la especial situación de los jesuitas, en malísimo aprecio de la opinión general; que el sentimiento público es muy diverso según de qué órdenes se trata, y que yo mismo he dicho a mis amigos los frailes del Escorial que celebraría que les permitiesen continuar allí. En suma, que yo tengo deseos de paz, después que la República haya implantado lo esencial de su sistema, pero que de nada le puedo dar seguridades, ni siquiera esperanzas, porque todo depende del rumbo de los sucesos y de la voluntad de la mayoría. Para nosotros los republicanos, hay cosas en las que no podemos transigir. Herrera me dice también, como prueba de su voluntad de colaboración con la República, que le parece bueno el proyecto de reforma agraria, y hace todo lo posible porque sea aceptado. Lo mismo opina del «control» obrero. Cree que es el único camino de la paz social. Él va a proponer también en *El Debate* que los redactores, empleados y obreros, participen en la dirección de la empresa, y que el periódico sea de todos los que lo hacen.

Todavía hablamos un rato; pero lo esencial es eso. Se despide con frías ceremonias.

Por la tarde hemos ido los ministros a visitar el Palacio real. Idea e invitación de Prieto, que tiene a su cargo en el ministerio los bienes del Patrimonio. Incidente típico: hay una nube de periodistas y fotógrafos. Cuando han llegado los ministros, y andamos por las habitaciones que fueron del príncipe de Asturias, los periodistas envían un recado diciendo que quieren ver el Palacio al mismo tiempo que el Gobierno. Don Niceto vacila; Domingo dice: «que pasen». Algún otro y yo nos oponemos. El director de

Propiedades, que nos acompaña, vuelve con otra embajada: «que si no se les deja pasar, se marchan». «Pues que se marchen», dicen ya algunos. «Yo no les había dicho que viniesen», añado por mi cuenta. Y seguimos la visita. Don Niceto todavía tiene tiempo y palabras para comentar el caso con alguien, diciendo que ha habido «un pequeño conflicto». Tal es la *reporteritis* que padecen estos ministros. Algún periódico de esta noche refiere el caso, e insiste mucho, con la vanidad propia del gremio, en que se les dieron «reiteradas explicaciones de parte del Gobierno».

Durante la visita, algunos —casi todos los ministros y sus acompañantes — consideran lo muy tonto que ha sido el rey para dejar perder tanta magnificencia.

Maura, que llama a todos a admirar las arañas y los relojes, según es de tradición en las visitas a los palacios reales, dice que, en una residencia así, el aislamiento es inevitable, y sus moradores no pueden oír lo que sucede en el país, ni pueden creer en ningún peligro, por la impresión de grandeza que reciben.

A Albornoz, le llama más la atención lo del aislamiento que no lo de la grandeza o fortaleza.

Largo Caballero, el estuquista, palpa los mármoles: «Éste es mármol italiano; éste es mármol español».

En el gran comedor de gala, que es una monstruosidad arquitectónica, Domingo dice: «Esto es… regio. Ya se sabe lo que se dice con esa palabra».

Algunos, no sé si Maura y Domingo, aseguran que en Versalles no hay nada comparable. Se ve que no entienden.

También hemos visitado la capilla, que es muy fea, y la sacristía donde se guardan las joyas y reliquias, de que no son la menor parte los stradivarius. El hijo de Prieto ha hecho abrir los estuches y ha pulsado las cuerdas de un violín.

En toda la visita, don Fernando colocaba pequeñas papeletas de historia del arte.

Grandeza de alma y caballerosidad: uno de los jefes de Aviación, destinado en la jefatura, me escribe anónimos insultantes y amenazadores, porque tardo en publicar el escalafón. El mayor número de estos anónimos no llega hasta mí, porque el comandante Riaño, que lleva la secretaría, los retiene. Pero uno me lo ha enviado a casa. Me cubre de insultos vergonzosos. Dice que va a publicar los vicios de que me supone adornado. La simple lectura del papel me ha hecho comprender que procedía de persona muy cercana a mi despacho, porque alude a conversaciones tenidas por mí el día

antes con Riaño. No sabe el contenido de la conversación, pero sí que hemos conversado. Asegura que sólo Pastor puede mandar la Aviación. Delata a los que le parecen malos, y nombra, asimismo, a los que tiene por buenos. Venía escrito en un volante del ministerio, arrancado el membrete. Le he dado el anónimo al comandante Menéndez, para que se viera conmigo. Menéndez se ha escandalizado. Poco después, Riaño me ha mostrado otros anónimos, de la misma letra, y escritos en papel de cartas de la jefatura de Aviación, con su membrete y todo. Dice Riaño que está casi seguro de saber quién los escribe. Es un íntimo de Pastor, a quien supongo ajeno a esta vileza. No he querido preguntar su nombre. Los anónimos que guarda Riaño, son aún más procaces que el recibido por mí. Riaño ha comparado la letra de ellos con la del jefe de quien sospecha, y las encuentra semejantes en algunos rasgos. Ha observado que la llegada de los anónimos sigue al regreso del jefe sospechoso a Madrid, y cesan cuando se ausenta. Si encuentro una prueba segura, le sentaré la mano.

Estas cosas encubre el honroso uniforme militar.

30 de agosto

Con Martínez Dorrién y su mujer, vamos a Riofrío, invitados por Cándido Bolívar, que nos esperaba con su mujer en San Rafael. Visitamos el palacio, en parte ocupado por las colonias escolares de Segovia y Madrid. El palacio es muy hermoso, y me apena verlo estragado y desmantelado. Todavía hay en él muchos muebles, y gran número de cuadros, casi todos sin valor. Es lastimoso cómo tenían los reyes estas cosas. Y también lo es que no se puedan aprovechar ahora con refinamiento y gusto. Emplearlo en una obra humanitaria está bien; pero salta a la vista la desproporción del marco con su destino actual. En Francia, la República hace las cosas de otra manera.

Comemos en Navacerrada. Llega Besteiro cor su mujer. Luego vamos nosotros al Escorial, ya casi de noche, a la finca del doctor Poyales, cerca de Valdemorillo. Allí estaba Fernando Coca. Hacía una hermosa noche de luna.

1 de septiembre

Salgo temprano, y voy al ministerio, antes que al Consejo. Despacho con el subsecretario y llego el primero al ministerio de Hacienda. No hay todavía ningún ministro. Me entretengo en conversar con el subsecretario Vergara. Hablamos de la necesidad de activar los trabajos de la secretaría de nuestro partido, y de lo ocurrido la otra noche en el Ateneo: Rodrigo Soriano, y el señor Balbontín, han dado allí una especie de *meeting* contra el Gobierno. Se han llevado un público especial, extraño a la casa, que ha invadido el local, desalojando a los socios. El Ateneo está allanado, material y moralmente, por estos energúmenos, y los señores de la directiva que, en ausencia mía, dirigen la casa, no tienen energía para encarrilarla. Los disertantes dijeron algunas mentiras, por ejemplo: que los aviadores portugueses que, después de la intentona revolucionaria de Lisboa, se refugiaron en España, se hallan presos. Esto es tan falso, que lejos de prenderlos, el ministerio de la Guerra les paga los gastos de estancia.

Poco antes de comenzar el Consejo, me llama Prieto, que está con el director accidental de Carabineros. El general Soler acaba de llegar de Valencia, adonde le envié hace dos días a que pusiera orden en la comandancia de Carabineros; unos oficiales monárquicos castigaban a las clases y soldados que les parecían republicanos. El general ha destituido a unos cuantos oficiales, y ha repuesto en su destino a los sargentos castigados.

El Consejo se ha pasado casi todo en discutir cómo va a tramitarse el asunto de la Telefónica. El ministro de Comunicaciones lleva el proyecto de ley, declarando la nulidad del contrato. Se trataba ahora de saber si se oía o no a la empresa antes de presentar el proyecto. A mí me visitó hace tiempo el coronel norteamericano Bent, director de la compañía, para decirme que no se resolviese la cuestión sin oírlos. También visitó a otros ministros, y al de Comunicaciones parece que le insinuó los peligros que para España implicaría el ponerse enfrente del capitalismo americano.

El Consejo ha discutido lo que podía significar darle audiencia al empresario antes de presentar el proyecto de ley: parecería una negociación, y una mengua del poder público español. Algunos ministros, entre ellos el

Presidente y De los Ríos, opinan que el no dar audiencia a la empresa, a más de colocarla en una aparente indefensión, desencadenaría una *ofensiva* contra la peseta. El Presidente añade que ésta no es una ley general, sino particular, y que en casos tales, es partidario siempre de oír al interesado, cualquiera que sea la importancia del caso.

La discusión se ha resuelto por votos: Seis contra cinco (Lerroux en Ginebra) han decidido que no se oiga a la empresa.

El Presidente, como siempre que es derrotado en un asunto grave, ha escrito un volantito, con notas de lo ocurrido.

—Hemos hecho una barbaridad —decía por lo bajo—. Tengo la impresión de que el asunto no está resuelto definitivamente.

Prieto ha hablado de la actitud hostil al Gobierno en que se pone el consejo de administración del Banco. Han celebrado algunas reuniones extraordinarias, una de ellas a espaldas del gobernador. En una visita al ministro, le han propuesto que sea el Banco quien compre oro en el extranjero para el Estado. Pero eso haría subir el cambio, que es precisamente lo que se pretende evitar. También se resisten a hacer al Estado el préstamo de 350 millones de pesetas en oro, que previene la ley de Ordenación Bancaria. Prieto les ha amenazado con modificar la ley, aumentando la participación del Estado en los beneficios del Banco, y mermándole un privilegio: Resulta que este año el Banco lleva ganados treinta millones más que el año anterior. El Banco medra cuando la penuria del país crece. Asegura Prieto que los periódicos financieros de Madrid, subvencionados por el Banco, van a emprender una campaña contra la política monetaria del Gobierno; el Banco le ha abierto un crédito de cien mil pesetas a Daniel Riu, para que dirija la campaña.

Hemos acordado mantenernos firmes, y apretar al Banco, e incluso tener preparado un proyecto de reforma de la ley de Ordenación Bancaria.

Ya de pie, hemos hablado de la necesidad de resolver sobre la instalación del Presidente de la República. Una vez más, don Niceto quiere que se instale la presidencia en algún ministerio, y hablaba del de Estado, llevándose éste al piso bajo de Palacio. No se admite la propuesta. Maura queda encargado de hacer gestiones para conseguir que nos vendan el palacio de Larios, en la Castellana.

Por la tarde he estado otra vez en el ministerio, viendo papeles. Voy luego a las Cortes. Sesión sin interés. Mucho antes de que se acabara, abandono el banco azul con Maura. Ya esta mañana en el Consejo me dijo Maura que tenía una cosa que contarme, interesante para mí. Durante la primera parte de

la sesión me cuenta, en efecto, que Lerroux, a su paso por Bayona, le ha dicho a un íntimo suyo que se alegrará mucho de que se forme un Ministerio bajo mi presidencia, que duraría dos meses, al cabo de los cuales él sería el amo.

Con don Niceto, también en el banco azul, he cambiado unas palabras sobre lo que son estas Cortes, y me ha dicho que con ellas habrá «un Ministerio Lerroux, un Ministerio Azaña y un Ministerio Largo Caballero». Entonces yo le he apuntado algo de lo que Lerroux parece desear en cuanto a disolución, y se ha mostrado opuesto al propósito. «No creo que Lerroux tenga opinión para que pueda disolver las Cortes», ha dicho don Niceto, con esas o muy parecidas palabras.

Aburridos de los discursos que estábamos oyendo, Maura y yo hemos vuelto a hablar de política, y entonces, por indicación mía, salimos del salón para continuar el diálogo en el despacho de ministros.

Resumo una conversación larguísima: Maura dice que sin yo proponérmelo, tengo en mis manos la llave de la situación política. Que en estos asuntos la voluntad no sirve de mucho, y que a veces, sin quererlo uno, tiene que meterse en las situaciones más absurdas. Que mi éxito en el ministerio y la falta de hombres en el campo republicano, hacen de Lerroux y de mí los dos «únicos presidenciables». «¡Quién iba a pensar que de los doce hombres del Gobierno sólo usted crecería tanto!». «De manera —prosigue— que sólo hay Lerroux y usted. Que usted se encargue del Gobierno descartando a Lerroux, es una temeridad; sin Lerroux, aunque no hiciese oposición, y sin los socialistas, presidir un Gobierno es una aventura terrible. El público espera de usted cosas que nadie le puede dar —me dice Maura—, y que haga usted en ocho días la revolución. Si usted hiciera política desde el banco azul, tendría usted, sin duda, el grupo más numeroso de la izquierda. Pero usted no hace política, y a pesar de eso, en torno de usted, se forma ese ambiente, y lo llevarán a usted, aunque no quiera, a presidir un Gobierno, si continúa cruzado de brazos».

Opina Maura que la carta de Lerroux es para una vez sola, pero que hay que jugarla, para que se gaste. Dejarlo fuera del Gobierno, frente a un Gabinete de extrema izquierda, conduciría a reforzar su posición con toda la parte conservadora del país. A Lerroux hay que llevarlo al Gobierno, y tenerlo en él cercado. Sin radicales, y con ministros de importancia sacados de los grupos de las Cortes, permaneciendo yo en Guerra, un poco apartado de la política, completando mis reformas. La preparación de ese Gobierno debo hacerla yo, hablando con unos y con otros, tomándolo con anticipación. Si Lerroux se dirige el día de la crisis a Sánchez Román y a Ortega, por ejemplo,

ofreciéndoles carteras, le dirán que no; pero a mí no me negarían su concurso para realizar el plan, concertado de antemano. Maura asegura que Sánchez Román y Ortega se lo han dicho así.

Maura está conforme conmigo en que estas Cortes no deben disolverse, y que don Niceto no dará a Lerroux el decreto de disolución. Las Cortes deben votar las leyes complementarias, habiendo un Gabinete de izquierda. De esa manera, podía ser yo el llamado a disolverlas. Maura dice también que las próximas elecciones deben ser aún mejores y más legales que las pasadas, que ya son un gran progreso. En esto repite casi las mismas palabras que le he oído a don Niceto una hora antes.

Por lo que a él se refiere personalmente, y a propósito de una supuesta combinación Lerroux-Maura de que han hablado los periódicos, afirma que desengañó a don Alejandro, diciéndole que no pueden ir juntos a ninguna parte, y que hasta los apellidos son incompatibles. Piensa irse a la oposición en cuanto salga del Gobierno, y organizar a la «cerril» clase media conservadora, que sin eso se entregaría a los monárquicos.

Maura dice también, con referencia a su hermano Gabriel y a Matos, qué estos señores están ya convencidos de que el Gobierno actual permanecerá hasta el día que se tiene marcado, y que se defiende. Pero que cuando caiga este Gobierno se formará otro extremista, y vendrá la anarquía. Estos mismos señores hablaron con el general Sanjurjo, preguntándole qué haría, si «España caminase a la deriva». Parece que el general contestó: «Si España fuese a la deriva, yo serviría a España; pero muchos de los actuales ministros, la mayoría de ellos, piensan lo mismo, y yo estaría a su lado».

Por mi parte, he sostenido en la conversación éstos puntos: que si todos sus argumentos se encaminaban a quitarme de la cabeza la idea de presidir un Gobierno, estaban de más; porque nada estaba más lejos de mis gustos y de mi conducta; que no me ocupo de política, ni siquiera de la de mi partido, ni hablo con nadie de política; a los ministros no los veo más que los días de Consejo; y a los diputados, cuando vienen a pedirme cosas al ministerio o al banco azul; a los periodistas les repito a diario que no soy más que un ministro «técnico», aunque esto desata las iras de *La Correspondencia Militar*. Que la gente me trae y me lleva, a pesar mío, y que, por lo visto, lo mejor que yo podría haber hecho era fracasar en el ministerio de la Guerra. Que muchos me hablan del asunto, y quieren que yo desbanque o elimine a Lerroux, operación que no me parece útil, ni hacedera. Que mi buen sentido natural me permite ver las cosas con claridad, porque no tengo ambición que me ciegue (Maura no podrá medir hasta qué punto es esto verdad), pero que

las consultas, los consejos y los argumentos, me perturban el juicio y me desorientan: si me dejasen solo, seguir mi camino, acertaría más fácilmente. Que así como nunca he dudado de que el Gobierno provisional llegaría al término de su tarea, y lo veía clarísimo, sin necesidad de montar un razonamiento, así me parecía natural e inevitable que Lerroux presida el próximo Gobierno, quedándome yo donde estoy, y rodeando a Lerroux de personas que lo reduzcan a ser inofensivo. Que lo único nuevo para mí en esta conversación es que la preparación del Gobierno Lerroux sea incumbencia mía. Y pareciéndome bien lo que dice, debe considerar que yo tampoco puedo estar dispuesto a perderme en un Gobierno lerrouxista, en caso de que la otra combinación fracase. También le digo que a una disolución de Cortes por Lerroux me opondré, y que si la lograse sería un golpe de Estado, que provocaría una conmoción.

En el curso de la conversación, y hablando de las «personalidades» que podrían formar el Gobierno con Lerroux, Maura ha dicho que don Alejandro se lamenta de no tener un ministro de Hacienda de gran relieve, y ha insinuado el nombre de Alba, como si Lerroux hubiese pensado en él. Creo que Maura lo ha dicho por explorarme. Yo he contestado que con Alba, de ninguna manera, aunque dependiese de ello la República. «¡Qué me va usted a decir a mí! —replica Maura—, ¡ya sabe usted la opinión que tengo yo de Alba!». A continuación me hace un elogio de Alba, asegura que en cuanto hable se llevará tras sí a la Cámara, y que tiene un gran porvenir.

Otras cosas curiosas me ha contado Maura. Por ejemplo, a cuenta de las «altas personalidades» que deben formar el Gobierno Lerroux; Ortega le ha dicho que, después de haber predicado una República conservadora, incluso Domingo, nos vio en los primeros tiempos del Gobierno inclinarnos a la *demagogia* y que entonces, Ortega y sus amigos decidieron *retirarse a sus tiendas*. Después han observado que hemos vuelto a la legalidad.

Maura concluye apremiándome para que no continúe cruzado de brazos. «Usted —dice— es el árbitro de la política, y probablemente no se ha encontrado nadie en España en una situación semejante a la de usted».

En todo lo que me ha dicho y aconsejado hay mucho de buena fe, y excelentes propósitos. Pero no dejo de sospechar que su temple conservador se alarme un poco pensando que yo pueda hacer la *locura* de tomar el poder en octubre o noviembre.

Y el caso es que cuando yo le pregunto cuál sería, en su opinión, mi deber para el caso de que no se realizasen sus previsiones, contesta: «Pues

apechugar con el Gobierno, y tomar sobre sí la tarea de consolidar la República, requiriendo a los socialistas para que colaborasen con usted».

«¡Eso es! —replico riendo—. ¡Y con todos los horrores que acompañarían a una situación presidida por mí!».

2 de septiembre

Al leer los periódicos por la mañana, me entero de que han ingresado en Prisiones los generales de los directorios militares, por orden de la Comisión de Responsabilidades. Las detenciones se han hecho esta madrugada. El suceso es importante, no para el curso del sumario, sino por los incidentes a que pudiera dar ocasión en el ejército. Temo que la Comisión se deje embriagar por el gusto del sensacionalismo, y como la ley le otorga facultades propias y extraordinarias, un día podemos despertarnos en pleno conflicto, sin que el Gobierno haya sido prevenido. Los señores de la Comisión se han juramentado para no decir nada de sus acuerdos, ni siquiera a los jefes de los partidos a que pertenecen. Sin embargo, ayer llamé a uno de los diputados de Acción Republicana que están en la Comisión, y le pregunté si tramaban algo contra el general Sanjurjo. Tenía yo el recelo de que alguno, queriendo buscar conflictos al Gobierno, propusiese y obtuviese una medida violenta contra el general, que era gobernador militar de Zaragoza cuando Primo de Rivera dio el golpe de Estado. Mi correligionario oyó lo que tenía que decirle, y más tarde me comunicó que toda la Comisión estaba acorde en que no había motivos para molestar al general Sanjurjo. Esto no ha sido obstáculo para que, durante el día, los bocazas hayan ido por ahí propalando que sería detenido el general. Y en la propia Dirección de Seguridad, con la manía reportista que padece el director, también han hablado de «detenciones sensacionales» inminentes, con lo que se daba pábulo a los rumores.

Por la tarde, poco antes de concluir la sesión del Congreso, Martínez Barrio y Maura me han llamado al despacho de ministros para hablarme de este asunto. Están muy quejosos del papel que la Comisión de Responsabilidades reserva al Gobierno, porque todas estas medidas son al fin y al cabo políticas y de lo que pudiera resultar de ellas se pediría cuentas al Gobierno. Martínez Barrio nos dijo que iban a detener a Sanjurjo, y yo le tranquilicé, diciéndole que me constaba lo contrario. Estaba muy enojado porque los diputados radicales de la Comisión le hubiesen guardado el secreto, y añadió que si los demás partidos opinaban lo mismo, podría llegarse a destituir a los diputados que los representan en aquélla: «Cuando se

eligió la Comisión —dice Martínez Barrio—, nadie pensó que se le darían las atribuciones que tiene. De pensarlo, se habría designado a otras personas».

Llegó en esto Galarza, y continuó la conversación. Martínez Barrio dijo que, según sus noticias, la Guardia civil no consentiría que se tocase a Sanjurjo. Esto me pareció una impresión ligera e inventada, porque desde la mañana de hoy hasta la tarde, no hay tiempo de que la Guardia civil se haya puesto en esa actitud y de que se sepa. Galarza ofreció que si la Comisión le ordenase detener a Sanjurjo, no lo cumpliría y avisaría al Gobierno. Pero también lo tiene por inverosímil. Galarza es miembro de la Comisión. El mismo Galarza propuso que él hablase a Sanjurjo para tranquilizarle. Yo opiné en contra, teniendo el paso por indiscreto. Otros creyeron que debía hacerse una rectificación, y lo desaprobé. Creo lo mejor, callarse.

Sin embargo, en los periódicos de la noche, don Carlos Blanco, presidente de la Comisión, dice ya que no se piensa en hacer nada contra Sanjurjo. Lo peor es traer y llevar a las gentes con tanta ligereza.

Galarza me comunica que esta tarde, a las siete, han detenido en Irún a Cavalcanti. Se conoce que ignoraba las prisiones de sus compañeros, y ha pasado la frontera imprudentemente, como no sea que la haya pasado para entregarse.

¡El hombre quería ser jefe del Estado Mayor Central, y estaba algo atufado en nuestra última entrevista, porque no se lo prometía!

De lo que hayan dicho los presos, nada sé. Me figuro el humor que tendrá el soberbio Federico Berenguer. Estas semanas últimas, don Federico iba a su antigua tertulia del café Regina, muy engrosada por los descontentos que le hacían corro. Decíase por Madrid que don Federico y unos cuantos oficiales pensaban dar un golpe de mano en Segovia para libertar a don Dámaso, y llevarlo a Portugal. Me pareció una fantasía, pero ordené que extremasen la vigilancia.

Del que me da mucha lástima es de mi antiguo ministro de Gracia y Justicia, don Galo Ponte, preso desde hace meses; como le hicieron renunciar a la carrera sus propios compañeros después que cayó del poder (habiéndole aguantado sumisamente todas sus impertinencias), y no tiene cesantía de ministros, por decreto del Gobierno de la República, don Galo está en la miseria, y no hay nadie de sus antiguos colaboradores y sicarios que le socorra. Come del rancho de los presos. Ahora, el cagatintas López Pérez, empleado de Gracia y Justicia favorito de don Galo, debería ayudarlo, en pago de aquella protección. El tal López Pérez, finchado y cerdoso, no se dejaba ni hablar cuando era peón de confianza de don Galo. Probablemente,

ahora, presumirá de republicano. En las covachuelas de la Administración se alberga la gente más abyecta.

En los cuatro años que tuve de ministro a don Galo, cruzamos la palabra dos veces, que me llamó a su despacho para asuntos oficiales. Nunca le saludaba cuando nos cruzábamos en el zaguán. No se atrevió a meterse conmigo, a pesar de que mis manejos políticos eran conocidos. Don Galo era muy antipático a todo el mundo, autoritario sin gracia, y al cabo irresoluto e incompetente. No se hizo ni un amigo. ¡Y había que ver a sus auxiliares o colaboradores oficiales! El director de Prisiones, un señor Mendiluce, del cuerpo jurídico-militar, alto, barbudo, con la pipa entre los dientes, hubiera parecido una figura de madera si no supiésemos que en su despacho pateaba y blasfemaba cuando daban las dos y las dos y media de la tarde y el ministro continuaba en el ministerio. El otro director general, el de Justicia, un tal Ramón G. del Valle, asturiano, casado con una andaluza rica, la más rica del partido judicial donde él había servido de juez, era muy torpe, muy vano e ignorante. Era magistrado de Guadalajara al ser nombrado director general. Cuando se murió su mujer, me preguntó cómo tenía que hacer las particiones. Supongo que habrá vuelto a administrar justicia.

En la sesión de las Cortes ha habido un incidente muy ruidoso. Los radicales-socialistas han presentado una proposición para dar por terminada la interpelación que sostenían los diputados vascos con motivo de la suspensión de periódicos. Se ha ganado la votación por los votos de los socialistas, radicales-socialistas y Acción Republicana (menos tres). Han votado en contra los radicales de Lerroux y todas las derechas. La gente ha querido sacar punta a esta votación, diciendo que es la primera de carácter político que se hace en las Cortes, y que marca dónde está la verdadera mayoría.

Después de esto, se han leído y puesto a discusión dos proyectos de ley, de los que tengo presentados, y han sido aprobados sin que nadie los discuta ni los oiga. Tal era el barullo.

Por la noche hemos ido Lola y yo con Cipriano y los Méndez Vigo a cenar en Fuentelarreyna. No había casi nadie.

3 de septiembre

Día de audiencia para diputados. Me han vuelto tarumba. He llegado a casa en un estado de postración lastimoso. Lo peor de esto es que los diputados, por cumplir con sus electores, me llevan una porción de comisiones a pedir cosas imposibles, como saben bien los mismos diputados que las presentan y recomiendan. Por ejemplo: Ayer, en el Congreso, me dijo un diputado por Asturias: «Mañana iré a verle con una comisión de obreros de Oviedo, a ver si me los quito de encima». Pues bien: hoy se me presenta el diputado, con dos más, y media docena de obreros, y han gastado media hora haciéndome argumentos calurosos en favor de las pretensiones de los obreros, a sabiendas de que yo no las puedo satisfacer.

Y así todos.

Una comisión de fabricantes de calzado me denuncia los manejos de un comandante en la junta de vestuario.

Durante la audiencia me traen un telegrama del general de la división, participándome que el general Cavalcanti ha ingresado en Prisiones.

En el despacho con el subsecretario, me ocupo del caso Martínez Anido, y acuerdo que sea dado de baja en el ejército. Barrunto que al general subsecretario no le gusta, y lo ha demorado cuanto ha podido. También creo haber sorprendido un pequeño engaño del general subsecretario: le autoricé para admitir diez o doce mecanógrafas y ha admitido treinta y cuatro. Asegura que me lo dijo, pero yo creo estar cierto de lo contrario. Como me pasan mil pequeños asuntos por la atención, puedo estar equivocado. Precaución.

El general Gil Yuste, inspector de la sexta división, está en Navarra, dirigiendo las maniobras de los batallones de montaña. Ha publicado una alocución a las tropas, muy discreta en sus dos terceras partes. Pero luego, como prueba del respeto que el ejército tiene a la voluntad nacional, afirma que, así como sirvió lealmente a la monarquía, y ahora a la República, volvería el ejército a servir mañana a otro régimen si la opinión de los contrarios ganase la mayoría.

El general Gil Yuste es de lo mejorcito que tenemos.

El general de la primera división, Villegas, ha venido a verme muy emocionado, porque se siente sin autoridad en el cargo: «El sillón me pincha». Se ha divulgado por Madrid el parte dado por el teniente coronel del 31, y como aún no se ha tomado ninguna providencia, su prestigio padece. El general me dice que si necesito sacrificarle para no tener disgustos, que lo sacrifique. Yo le prometo que tramitaré el asunto, pase lo que pase.

Me fastidian estas majaderías, teniendo tantas cosas en qué pensar, y durante varios días no he puesto atención en el asunto, que se me resistía. Es una lástima no poder echarlo todo a rodar, y enviar a paseo a unos y a otros. Pero así son las cosas de la milicia. De un grano de arena, hacen una montaña. No es imposible que de este incidente salga un disgusto. Lo mejor será que se sientan tratados con rudeza, según lo tienen acostumbrado. Toman por debilidad las observaciones de simple buen sentido. Lo chistoso será que el teniente coronel vaya a un castillo y Villegas quede destituido. En el fondo de esta intriga hay la enemistad de Villegas y Queipo. El teniente coronel es íntimo de Queipo, y se sospecha que esté instigado por este general.

Y a todo esto, preocúpese usted de organizar en serio el ejército.

En las Cortes, oigo el discurso de Fernando de los Ríos. Ha estado bien. Claro que en el libre campo de las generalidades filosóficas e históricas. Le han aplaudido mucho. Como orador, le encuentro árido de vocabulario, y el tono, más de conferenciante que de político. No habla de la cuestión religiosa, lo cual, según el señor Sánchez Guerra, es gran mérito. El mismo Sánchez Guerra ha vuelto a decir que esta sesión le recuerda las de las Constituyentes del 69, que relee continuamente. Es su *Biblia* parlamentaria.

He cenado con el ministro de Marina[14]. Él, y hasta diez o doce diputados de la Federación gallega, van a ingresar en Acción Republicana. Examinamos la situación política, y coincidimos en todos los puntos de vista, así como en las soluciones posibles.

4 de septiembre

Consejo de ministros en la presidencia. Lo más notable, es la cuestión con el Banco, que se resiste a aceptar la orden dada sobre su intervención en los cambios. Prieto nos ha leído un proyecto de comunicación del Banco al Gobierno de que le han dado conocimiento oficiosamente, en la cual se propone un aplazamiento, hasta que se agoten las reservas del Tesoro, y si el caso llega, el Banco cooperaría a la defensa de la peseta. Pero no dice siquiera en qué iba a consistir la cooperación, y todo se reduciría a entablar entonces negociaciones. No se acepta la evasiva del Banco. Se le dice que la orden anterior subsiste. Y se encarga al ministro que redacte un proyecto de ley modificando la de Ordenación Bancaria.

Vuelve a tratarse del asunto de la Telefónica. El Presidente telegrafió a Lerroux el acuerdo del otro día. Lerroux contesta que, de haber estado presente, habría votado con la que resultó minoría, y salvado además su responsabilidad personal por lo que pudiera ocurrir, si se dejaba a la compañía indefensa. Con este voto de Lerroux estamos empatados.

Por otra parte, Prieto dice que Sánchez Román, presidente de la Comisión Jurídica Asesora, se ha quejado de que el proyecto de ley haya sido redactado, y aprobado en Consejo, sin oír a la Comisión, que tiene encargo del Gobierno para estudiar este problema. En conclusión, se decide que el proyecto pase a la Comisión Asesora, y que sea ésta, como iniciativa suya, la que dé audiencia a la Telefónica. Al oír esta propuesta de Maura, Albornoz la ha acogido con gran alegría.

Albornoz habla luego de las peticiones de los ferroviarios, entre los que hay síntomas de huelga. Las peticiones supondrían un mayor gasto de 91 millones de pesetas. Y esto es todo lo que nos dice y al parecer todo lo que sabe el ministro acerca de la cuestión. Añade, por toda información, que «está siempre al habla con Trifón» (el secretario del sindicato), que tienen el mismo criterio, que: «para mí…», «mi posición en este asunto…», etcétera, etcétera. A esto lo llama Albornoz «plantear el problema ante el Consejo de ministros». Y aún tenía la pretensión de que se dijera en la nota oficiosa que lo había planteado, en efecto, quedando pendiente de solución. El Presidente

le ha dicho que eso no puede hacerse. Que la cuestión debe traerla madurada, y con una propuesta de solución; y que dar la nota oficiosa que pretendía, era como si una propuesta del ministro hubiese quedado atascada en el Consejo. Los demás ministros, unos de palabra, otros en silencio, han asentido a lo dicho por el Presidente.

Mucho me temo que en este asunto, Albornoz repita, en proporciones gigantescas, lo que ya hizo en el asunto de los ferroviarios militares. Él quiere *quedar bien* con los obreros, saliendo por delante a decir que ha traído el asunto al Consejo. Y no sería imposible que se hubiera arriesgado a hacer promesas, imposibles de cumplir. Se ve que no se entera de nada, y todo el mundo lo percibe así.

Hoy he firmado en el ministerio, después del Consejo, la orden dando de baja en el ejército a Martínez Anido.

También recibo una comunicación del teniente coronel del batallón de montaña n.º 1, díciéndome que el general Gil Yuste lo ha destituido. Es de los que están en maniobras. Dispongo que se le corrija, por dirigirse a mí en forma irreglamentaria.

El ministro de España en Varsovia envía al Gobierno una carta que le ha escrito la fábrica de armas de Unceta, en Guernica, pidiéndole que le ponga en relación con el Gobierno polaco para comprarle tres mil fusiles máuser. Unceta se presenta como mandatario de un comprador serio y con urgencia. La carta es de 21 de agosto, día en que se dio la orden de incautación de las fábricas de armas, que Maura tuvo la candidez de adelantar a los periodistas. Envío a Guernica un oficial de mi Gabinete militar con instrucciones para averiguar quién es el comprador de los tres mil fusiles.

En las Cortes, discurso de Ortega. Dicho con elegancia, compuesto de retazos de los artículos políticos que ha publicado estos últimos años: las provincias en pie, la comarca, la monarquía de Sagunto; muchas imágenes («el hocico del tiempo se mete entre mis tobillos», dice cuando le conceden una prórroga), y una idea sobre la fuerza creadora e impulsora de la ley y de la Constitución, que contradice cabalmente todo lo que se ha venido diciendo contra el régimen político del siglo pasado. El discurso no ha gustado, en general. Le han aplaudido una vez. El Congreso estaba algo nervioso. De los ministros, sólo a Fernando de los Ríos le ha parecido bien. Prieto ha dicho algunas atrocidades. El Presidente declara a Fernando de los Ríos: «En este debate, la copa sigue teniendo la ronda».

Pequeñeces de la vanidad: Esta noche leo, en *Crisol*, una información con dibujo y todo, según la cual Teodomiro Menéndez, diputado asturiano, es el

autor del proyecto de reforma de las fábricas militares. Gracias a sus gestiones, Menéndez ha conseguido «llevar el convencimiento a las esferas oficiales». La verdad es que Menéndez sabe del proyecto lo que yo le conté ayer ante una comisión de obreros, y el hombre no ha perdido una hora y se lo ha apropiado, por presumir un poco, además de cotizarlo en Oviedo y Trubia como un tanto político-electoral. La gente está hambrienta de notoriedad.

Hemos ido de paseo hasta Villalba después de cenar Guzmán, Cipriano y yo. Había ya en el campo un olor otoñal, pero sin lluvia. Estoy de mal temple, a causa de la fatiga. Empiezo a sentir ahora los efectos de una temporada tan penosa. No tengo fuerza para posar la atención en nada y se me ocurren muy pocas cosas. Lo que me aturde es el hablar con tanta gente cada día; todos traen su jeroglífico, que he de resolver en el acto. En ciertos momentos, la conversación me irrita, sin motivo, y como hay que poner buena cara a todo el mundo, me enojo contra mí mismo. Una cura de holganza y soledad me hace mucha falta.

5 de septiembre

A las ocho de la mañana me despierta el teléfono oficial. Es Galarza. Me dice que el general de la tercera división le participa que ha surgido un movimiento comunista en Jaca; cortadas las comunicaciones, ha salido de Zaragoza un tren militar. Las confidencias dicen que en esto anda el capitán Rexach, y el general pedía que se le detuviera. La policía lo ha detenido a las cinco de la mañana, cuando salía de su domicilio para tomar un automóvil. Hablo con el jefe de servicio en el ministerio, que, con mucha torpeza, me da cuenta de lo mismo, comunicado a las 3 de la mañana por el general de Zaragoza. Me han llamado a esa hora, pero no lo hemos oído. Parece que el suceso ha sido, o se espera, en Ayerbe. Más tarde, hablo con Maura. Ha hablado con los gobernadores. No saben nada; las comunicaciones están expeditas. A Maura le digo que no me ha impresionado la noticia, porque no sé yo qué pretenderían hacer los comunistas en Ayerbe. Hablo también con el general de Madrid, y le recomiendo que esté alerta y se entere de si pasa algo en los aeródromos. Total: nada.

En el ministerio, al mediodía, hablo con el general de Zaragoza. Las dos compañías han ido hacia Ayerbe, *de prácticas*. No han encontrado nada. El general recorrerá esta tarde la comarca. Se ha detenido a un teniente, relacionado con Rexach y señalado por las confidencias, que proceden de los mismos oficiales del regimiento que hay en Jaca.

El gobernador de Zaragoza ha tenido a bien decir a los periodistas que las confidencias delatoras del movimiento proceden de un capitán del regimiento 19.

El general Queipo viene a verme, y me cuenta que un coronel le ha solicitado para adherirse a un movimiento militar contra el Gobierno, en el cual están comprometidos Goded y Barrera. Le respondo que no creo en brujas, pero que de todos modos le agradezco la noticia. «No me lo agradezca usted —contesta el general— porque, después de todo, es interés mío. Yo sé que cualquiera que fuese la tendencia del movimiento, me machacarían».

Al general Queipo le he negado estos días una rectificación y mejora de su antigüedad, que tenía solicitada. No sé si ha querido demostrarme —puesto

que en el curso de la conversación ha sacado a relucir mi orden resolutoria—que no está enfadado y que me hace ese favor.

Por la tarde me entero de que al general Núñez de Prado, que solicitaba el pase a la reserva, le han devuelto la instancia desde mi Gabinete militar, porque no traía fecha, y han interpretado mal, supongo que de buena fe, lo que dije para que se la pusieran. Es la segunda vez que le devuelven al general Núñez de Prado su petición de pase a la reserva, y acabaré por creer que tiene protectores en mi mismo *entourage*.

Hemos tenido asamblea del grupo de Madrid del partido de Acción Republicana. He presidido con paciencia. Discusión de los estatutos, que se quedan para otra sesión. Protestas contra la secretaría, que no anda bien. Y algunos creen que no ha habido democracia en la designación de candidatos para diputados. ¡Allí hubiera querido yo verles!

7 de septiembre

Ayer no salí de casa hasta después de comer, y fuimos a pasar la tarde en El Paular.

Esta mañana en el ministerio, he suprimido las audiencias citadas para hoy, y que me agotan. Despacho con el subsecretario y con el general Goded.

De Zaragoza, dice el general que lo de Jaca era serio, y que ha abortado porque se ha acudido a tiempo. La policía, torpe como siempre, detuvo a Rexach en Madrid, en vez de dejarlo salir para su destino. Así, al menos, habríamos sabido algo sobre sus propósitos.

Riaño me habla de que al comandante Anaya le ha invitado un coronel (como a Queipo) a que se sume a un movimiento dictatorial. Resulta que el coronel es Góngora, de Caballería, malísimamente reputado en el arma, y a quien me he negado a colocar después de la reorganización. Se las da de republicano, y Lerroux lo recomienda. Góngora le ha dicho a Riaño que han hablado a Sanjurjo, y que Sanjurjo está indeciso; y por eso también él lo está. Que si Sanjurjo se decide, no lo dudará más. Añade que creen contar con apoyos en la Guardia civil. Los periódicos han dicho que Sanjurjo ha visitado a los generales presos. No es muy discreto. A Sanjurjo no le dejan en paz unos ni otros, y parece que hay empeño en que rabie el perro. Algunos de los generales procesados han dicho en sus declaraciones que Sanjurjo estaba tan comprometido como ellos en el golpe de Estado. Con eso buscan crear dificultades al Gobierno y ampararse en la situación de Sanjurjo; puede ser que alguno lo haga sencillamente por molestarlo.

Regresa el emisario que envié a Guernica, y se pone en claro lo del pedido de fusiles a Varsovia; eran para el Gobierno chino.

8 de septiembre

El general Gil Yuste, que dirige las maniobras militares en Navarra, ha ido a comer con Burguete, en casa del jefe carlista.

El Consejo de ministros de esta mañana no ha tenido interés. Prieto, como siempre, pesimista y descorazonado, se queja de que nadie nos obedece, y de que, a pesar de estar las Cortes abiertas, tenemos menos fuerza que antes. Nos dice que ayer citó, para hoy a las diez de la mañana en el ministerio, a Flores de Lemus, y no ha acudido a la cita, no obstante ser subordinado suyo. Flores está como siempre, despreciativo y maldiciente. Dice pestes del Gobierno, como las decía de Primo de Rivera, que le nombró asambleísta. Flores es un caso típico de sabio español, que conoce algunas o muchas cosas, y no sirve para nada útil.

Hoy ha llevado Ríos al Consejo un proyecto de resolución para autorizar a unos curas a que contraigan matrimonio, según desean, «porque atraviesan —dice Fernando— una crisis de conciencia». Prieto ha definido esa crisis con otras palabras. Se le ha dicho al ministro que, para eso, presente un proyecto de ley reformando el Código civil.

El Consejo Superior de la Guerra me presenta el acta de su primera sesión, con el informe que les encargué sobre el armamento del ejército. La situación es desastrosa. Conservaré el papel, que es importante.

La sesión de las Cortes, no ha dado nada útil. Cuando se ha levantado a hablar Sainz Rodríguez, que fue asambleísta, casi todos los diputados se han marchado del salón.

En el banco azul he hablado de política con don Niceto. Coincidimos en que hay que jugar la carta de Lerroux, antes que ninguna otra; pero que no es posible un Ministerio lerrouxista. El Presidente cree que estas Cortes deben durar, y que de ellas pueden salir dos o tres Ministerios. Como yo le digo que Lerroux aspira a disolver Jas Cortes, don Niceto dice que eso no es posible. «Dónde pensará encontrar Lerroux un Presidente que le dé el decreto de disolución en esas condiciones —exclama don Niceto—. Hay que mejorar los métodos electorales; volver a las mayorías *homogéneas*, sacadas a la fuerza, sería destruir la República».

Me voy pronto de las Cortes al ministerio, y allí estoy hasta las nueve y media. Le doy instrucciones a Lizarza sobre la compra de caballos, para acabar con las confabulaciones.

Me ha visitado una vez más don Luis Palomo, que no me deja ni a sol ni a sombra. Es un viejo sevillano, senador vitalicio de la monarquía y muy metido en la farándulas del hispano-americanismo. Me repite continuamente que es incondicional mío, y que no desea más que servirme. He aquí la manera de servirme que me ha propuesto hoy: que el ministerio de Instrucción Pública le dé una subvención para el Centro de Cultura Hispano Americano; que le nombren consejero de Instrucción Pública; que adquieran ejemplares de un libro que editó hace años; que yo le otorgue a una sociedad anónima, fundada por él, la exclusiva de la venta del material de guerra; y que, como voy a formar Gobierno, que le nombre ministro de Marina. Esta petición se funda en que Canalejas le ofreció esa cartera.

5 de septiembre

El general subsecretario me dice, muy preocupado, que circulan hojas invitando a formar comités de oficiales, muy parecidas a las antiguas juntas de defensa. Parece ser que el asunto tiene origen en Zaragoza. Mi ayudante Menéndez me ofrece buscar una de las hojas, y, en efecto, esta tarde me ha llevado una al Congreso, recibida por un comandante llamado Barba.

Las hojas, impresas en letra menuda, son muy extensas, y no llevan firmas, contra lo que habían dicho. La he leído por encima, y tropiezo con un párrafo, relativo a la conducta del mando, que me hace sospechar que anda en ello Mangada.

La sesión de las Cortes ha tenido el interés de dejarnos oír a Melquíades Álvarez. Está viejo, y se le ha rajado la voz de tenor; pero conserva muchas facultades. Su discurso ha sido malo. De un moderantismo sin fundamento, con una de cal y tres de arena; lleno de lugares comunes y de expresiones muy manidas, agotadas por él mismo. Sobre todo aparece aumentada su falta de gusto, que siempre fue grande. Y su falta de autoridad, comprometida y perdida en los años de la dictadura, por su ambigua posición. Cuando yo le escribí, el 17 de septiembre de 1923, invitándole a reunir al Partido Reformista, para adoptar sin reservas la política republicana, y no me hizo caso, Melquíades se jugó y perdió su porvenir. Si entonces hubiera hecho lo que era un clarísimo deber e hicimos otros muchos, Melquíades habría sido el hombre de la República, en vez de serlo Alcalá-Zamora. Verdad es que probablemente lo hubiera hecho peor que don Niceto. Hoy está solo don Melquíades. En las Cortes no cuenta más que con su fiel escudero, Filiberto Villalobos, diputado por Salamanca. Y Juanito Uña, exdiputado reformista, le oía absorto, apoyado en la barandilla de los escaños.

El discurso de Melquíades no ha gustado a nadie. Mientras hablaba, Prieto hacía comentarios brutales en el banco azul, en voz bastante alta: «Ya está aquí el tenor hemorroico», y cosas parecidas. Hemos tenido que decirle varias veces que se calle. Melquíades ha dirigido grandes elogios a Fernando de los Ríos; pero tan inconsiderados y violentos, que Fernando me decía: «Este hombre le sonroja a uno cuando elogia».

Después de la sesión, hemos coincidido, en el despacho de ministros, Prieto, Maura, Martínez Barrio, Casares, Domingo y yo. Después llegó Galarza. Hemos hablado de la composición del futuro Gobierno. Se ha discurrido sobre la necesidad de formar un Gobierno Lerroux. Prieto ha repetido que el Presidente debo ser yo, porque soy el único ministro que ha triunfado en el Gobierno. Añade que ya suponía él que, de esta etapa de Gobierno, unos ministros saldrían exaltados y otros aplastados; pero que nunca sospechó que él fuese de los aplastados, y reconoce que lo está. Después se ha marchado Prieto.

Martínez Barrio dice que, lamentando tener que hablar de esto en mi presencia, «tengo una gran opinión…», etcétera, etcétera, y que llegará mi momento. Pero que no debe pensarse en un Gobierno de concentración republicana que no esté presidido por Lerroux, porque eso sería extender a don Alejandro una patente de indignidad, que el Partido Radical no toleraría. Los radicales no se opondrían a un Gobierno con mayoría socialista, presidido por un socialista, entrando en él republicanos; pero sí a la otra combinación, de republicanos solos, y sin Lerroux de Presidente.

Yo les digo que un Ministerio presidido por un socialista y con mayoría de ministros del partido, sería una aventura gravísima, y un fracaso casi seguro; primero, por la cuestión de orden público, y segundo, por la cuestión hacendística. Un Ministerio de concentración republicana, con participación socialista, presidido por mí, con la hostilidad de los radicales, no podría durar, y conduciría a agotar prematuramente la reserva socialista y la de la izquierda republicana, para dejar, al cabo, dueño de la República a Lerroux, a quien lanzaríamos a un poder personal.

Maura asiente y añade que, a Lerroux, lo mismo le da la derecha que la izquierda, y que sólo le interesa mandar; y que en las condiciones dichas, se lanzaría a una dictadura, más o menos disimulada con unas Cortes amañadas.

Martínez Barrio sonríe, y a unas cosas asiente cerrando los párpados, y a otras opone una denegación débil.

Yo insisto en que me parece un error político poner vetos a Lerroux, empujándolo hacia la derecha. Más bien hay que retenerlo.

Lo dicho por Martínez Barrio despeja una incógnita.

Domingo cree que el Partido Radical-Socialista, aunque costase algún trabajo, colaboraría en un Gobierno de Lerroux, en que participasen todos los grupos republicanos. Galarza lo duda. Albornoz ha dicho a Maura que estaba conforme; pero Galarza pone en duda el valor de esa conformidad.

Marcelino hace muchas exclamaciones sobre la conducta de Albornoz, y llega a decir que, si éste no formara parte de su grupo, la minoría radical-socialista no daría el espectáculo que vemos.

11 de septiembre

Me dice Maura que hay entablada una batalla entre el Nuncio y el cardenal Segura. El Nuncio está conforme con la destitución del primado, y trata de obtenerla de Roma. El cardenal se defiende y, para estorbar la gestión del Nuncio, ha ido a Roma don José María de Urquijo. La intervención de este señor ha retardado por lo menos la conclusión del asunto. A su vez, para secundar la política del Nuncio ha ido también a Roma, Ángel Herrera, el jesuita de capa corta, director de *El Debate*. Maura está que echa lumbre contra el Urquijo, y hablaba de meterlo en la cárcel en cuanto vuelva a España. Supongo que se le pasará.

Una vez más, Bugeda y Eduardo Ortega, de la Comisión de Responsabilidades, vienen a hablarme de Sanjurjo. Estaban decididos a no molestarlo para nada. «Somos también políticos», me decía Ortega, satisfecho de su prudencia. Pero, en *La Tierra*, se han publicado unos artículos queriendo probar la participación de Sanjurjo en el golpe de Estado. Dos de los generales presos, Jordana y Muñoz Cobos, le han implicado en la preparación de aquel hecho. A la Comisión de Responsabilidades han llegado los ecos de algunas bravatas que se atribuyen a Sanjurjo contra la Comisión.

Y Ortega y Bugeda dicen: «¿Qué hacemos? ¿Vamos a desviar la justicia porque tropieza con un personaje de fuerza? El caso se planteará en las Cortes, seguramente por los defensores de los generales, o por otro. ¿Daremos la impresión de que la República es tan frágil que no puede chocar con un teniente general?». Por otra parte, ambos señores de la Comisión aseguran que, si hay peligro en tocar a Sanjurjo, lo dejarán en paz. Para este caso se le ocurre a Ortega lo conveniente que sería una declaración, hecha por la Comisión misma, diciendo que, lo hecho por Sanjurjo en 1923, no le carga con la misma culpa que a los generales que entraron en los directorios, y que la conducta del general el 14 de abril, gracias a la cual la República vino sin sangre, le hacía merecedor de un trato especial.

Quieren estos dos señores que yo les dé la solución del caso, porque mi entendimiento, etcétera, etcétera.

Les hago notar las dificultades de la situación, que no ha sido creada por el Gobierno, sino más bien a espaldas suyas y un poco contra su voluntad. Si la exacción de las responsabilidades por el golpe de Estado era ineludible, como lo es, han podido hacerse las cosas de otra manera. La prisión colectiva de los generales es un acto impolítico. De la mayoría de estos hombres ya nadie se acordaba. Ahora hemos creado una representación colectiva de la contrarrevolución y le hemos dado caudillos. Vienen a ser, guardadas las proporciones, lo que los miembros del comité revolucionario presos en la Cárcel Modelo. Respecto de Sanjurjo insisto en la inconveniencia de traerlo y llevarlo. Creo que, hasta ahora, su actitud es correcta, y que ha rechazado todas las proposiciones que le han hecho los conspiradores. Pero creo que el deseo o el propósito de demostrar que la República no es frágil, no debe llevarnos a someterla a una prueba en que se rompa. Nadie es más opuesto que yo a que la República tenga protectores, paisanos ni militares, y he procurado siempre no dar importancia oficial a Sanjurjo, al revés de lo que hace Maura; pero es menester mucho tino, y algún tiempo, para que las cosas vayan consolidándose. El ejército, después de las reformas, está en carne viva, y se necesita calma y quietud para que eche piel nueva. Cualquier incidente podría estropearlo todo.

Los de la Comisión desean en concreto que Sanjurjo declare ante la Comisión, para evacuar las alusiones que le han hecho Jordana y el otro. Pretenden que yo hable con Sanjurjo, para disponerle a prestar declaración. Les digo que si han previsto la posibilidad de que Sanjurjo eche por el camino de decir toda la verdad de lo que pasó en Zaragoza en 1923, cuando él era gobernador militar, caso en el cual no tendrían más remedio que procesarlo y prenderlo como a los otros, o hacer la vista gorda y en peores condiciones que ahora. Añado que Maura ha quedado con el encargo de hablar a Sanjurjo, y es mejor, porque Maura es más amigo suyo, y aunque yo estoy en muy buenos términos con él, prefiero no tratar mano a mano ciertas cuestiones, porque al fin es mi subordinado.

Poco después hablo con don Carlos Blanco, presidente de la Comisión, y me dice que, en las declaraciones de los generales, no hay nada que signifique una acusación contra Sanjurjo. Me indica que pida copia de la declaración, para convencerme. También añade que ha vertido en la Comisión la idea de poner en libertad provisional a los generales, y que hará su camino.

En el banco azul, Maura me dice que ha hablado con Sanjurjo esta mañana, y que «el general está muy bien»; me lo dice haciendo un ademán de seguridad y confianza, con su arrebato peculiar, como si el asunto no valiese

ya la pena de nuestra atención. Claro que no han hablado de la relación de Sanjurjo con la Comisión de Responsabilidades, sino, por lo que puedo colegir, de su disposición personal.

Ortega y Gasset me trae una nota con la declaración de los generales referente a Sanjurjo. Acusación no hay.

En el Consejo de esta mañana, nada de particular. El Presidente, un poco picado porque su enmienda al proyecto de Constitución ha caído mal entre la parte más conservadora de las Cortes (incluido don José Ortega), y porque Maura ha dicho a los periodistas que el Gobierno no la patrocina, se ha entretenido en decir cuchufletas al ministro de la Gobernación: «Cuando vivía don Antonio Maura, usted le daba un disgusto diario; y ahora que ya no vive me lo da usted a mí».

En el Consejo se ha acordado ceder a las peticiones de Francia para concertar un *modus vivendi*. Se accede, por salvar la exportación de la fruta, que representa 500 millones. Comentando las exigencias de Francia, don Niceto dice que ese país está en un período napoleónico. Y que las dos causas principales de su soberbia actual son: el triunfo del general Weygand en Polonia, y el préstamo a Inglaterra.

El director de Seguridad me telefonea, diciendo de parte de Martínez Barrio, que es urgente sacar el material depositado en una finca fronteriza. Galarza me pregunta que adonde lo lleva. Yo le digo que a un parque del ejército no puede ser. Decide traerlo a un almacén de la Dirección General.

Por conducto de Galarza doy aviso de lo que ocurre a los presuntos dueños del material.

12 de septiembre

El general Rodríguez del Barrio me trae el expediente que ha formado con motivo del parte de Sánchez Casas contra Villegas.

El dictamen final es un camelo: que sí, que no, etcétera.

Este general quiere, además de dos automóviles para la inspección, que le habiliten una oficina en las divisiones, para cuando él vaya.

El general subsecretario me cuenta que el general de la primera brigada ha publicado en la orden de la plaza el plan de trabajos de su brigada para los ejercicios en curso. Dice el subsecretario que el plan es un disparate, una herejía. Con este motivo hablamos de la situación del mando. Es desastrosa. Nadie sabe ni estudia. Están habituados a aprender la táctica en conferencias orales del profesor. Y no hay posibilidad de *regenerar* a este personal. Sobre los inspectores generales, Ruiz Fornells tiene opiniones bastante duras, que coinciden con las mías. El mejor es Gil Yuste. Rodríguez del Barrio es un «erudito a la violeta». Queipo, una buena persona y una nulidad. Para Ruiz Fornells, el único que sabe es Goded.

El mismo Ruiz Fornells me dice que en las escuelas prácticas de Navarra, las dos brigadas de montaña están perdiendo el tiempo, impresión que ya tenía yo, sólo con leer los partes de los movimientos de tropas. Por el director del *Diario de Navarra* he sabido que las fuerzas pasan por todas partes muy aprisa, para no hacerse notar demasiado y no molestar a los pueblos.

Esta tarde, hallándome en casa ocupado en preparar mi discurso de mañana en la asamblea del partido, Maura me telefonea, diciéndome que ha hablado de nuevo con «aquel personaje». (Sanjurjo), y que ha oído cosas de tal gravedad que necesita decírmelas en seguida. Convenimos en que venga a casa, y a los quince minutos se presenta aquí.

Maura, con el acento perentorio y el calor que pone en todo lo que dice, de manera que sus conclusiones y sus razonamientos parecen siempre una conminación urgente, me relata por lo menudo su conversación con el general. Viene impresionadísimo. Yo creía al principio que el general se había sublevado o poco menos. En resumen: el general le ha hecho una pintura negra de la situación de España: descontento en todas partes y en todas las

clases sociales, paralización de los negocios, «el comercio está echando las muelas», inseguridad del porvenir, pánico que produce la gestión de Prieto, que es un loco, según el general, impresión de falta de autoridad del Gobierno. Sanjurjo desprecia a don Niceto: «¿Qué se habría dicho —parece que preguntó el general— si el rey hubiera querido resolver la situación de la monarquía llamando a Alcalá-Zamora?». (Este argumento le parece bueno a Maura). Opina el general que la República está rodeada de peligros, y que el Gobierno no se entera: «No se hagan ustedes los sordos». El ejército también está descontento. Todas las guarniciones están minadas. Si esta opinión encontrase un hombre en torno de quien agruparse, se produciría inmediatamente un movimiento dictatorial.

Maura ha interpelado a Sanjurjo, *mirándole a los ojos*: «¿Sería usted ese hombre?». (Al repetírmelo, Maura dramatizaba la expresión). Creo recordar que Maura me ha dicho que ha advertido alguna vacilación antes de responderle el general, que él no se ha sublevado nunca y que es leal al régimen. «¿Y me responde usted de la Guardia civil?». «Hasta ahora no tendrán ustedes queja». En este punto, Maura se extiende en reflexiones sobre la difícil situación de la Guardia civil, que ahora ha de obedecer a las autoridades republicanas y socialistas de los pueblos, encarnadas en los hombres que la Guardia civil perseguía durante el régimen monárquico. Además, están poco pagados, y Maura me propone todas las razones urgentísimas que hay para crear intereses.

Prosigue la conversación con el general. Ha ido a ver a los generales presos porque le une con alguno de ellos (no recuerdo cuál) muy buena amistad. Eligió para ir a verlos la hora en que hubiese más gente, y así sólo cambió palabras triviales y apretones de manos. La mujer de uno de los presos le preguntó: «¿Y usted consiente esto?». Sanjurjo repuso sencillamente que todo acabaría pronto y que se trata de una cosa pasajera. El almirante Magaz le ha dicho que el asunto será largo y el desenlace funesto.

El general se siente lastimado por la actitud de la Comisión, y sobre todo por la falta de autoridad de sus miembros. «¿Es admisible que Eduardo Ortega se convierta en juez?».

Volviendo a la falta de un hombre en torno del cual cristalice el descontento, Sanjurjo le ha dicho que ese hombre podría ser el propio Maura. El cual me dice: «Bueno: no quiera usted saber cómo me he puesto».

Lo que en definitiva ha inculcado Sanjurjo a Maura, es que no resiste la República una interinidad prolongada por la lentitud con que se discute la Constitución.

Bajo esta impresión, Maura me propone que hagamos una tentativa, en el próximo Consejo, para que el Gobierno intervenga acelerando el debate. «Si usted y yo vamos de acuerdo, lo conseguiremos». Yo también estoy convencido de la necesidad de apresurar la discusión, y muchas veces he dicho ya que las Cortes trabajan poco. Opino que deben celebrarse sesiones dobles y suprimirse la tontería de los ruegos y preguntas. Para este propósito, le ofrezco a Maura mi cooperación, siendo además evidente que la mayoría del Gobierno, si no todo, es de igual parecer.

Maura quiere, además, que Prieto deje la cartera de Hacienda. Tiene un plan. Que Albornoz sea presidente del Tribunal Supremo, Prieto ministro de Fomento, y Barcia de Hacienda, que sería tranquilizador para los bancos, etcétera. Le hago observar las dificultades que eso tiene, desde lo de convencer a Albornoz para que salga del Gobierno, a la de conseguir de Prieto (empezando por el trance penoso de pedirle la dimisión), que continúe en otro ministerio. Aparte de que los radicales-socialistas no se conformarían con tener un ministro solamente. «¿Y quién le dice a Prieto que dimita?». «Sánchez Román lo haría», responde Maura, con un aplomo desconcertante.

No he salido de casa en el resto del día, absteniéndome de asistir a la asamblea del partido, que se celebra en el teatro de la Princesa. He pensado mi discurso, y estoy fastidiadísimo de tener que pronunciarlo. Se me han pasado intenciones de avisar que estoy malo y pedir que se suspenda el acto de mañana. Siento los antiguos impulsos de inhibirme y de renunciar, con mucha fuerza, y veo claramente cómo he renunciado y me he inhibido muchas veces en la vida, desdeñando ocasiones que otros se hubieran apresurado a prender por un pelo. Mi indolencia habitual se agrava ahora por la fatiga, y el esfuerzo de girar bruscamente la atención a una cosa distinta de las de cada día y de someterme a una prueba difícil, me es penoso.

13 de septiembre

He ido al teatro de la Princesa a las once. Mal organizado el acto, el teatro se llena con dificultad. Asomarme al escenario me da una impresión de frialdad en la concurrencia.

Me dicen que la asamblea duró anoche hasta las tres de la madrugada, que hubo incidentes ruidosos en la discusión de los estatutos, y que el alcalde, Pedro Rico, estuvo muy inhábil y muy «reaccionario». Se planteó una maniobra contra el secretario del partido, por cuya desafortunada gestión hay mucho descontento. No tuvieron tiempo de elegir el nuevo Consejo Nacional. El discurso ha durado hora y cuarto. Yo no creía que llevaba materia para tanto. Han aplaudido mucho. Observo que he perdido facundia, y he ganado en precisión. Estoy bajo el recuerdo de la campaña electoral, en que me abandonaba a la improvisación, y ahora me es molesto encontrar el tono de estas oraciones. Es chusco esto de que yo tenga que pronunciar «grandes discursos». El de hoy les ha parecido muy bueno; el mejor de cuantos me han oído[15]. Las felicitaciones y los abrazos acababan conmigo. La verdad es que si me hubieran dicho que les parecía mal, también se lo hubiese creído.

Por la tarde hemos vuelto al teatro a concluir la asamblea. Todo ha sido votaciones y más votaciones. Se han salido con la suya, derrotando al secretario. De noche, en el Ateneo, he corregido las cuartillas taquigráficas, que tenían poco que enmendar, y he vuelto a casa muy tarde.

15 de septiembre

Ayer no hice casi nada. Despachar en el ministerio y por la tarde me dediqué a la holganza. Salí con la familia de paseo, y antes de cenar estuve en el Regina, por donde no había aparecido desde hace tres meses. De noche, paseo con Guzmán y Cipriano.

Los periódicos conceden extraordinaria importancia a mi discurso. *El Sol* lo da íntegro, y el artículo de entrada, que parece de Mourlane Michelena, me proclama caudillo de la izquierda republicana. Bueno va, todos me ponen por las nubes. Y esta tarde, en el Congreso, he recibido muchos abrazos y enhorabuenas. Los radicales-socialistas están muy tiernos conmigo. No así los radicales (salvo Martínez Barrio, que me alaba en los periódicos), porque la posición mía de sostener la duración de las Cortes, contradice sus planes de disolución prematura. Esta mañana, al llegar al Consejo, el Presidente me ha dicho, con mucha sonrisa, pero yo creo que con segunda intención: «Ya sé que en su discurso me ha tratado usted piadosamente».

En el Consejo del viernes, Prieto nos dijo que para el de hoy, traería el proyecto de reforma de la ley de Ordenación Bancaria, para cercenar privilegios al Banco. Pero no lo ha traído ni ha hablado del asunto. Se ha hablado, de pasada, de la interpelación que para esta tarde le tiene anunciada Alba, y Prieto ha dicho que estaba dispuesto a reconocer desde el banco azul que es un ministro fracasado. Trabajo nos ha costado quitárselo de la cabeza.

Respecto de la celeridad de los debates de Constitución, pronto hemos estado de acuerdo. El Presidente, que todo lo puntualiza, ha hecho el cálculo del tiempo que nos queda hasta fin de año para celebrar sesiones y del número de artículos que deben aprobarse, cada día para terminar en diciembre. Haría falta aprobar dos artículos diarios. Y llevamos varios días con el artículo primero. Se ha convenido en trabajar cerca de los grupos parlamentarios, para que a cada parte de la Constitución se le señale una fecha, dentro de la cual deba quedar aprobada, y que si no lo estuviera, se haga para cada caso una sesión permanente. Ha disentido Albornoz, diciendo que la Constitución no puede discutirse a la ligera, que su partido no se prestará a una precipitación en los debates, etcétera.

Durante el Consejo, no recuerdo ahora con qué ocasión, Martínez Barrio se ha lamentado de que el diputado Pérez Madrigal, secretario de Albornoz, haya dicho, en un mitin celebrado el domingo en Guadalajara, que es preciso «electrocutar» a Lerroux. Ha habido algunas contestaciones sobre esto, por más que Albornoz no ha salido de su impasibilidad. Recuerda, sin embargo, replicando a Martínez Barrio, que un diputado de su grupo, Sigfrido Blasco, ha maltratado a Prieto. Martínez Barrio opone que Sigfrido Blasco no es radical, sino del Partido Autónomo Valenciano, y que le han dicho que esas cosas no pueden hacerse estando en el grupo de Alianza.

Después, por indicación mía, Maura expone cuanto sabe acerca de lo que podemos llamar «las conspiraciones», y de que ya me habló en nuestra entrevista del otro día. Dinero aportado por los monárquicos. Un señor de Sevilla ha dado un millón. Comité en París, en el que figura el duque de Alba. «El idiota de mi hermano —dice Maura— también ha dado dinero». Compras de armas, que tienen depositadas en Francia, en espera de una ocasión para pasarlas. Idas y venidas de emisarios a conferenciar con el general Orgaz, que reside en Deva. El general Orgaz ha pasado revista a un batallón de mendigoroles. El dinero lo maneja una señora, cuyo nombre tenemos. El teniente coronel Ortiz de Zárate, trabaja mucho en ello. Era muy de Palacio, donde lo casaron. Ascendió por elección, o por méritos de guerra (no recuerdo bien), ha perdido o va a perder el empleo. Mandaba el batallón de cazadores que había en Alcalá, y que trasladé a Castellón para transformarlo en batallón de ametralladoras. Por entonces, hace lo menos tres meses, Ortiz de Zarate se me presentó en el ministerio, un día de audiencia, y si no recuerdo mal, me pidió un destino con mando, porque si descendía de empleo le era penoso servir a las órdenes de otro. Le coloqué en un centro de movilización, o cosa así, y desde entonces no he vuelto a verlo. Si se me pone por delante, no le reconocería. Pues bien: este sujeto anda diciendo por ahí que un día vino a verme al ministerio, que se cansó de hacer antesala, que dio un puntapié a la puerta de mi despacho, y que al adelantarme yo a recibirle tendiéndole la mano, se cuadró y rehusó darme la suya. Después me dijo no sé cuántos disparates. Esta patraña circula entre los monárquicos, y se celebra con entusiasmo. Aseguran que ha recibido Ortiz de Zárate muchos telegramas de felicitación por su actitud.

Examinadas las noticias que hay, y como por varios caminos se ha llegado siempre a Orgaz, creemos que es preciso tomar una determinación. Maura opina que debía aplazarse, para reunir más datos. Largo y el Presidente son de otro parecer. Propongo enviarlos a Canarias, y así lo acuerdan.

En relación con esto y con la aceleración de los debates, se habla de Sanjurjo, y de sus impresiones. Hay noticia de que en algunos puntos, la Guardia civil permanece pasiva ante ciertos desmanes populares. Esto se ha notado, sobre todo, en los oficiales.

Le hago notar a Maura que, impresionarse tan vivamente por lo que diga Sanjurjo, me parece mal, y que si le pidiera opinión al cardenal Segura sobre la situación de España, la descripción sería más fea todavía. Largo y yo coincidimos en apreciar que hay gentes, o categorías de gentes, irreconciliables con la República, y que hoy por un motivo, mañana por otro, hallarán siempre ocasión para mostrarse descontentos. Largo insiste en la necesidad de adoptar rápidamente medidas de prevención, y no estarse bajo la impresión de noticias desagradables y de actitudes rebeldes, que debilitan al Gobierno. El Presidente es el que más ha insistido en la urgencia de confinar a los tres militares sospechosos.

Albornoz propone que, para tener una fuerza incondicional de la República, se dé armas a los radicales-socialistas, que por lo visto constituyen para Albornoz una especie de la fauna republicana. Cuando se levantaba el Consejo, Albornoz ha dicho que se iba con la impresión de que algún día tendrá que andar a tiros para defender la República.

Por la tarde, ha sido la interpelación de Alba sobre la situación de la Hacienda. Maura, que padece un poco el resabio de acatar con exceso las antiguas categorías políticas, me tenía anunciado un gran triunfo parlamentario de Alba, que «con su gran palabra, se llevaría detrás a las Cortes». Y que no tendría nunca el gran fracaso de don Melquíades la otra tarde. Yo le he dicho que Alba parece más hábil que Melquíades, porque para su primer contacto con las Cortes, ha elegido el tema económico, que domina, y en el que puede apartarse de las cuestiones que apasionan a los diputados; pero que si tentara un debate político, saldría descalabrado.

El discurso de Alba, mesurado de tono, estaba lleno de mala intención, primero contra el Presidente, porque achacaba la depresión económica a la falta de un hombre que inspire confianza al país; después contra el Gobierno todo y la República (de la que se ha declarado leal servidor), cargando de negro la pintura de la situación. Me recordaba las lamentaciones de Sanjurjo que Maura me ha transmitido, y en ocasiones parecía un mandatario de los bancos. No ha dicho nada que no supiéramos, ni ha propuesto remedio que no consista en vagas generalidades. Para que no le falte la nota provinciana, Alba ha repetido varias veces, comparando la crisis del cambio español con la del

francés en tiempos de Herriot, que él lo sabía muy bien y estaba bien enterado porque a la sazón «se hallaba en París».

Los diputados le han aplaudido al final, y le han oído con mucha atención. Tiene la palabra fácil y la entonación agradable. Maura me decía por lo bajo: «¿Ve usted? ¿No se lo decía yo a usted?».

El triunfo de Alba, que ha consistido principalmente en hacerse oír con respeto por una Cámara que debiera serle hostil, ha resultado mayor por la réplica de Prieto.

Nunca ha estado peor. Ha dado tres o cuatro gritos para empezar, se ha hecho un lío, ha entendido al revés algunas de las cosas de Alba, y por no verle tan mal, me he marchado del banco azul. Me daba rabia que desperdiciase una ocasión de zarandear a don Santiago.

En el despacho de ministros estaba Maura, que también se ha marchado del banco azul por no oír a Prieto. Vuelve a hablarme de la necesidad de modificar el Gobierno; pero ya ha concebido otro plan, y me lo propone con la urgencia habitual. No es necesario que salga del Gobierno ningún ministro. Prieto pasaría a Fomento, Albornoz a Marina, Casares a Gobernación, y el propio Maura a Hacienda. Entreveo, por algunas palabras de Maura, que Sánchez Román, gran admirador de Prieto, se ha negado a aconsejarle la dimisión. Maura dice que su entrada en Hacienda inspiraría confianza a las clases adineradas y se restablecerían los negocios. Me habla como si ya estuviese en ese puesto, y cuenta las horas que va a pasar estudiando el Presupuesto. Prieto en Fomento podía hacer alguna cosa que le rehabilitase, etcétera.

Le hago notar que Albornoz en Marina sería peligroso, porque chocaría inmediatamente con los marinos, o provocaría la indisciplina, etcétera, por la falta de tacto y de dotes de mando.

Resulta que el Presidente le ha hecho la misma objeción. Lo más probable es que Maura no vuelva a acordarse de su proyecto.

Por la noche, asisto a una reunión del nuevo Consejo Nacional de Acción Republicana, para tomar posesión, y a la del grupo parlamentario del partido. Todos están conformes en aceptar las medidas que el Gobierno propone para acelerar los debates de Constitución. Más difícil ha sido ponerse de acuerdo sobre lo que vamos a hacer con la enmienda al proyecto de Constitución presentada por los amigos de Alcalá-Zamora, que él mismo va a defender y que es fruto de sus conversaciones con los diputados catalanes. La enmienda ha producido mucho efecto, y malo, en general, entre los grupos. El señor Ortega ha dicho «que no es tolerable». El argumento principal es que

introduce en la Constitución el Estatuto y prejuzga la cuestión. No me convence, porque al votar la enmienda, o el texto del proyecto, que es incompatible con el Estatuto, la cuestión también se prejuzga. En mi partido predomina la hostilidad al Estatuto, y a la enmienda. Con gran trabajo se consigue encargar a nuestro representante en la Comisión de Constitución, que vote por la admisión de la enmienda, a reserva de discutir una por una las facultades de la región autónoma.

16 de septiembre

Se han dado las órdenes para que el general Orgaz, el teniente coronel Ortiz de Zárate, y el comandante Sanz Vinajeras vayan a Canarias.

Esta tarde, en un pasillo del Congreso, me aborda Eduardo Ortega y Gasset, secretario de la Comisión de Responsabilidades, y me pregunta qué hay del asunto Sanjurjo. Le digo que el general está dispuesto a declarar, y ruego que se le permita declarar por escrito. Ortega me dice que el diputado Gil Robles, defensor de algunos de los generales presos, ha pedido esta mañana ante la Comisión que sea citado a declarar Sanjurjo, y que la Comisión, que no quiere ni puede aparecer como a remolque de las defensas, le ha contestado que la citación estaba hecha desde el día antes. Hoy se lo comunican al general, citándolo para mañana. En cuanto a que declare por escrito, Ortega no se opone, pero juzga indispensable que el general comparezca ante la Comisión, trayendo la declaración escrita, o redactándola, según lo que diga la Comisión misma, como ha hecho con otros.

Opina Ortega que lo mejor es que el general se limite a decir que él tenía, en Zaragoza, un segundo puesto, y que se limitó a ir con todos sus compañeros, caso en el cual, como la Comisión no va a procesar y a encarcelar a todos los militares, y sólo busca las responsabilidades personales bien definidas, Sanjurjo quedaría descartado. Le respondo que eso no podrá ser, porque el general ha dicho que no miente, y relatará los sucesos en esta forma: Que el general Primo de Rivera le había anunciado, desde tiempo atrás, su propósito de sublevarse, y que él contestó que mirase lo que hacía; que la noche de la sublevación, a las dos de la madrugada, recibió un telegrama de Primo de Rivera, comunicándole lo que había hecho, y preguntándole si contaba con la guarnición de Zaragoza; que Sanjurjo, gobernador militar de Zaragoza, estaba en funciones de capitán general, por enfermedad del titular; que recibido el telegrama, fue a Capitanía general, y se lo comunicó al titular, y con su venia reunió a los jefes de la guarnición, preguntándoles si se ponían enfrente o al lado de la guarnición de Barcelona; que todos los reunidos votaron por sumarse al movimiento de Barcelona, y así

se lo comunicaron a Primo de Rivera; que Sanjurjo, como todos los gobernadores militares, fue nombrado gobernador civil de la plaza, etcétera.

Al conocer este resumen, Ortega dice que si Sanjurjo declara así, quedará patente su intervención en el golpe de Estado, y no habrá más remedio que procesarlo y prenderlo como a los demás. Repite que ellos también son políticos, y que por eso quieren conocer mi opinión. «La Comisión —añade— es una espada y corta. La Comisión es fuego y quema. Conviene encausarlo». Le contesto que yo no puedo arbitrar una solución, y que me limito a exponer los peligros del caso. Ortega no cree en el peligro. Se trata de un fantasma. Y ahora puede presentarse la ocasión de quitar a Sanjurjo el mando de la Guardia civil, que antes puso al servicio de Primo de Rivera como después al de la República. Hablamos todavía mucho rato, yo sin salir de mí reserva, y él encargándome que me ocupe en preparar al general para que declare en forma que no obligue a la Comisión a tomar una providencia contra él.

Voy al despacho de ministros, y encuentro a Maura y Martínez Barrio. Les cuento lo que pasa, y les pregunto si no es llegado el momento de impedir un conflicto serio. Mientras hablamos, se busca al Presidente y a otros ministros. Con don Niceto llegan Largo, Ríos y Casares. Recapitulo todo lo hablado. Aunque no tengo motivos serios para creer que el procesamiento y prisión de Sanjurjo produjeran un movimiento militar, y aún calculando todas las razones que hay para que no se produzca, todavía es necesario reconocer la probabilidad contraria, y me pregunto si es prudente arrostrar ese peligro, que de salir cierto, acabaría con la República. Añado que yo no puedo cargar con la responsabilidad de tener que afrontar, desde el ministerio de la Guerra, un hecho de indisciplina militar posible provocado por actos ajenos al Gobierno. Y que antes de ponerme a tanto, dejaría la cartera. Martínez Barrio y Maura suscriben lo dicho por mí. Largo también está conforme en qué no puede pasarse por lo que quiere la Comisión. El Presidente es el más acalorado de todos.

Convinimos en que se llame a los miembros de la Comisión y que cada ministro hable con los de su partido, para obtener, primero, que admitan la declaración por escrito y, segundo, que no hagan nada sin conocimiento y anuencia del Gobierno. Como Eduardo Ortega es el más fiero, y los ministros radicales-socialistas, además de no hallarse presentes, no tienen autoridad sobre Ortega, me encargan a mí que hable con su hermano, el filósofo, para que le llame a capítulo y le haga entrar en razón.

Todo se hace rápidamente. Don José Ortega viene al despacho, llamado por mí, le explico lo que ocurre, y accede a hablar con su hermano, aunque

poniendo un poco en duda la eficacia de su gestión. Hablando estoy con Ortega, cuando veo llegar a los diputados socialistas de la Comisión, Cordero y Bugeda, que vienen a oír a Ríos y Largo. Salgo a los pasillos, me encuentro al diputado de Acción Republicana que es miembro de la Comisión, y le hago los mismos encargos, con los que estaba conforme.

Dudoso entre marcharme del Congreso al ministerio, a despachar papeles, o asistir a lo restante de la sesión, concluyo por entrar en el salón y ocupo mi sitio en el banco azul, donde está sólo Maura. En cuanto me ve, dice que él se marcha y que me quede yo representando al Gobierno. Poco después me he visto en una situación bastante difícil.

Durante nuestros cabildeos de la tarde, se había aprobado una enmienda de los socialistas, defendida por Araquistáin, diciendo que «España es una República de trabajadores». Nadie había dado importancia a la enmienda, y nadie, creo yo, esperaba que se aprobase, pero se ha aprobado, con gran irritación de los radicales. Éstos, y los socialistas, andan muy a la greña: Votada la enmienda, los radicales se han reunido, y muy enfadados han querido algunos que el partido pasase a la oposición. «Que gobiernen ellos», decían, y llegaban hasta pedir que los dos ministros radicales se retirasen del Gobierno. En la reunión que hemos tenido en el despacho de ministros para hablar de lo de Sanjurjo, Martínez Barrio me ha dicho que le ha costado trabajo contenerlos. Movidos por el enojo, los radicales han acordado votar en favor de una enmienda presentada por los federales, pidiendo que en la Constitución se diga que la República es «federal». Votando así, querían molestar a los socialistas, enemigos del federalismo.

Cuando yo llegué al banco azul, que sería sobre las ocho, había pocos diputados en el salón. Estaba defendiendo su enmienda un federal. Yo asistía distraídamente, sin enterarme de lo que hablaban. Los escaños se poblaron rápidamente, al regresar de su junta los radicales en masa. Otros muchos diputados entraron, y pronto estuvo todo lleno e hirviente. El diputado que hablaba, mentó el pacto de Alianza Republicana, en el que se decía que nos uníamos para establecer la República *Federal*. (Más exactamente esta palabra se introdujo en unas bases de coalición, firmadas en mayo de 1930, entre la Alianza, el Partido Radical-Socialista, y los federales). Otro diputado, que perteneció a la Alianza, y que firmó con nosotros las bases de coalición, gritó: «¿Qué dice a éso el ministro de la Guerra?». Otro federal, que habló después, desde los bancos de Alianza Republicana a que pertenece, volvió a nombrarme, y a recordarnos el compromiso firmado. Después, Guerra del Río se levanta y en nombre del Partido Radical proclama que votarán en favor de

la enmienda, cumpliendo lo pactado con Alianza Republicana. La tensión llegó en este momento a su punto más alto.

Entonces vi el apuro en que me encontraba y me arrepentía de haberme metido allí, ignorando lo que podía pasar. Eran dos preocupaciones: una de Gobierno, otra personal y de partido. De Gobierno, porque después de lo dicho por los radicales, era posible y aun probable que la enmienda se aprobase. Y teníamos convertida la República en federal, sin comerlo ni beberlo, ausente el jefe del Gobierno y los más de los ministros (en éstas llegó Fernando de los Ríos), muy ajenos a que pudiera ocurrir un caso tan importante. Personal y de partido, porque no pudiendo aprobar semejante maniobra, y siendo mi deber votar por el proyecto de Constitución elaborado por la Comisión (compuesta con gente de todos los partidos, incluso del Radical, que nunca propusieron un texto federal), tenía que desautorizar a Guerra del Río, romper allí mismo la Alianza, y aguantar por añadidura el griterío de los federales, que me reclamarían la observancia de las bases de coalición, olvidándose, o aparentando olvidarse de lo convenido después en San Sebastián.

Yo le daba vueltas a todo esto, viendo acercarse con temor el momento de los votos, mientras iban y venían sobre mi cabeza los discursos. Se me arremolinaban delante del banco los diputados de Acción Republicana, preguntándome qué hacían y qué iba a hacer yo. Cada cual tenía un parecer distinto. Pero Giral, que había firmado los convenios de Alianza, me declaró que él no podía votar en contra de los federales, sin ponerse en una situación desairada y ridicula. Yo había pedido la palabra, para explicar mi voto, y la verdad es que, cuando la pedí, no sabía aún qué explicación daría, porque no acertaba a ver claro lo que convenía votar. Y las idas y venidas de todos, la confusión, no me dejaban pensarlo serenamente. En el curso de la discusión había pedido la palabra Santiago Alba. Lo mejor era suspender la sesión, aplazando la votación para mañana, y así se lo indiqué a Fernando de los Ríos; pero él se opuso, como si le propusiera una cosa vitanda y me dijo que se movería un gran escándalo. Cuando el Presidente me concedió la palabra estaba yo tan distraído que no lo oí. Tuvieron que llamarme la atención. Y entonces tuve la ocurrencia, fecunda en buenos resultados, de decir: «Hablaré después que el señor Alba».

Alba estaba persuadido, desde su interpelación sobre Hacienda, de que se había hecho dueño de las Cortes. Los aplausos que oyó al final de su discurso y la desdichada réplica de Prieto le engañaron. Y hoy ha descubierto un poco más las baterías. Ha censurado que se pretenda resolver una cuestión tan

grave casi por sorpresa. Y tomando pie de esto, se lamentaba de que el Gobierno estuviese casi ausente, y de que no hubiese presentado una *ponencia* a las Cortes sobre el proyecto de Constitución, porque el régimen parlamentario es un *diálogo* entre el Ministerio y el Parlamento. Acabó advirtiendo a los republicanos que no asesinasen a la República.

Cuando inmediatamente me levanté a contestarle, ya estaba yo seguro de la situación. No había necesidad de entrar en la contienda con los radicales. Hablé con el salón de bote en bote, y en medio de un silencio sepulcral. No había en la sala los molestísimos ecos que advertí en otras dos veces que he hablado brevísimamente. Y el oírme bien, así como la expectación general, me pusieron en mi terreno. Me encontré tan dueño de mí y del auditorio como en el Ateneo. Hablé muy poco tiempo, con el asentimiento de todos, y desde el primer momento hallé el tono parlamentario, y el aplomo y la tranquilidad que habían faltado durante la sesión.

Alba me interrumpió —descubriendo todavía un poco más sus intenciones — para preguntarme mi interpretación del Pacto de San Sebastián. Yo me puse muy contento, porque estaba seguro de *machucar* a Alba en ese terreno.

Besteiro debió de asustarse de las proporciones que iba a tomar el debate, y me interrumpió para aconsejar calma, e indicar la conveniencia de aplazar la discusión para mañana. (Era lo que yo le había propuesto a Fernando de los Ríos). Concluí yo mi pequeño discurso, ofreciendo explicar lo de San Sebastián con más espacio. Me aplaudieron mucho. La sesión se levantó. Fernando Valera, que había advertido mi preocupación anterior, me dijo: «Habrá usted visto que tiene autoridad en la Cámara». Otros diputados se congratulaban de que, con mis palabras, había logrado restablecer la serenidad y la claridad. Prieto y Nicolau habían llegado mientras yo hablaba, y me felicitaron. Martínez Barrio llegó cuando se levantaba la sesión. Entonces me dijo Sánchez Guerra que acababa de hablar por teléfono con el Presidente, que está en Miraflores, y que le pedía detalles del caso. Yo le contesté que podía estarse en Miraflores hasta mañana, y que todo quedaba bien.

Las espadas permanecen en alto para mañana, en que deberé continuar mi discurso.

Largo Caballero dice *blincar*, por *brincar*. Luis Companys se asea los dientes con la uña del meñique. Lo he visto hoy en el Palace.

El general Burguete viene a despedirse de mí, porque sale para Alemania a una conferencia internacional pacifista, a la que asistirán, me dice, Herríot, Einstein y no sé quién más. Con lo cual, Burguete se cree uno de ellos. Está

muy quemado porque al retirarse no le hicimos capitán general. Me cuenta otra vez su resentimiento con Aguilera, etcétera, etcétera. «El Gobierno ha estado duro conmigo», dice. Yo le sigo el humor, mientras nos dirigimos hacia la puerta.

—El Gobierno me ha dado una patada.

—El Gobierno no le ha dado a usted una patada, porque no tiene con qué darlas —le respondo.

Se queda parado, titubea: «Bueno…, bueno…».

Después me anuncia que entablará un recurso contencioso para pedir que le reconozcan el empleo de capitán general, y espera ganarlo «si el Gobierno no interviene en la decisión del Tribunal Supremo».

—El Gobierno no se mezcla en eso —se sonríe, guiña los ojos, picarescamente, como quien está al cabo de la calle, y como yo insisto, pregunta—: ¿Me lo dice el hombre de honor?

—Se lo dice a usted Manuel Azaña —y con esto se fue.

El comandante de Infantería, Fuentes, que estuvo en mi Gabinete militar, intervino personalmente en los destinos del arma de Infantería y cometió, según he sabido después, no pocas arbitrariedades. Cuando advertí su conducta decidí separarlo. Se había creído el árbitro de los destinos en el ejército, y un día que nombré a uno que no le gustaba, se enfadó, y pidió el retiro. Luego anuló su instancia de retiro. Todo esto pasó sin que me enterase hasta después. Lo destiné al ministerio, en un buen puesto, y se enojó mucho, según creo, diciendo que lo había despedido como a una criada. Comencé a darme cuenta de lo que sucedía porque no se presentó a despedirse.

Pues ahora, este sujeto que ha abusado de mi confianza, se ha ido a Valencia y ha hablado con dos jefes, Pérez Salas y Pacheco, concertando con ellos que trabajen a la guarnición de Valencia para que haga una demostración colectiva de desagrado contra el ministro. El motivo de esta intriga es que he vuelto, a la guarnición de Valencia, a un comandante Guillén, que fue separado por enemistad de Fuentes. El general Riquelme me da cuenta de esto. He dispuesto que se anule el permiso de verano que estaba disfrutando Fuentes, y que se presente en el ministerio para ajustarle las cuentas.

17 de septiembre

El Presidente me llama por teléfono al ministerio para hablarme de lo de ayer en el Congreso. Me anuncia que va a intervenir, y que ya es demasiado lo que hace Alba. Está dispuesto a darle «un zarpazo».

El Presidente está algo quemado desde que Alba, en su discurso hacendístico, echó de menos en el Gobierno un hombre como Poincaré, que inspire *confianza*.

Por la tarde, antes de la sesión, me reúno con el grupo parlamentario de Acción Republicana y cambiamos impresiones sobre la situación creada por los radicales. Opinan todos que yo deberé comenzar la sesión, continuando el discurso que comencé ayer. Yo creo que no será así, por el propósito que tiene de hablar don Niceto. Para el caso de que hable yo, les expongo las líneas generales del discurso que estuve pensando anoche en el banco azul, y que he perfilado después, y se muestran todos conformes.

En el banco azul está ya Alcalá-Zamora cuando yo llego. Me dice, conozco que por cortesía, que debo hablar yo primero.

Rehúso el honor, diciéndole, como creo, que puesto que la intervención de Alba anoche iba contra todo el Gobierno y su Presidente, nadie con más autoridad que el Presidente mismo para replicar, y que hay cuestiones que solamente él puede tratar a fondo.

El Presidente, con muchas cortesías hacia mí, resuelve hablar desde luego.

Ha pronunciado un gran discurso. Ha estado felicísimo, muy hábil, contundente. Se ha tirado a fondo sobre Alba, y el efecto ha sido fulminante, enorme, abrumador. Todos los diputados, en pie, le han aclamado en un pasaje del discurso y, con estruendosos vivas a la República, han mostrado su repulsa a Alba. El espectáculo ha sido tremendo. Muchos diputados lloraban. Algunos se han abrazado. Alba, que se sonreía nerviosamente en su asiento, ha perdido la serenidad, y en una réplica infeliz ha concluido por descubrir la mezquindad de sus móviles y lo que valen sus sentimientos republicanos. El griterío ha sido atroz. Le han insultado. Le ahogaban el discurso con imprecaciones y denuestos. Una escena violentísima. El fracaso de Alba, sin precedentes. Y dicen que tiene mucho talento.

Casi todos los diputados han desfilado por delante del banco azul para abrazar a don Niceto. Corominas le ha gritado: «Visca Espanya». En torno de Alba había cuatro personas.

La situación se ha despejado. Los diputados estaban muy contentos estimando que lo sucedido era una buena jornada. ¡Lástima que no la haya presenciado Lerroux!

18 de septiembre

Consejo de ministros en la presidencia. Siguen las felicitaciones al Presidente. «Alegría y reconocimiento de los pastores después de la tempestad», como en la Sexta Sinfonía.

Don Niceto es tan corto de vista que, hoy, ha metido los dedos en el tintero, buscando una pluma para firmar. A veces habla con un ministro que ha abandonado su sitial y salídose del salón. En el discurso de ayer se dirigía a Sánchez Guerra, diciéndole una porción de cosas, y no estaba presente. Todo lo que hace don Niceto para remediar esto es calarse, de vez en cuanto, unas gafas de zapatero.

La prensa de hoy disimula, cuanto puede, el increíble fracaso de don Santiago. Y *El Sol* llega a decir que se ofreció en holocausto. Un cronista de *El Sol* llama *greñuda* a la asamblea.

En el Consejo se ha tratado, entre otras cosas, del problema ferroviario.

—Vamos a ver, Albornoz —dice el Presidente—, qué día podemos reunimos, usted, Fernando y yo, para estudiar este asunto y buscar la solución.

—Pues, a fines de la semana próxima —responde tranquilamente Albornoz.

—Pero ¡hombre!, ¿y la huelga?

—¿Qué huelga? —replica el ministro. No recordaba (o no se había enterado) la inminente huelga ferroviaria.

La Comisión de Responsabilidades ha accedido a que Sanjurjo declare por escrito. En el Consejo, Maura me ha dicho que anoche estuvo él con Sánchez Román y no sé quién más (creo que Casares) redactando la declaración, y que el trabajo fue difícil, porque midieron todas las palabras y las comas. Concluyeron a las dos de la mañana.

Hoy, cuando estaba yo acabando de comer, se ha presentado en mi casa el coronel Azpiazu (don Ubaldo), que es muy correveidile, y llama Pepe a Sanjurjo. Este Azpiazu zascandileó mucho, el día de la proclamación de la República, entre Sanjurjo y nosotros. Indalecio Prieto dice que Azpiazu era el encargado de repartir las propinas de la Constructora. Azpiazu me ha traído la

declaración ya firmada por Sanjurjo, para que yo dijera si me parecía bien. Y me ha asegurado, muy sereno, que la ha escrito y compuesto el mismo Azpiazu. Yo no me he dado por enterado de nada. Le digo que la declaración está muy buena y se va… Azpiazu acaba de ser elegido nuevamente diputado por Lugo; lo fue ya en las elecciones generales, que se anularon en aquella provincia; y estas segundas elecciones parece que han sido tan nulas como las primeras. Pero se han aprobado; sin duda porque se considera a Lugo incapaz de enmienda. En la sesión de esta tarde, discurso de Unamuno, sobre las lenguas regionales. Divertido a ratos. Recita poemas en gallego, catalán y valenciano, dice versos en vascuence. Su tesis: que estas lenguas desaparecen, y que entre todos estamos haciendo el *español*. Los diputados le han oído con curiosidad y muchos con interés (los catalanes con enojo).

Es notable que, discursos como éste, puedan hacerse en las Cortes, y eso denota el cambio ocurrido, tanto como el fracaso de Alba.

El discurso de Unamuno es muy antirregionalista.

En los pasillos converso un rato con Sánchez Román, Ortega (don José) y otros señores. Se me figura que Sánchez Román está algo mosqueado conmigo por lo que dije, en mi discurso del domingo, sobre los que temían ver a estas Cortes convertidas en una convención y a la Comisión de Responsabilidades en un comité de salvación pública; peligros que nunca he podido tomar en serio.

Ortega me lleva aparte y hablamos de política. Me pregunta si no habrá manera de tapar el boquete de Hacienda poniendo otro ministro. Todo lo demás marcha bien, pero lo de Hacienda es desastroso. Hago mención de las combinaciones de Maura, y sus dificultades, que Ortega reconoce.

De Maura me dice que él no lo trata, pero cree que tiene condiciones y temperamento de político, aunque «le falta el último piso». Ortega añade que yo, por ahora, no debo salir de Guerra, aunque convendría que más adelante me separe de mi obra, como un cirujano, para ir *acabando mi figura*, con la mira puesta en el porvenir. Llegan otros señores y nos separamos.

21 de septiembre

El sábado no hice más que despachar los asuntos del ministerio, que eran muchos y fastidiosos. Por fin he conseguido que se publique el concurso para la construcción de un nuevo cuartel en Madrid, asunto que vengo impulsando desde junio o mayo, y que la burocracia ha detenido.

Por la tarde, Consejo de Acción Republicana, que, con el cambio de secretario, parece que va a entrar en actividad.

Luego me paseé, y de noche salí con Cipriano a verme con Antonio Cruz, antiguo amigo que regresa de Chile, donde estaba de cónsul.

El domingo, no salí de casa hasta la tarde. Fui de paseo al Escorial con la familia. De noche asistí, con Lola, al banquete oficial de clausura del congreso de Estadística. Muchas gentes han venido a saludarme en esta ocasión y a decir su entusiasmo por el ministro de la Guerra. Fabra Ribas me dice que no me doy cuenta del efecto producido por mis reformas en el extranjero. Yo le digo que es posible; pero que muchos españoles, o casi todos, tampoco se dan cuenta de la verdadera situación del asunto, que no es tan definitiva ni tan favorable como ellos piensan.

Al final del banquete, discursos de rúbrica. Los extranjeros de Europa hablan de *l'hospitalité espagnole*; los de América, de la madre patria. Don Niceto echa un discurso que comienza en castellano y luego prosigue en francés. La pronunciación francesa del Presidente es algo de jocundo y sainetesco. Pero él se mantiene impertérrito, satisfecho de su proeza.

Hoy, lunes, despacho copioso en el ministerio. Resuelvo una porción de expedientes de recompensas, pisándole una preferencia al subsecretario que se inmuta. Me entregan un informe del general Ruiz Trillo, explicándome el origen de un *plante* ocurrido en un regimiento de artillería, en Sevilla, y haciendo sombríos pronósticos sobre la disciplina, minada por los anarquistas. Cree que hay que ahogarlo en sangre. Este general, que parecía una mosquita muerta, está tremendo desde que bombardeó la «casa de Cornelio».

También recibo de África una información confidencial, sobre el estado de ánimo de los jefes y oficiales, entre los cuales cunde la opinión favorable a la dictadura. Eso dice el informante. *La Correspondencia Militar* envía,

dentro de sus ejemplares, hojas subversivas, incitando a la formación de juntas de defensa.

Viene a mi despacho el general Sanjurjo, a quien no he visto hace tres semanas, lo menos, y me trae una pejiguera de los generales de la Guardia civil sobre si las divisas han de ser éstas o las otras, porque no les gustan las que recientemente se les han asignado. Yo me encojo de hombros, y acabo por decir a Sanjurjo que me tiene sin cuidado el asunto, y que se pongan todos los oropeles que quieran. Estas majaderías me cansan y aburren más que todos los problemas graves. De su asunto, Sanjurjo no habla ni palabra; no le toco yo, y prefiero que no sepa que estoy enterado de sus conversaciones con Maura.

Por la tarde he salido a pie con Cipriano. Hemos ido por la Gran Vía, y la Puerta del Sol. Hemos entrado en casa de Lizárraga, en la Carrera, y en la librería de Meléndez, calle de Cedaceros, a escoger unas litografías que me interesaban.

Después hemos bajado por la calle de Alcalá, y me he quedado en el ministerio, a eso de las seis. Madrid estaba precioso, con sus luces de otoño, aunque un poco caluroso todavía. No sé cuántos meses han pasado desde que no ando a pie por las calles, de día, y sin propósito. Así no me veo de ministro y creo que pronto se me olvidaría.

En el ministerio, cosas fastidiosas. En un regimiento de artillería de Burgos, se apagó de pronto la luz, y cuando se encendió, veinte minutos después, aparecieron por el cuartel muchas proclamas monárquicas. En este regimiento el coronel es nulo; el teniente coronel, Jevenois, era monárquico y lo sigue siendo. El general que allí manda no me ha hablado del asunto. He dispuesto que se abra una información.

Voy al Ateneo, a presidir la junta de gobierno.

En casa, cuando estoy acabando de cenar, me anuncian la visita de Queipo de Llano. Me maravilla su venida a tales horas. El general dice que se ha creído en el deber de molestarme por la urgencia del caso y que me ha buscado en vano en el ministerio. Se trata de lo siguiente: ha sabido, por unos individuos de no sé qué partido revolucionario, que *pasado mañana* se producirá un movimiento militar, al que llaman la *sanjurjada*, que tiene por fin implantar: ¡una república conservadora! El general Sanjurjo es el director del movimiento, y Maura anda en el ajo. El fundamento es que Maura y Sanjurjo han comido juntos varias veces estos días. ¡Y no tengo derecho a decir a Queipo que esto es una majadería! Dice que su celo por la República le impulsa a prevenirme y a ponerse a mi disposición y que, como el general

Villegas (ya apareció aquello) se ha indispuesto con toda la guarnición de Madrid, él está dispuesto a tomar el mando de un batallón que sea, y a servir al Gobierno. Se lo agradezco mucho, le doy una palmadita en el brazo y le aseguro que conozco el motivo de las conversaciones de Maura y Sanjurjo. Después hablamos de otras cosas y me cuenta que está hacienda la visita de inspección que por su cargo le corresponde, y que ¡echa muchos discursos! a los regimientos. Es para aburrirse de tanta estolidez. Yo le mando a que se entere del estado de los cuerpos, del funcionamiento de los servicios, del acuartelamiento e instrucción, etcétera, y él lo arregla todo con discursos. Luego creerá Fabra Ribas que ya está arreglado el ejército.

De pie, el general me pregunta si me parece bien que se presente por Valladolid. Al pronto, creo que me habla de su inspección y le digo que Valladolid no está bajo su jurisdicción. Pero resulta que se refiere a su presentación como diputado a Cortes, de lo cual ya me habló el otro día. Dice que todos le apoyarán, si Lerroux y yo le apoyamos (precisamente esta tarde, en el Ateneo, Vergara, diputado por Valladolid, me ha contado cómo está allí la situación, dividido el Partido Radical, parte del cual se pasa a Acción Republicana, y resuelta, la coalición republicano-socialista, a votar por un candidato del país, que no sea lerrouxista). Yo le digo a Queipo que, quizá, se hace ilusiones, pero que si sus amigos le proclaman y la organización local lo acepta, lo veré con gusto. Y se va, no sé si contento o disgustado. Después he pensado que el verdadero objeto de la visita de Queipo pudiera ser el de su ilusión parlamentaria, y que lo de la sanjurjada no era más que un pretexto, y quizás un mérito para atraerse mi protección. Por inocente que me parezca la cosa, no es inverosímil; Queipo es un simple y su frente muy angosta.

Cuando estoy escribiendo estas notas, Maura me llama por teléfono. Dice que, si yo no tengo inconveniente, va a cerrar esta noche *La Correspondencia Militar*, porque ha recibido, de África, unos ejemplares del periódico que llevaban dentro las hojas sediciosas. Le digo que haga lo que le plazca, pero que si van a suspender el periódico, lo mejor es que hagan un registro, a ver si encuentran ejemplares de las hojas, lo cual nos daría motivo sobrado para reventarlos.

22 de septiembre

Consejo en la presidencia. No hallándose presente Albornoz, don Niceto y Fernando de los Ríos han dicho algo de su reunión de ayer con el ministro de Fomento para examinar la cuestión ferroviaria. Fernando parecía «desolado». Nos comunican la impresión de que Albornoz no estaba enterado de nada. Cuando el director de Ferrocarriles, Velao, diputado de mi partido, iba leyendo ante los tres ministros reunidos lo hecho por el consejo ferroviario, se convencían de que Albornoz ignoraba el asunto, y que le eran desconocidos los acuerdos mismos del consejo ferroviario. Fernando de los Ríos se lamenta de que, en estos últimos tiempos, se hayan hecho cosas más favorables a las compañías de ferrocarriles que las de hace ocho o diez años.

Nicolau lee un proyecto de decreto, reglamentando la ley de laboreo forzoso de las tierras, que hoy aprobaron las Cortes. El Presidente había salido del salón del Consejo para telegrafiar a Lerroux, que sigue en Ginebra. Nicolau no le daba importancia al decreto, y casi nadie se había fijado en él. Pero a preguntas de Maura ha venido a resultar que en el proyecto de Nicolau se disponía lo siguiente: cuando un propietario no pueda labrar su tierra, y el arrendatario la abandone, se entregará la finca a la comunidad de cultivadores, con los aperos que tuviese el arrendatario, y la comunidad labrará la finca sin pagar nada ni al arrendatario ni al propietario. Al ponerse esto en claro, Maura ha pegado un bote. Cuenta el caso del conde de Floridablanca, dueño de cinco fincas en Toledo, de las cuales labra dos por su cuenta, y las otras tres las tenía arrendadas. Los arrendatarios las han abandonado y aunque el conde les ha ofrecido rebajarles la renta de cuarenta mil a diez mil pesetas, no las quieren; ni encuentra quién quiera labrarlas. El conde no tiene dinero para tomar sobre sí la labranza de las cinco fincas, ni le dan crédito para ello.

Argumentando sobre este caso, Maura preguntaba si era justo dar esas fincas a la comunidad y que el propietario no cobre nada. Ampliándolo a términos generales, ese criterio sería la implantación del comunismo por decreto. Ha movido gran estrépito sobre esto. Fernando ha leído el decreto y ha dicho: «Pues yo no encuentro nada…». Por fin, Nicolau ha accedido a entregar una copia de su proyecto a Maura para que lo estudie. Como Nicolau

es un hombre tan frío, apenas ha discutido con Maura, que se lo ha hablado todo él solo. Y yo no sé bien si la actitud de Nicolau era simplemente frialdad o que él mismo no sabía o no se había dado cuenta de lo que encerraba el decreto.

Antes de este incidente, Maura me había hablado en voz baja, de silla a silla, declarándose muy preocupado por la situación de la economía española, cada día peor. «¿Cree usted que España puede estar dirigida por un loco?», me pregunta refiriéndose a Prieto.

Poco después se ha producido un incidente violento entre Maura y Largo Caballero, que ha podido tener consecuencias muy graves, y no es seguro aún que no las produzca. Maura hablaba de los conflictos de orden público que continuamente se producen al aplicar las leyes sociales, y de la intervención de los gobernadores en la formación de los contratos de trabajo. Largo Caballero ha interrumpido a Maura, para quejarse de que los gobernadores se propasen a redactar contratos de trabajo y los impongan en sus provincias, haciendo caso omiso de la legislación social. Maura replica que no hay en muchas provincias delegados del Trabajo, que la legislación social no se cumple en Andalucía, y que los gobernadores no van a limitarse a esperar, cruzados de brazos, a que estallen los motines para reprimirlos después a tiros. Largo asegura que si en alguna parte no hay delegados de Trabajo es porque aún no le han concedido el crédito de ciento cincuenta mil pesetas que hace tiempo tiene pedido para pagarlos.

Sobre quién se excedía en sus atribuciones, se ha movido un altercado, muy bravo por parte de Maura, y harto firme de expresión por parte de Largo. Se ve que a Largo le enoja mucho la intervención de la autoridad gubernativa en estos asuntos, sospecho yo que por no producirse esa intervención en el sentido que a Largo le parecería mejor. Y Largo, que rara vez se altera, se congestionaba en esta disputa, y a Maura, a quien generalmente llama Miguel, le decía hoy una vez y otra «el señor ministro de la Gobernación». Maura ha insistido mucho en que si bien los gobernadores no están para eso, ni les gusta, tampoco pueden dedicarse a sestear mientras ocurren ante su vista cosas serias, y que su papel de ministro no va a ser el de acudir con la fuerza pública a sofocar desmanes. Estaba en vena de discutir, y la cuestión ha durado mucho, picados ya los dos ministros.

El Presidente ha intervenido para zanjar la disputa, estimulando el pronto nombramiento de los delegados del Trabajo. Cuando nos levantábamos del Consejo, al pasar junto a Largo, no sé qué palabra le he dicho alusiva a la discusión anterior y me ha contestado: «Si no fuera por mil razones, ya habría

yo liquidado esto, para no estar a las consecuencias de sus genialidades». El altercado ha tenido otras consecuencias esta tarde.

Lo más del Consejo se ha empleado en calcular las consecuencias que va a tener en España la crisis de la moneda inglesa. Estiman todos que será desastrosa, porque pone en peligro la exportación de frutas. Y si esto sucede, como por ahí viene casi todo el oro que adquiere España, nos encontraríamos en una situación muy comprometida, además de la consecuencia inmediata de la paralización en Levante. Sobre esto ha hecho Maura los más sombríos pronósticos. Se ha convenido en reunir una conferencia económica, con representantes de los productores más lastimados por la baja de la libra. Una de las complicaciones que se temen es la competencia del carbón inglés, ahora precisamente que se acaba de rebajar en las minas españolas la jornada de trabajo.

Prieto ha dicho que la conferencia no servirá para nada, ni la junta o comisión de técnicos que se propone para asesorar al ministro de Hacienda. Y Maura le ha increpado, porque no tiene fe en nada ni en nadie, porque todo le parece inútil y todos son ladrones, en su sentir.

Pasadas todas estas cosas se ha tratado del viaje a Andalucía, de Maura y Nicolau, para ver de cerca la situación del trabajo en aquella región. Se ha dudado mucho sobre la manera de hacer el viaje, sobre si llevarán o no dinero para las cosas más urgentes, etcétera, etcétera. Al acabar el Consejo, para continuarlo esta tarde, quedaban acordes en salir para Andalucía pasado mañana.

En el Congreso, mientras discutían no sé qué artículo de la Constitución, he salido al pasillo porque me llamaba Valle-Inclán. Le acompañaba Fernando Salvador, hermano de Amós. Venían a decirme que Fernando Salvador, arquitecto del ministerio de la Gobernación, había recibido del subsecretario la orden de hacer desaparecer de la fachada del ministerio, el escudo grande de los Borbones. Parece que la orden procede de una comunicación del alcalde, dirigida a todos los ministerios, pidiendo que desaparezcan los emblemas reales. Fernando Salvador ha tenido la ocurrencia de acudir en consulta a Valle-Inclán, investido del resonante título de Conservador del Patrimonio Artístico Nacional. Y Valle y Fernando han venido a mí, para que intervenga. Hablamos en el antedespacho de ministros y yo les propongo que llamemos a Maura, para que resuelva. Mientras viene, les digo que soy opuesto a que se cometan actos de vandalismo, y que los escudos reales deben respetarse cuando tengan un valor artístico, histórico o monumental; no es cosa de estragar La Puerta de Bisagra de Toledo

arrancando el escudo de Carlos V, por ejemplo, ni de picar la fachada del monasterio del Escorial, etcétera. Valle echa a volar la fantasía y puesto a «conservar» opina, entre otras cosas, que el Palacio de Riofrío debiera restaurarse como palacio de caza, y mantener en el monte jaurías de alanos, podencos y sabuesos, etcétera, etcétera. Maura llega y le dice a Fernando que de ninguna manera quite el escudo del ministerio. Maura se mete en el despacho de ministros, Valle y Fernando se van, y yo entro en el despacho, detrás de Maura, a quien estoy oyendo hablar con alguien. Anoto esto, porque merced a este incidente se ha producido una reunión impensada y una conversación sumamente seria.

Maura estaba en el despacho hablando con Casares. Se paseaba agitadamente, rojo, hablando alto y con los terminantes ademanes que le son propios. Cuando pregunto qué pasa, responde: «Que yo no soy ministro de la Gobernación; no continúo en el Gobierno. Dentro de dos horas el Presidente tendrá en su poder una carta oficial comunicándoselo, y esta noche me voy a dormir a mi casa como un particular».

Es indescriptible la firmeza, la resolución, la energía que Maura ponía en sus palabras; como para creer que antes perdería la vida que volverse atrás. A poco, han llegado otros ministros: Fernando, Largo, Prieto, Casares, Domingo y el Presidente. La conversación se ha repetido muchas veces, a medida que llegaban los ministros. Cuando ya estaba el Presidente, se ha mandado recado al banco azul para que viniera Martínez Barrio, dejando allí sólo a Albornoz. Nicolau ha llegado cuando la cuestión estaba ya, si no resuelta, definitivamente planteada y discutida mil veces. Resumo la posición de Maura, y la reacción de los demás. La discusión ha durado dos horas.

Maura dice: la situación es cada día más grave; tenemos enfrente a la Banca, al comercio, a la industria, a los propietarios, a no pocos militares; el Gobierno dicta muchas disposiciones que alarman; la desconfianza cunde; hay un ambiente muy hostil; bastará que un día cualquier osado se lance contra la República, para que todos esos elementos le secunden; se hace una política desatinada en Hacienda, Economía y Fomento; este último ministerio no funciona; hay que rectificar la orientación que se sigue en los otros dos; el ministro de Hacienda no tiene confianza en nada ni en nadie, sus palabras mismas siembran el desaliento y la intranquilidad; la política social del Gobierno es equivocada; no podemos durar ni dos meses; y como él prevé la catástrofe, no quiere aguardarla impasible en el ministerio, donde nada tiene que hacer; su discusión de por la mañana con Largo ha sido la gota que ha colmado el vaso; los errores del Gobierno, o su desorientación, provocan

conflictos que vienen a caer sobre el ministro de la Gobernación, obligado a reprimir sangrientamente los desórdenes; que a él no le importa cargar con esta responsabilidad, siempre que sea útil y justo; pero que no puede resignarse a pasar por sanguinario, simplemente por mala política ajena; en esta situación nada tiene que hacer en el ministerio, y se va irrevocablemente; no causa daño, porque no tiene detrás a nadie; no dirá una palabra de los motivos de su salida, y está dispuesto a marcharse de España unos cuantos meses, para no estorbar.

(Todo ello con una verbosidad, un calor, un derroche de energía que aturden. Galopaba a rienda suelta. Nunca se ha parecido más a un caballo brioso desbocado).

Yo le opongo la imposibilidad de que nadie se vaya del Gobierno. Le recuerdo que esta decisión sirvió para detener al Presidente cuando quiso dimitir, y él mismo la esgrimió entonces; no sería admisible que él pretendiera evadirse de una norma aceptada por todos. Casares me secunda, así como Fernando de los Ríos y el Presidente.

Obstinación de Maura. El Presidente, muy sereno, dice que el ministro sobre quien tiene menos influencia es Maura. Le rebate la afirmación de que marchándose no causaría daño. «Todos, en política, como en la vida, tenemos mayor capacidad para causar daño que para hacer el bien», dice don Niceto. Si Maura se fuese, él quedaría como un prisionero.

En el curso de la discusión, Maura dice que considera indispensable hacer una rectificación en Hacienda, suprimiendo todas las restricciones a la circulación del capital, con lo que renacería la confianza, y saldrían los mil millones que están retraídos; que Fomento debe preparar, en brevísimo plazo, un plan de Obras Públicas que abarque a toda España, para entrar en el invierno dando trabajo; y que este plan debe costearse con impuestos nuevos, sobre los ricos, para obtener trescientos o cuatrocientos millones.

El Presidente se apodera de estas indicaciones de Maura, y, como para encauzar la discusión fuera de la crisis anunciada, las pone a discusión y votación.

Como yo estoy el primero junto a Maura, me pregunta qué opino. Pero yo antes, sospechando, por conversaciones anteriores, a qué resultado quiere llegar, le pregunto a mi vez, qué idea tiene del Gobierno llamado a hacer esas cosas. Maura, que tan urgentemente quería modificar el Gobierno hace pocos días, ha abandonado el propósito, o le falta decisión para enunciarlo, y me contesta evasivamente que él no tiene que decidir eso.

Entonces respondo yo al Presidente, que estoy conforme con lo del plan de obras, y con los impuestos nuevos, que son absolutamente necesarios; pero que las medidas sobre exportación de capitales, no pueden derogarse sin más estudio que este debate acalorado. Y que todo lo que digo y propongo es sobre el supuesto inviolable de que nadie se vaya del Gobierno. Casares opina aproximadamente lo mismo.

Le llega después el turno de opinar a Prieto (así hemos quedado sentados en el despacho), y dice tranquilamente, casi sin abrir los ojos, que él nada tiene que opinar, porque dimite la cartera y esperará dimitido a que vuelva Lerroux; si Lerroux se retrasa, irá a pasar unos días en Baños de Montemayor, que le hace falta.

Esta resolución de Prieto parece sorprender mucho a Maura. Todos le rebaten. Y Prieto replica: «Si me hostigan ustedes mucho, me voy ahora mismo al salón y lo digo desde el banco azul».

Añade Prieto que desde hace tiempo se considera fracasado, y conoce el mal ambiente que tiene; pero que ahora, habiendo ganado ese ambiente a una parte del Gobierno, no continuará ni un momento más.

Los dos ministros socialistas, reconociendo la gravedad de la determinación de Prieto, e insistiendo, sobre todo Fernando, en que no debe mantenerla, anuncian que si Prieto se marcha, ellos también.

Yo le pregunto a Maura qué le ha ocurrido desde esta mañana para tomar una resolución tan grave, porque a las dos de la tarde, cuando se levantaba el Consejo, se convino en que fuera a Andalucía con Nicolau, y él no opuso reparos. Contesta que nada le ha ocurrido, pero que ha meditado dos horas sobre la situación, y que el resultado es dimitir irrevocablemente.

La discusión entre Maura y Largo Caballero es muy viva, y toda ella ventajosa para Largo, que no ha perdido ni un momento la tranquilidad y casi nunca la sonrisa; una sonrisa burlona e inteligente que cuadra muy bien con la frialdad de sus ojos azules. Largo ha atacado a Maura, convenciéndole de que el motivo de su dimisión era el altercado de esta mañana; y cuando andaban en réplicas, Largo le pregunta: «¿Y la combinación?». «¿Qué combinación?», contesta Maura.

—La que tenía usted preparada para reformar el Gobierno. Hace ocho o diez días que la conozco, y anoche aludía a ella un artículo de *Crisol*.

Resulta que Maura, con su inconsiderada locuacidad, ha debido de contar en secreto sus planes a varias personas. Maura sale diciendo que eso era opinión personal suya, que no es más, en el fondo, que lo ya dicho por él en esta reunión, y que la solución que buscaba por aquel camino ya no sirve, y

por eso ha decidido marcharse él. Durante mucho tiempo se ha sostenido en su opinión y, al parecer, nada podía reducirle. Maura tiene un fanatismo elocuente por la firmeza de carácter, siendo como es, muy versátil.

El Presidente ha estado pacientísimo. No se ha alterado ni un momento, y aunque es muy propenso a picarse y enojarse por niñerías, en este conflicto se ha portado con mucho tino y prudencia. Ha apurado todos los argumentos, y ha hablado incluso de la consideración y respeto que cree merecer. Y como yo había dicho que si se marchaba algún ministro nos marcharíamos todos, don Niceto lo corrobora. Viene a decir que él no está para quedarse echando remiendos al Gobierno. Más me he impacientado yo, recordándoles que desde el 14 de abril estoy convencido de que no puede haber más Gobierno que éste, y que como no puede haber otro, no lo habrá, por muchas tonterías que se hagan; que la caída de este Gobierno sería el fin de la República, porque no se podría votar la Constitución y habría que clausurar las Cortes o disolverlas: tan imposible es que nos sustituyan. Y siendo esto así, y tratándose de cosas serias, no era admisible conducirse como chiquillos.

Maura ha cedido por fin, no recuerdo ya por qué gradaciones; pero el daño estaba hecho, o sea la dimisión de Prieto, con todas sus enormes consecuencias. Prieto se marchó del Consejo dimitido y de tal modo que se negó a dar cuenta de los asuntos que llevaba en la cartera. El Presidente quiso, más de una vez, tratar la cuestión en tono de broma, dándola por concluida; pero Prieto le atajaba siempre diciendo que no estaba de humor para bromas.

Ido Prieto, y con el temor de que dijese a los periodistas y a los diputados su dimisión, salieron tras él, para hablarle en el banco azul, Fernando y Largo. Prieto, al llegar al banco del Gobierno, le dijo a Albornoz que se fuese al despacho donde estábamos, y que Maura había pedido que salieran del Gobierno los tres ministros susodichos.

Albornoz vino al despacho, y se habló del nuevo plan de Obras Públicas que tenía que improvisar. Explicó a su manera que no es posible preparar un plan de obras, si, con arreglo a sus convicciones, han de estudiarse estas cosas en relación con las condiciones sociales y económicas de cada comarca, etcétera. Quedó en impulsar unos proyectos de caminos y riegos. Naturalmente, se habló de lo que hizo la Tercera República francesa, etcétera. El Consejo acabó leyéndonos Albornoz un documento sobre la concesión de la autovía Madrid-Irún, que nos pareció bien.

Nos dispersamos. En la sesión de Cortes de esta noche, he hablado con Maura y Casares en el banco azul. Afectuosamente le he reprochado a Maura su ligereza. «Ha estado usted a punto de derribar la República —le digo—. Y

si el conflicto no se arregla, de usted será la responsabilidad». «¡No! ¿Cree usted?», me responde con cara de susto. «Pues claro está. ¿Con qué se sustituye a este Gobierno?». Casares se suma a mi parecer. Maura se ensombrece un poco. «Hombre, yo no creía… la verdad, estoy fastidiado si eso es así…».

Me cuentan los trabajos que se hacen para reducir a Prieto. Han tenido una nueva reunión casi todos los ministros, y Casares me dice que se han dado a Prieto todas las satisfacciones y se le han hecho todos los desagravios posibles. Pero aunque ya vacila, no acaba de ceder. En esa reunión, Fernando de los Ríos, humorísticamente, ha llegado a hincarse de rodillas ante Prieto, suplicándole que retirase la dimisión. «Levántese usted, que se desplancha», le ha contestado Prieto.

Así han quedado las cosas, yo confío en que al fin no ocurra nada. Tan desatinado es el propósito de Prieto.

26 de septiembre

Estos días han sido de gran trabajo, de mucha tensión política y de apasionados debates en las Cortes, concluidos por hoy con una sesión empezada ayer viernes a las cuatro de la tarde y levantada esta mañana a las ocho, sin más descanso que una hora y media para cenar. He perdido un poco la noción de la marcha del tiempo, y no podría relatarlo con orden. Estoy además cansadísimo. Pondré aquí algunas indicaciones de las cosas más notables.

La dimisión de Prieto se desvaneció. Creo que a la sesión del miércoles por la tarde asistió ya como si tal cosa, aunque todavía algunos ministros y el propio Maura, me dijeron que no era seguro que volviese de su acuerdo. Aquí se ha visto un efecto a punto de ser desastroso de la impresionabilidad de Maura. Habla con muchas gentes de la otra cuerda, o con personas que, más o menos intencionadamente, le empujan a decisiones extremas. Felipe Sánchez Román tiene sobre él gran influjo. Si se tratase con el cardenal Segura o con los jesuitas, viviríamos bajo la acción indirecta de estos señores. Más de una vez he sentido pesar sobre el Gobierno (en ocasiones por conducto de Maura, en ocasiones mediante Fernando de los Ríos) la opinión de personas extrañas que no tienen, ni han querido aceptar, la responsabilidad del poder.

En una de las sesiones nocturnas de estos días, se resolvió conceder el suplicatorio para procesar a Calvo Sotelo. La sesión fue secreta. Se habló demasiado de este impenetrable personaje, criatura de don Antonio Maura en sus comienzos, niño prodigio hace doce o catorce años, que militaba en el Ateneo al frente de los germanófilos, y siempre hombre rapaz e insolente, del que se asegura que se ha enriquecido en el ministerio de Hacienda. Todos estaban por conceder el suplicatorio para procesarlo. El diputado Gil Robles, se levantó a proponer que se concediese; pero que se otorgara a Calvo Sotelo la seguridad de que no sería reducido a prisión, ofreciendo él palabra de honor de conservarse a disposición de la autoridad y de la policía. En suma, Gil Robles proponía que las Cortes pactasen con Calvo Sotelo; lo rechazaron, y como es de presumir no vendrá a Madrid el hacendista de Primo.

En la misma sesión el excapitán Jiménez propuso que se enviara a Barcelona una comisión de parlamentarios para investigar si se había aplicado la «ley de fugas» en el curso de la última huelga. El flaco resultado que dio la comisión enviada a Sevilla para fines análogos, me parece que les habrá quitado a los diputados las ganas de repetir. La propuesta de Jiménez fue desechada. Pero en el curso de la discusión salieron a relucir algunas proezas de ese sujeto, de quien yo tenía antecedentes por el capitán Arturo Menéndez, actual jefe de Policía en Barcelona. Jiménez cobró cincuenta duros a una golfa por sacarla de la cárcel donde estaba detenida. En la sesión de las Cortes se lo han dicho, y Jiménez, por toda exculpación, ha declarado que se trataba de un trabajo profesional (es abogado) por el que puso minuta. Ni el colegio de abogados de Barcelona ni las Cortes mismas han tomado ninguna determinación contra ese granuja. Era, o es, muy amigo de López Ochoa.

Prieto ha tenido una tarde poco feliz en las Cortes. Le ha interpelado Sigfrido Blasco, que cometió la imprudencia de pedir para su suegro la delegación de Petróleos en Valencia (más de veinte mil duros de emolumentos al año) y Prieto se la negó. Sigfrido Blasco, enojado, emprendió contra Prieto una campaña en un periódico valenciano, y en alguno de Madrid, insultándole. El discurso (llamémoslo así) de Sigfrido en las Cortes ha sido risible a fuerzas de barbarie. Los diputados se reían a carcajadas. Blasco soltaba cosas como ésta: «En una asamblea de fuerzas vivas de Valencia dije yo, para no engañar un vez más al país…». Este Sigfrido tiene ocho patas. Prieto no ha sabido contestarle. Con gracia y finura, le habría hecho trizas. Se ha obstinado, con gusto perverso, en echar en cara a Blasco que le haya acusado de *robar* en el ministerio. Y estaba tan mal de palabra que, por un lapsus deplorable (aunque inmediatamente lo rectificó), dijo algo que parecía molesto para el ministro de Comunicaciones. Por fortuna Martínez Barrio no estaba en el banco azul. Al siguiente día, y cuando andábamos aún comentando la dimisión de Prieto y su enojo, Martínez Barrio nos dijo, a algunos ministros, que todos teníamos que devorar amarguras como le sucedía a él con lo dicho por Prieto al contestar a Sigfrido Blasco.

El jueves le tocó el turno de enojarse y disgustarse al Presidente. Las cosas pasaron de este modo:

Salí yo del salón de sesiones y me fui al despacho de ministros. Allí estaba don Niceto, y el subsecretario de la presidencia le ponía, a la firma, unos decretos. Paseándome yo por el despacho, le oí decir a Sánchez Guerra: «Decreto nombrando al gobernador civil de Jaén…».

«¡Hombre! —pregunté por curiosidad, puesto que en Jaén hay elecciones y se presenta un candidato de Acción Republicana—, ¿quién va de gobernador a Jaén?». «Un señor llamado Vázquez Humasqué». «¡Ah!, es de mi partido». El Presidente firmó el decreto sin proferir palabra, y en seguida se lamentó de la desconsideración de Maura, que le enviaba el decreto sin consultárselo antes, ni haberle hecho indicación alguna respecto del propuesto, siendo así que en Jaén es donde tiene don Niceto sus intereses políticos y sus relaciones personales y familiares más íntimas. El Presidente hizo de todo ello gran argumento, y amontonó las quejas, y se dolió mucho de que nadie le hace caso, y trajo a colación otros casos semejantes, etcétera, etcétera. Parecía muy triste, muy lastimado en su autoridad de Presidente y en su vanidad. Yo le dije, como es cierto, que no había hablado con Maura de semejante asunto, ni le había pedido nada para el señor Vázquez ni para Jaén, que me traían igualmente sin cuidado. Vi al Presidente como no le había visto nunca, salvo el día famoso en que dimitió porque Maura expulsó de España al obispo de Vitoria.

Poco más tarde, el Presidente y yo estábamos en el banco azul. Se discutía la enmienda a la Constitución que el mismo Presidente había elaborado de concierto con los catalanes y defendido con bastante tino. Los catalanes habían venido a Madrid con la pretensión de que su proyecto de Estatuto es intangible y que había de aprobarse sin quitarle punto ni coma. El proyecto de Constitución, por su parte, cerraba el camino al Estatuto. Don Niceto, en largas conversaciones con los diputados catalanes, había conseguido que cediesen de sus pretensiones en muchos e importantes puntos, que él, con su prodigiosa memoria, enunció al pronunciar su discurso, y elaboraron un texto constitucional que hacía posible discutir después el Estatuto, al paso que ya consignaba en la Constitución (articulando las facultades del Estado y de la región autónoma) todas las atribuciones mermadas a las aspiraciones catalanas. Pero las Cortes eran hostiles a la enmienda de don Niceto. Los socialistas querían votar en contra, y hecho un escrutinio dentro de su grupo parlamentario, resultaron sólo cuatro votos de mayoría a favor de la enmienda. Los del grupo Ortega, también eran contrarios. En mi partido sólo a regañadientes lo aceptaban, y eso sólo en principio, para discutir después número por número. Los radicales iban a votar en pro, porque Lerroux se lo ordenaba desde Ginebra. Creo que los radicales-socialistas también estaban en contra. Y todos los diputados de la antigua política, como Alba, Royo, Melquíades, etcétera, etcétera, y sus amigos. La situación era difícil. Cuando volvimos al salón de sesiones don Niceto y yo, aquello estaba como el día de

la enmienda de los federales: hirviendo. Yo tenía el pensamiento de hablar esa tarde, en cuanto viese un momento oportuno para intervenir. Emiliano Iglesias pronunció un discurso anticatalanista, con el designio de envenenar la cuestión, barajando una vez más el Pacto de San Sebastián, la conducta de Macià, la República catalana, etcétera. Las tribunas aplaudieron a Iglesias, pero no los diputados. Es hombre desacreditadísimo.

En éstas, Jiménez Asúa, presidente de la Comisión, se acercó al banco azul, y le dijo a don Niceto que había el propósito, de acuerdo ya con los catalanes, y aceptado por Besteiro, de suspender la sesión para que, la Comisión reunida con los presidentes de los grupos y con don Niceto, estudiasen un nuevo texto que pudiera satisfacer a todos. El Presidente dijo que le parecía bien; pero que con él no contasen, porque nada tenía que hacer en esa reunión y no subiría a ella.

—Que suba el gobernador de Jaén —añadió muy enfadado, respirando por la herida del nombramiento.

Entonces entablamos un diálogo muy vivo el Presidente, Ríos, Asúa y yo. Todos los diputados nos miraban, dándose cuenta de que ocurría algo raro, Maura me preguntaba: «¿Qué pasa? ¿Qué dice?». Yo le sujeté para que no hablase con don Niceto, temiendo alguna tontería.

El Presidente estaba muy enfadado, y aseguró que él no podía concurrir a una reunión con el señor Bugeda, diputado socialista, miembro de la Comisión, que había combatido la enmienda de don Niceto atribuyéndole un artículo que no era de la enmienda, sino del propio texto elaborado por la Comisión. Esto que era una ligereza o una distracción de Bugeda, lo atribuía don Niceto a una perfidia. Enterado Bugeda del enojo del Presidente, acudió solícito a darle muchas excusas, con grandísimo respeto. Yo intervine, apoyando a Bugeda, y con alguna brusquedad procuré demostrar a don Niceto que todo ello era una niñería. Bugeda es un joven socialista, de voz ronca, que echa discursos a la velocidad de ciento ochenta palabras por minuto, y al que es imposible seguir en sus razones, no por la velocidad, sino por lo incorrecto del lenguaje, la absurdidad de la intensión, y lo inaudito de las imágenes. Por lo demás, hombre simpático y de buena fe, como lo ha probado en esta ocasión.

La escena duró un rato largo, y hablamos tan fuerte, que nos llamaron la atención. El Presidente al fin se convenció; habló con Besteiro, y la sesión se suspendió, para el objeto dicho. Algunos diputados, creo que Soriano, decían: «¡Pastel! ¡Pastel!». Les parecía mal que, dividido el Congreso en dos bandos,

y siendo indispensable entenderse, los delegados de los grupos buscasen en común un texto nuevo para someterlo después a discusión y aprobación.

La sesión se suspendió a eso de las siete. Fuimos al despacho de ministros, y allí se habló, entre otras cosas, del enojo del Presidente con Maura. Sánchez Guerra contó que el Presidente se proponía no volver a saludar a Maura. Ya se había enterado Maura del incidente, y allí se lo explicaron con más detalles, principalmente Sánchez Guerra. Maura montó en cólera y derrumbó sobre el pobre Presidente, que estaba recibiendo en otro lugar un nuevo disgusto, un cerro de denuestos: «¡Pues claro está que no se le consultó! —exclamaba—. ¡Qué quiere! ¿Qué envíe a Jaén a un amigo suyo para caciquear a gusto teniendo como tiene en la provincia ocho diputados socialistas frente a él? ¡Que me lo diga a mí! ¡Que se me queje! ¡Me va a oír!», etcétera, etcétera.

Se comentó la escena del banco azul, y todos se maravillaban del vidrioso humor del Presidente, que algunos días parece un niño mimado.

La sesión estuvo suspendida hasta las nueve o cosa así. Había en los pasillos del Congreso, donde toda necedad hace tertulia, gran *expectación*, y no pocas idas y venidas, rumores disparatados, sensacionalismo.

Algún periódico de la noche, como *La Voz*, explota con mala intención esas circunstancias. Publica una *última hora* muy inquietante, alarmista: «¿Qué va a suceder? ¿Qué pasará?», etcétera. Demasiado saben que no va a pasar nada, y que estas situaciones son propias de un gran debate en cualquier Parlamento.

Pero estas gentes, cautelosos monárquicos hasta el 12 de abril, que después se presentan como los «grandes órganos de las izquierdas», hacen a la República todo el daño que pueden, y no se atreven a hacerlo mayor, porque la ven segura; si algún día creen que se tambalea, acudirán presurosos a hundirla, y encima cubrirán de denuestos a los republicanos. Estos periodicuchos madrileños no tienen más inteligencia que un poste, ni más ilustración que un patán. Y ellos hacen y deshacen. Con qué desvergüenza, a veces. Tal en el caso de Alba.

Al reanudarse la sesión para suspenderla en seguida, porque no estaba aún logrado el acuerdo, y anunciar que se proseguiría a las diez y media, hubo gran chasco. Todos los diputados estaban presentes, como por la tarde. Las tribunas llenas; y en la diplomática, los embajadores de Francia, Bélgica, México, Checoslovaquia, y otros, que se habían aguantado toda la suspensión.

Volvimos a las once. Se leyó el nuevo texto. Prieto y Largo Caballero anunciaron ya su disconformidad, que iba a producir, al día siguiente, una

tormenta nocturna; Asúa estuvo un poco áspero y demasiado seco al contestar a Prieto, y nos fuimos del salón algunos ministros, reuniéndonos en el despacho, donde el Presidente me contó su más reciente pesadumbre. Se la ha proporcionado un joven diputado, García Valdecasas, director general de no sé qué cosa en Hacienda, de quien sus amigos cuentan que tiene mucho talento y de quien aseguran, los que no lo tratan, que es algo presuntuoso y muy *supuesto*, como dicen en Andalucía. Yo apenas lo conozco, no he cambiado con él más que el saludo, y me ha llamado la atención por las incontables veces que cruza y recruza el hemiciclo y por el aire *affairé* con que se enhebra por entre los corrillos del Congreso. Es catedrático y del grupo de Ortega. Con todo esto hay de sobra para que mire con desdén al Presidente.

La reunión de esta noche ha tenido lugar en una sección. Cuenta el Presidente que todos se habían sentado en las sillas adosadas a las paredes, y cuando en el curso de la discusión se llegó a no sé cuál párrafo, de los propuestos por Alcalá-Zamora, el joven García Valdecasas se levantó de su asiento, se puso en otro de espaldas a don Niceto, y arremetió contra el párrafo, diciendo que su autor no sabía derecho, y que se reirían los sabios extranjeros al leerlo, etcétera, etcétera.

Cuenta don Niceto que él respondió con gran humildad, diciendo que cuando el señor García Valdecasas tuviese el pelo blanco y cincuenta años, sabría cosas que ahora no se le alcanzan por su inexperiencia; que la tradición jurídica española no era la alemana; que el caso de España es diferente, y no sé qué otras razones, que no hacen al caso. Añadió que después del suspenso que le había dado Valdecasas no se atrevía a opinar.

—Ni sobresaliente ni suspenso —parece que respondió Valdecasas, y se marchó del salón.

Toda la Comisión, y los demás señores presentes, aceptaron lo propuesto por don Niceto, el cual ponderaba su asombro y su dolor de verse tratado con tan poco respeto.

Inmediatamente acudió al archivo de las anécdotas para explicarse la hostilidad del joven Valdecasas, ya advertida antes por don Niceto. Asegura que cuando iba a la presidencia por asuntos oficiales, Valdecasas le trataba con gran altanería. Lo atribuye don Niceto a que hace años, cuando Valdecasas ganó su cátedra, uno de los opositores derrotados, a quien echaron también (no sé por qué ni por quién) de la carrera judicial, interpuso un recurso que don Niceto defendió. Y en la defensa, después de hacer grandes ponderaciones del mérito de Valdecasas y de dejar a salvo su derecho a la

cátedra, hubo de decir que, en el expediente contra el opositor derrotado, había intervenido ilegítimamente un tío carnal del mismo Valdecasas. Cree don Niceto que por esto le guarda rencor.

Estas pequeñas cosas de entrebastidores nos han divertido un poco de asuntos más graves, y, comentándolas, hemos salido del Congreso el ministro de Marina y el primer secretario Ramos, y nos hemos ido a un café de Recoletos, adonde también han acudido Maura y Sánchez Román. Después se ha presentado allí el joven García Valdecasas y otros diputados. Pero no se ha hablado del suceso. Sánchez Román es muy amigo, y un poco maestro y protector de Valdecasas. Recuerdo que, el verano pasado, este joven estuvo una temporada en Fuenterrabía, en casa de Felipe.

En la reunión del café se ha tocado la cuestión catalana. Sánchez Román es muy intransigente. Creo que hablará en las Cortes contra los proyectos de Estatuto y Constitución; me han dicho que deseaba hablar después que yo. Volví a casa cerca de las dos. Y aún tardé en dormirme. A la mañana siguiente, viernes, teníamos Consejo de ministros, y llegué con media hora de retraso. Por esta causa, me privé de lo pintoresco, que fue la actitud del Presidente, todavía lastimado y enconado por los disgustos del día anterior. Cuando tomé asiento en la mesa del Consejo, algunos ministros me miraban y se sonreían, indicándome al Presidente.

—¡Qué! —le pregunto a Maura—. ¿Ha dicho algo?

—Ha habido para todos, menos para usted.

En el Consejo, Prieto cuenta que Valdecasas le ha presentado la dimisión, y que él, ignorando lo que había ocurrido, no ha querido admitírsela; pero Valdecasas le ha dicho que persiste en ello, y que no volverá más a la Dirección General. Don Niceto ha vuelto a contar toda la historia, y la anécdota de las oposiciones, y después de todo ello ha concluido por decir que de ningún modo firmará el decreto admitiendo la dimisión de Valdecasas, por lo mismo que se origina en un incidente personal, y no quiere que se diga que coarta la libertad de un diputado para opinar.

El Consejo entero opina en contra, y le dice que, habiendo existido falta de respeto, no sólo debe admitirle la dimisión, sino que debió destituirlo. Don Niceto se obstina, y se niega en redondo. Prieto pregunta que qué va a hacer si el otro no piensa volver más. Y no se da ninguna solución. Yo me figuro que estas determinaciones tan fieras no durarán mucho.

Al tratar de la denuncia del contrato de Tabacos con Canarias, el Presidente nos cuenta cómo se hizo dueño de la compañía de Tabacos Juan March, el millonario contrabandista que fue cargador en el muelle del puerto

de Palma de Mallorca y hombre el más inteligente de España, según don Niceto.

Parece ser que Ruiz Senén, el gerente de los negocios de la casa Urquijo, dio ochenta mil duros a los concejales del Ayuntamiento de Madrid para que votasen no sé qué concesiones relativas a los tranvías y a la electricidad. El intermediario repartidor de los ochenta mil duros se quedó con diez mil.

El día del reparto del dinero, que se celebró con un guateque, Romanones les dijo a los concejales: «Bueno, granujas, a ver cuándo hacéis algo de balde». Y de este envite, salió la alcaldía de Madrid para el hijo de Romanones, Villabrágima.

March conocía este fregado, y se fue a una junta de accionistas de la Tabacalera y pronunció un discurso contra Ruiz Senén, con alusiones que sólo éste podía entender; pero que le demostraron que March estaba al cabo de la calle. Ruiz Senén se asustó, y la casa Urquijo capituló con March.

De este Consejo ya no recuerdo nada más. La sesión de las Cortes me ha borrado de la memoria lo que hice por la mañana. Sólo me queda el detalle de que ya en pie, y despedido el Presidente, me contaban cosas de la primera parte de la reunión, a la que no asistí, y que uno de los ministros, no acierto a decir cuál, creía saber que don Niceto tiene, o ha tenido, un hermano loco. Es una exageración. El Presidente tiene una susceptibilidad quebradiza, y los disgustos, la fatiga, han de ponerlo a veces de muy difícil condición. Él es modesto y no se da importancia; pero tiene conciencia de lo que significa y, como a todos los modestos, le agradaría que no tomasen su modestia muy al pie de la letra. Vamos, que es vanidoso, y en tocándole ahí, se quiebra.

La sesión permanente ha sido además de fatigosa, dramática en algunos momentos, y, en lo más del tiempo, aburrida. Los discursos de Unamuno y Sánchez Román en la sesión de la tarde no me han gustado, por motivos diferentes. El de Unamuno es continuación de su táctica «contra esto y aquello». No sabría uno qué hacer aceptando las tesis de Unamuno. Como una conferencia en el Ateneo, bien estaría; pero dicho en las Cortes, y en tal ocasión, carece de valor político. No ha gustado. Se le ocurren cosas tan triviales como que la República no la han traído los republicanos sino Alfonso XIII. (Lo mismo opinó el general Fanjul en una de las primeras sesiones de Cortes). Y ha incurrido en un tópico, que he oído siempre que se plantean cuestiones políticas que llegan a lo vivo: el tópico de que el problema no interesa y que hay otros más urgentes, como el de la ley Agraria.

En el fondo, Unamuno opina que la República la ha traído él. Y ha tratado el Pacto de San Sebastián con reticencias y sobreentendidos misteriosos,

dignos de *ABC*. Sánchez Román ha hecho un discurso de abogado, tratando la cuestión fuera de sus límites políticos reales y verdaderos. Si la dejásemos reducida a los buenos, tendríamos: los catalanes son *nacionalistas*. Si no son descaradamente separatistas (y muchos lo son), débese a que no pueden separarse por la fuerza o no les conviene. Puestas así las cosas, el problema consiste en decidir si conviene y es posible resistir e imponerse por la fuerza, en caso necesario, o transigir con moderación, buscando una postura en la que podamos estar cómodos. La asimilación de Cataluña es ya imposible, ni por la fuerza ni por la expansión del Estado. Tenerlos sojuzgados: ¿de qué sirve? La política de Primo de Rivera condujo a envenenar la cuestión. Exterminar a los catalanes, no parece hacedero, por muy unitario y españolista que se sea; en tales condiciones, lo prudente es procurar un acuerdo que pueda ser principio de una reconciliación, problemática. ¿Y qué le hemos de hacer, si hay que dar, para conseguirlo, alguna torsión a los puros principios jurídicos?

Jiménez de Asúa ha contestado bien a Felipe, que, en su réplica, ha estado poco feliz.

Ha hablado también Carrasco Formiguera, uno de los más exaltados catalanistas, que en un mitin habló, este mes de abril, de declarar la guerra a España. Esta intervención, así como la de Carner, han sido muy impolíticas, y más les han hecho perder que ganar. Otro diputado catalán, Lluhí, amigo mío, y el más inteligente, al parecer, de su grupo (por lo menos de cuantos han hablado hasta ahora), se me lamentaba después de la intervención de Carrasco, a quien trata de idiota.

Besteiro daba mucha prisa para acabar esta parte de la discusión, y obtuvo del Presidente que no hablase; así es que yo tampoco he podido hablar, y se ha pasado a discutir los artículos y párrafos del nuevo texto, elaborado en la reunión tan amarga para don Niceto.

Al comenzar la sesión de la noche, el Presidente me dijo que si tenía que retirarse vencido por el cansancio, contaba con que yo me quedaría, porque sólo confiaba en mi prudencia y serenidad. Estas son, pues, las cualidades que me regala don Niceto. Por suerte, ha resistido toda la noche, y me alegro.

Los dos momentos de apuro han sido los de discusión y votación de una enmienda de Largo Caballero y otra de Prieto, que ya habían anunciado, un día antes, su disconformidad con el proyecto.

Los sindicatos de la CNT vienen negándose a cumplir en Cataluña la legislación social. No acatan a los comités paritarios ni aceptan la inspección del trabajo. En el Consejo de ministros hemos tenido bastantes dificultades por este motivo, y Largo Caballero ha pugnado mucho por no ceder a las

pretensiones de los catalanes y por someter a los indisciplinados sindicalistas a la acción de los órganos del ministerio del Trabajo. Siempre que se ha hablado de la cuestión catalana, Largo ha dicho que se opondría a que la legislación social y su aplicación se dejasen para la región autónoma. Palpita además en esto la profunda discordia entre dos partes del proletariado, y Largo representa en el Gobierno a la UGT.

Admitido en el proyecto de Constitución que la legislación social sea del Estado, ha presentado Largo una enmienda para que la aplicación de las leyes sociales le pertenezca también. Largo ha hablado desde su escaño de diputado, siguiendo la costumbre iniciada por Ríos, y continuada por el Presidente, de marcharse del banco del Gobierno para defender las proposiciones personales o de partido. Los argumentos de Largo, basados en que la legislación social es objeto de convenios internacionales, y que el incumplimiento casi seguro de estos convenios en Cataluña nos colocaría en mala situación ante el mundo, no me han convencido del todo. Durante la discusión, el alcalde de Barcelona, Aiguadé, me ha encontrado en los pasillos, y me ha dicho que si la enmienda se aprobaba, los diputados catalanes se marcharían de las Cortes. Este propósito era conocido de todos, y en algún momento pareció que iban a ponerlo en ejecución.

Había que evitar este conflicto, que hubiera sido gravísimo, a reserva de buscar un terreno de acuerdo. Los partidos estaban muy divididos, salvo el Socialista; yo no quería votar contra mi compañero de Gobierno, y me marché del salón; pero los diputados de Acción Republicana y los radicales tenían instrucciones para votar contra la enmienda. Muchos diputados de Acción Republicana, viendo que yo me marchaba, hicieron lo mismo, y también bastantes radicales. El resultado fue que la enmienda quedó aprobada por pocos votos de mayoría. La confusión fue grande, y los mismos socialistas parecían un poco temerosos de lo que pudiera ocurrir. El caso es que los catalanes protestaban y se agitaban, y entonces Saborit se levantó para decir que no querían aprobar la enmienda por sorpresa, y puesto que había pasado a ser dictamen, podía discutirse ahora como tal, lo que daría ocasión de oír la opinión de los catalanes. Así se ha hecho, contra el reglamento de las Cortes, y con alguna resistencia de parte de Besteiro, pero la verdad es que nadie se atrevía a dejar por concluida una cuestión tan seria. Lluhí intervino discretamente, y dio a entender que aceptarían la inspección del Estado en las leyes del Trabajo. La votación definitiva se dejó para después de la del artículo del proyecto que estaba discutiéndose, y así se dio tiempo para buscar una transacción. Los ánimos estaban muy calientes. Largo parecía algo fosco,

don Niceto había intervenido para explicar su voto, y dijo que estaba conforme con la doctrina de Largo; pero que votaría en contra, para mantener el texto convenido en la reunión de la víspera.

Con algunos diputados de Acción tuve yo un coloquio algo vivo. Habían venido a preguntarme al banco azul qué votaban, y yo les transmití con Giral la consigna de votar en contra de la enmienda. Pero como en el grupo parlamentario de Acción Republicana predomina un sentimiento de hostilidad al catalanismo, sólo cuatro diputados siguieron la consigna; los demás se salieron, y al preguntarles yo por qué, contestaban que al verme salir a mí creyeron que eso era lo que habían de hacer. Por su parte, Giral, que dirige el grupo, vino a quejárseme de que no le hubieran hecho caso. Yo les hice ver el compromiso en que por su abstención nos habían puesto, y que sí se producía la retirada de los catalanes, ellos me dirían lo que procedía hacer; que para el caso, ninguna falta hacía que me consultasen sobre su voto, y que ya habían visto cuál había sido el del Presidente del Gobierno. Que en tales condiciones, yo no podía seguir siendo presidente del Consejo del partido, y que en lo restante de la sesión votasen lo que les pareciese a cada uno, porque no pensaba mezclarme en la dirección del grupo. Los cuatro o cinco que me oían se quedaron un poco perplejos, y se dieron entonces cuenta del alcance de la votación. Yo corté la conversación y los dejé entregados a sus reflexiones.

La retirada de los catalanes, con el subsiguiente motín en Barcelona, se habría producido probablemente, porque dependen mucho electoralmente de los votos de los sindicalistas, y no podrían pasar por una resolución que a los sindicatos les parece inaguantable. La discordia entre sindicalistas y socialistas, entre la CNT y la UGT, ha estado a punto, una vez más, de producir un conflicto tremendo, y acaso la dislocación del Gobierno. Desde que se han abierto las Cortes, las polémicas que han apasionado más, han sido aquellas en que de un modo más o menos directo estaba implícita la rivalidad y la enemiga de las dos agrupaciones. Esa guerra civil es acaso la realidad política más vigorosa de España en estos tiempos; más vigorosa y temible sin duda que los separatismos y autonomismos, como lo que complica el problema catalán es su cruce con la cuestión sindical.

Esa discordia terrible ha asomado hoy en las Cortes una vez más, con motivo de la enmienda de Largo y de la de Prieto. Al discutirse aquélla, Companys, cuyas concomitancias sindicalistas son conocidas, ha dicho que en la conducta de la minoría socialista respecto de los catalanes había una inclinación inconsciente al engaño. Esta acusación, sin duda injusta, la ha

recogido Prieto, al defender su enmienda, y ha originado otro choque que ha podido costamos mucho.

Prieto, también desde su escaño, ha propuesto que el régimen de las Bolsas de valores dependiese del Estado, y no de la región. La enmienda tenía en sí menos importancia que la de Largo, y el Presidente del Gobierno, contestando a Prieto, ha procurado convencerle de que su enmienda era innecesaria, porque atribuida la legislación mercantil al Estado, nada había que temer por ese lado. Pero el carácter de Prieto y su violento rencor anticatalanista, y un poco su amor propio, empeñado en la cuestión desde que ordenó la clausura del mercado libre de Barcelona y luego tuvo que reabrirlo, han envenenado la cuestión. Prieto ha preguntado a Companys, si mantenía su acusación de engaño, dirigida a los socialistas. Companys ha repetido sus palabras. Entonces, furioso, Prieto se ha desatado contra los catalanes, diciendo que, en 32 años de vida política, no ha conocido un caso de deslealtad semejante al de aquéllos, en cuanto se refiere al cumplimiento del Pacto de San Sebastián. Y ha desfogado toda la cólera que desde abril viene almacenando contra la política de Macià y compañía, así como contra la política del Gobierno. El choque ha puesto a las Cortes en una tensión violentísima. Emiliano Iglesias, que estaba de pie junto a la tribuna, se ha lanzado a su escaño pidiendo la palabra a grandes voces. Era probable que, continuando la disputa, se hubiera acabado a golpes, o quién sabe cómo.

Besteiro intervino a tiempo, y con gran energía, diciendo a Prieto que ya tendría ocasión de hablar del Pacto de San Sebastián, y que el deber urgente era votar la Constitución. Pronunció una pequeña arenga, y es la primera vez que le he oído emplear el tono oratorio. Estuvo afortunado; de todas partes le aplaudieron, y el primero que se puso en pie para aplaudir al Presidente fue Saborit, a quien Prieto aborrece, y casi toda la minoría socialista le siguió. Los demás diputados también se pusieron en pie para aplaudir a Besteiro, y yo con ellos, porque lo hecho por Prieto me pareció un dislate y casi una salvajada. El Presidente y Maura se estuvieron quedos, y Largo Caballero se cruzó ostensiblemente de brazos.

La enmienda fue rechazada, y no por muchos votos. Creo que todo el Gobierno, menos Largo, votó en contra (no estaba presente Ríos, enfermo; Albornoz se había marchado tranquilamente a las once y media, diciéndome que no pasaba nada). Los diputados de Acción votaron todos en contra, menos uno, que había firmado la enmienda con Prieto.

Lo que ha hecho Prieto me parece condenable, porque no hay derecho a satisfacer una pasión personal comprometiendo toda la situación política. Que

los catalanes se aprovecharon de la proclamación de la República para crear un hecho consumado, es innegable. Pero el ministro de Hacienda sabe que las cosas no han podido pasar de otra manera. Cualquiera puede atacar por eso a los catalanes, menos un ministro de este Gobierno, que ha aprobado y aceptado casi todo lo hecho en Barcelona, y sólo en parte lo rectificó. Al proceder así, era porque la conducta de los políticos le parecía buena o porque no podía estorbarla. En cualquiera de ambos casos no le corresponde a un ministro de este Gobierno censurarlo ni desprenderse, o pretender desprenderse, de la responsabilidad que le alcanza por aquella política. Aunque en Consejo de ministros Prieto consiga su voto adverso, o su mal humor, la solidaridad con los acuerdos del Ministerio no se rompe por eso. Ahora ocupa, con su discurso en el Congreso, una posición simpática en ciertos medios, y desde luego agradable a los anticatalanistas; pero debió añadir que la solución, propuesta por él al Gobierno para acabar con lo que sucedía en Barcelona, era emplear la fuerza.

Me parece que el incidente provocado por Prieto, con todos sus riesgos, no es inspiración suya exclusivamente. Hace días, Maura venía anunciándome, que se proponía «tirar de la manta» en el asunto del Pacto de San Sebastián, precisamente para acusar a los catalanes de deslealtad. Me dijo que Sánchez Román pensaba aludirnos en su discurso, y que él recogería la alusión, para hablar desde su escaño y despacharse a su gusto. Durante toda una tarde estuvo resuelto a intervenir, aunque don Niceto, con un gesto de resignación, le rogaba que fuese prudente. Por mi parte le dije que si él hablaba en ese sentido, me vería obligado a contestarle. Maura desistió de hablar, o se le pasó el arrechucho como otras veces. Pero Sánchez Román hizo alusiones en su discurso que, sin nombrarnos, se encaminaban a Maura y a mí. Maura había hablado con Sánchez Román, cuyo criterio en este punto es conocido, y estaba influido por él. No lo estaba menos Prieto, que siente por Felipe la sumisa admiración de Calibán por Próspero. No es que Prieto haya obrado por encargo, ni siquiera por incitación directa, de Sánchez Román; pero es indudable que, viéndose a diario, como se ven, la opinión de Felipe ha soliviantado el enojo de Prieto y le ha animado a lanzarse por un camino que tal vez no habría tomado en otro caso. El influjo de Sánchez Román sobre la conducta de Prieto aparece en otro síntoma que se ha declarado en el Consejo de hoy. Después lo contaré.

Terminado el incidente de Prieto, la sesión no ha sido más que aburrida, hasta el final. Lo creíamos muy lejano a las cuatro de la madrugada, porque faltaba por discutir y votar cuarenta y tantas enmiendas. (Anoto que al salir a

los pasillos, Prieto le ha dado un abrazo a Lluhí, diciéndole: «No haga caso de lo que nos decimos ahí dentro»). Por fortuna, votado el artículo 14, y un texto transaccional, sobre la enmienda de Largo, que parece algo y no será nada, muchos diputados han retirado las que tenían presentadas. El número de diputados presentes no ha sido nunca inferior a doscientos. Algunos dormitaban en su escaño. Abad Conde ha dormido tres horas, soñando sin duda que lo derrotaban en Lugo: tal cara tenía. Don José Ortega se paseaba por los pasillos, con su gabán colgado de los hombros, aguardando la hora de decir el discurso que había de pronunciar por la tarde y no lo pronunció.

En el salón de conferencias han aparecido Valle-Inclán, Julio Camba, Juan Cristóbal y otros trasnochadores de Madrid, y han puesto allí su tertulia; pero el cansancio ha podido más que ellos. De madrugada nos desayunábamos en el bar. Por allí entró Prieto, y en una mesa donde había diputados y periodistas le aplaudieron. «Vengo buscando aplausos afirmativos», dijo Prieto. Circulaba ya a estas horas la noticia de su dimisión.

A estas horas, Domingo y yo decidimos no ir a Pamplona esta noche, donde nos esperaban para un mitin en la plaza de toros. Estamos rendidos, y al alcalde de Pamplona, diputado de mi grupo, le decimos que no cuente con nosotros. Se pone muy triste.

Cuando he vuelto al salón, ya se había votado el título primero. La tarea se abrevia más de lo que esperábamos. Últimamente se ponen a discusión los dos artículos del título preliminar que fueron aplazados. Se trata de saber si somos una República de trabajadores, o qué. Lo más oportuno sería decir que somos una República de trasnochadores. Cuando apagan las luces y hay en el salón una luz cenicienta, como la que había ayer a las cuatro de la tarde, el señor Ortega se levanta a decir su discurso. En gran parte es ya añejo, porque se refiere a la cuestión, ya resuelta, de la autonomía y del Estatuto. Todos estamos muy pálidos, pero no de emoción, sino de insomnio. También habla Araquistáin. Se conviene en suprimir del artículo aquello de que España es una República «de tendencia federativa». Esta frase me parecía una desdicha. ¿Qué es una Constitución que *tiende* a ser algo y no llega a serlo? Muchos de los inconvenientes del proyecto vienen de que está mal escrito. En fin, votamos que el idioma oficial es el *castellano,* como yo prefería. Y nos vamos todos a casa, muy contentos, porque no son más que las ocho de la mañana.

He dormido tres horas, y he ido al ministerio. Por la tarde, he estado un rato otra vez en el ministerio, hasta la hora del Consejo, convocado para tratar de la dimisión del ministro de Hacienda.

A Prieto le enojó profundamente la intervención de Besteiro cortando la disputa con los catalanes, y más que nada le molestó el tono de las palabras del Presidente y su resultado. Prieto dice que Besteiro le «echó la Cámara encima», y que su situación viene a ser la de Alba, cuando discutió con Alcalá-Zamora. Está muy irritado con el grupo de su partido, sobre todo con Saborit, a quien no puede ver, y que se adelantó a ponerse en pie, aplaudiendo a Besteiro. Anoche publicó Prieto su dimisión en los pasillos del Congreso. Supongo que también estará enfadado con los ministros que aplaudimos a Besteiro, pero de eso no dice nada. De quien sí está quejoso es del subsecretario de Hacienda, que pertenece a mi partido, y votó, como todos los de Acción, contra la enmienda de Prieto.

En el Consejo se ha reproducido una vez más la contienda por dimitir y por no admitirle la dimisión. Es ya muy cansado este juego. Todos han acorralado a Prieto, que entre otros disparates ha propuesto que se sometiese a la junta ejecutiva del Partido Socialista el caso de su dimisión. Como todos le decíamos que en el Gobierno sólo puede haber vacantes por defunción, y Maura, riendo añadiera que no tenía más recurso, si quería dejar de ser ministro, que pegarse un tiro, Prieto replicó:

—Pues si no es más que eso, poco trabajo me cuesta, sobre todo algunos días. Tengo curiosidad por penetrar en el misterio del otro mundo, porque éste, ya está visto.

Mientras le hacían argumentos para que retirase la dimisión, Prieto ha dicho que antes de venir al Consejo había ido a casa de Sánchez Román, a contarle el caso, y que Felipe le había aconsejado que mantuviese su resolución. El consejo es notable, y da que pensar, porque Sánchez Román no ignora que la retirada de Prieto sería la caída del Gobierno.

Don Niceto se ha maravillado mucho de la opinión de Sánchez Román, y ha dicho que le deseaba mayor tino en sus dictámenes de letrado.

El Consejo ha terminado resignándose Prieto a continuar. Se ha confeccionado una nota oficiosa dando cuenta de la dimisión y del acuerdo de rechazarla; pero el encono de Prieto con sus correligionarios no se apaga por eso.

Por fin, esta noche me han dejado tranquilo en casa. Los de Pamplona insistían en que fuésemos allá mañana. Durante el Consejo han hablado con nosotros por teléfono; pero yo me he negado terminantemente a ponerme en camino. Prieto estaba dispuesto a ir.

29 de septiembre

El general Rodríguez del Barrio, que vuelve de su viaje de inspección, me trae malas impresiones de la situación del regimiento que hay en Jaca, que es el antiguo de Galicia, en el que se produjo el levantamiento de diciembre. Hay gran tensión entre los oficiales del cuerpo, porque unos fueron fieles al Gobierno y otros participaron más o menos en el movimiento. Los «republicanos», o que se llaman tales, se quejan de que están mal mirados por los jefes y por los compañeros. Hace días recibí a un capitán de aquel regimiento, a quien el general de la división había aconsejado que pidiera el traslado a otra guarnición. El capitán me decía que salir así del regimiento, sospechoso por creérsele implicado en el fantástico complot comunista, de que ya he dicho algo en estos apuntes, era una tacha que le haría imposible la vida en cualquier guarnición. Este capitán, cuyo nombre he olvidado ahora, me recordó un poco, por no sé qué acento y expresión, al infeliz Galán. El nuevo jefe del regimiento, que acaba de tomar posesión, distingue a este capitán con su frialdad, y en el acto de posesionarse del mando no le dirigió la palabra. Rodríguez del Barrio me asegura que el jefe no sirve.

Hablando del trabajo de las inspecciones, y como yo le felicitase por su diligencia, el general Rodríguez del Barrio me ha dicho que pondrá su mayor celo en servir, primero por lealtad y deber, y además por agradecimiento, porque la República le ha distinguido como nunca le distinguió la monarquía.

El teniente coronel del 31, Sánchez Casas, a quien he impuesto quince días de castillo por su incidente con el general de la división, salió del cuartel para el arresto diciendo en voz alta que sufría contento el castigo que se le había impuesto por defender a la tropa.

Por su parte, el teniente coronel Mangada, del regimiento 1, esperantista y vegetariano, ha escrito unas cuartillas acusando a Goded, a Ruiz Fornells y no sé a quién más, de conspirar contra la República. Ha leído sus cuartillas a los tenientes coroneles que están en las inspecciones, que inmediatamente se lo han contado a Ruiz Fornells y a Goded. El subsecretario me ha hablado de esto, un poco asustado, y muy dolido por la calumnia. Yo le he tranquilizado,

y le he dado la seguridad de que si las cuartillas llegan a mi poder (porque Mangada se propone enviármelas) sentaré la mano al autor.

También Goded me ha hablado del asunto, y, en general, de los gérmenes de indisciplina que hay en el ejército. De Mangada dice que es un cobarde y que cuando los sucesos de diciembre se apresuró a escribirle haciendo protestas de lealtad, y le visitó en su casa para probar la coartada. Goded alude al comandante Fuentes, de cuyos manejos en Valencia estoy enterado y al que voy a formar causa. Y me anuncia que las clases de tropa de Aviación están muy trabajadas por los comunistas y por Franco y que se disponen a hacer una barbaridad.

Dice Goded que los generales y jefes de cuerpo están muy acobardados, y no se atreven a imponer con rigor la disciplina, creyendo que el Gobierno no va a ampararlos.

Ayer tuvimos Consejo de Acción Republicana. Me contaron que corre por ahí el rumor de que se trata de formar un Gobierno presidido por Sánchez Román. Verdad es que otros hablan de un Gobierno presidido por Ortega y Gasset, y aseguran que ha hecho tanteos con algunas fuerzas políticas para averiguar si lo apoyarían. Todo ello me parecen tontunas.

En el Consejo de hoy, nada notable. Se prolonga la ausencia de Lerroux, y todos ven en ello una astucia, para eludir compromisos en las Cortes. He recibido una carta de Carlos Esplá, diputado de mi grupo, que está en Ginebra con don Alejandro, en la que después de felicitarme por mi discurso en el teatro, me informa de la disposición en que se halla Lerroux respecto del soñado Ministerio presidido por mí. Según Esplá, Lerroux lo veía con mucho agrado y está dispuesto a apoyarlo.

Por la tarde he estado en las Cortes. Se discutía el título de la Nacionalidad. Algunos disparates se han propuesto. Cansado de la sesión, me he venido a casa, a eso de las nueve. Cuando comenzaba a cenar, me llama por teléfono Sánchez Guerra, y de parte de don Niceto me dice que vaya en seguida al Congreso, porque están discutiendo una enmienda de Barriobero en la que se pide la supresión de la pena de muerte en el ejército, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, y quiere don Niceto que yo esté presente.

Voy en el acto al Congreso. Han aplazado la discusión hasta que yo llegue, y están discutiendo otra cosa. En cuanto la despachan, el Presidente me concede la palabra. Yo enjareto un discurso, oponiéndome a la enmienda y al texto del proyecto de Constitución y pidiendo que la cuestión se deje, en todo caso, para el Código de justicia militar por lo que se refiere al ejército[16].

Me escuchan con profunda atención, y advierto que el discurso les impresiona. Muchas muestras dé asentimiento. Aplausos al final. Don Niceto me felicita con entusiasmo y sale a los pasillos haciendo grandes elogios de mí. Fernando de los Ríos, Domingo, Casares y Martínez Barrio también me felicitan. Ha cambiado la opinión de las Cortes. La sesión se suspende, quedando la votación para mañana.

Vuelvo a casa a cenar, y aún tengo que salir de nuevo. El Consejo Nacional de Alianza Republicana se reúne en el Congreso. Esta mañana, en Consejo de ministros, hemos examinado la situación electoral de Madrid, donde se celebrará el domingo una elección parcial. Se presenta el hijo de Primo de Rivera y un comunista. Los partidos republicanos no han podido ponerse de acuerdo y cada uno presenta candidato. Son tres. En tales condiciones, ninguno puede triunfar, y la lucha estará entre Primo de Rivera y el comunista. No habiendo candidato de la coalición, los socialistas han dejado a sus afiliados en libertad de votar a quien quieran, y estima Largo Caballero que muchos votarán al comunista. Malo sería que triunfase, pero aún sería peor que triunfase Primo de Rivera. Si a los tres meses de las elecciones generales, y estando las Cortes españolas empeñadas en la cuestión de las Responsabilidades, resulta que la capital de la República envía a las Cortes al hijo del dictador, parecerá que Madrid se ha vuelto dictatorial, o que absuelve a los dictadores. Ante esta situación hemos considerado indispensable acudir con el remedio, gestionando cerca de los partidos republicanos que retiren las diversas candidaturas y se proclame un solo hombre. Quedamos en que Martínez Barrio y yo reuniríamos a la Alianza Republicana y que los radicales-socialistas hablarían con sus amigos. Albornoz ha dicho que le parecía una barbaridad la presentación del candidato de su partido, Lezama.

Nuestra reunión de Alianza ha durado hasta la una. Presente estaba el Candidato que habíamos proclamado, Marsá, radical. En cuanto yo he expuesto la situación, que todos reconocen, Marsá se ha apresurado a desistir de su candidatura. Hemos llamado al doctor Juarros, del Partido Republicano Progresista, que con autorización de su consejo, ha retirado también la candidatura de Rafael Sánchez Guerra. Después, convocados los representantes socialistas, han dicho que votarían al candidato único de la coalición propuesta por nosotros, que es el señor Cossío. Los radicales-socialistas han tardado en venir. Por fin llega Francisco Barnés y otros dos. Les proponemos el caso, hacen algunos mohines, relatan todo lo sucedido los días pasados, buscando un poco de querella a los radicales, y como son un

partido democrático, dicen que no pueden resolver nada sin consultar con su asamblea. Por lo que dice Barnés, conozco que está conforme con nuestra propuesta. Es además discípulo y muy amigo de Cossío. Los otros representantes radicales-socialistas preguntan quién les resarciría de los gastos hechos para su candidatura. Y habiéndoles indicado yo la solución se retiran.

Hacemos una nota para los periódicos, y con lo ya acordado, es seguro que el Partido Radical-Socialista tendrá que retirar su candidato.

También se ha reunido esta noche el grupo parlamentario de Acción Republicana. He estado con ellos un momento.

El grupo socialista estaba en otra sala deliberando y se oían grandes voces. Debían de estar tratando la cuestión promovida por Prieto. Ello es que han reformado el comité que dirige al grupo parlamentario, y en el nuevo comité no figura Saborit.

1 de octubre

En la sesión de ayer no tuve ya que hablar de nuevo. No sólo se desechó la enmienda, sino que se retiró todo el artículo del proyecto constitucional. Después se discutió si se daba o no el derecho electoral a las mujeres. Mucho griterío. Chocarrerías de Hilario Ayuso, y combate oratorio entre la señorita Kent y la señorita Campoamor. Muy divertido. La señorita Kent está porque no se conceda ahora el voto a las mujeres, que en gran número siguen las inspiraciones de los curas y los frailes, y si votasen se pondría en peligro la República. La señorita Campoamor es de la opinión contraria. La Campoamor es más lista y más elocuente que la Kent, pero también más antipática. La Kent habla para su canesú, y acciona con la diestra sacudiendo el aire con giros violentos y cerrando el puño como si cazara moscas al vuelo. La Campoamor es radical, pero todo su partido, y el Radical-Socialista, se oponen a que las mujeres tengan voto. En cambio los socialistas quieren que lo tengan. Yo creo que tiene razón la Campoamor y que es una atrocidad negar el voto a las mujeres por la sospecha de que no votarían a favor de la República.

Los radicales perdieron la votación, y delante de mí le dijo Martínez Barrio a don Niceto que el Partido Radical estaba muy disgustado porque los progresistas (o sea el grupo a que pertenece el Presidente), habían votado contra aquéllos, y que tenían intención de tomar represalias en la cuestión de las órdenes religiosas.

En la sesión de hoy se ha votado el artículo y han perdido definitivamente el pleito los radicales y radicales-socialistas. Han votado juntos los socialistas y los católicos. Se han enfurecido mucho los perdidosos y, como decía ayer Martínez Barrio, han amenazado con grandes voces no dejar un solo fraile en España. De suerte que los radicales, enfadados porque los socialistas les han ganado una votación, se disponen a votar el artículo 24 del proyecto de Constitución, que antes no les gustaba y que es obra de los mismos socialistas. Extraño agradecimiento.

La sesión ha continuado por la noche. No he asistido, porque a la misma hora teníamos una reunión para organizat la elección del domingo y evitar

que Cossío tenga una votación poco airosa; del triunfo no duda nadie. Han asistido Besteiro, Cordero, el alcalde, Bello, Sánchez Román, Tapia, Ovejero (que por fortuna no ha dicho nada, limitándose a ponerse la mano en la oreja para oír mejor), y algunos más. Bello ha redactado un breve manifiesto. Se han hecho carteles y pasquines. Se ha averiguado que apenas teníamos intervención en los colegios electorales, y que sólo había disponibles cuatro o cinco mil pesetas para una elección que costará sesenta mil. Y todo esto en la noche de un jueves, cuando la votación es el domingo.

Entre los republicanos es muy corriente la opinión de que se está haciendo una Constitución socialista, aunque los socialistas no quieren gobernar; pero que los republicanos tampoco podrán gobernar con ella, Algunos estiman que el haber concedido el voto a las mujeres, hace por ahora imposible disolver las Cortes, y se felicitan de ello, porque así creen contrariar los planes de Lerroux.

Un diputado de mi partido me decía esta noche que es inadmisible que la Constitución de España la hagan Cordero y Guerra del Río, y que por piques de amor propio de éste o el otro partido se tomen *represalias* en otras cuestiones, variando los votos.

Maura me decía que esta Constitución es inaplicable, que nadie puede gobernar con ella y que habrá que reformarse en seguida.

2 de octubre

Lo más importante del Consejo de hoy ha sido la discusión sobre si se presentaba o no el proyecto de ley reformando la del Banco. No ha llegado a leerse el proyecto en Consejo. Maura opina que es un disparate, que producirá desastrosas consecuencias en la economía española meterse ahora a molestar al Banco. Particularmente me ha dicho Maura que el proyecto es debido al gusto que tendría Prieto en el fracaso de todos y en que se lo llevase todo la trampa, porque está herido en su vanidad. Dice también Maura que estando Prieto dimitido no tiene autoridad para plantear esa reforma. En el Consejo se ha acordado esperar a que se halle presente Lerroux.

Recibo informes reservados de lo que se trabaja en Huesca por introducir el comunismo en el ejército. He llamado a Madrid al general de la división.

El general Goded me dice que los plantes por la calidad del rancho, que vienen repitiéndose, serán el «que bailen» de esta República. Asegura que no está tranquilo, y que le parece estar sentado y fumando sobre una caja de pólvora. A los generales y al Gobierno nos va la cabeza en ello, dice.

En la sesión de esta tarde se ha desechado el artículo en que se autorizaba la sindicación de los funcionarios públicos. Una vez más se ha visto el caso de diputados que no se atrevían a votar en contra de lo que les parecía mal, y se han marchado del salón por no oponerse al tono dominante en su grupo o por no ganar fama de «reaccionarios». En el fondo, estas Cortes son mucho menos «avanzadas» de lo que a primera vista parece, y si el voto fuese secreto, veríamos grandes cosas. Se exceptúa la materia «clerical»; preponderan los frailófobos. Sin embargo, ya esta tarde se decía que los radicales no estaban tan fieros como ayer, y se supone (lo supongo yo también) que Lerroux, cuando venga, los amansará.

En la votación sobre los sindicatos de funcionarios, Martínez Barrio ha votado en contra del derecho de sindicación, no obstante ser presidente del sindicato de Correos. Lo ha hecho así, me dicen, por no discrepar de su partido.

Ayer se le ocurrió decir a Albornoz que el grupo parlamentario de su partido era una olla de grillos. Algunos radicales-socialistas lo increparon en

los pasillos y le dijeron que cada uno de ellos valía tanto como él, y juntos más que él, y que su gestión en Fomento era desastrosa. Parece que en el Partido Radical-Socialista no están muy entusiasmados con Albornoz. Mi ayudante les ha oído en los pasillos del Congreso hablando mal de su ministro, tachándole de vago, etcétera, etcétera.

En el Partido Radical, también hay descontento entre los jóvenes, por el tono conservador que ha tomado Lerroux. Creo que son quince o veinte los que hablan de separarse del partido e ingresar en Acción Republicana.

En el Consejo de esta mañana he hablado aparte un momento con Marcelino Domingo. Comentamos la declaración hecha en la sesión de ayer por los radicales-socialistas, sobre que votarían la disolución de las órdenes religiosas y confiscación de sus bienes. Domingo dice que él hará que sus amigos personales se salgan del salón de sesiones en el momento de votar.

Aún estamos lejos de aprobar la Constitución, y ya hablan algunos de reformarla apenas esté votada.

3 de octubre

Me dicen que el Nuncio está muy disgustado porque los obispos españoles no le secundan en sus propósitos de llegar a una política de conciliación con la República. Vidal i Barraquer, y algún otro, son los únicos que piensan como el Nuncio. Sin embargo, yo he leído una carta circular, impresa y firmada por todo el episcopado español, incluso Vidal i Barraquer, que tiene muy poco de conciliadora, si no de agresiva. Después he sabido que el cardenal Segura pidió a sus «hermanos» autorización para estampar las firmas de todos al pie de una pastoral (que debe de ser la que yo he leído) y que ellos concedieron, si bien indicaron que les placería mucho conocer el texto. Segura la publicó sin comunicárselo de antemano, e incluyó entre los firmantes a dos obispos ya fallecidos. Este desliz, que no puede atribuirse más que a una distracción, le da motivo a Maura para decir que Segura es «un falsario». El Nuncio ha hecho venir de Roma a un padre Pinedo, benedictino, que antes de ser fraile fue… cocinero; es decir, *hombre malo*. Este Pinedo creo que es el amigo de Cipriano, a quien le contaba hace años su desencanto respecto de la orden benedictina. Hombre aficionado a libros y al estudio, se imaginaba que en el claustro podría cultivar su afición. Estuvo en Silos, y le pusieron a cavar en la huerta. Ahora el Nuncio quería hacerle obispo de Vitoria, y Pinedo le ha dicho: «¿Cómo voy a ser obispo de Vitoria, con la vida que yo he hecho en Bilbao?».

Del padre Pinedo se ha valido el Nuncio para ciertas gestiones oficiosas, entre otras para procurarse una entrevista conmigo. Al Nuncio le interesaba conocer mi opinión personal respecto de las órdenes religiosas. Pinedo le ha hablado del caso a Amós Salvador, y Amós me lo ha dicho a mí. Yo no he querido tener la entrevista, que me parecía indiscreta y tal vez comprometedora. El que ha hablado con el Nuncio ha sido Amós. Aún no tengo referencia directa de su conversación. Guzmán me ha dicho que el Nuncio temía una actitud demasiado radical de mi parte, y le interesaba saber si rompería la Alianza Republicana. Aguardo informes directos de Amós. El día antes de saberse que el cardenal Segura dejaba de ser arzobispo de Toledo, el Presidente del Consejo tuvo una conversación con Vidal i

Barraquer, y aunque no nos dio noticia puntual de lo tratado, el Presidente estaba muy satisfecho del espíritu transigente del arzobispo de Tarragona. De ello nos habló en el Consejo que tuvimos por la tarde en el Congreso, y temiendo todos que Roma se negase por fin a destituir a Segura acordamos llamar por telégrafo a Lerroux, para que como ministro de Estado se encargase de comunicar al Nuncio el ultimátum del Gobierno. Todo el mundo se da cuenta de que la prolongada ausencia de Lerroux es una habilidad, para eludir compromisos políticos y mantenerse al margen de los debates parlamentarios. La habilidad de don Alejandro a nadie le parece bien, y menos bien que a nadie al Gobierno. Don Niceto dijo esa tarde que era justo requerir la inmediata vuelta de Lerroux para que cargase con la parte de responsabilidad correspondiente en la ruptura con Roma, a que estábamos dispuestos a llegar inmediatamente. Se le puso un telegrama a Ginebra, rogándole que emprendiese el retorno.

Al día siguiente por la mañana se supo que Segura había «dimitido» la silla de Toledo. Yo no me enteré hasta por la tarde, que me lo dijo el Presidente en las Cortes. Estaba muy contento, y ponderaba el gran triunfo diplomático alcanzado por la República. No estaba menos satisfecho Fernando de los Ríos, que en el banco azul me pasó el papel en que el Nuncio le trasladaba la noticia de la renuncia presentada por Segura «siguiendo el ejemplo de san Gregorio Nacianceno». Me dio mucha risa el precedente. ¡Qué bueno es tener detrás veinte siglos de historia! Fernando recabó para sí la prioridad de dar la noticia a los periodistas. Don Niceto se la cedió, en cuanto al fondo. Dijo a los periodistas lo que pasaba y en seguida se calló para que don Fernando les hablase, comentando el valor del suceso. Don Fernando les hizo un erudito comentario. Y al volver al banco azul me dijo que Fernando había estado bien, pero que probablemente los periodistas no habían recogido mucho de lo que había dicho, porque hablaba muy aprisa. Yo tengo otra manera enteramente contraria de entender la publicidad oficiosa y gubernamental, que no debe ser muy errada porque todos los días me alaban mi sobriedad. Y los periodistas están tan habituados ya a ella, que nunca me preguntan nada.

El Gobierno daba mucha importancia a que antes de comenzar el debate sobre la cuestión religiosa, estuviese favorablemente resuelto el incidente del cardenal Segura. Estiman que eso nos dará autoridad para adoptar una posición más templada que la del proyecto de Constitución. Don Niceto se propone echar el resto en la disputa, y es de temer que se estrelle.

Ayer he recibido al general Gómez Morato, que manda la quinta división, llamado por mí. No concede importancia a la situación de Jaca y Huesca. Asegura que los regimientos están muy bien, y que él los visita frecuentemente.

Le entrego la nota reservada sobre los manejos en Huesca, y se pone un poco colorado, como si le hubiese cogido en falta. Dice que ignora el suceso, y que si hubiera algo de particular, el coronel del regimiento le habría avisado. No cree necesario tomar ninguna determinación con el regimiento que está en Jaca.

Esta tarde me ha visitado el coronel del regimiento 31, al que pertenece Sánchez Casas, y me ha pedido que lo perdone; en la oficialidad hay «marejadilla», dice el coronel, y se proponían ir a recibirlo a la estación cuando volviese de cumplir el arresto. El coronel se lo ha prohibido, y dice que responde de su regimiento, pero cree conveniente que perdone al teniente coronel, y que venga a Madrid sin que se entere nadie.

9 de octubre

He perdido el hilo de este diario, y un poco la noción del tiempo, gracias a que los días seis y siete han estado llenos de quehaceres, y de acontecimientos, y me he pasado una noche en claro. No me es posible recordar lo que hice el lunes y el martes. Estos días tuvimos Consejo y asistió Lerroux, que hizo una somera relación de su estancia en Ginebra. No sé por qué se me figura que no vuelve muy contento. Salvador de Madariaga, embajador de España en los Estados Unidos y diputado gallego, ha estado con Lerroux en Ginebra, y parece ser que es el único de la delegación española que ha sabido desempeñar su papel. Madariaga me habló en los pasillos del Congreso ese mismo martes, y me dijo, en el mayor secreto, que la acción de Lerroux en Ginebra había sido un «desastre». La causa es que Lerroux no sólo no sabe hablar francés, sino que «no se entera» de lo que oye. En estas condiciones ha presidido las reuniones del Consejo. Madariaga me ha dicho también que Lerroux le ha ofrecido la cartera de Estado, y que él se ha limitado a darle muchas gracias, pero sin entrar en conversación de política general. Me confirmó también que se propone ingresar en Acción Republicana. Para la Conferencia del Desarme, que se reunirá en febrero, a la que él asistirá, quisiera que designásemos desde ahora algún miembro del partido, que hable bien francés, para formar parte de la delegación española. Ayer, en la reunión del grupo, pensamos en nombrar a Carlos Esplá.

Ahora recuerdo que el lunes por la tarde, a última hora, estuve en el Ateneo a presidir una junta general extraordinaria, que se celebraba para que el Ateneo elevase a las Cortes una exposición, protestando contra la acumulación de empleos y sueldos de una misma persona, como sucede con algunas muy conocidas. Yo no tenía por qué ir a presidir semejante reunión, pero los vicepresidentes encargados de ello no aparecieron, y a las siete de la tarde estaban los ateneístas reunidos en el salón de sesiones, esperando que alguien los presidiera. El secretario, que es muy asustadizo, empezó a llamar por teléfono a todas partes en mi busca y dio conmigo en el café Regina, adonde había ido yo, no teniendo nada que hacer, para hablar con los amigos.

Me habló por teléfono, me dijo lo que ocurría, me pidió que fuese a presidir, y aunque yo le dije que me parecía inconveniente, y que podría crearme una situación difícil o desairada, insistió tanto, que accedí. Me presenté en el Ateneo, subí al estrado, muchos me aplaudieron; pero unos cuantos sujetos, que hacen allí de comunistas terribles, taconearon en señal de desagrado. Después me dijeron que eso era debido a que les molestaba que llegase yo tarde. Lo atribuía yo al gusto de manifestarse contra un ministro. Cualquiera de las dos explicaciones me dejaba indiferente.

La junta fue de lo más chocarrero e ininteligente que he visto en aquella casa. Sucede que los ateneístas más distinguidos son ahora diputados, ministros, gobernadores, subsecretarios, etcétera, y están en sus quehaceres, no van por allí. Queda una gran masa de socios anodinos y, revueltos con ellos, unos cuantos que pretenden continuar la agitación política del año pasado, creyéndose los verdaderos representantes de la revolución. Nosotros, los partidos del Gobierno, «le hemos hecho traición». Son los inútiles y fracasados que en todo tiempo se han refugiado en el Ateneo; antes esta clase de gentes danzaban en el campo de las letras, y eran *iconoclasias*, ahora, como la política priva, y el tono es la revolución, son políticos y revolucionarios con muchas *erres*. En realidad son unos pobres diablos, torpes casi todos, pedantes *ratés* algunos, guillados otros. Hay alguno que hace el comunista tremebundo y gasta camisa de seda y vive de lo que le dan sus hermanas.

En realidad el Ateneo está muy perdido. Y si yo no lo sostuviera, un poco por rutina y otro poco por lástima, de ver que se deshace una cosa que pudiera ser útil, no sé quién podría manejar aquello. De todos modos, parece ya imposible que el Ateneo vuelva a ser una gran sociedad literaria.

En esta junta del lunes no se atrevieron conmigo, aunque algunos tenían buenas ganas de hacerlo. Un sujeto, empleado que la dictadura dejó cesante, hijo de un antiguo cacique, y que en la elección del domingo votó a Primo de Rivera, se puso a defender una proposición para que se prohíba la acumulación de sueldos y cargos. Se dio el gusto de sacar a relucir a Pérez de Ayala, Aiguadé, y no sé quién más, que están en ese caso. Yo desarmé a los que tenían ganas de ruido, proponiendo que, pues nadie pedía la palabra en contra, y como la proposición formulada era de muy sana doctrina, se aprobase por unanimidad. Lo chusco del caso fue que los «revolucionarios» no querían que se aprobase; lo que les gustaba era que se hablase mucho y se dijesen barbaridades. Como prevaleció mi proyecto, les dio mucha rabia. Después quisieron escaramuzar en torno mío, sacando a relucir las reformas

de Guerra, y la competencia que hacen en el Trabajo los oficiales retirados. Con este motivo, se produjo un incidente chistoso, característico del Ateneo y por eso lo cuento. Un «admirador», con mejor intención que buen acierto, dijo no sé qué cosa del «ministro de la Guerra». Entonces otro señor afirmó que allí no estaba el ministro de la Guerra, sino el presidente del Ateneo. Galán, que hasta hace pocos días fue oficial de la Guardia civil, y es hermano de Fermín Galán, sostenía que sí estaba el ministro, y él lo estaba viendo. Dos grupos de socios se encresparon un rato, por decir si estaba o no estaba el ministro, sosteniendo unos que sí y otros que no. Fue cosa de risa.

Con la intervención de Galán se produjo otra demostración inesperada. Galán dijo que, en efecto, él había sido Guardia civil, pero de aquellos que no se mezclan en política y se atienen al cumplimiento de su deber, etcétera, etcétera. Entonces muchos socios, casi todos, ¡aplaudieron a la Guardia civil! Y aplaudieron los extremistas. Los mismos que hace pocos meses, en otra junta, me pedían la disolución del instituto.

Dejo de contar otras majaderías, que abundaron. Reunido luego con unos amigos en el despacho, teníamos todos una impresión penosa por el estado del Ateneo. Y todos también reconvenían al secretario, por haberme llevado a presidir.

Aquella misma tarde hubo, en Acción Republicana, elección de la junta municipal de Madrid. Tuve que intervenir para evitar que derrotasen al alcalde, contra el que había muy mala voluntad desde la asamblea. Me pasé gran parte de la tarde en la oficina del partido, y luego estuve en el ministerio hasta las siete. Estando allí me trajo el comandante Riaño un ejemplar de un periódico en que me injurian del modo más grosero y siguen explotando la paparrucha de que yo he sido cadete de artillería en Segovia, expulsado de la Academia por mis vicios. Quien haya puesto en circulación esta estupidez, ha tenido mucho acierto, porque ha dado gusto a las bajas inclinaciones de la gente. Parece ser que es muy crecido el infundio. Tengo dos sobrinos oficiales de artillería y me cuentan que han discutido mucho con sus compañeros, empeñados en afirmar que, en efecto, estuve en aquella Academia. Y como los sobrinos alegaban su condición de parientes míos para probar que estaban bien enterados, les contestaban que «quizás a ellos se lo habrían ocultado». Mis amigos se asustan un poco de estas calumnias, y Vicente Sánchez Ocaña, para desmentirlas, ha hecho en *Estampa* una información sobre mi infancia en Alcalá, con el solo objeto de poder decir que desde Alcalá pasé al Escorial, sin haber tenido nunca vocación de militar ni pasado por Segovia. Por cierto que lo escrito por Sánchez Ocaña tampoco está muy bueno; me atribuye una

visita a mi madre muerta, completamente imaginaria, escena de un gusto perverso.

El lunes o el martes llegó de Valencia la información que mandé instruir en averiguación de lo hecho por el comandante Fuentes. Resulta, de las declaraciones recogidas en Valencia y Alcoy, que Fuentes tanteó a unos oficiales para provocar una protesta de la Infantería contra el ministro. He pasado los papeles al auditor, para que instruya diligencias previas.

En la sesión del martes ocurrieron cosas extraordinarias. Por la tarde discutían el artículo 42, en que se habla de la propiedad, y por si había de socializarse de este o del otro modo, aprisa o despacio, con indemnización o sin ella, se movió gran ventolera. Habló Besteiro desde los bancos de diputados, y habló bien. El artículo del proyecto parecía demasiado radical. Según don Niceto envolvía una amenaza que desvalorizaría más la propiedad en España, sin provecho para nadie. Se convino en votar otra cosa, por la Alianza y otros grupos. Y a la hora de votar, cinco diputados de Acción Republicana votaron contra lo convenido, y los socialistas ganaron la batalla por *nueve* votos. Es decir, que los de Acción les dieron el triunfo. Yo me disgusté mucho, llamé a los diputados, y les dije que así no podíamos continuar ni un día más. Giral dimitió el cargo de representante del grupo, y se marchó del Congreso diciendo que no volvería más. El autor de la gracia había sido Luis Bello, que convenció a otros para que hicieran como él. Todos estos amigos creen que el Congreso es el Ateneo y que lo mismo da una cosa que otra. Mi recriminación no se fundaba en el sentido del voto, sino en que habiéndose acordado algo por el grupo, luego se faltase a ello, porque sí. Esta ligereza, como sucedió con la enmienda de Largo Caballero en la sesión permanente, ha traído consecuencias, aunque no tan enormes como en ciertos instantes pudo parecer. Triunfantes los socialistas, es decir, el texto del proyecto, comenzaron a discutirse enmiendas. Aburrido de este juego, me marché del salón de sesiones y, estando en el despacho de ministros, vinieron a contarme que entre los individuos de la Comisión había surgido una trifulca, y que Botella y Castrillo habían estado a punto de pegarse en el propio banco. Prieto decía que Botella, bizco como es, estaba horrible de furor, y que Alomar, bailándole la chalina de embajador demócrata, había separado a los contendientes. No sé qué me ocurría a mí aquella tarde que ni por ésas me entraron ganas o curiosidad de volver al banco azul. Lo sucedido fue que don Niceto habló defendiendo no sé qué texto, cuando ya se iba a votar, y Botella se destapó diciendo que las intervenciones del Presidente del Consejo, en tales momentos, eran una coacción. De aquí vino la protesta de Castrillo, del

partido de don Niceto, y la bronca consiguiente. Sin hacer más averiguaciones, me vine a casa después de las nueve, con el propósito de no asistir a la sesión nocturna, porque al día siguiente tenía que madrugar para marcharme a Toledo; digo madrugar porque había de levantarme a las ocho; estaba falto de sueño, y muy cansado, y tenía que pensar dos discursos para el día siguiente. Estaba en casa muy tranquilo, tratando de coordinar unos cuantos temas para los actos toledanos y ya me disponía a acostarme, cuando me llamó por teléfono, desde el Congreso, Fernando Coca, diputado de Acción Republicana, y me dijo que el Presidente del Gobierno acababa de presentar la dimisión delante de las Cortes, y que se había retirado del banco azul. Me lo decía porque juzgaba indispensable que fuera yo por allí. Tomé el portante, llegué al Congreso y entré en el salón de sesiones. Estaba de bote en bote. En el banco azul todo el Gobierno, menos don Niceto, que aparecía en los bancos de su grupo, y Lerroux, que estaba acostado y llegó mucho más tarde. Prieto estaba pronunciando un discurso. Muy enérgico, muy afortunado de palabra, trataba de convencer a don Niceto de que no era posible dimitir, y que así como a él no se le había permitido marcharse, tampoco podían irse los demás, y él Presidente menos que ninguno. Habló de que estamos amarrados al Gobierno, etcétera. A mí me costaba trabajo «entrar en situación». Maura me dijo en dos palabras lo que pasaba; pero no la causa, y quedamos de acuerdo en que aquella salida de don Niceto no podía sorprendernos. En efecto, más de una vez habíamos pronosticado que los nervios y piques del Presidente que padecemos en el Consejo, darían cuando menos lo pensásemos un espectáculo público. Pero la verdad es que yo no le creía capaz de hacer una tontería tan grande. El aspecto del Presidente, sentado de medio lado, con el codo en el respaldo, del escaño inferior, la cara en la palma de la mano, el semblante torvo, de color plomizo, extraviada la vista, y con un gesto de niño enfadado, era risible. Y no sé cómo no advertía el ridículo de su situación, suplicándole y aplaudiéndole todo el Congreso para que volviese a su puesto, y él, erre que erre, sin dar su brazo a torcer.

La causa inmediata de este barullo fue que Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión de Constitución, después de reunir a sus compañeros para tratar del incidente entre Botella y Castrillo, se levantó en su banco para leer una nota en la que declaraba la Comisión solidarizarse con Botella, y afirmar que había hablado en representación de todos. La nota secamente leída por Asúa, produjo estupor en las Cortes. Todos entendieron que la declaración se dirigía a aprobar públicamente, y en nombre de la Comisión, lo que Botella había dicho al Presidente en la sesión de la tarde; también lo entendió así el

Presidente, que huyó del banco azul y se dirigió a su escaño pidiendo la palabra a grandes voces. Allí pronunció el discurso presentando la dimisión, al que contestaba Prieto cuando yo llegué a la sesión.

A Prieto le aplaudieron mucho, y seguidamente todos los diputados hicieron una ovación a don Niceto. Todos, menos yo, y no sé si algún otro, porque lo que estaba haciendo el Presidente me parecía tan disparatado y tan necio que no me daban ganas de aplaudir. Lo que hice fue reírme con alguno de los de la Comisión que se sientan detrás de nosotros.

Don Niceto, callados los aplausos, en lugar de ceder y ocupar su puesto (como tuvo que hacer más tarde) y de excusarse por su *boutade* moduló con voz cantarína y tremante una nueva queja insistiendo en su dimisión; dijo que él ya no podía colaborar con Jiménez de Asúa, y puso las cosas peor que estaban. Los diputados parecían muy asustados. La disolución del Gobierno parecía inevitable. En muchas caras se veía la expresión de disgusto y contrariedad por la torpeza de don Niceto, que se ha dado a sí mismo un golpe tremendo. En fin, después de otros discursos, y de una exhortación de Barnés, que presidía, don Niceto volvió al banco azul, no sin declarar que ya era otro hombre, que era una sombra, una cosa muerta, y no sé qué más. Para hacer niñerías hasta el final, no se sentó en la cabecera del banco azul, sino en la otra punta. Me ha dicho Martínez Barrio que al sentarse entre los ministros don Niceto lloraba. Entonces, contra los ruegos del Presidente, se levantó a hablar Asúa. Durante todo lo anterior, como Asúa, sentado detrás de mí, anunciaba a sus compañeros el propósito de hablar, Araquistáin le recomendaba que fuese sobrio y «objetivo».

Asúa se levantó, y más redicho que nunca, explicó el alcance de la nota. Dijo que no la había redactado él, y que quizás no reflejaba su personal criterio. Que no se había tratado de apoyar lo dicho por Botella contra el Presidente, sino de solventar la cuestión, surgida entre varios miembros de la Comisión, que se acusaban unos a otros de no hablar en nombre de ella ni con su representación. Finalmente, en vista de lo dicho por don Niceto, presentaba la dimisión de su cargo, y sin más palabras se fue del salón.

Por entonces llegó Lerroux, con la cara de un hombre a quien le han interrumpido el sueño.

La nota, según se supo después, la había redactado Valdecasas; detalle que por fortuna ignoraba don Niceto cuando habló. De saberlo, no sé qué habría pasado.

Los socialistas y los radicales-socialistas eran los que más empeño ponían en aplaudir a don Niceto, porque tenía enojo particular contra esos dos

partidos, que habían aplaudido por la tarde a Botella. En cambio, los radicales parecían más tibios, porque su representante en la Comisión, Samper, había sido el causante de la disputa con Botella.

Tan enojado estaba don Niceto con los dos partidos que, no recuerdo bien en qué momento, llamó a los dos ministros radicales-socialistas y a los tres socialistas y les dijo que en sus manos ponía el Gobierno, y que arreglasen otro nuevo, en vista de que sus correligionarios habían amparado con sus aplausos a Botella que lo desautorizaba.

Se suspendió la sesión y el Gobierno se reunió en su despacho. Estuvimos todos presentes, y luego llamamos a Besteiro. Se le hicieron a don Niceto reconvenciones por su determinación. Él respondía tirando golpes irónicos o de despecho contra sus ofensores supuestos. Insistía en no continuar en el Gobierno: que ya no era nadie, que era una sombra, un cadáver, etcétera, etcétera. Sarcasmos contra Botella, Asúa, los radicales-socialistas, etcétera, y gana de meterse con todo el mundo. Unas palabras de Maura, excepcionalmente tranquilas, le dieron pie para desfogar su enojo, y ponerse en pie de batalla contra Maura; puso mucho empeño en demostrar que él no había dado pretexto para la agresión de Botella, y mandó que trajesen de la imprenta las cuartillas de su discurso de por la tarde. Mientras no venían, entró Besteiro, y propuso que él hablara con Asúa, a quien estaba seguro de persuadir que retirase la dimisión, conseguido esto, se reanudaría la sesión, declarando el Presidente de las Cortes que el suceso había terminado, continuando ambos en sus puestos. Salió Besteiro, no tardó en volver con la noticia de que Asúa ya no dimitía, y después de más palabras, se fue a reanudar la sesión. Las cuartillas del discurso de don Niceto estaban sobre la mesa de despacho, y en el calor de la conversación nadie paró la atención en ellas.

Entonces comenzó una escena algo ridicula:

—Vamos allá, Presidente —le dijimos.

—No, no. Vayan ustedes, yo iré después.

—Pero están esperando.

—Bueno, bueno. Vayan ustedes. Yo me quedo aquí con alguno. Quédese, don Alejandro.

Salimos encogiéndonos de hombros y un poco maravillados de lo que sucedía. Llegué al salón de sesiones, donde no había un asiento vacío. El Gobierno ocupó su banco. Besteiro, en la presidencia, aguardaba el retorno de don Niceto para reanudar la sesión, y los diputados se miraban unos a ortos. Yo me impacienté un poco y volví al despacho de ministros, en busca del

Presidente. Allí estaba, con don Alejandro, y con un disgusto nuevo. Le había molestado mucho que no hubiésemos leído las cuartillas, sobre todo que no las hubiese leído «el sabio don Fernando». Repetía mucho lo de «el sabio don Fernando».

Por fin nos lo llevamos al salón; pero se negó a ocupar su puesto en la cabecera y se sentó en el centro. Lerroux le dio a Ríos las famosas cuartillas, que se apresuró a leerlas.

Besteiro hizo la declaración convenida, y prosiguió el debate de Constitución. Hubo nuevas votaciones, un enredo reglamentario, promovido por la interpretación que Besteiro quería dar a no sé qué artículo, y al fin, a las cuatro de la mañana, se convino en que la Comisión redactase un nuevo texto, que pudiera ser aceptado por todos.

La radio difundió por Madrid y por toda España la noticia de la dimisión de don Niceto.

En la reunión que tuvo el Gobierno durante la suspensión, don Niceto me dijo que él no iba ya al banquete organizado para el siguiente día en el Palace, y al que estaba invitada la oficialidad de la guarnición de Madrid, por ser la fiesta del ejército. No iría, porque ya no tenía autoridad, ni ánimo, etc. Le contesté que no hiciese niñerías, que seguramente asistiría, como era su deber, pero que si de verdad estaba resuelto a no ir, que me lo dijese, para suspender el banquete en aquel mismo momento.

Cuando ya estábamos en el banco azul, volvió a decirme lo mismo, y la respuesta fue idéntica. Y como al poco tiempo, cansado de la sesión, me salí al pasillo, don Niceto preguntó a Casares:

—¿Adónde va Azaña?

—No sé. Ya lo conoce usted. Quizás a ordenar la suspensión del banquete.

Ignoro sí hablaron más. Casares salió al pasillo y me preguntó si había yo dado esa orden, y al contestarle que no, me refirió ese breve diálogo con don Niceto.

Volví a casa, a las cuatro.

El miércoles 7 me levanté a las ocho, con sólo tres horas de sueño. A las nueve llegué al ministerio; allí se me incorporaron el subsecretario, el general de la división, el general Queipo, otros personajes militares, un cortejo de ayudantes, y, en brillante caravana, salimos para Toledo. Era el «día del ejército», con el que he sustituido a las diversas fiestas de las patronas de las armas. En Toledo tenía que entregar la nueva bandera a la Academia, que ya no es sólo de Infantería sino de Caballería e Intendencia, además. Esta fusión,

y la clausura de la Academia General Militar de Zaragoza, les ha venido muy bien a los toledanos. Recuerdo que un periódico de Zaragoza dijo, con ocasión de las elecciones, que yo había quitado la Academia de allí y llevádola a Toledo, para ganar votos en esta provincia, por la que era candidato. Ese periódico ignoraba que el decreto de disolución de la Academia General Militar estaba firmado desde mayo, y no le quise publicar hasta que pasaran las elecciones.

En Toledo habían cerrado los comercios. Mucha gente en las calles, aplaudía. En la puerta del Alcázar, las autoridades militares, y en el patio formados todos los alumnos. Revisté la formación, como era mi deber. Eso de revistar cuerpos formados es una de las cosas que más me chocan. Todo consiste en pasar dando zancadas por delante de las filas de ¡hombres, tiesos como palos; yo los miro apenas, y alguno me mira con el rabillo del ojo. Además de los militares había en el patio muchísimo público; las galerías altas, atestadas. Habían colocado en ellas no sé qué colegios, y sonaba un rumor de colmena. Toque de cornetas, presentación de la nueva bandera. Discurso del exalcalde de Toledo, señor Ballester. Este señor Ballester ha sido concejal romanonista y ahora hace de jabalí radical-socialista.

Habló el coronel de la Academia, y luego pronuncié yo una alocución bastante vigorosa, pero que apenas se oyó: tal era el ruido.

Me impusieron una visita detenida a las instalaciones de la Academia, que ya conocía. Las vi el año 17, acompañando a Bergson y otros franceses que vinieron a Madrid durante la guerra europea. Los alumnos han desfilado, después, delante de mí en la explanada. Cuando estábamos en esto, llega el obispo, administrador de la archidiócesis en reemplazo de Segura. El desfile produce alboroto entre los toledanos. Y un político local, que está junto al estrado grita: «Esto es ya Toledo! ¡Viva el ministro de la Guerra!».

Gran banquete en el comedor de alumnos. Les digo otro discurso, y se entusiasman. Ciertamente no será porque les haya lisonjeado.

A las tres salimos para Madrid. Poco antes de las cuatro, estábamos en la nueva plaza de toros, donde se celebraba una fiesta para la tropa. En el palco del Gobierno están el Presidente, Ríos, Casares y Martínez Barrio. Me ha dicho después Casares que el Presidente se había instalado en un palco con su familia, y que les ha costado mucho trabajo hacerle ir al palco oficial. Cuando llego con mí cortejo, el pueblo soberano me aplaude. Hay banda republicana, masa coral, bailes, carrousel… Pero todo va de prisa, y no se acaba muy tarde. Cuando los del cuadro aragonés cantaban coplas, Casares me dice: «Si le cantan a usted una hay crisis». Por suerte, todas han sido para don Niceto.

Todavía, en el curso de esta fiesta, don Niceto ha vuelto a decirme que fuésemos preparados para hablar, porque él no estaba con ánimo de nada, y que quizás pidiesen que hablase el ministro de la Guerra; yo le he replicado: «¿Cree usted que en un banquete oficial, los militares van a ponerse a decir que hable el ministro?».

Después de la fiesta he ido al Congreso. Poca atención he puesto en lo que sucedía dentro del salón. Ya no me acuerdo. A las ocho nos fuimos a casa el ministro de Marina y yo. Don Niceto andaba todavía coqueteando con el puesto que le corresponde en el banco azul.

A las nueve y media en el Palace. Banquete ofrecido por el Gobierno a la guarnición de Madrid. Preside don Niceto, y a su lado Casares y yo. Todos los generales de la división, y los de las dependencias y centros militares, y unos seiscientos jefes y oficiales, porque no cabían más. Cuando estábamos empezando, llega un criado con unos sobres que contienen hojas clandestinas en las que me insultan del modo más soez y se incita al ejército a que no siga tolerando los «agravios» que le hace el ministro. Recoge los sobres el general Villegas, y con uno de ellos se queda Sanjurjo.

Al final, discurso del Presidente. Parece ser que los militares esperaban que yo hablase. Pero estaba indicadísimo un discurso de don Niceto, que posee la oratoria adecuada para tal público y tales actos. Los ha enloquecido con su discurso, que no ha estado falto de tino y habilidad. Muchos se ponían en pie braceando con entusiasmo, y algunos estaban conmovidos. El Presidente nombró a Sanjurjo, recordando lo que hizo el 14 de abril, y además le dio ocasión de ser sagaz. Cuando don Niceto habló de Lepanto, Sanjurjo le dijo a Casares: «ahora va a hablar de Cervantes». Y, en efecto, habló de Cervantes. Al final, aplaudieron con frenesí y vitorearon a la República. Todos ponderaban lo inteligente y lo gran orador que es don Niceto. Y el general Nieves, que es gordo y pacífico y algo monárquico, dijo que se sentía orgulloso de ser español.

Me entero de que al prepararse, en la Escuela de Equitación, el carrousel para esta tarde, un capitán se negó a tomar parte en la fiesta, diciendo que la República y el ministro se habían portado mal con el arma de Caballería; otros dos oficiales le secundaron en la negativa. He dispuesto que se haga una información para corregirlos.

En la sesión del jueves comenzó el debate sobre el artículo 24 de la Constitución, en que se propone la disolución de todas las órdenes religiosas y la incautación de sus bienes. Habló el ministro de Justicia, que tenía gran interés en ser el primero, para hacer, decía, un discurso «informativo». Habló

largo, y bien casi siempre. Pero no se limitó a informar, sino que combatió a fondo la enmienda presentada por Enrique Ramos en nombre de Acción Republicana y que habían aceptado los radicales y otros grupos de la Cámara. Esta enmienda proponía una solución más templada, y la situación de «corporación de derecho público» para la Iglesia. Esta idea había surgido en la Comisión misma que nombró Ríos para preparar el Estatuto de la Iglesia; pero en vez de esperar a que se discutiese la enmienda para descubrir su oposición, la fusiló por adelantado, haciendo así casi imposible encontrar un término de concordia. Parece que Ortega, también partidario de la Corporación de Derecho Público, está muy disgustado con don Fernando por lo que ha hecho, que es, en efecto, una ligereza y un acto poco leal.

Dice Ramos que Fernando ha procedido así por vanidad. El caso es que oído su discurso, los diputados ya no eran partidarios de la Corporación de Derecho Público.

Fernando tuvo, en su discurso, pasajes muy cursis, como aquel en que hizo una semblanza de la hermana de la caridad, que parecía arrancada de una novela de Pérez Escrich, y, luego, arengando a los católicos, les aseguró que él estaba «prosternado ante lo Absoluto». Cosa que a nadie le importa, ni, probablemente, al Absoluto mismo.

A Fernando de los Ríos le parece muy mal el dictamen de la Comisión y en la segunda parte del discurso lo insinuó. Los socialistas no querían dejarle hablar, porque ellos sostienen a toda costa el dictamen y se lo permitieron a condición de que se limitase a «informar». No lo cumplió ciertamente. Pero si tan mal le parece, no sé por qué se prosterna también ante la voluntad de su partido en cosa tan grave y que toca a la conciencia.

También me pareció cosa extemporánea lo de pedir un aplauso para los sefarditas, descendientes de los judíos expulsados por los Reyes Católicos. Los diputados aplaudieron; estoy seguro de que Bruno Alonso no sabe quién son.

Ayer viernes habló Albornoz. Estuvo muy mal. Sin conceptos su elocuencia. Hizo un discurso de mitin, pero de los malos, y lo agravó con el tono de su oratoria. Albornoz tiene un acento asturiano muy marcado, y entona una salmodia con altos y bajos en los timbres que se suceden, a intervalos iguales y regulares, sin ninguna relación con la importancia de la palabra correspondiente; así unas veces se le oye elevar el timbre para decir «ministerio», u «opinión», sin que se sepa por qué se engalla. Resulta ese énfasis huero, muy ridículo. Su discurso no gustó a nadie, y menos que a nadie a Marcelino Domingo, que comparte con Albornoz la jefatura del

Partido Radical-Socialista. En el banco azul, Domingo tenía la cara verde. Estaba sordamente furioso y, como sus correligionarios le han exigido que antes de hablar explique ante el grupo parlamentario sus intenciones, Domingo me dijo «que está dispuesto a mandarlos a hacer puñetas». Albornoz, naturalmente, declaró su conformidad con el proyectado artículo 24. El haber resuelto los radicales-socialistas votar el artículo tal como está, es lo que ha decidido a los socialistas a mantenerlo también, para no quedarse a la «derecha» de aquéllos; antes de eso, los socialistas estuvieron vacilantes. No es sólo Fernando de los Ríos el que encuentra mal el artículo, también Besteiro y Largo Caballero y creo que algunos más.

Domingo también se opone al artículo, disintiendo de Albornoz; él mismo me lo ha dicho. Y hasta me aseguró, en el Consejo de ayer, que lo proclamaría así desde el banco azul. Pero dudo de que se atreva. También me ha dicho que si se pone a votación el artículo tal como está, hará que se marchen del salón unos quince diputados de su grupo.

En el Consejo de ayer se leyó por fin el proyecto de Prieto sobre reforma de la ley del Banco. Maura volvió a oponerse a que se llevase ahora a las Cortes, y también don Niceto. Se había aplazado esta cuestión hasta que regresara Lerroux. Quizá don Niceto esperaba que Lerroux sería de su opinión; pero se llevó chasco. Lerroux masculló unas palabras de aprobación, y quedó resuelto que se leyese por la tarde en las Cortes. Claro es que don Niceto, con el mal gusto de mezclar sus cosas personales en las públicas, no dejó de decir que él no había vendido ninguna de las pocas acciones del Banco que posee.

Esta mañana hemos ido los ministros a la inauguración del Congreso Postal Panamericano, en el Senado. Ceremonia fría. Discurso de Alcalá-Zamora, que es inagotable. Cuando estábamos en el despacho presidencial, alhajado según el gusto de Montero Ríos, Fernando me decía: «Esto es precioso, esto es precioso». No sé por qué. Cortinas y divanes forrados de gruesos terciopelos, y retratos de generales y ex Presidentes del Senado.

El general Villegas viene a decirme que los jefes de cuerpo de la guarnición no le dan cuenta de los incidentes que ocurren en los cuarteles. El día de la fiesta del ejército, los suboficiales y sargentos del regimiento 1, se negaron a tomar el *lunch* que había dispuesto en su obsequio. También he sabido que asistieron muy pocos a la función de teatro con que se les convidó ese mismo día. «Están de monos» con el ministro porque, al suprimirse la escala de reserva, se les ha cortado el paso a la categoría de oficial. No

quieren enterarse de que la reforma favorece a su clase, como que les abrirá las academias y las escalas activas.

11 de octubre

Ayer sábado fue el discurso —sacrificio de don Niceto—. Tenía resuelto combatir el artículo 24, defendiendo la tesis de su liberalismo católico. Las nueve décimas partes de la Cámara le son hostiles en esto. Cuando Fernando de los Ríos dijo su discurso, don Niceto exclamó: «Usted, vuelta al ruedo, y la cornada para mí».

Don Niceto estaba persuadido de que las Cortes le tratarían mal, y todos temíamos que hiciese otra barrabasada como la del otro día, que hubiese tenido peor arreglo. Como estaba tan reciente el suceso, yo confiaba en que no se atrevería a repetirlo tan pronto. Las Cortes le han oído con sepulcral silencio, y eso que ha dicho algunas cosas ásperas. Al final le han aplaudido su grupo y algunos diputados más. Los suficientes para que oyese un ruido agradable. El discurso ha sido de noble intención, pueril a ratos, ondeante y caracoleante de elocución, de tal manera que no puede uno seguir sus razonamientos. Lo mejor, y lo más político, ha sido la conclusión, anunciando que acaudillará a los católicos dentro de la República.

Yo le decía esta tarde a Pérez de Ayala que don Niceto posee una falsa abundancia de palabras, falsa, por su imprecisión.

—No —dice Pérez de Ayala—. Es el tanteo del orador. Es como el agua vertida en el suelo, que va de una parte a otra, indecisa, buscando el camino.

Nada tengo que oponer.

Cuando empezaba a hablar don Niceto, y como nadie podía estar seguro de lo que iba a resultar de su discurso, ni menos aún del debate, Lerroux me dijo en el banco azul unas palabras significativas.

Ya en el Consejo (es decir, el viernes), Lerroux nos anunció que probablemente tendría que marcharse de nuevo a Ginebra, a presidir el Consejo de la Sociedad de Naciones, por la agravación del conflicto chino-japonés. Este anuncio nos escamó un poco. Y ayer sábado se dijo en firme que se marchaba. Por la tarde supimos que tenía retenidas las plazas en el tren de la noche. Este viaje ha parecido a todos muy mal. A nadie se le oculta que Lerroux hace tanta falta en Ginebra como los perros en misa, y que el

marcharse en estos días es una habilidad más para no comprometerse en el debate. A don Niceto le ha sentado el viaje peor que a nadie.

Pues bien, ayer, en el banco azul, Lerroux que casi nunca habla, y que estos días anda algo torvo y preocupado, se inclinó hacia mí, y me dijo: «Supongo que si se produjera aquí una situación angustiosa, estaríamos conformes en que deben gobernar los que tienen más votos en las Cortes».

Yo no comprendí al pronto a quién se refería, si a los socialistas o a la Alianza Republicana, porque eso de tener más votos depende de cómo se haga la cuenta. Me limité a contestar: «Claro, claro».

Añadió:

—Después podríamos gobernar los demás.

Se refería pues a los socialistas. No dijo ni una palabra más, y no le pregunté tampoco.

Cuando terminó el discurso, Lerroux fue a dar un abrazo a don Niceto, y poco después se marchó. En el despacho de ministros, el Presidente comentaba con enojo la huida de don Alejandro. A última hora, me dijo que le había enviado un volante, muy respetuoso y bastante seco, representándole la responsabilidad que podía acarrearle su ausencia de las Cortes en estos momentos. Don Alejandro, que había aplazado su salida para la mañana de hoy, domingo, ha desistido del viaje.

Maura nos leyó ayer tarde un proyecto de nueva redacción del artículo 24. Dice que lo ha hecho él, y que anoche estuvo trabajando en ello siete horas; pero yo creo que no es suyo, y debe de venir del lado de Ossorio. Se propone defenderlo en la sesión próxima, y está decidido a marcharse del Gobierno si se vota el artículo tal como lo presenta la Comisión. También Maura quiere acaudillar a las masas católicas, para evitar que se vayan a la monarquía. Don Niceto le disputa esta bandera.

Asisto al Congreso después de cenar. La sesión está desanimada. Hacemos tertulia unos cuantos amigos en el salón de conferencias, y allí nos llegan noticias muy divertidas del discurso que está pronunciando, en nombre de los socialistas, Andrés Ovejero. Ha dicho, entre otras cosas, que Caín fue el primer agrario.

Entro en la sesión para divertirme un poco oyendo a Samblancat, un bárbaro natural de Graus, y diputado revolucionario por Barcelona, donde tiene, en el barrio chino, una tienda de condones. Ha dicho mil atrocidades. Los curas diputados se han marchado del salón.

Conversando con unos y otros en los pasillos, me dan las dos. Me marcho con Cipriano, que ha llegado hoy de Barcelona. La sesión se acabó cerca de

las cuatro de la mañana.

Hoy me he pasado todo el día en casa, hasta las ocho. He salido a juntarme un rato con unos amigos, y ya no he vuelto a salir después de cenar. Así se me olvida que soy ministro, que hay política y hasta que hay República. Divago y fumo, como en los tiempos en que sólo era literato; tiempos que el poeta Domenchina sigue lamentando que hayan pasado, quizá para no volver. Yo también lo lamento a veces, porque me quedaban muchas cosas que hacer. Pero, esta experiencia de la revolución y del Gobierno primero de la República, valía la pena de vivirla por dentro.

Lo que me molesta en el hablar de don Niceto son las dos *ces* que pone donde no hacen falta: discreción.

A Largo Caballero, cuando va pisando el mármol del hemiciclo del Congreso, le rechinan las botas, y todo el Congreso lo oye.

La embajada de Cuba tenía invitado al Gobierno a un banquete hoy domingo, por la fiesta nacional de su república. Todos los ministros, menos el Presidente, nos habíamos excusado. El banquete se ha suspendido.

12 de octubre

Fiesta de la raza. No salgo tampoco de casa. Tranquilidad, olvido. Me he negado a hablar por la radio a los pueblos de América, como vinieron a pedírmelo Rodrigo Soriano y Alberto Ghiraldo. Con esta ocasión, Soriano tuvo la amabilidad de decirme que soy «lo más tolerable» del Gobierno.

Esta noche, banquete del Ayuntamiento al cuerpo diplomático, por ser la fiesta de la raza. Recibo la invitación a las seis. No iré.

Entre las cosas que inventan por ahí para «desacreditarme» figura ésta: *que estoy casado con la bija de una mora*.

A las ocho y media recuerdo que tengo cita para el Consejo Nacional de Acción Republicana. Asistimos diez o doce. Entre ellos Amós, que viene de presidir una junta extraordinaria del Ateneo, donde se ha despotricado contra Alcalá-Zamora y contra los frailes. El secretario nos da buenas noticias de la organización. El partido aumenta, sobre todo en Madrid. Pero averiguamos que tenemos catorce mil pesetas de trampas. La reunión ha durado hasta las diez y cuarto. Salgo con Enrique Ramos, y hablamos de lo que se va a hacer mañana.

13 de octubre

Consejo de ministros en la presidencia. Asuntos de poca importancia. Conversamos ligeramente sobre el asunto del día: lo que podrá ocurrir en las Cortes al votarse el artículo 24. Ya se sabe que los socialistas mantienen el artículo como está en el proyecto. Van un poco a remolque de los radicales-socialistas, que están muy intransigentes, y quieren ocupar el puesto de extrema izquierda; los socialistas no se atreven a dejarse adelantar por aquéllos. Si la Comisión modificase el dictamen, los socialistas lo mantendrían por su cuenta, como voto particular. A casi todo el Gobierno le desagrada el texto presentado por la Comisión; tan sólo Prieto y Albornoz lo encuentran bueno, más sinceramente Prieto que Albornoz. A Domingo le parece mal, pero no se atreve a decirlo. Otro tanto les sucede a varios diputados de su partido. Maura sigue decidido a hablar, para defender un proyecto de artículo, que nos leyó el otro día. Y anuncia su resolución de dimitir, si el de la Comisión prevalece. En vano le doy consejos, y le exhorto a la prudencia. Se pone rojo, se le inyectan los ojos, se le cierra el entendimiento, no escucha a nadie. Yo estoy muy disgustado, pensando que pueden ocurrir desastres. Pero ya no pensamos en la dimisión de don Niceto, porque tiene dicho en su último discurso, que pase lo que pase continuará en el Gobierno mientras las Cortes no le echen.

—Quizá sea éste el último Consejo que celebremos —dice Maura.

—Hoy es martes 13 —comenta otro, riéndose.

Largo Caballero escucha y se sonríe. ¿Por qué ha de pasar nada? Ya veremos.

Cuando estábamos reunidos, me pasan recado de Ruiz Funes, el diputado de Acción Republicana que forma parte de la Comisión de Constitución, para que salga a hablar con él. Ruiz Funes me presentan una hoja con un nuevo texto, que es el que nos leyó Maura el otro día, con ligeras variantes. Me dice que la Comisión va a reunirse, esta misma mañana, para decidir si mantiene o no el primer dictamen, y que él piensa someterles esta nueva redacción, pero que desea saber si yo la apruebo. Leído nuevamente el texto, doy mi

conformidad y le pregunto si cree posible que lo acepte la Comisión; Ruiz Funes me dice que probablemente lo aceptará la mayoría. Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se dé al artículo, si al menos se consigue evitar el precepto de la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que sólo encierra peligro. Examinándome bien, encuentro, en mi repugnancia, un motivo de humanidad y de estética. Cada vez que me acuerdo del Paular siento mucha lástima por las cosas bellas que pierden su carácter tradicional. Me parece mal desalojar de Silos a los benedictinos, no porque la comunidad haga cosas estimables, sino por lo que es la abadía en la historia de España, y otro tanto siento del Escorial. Resulta que mis repugnancias provienen de lo que he visto y sentido. En cambio, no me dicen nada otros lugares ni otras comunidades que, a lo mejor, son más dignas de consideración. También se me antoja estúpido que vayamos a cerrar conventos de monjas por esos pueblos de España, las Úrsulas de Alcalá, las bernardas de no sé dónde, etcétera.

La disolución total e instantánea me hace el efecto de una acción ininteligente.

Confieso que estas preocupaciones me duran poco. Además, la confianza en que pasaremos este desfiladero, como hemos pasado otros, no me abandona; por mi interior circula, como si dijéramos, un encogimiento de hombros.

Esto viene, en parte, del espectáculo de la obtusidad ajena. Si tuviesen la inteligencia más afilada, no dirían las cosas que oigo, ni se enredarían en arrebatados vaticinios, que ahuyentan el buen juicio. La propensión a vaticinar y a dar por inminente la realización del vaticinio suele estar, aunque no lo parezca, en razón inversa de la claridad del entendimiento y del fruto sazonado de la experiencia. Y al retraerse de estos vicios, y renunciar a convencer a los arrebatados, parece que acaba uno también por retraerse del asunto que provoca el arrebato y renunciar a considerarlo en serio.

Durante el Consejo se ha hablado de los ferroviarios. Y cuando Albornoz, con el acento huero que le es propio, decía sobre el asunto cosas vagas, Maura le ha interrumpido, preguntándole con afectada seriedad:

—Pero usted estaría de acuerdo con Trifón.

—¡Ah! Sí, sí. Siempre estoy de acuerdo con él —es el estribillo de Albornoz. Maura se ha sonreído con la mitad de la cara, y un relámpago de malicia ha brillado en el semblante de otros ministros. Albornoz no se ha enterado.

Tampoco se ha enterado del asunto ferroviario. Su manera de expresarse y lo que decía me recordaban exactamente al estudiante desaplicado a quien le preguntan la lección y no se la sabe, pero no quiere callarse, y mete embuchados.

Después del Consejo he venido a casa, y antes de comer escribo estas notas. Por la tarde fui a las Cortes, y ocurrían cosas extraordinarias. Tanto, que han variado totalmente mi situación en la política.

Tuvimos reunión de los diputados del partido, para diversas cuestiones interiores, entre ellas, la de apretar los lazos de la disciplina en los debates y votaciones. Después estuve en el despacho de ministros, y encontré a Maura un poco más calmado, pero todavía con propósito de hablar: hablaría después de la votación, para dimitir, si el dictamen de la Comisión era aprobado. Entonces supe que la Comisión había aceptado el nuevo texto que llevó Ruiz Funes, y que los socialistas y los radicales-socialistas mantenían el antiguo. Los radicales-socialistas se habían retirado de la Comisión. Me dijeron también que si se aprobaba el artículo, tal como quedaba en la nueva redacción, los radicales-socialistas exigirían a sus ministros que se retirasen del Gobierno. De modo que por todas partes era de prever un desmoronamiento.

Marcelino Domingo no había asistido al Consejo de la mañana, por estar viajando, y su ausencia se comentaba con alguna sorna, porque se creía que era un modo de esquivar el conflicto. Domingo se presentó a media tarde en el despacho del Gobierno, sonriendo y feliz. Le pregunté si pensaba hablar en la discusión del artículo, y respondió que no. Valor cívico se llama esto.

Cuando don Niceto pronunció su discurso del día 10, frente a la hostilidad de casi todo el Congreso, Lerroux le dio un abrazo y le dijo: «Es un acto de valor cívico».

—Muy poco imitado —le respondió un diputado amigo de don Niceto. Aludía al también obstinado silencio de don Alejandro, que hasta ahora no ha abierto la boca en las Cortes.

Creo recordar que estuvo con nosotros en el despacho Ángel Galarza, radical-socialista, y que también mostraba su desagrado por el texto que mantenía su partido.

Alguien (no sé si el mismo Maura) le dijo a Largo Caballero que los socialistas debían tener la habilidad de dejarse derrotar; a lo que Largo se opuso.

Me fui al salón de sesiones, donde discutían el artículo 3, que declara que el Estado no tiene religión oficial. Inmediatamente iba a empezar la discusión

del 24 y, como los socialistas presentaban en forma de voto particular el texto antiguo (disolución inmediata de todas las órdenes), sobre el voto particular se daría inmediatamente la batalla, votándose en seguida, con un solo discurso en pro y otro en contra.

Yo estaba tranquilo, casi indiferente, incierto aún sobre si se me presentaría ocasión oportuna de hablar. Se acercó Giral al banco azul, preguntándome si conocía el nuevo texto adoptado por la Comisión, y el grupo de Acción Republicana lo votaba. Le contesté que me habían consultado el texto, que Ruiz Funes lo había llevado con mi aprobación y que a mi juicio debía votarse; le encargué que diese instrucciones en ese sentido a los diputados del partido. Al poco rato, vino Carlos Esplá y me dijo que no le parecía bien que Acción Republicana votase con la Comisión, porque sería interpretado como un paso atrás de nuestro partido, que se distanciaría demasiado de la opinión «izquierda». Comprendí que Esplá no hablaba sólo por su cuenta, y dominando la contrariedad que ello me producía, le contesté que al momento se reuniesen los diputados del partido para examinar la cuestión. Me levanté del banco azul, salí del salón, todos los diputados de Acción Republicana me siguieron, suscitando alguna expectación en el Congreso, y nos reunimos en una sección. Asistieron todos, menos Ruiz Funes, que no podía abandonar el banco de la Comisión, y Ramos, que como secretario estaba en la mesa. Ramos me envió un volante adhiriendo su voto al mío. Pero llegó también a la reunión a última hora.

La discusión fue muy viva y difícil. Se habló incluso, por algunos, de la necesidad de romper el grupo. Estaban en favor del voto de los socialistas, Castrovido, Esplá, y dos o tres más. Esplá sostenía que el voto de los socialistas es inadmisible, y no puede aplicarse, pero que, en la actitud de socialistas y radicales-socialistas, había una maniobra para quedarse con una bandera popular, y aunque no estaban muy convencidos (sobre todo los socialistas) de la conveniencia de ese voto y les gustaría que fuese rechazado, querían que lo rechazasen otros, no ellos. A esto, según Esplá, no debíamos prestarnos; era mejor, vista la imposibilidad de un acuerdo, votar con ellos, haciéndoles antes ver la responsabilidad que adquirían. Otros diputados querían votar con los socialistas, porque era lo más «avanzado», y suponían que nuestro partido iba tomando un tinte derechista. Así lo probaban muchos mensajes recibidos de provincias, protestando contra la enmienda que presentó Ramos.

Hablaron muchos; yo procuré retardar mi opinión personal, para que no se creyesen sometidos a mi criterio, y me limité a apuntar los peligros de las

soluciones que iban proponiendo. Alguno me preguntó:

—¿Hay peligro para el Gobierno en votar con los socialistas?

—Seguramente. La suerte de la votación depende de nuestro grupo. Si votamos con los socialistas, la votación se gana y el Gobierno caerá, porque Maura dimite y, probablemente, Alcalá-Zamora, que no quiere quedarse en el Gobierno como único «derechista». Esto, a mi juicio, es una contrariedad enorme y sus consecuencias, imprevisibles.

Por gran mayoría de votos se acordó aceptar el dictamen de la Comisión. Los que resultaron en minoría, pretendieron que se les autorizase para votar en el salón contra el dictamen, a lo que yo me opuse. Costó trabajo reducirlos. Por fin, Castrovido dio el ejemplo de prometer que se abstendría, por disciplina. Otros le imitaron, y sólo quedó uno irreductible: es tontiloco, y no se puede hacer carrera de él.

Entonces yo les expuse las líneas generales del discurso que me proponía pronunciar, en nombre del partido, si había ocasión propicia. Les parecieron muy bien mis ideas, y dijeron que a toda costa hablase, sin dejarlo en un «veremos». Castrovido aprobó mucho lo que me proponía decír, y lo mismo Esplá. Todos convinieron en que con mi discurso el partido quedaría muy bien. Todavía hubo algún pedante que se reservó hasta que oyese el discurso. Nos avisaron que había empezado la discusión del artículo 24, y nos fuimos al salón. Estaba hablando Jiménez de Asúa, socialista, presidente de la Comisión. Asúa hablaba en apoyo del voto particular de los socialistas, y contra el nuevo dictamen de la mayoría de la Comisión. Mucha gente, curiosidad viva, intranquilidad por lo que iba a suceder.

Al sentarme en el banco azul, le dije a Maura: «Voy a hablar. Lo hemos acordado en la reunión del partido».

—Me parece muy bien, usted es el único que puede arreglar esto. Me evitará usted que hable yo.

También se lo dije a Fernando, que estaba a mi izquierda.

—¡Ah!, muy bien. Cuanto antes; al terminar Asúa pida usted la palabra.

Jiménez de Asúa, detrás de nuestro banco, me apedreaba los sesos con su voz metálica y su dicción superferolítica. No me era posible concentrar la atención en nada. El discurso no pasaba de discreto, y no convencía a nadie. Tomaba las cosas por un lado poco tangente con el problema político.

Se sentó Asúa, hubo rumores y aplausos; pedí yo la palabra, y el Presidente no me oyó. Insistí, y se hizo un silencio enorme. Cuando me puse en pie, la tensión subió; todos los escaños se poblaron, al pie de la tribuna presidencial se arremolinaron muchos diputados. Como siempre que rompo a

hablar, yo estaba absolutamente sereno y tranquilo; hubiera podido entretenerme en decir chistes. Pero las consecuencias del discurso no podían presentárseme ya todas y de golpe.

El discurso me salió muy bien, como una seda, y fui midiendo el efecto que hacía casi palabra por palabra[17]. Los ministros contiguos a mí, aprobaban por lo bajo. Los socialistas estaban pendientes de lo que decía, como que de ello iba a resultar una postura nueva de su partido, y que les tomaba de sorpresa. No contaban con que yo hablase. El señor Ortega, cada vez que miraba yo hacia su banco, daba cabezadas de aprobación, sobre todo cuando le dije a Fernando de los Ríos, suavemente, lo mal que había procedido al combatir de antemano la enmienda de Ramos. Recuerdo a Santiago Alba, echado de codos sobre el respaldo del escaño, y sin quitarme ojos. También recuerdo la cara de Teodomiro Menéndez, con su expresión de bobería asturiana, que denotaba sorpresa y deleite. Cuando me lancé, sabiendo que arriesgaba un golpe decisivo, a preguntarles a los socialistas si querían gobernar, y ofreciéndoles en este caso la aprobación de su voto particular, el efecto político del discurso quedó al descubierto, y todo el Congreso, menos los radicales-socialistas, rompió a aplaudir. Cuando terminé, casi todos los diputados se pusieron en pie para aplaudirme. Todos los ministros, menos Albornoz, me felicitaron con efusión. Lerroux se agitaba en su asiento, riendo de satisfacción y muy emocionado. Me dijo: «¿De modo que se tenía usted eso guardado?». Y me cubrió de elogios. También don Niceto estaba contento, y me dio las gracias porque le había tratado con mucha consideración. Esto me lo repitió después en el despacho, yo me sorprendí un poco, porque nada estuvo más lejos de mi pensamiento que don Niceto, y no me acordé de él para nada. Luego he pensado si se trataba de una ironía del Presidente. De todos modos, le contesté: «Me alegro de que lo reconozca usted así». Maura estaba entusiasmado y me aseguró que había yo prestado un gran servicio a la República.

Cuando se calmó un poco el alboroto, pidió la palabra Cordero y dijo que, después de lo que acababan de oír, los socialistas necesitaban reunirse para meditar lo que convenía hacer. Esto hizo notorio el resultado de mi intervención. Era ya seguro que los socialistas retirarían su voto particular. A los radicales-socialistas les contrarió mucho la intervención de Cordero, y se levantó el señor Baeza Medina, jefe de la minoría radical-socialista, para reprochar a los socialistas su actitud. Baeza Medina es un hombre tan inteligente que no se le ocurrió decir sino que le parecía muy mal que se atendiese a razones, y que no había más camino que votar conforme a lo

acordado por los partidos. El Congreso le demostró con voces y rumores la pifia que acababa de hacer; el Partido Radical-Socialista quedó en muy mala situación y un poco más desprestigiado y desautorizado que antes.

En mi discurso, defendiendo el texto adoptado por la Comisión, en contra del voto particular de los socialistas, introduje dos novedades, que lo agravaban. Una, la prohibición de enseñar (añadida a la prohibición de ejercer el comercio y la industria, ya propuesta) por las órdenes religiosas. Esto vino acordado desde la reunión de mi partido, y lo propuse yo, porque es la clave del problema. Otra, fue la disolución inmediata de la Compañía de Jesús, que en el proyecto de la Comisión se dejaba para una ley especial. Cuando yo bajaba del salón, después de la junta de mi partido, me encontré con Zulueta, a quien le dije algo de lo que pensaba hacer. Zulueta me declaró que estaba conforme con la nueva propuesta de la Comisión; pero que, a su juicio, debía pronunciarse desde luego la disolución de los jesuitas, y no aplazarlo para una ley, porque esta amenaza podía volverse contra las Cortes mismas, si dejábamos a mucha gente poderosa interesada en que las Cortes no legislasen más.

Comprendía que esto tendría mayor fuerza con los socialistas, y siendo a la larga lo mismo, les facilitaría de momento avenirse a mi propuesta. Y así lo dije en mi discurso y no me equivoqué.

Zulueta me dijo después que suscribía palabra por palabra todo cuanto yo había dicho.

Se suspendió la sesión, para dar lugar a que los socialistas se reuniesen. Todos los diputados vinieron a felicitarme al banco azul, menos los radicales-socialistas y los vasco-navarros. Sánchez Guerra y Alba se acercaron a darme la mano; don José Ortega me dijo que no había oído nunca un discurso parlamentario mejor. Tardé más de media hora en poder salir del banco azul y en reunirme con los ministros. Todos estaban contentos.

Indalecio Prieto, después de decirme que mi discurso era magnífico, la emprendió con la minoría socialista, y los puso de borregos, etcétera, etcétera. Dijo que yo los había llevado en el pico de la muleta, y que le había dado ganas de echarse al medio del hemiciclo a decir blasfemias. Aseguró que al grupo socialista ya no le queda nada por perder. No opinan así todos sus correligionarios. Besteiro me dio la enhorabuena «más cordial»; y Trifón Gómez, que forma parte de la Comisión, estaba muy alegre, porque yo les había dado una salida. Después se vio que ésta era la opinión dominante.

Muchos abrazos, muchos vivas y la repetición de que había prestado un servicio inmenso al Gobierno y a la República. El efecto del discurso se

extendió velozmente por Madrid. Comencé a hablar poco antes de las ocho, y a las nueve ya se comentaba en las tertulias de los cafés. El contento era general, porque se estimaba que el Gobierno había salido de un trance muy difícil. Yo también estaba contento, porque había acertado con lo que quería y porque había pasado un rato muy divertido.

Mientras estábamos oyendo a Cordero, me pasan un papel firmado por unos cuantos ateneístas. Trae la mención de «urgentísimo», y me piden que salga a recibirlos. Me niego a salir. Resulta que el Ateneo está «reunido en sesión permanente» para ocuparse en los asuntos que discuten las Cortes. Ayer celebraron una junta extraordinaria para «fijar la actitud del Ateneo en la cuestión religiosa». Después de no pocos escándalos aprobaron una proposición adhiriéndose al dictamen de la Comisión de las Cortes. Después quisieron acordar que se organizase una manifestación pública, y Amós Salvador, que presidía, levantó la sesión. Se movió un gran alboroto y unos cuantos majaderos, que hacen el papel de *revolucionarios*, continuaron la junta, ocupando la presidencia, constituyéndose en «convención» y representando «la soberanía del Ateneo». A tales pueriles necedades se llega en aquella casa. Entre los que armaron el barullo figura principalmente el exteniente de la Guardia civil, Galán, hermano del fusilado. La gente le llama «la viuda de Galán».

En la tarde de hoy han promovido un nuevo alboroto, y han llevado al Ateneo una manifestación de obreros que han invadido el salón. Querían hacer un llamamiento al pueblo y «sacar el Ateneo a la calle» para hacer presión sobre las Cortes. El escándalo ha debido de ser regular. Pero yo me he desentendido de estas simplezas, y a las comisiones que han ido al Congreso les he mandado a decir que se las arreglen como puedan.

Volví a mi casa para cenar. Me llamaban continuamente al teléfono. Los diputados que habían asistido a la sesión, difundieron el suceso, como ya lo había hecho el público. Se formaba una especie de ola que crecía por momentos.

A las diez y media salí de nuevo para el Congreso. Los socialistas terminaban en aquel momento su reunión. Supe que habían acordado retirar el voto particular, y aceptar el dictamen de la Comisión, con algunas adiciones. Me buscó el doctor Negrín, socialista, para que le acompañase a la sección donde estaban los de su partido. Habían votado por gran mayoría adherirse a lo propuesto por mí. En la sección estaban Fernando de los Ríos, Cordero, Menéndez y otros. Me mostraron un papel. Se consignaba, como adición al dictamen, la disolución de los jesuitas y la prohibición de enseñar, como yo

había dicho. Además, discutimos el plazo para la supresión del presupuesto del clero, y convinimos en que el plazo fuese de dos años.

Redactadas las adiciones me encargaron que hablase con los de Alianza Republicana, para saber si las aceptaban, y que después las diese a la Comisión, para que manifestase si las incorporaría o no a su texto.

Bajé al despacho de ministros y convoqué a Martínez Barrio y al representante de los federales. Por allí andaba don Niceto, llegó Martínez Barrio, le di el papel, le pedí opinión, y don Niceto, un poco picado, dijo:

—Bueno, que opine Martínez Barrio; yo soy muy insignificante para opinar.

Esto me puso en guardia, y repuse:

—Perdone usted don Niceto. Tengo encargo de averiguar si la Alianza Republicana acepta o no las adiciones de los socialistas, y es natural que se lo pregunte a quienes la representan. Pero eso no excluye que opine usted a su vez, con la representación que tiene.

Martínez Barrio estuvo conforme con la adición propuesta, y me dijo que Lerroux estaba en el Congreso. Yo no lo sabía. Le llamamos, y se mostró también conforme. Llegó el diputado federal Valle e hizo lo propio. Di el papel a Ruiz Funes, para que lo llevase a la Comisión y resolvieran.

Desde entonces, don Niceto empezó a torcerse y a amostazarse, y a dar señales de impaciencia. No sé cuándo ni por dónde llegó hasta mí el rumor de que no se conformaba con la solución y que iba a votar en contra. Más tarde supe que antes de votar, explicaría su voto. Todos temimos que provocase una dificultad nueva, quién sabe si una crisis. Maura, aunque decía que el nuevo texto es sectario, pensaba limitarse a votar en contra sin hablar, y no deseaba, ni mucho menos, provocar una situación difícil. Se prometía trabajar con don Niceto que no hablase.

Cerca de las doce se reanudó la sesión. Se leyó el dictamen de la Comisión con las añadiduras últimas. Quedó retirado el voto que defendió Jiménez de Asúa y se pasó a discutir enmiendas, con el propósito, ya anunciado, de votar aquella misma noche el artículo. Se estimaba que no debía prolongarse una inquietud que ya empezaba a manifestarse con agitaciones callejeras.

Pasaron muchas horas discutiéndose enmiendas. Hablaron, entre otros, Leizaola, Carrasco Formiguera, Pildaín y Gil Robles. Leizaola es un pobre diablo, fanático y entontecido, que adujo razones pueriles, de primer año de colegio. Carrasco Formiguera es un catalán separatista. Está casado con una señora muy rica. Él ha sido alumno de los jesuitas, «a los que les debe todo»,

según dijo, y al parecer les debe hasta el ventajoso matrimonio. Su mujer ha venido desde Barcelona para hacerle presentar una enmienda y echar unos discursos en defensa de la religión. Este Carrasco formaba parte del comité revolucionario; estuvo en el Pacto de San Sebastián, y, hace por ahora un año, vino a una de nuestras reuniones en el Ateneo y hubo que darle trescientas pesetas para el viaje. Por eso me ha sorprendido ahora saber que es rico.

El cura Pildaín ofreció un espectáculo lamentable. Hacía buenas las caricaturas del *Motín* o del *Cencerro*. Es increíble tanta grotesquez y tan baja mente.

Después de amanecer se llegó a votar el artículo. El resultado no ofrecía dudas; pero muchos diputados se quedaron hasta el final, para oír lo que diría don Niceto. Los radicales-socialistas acordaron abstenerse para conservar su «bandera».

Don Niceto estaba cada vez más fosco y malhumorado. No hablaba con nosotros en el banco azul. Ya rayaba el sol en el tragaluz del salón, cuando vi al Presidente, echado atrás en su asiento, mirando al techo y hablando solo, en voz baja. Estaba como en un desvarío.

Cuando iba a votarse, habló brevemente para explicar su voto en contra. Lo que más interesó fue el pronóstico de las consecuencias que tendría la votación. No dijo claramente cuáles serían y les quitó importancia, fingiendo modestia. Después dijo: «no». Y Maura también. Al proclamarse el resultado de la votación, estalló un aplauso clamoroso. Las tribunas del público también aplaudieron vivamente. Los diputados rompieron en vivas a la República, y las tribunas hacían coro. Fue un momento de gran confusión, mientras nos poníamos en pie para marcharnos. El hemiciclo estaba lleno de gente, y en los escaños circulaban los diputados y formaban grupos que gritaban. En tanto, el Presidente leía el orden del día para la sesión siguiente. Entonces, vi que a Leizaola, que estaba en pie, solo, en una de las escalerillas entre los escaños, increpando a los republicanos, le daban un puñetazo en la nuca. Espantoso griterío y barullo. Los diputados se echaban unos contra otros. Me han dicho que Sigfrido Blasco sacó una pistola. Pudieron llevarse a Leizaola, mientras Besteiro se desgañitaba queriendo imponer orden. Leizaola apareció por otra parte, y quiso hablar. Besteiro consiguió que callase, diciéndole que pasara por su despacho para poner en claro lo sucedido y darle las satisfacciones a que tuviese derecho.

La sesión se levantó y nos fuimos. No vi cuándo se marchó don Niceto. Recuerdo haberle encontrado cerca de la puerta del salón, entre un pelotón de gente. Pero no hablamos nada. Llegué a casa después de las ocho; esta

relación que comencé ayer 13, concluye ahora, día 14. No tengo sueño, aunque sí mucho cansancio.

14 de octubre

Han continuado las cosas extraordinarias y la menor no es la que me ha sucedido a mí. Cuando acabe estos apuntes voy a ver cómo se duerme de Presidente de Gobierno. Antes de que me acostumbre, consigno que todo esto es lo sumo de lo imprevisto, y que al parecer estoy presenciando lo que le sucede a otro.

Esta mañana no dormí arriba de tres horas, y aunque tenía citada a mucha gente en el ministerio de la Guerra y hacía tres días que no despachaba, me quedé en casa, para reposar un poco. Leí los periódicos, que venían llenos de mi discurso. Empiezo por ellos a medir el efecto, que ha sido tremendo. Y en general, de alivio y contento por haber salido de una situación comprometida. Me disponía a comer, cuando Casares me llamó por teléfono:

—¿Sabe usted lo que ocurre? —me preguntó.

—Ño. No he salido de casa.

—Pues que tenemos otra vez la petenera.

(Aludía a don Niceto, porque una vez dije yo, con ocasión de uno de sus pueriles enfados, que parecía una petenera).

—¡Ah! ¿Sí? Volvemos a las andadas.

No me dio más detalles, no supe por tanto de qué se trataba en concreto. Supuse que tendríamos un Consejo agitado, hasta calmar al Presidente, y no volví a pensar en el asunto.

Más tarde me llamó Largo Caballero.

—¿Sabe usted lo que ocurre? —me preguntó.

—Algo me ha dicho Casares.

—El Presidente dimite, y ha mandado recoger sus papeles. Haga usted el favor de ir esta tarde a casa de Prieto, a las cuatro. Se reúne allí todo el Gobierno.

Esperé tranquilamente hasta las cuatro, sin llegar a preocuparme. ¡Tantas veces habían dicho: *al lobo*, *al lobo*!

A las cuatro, voy a casa de Prieto. Llegan todos los ministros, menos el Presidente, y al poco tiempo Besteiro.

Me cuentan el caso. Don Niceto ha llamado esta mañana a los ministros socialistas y les ha entregado un papel, donde constan los motivos de su irrevocable dimisión. Todo lo que le han dicho ha resultado inútil para hacerle desistir. Ha dado a los periodistas la noticia, y ya la sabe todo Madrid. Hay pues que discurrir sobre lo inevitable, y proveer a la urgencia del caso.

Leo el papel, que es disparatado. Hay un párrafo que me concierne personalmente. Me acusa de deslealtad, de haberle sorprendido con mi intervención, etcétera, y anuncia que se coloca «fuera de la Constitución», para pedir su reforma.

Ayer atribuían muchos, incluso los ministros, el mal humor del Presidente, a pequeños celos, porque su discurso cayó en el vacío y el mío produjo un resultado y fue recibido clamorosamente. Pero ahora resulta, según dicen los ministros, que don Niceto se cree víctima de una conjura, urdida por Maura y por mí para derribarlo del Gobierno. En la conjura entraban también los socialistas, y dice don Niceto que una de las tribunas del público le hizo una demostración hostil «preparada». Por nosotros, sin duda. También se duele de que al salir de la sesión, ningún diputado le hizo caso. Sólo se le acercó uno, mal vestido, que debía de ser socialista o radical-socialista y le dio la mano.

Cuando Santiago Alba le dijo a don Niceto que padecía manía persecutoria, creía yo que se trataba de una salida polémica. Al parecer, Alba tiene razón. Todo lo que está haciendo estos días don Niceto, es propio de un perturbado. Los celos de orador no pueden llegar a tanto.

Examinamos prolijamente la situación. Maura dice que él también se retira del Gobierno. Nueva discusión, bastante viva. Resultado nulo. Después pasamos a establecer el procedimiento para tramitar la crisis. Prontamente lo convinimos. Besteiro dará cuenta a las Cortes. El ministro de Estado propondrá que, siendo las Cortes, dimitido el Gobierno, el único poder soberano, asuman el nombramiento de nuevo Ministerio, y que para eso den un voto de confianza al Presidente, encargándole que designe la persona que ha de formar nuevo Gobierno.

Después se pasó a acordar quién se encargaría de formarlo. Hubo un silencio penoso. Yo dije:

—Que hable quien tenga más imaginación.

(Desde que supe cómo estaba el asunto, comprendí lo que se me venía encima, y procuré acopiar argumentos para defenderme).

—Pues hablaré yo —dijo Maura— aunque tenga menos títulos que nadie. Aquí no hay más que dos presidentes posibles: Lerroux y Azaña.

Entonces habló Lerroux, para descartarse. Dijo que ya había cambiado impresiones con algunos de sus amigos, y estaban conformes con lo que iba a decir. Él no podía encargarse del Gobierno ahora. Ha sido muy discutido, tiene detrás un partido muy numeroso, se le ha achacado recientemente una inclinación a las derechas, etcétera. No puede ser una solución. Y aunque él desea algún día presidir un Gobierno, no es éste el día. Y si nunca puede presidirlo, porque la salud le falte, o por otro motivo, pues no lo presidirá. No hay más presidente que Azaña, por su obra en el ministerio, por su discurso de ayer, que ha reunido a la mayoría, etcétera. Para ello, Lerroux y el Partido Radical están a mi total disposición, sin condiciones, etcétera. No creía posible encargar del Gobierno a otra persona ajena al Ministerio actual, escogida entre las notabilidades de las Cortes.

Yo me negué resueltamente. Y casi con videncia. Durante un rato, creí que tendría bastante fuerza para convencerlos, o para encerrarme en un *no* indiscutible. La escena fue a ratos dramática. Y, últimamente, abrumadora. Aquello no se podía resistir. Últimamente, quise poner por condición inexcusable que Maura continuase; pero no logré nada. Les hice ver que era un ensalzamiento prematuro; que a mí me hundían, quizá sin provecho para la República, y que mataban una reserva para el porvenir. Yo sentía vivamente la enormidad de la aventura, y que se malograba un mañana más seguro. Nada me valió. No se habrá hecho con nadie lo que allí se hizo conmigo. Estaba disgustadísimo y de un humor negro, desesperado. Lo que habíamos calculado tantas veces, y pensado preparar con prudencia y oportunidad, llegaba de improviso, en las peores condiciones posibles; con un Gobierno gastado, y unos colaboradores que yo no he elegido, muchos de ellos fracasados. ¿Se puede entrar así a gobernar?

Cada vez que he visto venir sobre mí esta carga, me distraía pensando que aún estaba lejos y que habría modo de alejarla. Ahora, el golpe era terrible. ¿Qué es ello? Una reacción de mi indolencia, ¿o el barrunto de un fracaso seguro, en que estúpidamente van a arruinarse las esperanzas que he hecho concebir, sin que pueda yo hacer nada para evitar que se arruinen?

Dando vueltas a estos pensamientos, salí de casa de Prieto. Antes, Albornoz me dio muchos abrazos. «Manolo, usted cuenta conmigo para todo, incondicionalmente, etcétera, etcétera». Parecía conmovido.

En la calle había mucha gente; la noticia de la reunión había corrido. Fuimos al Congreso. Se había dado cuenta a don Niceto, por teléfono, de lo ocurrido, y lo aprobó. Y tres ministros fueron a visitarlo, en nombre de todos. El portero de don Niceto no los dejó pasar; el portero es un ente prodigioso de

brutalidad; se lo encontró don Niceto en el solar que compró para levantar su casa, y lo ha conservado de portero. Parece un perro rabioso, y es un anuncio de inelegancia y de mediocridad. Los tres ministros volvieron al Congreso algo amoscados, y al enterarse Rafael Sánchez Guerra de lo que ocurría, telefoneó a don Niceto, que ni siquiera se había enterado de la frustrada visita.

Cuando llegué al Congreso, avisé a Cipriano y a Amós, para que viniesen a verme. No sé por qué. A Cipriano para que viese lo que iba a ocurrir. A Amós, porque tenía pensamiento de nombrarle para algo. Había muchedumbre en el Congreso y en la calle, grupos alborotados, intento de manifestación, carreras y estacazos.

Reuní a los diputados de Acción Republicana y les conté lo que pasaba. En tanto, Besteiro reunía a los jefes de grupo, para someterles el plan acordado. Algunos diputados de Acción se pusieron un poco tristes, considerando lo prematuro de mi elevación. Son los mejores.

Dejo de contar las idas y venidas, la ansiedad, las fantasías. Los periodistas me encerraban en grandes grupos. Pero yo, siguiendo mi estilo, los desahucié.

La sesión se abrió a las seis o cosa así. Lleno hasta el techo, como para alegrar a un empresario. Primero, el diputado que pegó a Leizaola, le pidió perdón. Ridículo. Después se cumplió el programa. Palabras de Besteiro, otras de Lerroux, las primeras que dice en las Cortes; voto de confianza por aclamación, para que Besteiro designe el nuevo jefe del Gobierno, y se suspende la sesión. Lerroux vitorea a la República y a España. Besteiro vitorea a la República y al pueblo español. Estruendosos vivas. Agitación y un poco de susto. ¿Qué va a pasar?

Para mí ya no hay misterio. Y estoy como un condenado, esperando que me pongan en capilla. El suceso es formidable para mí. Con un solo discurso en las Cortes, me hacen Presidente del Gobierno. Empezaré a creer en mi estrella.

Estoy con los ministros en el despacho, y les digo que cuento con todos. Nueva contienda con Maura, en la que al fin cedo. Nicolau había puesto reparos a su continuación, ya en casa de Prieto. Más tarde, Albornoz viene a buscarme y me dice que aseguran en los pasillos que va a ser ministro de Marina, cosa que no le gusta. Le respondo que no he pensado nada semejante, y que me propongo que continúe en Fomento.

Besteiro está reunido con los jefes de grupo, para proponerles mi nombre. Yo me paseo por el despacho, queriendo desentenderme de la conversación, para ver si logro coordinar unas ideas que formen el discurso de presentación

del nuevo Gobierno. También esto es raro. Le hacen a uno Presidente del Gobierno, y a los cinco minutos: «Anda, a las Cortes, que están reunidas esperándote». Y hay que ponerse en la cabecera del banco, delante de una muchedumbre, y salir por donde se pueda. El trance es fuerte. Mi única emoción en estos momentos es un poco de susto, al pensar si acertaré a decir un discurso digno; un susto como el que tuve al examinarme de primero de latín.

Los diputados de Acción están reunidos y subo a estar con ellos. Hay una gravedad notable en los semblantes. Enrique Ramos viene a decirme, también gravemente, que Besteiro me llama. Es que van a encargarme de formar Gobierno.

Besteiro me da cuenta de que todos los grupos han recibido bien mi nombre. Como yo tengo el propósito de que cada ministro continúe donde está, he de buscar un sustituto para Maura. Llamo a Casares, y le digo que va a encargarse de la cartera de Gobernación. A Casares le hace poca o ninguna gracia. Accede porque se trata de mí. Entonces hay que buscar un ministro de Marina. No sé por dónde tirar. Desecho la idea de nombrar a un marino. Nos ponemos a repasar la lista de diputados de Acción Republicana y me detengo en Giral. ¡Ya está! Giral es ministro de Marina. Le hacemos venir, y antes de que se siente, le suelto el encargo. Giral se pone a chillar como si le desollaran vivo. Por un momento, temo que me va a ser imposible convencerlo. Cuando se entera de que va a Marina, se calma un poco. Doy por hecho que acepta, y venzo su última resistencia, invocando lo que han hecho conmigo. Todavía queda hablar con los catalanes, que no están muy contentos con que Nicolau siga en el Gobierno. La *Esquerra* no se siente representada. Después de dos breves conversaciones con Companys, queda arreglado. Yo haré en el discurso una mención elogiosa del desinterés de la *Esquerra*.

Escribo la lista del Ministerio, y voy al despacho del Consejo. Los llamo a todos, y les doy cuenta del nuevo Gobierno. A Maura le digo una porción de cosas amables, en despedida. Y nos disponemos a ir a la sesión. Maura se despide de cada uno de nosotros con abrazos, va emocionándose, y al llegar a mí, rompe a llorar. Se retira al cuarto inmediato, sollozando como una criatura. «Esto es muy fuerte, muy fuerte», le oigo decir.

Salimos; los timbres llaman a sesión. Besteiro sube a la presidencia. En el salón no cabe un alfiler. Entro, seguido de todo el Gobierno, y nos hacen una ovación, todos en pie, que dura un minuto.

Besteiro reanuda la sesión, dice cuatro palabras, y me la concede a mí. Cuando oigo: «El señor Azaña tiene la palabra», y me pongo en pie, me parece que nada de ello va conmigo y que estoy observando lo que hace otro.

Hago un discurso en que acentúo la nota enérgica. Gusta mucho. Grandes aplausos. Yo no sé realmente si he estado bien o regular. He procurado hacer grandes elogios de don Niceto, para que le aplaudan. Y de Maura[18].

Levantada la sesión, me dejo estrujar. Todos están maravillados de la prontitud con que se ha resuelto la crisis. Mi discurso ha dado la impresión de autoritarismo y seguridad.

Romanones le ha dicho a un diputado: «Que no se crean que gobierna un general Azcárraga o un Allendesalazar».

Alude con esto, apelando a sus recuerdos, a los Gobiernos interinos que se formaban durante la monarquía.

Lerroux está también muy contento, y todos los ministros. Prieto ha cambiado de humor, y a Largo le relucen los ojillos. En cuanto se ha sabido que yo formaba Gobierno, las manifestaciones que andaban por Madrid se han disuelto, y cada mochuelo se ha ido a su olivo. Tengo, pues, una excelente reputación.

Después de la sesión, ha ido todo el Gobierno, con Besteiro, a visitar a don Niceto, avisando previamente por teléfono, para que el portero nos deje pasar.

Don Niceto estaba muy risueño y algo impertinente. Prieto ha intentado una vez más que no publique el documento en que explica su dimisión, o para que lo modifique, y le ha contestado despectivamente. Como Prieto aludía a las creencias y a su compatibilidad con el régimen de la Constitución, don Niceto ha dicho:

—Le conocía a usted como blasfemo, pero no como definidor de dogmas.

Y otras cosas por el estilo.

Desde allí he venido a casa para cenar. Después he ido al ministerio de la Guerra, he recibido visitas y felicitaciones, y me he vuelto a casa, diciéndome que soy Presidente del Gobierno; pero que yo no lo noto, si apenas lo creo.

18 de octubre

Hoy no he salido de casa. Estoy resfriado, porque en la sesión nocturna del 13 al 14 me quedé helado en el banco azul. Tengo mucha tos y ronquera. ¡De qué depende la suerte de los hombres y de los pueblos! Si hubiera ido más aprisa el enfriamiento y hubiese estado el día 14 como estoy desde hace tres días, no hubiera podido hablar. ¿Qué habría pasado? Pero esto se deja para los filósofos de la historia.

Tomé posesión el día 15 por la mañana. Sin ceremonia, según convinimos, y un rato antes de reunirse el Consejo de ministros. Don Niceto estuvo algo jocoso, como cuando se disgusta y lo disimula; no me enteró de ningún asunto, me dio unas llaves de su mesa, en la que no se guarda nada, un pase del ferrocarril, y nos despedimos con medio abrazo. Yo le dije que como los ministros iban a venir, pasarían a saludarle. Pero él se marchó mucho antes de que vinieran. Yo me había ido al ministerio de la Guerra, y no asistí a su despedida.

Resulta que el argumento grueso de don Niceto es que no hemos sido leales con el Nuncio, como si hubiese habido ningún convenio sobre el particular. Es cosa sabida, y seguramente consta en estos apuntes, que cuando el Nuncio rogó a don Niceto que el Gobierno influyese para que las Cortes procedieran con moderación, se le dijo expresamente a don Niceto que eso no podría ser un compromiso, ni para el Gobierno ni para cada uno de sus miembros, y que quedaban a salvo los designios de los partidos.

Ayer se ha encontrado don Niceto con un periodista, bastante tonto, conocido mío. El periodista se acercó a saludarle, y le dijo que lamentaba su salida del Gobierno. Don Niceto repuso: «¿Qué iba a hacer yo, cuando un ministro se levanta en el banco azul, sin previo aviso, y pide el poder?».

Don Niceto lo yerra gravemente. Pero es posible que haga aún alguna tontería; por ejemplo, tratar el asunto en las Cortes. Y alguien habrá que, por hacerle daño a él o al Gobierno, plantee la cuestión. Besteiro me dijo ayer que Alba, Ossorio y Melquíades querían discutir las causas de la crisis. Si el caso llega, y don Niceto sale por ésos registros, habrá que zarandearlo. Maura lo

desea, y ya se relame de gusto pensando en las desvergüenzas que va a decirle.

El primer Consejo de ministros ha empezado más tarde que de costumbre y ha concluido mucho antes. Es la ausencia de don Niceto, que con sus anécdotas, sus voces, sus comentarios, y su incontenible verbosidad nos hacía perder mucho tiempo. Me he limitado a presidir como se debe. Los ministros lo han notado; Albornoz decía por la tarde en el Congreso que por fin había Presidente. En la reunión parecía que faltaba algo: faltaban los torrentes de palabras de don Niceto y de Maura, que también es caudaloso, aunque por otro estilo. No estoy descontento de que se haya marchado Maura. Es simpático y con gran temperamento; pero de un arrebato que fatiga, y de una impresionabilidad morbosa; siempre está uno con el alma en un hilo. Da una falsa impresión de energía; pero todo se le va por la boca, y versátil hasta marear. Como la experiencia no le enseñe mucho, dará muchos tumbos. Hay un contraste bastante cómico en el temperamento de Maura: con abundantes palabras, encendidas, briosas y fruncido el ceño, inyectados los ojos, manoteando, se pasa un cuarto de hora explicando cómo hay que proceder con prontitud, con decisión, con método, con autoridad, y parece dotado de un realismo vigoroso, si no supiéramos que todo ello no es más que oratoria, y que para realizar cuanto predica, lo que estorba son precisamente las palabras.

Hemos hablado en el Consejo de la necesidad de mantener el orden y restablecer a toda costa la tranquilidad. Yo les he dicho que lo anunciado en mi discurso de presentación del Gobierno hay que traducirlo en actos, y que conviene llevar a las Cortes un proyecto de ley concediendo al Gobierno facultades extraordinarias. Todos se mostraron conformes.

Reiteré a todos los ministros el encargo de confeccionar el Presupuesto, y procuré estimular a Prieto para que trabaje en los planes de Hacienda. Examinamos esta cuestión, en líneas generales.

Por la tarde, en el banco azul, recordando la sensación de alivio que teníamos todos, le dije a Fernando de los Ríos:

—¿No tiene usted la impresión de haberse librado de una pesadilla?

—En efecto, así es —contestó.

Si hubiera podido prever que la crisis se resolvía tan pronto y tan bien, se hubiera planteado antes. Pero ha sido preciso que don Niceto concluya de fatigar a las mejores voluntades y ha sido preciso que cometiera la pifia del otro día, cuando dimitió públicamente, para que la gente le deje marcharse con indiferencia. Ya lo pensábamos entonces. «Hoy —decíamos— no le admiten la dimisión; pero si repite, lo mandarán a paseo». Es notable que no

se haya levantado una voz en las Cortes, ni se haya escrito un artículo pidiendo su continuación. La mayoría estaba harta de disimular la flaqueza y la incoherencia del Gobierno. La tempestad de la otra tarde, lo ha barrido todo.

Ahora es posible que no tarden en averiguar otros que algo ha cambiado. Y es posible que ya Lerroux se dé cuenta de que la jugada no es tan clara como pudo parecerle. Algunos radicales ya lo presienten y el bárbaro de Emiliano Iglesias ha dado a la prensa una nota, como si fuera la opinión del Partido Radical, en que asoma la oreja. Trata el caso como si se hubiera cometido una postergación con Lerroux. El propio Lerroux y Martínez Barrio me han buscado en los pasillos del Congreso para darme excusas, haciéndome saber que la nota de Iglesias es una mixtificación; la minoría iba a reunirse para desautorizar a Iglesias y, en efecto, lo ha desautorizado. Yo le agradecí mucho a Lerroux la cortesía y le dije que no era necesario que me dijese nada, porque no le he dado importancia, y soy, en punto a suspicacias, lo opuesto a don Niceto.

Es creencia general que don Niceto ha perdido la presidencia de la República. Él había dado a entender que si la Constitución no le gustaba, no sería candidato a la presidencia. Ahora, aunque le gustase (que no le gusta), difícilmente podría serlo. Debe de ser ésa su opinión personal. Cuando me dio posesión del cargo, me dijo: «Usted se queda aquí, y yo me voy como reaccionario. Si alguna vez vuelvo a gobernar…, etcétera». También nos dijo que por ahora no piensa abrir el bufete de abogado, mientras pueda sostenerse con sus recursos; pero que si algún día lo necesita, trabajará como abogado.

Descartada la candidatura de don Niceto, se hacen cabalas sobre quién podría ser el Presidente de la República. El viernes por la tarde hablamos de ello, en el despacho de ministros, Maura, Casares, Ríos y yo. Todos convinimos en que Lerroux sería el más indicado, porque resolvería el problema de los partidos republicanos. Entonces podría formarse un gran partido de izquierda, bajo mi dirección. Maura se ofreció en seguida a tantear a Lerroux «como cosa suya». Supliqué a Maura que no lo hiciese, y él insistió; no comprendía que eso pudiera ser una falta de tacto y producir el efecto contrario. A poco llegó Indalecio Prieto, le dijimos de qué se hablaba y se mostró también partidario de elevar a Lerroux a la presidencia de la República, precisamente para que no presida un Gobierno. Dijo que había apuntado algo de ello a Martínez Barrio, que no lo encontró mal; pero que Martínez Barrio había dicho que convenía «no manosear el asunto». «¿Lo ve usted?», le dije yo a Maura. Entonces hizo una señal de asentimiento.

La conducta de Lerroux, disimulándose cuanto puede y no tomando parte en las cuestiones candentes, no tiene explicación, si no es que aspira a la presidencia. Tiene un partido numeroso, y para no desbandarlo tiene que repetir continuamente que está seguro de gobernar y gobernará. Pero esto puede ser una habilidad de caudillo, simplemente. Opinaban algunos de los reunidos, que teniendo ya sesenta y ocho años, la presidencia de la República es para Lerroux una jubilación magnífica y su situación económica, bastante averiada, se la hace más apetecible. Prieto decía que el pasado de Lerroux es un peligro, porque se expone a que le descubran chanchullos antiguos. Contó cómo se había apoderado de Baños de Montemayor, y los líos subsiguientes.

Ya muy tarde me visitaron, en mi despacho del Congreso, Amadeo Hurtado y Luis de Zulueta. Traían una consulta. El cardenal de Tarragona, Vidal i Barraquer, le ha dicho a Hurtado que le gustaría hablar con Zulueta sobre los asuntos de Roma. Vidal i Barraquer es el único obispo español con quien el Nuncio se entiende bien. Parece que es hombre transigente. Vidal quisiera saber si el Gobierno español, en el caso de que Roma concediese por fin el *placei* a Zulueta, accedería a enviarlo aún de embajador. Vidal aconsejó que se admitiera a Zulueta, cuando se dio su nombre, pero el Vaticano desoyó el consejo. Zulueta ha venido a preguntarme si yo veo algún inconveniente en que hable con Vidal; le he contestado que no veo más que ventajas. También me pregunta si hay algún asunto de especial interés sobre el que convenga explorar al cardenal. Yo le indico las asociaciones diocesanas; conviene averiguar si están dispuestos a implantarlas con lealtad.

El catalanismo de los catalanes llega a extremos muy chistosos. Vidal i Barraquer no ve con malos ojos la disolución de los jesuitas; pero estima que ha podido hacerse una excepción con los jesuitas de Cataluña, «que son de otra manera, y, por supuesto, mejores».

La conversación con Hurtado y Zulueta dura mucho rato. Hurtado me dice que Macià tiene una hermana monja, en Madrid, que le abrasa con quejas y lamentaciones, y que Macià, si bien no es devoto, está muy apurado y preferiría no ahondar en estos asuntos.

Me divierte mucho oír la opinión que Vidal i Barraquer tiene de mí. Cree que soy un feroz tragacuras, una especie de salvaje ¡qué sé yo! Hurtado ha querido sacarle de su error. Si tengo que hablar con Vidal, me prometo divertirme mucho.

Ño me divertí poco el viernes, cuando me visitó el Nuncio. Es hombre fino y cortés. Esto de la diplomacia es cosa nueva para mí, aunque se me figura que todo consiste en un poco de gramática parda. Resulta que el

Nuncio está hablando de una cosa cuando parece que está hablando de otra, o de nada. Y hay que andarse con cuidado para que una palabra cortés no parezca ni resulte un compromiso o una oferta. Venía a pedirme que los jesuitas no se marchasen todos, ni se cerrasen sus colegios, que han empezado a funcionar en octubre «con autorización del ministro de Instrucción Pública». Pero es tan sutil, que si ahora le preguntasen la materia de nuestra conversación, podría el Nuncio asegurar que no me ha hablado de nada de eso. ¡Gran tipo este italiano!

Yo le he dicho sin rodeos que pienso aplicar lealmente la Constitución, y que no puede esperar la Compañía de Jesús un trato de favor ni un disimulo. Respecto de los colegios de frailes, no pienso cerrarlos inmediatamente, sino a medida que no vayan haciendo falta. Y le hago entender que la conducta del Gobierno y la de las Cortes al elaborar la ley especial, dependerá de lo que hagan los católicos. Una campaña violenta, producirá una reacción implacable y la ley será más dura. Yo deseo conducirme con humanidad, pero es menester que sea posible.

Lo que he dicho al Nuncio el viernes, ha producido efecto el sábado. *El Debate* ha salido mansísimo. He sabido después que el Nuncio llamó al director, señor Herrera, y algo ha debido de decirle.

Entre las visitas de diplomáticos, anoto la del embajador de Francia, muy afectuosa y cordial. Se interesa enormemente por la política de España y la sigue al día. No pierde sesión de Cortes. Dice que oyó mi discurso, y que está orgulloso del régimen parlamentario. Me puso en los cuernos de la luna. Hablamos del tratado comercial pendiente, y yo le indiqué la conveniencia de acabar ya cuanto antes. También me transmitió la ansiedad de los franceses poseedores de acciones de ferrocarriles españoles.

Entre las cosas que dicen por ahí, en contra mía, figura la de que he sido «ordenanza», no sé si de un casino o de un general.

Al parecer, Melquíades Álvarez no disimula el enojo que le ha producido mi subida al poder. Melquíades me tuvo *diez años* en su partido (1913 a 1923) y no supo hacer de mí ni un concejal.

Se han recibido en la presidencia, diez mil telegramas de felicitación; al ministerio de la Guerra han llegado también muchos.

Tengo una prensa favorabilísima: ¡qué artículos!, ¡qué ditirambos! La opinión general está más que contenta, entusiasmada. Me cuenta detalles reveladores. Y en toda España ocurre lo mismo, sobre todo en Cataluña. Ayer, grandes manifestaciones en Lérida, de adhesión al Presidente. En Barcelona, según me escriben de allá, gran alegría y confianza. Esto me

asusta un poco, porque la gente espera milagros y yo no puedo hacerlos. Han dado en decir que soy el Cánovas de la República. No me gusta nada la comparación ni el propósito, También los ricos están contentos. Lo sé por Ortueta. Y hasta el marqués de Urquijo está entusiasmado. Como alguien le ha hecho notar que yo soy un enemigo (es decir, de lo que él representa), ha contestado: «Mejor. Hará algo, y sabremos lo que hace. Pero como estábamos no se podía seguir».

Todo el mundo ansia orden y paz. Y han dado en presentarme como un hombre de puños, de voluntad de acero, impasible, inflexible, etcétera, etcétera. Esto es muy gracioso y bastante instructivo. La gente se cree los mitos que le hacen falta, y es posible que uno concluya por ser como la gente quiere o necesita.

El día que tomé el poder llovió un poco por la noche. Y los entusiastas decían, por exageración: «¿Lo ven? Hasta la lluvia nos ha traído». Lo que esta disposición revela es admirable; pero temo que se pierda por falta de medios para utilizarla. No sé yo cómo voy a sacar partido de este Ministerio.

La sequía es tal, que ya no queda agua más que para un mes en los depósitos del Lozoya. Y no tiene trazas de llover. Sería una broma pesada que los madrileños pasaran sed.

23 de octubre

Estoy ahora tan ocupado que no me queda tiempo para llevar este diario, que va dejando de serlo. Apunto lo más saliente de estos días, bastante agitados.

El domingo estuve en casa todo el día, haciéndome la ilusión de que era libre. Salí después de cenar y fui al ministerio de la Guerra, a firmar cartas. Me acompañaban Guzmán y Cipriano. Desde allí fuimos a Gobernación. Estuve con el ministro y el subsecretario hasta después de las dos. Nos dedicamos a hacer el borrador de un proyecto de ley, que se ha dado en llamar «de defensa de la República». Le fui indicando artículos al director de Administración, allí presente, que los redactaba en un idioma raro, propio de un gallego catedrático, porque el joven director posee ambas cualidades.

El lunes devolví visitas a los diplomáticos. Estuve en la embajada de Francia de palique con *monsieur* Herbette, que está muy simpático conmigo. Volvió a poner en las nubes mi discurso sobre el artículo 24. Tuve la suerte de no encontrar en sus casas a los otros embajadores. En la presidencia recibí la visita del general Sanjurjo y del subdirector de la Guardia civil, Pardo, que es muy bruto. Hablamos de cosas indiferentes, me presentaron sus cumplidos por mi nombramiento, y luego Sanjurjo me preguntó cuándo saldrían de Prisiones los generales, añadiendo que sería mejor ponerlos en libertad, «porque la gente está nerviosa». Le contesté que eso incumbe a la Comisión de Responsabilidades, y que, según noticias particulares, se propone concluir pronto.

Por la tarde, Consejo de ministros. Di lectura al proyecto de ley de Defensa de la República, con el cual sabía yo que estaban conformes Ríos y Largo Caballero; Casares les había comunicado el texto. Todos los ministros presentes (Domingo no asistió) lo aprobaron, menos Prieto. Dijo que le parecía mal y reservaba su voto. Entonces se produjo un incidente bastante duro, aunque sin ruido, entre Prieto y Largo. Decía Largo, con enojo, que habiéndose acordado en el Consejo anterior, por unanimidad, hacer esta ley, no comprendía cómo ahora podía votarse contra ella. A esto replicaba Prieto, que no se le podía exigir de antemano la conformidad con un texto

desconocido. La discusión se prolongó mucho, y la resistencia de Prieto parecía invencible. Temí que el proyecto fracasara, poniéndome en ridículo. Los ministros, con su incurable afán de hablar, habían dicho ya el sábado a los periodistas lo que se intentaba; el propósito había caído muy bien en el público, y se estimaba que correspondía a lo dicho por mí al presentarme a las Cortes con el Gobierno. La indiscreción de los ministros (creo que el más indiscreto fue, como siempre, Prieto) me había puesto de mal humor y algo les dije sobre ello.

En el Consejo, estuvimos hablando del asunto cerca de una hora. Largo dijo una cosa de cuya intención y alcance no me di cuenta hasta después: «Como hay aquí tres ministros socialistas, que estaban de acuerdo para hacer esta ley, y ahora uno de ellos disiente, yo llevaré la cuestión adonde debo llevarla».

Prieto afirmaba que los socialistas no votarían la ley en las Cortes. Propuso que se sometiese a consulta del grupo parlamentario. No sé si fue Ríos quien propuso que se consultara solamente al comité directivo del grupo. Largo y Prieto contestaron que el comité consultaría al grupo entero.

Albornoz observó, no sin razón, que de consultar a un grupo, había que consultar a todos. Yo repliqué: «Eso supone una discusión previa en los grupos acerca de un proyecto del Gobierno, y acaso una votación, y en tanto, el Gobierno, ¿qué significa? Los grupos no gobiernan; gobernamos nosotros. No puedo admitir la consulta previa».

Se fue formando, por influencia de Prieto, la opinión de que difícilmente se aprobaría en las Cortes el proyecto. Yo tenía la intuición de que no sería así. Pero sobre la posibilidad de la derrota se discurrió mucho. Yo insistí en que si habían de derrotarnos, que fuese en la sesión, y con responsabilidad, no en votaciones previas. Era indudable que el único modo de hacer fracasar el proyecto sería llevarlo a esas antevotaciones, en las cuales se atreverían a ciertas cosas que en el salón de sesiones no podrían pasar.

Prieto me preguntó que si presentaría sobre el proyecto la cuestión de confianza. Respondí que sí. Entonces añadió que no podía continuar en el Gobierno, haciéndose cuestión de confianza un proyecto que le parecía mal. Con este motivo, Prieto volvió a decir que le urge marcharse del Gobierno; que no puede asistir al desastre del Presupuesto, aumentado por iniciativas de los ministros; que la cartera de Hacienda, de no tenerla el Presidente del Consejo, debería desempeñarla un hombre de gran autoridad, ante quien los ministros tuvieran que someterse. Él se encuentra tan harto y tan sin fuerzas, que un día cualquiera me escribirá una carta enviándome la dimisión, y

cuando yo la reciba habrá él tomado un coche y salido de Madrid. El día de la caída del otro Gobierno y formación de éste, no quiso decir nada por no agrandar el desgarrón. Para no perjudicar al Gobierno y no estorbar la aprobación del proyecto, se mostró dispuesto a fundar su retirada en que no está conforme con aumentar los sueldos a los ferroviarios, medida que le parece injusta y ruinosa.

Sobre todo ello platicamos largamente, empeñado Prieto en enredar su propósito de dimitir con la disconformidad acerca del proyecto de ley. Con mucha calma, pero muy firme, le dije que de su dimisión hablaríamos cuando quisiera, pero que en tal momento, la cuestión primera no podía ser otra que la aprobación o la repulsa del proyecto. Y que sobre ello había de pronunciarse el Consejo. Al poco rato advertí el efecto de las palabras de Largo Caballero y de la severidad con que habló. Prieto, sin que se adujera ninguna razón nueva, se mostró dispuesto a suscribir la ley. No recuerdo quién propuso que el proyecto fuese firmado por todos los ministros, y se aceptó. Así se desvanecían los escrúpulos de Largo Caballero en cuanto a las reservas formuladas por Prieto, y se evitaba él, «tener que llevar la cuestión a otra parte». De esa manera acabó la discusión, y quedamos en que yo leería el proyecto a las Cortes, para su inmediata discusión.

Hablamos también del asunto de los ferroviarios. Albornoz hizo el papel de siempre: Balbució, divagó, barajó papeles, no adelantó nada; nadie sabía a qué atenerse.

La impresión dominante es que no puede accederse a lo que piden los ferroviarios. Importarían sus mejoras unos ochenta millones. Quedamos en que Ríos, Albornoz y yo nos juntaríamos para estudiar el asunto.

El martes fui temprano a las Cortes y hablé con Besteiro, para ordenar la tramitación del proyecto. Le dije que deseaba aprobarlo la misma tarde. Besteiro vacilaba un poco, y habló de aplazar la discusión hasta el día siguiente. Le hice ver los inconvenientes, y convinimos por fin en que la Comisión dictaminase rápidamente, que se pusiese a discusión, y que si se armaba mucha gresca, se dejase la votación para otro día.

Al comenzar la sesión leí el proyecto, en medio de un silencio sepulcral. Muchos diputados se agolpaban al pie de la tribuna. Encargué a mi subsecretario que se ocupase en reunir prontamente a la Comisión de Presidencia, para dar dictamen, y fui a presidir la Junta Central Agraria. De ella forman parte mi antiguo compañero de la Dirección de Registros, Jerónimo González, hoy presidente de Sala del Supremo; Vicente Cantos, que fue director general mío en aquella casa, hace muchos años, diputado

«republicano» por Castellón, después de haberlo sido monárquico, y García, prietista, y siempre tonto. Este sujeto es uno de los que están más *abasourdí* con mi elevación. En la junta hay otros señores insignificantes, patronos y obreros, y sobresalen Lucio Martínez Gil, de la Casa del Pueblo de Madrid, diputado por Jaén, y un señor Huesca, ultraderecha, antipático y, según aseguran, persona poco recomendable. Acaban de derrotarlo por pocos votos, en las elecciones complementarias de Sevilla. Discutían mucho Martínez Gil y Huesca. Varias veces vinieron a interrumpirnos, trayéndome noticias de la reunión de la Comisión y haciéndome consultas. Otra vez me llamaron para un asunto urgente: Pedro Romero, capitán de Artillería y diputado de Acción Republicana, vino a decirme que para la misma noche se preparaba un golpe de Estado, urdido por Lerroux y Sanjurjo. Solté una carcajada, y Romero se quedó algo desconcertado. (Después he sabido que, a su juicio, me reí de dientes afuera). Le alabé su celo y le dije que viviera tranquilo, reintegrándome a la junta. Más tarde me llamó Galarza, director general de Seguridad, y me informó de que por todo Madrid corría la noticia de que iba a darse un golpe aquella misma noche, y que varios oficiales del ejército habían ido a decírselo, cumpliendo su deber. Galarza había llamado a un coronel de la Guardia civil, que manda un tercio, para interrogarle. Yo me acordé de que otro coronel de la Guardia civil es muy amigo mío desde la infancia y le mandé a llamar. También hice venir al general que manda la primera brigada.

Otras gentes vinieron con igual canción, incluso algunos ministros, y aunque todo me parecía una fantasía, pensé que no debía echarlo todo sobre mí y descansar con excesiva confianza. Mandé que diesen orden al general de la división, que estaba en Badajoz, para que regresara a Madrid en automóvil. Llamé por teléfono a mi primo Benítez, que manda la brigada de Alcalá (una de las comprometidas), y le pedí informes, dándole instrucciones. También me habló Azpiazu, coronel retirado, diputado por Lugo, feo, con dentadura de oro; es muy entrometido, aseguran; íntimo de «Pepe». (Sanjurjo), y correveidile del general. Azpiazu es tan ganso que hace pocos días le dijo a Casares que podía contar con los veintiocho mil hombres que le siguen. Los veintiocho mil hombres no son los electores de Lugo, como podría creerse, sino la Guardia civil. Azpiazu me aseguró que respondía de Sanjurjo, de su lealtad; que si hubiera advertido algo, él sería el primero en venir a contármelo, y que antes de todo son la República y el servirme a mí. (Lo mismo me daría oírle esto que lo contrario). Para tranquilizarme del todo, me prometió que aquella noche se llevaría a Sanjurjo para cenar juntos y no lo soltaría hasta la madrugada. Le deseé buen apetito, y repitiéndole que la

lealtad de Sanjurjo es para mí un artículo de fe, le despedí. Entre las cosas que Galarza me dijo, como indicios de un próximo suceso, se cuenta esto: el día que Sanjurjo y Pardo me visitaron en la presidencia en visita de protocolo, los periodistas oyeron decir a Pardo, cuando bajaba la escalera: «No, no, mi general; las cosas hay que plantearlas sin rodeos». Al parecer, se decía que los dos generales habían ido a hacerme «una conminación».

A todas éstas, vinieron a buscarme porque iba a discutirse el proyecto de ley. La Comisión había dado dictamen por unanimidad. Antes pasé al despacho de Besteiro. Allí estaba Ossorio, que deseaba hablar en contra. Ossorio, muy suave y sonriente, me apuntó las dos modificaciones que pensaba pedir para el proyecto; eran insignificantes y, reservándome el consultarlo con los demás ministros, le dije que probablemente las aceptaría. Ossorio me anunció que llevaba en su cartera un papel con un párrafo sacado de *Plumas y palabras* para leérmelo en el salón de sesiones, si alguna vez me oye decir que creo en algo. «El párrafo es admirable…, etcétera». Estuvimos bromeando sobre esto y al fin extrajo el papel y me lo leyó. Es uno en que digo que me parece «estar sumergido inteligentemente en la nada».

La discusión fue rápida. Habló en contra Alba, como era de esperar; estuvo muy desafortunado. Las intervenciones parlamentarias de Alba suelen consistir en repasar sus recuerdos de gobernante monárquico. Nadie le hizo caso. Habló Ossorio, y Barriobero, disparatado. Contesté a todos, y tuve la inconsciente destreza de encaminar toda la respuesta a Ossorio, limitándome a una ligera mención de los discursos de Alba y Barriobero**[19]**. Parece que Alba estaba sofocadísimo a causa de esto. En cambio Ossorio era todo mieles y rebosaba satisfacción. La ley se aprobó por aclamación. Los periódicos han acogido bien la ley, excepto *La Libertad*, donde imperan Alba y March.

Después de la sesión recibí al general Caballero, de la 1.ª brigada, que acudía a mi llamamiento. Es viejo, flaco, andaluz; parece un cantaor jubilado; de su competencia técnica me tiene dicho horrores el general subsecretario. Le di instrucciones para la vigilancia de los cuarteles aquella noche, pero me guardé muy bien de decirle el motivo verdadero; le achaqué todo a conjuras comunistas. También recibí al coronel del 27 tercio de la Guardia civil. Respondía con su cabeza de la lealtad de su fuerza y antes se dejaría cortar la mano derecha que desenvainar la espada contra la República. El mismo coronel le ha dicho a Galarza que a él no le maneja Sanjurjo ni nadie.

Después de cenar fui al ministerio de la Guerra y allí me encontré al subsecretario, muy preocupado con los anunciados sucesos. Me confesó que

había estado estudiando movimientos de tropas, por si estallaba en Madrid una sublevación. Le tranquilicé y le dije que se fuera a acostar.

Más tarde fui a Gobernación y estuve con Casares hasta las dos y media. Sobre esto forjaron al día siguiente una novela: que nos habíamos reunido allí con el ministro de Justicia para tratar cuestiones gravísimas, y que luego habíamos ido los tres a Guerra para examinar unos documentos de mucha importancia que tenía yo en mi despacho. Todo eso se publicó en *La Libertad*. Lo que realmente hicimos fue tomar chocolate.

Recibí en la presidencia la visita de mi colega el Presidente de la República de Andorra. Es un rústico, que luce una costra en la nariz. Le acompaña otro dignatario andorrano, que me tendió su mano callosa y nudosa. Estaban contentísimos de que los recibiese y me pidieron papeletas para la tribuna del Congreso, que era su gran ilusión.

Recuerdo la visita de una comisión de «accionistas de ferrocarriles», que forman por lo visto una fauna especial. ¡Qué extrañas cabezas! ¡Qué barbas! ¡Qué prognatismos! Si hubiese habido en aquel momento un fotógrafo a mano, me habría hecho retratar con ellos para conservar el friso horrendo que formaba la hilera de sus caras.

Las señoras católicas han organizado una manifestación ante la presidencia para pedir la derogación del artículo 24. Afortunadamente, ese día, comenzó a llover y la manifestación se deslució. Una comisión de señoras subió a mi despacho. Eran por lo menos tan estrafalarias como los accionistas de ferrocarriles. Las recibí amablemente, les dije algunas cuchufletas, parlotearon mucho, pidiéndome la derogación inmediata del artículo 24, y, como yo les decía que no estaba eso en mis atribuciones, me respondieron: «Usted lo puede todo, todo…». Así entienden estas ciudadanas el gobierno. Lo chistoso fue que, de pronto, una señora comenzó a decir que de un Presidente tan amable nada había que temer, y que creían ganada su causa. «¿Pues con quién pensaban ustedes encontrarse? ¿Con un demonio colorado? ¿O pensaban que yo estaría aquí en mangas de camisa y con dos bombas de dinamita en las manos?», les pregunté.

Una cosa así esperaban porque otra señora gorda y con gafas, alzó la voz y con grandes aspavientos me dijo: «Desde que tengo la honra de estar en presencia de vuestra excelencia siento una gran alegría, porque estoy segura de que vuestra excelencia es nuestro, es de nuestra causa, y no es un ogro como yo creía…».

Después hablaron del voto de la mujer y empezaron a disputar; unas eran partidarias, otras adversarias de la reforma. Por fin se marcharon, un poco

desconcertadas y al parecer contentas.

Visita de los consejos de administración del Norte y de M. Z. A. que vienen a trabajar *pro domo*. Visita del consejo de administración del Banco de España, que está muy asustado con el proyecto de reforma de la ley bancaria. Cambiamos palabras corteses y ambiguas, que esconden grandes recelos. Entre los consejeros está el señor Prats, el confitero, que siempre ha sido tonto, y que en 1923, al subir Primo de Rivera, se dejaba retratar en *El Sol* como «hombre nuevo» y hacía declaraciones favorables a la dictadura. Debe de ser de los más irreconciliables. También estaba el conde de Limpias, antiguo maurista. Al Conde le hiede el aliento desde un metro de distancia. Esta fetidez de las gentes es uno de los mayores suplicios para un ministro que da audiencia. Cuando yo la tenía numerosísima en el ministerio de la Guerra, llegaba a levantárseme el estómago, v algunos días me era imposible comer.

Con los asuntos de la presidencia se me hace muy difícil ser asiduo en el ministerio de la Guerra. Sin embargo, ningún día dejo de ir, y algunos, dos veces. Lo que más tiempo me roba es la necesidad de asistir a todas las sesiones de Cortes, por si ocurre algo imprevisto. Antes iba poco. En el ministerio de la Guerra no hay ahora nada extraordinario que hacer, aunque el despacho diario es muy copioso, y ningún día deja de saltar algún asunto desagradable. Del comandante Fuentes, el mismo a quien se sigue expediente por lo que intentó hacer en Valencia, ha dicho el general Goded que es comunista y que ha entregado la clave telegráfica del ministerio a sus amigos. El general no me lo ha dicho a mí, sino al subsecretario, y asegura que le consta el hecho. Fuentes venía prestando servicio de guardia en el ministerio, por lo que una noche de cada ocho se quedaba allí solo y dueño de todos los telégrafos. Lo he destituido, sin perjuicio de lo que le resulte del expediente.

En Valencia, el general Llanos, que manda la brigada de Infantería, tenía un coche sin matrícula y sin pagar contribución. Un guardia lo ha parado en la calle, lo ha llevado a la inspección y le han impuesto una multa. La prensa local comenta el suceso; el mismo general ha hecho no sé qué embrollo para quedarse con unos muebles por menos dinero de lo tasado para la subasta. Creo que se trata de unos muebles procedentes de un edificio militar. El general de la división va a imponerle, me dicen, un correctivo. Pienso decirle al general Llanos que pida el pase a la reserva.

En Vitoria, unos soldados recorrieron las calles vitoreando a la revolución social y al ejército rojo. Un capitán, creo que artillero, entró en ellos en una taberna, les convidó a unas copas, y les hizo blasfemar con él a coro. El

comandante militar, teniente coronel de Caballería, no dio parte a sus superiores. Conocido el hecho por un anónimo, el general de Burgos envió a un coronel de Artillería a Vitoria, en visita de inspección, y volvió diciendo que no había sucedido nada de particular. Los hechos han sido comprobados por el inspector general. El comandante militar ha sido enviado a un castillo, a cumplir un mes de arresto, y destituido del mando. También los oficiales de la taberna han sido destituidos.

La orden que he publicado, obligando a hacer prácticas de instrucción durante dos meses a todos los generales, jefes y oficiales, aunque estén disponibles, ha sentado muy mal a algunos, que piensan pedir el retiro; entre ellos dicen que hay un general de división.

El general Caballero vino a darme cuenta de su visita a los cuarteles en la noche del martes. Nada anormal. En el parque de artillería estaba de guardia el alférez Manzanares, que tomó parte en lo de Jaca. Es un jovenzuelo muy *revolucionario*. Comunista, creo. Cuando está de guardia en el cuartel, le da una silla al centinela y le convida a cerveza. El general, al encontrárselo de guardia en el parque, descubrió que el alférez no sabía dónde estaba, ni cómo era el recinto, y que no había tomado ninguna de las precauciones reglamentarias. Arresto al canto. Al oficial de guardia, en no sé qué otra dependencia, se lo encontró acostado en la cama y durmiendo. Esta relajación no se acabará más que a fuerza de palos.

Estoy terminando el Presupuesto de Guerra, enteramente transformado. Hay en el ministerio un coronel, jefe de presupuestos, que lleva allí muchos años, y que es el autor de todos los embrollos tradicionales en la confección de este presupuesto. Me trajo un primer proyecto en que se burlaban las instrucciones que yo le había dado. Se lo devolví, hizo otro, y apenas lo hojeé, descubrí cosas enormes. Por ejemplo, uno de los capítulos importaba doce millones. Le obligué a cifrarlo analíticamente y el capítulo resultó importando nueve millones solamente. Volví a examinar el presupuesto, me fijé en otro capítulo, importante treinta y ocho millones, le encargué al subsecretario que hiciese la misma operación que en el anterior y el capítulo ha quedado con diez millones menos. Así se hacían aquí las cosas. Al coronel de los presupuestos voy a echarlo a la calle.

El miércoles por la tarde estuve, de cinco a ocho, presidiendo la Junta Central Agraria. Se aprobaron, no sin grandes discusiones entre Lucio Martínez y Huesca y fuerte derroche de palabras, tres decretos.

Mientras yo estaba en eso, discutían en el salón el artículo 48 de la Constitución. Es el relativo a la enseñanza en las regiones. La opinión

dominante en las Cortes es contraria a las pretensiones de los catalanes en este punto. Los radicales habían presentado una enmienda, que cerraba el camino al Estatuto catalán y desahuciaba enteramente a los catalanistas. La defendió mal y bárbaramente Emiliano Iglesias; tan mal que su correligionario Guerra del Río se levantó para rectificarle. Yo llegué al banco azul cuando andaban en eso. Como siempre que hay una situación difícil, Lerroux había desaparecido y también su ministro Martínez Barrio. Esto me dio muy mala espina. Vista la situación, era evidente que si los radicales y los socialistas (que también son muy poco catalanistas) votaban juntos, se aprobaría la enmienda y se produciría un conflicto en Cataluña y en las Cortes, porque los diputados catalanes quizá se retirasen y el ministro de Economía dimitiría.

Se levantó Cordero para decir que los socialistas estaban de acuerdo con el espíritu y el propósito de la enmienda de los radicales, pero que ellos iban a votar en contra, porque tenían presentada por su cuenta otra enmienda que reflejaba mejor su criterio. «Menos mal», dije entre mí. Extraña manera de dar batallas: quererlas ganar cada uno con su cuadrilla. Si a los socialistas les importaba verdaderamente ganar el punto, debieron haber votado con los radicales. Pero no, tenía que ser la suya. A no ser que se tratase de una habilidad para defender teóricamente una posición y dejarse derrotar. No los creo tan finos; aparte de que estaban muy empeñados en ganar.

Se desechó la enmienda de los radicales, y como para el día siguiente quedaba la de los socialistas, era evidente que si aquéllos, muy encorajinados contra el catalanismo, la votaban, se produciría el conflicto.

Después de la sesión pasé al despacho de Besteiro, y le di cuenta de mis temores, que él compartía. A Besteiro le pareció un error la enmienda propuesta por sus correligionarios; pero nada podía hacer, porque ese era el criterio del partido. «Llamaremos a Cordero», dijo Besteiro. Vino Cordero. Cabeza de león, melena de plata, hombros llenos de caspa. Le expuse la situación. Dijo, en resumen, que no podían hacer nada; que los socialistas estaban cediendo en todo, sacrificando siempre su programa, y que en este punto estaban irreductibles. Por lo demás, añadió, yo no represento aquí más que mi opinión personal. Desistí y nos despedimos.

Estuve muy preocupado aquella noche con lo que pudiera ocurrir. El jueves por la mañana, después de estar en la presidencia, fui al ministerio de Estado a ver a Lerroux; le dije mis aprensiones y las consecuencias probables. Estimaba yo que, salvado ya por los radicales su criterio de partido, debían considerar la cuestión desde el punto de vista del Gobierno, y no originar una dificultad invencible. Y puesto que había una enmienda suscrita por Acción

Republicana, radicales-socialistas, Agrupación al Servicio de la República, y minoría catalana, convenía que el Partido Radical votase con todos los republicanos, en un solo frente, para no depender siempre, en estas cuestiones, del voto decisivo de los socialistas. Lerroux asintió a todo lo que yo dije y prometió hablar a su partido, aunque no podía responder del resultado. Después me he dado cuenta de la importancia de esta entrevista, que estuve a punto de no buscar; pero una preocupación profunda, más que una determinación deliberada, me llevó a ello.

La enmienda o texto de que yo le hablaba a Lerroux era un proyecto de nueva redacción del artículo 48. La habían elaborado penosamente Sánchez Albornoz y los catalanes, cediendo muchas cosas que hace dos meses no habrían cedido. Suscrita por mi partido y por la *Esquerra*, la aceptaron los radicales-socialistas y la «masa encefálica» con las firmas de Ortega y Gasset y Pérez de Ayala. Aunque yo tenía mi criterio formado sobre ello, la aprobación de estos dos me tranquilizaba del todo, porque son por lo menos tan literatos y tan intelectuales y tan españoles como Fabián Vidal, director de *La Voz*; para quien, la aprobación del artículo 48 tal como ha quedado, es cosa funesta para la República y para España. Por la tarde fui a las Cortes y entré en el despacho de ministros. Había algunos, y llegó también Miguel Maura. Hablamos del asunto del día, y me dijo que en modo alguno votaría la enmienda de Sánchez Albornoz y que apoyaría otra presentada por Unamuno.

Con el furor peculiar suyo, despotricó contra los catalanes, contra la cultura catalana, formuló los más negros pronósticos, y se mostró alarmadísimo por el porvenir de la «cultura castellana» y del espíritu castellano. Me preguntó si pensaba plantear la cuestión de confianza sobre la aprobación de la enmienda; respondí que no, porque no había acuerdo de Gobierno sobre el asunto, pero que me parecía necesario aprobarla.

Ahora que hemos pasado el atranco, y que he visto cómo estaban apasionados unos y otros (nadie lo había visto antes), me doy cuenta de que aquella tarde, yo no sentía pasión alguna y ni siquiera me importaba profundamente el fondo de la cuestión, sino la dificultad gravísima que podría presentársele al Gobierno. La disputa por el salvamento de la «cultura castellana», garantizándola en la Constitución, me parece, en el fondo, una tontería. La futilidad de la disputa, agravaba mi fastidio.

Me fui al salón de sesiones sin ningún plan, esperando ver lo que pasaba, y no tenía ningún propósito de hablar. Cuando llegué al banco azul me enteraron de que los radicales iban a votar contra la enmienda de los socialistas; ya no había, pues, peligro de que se aprobase; y supe también que

la Comisión había acordado, por mayoría, aceptar la enmienda de Sánchez Albornoz. Para que siguiese la confusión había esto: que los diputados radicales-socialistas de la Comisión, se negaron a esa aceptación, por más que su partido suscribía la enmienda.

Con estas noticias consideré desvanecido el peligro, y vi con gusto que ya no sería necesaria mi intervención. Subí a la presidencia para convenir con Besteiro el orden en que se discutirían las enmiendas. Besteiro se puso muy contento al saber la decisión de los radicales.

Se discutió y se desechó la enmienda de los socialistas. Los radicales se resistían a votar contra ella. Lerroux tuvo que salir al pasillo para empujar a sus huestes. Largo Caballero se puso algo fosco porque los ministros republicanos votaron contra la enmienda socialista. Decía Largo (a mí no me lo dijo) que se había convenido en la abstención de los ministros; no tenía yo noticia de tal convenio. Fernando de los Ríos se marchó del banco azul antes de empezar la votación, por no ir contra su partido ni contra sus convicciones personales.

Se leyó la enmienda de Sánchez Albornoz, etcétera, que apoyó su autor, y Jiménez de Asúa, socialista, presidente de la Comisión, se levantó para decir que la aceptaban y se convertía en dictamen. A Largo Caballero le supo muy mal lo hecho por Asúa. Al poco rato se encontraron en los pasillos y disputaron. Las voces se oían desde el salón.

Pasando a ser dictamen la enmienda Sánchez Albornoz, se entró a discutir las otras, presentadas contra ella. Unamuno defendió la suya, salmodiando un discurso medio leído, medio recitado, bastante triste y sin ninguna eficacia política. No le hicieron caso. Habló Miguel Maura, y se produjo un incidente inesperado y muy penoso.

Maura, plantado a lo jaque en las escalerillas de los escaños, en jarras, con tono insolente y retador, comenzó apostrofando a los radicales, que se le encresparon. No dijo nada de sustancia, y sí muchos lugares «españolistas», de los que gustan a la galería. Su arremetida a los radicales conducía nada menos que a soliviantarlos, y ya que habían aceptado votar el nuevo artículo 48, hacerlos volverse atrás, sonrojarlos, descomponer la mayoría y crearnos el conflicto que tanto trabajo había costado evitar… Yo estaba muy contrariado, y me enojaba por momentos la insolencia de Maura, que se presentaba como árbitro de la Cámara, y como un hombre que ha estado mucho tiempo guardando un secreto penoso y al fin se decide a tirar de la manta. Que viniese a descomponerme la mayoría un hombre que hasta hace cuatro días había gobernado con ella, me irritaba como una deslealtad. Y dijo sobre todo

una cosa intolerable: se adelantó a explicar lo que significaba el voto que íbamos a dar sus contrarios: significaba que nos era indiferente que el Estado tuviese o no la enseñanza en Cataluña (contra la evidencia del texto de la enmienda), y que al votar así «entregábamos el alma y el porvenir de España en cabildeos y cambalaches». Estas palabras, como lo del españolismo, que todos oyeron, están cambiadas o mutiladas en el texto del *Diario de Sesiones*.

No podía yo tolerar lo que estaba haciendo Maura y pedí la palabra. Le traté con dureza. Tenía yo razón sobrada. Si lo hubiera hecho cualquier otro diputado, quizás yo no habría despegado los labios; pero que Maura viniese a denunciar los cabildeos y los cambalaches… era demasiado[20].

Le dije que enarbolaba bandera de españolismo, y se indignó. Pues es la pura verdad, aunque quizás él no lo sepa. En realidad, Maura se ha ido del Gobierno para disputarle a don Niceto la bandera del «derechismo» en la que pretende alistar a los católicos republicanos.

Las tribunas, sobre todo la de la prensa, acogieron mis palabras con un *¡oooh!* repetido. También en las Cortes el ambiente me era poco favorable. Desfogado mi enojo con Maura, no tardé en hacerme con el auditorio, que acabó aplaudiendo mi discurso. La rectificación de Maura no valió nada, y nadie la aplaudió. Ya en su primer discurso noté que al pedir yo la palabra cambió de tono y de rumbo, y hasta parece que lo cortó.

Se desecharon las enmiendas, y se aprobó el artículo. Votó con nosotros Ossorio y Gallardo, que desaprueba fuertemente lo hecho por Maura. Ortega y Gasset discutió también con él.

Cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que Maura se había enojado personalmente conmigo; ha dicho a los periodistas que no volverá a saludarme en su vida.

Al pronto, me disgusté, más que nada porque Maura es injusto. Además le tengo simpatía y algún afecto, por más que su temperamento me subleva. Yo creo que en mi discurso (digo en el comienzo) hay una explosión de todas las impaciencias que Maura me ha hecho devorar durante seis meses, a fuerza de imprudencias, de ligerezas y de arrebatos. Es opinión común, y yo estoy cerca de compartirla, que Maura no tenía mala intención, y que no se dio cuenta del daño que hacía. Esto explicaría su enfado conmigo, porque mi respuesta no le parecía proporcionada con lo que pensaba estar haciendo. También opinan, los que andan cerca de estos hombres, que Maura obró un poco manejado por Sánchez Román, que con su frialdad se pinta solo para influir en Maura y en Prieto, dos impulsivos.

Después, he ido consolándome del disgusto, y todo se reduce ahora a encogerme de hombros.

La prensa, menos *Crisol*, me es contraria en este asunto. Y algunos amigos timoratos están asustados. Entre ellos Amós, que al día siguiente vino a verme y advertí su cara sombría. «Hay una gran reacción españolista», me dijo. «Será la suya; porque no sé cómo ha podido observar y medir esa reacción en tan pocas horas».

No hay que decir si los catalanes me habrán abrazado. Gracias a mí, no lo echaron a perder. Cuando empezaba la discusión, les envié un recado con Xirau, diciéndoles que pasara lo que pasara y oyesen lo que oyesen, no pidieran la palabra.

25 de octubre

Ayer, reedición del diluvio universal. Estuve en el ministerio de la Guerra por la mañana, después en la presidencia, y a las doce fui a la Telefónica, en visita oficial, para inaugurar la comunicación con Baleares y Canarias. Allí estaba Pérez de Ayala, que me habló del incidente con Maura. Desaprobó lo hecho por Miguel, y opina que no se dio cuenta del alcance de sus palabras. Opina también que Felipe Sánchez Román ha sido inductor de Maura, y como yo decía que Sánchez Román ha tomado muy mala actitud en este asunto, Ayala corrigió:

—Y en todos.

Me encomió mucho la buena disposición de Ortega para conmigo. Dice que Ortega está muy cambiado desde que ha venido la República y que es ahora muy «modesto». Se habló de la conferencia que Maura iba a dar por la noche en el Círculo Mercantil. Yo dije que probablemente Maura «se soltaría el pelo» contra el Gobierno, y que, si lo hacía, estaba yo dispuesto a darle un recorrido. Pérez de Ayala estimó que sería un nuevo mal paso de Maura, y dañoso también para el Gobierno, y que para impedirlo hablaría con Maura aquella tarde. «En mi opinión —le dije—, si Maura continúa como empezó el otro día en las Cortes, tendrá que irse de la política o de la República».

Todavía volví a la presidencia, y después fui con Lola a almorzar en la embajada francesa. Muy amables y muy cordiales los señores de Herbette. Estuvimos allí hasta después de las cuatro.

A prima noche estuve en el ministerio de la Guerra, trabajando en el presupuesto. No salí de casa después de cenar.

Hoy he leído la conferencia de Maura. Es muy vacía. Todo se reduce a decir que es muy conservador, y que deben agruparse los conservadores, etcétera. Maura persigue la misma ilusión que su padre: la masa neutra. Hay una reticencia injusta en la conferencia de Maura, acerca de la dejación del principio de autoridad, en que supone ha incurrido el Gobierno, y de la que no quiere hablar, «por deberes de compañerismo». («¡Que hable, que hable!», le decía el auditorio). Ahí aparece el Maura de la otra tarde en el Congreso, que es el auténtico; el Maura del maurismo y del «nosotros somos nosotros». ¡Y

pensar que en la noche del 9 de mayo, cuando la algarada de la Puerta del Sol, Prieto, Ríos y yo tuvimos que sujetarle por los brazos para que no se lanzara a dar órdenes que hubieran ocasionado un desastre memorable!

No he salido de casa hasta la tarde. Han venido a comer con nosotros los de Guzmán. Anochecido, he ido a casa de Cipriano, que está enfermo. Después he vuelto a encerrarme, y a leer papeles.

26 de octubre

He pagado esta mañana unas visitas diplomáticas. En el ministerio de la Guerra he recibido la visita del gobernador del Banco de España y la del alto comisario en África. El gobernador del Banco me informa de los manejos del consejo de administración contra el ministro. Le han abierto una cuenta de 75.000 pesetas a un señor Ceballos Teresí, para que haga campaña contra Prieto.

El alto comisario viene a decirme que el Banco se niega a tomar los títulos del empréstito de la Zona de Marruecos, a no ser en condiciones desventajosas (sólo ofrece seis millones), y que en vista de ello habrá que paralizar las obras en Marruecos, dejando sin trabajo a más de tres mil hombres.

La operación había sido propuesta por el gobernador, pero el consejo no la acepta. Después de despachar en Guerra, voy a la presidencia y hago venir a Coronas, amigo mío, consejero del Banco, para recomendarle la operación. Visitas.

Por la tarde, Consejo, dedicado al presupuesto. Prieto da cuenta de la situación: seiscientos millones de déficit y las rentas en baja.

Expongo mi criterio para la formación del presupuesto, que es de restricción. Claro está que si todos hubieran hecho lo que yo en Guerra, la cuestión estaría resuelta. Pero en vez de hacerlo así cada ministro trae, sin enmendar los yerros antiguos, gastos nuevos y aumentos en el personal. Estoy decidido a ser «avaro». Les propongo aumentos en algunos tributos, la supresión de la caja ferroviaria, la reducción de las obras de ferrocarriles, etcétera, y doy instrucciones al ministro de Hacienda para el próximo Consejo.

Prieto ha dicho que si Viñuales quisiera aceptar la cartera de Hacienda, él estaría dispuesto a ser director del Timbre (que es el cargo actual de Viñuales).

No nos ha quedado tiempo para entrar en el asunto de los ferroviarios.

Prieto cuenta las «picardías» que hace el consejo del Banco y, sobre todo, el subgobernador, señor Pan. Este señor ha hecho algunas cosas sucias en el

Banco de Crédito Exterior, en las cuales está también comprometido el «profesor». Olariaga. Mi correligionario, Gabriel Franco, dirigía ese Banco, y ha dimitido hace pocos días porque, al poner en orden la administración de la casa, se ha encontrado con responsabilidades graves para Olariaga y Pan, y le ha dado reparo acometer a Olariaga, que es compañero suyo.

27 de octubre

He querido prevenirme para el caso de una crisis fulminante anunciada por el ministro de Hacienda, e incluso estaba decidido a provocar yo esa crisis, haciendo salir a Prieto del Gobierno, en el caso de que mis trabajos preliminares hubieran resultado bien. La impresión tranquilizadora que ha producido la formación del Gobierno en la cuestión de orden público, se habría reforzado y extendido al orden económico eliminando a Prieto, que con sus palabras, más que con sus actos, siembra la alarma, y con sus ligerezas, se priva de autoridad.

Para mi propósito era indispensable encontrar la persona. Pensé en Pedregal. Está en Asturias. Se me ocurrió explorar la voluntad de Pedregal, y hacerle alguna fuerza, valiéndome del señor Cossío. Envié al subsecretario a visitar a Cossío, a quien dio cuenta de mis planes. Cossío los aprobó y se ofreció a influir cuanto pudiese sobre Pedregal, empezando por llamarle a Madrid. Pedregal llegó anoche, y esta tarde a las cuatro he ido a la Institución Libre de Enseñanza a conversar con él.

Nos hemos visto en la alcoba del señor Cossío, que está en cama, enfermo de cuidado hace ya muchos meses. La alcoba es monacal, blanca, chiquita. Unas flores. El señor Cossío acostado, risueño y melifluo como siempre, me saluda con gran emoción, y me retiene una mano entre las suyas, mucho rato, diciéndome mil cosas amables. Cuando me suelta, puedo volverme a saludar a Pedregal, que me abraza.

Hablamos largo rato de los sucesos últimos. Repasamos lo ocurrido con la crisis. Pedregal está resentido por lo que ocurrió en Asturias con las elecciones; pero su resentimiento es con Maura, y él sabe bien que • yo no tuve arte ni parte en el asunto. Por ese disgusto, dimitió la presidencia del Consejo de Estado, y se fue sin decir nada.

Le propongo la cuestión de su entrada en el Gobierno, y el efecto que busco, que es tranquilizar a la clase media, y poner su autoridad personal al servicio de la política de nivelación del presupuesto que me propongo acometer. El resumen de su respuesta es la negativa a aceptar mi ofrecimiento. Estima Pedregal que si bien su entrada en el ministerio podría

determinar una reacción favorable en el orden financiero, eso sería solamente momentáneo. Cree que es injusta la campaña que se hace contra Prieto, que no ha hecho nada en su departamento que pueda producir la depresión actual. A juicio de Pedregal, esa depresión procede de lo hecho en otros ministerios, como son Justicia y Trabajo. Una rectificación de política, como la que representaría su presencia en Hacienda, no podría sostenerse, continuando las cosas igual en los otros departamentos. Cree que Prieto debe continuar, y que lo más útil sería crear un ministerio del Tesoro, al que podría ir un especialista, descargando a Prieto de esa parte de la gestión. En lo que se refiere a la Hacienda, Prieto está bien. Añade Pedregal que más adelante podría pensarse en la combinación que yo propongo, pero que ahora es prematura. Insiste mucho en su buena voluntad para conmigo; si yo le necesito en cualquier otro puesto, para mostrar que colabora con el Gobierno, está a mi disposición. Yo le digo que me frustra la mitad del éxito, y eso le impresiona un poco; pero no lo vence. El señor Cossío me dice que todos los argumentos que tenía preparados para convencerle, han resultado inútiles. Poco después, nos despedimos. En el curso de la entrevista se ha quebrantado un poco la confianza que yo tenía en el resultado de esta solución, y he barruntado las dificultades que surgirían de la presencia de Pedregal en el ministerio.

Desde la Institución, he ido a las Cortes. Por el camino, recordaba yo, traído a la memoria por mi entrevista con el señor Cossío, el encuentro que tuve hace muchos años con don Francisco Giner, el día que subió al poder Canalejas, íbamos por los altos de la calle de Serrano, Guillermo Pedregal, otro amigo y yo. Por una bocacalle apareció don Francisco, con su abriguito color ala de mosca. Nos detuvimos a hablar con él, y la conversación giró sobre Canalejas y la combinación un poco turbia que lo elevó al poder. Don Francisco dijo:

—Si lo viese, después de ponerlo como un trapo, reconocería que es el único que puede gobernar.

Ahora, en vez de Giner, Cossío; en vez de Guillermo, su hermano; en vez de Canalejas… ¿Yo? Pero a mí no pueden ponerme, ni me ponen, como un trapo.

En las Cortes, discurso de don Niceto en defensa del Senado. Se apoya mucho en las «virtudes» del Senado francés. No me convence. Y me parece bastante pobre, y algo provinciano, este modo de tratar las cuestiones fundamentales de la Constitución. Estoy tan cansado que en el banco azul me he quedado dormido. Pocos minutos ha debido de ser. Unos aplausos me

despertaron. Nadie lo advirtió (es decir, sí, Tenreiro; me lo contó luego en los pasillos).

Me reúno en mi despacho del Congreso con el ministro de la Gobernación y con el subsecretario de la presidencia. Anoche estuve componiendo, de memoria, el decreto sobre amortización de plantillas en la Administración. Y, en la reunión de esta tarde, se lo voy dictando al subsecretario, completando mi proyecto con las observaciones que se nos ocurren. Queda hecho todo, y le encargo a Ramos que, para el Consejo de mañana, lo ponga en limpio. Como los ministros no saben guardar secreto sobre lo que se habla en Jos Consejos, ya se trae y se lleva por todo Madrid lo que pensamos hacer con los funcionarios y va a formarse con esto un ambiente desfavorable para la realización de lo que nos proponemos. Así es que lo mejor es apresurarlo.

28 de octubre

Consejo de ministros en la presidencia. Lo principal ha sido el examen y discusión del proyecto sobre los funcionarios. Se habían sacado copias. Cada ministro tenía la suya. Leí todo el decreto, que parecía bien en general, y luego Prieto fue leyéndolo párrafo por párrafo, discutiéndose todos, e introduciéndose algunas modificaciones. El Consejo acordó suprimir el artículo en que se exigía a los funcionarios la promesa de fidelidad a la República. También se acordó, en contra de la propuesta, que las excedencias forzosas se concedieran por decisión del ministro, en vez de concederse por orden inverso de antigüedad. Largo Caballero, después de repetir que el decreto le parecía bien, obtuvo algunas modificaciones por lo que respecta a los consejos técnicos del ministerio del Trabajo. Lerroux preguntó en qué situación quedaba el personal del ministerio de Estado; se lo expliqué, y así se aprobó el decreto. Los ministros que habían instado más porque se hiciera esta reforma eran Prieto y Nicolau.

Todos nos comprometimos a no decir nada de ésto a los periodistas, y que la primera noticia se tuviese por la *Gaceta*, como debe ser.

Fernando de los Ríos propuso que se aumentase el descuento a los empleados públicos. Yo me opuse con toda energía, estimando que la medida era injusta, irritante, y de poca utilidad fiscal. «Los que deben pagar más —exclamé— no son los empleados, sino los propietarios de los palacios de la Castellana». Largo Caballero asentía con la cabeza; se desechó la propuesta de Fernando.

No concluimos los asuntos pendientes. Se discutió mucho la necesidad de permitir que los obreros del campo puedan ir a trabajar fuera de su término municipal. La cosecha de aceituna en Andalucía es tan enorme que no hay brazos para recogerla, y se teme que, en mucha parte, se pierda. En algunos términos no hay braceros, y en otros sobran, pero está prohibido que se trasladen. Sobre esto, Largo Caballero y Martínez Barrio disputaron. Largo se dolía de que ya no va quedando nada del decreto (convertido en ley) que estableció la prohibición. «Cuando se acercaban las elecciones», decía Largo, el decreto pareció muy bien, porque con él se quitaba a los caciques la

posibilidad de fijar a su antojo los jornales y de dar o no dar trabajo y, por tanto, de disponer de los votos. Ahora, todo son quejas y protestas.

A duras penas se logró que Largo consintiese que, un decreto de la presidencia, levante la prohibición para la recogida de la aceituna.

Acordamos continuar el Consejo por la tarde en el Congreso.

En el Congreso nos hemos reunido a las seis. Pero no ha sido posible aprovechar el tiempo. Algunos ministros permanecían en el banco azul, y hemos despachado poco, y asuntos sin importancia. No ha podido entrarse en el asunto de los ferroviarios, que se deja para otro día.

En la Alianza Republicana hay tempestad. Los radicales, que están de mal humor porque yo presido el Gobierno, se han enfadado mucho porque Acción Republicana ha votado la Cámara única, de acuerdo con los socialistas y radicales-socialistas. A los radicales les contraría mucho quedarse en compañía de la derecha republicana. Estas cosas me las cuentan los diputados, a la sordina; pero Lerroux y yo hacemos como que las ignoramos y nunca hacemos conversación de ello.

La sesión ha durado hasta las once de la noche. Se discutía el referéndum, y hemos estado desechando enmiendas y armándonos un pequeño lío sobre la confección definitiva del artículo. Con este motivo arrecia el malestar entre radicales y Acción Republicana.

A las once y media llego a casa, con Cipriano, que estaba invitado a cenar con nosotros. A eso de la una, llaman por teléfono desde el periódico *Ahora*. En su imprenta se tira la *Gaceta*, y han visto en el sumario que va el decreto de funcionarios. Piden que les dé el texto, a lo cual me niego.

29 de octubre

Aparición del decreto de funcionarios en la *Gaceta*, y consiguiente escándalo en Madrid, sede del funcionarismo. Me cuentan que la agitación es enorme en los ministerios. Se ha agotado la *Gaceta*. Yo he estado casi toda la mañana en Guerra, ocupado en el despacho y no me he enterado ni he hecho caso de nada. Recibo la visita del Colegio de Agentes de Cambio y hablamos de la situación de la Bolsa, que es bastante mala. Los agentes de Madrid sostienen artificialmente las cotizaciones, arrastradas a la baja por las acciones de ferrocarriles. La baja de los valores ha hecho perder a los Bancos una parte muy considerable de su cartera, y los pone en punto de quiebra.

Por la tarde, en los pasillos del Congreso, no se habla más que del decreto. Como aquí todo el mundo es funcionario, la hostilidad es casi general. No todos se atreven a decírmelo, pero lo descubro fácilmente en el tono de las preguntas y de los comentarios que se arman. Me hacen perder mucho tiempo rodeándome para hablar del caso. Algunos diputados me felicitan, como Companys; otros barbarizan a mis espaldas, como Emiliano Iglesias, que ahora resulta defensor de la pureza parlamentaria, y Eduardo Ortega.

García Valdecasas se me acerca para decir que desea hacer una interpelación esta tarde sobre el asunto. Yo le digo que proceda como guste, pero que acaso no sea discreto dar estado parlamentario a la cuestión, cuando los funcionarios se encuentran soliviantados. Discutimos un poco el asunto, y se queda todo en que me hará un «ruego».

También el joven Sacristán, director de Aduanas, se muestra muy contrario al decreto, y dice que no lo cumplirá, porque es imposible. Es algo pedante este joven, y acaso tenga talento; aún no he tenido ocasión de comprobarlo.

Hay una curiosa coincidencia entre la rutina burocrática alarmada, y los jóvenes más o menos ilusos, encaramados a los puestos superiores de la Administración, y que se figuran que su *centro*, es el del mundo. El barullo es tal, que cuando Marcelino Domingo viene a hablarme de otros asuntos, al despacho de ministros, le veo todo asustado de lo que ayer aprobó alegremente, y tengo que tranquilizarle. Estos hombres, acostumbrados al

halago de la prensa, y a moverse a favor de la popularidad, no pueden resistir la menor amenaza de una campaña de oposición.

Marcelino Domingo se marcha a su ministerio, a trabajar en el presupuesto, y a poco llega Valle-Inclán. Viene a enseñarme un suelto de un periódico anunciando que el lunes se inaugura, en lo que fue Palacio real, el Museo de la República. Protesta, con razón; porque nada se ha organizado aún allí con seriedad. Le digo que no había oído hablar de semejante museo, y le cito para mañana en la presidencia, a la hora del Consejo.

Largo, Prieto y Fernando vienen a plantearme una cuestión política. Me aseguran que los radicales, enojados con los socialistas, obstruyen en las comisiones los dictámenes sobre los proyectos presentados por aquellos ministros. Especialmente, el proyecto de reforma del Banco no adelanta nada. Los tres ministros creen indispensable que se haga una declaración por el Gobierno, afirmando la solidaridad con la obra de todos y, singularmente, con el ministro de Hacienda. Creo que tienen razón, y quedamos en plantear el asunto en el Consejo de mañana.

Contra Prieto se hace una campaña muy violenta; el Banco ha dado dinero para esta campaña, que alcanza a *La Tierra*, a *La Nación* y no sé si a otros periódicos.

También hace campaña, contra Prieto, *Crisol*. Nadie que yo sepa puede decir que este periódico está vendido al Banco, pero la coincidencia es fastidiosa para él.

Ortega y Gasset (José) estaba tan seguro de que Prieto salía del ministerio, que se lo ha dicho a un redactor de *El Sol*, anunciándole que la crisis sería el lunes. Alguien, creo que el mismo Ortega, ha deslizado el nombre de Pedregal; lo sabrá por los de la Institución, y particularmente por el yerno de Cossío, que estaba allí cuando me entrevisté con Pedregal. El caso es que el redactor de *El Sol* me abordó en un pasillo y me dijo: «¿Cuándo viene el nuevo ministro de Hacienda?». Yo le respondí que eso era fantástico, y como él me recordase la campaña de prensa contra Prieto, le respondí: «Ahora no se derriba un ministro con un artículo». Esta conversación fue ayer, anocheciendo. Pocas horas después leí en *Crisol* un nuevo artículo contra Prieto, y pensé: «En este periódico van a creer que lo he dicho por ellos, siendo así que no había salido a la calle el número, cuando hablé con el reportero».

En efecto, se lo han creído. Hoy publica un entrefilete, reproduciendo mi respuesta al redactor de *El Sol*, y diciendo que tiene sabor «primorriverista». Es inaudito. Estos periodistas de *Crisol*, que estuvieron dos o tres años

amparando a la dictadura en *El Sol*, se ponen ahora a dar patentes de «primorriverismo». La pedantería y el engreimiento de este periódico, porque va agarrado a los faldones del señor Ortega, son insoportables.

Con esta salsa ha transcurrido la tarde, mientras se discutía en el salón el procedimiento para elegir Presidente de la República. Estando en el banco azul, y cuando se acercaba la votación, Lerroux me preguntó: «¿Usted vota lo que propone la mayoría de la Comisión?».

—Sí, lo voto. Mi partido lo ha defendido en la Comisión, y me han consultado el texto definitivo, que he aprobado.

—Entonces, me voy, para no votar contra usted.

Y se fue del banco azul.

Una vez más, hemos votado en contra de los radicales. Están furiosos. Dicen que Acción Republicana es una querida que les ha salido infiel, etcétera, etcétera.

La prensa de la noche viene furiosa contra el decreto. Es natural. Casi todos los periodistas son funcionarios. *La Voz* se limita a dar una patada.

La Tierra, en cambio, lo defiende. Poco es.

Vuelvo al Congreso, después de cenar con Guzmán y con Cipriano, por si se produce la interpelación de Valdecasas. Al comienzo de la sesión se aprueba el acta de Baleares, que trae el joven Carreras, de Acción Republicana.

Después se entra en lo que llaman *ruegos y preguntas*. El espectáculo que ofrece el Congreso es deplorable, Hay un señor Algara, socialista aragonés, que barbariza a boca llena. También hace payasadas Soriano, que me interpela sobre el «monarquismo» del general subsecretario. Por cierto que cuando hablaba Soriano, un obrero diputado socialista, le interrumpe diciendo:

—¡Ya te hemos conocido, ya!

Este es el tono.

Después me ha dicho Cipriano que Valle-Inclán, presente en una tribuna, le ha dicho:

—No creo en Azaña como político si no publica un decreto diciendo: *Este Congreso no vale*.

Besteiro me ha llamado a su despacho, donde había una comisión de funcionarios de Hacienda, que deseaban verme. Hablamos largo rato. Me dicen que les anima un «espíritu ciudadano», y el interés público. Creen que el decreto, aplicado en Hacienda, produciría la baja de la recaudación. Les explico el alcance del decreto, y la prudencia con que pensamos aplicarlo.

Siendo ya las dos menos cuarto de la madrugada, se levanta a hablar García Valdecasas. No ha estado muy feliz. Dice cosas bien intencionadas, habla de la burocracia prusiana, etcétera, etcétera, y no se mete a fondo en la cuestión.

Le contesto, le trato bien, mi discurso gusta, y es aplaudido por todos, salvo por algunos radicales, que están de monos. García Valdecasas tiene la cortesía de aplaudirme.

Un redactor de *El Sol* viene a decirme que, en su periódico, no atacaron el decreto por ser cosa mía; así se lo ha dicho el director, y le ha encargado, además, que yo haga una cuartilla sobre el caso. Es lo de siempre. Que los periódicos los hagan otros, y excusarse de opinar. Contesto al redactor que no haré cuartilla alguna y, que como voy a hablar contestando a Valdecasas, que tomen mi discurso.

Los radicales-socialistas se han dividido públicamente en la votación de esta tarde, y no sólo en los votos, sino en los discursos. Cada bando ha hablado de separarse del partido. Barnés ha dimitido la vicepresidencia de las Cortes.

Hemos salido del Congreso cerca de las tres de la madrugada.

30 de octubre

Consejo en la presidencia. Llego un poco retrasado, a causa de no haber dormido. La prensa de la mañana, también ataca. El más moderado es *ABC*, sin duda porque en su redacción hay menos funcionarios que en otras. Incluso *El Sol* ataca. Observo que conmigo no se atreven personalmente.

En la presidencia, Valle-Inclán, esperando a Domingo. Resulta que Domingo tampoco sabe nada del famoso Museo de la República. Y poco después, en Consejo, se averigua que el ministro de Hacienda, de quien dependen los bienes del patrimonio, tampoco está enterado. Vuelve Prieto a lamentarse de que su amigo Cueto, administrador de los bienes de la Corona, no sirve para nada. Cosa prevista por mí. Prieto, que no conoce a nadie más que a gentes del café, no puede elegir bien sus colaboradores.

En el Consejo, tratamos del asunto de los ferroviarios, que piden mejoras «mínimas» del orden de setenta millones. Todos convienen en que es imposible concederlos, y no sólo imposible, sino injusto, en opinión de Prieto, Ríos, Albornoz y Largo.

Se acordó otorgar aumentos a los salarios más bajos, mediante un arbitrio. Es posible que tengamos huelga. Ríos, Largo y Prieto, tratarán de convencer al sindicato para que se conforme.

Planteo la cuestión de la solidaridad ministerial que interesa a los socialistas. Todos aceptan el principio, los socialistas callan como muertos, y quedamos en que yo haré a los periodistas una declaración en este sentido. Del decreto de funcionarios no se ha hablado más que vagamente.

Por la tarde, en las Cortes, se ha votado el artículo 66, que se aprueba con los votos de Acción Republicana, socialistas, catalanes y gallegos. Estamos en contra de radicales y de radicales-socialistas; éstos, desorientados desde ayer. Lo más notable de esta tarde ha sido la sesión secreta. Se ha tratado de la incompatibilidad del cargo de diputado con los destinos públicos retribuidos. Creo que hay cerca de ciento cincuenta diputados que tienen empleos.

Las Cortes, al aprobar su reglamento, introdujeron un artículo suspendiendo la legislación sobre incompatibilidades. Pero hay, por lo visto, más de una manera de entender ese artículo. El caso es que el ministerio de

Hacienda se ha negado a pagar los sueldos de los que, siendo diputados, tienen un empleo público, y sólo quiere abonarles los dos tercios, como excedentes forzosos. El Presidente de las Cortes envió un escrito al Gobierno, pidiendo que decidiese la cuestión. En un Consejo de ministros se acordó sostener la opinión del ministerio de Hacienda, y así se le comunicó por escrito a Besteiro. Esta determinación ha molestado mucho a los diputados que son funcionarios. Algunos, cerca de cuarenta, han dicho que renunciarán al acta, porque les interesa más el otro cargo; creo que Unamuno ya ha presentado la renuncia. En la sesión secreta, al discutirse el caso, se ha dado un espectáculo deplorable, que por fortuna no ha visto el público; verdad es que si la sesión no hubiera sido secreta, no se habrían puesto así. Aglomerados en los escaños bajos, y en medio del hemiciclo, gritaban y manoteaban. Prieto ha defendido la buena doctrina, es decir, la de la incompatibilidad. He llegado al salón cuando estaban en esto, y me ha dado un poco de vergüenza. Algunos han venido a mí, entre ellos Xirau, muy alterados «por lo que hacía el Gobierno». Junto a mí, estaba Unamuno, y le he preguntado: «¿Y usted qué opina don Miguel?». Y Unamuno, con un gesto característico, me dice: «Yo, renuncio al acta. Me interesa la cátedra más que *esto*». Es notable que la cátedra, que no desempeña desde hace tres meses, le interese más, porque le van a restar un tercio del sueldo.

Como esta mezquindad es la que se discute, buscan argumentos retorcidos para disimularlo, Por ejemplo, Xirau dice que ir los sábados y lunes a la Universidad de Barcelona es muy importante para la cultura.

A todos ellos podría preguntárseles quién les ha mandado ser candidatos o diputados, y, que estando retribuido el cargo de diputado, qué importancia tiene perder un tercio del sueldo en los destinos que realmente no pueden desempeñar.

Esta cuestión es más agria porque se censura mucho a ciertos personajes republicanos que ocupan embajadas y no están en ellas, sino en las Cortes. Tales, Madariaga, Pérez de Ayala, Alomar y Rocha. El caso de Alomar es verdaderamente grande. Nombrado embajador en el Quirinal desde mayo o junio, no ha salido de Madrid y cobra el sueldo. Pérez de Ayala sí ha estado en Londres y su presencia en Madrid es pasajera; pero ocupa la Dirección del Museo del Prado; no cobra el sueldo, pero ni la desempeña él ni la desempeña otro.

En la sesión secreta no se ha acordado nada. Después de mucho barullo, se encomienda a Besteiro que busque una solución, y si no la halla, que se

discuta el asunto en sesión pública. Si no lo revuelven como es debido, las Cortes perderán autoridad ante el país.

Esta tarde he estado en el Ateneo a firmar los libramientos del mes, y, con este motivo, he perdido allí una hora hablando con algunos compañeros de la junta. Los *revolucionarios* están bajo la amenaza de expulsión, propuesta contra cuatro de ellos. El señor Balbontín, recientemente elegido diputado por Sevilla, ha publicado un artículo en *La Tierra*, diciendo que los ateneístas son «los zuavos pontificios del señor Azaña»; que soy un reaccionario y que debo dimitir. Este Balbontín comenzó su carrera pública escribiendo versitos a la Virgen.

Desde el Ateneo —donde un socio, que es funcionario, se me ha acercado para felicitarme por el decreto de funcionarios— he vuelto al Congreso. A primera hora había yo hablado con don Niceto, rogándole que me concediera una entrevista. Don Niceto no había encontrado ocasión de acercarse al banco azul desde que soy Presidente, hasta ayer que vino a mí y estuvo hablándome muy sonriente.

Esta tarde, en cuanto me ha visto volver al salón, ha venido a decirme que estaba a mi disposición, y hemos salido juntos, llamando un poco la curiosidad de la gente. Nos hemos metido en mi despacho, y le he planteado la cuestión de su candidatura para la presidencia de la República.

Para dar este paso había yo antes contado con algunos ministros y con Besteiro.

He dicho a don Niceto que al Gobierno le interesaba saber cuál era su propósito respecto de la presidencia, porque acercándose el día de la elección, no podíamos llegar a él desprevenidos. Que si persistía en ser candidato a la presidencia, lo veíamos muy bien y que sería un acto de justicia votarlo. (Se le subió el pavo al oírme esto). Pero, como últimamente se ha colocado en actitud revisionista y ha levantado su bandera, convenía saber si persistía en ella y cuál era su pensamiento definitivo.

Don Niceto responde que no puede desde ahora decir en definitiva lo que hará. Que algunos de los artículos ya votados le parecen mal, y que falta por discutir otros que también combatirá, incluso el transitorio sobre elección del Presidente por estas Cortes, porque estima que debe exigirse un quórum muy alto. Que su actitud revisionista no puede ser un obstáculo a su candidatura y me cita el caso de que en Francia, Grévy, que no votó la Constitución, fue Presidente. Si no se hace incompatible con las Cortes, podría ser que aceptase la candidatura. «¿Usted cree que soy incompatible con ellas?», me pregunta. «De ningún modo». Le hago ver que si piensa en ser candidato, lo mejor sería

que no intervenga en los debates; pero a eso no se presta. En suma: todo queda en veremos. Mi impresión es que don Niceto desea la presidencia; pero que no quiere renunciar a su posición revisionista. Lo que no está claro aún es hasta dónde pretende llevar esa posición; no sería posible hacerle Presidente si antes no manifiesta públicamente que la abandona. En el documento que dirigió a los ministros, el día de la crisis, dice que está «fuera de la Constitución».

Capítulo de conjuras: parece que está en marcha una conspiración monárquica. Las confidencias son muchas y coincidentes. Señalan a un comandante de un regimiento de Madrid, a otros oficiales, a un canónigo de la Catedral, a un diputado vasco, a un abogado, amigo de La Cierva, y a varios aristócratas. He hablado largamente con Galarza sobre ello, y acordamos *darles cuerda* hasta que el asunto esté maduro y se pueda dar un golpe. Llegaban incluso a decir que se proponían alzarse el martes próximo.

El único periódico de la mañana que defiende el decreto de funcionarios es *El Socialista*. Y, esta noche, *La Tierra*, que dice claramente la razón de la campaña de prensa. Los periodistas suelen ser funcionarios.

31 de octubre

He ido temprano al ministerio de la Guerra, donde tenía muchos asuntos pendientes. A media mañana, Largo Caballero me pregunta por teléfono si puede venir a visitarme con los otros dos ministros socialistas. Les digo que vengan inmediatamente.

Se me presentan los tres. No están contentos con lo acordado ayer en Consejo sobre la solidaridad ministerial, y, sobre todo, no lo están porque no se acordó nada práctico para que cese la obstrucción que se supone dirigida por los radicales contra los proyectos socialistas. Tampoco les ha satisfecho la declaración mía, como aparece en los periódicos. A mí me satisface menos que a ellos. La hice de palabra a los periodistas, quienes, preocupados con la actualidad del decreto de funcionarios, creyeron que se refería a ese asunto, y así lo han dado a entender al transcribir mis palabras. Estimo que es conveniente despejar la situación y les propongo reunir el Consejo para las siete de la tarde. Así lo concertamos y se van. Poco después me visitó Albornoz, para hablarme de los ferroviarios andaluces.

Estas visitas, como yo suponía, han producido en Madrid una emoción extraordinaria Todo el mundo ha creído que se planteaba la crisis, y que se planteaba por la cuestión de los funcionarios. Pero, ocupado en mis asuntos, no me he dado cuenta, hasta la hora de empezar el Consejo, de lo que pasaba. Estamos en un mundillo de parlanchines impresionables, que por tontería se aturden, o por malicia difunden el aturdimiento. Mandé poner las citaciones para el Consejo, y a poco rato me telefoneó Lerroux, diciendo que pensaba salir de Madrid a las dos, y que si era indispensable su presencia o si no podía aplazarse el Consejo. Contesté que preguntaría a los compañeros que habían pedido esa reunión; Largo me dijo por teléfono que a su juicio no podía demorarse el Consejo, y que, naturalmente, la presencia de Lerroux era indispensable. Así se lo dije a don Alejandro, que no parece haberse quedado de buena gana.

En tanto, el notición de la crisis corría por Madrid, y lo telegrafiaban a provincias.

Cuando a las seis y media fui a la presidencia, me encontré al pie de la escalera con un batallón de periodistas. Me hablaron de «expectación», y yo sin fingimiento, quise decirles que no estaba justificada. Hablé con ellos un rato, deciéndoles cosas «sensatas» sobre el decreto de funcionarios. *La Voz* las ha reproducido bastante bien.

En el Consejo todo ha ido a las mil maravillas. Primero les comunico la noticia confidencial de que Alemania va a pedir la moratoria el lunes. La noticia viene de la Casa Dreyfus, Acordamos que por la noche se reúnan en Hacienda, con el ministro, los directores de la finanza en Madrid, para considerar lo que conviene hacer ante un hecho de tal monta.

No quiero que me suceda con esto lo que con la supresión del patrón oro en Inglaterra. Pérez de Ayala lo supo algunos días antes, lo comunicó al ministerio de Estado y no dieron cuenta al Gobierno.

Hemos tratado de otros asuntos y, después, de la cuestión promovida por los socialistas. Han hablado todos; todos han aceptado la solidaridad con la obra de cada ministro, con mención especial de la de Hacienda; se ha ventilado la actitud del grupo radical, y Lerroux, que es «el hombre malo», ha estado franco y explícito, mostrándose dispuesto a que su partido no obstruya nada. Ha hecho grandes protestas de lealtad a la obra común. Fernando de los Ríos se ha encargado de redactar la nota para la prensa, declarando categóricamente el acuerdo del Consejo.

Se ha producido, entre los ministros, un movimiento de simpatía, despejándose los recelos acumulados estos días. Lerroux ha dicho que se alegraba mucho de no haber emprendido el viaje. Y que este género de Consejos «políticos» le parecía el más interesante de todos.

El Heraldo da una información errónea y no bien intencionada sobre la causas del Consejo. Dice que los tres ministros socialistas habían ido a notificarme la imposibilidad de aplicar el decreto de funcionarios, y que, o saldrían los tres ministros o saldría yo. Me ha enojado la intención. He llamado por teléfono a *El Sol* y a *Ahora*, y les he dicho lo que realmente había pasado, para que no me levanten falsos testimonios. El director de *El Sol* me dice: «Está bien; así lo contaremos. Pero ¿por qué hablan tanto los ministros?». Tiene razón.

Hoy han dicho demasiadas cosas.

Pequeñas perfidias de Lerroux: les ha dicho a los periodistas que al redactarse y discutirse el decreto de funcionarios, él defendió al personal diplomático y consular. Y que si los demás empleados no han tenido tan buen patrono…

Es falso.

Portugal. En casa de Guzmán. Corteçao y More Pinto. (Voy solo, después de cenar). Me dan cuenta de sus conversaciones con H. E.[21] Les había ofrecido dos millones a cambio de que el Gobierno revolucionario respetase el contrato para la construcción de una escuadra, que don H. gestiona con el Gobierno actual. La mayor parte de la suma quedaría en poder de E. para la compra de material. Últimamente, H. E. aplaza la conclusión del convenio; dice que está apurado de dinero. Según los portugueses, H. E. contaba con que se constituyera un Gobierno Lerroux, y que sea yo el Presidente puede haberle retraído. Me propongo hablar con E. para ver si puedo animarlo.

Que este asunto se me lograse, colmaría todas mis ambiciones, y ya podría decir que había hecho un servicio a España.

1 de noviembre

En el reposo dominical, recapacito sobre los sucesos de estos días, y pasada la fatiga y calmados los enojos momentáneos, averiguo que me he divertido locamente.

He dado un paseo en coche por El Prado, con Cipriano. Después de cenar, voy con Lola al teatro Alcázar, invitados por los embajadores de Francia. Representa *madame* Piérat una obra de Berstein, *La Rofale*, bastante mala. Poca gente en el teatro. La última vez que estuvo en Madrid, *madame* Piérat ganó mucho dinero. Venía recomendada por su amigo Viviani y por Quiñones. El rey la protegió y tuvo el teatro atestado.

A la salida, los embajadores nos han llevado a su casa a tomar chocolate. Total: cerca de las tres vuelvo a casa. A la embajadora le gustan las horas irregulares de Madrid.

Monsieur Herbette habla demasiado bajo. Ha resuelto que el Presidente de la República voy a ser yo.

2 de noviembre

En el Consejo del sábado propuse a los ministros que deliberásemos sobre la continuación de las Cortes. Hace meses, no se hubiera podido tratar sin peligro el tema, porque Lerroux no disimulaba su plan de subir al poder después de votada la Constitución; pero disolviendo él las Cortes, para gobernar con un Ministerio «homogéneo», es decir, lerrouxista. Desde el comienzo me opuse a este proyecto, y ya en el discurso del hotel Nacional lo dije. En el discurso de la asamblea de Acción Republicana lo remaché con más fuerza, afirmando que esa disolución prematura equivaldría a un golpe de Estado.

Lerroux se ha dado ya cuenta de que, por ahora, no puede pensar en eso; pero algunos amigos suyos, menos perspicaces y más impacientes, andan diciendo por ahí que la disolución ha de seguir inmediatamente al voto de la Constitución. En eso coinciden con Romanones.

Para ventilar esta cuestión y dejar clara la actitud de cada partido, invité a los ministros a que diesen su parecer. Rápidamente lo dieron algunos, pero Lerroux dijo que, como era muy tarde y el asunto grave, valía más aplazarlo. Entonces les dije que los convidaba a almorzar hoy lunes, en celebración de que me habían hecho Presidente del Gobierno. Así podíamos tratar con toda holgura lo que nos importaba. Nos hemos reunido a almorzar en Lhardy. Antes, he estado en el ministerio de la Guerra y en la presidencia. En Guerra, cuando me disponía a despachar con el subsecretario, me dijeron que acababa de llegar el general Losada. Venía llamado por mí. Losada, exayudante del rey, fue el brazo derecho de Primo de Rivera. Cuando yo ocupé el ministerio, tenía un mando en Baleares. Al hacerse la reorganización, quedó disponible. Lleva cerca de medio año sin empleo, y, poco afecto a la situación, se le acusa de participar en el reparto de hojas clandestinas. Cuando recibió mi citación, vino al ministerio y habló con el subsecretario. Creía que iba a darle un mando; el general subsecretario no le sacó de su error.

Hoy ha entrado muy sonriente en el despacho. Pausada y fríamente le he soltado una receta muy amarga. Yo estaba en pie, de espaldas al balcón, y, al general, frente a mí, le daba de lleno el sol en la cara. Me ha pedido permiso

para cambiar de sitio. Para un hombre que venía con la esperanza de una colocación, oír que lo invitan a pasar a la reserva es un golpe fuerte. El general se ha inmutado, se ha conmovido, ha empezado a hablarme mal del rey, me ha dicho que no tiene más ilusión que su carrera militar, etcétera, etcétera. Por fin, le he dicho que se tome cuarenta y ocho horas para pensarlo.

Nuestra reunión en Lhardy ha durado hasta las cinco, porque hemos dejado la política para la sobremesa. Sobre la duración de las Cortes, todos han ido opinando; el primero, Fernando, que estaba a mi izquierda, y el último, Lerroux, a mi derecha. Las opiniones coinciden: las Cortes deben continuar hasta que voten las leyes orgánicas complementarias. Largo Caballero ha repetido que, la disolución prematura de estas Cortes, sería recibida por los socialistas como un golpe de Estado. Lerroux, que ya ha tenido tiempo, desde el sábado, de consultar a sus amigos y de disciplinarlos, ha opinado como el resto del Consejo. Se ha trazado una lista provisional de las leyes que deben aprobar estas Cortes.

Después hemos hablado de la elección presidencial. Les he dado cuenta de mi conversación con don Niceto, y de mi impresión personal. Para salir de dudas, quedamos en que cuatro ministros le hagan una visita y le planteen definitivamente la cuestión de su candidatura, en relación con sus propósitos revisionistas. La reunión de Lhardy ha suscitado mucha curiosidad. En los pasillos del restaurante nos aguardaba una nube de periodistas; en la calle se agolpaba, en ambas aceras, mucha gente, que me ha aplaudido y vitoreado. No serían funcionarios.

Aunque parecía natural guardar secreto sobre lo tratado, Fernando de los Ríos ha ido al Congreso y se lo ha contado todo a los periodistas. El provincianismo en este Gobierno es incurable.

3 de noviembre

El general Gil Yuste, inspector de la sexta división, me dijo que en Vitoria habían ocurrido actos de indisciplina el día de la fiesta del ejército. Los soldados, borrachos, vitoreaban en las calles al soviet; algunos oficiales alternaban con la tropa en una taberna, y un capitán de Artillería los incitaba a blasfemar con él. También me dijo que habían desarmado a un sargento. Me propuso algunas sanciones, que aprobé. Pero noté que el general Gil Yuste no debía de estar muy bien enterado de los sucesos, porque se equivocó al darme el nombre del comandante militar de la plaza, y hasta pasados dos días no supo decirme fijamente quién era este oficial. Después vino a verme el capitán Martínez de Aragón y me contó que todo era una patraña, urdida por las señoras de Vitoria, que no se acostumbran a oír vitorear a la República. La señora de Gil Yuste es de Vitoria, donde reside, y él atribuye, a influencias de las vitorianas sobre la mujer del general, las resoluciones que adoptó. En vista de esto, resolví informarme mejor, y envié a Vitoria al general Benito, que manda en Ceuta, y está en Madrid de paso para París, adonde va para asistir a un curso. Al regresar de Vitoria, el general Benito dice que lo sucedido no tiene nada de particular; que no han desarmado a ningún sargento, que no se ha vitoreado más que a la República, y que sólo hay de lamentable la conducta de un capitán de Artillería, borracho de costumbre.

Cuando envié al general Benito a practicar esta información, le dije al subsecretario que, si resultaba que el general Gil Yuste había cometido una ligereza, se dejarían sin efecto los castigos. Y al volver hoy por la mañana al ministerio, el subsecretario me dice que ya los ha anulado. Esto me produce alguna sorpresa, porque yo no recordaba haberle dado la orden en firme; pero como los informes del general Benito me habrían, de todos modos, decidido a darla, no digo nada.

También he tenido hoy que bregar con el general Queipo de Llano, gran promovedor de cuestiones. Es de una ligereza e indiscreción notables. Porque le dije, hace muchos días, que debía procurarse suprimir las irregularidades en la uniformidad de las clases de tropa, dictó una orden rigurosa, que obligaba a variar muchas prendas del equipo a los sargentos y suboficiales. Se han

amoscado mucho, y ya lo estaban bastante desde que, por la supresión de la escala de reserva, se les ha cortado un poco su porvenir. La orden, inoportuna, no era tampoco de la competencia de Queipo, que, como inspector, no tiene mando. Se enojó el general de la división, que no se habla con Queipo. Le dije que procediera con pausa al imponer la uniformidad reglamentaria. Parece ser que se le ha ocurrido decir en su despacho que la orden no se cumplirá.

He tenido que convencer hoy a Queipo de que había hecho una tontería.

Observo, en los jefes militares, una precipitación rara: en su presencia, debe uno abstenerse de opinar, porque, además de propalarlo, convierten fácilmente las opiniones en órdenes. No están habituados a madurar con calma las cosas; el principio de la obediencia ciega les hace además extremar la diligencia, y el gusto de tener una orden que cumplir, que es también un modo de mandar a otros, resulta demasiado vivo.

Anoche, estando en el teatro Fontalba con Lola y Cipriano (veíamos una comedia de Benavente, *La melodía del jazz*), me llamó Casares por teléfono. Al salir del teatro fui a Gobernación. Estaba allí también Galarza.

Me dijeron que el diputado por Sevilla, Balbontín, que se propone interpelarme por los sucesos de Tablada, posee un documento emanado de un ministerio, relativo al material de guerra que se sacó de los alcázares. Casares estaba muy preocupado, temiendo que el documento lo hubiese expedido yo. Le tranquilizo en absoluto. Yo no he firmado nada, ni ordenado nada. Todo pasó en una conversación con Franco. Le cuento la visita que me hicieron los diputados Muñoz y Romero, indudablemente *echados* por Franco.

Los propósitos de Balbontín los conoce Casares, porque ha ido a contárselos el capitán aviador Bayo. Dice Bayo que el documento se lo ha entregado a Balbontín el comandante Ortiz, también aviador, que está furioso porque le he quitado el mando de la escuadra de Getafe. El tal Ortiz es un toro bravo. Una vez alardeaba en un café de que iba a ir al ministerio para hacerme salir de mi despacho.

En las Cortes, este asunto no puede causar daño al Gobierno, que no ha desmentido en ello su significación política. Pero podría crearnos dificultades con Portugal, y dañar a la República. A Casares le digo que el mejor modo de contestar a Balbontín, sería echarse sobre él, tomando el asunto por ese lado.

Hoy he interrumpido el Consejo de ministros en la presidencia para recibir a *monsieur* Saint, residente francés en Marruecos, acompañado del embajador Herbette. Visita puramente protocolaria de quince minutos. Cuando interrumpí el Consejo para recibir la visita, estábamos hablando del decreto

de funcionarios. Resulta que Fernando de los Ríos, al tratar de aplicarlo en su departamento, ha hecho tal plan que aumenta los gastos en 90.000 pesetas… Para este viaje…

Casi todos los ministros están asustados de lo que hemos hecho, simplemente por la algarada de los periódicos. Difícil es realizar nada de provecho con hombres así, tan fáciles de intimidar, excepto Largo. ¡Si hubiesen caído en el ministerio de la Guerra! A estas horas no habría República, o el ejército nos habría comido crudos. Comienzo a darme cuenta de la audacia y de la tranquilidad con que he procedido en el ministerio.

Cuando he vuelto al Consejo, he podido colegir que, en mi ausencia, se ha hablado de derogar el decreto.

Almuerzo en la embajada francesa, en honor de *monsieur* Saint. El director de *El Heraldo*, Fondevila, llega a mitad de comida. Este Fondevila, según me ha contado el doctor Negrín, cobraba más de veinte mil pesetas anuales como agente de propaganda de la Ciudad Universitaria para la colocación de los billetes de la lotería especial.

Estamos en la embajada hasta después de las cuatro. El embajador de Inglaterra me dice que estamos en tiempos de penitencia: le han rebajado mil libras del sueldo. Me declara también que el pueblo madrileño es muy castizo.

En las Cortes, hablo con Prieto del asunto portugués, en relación con H. E. Resulta que Prieto no está enterado de los tratos de E. con Corteçao y los otros. Prieto cree que E., para asegurar un contrato naval con el Gobierno portugués actual, desea que los revolucionarios se lo respeten, si llegan al Gobierno; pero ignora, y lo pone en duda, que E. les haya ofrecido ayuda de ninguna clase. No tiene medios para ello; está muy mal de dinero; ha hipotecado la finca de su hermana en Málaga, y el contrato portugués sería lo único que pudiera ponerlo a flote. De esta conversación resulta que, para abordar a H. E., no puedo decirle que estoy enterado por Prieto de sus conversaciones con los lusos.

Hablamos del asunto Balbontín. Vagamente se me ha dicho que ya le han quitado el documento. Casares tiene una copia. Es un salvoconducto a nombre del suegro de Franco, para que transporte material de guerra. Lo firma Pardo, subdirector de la Guardia civil.

Como yo no adivino quién puede haberle pedido el salvoconducto a Pardo, Prieto me dice: Azpiazu.

Es lo más verosímil.

Continúa dando que hablar nuestra reunión de Lhardy. Algunos radicales protestan, como Salazar Alonso, presidente de la Diputación Provincial de

Madrid y diputado a Cortes, y Emiliano Iglesias. Iglesias quiere interpelar inmediatamente. He hablado con Besteiro; llamamos a Prieto, y se acuerda que mañana haga Iglesias su interpelación.

4 de noviembre

Ya se consolida la candidatura de don Niceto para la presidencia. Él está dispuesto a marcharse a Priego, para no intervenir en los debates y no hacerse imposible. Los periódicos reproducen con exactitud lo que yo dije en la reunión de Lhardy: que el Presidente debería ser un hombre político avezado a estos problemas, y no un extravagante sabio Alquife.

La candidatura de don Niceto es la más llana, la más fácil de sacar. ¿Es la más conveniente? Lo dudo. Temo que don Niceto haga en la presidencia de la República cosas parecidas a las que hizo en el Gobierno, y en caso tal, durará poco. Por otra parte, en la situación de los partidos republicanos, lo más útil sería elegir Presidente a Lerroux, que despejaría el campo, disolviéndose el Partido Radical y unificándose todos. Los radicales nunca aceptarían eso, y si Lerroux no ha hecho nada directamente para ser candidato, débese sin duda a que teme a su partido. Lerroux en la presidencia estaría un poco a merced de algunos chantajistas.

Ya habrá comprendido don Niceto la tontería que hizo dirigiéndonos aquel mensaje de dimisión, y el favor que le hemos hecho no publicándolo. Su publicación lo habría eliminado de la presidencia.

Banquete en el ministerio de Estado a *monsieur* Saint, ofrecido por el jefe del Gobierno. Cosa de poco interés. Pérez de Ayala habla un francés horroroso.

Esta noche ha sido la interpelación de Emiliano Iglesias. Ha versado sobre la visita que me hicieron los ministros socialistas el sábado último y sobre lo que él llama «pacto de Lhardy», parangonado con el de San Sebastián. Iglesias es muy bruto, y ha estado una hora atronando el salón con sus acentos tribunicios. Su fracaso ha sido total. En primer término, Martínez Barrio se ha levantado para desautorizarlo en nombre del Partido Radical. Después he hablado yo. Discurso corto. Me ha salido bien. Han aplaudido mucho al final[22]. He observado que las Cortes no perciben la ironía ni el sarcasmo, cuando son un poco finos; hay que decirles las cosas directamente. Es el desquite de su ingenua honradez. Prieto ha hecho un gran discurso contestando a Iglesias y, de paso, a Alba. Al final, una terrible coz a March.

Prieto está muy rehecho estos días. Si tuviese más disciplina, más hábito de trabajo y fuese menos improvisador y periodista, podría haber sido muy útil. Le han hecho una ovación atronadora. En realidad, la ley del Banco ha quedado aprobada esta noche.

Iglesias ha sido aplastado. No podrá ni contestar.

5 de noviembre

Recepción del ministro de Bolivia, que me presenta sus cartas credenciales. Sólo el introductor de embajadores, con su gran uniforme, recuerda vagamente los esplendores del antiguo régimen. No ha habido discursos. Unas palabras de cortesía, con los tópicos de la fraternidad hispano-americana, y luego la «escena del sofá» con el nuevo ministro y el de Estado, mientras hablamos de cosas que a ninguno nos importan y de cuya veracidad no estamos seguros.

Ya han sacado a relucir en las Cortes las necias palabras que el general Rodríguez del Barrio pronunció en Jaca ante el regimiento de Infantería: «Que se había cubierto de vergüenza por lo del 15 de diciembre». Lo peor del Gobierno es hallarse a la merced de la estulticia de los colaboradores. Y tener que ampararlos oficialmente. De nada me sirve hacer una organización, si no tengo quién la maneje. Ahora mismo, debería destituir a los tres inspectores generales; pero no tengo con quién sustituirlos. El Consejo Superior de la Guerra no puede ser provisto con gente capaz.

Esta palabra me trae a la memoria al coronel del mismo apellido, jefe de las intervenciones en Marruecos, y que ha sido destituido por el alto comisario. Capaz es un coronel muy joven, de los ascendidos velozmente en África. Militarista, autoritario, dicen que valiente, y cacique. Tachado de desafecto a la República, me están pidiendo su relevo desde el 14 de abril. Por fin, López Ferrer se ha decidido. Se corre por ahí que Capaz se jactaba de continuar en el puesto porque nadie se atrevía a destituirlo, y que, si lo destituían, contaba con algunos caídes para darnos un disgusto.

En las Cortes gran revuelo. El grupo radical-socialista quiere retirar a sus representantes de la Comisión de Responsabilidades, porque resulta que alguien de la Comisión le cuenta a March todo lo que pasa en ella. Galarza ha venido a vernos a Besteiro y a mí, para anunciarnos ese propósito. De paso nos cuenta que tanto él como Bugeda han recibido amenazas de muerte y que, según los confidentes, se trata de una instigación de March. Besteiro y yo le decimos a Galarza que deben plantear la cuestión ante la Comisión de

Responsabilidades y que, con los resultados, se celebrará una sesión secreta, si es que resulta algo de positivo.

Más tarde me entero de que, reunida la Comisión de Responsabilidades, el diputado radical Simó ha dicho que Emiliano Iglesias le ofreció cinco mil duros si conseguía que dejaran tranquilo a March. Por su parte, no recuerdo quién ha dicho, en la Comisión, que Guerra del Río, por medio de su pasante, comunicaba a March cuanto se preparaba contra él. La escena en la Comisión ha sido muy fuerte. Cuando han venido, a última hora de la tarde, a darnos cuenta del resultado, Cordero y otros dos colegas suyos, estaban aún muy impresionados.

Han careado a Simó con Iglesias. Después Iglesias esperaba en otra habitación, y cuando han ido a buscarlo, dicen que lloraba.

El que está que no cabe en su pellejo con estas cosas es Galarza.

Los jefes radicales están que bufan. Supongo que Lerroux tendrá un disgusto tremendo. El caso daña a su partido y confirma el descrédito del lerrouxismo. Martínez Barrio no dice nada, pero está pálido y preocupado.

En principio está convenido que mañana se celebre sesión secreta.

Hoy, en la sesión nocturna, March ha tenido la desventurada ocurrencia de hablar, para defenderse de las imputaciones que en varios discursos le ha hecho Prieto.

Parece que le ha incitado y decidido a hablar el señor Ruiz Albéniz, médico y periodista y hombre bastante turbio, que siempre ha estado a la sombra de influencias oscuras. Fue muy privado de Berenguer en África, y lo es de March. Este hombre es de una intrepidez nada vulgar. Es inteligente. Perfil de grulla. Voz cascada. Habla solo, en el último banco. El diputado radical-socialista Muñoz, se le pone al lado, «para que no se escape».

El choque con la Cámara, y con Galarza después, que lo ha maltratrado, ha sido violentísimo. March, con toda su serenidad, sudaba a chorros. Su primer discurso estaba hábilmente hecho. Ossorio me ha dicho, después de la sesión, que lo ha compuesto Canals. Pero Ruiz Albéniz reclama para sí la paternidad del discurso. Las gentes alocadas creen que se lo ha hecho Alba.

En la rectificación, March estaba ya completamente desconcertado.

Un momento le he visto de perfil, destacado sobre el muro de estuco, cuando se ha vuelto a discutir, a disputar, manoteando, con el diputado Muñoz, en quien él quizá creía tener un amigo (pues era el único que se había sentado a su lado), y que pronto le interrumpió agresivamente.

March parecía un gallo viejo y desplumado, cohibido por los enemigos, pero furioso. He tenido la impresión de ver a un hombre en el filo de recibir

una muerte violenta. Azoramiento y rabia. Durante el debate, Alba tenía cara de pocos amigos. Emiliano Iglesias, pálido, parecía de piedra.

Se ha concluido todo cerca de las dos de la madrugada. Casares, Galarza y el subsecretario de la presidencia, hemos ido a restaurar las fuerzas a un café de Recoletos.

6 de noviembre

En Guerra, visita del general Federico Berenguer. Si yo le separo por la fuerza, se aguantará; pero él, voluntariamente, no se pasa a la reserva, porque eso parecería aceptar una sanción que no merece. Cree que «todo esto» es transitorio y que, después, le harán justicia.

El Consejo de ministros en la presidencia no ha tenido interés.

Recibo la visita del embajador de Alemania. Hemos hablado largo rato. Se lamenta de que los asuntos van mal en su país y que la crisis lo arruina poco a poco.

También recibo al ministro de Colombia.

He comido con Barahona y Jerónimo González, antiguos compañeros míos en Gracia y Justicia, y con Vicente Cantos, quien nos invitaba. Vicente Cantos fue director general mío en el ministerio, y es de los que más han tardado en habituarse a verme donde estoy.

Desde la comida he ido a la plaza de toros vieja, donde se celebraba una novillada benéfica, organizada por el Ayuntamiento. Llego lo bastante tarde para no ver la cogida de Belmonte, que rejoneaba dos toros. Me dicen que no lo han matado porque el alcalde había tenido la precaución de ordenar que serrasen la punta de los cuernos. El antiguo palco regio está ahora destinado al Gobierno. Cuando entro, no hay nadie, y por no estar allí solo, me voy a otro palco. Luego veo llegar al ministro de Marina, y me decido a hacerle compañía. El público se percata de mi presencia en el palco oficial, y me aplaude. Himno de Riego, etcétera. Todavía no soy impopular.

Me marcho de la plaza al mediar la corrida, y espero en el ministerio de la Guerra al ministro de la Gobernación. Juntos vamos a visitar La Huerta, casa que fue de Cánovas; se trata de adquirirla para residencia del Presidente de la República.

Allí nos reciben un hijo de la marquesa de Argüelles, actual propietaria, y un señor Gordon, a quien conozco, porque fue estudiante en El Escorial; pero él ya no recuerda de mí, o no quiere acordarse, y nos tratamos como desconocidos.

En La Huerta estamos en el cogollo del alfonsismo primorriverista. La casa es suntuosa, con muebles y objetos de adorno de gran valor. No del mejor gusto. El conjunto, falto de estilo puro y de grandeza. Más la casa de un millonario que la de un jefe de Estado.

Como la venden amueblada, incluso con vajillas y mantelería, convendría comprarla, porque así tendremos donde meter al Presidente, al día siguiente de elegirlo.

Esta mañana, al leer en el Consejo una hoja descriptiva de la finca, no he podido contener la risa, pensando en que iba a vivirla don Niceto. Y esta tarde, en la casa, se me ha acentuado la comicidad del contraste. Hay jaula; lo que falta es pájaro que la aproveche.

¿Se llevará don Niceto a La Huerta el feroz caníbal que tiene de portero en su hotelito? El local de la antigua biblioteca de Cánovas es ahora salón de juego.

Hemos estado en La Huerta más de una hora. Luego vamos al Congreso. La sesión de esta tarde ha sido inútil; toda dedicada a lo que llaman *ruegos y preguntas*. El debate de Constitución está en suspenso porque, al llegar al título de los Consejos técnicos, nadie está conforme con el proyecto y llueven enmiendas que se trata de estudiar y acordar.

Hasta el comienzo de la sesión secreta, he pasado el tiempo en recibir visitas y en soltar una *interview*, que el director de *Ahora*, aliado con su taquígrafo, ha ido arrancándome a pedazos.

La sesión secreta ha sido dramática en su primera parte, cuando Simó, emocionadísimo, ha repetido la acusación contra Iglesias. Simó es un gran tipo; parece un republicano revolucionario de 1848. Yo le conozco desde 1929; en Valladolid me lo encontré, estando yo en el Tribunal de oposiciones a notarías. Simó vivía en Valladolid porque Martínez Anido lo había expulsado de Cataluña. Estaba instalado en una especie de blocao en las afueras de Valladolid, y un perro gigante se abalanzaba a la verja del cercado en cuanto alguien llamaba. Estaba yo entonces en vísperas de casarme y andábamos metidos en el fregado que terminó con el desembarco de Sánchez Guerra en Valencia. Lo que *no ocurrió* en Valladolid, fue muy cómico. Por aquellos días, Simó, que lucía una lengua barba negra, hermosa y romántica, se escondió. Dos meses más tarde, estando yo con mi mujer en la terraza de un café de París, se me acercó un caballero alto y rasurado. El acento catalán lo denunciaba y a pesar de ello tardé en reconocerle: era Simó, que había sacrificado su opulenta barba. Ahora se la deja, pero corta. Es aguileño, de

grandes ojos, la voz potente y pronto al enfado. Sin quererlo, toma un gesto torvo; voy creyendo que es un niño.

Iglesias ha tenido el *culot* de aguantar con su presencia la acusación. Y ha echado un discurso para defenderse. Un discurso bruto. Dice que Simó padece una confusión. Iglesias estaba solo en su banco, y la única persona con quien ha cruzado la palabra después del discurso ha sido Alba, que se sentaba detrás de él. Mientras hablaba, le he visto cruzar algunas frases con Pita Romero, gallego como él.

Estando en esto, le dije a Fernando de los Ríos que él caso debía sancionarse prontamente, y que para evitar que el Presidente tuviera que proponer la sanción, lo mejor sería nombrar una comisión de diputados que trajese un dictamen. Ríos lo aprobó, y subí a proponérselo a Besteiro a la presidencia.

—Estaba esperando que alguien tomase la iniciativa —me dice Besteiro.

Convinimos en que debía hacerlo un diputado, y no el Gobierno. Al volver a mi sitio encargué a Ruiz Funes que pidiese la palabra. Así lo hizo. En tanto, los radicales-socialistas redactaron y presentaron una proposición en ese sentido, que se aprobó, nombrándose la Comisión.

Como las Cortes habían acordado que la sesión secreta fuese permanente, hasta concluir el asunto, se suspendió para cenar, mientras la Comisión deliberaba.

Yo estaba invitado desde hacía días por Salvador de Madariaga para cenar juntos esta noche. Me había dicho que necesitaba hablarme. Suspendida la sesión, salimos hacia el Palace.

En sustancia, Madariaga me pregunta cómo veo el porvenir político para después de que se elija Presidente. Yo lo veo así: dimisión del Gobierno; ofrecimiento del poder a los socialistas, que lo rechazarán; ofrecimiento del poder a Lerroux, que lo aceptará si puede formar Gobierno con los socialistas. «¿Con usted? —me pregunta Madariaga—. No sé. Lo pensaré. Depende de las circunstancias».

Madariaga me dice que Lerroux cree seguro que formará Ministerio en cuanto haya Presidente, y que lo desea. Yo no lo rebato. Pero de nuestra conversación en Lhardy parece deducirse que con un Ministerio de coalición republicano-socialista, no querría la presidencia. Y falta también averiguar si los socialistas lo admitirían. Nada de esto le digo a Madariaga.

Todas las averiguaciones que pretende hacer conmigo, vienen de esto:

Hace tiempo me dijo formalmente que iba a ingresar en Acción Republicana. Y esta noche me dice:

—Lerroux me asegura que yo seré ministro de Estado con él. Y como le declaré que pensaba inscribirme en Acción Republicana, Lerroux me ha aconsejado que no lo haga: no porque le parezca mal que yo me haga del partido de usted *(del mío)*, sino porque al formar Ministerio tendrá que tomar dos ministros de Acción Republicana, y si yo también perteneciese a ese partido, ya no podría nombrarme, porque serían demasiados.

Estos técnicos internacionales son así de tranquilos. Yo no le he replicado nada. En suma: quería averiguar si, en caso de seguir presidiendo el Gobierno, le nombraría ministro de Estado. Pero se ha quedado con la curiosidad. Después me ha hablado de su propósito de dimitir la embajada de Washington. También le gustaría que se crease, en Madrid, una comisión interministerial para entender en los asuntos de Ginebra, que él presidiría y en la que podría tener un sueldo.

Ha vuelto a contarme el mal papel que hace Lerroux en Ginebra. Coincide en eso con lo que me contó la otra noche Américo Castro. Me ha dicho también que Carlos Esplá no le parece hombre de fuste para meterlo en los asuntos de Ginebra. Cree que está bien en Gobernación pero no en los asuntos internacionales. Yo le digo que Lerroux tiene grandes miras sobre Esplá, en ese respecto. (No le digo cuáles: Lerroux me ha dicho que piensa nombrarle embajador en París).

Madariaga insiste en que se necesitan lingüistas para ir a las comisiones de Ginebra. Me cita varios nombres de diputados. Resulta que todos ellos visten bien; en lo que veo un argumento diplomático.

A nuestra mesa se acerca Américo Castro. La conversación que tuve con él hace unos días le ha decidido a volverse a Berlín. Pero quiere dejarlo. Se despide de mí.

Luego comparece Pedro Salinas, que está muy simpático conmigo. Hablamos un rato. Y nos volvemos al Congreso.

La Comisión tarda en dar dictamen. Hasta las doce no se reanuda la sesión. Esta parte ha sido muy pesada. Regateo de enmiendas, y modificaciones del texto. Hasta sobre el modo de votar se discute. Y cuando se decide que sea por bolas, todavía se plantea una discusión bizantina sobre lo que significa la bola blanca y la bola negra.

Hecha la votación, algunos diputados quieren que inmediatamente se tome la misma resolución con March. Por fin, se acuerda dejarlo para otro día.

Al salir de la sesión, Casares me pregunta qué hace con March, si lo detiene o no, porque tratará de escaparse. Yo le contesto que hable con la

Comisión de Responsabilidades, y que le den, si bien les parece, una orden de detención. Cuando me dirigía a la calle, me aborda otra vez Casares, dice que no hay nadie de la Comisión, y que ha dado orden de detener a March, cargando él solo con la responsabilidad. Yo le digo que es muy expuesto, porque es diputado y podrían llevarlo a mal las Cortes.

7 de noviembre

Recibo en el ministerio de la Guerra al general Caliquet. Bruto es, aunque diplomado. Tampoco quiere pasar voluntariamente a la reserva. Conversación inútil, que termino de cualquier modo. El caso es que este hombre parece que se va contento con lo que le he dicho.

Casares me dice por teléfono que ha dado marcha atrás en el asunto de March, y que se limita a ponerle vigilancia. Lo celebro mucho.

Me visita Lerroux, para proponerme que se aplace el envío de unos telegramas denunciando el tratado comercial con Italia y los Estados Unidos, en virtud de haberse firmado el *modus vivendi* con Francia.

Las explicaciones que me da Lerroux son muy confusas, y comprendo que no está enterado del asunto, ni sabe bien lo que dice. Accedo, porque creo comprender que se trata de un aplazamiento de horas, para prevenir a los embajadores. Pero me queda un cierto malestar.

En la presidencia, visitas hasta las dos y media. Entre ellas, la viuda de Canalejas, que me llama «mi Presidente». Quiere que se repare el desaguisado que hizo Primo de Rivera, cuando repartió la pensión votada por las Cortes entre esta señora y sus hijas. La duquesa habla por los codos, llora un poco, etcétera.

Toda la tarde la empleo en despachar en la presidencia y en Guerra. Vuelvo a casa después de las diez de la noche, y ya no salgo. Me acuesto temprano. Estoy muy cansado y con sueño atrasado.

Emiliano Iglesias le ha ofrecido cinco mil duros a Simó por cuenta de March. Pero según ha dicho Sarradell, exdirector de *Informaciones*, la cantidad que March había puesto en la oferta era de doscientas mil pesetas. Iglesias cobra buena comisión.

En la visita que me ha hecho Lerroux esta mañana, hemos tocado, de refilón, el asunto Iglesias. Lerroux, un poco sofocado y la voz insegura, me ha dicho: «Sí, una amputación necesaria, dolorosa. Una de esas amarguras que trae la vida pública».

8 de noviembre

Esta mañana a las once ha venido a buscarme el doctor Negrín, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. Ahora presido yo esta Junta, como jefe del Gobierno. Me ha llevado a visitar las obras. La mañana era muy fría, con mucho viento. Hemos ido en un cochecillo minúsculo, en que apenas cabíamos los dos.

Hacía año y medio que yo no iba por aquellos lugares, y desconocía lo que han adelantado las obras. Mi sorpresa ha sido grande cuando al llegar al final de la calle de la Princesa me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida. De aquel punto arrancaba un paseo de pinos viejos, tortuoso y rústico, hasta la escuela antigua de ingenieros.

Toda esta parte de la Moncloa, con el paisaje hasta el río, era bellísimo, dulce, elegante; lo mejor de Madrid. Ya no queda nada: «una gran avenida», rasantes nuevas, el horror de la urbanización.

Yo veía con gusto que se hiciese la Ciudad Universitaria; pero no podía imaginarme, que en esta parte anterior de la Moncloa fueran a hacer tamaño destrozo. Ni podía imaginarme tampoco que la destrucción me causara tristeza; porque realmente he estado triste toda la mañana, y aún ahora no se me ha pasado la impresión. ¡Cuántas tardes de otoño, pasadas en aquel lugar! Su punto perfecto era en otoño. Finura, suavidad, grises admirables. Y aquella luz serena, cariciosa, melancólica. Si Madrid fuese un pueblo artista no se hubiera dejado quitar la Moncloa; pero aquí se pasaron semanas entonando trenos cursis y madrileñistas por el derribo del teatro de Apolo y nadie ha hecho, que yo sepa, la elegía de la Moncloa.

Hoy he advertido cuánto me gustaba. Allí aprendí yo a emocionarme ante el paisaje. Dentro de quince o veinte años será aquello sin duda muy hermoso; no lo dudo: parques, arboledas, etcétera. Pero el candor luminoso y la elegante rustiquez de la Moncloa abandonada, ¡quién nos los devolverá! Y los que no la han conocido no sabrán nunca lo que Madrid ha perdido.

De la Ciudad Universitaria he visto cuatro o seis enormes edificios en construcción; masas rojizas y grises, como de cuarteles y fábricas. Ignoro lo que saldrá de todo ello.

El doctor Negrín ya piensa en colocar en la Casa de Campo la Escuela de Montes y no sé qué otro establecimiento. Es fatal. Y después, o al mismo tiempo, El Pardo. De aquí a medio siglo, Madrid se habrá quedado sin nada de lo bueno que tiene. Por suerte, yo no lo veré.

9 de noviembre

Toda la mañana en el ministerio de la Guerra, despachando con el subsecretario y Goded. Después, a última hora, voy a la presidencia. Comisiones. Por la tarde, vuelvo a Guerra, y a las siete, en la presidencia, presido la Junta Central Agraria, hasta las nueve y media. Me vuelvo a casa y ya no salgo.

Pérez de Ayala me ha visitado para recomendarme que se le compre a la Bermejillo su palacio, con destino a la presidencia de la República. Dice que La Huerta es cursi.

Observo que tomo naturalmente con calma las «preocupaciones» de gobierno. Eso es bueno. ¿Inhibición o indolencia? No sé. Y el caso es que me he pasado trabajando todo el día.

13 de noviembre

El cansancio es hoy extraordinario. Llevamos tres sesiones nocturnas, saliendo del Congreso a las dos de la madrugada o después. Se me borran de la memoria los sucesos recientes, y ya no sé con quién hablé ayer, ni lo que hice. La fatiga me envenena un poco el humor, y hoy es el primer día de desánimo y contrariedad.

Esta mañana he llegado con retraso al Consejo, a consecuencia de haberme acostado ayer después de las tres. Tenía yo muchos asuntos de la presidencia. Fácilmente se ha acordado suspender los mítines de los católicos, que con pretexto de pedir la revisión del artículo 24, atacan a fondo a la República, y originan choques, a veces sangrientos, como los de Burgos el domingo pasado. Después se ha aprobado el decreto para la recogida de armas de fuego, que redacté ayer tarde en el banco azul, mientras discutían la Constitución. Casi nadie entregará las armas; pero tendremos medios de sentar la mano a los que las tienen.

He obtenido de los ministros que para el día 20 estén los presupuestos en poder del ministro de Hacienda. Esto nos ha llevado a hablar, entre otras cosas, de los funcionarios. Prieto ha dicho que el decreto es inaplicable, que nos hemos equivocado y que vale más derogarlo. Añade que ha resuelto en contra la petición de retiro voluntario de algunos jefes superiores de su ministerio, porque de otra manera sólo se aplicaría lo beneficioso para los empleados, y no lo ventajoso para el Estado. Prieto cuenta esto con el acento de irascibilidad que le es peculiar, y que le da un falso aspecto de hombre enérgico. Es violento, y cuando no tiene una pasión que le mueva, se está como una marmota. Dijo un día en Consejo que sus funcionarios no le obedecen. Y hoy ha dicho que los funcionarios «pueden más que nosotros», Yo le he rebatido con firmeza. Pero comprendo que con hombres así, no se va a ninguna parte. Desconocen la administración, no tienen hábitos de trabajo, han de improvisarlo todo, y, además, concurre en Prieto la desconfianza en todos y en todo, singularmente en sí mismo. Es tímido y pesimista, y buena persona, que acaso sea su mérito menos reconocido.

Todo esto me tiene hoy de mal humor. Arrastrar la torpeza o la incapacidad ajena es la peor carga.

Nos hemos demorado en analizar algunas economías que pueden hacerse. Y al pasar revista al excesivo gasto que representan los coches oficiales, como alguien haya dicho que los directores generales no deben tener coche, Albornoz lo ha llevado muy a mal, y ha dicho que si le quitan el coche al director de Obras Públicas, él despedirá también el suyo. Al fin, impaciente, Albornoz sale diciendo: «Es la una y cuarto, no hemos despachado ningún ministerio, y *la huelga ferroviaria a la vista*». Para todos los miembros que conocen y han comentado conmigo la apatía de Albornoz, esta salida ha resultado sorprendente y cómica. ¡Ahora le entran prisas! Muy bien.

En uno de los Consejos pasados convinimos en la imposibilidad de acceder a la petición de los ferroviarios, «72 millones según los cálculos del sindicato», y se convino también en aumentar los salarios más bajos, mediante un arbitrio de 2 por ciento en las facturaciones. Prieto, Largo y Ríos quedaron en avistarse con el comité del sindicato, para mostrarle la situación de las compañías y la del Tesoro. Me dijo Fernando la otra tarde, que se había celebrado la entrevista, y que el comité del sindicato había quedado «muy impresionado». El domingo se reúne el comité para deliberar, y aunque se había acordado que el ministro de Fomento redactara una nota explicando los motivos del acuerdo del Gobierno, Albornoz no la ha hecho aún, y al parecer se le había olvidado el encargo. Ha quedado en tenerla hecha para mañana y entregársela a los socialistas ministros, que se la darán a los ferroviarios. La cuestión está en si podrá o no evitarse la huelga. Claro que la situación de los ministros socialistas, miembros de la UGT, es muy difícil, y más difícil aún la del comité del sindicato. Si la huelga se plantea: ¿qué harán los tres ministros, sobre todo Largo Caballero, el más obrerista?

Estos tres días han sido muy agitados en las Cortes. Hemos tenido la *ejecución* de March, la absolución de Guerra del Río, y el comienzo del debate sobre la ley del Banco.

La Comisión especial presentó un dictamen declarando, como para Emiliano Iglesias, la incompatibilidad de March con las Cortes. De la Comisión forma parte Rodrigo Soriano. Que Soriano sea juez de la conducta de nadie no deja de parecer sorprendente. Los demás miembros de la Comisión son buenas personas. March no ha tenido la cara dura que Iglesias y no ha comparecido a defenderse. Lo ha defendido un diputado oscuro por Baleares y ¡Santiago Alba!, que se empeña por lo visto en acreditar todos los malos pensamientos que se forman sobre él. La defensa de Alba ha consistido

simplemente en pedir dilaciones, oponiéndose a que se votara en seguida del dictamen. No le han hecho caso.

Por cierto que Alba, después de hablar con el Presidente de las Cortes en el estrado, ha pasado por delante del banco azul y me ha dicho con sonrisa de mieles:

—Señor Presidente, se le saluda con todo respeto.

Ha hablado Guerra del Río, aunque su caso no era objeto de la sesión, para exculparse de la acusación de haber revelado los secretos de la Comisión de Responsabilidades, que formuló Iglesias. En general, Guerra del Río produjo buena impresión, y como se emocionaba al defenderse se ganó muchas simpatías. Le reprochó a Simó que hubiera callado durante dos meses la acusación que en secreto le formuló a Iglesias, y que no se la hubiese comunicado por lo menos al jefe del partido. Simó se defendió de esto como pudo, diciendo que acaso haya hecho mal, pero que debe achacarse a su torpeza, y que no ha sabido proceder de otra manera.

El asunto de Guerra del Río debió y pudo resolverse allí mismo, después de votar el dictamen contra March. La Comisión especial decía en un escrito que su cargo estaba terminado. Pero las Cortes no pasaron por ello, y la obligaron a que estudiase también el caso de Guerra del Río y trajese un dictamen. Los que más empujaban en este sentido eran los socialistas y los radicales-socialistas, y más que nadie, los miembros de la Comisión de Responsabilidades.

Al día siguiente *El Socialista* publicó un artículo suelto diciendo, sobre poco más o menos, que el Partido Radical, por su falta de ética, no puede ocupar el poder, y que si lo ocupase, los socialistas estarían en guerra con él. El caso Iglesias y el caso Guerra del Río han tenido más importancia política por ser ambos radicales, y confirmarse con ello la mala reputación del partido, sobre el cual se repiten, en voz baja, los pronósticos de *El Socialista*. Se estiman estos incidentes como estorbos serios para la política de Lerroux, que por diversos motivos, está muy en baja.

Por la tarde fui a las Cortes, y hablé con Besteiro de diversos asuntos, entre ellos, éste de Guerra del Río. Besteiro estaba muy preocupado y me dijo que toda la noche había estado pensando en los líos de la Comisión de Responsabilidades. «Las Responsabilidades acabarán por devorarnos a todos», opinó Besteiro.

Había el temor de que unos partidos se lanzasen contra otros; singularmente el Socialista y el Radical, que no se tragan. Pero yo no tenía tal temor, porque el tono de estas Cortes no sube a lo trágico.

A media tarde vinieron a decirme que el asunto se había puesto mal para Guerra del Río, porque algunos testigos declaraban haberlo visto en repetidas conversaciones con March. Nadie concretaba más, ni se sabía cuál iba a ser la propuesta de la Comisión.

En éstas, se presentó en mi despacho Martínez Barrio. Por él supe que si el dictamen de la Comisión era condenatorio para Guerra, el Partido Radical pediría que se suspendiese momentáneamente la sesión, para examinar las diligencias hechas en el expediente, y que, si del examen salían convencidos de la culpabilidad de Guerra, no lo defenderían. Y, además, me dijo que el suelto de *El Socialista* había indignado a los radicales, dispuestos, después que se resolviese el asunto de Guerra, a plantear a fondo la cuestión a los socialistas, preguntándoles en la sesión si se solidarizaban o no con lo escrito en *El Socialista*; caso afirmativo, los radicales no colaborarían con aquéllos; es decir, la dimisión del Gobierno.

Llamé a los tres ministros socialistas y les expuse el caso. Ninguno había leído *El Socialista*. Me dijeron que el periódico está en manos de unos cuantos jóvenes entusiastas, pero sin dirección fija. Fernando se lamentó de que estas cosas ocurran. Largo recordó que algunos periódicos radicales, como *El Pueblo*, de Valencia, ponen de oro y azul a los socialistas, que no se quejan. Estimó imprudente que un diputado radical se levantase a hacer a los socialistas una pregunta que parecería una conminación, y podría originar réplicas agrias, que empeorarían la situación. Lo mejor era que un diputado socialista se levantase a alabar la conducta de la minoría radical en estos enojosos incidentes, y con esa ocasión podía decir algunas palabras amables, que calmasen los ánimos. Porque desautorizar al periódico le parecía imposible.

Llamé entonces a Martínez Barrio y, juntos los cuatro, convinimos en lo que podría hacerse. Largo se marchó para hablar de ello con el ciudadano Cordero.

La sesión secreta en que se discutió el asunto de Guerra del Río fue muy lastimosa; torpeza, bajeza, barullo, chismes, indiscreciones. En primer término, la Comisión ha estado muy inhábil. Presentó un dictamen en que declaraba perfectamente honorable la conducta de Guerra del Río; después afirmaba que había indicios para creer que había cometido una indiscreción, y, por último, a modo de consejo, decía que era conveniente que Guerra dejase de pertenecer a la Comisión de Responsabilidades. Todo ello sentó muy mal en las Cortes. Un diputado radical, al oír la lectura del dictamen,

gritó: «Es una cobardía». El efecto del «consejo» contenido en la última parte del dictamen fue desastroso. A nadie le gustó.

Cuando las Cortes se enteraron de que se había tomado declaración a las criadas y al portero de Guerra, el desagrado fue unánime. Rumores, protestas, gritos. Y cuando se supo que el director de Seguridad había enviado un policía a enterarse, por el portero de la casa, de si Guerra recibía o no a March, vi perdido a Galarza. Con una tranquilidad poco común, Galarza dijo en su discurso que había enviado al policía por interesarle la justificación de Guerra del Río, en cuya inocencia creía, y para aportar datos que le libraran de una posible maquinación. Con esto y con adelantarse a declarar que le parecía mal el dictamen, lo que pudo costarle la dimisión, le ha valido aplausos. La verdad es que Galarza envió el policía con ánimos de aportar pruebas para hundir a Guerra, de cuyas relaciones con March está convencido, según me ha dicho el propio Galarza.

Como a Guerra no ha podido probársele nada, el dictamen era absurdo, era una *demi-mesure*, una exculpación reticente, con la que se quería satisfacer a todos. La Comisión no se ha atrevido a absolver, ni a condenar. Y ha tardado demasiado tiempo en darse cuenta de su error y en retirar el dictamen. La Comisión (sentada detrás de mí) estaba furiosa y se sentía sacrificada, abandonada por la Cámara. Esto revela lo que había pesado en su ánimo, no el resultado del expediente, sino la preocupación general, hostil a Guerra.

La intervención de Fernández Castillejo, de la Comisión, que se levantó para decir «toda la verdad», como si el dictamen no lo fuese, fue desastrosa. Apenas se le oyó, de tanto como le gritaron. Fernández Castillejo estaba irritadísimo con Galarza. (En el Consejo de ministros oí que algunos alababan la habilidad dialéctica del director de Seguridad).

Por los socialistas habló Cordero, que dijo algunas palabras de paz a los radicales, según lo convenido para resolver el incidente provocado por *El Socialista*. Las dijo mal, con trabajo, midiendo los vocablos, pocos e inexpresivos. Yo temí que los radicales no se conformaran; pero Martínez Barrio se levantó a decir que estaban satisfechos, y que nada se oponía ya a que continuasen colaborando. La verdad es que se han contentado con poco, y se ha visto claro que Lerroux y Martínez Barrio sólo buscaban un pretexto para poder decir que estaban desagraviados.

La sesión ha consistido en dar «estado parlamentario», digámoslo así, al ambiente de murmuración, de habladurías, de indiscreciones en que se vive.

El afán de hablar y de murmurar tenía que traer esta consecuencia, y si cada cual procediese seriamente, no habría pasado nada de eso.

Los socialistas han moderado públicamente su inquina contra los radicales, por no agravar el incidente de *El Socialista*, pero, individualmente, están muy irritados. Sanchís Banús, en vista de la absolución de Guerra, se fue del salón, diciendo que se daría de baja en el partido.

Entre los radicales-socialistas, Eduardo Ortega se levantó para dimitir públicamente su puesto en la Comisión de Responsabilidades. Y la comisión dictaminadora también dimitió, y se levantó para marcharse del salón. Desistieron porque Besteiro les dio unos gritos.

También Eduardo Ortega retiró la dimisión.

En vista de la torpeza de la Comisión, Ossorio y otros diputados presentaron una proposición, dando por terminado el asunto. Se aprobó, y nos fuimos.

Los radicales-socialistas, miembros de la Comisión de Responsabilidades, dicen que, si Guerra vuelve a ella, se levantarán para no volver.

No menos que estas cuestiones han agitado a los políticos y al público las noticias del complot. Las confidencias recibidas en la Dirección de Seguridad han ido precisándose y confirmándose. No ha sido posible hacerles caer en un garlito para cogerlos in fraganti; cosa que nos importaba, porque entre los conspiradores hay un diputado, Oreja Elósegui.

Se detuvo al sochantre de la Catedral, que es también sastre. Incomunicado dos días, concluyó por contar lo que sabía. Las declaraciones corroboran las confidencias. Se ha detenido a unas veinte personas, entre ellas algunos oficiales en activo, como Elitella, comandante del regimiento 1. El que hacía papel principal de organizador es Rosales, comandante retirado, exayudante de Orgaz, a quien se ve detrás de la cortina.

Complicados están unos aristócratas, militares retirados, un fraile, un abogado (Sol) y no sé quién más. Nada inminente parece que tengan organizado. Pero dejarlo crecer sería peligroso y, sobre todo, aumentaría la nerviosidad del público, que es ya excesiva, y recuerda un poco a lo que ocurría por ahora hace un año. Las sanciones gubernativas darán una impresión de seguridad muy conveniente. Claro es que algunos periódicos, como *El Heraldo*, abultan el caso para hacer información sensacional, y hablan de la «pobre República, contra la que se alzan muchas manos».

Por su parte, Galarza, a fuerza de intempestivas declaraciones a la prensa, contribuye, para su lucimiento personal, a dar más bulto a los nonatos sucesos.

Uno de los que andan en estos líos es el capitán o comandante Méndez Vigo, que está destinado en la presidencia del Consejo. Se le detuvo por alborotador el día del estreno de *A. M. D. G.* en el teatro Beatriz. Y han vuelto a encontrarle en la iglesia de la Concepción, de madrugada, con otros cuantos señores que allí se reunían para defender la iglesia en caso de ataque. De este Méndez Vigo los confidentes decían que se jactaba de poder aprisionar al Gobierno entero, en un día de Consejo, si le ayudaban tres o cuatro oficiales más.

Ha estado a las órdenes del general Nouguès a su paso por Madrid con el residente francés, y después Méndez Vigo ha ido diciendo que el Gobierno y yo, singularmente, le habíamos hecho pésimo efecto a *monsieur* Saint.

No sé qué efecto le habremos hecho a *monsieur* Saint; pero no es creíble que *tnonsieur* Saint fuese a confiar sus impresiones a un oficial español.

Algunos detenidos por causa del complot aseguran que contaban con el general Sanjurjo y con Goded. Pero ninguno lo afirma como de ciencia propia; lo han oído decir. Y sería posible que estos nombres sonaran porque los organizadores hayan dicho, para inspirar confianza, que contaban con ellos. También suena Millán Astray. Los reporteros son tan indiscretos que a alguno se le ocurrió ir a casa de Millán, a preguntarle si estaba complicado, o si lo habían detenido, o registrado la casa.

Al conocer las primeras detenciones, varias personas conocidas se han ausentado de Madrid, entre ellas el conde de Vallellano. También está preso el marqués de Albaida, a quien se supone tesorero del comité conspirador. Creo que uno de los detenidos le acusa de haberse quedado con veinte mil duros reunidos para los trabajos de la conspiración.

La ley de Reforma Bancaria puede darse por aprobada desde que habló Prieto la semana pasada. Prieto está muy incomodado con Besteiro, a quien acusa de retrasar la discusión del proyecto. Dice que Besteiro es muy vengativo, y que como en una reunión de la minoría socialista, Prieto le censuró por haberse abstenido en la votación de un artículo de la Constitución que interesaba al partido, Besteiro «se la tiene guardada». Irascible, Prieto me decía la otra tarde que acabará, y no tardando, por reñir públicamente con Besteiro. A Prieto le cargan mucho la sonrisa y las maneras corteses de Besteiro, «propias de la Institución Libre de Enseñanza».

En la discusión del proyecto hemos oído un discurso poco importante, aunque mal intencionado, de Alba; otro, no mejor, de Corominas, y otro, pesadísimo, de Carner. Es el «honrado zapatero», según De los Ríos. Carner fue una de las lumbreras de la Solidaridad Catalana; sus amigos dicen que ya

está muy viejo. A lo que no me he decidido es a oír al señor Marraco. Esta noche habla Prieto. Pero estoy tan cansado, que no voy a las Cortes.

Prieto es muy bárbaro. Al discutirse y votarse el asunto de Guerra del Río, quiso todavía Alba echar un cuarto a espadas en defensa de March y, al rechazarse lo de los «indicios» de indiscreción, Alba recordó que a March se le había condenado por indicios. Entonces Prieto le gritó desde el banco azul: «Debieron ahorcarlo en la Puerta del Sol. Y yo me habría colgado con mucho gusto de sus pies».

Estas salidas son las que dan a Prieto fama de hombre enérgico.

Alba, al oírlo, se sonríe, con sonrisa de conejo. Con un hombre así, es peligroso para un Alba incomodarse.

El señor Balbontín, diputado revolucionario por Sevilla, está empeñado en interpelarme por los sucesos de Tablada. Yo no sé bien lo que allí pasó, porque entonces Maura llevaba, por delegación expresa del Gobierno, los asuntos de orden público. Entre él y Sanjurjo se lo guisaron todo. Y siempre he sospechado que lo de Tablada se abultó por las vociferaciones de Maura, que es otro «falso hombre enérgico».

Lo que Balbontín busca es ponerme en situación difícil, hablando de la saca del material de los alcázares. Se decía poseedor de un documento ministerial, que ha resultado ser un salvoconducto, expedido por el subdirector de la Guardia civil, a favor del suegro de Franco. No sé quién diablos puede haber pedido tal documento.

Después averigüé que Balbontín ya no lo tenía.

Besteiro estaba empeñado en que aceptase yo esa interpelación, y lo fui aplazando. Por fin, señalamos la sesión del miércoles por la noche. En el Consejo del martes, tocando la situación de los militares, hablé de este asunto, y de los inconvenientes que tenía, así como de la torpeza de que Soriano hablase, como tiene anunciado, del monarquismo de algunos oficiales. El Gobierno acordó no admitir estas interpelaciones, a lo que se cree con derecho, como ha sucedido siempre en las Cortes, y sucede en otros Parlamentos.

Por la tarde, Besteiro me habló otra vez de la interpelación Balbontín, yo le dije el acuerdo del Gobierno, y me repuso que, con gran sorpresa suya, había encontrado en el Reglamento, aprobado por las Cortes, un artículo en que no se da facultad al Gobierno para aceptar o rechazar una interpelación; pedida por escrito, la presidencia debe señalar fecha dentro de ocho días. Le dije a Besteiro que eso es un disparate, él convino en ello, pero insistió en que tal es el Reglamento.

Entonces yo le dije, con toda firmeza, que lo dispuesto en el Reglamento, partirá del supuesto de que el Gobierno acepte la interpelación, derecho a que no puede renunciarse, y que, si Balbontín insistía y el Presidente ponía la interpelación en el orden del día, iba a levantarme para decir que no lo aceptaba, y que si la mayoría estaba conforme, no se explanaría la interpelación y si no estaba conforme que hiciesen ministro a Balbontín.

Como yo había hablado de este asunto con Guzmán, respecto al «documento» y al «material», Guzmán, por su cuenta, habló con los portugueses, que se disgustaron mucho. Corteçao, sin contar con nadie, se fue a ver a Balbontín, y le dijo que por unos periodistas se había enterado de sus propósitos, que podrían ser dañosos para la República y para los emigrados portugueses. Balbontín le aseguró que no tenía tales intenciones, y que se proponía únicamente pedir la libertad de los presos por los asuntos de Tablada y la reposición de Franco en la Dirección de Aviación. Añadió que, por razones de *alta política*, no le convenía reñir conmigo. Añaden los portugueses que Balbontín les ha parecido tonto.

En la sesión de aquella tarde, Balbontín presentó una proposición pidiendo que se destinase una hora diaria a interpelaciones. Besteiro tenía mucho miedo a esta proposición. Me recordaba los tiempos del Ateneo, cuando el mismo Balbontín presentaba proposiciones que amedrentaban al señor Dubois. Al defender esta su proposición, Balbontín aludió a lo que el señor Azaña había dicho «el día que comenzó *su reinado*». Le gritaron. La proposición se desechó sin pena ni gloria. Besteiro me dijo después, una vez más, que Balbontín es antipático y tonto.

Empiezan a salir contradictores a la candidatura de don Niceto para la presidencia de la República. La facilidad con que se ha cuajado el propósito desconcierta un poco a la gente. Lo que pasa es que, en las negociaciones iniciadas por el Gobierno para saber si don Niceto *desistía* claramente de su candidatura, tropezaron con un «sí quiero», que no permitió más dilaciones. La impresión anterior, de desistimiento, era puramente externa.

El primero que se propone combatir la candidatura de don Niceto públicamente es don José Ortega. Se anuncia que dará una conferencia sobre ello.

También Miguel Maura está en contra. Me crucé con este loquinario en el pasillo del Congreso acompañado de Sánchez Román. Maura se puso morado al verme; Felipe y yo nos saludamos como siempre, y pasé de largo.

Al siguiente día Maura le dijo, a un amigo de los dos, refiriéndose a este encuentro:

—Me dieron ganas de decirle: «¡Adiós, don Manuel!». Pero no lo hice por temor a que me diera un bufido.

Ahí se ve cómo es Maura, un chico pequeño.

Al mismo amigo le ha dicho que siempre le ha parecido mal la candidatura de don Niceto, pero que, después de las cosas que le ha dicho la última vez que se han visto en el Ayuntamiento, le considera peligrosísimo en la presidencia de la República, y que no durará tres meses siendo yo Presidente del Consejo.

Maura opina que el Presidente de la República debiera ser yo; pero al mismo tiempo cree que no hay por ahora quien me sustituya en la presidencia del Gobierno. Y que ésa es la tragedia.

Por donde puede venir un alboroto que corte el paso de don Niceto a la presidencia, es por los artículos que su amigo y correligionario, R. Sánchez Guerra, ha empezado a publicar en *Ahora*. Son sus impresiones políticas de estos meses. Y uno de los artículos anunciados se titula; «La crisis por dentro. El 14 de octubre». Como, según parece, Sánchez Guerra propala por ahí la fábula de mi conjura para derribar a don Niceto, no es inverosímil que la repita en ese artículo, caso en el cual llegaría a las Cortes, y de nada nos habría servido no haber publicado el mensaje de dimisión de don Niceto.

La fábula concebida por don Niceto ha hecho camino. Gil Robles, en el mitin de Falencia, dice de mí que soy «un político audaz, que he echado una zancadilla a don Niceto para colmar mi ambición».

Y el tal Giménez Caballero, en unos artículos lunáticos que publica en *El Heraldo* para «explicarme» a los lectores, habla de mi «salto de tigre sobre el poder».

Por mi parte, estoy seguro de que la presidencia de don Niceto será espinosa, y aun peligrosa; pero yo no debo hacer nada para estorbarle la elección, desde el puesto en que estoy. La eliminación de don Niceto sería ventajosísima, si con ella pudiéramos conseguir hacer presidente de la República a Lerroux, liquidando una situación política difícil y que empieza a preocuparme por ciertos indicios concurrentes.

14 de noviembre

En el ministerio de la Guerra, recibo al general Rodríguez del Barrio, que me da cuenta de su inspección en Vitoria, adonde le envié por el incidente del general Gil Yuste, que se considera desautorizado, y quiere pasar a la reserva. Según Rodríguez del Barrio, confirmando lo que me informó el general Benito, allí no ha ocurrido nada grave, ni siquiera importante, y el general Gil Yuste ha sido inducido a error por el auditor, que es muy de la derecha.

Este general Rodríguez del Barrio es muy escurridizo, y me asalta la duda de si querrá complacerme en extremo, creyendo que así lisonjea al ministro. Después de contarme su visita, me pide un favor difícil para un jefe amigo suyo. Como siempre.

En la presidencia, me visita el embajador de Francia. Hablamos del *modus vivendi*. Alguien ha anunciado una interpelación, que no me inquieta, y así se lo digo. Estima Herbette que si el convenio hubiera de someterse a ratificación por las Cortes, habría que hacer otro tanto en Francia, y se produciría una gran confusión. «¿No le preocupa a usted el complot?». «¡Oh, nada! Es cosa sin importancia». Tocamos el punto de los créditos exteriores para la estabilización. Herbette cree que sería útil hacer algo parecido a lo que hizo Poincaré cuando dio fuerza de ley constitucional a la Caja de Amortización. Eso nos evitaría que al hablar de empréstito nos pidiesen prendas especiales.

Ha leído mis declaraciones en *Ahora*, y las ensalza, claro está. Dice que tengo el tono de Waldeck, y un poco el de Clemcnceau. En la Cámara francesa gustaría mucho. Me pregunta si no voy a hacer un discurso en las Cortes el día que se termine la Constitución. «Naturalmente», contesto. Entonces, sonriendo, me dice que no todo el público es intelectual, y que a muchos les agrada más dejarse conducir por el sentimiento; si tocase esa cuerda, la Cámara vibraría más.

No sé si a *monsieur* Herbette le habré parecido un ingenuo. O si peco de caviloso cuando atribuyo en parte sus finezas al propósito de ganar ascendiente sobre mí. De todas suertes, estoy prevenido.

Por la tarde, en la presidencia, recibo a Coronas, antiguo y buen amigo mío, que estuvo en el partido de Sánchez Guerra, y hoy figura en Acción Republicana, seguramente por consideración personal hacia mí; Coronas es profundamente conservador y hombre de orden.

Desde hace meses pertenece al consejo de administración del Banco. Me había hablado varias veces de los proyectos de Prieto, queriendo convencerme de su violencia y de la injusticia con que trata al Banco. Ahora, ya en vísperas de aprobarse la ley, Coronas no me dice nada en cuanto al fondo del asunto. Él tiene la impresión de que soy un «prisionero» de los socialistas. En cuanto a Prieto, le trata de bárbaro: «Me recuerda su actitud el dicho de un personaje de Clarín: "avena se escribe con hache y lo hago cuestión personal"», dice Coronas.

Respecto de la subvenciones dadas por el Banco a Ceballos Teresí, para que hiciese campaña contra Prieto, y de cuya concesión ha hecho armas Prieto contra el consejo del Banco, me dice Coronas que después de todo lo que ha despotricado el ministro, su amigo Carabias, gobernador del Banco, ha concedido otro crédito al propio Ceballos Teresí.

Después presido la Junta Central Agraria, hasta las ocho. Mucho se discute en esta Junta, y se adelanta poco. El señor Huesca es muy desagradable. De antemano se sabe lo que va a votar cada parte. Lo que hemos hecho hoy en dos horas de sesión, podría haberse despachado en quince minutos entre el ministro y un secretario.

Todavía voy al ministerio de la Guerra, antes de cenar. Queda ultimado el proyecto sobre las clases de tropa.

Después de la cena voy con Lola y Cipriano al cine de La Ópera (antes Real Cinema). Los días que no hay Cortes me queda tiempo hasta para distraerme.

15 de noviembre

No he salido hasta la tarde. Voy con Luis Bello, Guzmán y Cipriano a Aranjuez. Pasamos dos horas en los jardines, que están maravillosos. Puesta de sol, desde el cabo del jardín de la Isla, al borde del río. Regreso de anochecido. Llueve. En Madrid, merendamos juntos, y largo rato hablamos de política. A Guzmán le interesa la política española más que a mí.

Guzmán se preocupa mucho de las calumnias que me levantan por ahí y que en innumerables hojas clandestinas han inundado a toda España. Como yo no hago caso de esto, Guzmán me reconviene; dice que una campaña calumniosa fue el origen de la caída de Madero.

Por la noche voy con los Casares al teatro de Lara, a ver una comedia medianeja de Arniches.

16 de noviembre

Casares viene a verme al ministerio de la Guerra, para hablar de las «suspicacias» que despierta en nosotros el complot, el cual, por sí mismo, es poca cosa todavía. Su descubrimiento, y el castigo, calmarán por una temporada a los inquietos. El rumor público ha venido señalando desde hace tiempo al general Sanjurjo como un posible director del movimiento, en el que también se quiere ver implicado a Goded. Yo no creo en la aquiescencia de estos dos, aunque no es inverosímil que cuando les han propuesto algo (porque se lo han propuesto, y ellos no lo ocultan), se hayan limitado a una negativa cortés, aconsejando que no se hagan locuras; pero, en el fondo, poco o nada afectos al régimen, les debe de quedar siempre una disposición *militarista* y añoranzas del pasado. Si se están quietos, será por temor, y porque no ven fácil la salida. Entre tanto, procuro dar a Goded y a Sanjurjo la impresión de la más absoluta y tranquila confianza en ellos.

Algunos de los detenidos a causa del complot han declarado que contaban con Sanjurjo. Pero ninguno lo dice por conocimiento propio. Pueden creerlo así porque los directores del complot lo propalen para inspirar confianza, sin otro fundamento; o porque la repulsa de los generales no haya sido todo lo enérgica y terminante que debiera.

Hace ya semanas, vinieron a decirme que se preparaba un golpe dirigido por Sanjurjo y don Alejandro. Me reí (de dientes afuera, según dijo Romero). Ahora, algunas de las declaraciones ante la policía afirman que no se trata de un complot monárquico, sino que iba dirigido a implantar una República *de orden*. Para eso contaban (dicen) con Sanjurjo. ¿Con quién más? Porque Sanjurjo no iba a ponerse a dirigir nada.

Hace tiempo, Azpiazu, coronel retirado, íntimo de «Pepe», y diputado radical, reunió a comer en Alcalá a Sanjurjo y su querida con Galarza. Azpiazu, como de pasada, le dijo a Galarza que le convenía encontrarse con Lerroux en París, en uno de sus viajes a Ginebra, para hablar libremente con él y *orientarse* acerca del porvenir político.

Lerroux se ha marchado a París el sábado, a reunirse con Briand, etcétera, por lo del conflicto manchuriano.

El domingo, Martínez Barrio, íntimo de Lerroux y su segundo en el Gobierno, envió a preguntar a Casares los nombres de los detenidos que hubieran mentado a Sanjurjo en sus declaraciones. Casares se guardó de dárselos.

Y hoy ha ido Sanjurjo a ver a Casares, diciéndole que piensa ir a París ocho o diez días.

Por su parte, Lerroux, al cruzar la frontera ha dicho a unos periodistas que estas Cortes no pueden durar hasta el verano.

Estas coincidencias, ¿son sólo aparentes?

En la presidencia, he recibido a Galarza, que me informa de lo averiguado en el asunto del complot. Decidimos que recoja la indicación de Azpiazu, y que vaya a París a *orientarse*.

Antes he tenido una larga conversación con Trifón Gómez y una delegación del sindicato ferroviario. Este asunto va de mal en peor. Me dicen estos hombres que el acuerdo del Gobierno es inaceptable, hasta el punto de que no pueden presentárselo a sus compañeros como base de discusión. Han convocado un Congreso extraordinario para el primero de diciembre. Me indican la conveniencia de que el Gobierno mejore notablemente sus concesiones antes de esa fecha.

La situación de estos *meneurs* es difícil ante sus masas. No creo que Trifón Gómez pueda dejar de comprender, como lo comprenden los ministros socialistas, la imposibilidad de hallar el dinero que piden para jornales. Y, sin embargo, lamenta la probabilidad de verse convertido en organizador y director de un conflicto, la huelga, que él no hace nada por evitar. Sería anularse, claro está.

Lo que me irrita más en este asunto es que al cabo de siete meses de Gobierno, Albornoz no haya formado ninguna idea fundamental acerca de él, ni tomado ningún camino. Su nulidad nos aboca a un conflicto tremendo.

Trifón me ha dicho, con ligera reticencia, que este asunto no ha sido aún bien estudiado. Verdad es que a continuación me ha hecho argumentos poco sólidos, que prueban contra él mala fe o poco estudio. Hemos convenido en vernos los dos y considerar el problema mano a mano.

Estoy resuelto a tomarlo por mi cuenta, a ver si descubro un remedio provisional.

Trifón Gómez pide que se nacionalicen los ferrocarriles, como si tuviéramos medios para ello, y pudiera hacerse en quince días. Cierto es que en tantos meses ha podido planearse esta solución.

Por la tarde he estado en el ministerio de la Guerra y en la presidencia. Después he ido al Ateneo, a presidir la Junta directiva. En aquella casa no se hacen más que tonterías, desde que yo no puedo dirigirla personalmente. La Junta está aturdida. Y ahora están pagando las consecuencias de lo que hicieron contra mi terminante oposición (entonces estaba yo oculto) en el mes de marzo, cuando se reabrió la casa. Tengo un modo elegante de salir de la presidencia, en la que no quiero estar, a las resultas de la incapacidad ajena: la Constitución ha hecho incompatibles el cargo de ministro y el de presidente de sociedades particulares. ¡Qué gran idea!

Después de cenar voy al teatro Beatriz con Lola a ver *A. M. D. G.*, que tanto escándalo ha movido. Vamos invitados, y otros ministros. A nuestro palco llega Pérez de Ayala, y se queda con nosotros todo el tiempo. Himno de Riego al llegar y al salir, palmas, vítores, curiosidad impertinente. Estamos haciendo el gran personaje. ¡Qué horror!

17 de noviembre

Consejo en la presidencia. Don Niceto ha venido a Madrid, desde Priego. Todos le habían recomendado que se retirase a su pueblo, para estar alejado de las Cortes y de la política, y no poner en peligro su candidatura. Yo le escribí el otro día, preguntándole si le parecía bien el general Ruiz Trillo para jefe del Cuarto militar del Presidente de la República. Ruiz Trillo es amigo de don Niceto, y él lo sacó del Consejo Supremo de Guerra y Marina para llevarlo a la Capitanía General de Zaragoza. Nombrarlo para la casa del Presidente es un modo de quitarle el mando de la división de Sevilla, donde ha hecho algunas tonterías. Don Niceto se ha cruzado en el camino con mi carta, y hoy ha venido a explicarme por qué no la ha contestado. Cuando yo creía que mi propuesta le pareciese buena me sale diciendo que Cabanellas aspira a ese puesto. «A mí no me ha dicho nada. ¿Se lo ha pedido a usted?», le pregunto. «No. Lo sé indirectamente por un jefe amigo suyo».

Le explico a don Niceto que si me es fácil y ventajoso sustituir a Ruiz Trillo, todo lo contrario me sucede con Cabanellas, porque no tengo a quien enviar a Marruecos. Don Niceto insiste en que tales son los deseos de Cabanellas, y agrega que está mal con López Ferrer, el cual le ha dicho que es incompatible con el general. Creo adivinar que don Niceto desea traerse a Cabanellas, porque su insistencia es demasiada para una simple referencia indirecta. Yo mantengo mi criterio, y añado que Cabanellas únicamente me tiene hecha una indicación de sus aspiraciones a ocupar la Dirección General de la Guardia civil. La conversación termina diciéndome don Niceto que irá a verme en el ministerio para tratar de estas cosas.

Larga conversación con Trifón Gómez, diputado socialista y secretario del Sindicato Nacional de Ferroviarios. Yo quería encontrar, en las opiniones y propuestas que en nuestra conversación anterior me insinuó Trifón, algo útil que me sirviera para proponer una avenencia. Es hombre listo, pero no procede en este asunto con la lealtad de un colaborador. Preso de sus compromisos con la organización ferroviaria, no puede ayudar al Gobierno demostrando a sus compañeros la imposibilidad de lo que piden. A él no se le oculta, aunque diga otra cosa; como se prueba por lo disparatado de los

remedios y arbitrios que propone para sacar dinero con que subir los salarios; del problema previo: a saber, si es justo subir los salarios, no habla siquiera: para ellos es indiscutible.

Llega, sin embargo, a decirme, que este problema está planteado desde los tiempos de la monarquía, y por eso lo mantienen; que no siendo así, no se lo habrían planteado a la República, cuando menos, con esta urgencia y poca oportunidad.

Trifón Gómez dice que los sesenta millones que importarían las mejoras mínimas pedidas por los ferroviarios, pueden sacarse de un recargo de tarifas, de una aportación del Tesoro público, de una aportación de las compañías y de otros arbitrios semejantes; cree Trifón que los ferrocarriles pueden nacionalizarse por decreto, y se imagina que el rescate produciría grandes economías en la administración de las redes; también me propone, muy serio, que las compañías suspendan el pago de las obligaciones hipotecarias, y otras cosas por el estilo.

Haciendo muchos cálculos llegamos a que el Gobierno, todo lo más que puede hacer, es arbitrar recursos hasta veintitrés o veinticinco millones de pesetas. Y acordar la intervención en las empresas (consejos de administración, contabilidad y vías y obras) para saber lo que en ellas ocurre.

Claro que Trifón Gómez no se satisface con esto. Necesitan más del doble. Nos separamos, para hablar otro día. Yo quedo mal impresionado. Es un asunto en que no valen razones. Se tropieza con una muralla.

Hemos tocado el punto de la huelga. Lo notable es que el propio Trifón no cree en su utilidad. «La huelga —me dice— sirve para todo, para traer el régimen bolchevique, o para otra cosa, menos para aumentar los salarios». (Se refiere a la huelga probable de los ferroviarios).

Y un hombre que habla así, estará, si llega el caso, a la cabeza del movimiento huelguista.

Un periódico ha publicado el informe que dio el general Cabanellas al alto comisario, sobre la reducción de las Intervenciones militares en la Zona de Marruecos. El informe es contrario a los planes del alto comisario. No tenía por qué publicarse, y ni siquiera lo conocía el Gobierno. Su publicación ha producido cierto escándalo.

Como en estos días López Ferrer ha destituido al coronel Capaz, jefe de las Intervenciones militares, los maliciosos han atribuido a López Oliván, jefe de sección en el ministerio de Estado, y cuñado de Capaz, la publicación de ese documento. *El Heraldo* lo ha afirmado categóricamente. Yo estaba también disgustado por la publicación, y no sabía a quién atribuirla.

Cabanellas llamó por teléfono desde Ceuta al ministerio, encargando que me dijesen que él no tiene arte ni parte en la publicación, y que había enviado un ejemplar de informe al alto comisario, otro al ministerio de Estado y otro a la presidencia del Consejo.

Por su parte, Agramonte, subsecretario de Estado, ha venido a verme, y me ha dicho que López Oliván protesta contra la aseveración de *El Heraldo*, Y añade Agramonte que el informe se lo ha enviado directamente Cabanellas a un periodista de Madrid (cuyo nombre me ha dicho y ya no lo recuerdo), que lo ha dado a *El Sol*. El periodista, al ver la afirmación de *El Heraldo*, le ha escrito a Agramonte una carta, contándole la verdad del caso. Esto dice el subsecretario. Y ha hecho que *El Heraldo* rectifique la información.

El alto comisario, que está en Madrid, se queja de Cabanellas. No sabe la historia del periodista, que me cuenta Agramonte, y echa la culpa a Capaz. Confieso que también fue mi primer pensamiento.

Este Capaz es un coronel muy joven, que ha hecho una carrera veloz en África. Un articulista de *ABC*, que desaprueba el relevo de Capaz, le llama «héroe del romancero». Capaz se había creado en África una posición muy personal. Desde que se proclamó la República, me pedían su relevo los republicanos. Yo lo he mantenido, mientras el alto comisario no me ha propuesto quitarle. Dícese que Capaz se jactaba de que nadie se atrevería con él y hasta aseguran que amenazaba con sublevar a unos caídes amigos suyos si era relevado.

En el anterior viaje de López Ferrer, le autoricé para que lo relevase, porque no encontraba en él un colaborador decidido. Al revelarlo, López Ferrer ha destituido también a unos caídes que pasaban por muy adictos de Capaz.

Está muy sordo, a consecuencia de una campaña. El día que se me presentó en el ministerio, me pidió un regimiento de Zaragoza. Y definió su situación diciéndome que él no es más que un soldado de España.

López Ferrer me dice que Cabanellas es muy intrigante, y que está absolutamente dominado por su cuartel general. Añade que no me pide su relevo, porque comprende que eso sería una complicación para el Gobierno, y que está dispuesto a tener paciencia.

Yo le indico que acaso modifique la organización militar de la Zona, para no dejar allí más que un general, que podría ser de brigada, en lugar del divisionario y los dos de brigada que aún hay. Hace meses suprimí otros dos.

18 de noviembre

Recibo en el ministerio de la Guerra la visita de don Niceto. Viene a hablarme del «cuento de la lechera», es decir, de la organización de la casa presidencial. Pide que seamos parcos, y no vaya a hacerse una opereta. A su entender, no urge comprar casa al Presidente para su residencia oficial; podría estar unos meses viviendo en su casa particular, y «yendo a la oficina» para los actos oficiales, que podría instalarse en el Senado, o en los bajos del Palacio real.

Respecto de la cuestión de que hablamos ayer, me ha traído una indicación, que estimo útil: don Niceto me pregunta si creo yo acertado que el jefe del Cuarto militar sea Sanjurjo. Le respondo en el acto que sí, porque de ese modo saldría elegantemente de la Dirección de la Guardia civil, en la que puede llegar a ser un estorbo. Don Niceto queda en hablar de ello con Sanjurjo, dentro de unos días. De política hablamos un poco. En el asunto de la duración de estas Cortes, que ahora se trae y se lleva, opina que deben durar todo lo posible, y que no puede pensarse en que las disuelva un partido solo, para hacer unas elecciones amañadas, que serían el fin de la República. Si, disueltas las Cortes, el Gobierno se lanzase a tina política electoral sucia, lo dimitiría, para formar un Ministerio «de funcionarios», que presidiese la elección con desinterés.

El proyecto de ley que leí anoche a última hora en las Cortes, reorganizando las clases de tropa y concediéndoles notables mejoras, ha producido, contra lo que se esperaba, revuelo y agitación de protesta entre los sargentos y suboficiales. Por lo menos entre los de Madrid, que se reúnen en el llamado Casino de Clases, una de las invenciones más absurdas de Primo de Rivera. Me dijeron esta mañana en el ministerio, con referencia a noticias del general de la primera brigada, que los sargentos estaban contentísimos, y que celebraban mucho el suceso. Pero esta tarde, a eso de las seis, me telefonearon desde el ministerio al Congreso que estaba celebrándose una junta tumultuosa en el Casino de Clases, y que tenían el propósito de protestar, etcétera. Yo les dije que no se asustaran y que avisasen a la división, para que se enterasen de lo que sucedía, y tomasen las prevenciones convenientes.

Por los pasillos del Congreso cundía cierta alarma entre los periodistas, que en cuanto oyen hablar de cosas militares se asustan y se precipitan en busca del notición. Todos me abordaron. Yo les calmé. Pero el asunto no dejaba de contrariarme. Supe que los suboficiales habían ido a los periódicos a consignar su protesta. Casi ninguno la acogió, y los corresponsales se abstuvieron de telegrafiarlo a provincias. Aproveché la ocasión para dar a los periodistas una especie de conferencia sobre las cuestiones del ejército, y principalmente sobre ésta de las clases. Como yo no hablo casi nunca con ellos, estaban muy interesados en lo que yo les decía, y no les será inútil.

No he estado apenas en el salón de sesiones A las once de la noche he vuelto a las Cortes. Después de asistir un rato a la discusión, salgo a los pasillos, y en un corro de periodistas y diputados «pongo cátedra» sobre los asuntos del día. Salgo a las dos. Los periodistas están muy contentos con lo que les he dicho. «¿Se puede dar esto como información?», me pregunta uno. «No».

19 de noviembre

Recibo al general de la división, que está muy alarmado por la «excitación» que reina entre los sargentos y suboficiales. Como todos los «mandos» que ahora se usan, es asustadizo y no tiene don de autoridad. Se transparenta que está de parte de los sargentos y que, por su gusto y para ahorrarse dificultades, les daría cuanto pidiesen. Me dice que los sargentos y suboficiales quieren demostrar que el proyecto los perjudica en los sueldos, y presentar además un escrito con sus aspiraciones. Yo le digo que, respecto de lo primero, no tengo inconveniente en autorizarlo, si lo hacen por el conducto reglamentario; pero que se abstengan de exponerme sus «aspiraciones».

Voy a la presidencia, después de despachar en el ministerio de la Guerra, y entre muchas visitas recibo la de don H. E., que viene sin que yo le haya llamado. Ha hablado con Prieto que, como se usa, le ha contado todo lo que yo le dije de su asunto con los portugueses, incluso lo que E. parecía esperar de un Gobierno Lerroux. Sobre esto quiere darme don H. una «satisfacción». Le opongo que no es necesario. Me describe las dificultades financieras que le impiden atender ahora a los portugueses. Protesta que ni la dictadura ni el rey le ayudaron en el asunto de los arsenales ni en lo del submarino, que se construyó por orden de Primo y ahora no se lo quiere comprar el Estado. Yo le planteo las cosas con toda claridad, y le digo el interés que tengo, por considerarlo ventajosísimo para España, en que se ayude a los portugueses. Como él me ha hablado de sus dificultades actuales, yo me atengo a lo que ya pensé cuando Corteçao me habló del caso: "Será que pide algo", dije entonces. Y hoy le disparo a boca de jarro: "¿Qué habría de hacerse para que esas dificultades desapareciesen?". "Comprarme el submarino", responde don H.

—He aquí el precio del servicio —me digo.

E. añade que estaría dispuesto a cobrarlo en varios años, y se contentaría con que ahora le diesen dos millones. Con eso, reanudaría su trato con los lusos.

Tocando otros puntos, hablamos del cargamento de Copenhague y me dice que él tiene un capitán de confianza que puede trasbordarlo en alta mar, y

llevarlo adonde se quiera. También, si le dejo las manos libres, puede llevar de Cibas a Portugal cuanto se quiera. Quedamos en que lo estudiaré, y al retirarse me ruega que no diga nada de su visita a los periodistas. Pero difícil será ocultarlo, porque le han visto cien personas.

Por la tarde, en el Congreso, prolegómenos de la discusión del dictamen de la Comisión de Responsabilidades, sobre la culpabilidad del rey. Gran curiosidad. Algunos dicen que la discusión se aplaza. Ayer se habló de esto, en el despacho de Besteiro, al trazar el plan parlamentario de la semana. Prieto asegura que Besteiro hace cuanto puede por estorbar la discusión de la ley bancaria, y está muy incomodado. Cuando supo que iba a discutirse lo del rey, se enfadó porque le robaba tiempo para su asunto. Y delante de mí decía, muy excitado y violento, que todo eso de las Responsabilidades es una pamplina y que no cree en ellas. Fue opinión dominante en estas conversaciones que el aplazar el debate sobre la acusación contra el rey, produciría malísimo efecto.

Desde que se publicó el dictamen de la Comisión de Responsabilidades, sobre el caso del rey, todo el mundo encontró malo el documento. Mal escrito, mal pensado, declamatorio, pueril. Contiene disparates como acusar al rey de un delito de lesa majestad… contra el pueblo. Lo ha hecho Eduardo Ortega, y está muy enamorado de su obra. Han pasado días y, hasta esta tarde a última hora, no se les ha ocurrido poner remedio. Cerca de las ocho me llaman al despacho de Besteiro. Allí están Jiménez de Asúa, Giral, Ruiz Funes, y otros dos diputados. Jiménez de Asúa, con su hablar engolado y superferolítico, dice que el dictamen es risible y que, cuando lo lean los profesores extranjeros, las Cortes quedarán en ridículo. Razona largamente, como catedrático de derecho penal, su opinión, que comparten todos los presentes. Yo lo creo, por fe; no he tenido tiempo más que para dar un vistazo al dictamen y, sólo ahora, en el curso de esta conversación, lo leo de punta a cabo. En efecto, es detestable.

Lo que los diputados reunidos quieren de mí es que yo llame a la subcomisión de Responsabilidades que ha entendido en el asunto, y que la convenza de que su dictamen no es pasadero y que debe modificarlo. Yo rehúso. El sonrojo internacional que tanto teme Asúa, me deja indiferente. Y les hago ver que carezco de título para ir con ese encargo a Ortega y consortes. Todo lo más, podría hablarse con el presidente de la Comisión, Cordero, y que él se encargase de convencer a sus compañeros.

Mientras se busca a Cordero, traen un papel con un nuevo texto, preparado por Sánchez Román y otros. Lo trae mi correligionario Sánchez

Albornoz. Es breve, discreto y contundente. Con sabor añejo, por aquello de «la paz jurídica», que le gusta a Sánchez Albornoz. La declaración de poner a don Alfonso «fuera de la ley» le parece poco a algunos de los presentes.

Llega Cordero, y le pintan la situación. Dice que él no es abogado y que creía que estaba bien lo hecho. Se advierte pronto que él se halla dispuesto a firmar otra cosa. Pero hace notar que son más de las ocho, que muchos de los diputados de la Comisión no están ya en el Congreso, y no podrá reunirlos. Todo esto sucede dos o tres horas antes de comenzar la discusión, que es inaplazable.

Como la conversación se prolongaba sin resultado y estoy rendido desde ayer, opto por dejarlos, y me vengo a casa, a ver si puedo reposar una hora. Tengo esa especie de velo que se me pone en el entendimiento cuando estoy fatigado, sobre todo si es por dormir poco.

20 de noviembre

A las cuatro de la mañana acabó anoche —o mejor dicho, hoy— la sesión. Uno de mis ayudantes, que me acompañaba a casa en el coche, le dijo a otro, resumiendo sus impresiones: «Ya decía yo que esta sesión sería histórica». Para mi ayudante, echar esta calificación sobre un suceso, es una ponderación gigantesca.

El Congreso estuvo atestado. En las tribunas, llenas desde las 9 y media, racimos de gentes, en gran número monárquicos, que iban a oír a Romanones. Muchedumbre en los escaños, y muchos diputados apelotonados al pie de la Mesa presidencial. Yo estoy completamente inhibido, de puro cansancio. Me preguntan si voy a hablar, y respondo que no, porque se trata de una sentencia que dictan las Cortes a propuesta de la Comisión, sin que el Gobierno intervenga. Mi deseo cierto era no hablar.

Al principio, no supieron decirme con certeza si la Comisión había aceptado o no un nuevo texto. Me anuncian que Balbontín se propone hablar acusando al Gobierno por haber dejado que el rey se fuese de España el 14 de abril. Ese propósito suscita mucha emoción, como si de él pudieran salir cosas tremebundas. Pero yo me río. No me hace reír tanto la noticia de que Alcalá-Zamora contestará a Balbontín, si por último habla. Temo que don Niceto dé un resbalón.

Lectura del triste dictamen. Silencio sepulcral. Lectura del voto particular de Royo Villanova, aún más chocarrero que el dictamen; reproduce lo que cantaban por las calles de Madrid: «no se ha *marchao*, que le hemos *echao*». ¡Espléndido!

El discurso de Romanones ha parecido en algunos momentos hábil. En realidad, como a Romanones nadie le toma en serio y él mismo no cree ni jota de lo que estaba diciendo, el espectáculo es de una comicidad profunda, seria, y, a ratos, cuando el conde se abandonaba a su natural, bufo. Viejo y gordo, mal asentado sobre su pata coja, y, con aquella voz que fue clara, el Conde, cuando se enojaba y levantaba a duras penas el tono, me dejaba ver el ojo izquierdo, fulgurante y rotatorio, y su cólera parecía una caricatura de la cólera. ¡Lo que es la falta de autoridad! Las Cortes se han reído de buena gana

en algunos pasajes del discurso. Y no se reían del conde. Reían sus agudezas, a veces involuntarias. Y, sobre todo, yo creo que se reían porque al actor y a la escena les faltaba grandeza. Romanones defendiendo al rey destronado ante las Cortes republicanas, es toda una conclusión de la historia de un tercio de siglo. Y no tuvo ni un acento elevado. La defensa de la dinastía y del rey suscitó risas. Son tal para cual.

Cuando Romanones acabó de hablar no se oyó ni un murmullo. Las tribunas se aclararon. Y los escaños. Galarza, que siempre ha de estar en todo, se levantó a sostener la acusación. Por la tarde le oí decir que se marchaba a su casa a estudiar el dictamen de la Comisión, porque tenía que defenderlo y no lo conocía aún. Seguro de lo que iba a ocurrir, me marché del salón. Al poco rato, los pasillos del Congreso se llenaban de diputados. Venían huyendo de Galarza. Era voz unánime que estaba haciéndolo muy mal. Y los periódicos de hoy lo certifican. Estuve por los pasillos, y en el bar, con amigos. Pasó una hora, y Galarza seguía hablando. Yo no volví al salón hasta que terminó.

Mientras Royo Villanova defendía su voto particular, hubo muchas idas y venidas al banco de la Comisión, al del Gobierno, y a la Mesa. La Comisión había aceptado el nuevo texto, redactado por la tarde, añadiéndole algunas expresiones de su cosecha. Eduardo Ortega aceptó este sacrificio por intervención de su hermano don José, que anduvo por la tarde complicado en las gestiones de Sánchez Román y Sánchez Albornoz. Cuando se leyó la enmienda, algunos diputados de mi partido protestaban furiosos. Les parecía un «pastel». Vinieron a consultarme. Yo les dije que autorizaba que se leyera si llevaba firmas de todos los partidos; pero que si no era así, y en lugar de conseguirse la unanimidad, sólo se lograba dividir a los republicanos, no podía presentarse como iniciativa de Acción Republicana. Les dije además que debía dejarse a la Comisión que se desenvolviera sola, y no subrayar demasiado la repulsa del primer dictamen. Se leyó la enmienda, y el alcalde, Pedro Rico, que también se perece por estar en todo, se apresuró a pedir la palabra. Le envié recado, diciéndole que no hablase en nombre del partido. Así lo hizo. Dijo cuatro cosas, que no hacían falta ninguna. La Comisión, con una docilidad insospechable en este presunto «comité de salvación pública», hizo suya la propuesta.

La discusión se rebajó aún más cuando hablaron Gil Robles y Balbontín. Este Gil Robles, de voz metálica, inalterable, un poco cargado de hombros, sin ideas ni talento, es la estampa del abogado cínico. Iba a promover un escándalo, quizás a provocar una agresión, y a poco si se sale con la suya. Tal

es la ingenuidad de las Cortes. El diputado Muñoz se agitaba como un energúmeno y se puso en pie, como para arrojarse sobre Gil Robles. Costó trabajo sujetarlo.

Balbotín se cree un gran parlamentario y un polemista temible. Tiene frenillo en la lengua, y eso le hace parecer cuando habla un niño bobo. Brazos largos, que no saben accionar y se despegan de la figura. Cursi. Los diputados se lo decían a gritos. Sacó el tema de la huida del rey, protegido por el Gobierno. Maura vociferaba desde su asiento. Balbontín creía producir un gran efecto, y debió quedarse sorprendido al ver que nadie hacía caso. Yo estaba resuelto a no discutir con él, dijera lo que dijese. Y haciendo memoria de lo que ocurrió con el rey aquella noche, descubrí que no me acordaba de casi nada; así estaba yo de fatigado. Cuando Alcalá-Zamora se levantó a hablar, muchos diputados le instaban para que no lo hiciese. Le instaban, o por menospreciar a Balbontín, o por evitar que el relato de don Niceto provocase contra él una reacción de las Cortes. Esto último no era ya de temer, visto lo que acababa de ocurrir. No había apenas *régicides à retardement*.

Don Niceto estuvo bien, y a pesar de su insufrible oratoria, acertó a ser conciso (cuanto puede serlo), certero y, a ratos, irónico. Pero dijo que reclamaba para él solo la responsabilidad de lo ocurrido aquel día, y esto me impulsó a hablar en nombre del Gobierno. Le hicieron una ovación clamorosa, en que había ya una antevotación para la presidencia.

Maura había pedido la palabra, y mientras se apagaban los últimos aplausos a don Niceto hacía gestos y ademanes como diciendo que hablaba el Gobierno o hablaba él. Yo me había puesto ya en pie y me volví a sentar. Dudé, y Fernando de los Ríos me insté a que hablase. Cuando empecé, no estaba muy seguro de lo que iba a decir, fuera de proclamar la solidaridad de todo el Gobierno en cuanto se hizo el 14 de abril. Me dejé llevar del discurso, que no tenía otro fin que el de poner término decorosamente a un debate ya gastado, y acerté[23]. Me aplaudieron a rabiar, puestos en pie. Y ya no hubo más. Se votó el texto por aclamación. En la hora de las felicitaciones, los ministros y los diputados me daban enhorabuenas, y Prieto, al salir del banco azul, pasó por delante de mí, me estrechó la mano y profirió una blasfemia. De puro entusiasmo. En los pasillos todavía nos aplaudieron. Al salir, como eran las cuatro, convinimos en suspender el Consejo convocado para las once de hoy.

He ido al ministerio a las once y media. Antes me había llamado por teléfono Pérez de Ayala, a quien había citado para hoy, antes de esa hora, y que me

aguardaba en la presidencia. Ha ido a verme al ministerio para despedirse. Se vuelve a Londres. ¡Un embajador menos en Madrid!

Me felicita por lo de anoche. Cuenta sus escaseces de embajador. Y me pregunta si es cierto que el Gobierno piensa declarar incompatible el cargo de director del Museo del Prado con el de embajador. Son los cargos que él tiene. Respondo que no. Se prepara una ley general de incompatibilidades, en la que podría encontrarse incluido ese caso. Ayala me endereza una disertación aflautada para demostrar que el ser embajador, y vivir por tanto en el extranjero, lejos de ser un inconveniente para desempeñar la Dirección del Museo, es una condición muy favorable, porque lo mejor que puede hacerse en este cargo es viajar por el mundo, y ver cómo se hacen por ahí las cosas. En esta situación, él dirige perfectamente el Museo desde Londres por carta. Se queda muy tranquilo, y yo también, que nunca le llevo la contraria. Es la única manera de no reñir con él, o por lo menos, de no incurrir en su desprecio.

Después me cuenta que sus suegros vienen de América y van a desembarcar en Gijón dentro de dos días. Me pide que le preste uno de mis coches oficiales para que vaya a buscar a sus suegros a Gijón y los traiga a Madrid. Me niego, y siento un poco de vergüenza y apuro al decirle que eso no está bien, y daría lugar a críticas, *por lo mismo que somos tan amigos*.

Sin alterarse, dice que le parece bien mi respuesta, y que ya se la figuraba.

Hablamos después de política. Me pronostica que yo seré el jefe de la derecha republicana española.

En fin, como para premiar mis servicios, me anuncia que en un futuro lejano acabará por ser de mi partido.

En la presidencia, recibo al general de la división. Me trae la demostración, hecha por los sargentos, de que el proyecto de ley les perjudica. «La excitación continúa». Entonces yo alzo el tono y le doy al general la inyección que merece. Dentro de lo regular y reglamentario estoy pronto a ser benévolo y tolerante, pero le prevengo que no me da cuidado expulsar del ejército a todos los sargentos de la guarnición de Madrid si se ponen pesados. Le increpo por su transigencia y amilanamiento, poco disimulados, así como por los de los jefes de cuerpo. En la República no mandan los sargentos, sino el Gobierno, y en el ejército mando yo, etcétera, etcétera. El general se pone un poco sofocado, y lo dejo marchar, con palabras amistosas, para que se le pase el susto.

En este asunto, hay dos periódicos que hacen tonterías: *Crisol* y *El Heraldo* publican, como editoriales, artículos escritos por los sargentos y

suboficiales, atacando, claro está, al ministro. No saben lo que se hacen.

21 de noviembre

El Consejo de ministros suspendido ayer se ha celebrado hoy. Antes, he recibido una comisión de obreros metalúrgicos de Barcelona, que vienen a pedir protección para el trabajo de las industrias del automóvil. Muy simpáticos y muy respetuosos, me llaman «su Presidente», dicen que en Cataluña me quieren mucho, y confían en mí para que resuelva este asunto. Hablamos un rato, estoy cortés y risueño con ellos, y uno se destapa diciendo «que me creían un ogro», por la fama de hombre enérgico que tengo, Y que, por el temor que les inspiro, no se han atrevido a darme un abrazo al entrar, como lo deseaban. Este incidente me recuerda al de las señoras católicas. Añaden estos obreros que ya el señor Nicolau les había dicho que yo soy una bella persona.

El Consejo se ha dedicado casi todo a la cuestión ferroviaria. Les doy cuenta de mis trabajos e impresiones. Anoche hablé con el director de Ferrocarriles, que es diputado de mi partido, y me deshizo todos los planes que yo había imaginado. Es un círculo de hierro.

Resumo la situación. Todo lo más podrán arbitrarse recursos por veintitantos millones. Y puede presentarse a las Cortes un proyecto estableciendo la intervención del Estado en los consejos de administración de las empresas y en la contabilidad y en vías y obras.

Los ministros están conformes con esto. Les hago ver que al acordar esto como máximum deben tener presente que nos arriesgamos a la huelga, y que lo consideren al votar, porque habrá que afrontarla.

Van votando una tras otro, comenzando por Domingo. Todos, sin excepción, aceptan lo propuesto y, sí hay huelga, se afrontará. Largo añade que el Gobierno tiene conciencia de haber cumplido con su deber, y que no puede hacerse más.

Al votar, conforme con lo anterior, Ríos y Prieto dicen que la situación de los ministros socialistas va a ser dificilísima y que acaso no puedan resistir la huelga desde el Gobierno. Tendrían que marcharse de él, afirmando antes públicamente su solidaridad con todo el Gobierno. (La cosa es absurda. Votan una cosa, creen que el Gobierno tiene razón, y, sin embargo, se irían. La

verdad es que si la presencia de los tres ministros socialistas no nos sirve para evitar el conflicto, ¿para qué sirve?).

Martínez Barrio quiere recoger esta indicación de Prieto, pero yo le atajo, diciendo que no es el momento de tratar esa cuestión, y si el conflicto surge, hablaremos. (La razón es que metiéndonos en ese asunto, podría plantearse desde ahora una crisis, y no me conviene; es preciso que los socialistas estén en el Gobierno, precisamente si el conflicto estalla). Largo, al votar, recoge de pasada la indicación de sus camaradas para mostrarse disconforme con ella.

En este Consejo se ha acordado suspender el *ABC* por tres días, como sanción del artículo que publicó ayer contra las Cortes.

Domingo entrega el Presupuesto de Instrucción Pública.

Ríos recibe de mí el encargo de redactar un documento explicando al país la cuestión ferroviaria, y la imposibilidad de acceder a lo que piden los obreros. Y Albornoz queda en redactar el proyecto de intervención en las empresas.

De esta manera he echado una mano al ministro de Fomento, y, además de la presidencia y Guerra tengo, desde hace días, la cartera de Estado, porque Lerroux está en París ocupándose de los chinos. ¡Da gusto!

He nombrado al coronel Capaz para un mando en Las Palmas. Va en plaza de general. Así le contento, y me lo quito de encima. Ha venido a darme las gracias, porque no lo tengo en mal concepto.

Ayer me visitaron los arzobispos de Tarragona y de Sevilla, para exponerme la situación en que se deja a ciertas clases humildes del clero al suprimirse el presupuesto. Me dejaron una nota, con sus aspiraciones en ciertos puntos. Vidal i Barraquer tiene un rostro que parece sacado de una tabla antigua. Muy catalán. El de Sevilla es un cura grueso y *renfrogné*. Apenas habló. Barraquer se expresa con gran mansedumbre, acentuando lo paternal.

Les traté con gravedad afectuosa y me lo agradecían mucho; pareció sorprenderles.

Diferencia entre los dos: se quejaban de que se exija a la Iglesia que pida autorización al ministerio de Justicia para vender bienes, incluso cuando se trata de fincas insignificantes. Esto, además de los perjuicios que ocasiona, es contra el fuero de la Iglesia. «Podría adoptarse el procedimiento —dijo Barraquer, buscando un rodeo para transigir— de que el permiso *lo solicitase* el comprador». Cuando yo admiraba para mis adentros esta sutileza, el cardenal de Sevilla hizo una mueca de desagrado, que cortó la palabra a su colega. Cuando terminaba la conversación, Barraquer me dijo que, a pesar de

las ideas, todos los días pedía a Dios por mí y que me iluminase. Yo se lo agradecí. «No ignoro lo que es la caridad cristiana».

Poco después se fueron. Desde la puerta del salón los vi pasar el vestíbulo y ganar el ascensor, brincando sobre las luengas figuras negras el rodete colorado del solideo.

En algunas cosas sería prudente acceder a lo que piden. Fernando de los Ríos no es político, y con pequeñas resoluciones irrita más que con grandes golpes. Le recomendaré algunos casos. Votado el artículo 24 la política con la Iglesia hay que llevarla de otra *manera*. En el Gobierno, es decisiva la manera de tratar a las gentes y los problemas.

Estos días, como se aproxima el término del debate constitucional, se hacen muchas cábalas políticas sobre la sucesión de este Gobierno. Del lado radical, Martínez Barrio ha tenido, con el subsecretario de la presidencia, algunas conversaciones, sin duda para que me las contara después. Parece que Martínez Barrio sería partidario de una gran concentración republicana, para gobernar sin los socialistas, y que si se fijaba una larga duración a las Cortes, Lerroux no tendría inconveniente en que el Gobierno lo presidiese otro, es decir, yo.

Largo Caballero ha disparado un cañonazo tardío: que la disolución de Cortes, prematura, sería tomada por los socialistas como una provocación a la guerra civil. Gran escándalo ha producido esto. La animosidad contra los radicales lo inspira; pero Lerroux hace tiempo que no sueña ya con disolver las Cortes ahora.

24 de noviembre

El sábado por la tarde me fui en coche a Granada, con Lola y Cipriano; venían también los diputados Romero y Palanca y el subsecretario Ramos. Me había invitado el ingeniero Santa Cruz, diputado por Granada, a visitar la nueva carretera que sube al Veleta. Pensaba ir en tren, pero luego cambié de parecer, para evitar honores y recepciones. Yo llevaba el designio de hacer un viaje puramente particular, pero se me frustró y tuve que pagar el tributo de ostentación propio de mi altísimo cargo.

El domingo subimos hasta el final de la carretera, que es muy pintoresca, y el paisaje espléndido. Comimos en el hotel de la Sierra, que estaba muy frío. En el comedor tiritábamos. Había unas cien personas en el banquete. Para acompañar a Lola fue la mujer del gobernador, Perico García de la Barga, un loquinario, a quien conozco hace treinta años y en el que nunca pude sospechar cualidades de gobernante. Él se jacta de que lo hace muy bien y de que en su provincia no hay problemas graves.

Había alguna otra señora. Entrevi que este banquete había originado cuestiones de etiqueta y piques personales.

Fuimos después al Generalife, hasta que anocheció. Maravilloso. Después, todos al Ateneo. Té, música de guitarras y bandurrias, discursos. Y en el hotel, recepción de militares, de comités políticos, etcétera. Banquete ofrecido por el Ayuntamiento.

Ruidosa despedida en la estación. Bayonetas, músicas, aclamaciones. Gentío.

Al entrar en el andén y pasar junto a la cabeza del piquete que rendía honores, unos sargentos me dijeron en voz baja: «Las clases aplauden a vuestra excelencia».

En los pueblos donde pasaba el tren, salían obreros a aplaudir y a gritar. En Deifontes me asomé a la puertecilla del coche y los que chillaban y vitoreaban se callaron. Se apartaron un poco, dejando un gran claro delante del vagón, y permanecían en un silencio que llegó a serme penoso. Pregunté por el alcalde y se adelantó un bigardo, con quien conversé amistosamente;

los demás se animaron. Esta gente, que pintan levantisca y revolucionaria, aparece más bien respetuosa y tímida.

En el viaje de retorno se me presenta un comandante, que era jefe del aeródromo de Granada, recién suprimido. Me dice, como tantos otros, que en la Aviación se ha perdido el espíritu militar.

Esta tarde, en el Congreso, Tenreiro me ha traído el original inglés y la traducción de una *interview* dada por Alcalá-Zamora a una agencia de Londres. En la *interview* Alcalá-Zamora se declara revisionista, y afirma que estas Cortes no representan la voluntad ni la opinión del país, merced al sistema electoral y al que se tuvo para formar las listas de candidatos. Cree que los radicales no debieran tener más de treinta y tantos diputados y los socialistas cuarenta. También habla de su dimisión.

La *interview* se ha recibido en *El Sol*, la ha traducido Aznar, el director, que quiere publicarla, y me envía a preguntar con Tenreiro si yo opino que debe publicarse. Aznar y Tenreiro creen, como otros muchos, que es un disparate elegir Presidente a don Niceto. La publicación de la *interview* daría al traste con su candidatura.

Respondo a Tenreiro que yo no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de frustrar la elección de don Niceto, y mucho menos no habiendo, como no hay, nada preparado para sustituirle. Tenreiro quiere que me guarde los documentos y le conteste mañana.

Nos ha interrumpido un momento Luis Zulueta, que me habla de las deportaciones a Fernando Poo, decretadas por el ministro de Gobernación, con motivo del complot. Dice que como buen liberal, le lastiman, y que si no fuese tan adicto al Gobierno, había escrito contra ellas. «Mañana podrían hacer lo mismo con todos nosotros». Cree que los confinados no debieran pasar de Canarias. Yo le digo que se tranquilice, que aún falta un mes para la salida de los confinados. «¡Ah! Bueno», exclamó Zulueta. Y se va, más tranquilo, en efecto.

Don Niceto nos ha reunido en el despacho de ministros a Ríos, Domingo, Casares, Martínez Barrio y a mí, para someternos algunos proyectos de enmiendas a los artículos adicionales a la Constitución. Sobre todo le importa el procedimiento de reforma. Se trata de rebajar el quorum a medida que pase el tiempo. Los ministros se muestran conformes. También hay un nuevo intento de Senado, que no creemos posible, y algunas medidas sobre la supresión del presupuesto del clero, y sobre la enseñanza, que es desechada, por creerla peligrosa.

Don Niceto dice que quiere hablarme en el ministerio.

Anoche estuve en la embajada de Portugal, con Lola. *Dîner de Son Excellence le Présideni du Gouvernement de la République…* Gran comilona. Este Mello Barreto trata muy bien. El Nuncio, el embajador de Francia, el de Italia, los ministros de Polonia, de Checoslovaquia, otros diplomáticos, algunas señoras, el general Sanjurjo.

Sobre la mesa, tres canastillas de flores, cada una con un color de la bandera republicana; él general Sanjurjo me dice en voz alta desde su asiento, aludiendo a esa fineza: *Très delicaié*.

El ministro de Polonia, después de comer, me da una lata horrible hablándome de las condiciones de fertilidad del suelo español.

Mello nos obsequia con un oporto de 1815, verdaderamente notable.

Cosas de los militares. Se trataba de acuartelar el escuadrón de Escolta presidencial, para el que va a ser nombrado jefe uno de mis ayudantes. Provisionalmente, y mientras se organiza, el escuadrón está en el viejo cuartel del Conde Duque. Pero a mi ayudante y a los oficiales que van a estar a sus órdenes se les ha antojado volver a los locales del cuartel de la Montaña, donde estuvo la Escolta real: dicen que hay en esto una «parte espiritual». Yo no les hacía caso, pero se conoce que mi ayudante ha trabajado al subsecretario, el cual me propuso el otro día que el escuadrón se fuese, en efecto, al cuartel de la Montaña. Y el cuerpo de ingenieros que ocupa esta parte, pasase al Conde Duque. Dije que bueno, y no volví a pensar en ello.

Mas, por lo visto, la orden desató una tormenta. Los ingenieros estaban disgustadísimos, estimando que se les *hacía de menos*. En la división ponían dificultades. Todo eran comentarios e intrigas. Yo no estaba enterado.

Al volver de Granada encontré, en mi casa, una carta del comandante López Ochoa, jefe del grupo de ingenieros que ocupa el local disputado. Es hermano del general a quien destituí de la Capitanía General de Cataluña, y debe de tener la misma propensión a las impertinencias que comprobé en el general. Me decía una cosa que tuve por sensata: se han gastado 25.000 pesetas, dadas por el ministerio, en arreglar los locales del grupo; habría que gastar más dinero en llevar el grupo al Conde Duque, y más aún en acomodar la Escolta en la Montaña. Omitiendo la mudanza, se ahorraba uno de estos gastos; y se *hacía intérprete* del dolor que la orden de traslado habría producido en los oficiales y en la tropa. Añadía otras reflexiones francamente necias e inadmisibles. Concebí el propósito de sentarle la mano al comandante, y al propio tiempo el de poner en claro lo que hubiese en este asunto. Ayer, a las cuatro, me presenté en el ministerio, llamé al

subsecretario, y con él y un ayudante, me presenté en el cuartel de la Montaña, sin avisar.

Por el empeño de los de la Escolta en ir allí y por el de los ingenieros en no salir, yo me había imaginado que este alojamiento sería muy bueno, o siquiera cómodo y decoroso. No tal. Son unos pabellones bajos, contiguos al cuartel, sucios, viejos, incómodos. El gasto hecho no luce por parte alguna, como no sea en el cuarto de banderas, que lo han pintado en el gusto cubista. Un horror. Recorrí los locales, acompañado de López Ochoa, que acudió jadeante a mi encuentro. Estuve muy seco y despegado con él, y le dije lo que pensaba de su magnífica instalación. Me enseñó los almacenes de material, donde se veía cantidad de carros y máquinas que, según dijo después mi ayudante, no son más que chatarra. Luego fui al Conde Duque. Esto es peor. Inmenso local, que debió de ser muy bueno y capaz en su origen. Está ruinoso, sucio, destartalado; enormes bóvedas sobre pilares de sillería. Lobreguez. Fango. Cosa de novela romántica. Aquí estuvo, hasta que la disolví, la brigada de húsares. Ahora residen aquí la Academia de Sanidad, un escuadrón de caballería, que espera su traslado a Alcalá, unos zapadores, y un grupo de artillería, que también aguarda la terminación de su cuartel en Carabanchel. Y, además, la Escolta. Sobre el terreno, conseguí arreglarlo, gracias principalmente a que el jefe de mi Gabinete, el comandante Saravia, está de prácticas en el grupo de artillería, y me facilitó la solución. Era un pique de amor propio, y una rencilla de vecindad. Ahora sólo me falta cantarle las cuarenta al López Ochoa. Volví al ministerio; en una hora quedó arreglado un asunto del que llevaban hablando una semana y que ya había causado algunos disgustos. Este es un botón de muestra.

El señor Rahola, de la *Lliga*, no me deja en paz, pidiéndome que, cuanto antes, se haga la interpelación que tiene anunciada sobre el *modus vivendi* con Francia. Yo le digo que no estando en Madrid el ministro de Estado, deben aguardar hasta que vuelva; pero no se conforma. El diputado García Berlanga, jefe del grupo vitivinícola, que cuenta con ochenta diputados, también me habla del asunto, y me insta para que se despache la interpelación. Me asegura que es un perfecto ministerial y que no creará dificultades al Gobierno, pero que tiene que cumplir con la opinión de sus electores, etcétera. Quiere persuadirme que esta interpelación dará armas al Gobierno para discutir con Francia. En suma, que él no trae malas intenciones, pero que Rahola y Alba aprovecharán la interpelación para hostilizar al Gobierno.

Largo Caballero ha tenido la fineza de decir que lo de menos es la persona que pueda presidir el futuro Gobierno, porque en uno de esta clase, eso no

tiene importancia. Otro periódico dice que el único Presidente posible soy yo, «porque no suscito recelos». ¿Pensarán que soy un Allendesalazar o un Azcárraga?

27 de noviembre

Ayer comimos con los Méndez Vigo en el Palace, donde viven. La *Viky* muy graciosa. Estaban la embajadora de Alemania, el ministro de Economía, un hijo de Romanones, Yebes, con su mujer que es muy guapa y de ideas *avanzadas*, los Casas Rojas, el propietario de *Ahora*, Montiel, que es un simple ciervista, y otras personas insignificantes. Me divertí poco. El señor Montiel me dio la lata, tratando de demostrarme que los socialistas son los causantes de la revolución social.

He escrito a Tenreiro una carta devolviéndole la *interview* de don Niceto y aconsejando que no la publique.

Hace dos días envié un recado a *El Heraldo*, por mediación de Sánchez-Ocaña, diciendo que no diesen aire a las protestas de los sargentos. Ha venido a verme al ministerio un redactor, para que *le oriente*. Le he dado una conferencia sobre el asunto, y me ha prometido que no lo harán más. También le he dicho algunas cosas sobre política general que aprovecharán para darlas como información del periódico, sin decir que son mías.

Anoche hubo en las Cortes una sesión deplorable. Se discutía un proyecto de Fomento creando la Dirección de Ganadería. El subsecretario de Fomento, Gordón, es veterinario. Y dicen algunos que al redactar esa ley ha hecho grandes beneficios a sus colegas sacrificando a los ingenieros agrónomos. El proyecto no podía salir de la Comisión por ese motivo, y fue menester que el Gobierno interviniese. Se ha dado el caso de que el dictamen de la Comisión haya sido contrario al proyecto del ministro. Anoche se discutió, y Albornoz anunció que se iría del Gobierno si se aprobaba el dictamen; se desechó, aprobándose un voto particular de Gordón, que era el proyecto primitivo.

La discusión fue agria. Se movió un alboroto colosal, porque un diputado del partido de Albornoz, interrumpió groseramente a un radical. La cuestión se complicó, hasta el punto de que varios diputados estuvieron a punto de pegarse. El grupo radical se retiró del salón. Más tarde volvió, después que hubimos perdido una hora.

Después de muchas conversaciones, quedó convenido que la interpelación de Rahola sería hoy, viernes; pero al percatarse de que por ser viernes habría muy pocos diputados, desistió, y se aplaza hasta el miércoles.

No teniendo nada que hacer en las Cortes, y cansado de lo de ayer, hoy no he ido al Congreso. Y he estado tan ausente de él, como si nunca hubiera puesto allí los pies ni tuviera que volver. La Constitución va ya cuesta abajo. Los artículos se aprueban a toda velocidad. Fijamos la conclusión para el 22 de noviembre, y sólo nos equivocaremos en una semana. Don Niceto, en sus horas de pesimismo locuaz, nos auguraba que ni en marzo habríamos concluido.

He aprovechado la tarde para trabajar en el ministerio y en la presidencia.

Por la mañana, Consejo. Se ha aprobado un proyecto de ley del ministro de Comunicaciones, que ya habíamos examinado en otros Consejos. El primer proyecto lo rechazamos, porque entregaba el correo y el telégrafo, a los sindicatos. El nuevo proyecto ha pasado, contra el voto de Prieto, que pretendía que no se autorizase al ministro para leerlo. Martínez Barrio se ha dolido, y ha insinuado que dimitiría. El ministro tenía razón, y se la hemos dado.

Prieto ha comenzado a decir violencias sobre los funcionarios y el decreto: que no se aplicaría más que en lo favorable, y que en lo adverso a ellos no se cumpliría.

—No se cumplirá si ustedes no quieren que se cumpla —le he dicho, muy serio, pero sin alterarme.

—Eso es un cargo —replica.

—Es una realidad.

—En mi departamento no puede cumplirse.

—Porque usted oye la opinión de los funcionarios, a quienes usted pretende por otra parte meter en cintura. Somos nosotros los que gobiernan y no ellos.

—¿Se cumple ya lo de la jornada de trabajo?

—Debiera usted saber que, por acuerdo de todos nosotros, se ha publicado un decreto fijando la fecha en que comenzará la jornada. Los decretos de la presidencia no han hecho más que expresar acuerdos del Consejo, no una idea mía personal.

El diálogo ha ido subiendo en severidad por parte mía, retirándose Prieto ante mis réplicas, en las cuales, sin violencia de palabra, pero con un acento que por fortuna me ha salido muy firme y de autoridad, he desahogado el malhumor y el despecho que me produce la indisciplina de Prieto, que padece

un *derrotismo* del que no se da cuenta, y que va del impulso colérico e irrazonable al abatimiento y la huida.

Cuando he cortado el coloquio con un *¡bueno!*, muy expresivo, ha habido unos segundos de silencio, penoso para los ministros, no para mí que estaba muy satisfecho.

Ayer jueves estuve en la Academia de Jurisprudencia a presidir la sesión inaugural. Don Niceto, que es presidente de la Academia, leyó el discurso de apertura. Desde el Congreso fuimos en el mismo coche don Niceto, Besteiro y yo. Esta es una de las cosas más inesperadas: venir a presidir esta casa, de la que falto hace casi treinta años, y de la que me aparté al ingresar en el Ateneo. El ambiente abogadil de la Academia nunca me fue agradable. Cuando yo ingresé en ella, estaba en la calle de Colmenares, y allí me hice amigo de Piniés, de Goicoechea, de Ródenas y otros, que también han ocupado altos puestos en lo más conservador de la política monárquica; allí también oí hablar por vez primera a Ossorio, y vi presidir una sesión al señor Carrasco, a quien diez años más tarde me encontré en la Dirección de los Registros y le he padecido muchos años. En el edificio en que ahora está la Academia no he entrado arriba de media docena de veces. La Academia antigua, siendo yo un chico de veinte años, me imponía con su remedo de parlamento; eran los primeros debates que yo presenciaba. Recuerdo el olor a gas del salón de sesiones, y recuerdo a Villaverde, presidiendo los debates. Allí pronuncié yo mi primer discursito, aprendido de memoria. (La carrera con que allí se soñaba era de lo más ortodoxo: gran bufete, acta de diputado, ministro, etcétera, por los pasos seguros de la protección de un personaje. Allí, más que nada, se aprendía *a ser pasante*)..

Ayer me he encontrado en la Academia con Piniés, que es de la directiva. No se ha despegado nunca de esta casa. Y he oído al secretario hacer mención funeral de otro de mis amigos de aquel tiempo, López González, a quien llamaban el *duro falso*, por su extraordinario parecido con Alfonso XII, por lo menos, tal como aparecía en las monedas de cinco pesetas.

Don Niceto leyó un discurso, ni más malo ni más bueno que cualquier otro de los suyos. Sudaba a chorros, y yo temí que se derritiera como un cirio, dejándonos un cabo de orador.

A propósito de pasantes: yo también lo fui. Hace pocos días me tropecé con Ossorio, en el despacho de Besteiro, y, departiendo sobre no sé qué, me dijo Ossorio que yo quería mal a los abogados. Le rebatí, y le dije que yo tenía en la familia gente de toga y que yo había comenzado siendo pasante de don Luis Díaz Cobeña; Ossorio se sorprendió. Al bufete de Cobeña me llevó,

apenas concluí la carrera, mi tío Félix, que había sido compañero de Cobeña en casa de un abogado famoso en su tiempo, don Luis Díaz Pérez. (Con esto se llega a mediados del siglo XIX). Díaz Cobeña era muy seco y muy tieso. Feo como un demonio, y con espesas cejas negras, que resaltaban entre una barbita corta y un pelo hirsuto muy blancos. Gran abogado y hombre a la antigua. Me presentó mi tío, que creía en mi porvenir en el foro. A mí no me importaba nada. Cobeña estuvo muy despegado. «Para ejercer en Alcalá…», dijo. No sé de dónde sacaba que yo ejercería, y en Alcalá. La petulancia juvenil se lastimó. Cobeña no hacía caso ninguno de sus pasantes, y allí íbamos de tertulia. Sólo trabajaban dos o tres. Entre ellos, había un joven andaluz, de blanquísimos dientes, el pelo negro muy rizoso, que hablaba con una facilidad deslumbradora: se llamaba Niceto Alcalá-Zamora. Desde que yo dejé de ir, sin despedirme, al bufete de Cobeña, no había vuelto a encontrarme en ninguna parte con don Niceto. El año pasado, le hablé en el Ateneo cuando fue a dar una conferencia, ya cerca del verano. Después en julio, entramos en las conspiraciones, y ya en octubre, un día que estaba reunido el comité revolucionario en la sala del Ateneo donde nos juntábamos, don Niceto cayó en la cuenta de quién yo era, y se acordó de nuestra asistencia al bufete de Cobeña. Yo no le había dicho nada. Habían pasado treinta años.

También iba al bufete de Cobeña don Pablo Garnica, que después ha sido ministro con el Partido Liberal. A Garnica no he dejado de verlo de vez en cuando. Es cacique en Puente del Arzobispo, por donde yo luchaba en 1918.

Ossorio, sabedor de mi pasantía en el bufete de Cobeña, me abordó en un pasillo del Congreso el otro día, y me invitó a la ceremonia de inaugurar un busto de Cobeña en el Colegio de Abogados. Quería que asistiésemos todos los que fuimos pasantes de aquel señor. Yo le dije que iría. Es mañana, pero no iré. Me aparté del bufete de Cobeña sin decir adiós a nadie. Me aburría mucho, y no sacaba ningún partido de aquello. Sería que me faltase preparación. Yo era el más joven de todos, y bastante tímido. No me hacían caso ninguno. Recuerdo que sentía por todos un gran desdén, y que me creía tratado con poca justicia. ¡Pero quién se iba a figurar que don Niceto y yo…!

He derogado un decreto de Primo de Rivera, que dividió entre la viuda de Canalejas y sus hijos la pensión que le votaron las Cortes. Legalmente no podía hacerse otra cosa. Parece que la viuda es de cuidado. Y que lo hecho por Primo era una determinación de buen padre de familia, pero que no estaba en sus atribuciones. La viuda, en cuanto vio mi decreto en la *Gacela*, llamó a sus hijos al teléfono y les cantó el trágala. Don José Sánchez Guerra está muy

atribulado por esta decisión mía: ha ido a ver a Besteiro, y ha llorado, como suele hacer con cualquier motivo, por la situación en que están las hijas de Canalejas.

Después ha venido a verme. Yo le he dicho que el Gobierno no podía hacer sino lo que ha hecho; pero las Cortes podrían remediarlo modificando la ley. Y que si él lo promovía, no tendría oposición por parte del Gobierno.

La viuda de Canalejas, cuando era soltera y planchadora, fue novia de un amigo mío, Nilo Fabra, que ya murió. Parece que ahora vive amontonada con Pedro Vicente Buendía, sujeto de malos antecedentes, exdiputado romanonista, y que fue apoderado de no sé qué infante, de don Antonio, creo; al que explotó.

Herbette ha mostrado hoy vivos deseos de hablarme con urgencia, pero no quería ir a la presidencia, para que no lo comentasen los periodistas. Lola, que había pasado la tarde con *madame* Herbette, me trajo el recado. Yo le he dicho que pasaría por la embajada. Y, en efecto: después que los Casares, que han comido en casa, se han marchado, he ido a la embajada. Herbette ha empezado por hablarme de la situación en Alemania, leyéndome con mucho misterio unos telegramas, y suplicándome que no hiciera uso de ello, porque son noticias confidenciales de los embajadores. Anuncian el pronto triunfo de Hitler, cosa que todo el mundo sabe. Yo me figuraba el objeto de la entrevista, y estos rodeos me producían algo de risa, y para seguirle el humor me he puesto a hablar de la CLASA, que no tiene nada que ver con su propósito. No sé yo si será de ritual empezar las conversaciones diplomáticas saliéndose por los cerros de Úbeda, o si este señor me cree tan ingenuo o tan bobo que no iba a descubrir yo lo que le importaba. Por fin, me ha hablado del *modus vivendi*. No le agrada que se discuta en las Cortes, y menos aún que se someta a la aprobación. Si aquí se hiciese eso, habría que hacer lo mismo en Francia, y entonces sería el *gâchis*. Yo le he dicho que la interpelación no puede evitarse, ni nos produce ninguna inquietud; que sobre el caso de llevarlo o no a la aprobación de las Cortes, el Gobierno no ha tomado ninguna resolución, pero que si se presentara, sería aprobado.

Después hemos hablado de la situación política, y del restablecimiento de la confianza. Se ha tocado el punto del «control» obrero, que el embajador desaprueba, por lo que toca a los intereses de las empresas francesas establecidas en España. Así como lo referente a la expropiación forzosa, tal como queda en la Constitución, le parece más moderado que la actual legislación francesa; eso del «control» puede ser grave. Si en toda Europa se estableciese, no habría nada que decir; pero haciéndose sólo en España, nos

pondría en condiciones de inferioridad para la concurrencia, etcétera, etcétera. Por último, me ha deslizado que si el proyecto sigue adelante, tendría que hacer una reclamación diplomática. Yo, al oírlo, me he quedado mirándole y, con la cara más ingenua que he podido y como quien se cae de un nido, le he dicho:

—*Une réclamation diplomatique? Mais à quoi cela servira-t-il?*

Si este señor se figura que soy bobo, mejor es que siga creyéndolo.

Esta noche hemos ido Lola y yo a presenciar el estreno de una comedia, *Tolín, Tolón*, parto de un señor García Hidalgo, diputado socialista por Córdoba. Me invitó el autor con gran empeño. La obra es una tontería. En el palco inmediato estaba don Niceto, que por lo visto quema sus últimas jornadas de persona particular.

Anoche, poco antes de acabarse la sesión, los periodistas me vieron salir de mi despacho con un gran pliego y un sobre. Me rodearon, preguntándome si llevaba algún proyecto.

—Sí. El decreto de disolución de Cortes que voy a leer ahora mismo. He pensado que para nada necesito aguardar a que haya Presidente de la República. ¿No presido yo? Pues me firmo el decreto a mí mismo, y hecho.

Se reían.

—Asómense, y verán a la guarnición de Madrid formada en torno al Congreso. Ya está aquí el golpe de Estado… —se reían mucho, pero no lo quisieron creer.

30 de noviembre

Después de despachar en el ministerio de la Guerra, voy a la embajada de Italia a devolver la visita al embajador. Conversación sin interés, presentación del personal. Me voy a la presidencia por la calle de Alcalá, que está radiante de sol. Hermoso día, para divagar por las calles. Yo no puedo.

En la presidencia recibo al Consejo de Estado en pleno, que viene a darme las gracias por una carta que les he escrito, no admitiéndoles la dimisión y diciéndoles además que son muy buenos chicos de quien el Gobierno está contento. Se habían enojado, y querían dimitir, porque al discutirse la Constitución un diputado dijo que el Consejo de Estado es una reminiscencia como las caballerizas reales.

También me visitan los directores de *El Debate*, *El Heraldo* y *La Época*. Vienen a interceder por *La Correspondencia Militar*, que lleva suspendido dos meses. También piden que se establezca una gradación en las sanciones que se impongan a la prensa al aplicar la ley de Defensa de la República, comenzando por el apercibimiento.

Me es agradable afirmar delante del director de *El Debate* mi resolución de «romper el espinazo» al que toque a la República.

Les doy un jabón sobre el asunto de los ferroviarios; *El Debate* y *La Época* se mostraron prudentes, aconsejando transigencia a los del sindicato. Conozco que el director de *El Heraldo* se reserva. Aguardará a saber qué es más popular.

Por la tarde he tenido junta de Acción Republicana. Se han reunido el Consejo Nacional y el grupo parlamentario. Se ha examinado la situación política. Han votado contra la colaboración del partido en un Gobierno en que entren los socialistas. Todos prefieren que se forme un Gobierno de concentración republicana, pero algunos creen que eso será imposible.

Desde esta reunión he ido a la presidencia, donde me esperaba la Junta Agraria. Ha durado la sesión hasta las diez de la noche. Empleamos todo el tiempo en discutir si debe accederse o no al arrendamiento colectivo de un soto de 30 hectáreas, parte de la dehesa de un pueblecito de la provincia. A este paso, la vida es un soplo. La discusión ha sido a ratos violentísima entre

el socialista Martínez Gil y un señor Lleó, ingeniero de montes, que es de la derecha. «Falta usted a la verdad», gritaba Lleó. «Usted es el que falta», replicaba Martínez. Yo estaba distraído pensando en otra cosa, en el asunto de los ferroviarios. Opino que si la Junta va a funcionar así, habrá que darle otra hechura.

Cuando llegué a la presidencia encargué que llamasen a Trifón Gómez. Se me ocurrió por el camino que debía llamarlo, y darle cuenta del acuerdo del Gobierno, temiendo que Albornoz no se hubiera ocupado de ello.

Estando en la sesión de la Junta Agraria me dijeron que acababa de llegar Trifón y salí a hablar con él.

Le dije los acuerdos del Gobierno, para que se los comunique al Congreso de ferroviarios, que empieza mañana: Ley estableciendo la intervención del Estado en los servicios de las compañías; tres por ciento de recargo en las facturaciones, y traspaso del producto del seguro ferroviario. Trifón estaba muy angustiado y preocupado, y me dijo que pasaba muy mal rato. Había ido por la mañana al ministerio de Fomento, llamado por Albornoz, y resultó que no tenía nada que decirle. El ministro le preguntó qué ambiente había.

Todavía regateó Trifón algunas cosas, para allegar más recursos. Pero yo me cerré a la banda, diciéndole que el Gobierno estaba seguro de haber cumplido con su deber, y que no se podía hacer más.

Me dijo que los delegados al Congreso son gente nueva; no ha venido casi ninguno de los que solían venir, y eso prueba que en las asambleas locales ha dominado otra tendencia. Se ve que esto le preocupa.

«Mi situación es muy difícil. Si encontrara el medio de dejar la secretaría del sindicato…». Este hombre conoce que el Gobierno tiene razón, y no se atreve a declararlo; menos aún a decírselo a sus camaradas.

Se me queja de que el Gobierno los trata mal. «¿Cómo?», le pregunto. Echa de menos una comunicación del Gobierno al sindicato. (Puede ser que la eche de menos como un parapeto. Esperará que los argumentos del Gobierno hagan impresión en los obreros). Yo le digo que está equivocado, que se está haciendo un documento para enviárselo. «Si lo está haciendo el ministro de Fomento, no hay que contar con él», me dice. «Lo hace Ríos». Llamo por teléfono al ministro de Justicia, y me dice que lo está terminando, para traerlo mañana al Consejo. «Ya lo oye usted», le digo a Trifón.

Saco la impresión de que a Trifón le parecen bien las determinaciones del Gobierno, y que hay probabilidades de que no estalle la huelga. Aunque no suelta prenda, se me figura que el asunto no está tan perdido como yo creía. Pero queda la incógnita del Congreso, y sus reacciones inesperadas.

Luego Trifón me dice una cosa notable: «Si en el Gobierno no hubiese tres ministros socialistas, estas concesiones serían recibidas por los obreros con aplauso y gratitud; pero habiendo ministros socialistas, creen que han de entregarles el ferrocarril…».

(Yo me pregunto: ¿Para esto me sirven los ministros socialistas?).

Después hablamos de política general. Le pregunto su opinión sobre el futuro Ministerio. Cree que los socialistas deben retirarse del poder, y que gobiernen los republicanos. Ahora podemos separarnos amistosamente, mientras que más adelante pudiera ocurrir lo contrario. Gastarse en el poder republicanos y socialistas, puede dejar a la República sin una fuerza de reserva.

—No todos opinan así en su partido —le contesto.

—En la minoría parlamentaria, puede ser; pero una cosa es el grupo parlamentario y otra el partido. Si se reuniera el Congreso, seguramente se acordaría retirarse del poder.

Ayer domingo, por la tarde, estuve en El Escorial. Delicioso de luces. En la punta del jardín de los frailes estuvimos hasta la puesta de sol. Allí se nos acercaron Sancha y Antonio Robles. Después fuimos a la Casita de Arriba. Hacía frío. Al tomar el coche en los Alamillos, el padre Isidoro asomaba la cabeza a la ventana de la rectoral, curioseando.

1 de diciembre

Consejo de ministros. Fernando de los Ríos lee el borrador del documento que se dirige al Congreso de ferroviarios. Está mal escrito, y así lo hace notar repetidamente Prieto al autor. Con algunos retoques se aprueba, con el voto en contra de Largo. Opina que es demasiado extenso, y que en él se hacen afirmaciones que darán lugar a controversias. En cambio, la parte de la nota oficiosa para los periódicos, dedicada a este asunto, le parece bien. Hemos tardado mucho en aprobarla. Durante el Consejo, salgo al teléfono llamado por Lerroux desde París. Me dice que hasta el sábado no podrá volver, porque el viernes es la sesión plenaria del Consejo; pero que si su presencia aquí es necesaria para cualquier determinación política, vendrá en cuanto yo se lo diga; Martínez Barrio conoce su opinión en el asunto de las leyes complementarias. Le contesto que no necesita adelantar el regreso, y que si algo ocurriese le llamaría.

Leo y es aprobado el proyecto de organización de la casa presidencial. Y unos decretos cortándole el revesino al turismo.

Después hablamos de la cuestión de las leyes complementarias. En la comida que tuvimos en Lhardy, todos los ministros convinieron en que las Cortes no concluían su misión votando el texto constitucional. Se encargó a Fernando de los Ríos que hiciese una lista de las leyes cuya aprobación por estas Cortes parecía indispensable. Fernando se ha retrasado en cumplir el encargo, y de eso ha nacido una complicación. Si en pocos días nos hubiéramos puesto de acuerdo sobre ello, y se hubiera publicado la lista de leyes complementarias adoptada por el Gobierno, todo el mundo habría estado conforme.

A falta de esto, cada cual se ha puesto a hacer lo suyo, mirando el caso desde el punto de vista de la duración de las Cortes. Los que quieren que las Cortes duren mucho, o temen que algún partido quiera disolverlas en su provecho, hacen una lista larguísima, como los socialistas, que incluyen hasta el Código civil. Otros, los radicales, reducen la lista todo lo posible. Ha habido propósito de hacer votar por las Cortes una resolución, diciendo que no se disolvería hasta dejar votado todo aquel gran programa. Un disparate.

Todo ello ha movido gran revuelo, al que he permanecido ajeno, en virtud de que, naturalmente, no me percato de las marejadillas tontas. Parece ser, según he visto más tarde en la prensa, que el Consejo había despertado lo que llaman «expectación». Y como no ha pasado nada, ni podía pasar, y como la evidencia se ha impuesto por sí sola, *El Heraldo* clama que es «un gran día para la República».

La cuestión se ha puesto a debate en el Consejo, y yo la he resuelto, sin darme cuenta de que desataba un nudo tan prieto. Al comenzar a hablarse de esto, algunos semblantes estaban sombríos y recelosos.

He leído la lista hecha por Fernando. Y he añadido que la determinación de las leyes complementarias que deben votar estas Cortes no puede hacerse mediante otra ley, porque eso coartaría al Presidente de la República; ni tampoco mediante una resolución de la Cámara, porque no tendría ningún valor.

A mi juicio, ésta es una cuestión de orden político y de gobierno, y la lista de las leyes complementarias u orgánicas debe ir en el programa del Ministerio que reemplace al actual. Se presentará a las Cortes con ese programa, y si las Cortes lo ven bien, votarán la confianza al Gobierno. Si lo ven mal, no le darán su confianza, y se formaría otro Ministerio. Naturalmente, al formarse el Gobierno que nos suceda, ya procurará, quien lo forme, llegar a una coincidencia sobre ese punto fundamental con los partidos que entren en el Gabinete, y si no llega a ella, no formará Ministerio.

También es erróneo fijar plazos máximos y mínimos de duración a las Cortes. Subsistirán mientras sean un instrumento de Gobierno, es decir, mientras pueda colegirse dentro de ellas una mayoría para sostener a un Ministerio. Cuando no pueda reunirse esa mayoría, las Cortes tendrán que desaparecer.

Con todas las listas de leyes complementarias y con todos los programas de gobierno, si no se puede gobernar con ellas, no habrá más remedio que disolverlas.

Todos han estado conformes con mi doctrina, y especialmente Largo Caballero. Y al hacerse la nota oficiosa, Prieto ha dicho que bastaba reflejar las palabras del Presidente. Todos también han quedado contentos, y un poco maravillados de que fuese tan sencillo.

He ido al Congreso a primera hora y he leído el proyecto de ley sobre la casa presidencial, y el de organización de las fábricas militares. Me siento en el banco azul, y oigo, con sorpresa, que se ponen a discusión unos proyectos de Guerra, Uno es un crédito, que pasa sin que nadie se entere. El otro es el

proyecto de creación del cuerpo de suboficiales. Entonces, el diputado valenciano Calot pide la palabra, y dice que en nombre de unos suboficiales de Valencia tiene que hablar, pero como no se ha enterado bien del proyecto desea que quede sobre la Mesa. Intervengo, de mal talante por la indiscreción estúpida de Calot, y quedamos en que se discutirá mañana. Después se me acerca Calot, con otro diputado, a hacer protestas de ministerialismo, y les echo una filípica por haber mentado a los suboficiales. Estos brutos de diputados no se dan cuenta de lo que han hecho, y tengo que explicárselo. Se ponen algo mohínos.

Conferencia con Alcalá-Zamora. No ha oído bien la ley que acabo de leer (quizás echa de menos una consulta previa), y le explico su contenido. Está conforme, y le amplío lo que pensamos hacer por decreto para completarla. Hablamos del Cuarto militar, y don Niceto me propone de nuevo que sea nombrado Sanjurjo. Yo lo veo bien, porque eso es un modo elegante de quitarle la Dirección de la Guardia civil. Quedamos en que don Niceto le hablará.

Tratamos un poco de política. Estamos conformes en que no puede continuarse con un Gobierno de republicanos y socialistas. «Esto no es un Gobierno —le digo—, es un comité».

—Hay que hacer política de gabinete —responde.

Antes de esta conversación, don Niceto buscaba al diputado que iba a presentar y defender una propuesta de artículo adicional a la Constitución, suavizando al artículo 24, en cuanto al cobro de sueldos por los curas. Como el diputado no aparecía don Niceto se puso a hablar por teléfono con Casares, a cuyo grupo político pertenece aquél. No escuché la conversación, pero sé que le llamó al Congreso.

En éstas apareció el diputado, y me dijo que no encontraba apoyo para su propuesta en casi ningún grupo. El proyecto de artículo nos lo había dado don Niceto el otro día a varios ministros, entre ellos Domingo y Ríos, y todos estimaron que suscitaría mucha oposición. Ríos declaró que lo estimaba, personalmente, justo, pero que su partido difícilmente lo aceptaría. Como no era conveniente que don Niceto mismo lo presentase y defendiese, pareció mejor buscar un diputado de otro grupo, y se le encargó a un gallego. Esta mañana, en Consejo, se volvió a hablar del asunto, y todos los ministros dijeron que era muy peligroso querer atenuar un artículo de la Constitución, y que no debía correrse esa aventura. Prieto añadió que no era obligatorio hacer la Constitución a gusto de don Niceto. En ningún partido querían tomar la iniciativa que don Niceto deseaba. Martínez Barrio decía esta tarde, cuando

ocurrían estas cosas, que los radicales votarían el artículo adicional, pero a condición de que no los dejasen solos frente a todos los grupos republicanos.

Don Niceto se marchó, y yo salí a los pasillos. Hablé con Valdecasas y le encargué que prepararse una proposición declarando que la disolución de las Constituyentes no se computaría en las dos disoluciones que el Presidente de la República puede hacer. Este es un asunto muy importante, y que puede tener, según sea la solución, consecuencias graves.

En tanto, discutían en el salón otro artículo adicional, presentado por los radicales, y otros grupos, aplazando hasta después de las elecciones municipales, el ejercicio del sufragio por las mujeres en las elecciones legislativas. La cuestión apasionaba mucho, porque temen que el voto de las mujeres sea, o de extrema izquierda o de extrema derecha, acabando con la posición templada de los partidos republicanos. La votación la han ganado los «feministas» por cuatro votos, votando juntos los socialistas y las derechas. Don Niceto decidió la votación, llamando a sus amigos que faltaban del salón. Los radicales estaban furiosos.

Yo no asistí a esta votación, y en los pasillos me habló don Carlos Blanco, del grupo progresista, presentándome el texto del artículo adicional referente a los curas, que por fin iban a presentar ellos. Me preguntó cuál sería «nuestra» actitud. Yo entendí que me preguntaba por la de mi partido, y le contesté que a mi parecer no se opondría. De las confusas preguntas de Blanco, colegí más tarde que pudiese referirse al Gobierno, cosa que no tenía sentido, porque demasiado sabían que el Gobierno no podía tomar posiciones en el asunto. Le contesté algunas vaguedades, que no comprometían a nada, y se fue.

Más tarde entré en el salón y vi que un diputado del grupo progresista estaba defendiendo el artículo adicional. Le escuchaban poco. Cuando terminó, desecharon con gran ruido el artículo. Los radicales se distinguieron por el vigor de los *noes*; yo no había dado gran importancia a nada de esto. Cuando Martínez Barrio pasó por delante de mi sitio en el banco azul, me llamó aparte.

—Tenemos *petenera* —me dijo, recordando el mote que yo puse a los enojos de don Niceto.

—¡Ah! ¿Sí?

—Mírelo allí en su banco. Es preciso que usted lo llame y le hable, antes de que se ponga en comunicación con los periodistas.

No recuerdo bien lo que hice después en el salón de sesiones; recuerdo que estuve un rato en el banco azul, atendiendo a no sé qué discusión, o

pensando en las musarañas, y que por dos veces vinieron a decirme que los ministros de Instrucción Pública y de Comunicaciones me llamaban.

Fui al despacho. Me cuentan el furor en que ha caído don Niceto. Le ha dicho a Martínez Barrio que sus relaciones personales con Fernando y con Domingo quedan rotas, y que den por no recibidas las cartas suyas que tengan. Y que el compromiso presidencial ya no existe. Temía Martínez Barrio que don Niceto se lo contase todo a los periodistas y se produjese un escándalo y un daño irreparable.

Voy en busca de don Niceto. Está en su escaño, rodeado de diputados de su grupo, con quienes habla acaloradamente. Me acerco, todos se callan, y lo extraigo del salón. En mi despacho, don Niceto se despotrica contra los dos ministros: le han hecho traición, le han tratado como a un pelele, han faltado a su palabra, no les hablará jamas, etcétera; su posición es insostenible, porque no puede tratarse con dos hombres que son dos ejes de la política. Me devuelve la candidatura a la presidencia. No será candidato, el Gobierno queda en libertad. Él ha sacrificado su posición revisionista, ha dejado de intervenir en los debates, y, a cambio de eso, se le niega hasta la *limosna* que representaba el proyecto de artículo adicional. Su furor viene de que Domingo y Fernando habían prometido ayudarle, y no lo han hecho. De los diputados que se sientan detrás del Gobierno han salido las voces más fuertes gritando *¡no!* al votarse el artículo.

Cuando estamos en lo más fuerte de la conversación se entreabre la puerta y aparece el rostro de Casares, que, al vernos, se retira. Un momento la faz de Casares se pinta en el cristal esmerilado de la cancela. «¿Quién é?», pregunta don Niceto, con voz destemplada.

—Casares.

—Que entre, que entre, también habrá un refilonazo para él. ¿Por qué no entra? ¡Es que no quiere estar donde estoy yo!

—No ha entrado, porque nos ha visto de conversación y se retira. Usted habría hecho lo mismo.

La entrevista ha sido larguísima, con manifiestas señales de rencoroso extravío por parte de don Niceto. Yo le digo que, en lo personal, está engañado y exagera. Si Marcelino y Fernando no le han ayudado más, es porque en sus grupos no han encontrado apoyo para el artículo dichoso.

—*Pué entonce*, ¿para qué lo aceptaron?

Añado que, sea cual fuese la justicia de su cuestión personal, no puede mezclarla con la cuestión política, ni crear una situación dificilísima a la República, abandonando su candidatura en vísperas de la elección. Se pone

muy pesado. Tiene atravesado un recelo enconado. Le hablo unas veces efectuosamente, otras con severidad. Consigo poco. Retrocede en la discusión, bufando, espumante, sin darse por vencido, con una terquedad de chico malcriado. No logro suscitar en él un sentimiento cordial y generoso. Lo que más me admira es la fuerza de su rencor.

Le han contado cosas que no sé si serán chismes, pero que le impresionan enormemente: que Fernando de los Ríos dijo en Granada que íbamos a satisfacer la vanidad de pavo real de don Niceto para quitárnoslo de en medio. «A mí no me quita nadie de en medio —exclama— mientras haya una provincia que me elija, desde mi escaño demostraré, etcétera, etcétera». Cuando cambiaba el tono, salía con un sarcasmo falso: «Yo ya he dado cuanto tenía que dar en la vida. No sirvo para nada, etcétera».

En fin, se marcha hablando a voces, sin quedar en nada, insistiendo él en que el Gobierno ya no tiene ningún compromiso para su elección, y que mañana pedirá la palabra en el primer proyecto de ley que se discuta. Se va, pues, como quien hace una notificación, pero en la que no se atreve a decir la última palabra irreparable.

En la sala contigua me esperan reunidos todos los ministros, y permanecemos juntos, desde las nueve hasta después de las diez de la noche. Les doy cuenta de mi entrevista, y de los términos en que ha quedado el asunto.

Ríos y Domingo se maravillan del enfado de don Niceto.

Todos convienen en que está loco, y que un hombre así es peligrosísimo, porque de Presidente nos creará de seguro un conflicto cada día. Se nos plantea el problema de si conviene llevar adelante su elección, o buscarle sustituto. Faltan poco más de ocho días para la elección, y el caso es dificilísimo. ¿Qué hacer?

Lo de menos es eliminarlo. Casi todos los diputados le votan de mala gana. Ha habido grupos, como el socialista, en que ha tenido cincuenta votos a favor y treinta en contra. Lo de más, es sustituirle. Se repasan nombres. Martínez Barrio, que Lerroux ya no puede ser, después de sus declaraciones de estos días. Yo hablo de Altamira. Ríos propone a Ortega; otros a Marañón o a Pedregal. Ninguno gusta a todos.

El más decidido a abandonar la candidatura de don Niceto es Prieto.

Como la cuestión ha quedado indecisa, se piensa en que una comisión de ministros visite al enojado, y sepamos de una vez si desiste en serio de ser Presidente, y en caso de que no, plantearle claramente su responsabilidad y prevenirle de lo que puede ocurrir cuando se voten las leyes orgánicas, si por

ventura no le gusta alguna. Renunciamos a que vaya la comisión, porque es delicado formarla en condiciones de que los recelos del candidato no se aumenten, y me encargan que vaya yo solo mañana a verle.

También esta tarde he hablado con Companys. Me habla, hecho unas mieles, del recibimiento que me preparan en Barcelona cuando vaya al estreno de *La Corona*[24].

Después tratamos de *política*. Todo lo que me dice se funda en el supuesto de que presidiré el futuro Gobierno. La *Esquerra* está dispuesta a colaborar (¡claro!), pero él no quiere nada para sí, aunque si se pidiera un ministro al partido, darían su nombre. Él quiere atender a la política en Cataluña, donde su posición, y la de la *Esquerra*, según la describe, es preponderante e incontrastable.

De ningún modo puede admitirse que Nicolau represente auténticamente a los partidos catalanes. El partido de Nicolau se deshace; Corominas va a pasarse a la *Esquerra*, etcétera (de paso me dice que Amadeo Hurtado tampoco les merecía confianza).

La *Esquerra* podría considerarse representada en el Gobierno mediante Marcelino Domingo, que si bien es radical-socialista, en Cataluña pertenece a un partido republicano adscrito a la *Esquerra*.

Todo esto lo tiene hablado con Macià y están de acuerdo. El modo de «cubrirse» sería éste: Se invitaría a la *Esquerra* a dar un ministro al nuevo Gobierno. La *Esquerra* preguntaría si el Gobierno está dispuesto a incluir en su programa la aprobación del Estatuto catalán. El Gobierno contestaría que, una vez presentado el Estatuto a las Cortes, a ellas les corresponde decidir. Entonces, la *Esquerra* renunciaría a dar un ministro. En compensación, se le darían a la *Esquerra* algunos altos cargos, que reharían el partido y probarían su importancia.

2 de diciembre

Por la mañana, voy a casa de don Niceto. Está muy fresco y sereno. Ya se le ha pasado casi todo el arrechucho de ayer. Y cuando yo le pregunto por sus definitivas intenciones me responde: «Ustedes están en libertad».

Pero aún eso, lo dice con la boca chiquita. Todavía le guarda rencor a Fernando de los Ríos y a Domingo. Dice que tiene el sentimiento de que un amigo a quien quería le haya salido falso: «¡*Y na más!* ¡Eso le habrá pasado a usted cien veces en la vida!».

—¿A mí? No, señor…

—Bueno, pues cuarenta.

(La verdad es que no recuerdo que me haya pasado nunca).

Total: queda el asunto en nada. Como una resaca, todavía le zumba el enojo personal con los ministros.

Don Niceto saca un envoltorio y me enseña unos cestillos de palma, tejidos y enviados por un indígena de la Guinea al rey y la reina, y recibidos por el Presidente después de proclamada la República. Ya nos habló de esto hace tiempo, y fue una de las anécdotas más pesadas de las muchas que nos contó en los Consejos. Me dice que va a ir en persona a entregárselos al subsecretario de la presidencia, para que los devuelva al remitente.

(En efecto: Ramos me ha dicho, más tarde, que don Niceto se ha presentado en la presidencia llevando un envoltorio de papel de periódicos, que contenía los famosos cestillos).

Después de esta visita voy a Guerra y despacho hasta las doce. A esta hora tengo cita con los ministros en el Palacio real para visitar las habitaciones de la planta baja, donde por fin parece que vamos a instalar la presidencia de la República. Se ha desistido de comprar La Huerta, que ya nos vendían en cinco millones y medio. Los ministros se conformaban con esta solución, pero algunos periódicos han comenzado a decir que era una mala cosa dar tanto dinero a un aristócrata, que seguramente lo sacaría de España, y eso ha bastado para que muden de opinión. Nos decidimos por el Palacio, contra el parecer de Albornoz.

También protesta *El Liberal*, que halla desatinado, y casi impuro, que la República se instale donde estuvo la realeza.

Hemos estado hora y media en Palacio. Visitamos toda la planta baja, las cocinas y los sótanos de la «tapicería», donde hay almacenados muchos muebles, algunos buenos y de valor.

No veo yo aquí la vida doméstica de don Niceto.

Vuelvo a la presidencia. Comisiones y más comisiones.

Por la tarde, en las Cortes, se discute el proyecto de ley creando el cuerpo de suboficiales. Dos o tres diputados radicales persisten en presentar enmiendas y vinieron a consultármelas. Les digo que no las acepto y se quedan muy contrariados. Unos diputados socialistas me dicen que como los diputados radicales van a hablar, ellos hablarán también, para exponer los puntos de vista de su partido. (Esto, después de haber firmado el dictamen de la Comisión). Le hago una indicación a Martínez Barrio, que se encarga de hacer desistir de su propósito a los radicales, que desisten, en efecto; pero los socialistas vuelven con una proposición pidiendo que se aplace la discusión del proyecto. Entonces yo me pongo serio y les pregunto si pertenecen o no a la mayoría; en este caso, no pueden entorpecer un proyecto del Gobierno, y que si se empeñan en leer su proposición, yo presentaré contra ella la cuestión de confianza; si ganan la votación, yo dimitiré, y en paz. Con esto, se van, y no presentan la proposición. Al ponerse a discusión el dictamen, el presidente de la Comisión dice cuatro palabras, y ruega al ministro que explique el proyecto a las Cortes como ya se lo ha explicado a la Comisión. Después habla un socialista, dice cuatro vaciedades, y me dirige la misma invitación. Entonces habla Eduardo Ortega, combatiendo el proyecto, bastante inhábilmente. No tengo más remedio que levantarme. Todo esto me ha sorprendido, no llevaba ni un apunte, ningún dato, y me veo precisado a ir improvisando un discurso, que se alarga más de una hora[25]. He tenido un éxito muy bueno. La gente se ha quedado con la boca abierta. El proyecto se ha aprobado sin más discusión. Después, todo ha sido felicitaciones y aplausos.

Por la noche, no salgo de casa. Me traen noticias de los portugueses. Y ecos de mi discurso.

3 de diciembre

Recibo una carta del embajador de Italia, protestando contra un artículo de *El Socialista* en que llaman bandido a Grandi, el ministro italiano.

En la presidencia se me presenta el subsecretario de Estado, diciéndome que ha recibido la visita del mismo embajador, que ha ido a quejarse de que Giral, ministro de Marina, haya firmado una protesta contra Mussolini, que publicó anoche *Crisol*. ¡Qué ministros! Creen que están en el Ateneo, o en el café, como antes. Le encargo al subsecretario que me haga una carta para el embajador, deplorando el incidente.

Me ha visitado el general Sanjurjo. Don Niceto, como habíamos convenido, le ha ofrecido la jefatura del Cuarto militar. Y Sanjurjo viene a decirme que no quiere el puesto, pero que tampoco quiere quedar mal con don Niceto a causa de su negativa, y que yo puedo sacarle de este apuro, como me lo suplica. Está muy agradecido a la distinción, que es muy grande; servirá donde le manden; si quiero enviarle a otro puesto irá gustoso; no tiene empeño en seguir en la Dirección de la Guardia civil; la Guardia civil le tiene sin cuidado, él nunca ha sido guardia civil; pero el Cuarto militar no le gusta: primero, porque nunca ha sido ayudante de nadie; segundo, porque no sabe francés, y haría el ridículo en un cargo que obliga a tratarse con diplomáticos, etcétera; tercero, porque vive con una mujer sin estar casados, circunstancia que, para tan alto puesto puede ser molesta y comprometida. «Todos somos hombres», me dice, cuando empieza a confesarme esta tercera razón. Cuenta que el rey le mandó a decir, por Dámaso Berenguer, que le parecía mal que viviese de ese modo, y que fuese a todas partes con su querida. Y Sanjurjo contestó que en eso no mandaba nadie. El general aprovecha la ocasión para decirme que él no debe nada al rey, y que una vez quiso darle la llave de gentilhombre y la rechazó.

Le prometo sacarle del compromiso, y dejarle a bien con don Niceto. El ofrecimiento del cargo le ha hecho buena y profunda impresión, y creo ahora me será fácil sacarlo de la Guardia civil.

Por la tarde, en el Congreso, hacemos un aparte Ortega y yo, y luego se nos acerca Marañón. Se viene anunciando desde hace muchos días un

discurso político de Ortega, del que conocemos el título: *Rectificación de la República*, y ya los periódicos se hacen lengua de lo bien que va a estar y de la importancia del discurso. Ortega me habla de la próxima crisis y de que es gran lástima que no puedan quedarse fuera del Gobierno los mejores. «Juntos, con otros grupos (el suyo, por ejemplo) podríamos inaugurar una política de gran volumen», «de alto bordo», etc. Ortega prodiga los símiles náuticos. Después habla con desdén del Partido Radical.

También hablo más tarde con Luis de Zulueta, que me reitera su adhesión personal y política. No se inscribe ahora en Acción Republicana porque estoy en el poder y podría parecer ambición bastarda.

He visto a Largo Caballero en el banco azul hablar acaloradamente con otros ministros. Parecía muy enojado. Después, hablando con Casares y otros ministros en el despacho me dicen que Largo está muy irritado porque pretende obligarle a que se vista de frac el día de la promesa del Presidente. Y dice que a él no le impone nadie esa vestimenta. Estima que sería la rechifla de los obreros y que se desacreditaría. (Repugnancia del señor Paco, el estuquista). Se habla mucho del festejo de la semana próxima y esto del vestir no es de lo que menos se habla. Los periódicos hacen chistes a costa de Prieto, que es muy gordo y muy ordinario, y le pintan vestido de frac. Prieto no se ha decidido aún a hacerse la ropa. Me ha dicho que su hija no se lo consiente, y que le amenaza con no dejarle salir de su casa vestido de etiqueta. Prieto trabaja con gran ardor en la organización de las ceremonias de la promesa. Parece un chiquillo. Y él, en persona, se ocupa de los detalles más nimios. Yo le considero con un poco de fastidio; este hombre no cree en nada, ni en sí propio, y se afana locamente por esa frivolidad. Si hubiese puesto el mismo ardor y la misma fe en las cosas de su departamento, mejor nos hubiera ido a todos.

Por la noche voy al Español con Lola, a ver bailar a la Argentina. Esta mañana me indicó Agramonte que acaso fuese oportuno condecorarla, como han hecho en Francia. A mí se me había pasado por las mientes la misma idea, y no volví a pensar en ello. Acepto la propuesta de Agramonte, y firmo el decreto. La he llevado las insignias al teatro, y en un entreacto se las he impuesto. Muchas lágrimas de la Argentina. Por el saloncillo del Español pululaba el mundo minúsculo que llena con sus agitaciones la cuarta plana de *El Heraldo*.

La prensa da a mi discurso de ayer una resonancia que yo no esperaba. Sin exceptuar a *Crisol*. Este periódico me escatima la publicidad desde que ha advertido que en *El Sol* soy favorito. Y ayer, el director del *Crisol*, que todos

los días publica una crónica de las Cortes, la suprimió, porque no podía en otro caso evitar mencionarme. Se conoce que la opinión de Ortega, muy alabanciosa para mí desde hace una temporada, les ha hecho ceder hoy en su terrible enojo.

4 de diciembre

Consejo de ministros. Fernando lee los proyectos de ley de Divorcio y el de Secularización de Cementerios. El primero me parece bien, y es aprobado sin discusión. En el segundo Fernando proponía que se autorizase la creación de cementerios «confesionales». Le hago notar que eso no resuelve la cuestión y que, al cabo de unos años, volveríamos a estar como ahora. Es preferible el cementerio único, definitivamente. Se acuerda así, suprimiéndose del proyecto el artículo correspondiente.

Hablo de los petróleos mexicanos y de la posibilidad de obtener concesiones en México. Prieto dice que ya sabía algo de esto. Me autorizan a que prosiga las conversaciones oficiosas.

Planteo la cuestión de conservar la ley de Defensa de la República, después de votada la Constitución. Todos los ministros, sin excepción, opinan que debe prorrogarse la vigencia de la ley. Encargo a todos que consulten con sus grupos, para llevar el asunto a decisión de las Cortes.

—¿Qué opinión tienen ustedes sobre las conclusiones del Congreso ferroviario? —pregunto a continuación.

—¡Vaya una preguntita! —responde Prieto.

Largo Caballero dice que lo acordado por el Congreso es un modo de eludir el conflicto. En el grupo socialista, parece que los ferroviarios «rehúyen hablar de esto». Pero el próximo Gobierno deberá ocuparse del problema seriamente, sin lo cual estallará el conflicto.

También se ha hablado, bromeando, de la indumentaria de Prieto para el día de la promesa del Presidente. Ya parece decidido a hacerse un frac. Largo permanece irreductible. «¡Qué dirían los obreros si me viesen de frac!», exclama.

Por la tarde, al comenzar la sesión, Largo Caballero me comunica el acuerdo del grupo socialista en cuanto a la vigencia de la ley de Defensa de la República. Han resuelto que el asunto se aplace para cuando haya nuevo Gobierno. El propósito es que si en el futuro Gabinete no entran los socialistas, votarán en contra de la ley de Defensa. Largo, con su sonrisa astuta, me dice que los socialistas temen que un Gobierno de Lerroux

utilizaría contra ellos esa ley. El temor es absurdo, y la maniobra demasiado burda. Le digo a Largo que no me conformo con esa solución. Largo sonríe y se va a su puesto.

A última hora de la tarde me encuentro con Galarza. Me dice que el grupo radical-socialista se ha reunido para deliberar sobre la proposición que ha presentado Santa Cruz, por indicación mía, pidiendo que las Cortes declaren que la disolución de las Cortes Constituyentes no se computará en las dos disoluciones que el Presidente de la República puede hacer con arreglo a la Constitución. Han acordado que el Presidente no pueda disolverlas más que cuando se conviertan en ordinarias, y entonces la disolución se contaría entre las que el Presidente puede hacer. El acuerdo me parece desatinado, y así se lo digo a Galarza. Este afán de jugar al extremismo, de que están atacados los radicales-socialistas, es una desdicha. Si prevaleciese su criterio, podríamos encontrarnos en una grave dificultad el día de mañana, y los primeros en arrepentirse serían los republicanos. Vuelvo a casa de muy mal humor.

En este Gobierno, tener el voto de los ministros no es tener el voto de los partidos.

En el Congreso he tenido una larga conversación con Pittaluga. Antiguo reformista, está ahora en las Cortes como alma en pena, clasificado de republicano independiente. Me dice que sus inclinaciones son hacia la Acción Republicana o hacia el grupo de Ortega; pero que Ortega no haría nunca nada eficaz en política, y que su grupo se parece demasiado al reformismo. Concluirá por venir con nosotros, pero estima que debiera yo considerar la conveniencia de atraernos al grupo Ortega. Le contesto que por mi parte no hay inconveniente, y que lo recibiríamos con mucho gusto. La gestión de Pittaluga tiene todo el carácter de un tanteo oficioso, por más que él me asegura que habla sólo por su propia cuenta. Insisto en que no puede pensarse en disolver el partido de Acción para fundirlo en otro.

También a última hora de la tarde me ha hablado con prisa y mucha emoción Sánchez Albornoz, que va a cenar con Ortega, quien lleva ya varios días *trabajando* a este amigo con exploraciones sobre una fusión posible. Sánchez Albornoz me pide instrucciones. Yo le aconsejo que oiga con mucha simpatía, pero que no suelte prenda, y que se mantenga en el punto de vista de que Acción Republicana no quiere desaparecer, y que en último caso lo que yo decida no significa nada mientras la asamblea del partido no resuelva.

5 de diciembre

En la presidencia recibo la visita del conde Sforza. Se aloja en la Residencia de Estudiantes, donde dará esta tarde una conferencia a la que me ha invitado y a la que no asistiré por no aumentar la tirantez con la embajada italiana. Esta consideración no se la hacen todos los ministros: Marcelino Domingo va mañana a Alcalá a almorzar con Sforza y otros amigos. La conversación con Sforza no ha tenido gran interés. En cierto modo ha desautorizado a los italianos que vinieron hace meses con el propósito de comprar un avión militar. Me ha dejado un nombre de persona de su confianza, por si tiene que decirme algo.

También he recibido al marqués de Cortina, presidiendo una comisión de la industria hotelera, que piden un préstamo de 900.000 pesetas, para que no se cierren el Ritz y el Palace.

Después llega Felipe Benítez de Lugo, y me hace grandes protestas de adhesión y lealtad, de admiración, etcétera. Luego me habla del coronel Góngora, que va a ser su consuegro y a quien tengo sin destino hace meses. Góngora es hombre mal notado entre sus compañeros, y yo sé que van a obligarle a que pida el retiro. En sus ratos de mal humor y de fantasía ha hablado a veces de conspirar contra el Gobierno de la República. Según me dijo hace tiempo el general Queipo, Góngora le propuso que «se fuese con ellos», que tenían mucho dinero, etcétera.

6 de diciembre. Domingo

He ido a comer en Villa del Prado, región tan desconocida para mí como el centro de Africa, y está a sesenta kilómetros de Madrid. Me ha llevado allí el teniente coronel Sicardo, antiguo conocido mío del Ateneo, y a quien he nombrado agregado militar en Italia. Sicardo tiene un amigo ricachón en Villa del Prado, de Acción Republicana, que deseaba mucho recibir la visita del Presidente. Me acompañan los ayudantes y Barroso, director de Telégrafos.

El país es bonito; muchos montes todavía. La casa del rico, grande y destartalada: patios, corrales, una especie de jardín; bodegas, cuadras; por el aspecto y el olor a heces de vino me recuerda la casa de Vicario en Alcalá, la casa de Millana, o sea, «la casa de Budia», como yo la llamo en *Fresdeval*. Frío horroroso en toda la vivienda, ¡y los dueños tienen automóvil!, pero no estufas. Por las paredes cuelgan muchos retratos de gentes brutas, que deben de ser los antepasados. Comida atroz. Vinos viejos del país, riquísimos.

Vuelvo a Madrid a las cinco. Llamo a casa a Fernando de los Ríos para examinar juntos la situación política y saber a qué atenerse sobre las intenciones de los socialistas. Mi conversación con Fernando ha sido larga. Estamos de acuerdo en que hay que prorrogar la ley de Defensa de la República, y en que la disolución de estas Cortes no debe computarse en las que el Presidente de la República puede decretar, según la Constitución.

Fernando de los Ríos opina que los socialistas deben retirarse ahora del Gobierno.

Le expongo mis planes: suprimir el ministerio de Economía, dividir el de Fomento y distribuir las carteras de otro modo, usando para esto de absoluta libertad, así como en cuanto al número de las que deben ocupar los socialistas. Está conforme con todo, y para el caso de que él continúe en el Gobierno, no se resiste a abandonar la cartera de Justicia.

Está también conforme con que el futuro Gobierno siga en régimen de gabinete, presentando proyectos elaborados por él y que comprometan su responsabilidad colectivamente, poniendo fin a las iniciativas personales de los ministros, que tanto han abundado durante el régimen provisional.

El futuro Gobierno, en sentir de Fernando, sólo yo puedo presidirlo.

Le comunico el propósito de quitar a Prieto de la cartera de Hacienda, entre otros motivos, porque deseo *tranquilizar al burgués*, dándosela, a ser posible, a un hombre como Pedregal. También lo aprueba. Prieto se ha indispuesto con todo el mundo, no tanto por lo que hace como por lo que dice.

Fernando me habla de la conferencia de Ortega esta mañana, a la que ha asistido. Le ha producido, y a casi todos, desilusión. Se ha inclinado demasiado a la derecha. Lo mismo opina Herbette, según refiere Fernando; el embajador cree también indispensable que continúen los socialistas en el Gobierno.

El ministerio de Economía, por sí y ante sí, había redactado un telegrama a nuestro embajador en París, con instrucciones que conducían a la guerra de tarifas con Francia. Enviado el telegrama al ministerio de Estado para su transmisión, he resuelto, cuando me han dado cuenta de él, detenerlo. Una cosa tan grave pretendían que pasara sin acuerdo del Gobierno. El Ministerio que presido es «heterogéneo», pero no tanto.

Han ocurrido algunos casos de incongruencia ministerial muy notables. Pendientes unas negociaciones comerciales con el Uruguay, el ministerio de Fomento, por iniciativa de la Dirección General de Ganadería, permitió la importación de carne congelada. Y a las pocas semanas, sin que se sepa el motivo, la prohibió. Y cuando yo hablé de esto en Consejo, Albornoz se quedó maravillado.

7 de diciembre

Largo despacho en el ministerio de la Guerra con el general Goded. Hablamos sobre todo de armamentos; el general aprovecha la ocasión para puntualizar la historia del «cañón cortado», que yo conté en mi discurso. Se conoce que no le ha hecho gracia.

En la conversación estábamos, cuando entró en mi despacho Alcalá-Zamora. En aquel momento decía yo a Goded:

—Yo creo…

Lo oyó don Niceto y dijo:

—Pues si usted lo cree, tiene razón…

Ido el general, don Niceto y yo examinamos el borrador del decreto organizando la casa presidencial. También convinimos, en vista de lo que dice Sanjurjo, nombrar a Queipo de Llano para jefe del Cuarto militar del Presidente.

Después voy a la presidencia. Recibo al consejo de administración del Banco de España, que se queja de la conducta de Prieto: le han pedido autorización para celebrar junta general de accionistas, y ni siquiera les contesta.

Me visita el encargado de negocios de Hungría, para presentarme a una periodista de su país. Está maravillada del orden que reina en España, siendo así que en Hungría nos pintan como anegados en sangre. Esta señorita me pide una *interview* y un billete de ferrocarril para viajar gratis por España.

Visita de López Lago, que se pone muy contento cuando sabe que voy a nombrarle introductor de embajadores en la casa presidencial. La mujer de López Lago es monárquica, hija de Calamarte. Habla mal del Gobierno.

Ruiz Castillo, el editor, viene a pedirme para su hijo la administración del Pardo.

Por la tarde, hago una visita a Lerroux, que ha regresado de París esta mañana. Hablamos mucho tiempo. Examinamos la situación y el desenlace probable. Él no quiere de ninguna manera gobernar con estas Cortes. Los votos del Partido Radical serán para el Ministerio que yo forme. Él ya no tiene «horizonte físico», porque cuenta 68 años. Su aspiración es gobernar

algún día, reservándose ahora, y si no fracasa, esperar a la puerta de la presidencia de la República por si don Niceto «da alguna *espanta*». «Eso es lo que me queda», añade, con acento que me impresiona, porque adivino una profunda tristeza. Me dice además que nunca será Presidente de las Cortes, aunque se pensara en ello: «no me dejo encajonar».

(Me persuado que Lerroux habría aceptado la presidencia de la República, de la que le ha apartado su partido).

Lerroux cuenta las andanzas de Galarza en París. Se ha llevado a su querida, una mecanógrafa de la Dirección General de Seguridad. Ha visitado a Chiappe, el director de la Seguridad General, y, según Lerroux, Galarza ha hecho el ridículo, porque no entendía a Chiappe ni logró hacerse entender.

En fin, Galarza le ha dicho a Danvila que iba a París para vigilar a Lerroux, por encargo del Gobierno. Claro que Danvila se ha apresurado a contárselo a Lerroux; el cual ha despreciado magníficamente a «ese botarate de Galarza».

8 de diciembre

Consejo de ministros. Planteo la cuestión de la prórroga de la ley de Defensa de la República, que los socialistas quieren dejar para después de constituido el nuevo Gobierno. Con esto, pretenden reservarse un arma, y precaverse de la eventualidad lerrouxista. Les hago ver que, promulgada la Constitución, la ley de Defensa y la ley que instituye la Comisión de Responsabilidades, son inconstitucionales y no pueden aplicarse; pero, como ambas son necesarias, plantearé el caso en las Cortes. Yo no cargo con la responsabilidad de mantener en vigencia esas leyes ni veinticuatro horas después de votada la Constitución.

Si en las Cortes no recae acuerdo, pondré en libertad a todos los detenidos por orden de la Comisión de Responsabilidades, y daré por disuelta la Comisión, enviando sus papeles a los tribunales ordinarios.

Si hay votación, y es adversa a la prórroga de las dos leyes, dimitiré esta misma tarde, y deberá encargarse del poder la mayoría triunfante. Plantearé la crisis en el acto, sin aguardar a que sea elegido el Presidente. Pudiera ocurrir que la mayoría adversa se compusiese de socialistas y vasco-navarros, que son los más hostiles a la ley de Defensa.

Los ministros socialistas bajan la cabeza y dicen que reunirán esta tarde el grupo parlamentario para resolver. Lo mismo harán los otros partidos.

Por la tarde, los socialistas se reúnen y acuerdan votar la prórroga la ley de Defensa, como artículo transitorio de la Constitución.

La cosa se ha hecho mediante una proposición presentada por el Gobierno. Barriobero, Jiménez y no sé quién más, han dicho tonterías. Sólo he tenido un forcejeo con Ossorio. Mi discurso ha sido breve y ha gustado**[26]**. Se aprobó.

9 de diciembre

El Sol, con la doblada intención que pone en su política, inserta hoy un artículo, comentando con elogio mi discurso sobre las reformas militares, y tirando pérfidamente a soliviantar a los artilleros. Al leerlo, pego un bote. ¡Este es el periódico que dice estar a mi disposición! No habría hecho más *La Correspondencia Militar*.

Despacho en el ministerio de la Guerra, y a las doce voy al cuartel del Conde Duque a revisar el nuevo escuadrón de Escolta presidencial. Está formado en un patio. Honores, desfiles, relampagueo de sables. Mi antiguo ayudante, Jiménez Orge, a quien he dado el mando del escuadrón, está tan tremendo, de coraza y casco, que he tardado en reconocerlo. Con sus bigotes rubios enhiestos parece un coracero de Murat.

Después, vino, etcétera. Muchos oficiales y generales. Me hacen visitar la Academia de Sanidad Militar. En otra pieza, celebran fiesta los sargentos. Entro un instante a verlos, les digo dos palabras y me voy.

Por la tarde se ha votado la Constitución. Royo Villanova ha hecho un discurso y se ha marchado del salón. También se han salido otros diputados, entre ellos el excapitán Sediles, a quien sin duda el rigor de sus principios políticos no le consiente aprobar la Constitución.

Besteiro ha pronunciado un discurso. No ha estado a la altura de la ocasión. Frío, y largo. Besteiro no tiene la emoción comunicativa. Le han aplaudido mucho.

Esperaban quizás un discurso mío, y algunos diputados me lo han dicho después. Pero yo no he encontrado el momento oportuno, y, después de hablar Besteiro, ya no era correcto. Lo prefiero así, porque con la vida que me han dado estos días, no he tenido ni cinco minutos para pensar algo que decir, y seguramente habría estado mal; tan cansado estoy.

Después he tenido una conversación con Tenreiro, que es consejero de *El Sol*, acerca del artículo de esta mañana. Le he expuesto mis quejas, y le he apuntado de dónde podría venir el artículo. Tenreiro me ha dicho que el artículo había llegado al periódico en ausencia del director Aznar, y que quizá por eso se ha publicado. Yo le digo que entre los propietarios de *El Sol* figura

un exartillero monárquico, y que quizás a él, o a su influencia, se deba el malintencionado artículo. Me he puesto bastante serio, y Tenreiro insiste en las protestas de adhesión del periódico a mi persona. ¡Dios se lo pague!

Por la noche, reunión de la Junta Nacional de Alianza Republicana, en el local de Acción Republicana. En nuestra entrevista del lunes, Lerroux me preguntó si no creía conveniente reunir al Consejo de Alianza, a lo que accedí desde luego.

Han asistido muchos radicales de Acción y federales. El asunto era examinar la situación política y decidir si en el futuro Gobierno podría o no admitirse la colaboración con los socialistas.

Las opiniones han estado muy divididas. En general, los radicales han acumulado muchas quejas contra los socialistas por cuestiones de política local, que tienen aspecto electoral. Uno de los más agrios es el señor Marraco, aragonés tremendo. Pero entre los mismos radicales, no han faltado quienes, reconociendo lo fundado de las quejas, estimaban que no convenía romper la coalición, y que si los socialistas pasaban a la oposición, las Cortes serían ingobernables. Entre los de Acción Republicana, también se han pronunciado algunos por la formación de un Gobierno sin socialistas; los más decididos en este punto eran los gobernadores de Albacete y Ciudad Real, ambos de Acción. Asistíamos cuatro ministros: Giral, Martínez Barrio, Lerroux y yo. Giral y Martínez Barrio han opinado por la ruptura de la coalición. Después he hablado yo, largamente. He examinado las ventajas y los inconvenientes de las dos soluciones, y he concluido por aconsejar que continúen gobernando los republicanos y los socialistas, como único medio de sacar fácilmente a las Cortes la legislación complementaria y los presupuestos; y les he mostrado los inconvenientes que tendría para nuestra posición electoral futura dejar que los socialistas disfrutasen de las ventajas de la oposición en toda esta etapa. Mientras yo hablaba, algunos radicales, muy afectos a Lerroux, hacían signos de asentimiento.

Después habló Lerroux, a quien por cortesía dejé que cerrase el debate, no obstante ser yo el Presidente. Estuvo enteramente conforme conmigo. Amplió mis observaciones, y acabó de convencer a la Junta. Se acordó dar un voto de confianza a los cuatro ministros, para que procedieran según aconsejan las circunstancias del momento.

Los periodistas estaban en la habitación inmediata, que es el vestíbulo, y yo no lo sabía. Al salir, me los encontré. No sé quién ha tenido la debilidad de dejarlos llegar hasta allí.

Después he ido a Gobernación, para hablar con Casares del supuesto intento que se prepara para el día de la elección de Presidente. Estando yo esta noche en casa, antes de salir para la reunión de la Alianza, me llamó Besteiro por teléfono y me dijo que un diputado gallego, López Varela, acababa de contarle cosas que me convenía saber. He citado a López Varela en el local de Acción Republicana y allí me ha contado lo que cree saber. Vagas noticias recogidas en algunas casas que frecuenta, y a las que van monárquicos, anunciando fieros males para mañana o pasado. Como estas cosas llegan con menos frecuencia a Besteiro, le han impresionado más que a mí. Incluso se anunciaba que *estaban* (¿quiénes?) haciendo un escalo para volar el salón de sesiones.

En mi conversación con Casares, averiguo que le han llegado confidencias análogas a las de López Varela, que son como para tomadas a beneficio de inventario.

10 de diciembre

La prensa da una importancia extraordinaria a la reunión de la Alianza y a lo que algunos periódicos llaman su reconstitución. Como incluso muchos que siguen la política a diario ignoran las cosas más sabidas, hay quien cree que la Alianza nace ahora, o poco menos. En general, los comentarios son favorables, y se entiende el acuerdo como la formación de «un instrumento de gobierno» republicano. Me parece que se olvida demasiado que se acordó mantener la coalición con los socialistas. Y hay quien pretende utilizar ese acuerdo como un arma contra los socialistas.

Los radicales-socialistas parecen verlo también así, y como son muy amigos de los socialistas y se jactan de un extremismo acentuado, se ponen algo foscos.

Despacho en Guerra con los generales.

Viene Queipo de Llano a dar las gracias por su nombramiento para el Cuarto militar.

Me llegan ecos del artículo de *El Sol*, que ha soliviantado a los artilleros. El general Loriga trae unos documentos para probar que la historia del «cañón cortado» es fabulosa; que el cañón se cortó en los planos.

También me visita Fernández de la Poza, artillero, diputado radical, que está dolido, y desearía que no se lastimase a los artilleros. Ayer tarde, en los pasillos del Congreso, Poza tuvo una cuestión con el capitán Romero, artillero y diputado también. Romero, que es de Acción Republicana y muy afecto a mí, soltó una porción de atrocidades, todas ciertas, a lo que creo, pero de las que yo no puedo decir siendo ministro de la Guerra.

En la presidencia recibo una comisión de moros *notables* de Tetuán, que vienen invitados al festejo de la elección presidencial.

También me visita Galarza, que me cuenta sus impresiones del viaje a París. Ha hablado de política con Lerroux; lo que refiere coincide con lo que el propio Lerroux me ha dicho.

Por la tarde, celebramos Consejo de ministros en el despacho del Congreso. Ayer, en la sesión de las Cortes, se me acercó Martínez Barrio con la pretensión de que le firmase el decreto para presentar a las Cortes el

proyecto anulando el contrato con la Telefónica. Este proyecto ha estado unos cuantos meses en poder de la «comisión jurídica asesora». Lo ha devuelto hace pocos días. Martínez Barrio quiere presentarlo, porque es una oferta del Gobierno, y en vísperas de crisis, lo apresura, por si tuviese que salir del Ministerio. Yo le dije ayer a Martínez Barrio que una cosa tan grave debía pasar por el Consejo, antes de llevarla a las Cortes, y que no me parecía bien presentarlo sin más que una conversación entre los dos. Por eso se ha reunido el Consejo esta tarde. Han oído el proyecto y, sin ninguna objeción, se ha acordado leerlo en las Cortes.

Después han continuado hablando de las ceremonias de mañana.

Terminado el Consejo, vamos al salón de sesiones, donde iba a hacerse la elección de Presidente. Todos han votado a don Niceto, menos unos cuantos que han echado papeleta en blanco; proceden, según dicen, de los federales y de algunos radicales-socialistas.

La candidatura de don Niceto tuvo mucha oposición dentro de ese grupo, y lo mismo en el socialista. Tampoco los diputados de Acción estaban todos conformes en votarla. En general, le han votado sin entusiasmo, y muchos a disgusto. Se hacen presagios poco placenteros sobre el resultado de su gestión.

La elección ha durado mucho tiempo. A un diputado se le ocurrió acercarse a mi banco para pedirme que pusiese la firma en un folleto que contiene el texto de la Constitución. Al verlo, todos los diputados han querido hacer lo mismo; y hemos estado los ministros una hora echando firmas. Los diputados, que hacían cola, decían invariablemente la misma tontería para excusarse por la molestia que causaban.

Terminado todo esto, el Presidente de las Cortes ha ido a casa de don Niceto a comunicarle el resultado. Yo he ido a la presidencia; después, vengo a casa y ya no salgo esta noche.

11 de diciembre

He ido esta mañana al ministerio, un momento. Pensé que quizás estuvo mal no ir anoche mismo a casa de don Niceto, y le llamé por teléfono, preguntándole si podía recibirme. En seguida, me dirigí a su casa. Le di la enhorabuena, estaba un poco desconfiado y algo frío, sin duda por la resaca de los sucesos pasados, y hablamos un rato examinando la situación. Me descubre el propósito de que todo continúe como está, hasta aprobar el presupuesto de una ley económica; después, sería la crisis.

Yo le hago observar que eso sería una situación interina, falta de autoridad. Me habla de los trabajos para la confección del presupuesto, y del punto en que se hallan; yo le cuento lo que sé, y no es mucho. Desconozco los trabajos de Prieto.

A la una y media, salgo de casa para las Cortes. Desde La Cibeles, tropas formadas. El día, esplendoroso. Los ministros vamos reuniéndonos en el despacho de Besteiro. Por fin, llega Prieto, dentro de un frac inmenso. Largo Caballero se presenta de chaquet. Bromeamos sobre su resistencia a vestirse de frac, y responde: «Dentro de tres meses, cuando elijamos otro Presidente, vendré de frac».

Salgo con el Gobierno a la escalinata del Congreso para recibir a don Niceto. Clarines, música, banderas, aplausos.

Le acompañamos al estrado del salón de sesiones, y le entregamos un papelito con la fórmula de la promesa. Hasta anoche, estuvimos redactando fórmulas, comparándolas, y ninguna parecía bien. Se le envió a Besteiro la que podía ser definitiva, y aún hizo alguna objeción, reservándose para modificarla hoy, de acuerdo con el Gobierno. Pero hoy, cuando llegamos al Congreso, ya no era ocasión de hablar de ello. El caso es que nadie se había ocupado de dar a conocer a don Niceto la fórmula acordada. Y al recibir en el estrado el papelito con la fórmula, no sabía el texto, y se puso a descifrarlo, con sus ojos de miope, delante de la expectación general. Pasó medio minuto, que empezaba a hacérseme eterno, y don Niceto no concluía de leer el papel.

Por fin, se acercó a la Mesa del Presidente, y recitó la fórmula, que se le había quedado en la memoria con una sola lectura.

Después hemos ido a Palacio. El Gobierno, en sus automóviles. Yo me he opuesto a que los ministros hiciesen este recorrido en las carretelas abiertas de Palacio: era una ridiculez. Desde el Congreso a Palacio me han aplaudido continuamente; todavía soy popular, aunque gobierno.

Pero la comisión de diputados que fue en esas carretelas a buscar al Presidente en su casa y llevarlo al Congreso, no se ha resignado a dar allí por concluida su función, y contra el parecer de Prieto y mío, han continuado en la comitiva, exhibiéndose, con sus chisteras despeinadas y poco a la moda.

Hemos presenciado el desfile desde el balcón principal de Palacio. Una muchedumbre inmensa en la Plaza de Oliente. Oleadas de gente, que me han hecho temer una catástrofe. El desfile, muy lento, a causa de la multitud que cortaba el paso. Se ha echado la noche encima y aún quedaban muchos soldados por pasar. La Guardia civil ha sido aplaudida. También la han silbado, pero mucho menos que el día de la apertura de Cortes; los que aplaudían eran casi todos. De noche ha pasado la Guardia civil y las fuerzas de Marruecos. Muy bonita cosa. Lo morisco, reinjertado en la vida española, trae sabores antiguos.

Cerca de las siete he salido de Palacio, muy cansado. Y he ido a casa de Pedregal, al que pedí hora esta misma mañana.

Me recibe muy afectuoso, y después de hablar de los asuntos del día, pasamos a la política. Como todo indica que me encargarán de formar Gobierno, le digo que quisiera contar con él para Hacienda. Cortésmente, se niega, con firmeza. Opina que no sería bien recibido en las Cortes. Está al lado del Gobierno, y desea que se le presente ocasión de demostrarlo, ocupando un puesto en que pueda serme útil. Pero en un ministerio, cree que no estaría bien. Probablemente, lo que él propusiera no gustaría a los ministros y él *es un hombre que dimite*.

En el curso de la conversación, recordando cómo es Pedregal, he tenido el atisbo de que quizá fuese una dificultad su presencia en el Gobierno, porque sería improbable acordarlo con algunos, por ejemplo, con Albornoz, si es que continúa. Y fácilmente me dejo convencer por sus razones.

Pedregal me dice que le gusta un puesto: el de presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales. «Daría dinero por ocuparlo». Sabe que hay otro aspirante: Fernando de los Ríos. Yo también lo sé, por esto:

Hace dos o tres días, estando en el banco azul, se me acercó Martínez Barrio, y me dijo que Lerroux y él, buscando un modo de ser agradables a los

socialistas, habían discurrido allí mismo que fuese Fernando de los Ríos, presidente de ese Tribunal; y que si yo lo autorizaba, iba al instante a proponérselo a los socialistas. Ya se lo habían indicado al propio Fernando.

Me quedé maravillado de la ligereza, y me puso de mal humor una iniciativa, que no era para tomada en un cuchicheo. Vi claramente que la cosa estaba mal, y como me ocurre muchas veces en asuntos políticos, lo veía, sin poder de momento dar una razón en qué fundar mi juicio. No me gustaba, era indiscreto, prematuro y comprometido. Como pude, le di a Martínez Barrio algunas confusas razones para disuadirlo de su intento y lo conseguí.

Pedregal conocía esto, por Besteiro. Ignoro quién se lo había contado a Besteiro, quizás el propio Ríos. (Lo que Pedregal sabía era el propósito de lanzar la candidatura de Fernando, no sin oposición). También sabía que a Fernando le gusta. Y me dice que a Besteiro le parece un disparate que Fernando ocupe ese puesto, que no debe tener un socialista. Del mismo parecer es Pedregal. Un socialista presidiendo el Tribunal, haría imposible la vida del Gobierno.

Por cierto que, al día siguiente de mi conversación con Martínez Barrio, tuvimos Consejo, y Fernando de los Ríos me habló del asunto. Me dio muchas explicaciones para convencerme de que él no había tomado ninguna iniciativa para subir a ese puesto, ni lo deseaba, aunque le lisonjease mucho, etcétera, etcétera. Yo le respondí que no era opuesto a su candidatura, sino que me parecía poco delicado, en consideración a su propia persona, que se hiciese de ello una prenda de transacción, o una componenda formulada en conciliábulos de partido, etcétera, etcétera.

En mi conversación con Pedregal, le expuse mis propósitos, siendo el principal sacar a Prieto de Hacienda, poique entre sus intemperancias y su incompetencia me tiene muy contrariado. Todo es violencia verbal, y luego, nada. Pedregal sigue creyendo que no es mal ministro, y que creando el ministerio del Tesoro, para un técnico, podría arreglarse todo. También le digo que voy a quitar a Fernando de Justicia, primero, para que no haga más reformas, y segundo, para llevarlo a Instrucción Pública, donde no puede continuar Domingo.

Respecto de la cartera de Trabajo, que quisiera quitar a Largo, me pregunta para quién la reservo:

—Para Domingo.

—Eso es muy hábil. Pero…, ¡sea usted flexible, sea usted flexible! —añade.

Vuelvo a casa, y ya no salgo después de cenar. Cuando estoy escribiendo, don Niceto me llama desde su casa. Mañana es la recepción del cuerpo diplomático en Palacio.

El Nuncio, como decano, leerá un discurso. Acaban de enviarle a don Niceto desde el ministerio de Estado el texto del discurso del Nuncio, y al leerlo, ha visto que es «tendencioso» y un poco comprometedor. Como entre sus defectos personales, dice don Niceto, no se cuenta el de improvisar, ha dictado una respuesta, en que cree haberse zafado del maquiavelismo del Nuncio. Pero antes es preciso que el Gobierno vea los dos discursos: Lerroux ha dicho que no necesita él verlos, si los veo yo y los apruebo.

Del ministerio de Estado me envían los discursos. Paso la vista por ellos. No veo el maquiavelismo del Nuncio. Untuosidad apostólica y lugares comunes. Ninguno de los dos textos tiene importancia. Los devuelvo, diciendo que pueden imprimir el de don Niceto.

12 de diciembre

He ido a Guerra por la mañana, y después de firmar, a Palacio. Es la recepción del cuerpo diplomático por el Presidente de la República. Los ministros nos reunimos en el piso bajo, y en un pasillo me tropiezo con las señoras de la familia de Alcalá-Zamora. Subimos a la sala de Gasparini. No han encendido la calefacción. Temperatura glacial. Dos técnicos, el introductor de embajadores y el jefe del protocolo del ministerio de Estado, discuten sobre la colocación de los diplomáticos. ¿Deben colocarse por orden de antigüedad?, ¿o deben ir por delante los que tienen credenciales extraordinarias para el acto de la promesa? Cuestión grave.

Pasamos al salón de columnas. Más frío aún. Los diplomáticos están en tres hileras, formando tres lados de un cuadro. En el lado abierto nos colocamos nosotros. El Nuncio se adelante al centro del cuadro y declama, y casi baila, el discurso de marras.

Habla del amadísimo cuerpo diplomático, al que supone animado de vivos sentimientos cristianos: el turco, el chino y el japonés, no han dicho nada.

Contesta don Niceto, y luego, el Presidente y yo, vamos estrechando manos y diciendo una palabra amable a cada señor de aquéllos.

El embajador de Italia aprovecha la ocasión para decirme que no le ha convencido la carta que le escribí sobre el incidente Giral. Le contesto fríamente (como pide el local) y el embajador de Francia que se percata del penoso incidente me saluda y corta la conversación.

Al volver a Gasparini, don Niceto nos dice que mañana hará decir en la capilla de Palacio una misa en sufragio de Galán y García Hernández. Esto será, además de un acto piadoso, una toma de posesión del lugar por la revolución. La misa la dirá *un cura republicano*. Me hace mucha gracia lo del «cura republicano», como si fuese menos misa, o atenuase algo la manifestación de religiosidad.

La misa en Palacio ha disgustado a casi todos. A la gente *del bronce* por ser misa; y a los de enfrente, porque lo diputan una profanación.

Don Niceto habla demasiado de las misas que oye.

Me cita para las cuatro y media en Palacio, y acabo la mañana en la presidencia.

Por la tarde, a las cuatro, recibo a Prieto en la presidencia, para donde lo cité esta mañana. Quiero enterarme de los asuntos del presupuesto porque, le digo, supongo que don Niceto me preguntará algo sobre ello.

Yo creía que en el ministerio de Hacienda estarían estudiando el problema, y que los *técnicos* tendrían alguna idea sobre los ingresos, y que el ministro les habría sugerido o encargado algo. No es así. No han hecho nada. Prieto me dice que han estudiado y planeado lo que yo le indiqué hace mucho tiempo sobre tabacos, cervezas y otras cosas. Nada más. Me quedo admirado.

Sobre los presupuestos de gastos, de los que aún faltan algunos, se limita a repetirme lo que ya sé: todos con grandes aumentos.

La minoría socialista está reunida «en sesión permanente».

Voy después a Palacio. Me recibe el Presidente en un precioso saloncito amarillo, donde hay cuadros del Tiépolo. Le doy la dimisión de todo el Gobierno. «¿No podría continuar el Gobierno hasta la aprobación del presupuesto?». Tal ha sido la primera idea de don Niceto. Al ampliarla, me dice que el Gobierno continuaría provisionalmente. Yo tengo la impresión, clarísima, de una confianza *limitada*. No acepto la indicación. Don Niceto entonces me pregunta si el planteamiento de la cuestión de confianza es un puro acto de cortesía y formulario, en virtud de haberse elegido jefe del Estado, o si en mi intención la crisis es de fondo y debe tramitarse. Insisto en que, a mi parecer, la crisis es *de fondo*; el Gobierno no puede continuar como está constituido. Y así piensan todos los ministros, creo yo. De todos modos, como el Presidente repite lo de la crisis «por cortesía», para no rechazar la suya, me brindo a reunir el Consejo de ministros. Cosa inútil, porque aunque los demás pensaran otra cosa, como estoy decidido a no continuar así, basta mi dimisión para que el Gobierno caiga.

La conversación ha durado tres cuartos de hora, muy afectuosa por parte del Presidente. Aviso a los ministros por teléfono y reúno el Consejo en la presidencia a las seis. Les doy cuenta de mi conversación, de la pregunta del Presidente, y de mi parecer: que no continúo con el Gobierno actual, y que la crisis *es de fondo*. No disimulo el mal humor que me ha causado la insinuación de una confianza limitada y condicionada. Todos los ministros van opinando y votando, el primero Lerroux, y están conformes conmigo. Convinimos en que yo vuelva a ver al Presidente para insistir en la dimisión y que se tramite la crisis.

Como Albornoz me oye decir que he estado *en Palacio*, se opone a que se diga «Palacio». De extremistas que somos.

A las ocho voy a casa del Presidente y le doy cuenta del resultado del Consejo. Tenemos larga conversación, examinando las soluciones posibles. Me dice que mañana empezará las consultas, y que, terminadas, me avisará.

Vuelvo a la presidencia. Telefoneo a los ministros diciéndoles que mañana domingo no los necesito y que pueden irse al campo, entrego a los periodistas una nota muy concisa y me retiro a casa. Ya no salgo.

13 de diciembre. Domingo

Por la tarde he salido en coche con Lola. Vuelvo a casa después de anochecer y recibo un recado de Sánchez Guerra citándome para Palacio a las ocho.

El Presidente me recibe en su despacho amarillo. Me cuenta el resultado de las consultas, que yo, en parte, conocía. Todos han aconsejado que continúe yo al frente del Gobierno; varían los pareceres en cuanto a la composición del Gobierno: unos piensan que deben continuar los socialistas, otros que deben irse.

El Presidente me encarga de formar Ministerio. Puntualizo las condiciones en que acepto: trataré de formar un Gobierno de coalición republicana y socialista. Si la combinación se frustrase, y hubiera que formar un Gobierno de concentración republicana, yo no sería el hombre para presidirlo.

Estoy un poco irritado con la negativa de Lerroux a presidir el Ministerio. En todo caso, para conciliar a los republicanos y socialistas, yo puedo servir, y servir para una cosa difícil, pero inevitable. Lanzar a los socialistas a la oposición, sería convertir las Cortes en una algarabía. Es pronto para desprenderse de ellos. Y nunca se dejarían presidir por Lerroux. Pero si no pudiera yo constituir ese Gobierno, uno de carácter republicano tendría que presidirlo Lerroux, le guste o no, le convenga o no, porque para eso tiene cien diputados en las Cortes. Un Ministerio de concentración republicana tendría la vida dura en las Cortes, pero mejor ambiente en el país. Ahora que, conciliar a los radicales-socialistas y a los radicales, sería casi imposible.

Lerroux quiere seguir *reservándose*. ¿Para cuándo? Para cuando pueda disolver las Cortes. Sueña con unas elecciones dirigidas por él, y que le den 200 diputados. Pero se me figura que esa eventualidad no llegará a ser.

He insistido mucho con el Presidente en que mi encargo lo tomo para un Gobierno de coalición. El Presidente cree que no puede ahora dejarse fuera del poder a los socialistas. Estamos, pues, de perfecto acuerdo.

Al salir de Palacio, voy al ministerio de la Guerra. Ramos me recuerda la conveniencia de comenzar mis trabajos hablando con Lerroux, y al punto le anuncio mi visita. Lerroux me recibe con su aire importante de siempre,

mitigado por la cortesía. Le informo del encargo que acabo de recibir y del plan que tengo. Lo aprueba, no me hace ninguna observación, ni me pone ninguna condición; repite que cuento con él para todo. Hace días, cuando hablábamos de la crisis y del probable encargo de formar Gobierno que se me haría, le pregunté si tenía interés especial por algún miembro de su partido que pudiera ser ministro. Soltó el nombre de Marraco, pero añadió que como Marraco acababa de tener un encuentro muy vivo con Albornoz, hacerlo ministro podría enojar a los radicales-socialistas como una provocación. También me dijo que él prefería continuar en el ministerio de Estado.

También repite que él no gobernará con estas Cortes, *que le son hostiles*.

Poco más hablamos, y me despedí.

Me he propuesto proceder rápidamente y en silencio, esquivando la curiosidad, los cabildeos y las impertinencias. Al salir de casa de Lerroux me encuentro con que me han seguido los periodistas en un taxi. Esto me fastidia. Voy a la presidencia y tomo mis disposiciones para la noche. Hago llamar a De los Ríos, a Domingo, y comienzo a dar vueltas al problema de encontrar un ministro de Hacienda. Quitar a Prieto es mi decisión irrevocable. Pero todo el día he estado pensando en el sustituto, y no doy con él. Descartado Pedregal, empiezo a pensar en *los técnicos*. El diputado de mi partido, Franco, es demasiado joven.

Pienso en Viñuales, director general del Timbre. Y hago que lo busquen. Fernando de los Ríos está con la minoría socialista, que para no romper, sin duda, su sesión permanente, se ha ido a comer reunida.

Vengo a casa a cenar, ya cerca de la once, y en seguida vuelvo a la presidencia. Allí está Viñuales. Le digo que cuento con él para Hacienda, y se niega. Insisto, le ruego; en vano. Dice que no tiene autoridad para eso. Conozco que su decisión es irrevocable, y lo dejo, para no perder tiempo.

Viene Fernando de los Ríos. Muy sonriente, meloso como nunca. Le expongo mi plan de Ministerio, y que deseo contar con los socialistas. Me reservo la designación de las personas y la atribución de las carteras. Surge la cuestión de la cartera de Trabajo. Asegura que los socialistas no consentirán en abandonarla. Mi plan era llevar a Largo Caballero al ministerio de Comunicaciones y agregar a este ministerio la Dirección de Ferrocarriles, para que sea un socialista el que afronte a los ferroviarios. Esto no se lo digo a Fernando. Él me ruega que no sea terco, y que no haga de eso una cuestión. Enumero mi programa parlamentario, que contiene las principales leyes orgánicas que pide la Constitución. Le parece muy bien. (Lo mismo le ha parecido a Lerroux, que «no disputará por una ley de más o de menos»; pero

advirtiendo que no está conforme con el dictamen sobre la reforma agraria). Quedamos en que Fernando comunicará a los socialistas mi ofrecimiento, mi programa, y que les reservaré tres carteras, que yo designaré. Transijo con que diga que *es probable* que una de ellas será la de Trabajo.

Se marcha Ríos y recibo a Domingo. Repito mi exposición y les pido colaboración. Domingo me hace los más extremosos ofrecimientos. Cuando paso a decirle que le voy a sacar de Instrucción Pública, se inmuta, y se resiste. Me ruega que le deje donde está: «porque *uno* está encariñado con su obra». Le convenzo pronto, haciéndole ver que las necesidades del presupuesto no consienten realizar sus planes, y que se verá con el deslucido caso de abandonarlo; mientras que marchándose ahora, se lleva una bandera. El argumento le deja callado, y acepta. Irá a uno de los ministerios en que se dividirá el de Fomento.

Tratamos de la exclusión de Albornoz. Domingo reconoce que Albornoz ha fracasado hasta un extremo que raya con lo cómico; pero dejarlo fuera del Ministerio, enojaría a los radicales-socialistas, se dividiría el partido, y, poniéndole a él mismo en una situación imposible, dejaría de ser útil su colaboración, porque ni contaríamos con los votos necesarios.

Yo le digo que, en todo caso, le quitaré de Fomento y le llevaré a un puesto que le sea menos extraño. Ya se lo diré.

Se marcha Domingo, y sigo pensando en un ministro de Hacienda que sirva. Se me ocurre el nombre de Madariaga, que está en París, y le llamo por teléfono.

Hablamos, le digo lo que pasa, se queda un poco admirado de la oferta, pide tiempo para pensarla, y para que lo piense yo. Y así quedamos.

Ya muy tarde, vuelve Fernando de los Ríos, y me comunica la aceptación de los socialistas, que están contentísimos.

Virtualmente, tengo ya formado el Ministerio, a falta del de Hacienda. A los radicales pienso dejarlos donde y como están, así como a Giral y Casares, a ninguno de los cuales he consultado.

Al salir de la presidencia, los periodistas me asaltan. No les contesto nada. Y me retiro a casa, a las dos.

14 de diciembre

Domingo me llama por teléfono, pidiéndome una entrevista. Viene a casa. Me hace nuevas observaciones sobre su salida de Instrucción Pública, que le contraría mucho, pero yo me mantengo firme. No puede continuar en aquel ministerio el desbarajuste actual. Vuelve a hablarme de Albornoz, y del conflicto que sería, dentro del Partido Radical-Socialista, no conservarlo en el Gobierno. En la conversación salta el nombre de Carner, y lo retengo, como una inspiración buena.

Se marcha Domingo. Me encuentro al salir con una nube de periodistas en el portal de mi casa. No les digo nada; observo que vienen detrás de mi coche en taxis, y me molesta la persecución.

Voy al ministerio de la Guerra y mientras firmo, le doy vueltas al caso de la cartera de Hacienda. Pienso en Carner nuevamente, y considero que su nombre caerá muy bien en el mundo financiero y bancario, tan maltratado por Prieto, y que contribuirá a la confianza. Además, con un catalán de este fuste, me libro de tratar con la *Esquerra* y de darles nada. Porque a Carner, aunque no es de la *Esquerra*, no pueden ponerle reparo alguno.

Llamo a Carner, que no tarda en venir. Se sorprende un poco de la llamada, que ya se supone lo que significa, y se sorprende más aún cuando le digo que voy a nombrarle ministro de Hacienda.

Me objeta: su posición en el asunto del Estatuto, porque siendo lo más difícil la cuestión de la Hacienda, parecerá incompatible su posición con la cartera. Yo le rebato diciéndole que conoce de sobra su deber para que se dé cuenta de que es ministro de la República Española. Me pone otros inconvenientes: su criterio rígido en materia de presupuestos, que han de nivelarse a toda costa. Cuando me expone sus puntos de vista sobre el particular, me convenzo de que he encontrado al hombre que necesitaba, capaz de llevar a cabo con verdadera energía lo que yo estimo indispensable hacer, y que Prieto no era capaz de afrontar por debilidad de carácter. Resuelvo interiormente no soltar a Carner.

Cuando estábamos hablando llega Domingo, que me trae la respuesta favorable de los radicales-socialistas, Domingo me ayuda a convencer a

Carner.

Quedamos en que consultará a la minoría catalana, y si le dan su aprobación, aceptará la cartera.

Me voy al ministerio de la Gobernación a ver el desfile de las tropas marroquíes, que vuelven a su país.

Después, salgo con Casares a dar un paseo en coche, para tomar el sol y distraerme. Caigo en la cuenta de que aún no le he dicho a este amigo fiel cómo va la crisis ni lo que me propongo hacer, y aprovecho el paseo para contárselo.

De regreso, voy con Casares y Ramos a almorzar en el Palace. Allí se hospeda toda la minoría catalana. En cuanto terminamos el almuerzo y salimos al *hall* a tomar café, todos los diputados catalanes caen sobre mí en aluvión y me rodean. (Cuando llegué, estaban reunidos deliberando sobre el ofrecimiento hecho a Carner). Con poca urbanidad me acosan. Están todos, desde Macià hasta Grau, del que dicen que fue pistolero. Me plantean la cuestión del Gobierno civil de Barcelona. La *Esquerra* quiere que se destituya a Anguera de Sojo. No están contentos de su política, y pretenden hacer una jugada, sacando, a cambio de la aceptación de Carner, el relevo de Anguera.

Macià y Companys me acosan. Yo me encierro en esto: que el gobernador de Barcelona podrá o no ser sustituido si el Gobierno lo estima conveniente, pero que me niego terminantemente a pactar el nombramiento de un ministro, ni hago cambalaches de ese tipo. Dicho esto, me limito durante una hora a oír con paciencia lo que me dicen, y a contestar con un *psché…* o un *si, si*, *claro*, que les aburre. Companys habla de la tenacidad del Presidente. Yo les digo que resuelvan lo que quieran en lo de Carner, y que lo resuelvan pronto, porque necesito la respuesta antes de las cinco.

Cuando nos ponemos en pie, Hurtado me dice de refilón: «Resistan todo lo que puedan». El propio Carner es contrario a la destitución de Anguera, y Domingo, y Nicolau. Es una cuestión electoral de la *Esquerra*.

Me voy a la presidencia y llamo a Nicolau, para la penosa cortesía de decirle que prescindo de sus servicios. Realmente, Nicolau deseaba dejarlo. La entrevista es afectuosa. Nicolau es el mejor educado de todos los ministros. Cuando todavía está en la presidencia, llega Carner, que acepta la cartera. Los diputados catalanes le han dado su confianza, y no insisten en lo de Anguera. También me visita Domingo, que viene a saber noticias. Con todo esto, creo tener constituido el Gobierno.

Voy al ministerio de la Guerra, donde tengo recepción de coroneles que han asistido al curso para el ascenso. Les he invitado a un té, y estoy con ellos

poco tiempo, porque he citado a los socialistas para concluir la formación del Ministerio.

(A media tarde vinieron a decirme en la presidencia que, interrogado por los periodistas sobre la solución de la crisis, Lerroux les había contestado que no sabía nada, fuera de lo que leía en los periódicos. Se creyó advertir en esto una queja de Lerroux, pero yo no le di importancia).

Los tres socialistas citados por mí, Largo, Prieto y Fernando, llegaron al ministerio de la Guerra, y en mi despacho les di cuenta de lo que había conseguido y les dije que ocuparían tres carteras. Les comuniqué mi propósito de dividir el ministerio de Fomento, creando el de Obras Públicas, que ocuparía Prieto; suprimiendo el de Economía, que con lo separado de Fomento sería ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, para Marcelino Domingo; Ríos pasaba a Instrucción Pública y Largo continuaba en Trabajo.

Largo me oyó muy complacido. También Fernando. Prieto se enfurruñó, y después de decir que el nombramiento de Carner le parecía de lo más impolítico, se negó a aceptar la cartera.

Con el inimitable malhumor que le es propio (comprendía yo que salir de Hacienda le contrariaba), dijo que no podía continuar en el Gobierno por motivos particulares. Él vivía de lo que ganaba en *El Liberal* de Bilbao, propiedad de Echevarrieta. Echevarrieta está a punto de quebrar, es cosa de días, y cuando eso ocurra, *El Liberal* naufragará, o pasará a otras manos, y Prieto se quedaría en la calle. «Cuando salga del ministerio tendré que tocar la guitarra por las calles». Dejando de ser ministro, podrá hacer lo necesario para que unos cuantos amigos compren *El Liberal*; desde el Gobierno no puede hacerlo. Y cree tener derecho a mirar por el mañana.

Yo le rebato cuanto dice, pero lo decisivo es el parecer de Largo. Le recuerda la disciplina de partido y asegura que no tendrá más remedio que aceptar.

He querido ser amable con Prieto, prediciéndole que será un gran ministro de Obras Públicas. Largo me dice que mi mayor acierto es llevar a Prieto a ese ministerio. Pero don Inda permanece anubarrado y fosco. Nos despedimos.

Terminado esto, voy a casa de Lerroux a darle cuenta de la solución de la crisis. La primera visita fue para él, y lo mismo la última. Llego a casa de Lerroux poco antes de las nueve. En el vestíbulo me tropiezo con su sobrino y con el secretario; por las caras que ponen, adivino que ocurre algo grave.

Paso a ver a don Ale, que está en su tercer despacho. Se levanta del sillón, acude a mi encuentro. Le veo algo sofocado. Yo, con toda naturalidad, le cuento el resultado de mis trabajos y el Ministerio que he formado. Me deja hablar sin interrumpirme, y cuando acabo, dice:

—Amigo Azaña, me ha puesto usted con esa solución en un trance muy difícil.

—¿Pues?

Considera que el Partido Radical ha sido objeto de una desconsideración, dejándole en las carteras que tenía; y que se mantiene, peor aún, se agranda, la preponderancia socialista. Su partido va a reunirse mañana para decidir si en esas condiciones puede continuar en el Gobierno.

Yo le respondo que he hecho lo mejor que he podido con los elementos de que se dispone.

—Claro, claro. Usted ha hecho lo que ha podido —me dice.

—Y he dejado a la Alianza Republicana con las mismas carteras y los mismos hombres que tenía. Usted, por otra parte, no me hizo la menor indicación sobre personas y ministerios.

—No hubiera sido correcto —responde—, usted recabó, en uso de su derecho, la plena libertad para formar el Gobierno, y yo la he respetado.

Después me dice que Martínez Barrio está quejoso porque se ha enterado por los periódicos del ministerio que se le adjudicaba; y más quejoso aún, porque se pretendía llevar a Comunicaciones los Ferrocarriles, para que se estrellara con los del sindicato.

(No trato siquiera de sacarle del error en que está, nacido de una fantasía periodística. Cuando pensé hacer esa variante era para Largo Caballero, y entonces Martínez Barrio habría ido a otro ministerio).

Le digo a Lerroux que yo no he hablado de la crisis más que con los ministros, y no con todos; de las habladurías y reportajes vanos no respondo.

Me parece comprender que desde ayer a hoy, los radicales han hecho una gran presión sobre Lerroux para convencerle de que se retire del Gobierno. Anoche, nada me lo hizo sospechar. Y que me tuviese preparado este golpe es poco verosímil, porque no lo necesitaba.

Comprendo que su resolución es definitiva, puesto que mañana se reúne el partido *para deliberar*. Dada la relación de Lerroux con sus parciales, si la solución que buscan no le gustase, la habría hecho abortar y no habría reunión.

—Pues si ustedes se retiran, devolveré los poderes al Presidente, y le llamarán a usted.

—Es inútil. Usted es el único que puede formar Gobierno. Así se lo diré al Presidente, si me llama. Ya sabe usted que yo no quiero gobernar con estas Cortes. Sí llegase un caso de apuro, y fuera preciso sacrificarme, me sacrificaría; pero para disolverlas a la menor dificultad.

Esto es lo esencial de nuestra conversación.

Los radicales, en pugna con los socialistas, quieren estar en la oposición, para ser la *reserva* y disolver las Cortes. Quieren que nos *gastemos* los demás, y venir un día al poder como garantía del orden, etcétera, etcétera.

Puede pensarse que si anoche me hubiera descubierto Lerroux su propósito de retirarse del Gobierno, yo no habría intentado formar Ministerio, y hubiese tenido él que apechugar con la carga. Esto es: que han pensado cogerme en una trampa. También esperaban, quizá, que fuese yo el que cargase con la responsabilidad de romper con los socialistas y echarlos del Gobierno, arrostrando solo los peligros y las consecuencias de la operación. Pero no sé cómo habrían podido esperarlo, si es que lo esperaban; porque Lerroux y los radicales sabían, desde la reunión de la Alianza, que yo había modificado mi opinión sobre ese particular, y que, habiéndome inclinado durante muchos días a que se hiciese un Ministerio de republicanos, me decidí por otra cosa, ante la casi imposibilidad de gobernar útilmente con los socialistas enfrente.

Al salir de casa de Lerroux, una nube de periodistas.

—¿Y la lista del Gobierno?

—Espérenla sentados en un banco —les dije.

Voy a casa de Alcalá-Zamora. Le cuento lo sucedido. Don Niceto se queda de *una pieza*, como suele decirse. Nos entretenemos en buscar todas las explicaciones posibles al caso, y como no hay otra cosa que hacer, decidimos esperar a que mañana los radicales den la respuesta oficial, después de su reunión.

Vuelvo a casa. Después de cenar, voy al Español, con Lola. Aviso a Casares, para que me acompañe. En el teatro, que está desierto, comentamos Casares y yo el suceso, y hacemos cábalas sobre lo que pasará mañana.

Todavía a la salida del teatro hay periodistas que me preguntan simplezas, en virtud de lo que ellos llaman «información». Les contesto del modo más desabrido que sé, y nos volvemos a casa.

15 de diciembre

Giral se presenta en mi casa a las diez. Viene a poner a mi disposición la cartera de Marina, para dársela a los radicales, y contentarlos. Le digo que el problema no es ése, sino mucho más grave, y que, en todo caso, nunca accedería a hacer esas modificaciones bajo la presión de un partido.

En el portal de mi casa, periodistas. En el ministerio de la Guerra recibo la visita de Lerroux, que me trae una hoja con los acuerdos del Partido Radical. No continúan en el Gobierno. La leo.

—Esto ya es indiscutible —le digo.

—En efecto, así es.

Poco más hablamos. Me pone a la firma un decreto nombrando a Madariaga embajador en París.

Lerroux está violento, y deseando marcharse. No tiene bastante mundo para llevar estas escenas con elegancia.

En mi antedespacho, los fotógrafos tienen la pretensión de hacerme un retrato con Lerroux. Pero no les hacemos caso.

Viene Domingo, después Ríos. Están maravillados de lo que sucede. Ambos me instan para que forme Gobierno de todos modos y cuanto antes.

También me visita el general López Ochoa, para ofrecerme sus servicios. Por lo visto, como no le he hecho ningún caso, desde que lo destituí en mi propio despacho, se ha convencido de que conmigo no vale jugar al enfadado.

Voy a Palacio y le cuento al Presidente el estado de los asuntos. El Presidente estima que es inútil repetir las consultas. La situación parlamentaria es clara, y el Gobierno que puedo formar sin los radicales, tendrá mayoría en las Cortes. Por tanto, me encarga nuevamente de constituir el Ministerio. El Presidente está conforme con mi plan parlamentario, pero expresa el deseo de que se *suavice* el proyecto de reforma agraria, para no indisponer con la República a la clase media terrateniente.

Desde Palacio voy al domicilio social de Acción Republicana. Allí está reunido todo el grupo parlamentario. Les hago la historia de la crisis, y aprueban mi proceder. Muchos se regocijan de la ruptura con los radicales. Les digo que no quiero hacer ningún ministro nuevo de Acción Republicana,

y que así se lo he dicho —como es verdad— al Presidente de la República, para dar ejemplo de desinterés. Lo aprueban fuertemente.

Vengo a casa, y después de comer, recibo a Guzmán y a Ramos. Estoy muy fatigado y bastante disgustado, y un mucho asqueado. De todo esto resulta un placer la inacción. Por mi gusto, lo dejaría aquí todo plantado. Pero no es posible. Las circunstancias me tienen preso. Guzmán y Ramos me cuentan las cosas que se dicen por ahí, que son innumerables y absurdas. Los pasillos del Congreso están convertidos en un mentidero de porteras. Todos los intereses y todas las pasioncillas desatadas. ¡Un asquito! En fin, hay que sobreponerse, y llegar a un resultado. Necesito buscar un ministro de Estado y un ministro de Comunicaciones, para dejar resuelta la crisis esta noche.

Pienso en Zulueta para la cartera de Estado. Y quiero hablar con don José Ortega, para averiguar qué se propone el grupo que preside y si puedo contar con él. Abrumado por el espionaje de los periodistas, que lo echan todo a perder con sus indiscreciones (el enfado de los radicales proviene en parte de una falsa noticia que ha molestado a Martínez Barrio), resuelvo esquivarlos. Ramos va en busca de Zulueta, dándole cita para casa de su cuñado Besteiro. Guzmán va en busca de Ortega, citándolo para casa de mi suegro. Cuando sé, a media tarde, que Ortega ha llegado a la casa, salgo con Lola en el coche, y a los periodistas que aguardan en el portal les digo que no me ocupo todavía de la crisis, y que voy a tomar el té con la familia. Llego a casa de mi suegro, seguido de una legión de reporteros. Allí me espera Ortega. Le expongo la situación y le pregunto cuál es su actitud. Ortega, en sustancia, me dice que el Grupo al Servicio de la República desea permanecer apartado del Gobierno, porque no conviene que el Partido Radical sea el único de carácter gubernamental que esté en la oposición; así ellos podrán recoger fuerzas que de otro modo se irían con Lerroux. Después de esto, no hay para qué ofrecerle una cartera. Hablamos un poco más, y me despido, saliendo yo el primero, para llevarme detrás a los periodistas.

Voy a casa de Besteiro, donde está Zulueta. Besteiro se ha ido a las Cortes. Zulueta acepta desde luego la cartera de Estado, y me hace, emocionado, los mayores extremos de gratitud. Yo le digo cuánto estimo su colaboración, y tras de hablar un buen rato, me marcho. A los periodistas les digo que he venido a hacer una visita de cortesía a Besteiro y a darle cuenta de la crisis.

Zulueta me ha dicho, entre otras cosas, que debiendo variar la composición del Ministerio, quizá convendría proponer a los socialistas que dejasen la cartera de Trabajo. Yo estimo que eso sería contraproducente, y lo

llevarían a mal. De todos modos, quedamos en que se lo consultaré a Besteiro.

Vuelvo a la presidencia. Entrevista con Carner para decirle el nuevo Ministerio, y saber si cuento con él, a pesar de todo. Sí cuento.

Pero aún no hay ministro de Comunicaciones. Como no puedo hacer un ministro socialista más, ni radical-socialista, ni quiero hacerlo de Acción, ni hay que pensar en más catalanes, ni en el grupo de Ortega, he de buscarlo entre los neutros. Repaso inútilmente la lista de diputados. Pienso en nombrar uno de fuera de las Cortes, y se nos ocurre el nombre de un consejero de Estado, Carande, republicano, que se distinguió como rector de la Universidad de Sevilla. Encargo a Ramos que haga una gestión cerca de él.

De todos modos, la crisis ha de quedar resuelta esta noche, aún sin ministro de Comunicaciones.

Todavía estoy un rato largo en la presidencia. Me llegan noticias de que lo de Carande ha trascendido, y que en el Congreso, los radicales-socialistas, los socialistas y otros diputados lo ven mal, y protestan, diciendo que estuvo al lado de la dictadura. Creo que es falso.

Ramos viene a decirme que ha hablado con Carande y que acepta, a reserva de consultar antes con Ortega, a cuyo grupo pertenece; yo no lo sabía.

A las nueve hablo por teléfono con el Presidente de la República, para llevarle la lista del Gobierno. Como el vestíbulo de la presidencia está lleno de periodistas, salgo por la puerta de servicio, sin que me vean. El Presidente me recibe, aprueba la lista, y convenimos que mañana a las once será la presentación oficial del nuevo Gobierno.

Vuelvo por última vez a la presidencia. No se han enterado aún de mi salida. A las diez y media, entrego una nota a los periódicos, tan sucinta como la primera, publicando la solución de la crisis. Estas dos notas han sido mis únicas comunicaciones con la prensa. No he hablado más, ni soltado una palabra. Ojalá hubieran seguido todos mi ejemplo. Pero, el terrible charlatanismo de la gente, lo embarulla y lo entorpece todo. Regreso a casa, quebrantadísimo de cuerpo, pero más aún de ánimo.

16 de diciembre

He salido de esta crisis profundamente amargado. Es cosa innoble y torpe el espectáculo de este mundillo político y periodístico, y eso que lo he visto de lejos, porque he procurado aislarme todo lo posible.

Algún periódico dice que la crisis no ha sido parlamentaria; otro la califica de «oriental», según el manido vocabulario del tiempo de la monarquía; *El Heraldo* estima que se han seguido los más viejos procedimientos del antiguo régimen; Maura cree que se ha tramitado demagógicamente, etcétera, etcétera.

Allá ellos.

Los ministros se reúnen en la presidencia y vamos juntos a Palacio. El Presidente nos recibe. Breve Consejo. Expongo el programa parlamentario del Gobierno. Mañana, a las Cortes.

El Presidente nos habla de su propósito de dirigir un mensaje a las Cortes, para leerlo en la primera sesión, y nos entrega unas cuartillas que ha escrito para el caso. Desea que el Gobierno las examine y diga si está conforme. Carner pregunta:

—¿Es qué el Gobierno compromete su responsabilidad por lo que diga el mensaje?

Es evidente que sí, por lo que diga, y por el hecho mismo de autorizar su presentación. El punto queda indeciso, para no discutirlo en presencia del Presidente.

Por la tarde, Consejo de ministros en la presidencia. Expongo las líneas generales de la declaración ministerial que pienso hacer mañana en las Cortes, y todos las aprueban.

Leemos el proyecto de mensaje del Presidente. Nos parece mal. Por de pronto, diga lo que diga el mensaje, daría lugar a una discusión, inevitable si los diputados se empeñan en discutirlo. Discusión peligrosa, porque los «jabalíes» se aprovecharían para atacar al Presidente. Además, el proyecto de mensaje contiene frases que se asemejan a un programa político, y otras como «la prudencia consejadora», que suenan mal. También promete hacer un viaje

a América, que aun como proyecto, es prematuro. Acordamos que no haya mensaje, y me encargo yo de hacer tragar esa píldora al Presidente.

Voy a verle después del Consejo. Con muchos circunloquios le expongo los inconvenientes del mensaje. Se inmuta, se disgusta, traga saliva. Me dice que lo corrija yo, y quite lo que me parezca mal. Le contesto que iba a quedar reducido a casi nada.

Él mismo se adelanta a decir que se suprima el mensaje, y yo lo acepto en seguida, determinación que acaso no esperaba.

La escena es fastidiosa, pero útil.

Al final me dice que accede a suprimir el mensaje por no crear dificultades al Gobierno, ya que se trataba de un mero acto de cortesía con el Parlamento; pero que si hubiese sido un acto propio del poder presidencial, lo sostendría. Yo le replico que eso no ofrece la menor duda, y que nadie le coartaría sus facultades.

En el curso de la conversación, como yo b hablaba de los peligros de un debate sobre el mensaje, me dice: «A mí no me importa que me discutan».

—Pero le importa al Gobierno, y debe también importarle a usted que ya no es el diputado Alcalá-Zamora.

Cuando se llama a casa del Presidente sale él mismo al teléfono: *«¿Quién é?»*.

En la casa huele a cocina.

En Palacio no tenían ayer un vaso de agua para el Presidente; lo tomaron de un lavabo.

El comandante Legórburu, ayudante del Presidente, salió ayer a una tasca próxima a tomar un bocadillo.

El Presidente, para despedir a una comisión de Priego, salió con ellos hasta el patio.

Los periodistas querían invadir Palacio y convertirlo en un «centro de información», como un ministerio. Me opuse terminantemente, y le di órdenes al jefe del gabinete de prensa de don Niceto. Los reporteros están un poco incomodados; en la secretaría de la presidencia les dicen que allí están dispuestos a *darles facilidades*, pero que Azaña no quiere. Lo que no quiero es que lo achabacanen todo.

17 de diciembre

Presentación del Gobierno en las Cortes y discurso mío. Gran expectación. Se imaginaban que habría choque, y se esperaba, con maligna curiosidad, lo que diría Lerroux.

He contado de pe a pa en mi discurso todo lo ocurrido con la crisis, minuciosamente. Después he hablado del Gobierno y de la situación parlamentaria. El discurso me ha salido áspero, y, deliberadamente, retador. Sobre todo, retador para Maura, aunque no lo he nombrado[27]. Maura se ha hartado de decir jactancias y ligerezas a propósito de la crisis. Estaba empeñadísimo en que salieran los socialistas del Gobierno, y quizás esperaba que yo los hiciese salir. La solución le ha enojado. Y ha hablado mal de mí y del Gobierno. Me he entretenido en invitarle y provocarle a un debate, con alusiones que él podía entender mejor que nadie. Pero ha permanecido callado.

También, con asombro de todos, pero no mío, se ha callado Lerroux. Lo que yo he contado es aplastante por su verdad, y rebatirlo era imposible; justificar la salida del Gobierno por una preponderancia de carteras, muy difícil y peligroso. Después le ha dicho Lerroux a un corro de diputados que no ha querido intervenir por no dejarme por embustero. Así se escribe la historia.

Maura, por su parte, ha dicho que no ha hablado porque el debate no *tenía altura* y se ha mantenido donde lo puse yo, «a ras de tierra».

Maura está muy enfadado conmigo porque cree saber que me he opuesto a que le nombren embajador en París Jamás se ha hablado de este asunto en Consejo y Lerroux no ha hecho la menor indicación en ese sentido. Cuando dijo que Danvila retornaba a Buenos Aires, propuso desde luego a Madariaga y se aceptó.

La causa del enojo de Maura la sé porque Marañón se lo ha dicho a Pérez de Ayala, y éste, a mí.

En el discurso de esta tarde palpitaban todos los enojos que me han hecho pasar en estos tres días y, en el acento que he puesto, un desprecio de la gentecilla que no ha pasado inadvertido.

Han votado la confianza todos los grupos republicanos, incluso los radicales. Los federales, más barbianes, no. Sánchez Román no ha votado, porque le parece detestable Carner en Hacienda.

En fin, mañana me voy a Barcelona, y trataré de olvidarme de todo esto.

18-21 de diciembre. Barcelona

Mi propósito de ir a Barcelona viene de haberle ofrecido a Cipriano y a Margarita Xirgu asistir al estreno de *La Corona*. Pensaba ir de caballero particular, pero no ha sido posible. En cuanto se enteraron en Barcelona, comenzaron a preparar honores y fiestas, como para corresponder a mi buena disposición con el autonomismo y a las intervenciones en las Cortes cuando se ha tratado, al discutirse la Constitución, del Estatuto. En Cataluña soy hasta ahora muy popular, y muy considerado entre los intelectuales catalanistas. El año 30 hicimos un viaje a Barcelona unos cuantos escritores castellanos, invitados no sé por quién. Se trataba de una cortesía de los escritores catalanes, agradecidos a los castellanos porque, cuando Primo de Rivera hacía disparates asimilistas, hicimos alguna demostración en defensa de la lengua catalana. En aquella expedición figuraban personajes de mucha cuantía, por ejemplo: Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Marañón, Ossorio y Gallardo, etcétera. Había también algunos aventureros, como Sainz Rodríguez, a quien sus ínfulas de catedrático le han servido para merodear. Hubo varias recepciones y un gran banquete en el Ritz. En ninguna parte hablé, primero, porque los *managers* de la expedición temían quizá que yo desentonase; segundo, porque yo no era hombre de bastante importancia para ponerme en línea con las primeras figuras, y tercero, porque, siguiendo lo que es unas veces indolencia y otras sistema, me esquivé cuanto pude; en el banquete del Ritz hablaron Ortega, Marañón y algún otro, que dijeron cosas vagas, pero finas. Habló Ossorio, que soltó algunos tópicos de vieja política. Habló Sainz Rodríguez, que encontró manera de sacar a relucir la casa editorial de que vivía, y habló alguno más, de quien mejor es no acordarse. En la recepción de la Diputación, Américo Castro quiso que hablase yo; pero le transferí el encargo a Sánchez Albornoz; que entonces no sólo no era de mi partido, pero ni republicano, y no asistí a la reunión. Preferí marcharme de paseo. Como en todas estas funciones andaban revueltos los personajes oficiales monárquicos (Güell, Maluquer, etcétera), los de la *Lliga*, y los republicanos y socialistas, pensaron estos dos grupos hacer una reunión a la que sólo asistiesen «las izquierdas». Organizaron una comida en un restaurante, que presidió Serra y

Moret. Asistían republicanos y socialistas barceloneses y madrileños, y algunos jabalíes, como Samblancat. Me dijeron que no podía excusarme de hablar; recuerdo que estaba yo enfermo aquel día. Toda la tarde estuve encerrado en mi habitación del Ritz, con una neuralgia tremenda. Y en este estado, previendo que por la noche no podría hablar, redacté ocho o diez cuartillas, para dárselas a leer a cualquiera de los asistentes. Se celebró la comida, y yo mismo leí las cuartillas, que gustaron extraordinariamente. Lluhí me las arrebató, para publicarlas[28]. Traducidas aparecieron en *La Publicitat*, y desde entonces viene la opinión de catalanófilo que tengo en aquella tierra.

Yo conocía a Lluhí desde algún tiempo antes, porque cuando empezábamos las conspiraciones vino de Barcelona con una misión especial y estuvo a verme en mi casa.

El estreno de *La Corona* estaba preparado para algunos días antes, pero hubo que retrasarlo, por los sucesos políticos, para que yo pudiera asistir.

Companys me había dicho que en Barcelona me harían un gran recibimiento, y Cipriano me escribió que si se ponía en libertad a los presos gubernativos, me «desengancharían los caballos» del coche. La libertad de los presos gubernativos era cosa obligada en cuanto se promulgó la Constitución, y se dieron las órdenes.

El señor Macià puso mucho empeño en hacer ver que la liberación se debía a sus gestiones. (Política electoral: para contentar a los sindicalistas).

Un día Macià vino a verme y me dijo que mientras estuviese en Barcelona sería huésped de la *Generalitat*. Yo me resistí, pero no hubo modo de zafarse; hubiera preferido otra cosa, para estar más en libertad tres días, sin acordarme de mi cargo.

Como suele ocurrir con estos señores, comenzaron en seguida las complicaciones. Todo se hacía difícil. Se empeñaban en que variase la fecha del estreno; no les convenía mi hora de entrada en Barcelona, etcétera. No se daban cuenta de que me habían secuestrado el viaje. Por fin todo quedó arreglado. Salí el viernes por la noche. Me despidió el Gobierno y las autoridades. Bromeamos, porque ningún autor se había preparado una claque semejante. En el límite de la provincia me esperaba Anguera de Sojo, el gobernador de Barcelona, por quien tanto habíamos hablado en el Palace. Algunas estaciones más allá, subió al tren Macià.

Todo el asedio que me han puesto estos tres días las gentes de la *Esquerra* tenía por objeto derribar a Anguera.

Anguera de Sojo es magistrado, catalanista, católico ferviente; hijo de una santa. Pequeño de cuerpo, atrozmente tartamudo, muy inteligente y con dotes

de mando. Oí hablar de él en Consejo de ministros, en los primeros días de la República, porque Macià y sus amigos se empeñaron en hacerle Presidente de la Audiencia de Barcelona, y lo hicieron. El Gobierno ratificó la designación. Más adelante, cuando Esplá dejó el Gobierno civil de Barcelona, los de la *Esquerra* pidieron que Anguera fuese nombrado para sucederlo. También lo apoyó Nicolau d'Olwer, a cuyo partido creo que pertenece.

Por entonces, los sindicalistas revolucionarios y la FAI eran dueños de Barcelona, y la misma *Esquerra*, que había triunfado con los votos de los sindicalistas, pedía que se los sujetara. Anguera era el hombre capaz de hacerlo. Y, en efecto, lo ha hecho. Sin violencias reprobables, a fuerza de tino, de energía y de paciencia ha ido derrotando a los extremistas en las luchas sociales, y hoy los tiene completamente dominados y en vías de disolución. Anguera tiene en Barcelona una opinión favorable inmensa. Pero su política ha concluido por disgustar a la *Esquerra*, que no quiere verse abandonada por los sindicalistas. Ya Companys se me había quejado varias veces de Anguera, porque contrariaba su política. Anguera había enviado alguna vez su dimisión al ministro de la Gobernación, que nunca se la admitó. Pocos días después de ser yo Presidente del Consejo por primera vez, Anguera vino a Madrid, y se me presentó en los pasillos del Congreso. Le dije cuatro palabras amables, le sonreí, le aseguré que el Gobierno estaba muy contento de él, y nos despedimos.

Según me dijo después Casares, esta breve conversación causó en Anguera una impresión muy fuerte, que le convirtió en un ferviente partidario y admirador mío. Y me contó además Casares una cosa muy rara, oída al propio Anguera: y es que el bueno del gobernador, leído mi discurso del mes de octubre sobre el artículo 24 de la Constitución (que ahora es el 26) entró en un gran combate de conciencia, asegurando que esa lectura le había descubierto puntos de vista nuevos, que le conturbaban. Esto es cuanto yo sabía de Anguera de Sojo al emprender mi viaje.

Llegamos a Barcelona el sábado por la mañana. Recepción oficial: tropas, autoridades, etcétera. Revista. Mi mujer se queda en Barcelona con Cipriano. Y los demás seguimos viaje a Gerona. Me esperan para hacer la entrega oficial a la ciudad de los baluartes viejos que les he cedido. Están muy contentos y con harto motivo. Todos los que me acompañan vienen sucesivamente a hacerme el elogio de Gerona y ninguno deja de decirme que es muy superior a Toledo. Yo no se lo disputo. Esta indiferencia mía ante las pequeñas exaltaciones del amor propio local, que despiertan en otros castellanos reacciones violentas, es quizá lo que me distingue y me hace

simpático a los catalanes. (Recuerdo: mi encuentro con Solé y Pla en París, el año 17, cuando hice con catorce catalanes una visita al frente de guerra).

En Gerona me hacen un recibimiento popular entusiasta. Toda la población está en las calles. Recepción oficial en el Ayuntamiento: desfilan ante mí la mayor parte de los concejales y comités republicanos de la provincia. Me presentan al boticario que se parece a mí. Situación cómica.

Discurso desde el balcón del Ayuntamiento. Ceremonia en el baluarte. Un tablado, una escalera. Con una pequeña piqueta, derribo simbólicamente las murallas que detuvieron tanto tiempo a las «legiones imperiales». En un periódico se ha publicado una foto de esta escena, y advierto en ella que me estoy riendo.

Nos pasearon por Gerona y sus cercanías en autos descubiertos, con tres grados bajo cero. Soplaba una tramontana cruel.

Banquete en un hotel. Discursos. Visita al Casino republicano: recibimiento entusiasta. Discursos. A la estación y regreso a Barcelona.

En la estación de Barcelona, ya de noche, un gentío inmenso. Aplausos frenéticos. Me llaman: «el político honrado», «el amigo de Cataluña». Al salir de la estación, por poco no me aplastan. Se organiza una comitiva con los ostentosos guardias municipales delante. Voy en el coche con Macià. En los estribos se colocan mis ayudantes, para impedir que nos asalten. Damos la vuelta por el paseo de San Juan. Macià no cesa de llamarme la atención sobre el fervor del pueblo. Se oyen algunos gritos contra Anguera de Sojo. En una parada me pongo en pie, como para contestar a los aplausos; pero, en realidad, para observar el carácter y número de la manifestación. Nos sigue hasta un millar de personas, vociferando. En los balcones no hay curiosos. Sólo, en alguna que otra casa, se asoman los vecinos y aplauden. He comprendido de que se trata: la *Esquerra* me ha acaparado, y como en los pueblos se luce trayendo ella al personaje político influyente. Bueno. Lo mismo me da.

Llegamos al hotel Colón, donde me han preparado hospedaje. Macià me dijo en Madrid que era preferible no ir al Ritz, porque en el Ritz se hospedaba el rey (?). En la plaza de Cataluña mucha gente, que grita, vitorea y aplaude.

Me retiro a comer y a vestirme para ir al Teatro Goya donde se estrena mi obra.

Anguera de Sojo me envía una carta. La trae el capitán de artillería Menéndez, jefe superior de Policía de Barcelona, que formó parte del Comité revolucionario. Menéndez fue quien me acompañó la noche del 14 de abril a tomar posesión del ministerio de la Guerra.

Anguera me dice que se ha abstenido de ir a recibirme en la estación porque se preparaba una demostración de hostilidad hacia él, y eso hubiera deslucido el recibimiento, y que, por la misma causa, me pide permiso para no asistir al teatro, ni a los demás actos organizados en mi honor, a los que enviará un representante. Le contesto por Menéndez que me parece bien; que le aseguro la confianza del Gobierno, y que mientras la tenga, él será gobernador de Barcelona, aunque no le guste a la *Esquerra*, y que, para mostrar públicamente los buenos términos en que estoy con él, acepto la invitación que me hizo por la mañana e iré el lunes a tomar el té en el Gobierno civil.

Los demás «festejos» han sido: excursión a Sitges, visita a la casa de Rusiñol, comida en un hotel, viaje a Villanueva, patria de Macià, y visita al Museo-Biblioteca Balaguer, donde hay un poquito de todo y un mucho de frío: allí se almacena todo el frío del mundo. Y se contempla el cuadro peor que existe: uno que representa la entrada de Jaime I en Valencia. No puede haber nada más horrible.

Visita al Centro Autonomista de Dependientes de Comercio, con quien se ensañó la dictadura. Me reciben con entusiasmo. Estamos en los dominios de Macià. Hay concierto de música de orfeón: canciones catalanas.

Me llevan al Liceo. Oímos dos actos de *Rigoletto*. El público desafecto se ha ido, dejando vacíos muchos palcos. En un entreacto me hacen visitar un círculo o casino anejo. Ambiente y decorado del año ochenta y tantos. Aquí predomina la burguesía monárquica. Brindis, que yo acentúo, por la República. En el teatro, gran ovación al concluirse la ópera. Les hago oír el himno con rigidez militar y nos vamos. Visita a las fuentes de la Exposición.

Banquete de los escritores, en el Ritz. Es lo mejor de cuanto han hecho. Estoy sentado entre Corominas y el alcalde. Discurso de Pous y Pagés, al que contesto con otro que me sale muy emocionante.

He tenido además: recepción militar en capitanía. Otro discurso a los militares, que eran numerosísimos. Recibo a una comisión de suboficiales y sargentos, a los que digo algunas palabras necesitadas por las agitaciones de los días pasados.

Visita al Ayuntamiento, a la que llegan tarde los concejales; a la *Generalitat*; a la casa del Arcediano, donde hablo con Rubió y con Durán. Banquete en Font del Lleó. Discurso del alcalde, bastante impolítico. Le contesto, dándole su merecido. (El alcalde de Barcelona dice: «protocolo»). Visita a la Universidad Industrial, y al Colegio Notarial, donde veo a López de Haro, dramaturgo, que me dice algunas palabras de aliento para mi carrera

de autor. Champagne catalán. El decano, Par, me hace visitar hasta los sótanos. Y, por último, el té en el Gobierno civil, que resulta un acto bastante soso.

Antes de la recepción en el Gobierno, hablo separadamente con Anguera. Está resuelto a dimitir. *L'Opinió* ha publicado un artículo violentísimo contra él. Cree que su presencia en el Gobierno ya no sirve de nada útil. Me esfuerzo por disuadirlo; pero advierto que será en vano.

Macià no ha dejado de hablarme de Anguera en los tres días. En vista de que no habían podido arrancarme la destitución de Anguera, ha discurrido lo siguiente. Decirle que continúe, pero que dimitirá en cuanto él, Macià, le comunique que ha perdido la confianza de la *Esquerra*. Creo que le ha escrito. Y como a esto, Anguera ha respondido anunciando su dimisión, Macià retrocede, y está trabajando para que yo le diga a Anguera que no sea tan susceptible… Es de advertir que cada vez que la *Esquerra* le ha pedido a Casares la dimisión de Anguera, Casares les contestaba que no tenía inconveniente en dimitirlo, pero a condición de que el propio Macià se encargase del Gobierno civil, de reprimir él a los sindicalistas o de cargar con la responsabilidad de lo que ocurriese en Barcelona. Ante esto, los de la *Esquerra* retrocedían.

Sin embargo, una de las razones que Macià me daba para la sustitución de Anguera, es que debiendo encargarse ellos del Orden público, según el Estatuto, era preciso que se fuesen ensayando y adiestrando. Y me daba el nombre de Comas. Lo que quieren es un gobernador de su partido, que les prepare las elecciones.

La reunión del Gobierno civil fue el lunes. Desde allí, un momento al hotel y, después, a la estación. La despedida, muy simpática. La señora y la hija de Macià han acompañado mucho a mi mujer. Muchos envíos de flores al hotel. De regreso, traíamos el salón hecho un jardín. En Reus, todavía hubo parada, banderas, músicas y más flores. En Reus se quedó Macià. Poco antes, Anguera; que al volver en coche a Barcelona estuvo a punto de matarse.

En suma: tres días de distracción. Algunas observaciones útiles. Una piqueta de plata, un pergamino, y varios libros de poetas catalanes.

El estreno de *La Corona* fue el mismo sábado, día de mi llegada. Asistí al estreno desde una platea, con Macià y mis ayudantes. Antes de comenzar la representación, el comandante Sandino, que manda la Aviación de Barcelona, me dijo: «Creo que se trata de una obra cumbre de la literatura». Quise sacarlo de su error hiperbólico.

Algunas gentes se han maravillado de la sangre fría del autor, que asistía como espectador al estreno de su obra. Otros, como el cronista de *El Debate*, dice que mi palidez, mayor que la habitual de mi semblante, denotaba la emoción que me embargaba. ¡Vaya, vaya! Cuando yo era muy joven y coqueteaba con la literatura, como un vanidosuelo que era, me imaginé alguna vez que escribía una obra teatral y presenciaba el estreno, de incógnito, desde una butaca. Y creo recordar que en alguno de mis primeros tanteos literarios, he puesto algo de eso. Mi extraño destino ha querido que venga a estrenar cuando estoy en la punta de la cucaña, incómodamente expuesto a la curiosidad pública, y que asista a un estreno de obra mía, no desconocido, como yo lo imaginé, sino despertando más curiosidad que la obra misma.

Esta situación es muy desventajosa para el autor. Yo no había pensado en ello. Estrenar siendo Presidente del Consejo, parecería osado y audaz, si no hubiese sido pura indiferencia. Unos afilan más las armas, y exigen primores severamente, por tratarse de un adversario. Otros, no le toman a uno más que por un político caprichoso, que quiere meterse donde no le llaman. Otros, llevados de simpatía política, o de partido, encomian lo que no entienden o que tal vez no les gusta.

Escribí *La Corona* en febrero del 28. Me ocupó las tardes de veinte días. Es lo primero que he hecho para el teatro. Comencé por la escena primera del acto primero y la obra me salió toda seguida, sin interrupciones, cortes ni pegaduras. Hacía mucho tiempo que llevaba en la imaginación la situación de la escena primera, sugerida por el paisaje, y la revivía continuamente, y hasta compuse de memoria las primeras réplicas. No había pensado el conjunto de la obra, y si alguna vez se me ocurría preguntarme qué iba a hacer con los dos personajes que se me aparecían tan insistentemente, más bien me inclinaba a una cosa humorística y satírica.

Cuando me puse a escribir, revolviendo los dos personajes principales con los rústicos leñadores, fui tirando del hilo de los caracteres y salió la comedia. Leí el primer acto a unos amigos, que lo encontraron bueno; pero entre bromas y veras, alguno me retó a que escribiese el segundo, diciéndome que no me creía capaz de hacerlo igual que el primero. Lo escribí. Y al necesitar un tercer acto, recuerdo que hice un esfuerzo de imaginación para levantarlo sobre los dos primeros, como quien *levanta* una cúpula. Esto está razonado en el acto tercero mismo, con palabras del duque Aurelio.

Algunos cronistas han dicho ahora que siendo yo ministro de la Guerra he corregido y aligerado la obra para el estreno. ¡En eso estaba yo pensando! Conservo el primer borrador. Al copiarla, fui suprimiendo réplicas

redundantes y palabras inútiles, que siempre las hay en todo cuanto se escribe. Y tal como quedó, la imprimí, hace ya muchos meses. Por cierto que Díez-Canedo publicó un artículo en *El Sol* poniéndola por las nubes. Otros, porque les gusta el lenguaje de la obra, dicen que la he pulido, y limado el estilo. No he pulido nada.

La preponderancia actual de la política en mi vida y la situación en que estoy, me ha frustrado la emoción del estreno. Y mucho lo siento. He oído la obra sin perder sílaba. Y he gustado, no la emoción de estrenar, sino otra más profunda: la de revivir los sentimientos que me inspiraron las principales escenas de la comedia, digo las escenas amatorias: la gran escena del primer acto, y las primeras del tercero. Toda la ternura que yo puse en ellas ha vuelto por un instante a mí. Y lo autobiográfico de la obra, que nadie verá, ha revivido, dejándome el consuelo de haber labrado con ello una obra noble.

Teatralmente, la obra *no sale*. Ningún autor habrá hecho lo que yo: dejar que estrenen su comedia sin asistir a ningún ensayo. Margarita está bastante bien, y estaría bien del todo si no echase todo el papel por el lado plañidero y llorón, como la he visto hacer en otras obras de mayor fuerza que la mía. El «actor llamado Maximino» abufona el papel del general, cuando el personaje es secamente inteligente, escéptico e irónico. Y el actor que hace el Lorenzo, una desdicha. Ni siquiera pronuncia. Representar, nada. Ha dicho el monólogo del acto tercero como si leyese una charada en un periódico. Y la escena de los pajes, no existe. ¡Qué cosa! Aun dejando cuanto sea preciso a lo que va de la imaginación del autor a la realidad escénica, y sólo con atenerse al texto escrito, en la obra hay mucho más de lo que estos cómicos representan. Pero se les resiste incluso hablar en buen castellano. Prefieren el baturrillo de Benavente, en que lo mismo da decir una palabra que otra.

El primer acto gustó. El segundo, mucho más. La razón es que el primero no lo oyeron, por defectos del actor, y no se percataron del valor de la escena. En el segundo acto, aunque Maximino no acierta, dice con claridad, el público no perdió sílaba, y se enteró de todo. El tercer acto gustó menos, gracias a los pajes, que no supieron decir la escena, y gracias a Muñoz… pero no obstante aplaudieron mucho. Yo salí del teatro disgustadísimo. Con un dolor, como si hubiese visto violar a una hija mía.

Esta obra la harían bien actores franceses, que dan su valor a cada vocablo, como es debido, y que se enteran de lo que están haciendo.

En el primer acto, Muñoz, que representa un guerrillero que huye derrotado por una sierra, aparece vestido con un pellico blanco como la nieve.

Leen el texto, y no se percatan a veces de cuándo es coloquio y cuándo es imprecación. He tenido que advertírselo.

La prensa de Barcelona me trata bien, salvo un crítico, que me tira por los suelos. ¡Qué le hemos de hacer!

22 de diciembre

A mi llegada a Madrid, generales y ministros en la *gare*. A casa, y después al ministerio. El subsecretario me cuenta que ayer vino Queipo de Llano a pedir un automóvil para el Cuarto militar, y le dijeron que no había ninguno, como no fuese el blindado que mandó hacer Primo de Rivera, y que está en el ministerio. Queipo se marchó, y desde Palacio telefoneó al poco tiempo dando orden para que le enviaran el auto blindado; el subsecretario se lo envió.

—¿Y por qué le hizo usted caso? —le pregunto.

—Como era una orden de Palacio…

Todavía se creen en tiempos de la monarquía. Mañana le quitaré el auto a Queipo, para que sepa lo que valen sus órdenes.

A las seis de la tarde, Consejo de ministros. Larguísimo despacho. Se examina si conviene o no nombrar embajador en el Vaticano, y se aplaza hasta ver cómo se pone la situación después de expulsar a los jesuitas. Con este motivo, se habla del proyecto de decreto que está haciendo la Comisión asesora.

Albornoz nos entera de que Sánchez Román ha dimitido la presidencia de la Comisión, y lee la carta de dimisión; el motivo es la presencia de Carner en Hacienda.

Larga discusión entre Prieto y Carner, sobre el contrato del mercurio. Carner tiene una opinión distinta a la de Prieto cuando era ministro de Hacienda. Temo que se enreden en una discusión violenta, pero Prieto está muy suave de expresión y muy cortés. No nos ponemos de acuerdo, y corto el asunto.

Proyecto de decreto sobre los tabacos (inexistentes) de Canarias. Otros muchos asuntos. Idea general del presupuesto y propósitos niveladores de Carner.

El Consejo se suspende después de las nueve y continuamos a las once, hasta las dos y media de la madrugada.

Propuesto por Fernando de los Ríos, comienza el desmoche de la obra de Albornoz. Esta es una de las cosas que yo me propuse al cambiarlo de

ministerio y al reformar la distribución de asuntos en algunos departamentos.

En las horas que pasaron desde que fui Presidente del Consejo hasta que se constituyó el Gobierno, preparé y firmé un decreto pasando al ministerio de Instrucción Pública todas las escuelas especiales de Ingenieros. Con esto resolví, antes de tener ministros que disputasen por los respectivos *ramos*, una cuestión muy vieja y que nadie se atrevía a afrontar, por no disgustarse con los ingenieros. Las escuelas especiales están como militarizadas, y son un coto cerrado, en posesión de los cuerpos. Hay que cambiarlas, reducirlas y ponerlas en contacto con la universidad. Esto podrá hacerse desde el ministerio de Instrucción Pública.

En virtud de este cambio, Ríos tiene que entendérselas con los desaguisados cometidos por Albornoz, bajo la dictadura de Gordón Ordás, con los ingenieros agrónomos y los *ingenieros pecuarios*. Nos ha leído párrafos de un larguísimo decreto, que hizo Gordón, y que se publicó en la *Gaceta* sin que Albornoz diese cuenta de él en Consejo de ministros. Contiene cosas divertidísimas: un registro general de animales, en que habían de inscribirse hasta los gazapos, y los cochinillos al cumplir tres meses de edad. Todos los ministros se reían a carcajadas. Y el bueno de Albornoz también se reía.

23 de diciembre

Consejo en Palacio. Encuentro una nube de fotógrafos que pretenden retratarme celebrando Consejo bajo la presidencia de don Niceto. El secretario general, Sánchez Guerra, les ha dicho que harán las fotos; me pide permiso para que lo hagan, y yo se lo niego.

—Siempre se han hecho aquí estas cosas.

—Siempre, menos ahora.

Prieto aprueba mi decisión. Sánchez Guerra se va mohíno, y los fotógrafos desaparecen.

El Presidente saca una larga lista de leyes complementarias de la Constitución. Son cerca de cuarenta. Explica prolijamente lo que es cada una. Cuando concluye, yo digo: «¡bueno!», y paso a dar cuenta, con breves palabras, de la situación exterior e interior. El Presidente, no sé si con intención, me interrumpe a cada momento con anécdotas y comentarios chistosos (Zulueta está preocupado, temiendo que yo ato demasiado corto al Presidente).

Se habla del banquete al cuerpo diplomático que va a dar el Presidente con motivo del año nuevo. Se trata la grave cuestión de si puede usarse o no en el banquete la vajilla de la casa real, que tiene iniciales y emblemas regios. Resolvemos que puede usarse.

Se firman muchos decretos.

Al salir del salón de Consejos me encuentro a Queipo de Llano y le doy orden de que, a las dos de la tarde, esté en Guerra el automóvil que se trajo ayer, y los dos mecánicos.

Recibo a Pérez de Ayala y a López Ferrer en Guerra. Y almorzamos en el ministerio, mis ayudantes, el subsecretario, el Gabinete militar y algún otro, invitados a una *fabada* asturiana.

24 de diciembre

Tenemos en el ministerio de la Guerra una reunión con Carner, Prieto y Zulueta para tratar de las relaciones comerciales con Rusia. Aquí hay un agente ruso (creo que es el que trata con la Campsa), que gestiona oficiosamente la reanudación del comercio con Rusia. A España le convendría mucho pagar el petróleo con mercancías. Marcelino Domingo, que está hoy de viaje, ha dejado escrita una carta para el agente ruso que nos parece una imprudencia, porque habla, sin que nadie se lo pregunte, del reconocimiento político.

Acordamos no enviar la carta, y proseguir, o intentar el acuerdo comercial por otros caminos.

Por la noche, reunión de familia en casa de mi suegro. Estoy con gripe. Al volver a casa, mucho frío.

25 de diciembre

Ayer me pasé todo el día en la cama, curándome la gripe, y un poco el cansancio. Aunque hoy no estaba muy bien, he ido al ministerio.

Recibo la visita de Américo Castro, que regresa de Berlín, y del general Villegas.

Voy a la presidencia. Visita de Chacón Calvo, el escritor cubano.

Invitado a almorzar en la embajada de Bélgica. Mucho frío en esta casa, donde no encienden la calefacción.

Después de dejar a mi mujer en casa, voy a la del Presidente, a firmar. De paso, le devuelvo dos oficios de Sánchez Guerra, secretario de la presidencia de la República, en los que me decía que «en virtud de las atribuciones que me confiere el decreto tal y cual… sírvase vuestra excelencia nombrar a fulano y zutano para tales cargos de la Casa presidencial». Le ruego a don Niceto que advierta a Sánchez Guerra que al ministro no le puede decir «que *se sirva*» hacer una cosa.

Me visita Giral en mi casa. Se despide para Cádiz. Le pregunto si se ha despedido del Presidente de la República.

—¿Usted cree que debo hacerlo?

—¡Hombre…! Se lo agradecerá, por lo menos.

La sola vista de la cama me ha revelado lo que yo necesitaba: a las seis de la tarde me acuesto. Nunca me había sucedido otro tanto. Estoy desanimado. Será la gripe.

29 de diciembre-4 de enero. Córdoba. Sevilla. Cádiz

Indalecio Prieto ha dado a *El Sol* unas declaraciones que la gente aplaude. En ellas, después de maltratar a los ingenieros de Caminos, trata del conflicto ferroviario. Rotundamente, sin que nadie se lo pregunte, y sin pararse a medir los resultados, rechaza las pretensiones del sindicato, le dice, y hasta le demuestra, que no tiene razón al pedir mejoras, y con gran estruendo los desahucia. Como todas las declaraciones tajantes y de apariencia vigorosa, las de Prieto tienen muy buen éxito. Casi todo el mundo aplaude. Han influido favorablemente en la Bolsa. No hay más que pedir.

Sin embargo, a mí me parecen un disparate, a fuerza de imprudentes, en lo que toca a los ferroviarios. El sindicato y, sobre todo, sus directores, no deseaban más que encontrar un modo decoroso de no plantear la huelga. Así se vio después del Congreso. Las declaraciones de Prieto, sublevan a los obreros, los inducen y provocan a la contienda y dejan en mala postura a los directores. Probablemente se arrojarán ahora a la huelga, que hubiera podido evitarse, dejando encalmado el asunto.

Bajo esta impresión me fui de Madrid a Andalucía, para distraerme un poco. Me decían que se me notaba el cansancio, y yo lo notaba más que nadie. Estaba *harto*. No me había repuesto del quebranto que me produjo el desarrollo de la crisis. Últimamente tuve otro disgusto. A Cipriano le han dado el premio de literatura que concede el ministerio de Instrucción Pública. Naturalmente, algunos periódicos han dicho que se lo daban por influencias mías, o por ser mi cuñado. No me sorprendió esta bajeza; pero no por eso me dolió menos. Las mayores dificultades políticas no me arredran; pero estas mezquindades, cuando afectan a mi intimidad, me deprimen enormemente. La víspera de mi viaje estaba yo tan de mal humor, y tan hastiado, que le decía a Ramos y a mis secretarios: «¡Qué patada voy a dar a la política!». En efecto, sentía unas ganas atroces de dejarlo todo, y que se las arreglen como puedan. Después de todo: ¿a mí qué me va en esto?

Salimos de Madrid Lola y yo, solos, en coche. Tenía el deseo de pasar inadvertido, y así lo previne. Llegamos a Córdoba de noche, después de estar a punto de matarnos en Despeñaperros. En el hotel de Córdoba, donde tenía

preparada habitación, no me esperaba nadie. Pero a la mañana siguiente, vinieron el gobernador, el alcalde, los militares, etcétera. Un fastidio. Estuvimos viendo las cosas de Córdoba, y por la tarde el convento de San Jerónimo, restaurado por la marquesa del Mérito, y las ruinas de Medina Azzahra, que yo no conocía. Lo más impresionante era la tarde misma, y el magnífico anochecer sobre el valle del Guadalquivir. Regresamos a Córdoba, y a las siete nos fuimos a Sevilla.

No pude quedarme en el hotel Madrid, porque han suprimido la cocina, a causa de la crisis. Fuimos al de Inglaterra. El gobernador se me presentó al momento. Es hombre inteligente y simpático. Hicimos un programa para el día siguiente. También vino el general Ruiz Trillo, a quien había visto ya en Córdoba.

Al siguiente día, visita a la Catedral. Mi sorpresa fue grande cuando, al entrar en el patio de Los Naranjos, veo que sale a mi encuentro el cardenal Ilundain, con parte del cabildo. Me acompañó durante toda la visita con estupor de algunas beatas que había en la Catedral. Me dijo el gobernador que, el día de la promesa del Presidente de la República, el cardenal omitió toda demostración de júbilo, por lo que le hizo saber su desagrado. Quizás ha querido en esta ocasión extremar la fineza.

Pesadísima visita al Alcázar en compañía del erudito local, que no me perdona ni un ladrillo. Y voy a casa de la marquesa de Lebrija, vieja andaluza campechana, a ver los mosaicos traídos de Itálica.

Recepción de los jefes y oficiales de la guarnición en el hotel. Almuerzo con las autoridades. Visita a la plaza de España. «Españolismo retestinado», como el que resplandece en el ABC. Por algo Luca de Tena era de Sevilla.

Ridiculas instalaciones de muñecos que remedan el viaje de Colón. Paseo por la Exposición.

Vamos al aeródromo de la CLASA y volamos sobre Sevilla. El alcalde tenía mucho miedo, y voló, por primera vez, porque vio que mi mujer subía al avión.

También me llevan al teatro de la Exposición. Es muy bueno. Pero no va nadie a él. Manía de grandezas.

En el barrio de Heliópolis viven sin pagar casa cuatrocientas familias, que han ocupado los hotelitos sin permiso de nadie. Entre los inquilinos figuran diputados a Cortes y un jefe de la Guardia civil.

Por la noche nos fuimos a Cádiz. El hotel, al borde del mar, es muy agradable. Tenemos una instalación muy buena. Y allí fue donde verdaderamente pude descansar tres días. Sólo una mañana me embarcaron

para enseñarme los museos de la ciudad. Lo más notable: el *San Francisco*, de Murillo, y el del Greco.

Tiempo espléndido, mucha calma, ningún ruido. Excursión a Tarifa y a Algeciras. Otro día a Arcos, y otro al puerto, Rota, etcétera.

En Tarifa me esperaban las autoridades y público. Me negué a que el alcalde me acompañase en el coche, porque no hacía más que sorber por las narices. Le dejé en la carretera.

En Cádiz recibí a la guarnición. El coronel Mena, comandante militar, me dijo unas palabras de salutación, y yo contesté con un pequeño discurso, que me salió bastante mal. Allí conocí al coronel Varela, que manda el regimiento de Infantería. Varela es de los coroneles jóvenes, que han hecho la carrera en África. En tiempo de la conspiración, don Niceto estuvo al habla con él, pero no se llegó a nada. Después de proclamada la República, Varela se ha hecho el *interesante*, y cuando vino a Madrid no quiso verme, y se limitó a firmar en el libro de visitas. Dice que, como están mandados anular los ascensos por méritos de guerra, y él cree que los suyos son justos, no quiere acercarse al ministro para que no se crea que mendiga protección o favor. Me parece un tontín, a quien no hay que dar importancia. Cuando cesó en la comandancia militar de Cádiz el desastrado general Lacerda, Varela se quedó de comandante militar interino, y ha desempeñado el cargo muchos meses. Su manifiesta frialdad con el régimen y sus amistades con un señor Carranza, que fue alcalde-dictador de Cádiz en tiempo de Primo de Rivera, lo hicieron sospechoso. Continuamente me llegaban rumores acerca de sus intenciones. Motivos para destituirlo, no tenía. Pero decidí llevar otro comandante militar, y designé al coronel Mena, que es un buen jefe. A Varela le sentó muy mal la decisión, y su amigo, el diputado Muñoz, oficial retirado, se me quejó. No le hice caso.

En la recepción de la guarnición, no dejé de decirle a Varela que ya sabía su estancia en Madrid, y que no había hecho nada por verme personalmente. En el curso de la recepción, afectaba quedarse a un lado, si yo no le llamaba.

Me entero del estado deplorable del acuartelamiento de la Infantería en Cádiz, y resuelvo arreglarlo, si puedo construir aquí otro cuartel.

Una mañana salí solo del hotel, y fui por la orilla del mar, visitando unas baterías viejas y mohosas. Un plantón me salió al paso. «No se puede pasar». «Soy el ministro de la Guerra», le respondo. El hombre se lo creyó (no tenía motivos) y me enseñó el recinto. Nada de aquello vale para nada. Recuerdo que estos cañones salían fotografiados en los periódicos del año 98, cuando la guerra con los Estados Unidos.

En Cádiz, el Ateneo me obsequió con una recepción, merienda y discursos. También en Sevilla tuve que asistir a un festejo preparado por el partido de Acción Republicana, con sus inevitables brindis.

La estancia en Cádiz me ha sido grata, de cuasi olvido, y *dolce far niente*. No he leído ningún periódico en todos esos días. No sabía nada de nada, salvo que Casares me hablaba por teléfono para preguntarme por dónde andaba.

Estando yo en Cádiz, ha habido que nombrar sustituto a Anguera de Sojo. Apenas salí de Barcelona, formuló oficialmente la dimisión. En el último Consejo de ministros que tuvimos se acordó no admitírsela, y reiterarle la confianza del Gobierno, a ver si le disuadíamos. Contestó agradecido, pero insistió. Yo le puse un telegrama, haciendo una invocación a su sentimiento del deber, para que continuase. Menéndez ha dicho que cuando leyó Anguera mi telegrama, lloraba; pero se mantuvo en sus trece. Lo sentí, pero lo que yo quería con mi telegrama, que se hizo público, era que no creyesen en Barcelona que Macià me había arrancado la destitución de Anguera.

En Cádiz me dio Casares la noticia de que, en Castilblanco, el pueblo amotinado había asesinado a cuatro guardias civiles. El suceso, cuya magnitud no podía yo medir, sino confusamente, por falta de información, me hizo pensar que se me frustraba el propósito de sacar a Sanjurjo de la Dirección de la Guardia civil. Me imaginé las consecuencias del caso, y entre otras contrariedades, vi ésta, que no es la menor, y que pudiera ser enorme.

Regresamos a Sevilla en coche, y allí tomé el tren, para estar en Madrid el lunes por la mañana.

MADRID: 1932

4 de enero

Banquete oficial en Palacio, ofrecido por el Presidente al cuerpo diplomático. Primera presentación de la República en el «gran mundo». Maligna curiosidad.

Asiste todo el Gobierno. Largo Caballero se ha hecho, por fin, un frac, y está muy bien con él. El comedor de gala presenta un gran aspecto. El *menú* es bueno, pero el «guiso» no tanto. Han contratado la comida con el hotel Florida, sin duda porque los dueños son republicanos y anduvieron mezclados en la conspiración. Pero el cocinero no es un genio. Los platos no están finamente cocinados, o no lo están bastante. Don Juan Valera habría criticado mucho esta comida.

Se le ha buscado un sitio especial a la mujer de Largo, fuera del que le correspondía por el protocolo, para que estuviera entre dos diplomáticos de habla castellana.

La conclusión de la fiesta fue un concierto por la Sinfónica, en el salón de Columnas, que estaba glacial, lo mismo que en la recepción diplomática del mes pasado. El concierto gustó mucho. Era la primera vez que se llevaba la orquesta a Palacio. El rey no lo hizo nunca. Y muchos diplomáticos alababan la ocurrencia y se «hacían lenguas» de lo bien que había estado todo. Creo no faltaron, como es propio, las críticas.

Prieto mantuvo con el Nuncio una larga conversación, muy chistosa. El Nuncio se reía mucho de las ocurrencias desgarradas de Prieto, que habló de sus tiempos de comparsa de teatro.

Hablé largamente con Pani, embajador de México.

5 de enero

Mi apartamiento de Madrid en estos días, y el no leer periódicos, me tenían saludablemente libre de la comidilla política, y sereno cuando todos andan sobresaltados. La causa es la horrible barbarie de Castilblanco. Ayer no hablé con nadie de estas cosas, hasta que reuní al Consejo de ministros, por la tarde. Lo había citado desde Sevilla, en vista de que Casares me habló de la agitación reinante. En el Consejo se trató del suceso.

Por cierto que con este motivo, me ha ocurrido, si puede decirse así, una cosa graciosa. La víspera del Consejo, divagando yo a mis solas sobre las consecuencias del caso, veía venir el fastidio de las sanciones, y veía también que no faltarían gentes, incluso entre los ministros, para adelantarse al tiempo y hacer desde ahora cuestión de si se impondrían penas capitales o no a los asesinos de los guardias.

Como alguien proponga el caso, decía yo entre mí, Largo va a contestar: «Ya vendrá eso en su día».

Y, en efecto: alguien, no recuerdo si Fernando o Albornoz (creo que Albornoz), dijo en el Consejo de ministros, que no se podía fusilar a nadie. Largo, casi con las palabras que yo supuse, dijo:

—Ya llegará eso a su tiempo.

Se habló largamente de la Guardia civil. Y revolvimos todos los pareceres y todas las eventualidades posibles. Mucha gente odia a la Guardia civil, sobre todo entre la clase obrera. Y mucha gente adora a la Guardia civil, considerándola como sustentadora única del orden social. A estas dos posiciones, que son antiguas, se añade ahora una gran pasión por ambas partes. Entre sus enemigos, porque estiman que la Guardia civil es una amenaza para la República; se quejan de que no haya sido ya disuelta, o por lo menos reformada, y recapitulan todos los agravios antiguos, y los nuevos que de ella han recibido desde la implantación de la República.

Entre sus amigos, cunde el propósito de exaltar a la Guardia civil, presentándola como desdeñada por la República, o indefensa, o expuesta a ser suprimida, para fomentar el descontento y ver si consiguen que se insubordine contra el Gobierno.

La Guardia civil ha sido siempre dura, y lo que es peor, irresponsable. «Con un papel, paga», dice el pueblo, refiriéndose a su impunidad. La Guardia civil ha servido mucho y bien a la antigua política y sus caciques —la emplearon en asuntos electorales, y en cuestiones sociales, aumentaron no sólo su número, sino la frecuencia y la amplitud de sus intervenciones—. En los pueblos pequeños, el jefe del puesto es un reyezuelo. Y las vejaciones personales son incontables. Todo esto siembra el odio. También lo siembra el mismo uso injustificado de su fuerza, porque los perseguidos no se paran a considerar si se les persigue con razón. Como todo instrumento de fuerza y de represión, no es simpático entre los desgraciados.

Ahora, desde que ha venido la República, la situación de la Guardia civil en los pueblos es más crítica, porque son alcaldes y concejales muchos que solían ser las víctimas y los perseguidos habituales de la Guardia, que no se aviene con las nuevas autoridades; también las nuevas • autoridades en los pueblos ponen de su parte algo para que la buena armonía se destruya.

Por cierto que, según me ha contado muchas veces Largo Caballero, durante la dictadura, la Guardia civil se comportó rectamente con los obreros y campesinos, y no maltrató a nadie, como solía hacer en tiempo anterior. A poco de venir la dictadura, la Guardia civil maltrató y atormentó a unos campesinos en un pueblo de Extremadura. Vinieron a Madrid a quejarse, Largo escribió al general Nouvilas, secretario del Directorio militar; se comprobó la denuncia, y el Directorio dio órdenes, que fueron cumplidas, para que tales cosas no ocurrieran más.

Según Largo, desde que ha venido la República, la Guardia civil ha vuelto a ser brutal. Excesos de autoridad sí ha cometido, pero no hay noticia de que haya atormentado a nadie.

Hay socialistas que no son enemigos de la Guardia civil, por ejemplo, Besteiro, que hace tiempo me dijo: «Es una máquina admirable. No hay que suprimirla, sino hacer que funcione en favor nuestro».

El extremismo republicano revolucionario, representado por algunas cabezas duras y algunos temperamentos rabiosos, viene haciendo campaña contra la Guardia civil, y contra su jefe, el general Sanjurjo; lo hacen sin tino y a destiempo, sin percatarse del daño que hacen, por más que algunos llevan esa campaña precisamente porque saben el mal que causan.

El monarquismo, y los que sueñan con dictaduras, arrecian por el lado contrario. Los pazguatos y papanatas, unos con temor, otros con esperanza, acaban por creer en el «desquite» de la Guardia civil y en la inminencia de la dictadura.

Así me he encontrado las cosas. En el Consejo ha habido bastante serenidad, y no se han dicho ni, menos aún, hecho tonterías. Naturalmente, se ha hablado de Sanjurjo, a quien los de un bando y de otro se empeñan en convertir en un personaje temible. Sanjurjo ha ido al lugar del suceso y ha dicho algunas cosas inoportunas. Ha hablado de las propagandas socialistas, ha señalado a la Nelken y a otros militantes, ha hablado de la justicia que se debe a la Guardia civil, etcétera. Telegrafían del extranjero unas declaraciones de Sanjurjo indiscretas e imprudentes.

Cuando el ministro de la Gobernación fue a Badajoz, para asistir al entierro de los guardias, Sanjurjo no acudió a recibirlo.

Todo esto exige la remoción de Sanjurjo, pero como yo entrevi, al recibir la noticia de Castilblanco en Cádiz, el suceso mismo dificulta la remoción, que tomaría unas proporciones extraordinarias y peligrosas. El Consejo estima que es preferible aguardar a que se calme la pasión desatada estos días en los dos bandos.

A las extralimitaciones verbales de Sanjurjo, se juntan, para *calmar los ánimos*, las de los socialistas y extremistas. Hay quien pretende justificar el asesinato de los guardias con *la historia negra* de la Guardia civil. La Nelken, que es diputado por Badajoz, se ha entrometido en esto. Escribe un artículo o hace declaraciones diciendo que «¡quién sabe lo que había pasado antes del suceso!».

Esto de que la Nelken opine en cosas de política, me saca de quicio. Es la indiscreción en persona. Se ha pasado la vida escribiendo sobre pintura, y nunca me pude imaginar que tuviese ambiciones políticas. Mi sorpresa fue grande cuando la vi candidato por Badajoz. Ha salido con los votos socialistas, derrotando a Pedregal; pero el Partido Socialista ha tardado en admitirla en «su seno», y las Cortes también han tardado mucho en admitirla como diputado. Se necesita vanidad y ambición para pasar por todo lo que ha pasado la Nelken hasta conseguir sentarse en el Congreso.

Por cierto que ese día alguien dijo: «Es la primera mujer que viene a las Cortes». (Lo decían para molestar a la Campoamor o a la Kent).

La sesión de las Cortes había despertado esta tarde mucha expectación. Los periodistas me preguntaron, por la mañana en el ministerio, si habría debate por lo de Castilblanco, y yo les contesté que no lo creía necesario. Al decirles esto, más expresaba yo una opinión del buen sentido, que una confianza en que las cosas pasaran así. Debieron pasar, si debajo de todo ello no hubiera intereses y pasiones políticas muy fuertes. Quise además dar una

impresión de tranquilidad, que no era fingida, porque estos días de descanso me han puesto en mis cabales, y estoy fresco y sereno como nunca.

El debate se ha empeñado entre los socialistas y los radicales, que se aborrecen, y están particularmente enconados por pleitos electorales en Badajoz.

El diputado radical que ha planteado el asunto, procuraba echar la culpa a los propagandistas del socialismo. Este diputado fue el que combatió la proclamación de la Nelken, y ha salido a relucir esta señora, como si fuese un personaje de importancia. Se han improperado, chillado, etcétera. Después, otras intervenciones de poco fuste.

He hablado yo, cuando me ha parecido oportuno. Mi discurso, mesurado y rotundo, ha tenido un éxito enorme[29]. Todos me han aplaudido, menos los radicales. Después han hablado otros; pero el debate estaba concluido victoriosamente para el Gobierno, y sin esperar el final, apenas terminé el discurso, me he marchado del salón de sesiones. Cuando salía, oí una voz flébil y atiplada en los bancos socialistas: «¡Pido la palabra!». Era la Nelken. Los socialistas no la han dejado hablar y la han obligado a irse a los pasillos.

Cuando llego al despacho de ministros, los periodistas, en la puerta, me preguntan si es verdad que ha ocurrido un suceso en Arnedo. «No sé nada —respondo—, pregunten a Gobernación». A poco de estar en el despacho entra Casares y me cuenta que, en Arnedo, la Guardia civil ha chocado con el pueblo y ha matado a seis u ocho. Es lo que nos faltaba.

6 de enero

El clamoreo contra la Guardia civil por la atrocidad de Arnedo es atronador; republicanos y socialistas están furiosos. Se atribuye el hecho, más que a impericia de las autoridades allí presentes, a que los guardias tuvieron miedo y creyeron que iban a hacerles como en Castilblanco (¡pero eran veintiocho!) o a que hayan querido hacer una venganza y un escarmiento. Ahora, los enemigos de la Guardia civil tienen un argumento impresionante. Y como los socialistas están indignados y pretendían interpelar al Gobierno, la situación iba a ser delicada para unos y otros.

Sin duda por esto, Largo Caballero me visitó esta mañana en el ministerio de la Guerra para decirme, en nombre de los ministros socialistas, que estaban dispuestos a dimitir, si yo estimaba que eso pudiera facilitar la solución.

Yo le dije que no perdiesen la cabeza, y que había necesidad de afrontar la dificultad del día, como se afrontó y venció la de ayer. Me bastará que sean prudentes los socialistas en las Cortes.

Durante mi conversación con Largo llegó Casares. Me cuenta las cosas que se dicen por ahí de la Guardia civil y de Sanjurjo. Hablamos después de la necesidad de reformar la Guardia y su reglamento. La reforma ya estaría hecha, si Maura me hubiese ayudado cuando era ministro de la Gobernación. Cuando hice la reforma del ejército pensé hacer la de la Guardia civil, y en el mismo sentido: descabezándola, para que una fuerza tan importante no estuviese en manos de una persona. Le dije a Maura que me proponía suprimir la Dirección General de la Guardia civil, cuando suprimí las Capitanías generales, y por los mismos motivos. También pensaba suprimir unidades, para amenguar los cuadros de mando. Maura no lo encontró oportuno, y como él era ministro de la Gobernación, y como tal, disponía de la Guardia civil, yo no podía hacer nada sin su concurso, porque la reforma disminuía mucho la fuerza, y entonces Maura estaba entusiasmado con los servicios que le prestaba. Fue cuando dijo: «Con los once mil guardias civiles de que dispongo, llego a Lisboa». La verdad es que no disponía siquiera de los once mil. En fin, esto quedó aplazado, y aún tengo, en mi mesa del ministerio, las plantillas proyectadas para la reforma.

Después de estas visitas, he despachado con el subsecretario y con Goded. Luego recibo al general Núñez de Prado, a quien no veía desde la primavera. Núñez de Prado viene a pedirme que lo coloque en algún mando, o que le diga si hay algo contra él. Se jugó la carrera por la República el año pasado yendo a ponerse al frente del movimiento preparado en Burgos, y que no dio juego, porque resultó que lo preparado era casi nada. Núñez de Prado me dice que en todo este tiempo no se ha atrevido a venir a verme, por temor de ser mal recibido, creyendo que yo era un hombre áspero y hosco. (Esto es una tontería, que se le ocurre sin duda por no saber qué decirme). Me ha pedido que le nombre para África, o para la división de Caballería, o para algo de Aviación.

Más tarde viene el comandante Riaño a decirme, de parte de Núñez de Prado, lo muy agradecido que está a mi actitud respecto de él.

Por la tarde voy a las Cortes. Como ayer, sin plan alguno, a esperar cómo suceden las cosas. Mi único pensamiento, que ya le dije a Largo por la mañana, era que, el discurso de ayer, contiene la contestación para el debate de esta tarde.

Han interpelado los socialistas. Han hablado varios diputados. Yo he ido formando un juicio, pero no he pedido la palabra por anticipado, para no cortar la discusión, y darles tiempo a todos hasta que se volcasen.

Cuando Besteiro dijo que habían concluido las intervenciones, Alba, con mala intención, creyendo que el Gobierno, en un apuro, optaba por no hablar, exclamó: «¿Pero el Gobierno no tiene nada que decir?». Lo dijo con acento desdeñoso y provocativo a la vez.

Me fue fácil, al comenzar a hablar, demostrarle que había hecho una plancha, y le tiré un rasponazo, aparentemente dirigido a otro; pero toda la Cámara percibió contra quien iba.

El discurso ha sido mejor que el de ayer[30]. Hoy me han aplaudido hasta los radicales. La ovación ha sido enorme, y el Gobierno ha salido, no sólo victorioso, sino robustecido. El efecto político en las Cortes, profundo.

Ortega dice que estos dos discursos míos son mi «consagración» como jefe de Gobierno. Vamos, una cosa así como el doctorado…

7 de enero

Consejo en Palacio. Sin importancia. Al salir, Zulueta me acompaña hasta el ministerio de la Guerra. Hablamos de varios asuntos. No tenemos embajador en Berlín, ahora que ha dimitido Américo Castro. Méndez Vigo bebe los vientos por el puesto. Su mujer ha venido a visitar a la mía y a pedirle que recomiende a su Santiago. También le proteje Montiel, el dueño de *Ahora*, hombre de cortos alcances y mucho dinero. El señor Ortega también se interesa por el marido de la Viki.

Zulueta me habla de Sánchez Albornoz para la embajada: don Niceto recomienda a un señor Sales, propietario y diputado, a quien nadie conoce; *pero que sabe idiomas*. Ya quiso darle una embajada, cuando éramos Gobierno provisional. También desea el puesto Salvatella.

Hemos examinado la situación política. Zulueta está muy satisfecho del resultado de ayer. Convinimos en las dificultades que tiene el gobernar con los socialistas, pero hay que llevar la experiencia hasta el fin, o sea, apurar las ventajas de la coalición para que duren estas Cortes. Después Zulueta y yo creemos que se podrá hacer todavía con estas Cortes una concentración republicana, sin socialistas, que podría presidir Lerroux.

—Sin discutir jefaturas, ¿verdad? —me pregunta Zulueta.

—¡Hambre! ¡Claro! ¿A mí qué más me da?

Por la tarde, en el Congreso, asisto a una reunión de la Comisión de Guerra, para conseguir que dictaminen sobre mi proyecto de consorcio de fábricas militares. Hay un capitán de Artillería, diputado y miembro de la Comisión que está empeñado en que modifique el proyecto reservando al cuerpo de Artillería, como privilegio, la dirección de las fábricas y todos los puestos de carácter técnico. Yo no acepto. El artillero no me deja a sol ni a sombra. Parece que sus compañeros están disgustados, porque se les acaba un momio. Con todo lo restante del proyecto, el diputado artillero estaba conforme; pero en vista de que no accedo a su pretensión, presenta un voto particular pidiendo que se rechace en bloque la reforma. Han pasado los tiempos en que el disgusto de los artilleros hacía temblar a las esferas.

En las Cortes no ha habido hoy nada de interés. Recibo muchas visitas, e incontables felicitaciones; los radicales están hoy muy expresivos.

Me visita el comandante López Bravo. Es muy torpe, protegido de Goded, republicano, ha hecho en África una carrera rápida. Ahora juega al revolucionario. En un pueblecito de Toledo, donde nació, promovió este verano un barullo alzando a los obreros contra los patronos. Se le sigue causa.

López Bravo no me ha hablado de sus asuntos; me da la enhorabuena por lo de ayer, y agrega que ha sabido, por el general Masquelet, segundo jefe del Estado Mayor Central, que se han hecho trabajos cerca del general Goded para comprometerlo en una conspiración contra la República, y que Goded lo ha rechazado, asegurando que nunca ha sido monárquico, y que está además agradecido al Gobierno por haberle puesto donde está.

Por si la *démarche* de López Bravo no es puramente espontánea y viene como echadizo, yo le contesto que nunca he dudado de la lealtad del general Goded, en quien tengo absoluta confianza, como lo prueba el cargo que tiene por resolución mía.

Las gentes que hacen los «rumores del día» han sacado punta a la visita que ayer me hizo Núñez de Prado. Dicen que le ofrecía la Dirección General de la Guardia civil, y que él la rechazó. Cuando los periodistas me traen ese cuento, me pongo muy enfadado, y les digo que a los generales no les consulto los destinos que les voy a dar; se enteran de ellos por el *Diario Oficial*.

El efecto de los debates de estos días ha sido mayor en las Cortes que en el público. Porque la prensa no da *aire* al éxito del Gobierno. ¡Si los discursos los hubiera pronunciado Lerroux!

8 de enero

El Sol reproduce mis declaraciones de ayer sobre los destinos de los generales. Me alegro, porque dan buena impresión, y porque los generales, que aspiran a los destinos ahora vacantes, se estarán quietos y no intrigarán.

El Consorcio Bancario nos da una comida al ministro de Hacienda y a mí. Reñidos con Prieto, que los trataba mal y luego se quejaba de que le dejasen solo, los banqueros quieren hacer una demostración de simpatía y lealtad al Gobierno. Están muy contentos con la designación de Carner para la cartera de Hacienda. Algunos me dicen que desde hacía muchos años no habían visto un ministro mejor enterado. Estos informes coinciden con los que me da el subsecretario, Vergara. «Ahora tengo ministro —dice—, y se despacha el ministerio». Prieto no ha aceptado la invitación para el banquete del Consorcio.

Después de despachar esta mañana con el subsecretario, he puesto en ejecución el proyecto que tenía en suspenso, que es comunicar a Sanjurjo la decisión de cambiarlo de destino. Esta decisión era necesaria, y no la he puesto en práctica precisamente porque los «jabalíes» de la Cortes han vociferado contra Sanjurjo, pidiendo incluso su encarcelamiento, y yo nunca he querido hacer nombramientos o destituciones militares que pareciesen sugeridos, cuando no impuestos, por campañas políticas. Ya me ocurrió con el general Orgaz, que mandaba una brigada en Madrid, y el mismo día que iba a quitarle el mando, *La Tierra* publicó un artículo requiriéndome a que lo destituyese, en vista de lo cual le dejé por entonces en su destino.

Sanjurjo no tenía especial empeño en continuar al frente de la Guardia civil; antes, se habría alegrado de dejar un puesto de tanto compromiso. Pero relevarlo ahora, aunque sea para darle otro destino, tiene que molestarle, porque a ojos de todos es un castigo.

De Sanjurjo, lo mismo sus amigos que sus enemigos han ido haciendo un coloso: los más creyendo que debe y está en condiciones de presentarse como restaurador del orden social; los otros temiendo que lo haga, y diciendo en público y en secreto que lo va a hacer.

Sanjurjo nunca ha tenido estos pensamientos, pero está sometido a una presión constante, que puede hacerle cambiar. Ahora, su situación es más delicada: primero, porque se ha excedido en declaraciones a los periódicos; segundo, porque la Guardia civil, que se siente maltratada y reacciona con espíritu de cuerpo, podría querer valerse de Sanjurjo para tomar un desquite. Parece ser que entre los jefes que sirven en la Dirección General cunde mucho esta idea.

En suma: el relevo de Sanjurjo, hasta hace unos días, no era de compromiso, aunque a él no le gustase, porque a los ojos de la opinión, su amor propio no padecía. Ahora, se sentirá lastimado, y por pundonor querrá sumarse al sentir de la Guardia civil, para que no parezca que *la abandona* cuando es atacada.

Sea como quiera, y pase lo que pase, el Gobierno no puede hacer como que no se ha enterado, y hay que quitar a Sanjurjo de donde está.

Con estos antecedentes, resolví esta mañana liquidar el asunto. Antes de llamar al general estuve solo en mi despacho considerando las eventualidades que podían presentarse, y tomé la decisión de llevar las cosas a su último extremo, y si el general se engallaba o se resistía, enviarlo desde mi despacho a Prisiones Militares. Acudió el general a mi llamada. Nos sentamos en dos sillas junto a mi mesa; él, de cara al balcón; yo, de espaldas.

Le interrogo sobre la situación de ánimo en la Guardia civil. Me dice, en sustancia, que por un momento temió que la Guardia civil *saltase por encima de él*; pero que ya está todo tranquilo, y reinan el orden y la disciplina. Sanjurjo se presenta, por tanto, como un componedor de dificultades, y casi como un árbitro para que la Guardia civil no se salga del orden. Yo le hago observar que no es exactamente la función del mando, que no ejerce arbitraje ni tiene que salir fiador de nada ni de nadie, sino hacerse obedecer siempre y a todo evento.

Me cuenta sus impresiones del viaje a la provincia de Badajoz y a otras, y del estado de los pueblos. Hay muchos Ayuntamientos socialistas en los que se ha metido lo peor de cada casa. Gente «indeseable» que fomenta el desorden, amedrenta a los propietarios, causa daños en las propiedades y ha de chocar necesariamente con la Guardia civil. Los socialistas, dice, no deberían estar en el Gobierno, porque su presencia alienta a los que favorecen los desmanes. Sanjurjo hace una pintura muy sombría de la situación en los campos. Cree además que hay un plan para exterminar los pequeños puestos de guardias.

Después le hablo de los rumores que circulan. Le aseguro que nunca he sentido la menor intranquilidad, y esto se lo digo con un tono descuidado y risueño, que sin darle impresión de desprecio, le haga comprender que trato del caso como de una fábula pueril.

Pasamos a otro asunto. Le digo que tengo entre manos una combinación de mandos militares, entre los cuales juegan la Dirección de Carabineros y la de la Guardia civil. Y que he pensado valerme de sus servicios en Carabineros, porque necesito la Dirección de la Guardia civil para otro. La noticia le produce mucha impresión, y contra lo que podía suponerse, no la esperaba. Mientras yo iba hablando, el general tragaba saliva, y hacía signos de asentimiento con la cabeza. Cuando acabé, tardó en romper, y como le cuesta mucho trabajo articular una frase, no le oí más que balbuceos, que no significaban nada.

Para ayudarle a hablar, dije yo, como otras veces, lo que él no conseguía decir.

—¿No le gusta a usted?

—Ño, señor ministro. No me gusta.

—¿Qué le gusta a usted?

—Ya que usted me lo pregunta, le diré, con todo respeto, que sólo me gusta la Dirección de la Guardia civil.

—No me dijo usted eso hace un mes, cuando quisimos nombrarle para el Cuarto militar.

—Sí. Pero es que ahora usted me destituye.

—No es eso. Le cambio de destino. Si yo no tuviera confianza en usted, lo dejaría disponible, como están otros generales de quienes no me fío.

—Las circunstancias harán que, aunque usted no quiera, todo el mundo diga que usted me destituye.

El general estaba muy emocionado, y se le saltó una lágrima. No está, pues, en camino de ir a Prisiones Militares.

Después me preguntó que por qué no mandaba a la Dirección de Carabineros a quien tuviera yo pensado nombrar para la de la Guardia civil.

—No me sirve lo mismo en un puesto que en otro —le digo.

—Yo le serviré a usted en la Dirección de Carabineros con la misma lealtad que en la de la Guardia civil; pero…

Aprovecho el momento para decirle que nunca he dudado de su fidelidad, y que si bien unos y otros le traen y le llevan, me consta que es ajeno a esas maniobras. Como habrá podido observar, nunca le he hablado de estas cosas,

aunque él no ignora lo que se le atribuye y, mucho menos, lo que se pretende de él. Nunca me ha dado preocupaciones su actitud.

Todo ello se lo digo con tono muy afectuoso, y afectando una frivolidad que se encamina a hacerle ver que no le tengo miedo.

El general lo comprende, quizá demasiado bien; me asegura que siente por mí una gran simpatía, y que así lo dice en todas partes. Si alguien ha venido a contarme que habla mal de mí, es falso. Todo lo contrario: cuando le preguntan cómo le va con el ministro, responde que muy bien, y que entra en mi despacho con más confianza que cuando había un ministro militar. Respecto de su conducta, declara que nunca ha pensado en aventuras; confiesa que le incitan a ello, pero a todos responde que le dejen en paz y aconseja la obediencia. «Yo no tengo ambición —añade—, y, además, a pesar de mi aspecto, no tengo salud, y el día menos pensado, reventaré». (¿De modo que depende de eso? Es la réplica a lo que yo le insinué antes).

Esto es lo esencial de la conversación, que ha durado tres cuartos de hora. El general es muy premioso, yo soy muy locuaz, y puesto deliberadamente a hacer el ingenuo y el «buen chico» le he aturdido a fuerza de palabras.

Después ha insistido en lo doloroso que es destituirlo en estas circunstancias.

—Bueno: lo aplazaré por unos días, si usted me ofrece no decir a nadie lo que hemos hablado.

—Lo prometo.

Ya de pie, él un poco azarado (se abotonaba y desabotonaba muchas veces la americana), yo muy cortés, me dice:

—Yo a usted le quiero mucho como Manuel Azaña.

—¿Cómo ministro, no?

—Como ministro, me trata usted mal.

Le he despedido en la puerta de mi despacho.

He ido después a la presidencia, y recibo muchas visitas.

Vengo a casa, donde he tenido invitados a los ministros de Marina e Instrucción y al subsecretario de la presidencia, con sus mujeres.

Por la tarde voy a casa del Presidente a firmar unos decretos. Don Niceto, dando mucha importancia al caso, y subrayando la premura con que se lo cuenta al Gobierno, me traslada lo que le ha referido el general Queipo: se conspira contra la República; andan en ello algunos generales. Todos los que hay en Madrid se han situado ya en algún bando. A Queipo le han invitado a que tome partido, etcétera, etcétera.

—Se conoce —le digo a don Niceto— que hace tiempo que no está usted rodeado de militares.

En efecto: como yo suponía, Queipo, Legórburu y algunos otros del Cuarto militar, son muy inclinados a contar «cuentos de espanto». Como yo no les hago caso, irán ahora a desahogar su corazón angustiado con el Presidente. Le pongo en guardia contra estas alarmas.

—Pero usted reconocerá, mi querido Presidente —dice—, que mi deber es advertir al Gobierno, por lo que valga.

—Claro, claro.

En las Cortes, sesión estéril. No he entrado en el salón de sesiones. Me he tropezado en un pasillo con unos amigos, me he puesto a conversar, se ha hecho un corro, y he estado de pie y hablando dos horas. Me ha servido de descanso y de distracción, por raro que parezca.

Hemos tenido un consejillo. Se ha hablado de las cosas de la universidad.

Conversación con Besteiro, en su despacho. Me elogia mucho los discursos de estos días. Después habla de sus correligionarios los socialistas. Me cuenta que está muy apartado de las cosas del grupo parlamentario, y luego: «No son hombres de gobierno».

El Sol y *Luz* encomian el valor político de mis discursos de estos días, dado lo difícil de la situación. Pero, en general, no tenemos prensa adicta. Casi todos los periódicos republicanos de Madrid son más de la derecha que el Gobierno, y los que son de izquierda, mejor fuera que no existiesen.

9 de enero

Hoy ha sido el banquete del Consorcio Bancario. El Presidente del Consorcio, Barcia, ha pronunciado un discurso, largo y de circunloquios, como suyo. Barcia es bueno; pero sus discursos no lo son tanto, porque la palabra precisa y significante se le resiste. Después de recordar nuestras juventudes, ha hecho largas protestas de adhesión de la Banca al Gobierno y ofertas de colaboración, etcétera. Carner les ha hablado del Presupuesto, y luego yo he soltado un *speech* muy gubernamental, que les ha gustado mucho. Acostumbrados a que Prieto les llamase ladrones, mi disposición debe de parecerles admirable. Ramón Valdés, secretario del Banco Hispano Americano, antiguo correligionario mío en el reformismo, me ha dicho que mi discurso le ha tranquilizado completamente; estaba intranquilo desde mi discurso del hotel Nacional. En suma: he aquí a los banqueros contentos. Quizás barruntan un empréstito.

10 de enero

Hoy ha dado Maura una conferencia política, segundo golpe a su intento de formar un partido conservador republicano. Quiere «atraerse a las derechas». Con poco resultado hasta ahora; las derechas no le perdonan su intervención en el Gobierno provisional. Maura quería marcar, para su público, una diferencia entre su criterio y el del resto del Gobierno en cuanto a las cuestiones de orden público y especialmente en los sucesos del mes de mayo. Se había dejado decir que «iba a hablar claro», como si poseyese algún secreto que hasta ahora hubiese guardado por consideración a nosotros. Varias veces ha empleado la misma reticencia, pareciendo que callaba por prudencia. En rigor nada tiene que callar, y no me parece aceptable, después de gobernar seis meses con nosotros, que ahora diga que él no estaba conforme…

Lo que más le duele, siendo él católico, es que los católicos de *El Debate*, del *ABC*, etcétera, no le tomen en serio, y le reprochen haber consentido la quema de los conventos. Maura pretende ahora que la quema de conventos en Madrid se hizo porque no hubo mano fuerte en la autoridad ni se siguieron sus indicaciones. En la conferencia viene a decir que, por no haberse hecho un escarmiento en la Puerta del Sol, la noche que precedió a la quema, se produjo al día siguiente este suceso. La referencia de Maura es equivocada. La noche de aquel domingo de mayo había, en la Puerta del Sol, unos miles de personas, en su inmensa mayoría curiosos, que gritaban, aplaudían, etcétera. Unas cuantas docenas de exaltados y alborotadores, mantenían la agitación y el espectáculo. Por la mañana había sucedido lo del *ABC*, y la víspera habían puesto en libertad a Berenguer, sin conocimiento del Gobierno. Estas eran las causas inmediatas de la excitación pública. Yo estuve aquel día en El Escorial, y volví a las nueve de la noche. Cuando llegué a casa, me llamaron de Gobernación, de parte del ministro, y fui. Allí estaban Prieto y Ríos, y no recuerdo bien si se hallaba presente Casares. La muchedumbre llenaba la plaza. Las puertas del ministerio, cerradas. Yo entré por la calle del Correo.

Algunos pretendían gatear por las ventanas. En el patio del ministerio había un escuadrón de Guardia civil. Maura se impacientaba por la terquedad de la muchedumbre que no quería disolverse y quería, a todo trance, sacar la Guardia civil y hacer un escarmiento. Prieto, Fernando y yo estuvimos cuatro horas luchando con Maura para contenerlo, y llegamos a veces a sujetarlo por los brazos para que no saliera de su despacho a dar órdenes. Le entraban accesos de furor, que por reacción, producía en mí una congelación súbita, como me ocurre siempre que veo a alguien enfurecido. Parece que en tales casos me vuelvo más observador que de costumbre.

Nos llegaron noticias de que en una calle próxima asaltaban una armería. Vino un oficial, de paisano, a decirnos que la Guardia civil estaba acorralada por los revoltosos y que se enviasen refuerzos. Entonces Prieto decidió ir él en persona a calmar los ánimos. Salió, se encontró a la Guardia civil, arengó a la gente, pasó por entre los guardias, levantando antes los brazos, se pacificó el lugar, y volvió al ministerio seguido del piquete de la Guardia civil. Al cruzar el patio de Gobernación, Prieto oyó que un sargento de la Guardia civil vitoreaba a la República.

Llegó una comisión del Ateneo, «que estaba en sesión permanente» jugando a las revoluciones. Pretendían verme, como presidente de la Casa y ministro de la Guerra, para entregarme unas conclusiones votadas por los ateneístas. Yo no quería recibirlos, porque los conozco de sobra, y supuse que traerían alguna tontería. Mis compañeros se empeñaron en que recibiese a la comisión. Salí a otra sala y hablé con ellos.

Eran Giménez Siles, joven de turbios antecedentes políticos, que pocas semanas antes estaba muy empeñado en ponerme al frente de una sección rusa de la casa editorial que dirige; un tal Peñalba, loco y bufón, hermano del diputado de Acción Republicana, y otros, que no recuerdo. Venían muy sofocados: me dijeron que «el pueblo estaba en la calle» (o que «la revolución estaba en la calle», no recuerdo cuál de estas dos expresiones, pero fue una de ellas), y que era preciso satisfacer a los revolucionarios para salvar la República, amenazada por un complot monárquico. Para esto me entregaban las conclusiones votadas en el Ateneo, que eran: destitución de Maura; disolución de la Guardia civil; expulsión de los frailes, y alguna otra cosa más: creo que armamento del pueblo.

En otras circunstancias, los habría tirado por las escaleras; pero era conveniente contemporizar. Les dije que yo no podía recibir una proposición que iba contra un compañero de Gobierno, y que las demás cosas, las dejaran al cuidado nuestro, y no embarazasen nuestra gestión, etcétera, etcétera. Les

di un poco de palique, con mucha paciencia, y los calmé. Todos tenían mucha confianza en mí. Con éstas, rehusé hacerme cargo del papel, para transmitirlo al Gobierno. Entonces me pidieron permiso para hablar al pueblo desde una ventana del ministerio, y dar cuenta de nuestra conversación. Yo les dije que no veía inconveniente, si contribuían a calmar a la gente, y la aconsejaban prudencia, pero que yo no era el dueño de la casa, que hablasen con el subsecretario y le pidiesen permiso. Con esto nos despedimos.

Al poco rato, oí que voceaban desde una ventana, y que la muchedumbre agolpada al pie, aplaudía. Giménez Siles estaba leyendo al público las conclusiones votadas en el Ateneo.

Esto lo cuenta Maura, en su conferencia, diciendo que «un ministro» (es decir, yo) autorizó a unos ateneístas para que desde una ventana del ministerio pidiesen su destitución.

En la plaza ocurrieron algunos incidentes penosos. Gentes mal intencionadas, o estúpidas, designaban a las iras de la multitud a quien bien les parecía, diciendo: «es un albiñanista». Y al punto le daban de palos. Desde el ministerio vi cómo aporreaban a un infeliz, al borde de la acera, y ya caído en el suelo se le acercó un sujeto y le descerrajó un tiro. El agresor se retiró tranquilamente, sin que nadie le molestase.

Después de la una comenzó a disminuir el gentío. Los curiosos se iban. Comprendí que allí no iba a pasar nada. A las dos y media sólo quedaban unos cientos de personas. Cuando ya parecía todo acabado, apareció el capitán general, Queipo de Llano, en su coche oficial, llamando la atención, y se puso a echar discursos al público. Por esta fecha, Queipo me tenía ya frito; seguía la tradición de los capitanes generales, que era la de meterse en todo. Le llamé, y le dije que se fuera. A las cuatro, la Puerta del Sol estaba desierta. Entonces llevé a Maura al balcón, le mostré la plaza, y le dije: «¿Ve usted? Nadie. ¿Cuál sería ahora nuestra situación y la de la República si hubiese ahí tendidos unos cuantos muertos?».

Maura no me contestó. Poco después nos separamos. Cada cual se fue a su casa, sin que nadie pensara en nuevos disturbios.

Al siguiente día, teníamos Consejo de ministros en la presidencia. Llegué a eso de las diez, y al poco tiempo, estando allí Maura, nos telefonearon que habían puesto fuego al convento de jesuitas de la calle de la Flor.

La noticia nos desconsoló, porque era lo peor que podía ocurrirle a la República. Y desde aquella hora, comenzó el correr detrás de los incendiarios la policía y la Guardia civil y los de Seguridad, sin que las elocuentísimas

órdenes que, delante de nosotros, dictaba por teléfono el director general, don Carlos Blanco, correligionario de don Niceto y de Maura, sirviesen de nada.

El Gobierno acordó declarar el estado de guerra, contra la opinión de muchos republicanos, que veían con malos ojos que se entregase el mando a los militares. La medida era arriesgada, porque teníamos los mismos mandos (salvo el capitán general) que en tiempo de la monarquía, y los militares podían excederse contra el pueblo o contra el Gobierno. Siendo inasibles los incendiarios, no se le podía ordenar a la tropa que fusilase a los curiosos que aplaudían delante de los conventos en llamas e impedían que los bomberos apagasen los incendios. Lo único que faltaba para producir una catástrofe era que la tropa matase a unos cuantos; la gente se habría revuelto contra el ejército, y nadie puede calcular lo que hubiera pasado.

Estas cosas me han hecho recordar la conferencia de Maura.

Del valor político de su discurso no quiero juzgar. Lo verdaderamente desatinado es lo que dice de Cataluña.

La presencia de los socialistas en el Gobierno le tiene furioso. Hace pocos días se encontró con Largo en el pasillo del Congreso y tuvieron una nueva conversación, bastante violenta, en la que Largo le dijo a Maura que no representa nada en política.

En punto a conferencias políticas, la más lastimosa de cuantas hemos oído o leído estos días es la de don Melquíades Alvarez. Este buen asturiano tiene dos votos en las Cortes: el suyo y el de Filiberto Villalobos. El hombre que está más solo en las Cortes, el más fuera de su sitio es Melquíades. Pudo serlo todo en España, y por defectos de su carácter se ha quedado en nada. En septiembre del año 23 se jugó y perdió todo su porvenir político. En vez de abandonar la tesis reformista (que nunca tuvo otra garantía que la supuesta buena voluntad del rey) y adscribirse franca y definitivamente a la República, contemporizó, calló, desconfió, como siempre, de los republicanos, tuvo concomitancias profesionales con alguno de los negocios patrocinados por la dictadura, se negó a colaborar con nosotros cuando le invitamos a ello, entró en la comparsa «constitucionalista» con Villanueva, Sánchez Guerra y otros, para salvar a la monarquía, y su conocimiento de las cosas y su instinto político fueron tales que *en marzo de 1931*, encontrándose con Amós Salvador en la puerta del Ateneo le dijo: «Bueno, pollo: ya he visto que se ha hecho usted republicano». ¡Qué inoportunidad! El hombre se imaginaba que iba a gobernar con el rey.

Si don Melquíades hubiese tenido más valor, más talento o menos egoísmo, la primera figura de la revolución hubiera sido él. Como otras

muchas gentes conspicuas del antiguo régimen, procuró no comprometerse durante la dictadura, para ser útil en cualquier evento y no hacerse incompatible con ninguna solución que prevaleciese al caer Primo de Rivera. Como casi todos los que han seguido esa conducta, Melquíades sólo se ha hecho incompatible con la República. Da risa pensar que este hombre, antiguo tribuno de la plebe, haya necesitado algunos meses de República para decir por fin que él también es republicano.

Su discurso en las Cortes durante el debate de la Constitución fue muy bueno y a nadie le importó. La conferencia del otro día ha sido de un conservatismo extremado; sus propios amigos andan diciendo por ahí que es el peor discurso que le han oído y el que más ha gustado al auditorio. Así al menos opina su veterano secuaz Leopoldo Palacios Morini.

Melquíades no se atreve a hablar en las Cortes, porque no le hacen caso, y ahora, al cabo de tres meses, ha dedicado buena parte de su conferencia a refutar mi discurso de octubre sobre el artículo 26 de la Constitución. Entonces no dijo ni pío, y ahora lo combate, sin nombrarme. Asegura que entonces no habló, porque en el Gobierno había quien estaba llamado a hacerlo (Alcalá-Zamora) y no lo hizo. Esta disculpa es característica de don Melquíades.

En su conferencia me atribuye la tontería de haber dicho, en mi discurso de octubre, que España dejo de ser católica el 14 de abril, y, claro, se luce refutándolo. Una cosa igual ha hecho Unamuno en un artículo de *El Sol*. ¿Lo habrán entendido así realmente, o serán recursos de polemista? En el fondo, lo mismo da.

11 de enero

En el ministerio de la Guerra he despachado brevemente. Después he ido a Gobernación para hablar con Casares de lo que dice *ABC* y *El Heraldo*. Le encargo que digan a *El Heraldo* que no vuelva a hablar del general Sanjurjo.

En la presidencia, recibo muchas visitas de pretendientes.

Por la tarde voy al Museo de Ingenieros, a ver la exposición de anteproyectos para un nuevo cuartel en Madrid. Después voy a casa de Lissarraga a comprar muebles para la presidencia del Consejo. Y de nuevo al ministerio de la Guerra, donde me entregan el mamotreto que ha escrito la Comisión interministerial que nombré para que dictaminase sobre los problemas de la Aviación. Sólo recordar este asunto, me da dolor de cabeza, y ahora tendré que leerme todo eso. Y no servirá para nada porque la cuestión no tiene arreglo.

La cuestión de la Guardia civil viene pasando estos días por su período inflamatorio. Los que temen y los que esperan, todos coinciden en asegurar que la Guardia civil se apresta a dar un golpe contra la República, o por lo menos contra el Gobierno. Se han hecho manifestaciones de simpatía a la Guardia civil en la Dirección General, y esta oficina es un centro de intrigas. Indudablemente, en la Guardia civil, hay algunos jefes que aborrecen el sistema actual y que se van de la lengua profiriendo amenazas.

Por una confidente se ha sabido que un teniente coronel llamado Brotons, o cosa así, afirma que la Guardia civil de Madrid está dispuesta a sublevarse para echarme a mí del Gobierno y a los socialistas; pero que continúe la República.

Otros han venido a decirme que de la Dirección General han enviado pliegos a provincias para recoger firmas de todos los jefes y oficiales, solidarizándose con Sanjurjo. Un capitán, llamado Izquierdo, ha estado en mi Gabinete militar y le ha dicho al comandante Saravia que tenía encargo de llevar unos pliegos a Málaga.

Parece ser que algunos oficiales hacen propaganda entre los guardias, diciéndoles que el Gobierno se propone disolver el cuerpo.

Yo hablé el otro día con el coronel Juncosa, que manda el 14 tercio. Juncosa es amigo mío desde la niñez. Es bastante soso, y no saqué nada en limpio, como no sea que hace poco ocurrió algo entre los guardias de su tercio.

Por otra parte, se ha sabido que el otro día, el hijo de Sanjurjo, capitán de Infantería, que tiene sobre su padre una influencia sin límites, despotricaba contra mí en los pasillos de la Dirección General, diciendo que ahora se vería si era yo bastante hombre para destituir a su padre. Este joven, y algunos jefes de la Guardia civil, empujan a Sanjurjo para que haga una barbaridad. Y él se resiste.

En esta situación yo permanezco como un cazador, en un silencio y en una inmovilidad absolutos; pero con cien ojos. Algunos me aconsejan que tome la iniciativa y que descargue un golpe, dejándolos aplastados. Pero esto no conviene. Sería un escándalo, que dejaría a la República maltrecha, y sólo en caso extremo, cuando viese el peligro inminente lo haría. Para la autoridad del régimen, tanto daría que la Guardia civil se insubordinase como que tuviera que sitiarla y desarmarla por la fuerza. Estaríamos en pleno americanismo, y hay que evitar, si es posible, un espectáculo así.

Indirectamente he sondeado a algunos jefes de la guarnición de Madrid. Los coroneles de la Artillería de Getafe y Vicálvaro dicen a Saravia que ellos harán lo que les mande el Gobierno. Con el regimiento a caballo también se puede contar. De la Infantería, sé que está bien el coronel de un regimiento. De los otros, no tengo noticia. La brigada de Alcalá la manda mi primo García Benítez. La exploración importa, porque no es cosa baladí tener que echar al ejército contra la Guardia civil.

Algunos coroneles de la Guardia han hecho conversación de sus asuntos con jefes del ejército.

Conversación con el comandante Pastor, jefe de Aviación. Las opiniones en Aviación, entre la oficialidad, o son muy de izquierda o muy de derecha. El jefe de Getafe es bueno, entendido y adicto; pero cree Pastor que si hubiera de hacerse algo violento contra la Guardia civil, quizá vacilase. Pienso en otro, más seguro.

Lo más difícil, en estas cosas, es conservar la serenidad y la lucidez del juicio. Las gentes que me rodean en el ministerio están muy preocupadas, y dicen que desde abril no han visto una dificultad más seria. Por su gusto, ya habría hecho una de pópulo bárbaro.

Hoy ha vuelto a hablarme Saravia de un vago asunto de envío de armas desde los Alcázares a Madrid. La noticia se tiene por un cabo de las tropas de

Aviación que hay en los Alcázares. Las armas han venido a una casa de Aravaca. Esto no tiene nada que ver, es claro, con lo de la Guardia civil. Sería más bien un asunto comunista o cosa así. Tenemos un servicio especial que nos hace Valdivia en la Dirección General de Seguridad, con independencia de la policía, que sirve de poco. Todo esto es aún muy confuso. Parece que en ello anda el comandante Burguete, jefe de los Alcázares, que es muy torpe y muy exaltado. Pero aún no se le puede probar nada.

Por la tarde me he encontrado con Ortega (José) en un pasillo del Congreso. Estaba yo hablando con el general Riquelme, que ha venido a Madrid a pedirme la Dirección General de Carabineros. Riquelme me decía que le faltan dos generales en Valencia. «Ya están haciéndolos», le respondí. Ortega se echó a reír, y me dijo: «A ver cuándo tengo ocasión de hablar con usted». «Ahora mismo», contesté, y nos fuimos a mi despacho.

Me dice que ha estado ausente, y desea conocer la situación de la política. Hablamos de todos los asuntos pendientes, y también de la Guardia civil y de la actitud de Sanjurjo. Yo le cuento lo que me propongo hacer, y los términos en que estoy con el general. Ortega opina que al general le conviene estar una temporada apartado del mando, para que no le traigan ni le lleven.

La conversación ha durado media hora, y al marcharse me hace muchos ofrecimientos para cuanto yo necesite de él.

Esta noche, *El Heraldo* ya no habla de Sanjurjo. El general ha comido el otro día con Lerroux, parece ser que por gestiones oficiosas e indiscretas de dos amigos de aquéllos. Los periódicos han querido sacar punta a la reunión, y Lerroux, al ser preguntado sobre ello, ha cometido la tontería de decir: «Yo no aceptaré nunca el poder más que por la vía constitucional».

Lerroux, que con toda su experiencia carece de verdadero *mundo*, se pone un poco en ridículo hablando continuamente de que «gobernará», de que «llegará al poder», etcétera, como un jovenzuelo ambicioso de provincias.

12 de enero

Antes del Consejo de ministros ha venido a verme Galarza, subsecretario de Comunicaciones.

Me informa del conflicto pendiente con el personal de la Telefónica. Martínez Barrio se metió a arbitrar el pleito entre la empresa y su personal, y ha dictado un arbitraje concediendo a los empleados cuanto pedían, o poco menos. Procedió con ligereza, y nunca tuvo en el ministerio verdadera autoridad, subordinado a los sindicatos. El estado del ministerio, todavía sin organizar, es lastimoso. Galarza me dice que el arbitraje es «una monstruosidad» y no puede aplicarse íntegro. La Telefónica ha interpuesto un recurso ante la presidencia, que Galarza me trae informado. Niega la Telefónica que haya habido arbitraje, y no se considera obligada por él. A Martínez Barrio no se le ocurrió exigir a la compañía que firmase la sumisión a su fallo.

Albornoz lee en el Consejo el proyecto de decreto disolviendo la Compañía de Jesús. Lo lee con énfasis, quitándose y poniéndose las gafas muchas veces, y ahuecando la voz para dar explicaciones que no explican nada. El preámbulo es muy discutido y se acuerda que lo reduzca o lo suprima; también se modifican algunos artículos, quitando vejaciones inútiles. Lo traerá otro día. El Nuncio me ha visitado en el ministerio de la Guerra para explorar las intenciones del Gobierno. Yo le dije que el decreto sobre la Compañía estaba ya casi hecho, y que la ley sobre las congregaciones y cultos iría más despacio.

El Nuncio quería que se tratase con Roma antes de hacer nada con los jesuitas, y me aseguró que Roma estaba dispuesta a la transigencia; transigir llama él a que se reduzca el número de casas en España. También me suplicó que no fuésemos muy aprisa, que diésemos tiempo al tiempo, etcétera. Quizá confía en un cambio de Gobierno. Me limité a decirle que hemos de cumplir la Constitución.

En el Consejo, Carner habla de la situación del cambio. No es posible seguir defendiéndolo en el Centro de Contratación. Cada día hay un déficit de un millón de pesetas entre la moneda extranjera que piden y la que podemos

dar. Estamos, de hecho, en una moratoria. Y no se puede seguir exportando oro. Hay que dejar el cambio libre, y la peseta perderá.

Después hablamos del Presupuesto, que no bajará de los cuatro mil millones, y de la mengua de los ingresos.

Prieto dice: «Hemos estado bajo el efecto psicológico de mi salida de Hacienda y de mi acertada sustitución por el señor Carner. Pero el efecto se agota, y el señor Carner se derrumbará, como me derrumbé yo, si todo el Gobierno no está compacto junto al ministro de Hacienda para nivelar el Presupuesto, que es lo más útil que puede hacer el Gobierno para mejorar los cambios».

Yo: «Tengo que hacer a eso una observación: si el Gobierno no está compacto, el Gobierno dejará de existir. Mi presencia en este sitio no tiene otra significación».

La Bolsa vuelve a subir, pasada la alarma de estos días. Mi discurso en el banquete del Consorcio ha causado muy buen efecto, y un alto funcionario del Hispano, que va a la tertulia del Regina, les ha dicho a mis amigos que los banqueros están muy contentos, y un poco asombrados al descubrir que no soy «un ogro». Lo mismo que las señoras beatas.

He tenido firma con el Presidente de la República. Hablamos del asunto de la Guardia civil y de Sanjurjo. Los militares que rodean a don Niceto, también le cuentan cuentos. Y el Presidente me consulta sobre la conveniencia de hacer saber a Sanjurjo, directa o indirectamente, que si intentan algo contra el Gobierno, tengan entendido que también se llevarán por delante a don Niceto, que resistirá cuanto pueda, y si es vencido, dejará el cargo y se marchará al extranjero.

Me opongo terminantemente a que se haga ninguna gestión presidencial cerca de Sanjurjo; esto sería viejo estilo, y dejaría además al Gobierno *protegido* por el Presidente. Don Niceto se allana; pero desde mi casa, le reitero por teléfono mi opinión, para que no se le olvide.

En las Cortes, Botella y Albornoz se han tirado los trastos a la cabeza. Y son del mismo partido.

Guzmán ha venido a verme esta noche y me ha contado cosas de interés. En la redacción de *Ahora* ha hablado con Leopoldo Bejarano, periodista íntimo de Sanjurjo. Guzmán ha ido a la redacción llamado por Chávez Nogales, redactor jefe, amigo nuestro, que ha creído necesario que Guzmán oyese a Bejarano para después enterarme a mí.

Bejarano dice que, desde hace pocos días, encuentra a Sanjurjo muy cambiado. Antes, a pesar de todo lo que se decía de él y cuanto le decían y

proponían, Sanjurjo estaba sereno; pero ahora le ve muy preocupado y caviloso. Bejarano ha aconsejado siempre a Sanjurjo que no se metiera en aventuras y se estuviese tranquilo, porque ese es su verdadero interés, y su alarma de hoy viene precisamente de que no lo ve tan seguro. Cuando le repite sus consejos, Sanjurjo contesta con evasivas. Y le ha dicho a Corrochano, otro periodista de su intimidad, que «Azaña le ha destituido sin darle explicaciones». (Este es el secreto que me prometió guardar).

Preocupado con esto, Bejarano fue a hablar con Ortega, para que inquiriese de mí lo que pienso hacer con Sanjurjo, y para que diese también un buen consejo al general. Al oír esto, recuerdo la visita que me hizo ayer, y su falta de franqueza al disimular el móvil de sus preguntas. Cuando le vea se lo diré.

Comentamos largamente la situación. Guzmán me dice que he sido un valiente dejando a Sanjurjo en la Dirección de la Guardia civil, después de decirle que le cambiaba de destino. Le respondo que no hay valentía, porque no veo el riesgo inminente; tampoco era posible, no teniendo ningún hecho que me permita confundir al general, destituirlo por sorpresa, que le hubiese agraviado, y que aun haciéndolo así, no se habría evitado un acto de insubordinación, si están decididos a ello, cosa que me cuesta trabajo creer, y que si hemos de «llegar a las manos» más vale ventilar la cuestión de una vez, que no dejarla soterrada para otro día. El estupor que le produjo al general mi determinación, me gusta y me tranquiliza, y prefiero, estando alerta, hacerle ver que no me da cuidado lo que piensa.

Un periodista de *El Heraldo*, que tomó por suya la protesta de algunos suboficiales cuando se hizo la ley que los reorganiza, ha llevado a visitar a Sanjurjo una comisión de sargentos, que se le presentan como muy adictos. El periodista hace el tonto, porque los sargentos son confidentes, aleccionados por mi Gabinete militar. También sabemos por ellos lo que hace Orozco, coronel de Artillería retirado.

17 de enero

El Presidente de la República se fue a Alicante. Acudimos a despedirlo en la estación. En la sala de espera, Sanjurjo, con otros muchos personajes oficiales. Fui dando la mano, y al llegar a Sanjurjo, noté lo torvo que estaba. Sonriendo le dije, al saludarme: «General, tengo un *disco* para usted. Véame mañana». Él, entonces, se puso muy fino y amable. Al día siguiente no pude verle, y ayer le llamé a mi despacho. El *disco* era una tontería («una metedura de pata», dice el general) que ha hecho un comandante de la Guardia civil en Valladolid. Ya se figuraba el general que le llamaba para eso. Y después le toqué en la herida.

—Alrededor de usted se está haciendo una campaña, sin culpa de usted, que le coloca en situación difícil.

El general lo reconoce y asegura una vez más que es ajeno a todo.

—Lo sé. La prueba es que le dejo seguir en la Dirección General, a pesar de que se ha disgustado por el cambio.

Después el general enumera todas las razones que tiene para no hacer caso a los que quieren valerse de su nombre. Entre otras, hay ésta: que no quiere deshonrar la historia de la Guardia civil, siempre leal desde que se creó. «Si yo tuviese ganas de hacer algo, antes lo haría con un regimiento que con la Guardia civil». Y esta otra: «Que si la Guardia civil hiciese algo y triunfase, *el que viniera detrás* ya no se fiaría de ella, y la suprimiría».

Le digo que su deber no es simplemente desoír a los *tentadores*, sino reducirlos al silencio.

Y añado que si, en una hipótesis desgraciada, se produjese un movimiento que arrollara al propio general, las consecuencias serían terribles, porque al día siguiente muchos puestos de la Guardia civil serían exterminados por esos pueblos, multiplicándose el caso de Castilblanco. (Y ésta es una de las razones, quizá la de más peso, que tengo para no tomar una iniciativa violenta contra la Guardia civil; en cuanto en los pueblos se enterasen de que el Gobierno la perseguía o la castigaba, se revolverían contra ella, de un modo sangriento).

La conversación, breve, ha girado sobre los mismos temas que el otro día. Al despedirse, el general dice:

—Estoy triste, pero ya me alegraré.

Mientras tanto, he hecho venir del norte a un capitán de la Guardia civil que realizaba un viaje confidencial. Es hombre de absoluta confianza. Le he encargado a Casares que haga circular por los centros de la Guardia civil al capitán y que nos informe. El capitán ha venido a decirnos, después de sus exploraciones, *que no pasa nada*.

Mis últimos informes son: que en la Dirección General se ha celebrado una reunión de jefes de la Guardia civil, presidida por el subdirector, general Pardo. Se ha planteado el caso de lo que debían hacer, y el general Pardo les ha dicho que, en plata, se trataba de saber si estaban con el Gobierno o contra el Gobierno. Uno de los presentes ha contestado que le correspondía al general decir la palabra decisiva. Pardo ha dicho:

—Siempre con el Gobierno.

Y todos han seguido su opinión.

Este mes resulta muy abundante en *festejos diplomáticos*. Nos invitan en la embajada de Francia, en la de Italia, en la legación del Uruguay; el encargado de negocios de la Argentina nos da de cenar en el Ritz con Danvila, de paso para Buenos Aires, y en algunos sitios más. Casi todos los diplomáticos son monárquicos. En la embajada de Italia, rodeado de fascistas, hablo con el ministro de Turquía, que es poeta, y con el de Noruega, que es un viejo un poco ibseniano. El embajador de Italia llegó a Madrid pocos días antes de la revolución; es tonto; su mujer, guapa y lista, era muy amiga de la reina, y por ello tuvieron mucho empeño en venir a Madrid. Están muy contrariados, claro.

Estas gentes no disimulan su asombro cuando un republicano sabe hablar francés.

El más simpático es el embajador de Inglaterra, que también nos ha obsequiado con un suculento banquete de gala. Le gusta mezclarse con la *plebe* en los paseos y espectáculos de Madrid, sabe muchos *timos* madrileños, y se complace en alusiones eróticas. Me habló de la devolución de las alhajas particulares de la reina. De esto me ha hablado también Pérez de Ayala, que vino a despedirse de mí anoche. Me felicitó por mis discursos en las Cortes, y me preguntó, no como embajador, «sino como novelista», sí era verdad que yo le había ofrecido a Madariaga la cartera de Hacienda. Le dije que sí. Parece ser que Madariaga comunicó nuestra conversación por teléfono a los que estaban con él, y también a Ayala, cuando pasó por París, camino de

España. Ayala no quería creerlo porque, a su juicio, Madariaga es muy infatuado y trepador. Se ha creado el mito de Ginebra para ser importante en Madrid.

Me preguntó además Ayala si voy a ir a la conferencia de Ginebra. Le respondo que no, porque la situación de España no me permite alejarme de aquí. Ayala dice que Madariaga quiere llevar a Ginebra a cuantos más ministros españoles pueda, para darse importancia, y que ahora pretende llevar a tres, como sujetos por una cuerda en el hocico. Ayala me aconseja que no haga caso de lo que me diga Madariaga, y que antes de decidir si voy o no a Ginebra aguarde a lo que él, Ayala, me diga (o sea, que debe ser él quien me guíe, y no Madariaga. Pienso dejarlos iguales a los dos).

23 de enero

Estos días son muy agitados. Se ha producido un levantamiento comunista-anarquista en la Zona de Marruecos, dirigido por la FAI y secundado por la CNT. Banderas rojas, asalto de fábricas, barricadas, etcétera, etcétera. Se venía anunciando este suceso para el día 25. El ministro de la Gobernación comenzó a ordenar detenciones. Anteayer por la mañana me telefoneó diciendo: «Se nos han adelantado». Y me contó lo que ocurría. Aquella mañana tuvimos Consejo en Palacio, como segundo jueves del mes. Informé al Presidente de lo que sucedía y de los antecedentes que teníamos, y mostré mi resolución de proceder con toda rapidez y con la mayor violencia a reprimir la rebelión. Como Fernando me oyó decir que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano, quiso disentir; pero yo no le dejé, y con mucha brusquedad le repliqué que no estaba dispuesto a que se me comiesen la República. Todos los demás ministros aprobaron mi resolución. Desde la misma sala del Consejo hablé por teléfono con el general Batet ordenándole que enviase una columna al lugar del suceso, con instrucciones inexorables para aplastar a los levantiscos.

En el Consejo se aprobaron otras medidas relativas al orden público. Por cierto que al salir del Consejo los periodistas interrogaron a Prieto sobre lo acordado, y Prieto repuso que sin mi permiso no podía hablar. Los periodistas se me acercaron para pedirme que diese autorización a Prieto, y yo se la di. Entonces, les habló. Los periódicos refieren el caso, que ha parecido muy bien, porque prueba que he disciplinado a los ministros más lenguaraces.

La conjuración de los extremistas era muy vasta. Por fortuna, se ha podido cortar a tiempo, porque teníamos en la mano algunos hilos.

Recibimos informes del extranjero (Berlín, Viena) haciéndonos saber las conferencias de los delegados rusos con emisarios españoles, y las líneas generales de lo que nos decían desde fuera coincidían con los informes recogidos por los gobernadores.

Anoche estuve en Gobernación. El ministro permaneció todo el tiempo al habla con provincia. Desde Sevilla llamó Sol por el telégrafo Hughes, y Casares me trajo la cinta de la conferencia. Decía Sol que había empalmado

su teléfono con la línea de Barcelona y de este modo acababa de oír a Pestaña dar la orden de huelga general para hoy. En el acto, Sol ha detenido a los que hablaron con Pestaña, y ha tomado precauciones. Ya, hoy, me dicen que Pestaña ha enviado telegramas «en claro», a Sevilla, mandando suspender la huelga. Pero nos suponemos que esto será una habilidad, un poco simple, para despistar. En Gobernación estuvimos deliberando si se detenía o no a Pestaña; Esplá era partidario de detenerlo; pero Casares, con más tino, opinó lo contrario.

El día del Consejo en Palacio, vine después al ministerio de la Guerra, y hablé de nuevo con Batet. Entonces le reiteré mis órdenes de celeridad y energía, y fue cuando le dije que entre la llegada de las tropas y la conclusión de los sucesos no debían pasar más de quince minutos.

En las Cortes he tenido un gran éxito. Voto de confianza, propuesto por Maura. Como se disponían a votar la confianza los de la extrema derecha, me levanté de nuevo para decirles que no los necesitaba.

El día de hoy es más tranquilo. He despachado brevemente en Guerra y después he ido a Correos a presidir una ceremonia bastante tonta, organizada por *Crisol*, ahora *Luz*; entregar a los cuerpos de Correos y Telégrafos una bandera republicana, porque en Correos se izó la primera el 14 de abril.

La ceremonia podía ser una encerrona, porque los directores generales se disponían a echar sendos discursos exponiendo las reivindicaciones de sus subordinados. Les dije que no hablasen. Nos recibieron con muchos aplausos. Leyó un papel el director de *Luz*. Habló Casares, haciendo quizá demasiadas promesas al personal, y hablé yo, predicando disciplina, trabajo y abnegación por el Estado. Me aplaudieron muchas veces, aunque no era eso lo que esperaban.

Al salir, uno de los funcionarios le dijo a mi ayudante Menéndez: «Es muy duro el Presidente».

—¿No les ha gustado a ustedes?

—Sí, ha estado muy bien; pero es muy duro. ¿Es siempre así?

Después de este festejo, voy a casa del Presidente de la República, a ponerle a la firma el decreto de disolución de los jesuitas, aprobado en uno de los últimos Consejos. Albornoz quería que se publicase antes de concluir la semana parlamentaria, esperando sin duda que las Cortes le hiciesen una ovación. Yo lo he retrasado hasta conocer la marcha de las cuestiones de orden público, y le dije que lo firmaría hoy, pero reservándome el enviarlo a la *Gaceta* según viese las cosas.

He leído el decreto a don Niceto; lo ha encontrado bien, dado lo que es el artículo de la Constitución. El momento no le parece muy a propósito para publicarlo. Y me hace notar que lo firma sin repararlo en una tilde.

Don Niceto se me queja después de algunos ministros, que no le quieren, o no tienen confianza en él: son Casares, Carner y Fernando. Su prevención respecto de Casares y Fernando es añeja; la que siente por Carner proviene sin duda de que Carner fue el primero que torció el gesto cuando don Niceto nos habló de su proyectado mensaje a las Cortes.

De Giral me dice que «hace muchos años que riñó con la franqueza».

Se queja de que no le hacen bastante caso. De los sucesos de Castilblanco se enteró por los periódicos.

Yo procuro quitar importancia a esto, y desvanecer sus prevenciones contra los ministros, asegurándole que todos le quieren mucho.

He pasado la tarde en El Pardo, paseándome por el jardín de La Zarzuela. Maravilloso día. Después he ido a visitar a mi hermana, a quien no veía desde noviembre. A las ocho, voy a la presidencia, despacho una porción de asuntos, hablo por teléfono con Casares para saber cómo van las cosas, y antes de regresar a casa envío al ministerio de Justicia, para que lo publiquen mañana en la *Gacela*, el decreto de los jesuitas.

Y ya no salgo esta noche.

Aunque el Presidente de la República cree que no es oportuno publicar ahora el decreto, yo opino lo contrario. Doy una impresión de desembarazo y seguridad, y precisamente estos días en que he de ser riguroso con la extrema izquierda, me conviene serlo también con los del bando opuesto.

Por vía indirecta me llega el deseo de don Juan March de tener una entrevista conmigo. Asegura que él no ha hecho ninguna de las cosas malas que le imputan, ni ha sido nunca contrabandista. Está deseando servir a la República y apoyar al Gobierno, las indicaciones se las ha hecho a Amós, que se ha escandalizado, y al emisario le ha dicho que yo nunca recibiría a March.

Amós se equivoca. El asunto de los portugueses ya no puede hacerse por mediación de E., y pienso que quizás este otro se prestaría a servirlos, y que les pusiese después la cuenta a ellos. Quienes resultarían gananciosas serían la República y España.

Barcia vino a decirme que Mario García Kohly quería hablarme de un asunto reservado y particular, y que si yo le recibiría. Le di cita, y ha venido al ministerio de la Guerra. Me ha hecho una larga historia de la política de su país y me pide auxilio moral y económico de España para su candidatura a la

presidencia de la República. Enumeración de las ventajas económicas resultantes para España.

Este asunto es difícil de acabar, porque no hay dinero para una política exterior de gran estilo. Pero lo intentaré. Estas son las cosas que a mí me gustaría hacer; pero váyale usted con estos cuentos a los «jabalíes».

Alberto J. Pani, que deja la embajada de México en España para ser ministro de Hacienda en su país, ha dado una cena en honor del Presidente de la República. Asiste casi todo el Gobierno, con las ministras.

Una Heva el pelo cortado hasta las orejas, y lo restante muy alborotado y enhiesto, como si acabara de leer un decreto de su marido.

Cuando se acabó la cena, a Carner se le habían caído los dos botones de la pechera. A Prieto, no se le había caído más que uno, y al dejarse ir sobre un sillón dijo, poniéndose un dedo en el botón que le quedaba: «A ver si puedo sentarme sin que se me caiga».

Los Pani viven en una casa fastuosa, que fue de Koherthaler. La embajadora enseñó la casa a las señoras.

27 de enero

El Nuncio ha venido a verme, y me entrega tres notas verbales sobre la disolución de la Compañía. La primera es una protesta, muy larga, con argumentos numerados. Viene a ser lo mismo que el discurso de Lamamié en las Cortes. La nota no es detonante ni trae ganas de reñir, y las palabras con que el Nuncio me hace la entrega son más de aflicción que de protesta. «Cumplo un deber como representante de la Iglesia…». Hablamos largamente. Yo le digo una cosa que él no ignora: que si la Iglesia sale de todo esto sin más pérdida que la disolución de los jesuitas, puede darse por satisfecha.

Las otras notas se refieren al seminario de Comillas, que no es de los jesuitas, sino del Papa, y a la situación en que quedan los jesuitas enfermos y ancianos; pide que se les conceda pensiones.

También me ha visto Herbette. Trae unas notas sobre cuestiones comerciales y pretende que se abran en seguida las negociaciones. Deja entrever medidas del Gobierno francés en daño de nuestro comercio, si no se le satisface. Le digo que hablaremos; pero que, en París, Zulueta ha tenido una entrevista con Laval y en ella el Presidente francés ha aceptado que se resuelvan primero las diferencias hispano-francesas causadas por el régimen de «contingentes», y que después se entablará una negociación más amplia y general.

Este embajador pretende ganar terreno a fuerza de ser amable, cortés y amistoso conmigo, y creo que lo mismo hace con Zulueta.

Después ha tenido una conversación con el subsecretario de Estado; Ocerin me dice que ha sido *agridulce*.

Zulueta se ha marchado a Ginebra. Yo no voy, decididamente. También se han ido Giral y los otros delegados, menos Ramos.

En cuanto se ha marchado Zulueta, don José Ortega ha dimitido la presidencia de la Comisión parlamentaria de Estado. La carta de dimisión dice que no puede continuar en el cargo por sus muchas ocupaciones; pero le ha contado a un periodista, que lo publica en *El Sol*, que se ha enfadado

porque Zulueta, antes de ir a Ginebra, no ha reunido a la Comisión parlamentaria para darle cuenta de lo que se proponía hacer en la conferencia.

Zulueta me ha hablado por teléfono, y está muy molesto con Ortega, porque siendo amigo suyo le coloque en una posición desairada, pues la nota de Ortega parece una desautorización. El ministro no tiene atribuciones para convocar a la Comisión; es la Comisión quien puede llamar al ministro. Lerroux tampoco compareció ante la Comisión cuando fue a Ginebra, y envió a Esplá: Zulueta quiere que Ortega retire la dimisión, o rectifique la nota, y si no lo hace, que se publique una rectificación oficiosa. «Ortega —dice Zulueta — no es hombre de lucha». Le gusta el aplauso de todos, y no querrá afrontar una enmienda de este género, que le sabrá a un palmetazo.

En Marruecos, las cosas se echan a perder entre las autoridades superiores. El comisario y Cabanellas están a matar, y asimismo el comisario y el jalifa. Cuando cesó Sanjurjo en la Alta Comisaría, y después de muchas vacilaciones se nombró a López Ferrer para sustituirlo, se me ocurrió el nombre de Cabanellas para el mando de las fuerzas militares. Había tenido acierto en Andalucía, pasa por buen republicano, y no es un *santón* de los que pueden resultar peligrosos. Maura quería que nombrásemos al general Franco, y otros a Goded. Se nombró a Cabanellas, y López Ferrer le hizo creer que le debía el nombramiento. Estaban muy amigos, y podíamos prometernos que se las arreglarían sin disputar. Pero no han tardado en enemistarse. Rivalizan por cuestiones de precedencia y celos entre sus estados mayores. Los amigos de López Ferrer dicen pestes del general; los del general y el propio Cabanellas abominan del comisario. Las cartas que tengo de López Ferrer son muy expresivas acerca de esto. López Ferrer parece algo dominante, lo cual no es un defecto en su cargo, y aunque nadie le tacha de inmoral, parece que sus dos principales auxiliares son pájaros de cuenta. Se dice que venden los destinos. Todo esto ha creado muy mala atmósfera para López Ferrer, y así se vio durante el viaje de Fernando de los Ríos a la Zona.

Por su parte, los partidos políticos hacen cuanto pueden por complicar las cosas: van allí a plantear contiendas que sólo son admisibles en la Península, pero no en un protectorado. Pérez Madrigal ha dado un mitin en Arcila contra Lerroux. Marraco, lerrouxista, ha pronunciado un discurso en Alcázar diciendo que España está preparada para ocupar la Zona francesa si nuestros vecinos tienen que abandonarla. Se hace propaganda socialista y comunista entre los indígenas. Y a la Zona va la hez de España. Melilla es una sentina.

El jalifa está incomodado con López Ferrer porque le ata muy corto y no le deja meterse en nada. También hay «moros notables» que desacatan al

jalifa. En fin, nada bueno.

He decidido quitar a Cabanellas y ya le he llamado a Madrid; lo utilizaré para sustituir a Sanjurjo. También he removido al coronel Zapico, secretario general de la Alta Comisaría, que estaba muy mal con López Ferrer, y el inspector de policía, etcétera.

Ahora tengo que quitar a los adláteres de López Ferrer, que hacen daño. Es posible que esto le disguste, y le mueva a dimitir, cosa que no deseo; pero con gente corrompida no se le puede dejar.

Me llegan noticias más concretas de algo que se tramaba en los Alcázares. Un cabo de aquella base ha declarado ante Valdivia, secretario de la Dirección de Seguridad, que Burguete, jefe de la base, tramaba un golpe con un capitán, y que hablaron a un sargento para que sacase los aparatos a la línea, y el sargento se negó. De los Alcázares han traído armas a Madrid en cuyo acarreo trabajó el cabo, dejándolas en una casa de Aravaca, que se supone que sea la del padre del comandante Burguete, es decir, el general. Pero el general, ausente, ignoró lo que hacían en su propia casa. Seguiremos tirando de este hilo.

29 de enero

La discusión de la ley de Fábricas Militares ha durado casi ocho días. Se han dicho muchas tontunas. Lo más notable ha sido mi trifulca con el general Fanjul, diputado. Los artilleros estaban algo picados en razón de mi proyecto de ley, que es el medio de acabar con la independencia del cuerpo en la administración y gerencia de las fábricas, donde vienen haciendo mangas y capirotes, pero no armas. Un diputado radical, artillero, ha combatido el proyecto invocando la «gloriosa tradición». El general Fanjul, con quien yo había conversado dos o tres veces en los pasillos acerca de este asunto, se permitió decir en un discurso que el proyecto de ley iba a disgustar a la Artillería, que ya no sería mañana como fue ayer, etcétera. Me levanté a dar un recorrido a Fanjul, y se lo di completo; mi discurso fue violentísimo, más que por las palabras, por el acento con que se lo dije, y que le «redujo al silencio». En la discusión general he pronunciado otro discurso sobre la situación del ejército[31].

Fanjul es un antiguo diputado ciervista, cacique en la provincia de Cuenca. Cuando yo llegué al ministerio de la Guerra, Fanjul ocupaba un alto puesto en la Dirección General de Campaña. En tres meses, no halló ocasión de presentárseme. El día que se abrieron las Cortes, se acercó al banco azul, me saludó, dijo quién era y me pidió el puesto de segundo jefe del Estado Mayor Central, que estaba por crearse o acababa yo de crear en aquellos días. Cortésmente, le respondí con una evasiva.

Cuando se hizo la mutación de la Dirección General de Campaña en Estado Mayor Central, lo dejé disponible sin previo aviso. Se puso furioso, y me contaron que había ido a ver al subsecretario, quejándose de que lo hubiese despedido como a una criada, y anunciando, en represalias, que combatiría mis reformas en las Cortes y las haría trizas. Cuando llegó la discusión de mis reformas, Fanjul no se atrevió.

El vapuleo que le he dado, sentó muy bien. Luis Bello dice que Fanjul se marchó asustado. Mientras yo hablaba, Alba se sonreía con cierta impertinencia, como diciendo que la cosa no era para tanto.

Fanjul es un buen ejemplo de la antigua política.

Se viene anunciando, desde hace un mes, el discurso que Lerroux va a pronunciar el 11 de febrero en Barcelona. Para el caso, los radicales se proponen organizar trenes especiales. Alrededor del discurso en proyecto se hace tanta propaganda y se despierta tanta curiosidad, como si se esperase la aparición de un legislador nuevo en el Sinaí. La cosa es un poco cómica, y me sorprende que Lerroux deje hacer a sus jaleadores. Para responder a lo que se espera, tendría que revelarse un genio. Al fin, el propio Lerroux lo ha comprendido así, y empieza a quitar hierro. Dice que disgustará a todos, que no va a hacer un programa, que será un discurso improvisado, etcétera, etcétera.

Los pazguatos y los interesados creen o afectan creer que Lerroux guarda un secreto político, una receta pasmosa, y que todos somos unos títeres que nos quitaremos de enmedio en cuanto Lerroux abra la boca. El único que tal vez no lo cree es Lerroux, prisionero de su reputación, de su partido, de su propio y taimado silencio. Es notable que desde el 14 de abril Lerroux no ha hecho más que unos cuantos discursos electorales y luego otro en Valladolid, que disgustó a sus parciales, porque le vieron inclinarse a la derecha y a los prohombres del antiguo régimen. En las Cortes no ha dicho nada. El jefe del partido republicano más numeroso, ha visto pasar tantos problemas sin descubrir su parecer. Sus viajes a Ginebra, donde ha hecho muy mal papel, no tenían más fin que quitarse de ocasiones y compromisos.

Esta obstinación le perjudica, no sólo porque le hace quedar mal, sino porque a fuerza de callar, ya no podrá hablar más que diciendo cosas notabilísimas, y como no puede decirlas, cuando hable, quedará mal otra vez.

Es de advertir que guardaba el mismo silencio que en las Cortes en los Consejos de ministros. Rara vez ha intervenido en las discusiones Se veía no sólo que no le importaban los asuntos, sino que le eran enojosos, lo mismo que algunos de los ministros. Como se sentaba a mi lado, le he oído más de una vez rezongar contra Albornoz o contra Fernando de los Ríos.

Esta inhibición la noté ya en las reuniones del Comité revolucionario. En ninguna de las discusiones originadas por la elaboración del programa, del que había de ser Gobierno provisional, le vi tomar parte.

Lo que yo creo observar en Lerroux cuando le miro fijamente en nuestras conversaciones, es que él sabe muy bien que su posición es falsa; que tiene conciencia de su falta de autoridad, la cual se hará notoria en cuanto tome solo el poder. Ha de apacentar un partido numeroso, poco elevado, en el cual se cuelan ahora incontables caciques monárquicos; ha de sostenerse en el pedestal que le labra la prensa frívola, papanatas o venal. Pero lo que más

teme, acaso, es el contraste de la realidad del Gobierno. Y tiene que entretener a unos y a otros diciéndoles que sí, que va a gobernar; absteniéndose de hacer nada por conseguirlo.

Desde fuera, resulta un poco bufo y de muy mal gusto eso de repetir a cada momento: «yo gobernaré…», etcétera. ¡Bueno! ¡Y qué! Hay en esto algo de advenedizo y de provinciano.

El secreto de esta esfinge vendría a ser que no tiene ninguno. Y ese indiferentismo de Lerroux por las cuestiones generales y por los problemas del Gobierno, junto con el analfabetismo predominante en sus huestes, podría dar a la República el triste espectáculo de una explotación del poder en beneficio de una clientela.

Está tan traído y llevado Lerroux por la espuma de la politiquería que lo usan para todo: le han hecho Presidente del Círculo de Bellas Artes, de la Asociación de la Prensa; quieren hacerlo ¡decano del Colegio de Abogados!; presidió el jurado de un concurso de belleza. Y él deja hacer.

Claro que el papel más deslucido lo hace como siempre don Melquíades: se pone ahora al servicio de Lerroux, y ¡también quiere gobernar!, para lo cual lo primero que pide es la disolución de las Cortes Constituyentes. Mi amigo don Luis Hoyos, melquiadista recalcitrante y a prueba de desengaños, está un poco avergonzado de verse, a sus años, inscrito sin querer en el lerrouxismo.

Ciges Aparicio nos ha contado la conversación que oyó entre Lerroux y Alba. Lerroux le confesó a Alba que se halla impreparado para los problemas actuales, y que la República ha venido demasiado tarde para él. Estaba persuadido de que la República no vendría.

El barullo de Retamares. La policía tuvo una confidencia, según la cual, la compañía del regimiento 6, destacada en los polvorines de Retamares, iba a sublevarse con voz comunista, dirigida por un capitán, Gállego. Pasó una nota a Gobernación, diciéndolo, y aseguraba, con la base de una confidencia «seria», que el capitán Gállego, otro del mismo regimiento, Enciso, cuñado de Honorato Castro, y un médico militar del mismo cuerpo, pertenecían a una célula comunista; el golpe se había preparado para la misma noche. La nota se recibió en Gobernación a las diez. Casares dijo que la comunicasen a Guerra; a esas horas no había allí más que Saravia y el comandante Menéndez, que se lo transmitieron al general de la división. Desde este momento, todo es confuso.

Según me ha contado el propio capitán Gállego, que vino a verme con Enciso, a cosa de la medianoche le llamó por teléfono el general Loriga,

comandante militar del campamento, diciéndole que pasase a verle en el cuartel de Artillería a caballo, y que le acompañase el teniente de su mayor confianza. Me dice Gállego que al recibir una orden tan extraña y a tales horas, creyó que se trataba de un golpe de Estado preparado por los artilleros u otras fuerzas del campamento, porque como ardiente republicano que es, recela de Loriga y otros sujetos por el estilo. Movido de este temor, reforzó las guardias, y dio instrucciones a los que se quedaban en los polvorines, que no los entregasen de ninguna manera, viniese quien viniese, y aunque recibieran orden por teléfono del mismo Gállego, porque podría ser que estuviese coaccionado. Hecho esto, se fue al campamento, y se presentó a Loriga, que estaba con la oficialidad del regimiento de Artillería. Asegura Gállego que les dijo: «¿Esto es un golpe de Estado?». Y que los oficiales le tranquilizaron.

El general le dijo que quedaba detenido, y horas más tarde, no sé aún cuántas, le puso en libertad. Gállego le rogó que le explicase los motivos de su detención y de su liberación. Loriga se limitó a decir: «Órdenes superiores». Entonces Gállego le pidió permiso para ver al general de la división, y le hizo la misma pregunta. El general Villegas contestó: «Órdenes superiores».

Como por encima del general de la división no hay más que el ministro, Gállego creía que lo habían arrestado de mi orden.

En la mañana siguiente a la orden de arresto, el general de la división quitó de Retamares a la compañía del regimiento 6 y la sustituyó con otra del 31. En el servicio del destacamento, los regimientos turnan por meses, y al 6 no le tocaba ser relevado hasta febrero. La compañía de cada regimiento que da el servicio de destacamento es la misma durante el mes, y su designación la hace el coronel.

El relevo anticipado de la compañía cayó en el regimiento como una bomba. Todos los jefes y oficiales, y aun la tropa, están sentidísimos, porque es una tacha que cae sobre la lealtad y la disciplina del cuerpo. Cuando Gállego habló de esto con sus compañeros, quisieron que llegase al ministro la queja de todos, respondiendo de la lealtad del capitán. Éste se negó a aceptar la solidaridad de sus compañeros, y les dijo que llevaría el asunto como de su exclusivo interés personal.

Yo estaba ignorante de estos enredos. La primera noticia que tuve fue un suelto de *El Heraldo*, que aseguraba haber ocurrido algo en Retamares, en lo que aparecían complicados, y por lo que habían sido arrestados, el capitán Gállego y el teniente Manzanares. Como Gállego y Manzanares pertenecen a

distintos regimientos y no podían estar juntos en aquel servicio, y como además *El Heraldo* cultiva la nota sensacionalista, creí que se trataba de una majadería y no hice caso; con tanto mayor motivo cuanto que en el ministerio no se sabía nada (es decir, a mí no me habían dicho nada).

Al día siguiente de publicar *El Heraldo* la noticia, fui a la presidencia. Había Consejo. Los periodistas me preguntaron por el suceso, y yo, con toda buena fe, lo desmentí, haciéndoles ver que dos oficiales de distintos cuerpos no estaban juntos en aquel destacamento, y que eso era indicio de la poca solidez de la información. «Pues la noticia —me replicaron los periodistas— la han dado en un centro oficial». «¿Dónde?». «En la Dirección de Seguridad».

Por la tarde, en el Congreso, Sediles hizo una pregunta en la sesión, y yo contesté lo mismo: que no había pasado nada, ni había ningún oficial arrestado.

Veinticuatro horas después, se presentaron en el Congreso Gállego y Enciso. Los encontré en la puerta de mi despacho. Me contaron todo lo que antecede. Cuando había sonado el nombre de Gállego o Gallego, yo dudaba si se trataría de un oficial de este nombre a quien había recibido este verano en el ministerio dos o tres veces, y que me había traído unos escritos suyos sobre instrucción de la oficialidad, moral militar, disciplina, etcétera. Los escritos, y la conversación con el capitán me habían dejado la impresión de un muchacho entusiasta, algo Urico, buen republicano, un poco doctoral, muy militar y bastante iluso. Pero ni asomos de indisciplina, de extremismo, etcétera, etcétera. Al verlo ahora y comprobar que se trataba de la misma persona, y que lo acusaban de sublevarse por el comunismo, me sentí algo incrédulo.

Gállego, después de contarme el suceso, añadió que estaba dispuesto a someter su conducta a la más escrupulosa depuración, y que si a juicio de sus compañeros o de sus jefes había en ella la más mínima cosa que desdijera de sus deberes de oficial, pediría no ya el retiro sino la separación del ejército; que había en el ejército personas empeñadas en que hubiese descontento, lo mismo entre los jefes que entre los oficiales; que sus compañeros, muchos de ellos monárquicos, se le habían ofrecido a hacer causa común con él para crear una dificultad al ministro y al Gobierno, y que comprendiéndolo así había rechazado esa solidaridad; que lo mismo acababa de hacer con gente del bando opuesto, porque al llegar al Congreso se tropezó con Sediles, que al punto le interrogó sobre el caso y se le ofreció para llevar el asunto otra vez al

salón de sesiones, y Gallego rechazó las ofertas y servicios de Sediles para no promover por este lado ninguna dificultad.

Gállego se lamenta de que yo no tenga tiempo de ponerme en contacto frecuente con las guarniciones, ni de hablarles.

«Con discursos de usted, le seguirían ciegamente», dice Gállego. Pero no siendo así, hay desánimo, indiferencia y rutina, y un día puede ocurrir cualquier disgusto. Insistió mucho en el abandono en que están los «resortes espirituales» del mando y la disciplina; que no hay estímulo, y no se aprovecha el entusiasmo de los jóvenes, antes, se les coarta y se les mira mal, como le ocurre a él mismo; no le han permitido dar una conferencia que pensaba hacer ante los jefes y la oficialidad del regimiento.

«La orden que ha dado usted para que todos hagan temas y ejercicios teóricos, es la guillotina del mando, porque los jefes no saben nada y quedan en ridículo».

De nada servirá que se compre material: «Vajilla para romper», dice Gallego.

Cuando me refiere las palabras de Villegas: «Órdenes superiores», me quedo admirado. «¿Qué órdenes?», me pregunto. «¿Y yo qué sé dónde está usted, ni ningún otro capitán, de servicio?».

A su vez Gállego se queda admirado de que yo no supiera nada de esto. Y como yo ayer afirmé en la sesión que no había ocurrido nada, en el regimiento dominaba la impresión de que el ministro no había dicho la verdad.

Hasta aquí, mi entrevista con Gállego y Enciso.

Al día siguiente, en Guerra, me pongo en averiguaciones. El subsecretario no sabía nada, y al enterarse de lo que se decía llamó a Villegas, el cual le aseguró que había recibido instrucciones del Gabinete militar.

Llamo a Saravia y a Menéndez. Niegan que ellos hayan dado ninguna orden a Villegas, ni podían dársela. Pasaron a la división la nota de la policía. Villegas le consultó si convendría relevar la compañía aquella misma noche, y Saravia le contestó que eso le parecía mal; en cuanto a lo del capitán, le contestaron que hiciese lo que tuviera por conveniente. Aquí hay un punto oscuro. No consigo precisar la conversación de Saravia y Villegas. Saravia, que es muy tranquilo, y no da importancia a nada, probablemente se limitó a una respuesta equivalente a un encogimiento de hombros, y no me dijo nada por no creerlo de interés, o por olvido, o por evitarme una preocupación más. Por su parte, Villegas tiene horror a tomar sobre sí una responsabilidad, y lo consulta todo, aunque pertenezca exclusivamente a sus atribuciones, y le

habrá venido muy bien encontrar una sombra de pretexto a que acogerse para echar sobre otro la carga.

El mismo día se me presentó el coronel del 6. Venía a anunciarme su resolución de pedir el retiro (ya había cursado la instancia) porque su regimiento había merecido una demostración de desconfianza y formulaba parte por escrito sobre lo ocurrido, creyendo que Villegas había incurrido en falta. Procuré tranquilizarle, le leí la nota de la policía, para que viese que no se había procedido tan de ligero, le aseguré que el regimiento no padecía nada por eso, etcétera.

Me habló de Gállego. Dice que está «descentrado» en el regimiento, porque colaboró conmigo en la reorganización del cuerpo. Y que se ha dejado decir que el propio coronel le debe el destino. (Resulta que Gállego es uno de los oficiales republicanos a quienes el Gabinete militar encargó que diesen lista de oficiales adictos para componer los nuevos cuadros de mando). Entreveo lo que pasa. El coronel cree falsamente que Gállego es un influyente, un favorito (la verdad es que nunca le he hecho caso, y sólo he hablado con él dos veces), y se encuentra cohibido; esto ocurre en otras partes.

Por la tarde, volvió a verme el coronel. Me dijo que, desde que yo le leí la nota de la policía, está preocupadísimo, y que no se atreve a defender ya a esos oficiales. Yo le pregunto qué concepto tiene de Gállego y Enciso.

—Son los mejores oficiales del regimiento.

—Tomo nota de eso —le respondo.

—Bueno —rectifica presuroso—, si no los mejores, tan buenos como cualquiera.

Había yo encargado a Casares que inquiriese del director de Seguridad el origen y el valor de la confidencia. Por la tarde fui a Gobernación y desde el despacho del ministro llamaron al señor Herraiz, que es ahora el encargado de asegurarnos el orden público. El director de Seguridad llegó y yo le interrogué. Le hice ver la gravedad de su nota, y que después de lo ocurrido yo necesitaba tomar una resolución, o contra los capitanes, o contra los jefes que habían procedido de ligero; pero me era indispensable llegar, si fuese posible, al fondo del asunto. ¿Quién les había dado la confidencia?

Herraiz me dijo que procedía de un confidente espontáneo y gratuito, que ya otras veces había dado informaciones exactas. Que si él pasó la nota a Gobernación, fue porque eran las diez de la noche y el golpe se anunciaba para aquella misma, y no tenía ya tiempo de impedirlo con sus propios

medios; que de no haber esa urgencia, no se lo habría dicho a nadie y con sus agentes habría bastado para estorbar el propósito.

Como yo le descubriese mi incredulidad sobre la existencia de un complot comunista para apoderarse de un polvorín, del que ya estaban apoderados, puesto que lo tenían bajo su custodia, Herraiz me cuenta que después de la salida del capitán Gállego para el campamento, llamado por Loriga, se presentó en la carretera un automóvil que estuvo parado frente al polvorín, y luego desapareció.

Todo esto no es nada. Le digo que quiero hablar con el confidente en persona; que lo busque y que me lo envíe.

Después he visto al confidente. Vino a la presidencia. Me cuenta que fue comunista o sindicalista, pero que ahora trabaja desinteresadamente por la República. Alega que Lerroux le conoce, y que en el verano del 30, cuando se preparaba el viaje a San Sebastián, descubrió un complot de los comunistas encaminado a volar el tren en que iban los republicanos. (Esto es absurdo: ¿por qué habían de querer los comunistas volar aquel tren? Casi todos los republicanos, que fuimos a la conferencia de San Sebastián, estábamos veraneando por aquellas tierras, y los que no, como el propio Lerroux, hicieron el viaje en automóvil).

El confidente me dice que supo el propósito sobre Retamares, porque un soldado del 6 se lo contó a un vendedor de periódicos; que se proponían dar un golpe para demostrar al Gobierno la fuerza que tiene el comunismo, y que contaban con Gállego. Objeté que unas palabras de un soldado no prueban nada. El confidente insiste: «No le quepa duda al señor Presidente de que Gállego es comunista».

En la misma idea está el general Villegas, a quien mandé llamar en vista de que él no iba a contarme nada. Se me quejó del coronel, que quiso venir en demanda de reparación de agravios hasta mí (ignora que ha venido), y al que considera inepto. Dice que el regimiento está mandado por todos menos por el coronel. Al regimiento ha sido destinado recientemente un Borbón, teniente coronel, hijo del general Sordo. En la reunión que tuvo la oficialidad del regimiento para hablar del asunto, fue Borbón (según Villegas) quien se opuso a cualquier gestión que pudiera parecer contraria a la disciplina. Villegas me pide algunas medidas policiacas para impedir la propaganda comunista en los cuarteles.

En fin, hablando yo con el artillero Fuentes, jefe del grupo de Información, me cuenta que él estuvo presente en el acto de la detención de Gállego. Al parecer, Loriga quería, sin más examen, tomar por la fuerza el

polvorín, y quiso adoptar las disposiciones necesarias. Entonces Fuentes le dijo que era más sencillo tratar de apoderarse del capitán, y de esto salió la idea de llamarlo al campamento. ¡No quiero pensar en el suceso, si Loriga hace tal barbaridad!

Esto es cuanto he podido averiguar hasta ahora. Ignoro si es todo ello una acumulación de ligerezas o si es indicio de algo serio. Lo anoto con minuciosidad por si llega el caso poder recordar los antecedentes.

31 de enero

He pasado la mañana en casa. Después de comer voy al Escorial con Luis Bello y Bilbao. Paseamos por la Herrería. Tarde soleada y en calma. Aire serrano y frío. Al regreso, anochecido, nos detenemos un momento en la barbacana de los Alamillos, sobre La Huerta. Poniente rosa, denso, sin transparencias; bóveda azul. El monasterio, en desnudez tremenda, avanza sobre el jardín, colosalmente.

Contemplación. «Esto es demasiado fuerte», dice Bello.

En Madrid, venimos a casa. Hasta las diez, hablamos de libros y literatura. Les leo la novela que estaba escribiendo cuando se proclamó la República. No me acuerdo para nada de la política. El mes concluye así plácidamente; esta semana ya ha sido más tranquila.

1 de febrero

Voy al ministerio de la Guerra. El subsecretario ya está bueno, y despacha conmigo. Le encargo que extienda dos decretos de una combinación de mandos militares, en la que entra el traslado de Sanjurjo, y el de Cabanellas, que le sustituye en la Guardia civil. Creo que danzan veinticuatro generales.

Después voy al ministerio de Estado, a recibir la visita del nuevo ministro de los Países Bajos. Procede de México, y habla español. Parece hombre simpático.

Y luego a la presidencia, al trajín de todos los días.

Por la tarde, Consejo de ministros. Se aprueba un proyecto de recargo de tributos. Después proseguimos el estudio del proyecto de ley Agraria. Es indispensable acabar este asunto, que ya está maduro para una solución sensata. Antes, no lo estaba. Cuando este verano trajeron a Consejo el primer proyecto, y se formó una ponencia de tres ministros para revisarlo y prepararlo para las Cortes, me incluyeron, con don Niceto y Fernando, en la ponencia. Pero yo me negué a trabajar en el asunto, y dije que no me interesaba. El proyecto me pareció fantástico. Después, en las Cortes, han hecho otro, más «avanzado» todavía. Es obra de Lucio Martínez Gil, y son tan entendidos que incluían entre las tierras expropiables a todas las fincas inscritas por expediente posesorio.

Ahora, estos asuntos han pasado a depender del ministerio de Agricultura. Yo tenía en la presidencia la Junta Central Agraria, y se la he traspasado, con cuanto encierra, a Marcelino Domingo; pero antes pude conseguir que se nombrase jefe de estos servicios a Vázquez Humasqué, de Acción Republicana, el más enterado de la cuestión.

Domingo no trae al Consejo un nuevo proyecto; pero viene muy bien influido por Vázquez, que le guía bien. Hemos reunido todos los documentos parlamentarios sobre la Reforma Agraria y, con ellos a la vista, vamos trabajando. He tomado este asunto por mi cuenta, y voy consiguiendo que se quiten del proyecto las cosas más duras y alarmantes: la necesidad de una ley para extender a otras provincias la reforma es iniciativa mía, así como la supresión del límite territorial, y la de la contribución especial sobre la

propiedad rústica, por la que también abogó Carner vigorosamente. Se ha suprimido el cupo fijo de familias que haya de asentarse, y se han eliminado de la expropiación varias categorías de tierras, como las del expediente posesorio. Domingo marca un criterio muy sensato, y Albornoz está conforme. En cuanto a Prieto, que «nunca creyó en la Reforma Agraria», dice que ahora empieza a ser viable. Largo también cede fácilmente. El que se resiste más es Ríos; tiene una especie de fanatismo de intelectual, y disputa por entelequias. A veces, parece un niño consentido.

Hoy les he dado la fórmula para el caso de un propietario con más de una finca; así como les he hecho ver la abundidad de partir fincas de pastos mirando sólo a su extensión, y el caso especial de los viñedos, etcétera. Albornoz parecía muy interesado por lo que yo decía, y escuchaba en silencio, con gran atención.

Este proyecto tiene además interés político, porque en la Reforma Agraria querían hacerse fuertes los radicales.

3 de febrero

Ayer me firmó los decretos militares el Presidente de la República. He llevado este asunto con tanto silencio, que nadie lo ha sabido. Esta tarde, a las siete, he llamado a mi despacho del ministerio al general Cabanellas, que ignoraba el motivo de haberle hecho venir a Madrid, y le he dicho que iba a ser nombrado director de la Guardia civil. El general se ha quedado un momento perplejo, y luego ha contestado: «Bueno, bueno, ilustre Presidente, pero ¿y la oportunidad?».

—La oportunidad es mañana, que tomará usted posesión a las diez y media. Está firmado el decreto.

Luego me ha hecho muchas protestas de lealtad a la República, y me ha expuesto sus ideas respecto de la Guardia civil.

Despedido el general Cabanellas, he enviado a buscar a Sanjurjo. Mientras, he recibido la visita de Fernando de los Ríos que venía a consultarme algunas cosas sobre los jesuitas. Cuando me anunciaron que había llegado Sanjurjo, Fernando se despidió, y me dijo: «A ver cuándo nos vemos libres de él». Yo me callé, sin anunciarle el cambio.

La conversación con Sanjurjo ha sido breve. Le digo que ya está firmada la combinación de mandos; que él pasa a Carabineros, que su sucesor es Cabanellas, y que le dé posesión mañana. El general ya no se disgusta, ni dice nada de particular. Después de convenir la hora, hablamos un poco. Dice que estará muy bien en Carabineros, y que allí nadie le discutirá; se olvidarán de él, y para mayor facilidad, se propone, si le autorizo para ello, marcharse unos días de viaje a la Zona francesa, quitándose de enmedio, «ahora que —añade — el cambio sentará mal en la Guardia civil».

—¿Hasta qué punto y en qué forma?

Me da unas evasivas: no sabe, nada grave, ¡quién podrá impedir que los exaltados…!, etcétera.

Le digo que está obligado a descubrirme lo que haya. Concretamente, nada sabe: tan sólo que sentará mal.

Le pregunto por los pliegos de firmas. Niega bajo palabra de honor que se haya hecho tal cosa. «Ha habido el propósito de pedir al Gobierno que me

nombrase coronel honorario de la Guardia civil, como se hizo con el general Zubia; eso es todo».

—¿Y usted cree que haya actos de indisciplina?

—En la milicia, cualquier cosita atenta contra la disciplina.

—¿Actos de fuerza?

—Eso no.

—Pues sentiré mucho que alguien haga una tontería, porque le sentaré la mano.

—Yo no sé si pasará algo o no —dice Sanjurjo—. Temo que pueda pasar; si no pasa, mejor, y vendré a decirle a usted los motivos que tenía para temerlo y alegrarme de que no ocurra nada.

No consigo arrancarle más. Nos decimos palabras muy afectuosas, y al despedirlo me dice: «Que tenga usted buena mano».

Ido Sanjurjo, llamo al subsecretario, y le ordeno que envíe al *Diario Oficial* los decretos para que los inserte mañana. Como yo tengo Consejo de ministros y no podré estar en el ministerio, le encargo que venga temprano, de uniforme, y que si ocurre algo en la toma de posesión de Cabanellas intervenga al momento con toda mi autoridad.

Después, me vengo a casa.

4 de febrero

Consejo de ministros en Palacio. Sin interés. A la salida, los periodistas me piden noticias que no tengo, y me preguntan cuándo se hacen los nombramientos militares. «En el *Diario Oficial* de esta mañana los tienen ustedes. Cabanellas ha tomado ya posesión de la Dirección de la Guardia civil para la que fue nombrado ayer». Se quedan con la boca abierta.

En la presidencia, después del Consejo. Felicitaciones por el relevo de Sanjurjo. La gente está muy satisfecha.

Esta tarde en las Cortes muchos diputados me han felicitado, y *Luz* inserta una nota alabando el tacto y la mesura con que he llevado el asunto. Los ministros no me han dicho nada.

6 de febrero

Sábado que prometía descanso. Hemos trabajado en Consejo desde las 6 de la tarde hasta las 12, arreglando el Presupuesto. El arreglo consiste en disminuir los gastos cuanto se pueda; no es posible nivelar el Presupuesto a causa de la carga ferroviaria. Hemos examinado partida por partida casi todos los presupuestos. Quedan tres para el lunes. Terminado el Consejo, voy con Casares, Esplá, Ramos y Galarza a cenar a un restaurante de la calle del Príncipe. Vuelvo a casa después de la una.

7 de febrero

Inmediatamente después de comer, salgo con Lola. Vamos al Escorial. Paseo por los Pinos y la Herrería. También hemos estado en el jardín. A las cuatro y cuarto repican las campanas, con el timbre acordado que tienen estos toques en el monasterio. Si tirase de este hilo saldrían las emociones de cuatro antiguos años. Después entramos en la basílica. Como es carnaval, hay función de desagravio. ¡Me acuerdo muy bien de lo que eran para nosotros los carnavales! Se nos figuraba que en Madrid corría una bacanal espantosa, y en el colegio estábamos como suspendidos al borde de la vida eterna.

He visto esta tarde a los colegiales entrar en la basílica, como nosotros entrábamos; es mucho esto de volver a encontrar el escenario y las escenas mismas por las que uno ha pasado, y que se repiten invariablemente. ¿Se dilatarán aún mucho tiempo?

Los cánticos de esta tarde no han sido los que yo creía recordar de aquellos tiempos, desgarradores, y en los que el alma ingenua se mecía y volteaba como una burbuja en un surtidor.

Probablemente es una equivocación representarse la vida personal como una fluencia continuada.

Fluye el contorno, que nos lleva. Los accidentes nos hacen parecer otros. Un gran drama sería el que mostrase a un hombre empeñado en rehacer los pasos que antiguamente dio, incurriendo en un anacronismo aparente y bufo.

12 de febrero

Sanjurjo vino el otro día a presentárseme oficialmente, después de tomar posesión de la Dirección de Carabineros, y me pidió permiso para ir de viaje a la Zona francesa de Marruecos. Ya se ha contentado y parece alegre, como anunció que estaría.

No ha ocurrido nada con motivo de su cese. Según me ha contado el subsecretario, cuando se supo que cesaba, un coronel de la Guardia civil fue a los cuarteles del cuerpo con no sé qué propósito; pero no le hicieron caso.

Solamente en el parque de automóviles de la Guardia civil, hubo algunos oficiales que protestaron en alta voz contra la destitución. Cabanellas ha empezado a variar los mandos; se ha quitado a dos coroneles de Madrid, y a varios oficiales de la Dirección General.

Pero no sería extraño que dentro de algún tiempo tuviésemos una «cuestión Cabanellas».

En el Congreso, una proposición de censura al Gobierno, por la salida del vapor *Buenos Aires*, que lleva cien deportados a Guinea. Por casualidad me he hallado presente en la segunda mitad de la discusión. No he oído los gritos, insultos y vociferaciones de los Barriobero, Soriano y compañía. Por la mañana recibí en Guerra la visita de Companys, que venía a quejarse del cumplimiento de la orden de deportados. Companys y sus amigos son diputados por los votos de los sindicalistas, y están interesados en defenderlos, en hacerlos creer al menos, que no *abandonan* a los pistoleros de la FAI que tienen dominada a la CNT. Pero esa defensa y protección, Companys y sus amigos no pueden hacerla descaradamente en las Cortes, porque descubrirían demasiado un juego que les perjudicaría en la opinión pública, y las Cortes se les irían encima. Companys, que no tiene demasiado talento, no brilla más por el carácter. Usa una duplicidad bastante grosera, y el más torpe la advierte en seguida. En la entrevista conmigo, sin decirme claramente a lo que iba, se ha puesto a discutir los sucesos del Llobregat y ha llegado a echar la culpa de todo a Anguera de Sojo (!!!). También me ha dicho, como para amenazar, que en Barcelona va a haber terrorismo, a

consecuencia de estas deportaciones. Ha atacado duramente a Menéndez, jefe superior de Policía en Barcelona; asegura que con deportar a una veintena de personas, que tienen aterrorizados a los sindicatos, habría bastante, y toda Cataluña lo aplaudiría. Se queja de que en el *Buenos Aires* vayan algunos inocentes, mientras campan por sus respetos criminales conocidos. Me dio dos o tres nombres, leyéndolos en un papelito, y como yo le contesté que los denunciara a la policía, se sintió caballero, diciendo que repugnaba el papel de delator.

Después me dijo con medias palabras que por la tarde habría interpelación. Claro: no la hará él. Hablaría Grau, que era chófer de Companys cuando desempeñaba el Gobierno civil de Barcelona, y a quien incluyeron en la candidatura para diputados a Cortes «por haberlo pedido así los chóferes de Barcelona». (De modo que para contar con estos votos Companys es ahora compañero de su antiguo chófer).

Por cierto que cuando ocurrieron los sucesos de Fígols y Cardona, y después de la sesión del Congreso en que yo hablé de la inmediata represión de la revuelta[32], Companys me abordó en un pasillo del Congreso y me ofreció enviar a Grau a convencer a los revoltosos de que depusieran las armas y volvieran al trabajo. Llegaría antes que las tropas, y aunque las carreteras estuviesen interceptadas, le dejarían paso libre en todas partes.

Le contesté que no necesitaba de sus servicios, y que los únicos que irían a la zona de la revuelta serían los soldados.

El discurso con que Grau ha comenzado la interpelación ha sido estúpido. Casares ha estado muy bien. Después hablé yo, pocos minutos; planteé la cuestión de confianza[33]. Gran mayoría. Muchos diputados radicales se salieron del salón. Y hubo dos o tres diputados de la mayoría que votaron contra el Gobierno.

Los amigos de Companys, compañeros del grupo parlamentario de Grau, se abstuvieron de votar. Valor cívico.

El señor Ortega se ha avenido a publicar una nota, rectificando la que apareció sobre su dimisión de presidente de la Comisión parlamentaria de Estado, y que molestó a Zulueta. Yo envié dos recados a Ortega, y, al regresar de su viaje a Granada (en el que, por fin, no ha pronunciado el gran discurso que se esperaba), ha hablado por teléfono con Ramos, diciéndole que le remitía para que yo la conociese, la nota de rectificación, y que si a mí me parecía bien, la diese a los periódicos. Así se ha hecho.

Desagradable incidente. Me dice Ríos por teléfono que Lerroux le ha hablado para quejársele de que Carner ha destituido por telégrafo, aceptándole una dimisión que no había presentado, a Morales Pareja, lerrouxista conspicuo y pariente de Fernando, a quien en Consejo de ministros se le nombró presidente de la Zona Franca de Barcelona. Lerroux se queja de que se trate así a un amigo suyo. Ignoraba yo que Carner hubiese hecho eso. Este asunto puede traernos complicaciones y disgustos.

También preveo una dificultad seria por los tributos del alcohol que proyecta Carner. Los diputados vinícolas se agitan y acusan al ministro de que favorece a los industriales con quienes tiene negocios.

Uno de estos días pasados, estando en casa, sin ganas de hacer nada, he pasado por una situación de ánimo rara: he echado de menos la tristeza antigua, que se parecía tanto a la esperanza. Desde abril del año pasado, en casi un año de trabajos y sobresaltos, he tenido raptos de mal humor, de impaciencia; he sentido grandísimo cansancio, o hastío, o intentos *de fuga*; alegrías, pocas, o ninguna. Pero nunca he estado triste en todo ese tiempo. Y el otro día, me gustaba pensar en mi tristeza y soledad antiguas, como si el recordarlas me completase la persona, y me devolviese a mí mismo. Entonces, cuando yo no era nadie, era íntimamente más que ahora. El recordar con gusto la tristeza y la melancolía de mis años de madurez, me reponía un poco de la vida interior. No sé; quizás ese recordar sea ya un modo de volver a entristecerse. ¿Por qué? Lo ignoro. En este mundo tan vasto en que ahora me veo puesto, observo que mi mayor afán sigue siendo el mismo que cuando me rodeaban solamente unas docenas de personas: recatar mi intimidad. Cuando digo, riendo, delante de amigos, que la política no me interesa, lo echan a broma. Sin embargo, creo que mi carácter no quedará a la vista, ni yo contento, si no salgo de la política como entré en ella: inopinadamente y sin ruido.

Pues así y todo, *El Heraldo* de anoche me atribuye el propósito de obtener para mí el decreto de disolución de las Cortes, y asegura que lo he descubierto en la intimidad de unos amigos. Estas gentes son incorregibles. Podrán venir las revoluciones, caer la monarquía, instalarse la República, etcétera; ellos siguen pensando como hace diez o veinte años, y en realidad echan de menos al conde de Romanones, o a otro que le haga bueno.

14 de febrero

Ayer, sábado, eché el telón al trabajo y a las preocupaciones políticas a primera hora de la tarde, y hasta mañana no pienso sumergirme de nuevo en ellas. Gracias a esta facilidad, que se acrecienta con el ejercicio, se puede ir tirando sin sentirse abrumado, sin aniquilarse, y sin adquirir una neurastenia. Después de comer vino Cipriano, y fuimos con Lola a casa de un fotógrafo. Pasamos más tarde por el ministerio, a que Lola viese cómo habían quedado los salones del ministerio para la cena diplomática. Fui a la presidencia, a firmar el proyecto de Presupuesto, y salí con Cipriano. Merendamos juntos. Después, a casa. A las nueve salí con Lola para el ministerio. Tenía invitados a cenar a varios diplomáticos. Asistieron los embajadores de Francia y Bélgica con sus «legítimas»; el de Cuba; los Mello Barreto, el embajador de Italia, Kybal, ministro de Checoslovaquia y su mujer; el encargado de negocios de la Argentina y el ministro del Uruguay, con sus damas; los Méndez Vigo, que han tenido que conformarse con la legación del Japón (pretendían la embajada en Berlín); el embajador de España en Portugal, Rocha, lerrouxista; los subsecretarios de la presidencia, Guerra y Estado, y mis ayudantes. Estos días pasados me he entretenido en adecentar y amueblar los salones del ministerio. Se han puesto tapices, y muebles buenos que he comprado para la presidencia, también muy necesitada de arreglos. Todo salió bien, y a las doce se acabó. Estas gentes diplomáticas son poco amenas, y la obligación de obsequiarlas no siempre es placentera. Algunos no pueden disimular la maligna curiosidad con que asisten a estas ceremonias de la República.

Me he encontrado el ministerio en un estado lastimoso de decoración y mobiliario; estropeado el edificio, y con detalles de perverso gusto. El salón antecedente a mi despacho estaba cubierto por dos o tres hileras de malos retratos de generales, no mejores que las pinturas. Y un Goya que hay en el ministerio lo tienen arrinconado en el antiguo Consejo Supremo, donde nadie lo ve.

He comenzado a ennoblecer la casa, pero se necesita bastante tiempo y mucho dinero para acabarlo.

Esta mañana me he levantado tarde. Cipriano ha venido a comer con nosotros, y a las dos y media hemos salido con el propósito de llegar a La Granja para ver los jardines nevados. No ha sido posible. El coche no ha podido pasar del Alto del León; nos hemos apeado mientras maniobraba. La ventisca era muy fuerte, la carretera cubierta de hielo, era difícil tenerse de pie; algunos de la Escolta se han caído dándose buenos porrazos. Por apartarnos de la carretera, Lola y yo hemos pisado en la nieve y nos hemos hundido hasta casi la cintura. Todo esto nos ha divertido mucho, y el corto rato que hemos permanecido allí, me ha tonificado y alegrado de un modo extraordinario. Niebla y nieve. Pasaban algunos hombres liados en bufandas, que me recordaron *La nevada*, de Goya, una de las cosas de más fuerte evocación española que se conocen. Mis comensales de anoche no lo percibirán.

Hemos dado la vuelta por El Escorial y, de regreso en Madrid, voy con Lola a casa de Tenreiro. Allí están Miguel Salvador y su mujer, Ocerin y la suya, un banquero pariente de Tenreiro, uno de los Bauer, y su mujer, y su cuñada, o sean Gisela y Olga; Díez-Canedo, y no sé quién más. He charlado por los codos, sin duda por el aliento cobrado en el Guadarrama. A las nueve volvemos a casa, y ya no salgo. Me entretengo en leer un tomo de Lope de Vega que me ha dado Tenreiro. En la reunión de esta tarde hemos hablado de la conveniencia de celebrar en España el centenario de Goethe. Seguramente no se hará nada, y haremos como siempre el papel del rústico.

15 de febrero

Por la mañana, en Guerra, recibo, además de otras visitas, la de López Ferrer. Me cuenta una vez más sus diferencias con Cabanellas, y los manejos del general para desacreditarlo. El relevo de Cabanellas ha robustecido la autoridad del comisario. Me explica los menudos cargos que le han hecho en el Congreso con motivo de la destitución del inspector de policía, así como lo de los terrenos del marqués de Fontalba.

Para la disminución de efectivos hay que esperar a que se concluya la carretera central, y no puede concluirse porque no alcanza el dinero. Le hago notar la mala reputación que tienen algunos de sus colaboradores, y la necesidad de sacarlos de la Zona. Se aviene a ello, aunque asegura que son honrados. Y para evadirse del compromiso que al parecer ha adquirido de nombrarlos interventores, convinimos en que las plazas se saquen a concurso, por decisión mía. Después me explica que en la primera ocasión vuelva por su buen nombre en las Cortes. Y acaba diciéndome que si es un obstáculo, puedo prescindir de él cuando quiera.

También he recibido al fantasmón de Burguete, que viene a pedirme la presidencia del Comité de la Cruz Roja, porque parece que, no empleándolo en nada, está reñido con el régimen. No ha ido a visitar al Presidente de la República, pero ya irá. Creo entrever que del nombramiento que pide depende la visita; si es así, no le nombraré.

No he ido a la presidencia en toda la mañana. Después de comer salgo con Cipriano y Guzmán a dar un paseo por El Pardo. A las seis, Consejo de ministros. Aprobamos un nuevo proyecto de ley, recargando el impuesto del Timbre, y algunos asuntos de otros ministerios. Casares nos cuenta el estado de la huelga general planteada por la CNT en varias poblaciones. Cosa fracasada antes de nacer. En Tarrasa se han apoderado del Ayuntamiento. Se mandó de Barcelona una compañía de Infantería para reducirlos, y en vez de cumplir las órdenes que llevaba, el capitán se puso a parlamentar con los revoltosos, gracias a lo cual se escaparon casi todos. Enterado el general Batet, ha destituido al capitán y lo ha enviado a un castillo.

A las nueve y media, comida en la embajada de Portugal, en honor del Presidente de la República, que asiste con su mujer. No hay más ministros que Casares y yo. Está Lerroux, con el que no he cambiado más que el saludo al llegar y al marcharme. Se empeña en estar serio y frío conmigo. Asiste también Marañón, «cada vez más entusiasta». Y el Nuncio, que bendice la mesa al empezar la comida. Están además los embajadores de Bélgica y los Países Bajos y otra porción de gentes. Y Besteiro. Don Niceto le ha dicho a mi mujer: «Los hombres inteligentes también se equivocan, y su marido de usted se equivocó quedándose con el cargo peor y dejándome a mí éste».

Más adelante, recordando que fuimos pasantes en casa de Díaz Cobeña, dice: «Azaña no ha cambiado nada; ya entonces tenía esa sonrisa…».

—Pero si se ríe muy poco —dice Lola.

—Pues tiene una sonrisa que desconcierta al interlocutor.

(Lo mejor es no hacerle caso).

Como es uso en la embajada de Portugal, después de comer hacen una fotografía. Nos colocan. Lerroux queda dos puestos a la derecha del Nuncio, y dice:

—Cuando vean la foto en los periódicos, dirán que estoy más a la derecha que el Nuncio.

A las doce y media volvemos a casa.

El único periódico que trata bien los asuntos de hoy (huelga revolucionaria, etcétera) es *Luz*.

16 de febrero

Consejo de ministros, a las once en la presidencia. Larga conversación sobre el nombramiento del nuevo director de Seguridad. El que había ha dimitido. Casares quiere nombrar al capitán Menéndez, que ahora es jefe superior de Policía en Barcelona, donde lo hace muy bien. Ya quería nombrarle cuando dimitió Galarza, y no lo hizo porque yo le conté los reparos que sus compañeros de profesión ponen a Menéndez. Hoy ha reproducido estos reparos Indalecio Prieto. Se ha pensado en nombrar a Esplá. Le llamamos a la presidencia; Casares sale a hablar con él y vuelve diciendo que Esplá se niega; incluso dice que se marcha de España. No insistimos. El asunto queda sin resolver.

En el Consejo doy un anticipo del proyecto de ley de Incompatibilidades y de otro proyecto de Guerra. Se acuerda revocar todos los ascensos de funcionarios concedidos desde el 28 de octubre, con infracción del decreto de ese día. Se despacha otra porción de asuntos, con muchos decretos que he llevado esta noche, después de la sesión de las Cortes, a la firma del Presidente.

Por la tarde he ido a las Cortes para reunirme con el Presidente, el ministro de Hacienda y los presidentes de las Comisiones de Hacienda y de Presupuestos. Se trataba de establecer el plan de trabajo para la discusión y aprobación de la leyes tributarias y de los presupuestos. El señor Marraco, presidente de la Comisión de Hacienda, ha puesto algunas dificultades, y ha hecho objeciones de fondo a los planes del ministro; eran disparates lo que decía Marraco. Ha sacado a relucir el Estatuto de Cataluña y el fuero del Parlamento. En sustancia, he convenido con Besteiro que se hará un calendario, poniendo límite de tiempo para la votación de cada sección del Presupuesto.

Cuando estábamos en esto, llega un secretario a decir a Besteiro que en el salón de sesiones hay gran alboroto, con motivo de una interpelación sobre la Mancomunidad del Ebro. Este asunto se arrastra desde hace muchos meses, y Besteiro no quiere o no sabe hacer que termine.

Yo tenía el propósito de marcharme al ministerio de la Guerra a trabajar, y se me ha frustrado. Voy al salón, y hallo a los diputados dando gritos. Un ganso del grupo radical-socialista ha insultado a los radicales, y acusa a Marraco y Paraíso de participar en la «ladronera» de la Mancomunidad. Nadie se entiende. Intervención de Martínez Barrio, preguntando si el grupo radical-socialista se hace solidario de lo dicho por el diputado. Inhábiles palabras de Barnés, sentimental de la Institución, que quiere contentar a todos. Habla Palomo, que tampoco está muy feliz. Discurso «matraco» de Marraco y del señor Paraíso. Besteiro, que está muy desafortunado, le gasta una broma a Paraíso, que Alba aprovecha para empeorar la situación. Besteiro vuelve a tener poca fortuna. En fin, dos horas de barullo, de bajezas, de torpezas, de incapacidad. Y yo en la punta del banco, mirando al techo, aburrido y contrariado. En una de éstas se nos descompone la mayoría o se deshacen las Cortes. Prieto ha estado prudente y hábil. ¡Qué sesión! A las ocho se ponen a discutir el divorcio.

Me marcho a casa del Presidente. Firmamos. Voy a la presidencia. A las diez vuelvo a casa y ya no salgo.

19 de febrero

Estos días he tenido que arreglarle al Ayuntamiento la situación de Tesorería. El Ayuntamiento anda perdido. No hacen más que echar discursos en las sesiones, politiquear, y cosas parecidas; pero no aciertan a que los asuntos marchen. Todavía no han conseguido poner en pie un plan de obras. El alcalde vino a verme, muy apurado, diciéndome que se les había acabado el dinero y que a fin de semana tendrían que dejar parados a muchos miles de obreros. El Banco de España se ha negado a descontar títulos de la deuda municipal, y lo chistoso del caso es que en la sesión del consejo de administración del Banco, ha sido uno de los representantes del Estado, Flores de Lemus, el que se ha opuesto a la concesión del préstamo.

Flores de Lemus es uno de los famosos *técnicos* que tenemos. En Hacienda está, en vez de estar en su cátedra. Y se entretiene en hablar mal de la República, del Gobierno, de los ministros, etcétera. Fue de la Asamblea de Primo de Rivera y también lo ponía verde. En fin, un hombre muy agradable.

En Consejo de ministros hablé de la situación del Ayuntamiento y encargué a Carner que llamase a Barcia y procurasen arreglar el asunto con los Bancos privados. En la comida que tuvimos hace pocas noches en la embajada francesa, reuní a Carner y a Barcia, y quedaron en resolver la dificultad. Ya está resuelta.

Ayer por la mañana tuvimos Consejo de ministros en Palacio, presidido por don Niceto. Giral dio cuenta de sus pasos en Ginebra y del discurso de Zulueta.

Con este motivo se pasó a hablar de política internacional, y aproveché la ocasión para exponer mis puntos de vista sobre lo que debe ser la política de la República.

Hablé de la cuestión de Portugal, y sin entrar en detalles insinué algo de lo que he hecho y de lo que quería hacer. Toqué la cuestión del Estrecho, haciendo ver la importancia que tendría para España asegurar su dominio en caso de guerra, examiné la cuestión de Gibraltar, y dije al Consejo mi propósito de preparar desde el ministerio de la Guerra los planes necesarios para tener aquel dominio. Me referí al expediente, bruscamente interrumpido,

que hay en el ministerio de la Guerra, y a la probabilidad de una oposición de Inglaterra. Yo sostuve la necesidad de que la República proceda en esto con plena independencia, sin hacer caso si se presentaran, de advertencias oficiosas, y que nuestro derecho a preparar la defensa nacional no puede supeditarse a nada; es de suponer que Inglaterra no va a declararnos la guerra por eso.

Hablé de la necesidad de sostener un ideal nacional, que sostenga la moral pública, y el espíritu de los organismos del Estado, empezando por el ejército.

Los ministros estuvieron conformes. Carner dijo que España debe por ahora limitarse a reconstituir su economía.

Gastamos bastante tiempo en aconsejar al Presidente que se vaya a vivir a Palacio, para mayor seguridad de su persona. Hasta ahora vive en su casa. A las ocho cierran la puerta de la calle. En el zaguán y en la habitación del portero quedan el portero, que es un salvaje, y dos policías. La puerta siguiente es una cancela de hierro que se abre al *hall* de la casa. Lo cierran con llave y cerrojo y una cadena. El otro día, cuando Ramos fue a recoger un decreto que se envió a la firma del Presidente, y después de hacerse franquear la puerta de la calle, llamó a la cancela, y el propio don Niceto exclamó desde dentro:

—¿Quién pretende abrir esa puerta?

El domingo pasado, don Niceto, por su afán de llaneza estuvo expuesto a un accidente ridículo. Se fue a misa a San Fermín de los Navarros, y la oyó a los pies de la iglesia. Un capitán retirado, que al parecer no está en su juicio, comenzó a mirarlo y a llamarle ateo. Después hizo alguna maniobra, como si tratara de acercarse a él. La policía se lo estorbó. Lo detuvo. No llevaba armas. Probablemente, le habría pegado, o por lo menos insultado.

Estos días es menester redoblar las precauciones. Se sabe que han venido a Madrid diez o doce sujetos para cometer atentados personales. Son agentes de la CNT, que pretende inaugurar una etapa de terrorismo, en vista de que las huelgas revolucionarias fracasan.

Ya Companys, que tiene motivos para conocer las intenciones de los sindicatos, me anunció hace días la campaña terrorista.

Por todo ello, en el Consejo de ayer, le dijimos seriamente al Presidente que debe quedarse en Palacio. Don Niceto, que siempre se ha resistido a eso, se puso bastante tonto, haciendo como que lo echaba a broma, y con una terquedad irritante no quiso prometer nada ni hablar en serio, aunque bien se le conocía lo molesto que estaba. Quedamos en que procurará complacernos

en seguida. Fernando me dijo por la noche que admiraba la paciencia con que yo le había aguantado.

Por la tarde, en el Congreso, recibo a Barcia, que me habla de lo que se propone decir a March en relación con las pretensiones de García Kohly sobre su país. Los puntos de vista de Barcia son discretos. También me dijo que piensa inscribirse en Acción Republicana.

A última hora de la tarde fue la sesión secreta para decidir si se concedía el suplicatorio pedido por la Comisión de Responsabilidades para procesar a March.

Los radicales quieren salvar a March. Por su parte, Maura, que se espanta, en cuanto hay que tocar a un personaje de este porte, habló para oponerse a la concesión, alegando que no había sido oído por la Comisión. Maura tuvo la inhabilidad de decir que él «había *perseguido*» a March desde el ministerio de la Gobernación. Galarza le rectificó en eso hábilmente, diciéndole que no había sido *persecución*, sino cumplimiento del deber.

El voto particular de Rey Mora, radical, oponiéndose a la concesión del suplicatorio, porque March no ha sido oído, causó impresión, mayor quizá de la debida. Primero, porque si no se puede condenar a nadie sin ser oído, se le puede procesar sin ese trámite, y segundo, porque de los dos motivos para el procesamiento (el supuesto cohecho y el supuesto contrabando) March ha sido oído sobre el primero, y no sobre el segundo; como el dictamen incluía los dos motivos, bastaba haber eliminado el último, para que el argumento, puramente de orden moral, de Rey Mora, cayese por su base. Pero nadie tuvo claridad ni agudeza para establecer esta distinción ni contárselo a las Cortes; yo mismo no me enteré de ella hasta después de la sesión, porque me lo dijo Largo Caballero.

Como en la primera votación hubo noventa votos a favor de March, yo estimaba que no debía sacarse el procesamiento dejando a tal masa de diputados con el argumento de no darle a March la audiencia que había solicitado, y que nada se perdía con aguardar unos días más, oírlo, y si insistían en procesarlo, concederlo. Entonces, los radicales ya no podrían alegar lo que alegaban ayer, y sí querían defender a March tendrían que hacerlo a fondo y de cara.

Estuve pensando levantarme a hablar y proponer esa solución, pero no lo hice porque me pareció inseguro el resultado y no quise exponer al Gobierno a perder autoridad con la mayoría.

Mi correligionario Serrano Batanero habló por la Comisión de Responsabilidades contestando a Maura, y lo hizo muy mal. Le gritaron.

Cuando ya se iba a votar, me levanté y me fui del banco azul para hablar con Serrano, que amenazaba con dimitir, y con otros de Acción Republicana y de la Comisión de Suplicatorios. Les dije mi punto de vista, y el presidente de la Comisión pidió la palabra y propuso que se aplazara el asunto por ocho días, hasta oír nuevamente a March. El presidente suspendió la votación, y se acabó la sesión secreta. Los diputados discutían en corros, con mucho calor. Los socialistas estaban disgustados. Los radicales contaban el suceso como un triunfo, y Martínez Barrio les dijo que anotasen la fecha.

Esta mañana hemos tenido Consejo en el ministerio de la Guerra. Antes, el ministro de Hacienda, el de Obras Públicas y Domingo, hemos tenido una reunión con el director del Banco de Crédito Exterior y un señor Betanzos, que nos trae unas proposiciones de la Argentina para el cambio de ganados y maíz por hierros españoles, y otra para un préstamo en pesetas. Esto último no se puede aceptar. Lo primero, sí.

En el Consejo hemos continuado el examen del proyecto agrario. Se aprueba hasta la base octava. Leo un anteproyecto de ley de Incompatibilidades, que parece demasiado rígido, y queda para más estudio, y otro proyecto de Guerra, para suprimir los periódicos «militares». Y no ha habido más. Por la tarde, en las Cortes, Royo Villanova ha interpelado sobre la suspensión de los periódicos. Ha estado chocarrero y baturro. Le he contestado, algo duramente[34], y a Gil Robles, que ha hablado después, no le he hecho caso.

Concluido el debate, recibo al subsecretario de Estado, que me trae las últimas conclusiones a que han llegado los negociadores españoles en Roma para concertar un acuerdo comercial con Italia. Piden que se les diga si se aprueba o no lo que han ofrecido, porque hay que firmar esta noche. Después de hablar por teléfono con el ministro de Agricultura, encargo al subsecretario que telegrafíe, aceptando.

Otras visitas y comisiones, y me voy al ministerio de la Guerra, con Cipriano y un redactor de *El Sol*, Cacho. Me dice Cacho que Maura desea mucho hacer las paces conmigo, cosa que yo sabía, y que necesita hablar. Opina Maura que Lerroux nos estorba a él y a mí; a mí, porque el único gobernante en la izquierda soy yo, y él aspira a serlo en la derecha. Maura cree que va a restablecerse en la República el juego de dos partidos, como en la monarquía.

Hay un infección lerrouxista en la prensa de Madrid, y en toda la zona turbia de la política. La razón, de que quizás ellos mismos no se dan cuenta, es que tales gentes saben que de mí nada pueden esperar, y en cambio lo

esperan todo de Lerroux, acaso mucho más de lo que el propio Lerroux quiera y pueda dar. Además, les cuesta mucho trabajo habituarse al cambio de personas y de valores.

La otra noche hubo gran recepción en la embajada de los Estados Unidos, en honor del Presidente de la República, y creo que mío, pero de esto no estoy seguro. Mucha gente, muchas señoras, casi todas feas; las japonesas son horribles, digo las que allí había: regordetas, chatas. Me daban ganas de decirles: «¡Ah!, malas: ¿Conque queréis apoderaros de Shangai?».

El embajador es un viejo tartamudo, muy pesado, y bastante tonto y cascarrabias.

La embajadora no parece más despierta.

Hubo concierto, y cuando Cubiles acabó de tocar una pieza, la embajadora me dijo:

—*II a beaucoup de force!*

En un corro, estábamos Fernando, Carner y el embajador de Francia. Se acercó Prieto, y dijo: «¿Cuándo volveremos a nuestro ser natural?».

Yo torcí el gesto, y entonces Prieto, por si no le habían entendido, repitió:

—Lo diré delante de *monsieur* Herbette, que es el más amigo que tenemos: ¿Cuándo se acaban estas recepciones diplomáticas y volvemos a nuestro ser natural?

Prieto ha comido en la embajada de Francia la semana pasada.

20 de febrero

En el ministerio de la Guerra recibo a López Ferrer. Está muy apurado porque se acaba el dinero para obras públicas en Marruecos. Quiere hacer un convenio con el Banco de Estado, para obtener fondos, a cambio de otorgarle el privilegio de emitir billetes en nuestra Zona. López Ferrer defiende todavía a dos de sus colaboradores, que tienen mala reputación, aunque él los considera inocentes, y a quienes voy a quitar de allí.

He ido por la mañana a despachar con el Presidente. Está algo «mosca» y conociéndole como le conozco, supongo que es por nuestras instancias del otro día para que se quede a vivir en Palacio.

Dice Emilio Herrero, jefe del gabinete de prensa de la presidencia, que don Niceto se aburre mucho, quizás echa de menos la política activa y suele estar de mal humor. Añade Herrero que los días que despacho yo con él, don Niceto está luego más contento.

Hemos ido a comer a Fuentelarreyna con los Méndez Vigo y Montiel. La Viky está muy graciosa, y ya sabe decir *buenos días* en japonés. Se asusta mucho pensando que en Tokio dan en los banquetes pescado crudo, según le ha dicho un señor de la embajada japonesa.

Después voy a las Cortes. Oigo el honrado discurso de Carner, que presenta los presupuestos. No había cien diputados.

Conferenciamos con Besteiro, para acordar los plazos de discusión del Presupuesto y de las leyes tributarias. La Comisión de Hacienda todavía no ha dictaminado el primer proyecto, que tiene hace quince días. Ni se reúne siquiera, con número bastante para tomar acuerdos. Carner y yo vamos a la sección donde está junta la Comisión; hay seis diputados, de veintiuno que la componen. El indescriptible señor Marraco es hostil a los proyectos del ministro, y les hace obstrucción. Cada uno de los seis diputados presentes lleva su idea y su pedantería; no veo cómo harán un dictamen por mayoría. Carner discute con todos, y me admira la paciencia que tiene. Yo les hago ver la urgencia, y quedan en dar dictamen para el martes.

Nueva conversación con Besteiro, y me marcho al ministerio de la Guerra. Trabajo en el proyecto de ley de reclutamiento de la oficialidad, que va muy

adelantado.

Por la noche, después de cenar, voy con Lola y los Casares al Español, que inaugura la temporada de Margarita Xirgu. Ponen la *Serrana de la Vera*. Margarita está bien en el segundo acto. Saca unos resortes dramáticos que pocas veces usa. En el primer acto suaviza el carácter del personaje desfigurándolo.

Hay un cómico que dice los versos con acento de Chamberí. Y el que representa a don Fernando el Católico, es un viejo de voz flatulenta; la reina Isabel es una cursi. El teatro no estaba lleno.

He pasado a saludar a Margarita. Allí estaban los Quintero, Marquina, Ardavín, Répide, Pijoan, e Insúa, el lerrouxista.

22 de febrero

Ayer me levanté tarde. No oí el discurso de Lerroux. Guzmán me había dicho que fuese a su casa a oírlo, pero rehusé. Llamé por teléfono a Luis Bello, para invitarle a salir juntos por la tarde, y me dijo que el discurso había sido «un ataque a fondo».

Más tarde me llamó Casares, que había oído a Lerroux desde el ministerio, junto con Largo Caballero. Me dijo Casares: «¿Pero usted habrá subvencionado ese *meeting*?».

—¿Y qué opina Largo?

—A la mitad del discurso se ha echado atrás en el sillón y ha dicho: «Y para esto he dejado de ir al Pardo».

Por la tarde vienen Guzmán, Cipriano y Luis Bello; vamos con Lola al Escorial a ver una casa que me ofrecen en arriendo. Hablamos del asunto del día. Guzmán y Cipriano dicen que el discurso no ha estado bien, y que han hablado con muchos que lo han oído, incluso con radicales, y no les ha gustado tampoco. Me ha dado dos arañazos. El uno es una tontería; el otro es una inexactitud. Lerroux encuentra mal que yo dijese en las Cortes que no teníamos ejército dotado de armas y municiones, precisamente cuando las masas sindicalistas asaltaban las ciudades; ésta es la tontería, porque yo hablaba del ejército en relación con la defensa nacional y en vista de una guerra posible; pero no podía significar que no tuviésemos medios policiacos para reprimir un motín. La inexactitud es que yo faltase a lo acordado en la reunión de la Alianza Republicana. Las cosas ocurrieron tal y como yo las referí en el discurso de presentación del Gobierno, y me llena de asombro que Lerroux sea tan desmemoriado… No le desmiento, por no reñir en serio.

Guzmán ha oído por el micrófono que Lerroux, acabado el discurso, decía: «¡Qué! ¿No les ha gustado?».

En El Escorial, hacía un frío atroz. La casa no nos ha gustado.

De regreso he ido con Lola al Teatro de la Princesa (hoy de María Guerrero). Concierto de la banda republicana, organizado por el Ateneo.

Viene mucha gente a saludarnos; todos hablan mal del discurso de Lerroux. «Claro: a mí, qué han de decirme».

Después de cenar vienen a casa Guzmán, dos redactores de *Ahora* y uno de *Estampa*. Son de Acción Republicana. Me traen «noticias de los cafés»; la impresión que se acentúa no es buena para Lerroux. Les instruyo del aspecto político de la cuestión, para que lo traten en su periódico. La conversación se prolonga hasta la una.

Hoy por la mañana, en Guerra, despacho con el subsecretario. Está muy asustado por el proyecto de ley que leeré mañana o pasado en el Congreso. Me insinúa que no lo presente. No le hago caso. Después, Goded. Largo despacho. Llega Zulueta y vamos juntos a ver al Presidente de la República. Don Niceto está hoy de buen humor, y después de firmar lo que yo llevaba, ha hablado por los codos, especialmente con Zulueta, de política internacional, Ginebra, China, etcétera. Hemos convenido que Zulueta se vuelva a Ginebra para asistir a la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Madariaga, según Zulueta, que está enteradísimo de los asuntos de Ginebra, ve demasiado a España como una pieza de la Sociedad, y hay que frenarlo, mirando al interés de España, para no lanzarse a quijotadas. Esto es a propósito del Japón, con el que no nos conviene ponernos a mal.

Zulueta no está contento de la actitud de Francia con España. Que los delegados españoles hayan dejado de ser humildes servidores de Francia en la Sociedad de Naciones no gusta; estima Zulueta que en Francia no tiene simpatías nuestra República, y que hay «un algo», no sabe qué, interpuesto. A Francia, opinan don Niceto y Zulueta, le conviene más una España aletargada, débil y sin problemas. Si en virtud del nuevo régimen España revive, si en virtud de la reforma agraria, la población rural crece y se enriquece, si España se fortifica, Francia lo verá con recelo. Prefiere estar rodeada de Bélgicas. Esto puede explicar la frialdad presente.

Regreso al ministerio con Zulueta. Examinamos la situación política. Está de acuerdo con mis puntos de vista. A cualquier maniobra envolvente de los radicales, responderé yéndome a fondo e invitándoles a derrotar al Gobierno con una mayoría que pueda gobernar con estas Cortes.

Almuerzo en la embajada de Chile. Allí me encuentro de nuevo con el Presidente. También está el Nuncio. A este buen señor se le suprime en el Presupuesto el sueldo que le pagaba España.

Estoy un rato en casa, salgo de paseo con Guzmán hasta la Quinta del Pardo. Visito el palacete, y una casita donde los reyes se habían arreglado unas habitaciones para tomar el té. Sobre una mesa, una edición de a peseta de la traducción de *Los tres mosqueteros*. El lugar es delicioso. He estado en el ministerio de la Guerra hasta las diez de la noche. Termino el proyecto de

reclutamiento de la oficialidad. Despacho otros asuntos. Recibo a un redactor de *El Sol*, que toma notas para el comentario del discurso de Lerroux. Más tarde me llama Aznar, el director. Le parecen muy bien las notas que he dado. «Después de lo de ayer —me dice—, va usted a tener que ser también el jefe de las derechas, el caudillo de las derechas».

—Eso no me gusta —respondo—, yo no soy caudillo de nada: sólo soy jefe del ejército.

Llega Amós Salvador, y luego el subsecretario de la presidencia. Hablamos largo rato.

Después de cenar, no salgo.

La prensa de esta noche, al menos la que yo he visto, está muy reservada con Lerroux, El fracaso se trasluce. Incluso *El Heraldo* no echa las campanas a vuelo, como era de temer. Anoche me dijo Sánchez-Ocaña que iba a hablar con Fontdevila, de quien tiene pésima opinión.

Don Juan March envió un recado oficioso al ministro de Hacienda, preguntándole si el Gobierno vería con gusto que acudiese a la subasta para el monopolio de la venta de tabaco con Ceuta y Melilla, o si preferiría que no acudiese. Carner habló de esto en Consejo de ministros. Decía que aun siendo March lo que es, podía ser útil a la República, y que siendo él el único que podía tomar ese negocio, apartarlo de la subasta traería una pérdida al Tesoro. Contaba también que March insiste mucho en sus afirmaciones de que desea servir al Gobierno. (Yo lo sé también). Opiné yo en Consejo que si, después de cuanto ha ocurrido con March, aparecíamos adjudicándole de nuevo el asunto de los tabacos, se produciría un escándalo formidable; a mi parecer, debía contestarse que el Gobierno deseaba que no acudiese a la subasta. Así se acordó, y oficiosamente se le hizo saber.

El día de la presentación de pliegos para la citación, March presentó uno. Lo que buscaba, sin duda, era poder decir más tarde que había acudido a la subasta por indicación o por consejo del Gobierno.

Otra empresa presentó también pliego, mejorando, para la Hacienda, la proposición de March. Esto ocurría a las once de la mañana. A las doce, los agentes de March ya habían rodeado al competidor y le rogaban que fuese a ver a don Juan, interesado en hablarle. El competidor se resistía, pero al fin fue a casa de March. Se lo encontró rodeado de varias personas. En cuanto March lo vio le dijo:

—¿Pero usted sabe en qué lío se ha metido? Si le adjudican a usted el negocio, organizaré un contrabando que le arruinará. Estoy resuelto a gastarme cuanto haga falta.

Como estas amenazas no producían efecto, March le preguntó si era él personalmente el que explotaría el negocio, o si era gerente o apoderado de alguna empresa. Era un gerente.

—La adjudicación es por cinco años. ¿Qué le pagan a usted? ¿Cinco mil duros, ocho mil, diez mil al año? Yo le doy ahora mismo sesenta mil duros si retira usted el pliego.

El otro no hizo caso. March llegó a decir:

—Les arruinaré a ustedes. Dentro de ocho días será poder Lerroux, y a Lerroux lo tengo aquí, aquí…

Y al decir eso, se metía los dedos en el bolsillo del chaleco.

24 de febrero

Al comenzar a discutirse los proyectos de Carner, los radicales han hecho el primer acto de oposición, de la oposición con que están soñando desde diciembre, como más ventajosa para su porvenir electoral. El señor Marraco, que es el hacendista del lerrouxismo, ha presentado y defendido un voto particular. Había redactado además otro pidiendo que se anularan los conciertos económicos con las Provincias Vascongadas y que no se aprobara ningún Estatuto regional mientras los nuevos tributos estén en vigor. La cosa era tan disparatada, que Lerroux le ordenó que retirase ese segundo voto. No he oído el discurso de Marraco; sí el de Carner. No tiene palabra elegante ni fácil, pero se hace simpático al auditorio por la sinceridad, llaneza y lealtad con que habla. Lo importante era la votación. Los radicales estaban seguros de ganarla. Un diputado de su grupo subió a la Mesa presidencial, no sé si para vigilar el escrutinio, y dijo a los secretarios: «Esta votación la ganamos».

Como los secretarios mostrasen asombro, el diputado radical añadió: «Si perdemos, será por siete u ocho votos».

Hemos tenido ciento cuatro votos de mayoría. Con los radicales han votado la extrema derecha y los «pistoleros».

Algunos diputados radicales no ocultaban después su sorpresa y su enojo. Decían que los habían engañado. La situación ha quedado despejada y es más firme la posición del Gobierno.

Después de la votación, ha hablado Alba, para «explicar su voto», favorable a Lerroux. Ha hecho un discurso mal intencionado y solapado, como lo que viene haciendo en estas Cortes. ¡Qué dos pajes le han salido a Lerroux: Alba y don Melquíades!

La opinión creciente es que Lerroux ha tenido un fracaso. El bueno de don Melquíades dijo a los periodistas que el discurso de Lerroux tendría efectos «fulminantes», es decir, que caería el Gobierno. Otro chasco.

25 de febrero

Ninguna novedad. En las Cortes, coletazos de la tormenta de ayer. Maura echa un discurso, atacando a los radicales. Entre las tonterías que han circulado y circulan estos días, figura la de que Maura y yo íbamos a unirnos. «¿Para qué?», preguntaría yo. Pero la gente se traga estas cosas. A Maura se le ha pasado ya la furia contra mí, y anda buscando una reconciliación personal. Hacer saber a amigos míos que Lerroux nos estorba a los dos: a él, porque no le deja formar un partido con las derechas republicanas, a mí, porque el Partido Radical contiene elementos útiles que deberían estar conmigo. La consecuencia es que yo debiera ayudar a Maura a erigirse en jefe del republicanismo conservador, eliminando a Lerroux. Eso pretende.

En su discurso en las Cortes ha estado jacarandoso y retador, como suele. Atiza a los radicales y ya no se acuerda de que hace pocos días los incitaba a derribar al Gobierno.

Esta noche, comida en la embajada de Cuba. Está en la casa que fue de Elduayen, famoso cacique galaico. Los salones, cubiertos de pinturas y adornos de un gusto horroroso, estaban glaciales, lo mismo que el comedor. Después de la cena, las señoras se han puesto los abrigos, porque no podían resistir el frío. Será la consecuencia de la crisis de Cuba.

26 de febrero

El Consejo de ministros ha carecido de interés. Se ha celebrado en Guerra porque desde hace tres días vivo en el ministerio. Estoy más cómodo, porque me ahorro las idas y venidas a mi casa, y dispongo de más tiempo.

He comido con Tenreiro y Aznar, director de *El Sol*. Este periódico es el único que se ha mostrado francamente hostil a Lerroux. Aznar se muestra ahora muy fervoroso amigo mío. Y me canta la balada de Maura «a quien yo debo ayudar en su propósito de formar un partido conservador».

Aznar dice que Lerroux es una fuerza ya agotada; representa la vieja política, y las derechas auténticas no le quieren. Me leen un artículo publicado en *El Pueblo Vasco*, de Bilbao, rigurosísimo para Lerroux.

En las Cortes, nada que me interese. Todo está encalmado, dentro y fuera del Parlamento. Gobernar sin dramatismo, sin los sobresaltos a que estamos habituados desde abril, debe de ser muy aburrido.

27 de febrero

Entre otras visitas, la de Pestaña y otros tres miembros de la CNT que vienen a pedir clemencia para los deportados del *Buenos Aires*. Casi no les he dejado hablar, y aunque la entrevista ha sido larga, me lo he dicho yo todo. Les hago responsables de la duración del castigo, bueno es que se eviten los confinamientos, pero evitémoslos «entre todos». Yo no tomo partido por ninguna de las organizaciones del proletariado; estoy por encima de eso; sus contiendas en el campo económico no me inquietan ni me propongo impedirlas; pero las violencias que dañan a la República no son tolerables. Sobre todo, paz social, y si no la respetan, la impondré. Si hay paz duradera, podrá acortarse el confinamiento.

Pestaña parece muy quebrantado. Su situación es difícil entre los revolucionarios. Por otra parte, estará contento de que se le haya librado del predominio de los pistoleros.

Hemos comido en el periódico *Ahora*, invitados por su dueño, Montiel. Estaban los Méndez Vigo, que esta noche salen para el Japón, los Casares, y dos redactores del periódico. Montiel también me hace carantoñas. Fue ciervista, y es de un conservadurismo cerril. Es tonto, y nada simpático. Yo se lo disimulo poco, sobre todo después de haber sufrido la llovizna de saliva que arroja sobre su interlocutor. No le tomo en serio, y eso le da un poco de rabia. Le desconcierta que yo no me apresure a tener la protección de su periódico, que circula más que todos. Me he negado a visitar sus talleres, alegando que era tarde.

También habla mal de Lerroux. Montiel es muy amigo de Herrera, director de *El Debate*. Asegura que encuentra muy bien la suspensión de ese periódico, y que se ha negado a servirle de mediador cerca del Gobierno, porque Herrera está «muy chulo».

Estoy poco tiempo en las Cortes, y me marcho al Español, a oír un concierto de la Filarmónica. Después vengo al ministerio. Recibo a las nueve al alto comisario, que se va mañana a Marruecos. Estando con él llegan Zulueta y el subsecretario de Estado. Me cuentan la conversación que han tenido con Herbette. Vienen muy mal impresionados. Tienen la impresión de

que Francia se dispone a adoptar medidas violentas contra el comercio español. Parece ser que a Herbette le ha sentado mal que se haya firmado un acuerdo comercial con Italia; quizá dan a eso en Francia un valor político. Francia querría vernos enemistados en todo con Italia. Zulueta se pregunta si apretándonos en el terreno comercial, no deseará Francia llevarnos a la antigua sumisión política que le mostró la monarquía. Si ahora toma Francia alguna determinación contra nuestro comercio exterior, nos revienta, porque es la época de exportación de frutos tempranos. Bajo esta mala impresión acaba el día.

28 de febrero

Han venido a comer con nosotros Cipriano y su mujer, mí suegro, y otras personas de la familia. Después, Guzmán y su mujer. A las cuatro salgo con Cipriano y Guzmán, por la carretera de Zaragoza, y llegamos hasta Trijueque. Empieza a nevar, y nos volvemos. La meseta de la Alcarria, estaba trágica, con nubes tan cerradas y tan bajas, sin horizonte. Ya no quedan montes, como los que yo conocí hace treinta años. No hay más que barbechos rojizos, cubiertos de piedras.

A las siete, vienen a hacer tertulia Luis Bello, Amós y otros amigos. Hablamos de todo, y se prosiguen los planes para la fundación de un semanario político, de que venimos tratando hace tiempo.

5 de marzo

Desde el martes hasta hoy, la nota política dominante es mi discurso en las Cortes, al defender el proyecto de ley sobre la prensa militar.[7] Yo no creí que este asunto diera tanto ruido. Cuando leí el proyecto en las Cortes fue acogido con murmullos de aprobación. Si, como yo deseaba, la Comisión se hubiera reunido al instante y dado dictamen para discutirlo al día siguiente, es posible que se hubiese aprobado con menos estruendo. Pero la Comisión no se reunió, y se han perdido unos días. Después, el viernes, se hizo tarde, y para no entorpecer la discusión de las leyes de Carner, convine con Besteiro en aplazar mi ley hasta esta semana.

Maura, cuando conoció el proyecto, se apresuró a decir a los periodistas, a quienes sigue teniendo por confidentes, que era «monstruoso y antijurídico, y que urgía organizar el Tribunal de Garantías Constitucionales».

En el transcurso de los días, se han acumulado contra el proyecto algunos estorbos.

Por de pronto, los radicales, que ahora quieren ocupar el puesto de defensores del *espíritu liberal*, y han tenido el descaro de decir, en la discusión, que ellos no habrían presentado esta ley. Eso, después de haber tenido dos ministros en el Gobierno cuando se hizo la ley de Defensa, y de haber propuesto, como todo el Gobierno, su prórroga, después de votada la Constitución —cuando los socialistas no querían votarla, por si se formaba un Ministerio Lerroux—, y habiendo instado a que se aplicase esa ley al general González Carrasco y a otros.

Mi antiguo ayudante, el comandante Peyre, ahora diputado radical, habló en contra. Peyre era uno de los más *fieros* cuando yo trazaba las reformas militares, y de los que pedían el mayor rigor para los generales. Ahora es muy sensato.

La impugnación del proyecto careció de fuerza. Habló Maura, y Ossorio. El pobre general Fanjul, que se creerá uno de los amenazados, intentó combatirme. No supo, ni dio una en el clavo. Al acabarse la discusión de la totalidad, y cuando iba a discutirse los artículos, hablé yo. Todo el tiempo estuve pensando que no sería necesario hablar, pero habían manoseado tanto a

la libertad y al derecho, que me levanté a deshacer esta impresión. Pronuncié un discurso mucho más importante de lo que yo había previsto. La materia me brindó la ocasión, y por lo visto me hallaba yo muy fresco y descansado. Me divertí mucho mientras hablaba; nunca me he divertido tanto al pronunciar un discurso, y nunca había visto tan claramente la impresión en el auditorio. Por vez primera, las Cortes no repelieron la ironía y el humorismo. Van acostumbrándose. Antes les parecía una falta de seriedad.

Maura me aplaudió. Después le ha dicho a Luis Bello que, sin quererlo se encontró aplaudiéndome, y que para evitarlo se metió las manos en los bolsillos.

El proyecto pasó. Los radicales, con ese método raro que han adoptado, de quiero y no quiero, de amagar y no dar, pidieron votación nominal; pero se marcharon del salón y no votaron. Al día siguiente, como los monárquicos pidieron el quórum, los radicales estuvieron presentes y votaron en contra, para que hubiese número. Al acabarse mi discurso, los pasillos hervían. Muchos diputados, periodistas, y aficionados que allí estaban, me felicitaron, pero los radicales parecían torvos. Uno de ellos, llamado Salazar Alonso, y que tiene la estampa de un peluquero cursi, dijo a los periodistas que yo soy un dictador, como Mussolini, y que voy derecho al golpe de Estado.

Tamaña estupidez ha hecho fortuna, y los periódicos vienen publicando artículos en que se examina muy en serio si yo soy o no, en efecto, un dictador. *El Sol*, *La Voz*, *El Liberal* y *Luz* opinan que no soy dictador. *La Nación*, *Informaciones*, y otros, opinan que sí lo soy. *El Socialista*, «que está amigo», viene a decir que no lo soy todavía; uno de sus colaboradores, el señor Salido, asegura que hay que mirarme con atención y cuidado.

Ayer me tropecé con Guerra del Río, uno de los edecanes de Lerroux, en la Comisión de Presidencia, reunida para examinar el proyecto de ley de Incompatibilidades. Les explicaba mi propósito de sanear las Cortes, «por cuyo prestigio me intereso —añadí dirigiéndome a Guerra— hasta que llegue el día de hacerme dictador».

Se rieron todos. Guerra se puso colorado, y contestó: «No creo que usted quiera ser dictador, ni que se lo consintiesen».

—Las dos cosas son evidentes —repuse—, pero los dictadores no suelen pedir el consentimiento.

Esto de mi *dictadura* nace de varias causas. En primer término, del furor de algunos radicales, que lanzan esa tontería para hacerme daño. Están furiosos porque ya van dándose cuenta del estorbo que les ha salido en su camino; estorbo involuntario por mi parte, puesto que si Lerroux no está gobernando

es porque no quiso. El estorbo es ahora mayor, después del discurso de Lerroux en la plaza de toros, que dificulta enormemente la formación del Gobierno de concentración republicana en que yo pensaba para cuando nos separemos de los socialistas. Ahora empiezan a darse cuenta de que el cálculo bajo que echaron, en octubre y en diciembre, pensado que yo me estrellaría en pocas semanas, les ha fallado.

Otra causa de la imputación de dictadura es el resabio de vieja política que muchos llevan dentro. Recuerdan los tiempos en que la oposición gubernamental no dejaba andar a los Gobiernos, y en que todo se combinaba entre bastidores, dejando sin eficacia real al juego parlamentario. Esto de que haya una mayoría de verdad, y que se gobierne con la fuerza de los votos les parece un atentado.

Además, no existe bastante finura para percibir el matiz político. En cuanto se habla con autoridad, porque se tiene, algunos se asustan y muchos creen que sólo puede hablarse con autoridad cuando se maneja un espadón.

Esta noche publica *Luz* un artículo de Ossorio: «El caso inquietante de don Manuel Azaña», que muestra el punto a que ha llegado esta campaña. Ossorio, que no se cansa de decir en todas partes lo mucho que me admira, dispara contra mí un artículo mal intencionado, en el que en virtud de un análisis de mi carácter me denuncia como un probable dictador. Me cubre de elogios, y de injurias, porque injuria es suponerme en camino de usurpar un poder personal. Incorporo el artículo a este cuaderno[35]. Ossorio, el de la *juridicidad*, me dijo, a propósito de los deportados a Guinea, «que prefería verlos fusilados antes que deportados». Claro que los pasajeros del *Buenos Aires* no serán de la misma opinión. Este Ossorio es un santón de la vieja política, deformado por el pliegue profesional, que aparenta querer arreglarlo todo con la ley de Enjuiciamiento.

Su amigo y pasante, el abogado Martínez de la Fuente, les ha dicho a los amigos de la tertulia del Regina, que Ossorio pasó una noche de insomnio después de escribir el artículo, y que le ha pesado de que lo publiquen. Se lo habrá contado así a De la Fuente para que yo lo sepa.

En la ceremonia del miércoles, enorme concurrencia. No se cabía en los salones de la calle del Príncipe. No me importó nada aquello, y durante los preliminares estuve tentado de marcharme.

Había cuatro ministros, y Barcia, con una cadena de oro. Martínez Barrio, que es gran gerifalte en la Casa, no asistió; quizá por los resquemores de estos días. Quien verdaderamente es terrible, es Hernández Barroso, por los discursos que suelta. Teósofo, además.

Ayer hubo una algarada estudiantil en la calle de los Reyes. Intervino la fuerza pública y repartió unos sablazos. Hubo protestas y amenazas de huelga. Llegó a nosotros la noticia cuando estábamos en Consejo de ministros. Fernando de los Ríos se asustó mucho. Fue y vino al teléfono varías veces, y todo el resto del tiempo estuvo abstraído en la redacción de una nota para la prensa, infelicísima, en la que echaba la culpa de todo a la policía y prometía castigos. Hubo que reformar la nota enteramente. Nunca he visto a un ministro más azorado. Fernando ha promovido otro conflicto con el Consejo de Instrucción Pública, que ha dimitido en masa. El ministro, en una conferencia que dio el domingo en un cine, dijo que necesita un consejo técnico asesor, y se propone crearlo, poniendo en él traductores de lenguas orientales (?). El Consejo, creyendo que el tecnicismo es suyo, se ha enfadado.

Ahora Fernando, con ese tino que tiene para equivocarse en la lección de personas, ha vuelto a dar entrada e influencia en el ministerio al señor Morente, que fue subsecretario de Instrucción Pública con Tormo hasta el día que cayó el Gobierno Berenguer.

En el Consejo de ayer, terminamos el proyecto de Reforma Agraria. Falta ahora que los ministros socialistas se lo hagan aceptar a sus correligionarios. Si lo aceptan, el proyecto pasará sin graves dificultades, supongo.

Esta tarde he estado un momento en las Cortes. No había casi nadie. Y, cosas de Fernando: desde el banco azul, como ministro, *se ha adherido* a un ruego formulado por un diputado al ministro de Hacienda.

Asistí a la última parte de la sesión de ayer, mientras se discutía la ley del Patrimonio que fue de la Corona. Quería estar atento, para evitar que tocasen al Pardo. Hasta ahora lo he conseguido.

Barcia ha ido a verme en las Cortes para darme cuenta de la actitud de March en lo que se refiere a las pretensiones de García K. Dice March que está dispuesto a gastarse, en cuanto el Gobierno quiera, cinco millones de pesetas, si hacen falta para algún asunto de alta política internacional. Pero si el Gobierno lo desea, o tiene interés en ello. Barcia se negó a seguir la conversación por ese camino.

Esta actitud de March me fastidia mucho, pensando en lo que podría hacer respecto de Portugal. Pero es imposible que yo le vea ni le diga nada, porque sería comprometerme peligrosamente, y el hombre es de tal suerte que nunca creería en mi intervención desinteresada.

Después de las Cortes, he ido un momento con Lola a la legación de Yugoslavia. El ministro lleva unas patillitas cortas, como las de un policía de

Meternich. Está casado con una madrileña. Permanecemos allí poco tiempo. Al salir, nos vamos al Español, donde trabaja la compañía rusa del teatro artístico de Moscú. He ido a casi todas las representaciones. Lo que más me ha gustado es *El Revisor*, de Gogol. Viendo a estos cómicos le entran a uno ganas de escribir comedias.

Por la noche han venido los de Guzmán y se han estado aquí hasta muy tarde. Con Guzmán he hablado del artículo de Ossorio. Está indignado. Me aconseja que avise a los periódicos, para que contesten algo. Llamo por teléfono a Villanueva, director de *El Liberal*. No había leído el artículo. Le recomiendo que lo lea, y que proceda como su criterio le aconseje. Llamo a *Ahora*. Hablo con Chaves. Dice Chaves que harán algo, cuanto el carácter del periódico permita; pero que convendría que Luis Bello hiciese un artículo más personal, contestando a Ossorio.

Llamo a *El Sol*. Aznar está ausente. Yo no pensaba insistir, pero Guzmán se empeña en que llame a Tenreiro. Así lo hago. Tampoco había leído el artículo. Lo leerá, y hará una nota para el periódico. Resulta que Aznar ha dejado a Tenreiro encargado de la dirección política de *El Sol*, tanto mejor. Una hora más tarde, Tenreiro me llama para decirme que ha hecho una nota, pero que el redactor-jefe pone dificultades para publicarla, «porque siguen la táctica de no mencionar a *Luz*.…». «Si tienes mucho empeño —sigue diciendo Tenreiro—, podríamos esperar dos días…». En fin, las sinuosidades de siempre. Le contesto ásperamente, y le digo que no vuelva a ocuparse del asunto, ni de mí. Se aturulla. Corto la conversación.

Comentamos la virilidad de estos amigos, y su pavor a comprometerse.

7 de marzo

Ayer no salí por la mañana. Vinieron a comer con nosotros Margarita Xirgu, su marido, Ortín, Tenreiro y su mujer, y Cipriano con la suya. A media tarde llegaron Bello y Guzmán. Salí con ellos dos y con Lola. Llegamos al Alto del León, todo cubierto de nieve. La tarde estaba hermosísima. Mucho viento y frío en el puerto, que me sientan admirablemente. Estoy falto de campo, y algunos días me encuentro muy desmadejado.

Al regreso, dejamos a Bello en su casa y Guzmán viene conmigo al ministerio. Llegan Díez-Canedo, Torroba, Sindulfo y otros amigos. De conversación hasta las nueve y media.

Tenreiro ha querido darme esta mañana muchas explicaciones por lo ocurrido anoche. Resulta que después de nuestra conversación por teléfono, el hombre quiso publicar su nota, y en el periódico se opusieron. Me dice que va a hablar esta tarde con el presidente del consejo de administración y que probablemente se marchará del periódico. Yo le hago poco caso, le digo que no lo tome por lo trágico, y desvío la conversación. El hombre estaba muy apurado.

Después de cenar, voy con Lola al Español, a ver la compañía rusa. Dan *Asilo de noche*. Hay menos gente que otros días. Después vamos con los Casares y Espía a casa de *Doña Mariquita*, y regresamos a las dos.

El artículo que ha publicado *El Liberal* está todo lo bien que puede estar, como hecho por gente sin pluma de polemista y sin nervio político. También *Ahora* dedica el editorial al asunto.

En el teatro subió a saludarme al palco Martínez de la Fuente. Me habló del artículo de su «maestro» Ossorio. Y se quedó pasmado de que me disgustase. Le dije: o que Ossorio no sabe escribir, o que él no sabe leer. Martínez de la Fuente pretende que el artículo es muy satisfactorio para mí, y que Ossorio me pone más alto que a don Antonio Maura, que es cuanto se puede ponderar. Martínez de la Fuente se ha ido muy cabizbajo, después de la tremenda filípica que le he echado, prólogo de la que voy a armarle a Ossorio.

Jacinto Grau decía ayer a unos amigos míos: «Mi parecido con Azaña es tan extraordinario, que los guardias me saludan. Falta preguntarle al Presidente si, cuando yo era más importante que él, los guardias le saludaban». (Grau es único en el mundo. No nos parecemos nada por fuera, y menos aún por dentro, si es posible; afortunadamente).

De la secretaría de la presidencia me han enviado un visitante extraño, el señor Parekenópulos, exministro de la Guerra en Grecia. Resulta que es un truhán, que debía de estar proyectando algún timo.

En España, nadie sabe guardar secretos. ¡Ni los masones! Véase el artículo «Run-run», en *El Liberal* de ayer. Hoy, al salir del despacho, recibo la visita de Amós. Me cuenta su entrevista con don José Ortega. Dos horas y media estuvieron hablando. Ortega padece ahora un azañismo intenso y calenturiento. Le ha dicho a Amós: que yo soy el mejor de los políticos descubiertos por la República; que les llevo a todos gran distancia; que a pesar de ser el mejor, llevarles gran distancia, podría no ser suficiente, pero que sí lo soy, etcétera, etcétera. Después le ha preguntado muchas cosas de mí: si trabajo mucho, si hago las cosas personalmente o las doy a hacer a otros; si soy terco, etcétera. En fin, pedía informes. ¡Y le conozco hace veinticinco años!

Quiere saber qué plan tengo, dónde he puesto la meta, etcétera. Asegura que la adhesión del país hacia mí, aumenta; pero que con frialdad, sin entusiasmo, y hay que elevar la temperatura, etcétera. (Amós le ha dicho que eso proviene de que no soporto la estupidez). Por último, Ortega le ha dicho que *Luz* está muy mal económicamente; que con quinientas mil pesetas se salvaría la situación, y que *Luz* se inclinaría a seguir a don Manuel Azaña en vez de seguir a don José Ortega. Reconoce que él no tiene condiciones para la política práctica, y que la idea de sentarse en el banco azul le horroriza. Está, además, mal de salud.

Yo le he explicado a Amós las líneas generales de lo que yo creo que va a pasar hasta que termine la colaboración socialista. Lo encuentra lógico y normal.

Amós me habla del efecto de mi discurso. Lo ha leído dos veces, y no halla en él nada de particular ni de alarmante. Habrá habido algo en el tono, en la actitud, que ha originado la creencia de que soy un hombre peligroso. Asegura Amós que la gente de *orden* está un poco preocupada, preguntándose adónde voy y qué pactos tengo, y que esa preocupación es una dificultad incluso para allegar fondos con destino a nuestro soñado periódico. (Amós es algo asustadizo, y es probable que la *gente de orden* preocupada sea él

mismo). Le tranquilizo. Amós conviene en que siendo el artículo de Ossorio una acción pérfida, en cierto modo me favorece, porque agranda mi personalidad política.

Me dice también que Ortega está furioso contra Lerroux.

Después, despacho con el subsecretario. Acabado esto, reúno y presido el Consejo Superior de la Guerra. Dos horas. Les encargo la nueva ley de Reclutamiento, y otro estudio, en líneas generales, sobre abandono de plazas fuertes y zonas polémicas. Les hablo mucho de la situación del ejército, de la política de la República, del porvenir de España, de los desastres de Africa, etcétera. Se van muy contentos.

Por la tarde he ido con Lola al Escorial. Tomamos el sol en el jardín. De regreso, trabajo con el subsecretario. Luego estoy con Saravia y mi ayudante Riaño y el subsecretario Ramos, conversando hasta las nueve y media. Esta noche no me muevo del ministerio. He pasado una hora aburrido, hasta que han llegado los amigos a conversar un poco.

El sábado recibí la visita de Augusto Bréal, el hijo de Michel Bréal. Le conocí hace años, y no le veía desde 1920. Está casado con una española. Es muy inteligente, y conoce muy bien las cosas de España. Muy amigo de Berthelot, le he dicho, para que se lo cuente a su amigo, unas cuantas cosas sobre la situación política de Francia y España.

13 de marzo

Hoy domingo, he salido a pie con Cipriano para dar un paseo. La mañana estaba muy fresca y daba gusto andar por Madrid. En la Castellana nos ha empezado a llover; nos hemos refugiado en el coche de la policía y hemos ido al Museo del Prado. Visitamos la sala donde están los tapices de Pastrana. Acuden a hacernos los honores Boix y Cantón. Los tapices son espléndidos. Hay que quedarse con ellos. Sería una estupidez devolverlos a los alcarreños. También hemos visitado la obra de los sótanos del Museo, donde se ha descubierto, debajo de la rotonda, una magnífica arquitectura de Villanueva. Después, he venido al ministerio. Llovía a mares.

Desde el viernes por la tarde estoy en una especie de vacación. Ese día, después de leer en las Cortes un proyecto sobre los bienes de los jesuitas, me marché con Casares. Dimos un paseo a pie, hice unas compras, subimos por la calle de Alcalá, merendamos juntos, y luego me vine a casa. Después de cenar fui con Lola al Español. Daban una comedia de Benavente, *Vidas cruzadas*, bastante mala. Poca gente en el teatro.

Ayer sábado, tuve numerosa audiencia. Muchas comisiones, entre otras, la de propietarios de fincas urbanas, asustadísimos por la revisión de alquileres. Yo no puedo ya remediarlo. A las dos despedí al último, y ya no he trabajado nada. Por la tarde salí en coche con la familia al campo. De regreso, fui al concierto de la Filarmónica, en el Español. También estaba don Niceto, con su hija Pura. El Presidente, con quien hablé en un descanso, no parecía muy contento. Me dijo que tenía enfermos a su mujer y a su hijo. Pero se calló otra cosa, que le enojará mucho más: su hijo mayor hacía oposiciones a una cátedra de la Facultad de Derecho de Madrid, y ha perdido. Hace dos días me dijeron en el Congreso que iba a suceder así, y que lo estimaban injusto, porque el hijo de don Niceto está mejor preparado que su adversario. El que me trajo la noticia atribuía la probable derrota del hijo de don Niceto a influencia política de otro personaje de la situación: Ríos. Ignoro si esto tiene algún fundamento. Pero si hay alguien que lo crea, más lo creerá el Presidente, y ha de estar muy quemado.

Por la noche, no salí. Vinieron Guzmán, Masip y Sánchez-Ocaña. Leimos un artículo publicado el viernes en *El Mercantil Valenciano*, en que me ponen en los cuernos de la luna y se adhieren a mi política. La importancia del caso está en que *El Mercantil* tira sesenta mil ejemplares y es el periódico republicano más influyente de la región. Miñana, autor del artículo, ha escrito una carta a Cipriano, dándole cuenta de la situación política en Valencia, donde predomina el «blasquismo», contra el que hay una fuerte reacción.

La semana parlamentaria ha sido muy movida, y toda ella muy provechosa para mí. El martes se discutió el presupuesto de Estado. Como Zulueta sigue en Ginebra, tuve que estar al tanto de la discusión. Alba me envió un recado con un secretario del Congreso, diciéndome que pensaba hablar contra la supresión del sueldo del Nuncio como presidente del Tribunal de la Rota. En este asunto, Zulueta ha debido de tener dudas y vacilaciones, porque cuando se marchó aún no había resuelto nada. En el proyecto de presupuesto iba la consignación para pagar al Nuncio. En la Comisión se suprimió, creo que con anuencia de Zulueta; pero como yo no pensaba tener que defender este asunto en las Cortes, no me enteré con detalles de la tramitación que había llevado. Habló Alba, y le contesté[36]. Estuvimos finísimos el uno con el otro, él con su corta mala intención, tuvo la torpeza de hablar de ruptura con el Vaticano por consecuencia de esta medida. Tampoco se privó de decir que soy *temible*. La impresión en las Cortes fue que Alba se embarulló un poco al contestarme y no insistió. Yo no daba importancia al asunto, ni, menos aún, al debate; pero, en las Cortes, de todo se quiere sacar partido, y siguieron con curiosidad y con malicia este encuentro con don Santiago, que ahora se presenta como defensor de los católicos. Como si le importaran mucho. Los radicales asintieron a mi discurso, y después votaron el dictamen de la Comisión. El que estuvo muy gracioso fue Maura, que se levantó a hacer de amigable componedor de cuestiones. Plantado en la escalerilla, me invitaba, «por las buenas», a transigir con lo que pedía Alba. Nunca pierde su aire de matón y de jaque; aquella tarde parecía un majo que está de buenas y se interpone entre dos para que no riñan. «Y a que no haya cuestiones», parecía decir, como un personaje de sainete madrileño. No le hice caso.

Al día siguiente fue la gran bronca con los radicales. Los monárquicos y católicos, que en las Cortes se llaman «agrarios», presentaron una proposición para que reaparezcan los periódicos suspendidos; lo que les preocupa es *El Debate*. No se habría dado gran importancia a la proposición si no la hubiera firmado Lerroux. Esto pareció, y con fundamento, un signo de que se

preparaba a dar la batalla al Gobierno en ese terreno. Se decía en el Congreso que habían llamado a todos los diputados radicales ausentes. Al parecer había lo que llaman «expectación», es decir, una hipertensión de la tontería. Como firmaban la proposición otros personajes, entre ellos don Melquíades, y creo que Maura y Alba, aunque de esto no estoy seguro, era de suponer un desfile de oradores importantes, y que tendría yo que lidiar una «corrida de peso».

Gil Robles defendió la proposición. Lo hizo con su inhabilidad de siempre, y no se privó de llamarme déspota o dictador, recogiendo la simpleza que más ha circulado estos días. Le desconcertó mucho que cuando más grandilocuente estaba, yo le interrumpí con un ¡*claro*!, dicho con una naturalidad que soltó la risa de todos los diputados. Gil Robles se quedó *pegado* unos minutos, sin saber qué decir. Luego continuó, pero peor. Luis de Tapia tuvo la ocurrencia de hablar, porque había firmado la proposición en cuanto periodista, pero no la sostenía como arma contra el Gobierno. ¡Un gran acierto! Y mi amigo Santa Cruz, del grupo de Ortega, leyó, para explicar la opinión del grupo, unas páginas de un discurso o artículo de su jefe y maestro, que las Cortes no quisieron oír.

Contesté a Gil Robles, y le traté muy mal[37]. No puedo disimular el desdén que siento. Pero en quien iba yo pensando al hacer el discurso era en Ossorio, que me miraba desde su banco, con los ojos muy abiertos, densamente pálido e inmóvil; estaba él viendo venir el porrazo que se tiene merecido por su artículo de *Luz*. Varias veces le aludí claramente, invitándole a *bailar*; pero se estuvo quieto, y hallé la manera de decirle, sin citar su nombre, que había hecho una tontería con llamarme déspota. Toda la Cámara aplaudía, menos los cavernícolas, naturalmente, y los radicales, que me acechaban desde sus bancos, y cambiaban entre sí frases molestas para mí. Lo más notable era la ausencia de Lerroux, que después de firmar la proposición y de dejar que se armase tanto ruido, no apareció por el Congreso, y se estuvo en el Ritz, donde la señora de Casares daba un té.

En el Ritz se encontró Lerroux con Cipriano, a quien dijo que no pensaba salir de allí hasta que se acabara lo del Congreso. Y a Galarza, también presente, que aparentó extrañeza de que no estuviera en las Cortes, le contestó: «¿Me cree usted capaz de ir detrás de Beúnza?».

Pero los lerrouxistas, en las Cortes, más papistas que su papa, armaron un escándalo terrible contra mí. Y muy sin razón.

Había yo dicho en mi discurso que se me caería la cara de vergüenza si una medida política mía fuese aplaudida por los monárquicos. Esto les sentó mal a los radicales, pero no dijeron nada. Poco después, cuando yo explicaba

que el centro de gravedad de la política está en el Parlamento, Prieto, desde la otra punta del banco azul, gritó, congestionado, dirigiéndose a los radicales: «Aquí, aquí es donde se pelea». Estas palabras de Prieto sonaron cuando los socialistas, los radicales-socialistas, los catalanes, Acción, etcétera, se ponían en pie, como movidos por un resorte, y me aplaudían con frenesí. Entre los aplausos de los socialistas y el apostrofe de Prieto, los radicales perdieron el sentido, y creyeron que yo les había censurado porque hacen propaganda *en la calle*. ¡Qué gritería armaron! Puestos en pie, me amenazaban con los puños, y me insultaban; yo no percibía sus palabras; tal era el escándalo: no veía más que bocas abiertas y brazos tendidos. Al pronto, no me di cuenta de lo que ocurría. Inmediato a la cabecera del banco azul había un gran grupo de diputados, oyendo mi discurso; entre ellos, en primera línea, Cámara y Azpiazu, radicales. Me volví hacia ellos: «¿Qué les pasa?», pregunté. «No sabemos», respondieron. Ellos, por su parte, no estaban indignados ni encolerizados. Se conoce que, apartados en aquel momento del pelotón de la minoría, no sintieron el contagio.

Hubo conatos de agresión personal. Si suena la primera bofetada, no sé cómo hubiera concluido aquello. Duró mucho tiempo. Yo me estuve tranquilo en la punta del banco azul, esperando a que concluyera. Restablecido el silencio, terminé mi discurso, y habló Martínez Barrio, que calificó de «pérfidas» mis palabras, y exigió que inmediatamente rectificase, si no quería que el Partido Radical se volviese contra el Gobierno.

Algunos diputados hubieran querido (así me lo dijeron después) que a la impertinencia de Martínez Barrio contestase yo con otra mayor, y les declarase la guerra. Pero de ningún modo iba yo a cometer semejante torpeza. Si los radicales quieren reñir definitivamente ha de ser de todas maneras, porque ellos se empeñen en reñir a todo trance; por mí, no riñen. No les daré yo motivo para que hagan el enfadado. Contesté a Martínez Barrio personalmente, con naturalidad, sin enojo, haciéndole ver a él y a las Cortes lo infundado de su irritación[38]. Luego dijo que no les habían molestado mis palabras, sino las de Prieto y los aplausos de los socialistas, que los reiteraron, con todos los demás republicanos, poniéndose otra vez en pie, cuando arreciaba la protesta de los radicales.

Ortega dijo al salir de la sesión que me había admirado mucho en esta parte segunda de mi discurso, porque estuve templado y tolerante, y di muestras de serenidad dificilísimas. Podrá ser un mérito; pero no me costó ningún trabajo, ni tuve que sobreponerme a nada para hacer lo que hice.

La proposición de Gil Robles quedó retirada, y la sesión terminó con un triunfo para el Gobierno.

En los pasillos recibí incontables felicitaciones. Se apreciaba que los radicales habían hecho el ridículo, y que la ausencia de su jefe en tal ocasión, era un signo lastimoso. El caso de los radicales es el del aprensivo, que se imagina que todo lo que ve y oye corrobora la existencia de su enfermedad. Y todo ello procede de la pugna feroz con los socialistas.

Lo menos malo que me han llamado los radicales, con aquel motivo, es «pérfido». No me pueden ver ni en pintura. ¡Qué culpa tengo yo de no haberme *gastado*, ni de haber consolidado mi posición en contra de los cálculos que se hacían al subir yo a la presidencia!

El efecto político de esta sesión ha sido enorme. Al día siguiente se discutió el Presupuesto del ministerio de la Guerra. Tuve que hacer un nuevo discurso para recoger las impugnaciones. Yo no tenía ganas de hablar; la Comisión había contestado de sobra a las pequeñas tonterías que allí se habían dicho; pero Luis Bello vino a decirme que convendría exponer algo general sobre la política militar, etcétera, y me resolví a hablar. El discurso gustó mucho**[39]**. Lerroux, que estaba presente, dijo, para que yo lo supiera, que no me había aplaudido porque los aplausos, después de lo del día anterior, hubieran parecido adulación (no sé por qué). Filiberto Villalobos me dijo que a su jefe (Melquíades) le había parecido muy bien mi discurso:

—No me importa —le contesté. (Melquíades, que apenas me saluda más que con un bufido, pone cátedra en el Casino contra mí). Alba se acercó al banco azul para felicitarme y Maura salió a los pasillos vociferando que yo soy un «gran gobernante».

Esto de que soy o no soy un «gran gobernante», que ha sido el tema periodístico de la semana, es una de las cosas más cómicas a que he asistido desde que estoy en el Gobierno. ¿Soy un gobernante? ¿No soy un gobernante? Y los que más se afanan por expedir este certificado de aptitud son los políticos conservadores.

En la discusión del Presupuesto de Guerra se ha visto una vez más la indigencia de los partidos, y singularmente la del Radical, que *aspira a gobernar*. Todo lo que se les ha ocurrido decir a los radicales, al discutirse este presupuesto, es que en la imprenta del ministerio hay tres capitanes de más, y que se deja de pagar el sueldo al obispo castrense, y dos cosillas más por el estilo, y, un *técnico* del partido, el capitán Poza, ha hecho un discurso para hablar de la Marañosa, la fábrica de productos químicos que manejan los artilleros.

Y esto es lo triste: que no hay nadie que entienda de nada.

Este discurso «militar» ha producido gran impresión. Algunos militares dicen ahora que yo vine al ministerio con preocupaciones de antimilitarista, y que el trato con el ejército me ha convencido de que en él hay muy buenas cosas y muy buena gente. Más vale que depongan su animosidad, cualquiera que sea el razonamiento que hagan, por disparatado que resulte.

Libertad de prensa. Cuando Lerroux volvió de Barcelona llamó a Barbate, copropietario de *El Sol*, y se le quejó de que el periódico no fomentase el lerrouxismo, mostrándose en cambio partidario mío. Barbate le contestó que él no podía hacer nada, porque dejaba a la dirección del periódico en completa libertad.

Pocos días después, el subsecretario de Marina, lerrouxista de nuevo cuño, llamó a Barbate y le dijo que se anduviera con cuidado, porque Lerroux va a ser poder dentro de poco y podría tener qué sentir. Barbate es concesionario de unas almadrabas.

Los Consejos de esta semana no han tenido gran importancia. En el del viernes, Prieto se sintió sobrecogido de un dolor muy fuerte en la región del corazón, que casi le hizo perder el sentido. Creo que tiene arterioesclerosis, y no se cuida.

Comentando la sesión del miércoles, Prieto ha dicho, creyendo que yo no lo oía, que sus palabras a los radicales las dijo con intención de provocar la batalla.

El miércoles por la mañana estuve a despachar con el Presidente. Llevé un carro de decretos. Estaba de mal humor, «torcido» (no sé expresarlo más gráficamente), y con la antigua propensión de echarlo todo a bromas fúnebres, es decir, sin gracia, pero con tercera intención. No sé si le habrá molestado lo del Nuncio; nada me dijo. Al enterarse de que Albornoz iba a dictar una disposición prohibiendo a los notarios que circulen modelos impresos para hacer la declaración de voluntad sobre el enterramiento católico, me rogó que no se hiciera por decreto. Contesté que lo procuraría, pero que no estaba seguro de lograrlo, si el ministro quería dar a ese asunto alguna importancia. Por algunos detalles, comprendí que estaba desazonado. Se lo dije a Casares. Al día siguiente, Besteiro me llamó a su despacho y me contó que el Presidente había hablado con él, quejándose del aislamiento en que se le tiene, de que no despachan con él los ministros, de que los decretos se le envían con un guardia, del proyectado decreto de Albornoz, etcétera. Besteiro tenía la impresión de que don Niceto no dura en la presidencia.

Le dije a Besteiro que lo del decreto estaba arreglado. Albornoz estaba conforme con dictar una orden ministerial o una orden de la Dirección General, y ni siquiera era cosa suya la idea, sino del director de Registros, mi correligionario Fernández Clérigo. Besteiro quedó en ver a don Niceto la misma noche. La preocupación religiosa del Presidente le hará cometer alguna tontería. Las demás quejas también son infundadas. Lo del guardia ocurrió una sola vez, por inadvertencia del personal subalterno; fue en diciembre, y aún no se le ha olvidado.

Me ha visitado el hijo de García K., ya enterado del fracaso de las gestiones de Barcia.

El encargado de negocios de El Salvador me visita, con el empeño de que reconozcamos al nuevo Gobierno de su país, salido de un golpe de mano. Nadie lo ha reconocido aún, porque hay el acuerdo tácito de no reconocer en casos tales, y el propio ministro de Guatemala ha hecho una gestión cerca del subsecretario de Estado para que no accedamos al reconocimiento.

El redactor-jefe de *El Debale* se ha encontrado con Guzmán y han hablado largamente de los motivos de la suspensión. Puestos a buscarle tres pies al gato, me prestan intenciones profundísimas y maquiavélicas. Dicen que soy el único adversario serio que tienen las derechas; los demás se desacreditan solos, con dejarlos hablar. *El Debate* es propietario de *Gracia y Justicia*, el libelo de Delgado Barreto, donde han estado cubriéndome de injurias soeces muchos meses. Ahora les han puesto un censor, después de la conversación que tuve yo con Herrera en la presidencia en que le afeé su hipocresía. Reconocen que no he suspendido ningún periódico por atacarme ni por injuriarme.

14 de marzo

Me levanto un poco tarde. Despacho con el subsecretario y con el jefe de Aviación. Visita de Echevarrieta, que me habla de un modelo nuevo de avión; piensa adquirirlo para establecer una línea a Buenos Aires.

Viene el subsecretario de Estado. Después el de la Presidencia. Y el director de la Telefónica. Mañana hay que resolver la difícil cuestión que tiene planteada con su personal.

Después de comer, doy un paseo por El Pardo. Vengo al ministerio, y recibo a Gabriel Franco y a Ramos. Después voy al Español con Lola a la última representación de la compañía rusa. Nos sirven *Crimen y castigo*. En el palco contiguo al mío, don Niceto, su mujer y su hija. El Presidente está de mejor humor, pero advierto que aprovecha las ocasiones para hablar del «sabio» don Fernando. Debe de estar enconado con él, a causa de la cátedra del hijo.

Regresamos al ministerio y ya no salgo.

Esta mañana, como estaba más descansado, he podido abordar, sin desabrimiento, algunos asuntos enojosos. Pero, de tarde, he pasado por un rato de aburrimiento y fastidio. Todo este ruido que hacen en torno mío no me gusta. Es mucho peso el que pretenden echarme encima. Yo no tengo deseos de perdurar aquí, y mi mayor placer sería, concluida esta etapa, mandar a paseo la política y sumergirme en los libros.

15 de marzo

El Consejo de hoy ha empezado tarde, porque he ido al Senado, a la sesión inaugural del Congreso Internacional de Cirugía. El alcalde, que había de hablar el primero, ha llegado tarde. Este alcalde es muy castizo, le invitan a un banquete diplomático y no va ni se excusa.

Hemos oído los discursos de rúbrica, entre ellos una necrología de los cirujanos muertos desde el último Congreso. El orador no nos ha dicho si han muerto a mano de otros cirujanos.

El Presidente de la República ha echado un discurso, en que ha hablado de nuestra revolución como de una operación quirúrgica incruenta.

En el Consejo hemos aprobado el texto definitivo de la ley Agraria y el proyecto de resolución que he de dictar en el recurso interpuesto por la Telefónica contra un arbitraje dictado por el ministerio de Comunicaciones en tiempo de Martínez Barrio. Esta fue una atrocidad que cometieron en aquella casa. Martínez Barrio no era un ministro, y entre él y Abad Conde se dejaron gobernar por el sindicato. Ahora el asunto no tiene solución fácil, y lo más derecho sería volver a empezar. El fondo de la resolución, aparte unas pequeñas ventajas que se conceden al personal, consiste en remitirlo todo al jurado mixto. Temo que el personal se alborote. No se ha podido conseguir que acepten la conciliación ofrecida por el ministerio del Trabajo.

En las Cortes se ha discutido y aprobado el Presupuesto de Marina. El diputado Rizo, radical, que tiene un puesto de nombramiento del Gobierno en Marina, ha leído un discurso de una hora combatiendo al ministro. Esto no puede ser, y le he dicho a Giral que lo dimita. No he entrado en el salón de sesiones.

Por la noche me he quedado de tertulia en el ministerio con Guzmán, Saravia y el teniente coronel Sicardo, que viene de Italia, para donde le nombré agregado militar. Habla por los codos y me ha mareado.

17 de marzo

Consejo en Palacio. El Presidente estaba hoy de muy buen humor, y se ha pasado el Consejo haciendo chistes. Menos mal. Se han aprobado los programas de viaje del Presidente a Levante y Andalucía.

También hemos examinado el proyecto de ley Electoral del presidente del Supremo. El proyecto de la Comisión jurídica asesora no es bueno. Deja la elección en manos de los magistrados, procuradores, notarios, etcétera. Y es seguro que saldría un presidente inadmisible. Por otra parte, no permite opción ni repulsa al presidente. Albornoz aceptó el anteproyecto, sin fijarse en nada, y cuando yo le hice alguna observación sobre el caso no le dio importancia. Hoy, en el Consejo, se ha convencido fácilmente de los errores del proyecto. Se ha convenido en redactar otro, con mejor sentido político, y eliminando de la asamblea electoral a gentes que no deben figurar en ella.

Ayer, en las Cortes, hubo otro choque entre los socialistas y los radicales. Ahora han cambiado de bancos, y ya no oímos desde el banco azul las conversaciones de los radicales que injurian a los ministros. Yo no presencié el incidente de ayer. Estuve en la primera parte de la sesión, y tuve que intervenir contestando a Guerra del Río, que agitaba la cuestión de los funcionarios.

En esto ha habido que tomar una decisión un poco brutal, que es deshacer las plantillas de aumentos aprobados en algunos ministerios durante el Gobierno provisional y convertirlos en ley por las Cortes. No pude decir a Guerra del Río la verdad entera, o sea que en aquellos meses no había Gobierno y cada ministro hacía lo que se le antojaba. Así resultó que los más débiles se dejaron convencer por sus funcionarios, y repartieron mercedes a boleo. Los de otros ministerios protestaban, pidiendo iguales mejoras, que no es posible otorgar, y ha sido necesario dejarlos a todos iguales, en la situación que tenían al venir la República.

Desde las Cortes vine al ministerio para hablar por teléfono con Zulueta, que desde Ginebra me dio cuenta de su conversación con Tardieu, sobre las relaciones de Francia y España. Se trata de solventar las diferencias comerciales, sometiéndolas a un criterio de orden general político, sin hacer

demasiado caso de los técnicos. Aprobé las conversaciones de Zulueta, y los planes de que me informó, y llamé a Domingo al ministerio para contarle lo que sabía, y también lo aprobó.

Domingo me habló de política. Cree que Lerroux está hundido, el Partido Radical se deshará. Los socialistas prestan lealmente un inmenso servicio a la República colaborando en el Gobierno. Mi figura política ha adquirido un relieve extraordinario. Cuando los socialistas se vayan amistosamente del Gobierno, por haberse cumplido el programa que trazamos, podrá hacerse una agrupación de izquierda republicana y «tendrá usted Gobierno para mucho tiempo». Tales son las opiniones de Domingo.

Después de cenar voy al Español; función de gala en honor de los congresistas de Cirugía. Veo un acto de la *Serrana de la Vera*, y salgo para el centro de Acción Republicana, donde se celebra una reunión del Consejo Nacional del grupo parlamentario. Se discute si conviene o no declarar fenecida la Alianza Republicana, que, de hecho, está bien muerta. Prevalece el criterio de no hacer ninguna declaración, para reservar el porvenir, por más que los radicales, ciegamente, lo están haciendo imposible.

18 de marzo

Hemos dimitido al subsecretario de Marina y a Rizo, delegado del Gobierno en la Transmediterránea, que combatió al ministro en las Cortes. Giral ha preguntado al subsecretario si era cierto que había hecho aquellas gestiones cerca de Barbate, y ha confesado que sí.

Hoy no ha habido Consejo. Tenía yo que asistir, como ministro de Estado, a la recepción del nuevo embajador de México, Genaro Estrada. Pérdida de la mañana en estas ceremonias, y en recibir después, para devolvérsela en seguida, la visita del embajador.

También me ha visitado el de Francia, para congratularse de la nota que hemos dado acerca de nuestras relaciones con su país.

Anoche hubo en las Cortes una sesión tan estruendosa como lamentable. Había de darse cuenta del resultado de los trabajos de la Comisión que se nombró para investigar lo que hubiera de cierto en la supuesta acumulación de cargos, por los diputados. A eso de las nueve de la noche, estando yo en mi despacho del ministerio, vino Ramos y me dijo que los radicales habían presentado una proposición para que antes del 31 de marzo, los diputados que tuvieran algún cargo lo renunciasen. Ramos no había leído el texto de la proposición. Comprendí que los radicales querían hacer ostentación de honestidad, y como la presentación de mi proyecto de ley sobre Incompatibilidades les ha dejado sin esta bandera popular, quieren ser ellos más exigentes. Se trata pues de una puja de *puritanismo*. Al poco rato me llamó por teléfono Besteiro, y un tanto confusamente me dio cuenta de lo que ocurría. Noté que estaba algo apurado, ante la necesidad de votar en la misma noche. Yo le dije que lo mejor sería pasar la proposición a la Comisión que entiende en el proyecto de Incompatibilidades, y que para preparar el camino citase a una reunión a los jefes de grupo, para las diez y media, y que yo asistiría.

—¿A todos los jefes de grupo?

—No. A los de la mayoría —respondí.

A las diez y media fui al Congreso, pensando cuál pudiera ser el blanco de la maniobra de los radicales, y en los medios de evitarla, sin que pareciese

que el Gobierno amparaba a los acumuladores de cargos.

En el despacho de Besteiro estaban ya los delegados de los grupos. Allí propusieron que se llamase también a Maura. Yo accedí, suponiendo que su criterio coincidiría en esto con el mío. Vino Maura, y me saludó muy afectuoso, terminando con esto su pueril enfado.

Los radicales habían modificado su proposición, dejándola reducida a una cosa anodina.

Allí conocí la lista de los cargos que tiene cada diputado. No me había ocupado de este asunto. Resulta que no hay apenas nada censurable salvo tres o cuatro casos, como el del alcalde de Barcelona. Les dije, de todos modos, que el Gobierno había tomado una iniciativa, y que no podía dejársela arrebatar por un grupo, que buscaba con ello una plataforma popular. Estuvieron conformes. En esto andábamos cuando se presentó Guerra del Río, a quien no se había citado. Hizo como que quería marcharse, pero se quedó. Después de una ligera conversación, aceptó que su propuesta siguiera la tramitación indicada por mí. Con ésta, nos separamos.

En el salón, todo pudo haber acabado en quince minutos, si no fuera la gente torpe. Empezaron por leer la lista de nombres y cargos, no obstante estar impresa y repartida. Hora y media de lectura. Me marché del salón. Cuando volví, habían comenzado las «confesiones»: muchos diputados se levantaron a decir en qué empleaban o a cuánto ascendían sus emolumentos, y hubo hasta quien dijo a qué destinaba una gratificación de trescientas pesetas anuales. Como la campaña sobre acumulación de cargos se ha hecho principalmente contra los socialistas, y de lo averiguado resulta que no hay cosa grave contra ellos, no dejaron de cantar victoria. Trifón Gómez leyó un extracto de un discurso de Gil Robles en que insulta a los diputados socialistas. Gran alboroto. Y cuando Gil Robles se levantó a contestar, con su cínica frialdad, se produjo una especie de motín. Algunos diputados socialistas (Negrín, uno de ellos), dando la vuelta por el pasillo exterior, se acercaron al escaño de Gil Robles para pegarlo. Maura y Manteca lo impidieron. Los diputados se levantaron, salieron de sus asientos, y pareció inevitable que llegasen a las manos. Desde el día de la agresión a Leizaola no ha habido bronca semejante, pero la de anoche fue mayor. Estuvo interrumpida la sesión veinte minutos. Cuando Besteiro pudo hacer oír, y los diputados comenzaron a sentarse, dijo las palabras de ritual, exhortando a la calma y al orden, y requirió a Gil Robles para que no empleara palabras que pudieran lastimar la *susceptibilidad* de ningún grupo. Entonces, Fernando, desde el banco azul le interrumpió:

—La susceptibilidad no: el honor.

Grandes aplausos de los socialistas, que por lo visto no se consideraban bastante indicados por Besteiro, subrayaron esta pifia.

Vi a Besteiro ponerse lívido y contraer las facciones dando muestras de nunca vista cólera. Cuando ya todo estaba en calma, Besteiro, cada vez más descolorido, casi blanco, como un muerto, me hacía muecas de ira, señalando a Fernando. Nunca le he visto así. Temía que ocurriera algo grave y que dimitiese. Lo veía comentar el incidente con los secretarios. Habló Guerra del Río defendiendo la proposición de los radicales, y cuando acabó hubo un momento de silencio; nadie sabía qué hacer. Entonces pedí la palabra, y pronuncié un corto discurso, procurando elevar el tono de la discusión y ennoblecer su objeto Me aplaudieron, incluso los radicales. Y aproveché el discurso para dar una satisfacción a Besteiro, ensalzando su autoridad presidencial[40].

A las dos y media de la madrugada se tomaba el acuerdo de enviar la proposición a la Comisión de Incompatibilidades.

Como el enfado de Besteiro lo advirtió todo el mundo, Casares, al salir del salón, le dijo a Largo Caballero que temía la dimisión del Presidente.

—¡Déjelo usted que se vaya de una vez! —contestó Largo.

Luego pasé yo al despacho de Besteiro. Aún estaba furioso. Dijo que Fernando había procedido como tonto que es, y que quizá no era todo tontería, sino maldad, para echarle encima el grupo socialista.

Estuvimos allí hasta las tres. Nos dijeron que unos diputados socialistas esperaban a Gil Robles en la calle de Floridablanca para pegarlo. Por suerte, Gil Robles se había marchado por otra parte. Hubiera sido una torpeza que lo agredieran en el salón ni en ninguna parte. Ya lo fue mucho mover tan gran escándalo por lo que dijo; pero hay que reconocer que se necesita mucha experiencia y mucha calma para aguantar a ese señor, que subleva por su increíble cinismo.

Por fortuna, los periódicos de hoy no dan demasiada importancia al incidente, y no lo hinchan ni lo explotan en contra de las Cortes, como era de temer.

También ayer, jueves, hubo recepción en el Palacio presidencial, en honor de los congresistas de Cirugía. Fue la recepción en la planta baja, en las habitaciones oficiales del Presidente, y no se cabía. Mucho calor. Ningún incidente digno de mención.

Don José Pedregal ha dado una *interview* a *El Heraldo* en que habla de la *unión de los republicanos*, y espera que yo me entienda con Lerroux y

Domingo, descartando a Albornoz, para gobernar sin los socialistas. Cuando esa unión esté realizada, se retirará a Avilés. Respecto de la fractura de la Alianza, dice Pedregal que circulan varias versiones, y no sabe cuál es exacta. Pedregal estaba obligado a creer que la exacta es la que yo di, no sólo porque la he dado yo, sino porque yo estuve hablando con él la víspera de la crisis, y le expuse mis propósitos, confirmados por los hechos. Entonces Pedregal me aconsejó que fuese *flexible* y que no insistiese en quitar a Largo la cartera de Trabajo. No se la quité, lo que motivó el enfado de los radicales. Y ahora Pedregal dice que soy «frío e inflexible» aunque me creo de *goma*. Yo nunca me he creído de goma; no sé para qué servirá un hombre de goma. Y si el ser como soy le gana a uno fama de inflexible, no sé cómo serán por dentro los que no gozan de esa reputación. En fin, Pedregal me elogia personalmente; pero estos antiguos reformistas no tienen, por lo visto, remedio.

Por su cuenta, *El Heraldo* publica un artículo diciendo que en mayo voy a hacer una maniobra para expulsar a los socialistas, si no me secundan, y gobernar con Lerroux, o para combatir a Lerroux si los socialistas quieren. Esto es una estupidez tamaña. Lo he hecho rectificar en *El Sol*.

19 de marzo

Me levanto tarde, cansado todavía, por no haber dormido bastante ayer. Despacho con el subsecretario. Recibo comisiones. Y la visita del marqués de Valderrey (un Pidal) que viene a pedirme que interceda con las autoridades de Badajoz para que le protejan de las depredaciones de sus campesinos.

Me entero de que ha llegado Zulueta, y nos citamos para la noche.

Después de comer algo salgo con Luis Bello y Guzmán. Nos apeamos en la carretera de Hoyo de Manzanares, y damos un largo paseo. La tarde es maravillosa. Regresamos a las seis y media y vamos al concierto de la Orquesta Filarmónica en El Español. También está don Niceto, que en un descanso me llama para decirme que Lerroux le ha contado que en París están muy inquietos, porque temen, para el mes de mayo, un movimiento nacionalista en nuestra Zona de Marruecos.

Después del concierto vengo al ministerio, donde ya está Zulueta. Me cuenta su viaje. Viene relativamente contento. De Madariaga se queja un poco. Madariaga no quiere estar en París, sino en Ginebra. Zulueta cree que Madariaga se olvida a veces, en la Sociedad de Naciones, de que representa a nuestro país, y procede como un «intelectual». Tardieu le ha dicho que a Madariaga «se le habla del desarme y contesta Japón».

Zulueta estima que España no puede hacer una política demasiado idealista, y combatir con Inglaterra en la Asamblea por defender a China.

Le cuento a Zulueta que el embajador de Chile ha venido a verme, muy alarmado, creyendo que por el ministerio de Agricultura se preparan medidas comerciales contra los nitratos. El embajador está dispuesto, por si la medida obedece a una represalia, a hacer todo lo necesario para que su Gobierno suprima todas las restricciones impuestas a la repatriación de moneda española. En el ministerio de Agricultura no preparan ninguna medida de esa especie; pero yo le encargo a Zulueta que deje en su engaño al embajador y que, a cambio de prometerle que nosotros no haremos nada, vea de conseguir la derogación de las trabas que Chile ha establecido.

Después recibo a un redactor de *El Heraldo* a quien le dicto unas notas rectificando su disparatada información del otro día. El redactor es

lerrouxista, y eso lo explica todo.

20 de marzo

No he salido de mis habitaciones en toda la mañana; cerca de las dos, viene el director general de Seguridad, que me informa de los trabajos de organización que está haciendo, y del nuevo servicio para investigar el comunismo en el ejército.

Por la tarde, salgo con Bello, Guzmán y Cipriano. Vamos hasta Manzanares, después de pasear un rato por la carretera. Visitamos el castillo de Santillana. Nos encontramos allí con Besteiro y su familia. El anochecer es prodigioso. El valle y la sierra, de rosa y nieve. Todo está de una grandiosidad triste. La emoción de la historia y del natural se combinan. Sobre esto, ¿podrá levantarse una historia nueva?

Después del paseo vuelvo al ministerio. Recibo a unos cuantos amigos, que nos dan conversación hasta las nueve y media.

21 de marzo

De mañana, largo despacho con el subsecretario. Después, con el general Goded. Recibo al general Cabanellas y a Ruiz Trillo. Luego presido la primera sesión del consejo de administración del Consorcio de Fábricas Militares. Si consigo poner orden y claridad en el embrollo que hasta ahora han sido las fábricas, será un triunfo. La reunión dura hasta dos horas y media. Y todavía tengo una visita que aguantar.

Por la tarde, té, en el Ritz, ofrecido por la Asociación de la Prensa Extranjera. Asiste Zulueta. Venimos juntos al ministerio, y me habla de la conveniencia de volver a Ginebra. Teme que sus viajes sean objeto de censura. Yo le tranquilizo.

En el ministerio me aguardan dos periodistas americanos. Los despacho y voy al Ateneo a presidir la Junta Directiva. Estoy allí hasta las nueve y media. En el Ateneo, la oposición quiere que deje la presidencia pretextando que es cargo *incompatible* con la del Gobierno. Es una tontería. Pero no es cosa de tranquilizarles anunciando desde ahora que en mayo no aceptaré la reelección. El Ateneo está mal, atacado de brutalidad comunistoide, y un pequeño grupo de violentos y despechados se impone a la mayoría de los socios, que no van por allí. Realmente el Ateneo me debe todo lo que es, incluso la existencia, porque cuando Primo de Rivera quiso destruirlo fundiéndolo con el Círculo de Bellas Artes, yo fui al Círculo y en una junta general conseguí que rechazasen la fusión. Verdaderamente, si yo fuese un hombre sensible a la ingratitud, este caso me dolería; pero uno de los puntos en que más me he corregido de mis *extravíos* de la juventud, es en éste; no espero ninguna correspondencia a la lealtad de mis intenciones.

También se han corregido otros: por ejemplo, Azorín. Dos artículos me ha dedicado en *Luz* muy encomiásticos. ¡Quién lo pensara!

Ahora hay muchas gentes empeñadas en saber cómo soy y cómo he sido. Y me inventan biografías. Un periodista le ha pedido noticias de mi vida a Cipriano, complementarias de las que el periodista cree poseer, y entre las que posee figura ésta:

—Ya sé que cuando de joven frecuentaba el Ateneo, y sus amigos se iban de juerga, él se quedaba estudiando en la biblioteca…

¡Tempestuosas memorias de la tertulia de «fuerzas vivas», qué diréis a esto!

Me ha dicho el ministro de Marina que en su despacho del ministerio le registran el cajón de la mesa; se lo abren con una lengüeta.

Gil Robles ha ido a dar voces contra mí en la plaza de toros de Alcalá, y uno de sus congéneres ha dicho que, «envanecido por el poder», *he dejado de ser español*. ¡Si serán listos!

Miguel Maura se encontró ayer con Casares en Fuentelarreyna. En el acto habló de su pleito: la separación de los socialistas del Gobierno.

—Lo que hay que hacer es reunir alrededor de una mesa a Azaña, Lerroux, Ortega, Domingo y yo…

—¿Qué iban ustedes a hacer? ¿Juegos de espiritismo? —le interrumpió Casares.

23 de marzo

Ayer fue un día de inmenso cansancio. Por la mañana, Consejo de ministros, que terminó a las tres menos cuarto. Zulueta consumió mucho tiempo en contar sus impresiones de Ginebra. Habla con mucha pausa. A Prieto no le importan nada estas cosas, y se impacienta.

Poco después de comer fui a firmar con el Presidente, en su casa. Llevé un cartapacio enorme. Una hora firmando. Cometí la imprudencia de ir al Congreso, y me sobaron hasta las ocho y media. Ya no recuerdo las comisiones que recibí ni las tonterías que tuve que escuchar. Esto de que la gente no sepa explicarse pronto y bien, es terrible.

A esa hora estaba tan cansado, que me entraban ganas de morirme. Y aún tenía que sonreír a los visitantes. Ramos me llevó del Congreso para distraerme. Fuimos a la presidencia para ver el estado de las obras; después regresé al ministerio y me vestí para ir al Español. Conmemoración de Goethe. Representan el *Clavijo*. El ministerio de Instrucción Pública ha subvencionado esta representación, y el propio ministro ha dicho una conferencia preliminar. Fernando está enteramente desprovisto de vena literaria. Hizo un tema de clase. La representación no valió nada; estos cómicos no saben ni pronunciar.

Estuvo don Niceto. Conversamos un rato en su palco.

Después estuvimos con los Casares, y regresé a casa.

Hoy he trabajado toda la mañana en el despacho, y recibido algunas visitas. Por suerte, a las dos menos cuarto había concluido todo. Después de comer, salgo con Guzmán y damos un paseo a pie por la carretera de Hoyo. Hermosa tarde. Desde el campo, al Congreso. Visita de los diputados de la *Esquerra*, alarmados por la tardanza en poner a discusión el Estatuto. Dicen que en Cataluña se produce un descontento, y asoman demostraciones extremistas. Si la situación se prolonga, su situación se hará muy difícil en Cataluña, donde les dicen que han sido engañados en Madrid, y tendrían que retirarse del Parlamento Claro, estos hombres no quieren perder fuerzas ni popularidad, como lo están perdiendo, y un golpe de efecto como el de retirarse de las Cortes, les vendría muy bien.

La dificultad del Estatuto reside ahora en la parte de Hacienda, en que apenas será posible conceder una parte de lo que pretenden. Yo no he tenido interés en precipitar este asunto, por si venía una ruptura que pudiese arrastrar a Carner antes de que estuviera votado el Presupuesto. La salida de Carner, me hubiera creado una situación inextricable, porque sólo él podía poner en pie la reforma de los tributos y el Presupuesto.

Ahora ya se podrá afrontar con más desembarazo la cuestión. También sería difícil que los socialistas votasen el Estatuto si estuvieran fuera del Gobierno, y no se irán mientras no esté aprobada la Reforma Agraria. Mi proyecto era simultanear ambas discusiones, para conservar unidas las fuerzas y hacer aprobar las dos cosas. Los peritos del ministerio de Hacienda ponen muchas dificultades. Son muy *centralistas*. No veo aún clara la salida, pero habrá que encontrarla.

Lucio Martínez, el diputado por Jaén, zapatero socialista, me ha traído sesenta alcaldes de su provincia. Hay hambre en Jaén. Los propietarios no labran las tierras. El decreto sobre laboreo forzoso no ha producido nada hasta ahora.

Ni ayer ni hoy he entrado en el salón de sesiones.

Machimbarrena me visita en nombre de una comisión de San Sebastián que gestiona la autorización del juego. Le dije hace días, y al alcalde, que el Gobierno no lo autorizaba. Ahora quieren llevar el asunto a las Cortes y andan haciendo trabajos en los partidos.

Un redactor de *El Sol* viene a decirme que don José Ortega le ha pedido a Aznar que nos invite a comer juntos, *para que hablemos*. Aznar dice que también podría invitar a Maura; pero quiere saber si yo aceptaría la invitación. La conversación con Maura no serviría ahora para nada, como no fuese para embarullarlo todo y estropear los frutos posibles de mi entrevista con Ortega. Le envío a decir a Aznar que invite solamente al filósofo y que iré.

El gobernador de Orense me envía, ya anochecido, un telegrama diciéndome que tres mil hombres se reúnen en el campo, dispuestos a caer sobre la ciudad. Son huelguistas, a causa de la suspensión de las obras del ferrocarril directo. El gobernador me pide aeroplanos para intimidar a los revoltosos.

Hoy he sabido que el general Gil Yuste, inspector general, ha pronunciado una alocución ante los jefes y oficiales de un regimiento de Artillería en Vitoria, quejándose de la política *antirreligiosa* del Gobierno y de la República. He pedido más completa información, para saber qué debo hacer con él. Dentro de dos meses le corresponde pasar a la reserva.

He llegado al ministerio muy fatigado. Lo que me aterra no es mi situación actual, sino el porvenir. ¿Tendré que pasar el resto de mi vida encenagado en esta política, preso de las circunstancias, y sin recobrar ya nunca mi antigua libertad?

25 de marzo

Ayer me visitó el coronel retirado Azpiazu, diputado radical. Azpiazu, es gallego, muy metesillas y sacabancos, propiamente un zascandil. Dice Prieto que Azpiazu era el encargado de repartir las gratificaciones que daba la constructora naval en algún ministerio. Es muy amigo de Sanjurjo; él llevó a casa de Maura, el 14 de abril, recado de que Sanjurjo se ponía a disposición del Gobierno revolucionario; entonces vi yo a Azpiazu por primera vez. Es alto, aguileno, de facciones grandes, la boca enorme, la dentadura casi toda de oro, el pelo mucho y blanco. Durante mis primeros tiempos de ministro de la Guerra hacía (aún no se había retirado) como de agente de enlace entre el ministerio y la Dirección de la Guardia civil. Yo no sabía entonces ni sé aún cuáles eran sus funciones oficiales; le creí ayudante o secretario de Sanjurjo, pero no era tal. Cuando Sanjurjo se fue a Marruecos, Azpiazu me traía recados de «Pepe». Yo no hacía más que observarlo y maravillarme de su frescura. Una vez me sacó la noticia de lo que se iba a hacer con la guarnición de Lugo y se apresuró a telegrafiarlo, para su propaganda electoral. Se presentó diputado por Lugo, y creo que fue cosa suya la idea de presentar también por allí a Sanjurjo, que fue elegido y rechazó el acta.

Azpiazu, en los días difíciles de enero pasado, cuando lo de Sanjurjo, se las daba de confidente mío, y cada vez que me encontraba en las Cortes solía decirme «que no pasaba nada», y que si pasase, me lo advertiría. Tenía mucho empeño en proceder como si entre nosotros dos hubiese un valor entendido. El día que defendí a Sanjurjo contra Balbontín, Azpiazu se me acercó y me estrechó la mano sin pronunciar palabra, afectando gran emoción.

Un día, queriendo darme una prueba de lealtad, me dijo que podía contar con él y con *veintiocho mil hombres que le siguen*.

—¿Quiénes son? ¿Los electores de Lugo? —pregunté.

—No: la Guardia civil.

¡Es un gran tipo!

Ayer me dijo que ha reñido con Sanjurjo porque él siempre le aconsejó que no hiciera tonterías ni diese oídos a los que pretendían meterlo en aventuras. No le ha visto desde que Sanjurjo ha regresado de su excursión a la

Zona francesa de Marruecos, y le ha escrito una carta diciéndole: «que ya se convencerá de lo bien que le aconsejaba y de que él es un verdadero amigo». Azpiazu, no obstante, como yo repito siempre, aunque no esté seguro de ello, que Sanjurjo no quería aventuras, opina también lo mismo. Pero añade que Sanjurjo se aburre en la Dirección General de Carabineros, donde nadie le hace caso.

Después me habló de política. El Partido Radical es «una sentina»; no hay en él más que dos o tres personas; Lerroux no podría formar Ministerio; cuando los socialistas se vayan del Gobierno, no habrá más solución que la de presidir yo una coalición republicana; Lerroux es prisionero de su partido, al que se suman los caciques monárquicos; etcétera, etcétera. Él está muy a disgusto en el partido, pero cree que no es cosa de empezar «a dar brincos», y sirve mejor a la República permaneciendo donde está; pero mirando al porvenir, me ofrece la provincia de Lugo para Acción Republicana, y se dispone a «organizar la provincia» dentro de mi partido, o para mi partido; añadió que dispone de cinco actas.

Como no era cosa de tomarlo por lo trágico y echarlo de mi despacho, me encogí de hombros, le dije que yo no hacía política de partido, que no tengo intereses electorales en ninguna parte, que de mí nadie puede esperar nada, que no hago negocios, ni los protejo, ni amparo a mis parientes y amigos…

—De todo eso viene el prestigio y la autoridad que tiene usted —me replicó—, porque si no, *¿de qué serviría hacer todo eso?*

Esta respuesta le pinta.

Me dijo también que Lerroux está enojado conmigo personalmente, porque en diciembre lo expulsé del poder. Durante esta larga conversación yo me preguntaba cuál sería el verdadero objeto de la entrevista. Corté la charla, y ya nos habíamos despedido, Azpiazu tomó el sombrero y se encaminaba hacia la puerta (renunciando yo a saber el porqué de su venida), cuando se volvió hacia mí, y dijo:

—Aunque sea mezclar una cosa con otra…

En el acto vi el propósito, y recordé, porque tengo buena memoria. («Vas a recomendarme lo de las máquinas», dije entre mí).

En efecto: me habló de una solicitud que tiene presentada en la presidencia, pidiendo no sé qué privilegios para unas máquinas de escribir o de calcular que representa un amigo suyo.

También me ha visitado el marqués de Valderrey (un Pidal), que después de decirme que es monárquico, me pidió protección contra ciertos desmanes que cometen con él por el laboreo de una finca que posee en Extremadura.

El general Bermúdez de Castro (de la reserva), que escribe en *El Imparcial* artículos sobre cosas militares, en los que después de decir que llevo dentro, aunque me pese, «un soldado», habla de la situación pavorosa en que he dejado a los jefes y oficiales, me vino a ver para pedirme que *obligue* al juez a que cumpla un fallo del comité paritario, y puso a mi disposición *El Imparcial*, «que está dando las boqueadas», y apoyaría al Gobierno si mi partido le diese suscripciones y anuncios y yo le proporcionase una pequeña subvención. Ya le han ofrecido el periódico a Lerroux, me confesó Bermúdez, pero los radicales se han echado atrás, por no hacer un pequeño sacrificio económico.

Por la tarde, a las siete, tuvimos Consejo de ministros en el Congreso. Lo pidió Domingo para resolver unos asuntos de la provincia de Jaén, convertida en un infierno. Se trata de hacer efectivo el laboreo forzoso de tierras para reducir el paro de obreros. De la provincia de Sevilla hay malas impresiones: 65.000 campesinos parados y una propaganda feroz. Los decretos de revisión de rentas de arrendamientos han producido una paralización muy seria y en los juzgados no despachan las demandas de revisión; parece que esta lentitud es intencionada.

También se habló de la cuestión de los ferrocarriles en construcción; el Gobierno ha presentado un proyecto de ley suspendiendo las obras y anulando el plan. La Comisión ha dado un dictamen que desfigura el proyecto del Gobierno, si es que no lo echa abajo del todo. Convinimos en que no puede pasarse por esto. El dictamen, antes de imprimirse, irá a la Comisión de Presupuestos, y, a una reunión conjunta de ambas Comisiones, asistirán los dos ministros para buscar una solución. Estuvieron todos conformes en hacer cuestión de Gobierno lo que hemos propuesto.

Por la noche, después de cenar, vinieron unos amigos y estuvieron de tertulia hasta cerca de las dos.

Hoy, Consejo de ministros. Nada importante. Antes de reunimos, he hablado con Zulueta. Ayer visitó al Presidente, y ha sacado la impresión de que está tranquilo y contento. A las tres y media he ido yo a firmar con el Presidente. Le he hablado de muchas cosas, y esto le gusta. Ramos ha vuelto a decirme hoy que cada visita mía le devuelve al Presidente el buen humor. Yo creo que don Niceto irá convenciéndose de que le soy leal. Tuvo que devorar el hecho de que yo le sucediese en octubre; cualquiera menos picajoso habría sentido algún recelo, y este señor, que tiene un poco de manía persecutoria, estuvo durante muchas semanas persuadido de que yo le había echado una zancadilla. Me dicen, con referencia a su secretario Sánchez Guerra, que ya se

le ha pasado esa aprensión. Más vale así. Y cuando se vaya enterando de que yo soy invariable, quizás se tranquilice.

Después de la firma he salido con Guzmán. En la carretera del Escorial a Guadarrama nos hemos apeado y hemos andado unos kilómetros. También ayer dimos un paseo. La tarde de hoy estaba muy agradable; cubierto, grandes masas de nubes sobre la sierra, plomizo el horizonte, jugoso el verde de las dehesas, mucho ruido de aguas corrientes, y ni un alma por parte alguna. Los toros pastaban en el Campillo y en el Jaral. ¡Cuánto he corrido yo por aquí en mis tiempos de estudiante! Mi pasión por el campo se exalta en estos momentos, pensando en las delicias de reposar en estos lugares, quieto, sin pensamiento.

Después vengo a Madrid, derecho al Congreso; llevaba el propósito de leer el Presupuesto colonial; pero al llegar, poco más tarde de las siete, me entero de que se ha levantado la sesión, después de aprobar el Presupuesto de Hacienda.

Camino del despacho de ministros, voy tropezando con pedigüeños y comisiones: los diputados canarios, que pretenden nada menos que la rectificación de un informe del Consejo Superior de la Guerra sobre la actitud de un coronel; Velao, que quiere hacerme variar de criterio en el asunto de los ferrocarriles, porque es diputado por Albacete; los gallegos, en gran comisión, sobre la continuación de las obras del Zamora-Orense; etcétera, etcétera. Luego me encuentro a Prieto en el despacho hablando de castillos de pólvora y cabalgatas. Le hemos encargado de organizar una especie de festejo para el mes de abril, por más que no tengamos dinero. Se busca el medio de que los ministerios contribuyan.

He regresado al ministerio, con Ramos. Hablamos de muchos asuntos. Después de cenar, no salgo ni recibo a nadie.

Como, por mi decreto del 28 de octubre, el jueves y el viernes santo son días laborables, algunas gentes y algunos periódicos han querido hacer de las funciones religiosas de estos días una especie de *trágala*.

El *ABC* publica hoy la fotografía de unos cuantos sagrarios, y habla de la extraordinaria manifestación religiosa de ayer, y *La Nación* anoche decía: «Hoy es Jueves Santo, *aunque no se quiera*». ¿Y quién no ha querido?

Madrid no ha tenido hoy ni ayer el aspecto terriblemente provinciano y cursi que adquiría otros años en tal fecha.

28 de marzo

Toda la mañana he estado en mi despacho. Me he negado a recibir visitas. Todavía hemos tenido que trabajar en el Presupuesto de Marruecos, que no he hecho yo, y que aparece bastante embarullado; ha venido Ramos, y con el subsecretario de Guerra hemos puesto en claro algunas cosas. Para el año próximo, esto irá de otra manera, después que rehaga la organización del ejército de ocupación.

Por la tarde, a las cuatro, voy a las Cortes. Leo el proyecto de ley de Presupuestos para las posesiones de África Occidental y me vuelvo al ministerio; al poco tiempo salgo solo y voy al concierto de la Orquesta Filarmónica en El Español. Mozart me ha puesto de buen humor. Desde allí, al Teatro de la Princesa, que ahora se llama de María Guerrero. Sesión de clausura de la Asamblea del partido de Acción Republicana. Pronuncio un discurso, que sale bien y es aplaudidísimo.[14] He procurado no reñir con nadie y tratar cuestiones de orden general. Los asambleístas se van muy contentos. Vengo al ministerio a cenar y ya no salgo.

La marejada política se ha calmado. *La Época* publica un artículo reconociendo que la situación está despejada y que hay Gobierno por lo menos hasta el otoño. Mis declaraciones de ayer han disipado las nubes. Esta tarde decían en el Congreso que el día 5 planteará Lerroux un debate político. No sé para qué.

El Presidente se fue ayer por la mañana a Murcia. Le acompañan Giral y Prieto. Prieto les ha dicho a unos visitantes que el Presidente le ha rogado que vaya con él, en este viaje, porque Giral es muy aburrido. Tuve que levantarme a las siete, cosa para mí desagradable. Pero al volver de la estación me acosté de nuevo, y afortunadamente dormí, con lo que me libré de una neuralgia.

Fuimos a almorzar al Escorial, invitados por los Casares, y luego damos un largo paseo por Navacerrada, La Granja y Segovia. Regresamos por Manzanares. En el ministerio nos reunimos con otros amigos que estuvieron hasta la hora de cenar.

El sábado, el ministro de Egipto dio una recepción con cena y baile en el Ritz. Hubo mucha gente. Allí conocí a la ministro de Rumania, la princesa Bibesco, hija de Asquith, que está algo loca. Habla a gritos, con voz rajada, de apache y acumula las impertinencias. Presume de desgarro. Me dijo que tengo espíritu de dictador, me habló de la voz aguardentosa de Primo de Rivera, del rey, de Berenguer… en fin, muy discreta. La princesa se echa encima de los hombres, quizá con la esperanza de que los hombres se echen encima de ella; pero no es nada apetitosa. El ministro egipciaco es una especie de árabe larguirucho y ojeroso, no desagradable en su trato.

31 de marzo

Resulta que mi discurso en la Asamblea de Acción Republicana ha tenido una resonancia fenomenal. Ha gustado muchísimo; las gentes me escriben. Esplá me ha dicho que él nunca había sentido ganas de gritar *¡viva España!* hasta que me oyó esa tarde. Hasta a los socialistas les ha gustado. Esta impresión tan favorable, y un poco sorprendente para mí, nace acaso de que el público político está habituado a un pedestre modo de pensar y de hablar, y se siente renovado si se incitan a mayor nobleza.

El martes se discutió en las Cortes el Presupuesto de Marruecos. Tuve que echar otro discurso, con muy pocas ganas, porque la noche antes no había dormido más que tres horas, y estaba que no podía tenerme en pie. Hablé sencillamente, diciendo las cosas como son, y produjo mucho efecto, mucho mayor de lo que yo podía suponer, pues hablé sin gana y sin dar importancia a lo que decía[41]. Los periódicos y los diputados han dado gran aire a este discurso. Tampoco están habituados a que estas cosas se traten con sencillez y franqueza. Apenas concluí el discurso, me fui con Luis Bello al teatro Calderón, a oír el concierto de la Sinfónica. Lo oí, en un estado tal que semejaba a un desvarío o delirio, sin duda por no haber dormido. Me pasaban por la mente cosas extrañas, monstruosas, y aunque yo quería cazarlas con la atención no me era posible. Hubo un momento en que traté, en vano, de saber en qué año estamos; me decía que era el 1924 o el 1925.

En tal estado fui con Lola a cenar en casa de Fernando de los Ríos. Hablamos mucho de política. Fernando es tan impresionable, tan poco político y tan fanatiquillo que, porque al conde de Romanones se le ha ocurrido decir que el proyecto de Reforma Agraria «es conservador», ya quiere que se introduzcan variaciones en lo aprobado por el Gobierno.

Anoche hubo recepción en la embajada de Alemania, para festejar el centenario de Goethe. Encontré allí a muchos pájaros monárquicos, germanófilos del tiempo de la guerra, como Ballesteros Beretta, profesor del príncipe, Eloy Bullón, Gascón y Marín, ministro de Berenguer, y algunos otros. En fin, muy buena sociedad. No faltaba la Bibesco, que volvió a llamarme dictador:

—Ándese con cuidado, no sea que la envíe a Chafarinas —le respondí, riendo.

Hoy, jueves, he empleado la mañana en despachar con el subsecretario y con el general Goded.

He descubierto, de averiguación en averiguación, un proyecto de gran gatuperio ideado por un teniente coronel de Estado Mayor, destinado en el ministerio, y que ha formado con un capitán de Intendencia una sociedad anónima para el suministro de víveres al ejército, y ese mismo teniente coronel incoó un expediente en el que se proponía la *centralización* del servicio de aprovisionamiento. El expediente había pasado al Estado Mayor Central, y Goded, al darme hoy cuenta de él, se anticipó a decirme que opinaba en contra y traía el dictamen en cuartillas manuscritas, para leérmelo.

—No se moleste —le dije—, habla usted a un convencido. Conozco ya lo que hay en el fondo del asunto.

Me consta que Goded estaba avisado de los manejos del teniente coronel, que pretendía además valerse del agregado militar en Italia para sus fines comerciales. Pero Goded, no sé por qué miramientos, no me ha dicho nada sobre ello. Tengo que echar del ministerio al teniente coronel, como eché hace pocas semanas a un capitán de Intendencia, que resulta ser su socio.

Por la tarde he ido a las Cortes. Se ha terminado la discusión del Presupuesto. He estado allí para oír el discurso de Carner. Deslucido de palabra; pero claro, y honrado, como de buen administrador; pero no profundo. Le han aplaudido bien.

La sesión ha terminado con medio centenar de diputados en los escaños. Yo he estado hasta el final.

Continúan circulando rumores disparatados acerca de la política. La gente tiene tan metida en la sangre la infección de los antiguos usos, que hasta dan listas de Gobiernos nuevos, presididos, es claro, por Lerroux. Ahora el tema es si Lerroux hablará o no en las Cortes la semana próxima.

Me han visitado dos propagandistas del *Evangelio*, varón y hembra, que se proponen difundir por España *la parole de Dieu*. Son ingleses, o norteamericanos. Se interesan mucho por la difusión del *Evangelio*, de la que aguardan para España inmensos beneficios, entre otros, la paz espiritual. Esta visita me ha hecho recordar la de Borrow a Mendizábal, de la que pronto hará un siglo. Está visto que un ministro español no se sustrae a la tradición. Mi respuesta no podía ser en palabras como la de Mendizábal, pero en el fondo no ha sido menos indiferente.

1 de abril

En mi despacho de las Cortes recibo a Vegazo, el jefe de Obras Públicas de Marruecos, Examinamos la situación del protectorado en este aspecto, y le expongo la urgencia de acabar la carretera central, para poder reducir los efectivos militares. Vegazo cree que la carretera puede acabarse en un año, si se encuentran los recursos necesarios. Le participo las gestiones que hago para colocar una parte del empréstito de Marruecos, que nos dejará libres dieciocho millones.

Después, tengo una conversación con Corominas, sobre el dictamen del proyecto de Estatuto. Los peritos de Hacienda y los nombrados por la Generalidad, no se han puesto de acuerdo. Corominas me dice que los catalanes abandonan la pretensión de quedarse con la contribución de utilidades y la del Timbre, y me anuncia su propósito de no oponerse a que el impuesto sobre la renta, cuando se cree, sea todo para el Estado. La disposición de Corominas es buena. El importe de las contribuciones que se ceden a Cataluña sería, según el cálculo de los catalanes, de ciento treinta y cuatro millones. Según los peritos de Hacienda, no deben cederse más de noventa y dos. Aunque en las pretensiones de los catalanes haya todavía alguna exageración, el problema se reduce mucho, si se compara a su planteamiento de hace un año. No habría sido posible arrancar al Presupuesto general 300 o 400 millones, como se decía. Veo posible una solución.

Claro está que ya empiezan en algunos periódicos las campañas «patrióticas», que lejos de resolver la cuestión, la envenenan.

Acabada esta conversación, he ido al despacho de Besteiro, para asistir a una reunión con los jefes de grupo. Se trata del dictamen de la Comisión de Responsabilidades sobre las de los generales que participaron en el golpe de Estado. Proponen que las Cortes, en masa, juzguen, convertidas en tribunal. A mí esto me parece un desatino, y no me cuesta mucho trabajo convencer a los reunidos, o a la mayoría de ellos, de que la propuesta es mala. Surge entonces la idea de que se constituya un Tribunal especial, compuesto de 14 diputados y 7 magistrados. No se llega a un acuerdo firme, porque cada cual quiere consultar con su grupo; nos reuniremos otro día. Besteiro se queda muy

contento, porque veía con espanto el espectáculo probable de las Cortes celebrando un juicio oral.

Por la noche vamos a la embajada francesa, a cenar. Allí estaba Bréal, que se marcha a París.

2 de abril

Recibo a don Mario García Kohly, que viene a contarme el estado en que se halla su asunto presidencial.

Ha visto ya a March. Le ha oído con interés, y le ha dicho que ahora no estará para pensar en nada, porque tiene encima el proyecto planteado en las Cortes. No han roto la negociación, pero García Kohly está mal impresionado. Me deja unos documentos que contienen el borrador del compromiso que contraería, si hallase el apoyo necesario. Está muy agradecido a mi buena disposición.

Una comisión numerosísima de propietarios de casa, presidida por el exministro Ordóñez, viene a quejarse de los efectos ruinosos del decreto de Albornoz sobre tasa de alquileres. Están muy angustiados, y alguna razón tienen, aunque se olvidan de los tremendos abusos que, por lo menos en Madrid, han cometido. Durante la entrevista, uno de los comisionados, se dispara a decir mal de Albornoz y yo le atajo con mucho vigor, amenazándoles con terminar allí mismo la audiencia. Se van, por fin, cambiándose buenas palabras. Como no sea que el ministro de Hacienda pueda poner coto a las consecuencias del decreto, por los efectos que produce en la tributación, no veo por hoy manera de contener los excesos de la medida que se tomó en diciembre.

Viene el general García Bolois, que manda en la circunscripción de Melilla. La Junta clasificadora lo ha excluido del cuadro de ascensos. Creo que él ya lo sabe; pero a mí no me dice nada en concreto sobre el caso. Únicamente se atreve a decir que, según le han contado, en la Junta clasificadora obra un documento contra él, y pide que yo me entere del asunto, para que se le haga justicia. Yo me limito a hacerme de nuevas, y a decirle que me enteraré. Pero estoy enterado de sobra. La Junta lo excluye del ascenso porque juzga poco decorosa su vida privada.

También recibo al teniente coronel Zegri, que mandaba en África, y a quien, al reorganizarse los cuerpos de Infantería de la Zona, le he dejado sin mando. Es el único que se ha quedado sin colocar. Hace del dolorido y del

agraviado, y para congraciarse conmigo alega amistades con personas conocidas, etcétera. Es un caso: a fuerza de arrastrarse.

Por la tarde vamos al concierto de la Filarmónica en El Español. Hay un director inglés, bastante bueno. A nuestro palco suben el embajador de Inglaterra y el doctor Marañón. Los dos me hablan de política, muy contentos.

3 de abril

He comido con don José Ortega y Aznar, director de *El Sol*, en Lhardy. Invitaba Aznar, para que Ortega y yo tuviésemos ocasión de hablar. Aznar ha preparado largamente la entrevista. Tenía la pretensión de que también asistiera Maura, pero me he negado. Se decía por Aznar que Ortega deseaba conocer mis planes y pensamientos, quizá con el propósito de sumar su grupo parlamentario al de Acción Republicana. Cuando Ortega le pidió a Amós Salvador dinero para *Luz*, le dijo que posiblemente el periódico seguiría, en ese caso, la política de Azaña en vez de la de Ortega, dando a entender que él se retiraría de la política activa. Yo no iba de buen grado a la comida, porque conozco a Ortega, y me temía que no saliese nada de nuestra entrevista. Así creo que ha sucedido. Hemos estado juntos cuatro horas. Yo he estado «natural» y hablador. Ortega me ha echado muchas flores, pero no se ha «destapado». Sospecho que pretendía examinarme. Todo esto no dará nada útil; pero si yo, siguiendo mi impulso primero, hubiera eludido esta entrevista, me habrían llamado huraño y salvaje.

Me envía Aznar, director de *El Sol*, el proyecto de manifiesto al país, que piensa publicar March el día que se discuta su procesamiento en las Cortes. Parece que lo ha escrito Canals, a quien se atribuyeron también las cuartillas que iba leyendo March en la sesión de Cortes que le declaró «incompatible moralmente» con el Parlamento. En el manifiesto se defiende como puede, y lo único que hay en él de llamativo es que cuenta que el Comité revolucionario le pidió dinero para hacer la revolución. Eso fue iniciativa de Maura, que se jactaba de arrancar a March hasta un millón de pesetas, como «seguro contra la revolución». Maura celebró dos o tres entrevistas con un agente de March, y una noche estuvo en casa de Maura el director de *La Libertad*, Joaquín Aznar, para tratar del asunto, reunido con casi todos los miembros del Comité que estábamos en Madrid. Entonces se nos figuraba que la revolución iba a costar muchísimo dinero, y la realidad fue que hasta el levantamiento de Jaca, el Comité revolucionario recaudó y gastó unas ciento ochenta mil pesetas. La mayor parte de ellas despilfarradas. Recuerdo que se

dieron once mil duros para pistolas, y sólo llegaron a Madrid cien o doscientas armas, según las cuentas.

Si el manifiesto se publica, será gracioso oír lo que diga Maura.

La idea de recurrir a la bolsa de March para costear la revolución tuvo un antecedente chusco. Estando yo en Fuenterrabía, después de la reunión de San Sebastián (agosto de 1930) recibimos un telegrama de Galarza llamándonos con urgencia a Madrid. Salimos de Fuenterrabía Maura y yo, y en San Sebastián se nos juntó Prieto. Fuimos a cenar a casa de Nicolasa, donde Prieto se atracó de calamares en su tinta, y, en el mismo comedor, vi que cenaba un señor calvo y aguileño en compañía de una joven rubia, guapísima. Es una de las mujeres más guapas que he visto. «¿Quién es?», pregunté, al ver que Maura y Prieto le saludaban.

—Es March.

Durante la cena, Prieto, desde nuestra mesa, le dirigía algunas bromas, y entre otras, ésta: «Ya podía usted desprenderse de dos millones, para congraciarse con la revolución, y que no le haga nada». March se sonreía, como un conejo.

Algunos meses más tarde, dos o tres, cuando se hicieron gestiones directas con March, este hombre se entretuvo en burlarse un poco del Comité revolucionario. March no creía en la revolución; si hubiese creído, le habría faltado tiempo para ayudarla. Cuando fracasaron las negociaciones de Maura —que ofreció hipotecar su casa y la de Fuenterrabía— las intentó Lerroux. También quiso tomar dinero sobre sus fincas, que estaban ya hipotecadas, y no obtuvo resultado. Rotas estas negociaciones, March las reanudó, dirigiéndose a Marcelino Domingo. Acordamos que no le hiciese ya caso. Llegamos a sospechar que March quería entretenernos y darse cuenta de los recursos con que contábamos, para decírselo al Gobierno.

En aquellos momentos de angustia, se pensaba poco en las consecuencias. Yo mismo, ignoraba la historia de March, y, sobre todo, nadie podía prever que Galarza, nombrado fiscal de la República, fuese a convertir la querella contra March en asunto mayúsculo de la República, querella de la que nada resultó.

Ahora se tiene la persuasión de que es un trapisondista, pero extremadamente hábil. Cien ojos están escudriñando su historia, y aún no le han probado ningún delito. Los radicales van a defenderlo en las Cortes.

4-7 de abril. Valencia

He pasado estos días en Valencia, para recibir al Presidente de la República, que venía de Baleares. El viaje de ida en coche. Lluvia. En el Cabriel nos esperaban los diputados Berlanga, Manteca y otros, con el gobernador. Con motivo de este viaje ha habido muchos dimes y diretes entre los partidos valencianos. Los blasquistas que, infectados de lerrouxismo, están muy enfadados conmigo, amenazaban con no asistir a mi recibimiento, o deslucirlo con alguna manifestación hostil. El gobernador, de Acción Republicana, estaba un poco impresionado con esto, y vino a Madrid a contarme estos chismes; yo le dije que no hiciese caso. Como era natural, no ha ocurrido nada, y los blasquistas han ido a todas partes. A mi llegada a Valencia, ya de noche, una muchedumbre, principalmente de radicales-socialistas, me aguardaba con banderas a la puerta del Gobierno civil; allí estaban las autoridades militares y un piquete. En el Gobierno recibí a las comisiones oficiales, entre ellas a los jefes y oficiales de la guarnición. Saludé especialmente a los militares, y a todos fui dándoles la mano; pero observé que los oficiales de Caballería estaban muy tiesos, saludaban y, sin ponerse al alcance para que les diese la mano, pasaban. El detalle no lo advirtió nadie, excepto yo. Sospeché que serían monárquicos, y al día siguiente pregunté al general Riquelme cuál era el ánimo dominante en la oficialidad y si en Caballería no existían rastros de monarquismo. Me contestó que todos estaban bien, salvo en Caballería, donde abundan los aristócratas y los monárquicos. De esta guarnición eran los oficiales de Caballería a quienes confiné en Canarias hace meses, porque pretendían regalar un álbum a la exreina.

Aquella misma noche me dieron un banquete. Asistieron todos los diputados y muchísimas gentes más. También estuvieron el almirante y algunos oficiales del *Foch*, crucero enviado por Francia para hacer honores al Presidente de la República. No sé a quién se le habrá ocurrido invitarlos a este banquete, más político que otra cosa. El almirante Darían es muy inteligente.

Pronuncié un discurso, que gustó mucho; hasta los blasquistas aplaudieron, por más que, según me han dicho, estaban después arrepentidos**[42]**.

Me hospedé en la antigua Capitanía General; el general Riquelme ha aprovechado la ocasión para pedirme que dé un destino a su cuñado. A la mañana siguiente voy al puerto a recibir al Presidente. Tenemos noticias de que en Baleares hay temporal, y que el embarco era difícil; un destróyer ha embarrancado. No se sabía a qué hora podría llegar don Niceto. Llegó sin gran retraso. Nos embarcamos para ir a bordo, pero ya cerca del *Cervera*, advertimos que el Presidente, sin esperarnos, tomó la falúa para ir al desembarcadero. En el *Cervera* ignoraban que fuésemos a subir a bordo. Regresamos todos. Grandes ovaciones al desembarcar. Tomamos los coches. Yo llevo en el mío al almirante. El general Queipo se ha metido a dar órdenes a la comitiva, que contradicen las del director de Seguridad, y se embrolla todo. Atasco. Me enfado un poco, y envío a mi ayudante para que restablezca el orden sin hacer caso de Queipo, y por fin salimos. Han cometido el error de llevarnos al paso por toda la carretera del Grao, que es demasiado larga. En Valencia, el gentío es enorme. Aplausos y vivas ensordecedores. Vamos al Ayuntamiento. Se habían creído que el desfile militar podría ser inmediatamente; pero no contaron con la caravana automovilística que venía con nosotros desde el Grao, y que iba dejando comisiones a la puerta del Ayuntamiento después de abrirse paso difícilmente por entre la muchedumbre que ocupaba la plaza. Concluida la caravana comenzaron a pasar bandas de música de los pueblos. Valencia es el país de las bandas. Todas se detenían al pie del balcón y tocaban un par de piececitas. Y así durante dos horas. Luego, desfile de la guarnición, y por fin recepción, en el horrible salón de fiestas del Ayuntamiento, de un lujo chillón y grosero.

Desde allí, fui con el Presidente y Prieto al Tribunal de las Aguas, a presenciar unos juicios, que presidió don Niceto. Firmó en el lugar unos decretos, ceremonia a que Prieto, con su sentido pueril de periodismo espectacular daba gran importancia. Era ya muy tarde, y habíamos de ir a comer a Portaceli. Yo llegué un poco retrasado, y me encontré al Presidente recorriendo las salas del hospital. Como aperitivo nos hicieron ver unas cuantas docenas de tuberculosos en sus camas. Los que no se estaban muriendo, se incorporaban y vitoreaban a don Niceto.

La comida empezó después de las tres y media. No concluyó hasta cerca de las seis. Comida atroz, con ponches, helados y puros intercalados en los platos. Discurso de don Niceto.

A continuación visita al *Foch*. Y, sin respirar, al teatro. Llegamos, por fortuna, a la mitad del segundo acto de una obrucha de Muñoz Seca. Y como todo lo hacen igual, después de una obra en tres actos comenzó un concierto

de orquesta, muy nutrido. Música valenciana. Contera: La Marsellesa, el Himno de Riego; el Himno a Valencia, de Serrano, que es muy malo.

Salimos cerca de las diez, y tenemos un banquete en el Ayuntamiento. Comenzó después de las once, en el tremendo salón de fiestas. Los radicales-socialistas no asistieron, porque están reñidos con el alcalde y no quieren poner los pies en la casa municipal. Alguien me ha dicho que los blasquistas, a cuyo grupo pertenece el alcalde, expulsaron a los radicales-socialistas del Ayuntamiento, pistola en mano.

Y aún, después del banquete, tuvimos que presenciar desde el balcón unos bailes regionales y unos fuegos, con traca final. Enorme aglomeración en la plaza. La gente pretendía que hablásemos.

Por cierto que una de las veces que gritaron *que hable Azaña*, como yo no hacía caso, otra voz añadió:

—¡Que se *riga*!

Quemado el último castillo de pólvora, pudimos acostarnos.

Al otro día fue el viaje al pantano de Benajaber, mejor dicho, al sitio donde se hará el pantano, que es un barranco profundísimo, muy lejos de Valencia, y al que se llega por un camino abrupto, en el que dejamos cuatro o cinco automóviles. La concesión de este pantano ha sido causa de discordia entre blasquistas y radicales-socialistas, porque estos últimos parece que se han atribuido el mérito de haber obtenido la concesión, cosa que los blasquistas no podían soportar, y querían tomar venganza silbando al ministro.

La expedición era completamente innecesaria. El paisaje es pintoresco. Nos ha servido el viaje para comprobar el entusiasmo republicano de todos los pueblos por donde hemos atravesado. Las poblaciones en masa nos aguardan en la carretera, nos hacían bajar de los coches, y casi nos despedazaban a abrazos y estrujones. Si toda España estuviese así, no habría problema.

En el Barranco firmamos unos pergaminos, don Niceto movió una palanca y sonó un estampido. Habíamos inaugurado las obras. En seguida retrocedimos, para comer en una masía al aire libre, rodeados de campesinos que nos miraban sonrientes, y de dos músicas rivales que nos amenizaban las horas. Un labrador echó un discurso. Prieto dijo que él no hablaba; yo me negué también, y dejé paso al Presidente, que se divierte con estas cosas más que yo. Don Niceto pronunció un discurso chistoso, en el que pudiera advertirse un punto de ironía y de queja. Hizo una comparación entre lo que había comido él y lo que había comido yo, para deducir que se había atenido

al texto constitucional respetando las iniciativas del Presidente del Consejo. Después se lanzó a los torbellinos de su oratoria, y comparó al monte coronado de nieve, de donde se toma el agua del pantano que ha de regar la Vega, con un anciano que posee a una doncella…

Regresamos a Valencia. Fuimos a cenar al *Foch*. Don Niceto no fue. Salimos pronto del barco, porque teníamos que ir a la estación. Antes de ir al *Foch* estuve en el local del partido de Acción Republicana, que se inauguraba. Discursos. Asistieron los radicales-socialistas.

Tuve tiempo de ir a la división para cambiarme de ropa. Luego al tren. Nos hicieron una despedida frenética.

8 de abril

Al Consejo de ministros ha traído Casares la noticia de que por la mañana habían asaltado la sucursal de un banco de Madrid. Casares estaba un poco nervioso. Se comprende, por el mal efecto que esto pueda producir, y que no dejará de ser explotado por los enemigos. Se ha hablado de preparar un proyecto de ley para reprimir severamente estos delitos, y se ha designado una comisión de tres ministros encargados de redactarlo. Tengo la impresión de que no se hará nada.

Hemos hablado también en Consejo de las cuestiones que origina la secularización de los cementerios.

He ido a almorzar a la legación de Suiza. A mi lado estaba la Bibesco, que me carga por sus impertinencias; no le he hecho ningún caso.

En las Cortes ha repercutido lo del asalto al Banco. Un joven radical, Rodríguez Pinero, se ha arrancado con una proposición de ley pidiendo que se castiguen con pena de muerte esos delitos. Me lo consultó antes de la sesión y procuré disuadirle de su propósito. No se conformó, y tuve que hablar para que la proposición no se aceptase[43].

Lerroux se ha acercado al banco azul para invitarnos a una fiesta del Círculo de Bellas Artes.

Vuelve a presentarse la cuestión de las responsabilidades. Se reúnen en el despacho de Besteiro los jefes de los grupos, y yo asisto también. La comisión mantiene su dictamen. Se discute si ha de formarse un tribunal de diputados, o de magistrados, o mixto. Otros quieren que juzguen las mismas Cortes. Maura ha sostenido en esta reunión que deben juzgar los tribunales, es decir, el Supremo. No se ha llegado a ningún acuerdo, y se aplaza para otro día.

He vuelto a hablar con los portugueses. El asunto va despacio, y ellos lo pintan urgentísimo. Se han traído ya a Madrid los cargamentos que tenían en Bilbao. Les corre prisa el dinero; pero yo no tengo de dónde sacarlo, y «Salamanca», como ellos dicen, está ahora arruinado.

Se acerca la discusión del asunto March. Antes de marcharme a Valencia, conseguí que se aplazara por unos días, hasta mi regreso. Cada vez que se

habla de terminar este asunto, los radicales extreman su hostilidad al Gobierno.

Hablando esta tarde con Maura y don Carlos Blanco, me ha dicho Maura que tengo sangre de horchata y que adormezco a las Cortes.

El marqués de Amurrio ha visto a Carner y le ha dicho que Lerroux le ha llamado a su casa para recomendarle que la Tabacalera adjudique una compra de tabacos a cierta persona por quien se interesa. Y Lerroux, según Amurrio, ha llegado a decir: «De eso se vive». (Carner está escandalizado). Y agrega que, en el concurso para la adjudicación de la compra de tabacos, parece que tienen detecho preferente por las condiciones que ofrecen, precisamente los recomendados de Lerroux. De suerte que al resolver en justicia y adjudicarles la compra, Lerroux podrá *hacer valer* ante sus clientes su influencia.

14 de abril y días siguientes

Estos días han sido de mucho trajín por las fiestas del primer aniversario de la República. El 14 hubo gran desfile militar en la Castellana. Se hablaba de complot monárquico para asesinarnos. Yo fui a buscar al Presidente a Palacio, y en el mismo coche descubierto nos dirigimos a la Castellana. Hacía mucho calor, y de ir descubierto tuve dolor de cabeza. Muchísima gente, ruidosas ovaciones. El pueblo está bien.

Por la noche di en la presidencia un banquete a las autoridades y al Gobierno, seguido de recepción y concierto. La presidencia, terminadas ya las obras de restauración y decorado que he dirigido personalmente, ha quedado muy elegante y bien puesta. He traído tapices del Pardo, muebles y arañas de La Granja y Riofrío, y algunos cuadros. Además, he hecho construir otros y fabricar alfombras copiadas de las antiguas. Ahora ya se puede recibir allí sin sonrojarse. ¡Cómo lo tenían todo! Ahora ha gustado mucho. El que mejor encuentra que el Estado se instale con decoro es Largo Caballero.

Al banquete asistió el Gobierno y Besteiro, y los exministros Lerroux y Nicolau. Estamos ahora muy de punta con Lerroux, y su presencia ha llamado la atención. Para el concierto llevé a la Orquesta Filarmónica. Había mucho público, todo oficial, y bastante mal educado. Durante la primera parte del concierto hablaban a media voz; el general Goded y otros estuvieron todo el tiempo de *chau-chau* Durante el descanso les hice comprender que se debían callar o irse a otro salón, y el resto del concierto transcurrió en silencio.

Lerroux se fue pronto, porque tenía que ir a inaugurar el Círculo Radical nuevo, y saliendo de nuestro banquete, tomó la palabra en el Círculo y nos puso verdes.

Hemos asistido en el estadio a un partido de rugby entre un equipo de la Zona francesa marroquí y un equipo español. Los nuestros son unos aprendices y han perdido… Desde allí fui a la plaza de toros, donde había una fiesta de bailes regionales para la tropa de la guarnición.

Ese mismo día fuimos a cenar a la legación de Noruega; el comedor decorado en negro, parecía la cámara de un muerto: sobre la mesa ardían

cuatro cirios. El ministro, señor Bogla, es bobo, y de lo más desafecto a la República, aunque no tanto como su colega el sueco. Después de la comida, García Kohly me habló otra vez de su asunto electoral, que no hay por donde cogerlo. Y el ministro de Polonia me contó, para halagarme, que según le ha referido la duquesa de San Carlos, el rey me admira; asegura que también él hubiera querido hacer lo que yo estoy haciendo en el ejército.

(A propósito de esto, algunas gentes dicen por ahí que todo cuanto llevo legislado o decretado en cuestiones militares, me lo encontré preparado en un cajón del despacho del ministerio).

Estuve en la fiesta del Círculo de Bellas Artes, muy contra mi gusto, porque la sociedad es, en general, antirrepublicana; pero el Presidente había aceptado la invitación del Círculo y tuve que ir a acompañarlo. Esa noche cené en la embajada de Alemania, y desde allí se trasladó casi toda la concurrencia al Círculo. Enorme gentío. Nos refugiamos en un ala del horrible salón de baile. Allí encontré al Presidente, y al séquito oficial. Lerroux hacía los honores de la casa. Bromeando acerca de si se bailaba o no, dijo, con segunda intención, que «no es un danzante». A todos nos había parecido mal que el Presidente fuese al Círculo, y estábamos deseando que se marchase. El buen señor se encontraba allí muy a gusto, al parecer, y costó no poco trabajo inducirle a que se retirase pronto.

Circulan rumores tremebundos sobre la situación en Andalucía. Lo menos que dicen es que van a quemar la cosecha; nada menos. Y los que ponen en circulación esas noticias y planes, por si a los revolucionarios no se les había ocurrido, son los propietarios mismos, que están muertos de miedo. Lo más probable es que el peligro de perder la cosecha, que es fabulosa, venga de la huelga, sostenida para alcanzar mayores jornales. En Consejo hemos examinado la situación. Aprobadas las bases de trabajo, habrá que hacerlas cumplir, y si se hacen los remolones estoy dispuesto a decretar la movilización general en Andalucía.

Se ha estrenado en Madrid *La Corona*. No he podido ir más que a dos ensayos. Imposible hacer entender a Alfonso Muñoz el monólogo del tercer acto, ni el modo de decirlo. Por suerte, he conseguido que el actor encargado del papel de Aurelio se entere de que no es un personaje bufo, sino completamente serio, *aunque inteligente*. La Xirgu no tiene bastante resuello para su papel, y lo rebaja de tono, tirando a lo lacrimoso. Todos ponen la mejor voluntad, pero no llegan. Yo creo que no se enteran de lo que dicen. La obra la harían bien actores franceses, que están enseñados a dar valor a las palabras.

La segunda vez que fui al ensayo, por la tarde, cuando me disponía a tomar el coche en el ministerio, me llamó por teléfono el director de Seguridad y me preguntó si no me sería lo mismo desistir de ir al Español a tal hora (las tres y media de la tarde). Me sorprendió la pregunta, pedí explicaciones y me dijo algunas medias palabras misteriosas. Comprendí que se trataba de mi seguridad personal, y lo eché a broma. «¡Hombre! —le dije —, si ya saben ustedes que me esperan para asesinarme en la puerta del teatro, fácil será impedirlo». Añadí que no tenía otro momento disponible, y que iría. «¡Bueno, bueno!», contestó Menéndez. Fui al Español, y claro, no pasó nada.

Después han detenido a un tal Lahoz, que rondaba el teatro aquella tarde, y está en turbia relación, que nadie sabrá aclarar, con gentes de la derecha.

La Corona ha gustado más que en Barcelona; los dos primeros actos han gustado muchísimo, y el que más, el segundo. Esto se debe a que es el más fácil de hacer. No me consintieron ver el estreno desde un palco, para que no ocurriera lo que en Barcelona, que el público no atendió a la obra. Y me sacaron al escenario al concluir el acto segundo. Aplaudieron muchísimo. Claro: los periódicos de la caverna dicen que el teatro estaba lleno de diputados de la mayoría.

19 de abril

En el Consejo de ayer se acordó suspender al juez de Madrid, Alarcón, que puso en libertad al pistolero Lahoz. En el Consejo no estuvo Casares.

Por la noche, en el Ritz, comida con el ministro de Turquía. Es poeta, sentimental y, al parecer, más aficionado al *champagne* de lo que podía esperarse de un musulmán. No recuerdo cómo se llama. Grandes ojos negros, y entonación quejumbrosa, suplicante. Me aburrí lo suficiente.

Hoy, en la presidencia, he obsequiado con un té a los escritores y artistas. Han ido cerca de doscientos. Todos contentísimos y agradecidos a la distinción. El local les ha producido admiración. Todos los comentarios recaen sobre el distinto trato que la República da a los intelectuales, comparada con la monarquía. Se han conducido bastante bien, y están pasmados de que se los reciba y trate con cortesía.

Albornoz me ha traído el proyecto de circular, que el fiscal de la República se propone publicar para aclarar los puntos dudosos en la competencia de los tribunales ordinarios como resultado de la derogación de la ley de Jurisdicciones.

Es una soflama ridicula, llena de lugares comunes *revolucionarios*, completamente inadmisibles, y en la doctrina, también; por lo menos es contraria a lo que Albornoz, como ministro de Justicia, dijo en las Cortes al hablar de los decretos militares. Pero Albornoz ya no se acuerda y no se ha fijado. Retengo la circular, para corregirla.

El Consejo de ministros se celebró ayer, y no hoy, como correspondía, a petición de Zulueta, que tenía que salir para Ginebra y deseaba tratar antes un asunto «urgente y delicado». El ministro del Japón ha ido a despedirse, y Zulueta ha creído entender que no sería sustituido. Supone que el Japón está molesto, primero, por la actitud de la delegación de España en Ginebra respecto de la cuestión de la Manchuria. Madariaga toma posiciones quijotescas en favor de China, que nos indisponen con el Japón, y segundo, porque hay tratos para vender armas españolas a China. Esto último se ha contenido a petición del ministerio de Estado, y ha dado orden al Consorcio de que no venda nada. Aunque el ministro del Japón, al despedirse, no ha

dicho nada respecto de esos asuntos, Zulueta cree que retira su ministro en Madrid por aquellos motivos. Zulueta da muchas vueltas al asunto y, como suele, lo examina muchas veces por el revés y por el envés, y de canto, y acaba por no saber qué hacer. Yo creo que exagera el enfado del Japón. De todos modos, no se enviarán las armas, y en lo de Ginebra se recomienda la prudencia.

En el Consejo hubo ayer un tremendo rifirrafe entre Fernando de los Ríos y Prieto. Don Inda soltó una inconveniencia grosera, que molestó a Fernando, y se enzarzaron de lo lindo. Prieto desprecia a Fernando y se burla de la «cultura»; Fernando teme a Prieto y lo soporta, pero a veces estalla.

He hablado con Goded y Masquelet de los asuntos de Baleares. Les encargo, como jefe y subjefe del Estado Mayor Central, el más pronto estudio del estado en que se halla la fortificación de Menorca.

Son dos tipos enteramente distintos.

Goded, pequeñuelo, enjuto, bilioso, con unos ojuelos que no parecen suyos, sino postizos, es muy vanidoso y pedante, habla mucho, presume de gran prestigio en el ejército y de ser muy conocido en el extranjero. Está escribiendo una historia de la guerra de Marruecos. Me parece que trabaja poco en el Estado Mayor Central. Sueña con ser ministro de la Guerra, o algo más. Está muy dolido de que las reformas le hayan cortado la carrera.

Masquelet es recio, silencioso, frío. Liberal, sin ambición, soltero, se pasa el tiempo leyendo o trabajando. Es discretísimo. Le tengo por leal. Buen ingeniero; no sé si en arte militar en general será sobresaliente. Desprovisto de espíritu de cuerpo, ha llegado a decirme que los ingenieros militares que se formaban en la Academia de Guadalajara eran malos.

Para antes de reanudarse las sesiones de Cortes, tenía pensado reunir a la mayoría parlamentaria, y hacer un discurso-programa para dar cohesión a los grupos y fortificar la posición del Gobierno. He desistido, porque a la reunión habían de asistir los catalanes de la *Esquerra*, y como aún no se ve clara la solución del Estatuto, yo no podía llevar términos concretos que contentasen a unos y a otros, ni tampoco iba a limitarme a decir vaguedades asegurando tan sólo que el Estatuto se aprobaría. Los socialistas, por su parte, están a la expectativa y algunos se dejan influir por Prieto, que dominado por Sánchez Román, aborrece a los catalanes y al Estatuto. Preferible ha sido no celebrar la reunión y esperar a que del trabajo de la Comisión y de los debates vaya saliendo el texto definitivo del Estatuto. Tengo que manejar dos fuerzas contrarias y hacerlas coincidir en un fin común; este es el problema. Y hallar

un término que puedan aceptar unos y otros, con riesgo de que no lo acepte ninguno.

Los parlamentarios catalanes se han reunido con Carner para tratar de la situación parlamentaria con respecto al Estatuto. Los periódicos atacan mucho a Carner, por ser catalanista y ministro de Hacienda. Carner me ha visitado para ofrecerme su dimisión. No le he dejado hablar. Carner, en el Gobierno, me facilitará mucho el camino, y él, que ve la situación por dentro, constituye el medio de acción más directo que tengo sobre la representación catalana. Carner es muy moderado y razonable. Tiene gran estimación por mí. Si todos fuesen como él, la conclusión sería pronta y fácil. Que unos y otros se cieguen, me produce gran disgusto.

21 de abril

Día de desánimo. Cansancio de esta vida. Me voy de paseo. Llego a la Morcuera. Deliciosa soledad. Praderas frías. Sol tímido —silencio, silencio: nadie—. Manchas de nieve en Peñalara. Esto se halla todavía intacto, porque la carretera aún no se ha abierto toda al tráfico. Dentro de poco, se llenará de papeles y latas de conservas.

Después fuimos por el Jarama. Las alamedas están en mariposa.

Al volver, trabajo en el proyecto de ley de Reclutamiento de la Oficialidad.

22 de abril

Consejo de ministros mañana y tarde. El de la mañana, cuestiones de Hacienda. Por la tarde, el Consejo de Economía Nacional y asuntos de Marina: construcción de barcos y paro obrero. Larga discusión. Giral no es bastante enérgico.

Tengo una conversación con Fernando de los Ríos para salvar de profanaciones pedagógicas el palacio de Riofrío, y de explotaciones inicuas El Pardo, y procurar la restauración de los antiguos jardines de la Moncloa. En el mismo Consejo he tenido que dar un *parón* violentísimo a Prieto, que quería desmandarse. (Ahora resulta, después de haberse comido crudos a los ingenieros que ha de subirles el sueldo).

El periódico *Luz*, que aplaudió la destitución del juez de Madrid, ha cambiado de parecer, y lo encuentra muy mal hecho.

Cosas del Presidente. La otra noche fue a un cine, y un amigo mío le vio pegado a la taquilla sacando los billetes.

26 de abril

Se ratifica en Consejo de ministros la suspensión del juez. El ministro trae el atestado de la policía. Lahoz y otros tenían preparado un atentado contra mí. La policía dice que comunicó al juez los antecedentes del detenido. El juzgado asegura que no. Las diligencias judiciales que el juez manda con su recurso, parecen hechas *a posteriori*. Lo más creíble es que firmó la libertad del pistolero sin enterarse de lo que firmaba. Albornoz está muy *farruco* contra el juez. Y Casares defiende la gestión de sus policías, estimándola correcta y rápida. Casares se queja frecuentemente de que los jueces echan a perder, o inutilizan, la labor de la policía. Como quiera que sea, es evidente que no estamos bien servidos.

En el Consejo se ha aprobado mi proyecto de ley de Reclutamiento de la Oficialidad.

Por la noche hemos ido a Alcalá. Nos hemos paseado por el Alamillo y la plaza de San Bernardo, sepulcral.

27 de abril

Visita de Nicolau, que me habla del Estatuto, y de Rocha, el embajador en Lisboa. Copiosa audiencia militar. Doy instrucciones escritas a López Ferrer, sobre la política general en Marruecos.

No he asistido a la sesión de Cortes, y he estado con Luis Bello y unos diputados catalanes trabajando en la redacción de nuevos textos para el Estatuto.

3 de mayo

El día 1 paro general absoluto en Madrid. Signo de los tiempos: en El Ferrol se hacen salvas para solemnizar oficialmente la fiesta. Se temían disturbios con motivo de la acostumbrada manifestación, porque comunistas y sindicalistas prometían agredir a los de UGT. Se acordó en Consejo de ministros que no hubiese manifestación, y que los gobernadores, cada cual separadamente en su provincia, la prohibiesen. Ese día hice una excursión a Pastrana, que no conocía. Fuimos por la carretera de Loeches, y volvimos por Guadalajara. El día 2 me negué a ir al festejo madrileño del Prado. Los corresponsales extranjeros me invitaron a comer. Después me fui al Escorial.

Hoy he recibido una comisión de Ceuta, y muchas visitas.

Consejo de ministros. Asuntos de Hacienda, y después lo de la Transatlántica. Larga discusión que termina a las dos y media. Se va a anular el contrato. La historia de la Transatlántica en relación con el Estado es monstruosa.

He ido a casa del Presidente, llamado por él, a las cuatro y media. Me da las noticias que le llegan sobre un complot militar. «No cree en ello más que Queipo —dice el Presidente—, pero creo de mi deber decírselo a usted». Estamos atentos, y creo que por ahora no hay nada.

En las Cortes, ante gran número de diputados que se agolpan al pie de la tribuna, leo el proyecto de ley Militar. Aplauden al acabarse su lectura.

Oigo las quejas del diputado García Hidalgo, al que, según parece, hago poco caso. Recibo comisiones de Toledo, de Reinosa, de Carabanchel… Todos a pedir dinero. Larga conversación con Bello, Domingo y Maura sobre el Estatuto. Tengo la debilidad de hablar con lealtad de mis proyectos delante de Maura, que parece muy suave, y, por ahora, sin propósito de estallar.

Durante la conversación Casares ha entrado varias veces en mi despacho, como si estuviera impaciente por decirme algo.

Reunión del grupo de Acción Republicana. Expongo las Eneas generales de mi política con respecto a Cataluña. En el grupo hay diputados muy enemigos de la autonomía, muy anticatalanistas. Otros, por el contrario, como Esplá y Bello, son autonomistas. Gabriel Franco es de los más opuestos y

Honorato Castro. Algunos que se dicen autonomistas, como Sánchez Albornoz, cuando se toca a las cuestiones que especialmente les interesan, como las de enseñanza, se echan atrás.

Larga conversación con Besteiro y Cordero sobre el dictamen de la Comisión de Responsabilidades. En fin, hasta las diez de la noche no he podido salir del Congreso. Los periodistas, con su pazguatismo habitual, me acosan a preguntas. La tarde ha sido tremenda.

4 de mayo

Visita de los generales Gil Yuste y Ruiz Trillo. Despacho con el subsecretario. Recibo noticias de la buena impresión que ha causado el proyecto de ley de Reclutamiento.

Conferencia con el coronel Barbero, que es mi delegado en el consejo de administración del Consorcio. Después, audiencia militar. Y una comisión de «fuerzas económicas», en la que están Bergé, Frontera, Matesanz y Diez Cordovós, el antiguo cacique de Toledo, que tanto me combatió en las elecciones de aquella provincia el año pasado, como me combatía cuando yo luchaba por allí en tiempos de la monarquía. Matesanz es un hombre tosco e impertinente. Uno de los señores me ha pronunciado un discurso larguísimo, y casi me he dormido de pie.

En las Cortes se ha aprobado la ley del Servicio Militar Voluntario en África.

He ido con Luis Bello al ministerio de Agricultura, y hemos conversado largamente con Marcelino Domingo acerca del dictamen sobre el Estatuto. Marcelino dice a todo que sí, y no pierde nunca la sonrisa.

5 de mayo

Despacho con el general Goded, que regresa de su viaje de inspección a Baleares. Me cuenta, entre otras cosas, lo que ya me había apuntado Masquelet: las defensas de Mahón son insuficientes. La razón es que los grupos de cañones de 38 no pueden cooperar unos con otros, y los grupos de obuses están demasiado tierra adentro.

Lo primero es debido a que, cuando se formó el plan de artillado de las bases navales, se quiso abarcar mucho y, no siendo posible costear todo el gasto, se redujo el número de baterías. Goded me propone una solución intermedia, una especie de baciyelmo que no sirve para nada. Trae la nota en borrador, sin ponerla en el expediente, hasta conocer mi opinión. Rechazo la propuesta, y le digo que estudie y me proponga una solución a fondo y definitiva, que no podrá ser otra que intercalar un grupo más en lo de los cañones.

También hablamos de las maniobras, y le indico qué plan debería adoptarse, para que lo desarrollen. Como el jefe de las maniobras habrá de ser Rodríguez del Barrio, vicepresidente del Consejo Superior de la Guerra, creo que Goded debería ir de jefe del Estado Mayor. Goded dice que él tiene demasiada categoría para ser jefe de Estado Mayor de Rodríguez del Barrio.

—¡No tengo un Pétain! —le digo.

—Ni un Weygand.

Consejo en Palacio. Y recepción del jalifa de la Zona española de Marruecos. El Presidente da muchas voces y hace muchos chistes. El jalifa es un mozo gordo y fofo, más niño de lo que corresponde a su edad. Trae un séquito famoso, de tipos que parecen escapados de alguna aldea española. A este visir y a este caíd, diríase que los hemos visto de alcaldes o jueces en Navalucillos o en Espinosa del Rey. En el almuerzo que el Presidente ha dado en Palacio, en honor del jalifa, nos han servido medianamente. El Presidente se empeña en proteger de este modo a un fondista que es buen republicano, pero que tiene mal cocinero. Al almuerzo han asistido Lerroux y Maura. Maura me ha

dicho: «¡Qué cara de pocos amigos!». «Pues cada día tengo más», le he contestado.

Lerroux lo ha oído y lo ha contado después en el Congreso.

Lerroux me ha dicho que no ha pedido la palabra en la discusión del Estatuto, y que prefiere no pedirla. Aguarda a que la pida yo y a que hable. «Yo hablaré al final», le he contestado.

Algunos de estos señores importantes están emperrados en ser el último que hable; sobre todo, don Melquíades. Pero no podrán ser «el último». Creen que con ello se reservan una ventaja. Como temen comprometerse, les interesa mucho saber qué posiciones adoptan los otros.

En las Cortes, violentísima polémica entre el diputado García Hidalgo y Casares. El discurso de Casares ha sido durísimo. Hidalgo ha quedado muy mal; lo que se llama la «ejecución» de un hombre. Los socialistas no han podido apoyarlo ni ampararlo. Casares estaba después pesaroso, temiendo haber ido demasiado lejos. Besteiro dice que no, que ha hecho bien, y que él se alegra de lo ocurrido.

Recibo varias comisiones. En el salón, se vota. Estaba cansadísimo y con jaqueca.

De noche he ido al Español a ver a la Argentina.

6 de mayo

Recibo a *miss* Jacobsen, que fue secretaria de Asquith, enviada por la Bibesco. *Interview*. Es monárquica, lo adivino, aunque no lo dice (monárquica en España).

Me entero de que, como yo presumía, el proyecto de ley de Reclutamiento ha sentado muy mal a los jefes y oficiales de Estado Mayor. Celebran algunas reuniones en la Escuela de Guerra. Como en la Comisión parlamentaria hay dos diputados que pertenecen al cuerpo de Estado Mayor, comienzan a hacer obstrucción. Uno de ellos, diputado radical, fue ayudante mío. Me ha dicho más de una vez que era partidario de la supresión del cuerpo, pero ahora no se atreverá a sostenerlo, y empujado por sus compañeros combatirá el proyecto. Por instigación suya, la Comisión se disponía a pedir informe sobre el proyecto del ministro al Estado Mayor Central. La Comisión, al fin, no ha caído en el lazo. De todos modos, yo no lo hubiera consentido.

Consejo de ministros en la presidencia. Es el primero que celebramos allí después de la restauración de la casa. El nuevo salón de Consejos es muy lindo. Esperemos que el decorado inspire a los ministros pensamientos alegres. Antes, la sala era fea, pobre y triste.

Pero hoy este deseo no se ha cumplido. Fernando de los Ríos está muy incomodado por la situación social en Granada. Los sindicalistas ganan terreno a los socialistas, y de creer a sus adversarios, Fernando ha decrecido allí mucho como fuerza política. Fernando *interviene* (digámoslo así) demasiado en la política de Granada, según dice Casares. Han devorado ya tres o cuatro gobernadores. Hoy ha tenido una discusión muy viva con Casares; ha estado algo soberbio, como un señorito mimado. Los tres socialistas estaban hoy muy sombríos. Lo sucedido ayer en las Cortes, entre García Hidalgo y Casares, les ha contrariado mucho.

Los proyectos financieros que lleva Fernando para la construcción de escuelas, no están bien. Quedamos en que se estudiarán de nuevo, con intervención de Carner.

El decreto de Alquileres que ha dado Albornoz a fines del año pasado, *aclarado* después, producirá, según Carner, una baja en la contribución de

más de cien millones. Cuando se insinúa en Consejo la necesidad de reformarlo, Albornoz se enfurruña y hace unos gallipavos con la voz, signo de que se siente revolucionario. Tendré que mediar en esto, pero no creo fácil convencer a don Alvaro.

Se aprueba la ley de Matrimonio Civil. Por la tarde, tengo en el ministerio de la Guerra una reunión con los tres ministros socialistas, para ir explicándoles el Estatuto, y los puntos de vista que voy a tomar para el texto definitivo. Fernando es el más asequible; Largo se aviene a razones, Prieto, oscuro y silencioso, guarda una resistencia terca que no razona y que parece procede de un sentimiento de antipatía.

Cuando estamos en la conversación, me llaman al teléfono para darme cuenta del asesinato del Presidente de la República francesa. Voy al Congreso, donde me esperan para abrir la sesión, y en nombre del Gobierno digo algunas palabras deslabazadas sobre el caso. Estos discursitos de circunstancias, me salen siempre mal.

Después voy a la embajada a dar el pésame al embajador; verdad es que todavía no se ha muerto Doumer, pero dicen que se muere, y a Herbette se le saltan, o hace como que se le saltan, las lágrimas.

Ha comenzado la discusión del Estatuto. Maura, con grandes propósitos de serenidad, y de promover un debate *de altura*. Mucho ha tenido que dominarse, porque es violentísimo, y el proyecto le carga. Companys, palabras inocuas; cordialidad, República. Mucha gente en el salón. Tópico del día: ¡Qué bien empieza! ¡Cuánta serenidad! Todo el mundo tiene miedo al asunto, y hoy se formaban la ilusión de que el debate pasará así, con disertaciones sin controversia. ¡Ya verán! En el despacho de ministros nos hemos reunido después casualmente Largo, Ríos, Casares y Ramos. Comentamos la sesión. Casi nadie, si no es Casares, va de frente en este asunto. Fernando frunce el ceño y *se pone* muchos problemas. Siento que en torno mío hay curiosidad, un poco de temor por lo que puede ocurrir, y escasos medios que me ayuden.

He vuelto al ministerio un tanto desalentado y de mal humor. Arrecia una bárbara campaña contra el Estatuto. Muchos, en las Cortes, van a sumarse a ella, previendo que es trance difícil para el Gobierno, y están a la espera.

Por la noche han venido Guzmán y Ramos. Llamo a Chaves, de *Ahora*, y a Cacho, de *El Sol*, y procuro infiltrarles algunas ideas para la información de sus periódicos.

7 de mayo

Nueva reunión con Ríos y Largo. No ha asistido Prieto. Hablamos largamente de la enseñanza en el Estatuto, y de la aplicación de la legislación social. Tienen los socialistas un empeño muy grande en conservar el manejo de las cosas sociales en Cataluña, o, mejor dicho (porque hoy no la tienen), en asegurar a través de los órganos ministeriales una defensa contra sus terribles enemigos los sindicalistas de la CNT. Hoy hemos adelantado mucho, y Largo está de acuerdo con cuanto le he dicho.

8 de mayo

Recepción de Alcalá-Zamora en la Academia Española. He ido a presidir la sesión. Allí estaban hombres como Cotarelo y Sandoval, que son lo más «viejo régimen posible». Había muchas momias, entre ellas el general Cano, autor de dramas «incomparables». ¿Qué efecto les habrá producido verme presidir? El discurso de don Niceto es una muestra de la «literatura del político», y adolece, aun en su propia escasa importancia, de la extremada vaguedad, imprecisión y «rodeada manera» habituales en el Presidente. (Al concluir de leer su discurso, don Niceto sudaba a torrentes). El discurso de Menéndez Pidal no se ha oído.

Después he impuesto la medalla al Presidente, y me ha costado trabajo abrocharle la cinta o cordón, o lo que sea (ya no me acuerdo). Un segundo de situación ridícula.

9 de mayo

Reunión del grupo parlamentario del grupo de Acción Republicana en el ministerio de la Guerra. Tratamos del Estatuto. Casi todos sienten recelos, pero uno solo es enemigo: Figueroa, trabajado por Sánchez Román. Honorato Castro, a medida que voy explicando el problema, día tras día, va cediendo. En la reunión hemos hablado mucho, he oído algunas tontunas. Sánchez Albornoz, que admite ciertas partes de la autonomía, es muy enemigo de otras. Y lo mismo le sucede a Fernández Clérigo, que es autonomista en todo, pero no en lo de Justicia. Por su parte, Franco, que es hacendista, es autonomista en todo lo que no toque a la Hacienda. Este fenómeno es bastante general. Luis Bello es muy estatutista, pero no suele encontrar buenas razones para defenderlo; diríase que es estatutista por carácter.

Me traen noticias de la discusión de la ley Agraria, que ha comenzado hoy en las Cortes. Al parecer los discursos han sido malos.

Noticias del complot. Se habla de él en Madrid como se hablaba del nuestro en noviembre de 1930. Hoy se ha creído la gente que preparaban un asalto al Congreso, y contaban el plan con detalles. En junto, es disparatado; pero han pensado en ello. En España, casi no hace falta la policía política, porque como todo el mundo cuenta lo que hace para darse tono, el Gobierno se entera de todo. A veces, está tan enterado, anda tan en la calle el secreto, que se resiste uno a darle crédito, de puro conocido. Mientras los españoles no aprendan a guardar secreto, no serán muy temibles en estos asuntos. Lo mismo nos ocurría a nosotros. Una vez aprovechamos ese vicio para despistar al Gobierno de Berenguer. Nos observaban muy de cerca, y hasta la puerta de la sala del Ateneo donde nos reuníamos, llegaba la policía. La unión de republicanos y socialistas tenía preocupado al Gobierno, porque en ella veía una fuerza muy seria. Cierta vez, reunidos en el Ateneo, como examinamos las dificultades de la situación, le dije a Prieto: vamos a difundir la noticia de que hemos reñido unos con otros.

Prieto se fue al café Regina, y en su tertulia contó menudamente la ruptura y sus causas, y nos puso verdes a los republicanos. Lo creyeron, porque estaba en la tradición. Aquella misma noche, en el teatro Calderón, el ministro

de la Gobernación le dijo al doctor Marañón que todo riesgo había desaparecido, porque los republicanos y los socialistas se habían tirado los trastos a la cabeza.

He llamado a Galarza, que es concejal, a ver si consigue impedir que el Ayuntamiento realice el vandalismo de quitar al Campo del Moro una faja de once metros para tender un tranvía. ¡Siempre lo mismo!

11 de mayo

Comida en Lhardy, invitado por la directiva de la Sociedad de Autores, que me festeja, como «autor novel». Se las han arreglado para que no asista Muñoz Seca; yo dije que si él iba no iría yo.

Conferencias con Companys y Aiguadé.

En Consejo de ministros, vuelve a tratarse de la circular del fiscal, sobre aplicación de la jurisdicción ordinaria a los delitos de injuria contra el ejército. Albornoz no se atreve a decirle al fiscal que no la publique. Le he devuelto el documento original corregido por mí. Lo más notable es que la doctrina que pretende imponer el fiscal es contraria a la que sostuvo Albornoz en las Cortes.

En la discusión del Estatuto, el discurso de más fuerte oposición hasta ahora es el de Sánchez Román. El de Ortega es más endeble, y, con la pretensión de elevarse, se sale del problema mismo que hemos de resolver. Lo que más atosiga a estos señores, porque son catedráticos, es la cuestión de la universidad, como se verá cuando lleguemos a tratar de los artículos.

Sánchez Román trae la *formación* (como se dice) de la facultad de derecho, en la que a todos nos imbuyeron la creencia de que la «unidad legislativa» era una conquista envidiable y una situación paradisíaca. Y hacen como que se olvidan de que en España la unidad de ley civil no ha podido conseguirse. Se niegan terminantemente a discurrir sobre la realidad viva.

Unamuno, que votó contra la disolución de la Compañía de Jesús, me ha dicho ayer que ahora está convencido de que no bastará haberlos disuelto y que habrá que expulsarlos, en vista de que conspiran contra la República. ¿Cuánto le durará el convencimiento a don Miguel?

Azpiazu me ha traído un extraño y confuso mensaje, con protestas personales de adhesión a la República y a mí, y asegurándome que puedo estar tranquilo y que si ocurriera algo él lo sabría con tiempo y me lo diría.

El cambio mejora para la peseta. Carner está muy contento. Se ha defendido con expedientes que le sugiere su condición de buen administrador. Y ha constituido una pequeña reserva, de poco más de cien millones de

francos. Dice Carner que el Banco de España está regido por brutos, que no comprenden nada de la función que debería cumplir el Banco y se atienen a rutinas anticuadas.

Carner es muy simpático. Se le recibió mal cuando le hice ministro, porque los enemigos del Estatuto pensaban, o al menos decían, que Carner, como catalán, no defendería los intereses de la Hacienda. Prieto, que con toda su listeza no ve más allá de sus narices en las cuestiones un poco delicadas, me dijo que era muy impolítico su nombramiento. No sé si estará ya convencido de lo contrario, pero es evidente que ha simpatizado con Carner y le quiere bien. En los primeros Consejos, Prieto recibía de uñas cuanto traía Carner; pero Carner le ha desarmado y domesticado a fuerza de honradez, de lealtad, de paciencia y de competencia.

El nombramiento de Carner, además de las ventajas que me representaba tener un ministro de Hacienda enterado y sereno, que no se aturulla, como se aturullaba Prieto, y que tranquiliza a los hombres de negocios, al crédito y a la Bolsa, estérilmente amenazados e insultados por Prieto, me daba un enlace con el grupo parlamentario catalán, ya que yo no quería hacer ministro a ninguno de la *Esquerra*.

He conquistado de este modo, en primer término, un hombre de gran valía para la República. Carner se ha interesado por su gestión en el ministerio como si hubiese de ser toda su vida ministro de Hacienda, y ha comprobado la buena disposición del Gobierno en la cuestión de la autonomía, y ha podido medir personalmente las dificultades con que el Gobierno tropieza en su camino. Sin yo decirle nada ni encargarle nada, su testimonio personal ha tenido que influir en el ánimo de los parlamentarios catalanes, inclinándoles a ser razonables.

En la cuestión de la Hacienda de Cataluña Carner no interviene y tenemos convenido que sea yo quien lleve personalmente el asunto. Claro es que cuantos se sirven del Estatuto como arma y ocasión para derribar al Gobierno, cometen la bajeza de presentar a Carner como *incompatible* con su actual cargo.

Carner y yo nos entendemos muy bien. Tiene gran afecto hacia mí.

Prosiguen las negociaciones comerciales con el enviado de los soviets. Se trata de enviarles corcho, plomo y algunas otras cosas, a cambio del petróleo que trae la Campsa, lo que aliviaría la situación de la Armada. La dificultad consiste en el aseguramiento de los pagos.

20 de mayo

Se anuncia un debate político promovido por Maura y Lerroux. En el Consejo de ministros expongo las líneas generales de la posición que voy a adoptar, si el caso llega. Maura no cesa de moverse, brujuleando entre los grupos a ver si provoca un rompimiento o una disidencia en la mayoría. Maura, republicano y todo, es del más viejo estilo político, como que se ha criado en los Parlamentos de la monarquía. Su ilusión ahora es provocar la escisión por causa del Estatuto. Confía en que los socialistas no votarán lo de la enseñanza, y los anima; también se ufana de que dieciocho radicales-socialistas están dispuestos a votar en contra.

La campaña contra el Estatuto es feroz en algunos periódicos, por ejemplo, en *El Imparcial*. Este periódico estaba moribundo, y hace poco tiempo vinieron a ofrecérmelo, o al Gobierno, por sesenta mil pesetas. No quisimos. Naturalmente, *La Nación*, *Informaciones* (de March), *ABC*, y otros atacan furiosamente. Han tomado el estribillo de decir que España entera protesta contra el Estatuto, y que vamos a desmembrar a España. Si se limitaran a combatir el Estatuto, proponiendo otro mejor, o a negar redondamente la autonomía en nombre de otra organización más centralista del Estado, estarían en su derecho y no habría más que oponer razones a razones. Pero lo que menos les importa es el Estatuto, y lo que más, cazar al Gobierno en un desfiladero y crear una situación imposible a la República. Quizá, los que dirigen esta campaña, temen más a la ley Agraria que al Estatuto, y se alegrarían mucho de dar con nosotros en el suelo, para impedir aquella reforma.

Las huestes políticas están un poco amedrentadas, y percibo vagamente que todo lo esperan de mí; así como los adversarios todo lo temen de mí.

Cámara, diputado lerrouxista, me envió ayer un recado, a través del bobo de Manteca, también diputado radical, preguntándome de parte de Lerroux que «por qué le odio». ¿Yo le odio? Es notable. Nadie lo ha tratado mejor que yo, y hartas veces lo he defendido contra muchos de los que hoy son sus coadyuvantes, o aspiran a serlo, como Maura. Le he dicho a Manteca, que yo no odio a Lerroux ni a nadie, pero que se puede y se debe mantener una

posición política y una conducta de gobierno sin que se mezclen en ella motivos sentimentales.

En el Consejo de ministros hemos *logrado* por fin *ejecutar* a Victoria Kent, director general de Prisiones. Victoria es generalmente sencilla y agradable, y la única de las tres señoras parlamentarias simpática; creo que es también la única… correcta. Pero en su cargo de la Dirección General ha fracasado. Demasiado humanitaria, no ha tenido, por compensación, dotes de mando. El estado de las prisiones es alarmante. No hay disciplina. Los presos se fugan cuando quieren. Hace ya muchos días que estamos para convencer a su ministro, Albornoz, de que debe sustituirla. Albornoz, aterrado ante la idea de tener que tomar una resolución disgustosa para Victoria, se resistía. De todo lo que ocurre en las prisiones echa la culpa a los empleados, que están descontentos porque no les suben el sueldo. Pero la campaña de prensa contra la Kent ha continuado, y está quedando muy mal. Barrunto que el ministro ha llevado el asunto a deliberación ante su partido. Así son estos ministros, que para relevar a sus funcionarios tienen que pedir permiso. Sea como quiera, hoy se ha acordado la separación de la Kent y el nombramiento de Sol para sustituirla.

También se ha tomado una determinación contra el obispo de Segovia, suspendiéndole las temporalidades, por haber publicado una pastoral en que había algunos conceptos inadmisibles acerca de la ley de Matrimonio Civil.

En Almería hay un gobernador, Alor, hermano del subsecretario de Justicia, y radical-socialista, que lo ha hecho muy mal. Todos los partidos se han puesto en contra suya, y su correligionario Albornoz también lo ha desautorizado. Casares le ha llamado y le ha pedido la dimisión. Y esta tarde, a última hora, se presenta el señor Alor en el Congreso, se me queja de la «bronca» que acaba de echarle Albornoz, y me dice que está dispuesto a ingresar hoy mismo en Acción Republicana *si se le deja continuar de gobernador*. ¡Es un tipo gracioso!

La Voz publica un artículo disparatado, bruto, sobre lo que voy a hacer o a decir a propósito del Estatuto. Revuelve los tópicos peores, alarma, conmina. Echa leña al fuego. Aunque sin firma, el artículo es seguramente de Fabián Vidal, el director del periódico, tan torpe de espíritu como de cuerpo. *La Voz* ha estado *afónica* en este asunto, esperando a saber, sin duda, de qué lado soplaría el viento, y ahora se dispone a buscar la perra gorda por el camino más fácil.

La torpeza del artículo me pone de mal humor. Estas gentes son de las que no sabían adoptar en las cuestiones de Cataluña otra receta que la de aquel

bruto: «Que escupa Montjuich». Con tamaña falta de talento y de sensibilidad solían acometerse en España los asuntos más delicados y complejos. Y, ahora, en vez de ayudar, cocean.

He encargado que se haga una gestión cerca de Aznar, director de *El Sol*, y consejero de la empresa, para que aten corto a Fabián Vidal. El capital de la empresa es monárquico (Barbate, Viesca), y están al pairo con la República. Aznar dice que él es republicano y *azañista* (quiere ser embajador) y lleva en *El Sol* una política de péndulo, siempre poniéndome en los cuernos de la luna, pero deslizando informaciones y artículos nada agradables para el régimen ni para el Gobierno.

Pata distraerme y reposar de necedades, nos hemos ido a Toledo después de cenar, y hemos paseado a la luz de la luna, hasta las dos.

Hemos tenido «la semana de Wells». Se ha dado importancia a la visita de don Heriberto, que tiene en Madrid algunas amistades, por lo que pudiera observar de la situación española y decirlo después en la prensa inglesa. (A don José Ortega le ha parecido muy mal que se haga demasiado caso a Wells, que no tiene más autoridad que la de un periodista). Yo he visto poco a Wells. Dio una conferencia en El Español, a la que no pude asistir. La gente le oyó mal y le entendió peor. Se aburrieron. Asistían muchas personas de las que se creen obligadas a decir que entienden el inglés. El embajador de Inglaterra nos invitó a almorzar con Wells, y allí hablamos poco. En la legación de Rumania, la Bibesco ha dado una cena en honor de Wells, a la que asistí. Creo que también ha habido comida en casa del duque de Alba; pero, naturalmente, a ésa no me invitaron. Otra noche, después de otra recepción, Wells vino a charlar conmigo en el ministerio de la Guerra. Estuvo aquí dos horas. Hablamos largamente de la situación de la República, de lo que hemos hecho y de lo que se piensa hacer. Le interesa mucho lo que aquí sucede, y lo juzga bien. Wells es un viejo simpático, que habla, como es uso, muy bajito, y, al parecer, adormilado.

En la cena de Rumania, la Bibesco ocupaba una punta de la mesa; yo estaba en la esquina, a su derecha, y frente a mí, Casares. Nos divertimos mucho. La Bibesco se me quejó de que, en el almuerzo de la legación de Suiza, no le hiciera yo ningún caso. «Llevaba yo —dice— un sombrero muy bonito, y no me dijo usted nada. No hizo usted más que mirarme de reojo. Me daba usted el perfil *et vous n'avez presque de profil*». Ese día pensó muy mal de mí. (La verdad es que esta señora me tenía cargado con sus *genialidades*, y quería que me dejase en paz).

Sobre esto tuvimos larga conversación, que se animó, y nos dijimos, riendo, cantidad de atrocidades y desvergüenzas, que la divertían extraordinariamente. La pobre cree que me hace rabiar llamándome *cher dictateur* o diciéndome que era muy amiga de Primo de Rivera, de quien imita a la perfección el timbre de voz. Casares se reía mucho del coloquio. Quedamos muy amigos.

Me mostró luego un retrato que le ha hecho mi amigo Quintanilla. Es una *charcuterie*. Diríase los miembros de la princesa, después de descuartizada, recogidos en una espuerta. De su amistad con Quintanilla y con otros, ha sacado esta mujer una información anecdótica respecto de todos los ministros. Los caracteriza muy bien, pero yo le corté este camino. Quiere aparecer amartelada de los ojos azules de Casares, y me preguntó a qué otro ministro de la República podría ella amar.

—A Largo Caballero —respondí yo.

—¿Me lo traerá usted algún día? No le conozco.

—Sin tardanza.

El príncipe Bibesco parece el protagonista de una opereta vienesa.

He celebrado estos días una larga conversación con Carner. Acercándose un momento decisivo en la discusión, y después de todos los trabajos que llevo hechos, le tocaba el turno a los catalanes. Lo traje a mi despacho del ministerio, y con el texto del proyecto de Estatuto que trajeron los catalanes y con el dictamen de la Comisión (que es inadmisible) a la vista, fui haciendo un expurgo del dictamen, quitando lo que el Gobierno no puede aceptar. Carner razonó serenamente, me dio su conformidad, y le encargué que por Hurtado y Corominas hiciese saber al grupo parlamentario que me disponía a trazar unas líneas generales distintas. «¡Bueno!, ya veremos lo que dicen aquellos locos». Se reía bonachonamente.

—Mire usted, don Jaime —le dije—, esto tenemos que resolverlo entre usted y yo.

—Usted lo resolverá —contestó—; yo creo que usted lo resolverá; pero allí dan mucha importancia a cosas que no la tienen.

(La disposición de Carner es muy buena y sensata).

He recibido en la presidencia a Ostrovski, el delegado ruso que habla de los planes comerciales. Es hombre inteligente, seco y mongólico.

He informado largamente ante la Comisión de Guerra. Cuatro horas de explicación. Todos parecen conformes; pero los de Estado Mayor hacen presión sobre algunos diputados.

26 de mayo

En el Consejo de ayer comencé, ante el Consejo de ministros, la exposición de las líneas generales del discurso que voy a decir en las Cortes como conclusión del debate sobre la totalidad del Estatuto. Los ministros estuvieron conformes con mis ideas, incluso Prieto, que disintió solamente en lo relativo a la enseñanza. En el Consejo de hoy en Palacio, después de hacer un resumen de lo que dije ayer, he continuado mi exposición. El Presidente, aunque no ha dicho nada especial, y se ha limitado a aprobar, estaba muy contento y no lo disimulaba.

Después he ido al Ritz, invitado a almorzar por el jalifa. Allí estaban todos sus moros, y algunos personajes españoles, entre ellos López Ferrer. El jalifa y el alto comisario se llevan mal; parece que López Ferrer es duro con él. Después del almuerzo, el jalifa ha encontrado manera de hacer un aparte conmigo y me ha expuesto sus quejas por el trato que le da el alto comisario. Le trata como a un niño díscolo; le tiene puesto espionaje en su casa; le contraría en todo, le humilla, etcétera, etcétera. «Esta conversación que estoy teniendo con usted, señor Azaña, me costará muchas lágrimas, porque a don Luciano le enojará que hayamos hablado». Después me dijo que se va a casar y que ya tiene buscada la novia. ¡Qué Alá los haga dichosos!

En las Cortes, discursos de poco interés. Me reúno con varios diputados catalanes para estudiar un nuevo texto sobre la enseñanza. Fernando de los Ríos trae un proyecto de artículo. Es confuso. Delante de todos lo corrijo, lo rehago, y estando todos conformes, se lo entrego a Xirau y Carner, que se hallan presentes, para que lo lleven a la reunión de su grupo.

Me refugio en el banco azul, y allí estoy oyendo una sesión que no me interesa. Pasado el tiempo, reaparece Carner, y me devuelve mis notas. Supuse que las habían aceptado, pero no le pregunté nada, porque ya no tenía gana de nuevas conversaciones.

Me vine al ministerio, y estuve ordenando un guión para mi discurso de mañana.

Me avisan del Congreso, después de cenar, que el grupo catalán está reunido.

27 de mayo

Consejo de ministros, Carner lleva la nota que han discutido anoche los catalanes en una reunión que duró hasta las tres de la madrugada. Hubo en ella tres tendencias. La más intransigente, y menos numerosa, proponía la ruptura y retirarse de las Cortes. Otras se inclinaban a aceptar lo propuesto por mí. El grupo más numeroso prevaleció, y modificaron el texto que yo había dado, variando la forma de redacción, de manera que le quitaba precisión y claridad. Carner estaba conforme con mi proyecto, y me dijo que él no daba tanta importancia como los demás (catalanes y no catalanes) a este texto. La variante tampoco me gustaba a mí, porque aunque condujese a lo mismo que yo propuse, podía entenderse y sobre todo aplicarse de diverso modo. Fernando había consignado en su texto que «la enseñanza es un servicio exclusivo del Estado», con lo que se impedía que la Generalidad diese enseñanza. Eso lo quité yo.

Mi propuesta iba encaminada a suprimir Ja doble universidad, que me parece un disparate, y a dejar a salvo los actuales centros de segunda enseñanza del Estado, y a asegurar en la primaria la del castellano, así como la asistencia de los no catalanes en escuelas castellanas.

Prieto rompió violentamente contra la nota que llevaba Carner, y habló de la *hipocresía* de los catalanes. La obstinación de Prieto procede de dos causas: el influjo de Sánchez Román, que le domina enteramente, y la aprensión de lo que pueda ocurrir en Vizcaya si se da otro Estatuto igual al de Cataluña, y en virtud del cual la enseñanza caería en manos de los nacionalistas católicos. Prieto afirma, con su rotundidad habitual, que si se vota otro Estatuto no podrá contener ni una línea menos de lo que contenga el de Cataluña; en lo cual se equivoca.

Prieto, rodando mucho las *erres* y manoteando con sus gordos miembros delante de sus ojos semiciegos, declaró que no podía transigir, y que se iría del Gobierno.

Sentí coraje por su terquedad, cerrada a todo análisis y discusión, que pocas horas antes del discurso que yo había de pronunciar en nombre del Gobierno, suscitaba una dificultad de tanta monta. Percibí que Prieto quería

marcharse del Gobierno con una bandera popular hoy, entre los que no entienden los términos del problema, y me molestó profundamente la grosería con que lo planteaba. En resumen, su tesis consiste en que no debe hablarse para nada de enseñanza en el Estatuto, y que con la Constitución basta, pudiendo la Generalidad, si gusta, montar establecimientos propios, que hagan competencia a los del Estado. Como siempre, salirse del problema les parece a muchas gentes que es resolverlo.

Contesté a Prieto inmediatamente. Dije, entre otras cosas, que no estaba dispuesto a abandonar en ningún momento la dirección política del Gobierno; que yo había trazado, ante ellos y el Presidente de la República, mi discurso en proyecto y había sido aprobado; que no podía admitir que sobre un texto, pensado para los artículos, y que, punto más o menos, era compatible con las declaraciones de carácter general que yo me proponía hacer, se me plantease en tal momento y con aquellos caracteres una dificultad política tan seria; que la salida de Prieto daría una fuerza enorme a los que combatían el Estatuto y al Gobierno por motivos más o menos claros, alegando los tópicos del patriotismo, y que yo no podía hacer más que suspender el Consejo para ir a presentar al Presidente de la República la dimisión del Gobierno.

Tal ha sido mi primer arranque. Se produjo una tensión muy penosa, y luego una discusión en que intervinieron todos los ministros. Mientras hablaban, yo recapacité. Pensé que era mal hecho rendirme, por las consecuencias incalculables que tendría la caída del Gobierno; pensé en la responsabilidad que pesa sobre mí, y en la obligación que tengo de sacar adelante todo esto. Me resolví a tener paciencia, y a no dejarme enredar en las cuerdas que me tiran a las piernas. Pensé en lo que estarían esperando algunos fuera de allí, y decidí tragarme el disgusto y las ganas de soltar unas cuantas verdades. Cuando intervine de nuevo en la discusión, ya había recobrado mi tono habitual, razonable y tranquilo, y lo primero ha sido decirles estas mismas reflexiones, ampliadas, para que les sirvan de ejemplo, y sacrifiquen todos algo al interés común. He hecho un esfuerzo extraordinario, y me ha quedado zumbando por dentro una tempestad.

Largo Caballero se ha puesto frente a Prieto, porque tiene más capacidad de político, y se ha percatado de la dificultad del caso. Largo ha hablado a Prieto severamente, rechazando las actitudes individuales y hablando de los acuerdos del partido y de otras cosas. Prieto ha bajado la cabeza y se ha callado. También ha intervenido Zulueta, para inducir a la reflexión a unos y otros. (Marcelino y Albornoz no han dicho nada). El Consejo ha terminado después de las dos. He dicho a los ministros que espero, al menos, que no den

un cuarto al pregonero sobre la situación. Vuelvo al ministerio de la Guerra, bajo una impresión penosísima y de muy mal humor. Así llevo un mes. ¿Para quién trabajo?

En el ministerio, después de comer, estoy solo, reposando los nervios. Escribo estas notas, y procuro olvidar la impresión de la mañana, que no es la mejor preparación para un discurso como el que me aguarda. (Guzmán ha venido un momento y me dice que la expectación es enorme. En la puerta de la tribuna pública del Congreso hay gente haciendo cola desde anoche. Guzmán adivina, y se va).

Poco después de las cuatro he ido a las Cortes. Sin hablar con nadie, ocupo mi sitio en el banco azul. Discurso de Royo, desatinado como todos los que viene haciendo en este asunto. Discurso de Sánchez Román. Habla, por primera vez, en tono altisonante, y a veces violento. Sánchez Román tiene el estilo del foro y nunca 10 había abandonado, hasta hoy. Se abandona a la imprecación, y como no tiene ningún dramatismo en la expresión y las Cortes están habituadas a oírle otros acentos, el efecto no es bueno; parece desproporcionado y extemporáneo. Besteiro me dijo que don Melquíades tenía la pretensión de hablar el último, es decir, después del Gobierno. Con lo cual espera obtener una posición más ventajosa para la discusión. Entre tanto, no había pedido la palabra aún. Don Melquíades ha enviado diversos recados a Besteiro: que habla, que no habla, etcétera. Por todas estas cosas, y por la extensión de los discursos de Royo y Sánchez Román, tuve intenciones de aplazar mi discurso para otro día; pero hubiera tenido que dejarlo para el martes, y era mucha espera, dada la tensión en que están los ánimos. Besteiro me dijo por fin que hablando yo daría por terminada la discusión de la totalidad.

A las siete empecé a hablar. El salón estaba atestado, y las tribunas hasta el techo. Gran golpe de diputados alrededor de la tribuna presidencial, que llegaban hasta el banco del Gobierno. No se oía ni una mosca. Estaba perfectamente sereno y no me ha emocionado la expectación ni el considerar lo decisivo del trance.

Mientras hablé, observé algunas caras. Lerroux aparecía grave y congestionado; Melquíades, fosco, entornados los ojos; Ossorio, curioso, expectante, muy abiertos los ojos; Maura, amostazado, me ha interrumpido en la última parte del discurso; Gil Robles afectaba reírse; Ortega, muy serio, denotaba impasibilidad; algunos jovenzuelos ponían gesto despectivo; en la punta del banco azul, Prieto, envuelto en su gordura.

El discurso ha durado tres horas, y no he sentido fatiga de hablar; únicamente me cansaba, al final, de estar tanto tiempo en pie. Me ha salido muy bien; nada se me ha quedado por decir[44]. Me han oído con una atención infatigable; nadie se ha marchado. En muchos pasajes han aplaudido, y al final, con gran calor. La mayoría, entusiasmada. Las tribunas del público han aplaudido mucho. Maura interrumpió para decir que estaba *aterrado*. Hace pocos días me lo encontré en Fuentelarreyna, cuando era más fuerte la oposición, y me preguntó qué iba yo a hacer o a decir. Tenía la pretensión de que se declarase por anticipado la orientación de mi discurso. Rehusé, como es natural, y le recomendé que «no estallara» (como él dice), porque cuando *estalla*, la República o el propio Maura resultan lesionados. Maura me habló con ese apremio y urgencia que le son peculiares y que le ponen a uno el corazón en un puño. Le dije que se calmase y que todo se arreglaría.

Maura parece convencido de que no habrá mayoría para votar el Estatuto, o que si la hay, será gracias a los votos de los catalanes. De la misma aprensión participa Prieto, que es tan impresionable y tan ligero como Maura. Prieto da por hecho que el Estatuto, si sale, saldrá por media docena de votos de mayoría, «que sería nacer moralmente muerto».

Cuando Prieto habla de esto, yo me callo, para no entablar discusiones inútiles. Pero hace ya días me encontré a Maura en el salón de conferencias (en cada rincón había un grupo de diputados de oposición, haciendo cábalas y urdiendo intrigas fantásticas) y le dije que tenía el Gobierno 251 diputados para votar el Estatuto. Maura se puso muy jactancioso, y hasta quiso apostar.

Después del discurso, estrujones, abrazos, lágrimas de los catalanes; impresión profunda.

Estoy, cuando puedo librarme de la aglomeración en los pasillos, un rato largo en el despacho de ministros. Todos, menos Prieto, han venido a felicitarme. Largo me ha dicho:

—Hasta ahora podría dudar si había o no República. Ya veo que está segura —y sonreía finamente, llenos de alegría los ojos.

Carner estaba radiante. «¡Bueno! Lo que usted dice es que deben mandar los castellanos. ¡Pues que manden, los castellanos como usted!». Casares me ha abrazado sin decir nada. Es el que mayor satisfacción siente; lo sé.

Poco a poco han ido desfilando. Vinieron Cipriano y Guzmán. Quedaban allí Ramos y Bello. Eran las once y decidimos cenar juntos. Se juntaron otros amigos y nos fuimos a Los Burgaleses. Entre plato y plato, me traían cuartillas del texto del discurso, para corregir.

Ya tarde, he vuelto al ministerio y me he metido en el despacho. Me agradaba estar solo y en silencio, al cabo de tantas horas de tensión, de ruido y de muchedumbre. He trazado estos apuntes. Y he estado no sé cuánto tiempo inactivo, sumido en divagaciones, y más que nada, en el reposo. He levantado la cabeza, y en el espejo que hay al fondo de la sala donde trabajo, frente a mi mesa, me he visto, a distancia, con una expresión grave y pensativa que me ha llamado la atención. Me he visto como si viese *a otro*. He visto al ministro, al Presidente, al timonel de una política, ya fuera de la representación, sin más testigo que sus propias reflexiones. Y entonces he pasado por un extraño entretenimiento. No ha sido alucinación, sino fantasía voluntaria. He imaginado que la puerta del despacho se abría y entraba el rey y se encontraba con aquel mismo señor que yo estaba viendo en el espejo, tan distinto del Manuel Azaña que yo solía ser. Le he recibido sin sorpresa, con frialdad, sin altivez. El rey estaba un poco desconcertado y alicortado por la rareza de la situación.

—Vengo a saber cómo es usted, y a que hablemos de tantas cosas.

—Si supieran que está usted aquí, conmigo…

—¿Le comprometo a usted?

—¡Oh, no! Tienen seguridad en mí.

Yo fumando, el rey hablaba con premura.

—Verá usted, si yo hubiera sabido…

—¿El qué?

—Lo que había que hacer.

—No lo habría usted hecho.

El hombre del espejo más parecía busto que hombre. Envuelto en nubecillas azules, consideraba al rey, y esta presencia le separaba todavía más del mundo real exterior.

—¿Adónde va usted? ¿Qué se propone hacer de España?

—Gobierno una democracia, y enseño cómo se gobierna una democracia. Es difícil.

—¿Es usted dictador?

—No. Para las cosas grandes hay que optar entre Napoleón o Pendes, en medio sólo hay Bugedas. Pero es preciso tener a los pueblos preparados para los tiempos (que son los más de los siglos) en que no hay ni Pericles ni Napoleón. Enseñar el gobierno a una democracia es habituarla a prescindir del genio.

—No soy demócrata.

—Ya se ha conocido.

—No creo en la democracia.

—Ni siquiera eso: no sabe usted lo que es.

El rey se me amengua por momentos, arrebujado en una hopalanda como de viaje. Me da lástima.

—Usted, con la opinión que le sigue, podrá hacer cuanto quiera. ¡Ah! Si yo hubiese podido tanto.

—El poder, para las personas inteligentes, sólo tiene una barrera auténtica e infranqueable: la conciencia de la propia limitación. Los que temen abusos de poder de una persona como yo, es que son tontos, o aviesos.

—Es usted duro conmigo, porque para usted será cierto que abusé del poder. Yo quería hacer algo grande en España.

—Es increíble. Nadie le hubiera supuesto capaz de grandeza ni en su imaginación.

—¿Y usted tampoco lo cree?

—Tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no es usted artista.

—En cambio usted sí lo es. Y eso le permite dominar y triunfar…

—No domino, no triunfo. Poco ha de vivir usted, y otros, para enterarse de lo que es para mí el poder, que usted perdió por quererlo demasiado y yo ejerzo sin haberlo deseado, y por el cual pasaremos los dos a la historia con facciones tal vez infieles.

El rey alarga el belfo e insinúa una sonrisa con afectada superioridad.

—¿Y no teme usted que lo asesinen?

—¡Bah! Eso quieren algunos. Pero no temo. Sería un crimen antihistórico.

—No comprendo.

—Todas las razones que había para que usted cayese del trono las hay para que a mí no me asesinen; al menos, por ahora. Más tarde, poco importará.

El rey, desgarbado, se me desvanece.

He puesto aquí este apunte de nuestro coloquio. Y aún he estado otro rato, saboreando la soledad y llenándome la conciencia de mi situación actual. Nunca me he visto tan lejos de todo. Ni tan aislado, como una roca en medio de un mar muy bravo. Nunca he tenido más clara percepción de las fuerzas que me combaten. Me voy a acostar. Mañana, el día de hoy no será más que un tema de las hablillas.

31 de mayo

Consejo de ministros. Faltan Albornoz y Domingo, que están en Santander, donde se celebra un congreso radical-socialista. Allí tienen que ventilar cuestiones internas, disidencias, expulsiones, etcétera. Tratan de separar del partido a Botella Asensi y a Eduardo Ortega. Botella es inteligente y muy atravesado; riñe con todo el mundo. Eduardo Ortega es torpe, obcecado y alborotador. Se considera protegido por la República. En el Gobierno civil de Madrid fracasó ruidosamente, y ya es difícil fracasar en ese cargo, que no tiene nada que hacer.

En el Consejo tratamos del proyecto de ley de Incompatibilidades, y se aprueba un proyecto de ley sobre bienes que pertenecieron a la Compañía de Jesús. También se ha examinado la reorganización de servicios.

Los sucesos del domingo, anunciados desde hace muchos días como un movimiento de la extrema izquierda revolucionaria para derrocar la República, han sido un fracaso. Ligeros trastornos en Madrid y dos o tres ciudades más. Ha habido dos muertos y varios heridos. Casares se queja de falta de colaboración, sobre todo por parte de los jueces y tribunales. Albornoz no ha hecho nada por estimular a sus subordinados ni por asegurarse de su celo. Largo Caballero traza, con ese motivo, sombrías perspectivas. «No tienen —dice— interés por defender la República». Teme una nueva revolución.

Los periódicos dedican larguísimos comentarios a mi discurso. *El Sol*, tras unos párrafos de elogio personal, se limita a reproducir frases sueltas. Es lo menos comprometedor. *La Voz*, por la terca persona de Fabián Vidal, se muestra recelosa y disconforme, aparentando alarmas españolistas. *Luz* decía que, en mis tesis históricas, había mucho de discutible; pero lo político del discurso le parece, en general, bien. *El Liberal* echa las campanas a vuelo, y me pone por las nubes en varios artículos. Y *El Socialista* es acaso el que más a fondo defiende mi política; se ha salido de madre, como quien dice.

Prieto me escribió el sábado una carta felicitándome por mi «formidable pieza oratoria», y dice que se abstuvo de ir a saludarme personalmente aquella

tarde para evitar que se diese mala interpretación a sus palabras, etcétera, etcétera.

Hemos hablado hoy nuevamente del Estatuto. La actitud de Prieto ha traslucido. Da su palabra de honor de que él no ha dicho nada a nadie, pero hasta el hecho de haberme escrito es ya público, y se dicen mil tontunas acerca de la carta. ¿Quién puede haber divulgado la actitud de Prieto? Un diputado radical lo contó en un café, el sábado. A Prieto le digo que no se aturulle y que confíe en mí; pues conforme los he sacado de las dificultades pasadas, probaré a sacarlos de las que aún quedan, sin que nadie tenga que padecer.

Por la tarde, en las Cortes, había poca gente. Me han hecho gastar tiempo en largas conversaciones inútiles. También hablo con Américo Castro, que está empeñado en llevarme al Centro de Estudios Históricos para impresionar unos discos con mi voz. Me reitera su adhesión y su entusiasmo.

En los pasillos, enjambres de periodistas. Rumores de crisis. Estoy de mal humor, deseando marcharme y que me dejen en paz. Lo que más amenaza a la República es la estupidez.

Cunde lo que llaman el «derrotismo»; una maliciosa complacencia en abultar las dificultades presentes, o una estólida incapacidad para encontrarles solución. Yo estoy seguro de salir de todo esto; me parece clarísimo, y si me dejasen tranquilo, no ocurriría nada.

Maura anda por ahí haciendo aspavientos. No es capaz, ni otros, de oponer una cosa útil a lo que yo he propuesto; todo se reduce a que está «aterrado». Si Maura no cambia de táctica tendrá que salir de la política o salir de la República. La consecuencia rigurosa de algunos puntos de vista de Maura sería antirrepublicana; quizás él no se da cuenta, y si se lo dijese se irritaría. No se lo digo, porque parecería injusto.

He vuelto al ministerio y he trabajado en el proyecto de ley suprimiendo el cuerpo de inválidos. Después de cenar voy al teatro Calderón, donde ahora funciona el teatro Lírico Nacional, que consiste en resucitar viejas zarzuelas españolas, que ya eran malas cuando se estrenaron. El género les gusta mucho a Ossorio y a Fernando de los Ríos. Es curioso como persisten o renacen en Madrid todas las perversiones del gusto, sobre todo cuando consisten en degradar los valores y en achabacanarlos.

Me llegan nuevos informes de los efectos del discurso. La impresión general ha sido profunda, y en las Cortes predomina una sensación de alivio y claridad. Estos dos días no he visto a casi nadie, y no he oído sino impresiones de gente muy cercana a mí. Por ejemplo, la del Presidente, que

sólo obtengo por deducción. El sábado fui a visitarlo en Palacio. Lo encontré de muy buen humor, contentísimo. Me habló de todo, *menos de mi discurso del día anterior*. Me habló incluso de la actitud de Prieto, que le preocupa, por si puede originar una dificultad para el Gobierno. Esto era por la mañana. Por la tarde, no tenía yo gana de hacer nada, y me apetecía el descanso bien ganado. Fui de paseo a La Granja, y dimos la vuelta por Segovia. En el Alto del León nos detuvimos a contemplar la puesta del sol, prodigiosa; en el punto mismo en que un disco de oro, sin llamas, tocaba las cimas de unos montes de violeta. Vapores azules sobre los valles del Espinar. Cielo verdoso. Maravilla de paz. El domingo me llamó el Presidente y me preguntó sí yo quería que hablase él con Prieto. Opiné que no; lo más útil sería hablar con Largo Caballero. Quedó en hacerlo así. Ayer lunes me volvió a llamar y me dijo que había visto a Largo, y a Prieto por indicación de Largo. Prieto le ha dicho que se considera dimitido. Lo que le trae desazonado es el texto sobre enseñanza que llevó Carner. Con estos antecedentes, en el Consejo de hoy, he podido hablar un poco al buen sentido de Prieto, que si no está ofuscado por la pasión, suele ser dócil. En resumen, lo que le sucede a Prieto es un resultado de su ligereza y atolondramiento. Se imagina que todo va a zanjarse en una tarde, y le falta el *tacto* político y la experiencia de *mundo* necesarios para manejar a las gentes. Prieto sólo podría gobernar despóticamente, empleando siempre lo de «quien manda, manda». Eso viene haciendo en su ministerio. Espero que mis razonamientos de hoy le contengan.

El domingo tampoco me ocupé de política. He estado dos días hecho un holgazán. En vista de que la revolución anunciada no era cosa grave, por la tarde me fui al Paular. Después de anochecido, vinieron unos amigos de tertulia al ministerio. Hablamos de cosas indiferentes. Por la noche estuve en una fiesta de la legación de Hungría. Allí me hablaron mucho de mi discurso: naturalmente, lo encontraban muy bueno. A mí, tanto me da.

Hoy, martes, al reanudarse la agitación parlamentaria, se recrudecen los comentarios y las cábalas. En los aspavientos de Maura, se descubre el furor; un furor sin objeto, y que sólo puede provenir de que el Gobierno está firme. Alguien me dice que don José Ortega ha dicho en la *Revista de Occidente*, refiriéndose a mi discurso: «Tres horas en un ladrido». ¿Tan *perro* soy? También a Sánchez Román le ha parecido detestable. En los extractos de prensa que he examinado, observo que, en la prensa de oposición, el que se esfuerza por ser o parecer más razonable es *El Debate*. El más «infiel» *ABC*, que finge creer y hacer creer a sus lectores que a los catalanes *se les da* cuanto piden. Basta comparar mi discurso con el proyecto para advertir que no es así;

pero el *ABC* continúa hablando de la desmembración de España, y del Pacto de San Sebastián, diciendo que somos *deudores* del Estatuto, en pago de una colaboración sediciosa. ¿Seríamos tan ingenuos como para pedir lealtad en la polémica a nuestros enemigos? En modo alguno. Hay que resignarse a esto. Lo malo es que tales argumentos caen en cabezas débiles, y pueden producir efectos desastrosos.

Lerroux ha echado un discurso en La Bombilla, con ocasión de un banquete de los «abogados radicales». Ha hablado contra el Gobierno, y, en conversación con los periodistas, contra mí. Dice que aplaudió mi discurso, porque «es más generoso que yo, que no aplaudí el suyo». Es un resentimiento pueril; él sabe que los ministros, desde el banco azul, nunca aplauden, ni hacen otra manifestación alguna. Ahora dice que sólo él tiene derecho a hablar de Cataluña, porque «muchos» (es decir, yo) no la conocen ni geográficamente. Para halagar a su galería, que es enemiga del Estatuto, le dice que «no consentirá» nada que «rasgue la unidad nacional», etcétera. Fuera de las Cortes dice alharacas; pero en las Cortes, como la responsabilidad y las consecuencias son otras, habla otro lenguaje, y no se atreve a romper de frente con el Gobierno. Lo más notable es que cuanto están haciendo el Gobierno y las Cortes en este asunto es, al parecer, baldío, porque quien resolverá el problema catalán es… el Partido Radical.

Un diputado, Figueroa, sobrino de Romanones, se ha separado de Acción Republicana, y se ha ido a sentar junto a Sánchez Román, de quien es amigo y cliente. Este Figueroa es uno de los diputados a quien maneja Felipe y mediante los cuales pretende operar en el interior de los grupos.

Ayer pasó a la reserva, por edad, el general Gil Yuste, que era inspector general. Queda vacante un puesto difícil de proveer. Gil Yuste, a quien saqué de un mando oscuro en Pamplona, para darle primero la sexta división y después una inspección, está casado con una señora de Vitoria, extremadamente religiosa. Él tenía buena reputación en el ejército, pero su conducta no ha sido siempre muy clara en lo político. Hace pocos días pronunció una alocución a la guarnición de Vitoria, que podía entenderse en mal sentido. Los periódicos hablaron de ella. Gil Yuste me trajo el texto auténtico, y me dijo que no tenían nada de particular sus palabras, como podía verse. Le tenía en observación desde entonces, y como faltaba tan poco para que pasara a la reserva, no quise hacer nada contra él. Al Presidente de la República se le ha ocurrido que, como Gil Yuste pudo marcharse hace un año con todo el sueldo, y no se fue, y ha servido a la República, convendría hacer

una disposición para que se retirase con el sueldo entero. La idea no me parece buena, ni política, y la dejo dormir.

La cuestión de los mandos es difícil. De Villegas tengo algunas quejas. Me dicen que extrema el rigor y las incomodidades del servicio, para que haya descontento entre los oficiales. El general Goded me ha dicho que él está muy a gusto en la jefatura del Estado Mayor, pero que se halla en situación desventajosa porque cobra menos que los inspectores, y no tiene categoría de inspector cuando algunos inspectores son más modernos que él. Este Goded ha cambiado mucho conmigo. Ahora parece muy decidido a trabajar y a colaborar lealmente; dice que siempre fue republicano, etcétera. Por ahí cuentan que habla muy bien de mí, y que se le han desvanecido las preocupaciones que tuvo al principio, y que «hasta le soy simpático». No me lo es a mí. Listo, pero poco agradable. Muy ambicioso, sospecho que guarda un profundo resentimiento, porque las disposiciones tomadas en Guerra le han cortado su porvenir de gran personaje político-militar. Está bien donde está; pero nunca le daré mando de tropas.

La gente observa que los diputados personalmente adictos a don Niceto, votan con Lerroux. Yo no me había fijado. Son cuatro o seis.

Conversaciones, recados, idas y venidas de los portugueses y Echevarrieta. Vuelve a andar el asunto. Intervenciones de gentes oficiosas, que todo lo embarullan. Recabo que se entiendan exclusivamente conmigo.

He cesado en la presidencia del Ateneo, por cumplir los dos años que dura el cargo. Mucha gente quería que me presentase a la reelección; pero me he negado terminantemente. Hace dos años, presidía Marañón. Cuando allí se hacía propaganda republicana, la Junta (en la que me habían incluido contra mi voluntad, como tesorero, al reabrirse el Ateneo) se asustó un poco. Querían que en el Ateneo no se hablase de política. Cosa imposible entonces. Pittaluga, que era de la Junta, y aún no era republicano, dimitió. Tuvimos una polémica en el salón de sesiones, y en un discurso le derroté. Poco después, creciendo el barullo, y la indecisión de la Junta, hubo dimisión. (Es preciso decir que, algunos de los que más hablan ahora de mi *revelación* como político, aunque me conocen desde hace más de veinticinco años, me recibieron con recelo en la directiva del Ateneo, como *elemento perturbador*). Después de muchos tanteos, y no aceptando don Niceto la presidencia, porque le habían elegido para la de la Academia, me eligieron a mí, con una gran votación, rara vez vista. Algunos *íntimos* del café, como Hoyos Sainz, encontraban mal mi candidatura para la presidencia, porque yo no tenía *bastante vitola*. (Pasados los meses, y cuando fui presidente del Consejo, le

dije a Hoyos, por azorarlo un poco, que había subido a la presidencia del Gobierno para ver si conseguía *vitola* para asentar la del Ateneo. Hubo gran algazara, y Hoyos nada dijo). Utilizando mi antigua experiencia de ocho años de secretario, y aunque hacía casi otro tanto que yo no aparecía por allí, introduje prontamente el orden y la buena administración. En mayo, cuando tomé la presidencia, aquello era una grillera. En octubre todo estaba en paz, y el último asalto que quisieron darme los alborotadores, lo rechacé y se redujeron. Pagué las ochenta mil pesetas de deudas que había dejado la Junta ilegal impuesta por Primo de Rivera; hice obras por otras sesenta mil pesetas, dejando la Casa renovada de mobiliario y decorado, y abrí instalaciones nuevas; creé una Junta o Comisión de Responsabilidades que presidía yo, y en la que estaban desde Ossorio y don Niceto hasta Besteiro, e intenté dar al Ateneo una vida y una orientación más acordes con los tiempos. El Ateneo ha perdido su antiguo carácter de gran sociedad literaria. Lo ha perdido porque Madrid es mucho mayor y ya no puede concentrarse en un solo sitio la vida literaria, artística, etcétera. Lo ha perdido por la concurrencia que hacen al Ateneo otros círculos mejor instalados, y lo pierde cada vez más porque sus concurrentes son ahora un aluvión que no se fija ni permanece y se renueva constantemente. El Ateneo tiene un prestigio que es ya muy superior a su utilidad, y había que buscar el modo de que volviera a ser útil, y cesara de cultivar la histeria, la irresponsabilidad, la falsa preparación y el remedo del parlamentarismo.

Al inaugurar el curso de 1930-1931, hice una conferencia encaminada a explicar al Ateneo lo que el Ateneo ha sido[45]. Por entonces reunía yo al Comité revolucionario en una salita del Ateneo, y en mi discurso hay algunas alusiones a la situación: cuando lo escribí, estábamos esperando de un día para otro la sublevación, que al fin estalló el 12 de diciembre.

Con este motivo tuve yo algunas entrevistas pintorescas con el general Marzo, ministro de la Gobernación. Me llamó dos o tres veces a su despacho, para quejárseme de que en el Ateneo se conspiraba, y amenazarme con cerrarlo.

—¿Para qué lo iba usted a cerrar? —le dije yo—; eso no serviría para nada, porque algún día tendría usted que abrirlo, y sin motivo.

Creyó que me burlaba de él. Le decía yo que la Junta del Ateneo no tenía atribuciones para coartar a los oradores: «Póngase usted en mi caso, general». «Pues póngase usted en el mío, señor Azaña. ¿Qué haría usted?». «Abrir las Cortes. En cuanto se abran, ya verá usted como se acaban los mítines del Ateneo».

Estas cosas no le gustaban. Cuando ocurrió lo del 15 de diciembre, Marzo le dijo a unos amigos de Amós: «Ese Azaña, me ha resultado tan canalla como los comunistas».

Cuatro meses después era yo ministro de la Guerra, y el general Marzo, capitán general de Baleares. Vino al ministerio a presentarse, y me hizo muchas protestas de respeto y adhesión. Yo no podía contener la risa. Me dijo que se acogía a los decretos de retiro voluntario, y le alabé la determinación. Le tuve en su puesto hasta que pasó a la reserva, poco tiempo después, y cuando vino por aquí a despedirse, me agradeció infinitamente la atención de no haberle destituido, y me anunció que pensaba ingresar en el partido de Lerroux.

Marzo es un hombrón de pocos alcances, pesadísimo. Son célebres sus descripciones soporíferas de las campañas de Marruecos. Es tan torpe, que el 11 de febrero del año 30, cuando volvíamos del banquete republicano de La Bombilla, le dijo a Miguel Salvador, a la sazón director general en Gobernación, que con un escobazo acabaría él con todos los republicanos. Miguel Salvador se lo creía.

Ocurrido lo de diciembre del 30, clausuraron el Ateneo, y ya no volví a él hasta después de proclamada la República, siendo ministro de la Guerra.

En una junta general que presidí, de gran barullo, estaba detrás del estrado uno de mis ayudantes, de uniforme, socio del Ateneo. En aquella sesión hube de cortar, por la fuerza de los votos, una maniobra de los Balbontín y otros «rebeldes» de guardarropía. Francisco Barnés me dijo al salir: «Ha proclamado usted la ley marcial en el Ateneo». Esta simpleza es característica del espíritu de la Casa. Después Barnés se ha *convertido*, digámoslo así, y me ha secundado con lealtad desde la vicepresidencia del Ateneo. Pero era visto que estando en el Gobierno, y sobre todo en la presidencia del Consejo, no podía yo atender al Ateneo, y menos encauzarlo por donde debiera ir. A muchos socios les ilusionaba la idea de tener en las juntas generales al jefe del Gobierno para insolentarse con él. Otros, querían promover cuestiones políticas, pensando crearme embarazos como ministro. Mi posición allí era muy fuerte, y me hubiera impuesto, si el asunto hubiera continuado interesándome; pero tenía otras cosas de más enjundia en que pensar. Anuncié desde marzo a los compañeros de junta que no continuaría. Hicieron muchas cosas para comprometerme a seguir, pero me desembaracé de todo ello, y lancé el nombre de Valle-Inclán para sucederme. Valle no durará en la presidencia porque él solo se basta para armar líos donde no los hay. Pero allá

cuidados. Es una lástima que el Ateneo se disvirtúe cada vez más y abunde en sus propios defectos. Pero creo que no tiene remedio.

Acerca de mis relaciones con el Ateneo se han dicho algunas tonterías. Desde que los sucesos políticos me han sacado bruscamente a la notoriedad, algunas personas han sentido la tentación de inventarme una biografía. Entre otras cosas dicen que yo me he «formado» en el Ateneo. Disparate. El Ateneo es incapaz de *formar* a nadie, pero sí de deformar y destruir toda disciplina mental. Lo que realmente aprendí yo en el Ateneo, por el forzoso ejercicio, fue la polémica, cuando en 1912 me eligieron secretario. Yo no había pronunciado nunca hasta entonces ningún discurso, y en la tertulia de las «fuerzas vivas», compuesta de señoritos divagadores y accionados, nos burlábamos, por reacción contra los pedantes ateneístas, de sus oradores. Ya secretario, me vi desde el día siguiente en la necesidad de defender en las juntas generales la gestión de la directiva, y entonces había pendientes en el Ateneo cuestiones de régimen interior (la gestión de Moret) que apasionaban mucho. Me encontré con facilidad para hablar, y llamaba la atención que lo hiciese con cierta elegancia y exactitud. Yo sabía que esto era debido a mis aprendizajes de escritor. Este ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre (que vota) es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política. En todo lo demás, nada. Al contrario, siempre he sido el mayor adversario que los falsos valores del Ateneo han tenido. La gente no se explicaba, y sobre todo mis amigos, que pensando yo así del Ateneo permaneciera año tras año en la secretaría, que daba muchos quehaceres y disgustos. Ello se debía a que por entonces yo no tenía nada que hacer, ni siquiera escribir; no hacía más que leer y divertirme; era bastante feliz y no echaba de menos nada de lo que había perdido. Y como no puedo remediar el interesarme por las cosas que caen en mis manos, al verme con el Ateneo en ellas, me entretuve en mejorarlo y me aficioné a trabajar por él, como hubiera trabajado por otra cosa cualquiera que me hubiesen conferido.

Me ha visitado el Nuncio, en compañía del obispo de Vitoria. Vienen a pedir que se levante el destierro del prelado. Es un hombrecillo de aire rústico, simple y parlanchín. Prontamente familiar. Me hace muchas cortesías porque he consentido en recibirlo. A este obispo, Maura lo echó de España el año pasado, porque la policía halló, en manos de un secretario o cosa así del señor obispo, unos papeles dirigidos al cardenal Segura u otro magnate; no recuerdo bien. El caso fue que Maura montó en cólera y puso al obispo en la frontera. Eso ocurría en domingo, hallándose ausente de Madrid don Niceto, jefe del Gobierno.

Maura no le consultó la determinación, y don Niceto se enfadó tanto que dimitió. Fue su primera dimisión. Nos la envió, cuando nos reuníamos en Consejo, a la presidencia, en un largo documento que encabezaba así: «Excelentísimos señores…». (Marcelino guarda el original). Don Niceto no quiso ir a la presidencia, aunque había Consejo, y ya empezaba a llamar la atención su ausencia cuando logramos, mediante Rafael Sánchez Guerra, que viniese de su casa a la presidencia. No entró en la sala de Consejos y se encerró en su despacho, de donde fuimos a sacarlo todos los ministros, y a contentarlo como a un chico pequeño.

El obispo volvió a España, por acuerdo del Gobierno actual, pero no a su diócesis. Prieto dice que si vuelve a su diócesis se armará un escándalo temible y se producirá un conflicto público. Al Nuncio y al obispo les doy buenas palabras, pero sin prometerles nada. Me cuesta trabajo creer que este hombrecillo sea peligroso, a pesar del fanatismo vasco.

7 de junio

El sábado por la noche vino a verme Zulueta y me refirió la visita que por la mañana le había hecho Prieto. Don Indalecio fue a desahogar su corazón con Zulueta. Está angustiado por la cuestión del Estatuto, y lo que más le preocupa es que pueda aprobarse con escaso número de votos, o solamente con los votos de la mayoría ministerial. Se queja de que no se intente una concordia.

El domingo, de mañana, salí para Zamora. Visité, sin previo aviso, el cuartel de Infantería, que es nuevo y bueno, y el edificio del cuartel viejo, ya vacío, antiguo convento, triste e insalubre. El objeto era ponernos de acuerdo con la ciudad para la cesión de la comandancia, destinándola a casa de Correo, con lo que el Estado se ahorrará la construcción de una nueva. Los servicios militares pueden instalarse en parte del cuartel viejo.

Visité la Catedral y la colección de tapices. Comimos en casa de Galarza y luego fuimos a visitar las obras de los saltos del Esla. Lo vi todo detenidamente. Es cosa magnífica. Regresamos tarde. En Salamanca cenamos después de las once. El pobre general Carbonell, que estaría arrullado por el coñac, se levantó para venir a saludarme. Llegamos a Madrid a las tres de la madrugada; tuvimos una ligera avería más acá de Somosierra, que nos retrasó.

Se engaña Prieto si cree que no hago nada por llegar a una concordia en lo del Estatuto. He comenzado por explorar a Ortega, con propósito de obtener un acuerdo en la materia de enseñanza. En lo de Orden público está conforme con mi programa; si pudiera establecer una solución en lo de la universidad, que fuese aceptable para el Gobierno, tendría mucho adelantado, con la aquiescencia de Ortega, para convencer a Lerroux, y por tanto a los radicales, que no entienden de nada de esto. Encargué a Ramos que viese a Alberto Jiménez Fraud, íntimo de Ortega, a fin de que él preparase una entrevista mía con el filósofo. Hecha la gestión por Jiménez, resultó que Ortega no cree oportuno que hablemos ahora los dos (sin duda me cree al borde de la caída). Ortega está dolido: no se le hace bastante caso. Afirma que él no entra en

conjuras; sin embargo, por la tarde, en el Congreso, felicitó a Maura por «la jugada de ajedrez».

(Ortega tiene un fondo de provinciano, incurable. Se forma de la política una idea como la del doctor Faustino antes de salir de su pueblo. Eso del ajedrez es una pedantería pueril, propia de un inexperto). Y le dijo también a Maura que mis doctrinas son equivocadas: «¿Qué es —preguntó— la nueva política del sistema?». Pero ni en su periódico ni en las Cortes ha aceptado la discusión.

También opina Ortega que estoy rodeado de aduladores. Es otra idea provinciana de lo que constituye la realidad del Gobierno. Ignora qué resistencias tengo que vencer, y que nadie me facilita nada. Para que haya adulación es menester ser dos: el adulador y el que se deja adular. Ahora bien: siempre he sido un bárbaro con quien se atreve a elogiarme en mi cara, y éste es uno de los fundamentos de mi reputación de adusto. Hace años decía yo de mí mismo: «Hostil al halago, indiferente a la censura». Ortega no sabe lo que es eso. Si lo supiera, no se habría dejado adular por los redactores y colaboradores de sus periódicos, que nunca han sabido hablar de nada sin echar por delante elogios sonrojantes del maestro. Se ha dejado adular en *El Sol* por algún aventurero que, en el fondo, le teme y le aborrece. Yo le hubiera despedido del periódico.

Los defectos de carácter de Ortega le llevarán al fracaso en la política, cosa después de todo sensible, porque no estamos sobrados de gente de talento, y Ortega lo tiene. Como el personaje de Giraudoux, hace llevar sus defectos a sus propios amigos; lo que en él hayamos de tolerar, en gracia de otras cualidades, es insoportable en los acólitos y edecanes que se surten de sus opiniones y de su vocabulario para representar un papel.

Hay un acuerdo, por lo menos tácito, entre Maura, Lerroux y Melquíades Álvarez. Maura es muy intrigante, y no deja la ida por la venida, Lerroux merodea en torno del poder, y les anuncia a sus parciales que pronto tendrán la presa. Que Maura esté reconciliado con Lerroux es para asombrarse. Maura tiene de Lerroux una opinión muy negra. Lo consideraba como un estorbo en la República, y de su moralidad dice pestes. Maura fue quien excluyó a Lerroux del Comité revolucionario, porque no se fiaba de su fidelidad, y quien se empeñó en recluirlo en el ministerio de Estado cuando se formó el Gobierno provisional con tanta anticipación, porque no se fiaba de la honorabilidad de Lerroux. Ortega piensa de Lerroux peor aún que Maura, si es posible. Sin embargo, ahora no se repelen. Por su parte, don Melquíades ha dicho en el colegio de abogados que éste es «el momento militar». Estas

gentes, con las predicaciones de su despecho o de su odio (sobre todo Lerroux y Melquíades), acabarán por calentar los cascos de algún militar glorioso o ambicioso que crea contar con la opinión. (Maura es más prudente y no hace, en ese particular, los disparates que sabemos de don Alejandro y don Melquíades). No sé yo lo que puede ocurrir aquí si estos santones continúan haciendo semejante propaganda. Aunque no haya, que pudiera haberlas, convivencias más secretas. En todo ello hay un espíritu de «vieja política» que apesta. No podremos entendernos. Es un escándalo que hombres con la representación de Lerroux y de Melquíades, salgan ahora halagando a los militares.

En esta coalición de resentimientos, no está claro el papel de Sánchez Román. Me dicen que está quejoso personalmente de mí, porque no le hago bastante caso. ¿Qué pretenderán? Sánchez Román ha rehusado terminantemente todos los puestos que se le han ofrecido, no quiere responsabilidades de mando, ¿y hemos de ir a consultarle nuestras decisiones? ¿Reservarle el papel de protutor secreto? Dice don Niceto que el papel que se reserva Sánchez Román es muy cómodo: no afrontar ninguna responsabilidad, ser importante y engordar el bufete.

Los radicales están furiosos por mi último discurso. Nunca entenderán por qué me niego a convertir la política en un juego de compadres o de camaradas. Se desquitan de su furor poniendo en circulación noticias estúpidas, formando cábalas sobre el nuevo Gobierno y haciendo listas de nombres y de carteras.

He pasado la tarde de hoy en el Congreso, pero no he entrado en el salón de sesiones.

Muchas indicaciones alarmantes. Un magistrado, amigo de Casares, ha ido a decirle, muy en secreto, lo que ha oído en una casa monárquica sobre los planes de un alzamiento militar. Se trata de un asalto al Congreso, y a dos o tres ministerios.

Otras confidencias parecidas ha traído Cacho, redactor de *El Sol*.

Y esta noche, a las once, se ha presentado en el ministerio de la Guerra un desconocido con la pretensión de hablarme urgentemente para un asunto grave. La guardia no le dejaba pasar. Enviaron recado a los agentes que están en la planta baja. Le subieron al despacho del jefe de servicio. Para verme, le dijeron que habría de dejarse cachear. Consintió de buena gana, y me lo trajeron al despacho. Me dijo (su aspecto era como de un empleado de poca categoría) que acababa de sorprender dos conversaciones: una de tres sargentos en la esquina del Banco de España, citándose para el golpe a las dos

de la madrugada, y otra en un tranvía, entre personas que parecían militares, y que hablaban del mismo asunto. El desconocido, cuyo nombre se me ha olvidado, dice que por deber republicano se creía en el caso de venir a informarme.

Por otra parte, el capitán de Artillería Azcárraga, del regimiento a caballo, ha traído la noticia de que un sargento de su batería, hombre de confianza, le ha denunciado que se le han hecho proposiciones para tomar parte en un movimiento sedicioso, y que él ha fingido aceptarlas. Le han citado para esta noche. Nos hemos puesto a la busca del sargento, pero no ha aparecido.

Con todos estos indicios, y los que tiene la Dirección de Seguridad, ha habido muchas idas y venidas, y se han tomado precauciones. He velado hasta las tres de la mañana, esperando el golpe; pero no lo han descargado. Otra vez será.

8 de junio

Largo despacho con Ruiz Fornells. Recibo muchas visitas y comisiones, que sólo me traen cansancio. Leo y anoto *rapports* atrasados sobre los diversos asuntos.

Con el general Goded trato de las cuestiones orgánicas de Aviación, siempre enredadas y fastidiosas. Me inclino cada vez más a una solución a fondo, que acabe con la ficción actual.

También ha venido a verme el general Villegas, de quien se murmura bastante en relación con su lealtad. Se le achaca que es muy riguroso para sembrar el descontento entre los militares.

Recibo a mi antiguo amigo Creagh, que de señorito ocioso ha pasado a representante de la casa Renault. Me habla de los carros de asalto. Renault quiere que se le encarguen. En torno de esto ya han comenzado a urdirse intrigas, y estoy prevenido porque me aseguran que en el ministerio puede haber alguien que tenga demasiado interés por Renault. A Creagh le desengaño diciéndole que se hará concurso y se adjudicará al mejor.

Don Pedro Vicente Gómez, diputado de Acción Republicana, me trae los documentos relativos al concurso de radiodifusión. De ellos resulta que un hijo del director general, Barroso, amigo mío, es consejero de la sociedad que aspira a ser adjudicataria del concurso; leídos los papeles, llamo por teléfono a Casares y le digo que suspenda y anule la convocatoria del concurso y la apertura de pliegos que debía hacerse dentro de un par de días. Casares, ya enterado, me dice que hoy mismo firmará la orden.

De las alarmas de ayer, no ha resultado nada. A primera hora de la tarde viene Cipriano con H. Baüer, periodista francés, creo que de *Le Echo* de París y que, por raro caso, no es enemigo de la República.

Cuando voy a las Cortes, me tropiezo en los pasillos con Moya, Lezama y un tal Hermosilla, que eran los interesados en lo del concurso de la radiodifusión. Tienen caras muy largas. Comprendo que ya se han enterado de lo que pasa.

Hoy ha sido la sesión para el asunto March. Gran concurrencia. Los radicales defienden a March. Ignoro los motivos y, de cuanto se murmura

respecto de ellos, no me consta nada a ciencia cierta. Pero el influjo del *marchísmo* en la política es patente. Cada vez que se aproxima, para aplazarse luego, una decisión en este asunto, los radicales se ponen furiosos. Los más de ellos no sabrán siquiera por qué. Para hoy se anunciaban fieros y reniegos, y determinaciones violentísimas del grupo radical. Cuando entró March en el salón de sesiones, para defenderse, me entregaban en el banco azul la denuncia de la compañía canadiense sobre el contrabando de tabaco, por cuenta de March, en Ceuta y Melilla.

Discursos de dos diputados radicales. Se cruzan palabras gruesas; pero el asunto está virtualmente resuelto, y los propios radicales no podrán hacer sobre ello una oposición resuelta. Salgo del salón de sesiones y me voy a merendar. En el despacho de ministros, Prieto me habla muy fino; cuenta los abusos que se cometían con los pases de ferrocarril. Era costumbre que la Dirección General de Seguridad dispusiese de pases gratuitos, y se ha dado el caso de que algún funcionario vendiese cinco mil pases a dos duros. Prieto quiere acabar con todo esto. Luego llegan Carner, Zulueta, Giral y Largo. Comentamos lo que sucede y lo que no sucede. En la catástrofe política que se espera, me adjudican la cartera de Guerra para el nuevo Gobierno. Son muy amables.

Al salir a los pasillos hablo con periodistas y diputados en tono de broma sobre los noticiones que corren. Me refugio en las bromas, por no decirles las ásperas y crueles verdades que serían del caso. Me entero de que se ha levantado la sesión hasta las diez de la noche.

Anoche, con motivo de la sesión nocturna, me acosté muy tarde. Hoy he asistido, invitado por la Asociación de Veterinarios, que patrocina Gordón Ordás, a un banquete en el Ritz. Me han hecho hablar y he pronunciado un discurso que ha tenido buena acogida.

Por la tarde, en las Cortes, ha intervenido en la discusión Santiago Alba, para decir, como siempre, cosas molestas, mal intencionadas y despechadas. Estaba yo de mal humor, porque había dormido poco, y le contesté con desgarro.

Maura y don José Ortega, que siempre están deseando rasgarse las vestiduras, braceaban mucho, escandalizados. Yo también braceé, y aún más que ellos.

Se ha inaugurado la casa de Sorolla, que es un museo de cuadros de este pintor, instalado en la casa que se construyó en el paseo que no sé ahora cómo se llama. Bastante gente, mucha de ella del otro bando. Yo presidí la ceremonia. El perdurable don Amalio Gimeno, leyó un discurso pesado. Otros

señores leyeron otros discursos también pesados. Y el increíble García Sanchiz, alias «Borreguero» (que así le llamaban cuando vino de Valencia con el pelo de la dehesa a hacer fortuna), recitó una de esas tiradas de prosa en delirio que él llama *charlas*. Creo que gustan mucho y que gana gran dinero. Yo no le había oído nunca. Estoy maravillado.

Ha dicho, entre otras cosas, que «la Guardia civil es la columna vertebral de la patria». En el ABC se derriten por Sanchiz. Le conocí en el Ateneo hace treinta años. Entonces era muy amigo de Juan Pujol: los llamaban Rinconete y Cortadillo.

10 de junio

Se ha votado el artículo primero. Fanjul, el heroico general, *contuso de bala* en Kudia Tahar (por lo que le ascendieron), ha hablado conmigo sobre su situación militar. Y me ha visitado también, en el Congreso, Lerroux. Venía, aparentemente, a «prestar un servicio al Gobierno», en interés de la República. Cree saber, y supone que el Gobierno estará al tanto, que algunos generales conspiran. No sabe quiénes son. Ni viene a denunciarlos; sino a ofrecerse, con su partido, para defender la República. He tenido que darle las gracias, por su innecesario y estéril aviso. Si le hubiese preguntado cuáles son sus fuentes de información, no habría podido contestarme. En realidad, Lerroux no venía a nada de eso, sino a «entablar conversación» y a sondear mi ánimo.

Poco después me ha visitado Amadeo Hurtado, hombre tortuoso, afable y *gaffeur*. Me cuenta que ha hablado de política con Lerroux y que se han ocupado de mí. «Azaña —le ha dicho Lerroux— es más culto que yo, pero tiene menos sentido político». Hurtado le ha hecho muchas reflexiones sobre la inconveniencia de mantener la enmienda presentada por Solazar Alonso, en nombre de los radicales, al dictamen de la Comisión del Estatuto, y que por efecto de sus reflexiones, la retirarán. Añade que sería muy conveniente que Lerroux y yo hablásemos, para llegar a un acuerdo. «No tengo ningún inconveniente —le digo a Hurtado—, y estoy dispuesto, si llegamos a un acuerdo, a que sea Lerroux o su partido quien proponga la transacción en el tema candente (enseñanza, universidad, etcétera) y dejarles la gloria y la satisfacción y el provecho político de resolverlo».

Como Hurtado me dice que al hablar conmigo no ha pedido autorización a Lerroux para contarme estas cosas ni para tomar su nombre, le contesto que le pida permiso para ello y que prepare la entrevista.

11 de junio

Guerra del Río me telefonea que ha hablado con Lerroux y que está conforme con la propuesta de vernos a solas. Guerra dice que le parece «muy interesante». Esta intromisión de Guerra, y lo que me parece descubrir a través de «su interés», me inducen a sospechar que Hurtado no ha sido muy puntual en los términos de su embajada.

Después, despacho con Goded. Me habla de un suelto de *El Heraldo*, que recoge *rumores* sobre la fidelidad de algunos generales. El suelto, sobre ser inconsistente, es de una imprudencia tonta, e impolítico y alarmista sin provecho alguno. Manía de sensacionalismo. Goded se queja de que con tales cosas «el prestigio de los generales padece».

Con motivo del suelto de *El Heraldo* tuve ayer en el Congreso un diálogo bastante vivo con su autor, Luis de Armiñán. Es hijo del Armiñán que fue ministro, paniaguado de Palacio. Escribe en *El Heraldo* cosas inspiradas por el mal humor y por su lerrouxismo infeccioso. A los pocos días de proclamarse la República vino a mi despacho, enviado por Eduardo Ortega, a ver si yo podía darle alguna comisión retribuida para Marruecos. Un hermano suyo era empleado temporero en la Dirección de Marruecos y Colonias, y se le despidió, no recuerdo por qué. Con estas cosas, Armiñán no nos quiere mucho. En mi conversación con él, presenciada por muchos diputados y periodistas, le recriminé por su extraviado celo, que le llevaba a escribir cosas imprudentes y dañosas. Lo tomó a mal, es claro. Le di algunos consejos sobre la manera de tocar los asuntos militares. En agradecimiento, ha publicado en *El Heraldo* un entrefilete, que yo solo puedo entender, en que me llama mandarín, y me reprocha que voy en el coche fumando puros. ¡Qué cosas!

El resto de mi conversación con Goded ha versado sobre las maniobras que van a hacerse este otoño. Como ello se sale de la rutina y de la inacción habituales, el propósito es combatido sordamente por muchos y atraviesa múltiples inconvenientes. También hemos hablado de la inspección vacante, por el cese de Gil Yuste. Goded cree que los más aptos serían Villegas o Virgilio Cabanellas. Estas indicaciones me dan qué pensar. Ninguno de los dos me gusta.

He ido a comer al Casino con el comité local de Acción Republicana. Están quejosos porque no les hacemos bastante caso. Estos señores creen que yo tengo tiempo y atención sobrantes para hablar con los comités. Al caer la tarde he salido de paseo con Lola. Cuando regresé, un periodista amigo estaba al acecho en el zaguán del ministerio, esperando sorprender alguna visita «sensacional». Le hice subir y le expliqué cómo hay que tratar las cosas militares, sobre todo en momentos delicados como éstos.

Hemos ido a comer en la legación de Checoslovaquia; el señor Kybal es uno de los hombres más pesados que conozco. Desde la legación, al teatro Lírico: llegamos a la mitad de *El barbero de Sevilla*. Y cuando regresábamos a casa, tuve que detenerme en El Español, donde la compañía, acabada la función, daba una fiesta de despedida. Se empeñaron en que asistiese yo un momento, como «autor de la casa».

13 de junio

A primera hora me visita Carabias, para darme disculpas por haberse dejado incluir en el consejo de administración de la sociedad que pretendía el servicio de radiodifusión. No estaba enterado de nada, ni ha intervenido. Me ofrece dimitir el puesto de gobernador del Banco. No es para tanto, en lo que a él se refiere.

Después llegó Barroso. Me trae documentos para probar que él se apartó de la sociedad, incluso de la relación indirecta que podía tener mediante su hijo. Le quiero explicar que, aun así, su situación es muy delicada, no porque haya realizado personalmente nada feo, sino por las apariencias, que darían cebo a la murmuración, y hay que ser muy riguroso en el fondo y en las formas. Daré cuenta al Consejo, y resolverá. Barroso estaba muy compungido. Siento lo que le ocurre.

Despachadas estas visitas, me fui al Consejo de ministros en Palacio.

El Presidente regresó ayer por la mañana, muy alborozado, muy chillón. El sábado me telefoneó desde Priego, rogándome muy encarecidamente no tomásemos ninguna resolución respecto del Consejo de Estado antes de que se celebrase el Consejo de ministros convocado para hoy, y que deseaba hablar conmigo a solas, en Palacio. «Muy bien, señor Presidente —contesté —, pero no tengo idea de que haya pendiente ninguna resolución de ese género».

—¿Qué será? —decía yo, extrañado de la urgencia del recado.

Llego hoy a Palacio, y mientras se reunían los ministros, pasé al despacho de don Niceto, Lo que quería decirme era esto: «Que no se nombre consejero de Estado a don Gabriel Bonilla, porque sería para el Presidente el mayor trágala».

—En efecto: hay una vacante, pero no hemos pensado aún en proveerla, no hemos hecho conversación de ello, ni me ha propuesto nadie ningún candidato —le respondo.

Así es la verdad, y es una suerte. Porque si fuese de otro modo y estuviese convenido nombrar a Bonilla, conflicto seguro: ¿íbamos a consentir que el Presidente pusiera vetos a las personas por rencillas particulares? El

Presidente aborrece a Bonilla, creo que de resultas de cuestiones electorales en Jaén, el año 31.

También me ha dicho el Presidente que Carner, Casares, Giral y Fernando le tienen mala voluntad. No hay modo de sacarle eso de la cabeza. El Consejo no ha tenido interés.

14 de junio

Consejo de ministros. Les doy cuenta de lo que ha ocurrido en el concurso preparado para adjudicar los servicios de radiodifusión. Se acuerda anularlo todo. Barroso tiene que dimitir. Le llamo por teléfono a la presidencia, y tengo que decirle sin rodeos que no puede continuar en el cargo. Se disgusta mucho, es natural; pero en el mismo Consejo se extendió el decreto admitiéndole la dimisión.

Hemos aprobado un decreto reformando el de Alquileres. Trabajo me ha costado vencer la resistencia pasiva de Albornoz. Su conducta en este asunto es abominable, por lo tortuosa, cobarde y falaz. Seguramente quería servir a sus jabalíes, y después de reconocer en Consejo la necesidad de la reforma del decreto, ha estado haciéndose el remolón, alegando excusas tontas, ahuecando la voz para hablar de «su significación», etcétera. Hasta que le he dicho que si él no llevaba el decreto al Consejo, daría yo otro desde la presidencia.

Hemos hablado del debate que se anuncia para esta tarde. Se trata de la escandalosa interpelación de Gil Robles, que ha recogido todas las maldades circulantes acerca de la honradez de dos ministros: Prieto y Carner. Para esto se celebró una sesión secreta, y Maura, con su desequilibrio habitual, hizo muchos aspavientos y profirió palabras excesivas, totalmente inadecuadas al caso. A Prieto le preocupaba hoy este debate, porque «esas cosas», decía, «siempre dañan».

El caso es que obligan a las Cortes a ocuparse de las calumnias.

Por la tarde, en las Cortes, se ha terminado la interpelación de Gil Robles. Dos breves discursos míos[46], algunas intemperancias de Maura, y una proposición de confianza. Ortega se ha negado a firmarla; Sánchez Román, como es amigo de Prieto, sí la ha firmado; ha defendido además a los ministros. Ortega se ha enojado mucho, según me cuentan, y Maura está muy despechado. Estas son las *mejores cabezas* de la República.

En la Dirección General de Marruecos hemos encontrado un legajo de papeles relativos a los asuntos del tabaco en que intervino March. Los he inventariado para entregárselos a la Comisión de Responsabilidades. Para eso he hablado con su presidente, Cordero, que se promete una gran actividad de

la Comisión y prontos resultados. Ignoro lo que hacen estos señores y en qué gastan el tiempo.

Esplá me manda los documentos del exbarón de Mora. Hay cartas del general Orgaz que, aún escritas con precaución y omitiendo los nombres propios, son clarísimas para quien conoce a las personas. Al general Barrera se le designa con el mote de «el abuelo». También se habla del grupo Tarduchy, que son los de *La Correspondencia Militar*. Se va a dar orden de detención contra Barrera.

17 de junio

El redactor de *El Sol*, Cacho, que se mete en todas partes, me dijo que el enojo de Ortega se descubriría en un artículo que iba a publicar en *Luz*. Ya lo ha publicado. Chorrea mala voluntad contra todos nosotros, y singularmente contra mí. En el Consejo de hoy, Fernando se dolía de la injusticia de Ortega.

Hoy me he visto con Lerroux en casa de mi suegro. Le he hablado largo y tendido del problema del Estatuto, de la cuestión de la universidad, etcétera; le he sugerido varias soluciones y le he instado a que adoptemos una los republicanos para votarla y que tenga autoridad. Las pocas veces que he hablado con Lerroux mano a mano y de asuntos importantes, ha hecho como hoy: ver, oír y casi callar. Siempre sospecho que no le interesan las cuestiones, sino por la utilidad que puedan reportarle para conquistar el poder. Me ha escuchado con curiosidad, y a veces he llegado a pensar si sospecharía que yo iba a tomarle el pelo y a engañarlo. Así es este hombre. No ha ofrecido nada ni ha apuntado siquiera algo de lo que piensa (¿piensa algo?). Para él, como para otros, el Estatuto es una ocasión para derribar al Gobierno.

18 de junio

En la Comisión del Estatuto reina un barullo indescriptible. El Presidente, Bello, tiene la mejor voluntad, pero no sirve para cargo de tal monta. Ahora andan a vueltas con una enmienda de Rey Mora, radical, que se mueve influido por Sánchez Román. Y hay otra enmienda de Peñalba, de Acción Republicana, que quisiera yo sacar como texto definitivo. En la Comisión chocan, naturalmente, y entre pocos, las furibundas pasiones y las intrigas desencadenadas por este gran asunto. Para gobernar esta Comisión harían falta una autoridad, una preparación y una destreza excepcionales. De modo que a las demás fuerzas que he de domar y encauzar, se suma la Comisión como otra pieza loca, que en vez de ayudarme, aumenta las dificultades.

Prosiguiendo mis trabajos, he hablado hoy con Nicolau y Lluhí.

Comida en la embajada de Cuba. La semana, en punto a banquetes, ha sido terrible. Hemos asistido a las embajadas de Alemania, Francia, Italia e Inglaterra. La Bibesco ha puesto un telegrama, a propósito del cual, Graham dice algunas cosas divertidas. Además, comida de la Sociedad Hípica en el Ritz, con motivo del concurso internacional. El general Kirkpatrick (el conde de Altamira) la preside. Es, naturalmente, desafecto; está retirado, pero aún tiene dos hijos en el servicio, oficiales de Caballería, a quienes he corregido por excesos de palabra. El general presidente, al final de la comida, echó un discurso, y se le *olvidó* recordar que estaba allí el ministro de la Guerra y Presidente del Consejo. En vista de eso, y por no dar un espectáculo (estaban algunos embajadores y muchos militares extranjeros), me limité a omitir mi brindis protocolario y, sin decir nada, me levanté de la mesa. Al poco rato, me fui. Y me he negado a ir a la carrera en que se jugaba la copa donada por el ministerio de la Guerra. Sobre Kirkpatrick no tengo otra acción que ésa.

Hoy he tenido en el ministerio a Vergara, Franco y Rodríguez Mata más de una hora. Estudiamos la parte de Hacienda del Estatuto y les digo lo que quiero hacer, para que ellos me redacten una propuesta y confeccionar unos artículos que puedan sustituir a los del dictamen.

Los artículos de Ortega son ya dos. Los reaccionarios hacen coro. A quien más gustan es a los monárquicos.

19 de junio

Hoy, domingo, sólo he salido para ir al té de la embajada de Portugal. Ha comido con nosotros Antonio Cruz, que me cuenta cosas de nuestra embajada en París. De noche, han venido Guzmán y Cipriano. Día de asueto, que me está haciendo mucha falta.

20 de junio

Casi todo el día encerrado en el ministerio, estudiando asuntos. Hoy se ha clausurado el Congreso de las sociedades económicas de amigos del país (que no son nada ni sirven para nada) y me han hecho ir y hablar. El local, en la plaza de la Villa, es una especie de camaranchón, sucio y pobre. Los «amigos del país» son unos señores raros, que se divierten con eso y sacian de cualquier modo su fracasado afán de figurar. En fin; ¡absurdo!

Los periódicos hablan de crisis. Pura fantasía. Cunde el infundio de que yo escribo artículos políticos en *El Sol*. No he puesto en él la pluma jamás. José Bergamín ha enviado a *El Sol* un artículo titulado: «Azaña no es la República». Para una perogrullada tan grande (¡ojalá lo sea siempre!), se ha quemado las cejas. No se lo han publicado. La redacción de *Luz* está muy enojada por los artículos de Ortega. Bello y Azorín, principales colaboradores del periódico, también están disconformes con la ruta que sigue. Y me dicen que un señor Miquel, copropietario de *Ahora*, quiere interesarse en la empresa de *El Sol* y de *Luz*, para hacerlos más seguros en su política. ¿Y quién es Miquel?

Esta noche, comida en la presidencia del Consejo, para los diplomáticos.

21 de junio

El día se ha inaugurado con disgustos. A las once salí al despacho para disponerme a ir al Consejo de ministros. Me anunciaron que el general Goded estaba esperándome. Entró, un poco fruncido, con un número del *ABC* en la mano. Me dijo que el ministro de Justicia ha pronunciado un discurso en Ávila, profiriendo palabras molestas y despectivas para los generales del ejército, y en particular contra Barrera (Barrera está preso desde hace días, por lo que resulta de las cartas de Orgaz). Goded venía a quejarse «por iniciativa exclusivamente personal», y sin traer representación de nadie. Yo soy su jefe, y pide amparo para sus compañeros. «Siquiera —dice— que no nos vilipendien».

Yo no había leído el *ABC*, que extracta el discurso, y al leerlo me disgusté profundamente y me enojé contra Albornoz aunque no lo di a conocer delante del general. Respondí como era debido, manteniendo mi autoridad de ministro; le dije que lo de «siquiera» estaba de más; que los militares, cuando se sientan agraviados, no tienen nada que hacer por sí mismos; que seguramente el periódico torcía, por política, las palabras del ministro; que yo pondría en claro lo sucedido y diría o haría lo que fuese justo.

Como estos señores andan algo amoscados por los sueltos de *El Heraldo* y por la prisión de Barrera, las palabras de Albornoz, que siempre serían impertinentes y necias en boca de un ministro, lo son ahora mucho más, y pueden engendrar un asunto muy desagradable y delicado. Me fui al Consejo de malísimo humor, indignado contra Alvaro. Además de su inutilidad personal, que no acierta a desempeñar un ministerio, nos regala con actos que estropean la obra de los otros y la mía. En quince minutos puede destruir lo que yo he logrado en un año. Lo que hace ahora Albornoz es una cobardía y una fanfarronada. Cantarles un trágala a los militares que él no había sabido sujetar, ¡qué oportuno! ¿Qué habría sido de nosotros, si Albornoz hubiera ocupado mi puesto?

En el Consejo le pregunto a Albornoz lo que ha dicho en Ávila y le muestro el telegrama del *ABC*. Albornoz, con su heroísmo y franqueza habituales, niega que haya dicho nada de los generales ni que mentase a

Barrera (sospecho que miente). «Pues entonces —le digo—, habrá que aclarar lo ocurrido y rectificar al *ABC*; ¿no es eso?». «Claro». «Pues yo me encargo», repuse. Por lo pronto, no hemos hablado más del asunto.

Tratamos de la cuestión del precio de los periódicos. Algunas empresas desean que se haga obligatoria la elevación a quince céntimos. Otras, se oponen. Empujan mucho las empresas movidas por la Papelera, y coinciden en oponerse, hasta ahora, *El Socialista, ABC* y *El Liberal*. He prevenido a Domingo, a quien corresponde este asunto, para que no vaya de ligero y no contraiga compromisos. Mi opinión es que esta cuestión debería atacarse a fondo. En tiempos de Dato se agitó mucho este problema. Hicieron a gusto de las empresas el anticipo reintegrable, sin garantía ninguna para el Tesoro; rebajaron después la tasa para la devolución, y hoy resulta que los periódicos deben al Tesoro unos ochenta millones de pesetas, y con lo que pagan, no cubren siquiera el interés. La empresa de *ABC* debe unos doce millones. Si quieren un arreglo y un régimen de especial protección, la base debería ser la liquidación de ese débito y el establecimiento de un sistema de pagos suficientes. Pero ya veo a Domingo dando palmaditas en la espalda a todos sus visitantes, ofreciéndolo todo, reuniendo asambleas y no resolviendo nada.

Valle-Inclán ha dimitido el cargo que le dimos el año pasado. Estaba sin un céntimo y no tenía ni para comer. Inventé para él una función: la de conservador del Patrimonio Artístico, con 24.000 pesetas. El Gobierno lo aceptó y fue nombrado. Ni siquiera me dio las gracias. No tenía nada que hacer, y pasados unos meses hubo que asignarle alguna ocupación. Se le dijo que atendiera al palacio de Aranjuez. Al punto riñó con la Junta de patronato de lo que fue patrimonio de la Corona, y con sus pretensiones de autócrata, comenzó a dar órdenes arbitrarias y disparatadas que nadie tenía obligación de obedecer. Han ocurrido, con este motivo, cosas muy pintorescas, como en todo lo que aparece Valle-Inclán. Al mismo tiempo su mujer le ha planteado el divorcio, y el juez ha ordenado que se le retenga a Valle la mitad del sueldo de su cargo. Furioso Valle ha dimitido, alegando que no se le deja funcionar a su gusto; pero en realidad para que su mujer no cobre nada de su sueldo. Valle es así, y como le gusta hacerse la víctima, el mismo día que puso la dimisión, delante de unos amigos envió el reloj a empeñar.

Ahora anda por los cafés vociferando contra el Gobierno. Creo que todavía no me maltrata personalmente, pero ya lo hará. Dice que mis colaboradores me preparan la suerte de Prim, y que Casares y Menéndez me asesinarán.

Después del Consejo he ido a comer en Alcalá, con unos extranjeros, invitados por Fernando. Al regreso me he encontrado en la carretera con los Herbette. He llegado a las Cortes a las cinco. Discutían «las responsabilidades». Fanjul atacaba a Cordero. En todas partes, la espuma de la tontería cunde, cunde, y casi me ahoga. ¡Para qué voy a analizar! He hablado con Maura. Me dice, con una convicción anhelante y arrebatada, que el Gobierno será derrotado en la próxima votación sobre el Estatuto, que hay más de 250 diputados resueltos a votar en contra, y que incluso en nuestro partido la mitad de los diputados lo hará así. No quiere citarme nombres. Añade: «pero, usted lo verá». Yo no le contradigo y me río. De pronto se arranca diciéndome: «¿Sabe usted lo que yo haría en su caso? Pues cerrar las Cortes por decreto, hasta octubre».

—Eso lo haría —respondo—, si yo no quisiera aprobar el Estatuto; pero como sí quiero… ¿Y no dice usted que me van a derrotar? ¡Pues qué más pueden ustedes pedir!

Me han mareado y disgustado como nunca. Llego al ministerio harto, aburrido de todo. Están locos. No entienden nada. Y tengo, de propina, una neuralgia terrible.

Apenas ceno, y llega Ramos. Me recuerda que esta noche se inaugura el nuevo Círculo de Acción Republicana y que me esperan. Voy de malísima gana. Mucha gente, griterío, ovaciones… La cabeza se me parte. Hago un discurso[47], recogiendo algunas de las cosas que ha dicho Ortega. Regreso muy tarde.

22 de junio

He dormido mucho y me levanto repuesto de quebranto de ayer. Menos mal. He despachado todos los asuntos del ministerio y luego recibo a Hurtado, que me habla del asunto del papel y de los periódicos. Opina Hurtado que se trata de una maniobra de la Papelera y que, si prosperase, incluso la prensa republicana se pondría contra el Gobierno. El general Barrera me escribe desde prisiones, protestando contra las palabras de Albornoz.

Por lo tarde, salgo de paseo y llego a las Cortes a las seis. Empleo el tiempo en hablar con Lluhí y Martín Esteve sobre el Estatuto, y con el presidente de la Comisión. También me visita Gaziel.

Maura me envía un recado diciéndome que hable con Martínez Barrio. Le llamo. ¿Qué hay? Martínez Barrio me trae informaciones sobre el asunto de Barrera, que produce alarma. Lo que pasa es esto: el juez no encuentra indicios de culpabilidad contra Barrera en los papeles de Mora-Orgaz. En efecto: no lo nombran. Sin embargo: es clarísimo que Barrera dirige una conspiración, y para los que estamos al tanto no ofrece duda, pero en las diligencias judiciales no aparece nada. Por tanto, la prisión de Barrera es arbitraria, caprichosa, ilegal, etcétera, etcétera. Y hay gente, incluso republicanos, que la censuran y pretenden atacar sobre ello al Gobierno. Lo que Martínez Barrio me cuenta no hace sino confirmar todo eso. Añade que se habla de reuniones de militares en Madrid. «No lo creo —le digo—, es inverosímil; Barrera no tiene simpatías en el ejército: al contrario. Los que hablarán más de la cuenta serán algunos generales amigos suyos; pero de ahí no saldrán. Barrera, por sí solo, no es una *bandera*». Por otra parte, yo no voy a incurrir en la candidez de proclamar públicamente que estoy enterado de las intrigas de Barrera y convencido de su culpabilidad. Eso no me serviría de nada y los pondría sobre aviso. Lo mejor es hacerse el muerto, a ver si podemos cogerlos con las manos en la masa.

He convenido con Besteiro que las Cortes celebren sesiones dobles y que el artículo segundo del Estatuto se vote por párrafos, para facilitarlo.

Desde el Congreso me voy a ver a Casares, que está enfermo en su casa. Acordamos que Barrera pase a su domicilio particular, arrestado. Y vuelvo al

ministerio, al que acude el general Villegas, que manda la división, llamado por mí, y le pongo las cartas boca arriba. Villegas hace muchas protestas de lealtad; en la guarnición no ocurre nada, aunque es cierto que hay malestar en algunos generales por los artículos de *El Heraldo*, que ponen en entredicho su fidelidad. También he hecho venir al director general de Seguridad, y acordamos las medidas necesarias. La vigilancia se estrecha. No hay reuniones de militares, ni asomos de ello.

23 de junio

Consejo en Palacio. Le explico al Presidente las enmiendas presentadas al artículo segundo del Estatuto y la posición del Gobierno. Y hemos hablado del indulto de unos legionarios alemanes, condenados a penas graves en África, a los pocos días de proclamarse la República. La embajada pide que se les indulte; pero no se puede. El Consejo no ha tenido importancia.

En las Cortes, a primera hora, el diputado federal Valle, de acuerdo conmigo, me ha hecho una pregunta sobre la actitud de algunos militares, etcétera. He dicho unas breves palabras, para devolver la tranquilidad y que se acaben los «rumores», y las indiscreciones, siquiera por algunos días. Después, hemos entrado en el gran asunto. El salón estaba repleto, como en los grandes días. Se ha votado la enmienda de Rey Mora. Y hemos ganado por 210 votos contra 128. La sorpresa de Maura no puede ponderarse; por lo visto, creía seriamente que nos derrotaban. La agitación en la Cámara es extraordinaria. Después se han hecho otras votaciones, también favorables. Los catalanes, que se resistían a aceptar el artículo, tal como ha quedado, lo votan.

Unamuno ha hecho un discurso tonto. Maura se ha superado en majeza e insensatez. Ha hablado en contra Rodríguez Pérez, edecán de Sánchez Román; el pollo Valdecasas, uno de los regalos que le debemos a Fernando de los Ríos, ha pretendido, así, de pasada, refutar mi discurso de mayo. Pedanterías mal hilvanadas, que llevaba en el estómago desde hace tiempo, esperando soltarlas. Nadie le ha hecho caso. Ha habido un choque entre Alba y Besteiro, que se aborrecen. El resultado final, quedando nosotros victoriosos, ha desatado el furor de Maura y de los radicales. Todavía, mientras se estaba votando, contaban con ganar. Al proclamarse el resultado, su decepción ha sido terrible. ¿Cómo pueden engañarse tanto? Los ánimos estaban muy caldeados. He tenido que sujetar a Vergara, que desde su banco insultaba a los radicales, respondiendo a sus palabras, y quería lanzarse sobre ellos. Y del otro lado, ocurría lo mismo. De mi partido han votado todos los presentes, menos uno, Alberca, que está medio loco. Ya hace días que no se sienta en nuestros bancos, y sí entre los amigos de Sánchez Román.

Hoy se ha puesto una vez más de manifiesto la insuficiencia de la Comisión. Es una desgracia. Me he disgustado mucho, y, harto, he vuelto al ministerio.

De noche, para distraerme, he ido otra vez a *El barbero de Sevilla*. Lo hacen medianamente.

24 de junio

Salgo del ministerio a las diez y media para la presidencia, a celebrar Consejo. Uno de mis ayudantes me da el *ABC*, que trae una carta del general Cavalcanti. Dice que «tose alto y recio» cuando hay que defender al ejército. Esto es lo que produce la estupidez de Albornoz.

—Bueno —le digo al ayudante—, al regreso me ocuparé de este general. Irá a un castillo, y en paz.

En el Consejo, que ha sido largo, no he hablado de este asunto. Lo resolveré yo solo. Es mejor. Muchos asuntos de Instrucción Pública, de Justicia, de Gobernación. Cuando estábamos en Consejo, el Presidente me llama por teléfono: quiere hablar conmigo esta tarde.

Después de las cuatro he ido a casa del Presidente. He leído lo de Cavalcanti. «Es intolerable. ¿Qué va usted a hacer?». «Arrestarlo treinta días en un castillo». «Me parece bien». No hemos hablado de ninguna otra cosa.

En las Cortes, el borrachín de Pérez Madrigal ha querido lucirse, como su jefe Albornoz, haciendo de «tragasables». Fanjul, muy colérico, ha arremetido contra él. Ha habido un rifirrafe y se han dicho algunas desvergüenzas.

Nuevas votaciones sobre el Estatuto. No se adelanta. Muchos corrillos, cábalas, murmuraciones. Hurtado ha venido a decirme que mi gestión con Lerroux ha salido al revés. Lerroux y los radicales esperaban que yo les plantease una conversación de política general (en otros términos: que les dijese cuándo pienso dejarles el poder). Lerroux entiende las cosas de este modo: que le envié el recado invitándole a hablar conmigo cuando se acercaba la interpelación de Gil Robles, en la que Lerroux se portó muy bien. Como eso ya ha pasado, y no le necesito, ya no le hago caso. Se sienten menospreciados. No van contra el Estatuto, sino contra el Gobierno. Hurtado me dice que procura calmarlos.

Todo esto, ¿qué vale? ¿Es una intriga de Hurtado? ¿Qué le dijo él a Lerroux? ¿No se concertó la entrevista por iniciativa de Hurtado? Lerroux y sus radicales no comprenden, por lo visto, que se procede con ellos de buena fe.

En el despacho de ministros, Carner me dice:

—¡De qué mal humor está usted, Presidente!
—No es mal humor, es cansancio.
Carner se sonríe, afectuosamente.

Banquete en la embajada de Francia. Asiste el Presidente de la República, el Gobierno, Besteiro, etcétera. Después de la comida, un sexteto nos regala con música española. Mi mal humor persiste. El aburrimiento es general. Hablo con Domingo para hacerle saber que mañana voy a dar una nota rectificando la información del *ABC* sobre el discurso de Albornoz en Ávila, puesto que el mismo Albornoz ha dicho en Consejo que la referencia es inexacta. «También él debería rectificarla por su cuenta», dice Domingo. «¡Claro!, yo lo voy a hacer en vista de que él no se adelanta».

Domingo llama a Albornoz. Le decimos lo que ha de declarar a los periodistas. Se lo repito. Se lo aprende de memoria.

En esta recepción de la embajada, después de la comida, llegó mucha gente, entre ella varios generales. El general Augustin saludó al general Queipo, que contestó; «Yo no saludo a quien firma esa sentencia». (Se refería a la que ha dictado el Consejo de Guerra, presidido por Augustin, contra unos sujetos, entre ellos, un Primo de Rivera, que agredieron a Queipo). Villegas, allí presente, tampoco se saluda con Queipo. ¡Así están los príncipes de la milicia!

25 de junio

Me he levantado tarde, porque trasnoché. El primero en entrar, el subsecretario. Me trae la nota de la asesoría sobre el caso Cavalcanti, que le pedí ayer; y firmo la orden de arresto, para que se cumpla desde hoy. Entre los asuntos del despacho hay un expediente declarando desierta la subasta de adquisición de equipos. El general me propone que se reforme el pliego de condiciones, que es tanto como capitular con Sagarra, el gran acaparador de estos negocios. Me niego. El general insiste, y suavemente me insinúa que la Junta de vestuario opina como él. Me niego. Dice que le han visitado dos diputados por Castellón, para aconsejarle que se reforme el pliego, a gusto de Sagarra. (Cabalmente, esos dos diputados me han dicho ayer lo contrario). Cuando terminamos la firma, volvió a sacar la conversación: «Pondremos —dijo—, oída la Junta…». «Bueno, ponga usted eso, pero que se haga como digo». Es la primera vez que me han puesto dificultades a cara descubierta.

Llega después una comisión de Zaragoza, a tratar de la permuta de los cuarteles. Y tras ellos, Companys y Ventosa, con asuntos de la exposición de Barcelona.

El comandante Vidal, delegado del ministerio en la Telefónica, y Rico, director general de la compañía, vienen a comunicarme una conversación que han sorprendido entre París y Madrid. Desde París hablaba un hombre autoritario, que increpaba al de aquí por haber retrasado el golpe. El de Madrid se disculpaba con que les han fallado tres jefes de grupo y la Aviación. Según mis comunicantes, del lenguaje sobreentendido que empleaban en la conversación se deduce que el plan era, o es, asaltar el ministerio de la Guerra y matarme. El de París ha aludido varias veces a un individuo llamado «Pepe».

Despacho también con el general Goded. Me habla otra vez de las propuestas que le hacen para suspender las maniobras. No está conforme, ni yo tampoco. Le encargo que en el Estado Mayor Central, hagan un plan de urgencia para completar las dotaciones de material. Y que procedan al estudio de la reforma de la legislación sobre plazas fuertes y zonas polémicas. Concluido el despacho, Goded me dice que ha leído mi discurso en las Cortes

(lo que contesté a Valle) y que le parece muy bien. Como ayer, en las Cortes, Pérez Madrigal dijo una tontería y «la Cámara no le reprobó», Goded está disgustado. Han ido a preguntarle por qué no pega a Madrigal. Yo me río. «Sería ridículo y, además, de malas consecuencias. ¿Por qué no le pegan los que han ido a preguntarle a usted eso?».

Goded insiste en que la situación de los generales «es angustiosa». Los oficiales los desprecian, porque se dejan poner en ridículo. Hay división entre los oficiales: en las prácticas de Carabanchel, algunos se negaron a comer juntos con los que pasan por comunistas. (Goded odia a los jefes y oficiales que alardean de republicanos y de haber contribuido al triunfo de la República). Es muy amigo de Barrera, con quien ha servido: «Si Barrera hubiera continuado preso, se me habría planteado la cuestión de ir o no a visitarlo. No habría podido dejar de hacerlo, sin quedar como un cochino».

—No habría habido ningún inconveniente —le digo—, cesando antes en el destino que tiene usted.

—Muchas veces he tenido intención de pedir el pase a la reserva.

—No es para tanto, usted puede ser útil. Por eso el Gobierno le ha dado un cargo tan importante.

—Mis hijos —añade— no serán militares.

Goded está muy rabioso. En cuanto han tenido un asomo de razón, un pretexto, estos señores hacen grandes aspavientos y respiran por la herida.

Le he hablado de la tontería que ha hecho Cavalcanti y del castigo que le he impuesto. Le aseguro que estoy convencido de la culpabilidad de Orgaz, que ha sido arrestado en Las Palmas. Barrera, como es más listo, no se dejará prender en tales redes.

Ido Goded, entró Echevarrieta. Ya está arreglado lo del suministro de armas a los portugueses. Ahora necesitan dinero. Si Echevarrieta consigue liquidar su participación en la fábrica de torpedos, podrá adelantárselo. Los portugueses tienen prisa.

A última hora, veo a los periodistas. Les doy la rectificación de la referencia publicada en *ABC*. La prensa de hoy publica la rectificación de Albornoz. El hombre se ha creído en el caso de añadir unas protestas de amor al ejército. ¡Ridiculeces!

Después de comer viene Guzmán. Me cuenta el estado de la intriga política. Ortega, Maura, Sánchez Román y Martínez Barrio se han reunido en la redacción de la *Revista de Occidente*. Quieren enviar un emisario a Montemayor, para comprometer en el plan a Lerroux.

Ortega ha dicho que soy muy orgulloso: En mi discurso de Acción Republicana, aunque se enderezaba a contestarle, no le nombré siquiera.

Me cuenta Guzmán que Miquel quiere realizar con el Ayuntamiento una venta de solares para allegar fondos. Está «entusiasmado» con la idea de meterse en los periódicos. Le he dicho a Guzmán que Miquel se expone a hacer la cuenta de la lechera, porque vender terrenos al Estado o a una corporación pública no es cosa llana ni rápida; hace falta concurso, etcétera, etcétera.

He estado trabajando en mi despacho desde las cinco hasta las ocho. A esta hora ha venido Luis Bello. Ayer le encargué que hablase con Carner y con Funes, para arreglar el título segundo del dictamen del Estatuto, que es un ciempiés. Lo que Bello me trae no sirve. Bello no entiende de estas cosas y no me resuelve nada. Le planteo dificultades que no comprende siquiera. En cosas de derecho y de administración, Bello, como es natural, no sabe nada. Cuando le hicieron presidente de la Comisión me quedé admirado, y aunque él ha tenido el rasgo de ofrecer su dimisión, los señores de la Comisión no quieren sustituirlo.

Me dice Bello que el título segundo del dictamen, que ellos han hecho, es un buñuelo. Harto lo sé. ¿Ahora sale con eso? También tendré que hacerlo yo. Estos son mis colaboradores. No encuentro apenas con quien dialogar. Esta impresión, continuamente renovada, me deprime, y como hoy me encuentro débil físicamente, todo lo veo negro y perdido. Le digo a Bello que, ante las dificultades amontonadas, no veo salida. Se pone muy triste. Le encargo que vea a Asúa para la parte de legislación penal.

Después de marcharse Bello recibo al general Gómez Morato, que ha estado hablando, como suele, sin respirar, sin altibajos, farfullando, casi hora y media. Tratamos de las cosas de Marruecos.

Después de cenar, y estando yo en mi despacho, ha venido el redactor de *El Sol* Cacho Zabalza. Quería saber, y más aún contarme: el castigo de Cavalcanti ha sentado bien. Los reunidos en la *Revista de Occidente* han desistido de enviar a García Vela a Montemayor, para no lastimar a Martínez Barrio, que estuvo en la primera junta. A la de hoy no ha querido asistir Sánchez Román, porque no se fía de los radicales. Todos se han llevado gran chasco con la votación del jueves, porque Maura les había hecho creer que el Gobierno perdería. Ortega le ha dicho a Cacho que no van contra mí, sino contra los socialistas, a quienes el país no quiere. Que cuentan conmigo para presidir otro Gobierno, en el que estarían Maura y Ortega. Dice Cacho que

Ortega se ha creído durante una semana que iba a presidir el Gobierno. También le atribuye deseos de ser ministro de Estado.

Le pregunto por qué *Luz* traía anoche un artículo muy favorable al Gobierno, comentando la votación, y dice que Ortega está indeciso. No lo creo. Le supone arrepentido de haber dado la batalla en esas condiciones.

Cuando Cacho se marchó, me he quedado solo. Asomado al balcón, disfruto de una noche hermosa. Hay fuegos artificiales en el Prado. Detonaciones, luces de colores, ráfagas. El jardín, frondoso, fresco, en silencio. Unos oficiales se pasean y fuman.

27 de junio

Apenas salgo al despacho, Saravia me dice que siente comenzar el día dándome una mala noticia: en el campamento de Carabanchel, donde están reunidas las Academias militares, ha surgido una «bronca» (un «incidente desagradable») entre Goded y el teniente coronel Mangada. Mangada se ha insolentado con Goded, han intervenido los cadetes y los oficiales, y por poco no ha habido un estropicio. En el despacho de Saravia estaba el coronel del regimiento 1, al que pertenece Mangada, que venía a contarme el suceso. Entró el subsecretario, que acababa de hablar con el general Angosto, jefe de las Academias reunidas para las prácticas, y me hizo el mismo relato. Pasó el coronel del 1 y le pedí cuenta del caso (Leret se expresa torpemente, con vacilaciones).

Resulta que, sin saberlo yo, los tres regimientos de Infantería de la guarnición, han ido esta mañana al campamento a «fraternizar» con las Academias. Hubo desfile y, a las nueve, los generales, jefes y oficiales de la Infantería se reunieron con los jefes de las Academias y los cadetes para desayunarse. Ya el viernes o el sábado estuvo allí la brigada de Artillería, pero no ocurrió nada. Cuenta Leret que la semana pasada, el fantasmón de Millán Astray fue en tranvía a Carabanchel, entró en la Escuela de Tiro, pidió un caballo, se constituyó en pequeño Estado Mayor con algunos jefes allí presentes y revistó a las Academias, que le rindieron honores.

En lo de hoy, ha habido tres discursos: el del general de la brigada de Infantería, Caballero; el del general de la división, Villegas, y, por último, el de Goded, que no tenía allí puesto oficial y asistía como invitado. Asegura Leret que los tres discursos han sido tendenciosos y antirrepublicanos. Caballero ha hablado del momento difícil que atraviesa el ejército, y le atribuyen alusiones al Estatuto y a la integridad de la patria. Villegas ratificó lo dicho por su subordinado, y añadió que los deseos de la guarnición habían encontrado en él cauce legal y, manifestándoselos al ministro, habrían obtenido la satisfacción que podían haber leído en los periódicos. Terminó vitoreando a España. Goded habló de la unión, del compañerismo, etcétera, y dijo, para concluir: «un viva único: ¡Viva España!».

Goded, que estaba cerca de Mangada, le interpeló duramente porque no había contestado al viva. Mangada replicó con una desvergüenza. Se insultaron, surgió el escándalo, el coronel Leret intervino y consiguió restablecer el orden. Villegas ordenó la prisión de Mangada, que se enfureció aún más, y quitándose la guerrera, la arrojó al suelo y la pisoteó. El alboroto ha sido tremendo, con intervención de los cadetes.

(Mangada es uno de los jefes republicanos a quienes Goded aborrece. Ayer me habló de él muy mal, con rabia, como si hubiese entre ellos un rencor personal).

Al interrogar a Leret más a fondo, me dice:

—¿Puedo hablar?

—Puede usted y debe.

—Hay un gran descontento contra Villegas; su conducta no es clara. Lo de hoy parece premeditado y preparado para realizar un acto de desafección al régimen. Quizás iban buscando promover un suceso grave.

Ruiz Fornells dice que el relato de Leret coincide con el que acaba de hacerle Angosto.

En esto, anunciaron a Villegas. Hice salir a Leret por otra puerta y entró el general.

Villegas, como si tal cosa, me cuenta el suceso, limitándolo al acto de indisciplina de Mangada. Le interrogo, afectando la mayor gravedad. Villegas se turba y parece inquieto.

—¿Qué fue lo del general Millán Astray el otro día?

Villegas no sabe nada del caso.

—¿Es posible que usted ignore lo que ocurre en su división? ¿Que no le hayan dado a usted cuenta de la visita de Millán y de lo que hizo?

Le pregunto si no cree él que yo debería estar enterado previamente de la salida de tres regimientos de la guarnición.

—Creí que eso entraba en mis atribuciones —responde Villegas.

—Si se tratara de actos corrientes del servicio, indudablemente. Pero sacar la guarnición para una cosa extraordinaria, que ha podido traer consecuencias gravísimas, y ha originado este incidente, no. Lo normal es que me hubiese usted pedido permiso, o siquiera que me hubiera comunicado su propósito. ¿Cree usted que soy ministro para enterarme casualmente de que la guarnición entra y sale de Madrid, no siendo en ejercicios de instrucción? Ha contraído usted una responsabilidad.

No contesta nada. Como no me había hablado de los discursos, ni me había dicho que los hubieran pronunciado, le llamo la atención sobre ello.

—No han tenido nada de particular.

—Espero a conocer el texto, o referencias más puntuales. Dígame, ¿quién les autoriza a ustedes para decir que el ejército pasa por una situación crítica? ¿Y cuándo ni cómo me ha traído usted a mí los «deseos de la guarnición de Madrid», para permitirse decir lo que ha dicho?

—Yo, señor ministro, lo que vine a decirle es que había malestar a consecuencia de una campana de prensa y del discurso del señor ministro de Justicia.

—En eso ya estamos. ¿Pero qué deseo colectivo me trajo ni me expresó usted? Porque yo no me enteré.

—Interpretaba un sentir general.

—Usted no tiene que interpretar más que la ordenanza.

Villegas hace protestas de lealtad, de adhesión, de buen propósito, etcétera.

—Usted era esta mañana en Carabanchel la autoridad militar superior. Por tanto usted responde de lo sucedido. Usted había montado una obra muy bonita, pero no tiene duda que se la han *pateado*. Ha salido muy mal. No tengo motivos para estar satisfecho de su conducta.

—Mi cargo, señor ministro, está siempre a su disposición.

—¡Ah, claro! Le comunicaré a usted lo que resuelvo. Ahora —le digo con una sonrisa— váyase usted a su servicio.

El general Ruiz Fornells estaba consternado por el mal ejemplo que se ha dado a los cadetes. Concluido el despacho con el subsecretario, oigo nuevos informes de testigos presenciales del suceso. A medida que transcurren las horas, los testimonios van perdiendo espontaneidad. Unos hablan terminantemente de que Goded provocó a Mangada; otros, afirman lo contrario. Cada cual lo entiende según su opinión anterior en la cuestión de fondo que aquí se ventila.

Hablé con los periodistas, que estaban ansiosos. Entre ellos hay un militar, íntimo del subsecretario: parecía consternado por la indisciplina de Mangada, como si no hubiera ocurrido más. Es reflejo del parecer de Ruiz Fornells, que opina según quien está delante.

A la una y media voy al Senado: banquete oficial que Besteiro da al Presidente, al Gobierno y a los diplomáticos. Allí estábamos, pues, todos. Herbette ha cometido algunas indiscreciones. Al Presidente le pedí hora para verle esta tarde en su casa. A las cuatro he ido a visitarlo. No conocía el suceso de Carabanchel.

—¿Pero no le ha dicho a usted nada el general Queipo?

—No.

—Pues lo sabe, porque me ha hablado de ello en el Senado.

Después de analizar lo sucedido, le participo mi propósito de relevar hoy mismo a Villegas y a Caballero.

—Envíeme usted los decretos —dice.

Respecto de Goded, antes de tomar una determinación, quiero hablar con él. Esta mañana me pidió audiencia y no pude recibirle.

Al regresar al ministerio, llamo por teléfono a los generales Cabanellas (V). y Romerales, para que vengan a encargarse de los mandos. Me llegan nuevas informaciones, que confirman lo que ya conozco.

Después de cenar telefoneo a Goded. Contestan que no está en su casa. Despacho a Saravia con encargo de que lo busque por todas partes y lo traiga. A las once se presenta Goded. Hemos hablado hasta la una y media.

Estaba como si tal cosa, y no parecía sospechar que hubiese incurrido en nuestro desagrado. Lo más caluroso de cuanto me ha dicho es un ataque furibundo a Mangada (de quien ya me habló el otro día, descubriendo una prevención a la que no di importancia entonces y que es un dato muy significativo, después del suceso de hoy); le tacha de loco, de comunista (?), de falso y desleal, etcétera. Hace larga historia de sus relaciones personales: son de la misma promoción y se tutean. Posee cartas de Mangada que no quiere publicar por no perderlo en el concepto de sus compañeros. Le ha hecho muchos favores. Mangada estuvo comprometido en lo de Jaca, «pero es un cobarde —dice Goded—, y el día de la rebelión estuvo en mi despacho del ministerio para probar la coartada». (Goded era entonces subsecretario). En una ocasión, habiéndole protegido para que pudiese atender a la curación de una hija, Mangada le besó la mano. Cree que es un envidioso. Lo de esta mañana ha sido una provocación, que llevaban preparada. Cuando se entera de que he destituido a los otros dos generales, pide que le releve a él también, porque si no, «le dejo en mala postura».

—¿Con quién?

—Con mis compañeros.

—He destituido a los otros porque tenían allí el mando y han producido una situación de la que deben responder. Usted estaba allí invitado, y no tiene mando. ¿Ha hecho usted algo malo?

—Yo creo que no, señor ministro.

—Cuando usted ha interpelado a Mangada en forma tan dura, ¿por qué lo hizo?

—Porque permaneció sentado, sin sumarse al *¡viva España!*, y estuvo todo el tiempo haciendo gestos de desagrado y de burla.

—¿Y cómo me explica usted eso del viva «único» que tanto se comenta?

—Todos los que me han oído hablar saben que yo termino siempre mis conferencias, discursos, etcétera, con estas palabras: «y nada más». Siempre concluyo así. Hablé, di un viva a España y acabé como de costumbre: «y nada más».

—¡Ya! ¿Y por qué omitió usted un *viva* a la República?

—Creo que casi nadie lo hubiera contestado.

—¿No es usted republicano?

—Siempre lo he sido. Yo he sido el único general que le dijo al rey la verdad, antes de marcharse. Y yo fui quien le dijo a Berenguer, cuando lo de Jaca, que el país no estaba para fusilamientos.

Goded empieza a hablar de su persona, y me traza el cuadro de sus méritos y servicios (bien recompensados, creo yo, por grandes que sean, pues mientras sus compañeros son comandantes o tenientes coroneles, él es general de división), de su gran prestigio en el ejército, de lo que le estiman en el extranjero, de la enfermedad que contrajo en Marruecos, de su carrera truncada, etcétera, etcétera.

Le hago notar cómo no le he desconocido, colocándolo en el puesto más importante. Entonces me da un poco de jabón, declara que me está agradecido, me elogia mucho, y dice que si al principio no me conocía, ahora sí, y lo proclama por todas partes.

Finalmente, volvió a rogarme que le quitase del cargo. Naturalmente, pienso quitarle, y he de hacerlo antes de la sesión de Cortes de mañana, para que cuando me interpelen sobre lo de hoy, estén impuestas las sanciones. Pero lo que no puedo explicar a las Cortes es que conviene proceder con Goded de modo distinto que con los otros dos. A Villegas y Caballero nadie les hace caso, y no significan nada. Goded es listo, inquieto y ambicioso, aunque muy cauto, y por cautela no se comprometerá abiertamente en nada; de precavido que es, no está bien con casi nadie. Sería una torpeza que yo le empujase, por la violencia, a ponerse entre los que conspiran contra la República o contra el Gobierno. Esta razón, y no principalmente la de ser su presencia y sus palabras en el suceso de hoy, distintas de las de los otros generales, es la que me mueve a llevar con él las cosas de otro modo. Goded tiene amigos en el ejército, aunque no tantos como él se imagina; en África hizo favores, y muchos le deben ascensos y ventajas. Mas, por lo mismo, es quizás el general que tiene más enemigos en el ejército. Le acusan de intrigante, de autoritario,

de *cacique*. Por eso él ve de tan mala gana que se revisen los ascensos por méritos de guerra; dice que ese propósito es transigir con el espíritu de las antiguas juntas de defensa. Yo he procurado reconciliar a Goded con el régimen y con la política general de la República, empresa que no habría intentado con otros, que son simples mamotretos. Con este hombre pequeñito, avispado y algo cascarrabias, el intento me parecía útil, y para mí, personalmente, de buen juego. Creía haber conseguido bastante, según se ha dejado decir por ahí el propio Goded. Mas, por lo visto, lleva dentro rencores inextinguibles. Lo siento, porque me habría gustado utilizarlo en cuanto hubiese depuesto sus últimas reservas. De todos modos, dado el carácter del general, no quiero desahuciarlo, ni darle un pretexto para levantar bandera, ni forzarlo, por amor propio, a que la levante.

Cuando se marchó Goded, entraron Cipriano y Guzmán, que me traían «la voz de la calle». En Madrid hay un tole tole formidable. Mucha agitación. En la Casa del Pueblo, alarma. La gente espera «un gesto» mío. Mis visitantes quieren que en la prensa de mañana se anuncie ya oficiosamente la destitución de los generales. Me niego. La destitución se sabrá cuando salga en el periódico oficial o cuando yo lo diga mañana en las Cortes. Pero no estoy dispuesto a ponerme nervioso ni a hacer las cosas como piden los nervios de los demás; que hagan ejercicios de calma y de paciencia, igual que yo los hago todos los días. Y así ganaremos mucho todos.

Cuestión de arreos: en cuanto suenan las espuelas, la gente pierde los estribos.

En el despacho de Saravia, gentes locas están hablando alocadamente de estos asuntos.

En fin: son las tres de la mañana. Voy a dormir.

28 de junio

Tenía que acabar hoy lo de Goded, y para acabarlo deseaba yo saber a fondo cómo está su ánimo. No se imaginará él nada de esto. Le avisé a su despacho para que viniese a verme en la mañana. Procuré ponerle a sus anchas, le traté afectuosamente, le recordé como he procurado que me ayudase en mi trabajo y en mis planes, etcétera; el hombre se ha *confesado*, no sé si a pesar suyo. Estaba nervioso, un poco sofocado, a veces emocionado, procuraba dominar las pasiones que se le salían por la boca. Mi impresión de conjunto es que lleva dentro un escorpión. Rencor, despecho, envidia, ambición frustrada, miedo: de todo tiene. ¡Gran descubrimiento! Le he dicho: «General, con ese ánimo no se puede servir».

Rencor a sus émulos o rivales, a quienes ve en candelero, y a la situación en general, que ha disminuido el papel que antes tenían los militares. Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: «¡Crucificaron a los coroneles!», me dice con espanto. Despecho, porque si su carrera hasta ahora es singular, ya no será teniente general, ni capitán general, ni probablemente ministro, ni presidente del Consejo Supremo, etcétera, etcétera, y los generales del antiguo régimen (es decir, todos) no se resignan a que un divisionario no tenga más importancia social ni política que un magistrado del Tribunal Supremo o un inspector de Caminos; todos, desde la Academia, soñaban con ser virreyes. Odio contra los «extremistas» del ejército (que suelen ser unos pobres diablos); me ha hablado también de Mangada: «Le corresponden seis años de prisión», ha dicho. Encono por la revisión de empleos, que si se hiciera a rajatabla le costaría descender a coronel, según dicen. Soberbia por la importancia que se atribuye: «Muchos han venido a proponerme locuras, pero *gracias a Sanjurjo y a mí, no ha ocurrido ya una barbaridad en el ejército*». Le he llevado la conversación a la política; está espantado de la obra de los socialistas y es enemigo del Estatuto y de la autonomía. En fin, no le falta ni una. Lo más notable era el acento de su confesión. ¡Lo que este hombre debe de padecer! Finalmente, *he accedido*, como yo quería, a relevarlo. Esta mañana tomaron posesión los otros dos

generales en sustitución de Villegas y Caballero, y antes de terminar el despacho firmé el cese de Goded. El estado de ánimo del general es mucho peor de lo que yo había sospechado. Pero ya sé a qué atenerme. Que llegue a ser peligroso depende de que rompa su habitual cautela y se atreva a comprometerse.

Por la tarde, en las Cortes, proposición «incidental» e interpelación sobre lo de Carabanchel. Eduardo Ortega ha estado mucho más discreto de cuanto podía esperarse, dado el tema. He contestado con dos breves discursos[48], que han aplaudido todos. Y no he mortificado a los generales, ni les he echado encima a la Cámara. En cuanto a Mangada, he sostenido la buena doctrina, para oponerla a los semilocos que pretenden hacer de él un héroe.

Esta noche he vuelto a las Cortes, hasta la una. Prosigue la discusión del Estatuto. Royo Villanova ha hecho un discurso chocarrero. Melquíades Álvarez llegó del Casino diciendo que había reuniones de la guarnición de Madrid. Melquíades se ha vuelto tonto. También ha contado que Goded le ha visitado esta tarde y le ha dicho que «se me había impuesto», que yo no quería destituirlo, y que puso los codos sobre la mesa y me amenazó con publicar una carta haciéndose solidario de los generales, y entonces cedí. La cosa es estúpida.

29 de junio

Hoy hemos ido con el Presidente a revistar las Academias en Carabanchel y a comer con los cadetes. Este acto estaba anunciado desde hace días, pero ayer algunas personas graves aconsejaban que se suspendiera en vista del suceso del lunes, «no fuese a ocurrir algo desagradable». Me opuse terminantemente. «No entienden ustedes nada. ¿Resultará que el Presidente y el Gobierno no pueden ir donde haya militares? Eso quisieran los autores de la función del otro día». Por fortuna, el Presidente era de mi misma opinión. (Por cierto que ayer Goded me dijo que no asistiría hoy a la fiesta en Carabanchel, aunque estaba invitado, «para evitar que le hicieran una ovación». Siento que no haya ido).

Me he levantado a las ocho y media, hora un poco temprana para mí, y a las nueve y media he ido a Palacio a buscar al Presidente. Salimos, con gran séquito, y atravesando la Casa de Campo dimos en Carabanchel. Muchos generales y oficiales, viva animación. Presenciamos, desde un altozano, un ejercicio táctico de los cadetes. Mucho calor. Visitamos el campamento, nos dieron un refresco «providencial», y volvimos al campo para presenciar el desfile. Los cadetes tienen muy buen aire deportivo. Después fuimos al cuartel del regimiento de Artillería. Nueva revista y otro desfile. Ya tarde, la comida, en el jardín de la Escuela de Tiro. La gente, muy bulliciosa y contenta. Al final, se me acercaron comisiones de alumnos para pedirme cosas relativas a sus Academias. Se levantó el banquete y observé que se quedaban con curiosidad y ganas de oír algún discurso. Hablé brevísimamente con el Presidente, y convinimos en que les hiciese una arenga. El Presidente estuvo muy feliz: buen discurso, y como lo pedía la ocasión y los antecedentes. Causó profunda impresión en los cadetes, que se emocionaron, con emoción contagiosa. La juventud, muy sensible, aplaudió y vitoreó a rabiar. Fue como si se disipara una congoja, una opresión, una zozobra. Los sentimientos generosos de los muchachos corrieron libremente, y todo el mundo respiró alegre. Establecida esta confianza, se formaron corros en que comentaban mi discurso de ayer en las Cortes. Todos lo han leído. «Nos han

ganado en hidalguía», decían unos. «Hay que estar con estos hombres», opinaban otros. «No lo haría mejor un militar».

El Presidente se marchó entre grandes ovaciones. Cuando yo iba a salir y tomé el coche, los alumnos lo asaltaron, ocuparon los estribos, la cubierta, gritaban, me cogían las manos, vitoreaban a su ministro, etcétera. Así hasta la carretera. Es un dolor que con esta primera materia no se haya sabido hacer cosa buena.

Cuando llegué a las Cortes ya se sabía lo ocurrido en Carabanchel. Como la preocupación de estos días pasados era grande, ha habido una explosión de contento. Muchos plácemes. Sentado en el banco azul, los ministros me felicitan. Los diputados vienen a estrecharme la mano.

Continuaba la discusión del Estatuto. Salgo al pasillo para recibir a una comisión, y de refilón me entero de que los radicales-socialistas no están conformes con el proyecto de Prieto sobre tarifas.

Vuelvo al ministerio y despacho con Ramos. Después de cenar, ha venido Casares. Conversación sobre el complot.

30 de junio

Hoy he descansado un poco más. Después de despachar, recibo a Goded, que viene en visita oficial de despedida. Luego, para lo mismo, al general Villegas. Me da las gracias «porque le he defendido» en mi discurso de las Cortes: Trae escrito lo que dijo en Carabanchel, y que le parece inocente. Se va, muy risueño, haciendo protestas de «apolítico». Por último, el general Caballero, también de despedida, y también agradecido. Me entrega el texto íntegro de su discurso. «Si él hubiera sido ministro, habría hecho lo mismo que yo; pero si yo hubiera estado en su caso, habría hecho como él». Tal opina Caballero. Para qué más reconocimiento de su culpa.

Visitas: don Diego Saavedra, diplomático sin empleo, que pide colocación; el general Gómez Morato, que se vuelve a África, y otro diplomático, Cano, que fue compañero mío en El Escorial, y que ha estado años y años tropezándose conmigo en Madrid, *sin conocerme*, y hoy ha venido a ofrecérseme, como si nos hubiéramos visto ayer. Por último: Zulueta, que ha estado media hora, azarándome con sus lisonjas y sus perplejidades.

He comido tarde. Voy a las Cortes y paso cuatro horas con la Comisión de Guerra. Después me reúno con Fernando de los Ríos y Sánchez Albornoz, y examinamos el asunto de la Universidad de Barcelona.

No he entrado en el salón de sesiones. Ausente yo, y tímido el ministro de Marina, los radicales-socialistas han votado contra el proyecto de ley de la Transatlántica. Los radicales han votado en pro, y por eso no ha habido una crisis. Se ha ganado por diez votos.

También quieren combatir el proyecto de Tarifas para los Ferroviarios. Galarza ha pronunciado un discurso en contra. Mañana plantearé la cuestión en Consejo. He vuelto al ministerio a despachar con Ramos.

Después de cenar he ido a las Cortes. Discurso de Sánchez Román contra el Estatuto. Muy flojo. Resulta que casi todo podía aceptarse. *Luz*, es decir, Ortega, regatea y dice pedanterías.

1 de julio

Salgo al despacho y encargo al subsecretario que llame al teniente general Fernández Pérez, para pedirle explicaciones de lo ocurrido en el Colegio de Huérfanos de Santiago. Las autoridades de Valladolid me denuncian por escrito (y con ellas, los partidos republicanos) que del colegio han expulsado a tres muchachos por sus ideas políticas.

Me voy al Consejo. Antes de nada, hablo de los asuntos políticos. Si los radicales-socialistas no votan el proyecto de Tarifas, presentaré la dimisión. Domingo y Albornoz quedan en comunicárselo a su partido. Y añado que lamento mucho lo sucedido ayer estando yo en el Congreso: «Si usted me hubiera avisado —le digo a Giral—, habría ido al salón a plantear la cuestión de confianza».

Zulueta hace una larga disertación sobre Ginebra, Lausana, etcétera. Y repite lo que Herbette le dijo (y también a mí) en la comida del Senado: «Si no sería conveniente que Francia y España desarmasen sus fronteras y retirasen sus tropas a bastantes kilómetros en el interior». A Zulueta esta insinuación comenzó por parecerle interesante. Daríamos un ejemplo, etcétera, etcétera. Yo opino que no vale la pena tomarlo en consideración.

Recuerdo que en el Senado, Herbette, al anunciarme su viaje a París, me dijo: «A no ser que usted me necesite para algo, pues en ese caso no me iría». (Era en los momentos en que más se hablaba de los generales).

—Como no sea que quiera usted ver alguna sesión de Cortes animada… —le contesté.

La mujer de Herbette le preguntó aquel mismo día a la de Sánchez Guerra, si el Presidente de la República está contento de todos los ministros.

En el Consejo hemos acordado la suspensión de *El Imparcial* y multar al *ABC*. *El Imparcial* es ahora una sentina.

En las Cortes, Berlanga y Manteca me hablan mucho del asunto de los vinos, que Domingo no quiere resolver. Albornoz, Baeza, Domingo y el bobo de Segovia me esperan en el despacho. Estos dos ministros no tienen autoridad ninguna sobre su grupo, y vienen con dos diputados para que yo les diga lo de

las tarifas ferroviarias. Los compongo con Prieto, que llega en aquel momento. Votarán el proyecto: «No sabíamos que era cuestión de confianza».

Vuelvo al salón de sesiones. Está hablando Fernando Valera, que creo que es teósofo, y me llaman otra vez para recibir a una imponente comisión de Albacete, que gestiona la continuación del ferrocarril Baeza-Utiel. Me espetan varios discursos. Tras ellos, una comisión de Guadalajara.

Llamo a Bello, y hablamos del dictamen del Estatuto. Bello se arma un lío, del que procuro sacarlo.

Otra vez en el salón de sesiones, de pie, en un rincón, charlo animadamente con Ossorio, que también tiene una enmienda al Estatuto. Ossorio me cubre de elogios.

—Nunca se ha gobernado en España como ahora —dice.

—Menos mal —respondo—; pero ya ve usted el coraje que me tienen. Están deseando que me vaya.

—*Hay motivos terceros* —replica—. Quieren que se vaya usted, pero los demás no queremos.

Vengo al ministerio, firmo todo lo pendiente; llegan Ramos y Sánchez Albornoz: los catalanes no están conformes con el texto proyectado para la universidad. Les encargo nuevas gestiones, y que hablen con Ossorio.

Giménez Caballero publica en *El Heraldo* un artículo estúpido, diciendo que los cadetes, y los jóvenes como él, necesitan «un capitán», y creen haberlo encontrado en mí. Verdad es que no son menos tontos los artículos de Corpus Barga en *Luz*.

Esta noche no he salido, ni ha venido gente. Me he estado en el despacho hasta la una. Me asomo al balcón. Ya han apagado las luces del jardín y cerrado la verja. Se interpone una zona de silencio, oscuridad y frescura que apaga el fragor de la villa. Soledad gustosa. Las gentes, al pasar rozando con la verja, si echan una mirada y ven luz en mi despacho, ¿qué pensarán que está haciendo el *dictador*? ¡Alguna cosa terrible! Simplemente divagar y alegrarme de estar solo, que es todo mi festejo.

2 de julio

En el despacho de hoy, el subsecretario me trae, entre otras cosas, un expediente de subasta de calzado, que me huele atrozmente a chanchullo. He anulado la subasta.

Le encargo que me redacten un breve decreto abriendo otra vez el plazo para pedir el retiro voluntario. Ruiz Fornells, que tenía aspiraciones de ascender a divisionario, piensa acogerse al nuevo decreto, y pregunta tímidamente si, a pesar de ello, continuará en la subsecretaría. Le doy una respuesta vaga.

Llamo al inspector general Ruiz Trillo para un asunto que me interesa mucho: adquirir un gran campo de instrucción y maniobras en Córdoba. Esta es la fecha en que el ejército, después de gastar miles de millones, no tiene terrenos propios donde pueda desplegarse una división ni tirar la artillería. Voy a formar tres grandes campos: uno en Córdoba, otro en Zaragoza, agrandando el de San Gregorio, y otro en León. Lo de Córdoba es lo que se logrará antes, pero las dificultades burocráticas son terribles. Ruiz Trillo me secunda con buen deseo. Llega el general Núñez de Prado, que al ser trasladado a Burgos, lo tomó como «una persecución». «Yo no persigo a nadie. Cuando alguien no me sirve, lo quito. ¿No se ha enterado usted todavía?», le digo.

Núñez de Prado (que anduvo con nosotros en la conspiración) me dice que «hay mal ambiente contra los generales». «Nosotros tenemos la culpa», añade, al parecer, convencido.

No hará nada por disiparlo Fernández Pérez, a quien he hecho venir para un asunto muy fastidioso. A Fernández Pérez le conocí hace muchos años en Alcalá. Yo era un chico, y él ya teniente. Su padre Fernández Laredo, coronel retirado, vivía en la casa que fue de mi abuelo, en la Calle Nueva; era, pues, inquilino nuestro. Me acuerdo muy bien de los bigotazos de Fernández Laredo. A su hijo, este ilustre caudillo, no había vuelto a verlo, y se me había borrado enteramente. Ha hecho carrera en África, y cuando vino la República me lo encontré de «capitán general» de Burgos. Lo relevé, con gran disgusto suyo, y se acogió al retiro voluntario con otros trece o catorce tenientes

generales más. Vive en Alcalá, donde hay una brigada de Caballería. Según confidencias no comprobadas aún, Fernández Pérez es de los que brujulean en eso de la conspiración militar. Él no sospechará que yo lo sé, y no se explicará la tiesura y el desagrado con que le he recibido, o más bien lo achacará al asunto del colegio. Allí impera un régimen de seminario-cuartel. Imponen a los chicos una disciplina militar y prácticas religiosas, aunque no las quieran. Parece que tres alumnos del colegio pertenecían a la FUE cursando en la universidad, y no los han dejado vivir, hasta que los han expulsado. Los directores del colegio son monárquicos (un jefe de Caballería retirado, y el consejo de administración, que preside Fernández Pérez), y tienen el encono que distingue a casi toda el arma de Caballería.

Le he dicho a Fernández Pérez que debe arreglar el asunto, readmitir a los expulsados, humanizar el régimen del colegio o, en otro caso, retiraré la subvención que le paga el ministerio, disolveré el consejo de administración, o tomaré cualquier otra medida que me parezca. El general, terco y soberbio, con muchas protestas de obediencia, en realidad se resistía, alegando que no tiene atribuciones, que el consejo resolverá, que en todo caso dimitirá su cargo, etcétera. Le ordeno que reúna al consejo y resuelva, y me dé cuenta. Por algunas palabras que se le han escapado, sospecho que pretenderá hacer del asunto una «cuestión de arma».

Al retirarse, no le he dado la mano.

Desde el ministerio fui a la presidencia, donde tenía gente citada.

Una comisión de la Defensa de la Propiedad Urbana, que me da las gracias por la reforma del decreto de Alquileres. El señor Güell, el de la Transatlántica, que me habla de los desastrosos asuntos de la compañía. ¡Güell! ¡La Transatlántica! Toda una época, que se completa con la estampa que se me presenta a continuación: el general Luque, octogenario, tullido, antiguo protector de los Berengueres, y, en buena parte, culpable de haber provocado, por reacción, el movimiento de las juntas de defensa. Seguidamente, los peritos mercantiles, con Félix Benítez de Lugo, Claudio de la Torre y Fernando Salvador.

Una comisión del Ateneo que viene a pedir la libertad de Mangada (me niego a recibirlos), y, por último, el yerno de don Juan Valera, Serrat, diplomático, que viene a pedir colocación mejor y ascenso. No conocía yo a Serrat. Se parece físicamente a su hija. Y es tan bobito como ella. Me dice, en profesión de fe: es neutro en política; no es católico. Sirvió a la monarquía y ahora a la República. Le digo las más corteses palabras y se va muy contento.

Carmen Valera dice de Serrat: «mi rocambolesco marido».

3 de julio

He estado casi todo el día solo. Por la mañana vine al despacho y continué leyendo los documentos de un legajo enorme que contiene, entre otras cosas de África, los informes de los jefes de cuerpo sobre el estado de instrucción y armamento del ejército que se mandó a Marruecos en julio y agosto de 1921. Hay que confrontarlos con lo que dice Berenguer en su libro sobre el mismo asunto.

Los más afirman que la instrucción táctica de las tropas era buena; no tanto la de tiro: algunos cuerpos no habían tirado nunca. Otros cuerpos llevaban mucha gente sin ninguna instrucción.

El material, malo. Las ametralladoras Colt, inservibles; esto lo dicen todos. Algún batallón llevaba más de 200 fusiles inútiles. El ganado, escaso; lo transferían de unos cuerpos a otros para formar los batallones expedicionarios. Se cometió el error de dejarse en la Península a los soldados del tercer reemplazo, que eran los mejores, y abundaban los reclutas. Esto fue orden del ministerio.

Cómo gradúan las cosas: un batallón entró en fuego 58 veces y tuvo en total 57 bajas, entre muertos y heridos. El jefe informante lo pone por las nubes.

El subsecretario, que estaba como un alma en pena, porque ya sabe que no asciende, entró en mi despacho y hablamos un momento. Cerca de las dos se presentó Cabanellas a darme las gracias por el nombramiento de su hermano, y a proponerme, así a tenazón, no sé qué gollerías para la Guardia civil. Lo despaché al instante con buenas palabras. Hemos sabido por Lara, oficial retirado, republicano, a quien se separó de su destino en la policía de África, que Cabanellas interviene para algo en la campaña que *El Imparcial* viene haciendo contra nuestra política en Marruecos. Cabanellas no cesa en su enemistad contra López Ferrer y echa de menos la Alta Comisaría.

Después de comer he vuelto al despacho y he estado solo hasta las siete. He leído todos los papeles de África y un legajo interesante sobre las juntas de defensa en 1917. Estos documentos, entre los que hay cartas de Luque y

Alfau, muestran cómo se veía la cuestión desde el Gobierno, las medidas que quisieron tomar y la capitulación.

Hace un calor muy fuerte; mi despacho, umbrío, y relativamente fresco. Profundo silencio. Quietud. Tantas horas de lectura, en un islote agradable, y, fuera, la vibración furibunda del calor y de la luz, guardan remota semejanza con mis soledades veraniegas en Alcalá, de joven, cuando pasaba días enteros leyendo en una sala baja, sin saber lo que pasaba en el mundo. Hoy he hablado muy poco, y eso me alivia y me restaura.

A las siete y media he salido con Lola y Cipriano. Llegamos a lo alto de la Morcuera casi al cerrar la noche. El sol se puso cuando íbamos a pasar por Miraflores. Subiendo al puerto, paisaje rosa y gris, amarillo y plata. Paz melancólica. Al salir al puerto, Peñalara y el Reventón negros, y un círculo de oro fino, translúcido, pálido, en el alto horizonte. No había nadie en la sierra. El fondo del valle, negro. Olor riquísimo. Sutil frescura. Piaban unos pajarillos entre las matas, y una rana croaba en el arroyo. Silencio, silencio. En la fuente, huellas de meriendas burguesas y el rescoldo de una hoguera. Me he paseado un poco y volvemos a Madrid.

Después de cenar he estado en el saloncito de la esquina, a oscuras, sin gana de conversación, contemplando el verdor del jardín. El descanso de hoy me produce ansia de descansar más. Ahora sueño con estar en silencio muchos días, descansar años, años. No me acuerdo de nada. Y sin embargo no estoy contento ni tranquilo. El reposo de hoy me devuelve anhelos antiguos, sofocados por el tráfago de todos los días. Y hoy vuelve el anhelo. ¿Qué quiere? Nada. La política y el poder no me han empedernido ni me han envanecido. Esta tarde venía yo imaginando que dejaba el Gobierno, y que *me despertaba* de él, diciéndoles a los periodistas por despedida: «¡Ha sido una graciosa aventura! ¿Y lo han tomado ustedes en serio?».

Estoy demasiado hecho a encontrar en mi interior los motivos de elevación y de placer; me he educado en 25 años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén. Y no tengo remedio. La Morcuera me interesa más que la mayoría parlamentaria, y Jos árboles del jardín más que mi partido. A los que tenemos una porción de Segismundo, ¿qué puede dársenos de todo? Sin embargo: el mando es en mí una función natural. Pero las cosas grandes que uno quisiera hacer, los hombres pequeños las estorban.

Ayer le dijo Ossorio a Cipriano que los políticos la tienen tomada conmigo, como hicieron con Silvela, Canalejas y Maura. Esto me dio alguna risa. Ossorio *teme* que yo reaccione algún día, aburrido, como Silvela, y los deja a todos plantados. Ossorio tiene olfato. Ese es uno de los extremos a que

llega el péndulo de mi humor; el otro es que se aguanten y devoren su despecho. ¿En cuál me quedaré? Pero yo quisiera saber de qué se despechan.

5 de julio

Menudean las notas confidenciales sobre el proyectado movimiento militar. Verdaderas noticias, no hay; pero sí indicaciones diversas, que lleva cada una su cortejo de disparates fantásticos, y que cribadas muy sutilmente dejan siempre un residuo, un núcleo, siempre igual, en cuanto a ciertas personas y sus propósitos. Además, esas gentes hablan por teléfono con una imprudencia que me parecería increíble si yo no conociera lo que hacían algunos conspiradores republicanos. (Aún no se me ha olvidado la conversación telefónica del señor Solá con Maura, en noviembre de 1930). La policía, como siempre, no trabaja más que sobre confidencias. No han sabido aún entrometerse de veras en las filas de los conspiradores. En realidad, dado el carácter vanidoso de los españoles, y su manía de hablar, la policía política hace poca falta; los conspiradores lo cuentan todo en los cafés, aunque no sea nada más que para darse importancia ante los amigos. Lo mismo hacíamos nosotros. Todo Madrid habla ya del complot, y mi mayor esfuerzo consiste ahora en inducir a las gentes a que no crean en él; no sólo basta que crea yo solo, sino que es muy conveniente la incredulidad ajena, y procuro parecer también incrédulo. A los que vienen con alarmas al Gabinete militar se les despacha tomándolo a broma.

Después de reducir a su valor mínimo las informaciones que me llegan, yo tengo los datos de mi observación personal. No sé bien la importancia de lo que intentan, pero estoy seguro de que Barrera es el director. Atando cabos, se advierte que los síntomas no son buenos. La carta de Cavalcanti, los discursos de Carabanchel, la *confesión* de Goded, la resistencia pasiva de Fernández Pérez, inducen a pensar que todos estos señores se cansan de su sumisión, y que en la desaforada campaña que se hace contra el Estatuto hallan apoyo, estímulo y ambiente para sus fines (¿no se le ha ocurrido a don Melquíades, que declara *facciosas* a estas Cortes, decir en un discurso que este es «el momento militar»?). Cavalcanti está en un castillo. Los de Carabanchel destituidos, sin mando y sumariados. Respecto de mis conversaciones con Goded, hay que considerar dos cosas: primero, el haber descubierto sus verdaderos sentimientos; segundo, que se halla decidido a manifestármelos.

Lo primero me ha hecho ver que mis esfuerzos para atraerlo y reconciliarlo con el régimen han sido estériles. Lo siento, pero no me pesa el haberlo intentado. Lo segundo puede obedecer a una depresión suya, momentánea, causada por el suceso y por mis palabras amistosas, o a que vea ya próximo el fin de todo esto y no le importe desenmascararse. Por cierto que cuando Goded vino a despedirse me contó que él no había ido a ver a don Melquíades, «como se asegura por ahí», sino que fue don Melquíades quien deseó verle. Añadió que por don Melquíades siente *veneración*. La posición que han tomado algunos políticos es, consciente o inconscientemente, inductora de rebelión, porque los militares desafectos, que no se atreverían a chistar, invocando tan sólo sus intereses de clase o sus propias opiniones políticas, se animan pensando y viendo que hay otros personajes de su mismo parecer, de cuyas declaraciones y propagandas pueden sacar algunos «principios», justificativos de una acción violenta.

Ahora, el nublado que parecía formarse en abril, y que se disipó, vuelve a adensarse y es más fuerte y amenazador. Periódicamente se reproduce. Nunca hay datos ni actos que permitan incoar un proceso. El caso de Barrera es típico. Dar palos de ciego, es peor. Tampoco se puede dejar al público en esta intranquilidad. Lo mejor sería dejarlos llegar a una demostración exterior, y aplastarlos. Los pronunciamientos militares todavía tienen *prestigio*. Mucha gente cree (sobre todo lo creen los monárquicos) que si la República subsiste, es porque los espadones lo consienten. Sería muy útil probarles que se engañan. Vencer un pronunciamiento fortificaría a la República, sanearía el ejército dando una lección a sus caudillos, y contribuiría al progreso de las costumbres políticas. Tal como están las cosas, me parece que no voy a tener opción.

Esta tarde en las Cortes he trabajado con Fernando sobre el texto del Estatuto relativo a la enseñanza, tema de la universidad. Accedí a los ruegos de Fernando, para que intente llegar a un acuerdo con Ortega. Cree Fernando que si convenciésemos a Ortega, los radicales se allanarían; Fernando llamó a Domingo Barnés, íntimo de Ortega, para que sirva de intermediario. Vino Barnés, que acepta íntegramente nuestros puntos de vista en la cuestión, y se mostró dispuesto a desempeñar el encargo, pero creyó más útil que Ortega y yo hablemos.

Les recordé el fracaso de las gestiones intentadas por mí, mediante Ramos y Jiménez Fraud, los artículos de Ortega en *Luz* y sus quejas porque soy orgulloso.

Ambos insisten en lo que ya me había dicho Ossorio: que Ortega se queja de que le desdeño. Cuando Ossorio le habló de parte mía, se dulcificó. Barnés repite que debemos vernos; las cosas han cambiado.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por lo de Carabanchel.

—¿Porque me aplauden los militares, Ortega me aprecia más?

—No es eso. Es el discurso que dijo usted en las Cortes.

—¿Tengo que hacer méritos cada día y ganar unas oposiciones, como si dijéramos, todas las tardes?

—Sí. Y en cuanto pasen quince días y usted no hable, o hable él y tenga éxito feliz, volverá a las mismas. Es así.

—Pues tienen ustedes un amigo bastante incómodo.

—Después de todo —dice Fernando—, ¡qué mayor satisfacción para usted! Usted lo recoge.

—Es un gesto de gran señor —dice Barnés.

—No lo soy, sino de pueblo —respondo con aspereza—. No me importa la estimación de quienes me la regatean por esos motivos.

Comprendo que los dos institucionistas tratan de vencer una resistencia mía, que no existe.

—Por mí no queda —les digo.

En los pasillos he visto luego a Barnés hablando con Ortega, más abultada la frente que nunca. Barnés viene a decirme que almorzaremos mañana en el entresuelo del café Nacional. La precaución de ir a un lugar tan apartado me parece ridicula; si buscan secreto, no lo tendrán. De todos modos, iré.

6 de julio

Copiosa audiencia militar. A las dos voy al café Nacional. El entresuelo es un lugar galdosiano. Allí estaba Barnés; después llegó Fernando; el último, Ortega.

Durante el almuerzo hablamos de cosas generales. Yo, poco. Al fin, entramos en el tema del Estatuto y la universidad. Ortega cree que la opinión nacional está en contra. Hay que calibrar la importancia del descontento de Cataluña y la del resto de España. Cree que ésta es mayor. Los catalanes nunca harán nada. No expresa su íntimo sentir, sino la apreciación de un estado de hecho.

No está conforme con Sánchez Román, a quien trata poco. (Habla de él con despego). Pide Ortega que no le confunda con todos los de la oposición. A su parecer, en España no puede hacerse nada sino contando con todos; aquí no puede darse el caso de una minoría dominando al resto. Por eso no ha habido nunca revolución. Los regímenes perecen por indiferencia y asfixia. Le extraña que yo haya dicho que España puede gobernarse por cuatro personas. (¿Dónde he dicho yo eso?).

Ortega no transige en lo de la universidad. Habló de la situación del Gobierno y de la mayoría. No hemos hecho cuestión de confianza ningún punto del Estatuto, y se ha transigido en todo. Sin embargo, la oposición sigue hablando de nuestra intransigencia. Si se impide la aprobación del Estatuto, yo no cargo con esa responsabilidad.

Después hablamos del problema que viene sobre mí, cuando el Gobierno termine su programa. ¿Puede pedírseme que me disuelva en el lerrouxismo?

—Claro que no —dice—. Si entonces no está usted gastado, los radicales harán lo que usted quiera.

—No lo crea usted. El lerrouxismo es la corrupción y los negocios desde el poder. Los radicales quieren mandar, sea como sea, y se aliarán incluso con los monárquicos para conseguirlo, pero nunca conmigo, porque saben que yo impido esas cosas.

Asegura Ortega que sus artículos de *Luz* no iban contra mí: eran un modo de tomar posición. (Este señor Ortega tiene cosas de provinciano). Fernando

le rebate lo que dijo en los artículos sobre *los corros*. Según Ortega, yo soy político; él, no; es semipolítico. Alude a una carta de Marañón, desde Bruselas, en la que recoge las cosas buenas que ha oído de mí en el extranjero. «Pues esos señores que hablan bien de mí, que se den una vuelta por el salón de conferencias del Congreso», respondo.

—No es usted justo —replica Ortega, picado.

Pasamos a hablar de los periódicos que están en mala situación, según Ortega. Y del ejército. «Mientras yo sea ministro —le digo—, no podrá hacer nada eficaz contra la República. Después, quizá sea otra cosa».

Después de decir que a la República se le ha dado mala dirección desde el principio, Ortega hace un elogio de los sitios de comer que hay en Madrid y sus contornos, y de la buena fruta de este año.

Total: cuatro horas de conversación y ningún resultado.

7 de julio

Desde mis habitaciones, antes de ir al Consejo, oigo «claros clarines» en la calle. Son los milicianos nacionales, que preside el gordo alcalde, y que van al Prado a conmemorar lo de hace ciento diez años. ¿Tendremos también nosotros otra función como aquélla?

Consejo en Palacio. Pocos asuntos. El Presidente estaba de muy buen humor. Hablamos de los debates parlamentarios, y ensalza la virtud de la transigencia; parecía dirigirse a Carner, que es quien menos necesita el consejo. Opina el Presidente que de los radicales no puede esperarse ninguna transacción. (Sé que don Niceto habló ayer con Martínez Barrio, ignoro de qué). Y menos aún de Maura. Con este motivo, el Presidente nos ha referido que cuando él y Maura se pusieron a redactar el programa de la Derecha Liberal Republicana, al llegar al tema regionalista, Maura dijo: «No toquemos eso, porque mis ideas son tan amplísimas, que no nos pondríamos de acuerdo».

He leído al Consejo un artículo de *La Correspondencia* (militar), excitando al ejército a intervenir en política. Casares, con asenso de todos, dice que lo suspenderá.

Prieto se encuentra enfermo. Opina Largo que no es de importancia. Le recomiendan reposo; pero dice Prieto que no se va al campo si no le quitan la escolta de policía.

Levantado el Consejo, que se acabó muy pronto, Prieto me cuenta que ha habido en Madrid una reunión de militares, con motivo de una medida que suponen voy a tomar contra Goded. No tengo que tomar ninguna medida. Ni creo en la reunión. También me dijo que según sus noticias muchos radicales-socialistas no votarán el artículo sobre enseñanza del Estatuto. (Ya verá como sí lo votan).

Vuelvo al ministerio antes de la una. No recibo visitas, ni hay firma porque el subsecretario está en Barcelona.

El Congreso era esta tarde un hervidero de rumores y noticias falsas. Los corrillos traían y llevaban. Preguntas, suposiciones. Me miraban pasar, curiosos. La *noticia* era que dimitían cuatro ministros. Maura ha dicho en los

pasillos que en el Consejo de esta mañana el Presidente nos dijo que habíamos de transigir, porque recibía protestas de toda España, y que yo le atajé con mal modo, diciendo que estas cuestiones me incumben a mí solo, como Presidente del Consejo. Según Maura, esto lo oía Sánchez Guerra. También afirmó que he roto con los catalanes. Una hora más tarde afirmaba que *he vuelto a entregarme a ellos*. Es un caso de vesania. Con gentes así hay que gobernar la República.

Entré en el salón de sesiones. Discutían, y se aprobó, un proyecto de Obras Públicas. A continuación, el proyecto de ley Agraria. Había pocos diputados. Habló Diego Hidalgo, «el notario que estuvo en Rusia» (hombre poco claro, comanditario, creo, de la Editorial Cénit, que propaga la literatura comunista), y arremetió contra mí, porque no asisto a las discusiones agrarias y tengo la culpa de que no se apruebe pronto la ley. Pidió que se suspenda la discusión del Estatuto. Lo tomé a risa, como los más de los diputados.

Me reuní después con la ponencia de la Comisión de Guerra y quedó terminado el dictamen.

Hablé con Besteiro de los medios de acelerar el debate agrario. Convinimos en proponer la sesión permanente, si para el día 20 no está aprobado. Se lo dije a los representantes de los grupos de la mayoría, que estuvieron conformes.

Pittaluga, por encargo mío, había hablado con Ortega y los catalanes sobre el nuevo texto relativo a la universidad. Según Pittaluga, Ortega está todavía remolón. Los catalanes quedaron en estudiarlo, y después de estudiarlo, me traen un texto imposible. Restablecen el párrafo primero que nadie acepta. Me ponen de mal humor. Pittaluga, desalentado e irritado, desiste de continuar. Cuenta que la minoría catalana se ha dividido, tomando la *Lliga* y la derecha nacionalista la posición más intransigente.

En el despacho de ministros estaba Carner, muy abatido por estas dificultades. Cuando se encuentra así, dice, prefiere no hablar, para no decir tonterías; pero «ya reaccionaré», añade. Vinieron a decirme que los catalanes continuaban reunidos, y que se les oía vociferar.

Volví al banco azul. Me hablan con mucha reverencia Sigfrido Blasco y otros diputados valencianos que en *El Pueblo* hacen violentísima campaña contra mí y contra el Gobierno, por la adjudicación de los barcos de la Transmediterránea. Yo hago como que no estoy enterado de sus insultos. En la sesión, no han llegado a aprobar la base tercera del proyecto agrario. Va para largo.

De nuevo en el despacho, llegó Companys, y delante de Carner me contó algo de lo ocurrido en la reunión de los catalanes. «No hablo —dijo Companys— en nombre del grupo, pero creo que no debe usted ignorar lo que pasa».

Los de la *Lliga*, y los nacionalistas más afectos a Macià, toman actitudes intransigentes y proponen medidas extremas, tal vez la de retirarse del Parlamento. A la *Lliga* le interesa hacerlo así, para recobrar una bandera en Cataluña, Companys dice que los que son más republicanos que nacionalistas, como él, se contentarían con una *solución decorosa*. Habla así en nombre de veintiún diputados. El año 18, Cambó le dijo que, si antes del mes de octubre no tenían la autonomía, los capaban; pero luego, creyendo que corría peligro la monarquía, dejó a un lado su programa autonomista y colaboró en el Gobierno. Ahora, nosotros, sus adversarios de siempre, sigue diciendo Companys, podemos encontrarnos en una situación parecida, y que la autonomía, por la complicada madeja en que estamos enredados, ponga en peligro a la República. Cosa que él, Companys, no quiere. Cree necesario que se plantee la cuestión en las Cortes con toda amplitud, que el Gobierno fije su posición, y que cada cual sepa a lo que se expone y cargue con la responsabilidad.

Companys me dice que Guerra del Río le ha contado, *muy en secreto*, que Lerroux, si se encargase ahora del poder, daría el Estatuto por decreto. (¿Hay mayor atrocidad?) ¿Se puede ser más inmoral, oponiéndose como se opone al Estatuto? También Maura le ha dicho que un nuevo Gobierno concedería un Estatuto amplísimo. Y como le objetaran por qué lo combatía, dijo que por el odio que hay contra el Gobierno, y su desgaste.

He venido al ministerio, a última hora, y he firmado los papeles pendientes. Después de cenar, vuelvo al Congreso. Me comunican los comentarios de Ortega a nuestra conversación de ayer: que estoy muy encastillado en mis propósitos; que no veo la política más que de aquí a dos días, pero no de aquí a seis u ocho meses; que él no puede aliarse con los radicales ni con Maura, y que se retirará a sus libros y estudios, porque tampoco puede formar un partido.

A la una y media estaba rendido, envenenado por la fatiga, aburrido de todos, asqueado de necios e intrigantes, con ganas de dejarlos, y que lo arreglen otros. He salido con Ramos a la Cuesta de las Perdices, a tomar el fresco. Más que fresco, hacía frío. Apenas gente. Música de negros, tangos mal bailados. A las dos y media estoy en casa.

8 de julio

Consejo de ministros en la presidencia. Hablamos del asunto de los barcos de la Transmediterránea y de la agitación que se ha producido en Valencia. La Transmediterránea habría de construir dos barcos. Prieto tiró de ellos para los astilleros de Bilbao. La Transmediterránea dijo, por Canals, que no había inconveniente, y se llevó adelante la formalización del compromiso. Al saberlo en Valencia, Sigfrido Blasco y los de March, movieron un alboroto tremendo. La Transmediterránea es de March, y Canals fue, al menos en apariencia, destituido. Han desencadenado una campaña violenta en los periódicos contra mí, que soy diputado por Valencia. He recibido ayer tres telefonemas conminándome a que renuncie al acta. Deben de creer que es de oro. Se imaginan que el Presidente del Consejo debe resolver los asuntos para favorecer a la provincia por donde es diputado. Es inútil intentar convencerles de que no debe ser así, y el hecho de que, en efecto, yo no lo haga, los enfurece.

Valencia padece un ruralismo selvático, agravado por el predominio de los blasquistas.

Los radicales-socialistas de Valencia, y los radicales Manteca y Berlanga, me dicen que no están conformes con lo que hacen sus paisanos. Fernando Valera, por su parte, me asegura que todo aquel ruido es la repercusión del discurso que acabo de hacer en las Cortes, y para *matarle* el éxito. ¿Hay vanidad? En el Consejo no hemos tomado acuerdo, porque hay un recurso de la Transmediterránea, pendiente de resolución en el ministerio de Marina.

He sometido a deliberación del Consejo la situación política general. El Gobierno, he venido a decir, ha hablado por mi boca en la cuestión del Estatuto; mis discursos, antes y después de pronunciados, han sido aprobados por todos los ministros. Dentro de las líneas generales marcadas por mí, se procura una transacción con las oposiciones, no lograda todavía. Los radicales no quieren nada con el Estatuto, sino derribar al Gobierno; prometen dar por decreto la autonomía. Yo tengo un talismán para que cese la oposición de los radicales: consiste en prometer a Lerroux que gobernará en seguida y que yo mismo le abriré la puerta. Pero ese talismán no pienso usarlo, porque tal modo

de hacer la política no puede prevalecer en la República, y, por supuesto, es incompatible conmigo.

No puedo admitir que los grupos de la mayoría presenten enmiendas contrarias a lo que el Gobierno dijo. Si la mayoría está resquebrajada, no estoy dispuesto a disimularlo: que se manifieste con votos, y si no tenemos bastantes, a dimitir. Si somos derrotados en el Estatuto, yo no podría apoyar a otro Gobierno que representara distinta política.

Presento a continuación el texto sobre enseñanza. Lo explico detenidamente. Es de transacción. A ella nos llaman todos los días, y no quieren tomar en cuenta lo que vamos transigiendo. Si no es posible llegar a un acuerdo, aprobaremos el artículo con los votos de la mayoría.

Respecto del atasco del trabajo parlamentario, solamente puede hacerse presión para acelerar la ley Agraria, pero no el Estatuto, al que quiero dar toda la calma posible, aunque dure un año. Pido a todos los ministros que opinen sobre lo dicho.

Fernando habla el primero y está de acuerdo conmigo en todo.

Largo Caballero, con sobriedad y seriedad que nos emocionan, me dice:

—Cuando entramos en la conspiración para traer la República, lo hicimos pensando que habría republicanos dispuestos a transformar a España y sus costumbres políticas. Yo tengo que declarar aquí que todos los que están en el Gobierno lo realizan así. Y yo le digo al señor Presidente que mientras presida el Gobierno y mientras esté en la política, continúe haciéndolo como hasta ahora, que nos satisface plenamente.

Prieto, conforme con todo, halla «inmejorable» el texto sobre enseñanza. Insiste en la necesidad de ampliar el número de votos posibles, porque si se aprueba estrictamente por la mayoría, el Gobierno saldrá quebrantadísimo, el Estatuto sin fuerza moral, y no se aplicará, porque no lo consentirá España.

Carner, también conforme. Puede encontrarse en una situación muy difícil, si un día los catalanes votan en contra. («No será la primera vez», le decimos). Espera que no hagan la locura de retirarse del Parlamento.

Prieto cree que sería un desastre que el Gobierno fuera derrotado y cayera por eso.

Encargué a Domingo y a Albornoz que sujeten a su grupo y no presenten los radicales-socialistas enmiendas disparatadas.

Opina Prieto que los radicales-socialistas se dividirán en la votación. Albornoz cree que sólo dos dejarán de votar: Feced y Ruiz de Villa (son los amigos de Sánchez Román).

Domingo me dijo que si le autorizo para intervenir en la discusión, caso de presentarse un momento crítico en que pudiera ser útil. Le contesto que sí (se imagina que está para sus uñas).

Y, por su parte, Albornoz, muy azorado y miedoso, me dice que él se cree relevado de intervenir en la discusión de los artículos sobre Justicia, y que se remitirá a lo que yo diga.

—¡Eso es! —le respondo.

Al acabarse el Consejo, la situación era más despejada.

Por la tarde, en las Cortes, había menos gente que ayer. Quizá por eso la estupidez era menos espesa. En el salón, los agrarios llovían enmiendas y más enmiendas al proyecto de Reforma. Me he reunido con Ramos y Ruiz Funes para rehacer el título segundo del Estatuto. Tal como lo ha dejado la Comisión es lastimoso. En eso, como en otras cosas, se advierte la incapacidad de sus miembros. Bello no entiende de nada. Por su falta de tino, de saber, y por los discursos que hace, la Comisión puede hacer fracasar el proyecto, y con él toda una política. Redactamos de nuevo el título, cortamos mucho, le damos mejor orden. Se lo entrego después a Jiménez de Asúa, para que lo estudie, y que él con Ruiz Funes lo defiendan ante la Cámara, para evitar el triste espectáculo que da la Comisión.

Nueva reunión con la ponencia de la Comisión de Guerra, y damos los últimos toques al proyecto.

Ya tarde, voy a ver al Presidente, y mientras firma, le entero de cómo está la situación. Bromeando, le cuento la historieta de Maura, sobre el supuesto altercado mío con el Presidente durante el último Consejo. (*Luz* recoge hoy el chisme). Don Niceto ya lo sabía, por Emilio Herrero.

Ha visitado al Presidente Martínez Barrio. Don Niceto le ha hecho ver que al Partido Radical no le conviene encontrarse con este problema atravesado, y que conviene transigir. He sabido después que Martínez Barrio habló al Presidente de las vacaciones parlamentarias. Don Niceto le contestó que eso no podía ser, porque estorbaría la obra del Gobierno, que lo hace muy bien.

Don Niceto se me ofrece para realizar cualquier gestión conciliadora, si lo estimo oportuno, menos con Miguel Maura. Declino la oferta, porque esto ha de resolverse de cara y en las Cortes.

Vuelvo al ministerio, y despacho la firma.

Después de cenar paseo hasta la sierra. Regreso a la una. Me entretengo un rato repasando prensa extranjera, y me voy a acostar menos descorazonado que ayer.

9 de julio

Salgo al despacho un poco tarde.

Recibo al agregado militar de los Estados Unidos, Fletcher, en visita de despedida. Se lleva un libro mío, para el que me pide una dedicatoria, y me recomienda el caso de un compatriota suyo, condenado a doce años por un Consejo de Guerra.

El general Masquelet viene a tratar conmigo de las dificultades que se ofrecen para aplicar la ley del Cuerpo Auxiliar Subalterno.

El coronel Barbero me trae asuntos del Consorcio. El presidente del Supremo me habla de la revisión de los fallos de los tribunales de honor. Y también de su situación personal; hace mil protestas de lealtad. Le digo que continúe en el cargo hasta que se proceda a elegir nuevo presidente con arreglo a la Constitución.

El general Loriga (de quien he visto en la Quinta del Pardo una fotografía, con una curiosa dedicatoria al príncipe de Asturias) me consulta varios asuntos de la Escuela de Tiro. (Este sujeto es de los que van a salir danzando del ejército).

Otras visitas, de añadidura.

Por la tarde, a primera hora, me trae Ramos los textos nuevos de los artículos del Estatuto.

Después voy al estudio de Vázquez Díaz, y el resto de la tarde lo paso en el ministerio, atareado.

Los radicales-socialistas han presentado una enmienda al artículo de Justicia que reproduce casi la de Ossorio y contradice lo dicho por mí en nombre del Gobierno, no obstante lo que se habló en el Consejo del viernes. Los dos ministros radicales-socialistas no pintan nada en su partido ni les hacen caso. Así hay que estar, manejando a una turba de inconscientes y pedantes, frente a una turba de ambiciosos.

Ahora sale el señor Ortega *(Luz)* con que frente al *problema catalán* hay el *problema anticatalán*. A lo mejor cree que esto es un gran pensamiento.

Han llegado de Bilbao los *materiales* para los portugueses. Falta resolver la cuestión del dinero.

11 de julio

Ayer, domingo, me estuve mañana y tarde en el despacho, resolviendo todos los asuntos atrasados. Lo mismo hice el sábado por la noche. A última hora de la tarde salí con Lola y Cipriano y fuimos a Navacerrada. Llegamos ya de noche. No había nadie. Dentro del hotel, en el comedor, una familia aburrida oía una gramola.

Por la noche, me meto otra vez en el despacho, hasta las dos y media. He dejado la mesa limpia de papeles y todo en orden. Leí un paquete de documentos sobre los ascensos por méritos de guerra, donde hay cartas originales y telegramas de Primo de Rivera muy curiosos.

Hoy, después de despachar con el subsecretario, he recibido a Echevarrieta, para tratar del asunto de los portugueses, y de los medios de conseguir que Bernardino Machado se marche, *por las buenas*, de Vigo, y no nos cree dificultades.

Zulueta me habla desde San Sebastián, y Herbette me visita, porque hace un año que presentó sus credenciales. Finísimo y entrometido.

Conferencia con el fiscal del Supremo, sobre la jurisdicción que ha de entender en la causa del general Orgaz. Conviene que sea la ordinaria, y el fiscal cree que puede ser. No veo yo a un Consejo de Guerra de generales juzgando a su compañero Orgaz por este delito.

Y toda esta serie:

El delegado del Gobierno en la Transmediterránea, sobre la cuestión planteada en Valencia.

El general Pozas Perea, hombre simpático, que me habla del asunto del Colegio de Huérfanos de Valladolid, agravado por la brutalidad del general Fernández Pérez. Se le ha ocurrido la aviesa idea de imprimir una hoja y repartirla a la oficialidad de Caballería, buscando hacer de esta historia una «cuestión de arma». Le digo a Pozas que voy a destituir al consejo de administración, anularé sus decisiones, repondré al anterior y se reformarán los estatutos.

El teniente coronel Azpiazu, a interesarse porque se resuelva pronto lo que ha de hacerse con los militares que eran ferroviarios. Lo resolví anoche, precisamente.

Otro ingeniero militar, Meneque, que era director del Observatorio Meteorológico, y que por enojos y diferencias con Honorato Castro, ha tenido que dejar el puesto. Me suelta un discurso de media hora, sin respirar, y acaba pidiéndome un destino en el Centro de Transmisiones.

Pedro Sabau, antiguo oficial de la subsecretaría de Gracia y Justicia, después director general de Registros, y por tanto jefe mío, viene a pedirme una plaza de magistrado en el Tribunal Supremo.

Otro teniente coronel de Ingenieros, que ha inventado un tipo de puente.

Sicardo, agregado militar en Roma.

Varios pedigüeños, entre ellos un loco muy divertido.

Y nada más, por la mañana.

En la prensa de esta noche leo el discurso de Lerroux en Zaragoza. He pegado un respingo. El discurso es una mala acción, un disparate político, y una amenaza grave. Insulta a los socialistas, ahonda las diferencias entre los republicanos, llama a los monárquicos (Alba y Melquíades ya en el horizonte), y hace suya la causa de los generales descontentos y de los curas. Enterado del complot militar, conmina al Gobierno para que se vaya a cambiar de política, con esa amenaza. ¡Escandaloso! ¿Por qué está enterado Lerroux de los manejos de los militares, quién y para qué se los ha contado, qué esperan de él? Es inconcebible que Lerroux le diga al Gobierno: «¡Márchate, porque si no, se sublevarán!». Conociendo al personaje, se adivina que al hablarle de ello algún alto militar, ha dicho: «Esperen, no hagan nada: yo me encargo de ahuyentar al Gobierno». En las palabras de Lerroux hay la misma inspiración que en las de Goded. (Goded, al cesar en su destino del Estado Mayor Central, envió recado al depósito de remonta para que le tengan reservado *durante un mes* el mismo caballo; contaba, o cuenta, con volver a usarlo dentro de ese plazo). Ha maltratado a Albornoz por lo de la Confederación del Ebro, y arremete contra mí por una política que él aprobó con entusiasmo cuando estaba en el Gobierno. Y como no está enterado de nada ni conoce de qué habla, se le ha ocurrido prometer a Zaragoza que, cuando gobierne, reinstalará la Academia General Militar con el *general Franco a la cabeza*, y dejando entrever que yo sería también ministro de la Guerra, asegura que me haría rectificar. Todo eso para hacerse aplaudir al final de un mitin que fracasaba. Todo esto es grave, y triste, y desalentador. ¡Este es el porvenir de la República! Como en los peores

tiempos de la monarquía, Lerroux «apela al poder moderador» para que cambie la política. Es un desastre.

12 de julio

Me han despertado a las ocho y media porque tenía que acompañar al Presidente en su viaje a Toledo. Había dormido muy poco, tres horas. Me desvelé pensando en la atrocidad de Lerroux en Zaragoza, y como en estos insomnios preocupados, la imaginación me concreta y materializa excesivamente las cosas, he tenido danzando ante los ojos toda la noche a la Academia General Militar… Objeto que representa mi disgusto, porque en él se marca el principio del desmoronamiento de todos mis trabajos. Creo que por primera vez me ha desvelado una contrariedad de esta índole. Si lo dijera, la gente se asombraría, pensando que doy demasiada importancia al caso, y para desvanecer su asombro tendría que explicarles todo lo que hay de peligroso, de amenazador para la República en la marcha que sigue Lerroux.

He encontrado en *El Sol* un artículo muy vivo contra Lerroux, en el que revuelven de nuevo la cuestión del *poder moderador*. Cada vez que amigos o adversarios tocan este tema, me echo a temblar, porque hace falta mucho tino y finura, que pocos tienen, para ir diseñando lo que han de ser los poderes presidenciales, y tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

Salimos para Toledo. Mucho sol, pero no demasiado calor. Recepción oficial. Visitamos la Escuela de Gimnasia. Moscardó y Villalba nos hacen presenciar varios ejercicios, terrestres y acuáticos. Después, a la Academia. Honores, músicas, bayonetas, desfiles. Discurso de Gámir. Discurso del Presidente. Reparto de los despachos a los nuevos oficiales. Fatigosa visita al museo, una vez más. Banquete. Terrible calor en el local.

El Presidente, en un aparte, me habla de los rumores de una militarada que llegan hasta él. El Presidente dice que tales rumores pueden ser sondeos, para explorar su ánimo. Ya ha repetido otras veces que si hicieran alguna locura la harían contra él, que no podría aprobar ni convalidar nada de eso.

Hablando de otra cosa le digo que después del discurso de Lerroux y sus apelaciones al «poder moderador», no le planteo oficialmente la cuestión de confianza, por no echar contra el Presidente mismo la corriente que sigue a Lerroux; pero que estoy a su disposición.

—De eso, ni hablar —responde—. El Gobierno y las Cortes tienen un programa que cumplir.

Terminando la comida, se cayó un jarrón con flores que estaba en la mesa presidencial:

—Es un símbolo de la inestabilidad del Gobierno —dije yo, riendo.

—Pero ya ve usted —contestó el Presidente— que lo han vuelto a poner en pie.

A las tres emprendí el regreso. Me asaltó una neuralgia terrible. Llegué al Congreso cerca de las cuatro. Me metí en el despacho y no he salido de él en toda la tarde, acobardado por el dolor de cabeza. Jiménez de Asúa llegó con las notas que le di, revisadas.

Fueron entrando ministros, y todos hablaban de lo mismo: del discurso de Lerroux.

Largo está indignado, con razón. Opina que los socialistas llegarán a ponerle un veto a Lerroux y a desenmascararlo. Habrá de hacerse una política más rigurosamente «izquierdista», y los socialistas tendrán que salir de la política gubernamental para adoptar una política puramente obrerista, porque el porvenir lerrouxista será una decepción, y, probablemente, la monarquía.

Fernando me dice que siempre ha creído que la República tendrá que pasar por una etapa de dictadura, y que el concepto de libertad, sobre todo aplicado a la prensa, «lo tiene sometido a revisión». Le parece intolerable que el capitalismo, sin responsabilidad, forme la oposición a través de los periódicos, y que el Gobierno esté forzado a vivir de ella.

Marcelino se ríe mucho de lo que dice anoche *El Heraldo*: que él será persona destacadísima en la situación Lerroux. Opina Domingo que Lerroux ha sido siempre la perturbación de los partidos republicanos catalanes, y ahora es la perturbación de la República.

Refiere Domingo una anécdota de los tiempos de la Alianza Republicana: en víspera de la «sanjuanada», Lerroux llamó a Domingo para pedirle que firmase en un documento de crédito con el fin de obtener, de unos rusos residentes en París, dinero para la revolución. Lerroux dijo que para la operación de crédito, él aportaría algo: unas fincas de Larache, adquiridas de esta manera: Lerroux anduvo en tratos con Muley Hafid, sirviéndole de mediador en préstamos bancarios. Hafid tenía un grueso brillante, que dejaba en prenda. Una vez, el préstamo se lo hizo el propio Lerroux, reteniendo en garantía el brillante. Hafid no pudo reembolsarle todo el préstamo, y para recuperar la joya, dio a Lerroux unas tierras importantes en Larache. La transmisión no pudo formalizarse notarialmente, porque sobrevino la

dictadura, pero Lerroux tiene títulos privados, se creía dueño de medio Larache. «Comprenderá usted ahora —le dijo Lerroux a Marcelino, al final de esta historia— por qué yo no soy abandonista».

Domingo, asustado, se negó a firmar el documento. Cuentan, además, que ayer le han protestado dos letras a Lerroux; una de 70.000 pesetas, o cosa así, y otra de 7.500. El diputado radical Cámara ha llevado el dinero al prestamista para pagar esta última. Sánchez Román ha dicho hoy, delante de varias personas, que March le ha dado a Lerroux 63.000 pesetas para pagar.

Por su parte, Carner cree que lo hecho por Lerroux en Zaragoza obedece a presión de March, que sigue en la cárcel, y probablemente le apremia para que lo salve.

Prieto ha tenido en su mano unos documentos comprometedores para Lerroux. Es un contrato para alcanzar del ministerio de Hacienda un nombramiento de recaudador de contribuciones de la provincia de Cáceres. El aspirante dio a Lerroux 125.000 pesetas, a cuenta por su gestión. Era en tiempo de la dictadura. Calvo Sotelo no hizo, por fin, el nombramiento, y el aspirante no ha recobrado sus pesetas. Quería que lo llamasen a declarar ante la Comisión de Responsabilidades. Prieto ha rechazado los documentos. Deben de ser los mismos que ha visto Maura.

Casares estaba divertidísimo con lo que ocurre, y hacía muchos chistes. Yo estoy contristado. Este aventurero de Lerroux, aprovechando las malas pasiones de la gente, puede dejarme con mi obra a medio hacer y destruirla fácilmente. Sería cosa de abandonar la política.

El Presidente de la República está un poco preocupado con que empiecen a traerlo y llevarlo en las discusiones. También a mí me parece muy mal. El toque está en que él no dé motivo para que lo traigan y lo lleven. Al leer el discurso de Lerroux, don Niceto ha dicho delante de Emilio Herrero: «Creerá que soy tan tonto que voy a sacarle las castañas del fuego».

He venido al ministerio para aislarme más y estar en reposo. *Luz* trae un artículo muy desagradable. Persiste en llamar oficioso a *El Sol* y a su artículo de esta mañana. Toma en cuenta la petición de Lerroux, y sólo discrepa en creerla prematura. Encuentra bien la apelación al jefe del Estado. Después censura a Lerroux por sus dos mayores dislates.

La Nación dice que, probablemente, el artículo de *El Sol* lo he escrito yo mismo.

He vuelto al Congreso, donde se ha reunido el Consejo de ministros, a las once. Me duraba la espantosa neuralgia que tengo desde las tres… En Consejo se aprueba la resolución del asunto de los militares ferroviarios. Han

estimado también conveniente que la causa de Orgaz vaya al Jurado. Resolvemos lo de la participación de España en el empréstito austríaco, y tratamos una vez más de la devolución de los bienes privados de la reina.

Se acuerdan los términos de una orden general para la confección del Presupuesto, y pasamos al Estatuto.

Leo la nota sobre el servicio de Orden público confeccionada por Anguera de Sojo y Esplá. Se hacen observaciones, que recojo, para rehacerla. Después, la nota sobre Justicia. Larga discusión sobre lo que es *privativo* en la legislación civil y sobre los tribunales civiles.

Carner dice que sin jueces no hay autonomía; que lo de enseñanza no tiene la importancia que se le da (antes pensaba otra cosa); que restando tanto, la autonomía podrá envolverse en una hoja de pino. Las otras facultades están en la ley provincial. De todos modos, él llevará lo que se acuerde al grupo catalán, y seguirá trabajando «dentro del tubo en que estamos metidos, para salir de él» (esto lo repite muy a menudo). Convinimos en que unos delegados de los grupos de la mayoría estudien el título que se agrega, para estar de acuerdo antes de que se discuta en el salón.

13 de julio

Hoy hemos ido a Segovia, para una ceremonia igual a la de ayer en Toledo. Por el camino, Pedro Romero me cuenta su viaje por algunos centros militares del extranjero. Llegamos, trompetas, generales, golpe de artilleros. Después el Presidente. La ceremonia ha tenido lugar en el patio de la Academia. El coronel director echa un discurso confeccionado con literatura de periódicos. Contesta el Presidente, y alude a su papel constitucional, recogiendo discretamente lo que estos días han dicho Lerroux y algunos periódicos. Asistimos a un descubrimiento de lápida. El general Angosto, que está como una pavesa, lee un discurso que me había consultado previamente. Donde dice «lápidas», Angosto lee «lámparas». Le contesta el coronel director; recita un nuevo discurso, se le olvida, se corta, y prefiere darlo por terminado. Seguidamente, visita a la Academia, banquete y retorno.

En Madrid, me hacen ir por compromiso a la corrida de toros de la prensa. Muy mala. En la puerta de la plaza me tropiezo con Lerroux. Nos saludamos muy finos, y caemos en palcos contiguos. En un intermedio, unos espectadores inician un aplauso a Lerroux, que no es secundado. En el mismo palco está Sigfrido Blasco, que me habla de los barcos de Valencia.

Después de los toros, a las Cortes. Me dicen que los radicales quieren obligar a Lerroux a plantear la cuestión, y añade Fabra Ribas que algunos radicales no están conformes con lo que ha hecho su jefe. Serán muy pocos, si hay alguno. Claro, los idiotas están ya forjando Ministerios nuevos.

En el salón discutían la ley Agraria. Poca gente. Eloy Vázquez echaba un discurso huero y *severo*. Calot, muy fino, se me acerca, diciéndome que para su partido soy un *futuro*, y me ruega que aparezca trabajando por Valencia en lo de los barcos.

En el banco azul, Fernando me participa un propósito de Domingo, manifiestamente absurdo, pero que lo retrata. Allí estaba Domingo y le llamé a capítulo. Pretendía hablar con Moles para que éste, a su vez, hable con Macià y le convenza de que deben renunciar por ahora al Estatuto, para no crear dificultades a la República, confiando en que más adelante, y como existe una Constitución autonomista, se aprobaría el Estatuto. (Así es

Domingo: ante la dificultad, salir huyendo; no dirigir, no gobernar; mantenerse a capricho de lo fácil, es decir, de la inutilidad, del fracaso. ¡Y Domingo pretende realizar la Reforma Agraria, mil veces más difícil que el Estatuto!) Le digo a Domingo que retirar el Estatuto sería la derrota de nuestra política y el fracaso rotundo del Gobierno. Si yo he tomado esta cuestión como cosa mía y estoy resuelto a que se vote el Estatuto, no es porque lo pida Macià, sino porque creo que tenemos la ocasión y los medios de dar al problema catalán un giro favorable. Si lo retirásemos, tendría Royo razón para decir que hay Estatuto cuando quiere Macià, y cuando no lo quiere, no lo hay. Que si la República no va a hacer sino las cosas que no le susciten dificultades, menguada República; para existir la República tiene que jugarse la existencia. Que yo estoy decidido a sacar el asunto adelante y las dificultades me estimulan. El esfuerzo que habrían de hacer los catalanes para renunciar ahora al Estatuto, estará mejor empleado en someterse a las miras del Gobierno y ayudarlo.

Domingo se ha convencido.

Al salir del salón me abordan Lluhí, Xirau, y luego Companys, que desean hablarme de la situación. No pueden aceptar un Estatuto tan recortado que el pueblo catalán lo desautorice; en caso tal, se extendería el separatismo. Creen que si hay ambiente contra el Estatuto es porque el pueblo republicano está descontento de la República; no se hace política de «izquierdas». Debería yo ahora salir del Gobierno llevándome esa bandera, y en dos meses se hundiría la situación Lerroux. Comprenden que mi situación es muy difícil. Si yo soy el único hombre de izquierda de la República, no debo consentir que las Cortes y el Gobierno se dejen guiar por las derechas. Las mismas Cortes que votaron la Constitución autonomista, van a negarse a ponerla en práctica; etcétera, etcétera. Han citado para esta noche a Domingo y a Carner.

A estos señores les pasa lo que a Domingo: están desalentados, y me proponen una retirada. Les he contestado que las Cortes no se niegan a poner en práctica la Constitución autonomista, como lo irán viendo; que no están dirigidas por las derechas, ni el ambiente contra el Estatuto proviene de que la opinión republicana esté desengañada de la República; yo no sé si está o no desengañada, pero si lo está, es evidente que la oposición al Estatuto es más fuerte en los grupos más apartados de la República.

Creo que el pueblo catalán recibirá bien el Estatuto que voten las Cortes. De todos modos, yo no me voy del Gobierno para llevarme una bandera; eso sería una frivolidad impropia de la situación en que está España, e impropia de mí, que he tomado la política completamente en serio. Espero que no se

desanimen, y si se desaniman, que se guarden su desánimo y me dejen hacer. Yo tengo bastante con vencer la resistencia de los adversarios del Gobierno, que por oponérsele, se oponen al Estatuto.

(Las gentes se embarullan, se aturullan, piensan mil disparates por minuto, y por la impresión de un momento, pierden de vista lo principal).

15 de julio

La sesión de ayer se esperaba con mucha ansiedad. Creíase que el bárbaro discurso de Lerroux en Zaragoza movería gran debate en las Cortes. Todos se preguntan el porqué del discurso y nadie lo acierta. Lo atribuyen a influjo de March, que patea en la cárcel; a apuros de dinero; a impaciencia de los *leales*, a los que desea contentar; a que el discurso en la plaza de toros le salía mal, no gustaba a los matracos, y para hacerse aplaudir soltó cuatro disparates. (Pero yo creo que es más grave el motivo). Habló con el espíritu de Matraco, contra quien hay un asunto muy feo, que lleva el abogado Martínez de la Fuente, y del que pueden resultar responsabilidades para Marraco en la gestión de la Hidrográfica del Ebro.

Las Cortes estaban llenas. Los radicales habían hecho venir a todos los suyos, incluso a diputados que nunca aparecen por aquí. Los demás partidos hicieron lo mismo. Antes de la sesión estuve hablando con Domingo y Carner, que, la víspera, por la noche, se habían reunido con el grupo catalán hasta las cuatro de la madrugada. Me dieron cuenta de lo tratado en la reunión. Los catalanes se quejan de que no se cuenta con ellos para redactar de nuevo los artículos del Estatuto, y los conocen por la prensa. También temen que aprobada la ley Agraria, se suspendan las sesiones o se descomponga el Gobierno y perezca el Estatuto. En el grupo catalán hay una minoría de seis u ocho intransigentes, que quieren tomar actitudes violentas, como marcharse de las Cortes, etcétera. Los otros, no.

Les digo que, mientras los nuevos textos se elaboran en el Gobierno o en relación directa del Gobierno con la Comisión, no tengo por qué consultarlos con nadie. Establecidos en principio los artículos, se va a formar una delegación con representantes de los grupos de la mayoría, para llegar a un acuerdo en lo de enseñanza, justicia y orden público, y de ellas formarán parte los catalanes, como es natural.

Carner teme que le pongan en una situación difícil, de la que pudiera resultar una complicación para mí. Le contesto que eso es posible, pero que lo piensen antes, porque si él se fuera del Gobierno nos iríamos todos.

Domingo cree que serán transigentes. Yo les aconsejo que digan al grupo catalán que tome un partido resueltamente; si piensan retirarse, que lo digan y lo hagan cuanto antes; de otro modo, que se contenten con votar en contra o abstenerse cuando los artículos no les parezcan buenos.

Mi discurso será siempre un programa. Espero que la autonomía que ahora se dé, no fracase, porque la experiencia amaestrará a todos. Los estorbos legales que pretendían poner a la revisión del Estatuto, eran en defensa del primitivo proyecto. Esos estorbos ya no tienen razón de ser, y no poniendo obstáculos a la revisión normal del Estatuto, se elimina ahora otra dificultad.

Como ayer era el aniversario de la apertura de Cortes, Besteiro iba a decir unas palabras, y me envió recado para que yo también hablase. Estaba yo tan absorto en el asunto principal, que me excusé de ir. Quise que hablara Albornoz, pero rehusó, diciendo que si «su significación», que si tal o cual… (Esto de la «significación» de Albornoz es uno de los duendes de la República). En éstas llegó Zulueta y le transmití el encargo. Se resistía, pero insistí. Carner añadió «que me librasen de algún trabajo». Entonces se resignó, fue al salón, y continuamos la conversación.

Cuando terminamos y me encaminé a la sesión, ya se habían dicho las palabras de ceremonia. A Besteiro le aplaudieron todos; a Zulueta, todos, menos los radicales.

Los asientos del salón estaban ocupados hasta el último; sólo el mío estaba vacante. Cuando llegué, proseguía la discusión del Estatuto. Royo habló para *explicar su voto*, y nos aludió a Lerroux y a mí. Pareció generalmente convenido con Lerroux, pero no era así, como se vio luego. Pidió la palabra Lerroux y yo apresté un lápiz y un *block* para tomar notas, lo que nunca hago. Jamás me he sentado en el banco azul sin saber menos lo que iba a pasar ni lo que iba yo a decir. No llevaba nada pensado. Lerroux se salió de la suerte, diciendo que no le hacía el juego a la derecha; que allí sólo se hablaba del Estatuto, pero no del problema político general, que se plantearía cuando él quisiera. Sin el discurso de Zaragoza, lo que dijo ayer Lerroux estaría bien; pero después del discurso, es una huida, y una actitud aviesa, porque despotrica donde no tiene contradictor y, en las Cortes, donde le pondría colorado, se calla. Comprendí que no iba a pasar nada; guardé lápiz y cuartillas. El chasco de los espectadores, enorme.

Después se votó una enmienda. La mayoría se levantó como una masa: 235 diputados; con exceso sobre la mayoría absoluta de las Cortes. Paloneo hizo: «¡uuuuuh…!». Tuvimos más de cien votos de mayoría. La demostración

fue imponente. Creían o esperaban que sólo tendríamos de mayoría los votos de los catalanes. No sé por qué. Es una obsesión.

Después se discutieron otras enmiendas. Una de Sánchez Román. La Comisión estuvo desatinada y desorientada y no sabían qué hacer. Sánchez Román tenía razón en parte, y aconsejé a Bello que lo estudiaran y transigieran. Se suspendió la sesión. Deliberaron. No se pusieron de acuerdo y volvieron al salón con la disconformidad de los catalanes de la Comisión, dispuestos a votar en contra. Se levantó la sesión, y le gritaron a Martínez de Velasco, porque se imaginaban que lo hacía para entorpecer. Fue orden de Besteiro a su sustituto.

Hoy, viernes, he llegado tarde al Consejo de ministros. Les digo que estoy mal de salud, y no miento, porque me encuentro muy derruido por dentro. Antes de llegar yo, Casares dijo:

—El Presidente va perdiendo el buen humor.

—No puede perder lo que no tiene —repuso Prieto.

(Se engaña, y me conoce mal).

En el Consejo me entero de que los socialistas han publicado un manifiesto. Anoche, en Guerra, me dijeron algo por teléfono. Lo he leído después del Consejo. Es violentísimo. Continúa en la flor de aludir al Presidente de la República. Más valdría que lo hubiesen pensado mejor, redactándolo con menos violencia. Esto será una dificultad nueva, creada por otro, como tantas. Yo no me he creado ninguna.

Al despachar con el Presidente, me ha dicho: «Mejor sería que no lo hubiesen publicado».

Por la tarde, en las Cortes, no he entrado en el salón de sesiones. Sigue la discusión de la ley Agraria. Recibo a unas comisiones de Valencia y converso con los delegados de la mayoría para los nuevos textos del Estatuto.

Me dice Cacho que se habla de un manifiesto militar, de la probable retirada de los radicales, y que hasta mi enfermedad parece *política*.

Hoy me ha llegado un «Simancas» que deja probado un chanchullo de Lerroux en tiempos de la dictadura (1927). Trabajo me ha costado ir convenciéndome de que este hombre es un filibustero. Por la noche, en Guerra, fotografiamos los documentos. Por esta causa, se me hace tarde.

16 de julio

Estoy aún muy fatigado. He tenido un largo despacho con el subsecretario. Las tardanzas burocráticas me encocoran. No basta la reorganización de los servicios del ministerio que hice el año pasado; hay que meter más el bisturí, para aligerar este armatoste.

Hoy ha venido a resolución el expediente de los cuarteles nuevos. ¿Cuánta gente ha opinado en él? Incalculable. También lo de las ametralladoras. Y me faltan aún los presupuestos del Consorcio.

El general Sánchez Ocaña me trae noticias de su división. El coronel de Jaca ha hecho una tontería y se le destituye.

El coronel López Gómez, con asuntos del Consorcio. Tratamos largamente. Quiero poner en marcha despejada los establecimientos, que antes eran un asilo de burócratas y un despilfarro sin provecho.

Después, Barcia, para terminar el asunto del empréstito marroquí. El barullo caprichoso de los planes de obras públicas que había en la Zona, hay que acabarlo. Trabajo cuesta poner las cosas en claro. Cada alto comisario hacía lo que se le antojaba. Se han emprendido obras innecesarias o inútiles, y está sin terminar la carretera central, las vías de penetración, y no se ha hecho nada en el campo. A continuación de Barcia, recibí precisamente al alto comisario. Hablamos mucho tiempo. Me encamino a puntualizar las obras que podrán pagarse con el empréstito. Observo que López Ferrer esquiva los datos exactos y se muestra huidizo ante mis preguntas. Le ordeno que me envíe a la presidencia la relación escrita de las obras en curso y de los proyectos para concluir la carretera, y que no se dé un paso más ni se gaste una peseta del empréstito mientras no apruebe el Gobierno lo que vaya a ejecutarse. El comisario está picado porque pensamos que Aguirre de Cárcer vaya a Rabat a iniciar unas conversaciones con los franceses.

He tenido aún otras visitas.

Por la tarde voy al estudio de Vázquez Díaz. Después, despacho con Masquelet.

Zulueta me habla desde San Sebastián sobre el reconocimiento del Gobierno de Chile.

Viene Luis Bello, y nos ponemos a trabajar sobre el Estatuto.

Lerroux me *agredió* ayer en un discurso que echó a los valencianos en el banquete del Círculo. ¿Qué le habré hecho a don Ale?

Recibo una carta de Herbette, a cuya invitación de anoche y de hoy no he ido. Me envía un librote sobre El Escorial.

17 de julio

Me levanto tarde, y mal descansado. Hace días que no me encuentro bien, ni *en forma*.

Anoche, después de cenar, fuimos con los matrimonios Ramos y Cipriano hasta Alcalá. Estuvimos paseando por El Chorrillo, que ha perdido su antiguo misterio desde que el concejal *Barula* descuajó los álamos centenarios y los sustituyó con pinos. Noche muy fresca, luminosa. Silencio alcalaíno. Voces lejanas, en el campo. Unos bárbaros bebían y cantaban en el ventorro, oyendo un organillo. El cielo sobre el Viso estaba azul, transparente, con suavidades de aurora y nubecillas blancas. Luna.

Hoy ha venido Fernando, a las doce y media, a tratar de la situación creada por el manifiesto socialista. Ni él ni Prieto conocían la existencia del documento. *Opina* Fernando que las ideas capitales del manifiesto son de Largo.

El viernes por la tarde se reunió el grupo parlamentario socialista y acordó que en el debate político hablase Saborit en nombre del partido, y que puedan hablar también sus ministros. A éstos no les parecía bien la designación, porque Saborit es contrario a la participación; no añaden que su conducta fue muy discutida cuando abortó la huelga de 14 de diciembre de 1930, y se le acusó de traición. De todos modos, su posición en el debate sería falsa. Ayer se reunieron los tres ministros socialistas y acordaron que hablase uno de ellos, Prieto, y han conseguido que no hable Saborit. Designan a Prieto, porque es más ágil polemista que Largo y porque los radicales le odian menos. Fernando dice que a Largo se lo come el Parlamento, pero que si le pusieran en una polémica violenta, se lanzaría a fondo y emplearía todas las armas.

Le digo a Fernando que el manifiesto socialista nos coloca en peor situación para la polémica; antes, era invulnerable; ahora, mucho menos, por los excesos de lenguaje cometidos. Pienso salirme del caso porque, como Presidente del Gobierno, no dirijo la política peculiar de cada uno de los

partidos de la coalición, y negar todo alcance a los calificativos del manifiesto.

Fernando cree, igual que otros, que en general el manifiesto ha caído muy bien, como cosa que estaba haciendo falta. Marañón le asegura que el manifiesto es lo mejor que ha hecho el Partido Socialista. Ortega ha pensado publicar en *Luz* un artículo violentísimo contra los socialistas, y tomar pretexto de eso para retirarse del Parlamento. Lo ha reflexionado, y ya no lo publica.

Cree conveniente Fernando la fusión de Acción Republicana, radicales-socialistas y la Orga. Domingo está conforme. El estorbo es Albornoz.

—Lo que pasa ahora —le digo—, es consecuencia de la falta de información y de penetración que presidió en la formación de grupos y grupitos.

Reconoce que se equivocó respecto de Ortega; reconoce también que le cabe alguna responsabilidad en la innecesaria formación del grupo de Ortega. Le proporcionó siete actas.

Largo quiere ver el «Simancas»; me temo que lo lance en la polémica o que nos cree una situación pavorosa en las Cortes. Lo mejor sería que yo lo guardase.

Esta tarde hemos ido con Cipriano al Paular, donde están mis sobrinítos, sumergidos en aquella umbría verde y triste. Mal tiempo. En El Paular empieza a llover. Volvemos por el Puerto de los Cotos y Navacerrada. Recios chaparrones, densas brumas sobre los pinares. La falda de Peñalara, verdinegra y vellosa. Temple invernizo, a 17 de julio. Pasado Navacerrada, aclara la tarde. Prodigiosos violetas y rosas en los montes del Escorial. El aire serrano me tonifica. Pero esta noche, en mi despacho, cuando hago este apunte, estoy profundamente triste. Me enternece la dulzura del pobre Nanón[49], y desvío, de las tareas que recomienzan mañana, la atención fatigada. Verdaderamente, no hago nada por salvar la salud, y lo paga el humor, que se deprime.

Me cuesta trabajo dejar de ser un hombre para convertirme en un personaje histórico.

20 de julio

Estos días no he tomado apuntes de las cosas políticas, no obstante la gran tensión en que hemos estado, o quizá por eso mismo. Llegaba aquí, y tenía una pereza invencible para extraer este cuaderno y escribir unas líneas. En el esfuerzo cotidiano, sostenido en silencio, con paciencia, estallan de vez en cuando estas tormentas parlamentarias que, en cierto modo, me descargan los nervios, y cuando las he vencido me confortan y alientan. Pero en el fondo, aunque victorioso, estoy un poco apesadumbrado, porque veo muchas torpezas, mucha mezquindad, y ningunos hombres con capacidad y grandeza bastantes para poder confiar en ellos. Cuando todo esté cumplido, y en el cumplimiento hayamos gastado nuestra fuerza, ¿qué va a pasar aquí? ¿Tendremos que resignarnos a que España caiga en una política tabernaria, incompetente, de amigachos, de codicia y botín, sin ninguna idea alta? Es desolador.

El debate político ya no tenía interés después del gran triunfo de Prieto. El choque ha determinado un nuevo hundimiento de Lerroux, que llegó a decir *que suscribía el manifiesto*. ¿Entonces, qué? La chabacanería de Lerroux pocas veces ha llegado a tanto. Examinó la hipótesis de mi fallecimiento (¿en virtud de qué *complejo*?); citó ¡a Roque Barcia! (¡oh manes del republicanismo *histórico*!), y dijo otra porción de simplezas. Así es él de ordinario. Quienes le hemos tratado, sabemos cuánto hay de falso en su apariencia solemne.

Ayer habló del Gólgota a que ha subido o va a subir. Un diputado radical, Manteca, me dijo que eso iba para mí, «como una súplica para que no le saquemos a relucir los trapos sucios», (Tranquilícese: he devuelto el «Simancas»).

Maura se empeñaba en hablar al día siguiente, con una sesión para él solo, como los *divos*. No lo consiguió, y obtuvo una suspensión. Hizo un discurso más jaque y desbaratado que nunca.

Mi respuesta ha sido un poco larga[50]. Como no tomo notas, tengo que esforzar la memoria para recoger lo que han dicho. Y no tomo notas, porque

quitan espontaneidad, frescura y agilidad a las réplicas. Maura se impacientaba y se enfadó.

El éxito del debate ha sido: un fracaso de Lerroux, cuyo discurso ha producido un efecto desastroso, y estrecharse los lazos de la mayoría.

21 de julio

Hemos tenido Consejo en Palacio, sin ningún asunto político importante de que tratar. Zulueta ha llevado lo del pacto de confianza franco-inglés… ¿Nos adherimos? Sí; nos adherimos con la mejor voluntad. Un papel más.

Hablando de la situación parlamentaria, el Presidente dice que no hay sino seguir adelante y aprobar las leyes pendientes, con ánimos de transigencia. Luego, importará mucho la ley de Orden Público y la Electoral.

A primera hora de la tarde ha venido Luis Bello. Seguimos con los asuntos del Estatuto. El nuevo texto que presentan los catalanes, modificando el que habían presentado antes, lo rechaza la Comisión.

En las Cortes, me he reunido con Carner, Hurtado, los Xirau, Domingo, Prieto, Fernando. Difícil discusión sobre si es o no es constitucional la adición catalana sobre la expedición de títulos académicos. En el curso de la conversación los dos Xirau dicen que ellos no son catalanistas. Interviene Hurtado, sin duda con buena intención conciliadora, pero como sobre este señor parece pesar el sino de cometer indiscreciones y acumular *gaffes*, pronuncia una especie de discurso, en el que después de citar a Vandervelde, se le ocurre decir que mis colaboradores «me dejan solo». Naturalmente, Fernando se enojó, con razón, y al poco rato se marchó. Lo mismo hizo Prieto.

Laboriosamente, fui haciéndoles aceptar un texto nuevo. Mientras tanto en el salón discutían enmiendas y más enmiendas. Fui allá, hablé con Besteiro, y convinimos en suspender la discusión al llegar a la enmienda de Campalans, que, tal como están las cosas, podría provocar una ruptura.

Estuve un momento en el banco azul. Fernando parecía muy picado. Hubo una votación contra una enmienda de Lara, radical.

Volví al despacho. Repetí una vez más que no podía continuar los trabajos si alguien insinuaba la posibilidad de una retirada del Parlamento en caso de no salirse con la suya. Si alguien piensa en eso que lo diga y lo haga desde ahora. Si no, continuaríamos tranquilamente.

La tarea ha sido larguísima. Después empezaron a hablar del servicio de archivos, y a discutir vivamente sobre quién debería encargarse de ellos. Les

dije que si, después de las cosas difíciles examinadas, armaban gresca por los archivos, lo mejor sería quemarlos. (Estas salidas me son a veces muy útiles para restituir el buen sentido).

Terminó la reunión. Estas cosas debía hacerlas Bello. He regresado al ministerio, molido de cansancio. Estoy, como si dijéramos, alcanzado. No me repongo bastante de un día para otro.

Después de cenar he ido al Escorial. Noche de luna. Silencio. Fresco. Paz. Me habría estado allí toda la noche. Algunos de mis acompañantes me dicen que hay rumores de disidencia radical, y hasta se habla de la *destitución* de Lerroux. Yo me río.

22 de julio

Consejo de ministros en la presidencia. He hecho una amplia exposición del estado del material del ejército y de la necesidad de comenzar a adquirirlo. Por el pronto, aprovecharé las economías hechas en haberes y ganado para las primeras compras. A todo lo que he dicho sobre esta cuestión, Largo ha asentido expresamente.

Después de hablar de algunos asuntos sin importancia, tratamos del Estatuto. Leo el artículo sobre enseñanza, tal como lo he corregido ayer, en la penosa discusión con Hurtado, los Xirau, etcétera.

Prieto no se ha enterado aún del fondo del asunto, y con la desconfianza que tiene para esta cuestión, lo combate. Con mucha paciencia consigo demostrarle que el texto está bien, y lo convenzo. Acaba diciéndome que no tiene nada que oponer. Carner se lleva el proyecto de artículo para que lo conozca el grupo catalán.

Al salir del Consejo me tropiezo con el general Ruiz Trillo y con el presidente de la Diputación de Córdoba, que me aguardaban para hablar de la adquisición del campo de instrucción de Cerro Muriano. El asunto va bien, y podrá terminarse pronto si la burocracia no lo estorba. Lo he tomado con empeño, para empezar a dotar al ejército de lo más necesario. En toda Andalucía no hay un campo de instrucción. Esta es una de las materias en que desde tiempo inmemorial no se ha hecho nada.

Volví al ministerio cerca de las tres. A las cuatro y media estaba en las Cortes. Me asaltó una comisión de Ávila con su eterna pretensión de que *les den algo* en compensación de la suprimida Academia.

Recibí otras comisiones, y después a Bello, que me habla de la reunión que van a tener a las seis.

Casares me cuenta los resultados de la entrevista de Vicente Sol con el general Sanjurjo. El general invitó a Sol a un almuerzo, hace días, y Sol no se decidió a aceptar sin que lo supiera el ministro, el cual me habló del caso, y ambos convinimos en decirle a Sol que aceptase y oyese. De su conversación con Sanjurjo, Sol nos cuenta, en suma, lo siguiente:

Lerroux llamó a Sanjurjo para preguntarle el estado de opinión del ejército.

Sanjurjo presentó un memorial de agravios: la oficialidad está en gran desmayo; las filas están minadas por el comunismo; el último decreto de Retiros le parece mal, etcétera.

Quieren un gobierno republicano y de orden, contra los socialistas.

Opina Sol que tienen organizado algo. Contaban con el apoyo de Melquíades, y esperaban el de Lerroux. Los resultados del debate político, del que esperaban la crisis, los tiene exasperados contra Lerroux; le acusan de haberles *hecho una granujada*. Dice Sol que están un poco apabullados por eso. Parece que le han insinuado que contarían con él para formar parte del nuevo Gobierno.

Casares cree que Sol es tan vano y ambicioso que, *si le ponen un dedo, se pasará*.

El idiota de Burgos Mazo se ha vuelto a su tierra, desengañado porque no ha habido crisis, y diciendo que se hace tradicionalista. Había venido a Madrid «a ver lo que iba a pasar».

Hipólito Jiménez Coronado, que fue pasante de Melquíades, y quiso dar el golpe *clásico* cortejando, pero en vano, a una hija de su maestro, sigue siendo reformista, y en estos turbios asuntos de la conspiración, parece ser el edecán de don Melquíades. Posee el borrador del manifiesto que pensaban publicar los militares. Lo ha leído Manuel Aznar, el de *El Sol*. La policía ha detenido a Hipólito *como por equivocación*, para tener ocasión de registrarlo y ver si llevaba sobre sí, como días pasados, el papel.

No le han encontrado nada. El sujeto ha dicho a los agentes: «Nos vigilan ustedes porque voy con Goded; pero *nosotros también les vigilamos a ustedes*».

Recuerdo que Goded me dijo un día que él siente *veneración* por don Melquíades y que nunca hará más que seguir sus consejos.

Cuando me disponía a marcharme de paseo con Cipriano, me avisaron de que el comandante Vidal, y el director de la Telefónica, Gumersindo Rico, querían hablarme con urgencia. (Vidal es el representante del ministerio de la Guerra en la Telefónica, y hombre de mi absoluta y personalísima confianza. Discreto, leal, bien educado, y de exquisita delicadeza en los sentimientos y en la conducta. Es sobrino del general Loriga, que está en la Escuela de Tiro, y casi toda su familia es monárquica, con la que está medio reñido, por ser él republicano).

Rico es joven, buen mozo, recio, de una locuacidad asturiana inagotable. Procede de familia liberal, si, como creo, su padre era un registrador de Luarca amigo de los Pedregales.

Ignoro cómo y por dónde se ha encaramado Rico al puesto que ocupa. Quizá por sus relaciones políticas y crematísticas asturianas: debía de ser amigo de don Melquíades, que intervino en la constitución del monopolio, y el Banco Hispano Americano, donde predominan los asturianos, le habrá ayudado. Me ha dicho muchas veces Vidal que los capitostes de la Telefónica, y el propio Rico, a pesar de sus proclividades lerrouxistas, me están agradecidos.

MADRID: 1933

1 de marzo

Despacho con el general Castelló. Este nuevo subsecretario es muy trabajador y se entera y me entera de todo. Hoy me ha descubierto un pequeño buñuelo que me hizo el anterior, además del que motivó su salida.

Muchas visitas: el general Carbonell, García Morales, que pretende ser teniente general, cuando ya no los hay; el interventor general, a dar las gracias por el decreto que desmilitariza su cuerpo; Martín Echevarría con un proyecto sobre la Transatlántica; Barroso, que me habla de una bandera de la guerra de Cuba; una comisión de auxiliares, agradecidos por el último decreto; los obreros y patronos de la mina de Puertollano, con Viguri, director del Banco Industrial (dificultades para concertar el préstamo); el capitán aviador Jiménez, a pretender un destino; otros señores, parientes de los prisioneros que se supone que hay al sur de Marruecos; etcétera, etcétera. El general Franco viene a presentarse, de paso para Mallorca. Hace dos días que está en Madrid. Se ha enojado mucho por la anulación de ascensos, y eso que él no ha perdido más que unos cuantos puestos en el escalafón y sigue de general con todos sus derechos. No me ha hablado del asunto, ni yo le he dicho nada. Tratamos de la situación militar de Baleates y de lo que ha de hacerse allí con urgencia.

Continúan las averiguaciones sobre el acta suscrita por unos capitanes de guardias de asalto. Anoche, a las once, tuve aquí a los dos Menéndez. El director de Seguridad me confirma que el acta existía y que la suscriben cinco capitanes. Me dijo qué se proponía hacerse con el original y quemarlo. Se lo prohibí. «No haga usted tal disparate. Esa acta comenzaría a ser temible en cuanto la hiciera usted desaparecer». Le ordeno que llame a los firmantes y los interrogue, recogiendo sus declaraciones por escrito, y les pida el documento, para unirlo a las diligencias. Que llame también a declarar a todos los jefes y a los demás oficiales del cuerpo que estén en Madrid, y que de todo ello haga un expediente y me lo traiga.

También anoche, después de irse Menéndez, vino Saravia, ya tarde, y me contó que el capitán Rojas, cuñado suyo, que es quien mandaba en Casas Viejas, ha ido a decirle que unos capitanes le habían invitado a suscribir el

acta y él se había negado. Saravia, discretamente, me insinuó que Rojas se quejaba de que habían querido sobornarle. Esto me produjo alarma, que recaía sobre otra anterior. Hace dos o tres días le dije yo a Saravia que esperaba que el capitán Rojas no perdería la cabeza y tendría serenidad bastante para exculparse, si no tiene culpa, o para sufrir las consecuencias, si la tiene. Saravia me dijo que encontraba a su cuñado absolutamente tranquilo, que negaba siempre lo que se viene diciendo respecto de los fusilamientos de prisioneros, y que estaba pronto (Rojas) a demostrarlo así, y a comparecer ante quien fuese necesario. En esta conversación le pregunté dónde estaba Rojas, y me respondió que en Sevilla, adonde había ido enviado por Menéndez para hablar con el teniente Artal, otro de los que estuvieron en Casas Viejas, *que se hallaba muy decaído*. Al ver a Menéndez le dije: «¿Dónde está Rojas?». «No sé; ha salido de Madrid para asuntos particulares».

—¿Pero usted no sabe dónde puede estar? ¿No le encargué a usted que no le perdiera de vista?

—Creo que debe estar en Sevilla —repuso.

—Inmediatamente telefonea usted al gobernador para que busque a Rojas y tome el tren esta misma noche, y si el tren ha salido que le ponga en un automóvil.

Cuando Menéndez vino a darme cuenta de sus primeras averiguaciones sobre el acta de los capitanes, me dijo además que Rojas ya estaba camino de Madrid, y que la orden de regreso le había alcanzado en el tren. Esta aparente ignorancia de Menéndez respecto del viaje de Rojas a Sevilla me extrañó mucho, y la extrañeza creció hasta la sospecha cuando Saravia me dijo veladamente lo del intento de soborno de que se quejaba su cuñado.

Igualmente anoche llamé al gobernador de Cádiz insistiendo en que buscase el rastro de las órdenes que se hubieran circulado entre Madrid y Cádiz y entre Cádiz y Casas Viejas el 11 y el 12 de enero. El gobernador (que tuvo en Casas Viejas un emisario, no sé si delegado u observador, el 11 y el 12 de enero, y que no ha dicho esta boca es mía) me contestó que todas las órdenes se dieron por teléfono, y que acaso alguna haya ido por el telégrafo, de la cual buscará los antecedentes.

(Anoche tenía yo un humor negro, espantoso, efecto de una manera de desesperación al verme tan mal servido y que la República tropiece por errores o malignidades de unos capitancitos. No tenía con quien desahogarme. La conversación con Menéndez me tranquilizó los nervios, sólo por el hecho de haber encauzado un poco las cosas, y pude irme a dormir).

Hoy, después de comer, he hablado con el gobernador de Cádiz. Me ha dictado el texto del *recado lele gráfico* pasado de Cádiz (a Casas Viejas) digo a Medina. No tiene nada de reprensible.

Ha venido Menéndez. Me trae la información practicada, que ha de continuar. Los cinco capitanes firmantes del acta declaran que recibieron de sus superiores la orden de no hacer heridos ni prisioneros. Todos los demás dicen que eso es falso. En cuanto al acta, no pueden entregarla, porque se la han dado a Peyre, *diputado radical, a quien no conocían personalmente*. Uno de los firmantes dice que antes de redactar el acta, consultaron con Lerroux, que les aconsejó que la hicieran.

La conexión con los lerrouxistas está probada, que pretenden aprovechar el documento suscrito por esos militares como arma mortífera contra el Gobierno. Lo demás, no les importa nada.

Menéndez se me ha echado a llorar. Resulta que el capitán Gándara, uno de los cinco, había sido ya dado de baja en el cuerpo de guardias de asalto por sospechas de monarquismo. Menéndez lo readmitió, vencido por los juramentos y protestas de fidelidad de Gándara, compañero suyo. Estos militares son siempre los mismos; a Menéndez, en cuanto un uniforme le da «palabra de honor», todo le parece indiscutible. Lo mismo le sucedió con el hijo de Sanjurjo, que, ocho días antes de la rebelión, le juraba que ni él ni su padre conspiraban. El capitán Gándara, el 11 de agosto, se dejó decir en el ministerio de la Gobernación que el Gobierno les había engañado haciéndoles creer que la rebelión de Sanjurjo iba contra la República, no siendo así, y que para otra vez, no se dejarían engañar. No le hicieron nada a Gándara. Y a mí no me han enterado de ello hasta hoy.

Cortes. Paz en el salón de sesiones. Hervor en los pasillos. Lo del acta ha trascendido. Dicen que el original lo tiene Guerra del Río, y que se lo ha dado a leer a varios diputados. Unos temen, otros esperan un gran escándalo. El caso tiene todos los requisitos para que esta politiquería gárrula se encrespe y aún se asuste: militares en danza, documentos secretos, amenazas… Les he leído a Largo y a Prieto lo que resulta de la información, que deja reducido a nada el valor del acta, como prueba contra el Gobierno, y descubre su verdadero valor de artería política.

En esto llegó Galarza. Se han reunido otra vez los radicales-socialistas. Dice Galarza que hay una fuerte reacción contra Gordón Ordás. Gordón quiere unirse a los radicales, y que se forme un Gobierno, ¡presidido por él!, con todos los grupos republicanos y los socialistas. Dice por ahí Gordón, y ha salido en algún periódico, que yo soy un político «frívolo y audaz». He

cometido una falta en eso de Casas Viejas, y es preciso imponerme una sanción; pero no tan fuerte como para recluirme en mi casa, y se me *consentirá* seguir siendo el ministro de la Guerra. Por su parte, otro diputado radical-socialista, Ballester, que fue romanonista, afirma que su partido no está para engordar a ningún personaje.

Galarza quiere que venga Casares para tomar parte en el debate. Yo me niego. La presencia de Casares en el Congreso sólo serviría para atizar el encono, revolver más el asunto, dar un disgusto grave al ministro, que está muy mal de salud, y quizá provocar de su parte alguna intemperancia (porque está muy enojado con Maura) que nos pusiera en un apuro. Como está realmente enfermo, le obligo a que permanezca en Ronda, y como ya este debate ha caído sobre mí, quiero llevarlo yo hasta el final, amansando poco a poco a las Cortes.

Eduardo Ortega ha dado una nota a los periódicos, contando lo que cree saber acerca de los manejos que se hacen en la Dirección de Seguridad para «salvar» al director general. La gente que me rodea está muy asustada por eso. También por unas declaraciones de Lerroux. Muchas de las personas que colaboran conmigo, tienen más de periodistas que de políticos, y miden la importancia de los hechos por su interés periodístico. Es preciso reconocer que el mundillo político de Madrid está en mucha parte manejado por el reporterismo, de igual modo que la parte política de los periódicos se nutre de cominerías y chismes porteriles. Dos o tres columnas dedican algunos papeles a referir lo que se dice en los pasillos del Congreso.

Esplá me traslada los rumores alarmantes que circulan para hoy. El general López Ochoa anda por ahí despotricando contra el Gobierno, y diciendo que él lo derribará todo. Está irritado desde que lo destituí de la Capitanía General de Cataluña, y más irritado porque no le doy destino. Pero en el ejército nadie le hace caso. También me hablan de no sé qué manejos del general Fermoso, hoy en la reserva, a quien yo quité del ministerio por su conducta rara en los asuntos de la cría caballar. Esplá ha recibido también informes de la agitación reinante entre los oficiales de uno de los regimientos de Alcalá, que yo conocía, y de ello le hablé al coronel Eurile.

En la preparación del golpe del 10 de agosto hay una parte que no se ha hecho pública todavía, procedente de los descontentos por la supresión de los servicios de cría caballar en el ministerio de la Guerra y su traspaso al de Agricultura, y por las medidas que después he ido tomando para impedir que se robe en los servicios de remonta. En tiempos de la monarquía se formó una especie de sindicato, que dirigía un tal Bueno, acaparador de caballos en toda

España, para vendérselos al ejército a muy subido precio. Se recargaba el precio que pagaba el Estado con el importe de las participaciones fraudulentas que llegaban hasta el infante don Fernando, director un tiempo de ese servicio. Cuando yo empecé a meterme con esas gentes, hicieron campañas de prensa, a las que no era ajeno el general Fermoso. La campaña cesó en cuanto le hice preguntar a Fermoso si tenía mucho interés en permanecer en Madrid. Que ahora reaparezca su nombre, no me sorprende nada. Y es de notar que en lo del 10 de agosto estuvo complicado Bueno, el del Sindicato, y que en la oficina de uno de sus socios, cercana al ministerio, se tuvieron reuniones preparatorias del golpe.

El enojo de los oficiales de Caballería, que son los más desafectos del ejército, viene de la reducción de plantillas, que en su arma ha sido enorme (de 28 regimientos a 10); de la supresión de la cría caballar como servicio militar, etcétera. En el servicio de remonta los abusos han continuado, pero en descenso, hasta su desaparición total en la última compra. Del centro de remonta de Madrid salieron el 10 de agosto los más decididos de los rebeldes, y creo que aún quedan allí tipos sospechosos. Cuando se encargó de la remonta el jefe que lo tiene ahora, y que por haber pertenecido a mi Gabinete militar me parecía hombre de fiar, me contó horrores de los que antes dirigían el servicio. Se instruye un proceso, en el que está encartado un tal Vélez, de la Intendencia, a quien también eché del ministerio. Después comenzaron las quejas contra el jefe que yo había puesto, y hay ahora otro proceso. A fines del año pasado varié otra vez el sistema de compras, y suprimí la comisión permanente encargada de ellas, que salía del depósito de remontas de Madrid. Dispuse que para cada compra se nombre una comisión formada con jefes y oficiales procedentes de las distintas regiones, menos de aquélla en que se haya de comprar, y que no pueden formar parte dos veces de la comisión los mismos individuos; sus nombres los proponen al ministerio los jefes de las divisiones, y el ministerio elige. Con este sistema, que debería abochornar a los que pretende contener en el camino de los abusos, se ha conseguido que el precio del ganado adquirido para el Estado en diciembre se reduzca en trescientas o cuatrocientas pesetas por cabeza.

El informador trae referencias de Sanjurjo en el Dueso. El director y el administrador del penal son partidarios suyos, y le dejan hacer lo que quiere. Sanjurjo lo espera todo de un cambio de Gobierno, y afirma que si entrase Lerroux en el poder, no consentiría en permanecer en el presidio ni un minuto más. Sanjurjo debe de tener con Lerroux una cuenta muy seria.

Dice también que el motivo de arrojarse a la rebelión fue el haberle quitado yo de la dirección de la Guardia civil.

Prieto viene a decirme que el Presidente de la República le llama para hablarle de un asunto particular, y Prieto le ha contestado que no irá, mientras el Presidente del Consejo no le autorice para ello. Yo le digo que vaya, y que si el «asunto particular» es un pretexto, que vea, oiga y calle.

En la última parte de la sesión, Royo Villanova ha interpelado al ministro de Justicia sobre sus preferencias presidencialistas. Ha hecho un discurso grotesco. Albornoz le ha contestado bien y le ha hecho callar. Los señores diputados se han reído mucho.

Después de la sesión, vengo al ministerio, y a poco llega Prieto a contarme su entrevista con el Presidente. Le ha hablado en efecto de un asunto de carreteras, sin interés político, pero don Inda cree que eso era el pretexto. En el curso de la conversación el Presidente ha deslizado que le parece mal el plan parlamentario, que no debe anteponerse la ley de Congregaciones, y que antes deberían aprobarse las otras dos que pide la Constitución, o sea la del Tribunal de Garantías y la de Responsabilidad del Presidente de la República. En esta parte de la conversación, dice Prieto que ha habido grandes pausas, como si el Presidente aguardase algo del ministro, que, fiel a la consigna, no ha dicho nada. En suma, la impresión de Prieto, es que el Presidente querría ver votadas las otras dos leyes y luego disolver las Cortes, dejando para las siguientes la de Congregaciones.

Esta tarde ha habido un incidente entre Lerroux y sus edecanes Guerra del Río y Rey Mora. Guerra quería publicar en *El Imparcial* el acta ya famosa de los capitanes, y ya la había metido en un sobre para enviarla al periódico. Al enterarse Lerroux le hizo desistir, y Guerra, de muy mal humor, rompió el sobre con la copia del acta que llevaba dentro. Añadió Lerroux que no quería que se hablase más en las Cortes ni del acta ni de lo de Casas Viejas. Guerra y Rey Mora estaban furiosos.

En vista del giro que toma lo del acta y de las informaciones raras que me llegan, he resuelto llamar al capitán Rojas, que mandaba las fuerzas en Casas Viejas, e interrogarle personalmente. Este paso es peligroso, por el modo de ser de tales gentes y por la malicia general; cualquiera puede adivinar lo que son capaces de suponer acerca de esta entrevista si se divulgase. Rojas ha venido esta noche a las once. Le he recibido en mi despacho. No le había visto nunca. Su aspecto no predispone en favor suyo; la hechura de la cabeza no delata al hombre inteligente. Yo tengo la copia de la declaración, o más bien informe, dado por Rojas al director general sobre los hechos de Casas

Viejas; en su escrito, Rojas niega que recibiese órdenes monstruosas y niega también que se fusilase a nadie. Tengo asimismo la información practicada por lo del acta, que me ha traído Menéndez, aunque no terminada, pero en la cual consta la declaración de Rojas, diciendo que supo lo del acta por referencias, y que estando acuartelado en Pontejos, no recibió ninguna orden especial. Si algo me llamaba la atención, dado el papel que había desempeñado este hombre, era la extrema concisión de su testimonio.

Basado en tales antecedentes, le pregunté primero el origen del acta y su participación en ella. Me dijo: que él había prometido hacerse responsable de todo lo ocurrido en Casas Viejas, y dado su palabra de honor, y que cuando le piden un favor y lo promete, sacrifica hasta la cabeza, si es preciso. Que fue a Sevilla hace unos días, por encargo de Menéndez, para hablar con el teniente Artal, que estaba muy decaído; que en el tren, de regreso, un agente de policía le preguntó quién era y se cercioró de su identidad (probablemente, esto se debió a mí orden de hacer regresar inmediatamente a Rojas); que en la estación de Madrid le esperaba el secretario del director general, que le llevó a un café, y allí le exhortó a *ser hombre* y le insinuó la conveniencia de que hiciese un viaje y hasta le habló de dinero; que esta gestión del secretario de Menéndez le indignó mucho, y le hizo cambiar de actitud; que no *sabe cómo* sus compañeros, los capitanes de Madrid, se enteraron de que él estaba dispuesto a hacerse responsable de todo, y fueron a decirle que no lo consentían, que no hiciese el tonto, y que por favorecer a otros no debía manchar el honor del cuerpo; que él se negó al punto a secundarlos; le dijeron también que habían consultado el caso con Lerroux, y les había aconsejado que pusieran sus manifestaciones por escrito; que por esta razón los cinco capitanes suscribieron el documento en que declaran haber recibido de sus jefes la orden de no hacer heridos ni prisioneros; que suscrita el acta, siguió negándose a firmarla; pero que lo intentado por el secretario del director, y el haber pretendido en la dirección que contradijese terminantemente en la información practicada los asertos de los cinco capitanes, le han decidido a cambiar de conducta; que ha resuelto «irse con los capitanes», es decir, declarar que, en efecto, hubo la orden de no hacer heridos ni prisioneros.

—¿Pero hubo esa orden?

—Sí, señor.

—Y usted, al prometer que se haría responsable de todo, ¿a qué se refería?

—A lo ocurrido en Casas Viejas, tomando para mí la culpa, si la hubo, y callándome esa orden.

—¿Y qué ocurrió en Casas Viejas?

—Ya lo he contado.

—Yo tengo una copia de la relación de usted. ¿Tiene usted que añadir algo a lo que allí se dice?

—No, señor. Si acaso, algún detalle.

—¿No hubo fusilamientos?

—No. Fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas respondimos con las ametralladoras. Pero eso fue todo.

—¿Usted recibió, estando en Casas Viejas, una orden telegráfica?

—Sí, señor.

—¿Qué decía?

—Que acabásemos rápidamente con lo de la casa de *Seisdedos*.

—¿Conserva usted el telegrama?

—Se lo devolví a quien me lo entregó.

—¿Y no es cierto que mandó usted *razziar* el pueblo?

—Es falso.

—Concretamente: ¿No registró usted las casas, no hizo prisioneros y no los mandó fusilar en casa de *Seisdedos*?

—No, señor; es falso, es falso. Hicimos prisioneros, y los entregamos al juzgado.

—¿Y por qué está *decaído* el teniente Artal?

—Ya lo estaba aquel día. Me lo encontré en disposición de meterse en la cama, y tuve que reprenderle dos veces.

Le repetí varias veces, y en distinta forma, la pregunta de los fusilamientos, y siempre contestó negando.

Después le he hablado en otro tono, más suave y menos directo. Se ha mantenido firme y tranquilo. Sólo un momento se ha emocionado: cuando afirmaba que habían sido duros, crueles.

No sé a cuándo aguarda el juez para llamar a este oficial e interrogarle a fondo, si, como dice el inspector de Tribunales, hay en el sumario declaraciones que hablan de fusilamientos.

2 de marzo

Anoche, después de marcharse Rojas y de tomar los apuntes de su conversación, vino Saravia, ya muy tarde. Hablamos del asunto, y le conté mi impresión. Saravia, que es la discreción misma, se abstuvo de opinar; me confirmó los indicios de que a Rojas habían querido sobornarlo. Esto es lo que necesito poner en claro para formar juicio sobre la conducta de Menéndez; el cual me trae otra parte de la información, que sigue su curso. Me ofrece que estará completa antes de comenzar la sesión de esta tarde. Uno de los capitanes que declaran en la información alude a los pasos de Gainza cerca de Rojas, a su regreso de Sevilla, y les da la misma significación que éste. «¿Qué quiere decir esto?», le preguntó a Menéndez. «Nada. Gainza fue a la estación a esperar a Rojas, porque usted me había dado orden de que no le perdiese de vista y me asegurase de su persona».

Se marcha Menéndez. Yo quedo preocupado con esto. Se me ocurre llamar a Gainza, y si es preciso carearlo yo mismo con Rojas. No puedo fiarme de ninguno.

El resto de la mañana se me ha ido en recibir visitas. La audiencia ha terminado a las tres menos cuarto. He comido de prisa y corriendo, y ahora me voy a casa del Presidente, a recoger la firma para un proyecto de Marina, y después iré a las Cortes.

Cuando llego al Congreso, veo que el escándalo por lo del acta de los capitanes no puede ser mayor. Todos esperan una sesión tempestuosa, trágica. Se anuncia que leerán el acta, que los radicales se tirarán a fondo contra nosotros, que los militares harán y acontecerán, etcétera, etcétera. Al saberse que los capitanes están arrestados y destituidos, los propaladores de noticias arrecian en su faena. Yo me he desentendido de todo ese barullo y he ido al despacho de Besteiro, para convenir la hora en que habría de discutirse y votarse la proposición de censura que quedó pendiente el viernes.

El salón estaba repleto y las tribunas. Ha defendido la proposición de censura Botella. Lo ha hecho bastante mal, y ha pretendido estúpidamente probar que lo de Casas Viejas es el resultado de la política social y de la política parlamentaria del Gobierno. Cuando le vi en ese terreno, lo juzgué

vencido. Cuando acabó de hablar Botella, tardé un poquito en pedir la palabra, por si alguien quería hablar. Como todos callaban, hablé yo[51]. No me fue difícil refutar a Botella. La mayoría aplaudió, y en las oposiciones se advertía decaimiento y desánimo. Rectificó Botella, y nadie quiso hablar. El silencio de las oposiciones ha producido sorpresa y decepción. Es evidente que no se han atrevido a utilizar lo del acta ni a remover el asunto de los capitanes; tan absurdo es el caso. La votación se ha hecho en seguida, y hemos tenido una mayoría más alta que la semana pasada.

Si los radicales se hubieran metido en ese mal paso, les hubiera demostrado su torcida conducta; el consejo de Lerroux para que redactasen el acta, la entrega del acta a Peyre, abogado de March; la declaración de uno de ellos: «ésta es una bomba que teníamos preparada y no queríamos que nadie le quitase la mecha».

Las oposiciones han quedado hoy muy mal, después de las fieras amenazas que venían dirigiéndonos en los pasillos y en los periódicos. El Gobierno ha obtenido un triunfo, pero esta victoria sirve de poco para despejar la situación parlamentaria.

Lerroux le ha dicho a un periódico que a él no le importa que por consecuencias de la obstrucción quede incumplida la Constitución, «porque él lleva una Constitución en su conciencia».

3 de marzo

Muy temprano me telefonea Esplá diciéndome que necesita hablarme. Cuando salgo al despacho ya me está esperando Esplá acompañado de Menéndez. «¿Con qué catástrofe empieza hoy el día?», les pregunto. «No es pequeña», responde Esplá.

Ocurría esto: Menéndez, sin contar con nadie, ha abierto ayer una información nueva sobre la conducta de sus subordinados en Casas Viejas. Determinación extraña, a estas alturas, cuando ya va muy avanzado el sumario que instruye el juez especial. ¿Qué se proponía sacar Menéndez de esta información? Misterio, por ahora. Ha encabezado la información con unos recortes de periódicos, con la declaración de un tal Estrella, periodista, y ha hecho venir de Sevilla, trasladándolo de destino, al teniente Artal. Artal llegó anoche, y parece que estuvo en el cuartel de Pontejos y en otros sitios, contando cosas tremendas. Dice Menéndez que, enterado de esto, llamó a Artal a la Dirección, y ante el asesor jurídico le hizo prestar declaración. Parece que Artal estaba muy nervioso, y pidió que se le dejara reflexionar, aplazando la declaración 24 horas; se negaron a ello, y a las cinco de la mañana declaró que en Casas Viejas, por orden de Rojas, se había fusilado a doce o catorce prisioneros, y que Rojas le dijo que tenía órdenes de Menéndez de aplicar la «ley de fugas». Por si esto fuera poco, añade Artal que Rojas le ha dicho que el ministro de la Gobernación y el Presidente del Consejo estaban decididos a salvarlos. Confirma también que Rojas fue a Sevilla para tranquilizarlo y que no dijese la verdad.

Todo esto es atroz. No se puede estar peor servido.

Esplá dice que ha hecho comprender a Menéndez que habiendo acusaciones contra él, no puede continuar de director general. Menéndez lo reconoce, y me presenta la dimisión, que le acepto.

Hacen mil disparates. Tienen detenido en la Dirección a Artal, que está como loco, dando gritos.

En esto estábamos, cuando empezaron a llegar los ministros para celebrar Consejo. Menéndez y Esplá se fueron. Quedaron en que me mandarían la declaración de Rojas, que estaba prestándola en aquel momento.

El Consejo ha sido penoso, bajo la impresión de estas revelaciones; por mucho que nos fuéramos acostumbrando a la probabilidad de una catástrofe, la comprobación casi irrefutable nos aplana. Leemos en Consejo la declaración de Artal. Después llega la de Rojas, que sigue negando los fusilamientos, y atribuye la acusación de Artal a enemistad personal, porque su conducta en Casas Viejas fue mala, y él le reprendió. Acordamos enviar hoy mismo ante el juez a Rojas y Artal con el testimonio de sus declaraciones. Y sustituir inmediatamente a Menéndez. Prieto propone para director de Seguridad a Manuel Andrés, gobernador de Zaragoza.

Después se examina la situación política en general, y dado los barruntos que hay respecto de la intención del Presidente en cuanto a posponer la ley de Congregaciones, acordamos provocar una demostración de confianza llevando a la firma del Presidente el proyecto sobre elecciones municipales. Si lo firma, la situación del Gobierno se despeja; si no lo firma, dimitimos, y en paz.

Por la tarde hablo por teléfono con Casares y le digo que vuelva a Madrid. «Hay hechos nuevos —le digo—, y habrá que hacer una sustitución». Por teléfono no le digo más.

Creía yo que la tarde sería tranquila, no habiendo nada anunciado para la sesión de hoy, y cuando me disponía a trabajar en mi despacho, telefonea Besteiro diciendo que hay una proposición de los radicales pidiendo a las Cortes que se me requiera para que lea los papeles que llevé a la sesión de ayer, y otra de Ortega sobre lo de los capitanes. En vano le hago observar a Besteiro lo improcedente de ambas proposiciones. Dice que no hay medio de cortarles el paso. «Bueno, pues allá voy».

En el Congreso, después de convenir con Besteiro que pusiera a debate la proposición de los radicales a las seis, fui al despacho de ministros, y allí estuve largo rato de conversación con Largo, Ríos, Domingo, Prieto y Albornoz. Hablando, hablando, fui dando suelta a mis sentimientos de repugnancia por la campaña que se hace contra nosotros, y que por el deseo de derribarnos no se priva de suponer que hemos ordenado las atrocidades de Casas Viejas, o las hemos ocultado; les digo mi cansancio, el quebranto de mi voluntad, el horror que me produce el ambiente calumnioso en que nos movemos, la inutilidad de nuestros esfuerzos para librarnos de la coalición de tantos resentimientos, de tantos odios personales; declaro que ya no puedo más, y que estoy dispuestísimo a dar un escándalo desde el banco azul; que se trata de inutilizarnos por cualquier medio, para inutilizar una política, y que yo no consiento en prestarme a las bajas combinaciones que servirían para

restablecer inmediatamente la paz y la «cordialidad» republicana. Que hay en mi aprecio cosas superiores a la misma República, y que yo no puedo sacrificar a la política lo que siempre ha estado lejos y por encima de ella. En fin, hablé mucho, y los otros no poco. Prieto, pesimista. Largo, enardecido. Fernando, aconsejándome tenacidad y serenidad. Albornoz, muy afectuoso, diciéndome que siente ternura por mi persona y por mi obra.

En este estado he ido al salón de sesiones, donde había un gran alboroto contra el vicepresidente a causa de una votación. Los radicales vociferaban. Algunos hacían intención de retirarse. Están buscando el pretexto, y si no vencen al Gobierno se irán aparatosamente de las Cortes. En cuanto me vieron sentado en mi sitio el alboroto empezó a calmarse y me decían: «¡El sobre, el sobre!»; «¡que traiga el sobre!». La explicación de esta tontería estaba en la misma proposición que iban a defender. Para la discusión de ayer tarde llevé yo al Congreso unos papeles dentro de un sobre, y al ocupar mi puesto metí el paquete en el pupitre, de donde no lo saqué porque no me hizo falta. Pero el *abultado sobre* no dejó de llamar la atención. Al salir de la sesión, unos periodistas me dijeron: «Se vuelve usted con el sobre, señor Presidente», y yo contesté, en broma:

—Nunca traigo papeles a las discusiones, y por una vez que los he traído, no me han hecho falta.

La futilidad de las gentes y los usos de portería que son corrientes en los pasillos del Congreso han enredado mil chismes en tan sencillas palabras, y alguien se permitió, por lo visto, decir que en cuanto las oposiciones vieron el sobre desistieron de atacar y que a eso se debió su silencio ayer tarde. Por otra parte, la prensa monárquica, que se prometía la caída del Gobierno a favor del barullo que habían de levantar los radicales en el asunto de los capitanes, está muy chasqueada, y se burla de las oposiciones y las azuza, haciéndoles ver que quedaron en ridículo. Todo esto les ha enardecido. En fin, los diputados radicales se han reunido hoy a comer con Lerroux, y se conoce que la mucha conversación y algo de exceso gastronómico les han puesto en pie de guerra. A los postres de la comida han redactado y firmado la proposición que iba a discutirse. Algunos estaban como borrachos, congestionados e insolentes. Recuerdo los ojillos con que me miraba Salazar Alonso, coronado de su rizosa cabellera de peluquero. Y lo más chistoso es que se imaginaban que me habían *cazado*. Habló Guerra del Río, y quieras que no se metió en el asunto del acta de los capitanes; yo me alegré mucho de que lo hiciera. Después habló el loquinario de Maura, tomándola por la tremenda, en defensa del *honor* de las oposiciones, etcétera, etcétera. ¡Muy absurdo! Contesté a los dos,

y después de tranquilizar a Maura, me fui sobre los radicales. El tema era fácil. La mayoría se puso en pie dos veces, prorrumpiendo en clamores de entusiasmo. Le hice confesar a Maura que estaba de acuerdo con mi doctrina. El espectáculo fue tremendo. Las tribunas también aplaudían y, cuando terminé de hablar, toda la mayoría, en pie, gritaba y vitoreaba[52]. Los radicales no sabían dónde meterse. Guerra del Río quiso rectificar y no pudo. Cada vez que intentaba hablar, la mayoría volvía a aplaudirme. Guerra estaba K. O, El efecto era tal que se levantó Lerroux, y también estuvo muy desafortunado; porque desautorizó a los suyos; salió por el registro de que no se hablara más de Casas Viejas, y que él no había querido hacer uso del acta de los capitanes; pero había estado presente toda la tarde, mientras sus amigos pretendían matarnos con esas armas, y ahora, al ver que no servían, las abandonaba. Guerra del Río decía más tarde que estuvo a punto de levantarse a hablar contra su jefe, y no recataba su mal humor, porque, proponiéndose derribarnos, sólo había conseguido dar ocasión a uno de los mayores triunfos parlamentarios del Gobierno. El discurso, en sí, nada tiene de particular; pero las circunstancias le han dado un gran valor, por el efecto que ha causado. La mayoría estaba en una tensión comprimida por las adversidades de estos días, y lo que yo les dije les valió para descargar la tensión y reconocerse otra vez juntos y resueltos.

En los pasillos han vuelto a aplaudirme, cuando vieron que Albornoz me abrazaba. Todos muy contentos, menos yo. Prieto me ha dicho que en el banco azul lloraba oyéndome. Largo, que nadie mejor que él puede apreciar el esfuerzo que he hecho, porque recordaba mi estado de ánimo cuando momentos antes del debate hablábamos en el despacho de ministros. No he querido aguarles el contento, pero la escena de esta tarde ni me envanece, ni me consuela de nada. Mi sentimiento, al escribir estos apuntes, es de profunda tristeza. No lo creerían, si se lo dijese; ¡además, para qué desanimarlos! La situación, vista por dentro, como yo la veo, no mejora. De todos modos, el efecto en el público es grande y será saludable.

4 de marzo

Esta mañana ha llegado Casares, y a las diez y media se ha presentado en mi despacho. Está de mejor color, pero muy estropeado aún; tiene fiebre todos los días. Hablamos hasta la una. Le cuento todo lo que ha pasado, para ponerlo *al día* y que no cometa anacronismos. Su resolución es dimitir, sacrificándose por todos. Le hago ver que es imposible, y que si él saliera saldríamos todos. Me cuenta Casares que don Niceto ha llamado por teléfono todos los días, algunos dos veces, para preguntar por la salud de María Victoria, y, aunque Casares se ponía al teléfono, nunca le preguntó por su salud personal; tanto que, un día, Casares le contestó: «Yo también estoy mejor».

Quedamos en sustituir a Menéndez con Manuel Andrés, gobernador de Zaragoza.

Aún estaba aquí Casares cuando ha llegado Gabriel Franco, que forma parte de la comisión parlamentaria que va hoy a Casas Viejas. Quiere saber nuestros puntos de vista. Le cuento lo que sabemos por la declaración de Artal y la negativa de Rojas; que no ponga límite a nada.

Recibo luego a una señorita alemana que, asistida de un taquígrafo, me hace una *interview*. Se propone publicar un libro sobre España. Me pregunta una porción de simplezas; yo le contesto cualquier cosa, y se va muy contenta.

Al salir, el taquígrafo aprovecha la ocasión para pedirme una recomendación.

Después de comer ha venido Guzmán. Le confirmo lo que delante de él le dije ayer a Miquel, propietario de *Luz* (se me olvidó apuntar esto). En efecto, poco antes de salir para las Cortes, estuvo aquí Guzmán, trayéndome a Miquel, a quien yo no veía desde el verano. Parece que Miquel se había quejado de que le era difícil verme, y de que no se le hace caso. En vista de eso, le dije a Guzmán que lo trajera, aunque no me gustase la entrevista, porque suponía que iba a hablarme del asunto del papel. Así fue. Miquel se dejó decir que, «si yo quisiera», se decretaría la elevación de precios de los periódicos. Le hice ver que el ministro de Agricultura había traído una

propuesta a Consejo, pero que no siendo aceptada la reforma por todas las empresas, era muy difícil imponerla; que en Consejo habían votado en contra los tres ministros socialistas, y alguno más, y que en un asunto de esa índole yo no quería ni debía forzar la opinión de los ministros; etcétera, etcétera. Miquel se quejó de la conducta de los socialistas, que en Consejo de ministros se oponen a la elevación de precio, en tanto que a través de las organizaciones de la UGT promueven a las empresas dificultades graves, con aumentos de salarios, etcétera. Conseguirán arruinar a los periódicos republicanos. También me dijo Miquel que la situación de sus periódicos es muy desventajosa para luchar con *ABC* y otros, que traen el papel del extranjero; él está dispuesto a hacer otro tanto, con lo que se agravará la situación de La Papelera. Me habló también de la orientación política de sus periódicos. Bello ha dimitido de *Luz*, porque se niega a hacer campaña contra los socialistas, como quiere Miquel. Por su parte, Miquel se queja de que Bello ha convertido el periódico en un órgano exclusivamente político, y su circulación disminuye. Aseguró que está dispuesto a que *Luz* continúe apoyando mi política. Corté la conversación, porque se hacía hora de ir a las Cortes, pero antes le dije a Miquel que podía dar a sus periódicos la orientación que quisiera, en la seguridad de que yo no me sentiría molesto, ni creería que él había faltado a ningún compromiso; que no teniendo yo puesto en los periódicos ni un céntimo, me guardaría muy bien de dar consejos que pudieran ser perjudiciales a los intereses de Miquel o de otros; que esta respuesta no estaba improvisándola, sino que había pensado siempre así, como Guzmán, allí presente, sabía; que al interesarse en las empresas de los periódicos, lo hizo por gusto o por conveniencia, o por creer que era útil inclinarlos a apoyar al Gobierno; pero que su gusto, su conveniencia o su creencia podían cambiar, cuando y como quisiera, en la seguridad de que yo no me daría por enterado.

Hoy, con Guzmán, he recordado la conversación de ayer, y la he ratificado. Guzmán me ha dicho que ya está convenido el cese de Bello en *Luz* y su pase a *El Sol*, como colaborador.

A las nueve de la noche voy a casa de don Niceto. Le informa de todas las novedades, de la sustitución de Menéndez y de que han llegado a Cádiz el capitán Rojas y Artal.

Se cuenta por ahí que una hija de Alcalá-Zamora ha dicho que su padre pondría el veto a la ley de Congregaciones.

5 de marzo. Domingo

Anoche estuvo aquí Menéndez, sin despedirse particularmente porque aún no había cesado, ni se había firmado el decreto de dimisión. Aunque yo le dije a Casares que corría prisa, ayer no hicieron nada. Me dijo Casares por teléfono que había hablado largamente con Menéndez, el cual se limitó, en lo referente a su cargo, a decir de un modo general que estaba a disposición del Gobierno. Hoy he instado a Casares para que llame por teléfono al gobernador de Zaragoza y le haga venir sin pérdida de tiempo. Así lo ha hecho, y cree que Andrés llegará a las seis. Menéndez está muy tranquilo. Me habló de la declaración de Artal, y la tacha de falsedad. Cree que hay una conjura contra él, urdida por oficiales monárquicos, a quienes manejan el comandante Peyre y el teniente coronel V. Galarza.

Hoy, a mediodía, ha venido Valles, fiscal general de la República interino, porque Martínez de Aragón ha sido nombrado presidente del Consejo de Estado. Poco después de marcharse Vallés han venido Granados, inspector de Tribunales, y un señor Navarro, abogado fiscal que interviene en el sumario por lo de Casas Viejas. Los tres me han dado la misma noticia, a saber: que el capitán Rojas declaró anoche ante el juzgado especial y confesó ser verdad lo que dice Artal, o sea que fusilaron a doce presos, y que Menéndez, en la estación de Madrid, les dio orden de aplicar la «ley de fugas». La cosa es tremenda. Tanto Navarro como Granados opinan que, aunque la afirmación fuese cierta y se dieran aquellas órdenes, es muy dudoso que a Menéndez le alcanzase responsabilidad criminal por ello. Como Menéndez, por su cargo, no puede ser examinado por el juez instructor, la causa pasará al Supremo en cuanto se reciban algunas declaraciones más, que puedan apoyar lo dicho por Rojas. El abogado fiscal se vuelve esta misma tarde a Cádiz, para lo que le hemos proporcionado un automóvil.

He llamado después a Saravia, para darle la mala noticia de la confesión de Rojas, su cuñado. Saravia se conduce en todo este asunto con un estoicismo ejemplar, y aunque tiene un disgusto terrible, no habla de ello ni lo deja parecer.

Saravia me entrega una copia de un documento escrito por Rojas, y que entregó a un notario, antes de salir de Madrid, con encargo de que se publicara, «si a él le ocurría algo». El documento, es decir, la copia, se la ha dado a Saravia una señorita que va al Ateneo, cuyo nombre no recuerdo en este momento, para que me lo entregue a mí, acompañado de una tarjeta suya. El documento es una confesión, e insiste en los intentos de soborno, complicando en ellos a la mujer del propio Menéndez. Como el papel es un escrito a máquina, sin firma ninguna, de poco me sirve, pero coincide en lo esencial con lo que me han contado Vallés y los otros magistrados. Afirma Rojas que el Gobierno no sabía nada de los fusilamientos y que cuando pudo contárselo al ministro, el director general le dijo que no lo hiciera.

¿Qué clase de hombre es el tal Rojas, que ha estado negando durante dos meses, y que todavía el viernes negaba, cuando ya tenía firmado ese nuevo papel?

A las ocho de la noche ha llegado de Zaragoza Manuel Andrés. A las diez y media le ha dado posesión Casares. Mañana se publicarán los decretos. A las once han venido a verme Casares y Prieto. Don Indalecio está muy aplanado.

Cree conveniente que el Consejo del martes se adelante a mañana lunes. Así lo decido, y llamo por teléfono a los gobernadores de Teruel, Valencia y Barcelona para que avisen a los tres ministros que están de viaje.

Zulueta me llama dos veces por teléfono para contarme el resultado de las elecciones alemanas. Cuando le digo que el Consejo, si llegan los ministros ausentes, se celebrará mañana, Zulueta se asusta, porque cree que eso producirá alarma. ¡Vea usted qué cosa!

6 de marzo

Ha venido esta tarde a presentarse el nuevo director general de Seguridad. Todo el mundo dice que es hombre despierto, activo y enérgico. En Zaragoza lo ha hecho muy bien. Hemos hablado un rato. Entre otras cosas me dice que se ha de acabar la exagerada independencia de que disfruta la Dirección General con respecto del ministro. (De esto se me había quejado Casares, y más de una vez le había llamado la atención a Menéndez sobre ello). Cuando estaba hablando con Andrés empezaron a llegar los ministros, y se marchó.

Antes de hablar de política y de los asuntos del día, he hecho aprobar un decreto de Guerra transfiriendo al Estado Mayor Central los servicios de Instrucción, que por piques entre Goded y Ruiz Fornells se quedaron en la subsecretaría cuando resucité aquel organismo.

También me ha aprobado el Consejo una propuesta, y el consiguiente decreto, para destinar La Veguilla, que fue de los jesuitas, a jardín botánico, parque zoológico, etcétera. Tenía yo mucho interés en esto, y lo he apresurado todo lo posible. Ahora falta que sepan ejecutarlo.

Informo al Consejo de la confesión de Rojas, Examinamos detenidamente la situación. Si ahora resulta, por testimonios irrecusables, que es verdad lo de los fusilamientos, en los propios términos en que se venía afirmando, lo más claro es que el mismo Gobierno lo cuente mañana mismo en las Cortes, porque si aguardamos a que se enteren oficialmente por lo que diga la comisión parlamentaria, el efecto será peor. Fernando insiste mucho en que se haga notar que el descubrimiento de la verdad se ha realizado en el sumario, y en virtud de haber ido ante el juez, por orden del Gobierno, los dos oficiales. Quedo yo con el encargo de hablar mañana en las Cortes, para dar cuenta de todo. ¡Es un paso difícil! Prieto teme que la mayoría se nos revuelva. Largo asegura que los socialistas se mantendrán firmes. De los de Acción y de los catalanes, tampoco hay dudas. Sólo existe la incógnita de los radicales-socialistas, cada vez más divididos.

Después he invitado a los ministros a que examinen las eventualidades de una crisis, y las decisiones previas que convendría tomar para cuando se produzca. Nosotros no vamos a dimitir por lo de Casas Viejas, a no ser que

algún grupo de la mayoría nos falle. Pasada esta grave dificultad, nos conviene despejar la situación general provocando la cuestión de confianza, que puede ser con ocasión del proyecto electoral. Pero yo creo que no debo ir a Palacio con ese asunto, sin pensar antes en las ocurrencias posibles. Sería una locura tantear la confianza del Presidente, y si nos la ratifica, bien; pero si se abre la crisis, quedamos con la boca abierta, sin saber qué hacer en cada caso. Domingo opina como yo, expresamente, y los demás asienten.

Largo dice que si se plantea la crisis y empiezan las consultas, los tres ministros socialistas tienen decidido retirarse definitivamente del poder, y quién sabe por cuántos años. «Vamos, que no nos reenganchamos», añade Prieto.

—¿Están ustedes seguros? —les pregunto.

En torno de esto gira la conversación. Les llamo la atención sobre la gravedad de la crisis, que puede conducir a un cambio de política prematuro, y quizás a la destrucción de cuanto llevamos hecho. Es evidente que, sin la conformidad y la colaboración de los partidos que están en el Gobierno, no puede constituirse otro Ministerio que tenga mayoría en las Cortes, y por tanto se trata de saber si, no ocurriendo una derrota en las Cortes, estaríamos dispuestos a consentir que se variase de política. Añado que me produce temor la perspectiva de que el lerrouxismo gobierne o prepondere, porque, aparte de que eso sería la resurrección de un partido muerto, significaría la paralización de la reforma agraria, un retroceso en la política de conciliación con Cataluña, la rehabilitación de March y sus contrabandistas, el predominio de los generales y de otros militares hasta ahora sojuzgados por la República, la libertad de Sanjurjo y la amnistía de los conjurados del 10 de agosto, y una era de favoritismo y negocios, según las tradiciones del romanonismo. Me preocupa mucho lo que haría el ejército si viniese al ministerio un general, o un hombre que no supiera imponer respeto.

La situación no sería la misma si el Gobierno cayera con una derrota en las Cortes, porque la ocasión y los términos de la derrota ya darían una indicación para constituir un Gobierno, que nos parecería bueno o malo, pero que tendría un origen indiscutible en cuanto a su legitimidad. Pero, si no habiendo habido derrota en las Cortes, se plantea la cuestión de confianza y el Presidente decide cambiar de política, el hecho sería muy grave; porque la *indicación* primordial para el Presidente deben ser los votos del Parlamento. Conviene, pues, por si este caso llega, que todos los ministros consulten con sus partidos sobre lo que se debe hacer, y cuáles serían sus planes para el

porvenir. Si nosotros decimos: *no*, la política no podrá cambiar mientras las Cortes nos sostengan.

Si no pudiera formarse un Gobierno con mayoría en las Cortes, habría que disolverlas. ¿Bajo qué Gobierno? ¿Podríamos permitir que se formase un Gobierno anodino, «de funcionarios», como dijo don Niceto hace tiempo, excluyendo a los partidos, como si no merecieran gobernar un período electoral?

Yo estoy dispuesto a llevar nuestra política hasta el fin, sí es que me ayudan; pero si no quieren ayudar, conviene saberlo a tiempo.

Largo dijo que estaba conforme, y que discretamente hablarían de ello en el Comité nacional de su partido. Los otros opinaron lo mismo. Domingo dijo que colaborar con los radicales, de ninguna manera, pero que los socialistas deben hacer posible ese propósito.

A última hora ha venido Menéndez a despedirse. Le acompañaba su hermano. Está muy tranquilo. Recuerda sus servicios, su lealtad. Niega la connivencia con Rojas, así como que él prohibiera a Rojas que le contase la verdad al ministro. Le preocupa la situación militar en que se queda. No puede volver al servicio activo, porque seguramente tendría muchos disgustos, después de lo ocurrido con motivo del 10 de agosto. Lo que le importa es seguir contando con nuestra estimación.

Que las barbaridades de Rojas en Casas Viejas se hiciesen con autorización o por orden de Menéndez, no lo creo. Necesitaré que me convenzan de ello. Mi duda, o mi sospecha, es si Rojas se lo contó todo después y Menéndez se calló. ¿Cuándo se ha enterado Menéndez? ¿Por la declaración de Artal? Esto es lo que importa ahora descubrir.

7 de marzo

En las Cortes, sesión penosa. Con la mayor concisión, he dado cuenta de las averiguaciones practicadas y de la confesión de Rojas[53]. Ya lo sabían oficiosamente los diputados, pero el efecto ha sido fuerte. No se ha producido ningún movimiento desagradable; la impresión es deprimente, y al propio tiempo se advierte que la Cámara está ya saturada de este asunto, y un poco embotada.

Naturalmente, las oposiciones no iban a desperdiciar la ocasión. Eduardo Ortega se ha lanzado al asalto, y ha leído el original del documento del capitán Rojas, que ha producido en las Cortes un efecto malo para su autor. Cuando llegó a leer las líneas en que dice que el Gobierno no supo nada, los diputados lo subrayaron con murmullos, y Ortega, al advertir que aquello favorecía al Gobierno, se aturulló un poco y se confundió. También Martínez Barrio hizo un discurso. Con las buenas intenciones de siempre. Contesté a todos, empresa desairada, no por dificultades dialécticas ni políticas, sino por la amargura que a todos nos produce el descubrimiento de que se han hecho atrocidades, y al discutir, parece que uno quiere disculpar o disimular lo sucedido. Según iba hablando, se me ocurrió echarlo todo a rodar; no es soportable la idea de que en un asunto así parezca que la mayoría nos defiende por mera disciplina de partido, y dije a todos que los desligaba de sus deberes de partido y que cada cual votase lo que le pareciera, con plena libertad[54].

No hubo votación, porque no había ninguna proposición presentada, ni se hizo otra cosa en toda la tarde que comentar la declaración del Gobierno. Todo el mundo se reserva para cuando vuelva la Comisión y dictamine.

Los ministros han estado después en el despacho comentando la sesión. Todos, menos Largo, están un poco deprimidos. Claro: acostumbrados al buen éxito, esta situación se les hace muy cuesta arriba.

El más desconcertado es Prieto, con su impresionabilidad de hombre de la calle. Otras muchas veces, en el curso de estos meses, si yo no le hubiera contenido, hubiera dado con el Gobierno en el suelo.

Fernando está muy asustado. Quería que mandase detener a Menéndez; le da mucho miedo pensar que se fugue. Yo me he negado. Seguramente no se fugará, y detenerlo por orden del Gobierno sería una campanada tremenda. Allá el juzgado.

Cuando estábamos en esa reunión vienen a decirme que el general Queipo, jefe del Cuarto militar del Presidente de la República, le ha dicho públicamente a Solazar Alonso, diputado radical, que él sabe quién tiene una carta de un oficial de la guardia, en la que se desmiente cuanto yo había dicho a las Cortes sobre la detención de los capitanes. Queipo y Salazar, ante la estupefacción de los presentes, han salido juntos a buscar la carta. Esta escena ha corrido de boca en boca por el Congreso, con regocijo de unos y cólera de otros. Que un general, y de la Casa presidencial, haga una cosa así, produce, naturalmente, escándalo. Cuando vinieron a contármelo, no dije nada. Añadieron que Emilio Herrero, jefe de prensa de la Casa presidencial, andaba gestionando con los reporteros que se abstuvieran de contar el suceso en sus periódicos.

También vienen a decirme que, mi ocurrencia de desligar a los diputados de la mayoría de su deber de disciplina de partido para la votación que recaiga en lo de Casas Viejas, les ha sentado mal a algunos radicales-socialistas. Dicen que eso no pertenece al Presidente del Consejo, sino a los partidos mismos. Estos pedantes todo lo confunden, y con nada están contentos: si se les habla de disciplina, votan y refunfuñan; si se les exime de ello, también.

Cuando estaba concluyendo de cenar, me llama al teléfono Miguel Maura. Dice que quiere verme con urgencia, y le invito a que venga en seguida al ministerio. «¿Qué traerá?», me preguntaba yo. «Alguna intriga».

Llegó a las once.

—Aunque usted —me dijo en cuanto nos saludamos— ha dicho que no admite consejos, vengo como amigo a hacerle unas reflexiones, en bien de todos.

—No confunda usted una posición polémica con una relación amistosa. A un amigo que se presenta como usted, le oigo con gusto.

Ha estado aquí más de una hora. Hablando con su voz cálida y llena, y su facundia y volubilidad habituales, que me marean. Toma caprichosamente un punto de partida, y desde él se lanza, haciendo piruetas, sin cuidarse mucho de encadenar las razones.

Comenzó por decirme que el debate sobre Casas Viejas no podía continuar ni un día más. Como yo recordé, para mí, al oír eso, lo que Lerroux dijo en las Cortes el otro día (que no se hablase más de Casas Viejas hasta el

regreso de la Comisión), creí que venía, de acuerdo con Lerroux, a proponerme algo. Me dio las razones que aconsejan la terminación de tal debate: que es escandaloso lo que sucede; que ya hoy se ha llegado a hablar de la mujer de Menéndez (documento de Rojas): que mañana saldrán a relucir los escándalos ocurridos en la Dirección General durante el mando de Menéndez: juergas, borracheras, etcétera, etcétera; que el Gobierno, con todo esto, se cubre de fango; que el Parlamento se desprestigia, y por tanto el régimen; que esto no puede continuar…

Respuesta mía: que en cualquier Parlamento del mundo todo ello se habría ventilado en una sesión, de una manera o de otra, mientras que aquí llevábamos un mes, sin adelantar un paso; que no es el Gobierno quien mantiene el debate, sino las oposiciones, y que se puede acabar cuando ellas quieran; pero que el Gobierno no puede atravesarse en el camino e imponer una conclusión, y que estaba pronto a escuchar lo que tuviera pensado para que no continuase una situación que, después de haberla provocado ellos, tanto les escandaliza.

Maura entonces me aconseja que presente yo mañana mismo la dimisión. Le parece muy mal mi doctrina de que el Gobierno sólo puede caer por una votación en el Congreso; de esa manera, dice, echa usted toda la responsabilidad sobre el Presidente de la República.

—¿La responsabilidad de qué?

—La de un cambio de política.

—Esa la tendrá siempre, cuando decida admitir o rechazar la dimisión de un Gobierno. El Presidente no puede proceder caprichosamente, y una indicación fundamental para sus decisiones es el voto de las Cortes.

—Pues esta tarde, la mayoría le ha dado a usted pretexto para dimitir, porque no ha asistido al Gobierno.

—Se equivoca usted, ya lo verá cuando haya una votación.

Entonces Maura se lanza a describirme la situación de la mayoría: según él, 94 diputados socialistas son enemigos de continuar en el Gobierno, y aunque Largo cree dominar en el partido, se engaña. Toda la UGT sigue a Besteiro. También los radicales-socialistas están alejados del Gobierno, y ya se verá en la reunión que van a tener; etcétera.

Le contesto que si, en efecto, los grupos de la mayoría se disgregan, o nos dejan en minoría, ya no tengo que pensar nada, ni que buscar pretexto para marcharme.

Añade Maura que, dado mi propósito de no caer sino en el Parlamento, y admitido que no conviene una crisis por lo de Casas Viejas, se puede

provocar por un pretexto cualquiera, que se buscaría mañana mismo, y para que el Gobierno quede derrotado, *bastará que los ministros radicales-socialistas les digan una palabra a sus diputados para que voten contra el Ministerio, y derribarlo*. (La *bonhomie* de Maura es increíble. En vista de que él y sus amigos no pueden derrotarnos en las Cortes, viene a pedirme que nos derrotemos nosotros mismos).

Apoya su propuesta con muchos ofrecimientos para intervenir mañana cerca de Lerroux y de otros personajes a fin de *combinar* la derrota del Gobierno, y añade que mañana estará todo el día a mi disposición; no tengo más que avisarle por teléfono. (Ya lo da por hecho, con su vehemencia habitual, y su facundia imperiosa).

Todo ello es para salvar del fracaso y de la inutilización política a doce hombres, que son lo mejor de la República (repite muchas veces lo de los doce hombres, es decir, los ministros); pero se le ha olvidado que ahora no somos más que ocho. Insiste en que lo hace desinteresadamente; el poder no irá ahora a sus manos; no quiere entrar en el poder sino por la puerta grande, cuando los electores le den número de diputados bastante para gobernar, o para pesar decisivamente en las Cortes; precisamente lo que le preocupa es que en las próximas puede tener cien diputados, y eso es demasiado, para no gobernar, y demasiado poco para gobernar; si trajera ciento cincuenta ya sería otra cosa. Pero eso no espera alcanzarlo hasta después de dos elecciones generales. Con Lerroux no quiere nada, ni se prestaría a gobernar con él, ni tampoco Sánchez Román ni don José Ortega.

Probado así su desinterés, repite que hay que salvar de su inutilización política a los doce hombres, que llevan camino de perecer para la República por este asunto de Casas Viejas. El remedio es: la crisis, provocada del modo dicho, *la salida de los socialistas* del Gobierno, y la formación de otro de coalición republicana; en él podrían figurar los mismos ministros republicanos que en el actual.

—De modo —le digo— que, en marchándose del Gobierno los socialistas, *ya no se hablaría más de Casas Viejas* en las Cortes, y ya no quedaríamos inutilizados los demás ministros. ¡Vaya, vaya! Pues yo creo que en las Cortes, como no las disolvieran, se seguiría hablando de eso, queriéndolo un solo diputado, y si nosotros hemos quedado muy mal, cubiertos de fango, y descalificados por lo de Casas Viejas, seguiríamos estándolo en el nuevo Gobierno, o donde nos pusieran. Lo que usted me propone es que me fugue del Parlamento, como Sánchez Guerra el año 22 por

la cuestión de las responsabilidades de África. Yo no me fugo de ninguna parte.

Como yo le preguntase si había pensado en la gravedad de una crisis prematura o de una disolución también prematura, me dijo que la crisis sería facilísima, y se resolvería en 48 horas, porque todos sentirían la presión de la oposición pública y no podrían negarse al requerimiento del jefe del Estado. A este propósito, y sin nómbrame, habló de que los caracteres más inflexibles se doblegan en tales circunstancias. Su padre, don Antonio, era tan inflexible, que los hijos se sorteaban para entrar en el despacho a darle algún recado. (A eso no lo llamaría nadie un carácter inflexible; pero este Miguel es así). Pues con toda su inflexibilidad, don Antonio se avino a presidir el Gobierno nacional con Romanones, Dato, Alba y los que más le habían insultado. (Todo esto de la inflexibilidad debía de ir por mí, prediciéndome que yo también me avendría a presidir un Gobierno de coalición).

Confesó que el Partido Radical es un conglomerado infecto. Con Lerroux no se puede ni hablar, pero tampoco aspira a nada. Del Partido Radical se podrían sacar dos o tres personas que estuvieran bien. Justificó la obstrucción de los radicales, porque Lerroux tenía en las Cortes 90 diputados «inactivos».

—¿Pero es que no saben hacer otra cosa más que la obstrucción?

Se dejó decir que el Gobierno había sido desleal con las Cortes, ocultándoles lo que sabía. Ya aquí me puse serio, diciéndole que no admitiría conversación sobre tal supuesto. Y hasta se atrevió a insinuar que creía en la existencia de órdenes crueles, dadas por Casares, a quien hace meses oyó decir, en un corro de diputados, algo muy parecido a lo de que *no se hagan heridos ni prisioneros*. Le repliqué de muy mal talante, y aquí la entrevista quedó concluida. Poco más habló, y al despedirse repitió que todo el día de mañana estará a mi disposición.

En el curso de la conversación me dijo también que las elecciones municipales se perderán, pero no las elecciones a diputados a Cortes; que en las elecciones de Cortes, interponiéndose él con su partido, dividirá a las derechas y asegurará el triunfo de los republicanos; que toda España va hacia la derecha; que en Almendralejo lo han llevado en hombros; que España es un pueblo admirable, con el que se hace lo que se quiere; que se incorporarán a su partido Royo, Martínez de Velasco y otros agro-monárquicos; etcétera, etcétera.

Le tiene como loco la reunión de los radicales-socialistas para esta noche, y que pueda decidir la votación un señor desconocido, que es médico alienista. En fin, ¡qué sé yo!

Cuando se ha marchado Maura estaban en otra habitación Ramos y Guzmán, y nos hemos entretenido comentando sus desvaríos.

8 de marzo

La prensa de la mañana ha publicado el incidente Queipo de Llano. Hay gente bastante necia para creer que esto pueda traer dificultades al Gobierno.

Cuando salí al despacho, llamé a Saravia y le encargué que extendiera el decreto relevando a Queipo y que pidiese hora a Palacio para ir a firmar. El Presidente me citó para la una, y debió de figurarse de qué se trataba, porque un cuarto de hora después se presentó aquí el secretario general de la presidencia a decirme, de parte de don Niceto, que le llevase el decreto de relevo del general, a quien esta mañana le había pedido la dimisión.

—El encargo del Presidente coincide con mis propósitos. Dígale usted que ya están poniendo el decreto y que para firmarlo le he pedido hora precisamente.

Más tarde vino el subsecretario de Gobernación. Me cuenta que Casares está *derrumbado*. Le falta la fuerza física y se halla además muy deprimido. Comenzó a vestirse esta mañana a las ocho, y al mediodía no había terminado. Permanece sentado al borde de la cama, triste y febril. Quiere marcharse del Gobierno, y según Esplá no parece fácil convencerlo. Su resolución viene de que, habiendo tenido que pedirle la dimisión al gobernador de Cádiz, cree que también él debe dimitir.

Esta resolución de Casares no me sorprende. No es nueva. Quería marcharse, asumir él solo la responsabilidad de todo, y desembarazar así la situación del Gobierno. Se ha necesitado todo el ascendiente que ejerzo sobre él y la gran amistad que me tiene y su propósito de no crearme nunca dificultades para hacerle desistir. Hoy le he repetido a Esplá, para que se las diga a Casares, todas las razones que tengo en contra de su deseo de dimitir. Mi decisión está tomada. No sacrifico a un ministro para salvar al Ministerio. Si ahora abandonase a Casares, no habría modo de convencer a nadie de que él no era culpable de la atrocidad que han hecho en Casas Viejas, y eso sería de mi parte una acción mala. Cualquiera que sea el descuido o la bobería con que en Gobernación se han atenido durante demasiado tiempo a los informes recibidos de Cádiz, y por desairada que sea la posición en que queda el Gobierno, me consta que Casares no ha sabido lo de Casas Viejas hasta que

hemos ido sabiéndolo los demás, y un poco más tarde, porque yo le comuniqué a Ronda, por teléfono y con medias palabras, que habían aparecido hechos nuevos y graves. Estando yo convencido de esto, feísimo sería hacer nada que pudiera echar sobre Casares ni la sombra de una duda. He hablado largamente con Esplá, y se ha marchado con la esperanza de que las cosas que yo decía convencerían al ministro. Cuando se marchaba le he dicho por última vez:

—De todos modos, si Casares no se convence, que me avise, para no ir yo a las Cortes esta tarde y presentar la dimisión de todo el Gobierno.

Vinieron luego el subsecretario de Hacienda y Flores de Lemus. Hablamos largamente de asuntos de aquel ministerio, sobre todo, de cosas de petróleos. Acepto la propuesta de modificar los contratos de transportes de petróleos, que tiene hechos la Campsa, y en los que están escandalosamente interesados algunos consejeros de la compañía misma, entre ellos Maluquer.

A la una, voy a Palacio. Hablamos poco de lo de Queipo, salvo que el Presidente pone mucho empeño en hacerme saber que su primer acto, esta mañana, fue pedirle a Queipo la dimisión. También me dijo que si yo hablaba con los periodistas les hiciese saber que el secretario de la presidencia había ido a poner a mi disposición el cargo del general Queipo.

—Supongo —añadió— que no tendrá usted inconveniente en ello, porque de esa manera se sabrá que yo también me he dado cuenta de la impertinencia del general y su relevo no parecerá una decisión que el Gobierno me arranca.

—No tengo, en efecto, ningún inconveniente.

Hablamos un momento de la situación. Apunté un poco de mi mal humor y de mi desgana y me lamenté del quebranto de la salud de Casares.

—¡Qué! —me interrumpió, con un poco de… codicia—. ¿Casares no puede continuar?

—Sí puede, sí puede —atajé yo—. Está muy cansado, pero en esta situación no sacrifico un ministro.

Chasco. Cambio de conversación. Sospecho que lo tiene montado en las narices, pero no me importa.

Por la tarde he ido al Escorial; he pasado un par de horas en el jardín de la Casita de Arriba, que estaba desierto. Maravillosa tarde, de sol primaveral. Recordé otra, de un mes de marzo en que estuve allí, completamente solo, hace muchos años, la primera vez que volví al Escorial después de salir del colegio.

El día ha sido de pausa y sosiego. Espero con paciencia.

9 de marzo

Antes de salir para el Consejo en Palacio recibo a Gabriel Franco, que forma parte de la comisión parlamentaria, llegado de Casas Viejas esta mañana. Me informa de todo lo que han hecho allí, y cree, como me adelantó por teléfono, que el informe será bueno para el Gobierno y lo firmarán todos.

El Consejo con el Presidente ha sido breve. Se le ha muerto una prima carnal en Alcaudete, y se proponía salir para allí a las dos de la tarde. Casi todo el Consejo se ha dedicado a la política exterior, y luego el Presidente se ha puesto a divagar sobre la República actual comparada con la del 73, y con la época constitucional del 20 al 23 del siglo pasado. «Entonces —dice—, éramos también el pueblo de Europa que tenía el régimen político más avanzado. Pero las Cortes eran de izquierda, el Gobierno moderado, y el rey absolutista». «Creo que el Presidente del Consejo —añadía riéndose—, aunque literato, no se parece nada a los de entonces, y yo tampoco me parezco a Fernando VII». Después ha comparado la reacción de la Santa Alianza con la reacción que se observa en algunas naciones europeas, etcétera, etcétera. Sobre todo esto ha divagado. Yo le he llevado la conversación, entre veras y bromas. En seguida, levantó el Consejo, para ir de viaje. Tanta conversación inútil, creo que iba dirigida a eludir que se hablase de política interior. Estamos en un compás de espera. Por noticias oficiosas averiguo que el Presidente está preocupado por si tendremos o no bastantes votos en las Cortes para salir con bien de este asunto. Yo estoy seguro de que los tendremos, si no me atraviesan los mismos amigos alguna tontería. Conforme lo he llevado hasta aquí, lo llevaré hasta el final, yo solo, puesto que me vi obligado desde el primer día a tomar esa carga, por la grave enfermedad de Casares.

Toda la tarde me he dedicado a trabajar en el ministerio.

10 de marzo

Consejo de ministros en el ministerio de la Guerra. Llevo muchos asuntos de Hacienda. También se aprueban proyectos de Instrucción Pública y se desestima una instancia del conde de Romanones, pidiendo que se le exceptúe de la expropiación de fincas decretada contra los grandes de España, en virtud, dice, de los eminentes servicios que ha prestado a España.

Ya tomado el acuerdo, Prieto le dijo a Domingo: «Si se le hace a usted muy cuesta arriba darle cumplimiento, aplácelo, porque a lo mejor nos vamos».

Largo protestó: «¿Cómo es eso de aplazar lo del conde de Romanones? De ninguna manera».

Domingo: «No me es agradable, pero lo cumpliré, como acuerda el Consejo».

Se habló del dictamen de la Comisión parlamentaria, que conocemos en sus líneas generales, pero no literalmente, porque a la hora del Consejo aún no está terminado. La conclusión que contiene no nos basta. Promoveremos una declaración más explícita de las Cortes y un voto de confianza.

Los ministros radicales-socialistas aseguran que los diputados de su partido votarán con el Gobierno.

Por la tarde voy al Congreso creyendo que el informe de la Comisión parlamentaria se leería pronto y terminaríamos hoy mismo esta cuestión. Pero no ha sido así. Ya ayer se dijo que el diputado Botella, de la Comisión, pretendía que se tomase declaración a los capitanes de la guardia de asalto que firmaron aquella acta de marras, y que estaban dispuestos a decir *cosas graves*. La cosa no pasó adelante.

Esta tarde, cuando ya tenían hecho el informe y se reunían para firmarlo, Botella ha insistido para que se oiga a los capitanes. Algunos diputados, miembros de la Comisión, creyendo favorecer al Gobierno, querían oponerse. Yo llamé a Franco, y le dije que no hicieran tal, que oyeran a todos, y que aplazaran el informe para otro día. Lo mismo pensaban los socialistas. Se reunió la Comisión, y no faltó en ella quien dijese que no escuchaba nuestras indicaciones, «porque la Comisión no está a las órdenes del Gobierno». (Es

mucha la gente quie *piensa* con frases hechas; una cosa tan clara como la que yo les aconsejaba, les parecía una orden). Como fuese, la Comisión podía resolver aplazar su informe y oír a los capitanes, o bien dar por concluido su trabajo, no oír a nadie más y presentar su papel a las Cortes. Pero no hizo ni una cosa ni otra. Firmaron todos el informe, y acordaron presentarlo a las Cortes, con una coletilla, en la que hablan de las demandas de nuevas declaraciones, pero dejando que las Cortes resuelvan si se prolonga la información o no. Es el miedo a tomar la responsabilidad de una decisión. Estando yo en el despacho de Besteiro, llegó el joven secretario de la Comisión, con el informe firmado por todos, y me enteró de lo que habían hecho. Le dije que era una tontería, y no encontró razones para probarme lo contrario.

Todo el mundo sabía que el suplemento de información era innecesario, pues todo lo de Casas Viejas estaba averiguado, pero nadie se atrevía a oponerse. Ante las Cortes, el Gobierno no podía pedir que se renunciase al suplemento de información, pues en tal caso, los más convencidos de su inutilidad habrían dicho que deseábamos *tapar* algo. Así es que me encogí de hombros y dije: «Hagan ustedes lo que gusten». (Todavía tengo esperanzas de que por muchas tonterías que amontonen, acabaremos por pasar a la otra orilla).

Con Besteiro traté del orden de la discusión. Se mostraba conforme, al principio, con no leer el informe en sesión hasta que las Cortes decidieran si se ampliaba o no, y en caso de ampliarse, dejar la lectura para cuando estuviese todo hecho y completo. Pero entonces nos enteramos de que la Comisión había hecho sesenta copias del informe, y las había repartido a los grupos y a los periódicos, sin esperar siquiera a que lo conociera el Presidente de las Cortes, a quien iba destinado. (Así se hacen las cosas; por donde se ve que la mala educación puede tener consecuencias políticas). Entonces decidí también dejar a Besteiro que hiciese lo que más le gustase, y me fui al despacho de ministros.

Allí nos llegó un ejemplar del informe, que Prieto leyó en voz alta, para que se enterasen todos. A los más les pareció bien, pero Prieto y yo les hicimos notar que se equivocaban, porque el informe dice que no han encontrado pruebas que les permitan siquiera insinuar, etcétera, etcétera. No afirman su convicción total y definitiva.

El autor del texto es un joven maurista, García Bravo Ferrer, diputado por Sevilla, y por él siente Fernando de los Ríos una de sus debilidades de pedagogo. A Fernando le parece interesante, inteligente, etcétera, todo el que

se ha sentado en los bancos de la universidad a escucharle. O le ha dicho que quiere «orientarse».

Vista la redacción de esta parte del informe, nos remachamos en el propósito de que las Cortes hagan una declaración formal sobre el caso. Se ve que los diputados de la mayoría que están en la Comisión han cedido mucho en cuanto a rotundidad de las declaraciones, con tal de obtener la unanimidad.

Las Cortes han oído la lectura, sin alterarse. Después se ha hablado un poco a tontas y a locas, para acordar al fin que la Comisión amplíe sus investigaciones hasta el martes próximo.

Después hemos estado en el despacho los ministros, comentando estas cosas. Quién más, quién menos, todos están molestos por las dilaciones que sufre este asunto. «Ahora van a ir contra mí —les digo—. Reparen ustedes que el general Fanjul es el que sostiene que yo estaba enterado de todo, porque me lo comunicaba por teléfono diariamente un periodista de Medina Sidonia. Y lo mismo opina Maura. El propósito de hacer declarar a los militares no es otro que el de buscarme complicaciones por este lado».

Ramos, que entraba y salía en el despacho mientras hablábamos de estas cosas, se maravillaba luego del poco ánimo que me dan los ministros. Zulueta y Giral, como si nada de esto fuese con ellos. Prieto y Fernando, que son los más vanidosos, son también los que parecen más desasosegados. Domingo no dice nada. Albornoz tiene estos días desatada la vena del buen humor y todo lo toma por el lado cómico. Solamente Largo está enardecido y con ganas de pelea. Yo me callo, domino cuanto puedo mi mal humor, y espero.

Estaba cenando cuando me llama Casares y me dice que el juez, después de tomar declaración a Arturo Menéndez, lo ha enviado a Prisiones. Ingresa esta noche como *detenido en comunicación*. La noticia dará ruido. Puede pensarse que sea un exceso de celo, o una medida con segundas intenciones. Dicen que el juez es hechura de Elola, magistrado del Supremo y diputado lerrouxista. El abogado fiscal es pariente de la mujer de Giral y furioso antirrepublicano. Pero funcionario competente.

El hecho me contraría, y considero que es precipitado.

Más tarde, viene mi ayudante Menéndez, hermano de Arturo. Me trae la noticia de la detención. Está, claro, muy disgustado, y supongo que me oculta sus verdaderos pensamientos. Me ofrece la renuncia de su cargo, que no le dejo siquiera formular. La opinión de este Menéndez es que hay una conjura contra su hermano, urdida en venganza de sus actos como director general.

Cuenta que Arturo está furioso, y que ha resuelto no declarar más, negarse a toda diligencia, y no nombrar abogado defensor, etcétera, etcétera. Le digo

que todo eso es un disparate y que aconseje calma a su hermano.

16 de marzo

El interés de todos estos días ha estado pendiente de lo que ocurriría en la sesión de hoy. Aun conocido el informe de la Comisión, y siendo ya claro que el Gobierno no ha dado ocasión a que se cometa la atrocidad de Casas Viejas, y asimismo que el Gobierno no ha ocultado lo que sabía, no faltaba gente política que esperase la caída del Gobierno. No sabían bien por qué, pero la esperaban, y han hecho todo lo posible por provocarla.

Casqueados porque la Comisión no había encontrado ningún motivo de acusación contra el Gobierno, no perdían la esperanza de hallarlo al ampliarse la información. Los capitanes de la guardia de asalto que han declarado, no tenían nada que decir pertinente al caso, ni nada que no fuese ya conocido. Pero ha habido personas empeñadas en buscar algo que pudiera *comprometerme* personalmente. Querían probar que existían órdenes terribles y que las había dado yo. El general Fanjul fue a la división a husmear. Parece que un capitán de Estado Mayor, que estuvo aquí el 8 de enero a recibir instrucciones para el general (que no se encontraba en su despacho cuando yo le llamé), se había dejado decir que él sabía estas o las otras cosas. Fanjul fue con el cuento a Botella, éste lo llevó a la Comisión, la cual citó a Barba. Por otra parte, un tal Ordiales, lerrouxista, capitán de Intendencia retirado, y que perteneció a mi Gabinete militar en 1931, fue a visitar el lunes por la mañana al comandante Burguete, jefe del aeródromo de los Alcázares, y que se halla hospitalizado en un sanatorio, para pedirle que firmase una declaración asegurando que se le ordenó, para el caso de una represión, que no hiciera heridos ni prisioneros. Burguete se negó. Teodomiro Menéndez vino a verme el lunes, y me contó lo de Ordiales, añadiendo que en su visita le acompañó Valdivia, otro militar, que era secretario de la Dirección de Seguridad con Menéndez y su hombre de confianza. Lo de Ordiales no me sorprendió, pero que anduviese en ello Valdivia me llenó de pasmo. Después han rectificado lo referente a Valdivia, pero no lo de Ordiales.

El martes, estando yo en el Congreso, me avisaron de que el capitán Barba y el general Cabanellas estaban en el ministerio, para saber si yo autorizaba o no al capitán para que declarase. Saravia fue a buscarme a las Cortes y me

refirió la conversación que acababa de tener con los dos. En otras circunstancias habría destituido al general y enviado al capitán a un castillo. Pero una medida así habría provocado un escándalo y se hubiera interpretado como un propósito de ocultar la verdad. De suerte que la desatinada conducta de la Comisión, llamando a declarar a unos oficiales, me ponía en un trance muy difícil: o pasaba por querer impedir la investigación, o tenía que disimular una falta de disciplina, de respeto y de lealtad. Me limité a decir al capitán que hiciera lo que estimase su deber y bajo su responsabilidad, y al general le di permiso para que declarase. Todo lo he contado muy al detalle en mi discurso de hoy en las Cortes, y creo que les he convencido de la razón[55].

Los tiros se habían concentrado sobre mí últimamente. En la tarde de hoy, antes de empezar la sesión, el general Fanjul andaba por los pasillos del Congreso aconsejando a otros diputados de oposición que arremetieran personalmente al Presidente, a ver si le hacían perder la calma. Y así lo han cumplido, en efecto, aunque sin resultado. Fanjul no se ha atrevido a hablar. Este general es uno de los agraviados por la revisión de ascensos.

Ayer, miércoles, se leyó en las Cortes el nuevo informe de la Comisión. La declaración del general Cabanellas fue acogida con rumores. Saravia opina que esa declaración es fruto de la tontería del general, y también de un poco de mala intención. Este general es un hombre oscuro, tapado, bizco como los dos diputados que han llevado hoy y ayer la batalla contra mí, que son Samper y Botella. El general dice que no recuerda las palabras literales de las órdenes, omite todo lo que dispuse para que no saliera la tropa de los cuarteles, pasara lo que pasara, y a continuación alude a unos comentarios sobre si *luego* los prisioneros resultan inocentes. En fin, yo no sé qué pensar de estas gentes. Me dicen que el capitán Barba fue delegado gubernativo con Primo de Rivera que es monárquico, y que está manejado por Peyre, y el teniente coronel Galarza.

Los mismos firmantes del dictamen de la Comisión se han dedicado después a destruir el efecto de su informe. Así Lara, radical; Botella y el señor Casanueva, notario de Madrid, monárquico, el cual pretende que eso de «los prisioneros que luego resultan inocentes» es un pedazo de una orden, que se completa con otro pedazo de orden, que cayó o se ha recogido en los Alcázares, según el cual pedazo no debían hacerse heridos ni prisioneros. (Es lo que pretendían hacer declarar a Burguete). La cosa me maravilla, porque yo no hablé con Valencia aquellos días, y ese señor Casanueva creerá sin

duda que es muy agudo al discurrir de ese modo. Y luego tiene uno que alternar con esos señores.

Balbontín promovió un escándalo mayúsculo, porque en respuesta a una interrupción de Pérez Madrigal le llamó ladronzuelo. Besteiro tardó, como siempre, en darse cuenta de los excesos de Balbontín y en ponerles correctivos. Griterío enorme. Besteiro concluyó por expulsar del salón a Balbontín, que estaba muerto de miedo; creía que iban a darle una paliza.

Hoy jueves ha terminado la discusión. El bisojo Samper ha pronunciado un discurso muy bruto contra mí. Barriobero ha estado muy mal. He contestado a todos. Antes de ir a las Cortes, ordené unas notas en mi despacho para guión del discurso. Nunca lo hago, porque no me gusta atarme a un plan. Pero hoy sí, para no confiarlo todo a la improvisación, y he llevado además el original de los despachos expedidos desde este ministerio los días 8, 9 y 10 de enero, que bastan para deshacer lo que pudiera haber de oscuro en la declaración de Cabanellas. Además, aclarado ya todo, no tenía por qué continuar con la reserva y la actitud defensiva de todo este tiempo atrás. El discurso ha sido recibido con aclamaciones por la mayoría y ha producido el aplastamiento general de las oposiciones. Maura ya tiene la respuesta a sus pretensiones del otro día. Hemos tenido 210 votos, absteniéndonos los ministros y el subsecretario de Gobernación. Se han abstenido cinco radicales-socialistas. Las oposiciones se han abstenido en masa, para que no resaltara la mayoría numérica del Gobierno. Les dije que su abstención la tomábamos como voto en contra, y eso les dio mucha rabia. Ossorio ha votado con el Gobierno, y después ha hecho un breve discurso, lleno de buen sentido, con la misma doctrina sobre el Parlamento que yo sostengo siempre y que tanto enoja a los enemigos.

En los pasillos ha habido fuertes gritos y disputas entre los grupos adversos, pero no han llegado a pegarse. Menos mal.

Maura se ha ido del Congreso diciendo que ellos son los defensores del régimen parlamentario.

17 de marzo

Lerroux, en sus cotidianas declaraciones a los periódicos, habla de paz. Se lamenta de que no le pedimos nada.

Consejo de ministros. Estaban todos de buen humor. Delante de todos, he repasado la situación y les he propuesto un nuevo plan político, para salir por donde menos nos esperan. Deseo aprobar inmediatamente la ley de Incompatibilidades y, una vez aprobada, convocar a elecciones parciales para diputados a Cortes, con el propósito de acabar las murmuraciones sobre si las Cortes representan o no la opinión del país. Esquivar la batalla en las Cortes por la ley Electoral y convocar elecciones para los tres mil Ayuntamientos que tenían concejales no elegidos por sufragio y que deben renovarse ahora, según la ley de 6 de enero. Les pareció bien, y quedé en someter el plan al Presidente, para firmar los decretos, que será una prueba de confianza.

Por la tarde, en las Cortes, he entrado un momento en el salón de sesiones para hablar con Besteiro y pedirle que desde el martes se discuta lo que falta de la ley de Incompatibilidades. Mientras hablaba yo con Besteiro en el estrado, Royo Villanova vociferaba a propósito de la ley de Congregaciones.

Después me he ido de paseo. Hemos llegado a Torija, y al regreso nos hemos quedado a merendar en el negro parador del Estudiante de Alcalá. No había nadie. Luego llegaron tres alcalaínos rancios a darme conversación.

Vuelvo al ministerio. Despacho con el subsecretario de Guerra. Viene luego el de Gobernación. Tratamos de asuntos de la Generalidad de Cataluña: traspaso de servicios, Universidad de Barcelona. Me cuenta la visita de Anguera de Sojo, que estaba dispuesto a encargarse de la defensa de Menéndez.

Recibo después al subsecretario de la presidencia, y últimamente a Bolívar y Valderrama, con quienes me entretengo sobre cuestiones relativas a la explotación de Balsaín y el monte del Pardo.

A las diez he concluido.

18 de marzo

Abundantísimo despacho, y no pocas visitas. Por la tarde llamo a Albornoz y hablamos del asunto de Menéndez. Opina el ministro que el desprocesamiento súbito de Menéndez sería hoy una campanada y nadie dejaría de atribuirlo a presión del Gobierno. Cree que la libertad provisional podría obtenerse dentro de unos días, la revocación del procesamiento le parece dudosa, pero la absolución, segura.

He ido a firmar con don Niceto. No alude a mi discurso ni a la sesión del otro día. Comentando la situación parlamentaria, le digo que, según veo en la prensa, los «agrarios» han decidido no hacer obstrucción a la ley de Congregaciones; con lo cual podremos aprobarla pronto. Me cuenta el Presidente que ayer le visitó Martínez de Velasco, jefe de los agrarios, y compañero de don Niceto en el Consejo de Estado. Se tutean. Parece ser que don Niceto le hizo conversación de la ley que se discute y Martínez de Velasco le anunció (¿le prometió?) que no harían obstrucción, limitándose a salvar su opinión en cuestiones de principio. «No creía yo —me dijo el Presidente— que el resultado se viese tan pronto».

También me preguntó el Presidente si yo no tenía ninguna comunicación con Lerroux. Le dije que no, como es verdad, insistiendo en lo que ya otra vez le contesté sobre esto.

Después de firmar con el Presidente, he ido al concierto de la Filarmónica, en El Español. Ha subido mucha gente al palco, con renovado celo amistoso.

Después de cenar han estado aquí Cipriano, Saravia y Guzmán.

19 de marzo

He podido hoy visitar a mi hermana. No la veía, según ella me ha dicho, desde hace catorce meses. Tal vida llevo. Y a mi propia casa no he tenido tiempo de ir más que una vez, a buscar un papel. Mis paseos son una especie de fuga, y el mayor suplicio a que pueden someterme, cuando reingreso en la familia o en la intimidad de amigos, es hablarme de la política o de los asuntos públicos; es como si me arrancasen tiras de carne viva. Lo saben, y apenas si me llaman la atención hacia ese lado porque me es muy doloroso. Únicamente los días o los ratos que estoy de muy mal humor, despotrico un poco, o un mucho, y así me calmo. Pero cuando estoy seriamente preocupado, caigo en la mudez y prefiero que no me hablen de nada.

Por la tarde, hemos ido de paseo hasta El Espinar y hemos merendado en El Escorial.

Vuelvo al ministerio y trabajo hasta la hora de cenar. No salgo después, ni viene nadie.

He tenido carta de Gómez Morato sobre el enredo que pretenden armar algunos suboficiales en África. Le he dado instrucciones.

Dice el subsecretario que Gómez Morato no es hombre para poner aquello en orden, y que sólo piensa en conservar el puesto, porque tiene diez hijos. Lo mismo cree el alto comisario.

El vicio de la indiscreción es terrible. Esplá le ha contado a Menéndez que su situación depende de una conversación mía con el ministro de Justicia. Y Leopoldo Menéndez ha venido a pedirme que yo intervenga. Esto es tremendo. No puedo responder de las torpezas ajenas.

Todavía van a conseguir darme un disgusto gordo. En todo este asunto no he hecho más que padecer los resultados de la inatención y del mariposeo de otras personas.

Gobernación ha funcionado mal. Casares, casi moribundo en el mes de enero, no podía atender a nada. Su quebranto físico tiene que notarse; pero yo no debo abandonarlo a las fieras, para comodidad mía. Su lealtad de siempre no merece tal pago, aunque él estaría dispuesto a aceptarlo.

Menéndez, herido en su amor propio, comienza a quejarse de falta de apoyo del Gobierno, y a preguntarse si sus servicios merecen este trato.

Respecto de su conducta, sigo creyendo que él no dio órdenes atroces, como algunos suponen; bravatas, sí echaría tal vez; pero su indignación parece sincera contra las imputaciones de Rojas. Lo que no está claro aún es si Menéndez se enteró antes que nosotros de los fusilamientos, o se enteró al mismo tiempo. No tengo motivos para opinar seriamente sobre este punto.

22 de marzo

El lunes estuvimos a cenar en la embajada de Alemania. La loca de la Bibesco estuvo diciendo gansadas toda la noche.

Ayer vino Viguri, el gobernador del Banco de Crédito, a contarme cómo van los asuntos de la mina de Puertollano. Me habló además del asunto de los portugueses. Cree que hallaría una manera de hacerles el empréstito, puesto que lo de don Horacio ha fracasado. Le insté para que lo haga cuanto antes.

También hablamos del asunto García Kohly. Hay base para complacerle, puesto que unos propietarios cubanos ofrecen garantías. Quería saber Viguri si esto me parecía bien. Le expliqué las gestiones que yo llevaba con García Kohly, y la importancia que tendría para España contar con un buen amigo en la presidencia de la República de Cuba, para encaminar mejor que hasta ahora la política comercial y las relaciones generales con aquel país. Que un hecho así forma parte de mis propósitos respecto a América, de que ya hay una muestra en el contrato mexicano, y que le rogaba y le instaba a que, salvando los intereses del Banco, favoreciese en todo lo demás esa política. Viguri quedó en hacerlo así, y le hice ver la conexión de ese asunto con el de Portugal, que completaría mi política en lo que se refiere a la Península.

Pues hoy ha venido a verme García Kohly, y me ha rogado que hablase con Viguri, diciéndole si, a juicio del Gobierno, él era o no persona grata para una operación que le habían propuesto al Banco. Cuando acabó de hablar, contestó a García Kohly que lo que me pedía estaba hecho desde ayer, sin que él me lo recordase, y solamente por lo que teníamos hablado de este asunto. García Kohly se ha emocionado, se ha echado a llorar y me ha dado un abrazo. Me hace protestas de agradecimiento y firme amistad y se promete muchas ventajas para los dos países si sus planes salen bien.

También, entre la abundante audiencia de hoy, ha venido el general López Ochoa a quejarse porque no le doy destino. Ha querido murmurar del general Franco y le he parado los pies. Le he dicho que el Gobierno no tiene por qué darle razones de ningún género. Lo reconoce así. Acaba pidiéndome que le deje en situación de cobrar el sueldo entero.

Conversación con Vergara, continuación de la de ayer, sobre el hundimiento de las acciones de ferrocarril. Medidas de Gobierno que conviene adoptar.

Visita de Casares, sobre el asunto de Menéndez. Han confirmado el auto de procesamiento y prisión. Furor de Menéndez. Casares se queja de que el fiscal no nos haya dicho nada. Teme que Albornoz no siga exactamente las indicaciones que yo le he hecho. Pero lo que yo convine con Albornoz es que, dentro de unos días, se obtendría la libertad provisional.

23 de marzo

Consejo en Palacio. Hablamos de política exterior. El viaje de Mac Donald a Roma y los planes de acuerdo entre las cuatro potencias causan aquí cierta impresión. Miguel Maura, con su discreción habitual, ha dicho a unos periodistas en el Congreso: «Todo lo que se está discutiendo ahí no tiene importancia; mientras, en Roma se trata de ajustar la paz de Europa, probablemente a nuestra costa».

El Presidente y Zulueta estiman que el acuerdo de las cuatro potencias es malo, o sería malo, para nosotros. Yo no estoy aún convencido de ello.

Al Presidente no le gusta mucho la ley de Incompatibilidades; cree que es excesivo lo referente a los directores generales, y que la experiencia impondrá una rectificación. Yo creo posible, y aún probable, que algún día la rectifiquen, pero no porque sea excesiva, sino porque es *incómoda* para el mangoneo político. Preguntó don Niceto qué sabíamos de la obstrucción de los radicales; únicamente sabía yo lo que dicen los periódicos: que probablemente no harán obstrucción a los dos proyectos constitucionales que faltan: Tribunal de Garantías y ley de Responsabilidad del Presidente. Estos anuncios coinciden demasiado con las *esperanzas* que el Presidente tenía sobre este asunto.

Ha tirado muchas pullas contra Llopis, director general de Primera Enseñanza, quejándose de que en más de un año no ha querido complacerle en una recomendación que le hizo. Fernando se ha hecho de nuevas y lo ha tomado a risa. Después me ha dicho Fernando que se trata de una recomendación para que se coloque en la Escuela del Hogar a una corsetera.

El Consejo ha terminado pronto y he vuelto al ministerio de la Guerra hasta la hora de ir a almorzar con los diputados de Acción Republicana. Ya antes de ir al Consejo había firmado todo lo de presidencia y recibido a una comisión de alcaldes de los que fueron Sitios Reales, que vienen a pedir cosas.

La comida con los diputados ha concluido cerca de las cuatro. Hacía una hermosa tarde, y he intentado ir a pie hasta el Congreso. Imposible. No había andado cien pasos, cuando ya tenía al lado y detrás otro centenar de personas,

dispuestas a acompañarme, y continuamente engrosaba el grupo. Esto me pone de muy mal humor, y he desistido de darme ese pequeño paseo, refugiándome en el coche de Giral. Nada me contraría tanto como haber perdido el incógnito.

En el Congreso, larga entrevista con el gobernador de Barcelona. Situación general de Cataluña, peligrosa en lo social. Hay además muchos obreros parados, cada vez más, porque afluyen sin cesar campesinos y obreros de Murcia y Almería. La *Esquerra* domina por ahora. Ganarán las primeras elecciones, pero no las siguientes, porque la *Lliga* les va a los alcances. El nuevo jefe de Policía, comandante Pérez Salas, no sirve. Me da extrañas noticias del hijo de Macià, que parece algo *perdis*.

Después, dos horas de conversación con Barcia y Ridruejo, este último director del Banco de Crédito Exterior. Tratamos de la situación monetaria, que por ahora no es mala. La deuda con el Banco de Francia ha disminuido en la cuarta parte. Tengo mucho empeño, y así se lo recomendaba a Carner, en que no se dejase este asunto de la mano, y se vaya poco a poco a subir la peseta para liquidar. Habíamos llegado a deber más de mil millones de francos. Desde que Ridruejo ha salido del Centro de Contratación de moneda, el Banco de España pretende tomar en sus manos la dirección de la política monetaria. Llamaré al director actual del Centro para darle instrucciones.

Hablamos del empréstito, que habrá de hacerse en abril. Probablemente con un medio por ciento menos de interés que el anterior. Me decido por abaratar un poco el dinero, reduciendo el tipo de los descuentos, para entonar la Bolsa y facilitar la aportación de capitales a la industria. Los bancos están ahora mejor que nunca, desde que vino la República. Han recuperado el 80 por 100 de las existencias que les retiraron en 1931.

Para concertar la baja del interés de las imposiciones, tengo que poner de acuerdo a los bancos y a las cajas de ahorros. Como las cajas dependen del ministerio del Trabajo, he llamado a Largo Caballero y le he dicho que mañana mismo inicie las conversaciones para obtener su conformidad.

Han venido al despacho Zulueta y Fernando. Hemos hablado largamente de la situación internacional. Mientras tanto, en el salón de sesiones, se desarrollaba la interpelación de los radicales a Marcelino Domingo por lo despacio que anda la reforma agraria. El asunto excede de las fuerzas de Domingo. Me han dicho que los interpelantes le han tratado muy mal. También me ha atacado a mí un diputado radical, diciendo que yo soy hombre de Ateneo y Academia, hombre de gabinete y de libros, que nunca he salido de Madrid, que no conozco el campo, etcétera, etcétera. Está mal informado.

De todo el Gobierno, el único que ha sido labrador soy yo. Diez años. Y en eso me dejé buena parte de mi dinero.

24 de marzo

Consejo de ministros. Domingo trae unos decretos sobre el corcho, reproducción de otros que ya le rechazó el Consejo, imponiendo como obligación que en todos los edificios costeados con fondos públicos se emplee planchas de corcho en las techumbres y en los muros. El decreto es una barbaridad. La otra vez le dijimos que pidiera informes a los entendidos en la construcción. Nos ha leído un informe del Colegio de Arquitectos, explicando las ventajas de un muro con relleno de corcho en relación con otro de ladrillo, de cierto espesor. Y con esta comparación el bueno de Marcelino creía haber demostrado que el empleo obligatorio del corcho es ventajosísimo. Las más simples observaciones, hechas por Prieto y Largo, le han dejado a Domingo mudo. No sabía qué decir, sino que los corcheros le agobian y le atosigan para que tome esa medida. Así es Domingo. «De manera —le dice Largo— que si los metalúrgicos le piden a usted que prohíba el empleo del hormigón armado, porque eso disminuye el empleo del hierro, usted lo concedería».

No han parado aquí las lástimas. Ha leído después otro decreto sobre restricción de importaciones de aceites de semillas, y tampoco ha sabido qué decir cuando se le ha preguntado qué efectos iba a tener eso sobre la producción del jabón.

Los dos decretos han sido desechados. Domingo se ha quedado como un colegial suspenso en el examen. ¿Qué sería un Gobierno presidido por este hombre? ¿Y qué puede ser la reforma agraria dirigida por él?

Hemos vuelto a hablar de las elecciones. En principio, se acuerda convocar las elecciones en los tres mil Ayuntamientos que tenían concejales no elegidos por sufragio. Se habló de convocar las elecciones para diputados a Cortes, de que hay nueve vacantes. Cuando Prieto ha entrevisto que los radicales podrían sacar dos o tres diputados en la elección parcial, ha torcido el gesto, y ha opinado que se aplazaran. No hemos decidido nada, aunque se trata sólo de un aplazamiento de fecha.

Por la tarde he ido con Negrín a la Ciudad Universitaria y a los terrenos lindantes con El Pardo que van hasta la finca de La Veguilla, la que ha pasado al ministerio de Instrucción Pública para hacer el jardín botánico, etcétera. Se

trata de poner en comunicación la Ciudad Universitaria y los terrenos de La Veguilla, urbanizando una zona. Le ayudaré cuanto pueda, porque a eso iban mis planes, pero dudo que tenga yo tiempo de llevarlo a cabo. ¡Las cosas que han podido hacer aquí, en lugares espléndidos, si en Madrid hubiera habido alguna vez una cabeza directora!

Voy al Congreso. Conversaciones fútiles. Entro un momento en el salón. Allí está Albornoz. Ayer le hablé de la conveniencia de hacer algo en el asunto de Menéndez, sobre quien se extrema el rigor. Me dijo que le parecía bien; hoy me cuenta que ha encargado que se mire el resultado de las nuevas diligencias, por si el fiscal pudiera allanarse a la libertad provisional.

Me encuentro con Casares, que me lleva al despacho. El informador le ha dicho que los amigos de Sanjurjo están dispuestos a sacarlo del penal. Que él no quería, pero que al parecer ya está convencido, y que cuenta con la complicidad de los altos funcionarios de la prisión. Dice el informador que el lunes próximo se tomará en Madrid la decisión de la fuga. De esto ya le advertí a Albornoz en Consejo de ministros. No hizo nada. Hoy le hemos llamado para decirle la urgencia de tomar una determinación. Se ha aturullado un poco. Estos hombres no tienen decisión para nada. Albornoz se va a Asturias esta noche, y nos ha dicho que llamaba a su casa al director de Prisiones para que tome sus medidas. Nosotros le hemos dicho que destituya mañana a los dos funcionarios.

Al llegar al ministerio he telegrafiado al general de Burgos, ordenándole que extreme la vigilancia de la prisión, para prevenir una evasión. Mañana llamaré al director de Prisiones, para que me entere de lo que haya hecho.

Más tarde he despachado con el subsecretario y luego recibo al director de Seguridad. Me da cuenta de la situación general. Por el lado monárquico no teme nada, ahora; pero sí espera un movimiento anarquista. Cree que de los guardias de asalto se puede fiar, después de los cambios que se han hecho en los mandos.

Conversación con Ramos, con Saravia. Cartas, papelotes. Orden para que el capitán Rojas sea sacado de las Prisiones militares, donde está tabique por medio de Menéndez.

Después de cenar no ha venido nadie.

Los papeles me sepultan. Empieza a faltarme el tiempo para tanto como tengo que hacer. Y cada vez me cuesta más trabajo «echar la compuerta» para descansar de las atenciones del día.

Muestras de la «rodeada manera» de hablar de Prieto, cuando quiere ser correcto:

> «… que preconiza la conveniencia de la facilitación…».
>
> «… tres hombres que no pertenecen a la órbita de mis amigos…» «… evidenciaría un fervor que ya está plasmado…».
>
> (Oído en las Cortes).

27 de marzo

He pasado buena parte de la mañana en mi despacho, solo, como domingo. Ha venido el subsecretario a contarme algunas cosas del ministerio que le tienen muy indignado. Por ejemplo, ha averiguado que Ruiz Fornells, cuando era subsecretario, regalaba cuartillas y sellos de correo a su amigo y protegido el teniente coronel Maúlla. Se había introducido la costumbre de que el personal de las secciones franquease su correspondencia con cargo a los fondos de material. Al enterarse de esto, el general Castelló lo ha prohibido. El gasto ha bajado de quinientas pesetas mensuales a ciento.

El secretario particular de Guerra del Río venía todos los domingos hablando con Canarias por el teléfono del ministerio, con permiso de Ruiz Fornells y a cargo de los fondos del material. Cada tres minutos de conferencia cuesta treinta pesetas. El general se ha enterado, y hoy ha expulsado al secretario de Guerra del Río, prohibiéndole que vuelva más por aquí.

En fin, y esto es lo más grave: resulta que me han hecho mal el presupuesto, consignando tres millones de menos en los haberes del personal a extinguir. Ya el año pasado hicieron una cosa igual en la consignación para hospitales, y eché del ministerio al coronel jefe de la sección de Presupuestos. No han escarmentado. ¿Incapacidad o mala fe? Voy a instruir unas diligencias para sentar la mano al culpable.

Por la tarde he ido a La Quinta. El tiempo se ha estropeado. Hacía viento frío y lloviznaba. Pero convine ayer con Besteiro que nos veríamos hoy, porque tenía que decirme algo de parte de Lerroux, y le he citado para La Quinta. Besteiro ha llegado a las cuatro. Me ha dicho que Lerroux fue a visitarle en su despacho, para comunicarle que no obstruirían la aprobación de un convenio internacional sobre estupefacientes, y Besteiro le preguntó si no estarían dispuestos a hacer lo mismo con otros siete proyectos de ley del ministerio de Estado, que contenían aprobación de sendos convenios internacionales. Lerroux contestó que tampoco se opondría a su aprobación; y, en efecto, en la sesión del viernes se aprobaron sin discusión. Preguntó también Besteiro si harían obstrucción al proyecto de Responsabilidad del

Presidente de la República y al del Tribunal de Garantías. Lerroux dijo que deseaba, como sus amigos, que se discutiera primero el proyecto de Responsabilidad, y no lo obstruirían, porque saben el interés que, por motivos de delicadeza, tiene en esa aprobación el Presidente de la República; respecto del de Garantías, opinó Lerroux que no se le debía hacer obstrucción tampoco, pero que necesitaba consultar con sus amigos.

El viernes volvió Lerroux a hablar con Besteiro, para darle cuenta de la consulta. Opinó Lerroux que ellos, los radicales, ya han dado un paso de aproximación no poniendo dificultades a la aprobación de los otros proyectos, y que tampoco las pondrían a lo del Tribunal de Garantías, pero que esperaban que el Gobierno, que es el más fuerte, correspondiese de algún modo a la disposición nueva de los radicales. Ellos esperaban que del Consejo del viernes hubiera salido el acuerdo de convocar tan sólo las elecciones de los Ayuntamientos elegidos por el artículo 29 de la antigua ley, y, sin embargo, no salió. Que se contentarían con que se hicieran ahora solamente esas elecciones, y que le encargaba que me lo dijese a mí, etcétera, etcétera.

Cabalmente, ése fue el acuerdo que tomamos el viernes, y por encargo mío se mantuvo secreto, para que los radicales se rindieran antes de conocerlo. No me ha costado, pues, trabajo darle a Besteiro como respuesta para Lerroux que aceptaba su propuesta, pero que no consideraba bastante que los radicales cesasen momentáneamente en la obstrucción, sino que debían abandonarla del todo y para todo. Hay otras leyes que aprobar, como la de Orden Público, para derogar la ley de Defensa, la Electoral de Municipios, las de Enseñanza, etcétera, que conviene aprobar en esta legislatura. Si la obstrucción se reanudase después de votar la ley del Tribunal de Garantías, cerraríamos las Cortes después del 30 de abril; pero no habiendo obstrucción, seguiríamos trabajando para sacar el mejor fruto posible antes del verano.

Besteiro ha encontrado buenos mis propósitos, y así hablará a Lerroux. Cree Besteiro que la eliminación del lerrouxismo es necesaria, pero no puede hacerse violentamente, y hay que dejar que poco a poco la hagan los electores. Opina que han perdido mucho, o casi todo, en el cuerpo electoral. Le he contado la visita de Lara, para que sepa el origen de la obstrucción radical.

La verdad es que los radicales han hecho todo lo posible para destruirnos, incluso cosas ilícitas y feas. Han perdido, y ahora se encuentran en un callejón del que no saben salir airosamente. «Si me sacas del pozo, te perdono la

vida», vienen a decir. Casi todos ellos continúan barbarizando por esos mítines de provincias, y cubriéndonos de insultos atroces.

Pérez de Ayala me dice hoy, en una carta, que tengo una paciencia casi bíblica.

Averiguado lo del error en el presupuesto, resulta que no hay tal, y que la alarma procedía de que habían empezado a pagar al personal disponible con cargo al capítulo del personal a extinguir. Se ha deshecho la confusión; pero en el origen sigue habiendo tontería y ligereza.

14 de abril

Hace muchos días que no sigo estos apuntes. Han ocurrido algunas cosas de interés político, he hecho dos viajes, uno a Granada y Málaga y el otro a Vizcaya. He estado tan atareado que no me ha quedado tiempo ni voluntad para continuar mi borrador. En los primeros días de la última semana de marzo, todo parecía tranquilo en las Cortes. Se discutió sin obstrucción la ley de Congregaciones. Lerroux le dijo a Besteiro que comprendía la conveniencia de que se aprobasen otras leyes, pero que no se comprometía a nada, sin acuerdo de las demás oposiciones. Se votó sin discusión la ley de Responsabilidad del Presidente de la República. Pero, entre tanto, iban y venían las intrigas, al parecer capitaneadas por Maura. No habiendo podido derribar al Gobierno por lo de Casas Viejas, ni a consecuencia de los «consejos» que vino a darme en el ministerio, urdió otra cosa, a su parecer, incontrastable.

Entraron en bureo los jefes de los grupos de oposición, y el viernes 31 de marzo, al llegar a las Cortes, los periodistas me dijeron que iba a publicarse una nota, especie de manifiesto contra el Gobierno, suscrito por los grupos republicanos de oposición; que la nota, redactada por Maura, era violentísima contra mí, y que no la habían dado aún a los periódicos, porque estaban *limándola* un poco. El pretexto de la nota era éste:

Todos los diputados, sin excepción, deseaban que hubiera vacación parlamentaria durante dos semanas o tres, para descansar un poco y atender a la campaña electoral, puesto que están convocadas las elecciones municipales parciales. Mucha gente me hablaba de ello, y yo también consideraba útil la vacación, que además contribuiría a calmar los ánimos. Al Presidente de la República le parecía como a mí y a todo el Gobierno. En tales condiciones, hablé a Besteiro, que también aprobaba el propósito de cerrar, y le encargué que tratase con las oposiciones, como Presidente de las Cortes, para llegar igual que se hizo el año pasado, a un acuerdo unánime. Besteiro sometió el caso a Lerroux, quien ofreció contestar, según lo que deliberasen juntos. Todo el mundo estaba en la idea de que se cerrarían las Cortes durante las fiestas de la República. La nota de las oposiciones es, formalmente, la respuesta a la

consulta de Besteiro. En el fondo es un nuevo ataque para desmoronarnos y conseguir que se vayan los socialistas. La tesis de aquellos señores es: que *dejarán* aprobar la ley de Congregaciones y la ley del Tribunal de Garantías para que, votadas las leyes que la Constitución manda hacer por estas Cortes, el Presidente se halle en libertad de disolverlas, si fuese necesario. Y como ellos estiman que suspender las sesiones es una habilidad del Gobierno para prolongar su vida, etcétera, etcétera, se oponen a que haya vacaciones y si las hubiese lo estimarían como un atropello, etcétera, etcétera.

La nota me trata muy mal. Me llama caprichoso, desdeñoso, rencoroso, etcétera.

Se ve la pasión personal de Maura contra mí. Vuelven a decir la estupidez de que la República no puede confundirse con un Gobierno ni «menos con un hombre». Esta última expresión, que estaba en el ejemplar que a mí me dieron, ha desaparecido del texto que he visto impreso en algunos periódicos. Se conoce que en eso consistió la lima; creo que quitaron alguna otra cosa más.

Nos llevaron la nota al despacho de ministros. Estábamos cinco o seis. Prieto la leyó en alta voz. Se enfadaron mucho. Yo recuerdo que me indigné bastante, por el tono personal y agresivo contra mí. Que me traten de ese modo gentes que se llaman mis amigos, que han sido compañeros míos, y que no pueden desconocer mis servicios, es difícil de tolerar. Mi primer movimiento fue el de ir a entregar al Presidente la renuncia de mi cargo.

—Pero eso sería darles el triunfo —decían Largo y Fernando.

—No lo crean ustedes, porque a mí no me domestican. Si me voy, me iré tan de veras, que ya no tendrán que ofuscarse por mi presencia. Y a ver cómo se las arreglan.

Hablamos largamente. Pregunté a los socialistas qué harían en caso de crisis, si el Presidente abría las consultas. Caballero dijo que no apoyarían a ningún Gobierno donde hubiese radicales, y que estarían dispuestos a seguir colaborando en otro Gobierno parecido al actual.

Se apuntó por alguien la sospecha de que el Presidente de la República pudiera haber dado esperanzas a los radicales de un cambio de Gobierno después de aprobadas las dos leyes. El más desconfiado era Prieto, que no veía clara la actitud de don Niceto. Otros se inclinaban a temer lo mismo, porque no comprendían que las oposiciones se lanzaran a tanto sin alguna seguridad de parte de la Presidencia de la República. Yo insistí en que no tenía motivos para dudar de la conducta del Presidente.

Añadí que siempre había estado dispuesto a aceptar alegremente las consecuencias de la contienda en las Cortes, ya nos derrotasen, ya se nos descompusiera la mayoría. Pero que si, como buscaban, el Gobierno caía por una intriga, que recordase las del antiguo régimen, los autores del hecho iban a llevarse un chasco si pensaban domesticarme haciéndome entrar en el nuevo Gobierno. Me iría de él y del Parlamento, o para retirarme a mi casa o para campar por mis respetos y a mis anchas en la plaza pública.

La conversación se interrumpió, porque yo tenía que tomar el tren aquella misma noche para Granada, y antes tenía que firmar con el Presidente de la República algunas cosas urgentes. Salí, y cuando estaba cerca de la puerta de la calle me llamó Besteiro. Estaba en su despacho con Fernando, que quizás alarmado por mi disposición, fue a decirle al Presidente que hiciese algo por tranquilizarme. Besteiro estaba muy sonriente. Calificó de burrada la nota y me dijo que, pues iba yo a pasar tres días fuera de Madrid, los aprovechase para pensar despacio lo que convenía hacer. Le contesté muy tranquilo. Y bromeando, nos despedimos.

Llegué a casa del Presidente a las ocho y media. Mientras firmaba le hablé de la nota, que ya conocía. Me vio airado, y como si fuese una réplica me habló a su vez de la nota que habían dado los radicales-socialistas, a propuesta de Galarza, enumerando un vasto programa legislativo para proponérselo al Gobierno. (Galarza me había dicho algo de esto por la tarde, pero yo no le hice gran caso, porque no tenía importancia). El Presidente tuvo algunas expresiones duras para Galarza; creo que le llamó «niño estúpido». Repliqué lo conveniente: que tales reuniones y mociones de grupo, dentro de la mayoría, no tenían valor alguno; que los grupos apoyaban al Gobierno; que nadie podía estorbarles que trazaran planes para lo porvenir, siendo el Gobierno libre de aceptarlo o no; y que como él bien sabía, esas iniciativas estaban sometidas a la disciplina común y no podían influir en la marcha de la política ni en la cohesión de la mayoría. Volví a llamarle la atención sobre lo insólito del tono y de las pretensiones de la nota. Respecto de lo personal, le anuncié terminantemente que, si mi presencia en el Gobierno era un estorbo para la paz entre los príncipes republicanos, estaba dispuesto a eliminarme, no sólo del Gobierno, sino de la política, en la que no tengo nada puesto y en la que me hallo un poco forzado. Respecto del fondo, opiné que coligarse las oposiciones y declarar, como declaran, que no permitirán que se apruebe ninguna ley para que se vaya el Gobierno (con el que renuncian a discutir en las Cortes, *para no proporcionarle* nuevos triunfos parlamentarios), era un modo de *echarse al monte*, acabar con el régimen de mayorías, y realizar una

especie de pronunciamiento sin cometer delito. Lo que hacen ahora las oposiciones es la segunda parte del pronunciamiento de Sanjurjo, y, en el fondo, por las mismas preocupaciones. Sanjurjo declaraba *facciosas* las Cortes, tomando la expresión de don Melquíades, el cual ahora es también el inspirador de la coalición de los grupos y califica de *perfecta* la nota. Ellos pueden, sin cometer delito, y abusando del reglamento de la Cámara, inutilizar el Parlamento, expulsar al Gobierno y sobreponerse a la mayoría y al Presidente de la República, forzándole a disolver o a cambiar de Ministerio. Si la coalición de los obstruccionistas triunfa, lo primero que deberán hacer, le dije al Presidente, es poner en libertad a Sanjurjo, y, en efecto, él así lo espera, anular la sentencia que lo condenó, darle excusas y ascenderlo, pues al fin Sanjurjo quiso hacer, jugándose la cabeza, lo que estos señores realizarían a mansalva.

El Presidente asintió a algunas de las cosas que le dije, sobre otras guardó silencio y se sonreía; me dijo también que Maura se equivocaba al suponer que la ley de Orden Público no es de las que deben votarse por estas Cortes para completar la Constitución.

Ya de pie (la conversación fue rápida y breve) le dije que el martes, a mi regreso, se reuniría el Consejo de ministros y tomaríamos acuerdos, de que le daría cuenta.

Me despedí, vine al ministerio a recoger a mí mujer, y a las nueve y media tomamos el tren para Granada. Nos acompañaban Ramos y Guzmán con sus mujeres. Estaba yo un poco febril de ánimo aquella noche, y aunque hablaba poco, me bullían en la imaginación las réplicas más contundentes a la nota de las oposiciones. Si hubiese habido debate aquel día, o al día siguiente, creo que nos hubiésemos divertido.

Me contaron, durante el viaje y después, algunas cosas respecto de la confección de la nota de las oposiciones. La redactó Maura, en efecto, y Lerroux le felicitó por su acierto. En algunos grupos hubo discrepancias. Los federales la aprobaron por mayoría, derrotando a Franchy Roca y a Valle. Franchy, después de votar contra el texto de la nota, aparece firmándola. ¿En qué ocasión se habrá sentido este varón tratado por mí con desdén rencoroso? Nunca hemos cambiado más que palabras corteses Le he felicitado alguna vez por sus discursos, que valen poco. Le hicimos fiscal de la República, cargo que desempeñó mal, por su aplatanamiento conocido, y siendo nuestro fiscal general votó contra el Gobierno en las Cortes. Hace pocas semanas le ofrecí la presidencia del Consejo de Estado, cargo que no aceptó por discrepancia política, pero indicó que aceptaría una plaza de magistrado del Tribunal

Supremo. Estas plazas son inamovibles, y no lo es la presidencia del Consejo de Estado. No obstante, el señor Franchy firma un documento en que se declara tratado con *desdén rencoroso*.

El señor Franchy es un ídolo de los republicanos canarios. Conocida su firma en la nota, han comenzado a llover sobre los federales telegramas de protesta de sus grupos locales. De Canarias han venido muchos, y tan fuertes, que según me ha dicho a mí el propio diputado federal Valle, no se los han dado a leer a Franchy para que no se muera del disgusto.

Parece ser que Maura le enseñó la nota a Sánchez Román, pidiéndole su firma. Sánchez Román se la negó, y le dijo que ya tenía edad para darse cuenta de la gravedad de lo que iba a hacer.

También le consultaron a don José Ortega, que se negó a firmar. Corrieron rumores de que a Ortega le había parecido muy bien la nota, y él lo ha desmentido en un comunicado de prensa.

Entre los radicales, hay algunos que no están conformes con la obstrucción ni con la nota. Pero yo creo que son los menos. Se ha dicho que Maura impuso su voluntad a los diputados que le siguen. Sobre esto no tengo datos seguros; pero el mismo día que regresé de Granada, vino a verme, en el despacho del Congreso, don Carlos Blanco (de cuyo paso por la Dirección General de Seguridad en los primeros días de la República nos quedan recuerdos tragicómicos), presidente del Consejo de Estado hasta hace pocos días, y hombre importante en el grupo maurista. Don Carlos venía acompañado del marqués de Fontalba a recomendarme que se exceptuase de la reforma agraria una finca del marqués. Oí sus pretensiones, y le dije a Blanco que estudiaríamos el caso sin «desdén ni rencor». Se puso colorado, y me contestó que ésas eran «cosas de Miguel», que «ya sabe usted como es».

—¿Pero usted las aprueba?

—Es cuestión de disciplina del partido.

—Pues ponga usted en la cuenta de la disciplina las cosas graves que pueden ocurrir, si don Miguel se sale con la suya.

Aquella misma tarde me dijeron que don Carlos Blanco despotricaba contra Maura en los pasillos del Congreso.

Casi nunca duermo en el tren, y llegué a Granada después de una noche en blanco. El tiempo estaba cubierto. No se veía la sierra. En el Alhambra Palace hacía frío. Visitamos una vez más la Alhambra y el Generalife. Imposible recrearse en nada seguido de tanta gente. Aunque encargué que no avisasen a nadie de mi llegada, y que deseaba pasar inadvertido, las autoridades estaban ya en la estación. El gobernador había desplegado lo mejor de su celo.

Encontré al general García Aldana más caduco que la otra vez. Los periodistas provincianos son aún más indiscretos y peor educados que los de Madrid. Han tomado la costumbre de introducirse en los corros donde está uno de conversación particular y tomar taquigráficamente todo lo que oyen. Tuve que llamarles la atención y hacerles retirarse. Alguno telegrafió al *ABC* unas fantásticas declaraciones mías, dando a entender que pronto dejaría de ser ministro. Con eso abundan en la campaña de tales periódicos monárquicos, que aplauden la táctica de las oposiciones republicanas, según las cuales el Gobierno caerá inmediatamente.

Después de comer salimos para Motril y Málaga. Cuando llegábamos a Málaga, poco después de anochecer, llovía. Toda aquella noche, y al día siguiente, llovió a torrentes, con pocos descansos. En la puerta del hotel de Málaga había una compañía de guardias de asalto, y muchos policías. Los hice retirar a todos. El gobernador, que es un gallego aparatoso, se lamentaba de no haber dado más esplendor a mi recibimiento, y el general de la brigada quería obsequiarme con honores militares. Se pusieron muy pesados. Al general tuve que decirle que los honores militares no eran una cortesía que él quisiera gastarme, sino un derecho de mi cargo, y lo renunciaba, y le ordenaba que no hiciese nada. Sólo así se estuvo quieto.

Al día siguiente por la mañana, aprovechando una clara, hicimos una excursión por la carretera de los montes. Por la tarde, seguimos la carretera de Algeciras, pero llovía de tal modo que tuve que regresar. También, al anochecer, nos paseamos un rato a pie por la carretera de Torre del Mar.

El lunes salimos para Ronda. Vinieron al hotel, entre otros, las autoridades militares, y con ellas el coronel del regimiento 17, Pareja, que es uno de los jóvenes *africanistas* a quienes ha alcanzado la revisión de ascensos. Le noté un poco tieso y como apartado. Después de hablar yo un rato con el general, llamé a Pareja, sacándole del corro, tratamos del acuartelamiento de su fuerza, le dije algunas cosas amables y se quedó muy contento y agradecido. Sé que ha telegrafiado después al subsecretario, hablándole de esta entrevista.

El camino normal para Ronda estaba cortado por las lluvias. Tomamos la vuelta de Antequera, con gran rodeo. La carretera es mala y dificultosa. El tiempo había mejorado. Al mediodía dábamos vista a la vega de Antequera, espléndida. Ya la había visto hace muchos años, pero en otra estación. Ahora estaba lucidísima. En Antequera nos obligaron a detenernos y nos llevaron al Círculo de Acción Republicana. Brindis, abrazos, vivas. Antequera está dominada por unas cuantas familias terratenientes, monárquicas. El alcalde es

radical. Cuando se propaló, con motivo de lo de Casas Viejas, que iba a caer el Gobierno, el alcalde mandó preparar cohetes y que la música estuviese dispuesta, para festejar la crisis. Enterados los republicanos y socialistas enemigos del alcalde, hicieron correr, en *secreto*, el rumor de que cuando sonase la música y se oyesen los cohetes sería la señal de que don Manuel Azaña había dado permiso para que durante veinticuatro horas cada cual hiciese en el pueblo lo que le diese la gana. El *rumor secreto* no tardó en llegar al alcalde, y aterrado, mandó echar los cohetes en un charco.

Por fortuna, no hubo crisis y no tuvo que salir la música.

También nos detuvieron en Campillos, pueblo enteramente socialista. Visita al Círculo, vino, salchichón, abrazos, vociferaciones. Mayor retraso. En Cuevas de Becerro, donde ya había gente de Ronda esperándonos, nos hicieron entrar en el pueblo. Total: llegamos a Ronda a las cuatro. Comimos a esa hora en el hotel. Admiramos casi todo lo que hay que admirar allí, y lamenté, para mis adentros, los destrozos que se han hecho en la parte vieja de la ciudad.

A las siete tomamos el tren para Madrid y llegamos el martes a las nueve. Aquella misma mañana tuvimos Consejo de ministros.

Examinamos la situación creada por la nota de las oposiciones. Del lado del Parlamento la situación es clara, porque la mayoría está más unida y más enardecida que nunca. Pero la tesis de las oposiciones, a saber: que permitirán aprobar dos leyes, la de Congregaciones y la del Tribunal de Garantías, y que acto seguido el Gobierno deberá dimitir, es inadmisible. Nosotros no podemos ser un Gobierno interino ni a fecha fija, tanto menos, cuanto que nos quedan muchas cosas por hacer. Y como hay en algunos ministros la sospecha de que el Presidente pudiera en parte ser de la opinión de las oposiciones y tener pensado que el Gobierno se vaya en cuanto se voten esas leyes (más la de Orden Público, según apuntó en su conversación conmigo) decidimos dar un paso cerca de don Niceto que le diese ocasión de retirarnos su confianza o de ratificarla. Escogimos proponerle la clausura de Cortes por decreto, durante quince días, como puede hacerlo según la Constitución. También le encargué a Casares que, para el Consejo del jueves siguiente en Palacio, tuviese concluido el proyecto de ley de Orden Público. Don Niceto cree que este proyecto no se ha redactado por *terquedad* de Casares. Y no es así. Hace tiempo que Casares trajo a Consejo el anteproyecto de la Comisión jurídica asesora, que no nos gustó, y encargó a Anguera de Sojo que hiciese otro y un proyecto de ley de Vagos. Este último ya lo han terminado, y el de Orden

Público estaba para concluirse. Quedamos en que para el Consejo del jueves lo llevaría.

Mucho hablamos en aquel Consejo. Los ánimos estaban un poco tirantes. Largo y los otros socialistas decían que los propios adversarios de la colaboración ministerial, dentro de su partido, han cambiado de parecer, en vista de las circunstancias, y que están dispuestos a hacer todo lo necesario para que la maniobra de las oposiciones no prevalezca.

Por la tarde fui a ver a don Niceto y le expuse la situación. En suma, que necesitábamos poner en claro, ante el país y la Cámara y para nosotros mismos, si éramos o no un Gobierno interino, y si contábamos con su confianza. Don Niceto me dijo que en ningún caso se le ocurriría tener un Gobierno con funciones limitadas, ni en cuanto al tiempo ni en ninguna otra manera. Que estaba de acuerdo en que la obstrucción no puede ser causa para derribar un Ministerio. Que la propuesta de cerrar las Cortes por decreto le sorprendía mucho, y no la esperaba; que le parecía una determinación peligrosa, porque podía parecer que él tomaba partido en la contienda; que podría hacerse lo que nosotros deseábamos en otra forma y con motivo de otros proyectos, y que convenía que lo pensáramos, dándole también a él tiempo para pensarlo. Que a su juicio, las Cortes tenían facultad para acordar la suspensión de sesiones, y que era demasiado extraordinario que las vacaciones se acordaran por decreto presidencial.

No le vi mal dispuesto para satisfacer los deseos del Gobierno de alguna manera, y quedamos en que consultaría con los compañeros. Me reuní con los ministros en el Congreso. Les expuse los puntos de vista del Presidente. En una cosa convinimos todos: en que, del Consejo del jueves en Palacio, tenía que salir o una ratificación de confianza o la crisis. En esta conversación, que duró mucho, Fernando de los Ríos me dijo que no recordaba él que el acuerdo del Partido Socialista, para seguir colaborando aunque se plantease la crisis, fuese tan explícito y terminante como había dicho Largo Caballero. Esta duda me sorprendió mucho, y le dije que era menester resolverla al momento, porque yo no podía ir a plantear una crisis sin saber las soluciones que podía proponer al Presidente, y que si los socialistas no estaban dispuestos a seguir en el Gobierno en caso de que se abriera la crisis, mi conducta tendría que ser muy diferente (en esta parte de la conversación no estuvo presente Largo Caballero). Marcelino Domingo dijo que la actitud de los radicales-socialistas dependía de la de los socialistas, pues si éstos continuaban formando parte de otro Gobierno como el actual, ellos secundarían, y se negarían a apoyar un

Ministerio formado con los radicales y con exclusión de los socialistas; por el contrario, si se negaban a colaborar, pensarían lo que habían de hacer.

El miércoles vi de nuevo al Presidente. Le dije que, visto el carácter extraordinario que tiene en la Constitución la facultad de cerrar las Cortes durante el período obligatorio de sesiones, nosotros no teníamos empeño en emplear ese medio; pero que como él me había dicho que la firma otorgada a otros proyectos de ley podría tener una significación tan expresiva como nosotros la deseáramos, al Consejo del día siguiente, en que trataríamos de la cuestión ampliamente, le llevaría dos proyectos: el de Orden Público y el de Arrendamientos de Fincas Rústicas, y a la firma de estos proyectos le daríamos el carácter que el Gobierno entendía que debía dársele, si, después de oír nuestra exposición, el Presidente los firmaba. Don Niceto se mostró conforme. Me dijo, además, que pensando en la proyectada clausura de Cortes por decreto, le había encontrado un nuevo inconveniente: el de que, si se cerraban las Cortes el día 9 y se reanudaban las sesiones el 28, las oposiciones podían venir en tal disposición que hiciesen necesaria la clausura, y entonces ya no tendría el Presidente medio de hacerlo, por haber gastado su potestad en un primer decreto. Esto no me convencía mucho en cuanto al fondo, porque cerrando por quince días, aún podía cerrar por otros quince; pero aparte de que dos breves clausuras tan seguidas, hechas por decreto, se entenderían como impotencia de las Cortes, aprecié las palabras del Presidente como una insinuación de lo que se propondría hacer, en caso de que la obstrucción fuese invencible, una vez que las Cortes hayan funcionado los tres meses que manda la Constitución.

El Presidente ha vuelto a decirme que él debe permanecer apartado de las contiendas de partido, sin incurrir en la responsabilidad de inclinarse a un lado ni a otro, y que de eso viene su resistencia a suspender las Cortes por decreto; al día siguiente, los enemigos del Gobierno la emprenderían también con el Presidente de la República. Le contesté que me parecía bien y que nunca le pediríamos que se mostrase parte en nuestras contiendas, pero que había responsabilidades que no podía evitar, porque son las propias de su función; tales serían, por ejemplo, las que tendría que asumir al resolver una cuestión de confianza.

En esta conversación, el Presidente ha extremado sus demostraciones de lealtad y claridad para con el Gobierno; habló mal de Miguel Maura; y me dio a entender, con muchos arabescos, que se reservaba más de lo que me decía.

Nuevamente vi a los ministros aquella tarde en el Congreso. Fernando de los Ríos me dijo que, por la mañana, se había reunido la Comisión ejecutiva

del partido, y que el acuerdo era, en efecto, tal como Largo me lo había dicho. Domingo ratificó la situación de los radicales-socialistas. En todas estas conversaciones, Prieto se sonreía con escepticismo. Su impresión seguía siendo de desconfianza en el Presidente. Yo les dije que se engañaban, y que en el Consejo del siguiente día, para el que ya había trazado mi plan, quedaría todo resuelto.

Era absolutamente inexcusable poner las cosas en claro, y cada día más; porque las oposiciones y su prensa, sobre todo la monárquica, no se hartaban de decir que no contábamos con la confianza del Presidente; que no nos atrevíamos a contarle oficialmente lo que pasaba ni a plantearle el caso; que lo teníamos poco menos que secuestrado; que cualquier Gobierno, en circunstancias tales, habría dimitido, etcétera, etcétera.

Se atrevían a suponer que el Presidente asiría la ocasión por los pelos para despedirnos.

Pensando en el Consejo del jueves, me propuse que la solución no fuese una evasiva ni un equívoco y, como el Presidente me había dicho que la firma de otros proyectos de ley, podría ser una demostración tan *expresiva* como el Gobierno deseara, tracé los medios de que así resultase.

En la mañana del jueves, antes de ir al Consejo, hice en mi despacho el borrador de la nota oficiosa. No era admisible que la firma de los dos proyectos de ley quedase en una mera satisfacción para nosotros, sino que había de dar todo el efecto político apetecido. Para conseguirlo, habría que anteponer al hecho de la firma una exposición y el valor que el Gobierno le daba. Llevé el borrador al Consejo, para que si las cosas salían como yo las pensaba, no fuese necesario improvisar un texto.

En el Consejo, después de las amenidades dilatorias que el Presidente saca de un volante, en que apunta los asuntos que le interesan, se habló de política internacional. El Presidente aprobó mi propósito de ir a Baleares y el de acelerar los trabajos de fortificación. Dijo cosas muy atinadas con respecto a Portugal y a la conveniencia de que España nunca favorezca los arreglos que tengan por base el reparto de las colonias portuguesas. Portugal, sin colonias, necesariamente se apretaría más con España, y es menester que esta política no se haga imposible amparando o consintiendo un despojo, o aprovechándose de él.

Después tratamos de la política interior y expuse la situación del Gobierno, que no podía continuar bajo el supuesto de ser interino, ni en su propia intención, ni en la del Parlamento, ni en la del Presidente de la República.

Afirmé que la obstrucción parlamentaria nunca podría determinar, salvo que el Presidente estimase otra cosa, la caída de un Gobierno, porque eso sería anular al Parlamento y al poder presidencial, mediante un golpe de Estado incruento.

Que el Gobierno se había constituido con un programa, cuya conclusión estaba lejos. Que no podíamos aceptar que sólo se discutiesen las leyes y por el orden que las oposiciones quisiesen y que necesitábamos saber si el Presidente aceptaba nuestros puntos de vista, para someterle dos proyectos de ley, que serían leídos en las Cortes inmediatamente, proyectos que son de los excluidos de su tolerancia por las oposiciones: Orden Público y Arrendamientos.

El Presidente, midiendo mucho las palabras, repitió lo que ya me había dicho en días anteriores, y que el hecho de firmar dos proyectos de ley, cuya aprobación en las Cortes requería varios meses, era una demostración más expresiva que no el haber dado el decreto de suspensión de sesiones por quince días. Habló un rato largo, y a satisfacción de todos.

Cuando el Presidente terminó, yo dije que, aun a riesgo de infringir el protocolo, pedía permiso al Presidente para invitar, como les invitaba a todos los ministros, a que dijesen su parecer sobre el caso, o hiciesen las observaciones que tuvieran por conveniente a lo que yo había dicho (si es que no había acertado a expresar la opinión común), o a lo que había dicho el Presidente (por si les quedaba algún resquemor).

El Presidente dijo que sí lo autorizaba, y los ministros no hicieran observación alguna.

Entonces añadí yo que había pensado dar una nota oficiosa de lo tratado en el Consejo. La indicación le hizo alguna mella, como notamos todos, pero se le pasó al instante. Quizá no esperaba que se diese una nota, o temía que me excediese en los términos, y este supuesto es el más probable, porque de guardarse en secreto el acuerdo era absurdo suponerlo.

—Bueno, redáctela usted —me dijo.

Puse en limpio la nota que llevaba yo en el bolsillo, y le añadí en el último párrafo, o sea el de la firma de los proyectos de ley, como consecuencia de la exposición hecha por mí, que daba valor al hecho de la firma.

Leí en alta voz la nota. El Presidente la encontró bien, y respiró. Deduje que temía alguna palabra o alguna declaración que fuese dura para las oposiciones. Los ministros la encontraron también muy acertada.

Luego se examinó la ley de Orden Público, en gran parte. Firmó el Presidente los decretos autorizando la presentación a las Cortes de ambos

proyectos, y como se había hecho tarde se levantó el Consejo.

Cuando se fue el Presidente, todos los ministros se declararon satisfechos y alabaron la redacción de la nota. Prieto me dijo que, sin la nota, él no hubiera quedado contento. Domingo encontraba correcta y leal la conducta del Presidente.

Al salir de Palacio entregué la nota manuscrita a los periodistas, que la esperaban con ansiedad.

Hoy se celebra el segundo aniversario de la República. Hemos empleado la mañana en inaugurar grupos escolares. Algunos son muy buenos y todos alegres, cómodos y decentes. Mucho público, muchos aplausos y bastante calor. Por la tarde, ninguna ceremonia. He dado un paseo, y he aprovechado después el tiempo para escribir estos apuntes.

15 de abril

Prosiguen las ceremonias conmemorativas de la proclamación de la República. Hoy hemos inaugurado el nuevo trozo del paseo de la Castellana. Es muy hermoso. Se ha hecho todo en cuarenta días: obra que llevaba veinte años enredada en la pobreza proyectista y en la nulidad verbalista de ayuntamientos y gobiernos. Al mismo tiempo se ha inaugurado oficialmente la construcción de los dos ministerios (de Gobernación y Obras Públicas). Procuro que esta obra se lleve con celeridad, dándole alas a Prieto, y a fin de que las cosas queden en tal estado que no pueda detenerse ni rectificarse el plan de conjunto, que será muy bueno. Sacaremos a Madrid del *patio* de la Cibeles y del corredor de la calle de Alcalá. Falta ahora subastar el ministerio de Agricultura, que va más despacio porque han de hacerse algunas expropiaciones.

En el acto de la inauguración ha habido un gentío inmenso, que ha sumergido al Presidente de la República y al Gobierno. El pueblo estaba contento y aplaudía con frenesí.

Después fuimos a un concierto popular, también con el Presidente.

Por la tarde, fiesta de Aviación en Barajas. Las dificultades que, por falta de vías de comunicación, tuvimos el año pasado para llegar al aeropuerto y, sobre todo, para salir de él, se han repetido este año, multiplicadas. La afluencia de coches y de gente era enorme. Por casualidad pudimos tomar un camino de travesía y llegamos a las cuatro y media. Allí estaban otros ministros y algunos embajadores. Las acrobacias y volatines de los aviones divertían a la gente, pero todo ha acabado en desgracia. Un oficial ha cometido una imprudencia y se ha matado, junto con el sargento que le acompañaba. El aparato ha caído a pocos metros de distancia de donde nosotros estábamos, y en la mesa contigua se hallaban las hermanas del oficial que tripulaba el avión. He suspendido la fiesta, aunque el jefe de Aviación quería que continuase. A mi mujer le ha hecho una impresión terrible el suceso y se ha puesto enferma. En el mismo aeropuerto me enteré de que otro aparato se había caído en la calle de Claudio Coello y había causado víctimas.

Regresé rápidamente a Madrid, porque salí de los primeros. Pero Saravia no pudo llegar hasta las diez de la noche. Cuando retornábamos por la carretera de Barajas, a las seis, veíamos en la carretera de Alcalá cientos y cientos de coches embotellados, que aún no habían logrado llegar al aeropuerto. ¿A qué hora habrán vuelto?

Esta noche, función de gala en El Español. Como en otros espectáculos, las localidades se habían repartido mal y había muchos claros. El programa no era ameno. Un entremés de Quiñones, *dicho* por actores que no saben dar entonación debida a los giros que ya no se usan, y no los entienden. Otro entremés de Cervantes, representado por los estudiantes de La Barraca, que don Fernando protege y que no pasan de ser modestos aficionados. Lo único que hacen bien es caracterizarse.

El plato fuerte era *El gran teatro del mundo*. Esta obra gustó mucho, cuando la pusieron hace tres años. Pero los que la han visto una vez, difícilmente soportan una segunda representación. El público de las galerías, pasado el primer momento de curiosidad, se aburría, y hasta hubo un remusgo de impaciencia en la última parte, sin duda por la extrañeza de que la República festejase su nacimiento con la misma obra que, en tiempo de Felipe IV, servía para festejar el Corpus. Yo temí que se arrancasen cantando la Internacional, como réplica a los «apuntes» angélicos que se intercalan en el diálogo. El que hacía de *autor*, recita desde las alturas de una *mise en scène* bien lograda, tiradas de versos que no entiende, y los dice mal, como pertenece a sus escasas dotes. El recitante es masón, y supongo que eso podría influir algo en lo mal que hace un papel así. La verdad es que el teatro no puede estar peor. ¡Qué cómicos!, ni pronunciar saben.

El Presidente, en un entreacto, les ha entregado, a Borras y a la Xirgu, las insignias de la encomienda de la Orden de la República. Borras ya era *comendador* de Alfonso XII.

Me dicen que el personal de la embajada inglesa (el embajador no estaba) se ha marchado del teatro durante la representación. Si son protestantes, no les gustará Calderón.

16 de abril

Hoy, festejo de gran espectáculo. Parada y desfile en la Castellana. He ido a buscar al Presidente a Palacio; ya don Niceto había estado en la sesión inaugural de un Congreso de Oftalmología y pronunciado un discurso.

El desfile ha salido mucho mejor que el año pasado. El público, inmenso, llenaba los andenes de Recoletos y la Castellana, la plaza de la Cibeles y la calle de Alcalá hasta la de Sevilla. Había gente hasta en los techos de los tranvías. A don Niceto le han aclamado con frenesí, sobre todo al retorno. El impulso popular no ha decaído.

En la tribuna del ministerio de la Guerra, frontera a la oficial, estaban las señoras y los invitados del Gobierno. Presente la viuda de Pablo Iglesias; signo de los tiempos: «Es el primer desfile militar que presencio», le ha dicho a mi mujer.

El espectáculo ha tonificado a la gente. Han aplaudido a la Guardia civil. Recuerdo el mal rato que pasamos el día de la apertura de Cortes, cuando la silbaron copiosamente. La mañana de hoy ha pasado toda en clamores.

Por la tarde, nada que hacer. He ido de paseo al Escorial. Aprovecho este rato ocioso para continuar y completar los apuntes sobre las cosas políticas de la semana pasada.

La declaración del Gobierno, al salir del Consejo en Palacio, cayó como una maza sobre las oposiciones. Se quedaron sin saber qué decir, después de haber cacareado tanto que el Presidente quería cambiar de Gobierno y que nosotros no le dábamos ocasión de hacerlo. En los diputados de la mayoría, el regocijo se manifestaba vivamente. Se acabaron por dos días los corrillos y murmuraciones del Congreso. Don Melquíades dijo a los periodistas que no se podía negar que el Gobierno tenía la confianza del Presidente. Lo mismo dijo Lerroux, pero después cambió de parecer. El taimado y malhumorado señor Alba (que escribe de su puño, en *La Libertad*, artículos contra mí) dijo que lo hecho por el Gobierno era *un atraco*. Poco a poco se recobraron, y comenzó una discusión pueril, a fuerza de declaraciones en los periódicos, sobre si el Gobierno tenía o no ratificada la confianza del Presidente, etcétera.

Se distingue en estas discusiones el notario Castrillo, diputado *progresista*, es decir del grupo a que perteneció don Niceto.

Como quiera que fuese, los últimos días de la semana y los primeros de la siguiente, transcurrieron en calma aparente. Se votaba rápidamente la ley de Congregaciones, de la que sólo faltan tres artículos. En las Cortes seguía hablándose de vacaciones; todos los diputados las deseaban, pero yo dije a todos también que no estaba dispuesto a hacer de eso una cuestión política y que las Cortes resolvieran lo que tuvieran por conveniente.

El viernes, último día de sesión, fuimos temprano al Congreso, a la ceremonia de entregar a Besteiro un busto que le regalan los diputados. En la afluencia de diputados desde primera hora prendió de nuevo el tema de suspender las sesiones. Yo me encogí de hombros, y a los que me hablaron de ello les dije que se pusieran de acuerdo con los grupos de oposición.

Estando en el salón de sesiones, se formó un corro en torno mío y de Ossorio. Le preguntaron a Ossorio si él votaría porque hubiese vacación, y Ossorio dijo que lo mismo le daba, porque él, de todos modos, no pensaba asistir a las sesiones. Poco después, Ossorio se retiraba del salón con las oposiciones, para no votar la propuesta de suspensión.

Galarza y Baeza Medina agenciaron la proposición de clausura y recabaron firmas. Yo creí que no se opondría nadie, y me fui al despacho de ministros, disponiéndome a marcharme del Congreso. Entonces me avisaron que Lerroux hablaba contra la proposición. Me sorprendió un poco. Lerroux hizo un discurso malo, inspirado por el enojo, que no acertaba a disimular, y queriendo parecer fuerte y agresivo, pero sin comprometer demasiado el porvenir con un rompimiento. Amenazas. Quejas. Que se desconsidera a las oposiciones, etcétera. Le contesté con todos los miramientos del mundo, y le expliqué la posición indiferente del Gobierno[56]. No se contentó. Pretendían que yo recomendase a la mayoría que retirase la proposición. Cosa imposible, por desairado, y que caía mal en los diputados adictos, que acababan de leer la nueva nota de las oposiciones, en que verdaderamente se pasan los límites de toda consideración debida al Gobierno y al Presidente de la República.

Llegan a decir que la nota oficiosa del Consejo en Palacio recuerda la política de las «viejas oligarquías monárquicas», y esto lo dice el señor Maura, criado a los pechos de aquellas oligarquías, y que si ahora se Írrita es precisamente porque me niego a seguir los usos que él aprendió.

Besteiro también hubiese querido, al oír a Lerroux, que la proposición se retirase, pero ya era tarde.

Después Lerroux le ha dicho a Besteiro que si llegamos a hacerle caso y retiramos la proposición le hubiésemos reventado; pero es seguro que si le complacemos, se hubiera aprovechado para vanagloriarse como de una victoria contra el Gobierno.

En fin, se votó la suspensión de sesiones y nos fuimos.

El sábado 8, después de mediodía, salí en coche para Bilbao. Indalecio Prieto, al acabarse la sesión famosa con que se cerró el debate sobre Casas Viejas, improvisó el programa de un *meeting* en Bilbao, y me lo propuso en saliendo del salón. Acepté, por no decirle que no. Después he dudado mucho si hice bien o mal en aceptar, en vista de como estaban las cosas políticas. «A lo mejor —le decía yo a Prieto—, vamos a Bilbao ya en la oposición». El *meeting* de Bilbao ha sido espléndido; 25.000 personas en la plaza, pagando la entrada, y muchos miles fuera de ella. Los discursos se radiaron. Prieto hizo un discurso algo pesado y difuso. Domingo estuvo bien. Yo me levanté sin saber por dónde empezar. No había tenido absolutamente tiempo de ponerme a pensar un guión o unos temas para el discurso. Estaba agotado, cansadísimo del viaje y mal dormido. «¿Iré a dar un resbalón?», me pregunté al adelantarme en la tribuna. El público me hizo frenéticas ovaciones. El discurso me salió muy seco y descarnado. Glosé la declaración del Gobierno. Me abstuve de tratar duramente a las oposiciones y hasta les tendí la mano. Pero, según me dicen, están muy enojados porque hablé del *pantano* en que se han metido. Como acto político, salió bien, y mis afirmaciones han sentado mejor en los republicanos[57].

El tiempo nos favoreció. El día antes se hicieron rogativas en Bilbao para que lloviese, pero no lo han obtenido. Mucho sol y, en la plaza, tremendo calor.

Comimos en el Ayuntamiento. Fuimos por la tarde al Sanatorio de Gorliz. De regreso, recepción oficial en la Diputación. Un capitán del batallón que hay en Bilbao me felicitó por mi discurso. Después estuve en el Casino Republicano y en el Centro de Acción Republicana. Me dieron una paliza, a fuerza de abrazos.

Por la noche, banquete en «El Sitio». Se había convenido que no hubiese discursos; pero, a última hora, el presidente de la sociedad se empeñó en decir «cuatro palabras», que no fueron cuatro ni muy buenas. Se hizo un lío el pobre, queriendo decir lo que llevaba aprendido de memoria. Habló de los reptiles que se muerden la cola.

Tuve que contestar, e improvisé una conversación de sobremesa que gustó enormemente. Acerté sobre todo en el tono y en la media voz, más que en lo

que decía[58].

El lunes hicimos una excursión por la provincia: Durango, Marquina, Ondarroa, Lequeitio, Pedernales, Bermeo. Colocamos varias primeras piedras. Muchas ovaciones en todas partes. Pero lo extraordinario fue el recibimiento en Bermeo. Estéticamente, no he visto nada comparable. Todas las calles que van al puerto, atestadas de gente. Banderas. Flores. Masas negras gesticulantes y gritando. Sobre todo, las hembras. Los vaporcitos del puerto nos atronaban con las sirenas. El estrépito llegó a ser tal, que no oíamos los *vivas* y gritos de la multitud, y sólo veíamos las bocas abiertas y las manos agitándose en el aire. La tarde, esplendorosa.

Los nacionalistas, retraídos. El diputado Basterrechea me envió una carta al Ayuntamiento, diciéndome que en el silencio que con dignidad vasca guardaba Bermeo, él levantaba su voz para protestar, etcétera, etcétera. Si a eso le llaman silencio, qué será ruido en Bermeo.

La misma tarde fuimos a Guernica. Visitamos el Arbol y la Casa de Juntas, donde hay una porción de cachivaches que pretenden ser antigüedades y reliquias de una tradición.

El alcalde de Guernica es nacionalista y se le conoce en el corte de cara.

Aquel día comimos en Pedernales. Hubo bailecitos típicos. Los banquetes en Vizcaya son pavorosos.

En Bermeo nos hicieron hablar desde el balcón del Ayuntamiento. Prieto se arrancó con un discurso de media hora. Domingo y yo despachamos con cuatro generalidades.

Salimos a las nueve y media para Madrid. Llegué bastante cansado.

Estos días pasados hablé con Anguera de Sojo sobre el asunto de Menéndez. Anguera vino a verme muy alarmado, por la impresión que le ha hecho su entrevista con Menéndez. Está desesperado. Anguera le cree capaz de cometer un disparate. Opina Anguera que el juez ha procedido con dureza y precipitación al procesar a Menéndez, sin investigar antes el hecho que se le imputaba. «Si al juez o a la Sala se les ha dicho que cumplan la ley, eso basta para que crean que es una recomendación en contra»; así opina Anguera de sus compañeros. Me dijo que ésta es la ocasión de resolver el caso de Menéndez, porque en el juicio oral no se puede producir ningún hecho nuevo ni se aportará ninguna prueba que no esté ya en el sumario, y que permitiera al fiscal modificar entonces la posición que adopte ahora.

Menéndez se cree víctima, sacrificada al Gobierno. Están organizándole una manifestación de simpatía para el 14 de abril, me dijo también Anguera.

Le encargué que hablase con el presidente del Supremo, para conocer su opinión sobre el aspecto procesal del caso.

22 de abril

Hoy ha habido Consejo en la presidencia, dejando ya de reunirlo en el ministerio de la Guerra como hasta aquí.

Ligera bronca entre Casares y Albornoz, y entre Largo y Albornoz, por la conducta del gobernador de Badajoz, que suscita las quejas de los diputados socialistas. Tiene razón Casares.

Hemos hablado de la cuestión naranjera, en la que nadie tiene razón. Habituados a ganar el oro a chorros, las primeras dificultades procedentes de la crisis universal, y que hasta ahora no sentían, les enfurecen. Una comisión de diputados y alcaldes valencianos, que recibí en el Congreso hace quince días, trajo la pretensión de que España *imponga* su criterio a Inglaterra para que suprima los derechos de importación sobre la naranja.

—Muy bien —le dije—, le daré a usted el mando de la armada invencible. Los valencianos hacen de esto cuestión política. Y algunos, argumento valencianista. Ayer recibí al alcalde de Valencia, que me pareció hombre sinuoso y encapotado, bajo una capa de cortesía y floridez. Su posición es que el Gobierno no debe echar sobre sí la responsabilidad de proponer soluciones para el conflicto, siendo preferible que aguarde a que las propongan desde allá; cosa disparatada. Y estos mismos hombres alborotan la provincia diciendo que el Gobierno no se ocupa de ellos.

A propósito de este asunto, Prieto trajo el otro día al Consejo una ocurrencia genial y disparatada: proponía decretar el transporte gratuito de la naranja por ferrocarril, a cargo del Estado. No me costó trabajo convencerle de lo descabellado del propósito y no insistió. Prieto es así.

Después hemos examinado el artículo transitorio de la ley de Congregaciones. Me he opuesto a los planes de la Comisión y a las ilusiones de don Fernando, que echarían sobre el próximo Presupuesto de Instrucción Pública una sobrecarga de cien millones. Le he esbozado otra solución, que se tratará de sacar adelante; es decir, dos plazos para la sustitución de la enseñanza de las órdenes religiosas.

El otro día hablé con el presidente del Supremo; cree que en Justicia procede sobreseer la causa de Menéndez, pero que para ello puede ser un estorbo el recurso de apelación para reforma del auto de procesamiento interpuesto por Sánchez Román. Dice el presidente del Supremo que a Sánchez Román le falta experiencia en los asuntos penales, y que se ha creído en el caso de utilizar un recurso porque lo ha visto en la ley, pero que no es hábil emplearlo.

Lerroux me ha escrito una carta muy fina, diciéndome los motivos que tuvo para excusarse de asistir al banquete oficial de la presidencia del Consejo, el domingo pasado, y al que le invité, como a los demás exministros de la República. Cuando recibió la invitación, contestó muy emocionado, por teléfono, que asistiría. El domingo por la mañana envió a su secretario para excusarse, porque tenía enfermos en su casa. Lo mismo me dice en su carta y añade que me da esos pormenores para que su ausencia no se atribuya a razones políticas, porque él no convierte las divergencias políticas en antagonismo personal.

A la prensa le ha dicho que no asistió a la comida porque estaba fatigado.

Le he contestado muy cortésmente.

Menéndez me escribió el día 14 una carta, saludándome en el aniversario de la República, y haciendo protestas de amistad.

La prensa publica hoy unas cartas cursadas entre un redactor de *La Libertad*, que se separa del periódico, y el director. En la carta del redactor se ataca duramente a Alba, que dio instrucciones *raras* a su periódico en vísperas del 10 de agosto.

22 de abril

Ayer por la tarde, Casares me llamó por teléfono y me dijo que, en vista de los desaciertos del gobernador de Badajoz, había dado orden para que el gobernador general de Extremadura se encargase de todas las cuestiones electorales en aquella provincia. Lo aprobé.

Hoy, por la mañana, me llamó al teléfono el Presidente de la República para decirme que había hablado con Casares y le había recomendado que no tuviese reparo en voltear a cuantos gobernadores hiciese falta para impedir que se cometiesen abusos en las elecciones. Que aunque él no se metía en política, ni le importaba saber quiénes componen las comisiones gestoras, por ejemplo, en este asunto de las elecciones estaba dispuesto a echar el peso de su autoridad para reforzar la del Gobierno, en cuanto tendiese a asegurar la limpieza electoral. Que ya sabía cuál era mi opinión en este particular y conocía las instrucciones dadas por mí a Casares (se resumen en esto: que prefiero ser derrotado en toda España a que pueda decirse con fundamento que se ha coaccionado a un elector), y que me autorizaba para que usase de su nombre y de su autoridad de Presidente de la República, haciendo saber que él estaba detrás del ministro y del Gobierno para sostener esa política.

Poco después de hablar con el Presidente, llegó a mi despacho Vicente Sol, radical-socialista, director de Prisiones y muy amigo de Albornoz. Me cuenta que Albornoz se disgustó mucho al saber la orden dada al gobernador general de Extremadura; que los comités radicales-socialistas de Badajoz amenazan con dimitir, y que el gobernador también dimite. Como el gobernador es radical-socialista, Albornoz estima que es una desconsideración y una vejación a su partido, y que le pone en muy mala situación ante sus correligionarios, y sobre todo ante el próximo Congreso del partido, donde los disidentes, capitaneados por Gordón Ordás, enemigo de la colaboración socialista, se aprovecharán de este incidente para maltratarle a él y a Domingo. Añadió que Albornoz había pasado la noche sin dormir, y que esta mañana me había escrito una carta dimitiendo el cargo de ministro; que Albornoz me quiere y me admira mucho, y nunca ha pensado en crearme una

dificultad, pero que lo sucedido no podía tolerarlo dentro del Gobierno, etcétera, etcétera.

Me cuenta Sol que él ha inducido a Albornoz a no enviarme la carta, ofreciéndose a venir él a hablarme. Añade muchas historias demostrativas del feroz encono de los socialistas contra los republicanos en Badajoz. Me pide que lo arregle. Le contesto que yo no puedo desautorizar al ministro de la Gobernación. Sol cree que si se evitara la presencia del gobernador general en Badajoz el día de la elección, de modo que no apareciese *disminuido* el gobernador propio de la provincia, todo podría arreglarse. Terminamos la conversación, porque yo tenía que ir a otra parte.

La cual parte no era sino la Escuela Superior de Guerra, en la que un marino daba para el curso de coroneles una conferencia sobre el ataque y defensa de las Baleares. Me han hecho perder hora y media. El marino no ha dicho nada que valga la pena de ser oído, ni nada que no sea conocido. Ha intercalado observaciones y propuesto soluciones muy equivocadas. Pretende que toda la isla de Mallorca puede defenderse con ocho cañones de 30 procedentes del acorazado *España*, que se perdió. Propone que Ibiza se defienda con unas piezas de 30 montadas sobre una vía férrea, que empieza por no existir. Ha manejado, como ejemplos, el desembarco de los aliados en los Dardanelos y el de Primo de Rivera en Alhucemas. El tema mismo (envío, desde Tarragona, de 60.000 hombres a Mallorca) me parece caprichoso e inútil. Había que empezar por saber cómo y desde dónde se ponen en Tarragona los 60.000 hombres, con todo su material, y luego qué haríamos con ellos en Mallorca.

Cuando veo de cerca estas cosas, me espanto. ¡Qué será de nosotros, si ocurre algo, contando con gentes como éstas! ¿Y cuánto tiempo sería necesario para reformarles la cabeza?

Desde la Escuela de Guerra he ido a Palacio, a firmar unos decretos. Me había citado el Presidente desde nuestra conversación telefónica. Ha firmado el decreto creando la Junta de Seguridad en Cataluña, y algunas otras cosas de menos importancia.

Hemos continuado nuestra conversación anterior. «La República —dice el Presidente— vino con unas elecciones municipales en las que, no obstante hallarse en el Gobierno Romanones, no hubo atropellos. La mancha más fea que pudiéramos echar sobre el régimen sería que volvieran los antiguos manejos electorales, y que los gobernadores, o la Guardia civil, o quien fuera, hicieran presión sobre unos u otros». «Sé —añade— cuál es la posición de usted en este asunto y la aplaudo, y repito que puede usted decir, donde quiera

y a quien sea, que él Presidente de la República está decidido a que eso no pase. Si Casares necesita destituir a autoridades y gobernadores, que lo haga sin contemplaciones». Le repito lo que ya sabe sobre las disposiciones del Gobierno, y le refiero el disgusto de Albornoz y su propósito de dimitir, y el motivo. Entonces el Presidente me dice: «Usted sabe lo que yo quiero a Albornoz, y la debilidad que siento por él. Sabe usted también, en cambio, que de todos los ministros, el más áspero en su trato conmigo es Casares, y el menos dispuesto a serme agradable. No sé por qué causa, pero es así. Claro que usted me ha dicho que acaso Casares tenga la misma preocupación respecto de mí… Pues con todo eso, le digo a usted que hay que sostener al ministro de la Gobernación, que tiene razón, y no Alvaro. No se puede admitir que los demás ministros atraviesen querellas de partido para estorbar la gestión del de la Gobernación, en cuestiones de orden público y de gestión electoral (aquí me repite todo lo que me ha dicho por la mañana sobre las elecciones de la República). Por tanto, lo que hay que hacer es convencer a Alvaro».

—De eso trato, y yo veré esta tarde cómo lo arreglo. Pero si se empeña habrá crisis.

—Pues si no puede usted convencerlo y dimite, lo tramita usted como una crisis parcial, y sin consultas ni nada me trae usted el decreto, nombrando a otro. Más prendas no puedo soltar. Supongo que Marcelino no seguirá a Albornoz; por tanto, crisis parcial, con otro, o encargarse usted de la cartera. Claro que si Marcelino siguiera a Albornoz y se retirasen los radicales-socialistas, se nos descomponía todo el tinglado.

Estas facilidades del Presidente me parecieron demasiadas, tratándose de un hombre tan parco. Varié la conversación, quedándome con un efecto interno de extrañeza. Hallé algo de excesivo en lo que me decía el Presidente, sobre todo por el calor con que lo dijo. Después, pensando en el asunto, siguieron pareciéndome demasiadas facilidades, e hice el propósito de no usar de ellas. ¿Iba yo a dar hoy la campanada de admitir la dimisión a Albornoz, sin darme cuenta de que le siguiese o no Domingo? Todo el grupo parlamentario lo llevaría muy a mal, y daría con el Gobierno en el suelo. Me propuse componer a los dos ministros, para evitar la ruptura, que sería ridícula, provocada por defender a un gobernadorcillo.

También me habló el Presidente de una pequeña cosa, que yo había barruntado. Hace días me preguntó:

—¿Con quién va usted a sustituir a Honorato Castro en la Dirección del Instituto Geográfico?

—No lo he pensado aún.

Pasados unos días más me dijo:

—Lo que va a ser difícil es encontrarle sustituto a Castro. ¡Es tan buena persona…!

Yo no contesté, pero me dije: hay gato encerrado. Recomendación tenemos. En efecto: hoy me ha preguntado si el señor Serameta había hablado conmigo.

—No, señor Presidente. No conozco al señor Serameta.

—Pues entonces habrá hablado con Saravia.

—Saravia no me ha dicho nada.

—Sin duda habrá hablado con Saravia, creyendo que era lo mismo que hablar con usted.

—Bueno. ¿Pero de qué ha hablado con Saravia?

Entonces sacó un papel, con el nombre y apellido del señor Serameta, artillero, «que estuvo con nosotros desde el principio de la dictadura. No es un republicano del 14 de abril». Y me lo recomendó para la Dirección del Instituto Geográfico. «Usted resolverá lo que quiera —me decía un poco atropelladamente y azorado— según sus compromisos, pero yo creo que lo haría muy bien».

—Bueno, señor Presidente, veremos.

Así es don Niceto.

Al regresar al ministerio, llamé a Casares, que estaba de mal humor, y le cité para las tres y media. Luego a Domingo, para las cuatro. En éstas, me llamó Albornoz, preguntándome si había hablado con el ministro de la Gobernación. Le contesté que le tenía citado para las tres y media. Me hizo muchas protestas de amistad y adhesión, pero que el caso para él era dificilísimo, etcétera. Corté en seguida la conversación.

A las tres y media vino Casares, alegre y cordial como siempre. Conversamos en la salita de la esquina, donde suelo recibir a los amigos. Hacía una tarde deliciosa, azul, brillante y fresca. Hablamos de cosas necias, mirando al jardín, que estaba lustroso y sombreado.

Casares me contó que los socialistas preponderan en Badajos. Que el gobernador se ha empeñado en inventar un Partido Radical-Socialista. Que ha puesto muchas dificultades a la propaganda de los socialistas. Que él mismo ha dicho en un telegrama que no podía impedir las tonterías que hicieran algunos alcaldes, y que, por todo esto y por no fiarse de su prudencia para manejar la Guardia civil, había encargado al gobernador general de Extremadura que interviniese. Anoche, a última hora, el gobernador en

entredicho habló por teléfono con Casares, y de su conversación no se deducía que tuviese gana de dimitir, y hoy por la mañana ha recibido Casares un telegrama en que el mismo gobernador le presenta la dimisión. Este telegrama no ha sido contestado aún. Le cuento a Casares lo que ocurre con Albornoz, y lo que me ha dicho el Presidente. Casares opina que la dimisión de Albornoz sería el principio del fin y le sorprende también la disposición del Presidente.

Poco después llegó Domingo. Ya sabía algo del caso. Albornoz le ha hablado por teléfono y le ha dicho que cómo iba a asistir al Congreso de su partido en tales condiciones.

—Pues, asistiendo —cuenta Domingo que le ha contestado.

Añade Domingo que las disidencias en el Partido Radical-Socialista han venido por el lado de los amigos de Albornoz. Primero fue el bizco Botella, por quien tuvo don Alvaro gran amistad (tenían el despacho a medias) y después riñeron malamente. Y ahora es Gordón Ordás, que ha tenido siempre gran ascendiente sobre Alvaro. «¡Quién sabe el drama íntimo que estará viviendo Alvaro!», dice Domingo.

Cree Domingo que en el Congreso de su partido no ocurrirá nada, que él y Albornoz arrastrarán a la gente y que Gordón será derrotado.

En el asunto de Badajoz opina que Albornoz no tiene razón, y que a él no le importaría un gobernador ni ciento.

Hablando de esto, y buscando una solución, decidí llamar a Albornoz. Vino en seguida. Un poco encapotado. Le dije que sentía mucho que me crease personalmente una dificultad de este tamaño.

—Ninguna dificultad.

—¡Cómo, Vicente Sol me ha dicho que iba usted a dimitir!

—No, no. Es que el miércoles se reúne el Comité nacional del partido, y yo no tengo influencia para impedir que tomase un acuerdo desagradable para los dos ministros, si consideran que no hemos defendido bien el partido contra los excesos de los socialistas y que hemos abandonado al gobernador.

(Por lo visto, lo había pensado mejor o le habían aconsejado. En su conversación telefónica conmigo, a las dos de la tarde, me dijo que *nada se conseguía con un aplazamiento,* pues seguramente el miércoles el comité de su partido le obligaría a dimitir).

Hablamos largamente. Albornoz me repitió una vez más lo que me admira y me quiere y su entusiasmo por mi obra; comparte todos mis puntos de vista, desde la política militar hasta el ideal nacional. También ha defendido y defiende la colaboración socialista, pero esto, que es evidente en el orden

nacional, produce en los pueblos una situación a veces difícil, porque los socialistas rivales hacen la política sobre una bárbara lucha de clases, que causa alarma y estragos, y es preciso, en ciertos momentos, tirarles de la cuerda. Tal ahora, con las injurias que han vertido sobre el gobernador, en telegramas al ministro y a la prensa, y en un artículo de *El Socialista* de hoy.

La posición en que, por complacer a los socialistas, se ha dejado al gobernador, es indecorosa, y *el propio Albornoz le ha aconsejado que dimita, estimando que, si permaneciese en el cargo, sería indigno de su amistad*.

Tales son estos ministros, que desde su despacho *colaboran* de ese modo en la obra del Gobierno. El origen de su conducta es el *miedo*; miedo a sus correligionarios, a los que no se atreven a contrariar, y miedo especialmente a lo que pueda decirles Gordón, que es imperioso y áspero.

Hemos hablado cerca de una hora. Los dos ministros se han avenido, gracias a Casares, que en punto a desinterés, amistad y abnegación por la República no tiene semejante. No se admitirá la dimisión del gobernador de Badajoz. El gobernador general vigilará todo, y el otro le consultará sobre cualquier disposición importante que haya de tomar; el gobernador general no estará ese día en la capital de la provincia, para evitar que el dimisionario aparezca como en tutela y disminuido a los ojos del público.

Al despedirse, Albornoz me ha dicho que está deseando una ocasión para marcharse del Gobierno, porque sería más útil fuera. El grupo parlamentario no se deja dirigir por Galarza, que no tiene autoridad. Ya antes me había dicho Domingo que ayer, después del Consejo, y como se había hablado de dividir el ministerio de Agricultura, Albornoz le dijo que ésa sería buena ocasión para retirarse él del Gobierno.

Hoy ha vuelto a reaparecer en Albornoz, que estaba muy corregido y mejorado, el antiguo partidista y el asturiano embozado, taimado, que conocíamos en los primeros meses del Gobierno. Lo que peor encuentro en Albornoz y en Domingo es su falta de franqueza, falta más acentuada en Albornoz. Parecía muy curado de ella, y muy *entregado*; pero lo de hoy no ha podido ser más desagradable. En rigor, ambos están en una posición falsa, porque el curso de los acontecimientos los ha hecho descender en el aprecio público, y su partido, compuesto de medianías, los respeta cada vez menos.

Esta escena de hoy es uno de los ejercicios de paciencia a que me obliga el deber de que esto no se descomponga antes de tiempo. Paciencia, gran virtud. Y esperanza en que el tiempo los vaya aleccionando a todos. Después de tantas vicisitudes, lo que se obtiene es que las gentes se enteren de lo que uno tenía previsto desde mucho antes, y lo reconozcan. Claro es que no va

uno a pedirles que le crean por su palabra; lo malo está en que a veces se enteran y lo reconocen demasiado tarde.

Después de esto, despacho largo con el subsecretario de Guerra, que habla por los codos.

Más tarde, el subsecretario de Hacienda, que me trae un carro de asuntos.

En fin, el subsecretario de la presidencia, y por último el director general de Seguridad.

A las diez, termino. Cenamos con Saravia, inalterable, como siempre.

Luego voy con Lola al Español, a ver a la Argentinita. Esta señorita es de una cursilería estomagante. Gusta mucho.

En un entreacto, Herbette me presenta al diputado socialista belga Pierard. Hablamos de la República, de la reforma agraria, etcétera.

Anoche, en la embajada de México, la Bibesco tuvo la ocurrencia de proponerme que me presentaría al hijo de Primo de Rivera.

23 de abril

Salgo al despacho muy tarde, porque es domingo. Hablo de cosas indiferentes con Saravia y Menéndez, hasta la hora de comer.

Casares me dice por teléfono que tiene noticias de que en un pueblo de Badajoz hay un tumulto y está herido un guardia civil. ¡Fastidioso!

Después de comer, voy con Lola y Cipriano a Navacerrada. Todavía hay mucha nieve. La carretera del Puerto de los Cotos está borrada. Mucha gente patina. Soldaditos en el Centro de Montaña. Frío.

Volvemos por Manzanares. Tenemos que ir a la embajada de Portugal, y, en efecto, vamos. La flor y nata de la diplomacia. Estoy poco tiempo. Regreso al ministerio. Casares me comunica que en Hormechos, hay cuatro muertos. En el resto de España, sin novedad. Los primeros datos electorales, denotan avance de las derechas y de los socialistas.

Luego viene Enrique Ramos y se está aquí hasta las doce; se marcha a hacer compañía a Casares.

30 de abril

Hoy me he levantado un poco antes que de costumbre, para despedir al Presidente, que se ha ido a Bilbao. Le acompaña Prieto, que una hora antes había regresado de San Sebastián, junto con Casares, adonde habían ido para asistir al entierro de Amilivia, el gobernador de Vizcaya, muerto a consecuencia de un vuelco de su automóvil. Amilivia era un hombre joven y muy dispuesto. En Vizcaya hacía muy buena obra política. Acabó con el juego de balancín entre republicanos y monárquicos que hacía Calviño, y se puso a defender a los republicanos contra nacionalistas y monárquicos. Era la primera vez que se hacía eso en Vizcaya, donde la política parecía destinada a no salir de manos enemigas de la República. De Amilivia, enérgico, activo y con vocación, se hubiera podido sacar mucho provecho.

Esta mañana, en la estación, muchos militares, con todos los generales de Madrid, menos Miguel Cabanellas, que creo que está ausente. De este Cabanellas corren rumorcillos sospechosos. Él está muy *tapado*, pero hasta ahora, nada incorrecto. Supongo que aún no se habrá consolado de su destitución del cargo de director de la Guardia civil. Por lo visto, ese cargo, cuando existía, y la destitución consiguiente, llevaban en sí algo de fatídico.

Tampoco estaba Queipo de Llano, igualmente destituido del Cuarto militar del Presidente. Se ha marchado a la provincia de Salamanca, y cuando estuvo en el ministerio, a pedir permiso, habló con el subsecretario y con Saravia y les dijo que ahora «está en desgracia». Añadió que él no es hombre para ser despreciado.

De este general de dos metros comienzan a decir también que se propone hacer esto y lo otro; me lo dicen de la Dirección General de Seguridad. Pero yo no lo creo. Lo que hará sin duda ser proferir necedades, que las produce naturalmente. En el ejército nadie le hace caso. Y a él se debe, por su torpeza, uno de los mayores disgustos que tuvimos al comienzo de la República, cuando se decretó el cambio de mandos de la guarnición de Madrid, y él lo realizó brutalmente.

En el corto trayecto de la puerta de la estación al estribo del tren, el Presidente me ha hecho una recomendación para que se nombre director de

Propiedades a un amigo de los hermanos Quintero, que le han hablado del caso.

He regresado al ministerio en compañía de Casares. Hablamos de la situación. Me cuenta además que hay preparativos para un movimiento extremista. Y averiguo por qué ayer no querían dejarme ir a la feria de libros. Ayer, en efecto, fue un día típico de frivolidad oficial. Al mediodía fui a almorzar a la embajada francesa (mejor dicho, eran las dos de la tarde, que es cuando *cae* ahora el mediodía en Madrid); allí estaba, entre otros, el exministro francés Dalimier, que ha asistido a las últimas sesiones de las Cortes y está muy escandalizado por la conducta de las oposiciones.

A las cuatro fui a inaugurar el servicio municipal de autobuses, en lo que había puesto mucho empeño el alcalde. Me hicieron visitar toda la instalación del depósito y talleres de Vallehermoso, en el que, por casualidad, nada hay que ver. Desde allí, a Recoletos, donde está la feria de libros.

Algunos editores tenían grandes deseos de que yo fuese a clausurar la feria, inaugurada por Ríos. Les dije que iría ayer por la mañana, y los periódicos publicaron la noticia. El viernes por la noche, Saravia me dijo que haría bien en no ir, porque habiéndose dado la noticia, se aglomeraría demasiado público. La observación y el consejo me extrañaron, pero no paré más la atención en ello. Ayer, sábado, por la mañana, volvieron a preguntarme si insistía en ir, y contesté que sí, pues lo había ofrecido. Nuevamente quisieron poner inconvenientes. Les dije que avisaran a Domenchina; entre tanto, el Presidente me habló por teléfono, para decirme que él iría a la feria a las cinco. Entonces yo me ofrecí a acompañarle. Vino después Domenchina, y algo embarullado trató de disuadirme de ir, así como a la inauguración de los autobuses, con unos pretextos tan graciosos, que caí en la cuenta.

—¡Ah!, vamos: ¿Cree usted que van a matarme?

Dijo Domenchina que, desde Gobernación, recomendaban que yo no fuese a esos sitios. Lo eché a broma, como era natural. «Mire usted, Domenchina, si me disparan un tiro, lo que deseo es que no me dejen tuerto». Y quedamos en que iría con el Presidente. Fuimos, en efecto. Y hoy Casares me ha contado que uno de varios individuos de la CNT, detenidos el otro día, dijo que si le dejaban suelto contaría cosas importantes. Entre otras cosas ha contado que hay unos sujetos encargados de asesinarme «antes del día 5» (?) y añade que están pagados por March. La policía ha detenido al principal de la cuadrilla, pero es de suponer que, aunque fuese verdad lo que declara aquel individuo, no se averiguaría nada.

Desde la feria de libros fui a un té en el Ritz. Y por la noche, comida solemne en la presidencia del Consejo. El lunes pasado ofrecí otra a otro grupo de amistades, diplomáticos, ministros, etcétera. Como dice la Bibesco: «para eso nos pagan». Anoche, entre la gente diplomática, les tocó el turno a los más desafectos a la República: los de Italia, Argentina, Alemania… sin contar a los suecos, que son insoportables. Ella, la ministra, raya en lo impertinente, de monárquica que es. Se atrevió a preguntarle a Ramos por qué nos habíamos empeñado en hacer la carretera de Alicante a la playa de San Juan (la carretera de la obstrucción), que no hace falta para nada. Y otras muchas tonterías. Le he encargado a Ramos que escriba a López Oliván, nuestro ministro en Suecia, a ver si se puede conseguir el relevo de este señor Danielson. La grosería de la Danielson llega a esto: Cuando López Oliván fue nombrado ministro en Suecia, estuvo en visita de cortesía en la legación sueca, y dijo a la señora que se alegraba mucho de ir destinado a Estocolmo. «Lo creo», contestó la Danielson.

Es muy chusco el fervor monárquico de algunos (de muchos) diplomáticos extranjeros, que representan países republicanos; por ejemplo, el embajador argentino, García Mansilla, y su mujer, hermana de Larreta. Snobs. El monarquismo de los Welzeck no me choca; pero son gente educada y no hacen *gaffes*.

En calidad de intelectuales tuve anoche a Castillejo y a Jiménez de Asúa; también estuvo Pedregal, que me habló de la obstrucción, y en general, concuerda con mi modo de ver el asunto. Se me quejó de que no hayamos exceptuado de la reforma agraria, es decir, de la expropiación de bienes, al duque de Alba. Cree Pedregal que por poco valor que demos a lo que representa la aristocracia, habría convenido dividirla.

Ayer tarde, en el Ritz, se me acercó Montiel, propietario de *Ahora*, y muy alborozado me contó que acaba de hablar largamente con Unamuno, y que le había hecho grandes encomios de mí: que tengo una gran calidad literaria y que la he conservado en la política; que soy un gran escritor; que soy el único político, etcétera, etcétera.

—Bueno, muy bien —le respondí—, pero hace 15 días me llamaba tonto en el periódico de usted —Montiel se quedó algo cortado.

También ayer vi a Besteiro en la embajada francesa. Me habló, cómo no, de la obstrucción. Me preguntó qué opinan sus compañeros socialistas. Besteiro se inclina a una solución que consistiría en rehacer la coalición de los primeros meses de la República, pero dejando en el Gobierno un ministro socialista nada más.

Cabalmente, los ministros socialistas son, de todo el Gobierno, los que están más descontentos de la conducta de Besteiro en la presidencia de las Cortes. No nos ayuda en nada. La lentitud con que camina el Parlamento y el retraso en la aprobación de algunas leyes, se debe en gran parte a Besteiro. No aprovecha los momentos con oportunidad, para que las discusiones avancen; admite todos los incidentes que suscitan las oposiciones; no corrige a tiempo los desmanes de los levantiscos, etcétera, etcétera. Muchas veces, cuando los escándalos producidos por excesos verbales eran mayores, le he mirado y le he encontrado sonriente y muy entretenido con el espectáculo.

Hoy, después de comer, hemos ido de paseo a Navacerrada. Ha venido mi sobrinito José Ramón, que tiene tres años y medio, y es muy gracioso. Como yo hablaba con su padre de la situación política, le he preguntado de pronto al niño:

—Dime, José Ramón, tú qué opinas: ¿que me marche del Gobierno o que me quede?

Y el chico en el acto respondió:

—Que te tienes que quedar.

Se rieron mucho todos. Y su padre le preguntó:

—¿Pero tú sabes lo que es eso? ¿De dónde se tiene que marchar tu tío, si se va del Gobierno?

—Del ministerio —contestó.

No podré darle a Lerroux esta respuesta del oráculo de la inocencia.

En Navacerrada había mucha gente; allí nos hemos encontrado a Largo Caballero y a su mujer. Hemos estado juntos un rato. Largo está muy firme en su opinión de resistir. La gente nos miraba con curiosidad. A lo mejor cunde la sospecha de que nos hemos citado allí para urdir alguna intriga. Entre los políticos, llama mucho la atención que no estemos yendo y viniendo en cabildeos, conversaciones misteriosas, etcétera, etcétera.

Estamos realmente en un momento crítico.

Las elecciones municipales complementarias han dado un resultado confuso, que unos y otros entienden como más les gusta. Lerroux y sus amigos, y muchos de los grupos de oposición, que aseguraban antes del domingo que estas elecciones no tenían importancia política, aseguran ahora que valen por una demostración de la opinión nacional. «¡España ha hablado!», dicen enfáticamente en el Congreso. ¿España? No.

Había que elegir unos 2.400 Ayuntamientos, que representan un millón trescientos mil electores, de los trece millones de electores que hay en

España. No es posible afirmar que el resultado de la elección denote el sentir de la mayoría.

Como muestra *proporcional* de la opinión, en relación con el volumen del censo, tampoco se puede dar un valor decisivo al resultado de esa elección. En estos pueblecitos nunca ha habido verdaderos partidos políticos. Don Fulano y sus amigos eran conservadores, en tiempo de la monarquía, porque don Mengano y sus secuaces eran liberales. Y no se votaba. Incluso en el mes de abril del 31, no se votó en esos pueblos y casi todos sus Ayuntamientos eran monárquicos, elegidos sin contienda. Ahora ha habido elección, o apariencia de ella, pero lucha electoral, muy poca. Han resultado elegidos diez o doce mil concejales republicanos y socialistas. Muchos de estos republicanos acaso sean los mismos que anteriormente se llamaban monárquicos, liberales o conservadores y los que ahora se llaman *agrarios* son efectivamente los mismos monárquicos de antaño. De modo que ateniéndose a la clasificación electoral, no han ganado terreno las derechas, sino que lo han perdido. Sin embargo, Maura y Gil Robles aseguran que el país, visto el resultado de esta elección, está con ellos. Podrá ser cierto, pero habrán de demostrarlo el día de mañana con mejores pruebas.

Han dejado de votar en estas elecciones las cuatro provincias catalanas, porque los hombres de la Generalidad, no obstante mis consejos y advertencias, se empeñaron en aplazar la elección de sus Ayuntamientos hasta junio. Si hubieran tenido más perspicacia política, habrían salido dos mil concejales republicanos más, y no se hubieran hecho las cuentas que se vienen haciendo. En otras provincias, el número de Ayuntamientos que han votado es insignificante: por ejemplo, en Málaga, dos; dos en Sevilla y cosa análoga en La Coruña. Hemos ido a elegir los Ayuntamientos de las provincias más *reaccionarias*, como se dice; o sea, las Vascongadas y Castilla la Vieja, etcétera.

Por todas estas causas, no habíamos dado nadie gran valor a estas elecciones. Si se hubiera convocado la renovación de todos los Ayuntamientos de España, como se pensó, y no se hizo, porque habría sido menester reformar la ley Municipal, ya se hubiera podido tener una base seria para tomar determinaciones. Pero concluir, de una elección mínima, a un cambio en la política general, es una atrocidad.

Cuando me dieron cuenta del resultado de la elección, no me causó impresión alguna. Es lo que nos figurábamos. Los partidos de la coalición no tienen mayoría sobre todos los demás partidos, republicanos o no. Lo mismo les ocurre a todos los grupos contendientes. Y si ese fuera el resultado

aproximado de unas elecciones generales a Cortes, la Cámara diferiría de la actual en que las extremas derechas, no republicanas, vendrían reforzadas. Pero, la orientación de la política general del Gobierno, difícilmente podría cambiarse. Quizás ensanchar la coalición republicana; pero si, para hacer tal ensanche, había que perder la colaboración socialista, no es seguro que pudiera haber en las Cortes una mayoría gobernante de republicanos que no tuviese necesidad de contar con la benevolencia del grupo socialista. El tiempo lo dirá, y todos los cálculos son prematuros. Una cosa es evidente: que, en las elecciones que vayan celebrándose, el esfuerzo de las derechas será cada vez mayor, y en las de Cortes se marcará su punto más alto, por consecuencia del voto de la mujer, y por el desgaste que se produce siempre en los partidos que gobiernan.

Mi idea hubiera sido llevar las cosas normalmente a desembocar en las elecciones generales, cuando estas Cortes acabasen de hacer lo que falta. Ahora, el empuje de las oposiciones tiende a impedirlo. Para conseguir que se llegase normalmente a unas elecciones generales, era muy conveniente dar por terminada la obra del poder sin enojo ni despecho. Una etapa de gobierno republicano, sin socialistas, antes de las elecciones, sería muy útil. Pero las oposiciones hacen todo lo necesario para que ninguna de las dos cosas se realice.

Naturalmente, al conocerse el resultado de las elecciones, Maura y compañía movieron gran estrépito. Interpelaron al Gobierno el martes. Su tesis era que el Gobierno, derrotado en las elecciones, debía dimitir. La prensa monárquica les acompañaba con sus clamores.

Antes de ir a las Cortes estuve en casa del Presidente de la República. Le llevé a la firma el proyecto de ley de Vagos, que leí aquella misma tarde. De paso, hablamos de la situación, y le dije que, si estimaba que las elecciones debían producir un cambio político, era la ocasión de decirlo. La opinión del Gobierno, comprobada en el Consejo de por la mañana, era que no procedía dimitir por el resultado de la elección; con todo, el Presidente tenía a su disposición mi cargo, si es que pensaba de otra manera.

Don Niceto dijo que no era caso de cambiar de política. Todo lo más, se podía tomar la elección como un indicio, como un síntoma, y se debía aprovechar para no extremar las cosas y no *pinchar* demasiado en sentido izquierdista, por ejemplo, no agravando los artículos de la ley de Congregaciones que resta por aprobar.

Añadió que no quiere que la ley de Congregaciones se quede pendiente, y sirva de plataforma electoral al disolverse las Cortes. Hay que aprobar además

la de Garantías, las dos de Orden Público, la de Arrendamientos «y otras muchas leyes». Le hice observar que el ataque de las oposiciones vendría por el lado de decir que, habiendo sido derrotado el Gobierno, no sometíamos el caso al Presidente de la República presentando la dimisión, y yo mismo estimaba que una función esencial del Presidente era la de interpretar lo que el sufragio significa, y que por todo ello estimaba necesario saber si el Gobierno seguía contando con su confianza.

El Presidente me contestó que podía yo decir, donde y cuando quisiera, que el Gobierno tenía las seguridades más amplias respecto de ese particular.

Le indiqué, de pasada, ante los confusos resultados de las elecciones municipales y por la conveniencia de saber con fijeza cuál era la opinión del país, que pensaba en convocar las elecciones parciales de diputados a Cortes, para cubrir las vacantes que existen. El Presidente me contestó que si le llevaba el decreto convocando las elecciones parciales, lo firmaría en el acto, sin oponer ninguna dificultad. Pero que quizá la convocatoria no fuese ahora oportuna, porque las derechas estaban enardecidas, y si el resultado de la elección no era una victoria aplastante, lejos de favorecer la prolongación de la vida de las Cortes, la acortaríamos. Me rogó que lo pensásemos, y si después insistíamos en convocar la elección, se convocaría.

El «debate político» comenzó aquella tarde. Lo abrió el señor Botella, hombre bizco y malintencionado. Hizo un discurso mediano, al que me fue fácil contestar[59]. Botella es hombre violento y corrosivo, pero estuvo muy mesurado en los términos.

Lo extraordinario de este debate ha sido el discurso de Maura. Frenético, descompuesto, jacarandoso. Pensar que este hombre pueda un día estar al frente de un Gobierno, causa pavor. Hubo un momento en que, recogiendo una interrupción tonta de un socialista, invitó a las oposiciones a irse a la calle. Gritó tanto que se quedó sin voz. Se retorcía como un poseído. A mí me parecía que de un momento a otro se subiría por las columnas de las tribunas, correría por las cornisas y se entregaría a otras acrobacias peligrosas e inútiles.

También ha hablado un señor Castrillo, notario, que pertenecía al grupo progresista, resto de lo que fue el partido de don Niceto. El actual Partido Progresista cabe en un taxi.

Ese señor Castrillo, que está casi moribundo, es hombre algo turbio. Hace dos años todavía echaba discursos monárquicos en el Ateneo. Cuando se eligieron las Cortes, se presentó diputado por León, en candidatura con otros republicanos, entre ellos el coronel don Segundo García, que pertenecía al

grupo de militares republicanos que tanto nos han dado que hacer. Don Segundo falleció la víspera de la elección, y Castrillo, según cuenta, mantuvo en secreto el hecho del fallecimiento, porque en virtud de las combinaciones electorales, eso le favorecía. Es muy pedante, el señor Castrillo, y muy indiscreto, y ha hecho y dicho cosas en tales ocasiones, que podían dar pretexto a la sospecha de que sus opiniones eran también las del Presidente de la República. Por esto le traté con rigor. Le contesté largamente y pocas veces me he divertido tanto en un discurso. El Congreso lo advirtió y se regocijó también mucho. El señor Castrillo quedó hecho trizas[60].

El jueves vinieron a decirme que se anunciaba una intervención de Sánchez Román en el debate. Parece ser que Maura le trabajaba mucho para que hablase, proponiendo una conciliación.

Se atribuye a Maura esta frase: «Cuando dos riñen, alguien tiene que convidar a unas copas; sólo usted puede hacerlo».

Al terminarse la sesión, y en vista de los propósitos que se atribuían a Sánchez Román, le dije a Prieto, que pues amigo suyo, procurase hablar con él y tratara de averiguar lo que iba a decir y a proponer advirtiéndole que lo pensara bien, pues yo no quería hacerle un desaire en el salón de sesiones, si proponía cosas que el Gobierno no pudiese aceptar. A este efecto le marqué a Prieto hasta dónde podía llegar la transigencia del Gobierno.

Según nos contó Prieto en el Consejo del viernes, él llamó a Sánchez Román en la noche anterior, aparentemente para tratar de unos asuntos que interesan a la viuda de Juan Echevarría. Hablaron de ello largamente, y después trataron de política. Confirmó Sánchez Román que Maura y otros pretendían que hablase, pero él no estaba decidido y más bien se inclinaba a seguir callando. Reconocía que el Gobierno no podía aceptar condiciones humillantes, y que las oposiciones no podían ya retroceder. Total, nada. Prieto no me dijo si él había hecho alguna observación más…

En la sesión del viernes por la tarde, después de otro discurso del señor Castrillo, aún más divertido que el anterior, habló un señor Díaz del Moral, notario, que pertenece al grupo republicano independiente, antes, Agrupación al Servicio de la República, que dirigió Ortega. Casi todos los diputados de ese grupo salieron elegidos con votos que les regalaron los socialistas y los republicanos, y ahora, en vez de renunciar sus actas, atacan duramente a los mismos partidos que los eligieron. Díaz del Moral es un viejo andaluz, *especializado* en cuestiones agrarias. Farfulla unos discursos que nadie oye, y cuando formaba parte de la Comisión agraria causó no pocas dificultades y disgustos. Pertenece a la casta de notarios *ilustrados*, que en ganando dinero y

bienestar, emplean sus ocios en salirse de su oficio para campear en la economía, en la sociología, etcétera, etcétera. De éstos hay varios en las Cortes, como el propio Castrillo, y D. Hidalgo, editor de la literatura bolchevique, y alguno más.

Díaz del Moral habló para decir que su grupo, hasta entonces expectante, se adhería a la obstrucción. No quieren ser menos que los otros ni llegar tarde al reparto del botín. Para justificar su decisión, pintó un cuadro del estado del país, que parecía sacado del *ABC* o de *El Debate*. Todo está muy mal, y lo hemos hecho muy mal, excepto en Instrucción Pública. Razón de la excepción: el cuñado de Fernando de los Ríos, que se llama Bernardo Giner, es miembro del grupo republicano independiente, y para aprobar las líneas generales del discurso de Díaz del Moral, exigió que se tratara bien a su pariente.

Después habló por fin Sánchez Román. Dio, como pretexto de su intervención, el discurso de Del Moral, del que resultaba que ya todos los grupos de oposición se hacían obstruccionistas. No se ha visto intervención más anunciada y esperada. Sánchez Román se administra muy bien, y aunque hace toda la política que puede, y cuanta es compatible con su afán de no comprometerse, quiere siempre representar el papel de hombre imparcial, severo y desinteresado. Bien dice don Niceto, es la posición más cómoda.

El discurso, como tal, fue malo. ¡Qué vocabulario! ¡Qué sintaxis! Es de herencia, porque su padre ya escribía así.

Las intenciones del discurso no eran buenas para nosotros, y en suma no vi la conciliación por ninguna parte, porque pidió que se elaborase un programa legislativo y se constituyese un «instrumento», es decir, un Gobierno, para llevarlo a cabo. Es lo que piden los de la obstrucción. El discurso se oyó en silencio sepulcral, y al concluirse, nadie aplaudió.

Era muy tarde para contestarlo, pero quise aprovechar la ocasión para invitar a la concordia. Yo necesitaba dejar bien claro que el Gobierno está dispuesto a ella, siempre que no se le pidan cosas absurdas, por ejemplo, que fije la fecha de su dimisión. Y conociendo las divisiones internas de los grupos de oposición, quise que se tomaran tiempo para reflexionar sobre unas palabras mías que pudieran servirles de asidero para cambiar de posición. En tal sentido hablé[61], aplazándolo todo hasta el martes. Mientras yo hablaba, Lerroux, muy congestionado, me miraba sin pestañear.

Por la noche tuve aquí reunión de los diputados de Acción Republicana. Tratamos del proyecto de Congregaciones, al que ha presentado una enmienda el diputado de nuestro grupo, Fernández Clérigo, pidiendo que se

incapacite a los frailes para enseñar individualmente. Conseguí que Fernández Clérigo retirase su propuesta, aunque de mala gana.

El proyecto ha tropezado con demasiadas dificultades, ya vencidas casi todas, para que a última hora provoquemos una más, agravando el texto. Se habló mucho de las elecciones pasadas. Casi todos se quejan de los socialistas, o porque se sienten maltratados por ellos en los pueblos, o porque nuestra alianza con los socialistas perjudica a los candidatos de Acción. Todos reconocen que la situación de la política nacional no permite ahora separarse de los socialistas, y menos en términos de ruptura. Pero se hace necesario prepararlo, de acuerdo, cuando nos dejen. Los radicales y Maura, caminan al revés de sus conveniencias.

De lo que se habló en esta reunión debió de traslucirse algo, porque entre los socialistas había cierta inquietud, temiendo que Acción Republicana variara de disposición.

Recibo de Gobernación informes de lo que se prepara. El día 9 estalla una huelga general de la CNT. Se relaciona este asunto con las revelaciones de un sujeto acerca del plan para asesinar al Presidente del Consejo y a Prieto. Y se acentúan los indicios acerca de los manejos de algunos militares, entre ellos Goded. Lo de Cabanellas (Miguel) no adquiere hasta ahora mayor importancia.

Esta mañana, en la estación, me habló el presidente del Supremo. Insiste en que el recurso de apelación puesto por Sánchez Román en el proceso de Menéndez es un error, fruto de la inexperiencia de Sánchez Román en materia criminal.

El comité de los grupos de oposición se ha reunido para examinar lo que yo dije el viernes. Sin esperar a la sesión del martes, como yo se los indicaba, se apresuran a dar una nota diciendo que no hay más salida que el planteamiento de la crisis. Esta precipitación debe de ser obra de Botella y Maura, que no quieren dejar tiempo para que el conglomerado de la obstrucción se cuartee.

En todo ello juega un papel muy doble el señor Lerroux. Se ha abstenido de intervenir en el debate. Hace como que va envuelto por los acuerdos anteriores de los grupos. Pero, en rigor, con que él dijese una palabra, la obstrucción se acababa, por lo menos temporalmente. A todo esto, Lerroux acoge y alienta a los militares descontentos, y les hace promesas desatinadas. Nunca verá la política con más elevación que un sargento.

1 de mayo

Paralización general, por ser la fiesta del trabajo. No he salido de casa en todo el día. Por la tarde han venido a despedirse la Xirgu y Borras, y hemos tenido además otras personas de visita. La tarde era muy agradable. El jardín estaba maravilloso de contrastes. Después ha descargado una tormenta furiosa, con un vendaval que ha machacado y desgarrado las plantas. La lluvia ha disuelto en Madrid las muchedumbres que habían salido a la Casa de Campo. Me dicen que, solamente por la estación de Atocha, han salido esta mañana más de treinta mil personas para pasar el día al aire libre. Ningún incidente desagradable.

A las nueve hablo por teléfono con Prieto, que me cuenta las andanzas del Presidente por Vizcaya. Nada de particular. Están contentos.

2 de mayo

Anoche, a última hora, Prieto le dijo por teléfono a Casares que convenía que yo oyese el discurso que el Presidente de la República iba a pronunciar en el cementerio de Mollona, de Bilbao, con motivo de la conmemoración de «El Sitio». Han puesto unos altavoces en el salón de Consejos y allí hemos oído todo lo que se ha dicho en aquella ceremonia. El Presidente ha hecho una alusión bastante clara a la obstrucción, condenándola, como toda violencia, y saliendo al paso a los propósitos de abstención que se atribuyen a los socialistas.

Más tarde, Prieto volvió a hablar por teléfono con Casares, y le contó que el Presidente, después del discurso, le dijo a Prieto:

—Yo no podía ir más lejos.

Lo que ha dicho el Presidente en su discurso es la buena doctrina. Pero puede dudarse si hace bien en exponerla mediante discursos. La doctrina sólo tiene que aparecer en actos. Es muy peligroso que él se ponga a interpretar con palabras la Constitución.

En el Consejo no se ha hablado más que de la situación parlamentaria. Anoche me llamó por teléfono Zulueta para otras cosas, y luego aludió a la obstrucción. Zulueta creía que yo iba a dimitir, y sobre ese equívoco estuvo hablando un rato, hasta que le oí que «sólo faltaban escoger el día y el pretexto». Entonces le saqué de su error, diciéndole que tenía los talones hincados en tierra. Se sorprendió mucho, y me pidió instrucciones para el Consejo de hoy. Estos hombres mustios y tímidos no sirven para nada.

En el Consejo, todos los ministros han estado conformes en que el Gobierno no puede dimitir por la obstrucción. Prepararles ese triunfo, sería acabar con el Parlamento. Giral ha querido hacer algunas reservas sobre las medidas reglamentarias que habían de adoptarse, y no le gustan por lo que tienen de violentas; pero reconoce que no se puede dimitir así.

Les he expuesto las líneas generales de mi discurso, y las han aprobado.

Por la tarde, en las Cortes, expectación teatral. He ido un poco tarde, porque a las cuatro tenía en el ministerio la ceremonia de entregar al coronel

Moreno Luque el premio Daoíz. Gran cónclave de artilleros. Les he dicho unas palabras que les han entusiasmado.

Para mi discurso en las Cortes, he leído en el *Diario* lo que dijo Sánchez Román y he tomado unas notas. Nunca, o casi nunca lo hago; pero hoy era muy conveniente. El discurso, oído con profundo silencio por parte de las oposiciones, y con aprobación de la mayoría, ha salido bastante bien. Tenía yo hoy la palabra fácil y ágil. Esperaban una rendición del Gobierno, o un desplante provocador. Como no he hecho ninguna de las dos cosas, se quedaron desconcertados. Cuando acabaron los aplausos de la mayoría, los jefes de las oposiciones se miraban sin saber qué hacer. A lo que yo propuse, no había objeciones razonables que oponer, y sólo podía contestarse aceptando, o proponiendo algo que estuviera mejor[62]. Por fin, Martínez Barrio, se levantó a pedir que se suspendiera la sesión.

Dos horas ha estado deliberando el comité de los grupos de oposición. Mucha gente creyó que aceptarían la tregua propuesta por el Gobierno; yo no lo creí. Votaban por aceptar la tregua los radicales, los federales y la Agrupación al Servicio de la República. En contra, Maura, Botella y Castrillo. (Maura está ahora entusiasmado con Botella, y admira su clarividencia política). Estaban empatados, y consultaron a los grupos. Los federales, que habían votado por suspender la obstrucción, dijeron que ante todo convenía no romper el bloque de las oposiciones, y que para eso mantendrían la obstrucción. Los del Servicio a la República aceptaban la tregua para dos leyes.

Al reanudarse la sesión, Martínez Barrio asumió el triste encargo de notificarnos la negativa. Bien se advertía lo contrariado que estaba. Seguramente le parecía un disparate lo que estaban haciendo, y así se lo indiqué yo al rectificarle. Como Martínez Barrio no tenía ninguna razón que dar, estuvo lamentable. Dijo tonterías. Y me levanté a replicarle, estando el Congreso más anhelante aún que al principio de la sesión. Este segundo discurso mío[63], fue de más efecto dramático que el primero, y los grupos de la mayoría aplaudieron frenéticamente. Se obtuvo el beneficio de soldar algunas resquebrajaduras.

Martínez Barrio habló de nuevo, y dijo otra abundidad: que sus parciales políticos en el país les pedían la obstrucción. En tres palabras le probé que eso es desatinado[64]. Y así terminó el famoso «debate político». El efecto ha sido muy bueno para el Gobierno. Las oposiciones están algo mohínas, sobre todo los radicales. En virtud de la dirección, o de la falta de dirección de Lerroux, el grupo radical, que es el más numeroso, se encuentra a merced de lo que han

resuelto Botella (que está solo), Castrillo (que pertenece a un grupo de cuatro) y Maura, que es el enemigo irreconciliable de los radicales. Entre éstos hay gente bárbara y apasionada que se entusiasma con lo que están haciendo; pero otros, y no de los menores, lo sienten, y se dan cuenta de que es un disparate enorme.

Los partidos gubernamentales están muy contentos. Los ministros, también. Largo Caballero me ha dicho que se alegra de que no hayan aceptado la tregua, y luego añade: «Ahora, a defender la República».

Besteiro cree que las dificultades podían resolverlas sus compañeros del Gobierno, retirándose. Para eso les ha dirigido «algunas indirectas». Y me pregunta qué opinan Largo y Prieto.

Mientras estaba suspendida la sesión, he andado de conferencias con los delegados de los grupos ministeriales para solventar las últimas cuestiones que surgen en el proyecto de Congregaciones. Los radicales-socialistas han tomado un acuerdo que no puedo aceptar, y que contradice el que tomó el Gobierno. Resulta, según me dicen Baeza Medina y Galarza, que Albornoz no les ha dicho nunca que el Gobierno hubiese tomado una decisión sobre el particular: plazo para la sustitución de la enseñanza e incapacidad de los clérigos.

Y en una reunión de la Comisión a la que asistieron Fernando de los Ríos y Albornoz, por encargo mío, para convencerles de las razones que tenía el Gobierno, lo que hicieron ambos ministros fue dejarse convencer por la Comisión. ¡Hombres!

Como no conseguía yo esta tarde convencer a los radicales-socialistas, se lo dije a Albornoz, después de terminada la sesión, para que él, como ministro *del ramo* y miembro del partido, interviniese. Albornoz estaba tan contento, y tiene tanto miedo a sus correligionarios, y le cuesta tanto trabajo proceder a cara descubierta, que me dijo: «Hoy estoy yo demasiado contento, después de esta magnífica sesión, para ocuparme de frailes y curas. Usted, con su autoridad de jefe del Gobierno, es el único que puede arreglar eso».

Muchas idas y venidas, para conseguir que todo quede bien antes de la sesión de mañana.

3 de mayo

Han venido Royo Gómez y Funes, de Acción Republicana, a preguntarme qué hacen en lo de las Congregaciones religiosas, que va a discutirse esta tarde en el Comité de la Federación de Izquierdas. Les doy instrucciones.

Después viene Vicente Sol, director de Prisiones saliente, a decirme que es necesario trasladar a otra prisión a March, porque en la de Madrid está en relación inmediata con anarquistas, comunistas, etcétera, a los que subvenciona y protege, y además dirige fácilmente algunos manejos políticos y peligrosos. Le contesto que haga lo que estime conveniente. Llevarán a March a Alcalá.

Luego ha venido Domingo, a enterarme del estado de las negociaciones comerciales con Francia. Apruebo lo hecho y le digo que lo comunique así a París.

A última hora de la mañana recibo a nuestro cónsul en Marraqués, que me informa de algunos asuntos de interés.

He ido temprano a las Cortes, para acabar el arreglo del dictamen de la ley de Congregaciones. Me dijeron esta mañana los radicales-socialistas, que la base de todo era que Fernández Clérigo retirase su voto sobre la incapacidad de los clérigos, porque retirándolo se evitaba una escisión, o el trance de tener que votar en contra de una propuesta que tenía apoyo en el grupo radical-socialista. Hablé con Fernández Clérigo. Conforme en retirar su propuesta, como ya me había dicho. No estaría en el salón al leerse el voto, y el Presidente lo daría por retirado. Mientras hablaba yo con Clérigo, se reunía el Comité de la Federación de Izquierdas. Se trataba de reducir a los representantes de los radicales-socialistas. Algunos temían que al retirar su voto Fernández Clérigo, otros lo reprodujeran.

Fui a decirle a Besteiro lo convenido con Clérigo, y Besteiro no accedió a lo que yo le indicaba. Tuvimos una escena desagradable, porque ya llovía sobre mojado, y una vez más se advertía la poca voluntad de Besteiro pata allanar dificultades. Corté la conversación del modo más significativo que me fue posible, y no me ocupé más de este asunto.

Llamé a los del Comité de la Federación. Hablamos despacio. Me decían los radicales-socialistas que, si ellos hubiesen sabido que había un acuerdo de Gobierno, no habrían tomado ellos el suyo (se ve el doble juego que han hecho muchas veces los ministros radicales-socialistas).

Les dije terminantemente que lo de la incapacidad no lo aceptaba. Que respecto de la sustitución de la enseñanza el Gobierno había fijado la fecha del 1 de octubre para la segunda enseñanza, y que respecto de la primera no podíamos aceptar igual fecha, porque o incumplíamos la ley a sabiendas, o echábamos sobre el Presupuesto una carga enorme. Se conformaban con que se fijase una fecha, y yo les di la de 1 de enero, o sea posterior al Presupuesto, que es dejar la cuestión subordinada a la cuantía de los créditos que se voten. Aceptaron, y también que no se hablase de incapacidad individual en esta ley, dejando la cuestión para la de Instrucción Pública. Por fin, quedaron avenidos todos los representantes de los grupos, y se acordó modificar el dictamen en ese sentido.

Cuando salí a los pasillos me dijeron que el voto de Fernández Clérigo había sido retirado, sin que lo reprodujese nadie.

Espero que con todo esto, la última dificultad del texto de la ley se haya vencido. No han sido pocas. Casi siempre han venido del prurito de algunos que quieren ser más feroces que nadie, y de la poca consistencia del carácter de algunos ministros, que no quieren disgustarse con nadie.

Hoy hablaban mucho en el Congreso del discurso del Presidente en Bilbao. Los obstruccionistas estaban enfadados. Maura ha dicho: «Peor para el Presidente de la República». No es imposible que la emprendan con él. Confirmo mi opinión de que no conviene que el Presidente interprete con discursos la Constitución.

4 de mayo

Me levanto temprano para ir a esperar al Presidente, que ha llegado a las nueve. En la estación, Casares me dice que quiere hablarme. Venimos juntos al ministerio, y me entera de los preparativos del movimiento revolucionario. Después, despacho con el subsecretario y a las once y media voy al Consejo en Palacio. Ha sido un Consejo trivial. Me entero allí, por Prieto, de que cuando el martes estaba reunido en el Congreso el comité de las oposiciones deliberando sobre la tregua propuesta por el Gobierno, el señor Castrillo telefoneó a Bilbao pretendiendo hablar con el Presidente. No estaba en su residencia y recibió el recado Jiménez Orge, jefe de la Escolta. Cuando se lo transmitió a don Niceto, el Presidente se encolerizó contra Castrillo, cuyas impertinencias no tienen fin.

El Consejo ha terminado a la una. Al salir no tenía nada que decir a los periodistas, que se han puesto a hacer cabalas sobre lo que expresaba mi semblante; me encontraban muy malhumorado (debía de ser por haber dormido menos que de ordinario). Tal me han referido por la tarde en el Congreso.

Por la tarde se ha transigido en las Cortes, el asunto de la protección a la naranja, según habíamos convenido estos días. Prieto, que es muy quisquilloso, no lo encontraba bien para el Gobierno; pero eso hubiera sido dar la razón a los que suponían que habíamos llevado a las Cortes el asunto como un ardid para romper la obstrucción. Lo malo es que los «naranjeros» no tienen razón, y que los remedios propuestos, a costa del Presupuesto, no resolverían casi nada.

Pérez Madrigal ha hablado de los sucesos de La Solana. Pedía que se fijase con urgencia la fecha de una interpelación, ya aceptada por el ministro, sobre ese asunto, y con el pretexto de defender su petición ha entrado a explanarla, hablando larga y disparatadamente del caso, con la benevolencia de Besteiro, que una vez más se ha mostrado poco amigo del Gobierno. La situación era tal, que desde mi asiento le he hecho a Besteiro unos gestos de extrañeza, que le han hecho caer en la cuenta de lo que sucedía, y por fin ha intervenido para cortar el discurso de Pérez Madrigal. Este mozo, bastante

sospechoso, ha hecho un discurso digno de un cavernícola. Después, una escena grotesca sobre la interpretación de un artículo del Reglamento, en la que ha correspondido el peor papel a Guerra del Río. Votación. Mayoría del Gobierno. Maura ha dicho que lo de La Solana es «otro Casas Viejas». Así da gusto.

Siguen haciendo cábalas las oposiciones acerca de si tendremos o no mayoría para sacar la ley de Congregaciones. Maura dijo en su discurso energuménico que no tenemos mayoría en el Parlamento, y que vivimos de una ficción. Ahora se van percatando de que sí la tendremos y ya empiezan a decir que eso no tiene importancia, y que lo interesante es la mayoría que ellos tienen en el país. Así habla Lerroux.

5 de mayo

En el Consejo de hoy hemos acordado el plan para concluir la ley de Congregaciones aplicando la guillotina. He interrumpido el Consejo para recibir al vicepresidente de la Argentina, que ha llegado esta mañana. Venía con García Mansilla, que resplandecía como un ascua de oro.

También, durante el Consejo, ha venido Herbette a traerme las insignias de la Gran Cruz de la Legión de honor. Cortesías, y a otra cosa.

En las Cortes se ha aprobado la ley que pone fin, por ahora, a la guerra de las naranjas.

Conversación con Besteiro, para el plan parlamentario de la semana próxima.

Larga conferencia con Domingo, Vergara y los diputados socialistas asturianos, sobre el préstamo a las empresas mineras. El Banco de Crédito Industrial se ha resistido mucho. Ayer, cuando vino Viguri a darme cuenta, me enojé. Es también una obstrucción. Vergara estaba hoy impasible, y me ha impacientado. Mucha conversación. Llamada a Viguri. Examen de textos. Promesas de arreglo.

Por la noche, gran banquete en Palacio. Brindis de don Niceto. Volutas y arabescos. Cuando se sentó, el doctor Roca tardó mucho en levantarse a contestar. Pasé un rato divertido, creyendo que este señor no iba a decir nada. Por fin, habló y respiramos.

Roca está alojado en Palacio, donde se supone que reside el Presidente, obstinado en vivir en su casa particular. La situación, cuando llegan casos como éste, es ridicula.

7 de mayo

Ayer, sábado por la mañana, vino Vergara a despachar los asuntos del ministerio de Hacienda. A las doce y media me fui a la presidencia, donde tenía citado al Comité de Arte y Letras de la Sociedad de Naciones. Fue con ellos Unamuno, como si tal cosa. Hablé con Paul Valéry, Jules Romains, *madame* Curie, la Vacaresco y algunos otros. Creo que han tenido agrias discusiones con los italianos.

Desde la presidencia, al Senado: allí daba una comida Besteiro en honor de Roca. Asistió el Presidente. Me aburrí mucho.

Vine al ministerio después y luego llegó Casares. Me trajo información sobre los trabajos de Goded, Aranda y otros militares, y sobre la presencia del exgeneral González Carrasco en la Zona francesa de Marruecos, de la que ha pasado alguna vez a la nuestra.

Con todas estas cosas, y las medidas que hay que adoptar, le pido una entrevista al Presidente. Le veo en su casa y le entero de todo.

Desde allí, a la legación de Polonia. Mucha gente, mucho calor. Música insignificante. Tengo prisa y me voy.

Por la noche, banquete en la embajada argentina. Está el Presidente de la República. Después, recepción, a la que el embajador había invitado a Romanones y a Santiago Alba; más discretos que el embajador, no fueron.

También habían discurrido invitar a Maeztu y a Gil Robles. Lo consultaron al ministerio de Estado, que les aconsejó que no los invitaran, pero en el ministerio no se atrevieron a poner el mismo veto a los otros dos señores.

Hoy por la mañana viene el general subsecretario y hablamos del general Goded y de González Carrasco. Acordamos fijar la residencia de Goded en Canarias y al punto se expiden las órdenes, para que salga esta misma noche. El general subsecretario encuentra grave que González Carrasco esté en Marruecos, donde ha mandado ocho años un grupo de regulares. Expido un telegrama a Moles sobre el caso, y por su parte el general envía una carta al general Benito, dándole instrucciones.

Por la tarde salgo de paseo hacia Navacerrada. En la subida del puerto comenzó a llover, y torcimos el viaje hacia El Escorial. La carretera de Guadarrama estaba hermosísima de frescura y verdor. He estado una hora en la Casita de Arriba. Al anochecer, en Madrid.

Esta noche, he dado una comida a Roca en la presidencia. Por variarle de público, le he rodeado de pintores, médicos, escritores, catedráticos. Ha sido necesario improvisar la mesa, porque hasta el viernes no se decidió que habría esta comida, y me ha costado algún trabajo encontrar a la gente. Desde la presidencia, al Español, donde había una función de gala organizada por la Casa Hispano Argentina. Detestable cosa. Hemos estado allí poco rato, y nos despedimos del señor Roca.

Vuelvo al ministerio. Antes de acostarme me dicen que ya se han cumplido las órdenes sobre Goded, es decir, que ya está de viaje para Cádiz.

Me ha costado alguna violencia tomar esta determinación con Goded, a quien hubiera querido atraer. Pero él no corresponde a las consideraciones que le guardé y a los miramientos que siempre tuve con él.

8 de mayo

Por la mañana, copioso despacho con Castelló y Masquelet. Me comunican que Goded ha llegado a Cádiz.

Cosa divertida: esta mañana, sin que nadie lo llamase, se ha presentado en el ministerio, donde no ponía los pies desde hace mucho tiempo, el coronel de Estado Mayor, Aranda, uno de los notados como colaboradores en los enredos de Goded. Ha visto al subsecretario y dice que él no se mete en nada, que sabe que está fichado, pero que no quiere perder la carrera, en la que ya le han hecho bastante daño. Que le digan dónde tiene que ir. Pide permiso para vivir en Ceuta, y allí estará a la vista de todo el mundo.

También ha venido Cabanellas (Miguel) con la pretensión del hablarme, pero no me ha visto. Se conoce que hemos puesto el dedo en la llaga.

A primera hora de la tarde ha venido el fiscal, Vallés. Me dice que en el proceso de Menéndez, se adhiere a la petición de la defensa para que se revoque el auto de procesamiento. A su juicio, no hay ni asomos de responsabilidad para Menéndez.

He pasado gran parte de la tarde escribiendo. El Presidente me llama por teléfono. Quiere saber lo que se prepara para mañana. Me cita en su casa, para las siete y media. Le pregunto a Casares, antes de ir a casa de don Niceto, las noticias más recientes sobre la huelga anunciada para mañana. Cree Casares que donde hay más peligro es en Zaragoza, Valencia y Asturias. Todas las disposiciones están tomadas. En Madrid no ocurrirá nada impórtate, y cree que tampoco en Barcelona.

A la hora convenida voy a casa de don Niceto. Le transmito los informes de Casares. Luego, me pregunta: «Bueno, y del Parlamento, ¿qué hay? ¿Van ustedes a *guillotinar* el proyecto de Congregaciones?». He comprendido entonces que lo de informarse acerca de la huelga no era más que un pretexto. Y no acierto a explicarme a qué ha venido ese inútil rodeo.

Le entero del plan adoptado: Se aplicará la *guillotina* al artículo 31 inmediatamente, y se fundirán en un solo artículo el 32 y los accesorios, para votarlos de una vez cuando convenga.

Me sale diciendo que si no temo que se retiren de las Cortes todas las minorías de oposición, en el caso de aplicarse la guillotina. Le contesto que no he oído a nadie hablar de semejante cosa, ni se trasluce nada que lo haga temer. No disimulo la sorpresa que me produce su pregunta, y deseo saber en qué se funda. Resulta que el jefe de su gabinete de prensa, Emilio Herrero, al darle cuenta esta mañana de lo que dicen los periódicos, le ha referido lo que él oye decir a unos y otros diputados en los pasillos del Congreso, y entre tales decires se cuenta el de que algunos diputados prevén una retirada de las oposiciones (también es chocante que nadie lo haya oído más que Emilio Herrero…). Insisto con el Presidente en que no hay atisbo siquiera de semejante suceso. El Presidente me endilga una larga disertación sobre los males que sobrevendrían con la retirada de *todas* (repetía siempre esa palabra) las oposiciones. Un hecho así marcaría «el límite de la resistencia» del Presidente. Sería *matar* el Parlamento (es decir, que lo disolvería). No podría votarse con autoridad ninguna ley, y menos la de Congregaciones. Darían una bandera a las derechas y a todos los enemigos del régimen. Pasado algún tiempo, no faltaría un erudito historiador que viniese a probar que las oposiciones, marchándose del Parlamento, no tenían ninguna razón, él también ha condenado la obstrucción; pero cuando el erudito viniese a dar la razón a quien la tuviese, el daño irreparable estaría ya producido.

Me pregunta si no he sondeado los propósitos de las oposiciones; contesto que no tengo motivos para hacerlo y que, como no disfruto de la conversación de Emilio Herrero por las mañanas, no he sentido ninguna alarma; tampoco ahora la siento.

Me encarga mucho que tenga pulso y no tire demasiado de la cuerda, Está asustado, porque en el último Consejo advirtió que, a Largo Caballero, los ojos se le ponían casi blancos, que es señal de cólera en Largo, y aunque se enoja pocas veces, le teme; que no suelte yo el timón, etcétera, etcétera.

Después le llamo la atención sobre la otra cara del asunto: que por temor al retraimiento de las oposiciones no hagamos avanzar la ley, y nos paremos; o si ante la amenaza del retraimiento, o ante el hecho mismo, el Gobierno sucumbe, ¿qué haremos los demás? No habría Gobierno posible, si el actual cayese por el triunfo de la obstrucción.

—¿No habrá posibilidad de vivir aquí regularmente?

—Temo que no, si no se hace entrar en razón a los que se desmandan. La cuestión —añado—, no se acabará probablemente con la ley de Congregaciones, aunque la oposición a esta ley haya sido en gran parte el

motivo de la obstrucción. La ley del Tribunal de Garantías no podrá votarse normalmente, y habrá que apelar a la guillotina.

—Reforme usted el Reglamento —me dice.

—Eso sí que puede darles pretexto para la retirada.

El Presidente repite que estas Cortes deben votar otras muchas leyes, incluso la Electoral.

—Hecho el balance de la colaboración socialista —agrega el Presidente —, el resultado es bueno. Es disparatado que las gentes que tienen dos pesetas no lo entiendan así.

El Presidente hace el balance de la colaboración socialista por «cuencas hidrográficas». (Esto es muy de don Niceto). En las cuencas del Ebro, del Duero y del Miño, es francamente favorable. En la del Tajo, discutible, dudoso. En la del Guadalquivir, adverso. Achaca lo adverso a los alcaldes socialistas, y a las agrupaciones engrosadas repentinamente con gentes no disciplinadas. Recuerda que Largo, cuando vino la República, era de opinión contraria a la admisión de mucha gente; prefería pocos y buenos, etcétera.

De nuevo me habla del Reglamento. Si vuelve a ser diputado pedirá su reforma. Si la ley de Congregaciones se votase hallándose retiradas del Parlamento las oposiciones, nacería sin autoridad y sería una bandera para los enemigos de la República.

Otra vez tratamos de la situación que nacería de caer el Gobierno por un acto de violencia de las oposiciones, y de lo que harían los socialistas, si se sentían expulsados del poder, como quieren los de la obstrucción.

El Presidente dice que, cuando se vayan los socialistas, los tratará como partido gubernamental, movilizable en cualquier ocasión.

Hemos hablado una hora. Lo que antecede es lo principal.

El Presidente está asustadísimo. Menos mal que todo ha quedado en palabras; en muchas palabras, es cierto. Y todo, por lo que le ha contado esta mañana Emilio Herrero. Veremos lo que ocurre cuando le cuente otra cosa su barbero. ¿Y esto va a ser la política con don Niceto? ¡Medrados estamos!

Esta tarde he ordenado el acuartelamiento de tropas para mañana. El director general de Seguridad me trae largas listas de soldados, a quienes se tiene por comunistas. Son los datos de la oficina de Información que funciona en la Dirección General y que va a pasar al Estado Mayor Central. No creo que en los cuarteles ocurra nada.

10 de mayo

Ayer tarde, en el Congreso, se redactó el voto particular de Baeza Medina, que refunde en un solo artículo lo que resta por aprobar de la ley de Congregaciones. Se leyó en el salón, y la Comisión parlamentaria lo hará suyo. La prensa ha publicado el texto nuevo, en el cual se adoptan las reglas que convinimos para la sustitución de la enseñanza.

Cerca de las dos viene el ministro de Marina a presentarme una comisión de químicos que prepara el Congreso Internacional del año próximo. Despedida la comisión, Giral se queda, porque tiene que hablarme de parte de don Niceto. Ha visitado Giral al Presidente con la misma comisión, y, al acabarse la visita, el Presidente le ha llamado aparte y le ha preguntado: «¿Verá usted hoy a don Manuel Azaña?».

—Sí, señor. Desde aquí vamos a visitarle.

—Pues dígale que me vea antes de votarse definitivamente lo de Baeza Medina. Es muy grave. Que cada palo aguante su vela, yo ya tengo bastante. He de hablar con el Presidente del Consejo, y acaso, después, con el Gobierno.

Giral amplía estas palabras, con algunos detalles que pintan la preocupación del Presidente y la gravedad que concede al asunto. «¿Pero cuál es el asunto?», le pregunto a Giral, porque me extraña que el Presidente encuentre novedades en una solución que conocía de antemano. Giral no me saca de dudas y sólo advierto que está muy alarmado y preocupado. Como Giral es de los que ven la dirección de la política con el criterio de un buen padre de familia, no me atrevo a suponer nada. Llamo por teléfono al Presidente, en presencia de Giral.

—¿Usted quiere verme hoy? —le digo.

—No sé si Giral le habrá referido a usted bien nuestra conversación —ya empieza a retroceder, me digo; pero le oculto a Giral la duda del Presidente sobre la exactitud de su referencia—. En eso del voto de Baeza Medina —prosigue don Niceto— hay algo que me parece grave. Pero no venga usted esta misma tarde, porque dada la situación se prestaría a comentarios políticos. Hablaremos antes de que se vote.

Y en eso quedamos. «¿Ve usted? —le digo a Giral—, no será tan grave cuando no le corre prisa. No haga usted mucho caso».

A primera hora de la tarde viene a verme el presidente del Supremo. Me informa de que esta mañana ha sido la vista del recurso de apelación contra el procesamiento, y la Sala, por 4 votos contra 3, ha acordado confirmar el procesamiento. «Siento mucho haber sido profeta», me dice el Presidente al entrar. Llama profecía a lo que me dijo hace unas semanas, a saber: que Sánchez Román, por inexperiencia en materia penal, se había equivocado al recurrir contra el auto de procesamiento de Menéndez, «porque en cuarenta años de ejercicio de la magistratura, no recuerda un solo caso en que se haya ganado un recurso de esa especie». Mejor hubiera sido dejar que la Sala llegase al sobreseimiento. Él, don Diego Medina, ha ido a presidir la Sala, para mayor autoridad; el fiscal se ha adherido a la petición de la defensa; pero la mayoría de la Sala ha votado en contra. Añade don Diego que la «buena doctrina procesal» es la que sustenta la Sala. Concluye diciéndome que lo siente mucho, que mañana procurará que se dicte auto de libertad provisional para Menéndez, y que, en pocos días, podrá llegarse al sobreseimiento, a no ser que se persone alguna acusación privada, lo cual complicaría mucho las cosas.

Aunque don Diego da a entender que él ha votado por el desprocesamiento, lo que ha hecho la Sala coincide puntualmente con lo que ese señor me dio como opinión personal suya, hace unas semanas, y no sé qué pensar. No le hago objeción alguna y le ruego que al menos obtenga la libertad provisional de Menéndez, puesto que si él ha votado por el desprocesamiento, y opina, como siempre, que se debe llegar al sobreseimiento, no parece justo retener en Prisiones a quien se halla en tales circunstancias. La razón para el desprocesamiento, según me dijo el fiscal, es que del sumario no aparece culpabilidad alguna para Menéndez, y, estando terminado ya el sumario y dada la índole del caso y las pruebas practicadas, no puede esperarse que en el juicio oral aparezca ningún dato nuevo que no conste ya en los autos. De nada de esto le hablo al Presidente, y nos separamos.

Esta mañana vino a verme Anguera de Sojo, a quien hemos nombrado fiscal general de la República. Anguera es hijo de una santa. También él es muy beato. Inteligente, sagaz, con dotes de mando, muy instruido en su profesión, atrozmente tartamudo y muy ardiente republicano. En Cataluña, como presidente de la Audiencia, cargo de que se apoderó revolucionariamente el

14 de abril de 1931, ha chocado con los de la *Esquerra*. De gobernador, se lució, metiendo en un puño a los sindicatos, sin salirse de la ley; solamente sabiendo hacerla funcionar.

Es muy amigo de Menéndez. En su visita de hoy me ha hablado del asunto. Dijo que quizás el presidente del Supremo agradecería que se le hiciese una indicación. Me he abstenido, limitándome a pedirle noticias después de la celebración de la vista. Como Anguera me había dicho que la Sala tiene tres días para dictar el auto, me ha sorprendido muchísimo que acto seguido a la vista hayan votado.

¡Qué se va a hacer! Me disgusta profundamente esta conducta de los Tribunales, que ponen en libertad a muchos militares que conocidamente intervinieron en lo del 10 de agosto, y sobreseen respecto de ellos (casos de Menéndez, Queipo, de Valera, etcétera) y se ensañan con Menéndez.

En las Cortes, un periodista catalán, amigo mío, me cuenta que Companys está furioso por el nombramiento de Anguera, y que despotrica en un corro amenazando con tomar el tren para Barcelona y no votar. Son los resquemores de una lucha contra Anguera en Barcelona. Me dicen que Companys va a reunir a su grupo parlamentario. Oídas estas noticias, casi me alegro: «¡Hombre! —le digo al informador—, eso sería una solución muy elegante; que nos faltasen treinta votos, y así nos marcharíamos correctamente». «No me asuste usted», dice el otro.

Después hablo con Companys. Le digo que no tiene razón para quejarse: primero, porque el Gobierno no tiene por qué consultar los nombramientos de los funcionarios de la República con los grupos parlamentarios (a lo que asiente), y segundo, porque si están reñidos con Anguera, el quitárselo de Barcelona más debe servirles de satisfacción que de enojo. Lo que les ha molestado es que, en Cataluña, se sepa que este enemigo de la *Esquerra* ha sido nombrado, no ya sin el consentimiento, pero sin consultar con ese partido.

Companys no se propone hacer nada desagradable para el Gobierno. Otra vez me dice que hace tiempo debí sacudirme los hombres mediocres que me rodean, y aprovecha la ocasión para atacar a Domingo.

Se ha guillotinado el artículo 31 de la ley de Congregaciones. Nos han sobrado ocho o nueve votos, y han dejado de asistir, por diversos motivos, 14 diputados de la mayoría. Ha votado con el Gobierno, además de Ossorio y su hijo, Giner de los Ríos, cuñado de don Fernando. (Afinidades votivas). Este Giner pertenece al antiguo grupo de Ortega, el cual grupo se sumó a la

obstrucción, después se apartó de ella para lo que se refiere a esta ley, y cuando llega la ocasión, no vota. Cualquiera lo entiende.

También se ha leído el voto particular de Baeza Medina, y la Comisión lo ha aceptado. Mañana veremos lo que conviene hacer, según el estado de los ánimos.

Al escribir el nombre de Ossorio he recordado que, esta tarde, poco después de marcharse el presidente del Supremo, ha venido a verme en el ministerio. Está muy preocupado con lo que sucede y quería, en descargo de su conciencia, brindarme una solución, ofreciéndose a proponerla ante las Cortes, previamente a la votación. Cree Ossorio que tenemos toda la razón, y que la conducta de las oposiciones es una atrocidad; pero como no se ofrece medio más airoso para salir del atolladero, me proponía esto: en la sesión de hoy, antes de votarse la guillotina, se levantaría para exhortar a unos y a otros a la concordia, y propondría que el Gobierno se aviniese a dar entrada en el Ministerio a los radicales, a los federales y a algún otro grupo, «volviendo a la situación del 14 de abril». Yo me levantaría a continuación, y aceptaría la propuesta de Ossorio.

Le he contestado que si se levantaba a proponer, como solución, que los radicales entren en el Gobierno, la mayoría, que está irritada, le daría una grita espantosa. Y que la solución propuesta era tanto como declararse en crisis el Gobierno en pleno Parlamento, con la indiscreción, por añadidura, de que yo me adelantase a aceptar una solución por anticipado; lo uno y lo otro me parecen cosas incorrectas, pues de dimitir, debo hacerlo ante el Presidente, y luego tendría también que ser el Presidente quien designase a mi sucesor, que le propondría esa u otra solución. Ossorio ha desistido. Votará con el Gobierno para guillotinar el artículo. Me ha hablado mal de Maura. Le escandalizan los radicales. Y como yo le haya dejado entrever el desánimo que me producen las bajezas políticas, y lo lejos que se van quedando mis proyectos respecto de la República y de España, Ossorio me ha dicho que me sucede lo mismo que a Silvela y don Antonio Maura, y que teme que me aburran y me vaya.

A Ossorio no le disgusta la idea de presidir él un Gobierno de coalición republicana. Pero cree que es prematuro. Ossorio tiene buen sentido, pero me parece algo ligero, y su Gobierno no dejaría de ser pintoresco.

Los ministros están muy corregidos de su antigua incontinencia verbal. Ya no hacen declaraciones de política general, ya no cuentan *confidencialmente* a los periodistas lo que sucede en los Consejos, etcétera. Mi trabajo me ha costado y, más aún que mis requerimientos, les ha enseñado la experiencia.

Sin embargo, todavía Domingo habla a veces muy inoportunamente. El otro día, cuando el bloque de la obstrucción parecía resquebrajarse, y se iba a discutir la ley protectora de las naranjas, se le ocurrió decir a los periodistas: «La obstrucción está muerta, hoy por el proyecto ese, mañana por otro, tendrán que ir cediendo, hasta desaparecer».

En efecto: publicado eso en la prensa, el «comité de los cinco» se ha enojado más, y han remachado sus propósitos. Prieto se lo ha echado en cara a Domingo la otra noche, en el despacho de ministros.

11 de mayo

Día de visitas en la presidencia. No demasiadas, pero suficientes para cansarme. Una comisión de funcionarios me habla de lo que sucede en el ministerio de Agricultura. Acaba de ser detenido por la policía un alto funcionario, que era hombre de confianza del subsecretario, y que tomaba dinero como miembro de un tribunal de oposiciones. El sujeto ya mangoneaba en el ministerio durante la dictadura y, lejos de tenerlo a raya, lo han protegido. Como Domingo no se entera de lo que pasa en torno suyo, y el gran cacique del ministerio es Santiago Valiente, a éste le achacan las culpas mayores. Ahora vienen a decirme que hay otros dos funcionarios sospechosos. He llamado a Domingo para ponerle sobre aviso y que investigue la verdad.

Por la tarde, a primera hora, voy a ver a don Niceto. El texto de la enmienda, o mejor, voto de Baeza Medina, aceptado por la Comisión, le parece mal, y está muy inquieto el Presidente por lo que vaya a pasar. Como se hace un poco de nuevas respecto de ese voto, y me asegura que lo conoció ayer por la prensa (repitiendo con eso algo de lo que dijo ayer a Giral), le recuerdo nuestras conversaciones últimas, en las que le conté, primero, la transacción a que habíamos llegado en cuanto al plazo para sustituir la enseñanza primaria de las Congregaciones, y por qué le expuse el 1 de enero en lugar del 1 de octubre, o sea, para intercalar la discusión y votación del Presupuesto; segundo, los términos en que habíamos dispuesto la fusión de los últimos artículos del dictamen, para votarlos de una vez. Recordado eso, ya no insistió el Presidente en lo de la sorpresa.

Pero sí en su alarma (no me dice en qué se funda) y en la necesidad que tenía de hablar conmigo y, en su caso, con el Gobierno para hacer oír la voz de la realidad. Cree que el más apartado de ella será Fernando y que seguramente Albornoz transigirá. Elogia a Albornoz, que ha ganado mucho en capacidad gubernamental. El Consejo podría reunirse mañana, o el sábado, pretextando que el Presidente no estará en Madrid el jueves próximo. Toda esta conversación resultaría incomprensible para quien no supiera el origen de las preocupaciones del Presidente. Vienen de la especie que, con ligereza

imperdonable, soltó Fernando en un Consejo de ministros en Palacio, respecto de la necesidad de incautarse de los edificios de las congregaciones donde tienen sus establecimientos de enseñanza, y aunque no se ha vuelto a hablar de ello, y yo le llamé la atención a Fernando sobre la inconveniencia y la bobería de suscitar en los Consejos con el Presidente cuestiones que no han sido examinadas por los ministros, don Niceto lleva desde entonces clavado el dardo. Otra cosa le preocupa: cree imposible que se pueda sustituir en enero toda la enseñanza primaria y teme el espectáculo de las escuelas de frailes cerradas sin que los niños tengan adónde ir. Para salir de esa imposibilidad, teme el Presidente que se apele a la incautación.

Como es hombre poco franco, no me habla en toda la conversación del fondo de sus temores, y todo se le vuelve repetir que la ley de Congregaciones, tal como queda, no da recursos ni medios para cumplir su precepto final. Como él se sitúa en ese terreno, le dejo que continúe, y le contesto que para obtener los medios estará el Presupuesto, a cuyos créditos habrá que subordinar la marcha de la sustitución de escuelas.

—Pues hay que decirlo en la ley —responde.

—Lo diremos, si a usted le tranquiliza, por más que sea una expresión redundante o, por mejor decir, innecesaria, pues un servicio nuevo exigirá naturalmente créditos nuevos.

—No importa; conviene hacer constar en el artículo de la ley algo que le ponga en relación con el Presupuesto; por ejemplo, que el Gobierno solicitará de las Cortes los recursos y los medios necesarios… los recursos y los *medios.*.. (repite con insistencia; en eso de los *medios* late el temor que le suscitó Fernando).

Entonces yo le digo que propondré a la Comisión parlamentaria una adición al artículo último que diga textualmente eso: que el Gobierno solicitará los recursos y medios, etcétera.

—Muy bien —dice el Presidente.

—Pues si no es más que eso, no hay dificultad. Yo no tengo inconveniente en proponérselo, ni el Gobierno, y seguramente la Comisión lo aceptará, porque ya va implícito en el proyecto, y como usted sabe el retrasar la fecha desde 1 de octubre a 1 de enero, retraso propuesto por mí, tiene por fin el que antes se apruebe el Presupuesto.

Acaso el Presidente, que se ofusca con demasiada facilidad, creerá que no he advertido su propósito de poner, mediante una adición, ciertas trabas a la acción del Gobierno respecto de la sustitución de escuelas; pero la adición es

anodina y cualquier cosa que intentáramos habría de ser con el acuerdo de las Cortes.

Así es siempre este señor, que empieza con grandes aspavientos y luego se reduce, contentándose con lo que antes le disgustó.

—Como usted ve, no es necesario reunir un Consejo extraordinario. Estamos de acuerdo.

Me fui a las Cortes. Los ministros, que estaban casi todos con Giral, oyendo el relato de su conversación con el Presidente, y tenían la cara larga, me preguntaron qué pasaba. «Nada», les contesté. Referí sucintamente mi entrevista y les di cuenta de la adición proyectada. La aprobaron. Llamé a la Comisión; aceptó también. Le redacté la propuesta y yo subí a la Mesa para hablar de ello con Besteiro. El Presidente me dijo que ya no se podía hacer, porque comenzada la discusión del artículo no podía admitir la presentación de nuevas enmiendas. Tuvimos un diálogo bastante vivo, concluí encogiéndome de hombros y me fui. Luego hablamos en su despacho. Ya más tranquilo, Besteiro dijo que, para introducir la adición, no había más procedimiento reglamentario que retirar el dictamen, para volver a presentarlo modificado; pero a eso me negué terminantemente.

Entonces llamé por teléfono a don Niceto, y le dije, en presencia de Besteiro, la imposibilidad reglamentaria de admitir la adición. «He pensado —añadí— que lo mismo se aclara el propósito del artículo haciendo el Gobierno una declaración en el sentido indicado, es decir, que solicitaremos de las Cortes los recursos y los medios».

—Bueno —respondió el Presidente—, pues haga usted esa declaración.

¡Y para esto habíamos hablado tanto y se había asustado el ministro de Marina!

La preocupación del Presidente por este asunto de las Congregaciones puede ser grave, si en un momento de alarma comete una imprudencia. Es opinión general que al Presidente le *trabajan* mucho; por más que él no lo necesita. Se fue de la presidencia del Gobierno cuando se votó el artículo de la Constitución, y se fue persuadido de que era víctima de una conjura, ¡urdida por Maura y por mí! Después creo que se le ha pasado esa preocupación, pero es muy rencoroso y, como nos dijo en un Consejo de ministros, «el que se la hace se la paga».

El proyecto de Congregaciones presentado por el Gobierno le pareció muy bien, pero desde que la Comisión introdujo algunas variantes, comenzaron los tropiezos. El Presidente cometió ¿la ligereza? de decirle al de la Comisión (Salazar Alonso, radical) lo que pensaba del proyecto y del

dictamen, y de eso se aprovecharon los radicales para *hacer suyo* el proyecto del Gobierno, pensando, no sin fundamento, que por ahí podían ponernos en conflicto con el Presidente de la República, y son tan imprudentes que lo han insinuado así en las Cortes.

A medida que la discusión del proyecto avanzaba se han reproducido las «alarmas» del Presidente. Todas las he desvanecido, y ahora que estamos en el último artículo (remate increíble hace tres meses), tengo que hacer todo lo necesario, en las Cortes y fuera de ellas, para que la ley llegue a puerto. El Presidente, ofuscado por sus prevenciones o por lo que él tal vez cree sus deberes, es impacientante; yo podría echarlo todo a rodar, y en un asunto como éste, poner al Presidente frente a la opinión de casi todos los republicanos, que sería perderlo, si los republicanos se convencían de que don Niceto estorba la aprobación de la ley. Pero no debo hacerlo, y no lo haré, aunque tenga que templar gaitas hasta última hora. El peligro que se corre es que el Presidente se exceda, o crea que puede excederse de los límites de su papel; pero ahí es donde debe estar el tino. Como ahora hay que hacerlo todo nuevo, hay que hacer también el tipo de Presidente que necesitamos. Lo malo es que muchos republicanos se refieren constantemente al Presidente, como si quisieran hacer de él un rey.

Esta tarde, cuando he llegado al banco azul, Albornoz me ha dicho: «Ya sabrá usted que el asunto de Menéndez se ha resuelto favorablemente».

—No lo sabía. Mis noticias eran otras.

—En efecto. Pero hoy se han reunido y han votado el desprocesamiento. Parece que uno de los magistrados ha cambiado de opinión.

Poco después me dicen que el presidente del Supremo pregunta por teléfono si puede ir a visitarme en las Cortes. Acudo yo al teléfono y don Diego me dice: «Tengo la satisfacción de comunicarle que acabo de firmar el auto revocando el procesamiento al capitán Menéndez, que esta misma tarde será puesto en libertad».

Le doy las gracias por su cortesía y le digo que no es menester que se moleste en ir a verme en las Cortes, pues ya quedo enterado. Era demasiada oficiosidad. En los pasillos de la Cámara ya cundía la noticia.

A última hora continuaba la discusión del último artículo de la ley de Congregaciones. Albornoz dice que está harto de curas y frailes y que ya no asistirá más al debate, dejando que el ministro de Instrucción conteste a las observaciones relativas a la enseñanza. En efecto, Fernando de los Ríos, contestando no sé a quién, ha hecho un discurso, muy superferolítico de tono, demostrando que la sustitución de la segunda enseñanza puede hacerse en

octubre, y que de la primera enseñanza de los frailes podrá prescindirse en enero. Cuadro demasiado optimista, a mi ver, en el que ha faltado acentuar lo costoso de la operación. Han aplaudido a Fernando todos los grupos, menos los agrarios. Los radicales le han aplaudido mucho, y también Maura le ha dedicado unas palmaditas. (Fernando pronuncia la *ch* de Chamartín a la francesa, no sé por qué).

Le replicó Royo Villanova, con un discurso disparatado, como suyo, y aproveché la ocasión para hacer la declaración de Gobierno sobre la necesidad de votar créditos y medios. Esta declaración habrá parecido a muchos innecesaria, y más que nada habrá sido entendida no como una reserva, sino como una corroboración. De tal modo es incomprensible que para ejecutar una ley se diga que pediremos créditos; incomprensible, porque se cae de su peso, como suele decirse.

Esta tarde se dudaba si guillotinaríamos o no el artículo 32. No me parecía prudente, para no dar pretexto a una ruptura. Había menos diputados que ayer, porque se habían marchado a los toros.

A las ocho y media he vuelto al ministerio. Aglomeración de gente ante la verja del lado de Recoletos. ¿Qué pasa? Se ha derrumbado un árbol y al caer ha hundido parte de la verja.

Un árbol magnífico, enorme, el más viejo y hermoso del jardín, se ha caído, dejando las raíces al aire. Pesaba mucho, y quizás el terreno, en declive, ha fallado. Lo siento mucho. Este árbol era un antiguo amigo. Desde hacía más de treinta años, siempre que pasaba por esa acera, y raro será el día que no haya pasado, le dirigía una mirada de contento. Era semejante a los cedros del Museo del Prado, y poco menos viejo. Me alegraba ver una obra tan hermosa. Derrumbarse, ¿será un presagio?

Después de cenar han venido Arturo Menéndez, ya libertado, y su mujer. Había además otros amigos. Menéndez me cuenta cosas de los conspiradores del 10 de agosto que están en Prisiones militares.

Don Cristóbal de Castro, grafómano de Iznájar, propala por ahí que yo he comprado una casa en la calle de Lista, en cuatrocientas mil pesetas, y que la he puesto a nombre de mi cuñado. Quede aquí la noticia, por si la maledicencia de don Cristóbal no le sobreviviese.

Este señor Castro es quizás el español que más me aborrece (no siendo don Melquíades), desde que en mis tiempos de secretario del Ateneo no le hacía ya ningún caso.

12 de mayo

Salgo a las once para el Consejo en la presidencia. Despachamos los muchos expedientes que llevo de Hacienda y Guerra. Después hablamos de la situación parlamentaria, y de la probabilidad de guillotinar el último artículo de la ley de Congregaciones. En la mayoría del Congreso, y en algunos ministros, hay impaciencia por acabar; singularmente, Prieto, que es impresionable y obcecado cuando se enoja, cree que es atentatorio a la dignidad esperar más tiempo. Pero yo tengo que ir con mucho tiento, no sea que a última hora se produzca un conflicto que lo eche a perder todo, y anule el paciente esfuerzo de tantos meses. En relación con esto, refiero a los ministros que anoche, a las nueve y media, me llamó por teléfono Besteiro y me dijo que Maura le había visitado para anunciarle que si se aplicaba hoy la guillotina para concluir la ley, las oposiciones harían «toda clase de protestas». No explicó qué protestas, pero Besteiro temía incluso que se arrojasen a una retirada del Parlamento. Esta probabilidad hay que evitarla a toda costa, porque eso sería la disolución de las Cortes, y no habría ley. Se ve que quieren ganar días, esperando que uno cualquiera surja la crisis; pero, advertidos de su intención, lo que conviene hacer es asegurar la aprobación tranquila del proyecto.

Después de oírme, los ministros han discutido mucho sobre si se debe o no ser transigente ante las amenazas de Maura, y dejar para otro día la guillotina. Prieto, en contra, profiere frases gruesas. Largo, calla y aprieta los labios con cólera. Domingo, se inclina a ser transigente: no debe afrontarse la eventualidad de una retirada. Los demás ministros están remisos en opinar; Casares, por el semblante, parece muy contrariado, como si estimase mi opinión un signo de debilidad. No se concreta un acuerdo. Resuelvo para mí proceder como me lo aconseje la situación del momento, y, por el pronto, sólo digo que encargaré a Besteiro que pregunte a las oposiciones si están dispuestas a que se discutan las tres o cuatro enmiendas que más les interesen, antes de apelar a la guillotina.

En esto estábamos cuando Largo, que se había ausentado un momento, nos dice que Araquistáin ha venido a contarle una conversación que ha tenido

hoy con don Niceto. El Presidente se le ha quejado del Gobierno, atribuyéndonos el propósito de declarar urgente la votación definitiva de la ley, para privarle a él, como en tal caso prescribe la Constitución, del ejercicio del veto. Según la referencia de Araquistáin, el Presidente estaba agitadísimo y se cree víctima de una maquinación; le ha encargado que hablase del asunto con Prieto y con Largo, no con Fernando.

A continuación, Domingo, que también había salido un poco antes de la sala de Consejos, nos dijo que le había llamado Emilio Palomo, subsecretario de Comunicaciones, y le había contado que, al ser recibido hoy en audiencia por el Presidente, lo halló casi enloquecido, lloroso, agitado y se le quejó de que se había urdido un plan para que no pudiese poner el veto a la ley de Congregaciones. Si se votara la declaración de urgencia para aprobar definitivamente el proyecto, sería, «por parte de los diputados, un ultraje; por parte del Gobierno, una traición, y el mayor daño a la República». Estas palabras las traía anotadas Domingo en un volante, tal como acababa de oírselas a Palomo.

Estas noticias produjeron en todos estupor, porque nadie había pensado en la declaración de urgencia, y si el Presidente tenía esa aprensión, el procedimiento era incorrecto y grosero con respecto al Gobierno, además de ilegal.

Los ministros, maravillados, y Largo, con indignación contenida, dijo: «¿Quiere usted leer otra vez esas palabras? Voy a copiarlas». «¡Hombre, no!», repuso Domingo. «Bueno, me las sé de memoria. Cada palo aguantará su vela». Y con la expresión de energía contenida, que le es propia, Largo se calló. Encargué a Ramos que pidiese hora al Presidente para visitarlo, y a poco volvió diciéndome que don Niceto me llamaría por la tarde.

La indignación de los ministros era muy viva, y harto justificada. Recordamos la conducta de don Niceto cuando era Presidente del Gobierno, y los disgustos que nos daba con sus recelos y desconfianzas, así como con sus pequeños manejos caciquiles. Recordamos sus intentos de dimisión y su dimisión efectiva el 14 de octubre, persuadido también entonces de que era víctima de una conjura. Recordé que, en su encuentro parlamentario con Alba, y con motivo de su réplica, algo desproporcionada, Alba le acusó de padecer manía persecutoria. Entonces no lo creimos, pero ya iba siendo evidente que Alba tenía un poco de razón. Consideramos que con esa conducta, don Niceto no podría durar mucho en la presidencia de la República, a menos que encontrase un Gobierno que se prestara a gobernar al dictado.

Con este inesperado suceso a la vista, fuimos atando los varios «cabos sueltos» que en la conducta del Presidente hemos ido hallando a lo largo de este enojoso asunto de la ley de Congregaciones, y nos pareció, sin pecar de maliciosos, que todo ello podía interpretarse como un propósito de hacer fracasar el proyecto de ley, sin que él tuviera que comprometerse. Y si todo ello no es un plan concertado, una maniobra pensada y desarrollada taimadamente, y lo de hoy no es más que una explosión imprevista, entonces será que el hombre está algo loco, y su ligereza, poniéndose a insultar al Gobierno delante de sus visitantes, denota una incapacidad manifiesta para el cargo que ocupa.

Mientras cada cual hacía su comentario, yo tomé una resolución:

—Ahora, lo más impremeditado, a impulsos del mal humor, sería que yo le enviase mi dimisión. Caería el Gobierno, y cualquier Ministerio que se formase, no podría impedir que en las Cortes se tratara de la causa de la crisis, y ninguno de nosotros querríamos faltar a la verdad, y tendríamos que decir que nos habíamos marchado porque el Presidente, sobre un supuesto falso, y que aún en caso de ser cierto no era ilegal, sino perfectamente constitucional, se había dedicado a difamar al Gobierno, a llamarnos traidores, etcétera. El escándalo por este remedo del «borboneo» sería tal, que le costaría la presidencia de la República, consecuencia que don Niceto no habría previsto, y que tenía muy merecida, por su proceder. El golpe es demasiado fuerte, estando el régimen tan tierno, y la oposición se envalentonaría más. Pero aun con todos sus riesgos, afrontaría esa operación quirúrgica, si no fuese evidente que, por lo menos, el proyecto de Congregaciones, causa de todo este barullo, quedaría frustrado. Y eso es lo que debemos evitar a todo trance. ¿El Presidente habla mal de nosotros, se sale de su papel, se ha vuelto loco, ha urdido una trama para hacernos caer? Pues no lo consigue. No caigo en la trampa. Y a todas sus palabras respondo sencillamente: «ley de Congregaciones». Si quiere que nos vayamos, que me destituya. Él sabrá por qué, y tendrá que decirme el motivo. ¿Cuál? Ninguno que pueda sostenerse públicamente dentro de la Constitución. Que se atreva a destituirme cara a cara. Mientras tanto, yo no me aturdo: ley de Congregaciones. Y haciéndola votar, le probaremos que es en vano que pretenda urdir una trama, si es que la hay. En resumen: no dimito, y cuando se vote la ley, ya veremos lo que se hace.

Todos los ministros aprobaron mis palabras, y convinieron en que políticamente no debía hacerse otra cosa.

Levantado el Consejo, volví a Buenavista, y cuando me disponía a comer llegó Ramos. Acababa de hablar con Bugeda, también recibido en audiencia por don Niceto esta mañana, y a quien había dicho las mismas cosas que a Palomo y a Araquistáin. A Bugeda le había dicho que, si él tenía «un *chauffeur* que le llevaba al abismo», qué podía hacer. Pero, así como a Palomo le encargó que transmitiese sus quejas a Domingo, a Zulueta y a Albornoz, y a Araquistáin que se las contase a Prieto y a Largo, a Bugeda le ha dicho que seguramente Prieto no sabía nada de la maquinación, porque no lo hubiera tolerado. (Bugeda es socialista, y a cada visitante le habla, por lo visto, según el partido a que pertenece). Cuenta también Bugeda que el Presidente está furioso contra Casares, a quien aborrece de muerte. Don Niceto cree que Casares les ha dicho «a los libelistas» (?) que pueden atacar al jefe del Estado, pero no al Gobierno. «Después de todo —añade don Niceto —, ése es un modo de gobernar como otro cualquiera.

Resulta de los informes de Bugeda que, según el Presidente, yo soy el autor de la maquinación, creo que en connivencia con Fernando y con algún grupo de la mayoría.

Bugeda, que es muy palabrero y extremoso, está espantado de lo que ha oído y del estado de exasperación de don Niceto. Añade que también ha recibido esta mañana a Martínez Barrio, lugarteniente de Lerroux, y han estado hablando tres cuartos de hora. Otros diputados le han visto. Suponemos con fundamento que a todos les ha dicho lo mismo. Creo que el mismo Ramos me trajo la noticia de que don Niceto iba a hablar con Besteiro.

A las tres y media, y como don Niceto no me ha llamado aún, llamo yo a Besteiro. No está ya en su casa, y suponen que ha ido al Congreso. Entonces, me voy también allí.

Cuando llegué al Congreso, Besteiro no había llegado, no obstante el tiempo transcurrido. En su secretaría estaban muy extrañados. «No se alarmen —les dije—, me figuro dónde está, y si es así, no puede tardar».

En efecto, llegó poco después. Estaba asombrado, y aunque Besteiro es hombre cauteloso, que rara vez descubre lo que piensa, me dijo que el Presidente estaba loco. En suma, le ha contado la fantástica historia de la maquinación, para privarle del veto, y Besteiro le ha dado razones en contra. «Creo —dice Besteiro— que no le he persuadido».

—Usted sabe —le respondo a Besteiro— que anoche me comunicó usted la protesta de Maura, y que yo le respondí que, si se ponían muy hostiles, ni siquiera guillotinaríamos hoy el artículo 32, y aprovecharíamos la presencia de la mayoría para votar otras leyes. ¿No fue así?

—Así fue, y se lo he contado; pero no sirve de nada.

—Pues usted sabe mejor que nadie cuál era mi disposición. Por otra parte, si se hubiera votado la declaración de urgencia, las Cortes tienen pleno derecho, en las condiciones que dice la Constitución, para hacerlo, y el Presidente no podría hablar de despojo ni de secuestro, como no podrá hablar si un día las Cortes hacemos uso de esa facultad.

—Eso no admite duda.

Poco más hemos hablado, porque Besteiro, embozado en su importante reserva, no estaba por aclararme más su entrevista con el Presidente. Cuando salí al pasillo, me encontré con Bugeda. Me repitió cuanto me había referido Ramos, y añadió que el Presidente le dijo:

—Aunque se rectifique el propósito, el agravio ya está inferido.

Y este otro:

—¡Si Prieto lo hubiese sabido! —Al decirlo, lloraba. También ha hablado con los diputados Centeno (íntimo del Presidente) y Roldán, los cuales, al llegar al Congreso, se lo han contado todo a sus amigos.

El Presidente me llamó a las cuatro y media. En el camino, hice ejercicios de frialdad y de firmeza. Llegué a su casa, y me entraron en un despacho pequeño, porque en el que suele recibirme estaban quitando las alfombras. En seguida apareció el Presidente. Tenía el semblante de color de pizarra, me tendió la mano y me dio las buenas tardes con voz sorda. Le seguía un perro.

Comencé yo la conversación, pidiéndole, con respetuosa firmeza, explicaciones de su conducta. Habíamos sabido por Palomo que tenía un gran disgusto y viva alarma por no sé qué propósitos atribuidos al Gobierno. Deseaba saber cómo se había formado esa sospecha, esa creencia, y cómo habiéndosela formado, no me había llamado inmediatamente para preguntarme lo que hubiese de cierto, o para averiguar los motivos de ese supuesto propósito; si en lugar de retrasar hasta las cuatro y media de la tarde su conversación conmigo, la hubiese provocado a primera hora de la mañana, se habría evitado un gran disgusto y otro no menor a nosotros; porque la comunicación normal del Presidente de la República con el Gobierno es a través del Presidente del Consejo.

—Si usted, esta mañana, me hubiese dicho por teléfono: «¿Qué piensan ustedes hacer?», habría sabido en el acto que no pensábamos hacer nada.

—Pues le diré a usted —respondió— cómo lo he sabido y por qué no le he llamado. Esta mañana me dijo Sánchez Guerra que el Gobierno pensaba proponer a las Cortes la declaración de urgencia para aprobar definitivamente la ley… Al darme esa noticia, Sánchez Guerra no conocía, no se hacía cargo

de su importancia. Después lo leí en la prensa, y como no aparecía ninguna rectificación, creí que era cierto.

—Señor Presidente —repliqué yo—, tengo derecho a esperar que el estado de ánimo de usted sobre la marcha de la política, no se forme cada mañana por lo que digan las gentes de su casa. El otro día, por una indiscreción de Emilio Herrero, tuvimos también otra alarma, injustificada, como usted vio. Hoy, es por Sánchez Guerra. Que los periódicos, que no he leído, den esa información u otra, no es motivo para que usted se alborote. Yo no estoy obligado a enviarle a usted cada mañana un informe rectificando o corroborando los comentarios ni los pronósticos de la prensa. Cada periódico dice lo que le parece, y yo no hago caso. Entre la prensa y usted, está el Gobierno, y valía la pena que usted me hubiese preguntado, en caso de tener alguna duda. No tenía usted motivo para dudar, porque yo estuve aquí ayer por la tarde, y le informé de la marcha del asunto, y ni remotamente le dejé a usted entrever que se pensase en tal cosa; ni siquiera estaba ni está decidido que hoy se guillotine el artículo final; menos podíamos pensar en la aprobación definitiva urgente. Yo no he engañado nunca a nadie, y menos iba a engañar a usted; supongo que estará usted convencido de ello. Por tanto, lo que yo estoy diciéndole a usted ahora, no es que vamos a rectificar un propósito, sino que nunca ha existido. Si lo hubiésemos tenido se lo diría a usted, bien para rectificarlo, bien para sostenerlo, pasara lo que pasase.

—Dicho esto —proseguí yo—, que es una cuestión de hecho que no admite duda, y sobre lo que no aduzco testigos, aunque pudiera hacerlo, porque no sería digno de mí, le voy a llamar la atención sobre dos puntos: el primero es que nosotros no tenemos ningún interés político en que usted no pueda ejercer el veto respecto de esa ley; nuestro interés político es que usted *pueda* ejercerlo. Si con la declaración de urgencia le privásemos a usted del veto, daríamos un arma a las derechas, que se apresurarían a suponer que usted no había aprobado esa ley, y nosotros queremos que salga con toda normalidad y sin privarle de ninguno de los requisitos ordinarios, entre ellos la promulgación voluntaria por parte de usted. Así tendrá más autoridad.

—Nunca he pensado en poner el veto a esa ley.

—Yo no se lo he preguntado a usted nunca. Las Cortes le enviarán a usted la ley y usted hará lo que estime conveniente.

—Tengo cinco razones objetivas para no poner el veto a esa ley, y las diré en el preámbulo del decreto, o por lo menos las conocerá el Gobierno.

—No me parece muy propio razonar en un decreto la promulgación. Pero esto no es para hoy. El otro punto sobre el que quiero llamar la atención de

usted es éste: Para aprobar la declaración de urgencia de una ley, con las consecuencias de privarle a usted del veto, se requiere, según la Constitución, el voto favorable de los dos tercios del Congreso. Usted sabe de sobra que el Gobierno tiene una docena de votos sobre la mayoría absoluta, pero los dos tercios no los tiene en modo alguno, y nosotros lo sabemos. De manera que ni por interés político ni por número de votos podíamos lanzarnos a eso.

El Presidente me escuchaba tragando saliva, y no hallaba razones para destruir las mías. Pero volvía una vez y otra a su tema, y recordó «que hace tres meses», el diario *Luz* publicó una nota diciendo que, para sustraer al Presidente de los manejos de las derechas y ponerlo a cubierto de cualquier coacción, sería bueno votar la urgencia, para que no pudiese ejercer el veto. El Presidente relaciona aquel suelto de *Luz* con las confusas informaciones publicadas por los periódicos de hoy, y de ahí debe de proceder, creo yo, dada su malicia, la suposición de que he urdido esa trama.

En este punto de la prensa le he replicado con cierta aspereza.

—Yo no gobierno con los periódicos —le he dicho—, ni he necesitado de ellos para estar donde estoy. Puede que sea un error de táctica, pero los periódicos me interesan medianamente. No inspiro a ninguno. Si hay tres o cuatro que ven con simpatía al Gobierno, lo hacen así porque sus empresas quieren. Supongo —he añadido— que no participará usted de la opinión de los que dicen que yo me he apoderado de cinco periódicos. A ninguno le doy instrucciones, aunque sería lícito que se las diese, y conocidas son de todo el mundo mis escasísimas relaciones con los reporteros, a quienes nunca digo nada, ni hago declaraciones, etcétera. Para ser Presidente del Consejo, la suerte, llamémosle suerte, lo ha hecho todo; la prensa, nada. Para caer, tampoco necesito de la prensa; me basta con mis propios méritos.

Estas palabras le han hecho poner el gesto más torcido de toda la conversación.

Ha querido buscar después la razón de que se haya dicho con tanta insistencia lo de la declaración de urgencia.

—Ignoro el motivo, y no he pensado en ello —le he dicho—, porque este asunto ha comenzado a existir para mí cuando Palomo nos ha traído las alarmas de usted, y en realidad no he medido la importancia que usted le ha dado hasta que he visto que llamaba usted a Besteiro, y, sobre todo, hasta que le oigo a usted. Pero la explicación que ahora se me ocurre es bastante llana, y me choca que desde el primer momento no haya usted pensado en ella, siquiera como hipótesis, para ponerla cuando menos al lado de la otra suposición. Probablemente, todo ello ha nacido de una confusión, explicable

en muchos diputados, que no se habían parado a comprobar el Reglamento de las Cortes y la Constitución, explicable más aún en los periodistas, que son aturdidos e ignorantes, pero que no tendría disculpa en usted ni en mí. Usted sabe muy bien, señor Presidente, que una cosa es la declaración de urgencia de que habla la Constitución, y que una vez votada por los dos tercios del Congreso le priva a usted del derecho de veto, y otra cosa lo que, dentro de lo que permite el Reglamento de las Cortes, la misma tarde en que se vota el último artículo de una ley, se vote definitivamente la ley misma, para lo cual no hace falta aquella declaración.

—En los trámites interiores del Parlamento yo no tengo por qué meterme —observó el Presidente.

—Así es, y lamento que esa distinción no se le haya a usted presentado ni ocurrido desde el primer momento. No ignora usted que votado el último artículo de una ley, la votación definitiva viene por costumbre dejándose para el siguiente día, pero no está prohibido hacerla en el mismo. Esta *tercera lectura*, en la cual ya no se puede modificar el texto aprobado, y sólo cabe aprobarlo o rechazarlo en bloque, no tiene más objeto que el de que la secretaría redacte el texto conforme a lo aprobado por la Cámara. ¿No es así?

—Así es.

—Pues lo que se tenía y se tiene pensado es que si la votación del último artículo de la ley recae a buena hora, en la misma sesión se lea el proyecto aprobado y se le vote definitivamente, con objeto de no retener más tiempo a todos los diputados para ese sencillo trámite. Como esto no es costumbre hacerlo, aunque en estas Cortes ya se ha hecho alguna vez, no es inverosímil que quienes no conozcan el Reglamento hayan creído que esa rapidez equivalía a la declaración de urgencia de que habla la Constitución, o la hacía necesaria. Así puede que lo haya entendido Sánchez Guerra, o la prensa; pero usted y yo lo entendemos de otro modo. De tal suerte que, si las circunstancias no lo impiden, el mismo día en que se vote el artículo 32, votaremos definitivamente la ley. Y eso debe de ser el origen de todo.

No tuvo el Presidente nada que oponer; su ligereza quedaba al descubierto. Me habló de Fernando, y de su discurso, que encuentra mal, por excesivamente confiado. Se quejó de Casares, a quien aborrece. La conversación no tenía ya utilidad, y la corté bruscamente.

—Si usted no tiene nada que ordenarme, señor Presidente, me voy a las Cortes —dije, poniéndome en pie.

—Nada; vaya usted a las Cortes.

Con esto nos despedimos.

En el Congreso me esperaban casi todos los ministros reunidos en su despacho. Les conté lo principal de mi entrevista, y no pude disimular que estaba satisfecho de ella. De lo que no estaba muy seguro era de haber convencido al Presidente de su sinrazón, pero sí de haberlo reducido al silencio. Comentamos largamente la situación, tan delicada. En el Congreso todo el mundo sabía ya lo ocurrido por la mañana, y el asombro y el disgusto eran generales. Algunos me dijeron que hasta los mismos radicales estaban asustados por lo que había hecho el Presidente.

Entre tanto, los jefes de los grupos obstruccionistas deliberaban sobre si transigían o no con la aplicación de la guillotina al artículo 32. Acordaron no transigir y comunicaron a Besteiro que formularían una protesta, cuyo alcance no se determinaba. Entreviendo la posibilidad de una retirada, yo dije que no aceptaba la responsabilidad de una ruptura, y que era preferible aplazar un par de días la conclusión de la ley, para que no tuviesen ni asomo de pretexto para hacer una atrocidad. Perseguía, como siempre, hartarme de razón. Hablé con algunos diputados radicales-socialistas y catalanes, y se mostraban de acuerdo conmigo. También algunos socialistas. «Me basta —les decía yo— que haya una probabilidad contra noventa y nueve, de que las oposiciones se vayan hoy del Parlamento, para que yo no arrostre hoy esa batalla, que puedo ganar con todas las probabilidades a mi favor, con todos los triunfos en mi mano, el miércoles próximo».

Los ministros no pensaban así. Reunidos en el despacho, les pedí opinión. Largo se enojaba por el aplazamiento; a Fernando le parecía mal; Casares se callaba, por no contrariarme, seguramente, pero conocí en su semblante que tampoco estaba conforme. Domingo opinaba como yo, y Albornoz vacilaba. Me argüían que los diputados de la mayoría iban a enojarse si, después de hacer venir hasta a los enfermos, no se les utilizaba. Contesté que su obligación era estar en las Cortes, y que no hacían nada de más con asistir. Replicaban que, habiendo hoy quórum, sería más difícil reunirlo otra vez la semana próxima; contesté que no atinaba con el motivo, pero que si los diputados no querían venir cuantas veces fuese menester, con dimitir el día que quedásemos en minoría, asunto resuelto, y que no echasen a nadie la culpa de la caída.

Para utilizar a la mayoría, ya que estaba completa, aprobaríamos otra ley, que estaba pendiente de un quórum, la de Defensa del Tesoro Artístico.

En esto, los tímidos, como Marcelino, también disentían. Era preferible no hacer esa prueba. Largo no decía nada, pero bien se le notaba la contrariedad.

Pregunté directamente a Fernando su opinión, y se mostró contrario al aplazamiento, aunque su parecer lo subordinaba al mío; en fin, les dije que el caso era de mi exclusiva dirección y responsabilidad; que si por una ligereza dábamos pretexto para que las oposiciones se fuesen del Parlamento, todas las culpas vendrían sobre mí, y de nada me serviría decir que me lo habían aconsejado los ministros; que como el director de la política soy yo, decidía aplazar la guillotina del artículo 32 hasta el miércoles, y que si esta decisión salía mal, yo sería el único culpable. (Estaban hechos un taco, y nunca he tenido tan a la vista que la indecisión o la timidez les llevarían a cometer muchos errores).

Mientras nosotros hablábamos, Maura maniobró en los pasillos. Después de visitar a Besteiro, por quien supo que yo no tenía empeño en aplicar la guillotina esta tarde, salió diciendo a los diputados que se podían marchar, porque esta tarde ya no había guillotina ni nada. Algunos diputados lo tomaron tan al pie de la letra que se fueron del Congreso. Cuando yo salí del despacho la gente andaba desorientada. Los secretarios de los grupos no sabían bien si teníamos o no número suficiente. Me fui al salón y le dije a Besteiro que pusiese a votación definitiva la ley del Tesoro Artístico, para la que se necesita quórum. Así se hizo. Mientras estábamos votando, Casares me dijo que Prieto (ausente de nuestra reunión) se había puesto furioso al saber que no se guillotinaba esta tarde el artículo 32, y que juntando su enojo con el de Largo, habían convocado en el acto una reunión de la Junta Directiva del Partido Socialista.

En la votación, sólo tuvimos un voto en pro de mayoría, y contando con dos que dijeron que *no* nos sobraron *tres* votos.

Al levantarnos del banco azul, me dijo Casares, refiriéndose a la reunión de los socialistas.

—Temo que le estalle a usted el Gobierno entre las manos.

—Bueno —repuse—, yo tengo razón y autoridad para hacer lo que hago. ¡Si ellos lo hunden todo, qué le voy a hacer!

Albornoz me dijo que, conocida la actitud de los socialistas, quizá fuese conveniente variar mi resolución.

—Me niego en redondo. Yo soy quien dirige; si no están conformes, lo siento mucho.

Después estuvimos en el despacho, hablando de cosas indiferentes. Al cabo de un rato largo vino Vidarte, diputado socialista, a decirnos que la reunión de los socialistas había terminado sin novedad. Luego llegó Fernando, y le interrogué:

—¡Qué! ¿Han resuelto ustedes algo?

—Pues continuar, aunque sintamos que esta tarde no se haya concluido la ley.

También entró Prieto. Pero no dijo una palabra.

La razón de todo esto es que los socialistas, por lo que ha hecho hoy don Niceto, temen que de aquí al miércoles invente otra zancadilla para hacer zozobrar al Gobierno y que no se apruebe la ley.

Está anunciado un viaje de don Niceto a Priego para la semana que viene. Con este motivo, don Niceto me dijo que el Consejo que debe presidir el jueves, podía adelantarse al martes. En esta última reunión de la tarde con los ministros, se habló de ese Consejo.

—Difícil va a ser la situación, con todos los tacos dentro —dijo Fernando.

Entonces pensé yo si lo que han acordado los socialistas será esperar a que se apruebe la ley, y luego armarle un escándalo al Presidente.

A las ocho y media he venido al ministerio y me he puesto a escribir. Venía muy cansado, y con la más fuerte desilusión desde que estoy en el Gobierno. Hoy ha aparecido en la República el antiguo «borboneo». Don Niceto no está a la altura de su papel. ¿Qué hacer? ¿Echarlo? Consentir sus manejos no es posible; para eso, vale más que no haya República. Sujetarlo, sin promover una crisis presidencial, será difícil. Y se corre el gravísimo peligro de que venga un Gobierno que se deje manejar por el Presidente, que ya ha probado su afán de mangonear en muchas ocasiones. ¿Qué voy a hacer?

Esta noche han venido Saravia y Ramos. Saravia me cuenta que el coronel de Artillería, López Gómez, gerente del Consorcio de Industrias militares, anda convenciendo a otros artilleros para que frecuenten la casa de Lerroux y secunden su política. Con tal pretensión ha hablado al coronel del primero ligero, Martín González, quien se ha apresurado a contárselo a Saravia.

Don Niceto se empeña en que se nombre recaudador de contribuciones de Granada a un primo suyo, que también se llama Alcalá-Zamora.

También parece ser que defiende la compatibilidad de su íntimo amigo, el diputado Centeno, con el cargo de ministro del Tribunal de Cuentas. Por esto sin duda me ha dicho don Niceto que la ley de Incompatibilidades le parece mal.

16 de mayo

He aprovechado estos dos días (el Ayuntamiento de Madrid, más castizo que laico, hace fiesta del día de San Isidro) para salir al campo. También el sábado por la tarde estuve en Navacerrada. Ayer, en Riofrío, pasé la tarde, maravillosa, en el monte, entre sol y sombra. Hacía calor. Aún no han desalojado el palacio de los horrores de la salchichería regia. Después de anochecido, estuvimos en el Alto del León, un rato largo. El tiempo, hermosísimo. Gran silencio, paz. El domingo pasé la tarde en La Morcuera. Ya se acumulan las tertulias familiares en torno de la fuente, encienden hogueras, y cubren el suelo de papeles y latas de conservas.

El bueno de don Melquíades ha *echado* un discurso a sus parciales en el teatro de Ja Comedia. Don Melquíades no se asusta de presentarse aún ante el público rodeado de cuatro o cinco personas insignificantes, que le siguen desde hace veinte años. El discurso es nulo. No respira más que odios personales. Y echa de menos una República con arzobispos y obispos senadores, como lo soñaba don Niceto. Eso lo dice don Melquíades, que hace tantos años militaba por el laicismo y se declaraba (sin saber a punto fijo lo que decía) «heterodoxo». Lo más lamentable para don Melquíades es su sumisión a Lerroux, a quien nunca ha podido ver. Cuando se formó el Partido Reformista, una de las razones que don Melquíades daba de su separación del Partido Republicano, era que, con Lerroux, Soriano y otros, no se podía estar por inmorales. Y ahora adula tristemente a Lerroux. El discurso ha sido acogido con rechifla y desprecio.

Prieto se ha creído en el caso de embestir contra Melquíades en un discurso que hizo anteayer en Oviedo. Lo maltrató. Y como tienen la mosca en la oreja por lo ocurrido con don Niceto, declaró que los socialistas no están dispuestos a salir del Gobierno, y que quien quiera echarlos de él «que lo haga cara a cara». Don Niceto ha entendido la indirecta.

Como Prieto se puso algo enfermo al final de su discurso, don Niceto le llamó por teléfono a Oviedo para interesarse por su salud, y entre bromas y veras le dijo que «sólo a medias era amigo suyo». Prieto le contestó que él no

es nada a medias y que o es franco amigo o franco enemigo. Parece que don Niceto le insinuó que deseaba hablar con él.

Esta tarde en las Cortes hemos tenido un número extraordinario. Hace días, la UGT publicó, con la firma de su presidente, Besteiro, una circular, invitando a sus organizaciones a que organizaran protestas contra la obstrucción. La circular salió en *El Socialista*, y nadie dijo nada. Pero hoy la ha reproducido *El Debate*, armando a las oposiciones contra el Presidente de las Cortes. Los obstruccionistas, por boca de Maura, han interpelado al Presidente, pretendiendo que sus funciones de tal, no le permitían firmar documentos como el de la UGT.

Besteiro ha dejado el sillón presidencial y ha bajado a los escaños de los diputados para contestar. Cuando pasaba delante del banco azul, Largo le ha dicho, riendo: «Ya era hora».

Besteiro ha reconocido por suya la circular. Ha dicho que dentro de las Cortes, era imparcial entre los partidos, pero que no había renunciado a ser socialista ni a militar al frente de la UGT. Si se estimaba que debía optar por una de las dos cosas, él optaba por su cargo en la UGT y que si algún grupo importante de la Cámara no tenía confianza en él, también dejaría inmediatamente de presidirla. Ha hablado bien Besteiro, y se ha emocionado, no sé por qué.

Los de la oposición iban, como siempre, sin plan trazado. Esperaban, o que Besteiro negase la autenticidad de su firma en la circular de la UGT, o que la retirase o que pretendiera quitar importancia al hecho. Como no ha ocurrido ninguna de estas cosas, se han quedado sin saber qué hacer, y han pedido que se suspendiera la sesión «para reflexionar». Así van a los debates, sin prever siquiera por dónde puede salir el adversario.

Suspendida la sesión, han «reflexionado» y recogido velas. Una dimisión del Presidente de la Cámara les ha parecido tal vez demasiado. Martínez Barrio ha hablado después por todos, en muy otro tono que Maura. Todos tienen confianza en el Presidente, todos lo quieren, etcétera, y aquí no ha pasado nada. Después, Besteiro ha explicado algunas palabras de la circular, que eran, en efecto, equívocas.

Como en su discurso Besteiro ha hablado de la obstrucción y de la necesidad de ponerle fin, algunos han creído que el momento era propicio para llegar a una transacción. En realidad, el supuesto no carece de fundamento, pero sería menester que Besteiro estuviese más resuelto a ayudar al Gobierno y que fuese menos opuesto a la participación socialista, a la que no le agradaría poner punto final con el motivo de la obstrucción. Y además

sería menester que no temiese tanto comprometerse y pusiera en juego su autoridad de Presidente imparcial. No espero que se produzca nada de esto.

Prieto me ha dicho que el Presidente de la República le ha dado a entender, por conducto de Emilio Herrero, su deseo de hablarle. Prieto quería saber mi opinión, y si yo le autorizaba para acudir a la entrevista. Le he dicho que vaya.

17 de mayo

Hoy se ha terminado la ley de Congregaciones. La mayoría estaba casi completa. Los 110 diputados socialistas estaban todos presentes. De Acción Republicana, sólo ha faltado uno, que está enfermo desde hace meses. De los radicales-socialistas han faltado uno o dos. De los catalanes, tres o cuatro. En junto, han dejado de asistir, por motivos diversos, ocho o diez diputados de la mayoría. Hemos reunido para la guillotina del artículo 32, 240 votos. Las otras dos votaciones, la de aprobación del artículo, la votación definitiva de la ley, han sido muy copiosas. En la última han participado, en pro, los radicales, ¡después de haber obstruido el proyecto!

La ley se ha aprobado por 278 votos contra 50.

He tenido que bregar toda la tarde con Besteiro, que se negaba a hacer hoy la votación definitiva. Ha puesto muchos inconvenientes, y aun después de decirle Maura que no le importaba que se votase hoy, seguía resistiéndose. Poco a poco, y a fuerza de terquedad, le he vencido. Todo ha salido perfectamente y se ha probado que tenía yo razón el viernes al proceder como procedí. Pero no se lo he echado en cara a nadie, ¿para qué?

Los radicales han *explicado* su voto favorable a la totalidad de la ley por boca de Salazar Alonso. He atisbado un nuevo síntoma de connivencia entre el Presidente de la República y las oposiciones; por lo menos con los radicales. Salazar Alonso ha dicho que votaban el proyecto porque su partido lo había aceptado; porque el dictamen de la Comisión se había modificado en parte, restituyendo el proyecto primitivo (acerca del cual, el propio Salazar recibió hace meses del Presidente la noticia confidencial de que lo prefería al dictamen), *y porque yo había declarado en mi intervención de la otra tarde, que pediríamos a las Cortes los recursos y medios para cumplirlo*. Es decir, que los radicales conocen el valor pretendidamente restrictivo que en la intención del Presidente debía darse a aquella declaración del Gobierno. ¿Por quién la conocen? Porque los diputados no lo entendieron así, según pude comprobar yo mismo, y porque la declaración, si no se le da una interpretación sigilosa, es anodina e innecesaria. Sólo pueden conocerlo por el Presidente.

De este asuntillo quiso probablemente sacar partido Alba, que pidió la palabra apenas terminada la votación. Mal intencionado, como siempre, pero inoportuno, también como siempre, no se dio cuenta de la situación. Los socialistas no querían oírle y entonces Alba tuvo la ocurrencia de llamarlos *genízaros*. El escándalo fue tremendo. Se precipitaron sobre él para pegarle. Saltaban de banco en banco, rodaban por el suelo. Algunos agrarios y radicales hacían valla delante de Alba, que permanecía en pie, lívido, cruzado de brazos. Le gritaban *¡ladrón!* y otros insultos consonantes. La exmujer de Alba, que no pierde sesión, coreaba desde la tribuna los insultos de la mayoría. Al Presidente le costó mucho trabajo restablecer la calma. Alba, impresionado por el suceso, desvió su discurso y no dijo lo que sin duda se proponía.

En el despacho de ministros nos ha contado Prieto su conversación con don Niceto, que duró tres horas. En resumen: don Niceto seguía creyendo en la maquinación para privarle del veto. Prieto se lo negó, y como don Niceto no se convencía, el ministro se puso muy serio: “Me está usted ofendiendo, señor Presidente, con dudar de mis palabras. Le juro a usted por mis hijos que no ha habido tal”.

Se le ha quejado mucho de algunos ministros. Detesta a Fernando, y a Casares le dedica un odio de gitano. También la tiene ahora tomada con Giral, que es incapaz de malicias. Se atribuye la aversión al primero, a que don Niceto cree que su hijo no fue diputado por Granada por culpa de Fernando. De Casares tiene muchas quejas, porque dice que no se entera de los asuntos de Gobernación más que por los periódicos. Está persuadido de que es verdad lo de los libelistas, que ya he apuntado. Es imposible discernir la causa de su aversión a Giral. Le ha dicho también a Prieto que, cuando se formó este Gobierno, Carner y Zulueta le eran muy hostiles, pero que han cambiado mucho “porque se han convencido de que el Presidente de la República es una persona decente”.

Estas pequeñeces preocupan a don Niceto, y pueden influir en el rumbo de la política. En el Palacio real deben de quedar gérmenes perniciosos para sus moradores.

También le preguntó a Prieto, con cierto anhelo (esto fue anoche), si creía que la ley iba a aprobarse. Prieto le contestó que eso no ofrecía la menor duda. Trataron mucho de si su amistad es firme o no, de lealtades y aprecios, etcétera, etcétera.

Refiriéndose a la reunión próxima del Consejo, que ya será posterior a la votación de la ley, el Presidente dijo: “Veremos, veremos…”. Prieto tiene la

impresión de que el Presidente quiere acabar con el Gobierno.

El Consejo, que debía haberse adelantado a causa del viaje del Presidente, ya no se celebrará hasta después de su regreso. No he vuelto a hablarle de ello, ni él a mi tampoco. Ha anunciado su marcha para mañana, con carácter puramente particular, y quiere que no vaya nadie a la estación. Como le da por hacerse el menospreciado y el humilde, ha pretendido dar excusas a Prieto por haber pedido para su viaje el *break* de Obras Públicas.

Esta tarde he hablado también con Besteiro sobre los términos en que podría darse por concluida la obstrucción. Maura le ha visitado para proponerle "una fórmula", mejor dicho, para que de su parte se la proponga al Gobierno. Pretende Maura que la situación se arregle así: discutir en una sesión, incluso declarándola permanente, la ley de Garantías, y que, una vez aprobada, el Gobierno se declare en crisis. Le digo a Besteiro que eso no puede ser, y que no admito conversación sobre el supuesto de que el Gobierno haya de señalarse plazo. Que cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, y si las oposiciones se avienen por fin a deponer las armas, él me será testigo de que ni un solo momento he admitido tratos que dejen entender una promesa, ni siquiera sobreentendida, de plantear la crisis cuando se acabe la obstrucción o cuando se aprueben tales o cuales leyes. Añado que lo mejor para las oposiciones es aceptar la tregua que yo les propuse, que es el modo más airoso para ellas de salir del atranco, y quizá fuera útil que el propio Besteiro, como Presidente, les invitara a aceptarlas.

He estado después hablando largamente con los ministros. Todos estaban muy contentos por la aprobación de la ley. Desde allí, siendo cerca de las diez de la noche, he ido a casa del Presidente, a despedirle, y con un poco de firma. Hemos hablado poco. Ha ido firmando todo lo que le llevaba, sin preguntarme nada, y cuando hubimos acabado, le dije: "¡Ah!, también se ha votado el último artículo de la ley de Congregaciones y se ha aprobado el proyecto definitivamente". Claro está que ya lo sabía, y la *bronca* de Alba. Yo le he dicho:

—¿Usted cree que Alba tiene verdaderamente talento?

—¡Hombre…! El ambiente le es tan hostil…

Ya de pie, le pregunto:

—¿Se va usted mañana? ¿A qué hora?

—No sé… no sé… —masculló—, es un viaje particular…

(¿No sabía, por lo visto, la hora de salida del tren?).

—Pues que lleve muy buen viaje, y que le siente bien el descanso a su señora.

Desde su casa he venido al ministerio, a cenar.

18 de mayo

Salgo tarde al despacho. Empleo la mañana en contestar cartas y ordenar papeles. Estoy muy cansado.

Por la tarde, en las Cortes, hablo con Besteiro. Muy suavemente y como si no conociese mi opinión, Besteiro me desliza una propuesta: que si se llega a concertar un número de leyes, «él, desde la presidencia, hará una exhortación a las oposiciones para que cesen en la obstrucción, añadiendo que, después de votadas aquellas leyes, el Gobierno daría ocasión a que se supiera si contaba con la confianza del Presidente de la República». Opongo un *no* terminante, y es ésta una de aquellas ocasiones en que me quedo corto, porque debí llamar al orden a Besteiro. «Pues entonces no hay arreglo», me dijo.

—Qué voy a hacerle yo —respondí.

Le repetí una vez más todas las razones que tengo para proceder así.

—En su caso de usted —dijo Besteiro— probablemente yo haría lo mismo.

¿Entonces?

Cuando les he contado a los ministros mi conversación con Besteiro, y el papel que se atribuía, se han enojado mucho, particularmente los socialistas. «Se cree un virrey», ha dicho Largo.

A primera hora de la tarde, Fernando se ha encontrado con Martínez Barrio en los pasillos. Como Fernando no puede prescindir de untarlo todo de vaselina, ha felicitado a Martínez Barrio por las buenas palabras que dijo al Partido Socialista el día del incidente con Besteiro. «Lástima que, a las pocas horas, Lerroux dijese que el partido es una cloaca».

—Sí; qué le hemos de hacer —respondió Martínez Barrio.

Martínez Barrio le ha dicho también que le parece mal la obstrucción, y que la negociación intentada a través de Besteiro se ha desfigurado por el temperamento de alguna persona (Maura). Ellos no eran partidarios de que se conminase al Gobierno a fijar una fecha para la crisis; pero Maura se empeñó en ser él quien llevase la gestión con Besteiro, y lo ha echado todo a perder.

También esta tarde Lerroux les ha dicho a los periodistas que él, en el caso del Gobierno, no aceptaría condiciones de esa especie. ¿Pues para qué

las propone, o deja que las propongan en su nombre? Lerroux hace un juego desleal, que pretende ser taimado, y se cae de puro tonto.

Es opinión general que la obstrucción, después de las votaciones de ayer, está vencida y virtualmente destruida. Yo no lo veo tan claro, porque la lógica y el buen sentido faltan. Las mismas razones que para cesar en ella, había para no plantear la obstrucción, y el amor propio, el temor al ridículo los retienen. Además del terco fanatismo de Maura. Seguirá: son las malas pasiones de la política; pero no todo es mala pasión, sino falta de talento para guiarse. No se ha visto brutalidad mayor que la de estas gentes. Con decir *no* se ahorran más prolijas cavilaciones.

Algunos partidos, como eso que llaman el Federal, retroceden, porque sus organizaciones de provincias, protestan contra la obstrucción. Y los diputados federales andan yendo y viniendo para buscarse una salida decorosa.

19 de mayo

Consejo de ministros. Hablamos de la situación de Baleares, y leo los informes del general Franco y del gobernador Ciges Aparicio. Tratamos del armamento, del espionaje, etcétera. Quedo en tomar algunas disposiciones, y si pudiera vagar, haría yo el viaje a Mallorca y Menorca que tengo proyectado hace meses.

También se ha aprobado el decreto sobre la autonomía de la Universidad de Barcelona.

Domingo ha llevado unos nombramientos de directores generales para su ministerio. Como Domingo quiere (o le imponen) rodearse sólo de radicales-socialistas, no encuentra gente, y propone nombres absurdos.

He interrumpido el Consejo para recibir al ministro de Checoslovaquia, que es un señor muy pesado.

En las Cortes, tranquila soledad. He llegado a primera hora. En el salón éramos veinte. Ambiente de verano. En el banco frontero al mío, se ha sentado Romanones, que me miraba fijamente con su ojo rotatorio. Ha ido para sumar su voto a los que se opusieron a la ley de Congregaciones. Luego ha salido al pasillo y le ha dicho a Maura unas cuantas verdades sobre el disparatado sistema de la obstrucción.

Ha habido interpelación sobre los sucesos de La Solana. El turbio Pérez Madrigal ha dicho muchas burradas. Este tipo, sospechoso, es un epileptoide. Le ha contestado un socialista, más listo y hábil, que no se ha privado de barbarizar.

Mientras estaban en tales cosas, Zulueta, que se sienta a mi lado, me ha hablado de asuntos de su ministerio. Le he preguntado cuándo admite la dimisión a Rocha, que la presentó hace dos meses. «Pues, en seguida, en seguida…». «¿Y los demás cargos?». «Portugal y Holanda pueden proveerse ahora; pero lo difícil es encontrar un hombre para Berlín. ¿Usted lo ve?».

—No veo ninguno —le respondo—. ¿No iba usted a enviar a Holanda al subsecretario?

—Sí. Pero ya no quiere dejar el puesto.

—Yo tenía entendido lo contrario, y hasta me dijo usted que le diese nombres para ese cargo. Por cierto que tuvo usted la ocurrencia de consultar con Besteiro, cosa a que no estoy habituado. No hay que consultar tanto los propósitos.

—Pues ahora quiere seguir aquí. De modo que podemos nombrar a otro para Holanda. Yo no sé los planes que usted tiene —prosigue Zulueta—; usted dispone de mí en absoluto; me dice que me vaya, y me voy, me dice que me quede y me quedo —repite estas cosas de varias maneras y con un calor y una pegajosería que me molestan—; si me marcho, me voy contento, y siempre le estaré a usted agradecido por haberme traído a este puesto, en el que creo que no he perdido con estar. Pero yo quisiera que usted me dijese lo que piensa hacer, porque en el ministerio hay varias cuestiones, sobre todo de personal, en las que no quiero meterme a fondo, si no he de continuar en el cargo.

—Yo no tengo nada pensado, Zulueta. Todo depende de lo que ocurra aquí. Si esto se destapona y podemos seguir desembarazadamente, pensaría en reorganizar el ministerio, y ya veríamos. Pero eso es una cosa para resolver en su día.

—Usted habrá visto que algunos periódicos dicen que voy a ir de embajador a Berlín. Supongo que usted me creerá si le digo que soy completamente ajeno a esas indicaciones.

—¡Ah! Claro que lo creo —repuse yo, con toda ingenuidad—, porque no se me había pasado por la imaginación que pretendiera ese puesto. Ya sé que la ambición de usted es otra.

—¡Cuál!

—La embajada en el Vaticano.

—En efecto, es mi mayor ilusión.

—Pues mire usted, no es imposible. Votada la ley de Congregaciones, sin que hayamos roto con Roma, no es un despropósito nombrar allí un embajador.

—¿Y usted cree que me aceptarían?

—¿Por qué no? Desde que es usted ministro de Estado, ya habrán visto que no se come usted los curas crudos; el Nuncio le conoce a usted…

—Sí, el Nuncio no se oponía. Es el Papa, personalmente, quien se opone. Le enviaron artículos míos…

—¡Bah! —le digo, molesto por la conversación—. Ya se vería. Los tiempos han variado.

Entonces, cualquier otro que no fuese Zulueta, me habría dicho, llanamente: «Pues yo desearía y le agradecería a usted que me reservasen la embajada en Berlín». Pero, no. Zulueta me deslizó en los oídos unas palabras aéreas, sutiles, casi inaudibles, que por su ligereza y tenuidad no recuerdo en sus propios términos. Fue como un hálito, un susurro, un suspiro. Al final, yo estaba notificado de que Zulueta quiere ser embajador en Berlín, y que se dilate la provisión del cargo, hasta saber si continúa o no de ministro. Mientras hablábamos, yo miraba el techo. Oída la pretensión, sentí una manera de pavor por semejante manera de envidar, y un retozo de risa, difícilmente contenible. Todo aquello me pareció sumamente divertido, y el descubrírseme así un carácter uno de los placeres más vivos que mi posición me brinda. «Bueno —dije entre mí—, esto ya vale la pena». Por lo demás, Zulueta puede ser muy bien embajador en Berlín y aun en el Catay o en Transjordania.

Galarcita, este hombre inquieto, por explorar el camino que conduce al ministerio, ha planeado un método para acabar con la obstrucción. Se ha reunido con el comité de la FIRPE y ha propuesto que se haga un manifiesto de los grupos gubernamentales, fijando el programa parlamentario que se proponga desarrollar el Gobierno (para lo cual *nos consultaron*) e invitando a los demás grupos republicanos a que colaboren en él, incluso desde el Gobierno. Dice que enviará una carta, para que yo dé cuenta de su plan al Gobierno. Le contesto que bueno, que me mande la carta.

He dejado el salón de sesiones para recibir a varios comisionados de provincias. Después, me escapo de las Cortes y voy al concierto de la Filarmónica en Price. Mucho calor. Poca gente. Las ventanas abiertas. Llegan a reforzar la orquesta los bocinazos de los autos y los gritos de los vendedores. Ya no se puede ir.

He regresado, antes de acabarse el concierto, al Congreso, porque se discutía un voto de censura contra Domingo. Cuando llego, ya se había levantado la sesión, y retirado el voto de censura. Domingo aún estaba emocionado por la alarma pasada.

Entonces, he venido al ministerio. Aquí me esperaban el subsecretario de la presidencia y el director de Colonias. Hemos estudiado y resuelto asuntos importantes de los territorios del Sahara, y he visto y aprobado los planes para organizar unas fuerzas militares en la colonia. También hemos redactado la nota de respuesta a una reclamación de Francia.

Luego recibo a Bolívar, y tratamos de asuntos del Patrimonio. Por teléfono he hablado con don Niceto, que me contesta a voces desde Priego.

A las diez y media he terminado mis trabajos. Ceno, y me voy al Escorial con Lola y Cipriano. Estamos en el Paseo de los Pinos, sentados frente a la Casita de Arriba. Oscuridad profunda. El cielo hirviente de estrellas. Silencio eterno, soledad. Me habría quedado allí hasta el alba.

20 de mayo

Despacho con el subsecretario, después con Masquelet. Hablamos mucho de los asuntos de Baleares.

Viene, llamado por mí, el director de Administración, y planeamos el proyecto de Reforma Electoral. Después, Valeriano Casanueva, para los asuntos de la Telefónica. Y más tarde, Viguri, con los de Puertollano.

Giral me llama por teléfono. Ayer, en un banquete, Lerroux ha pronunciado un discurso bárbaro y desatinado, lleno de insolencias mal encubiertas contra Ramos, Guzmán y otras personas. Estaba presente el contraalmirante Guitian, con otros treinta marinos. Giral me consulta si los arresta o no. «Arréstelos usted ahora mismo, porque no está permitido que los militares asistan en actos políticos».

Saravia me cuenta que el coronel del primero ligero, que fue a casa de Lerroux llevado por otro coronel, le ha referido la visita. Sólo quiere establecer lazos de amistad y simpatía; por encargo de Saravia, el coronel preguntó a Lerroux qué les pedía, y se le contestó que nada. «¿Qué sabe usted de Sanjurjo?», preguntó Lerroux al del primero ligero, que fue ayudante del exgeneral. «Yo, nada».

Me he estado trabajando toda la tarde en mi despacho. A las siete y media he salido con Cipriano hasta Villalba. Nos hemos sentado en un restaurante de la carretera. Soplaba un viento tempestuoso, húmedo y fresco. Por la noche no he salido. Ha venido gente.

22 de mayo

Ayer domingo, por la tarde, fuimos a La Quinta. Amenazaba una tempestad muy fuerte. Comenzó a tronar y lloviznar. Los jardines estaban deliciosos, floridos; muchos pájaros. Tomamos la vuelta, y al llegar al Puente de San Fernando llovía mucho. Entonces decidí ir a Alcalá a ver a mi hermana, que ha tenido la ocurrencia de ir a pasar allí unos días. En el camino de Alcalá descargó una tormenta furiosa; llovía a mares. Estuvimos en la casa de la calle de la Imagen, que está desbaratada e inhabitable. Tristeza. Al regreso, pasando por la Calle Mayor, vi la gente que volvía de San Justo. Ayer era allí la fiesta de las Santas Formas, que antes tenía mucho esplendor, eclesiástico-militar. He comprobado una vez más que vuelvo siempre de Alcalá con los humores revueltos, sobre todo si me asomo a la casa triste.

Hoy lunes he trabajado mucho y con fruto. Por la mañana he puesto al corriente todos los asuntos del ministerio. Intermedio bobo: almuerzo en la legación de Polonia. Después me he encerrado en el despacho. Viene Ramos, con muchos papeles de la presidencia. Luego Demófilo de Buen, con los asuntos del Patronato de Bienes de los Jesuitas. Y el subsecretario de Hacienda, que me vuelca un cartapacio enorme de aquel ministerio, y luego extrae un lista pavorosa de cuestiones pendientes. Todo ha quedado hecho y finiquitado. Este trabajo no me cansa, ni me enoja. Lo hago con gusto.

También he hablado largamente con unos comisionados de Bilbao, que me cuentan la situación de Vizcaya, asolada por el nacionalismo separatista. Estos comisionados, republicanos y socialistas, se quejan de Casares, porque a su juicio, no los protege bastante. Y me dicen horrores de Calviño, que fue gobernador general de las provincias vascas.

24 de mayo

Barcia, presidente del Consejo Superior Bancario, me visitó el otro día para hablarme de la Conferencia Económica de Londres, y después de tratar diversas cuestiones, me encareció mucho la necesidad de que entre los delegados españoles se contasen personas muy enteradas de la situación e intereses de la Banca. No pronunció ningún nombre. Yo sospeché que Barcia deseaba ser delegado, y que no se atrevía a decírmelo claramente. Pero en una de mis últimas conversaciones con don Niceto, me dijo que Barcia le había visitado, para hablarle de lo mismo, y le había indicado que el presidente de la Delegación Española podría ser don Pablo Garnica, exministro de Alfonso XIII y gran potencia financiera. Añadía Barcia que habiéndose portado bien con la República el señor Garnica y sus bancos, ese nombramiento acabaría de incorporarlo al régimen.

Le dije al Presidente que no haría yo tal nombramiento, porque sería escandaloso que la primera gran comisión para una conferencia de esa importancia, que designa la República, fuese a estar presidida por un exministro de la monarquía. El Gobierno ha pensado y resuelto nombrar al gobernador del Banco de España, como jefe del establecimiento de crédito oficial, en representación de la banca española.

Lo que no le dije al Presidente, porque no era culpa suya, pero sí he de decirle a Barcia, es hasta qué extremo me parece incorrecto e inadmisible que él se vaya con esos cuentos al Presidente de la República, para que el Presidente hable de ello al Gobierno. Pensaría Barcia que con eso iba a hacerme más fuerza que si me lo hubiera propuesto directamente.

¡Buen chasco! Esos procedimientos se destierran de nuestras costumbres políticas con dificultad. Todos, en sus relaciones con el Gobierno, propenden a rodearlo acudiendo «a Palacio»; herencia monárquica, que no encuentra demasiada repulsa en el Presidente actual.

Valor cívico. Ossorio y Gallardo ha enviado a Guzmán un artículo para que lo publique en *El Sol*, sin firma, como editorial. El artículo es tendencioso; aprovechándose de que las órdenes religiosas se han dirigido (¡cómo no!) al

Presidente de la República para que no apruebe la ley de Congregaciones, Ossorio dice que no debe perderse la ocasión de entablar diálogo con esos señores y de procurar que la ley se aplique con toda suavidad; claro que le parece mal la apelación de las órdenes al Presidente y afirma además que la ley no es de persecución y que debe ser acatada y respetada por todos.

Traía además el artículo una alusión sumamente indiscreta, a las intervenciones del Presidente en la redacción de la ley.

Guzmán me ha dicho que no ha querido publicar, sin firma, el artículo de Ossorio, porque como la gente cree que todo lo que dice *El Sol* es inspiración mía, me achacarían los mismos propósitos del artículo, y las alusiones al Presidente podrían originar una situación enojosa.

—Ha hecho usted bien —le digo a Guzmán—, pero ¿por qué no se publica el artículo con la firma de su autor, como hace *Ahora*?

—Eso le he propuesto a Ossorio —responde Guzmán—, y Ossorio me ha dicho que el artículo contiene afirmaciones de un laicismo *¡que él no puede firmar!*

Estos son los recios varones, pienso yo. No puede firmar ciertas afirmaciones, pero puede deslizarías en un periódico afecto al Gobierno, y al amparo de ellas, tratar de que pasen otras sumamente comprometedoras.

Ayer, en las Cortes, el radical Rey Mora, que es un tipo matonesco, interpeló a Giral por el arresto de Guitian. Pocas veces se ha puesto tan a las claras el odio personal y la brutalidad de ese sujeto. A falta de argumentos, de habilidad, se gozó en denostar a Giral, llamándole *anodino* y gris, y afirmando que antes de venir la República adulaba a Lerroux, en tanto que ahora persigue a sus amigos. Giral tiene pocos medios de discusión, y no ha aplastado, como era menester, la insolencia de Rey Mora. Giral estaba luego muy contrariado, como buen padre de familia que es.

Poco antes de acabarse la sesión del Congreso, y cuando me lo consintieron diversas comisiones que recibí, vine al ministerio con Casares, que acababa de desembarcar del avión, procedente de Sevilla. En el ministerio tenía yo citado al alto comisario. Hablamos largamente de la situación de la Zona. Moles es hombre hábil y silencioso, y hasta ahora se desenvuelve bien. Ha puesto un poco de orden en la administración y ha restablecido las buenas relaciones del jalifa con la Alta Comisaría, perturbadas por la aspereza de don Luciano López Ferrer, que, como hombre débil, tenía explosiones de autoritarismo que iban a recaer sobre quien menos temor le causaba, o sea el jalifa.

Me informó Moles de la situación del ejército, que no es tan desagradable como la pintan otros informes. Del general dice que su único deseo es conservar el puesto, para mantener los veintidós hijos y yernos que tiene a su cargo. Resolvemos lo del crédito agrícola en la Zona que, durante el mando de López Ferrer, no fue posible poner en marcha.

Anoche, recepción en la embajada de Inglaterra. Mucha gente, con fuerte dosis de Institución Libre («¡la cosa inglesa!»): Palomares, Jiménez, etcétera.

Averigüé que Marañón y el embajador de Alemania no se saludan. La Bibesco me pidió que autorizase a don Dámaso Berenguer para salir con ella de paseo. Contesté que no depende de mí.

—*Vous êtes ministre de la Guerre…!*

Traté de hacerle comprender que el general no está a disposición mía, sino del Tribunal Supremo. La Bibesco me escribió hace días diciéndome que su marido va a ser relevado del cargo, porque está muy a mal con Titulesco (Titulesco debe ser hombre inteligente), y anoche caí en la cuenta de que no la he contestado.

Como Prieto pasó cerca de donde nosotros estábamos, le presenté a «Isabelita», que tenía ganas de conocerlo y no sé si de seducirlo.

La Bibesco se puso a hablarle en francés, y Prieto, por toda respuesta, le decía:

—Guapa… Guapa…

Nunca ha sido Prieto más galante.

Allí los dejé, librándome de un enojo.

Asistió el Presidente de la República. Dijo sus cosas raras.

Estando don Niceto con Prieto en el comedor, le oyó decir:

—Voy a ofrecer esto a la señora de Ramos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí la señora de Ramos? —preguntó don Niceto.

—Aquí la tiene usted.

—Pero Ramos no está —insistió el Presidente.

—Sí, señor, también.

—Pues no le he visto, ni quiero. Ha pronunciado un discurso despellejándome.

Más tarde, cuando ya iba a retirarse, don Niceto preguntó otra vez por Prieto. Acudió don Inda.

—¿Le han comunicado a usted lo que he dicho para usted? —interrogó el Presidente.

—No, señor.

—Pues he dicho, para que se lo cuenten, que el primer turno de discusión que yo tenga en las Cortes pediré que sea con usted.

—¡Quién piensa en eso! Falta mucho tiempo —repuso Prieto.

—¡No, no, quién sabe! —repuso el otro—, el primer turno de discusión será con usted.

Prieto me buscó para contarme esas cosas. Creía que eso de la discusión anunciaba el propósito de renunciar a la presidencia.

—No haga usted caso —le contesté—. Lo dice por hacerse el interesante.

Respecto de lo de Ramos no supe, al pronto, qué pensar. No sé qué discurso sería ese.

Pero luego he relacionado esas palabras del Presidente con el ataque personal, poco encubierto, que Lerroux lanzó contra Ramos (llamándole entre otras cosas «ministril») en un discurso a los marinos. Si el Presidente está amoscado con Ramos, probablemente sin motivo, es cosa notable el celo del jefe de la oposición para salir haciendo armas contra el autor del agravio. Este celo sería más explicable si el agravio fuese conocido. Pero si todo el mundo lo ignora: ¿cómo sabe Lerroux que don Niceto está resentido con mi subsecretario?

Vayamos atando cabos.

Hoy por la mañana he presidido la sesión inaugural de la Asamblea de la Orden de San Hermenegildo. Discurso pesado del general Casademunt, que preside el Consejo Director, con algunas torpes indiscreciones, aludiendo a los «ausentes». Contesto, y le suelto cuatro verdades, bastante desabridas. Están presentes algunos generales momias, que parecen la figuración del siglo pasado.

He recibido a Mello Barreto con los oficiales portugueses que vienen al concurso hípico. Este año no asistiré a ningún acto de esta clase, ni al banquete a que fui en 1931 y 1932. El general Kirkpatrick es la flor y nata de la caverna, y aunque correcto externamente, no puede olvidar que tiene dos hijos, oficiales de Caballería, castigados por mí.

Es presidente de la Gran Peña, donde se conspiró para lo del 10 de agosto y le tuve cerrado su círculo unos cuantos meses. Kirkpatrick está en la reserva, y gracias a eso no ha tenido que sentir.

Ha venido Casares. Conflicto de Valladolid. Anunciado un mitin «agrario» los republicanos y socialistas, sin esperar la decisión del ministro, declararon que harían la huelga general el mismo día del mitin y lo estorbarían a toda costa, aunque fuese a tiros. Casares ha autorizado el mitin; pero se le viene encima mañana un conflicto enorme, en el que puede haber

víctimas, y en el que la fuerza pública, si no se desmoraliza, tendría que pegar a republicanos y socialistas. Yo le dije a Casares que lo mejor y más correcto era que se celebrase el mitin, protegido por la fuerza. Esa era la disposición de Casares. Tenía que mandar a Valladolid diez compañías de asalto. Se hicieron gestiones cerca de los partidos republicanos y de la UGT para que desistieran de su hostilidad; pero sin resultado.

Las noticias que tiene Casares son muy alarmantes en cuanto a lo que puede pasar mañana, por más que Casares cree que unos y otros tienen mucho miedo y que se alegrarían de que el mitin se suspendiera. Llamamos a Prieto, y después de mucha conversación, se decide la suspensión del mitin. Casares está contrariadísimo, y me da a entender que no continúa de ministro, ya que los mismos partidos de gobierno le crean estas dificultades en que su autoridad sale mal parada.

Tiene razón, sin duda. Pero ante la probabilidad de que mañana ocurra una desventura y de que maten o hieran a unas cuantas personas para asegurar que hable Gil Robles, no queda ahora otra medida que tomar, sino la suspensión del mitin. Los republicanos y los socialistas, furiosos por la campaña que hacen las derechas, no comprenderían que se procediera de otro modo. Lo que habrá de hacerse es impedir que los partidos se acostumbren a esa táctica, que a la larga, sobre no ser aceptable, les perjudica.

A las cinco he ido a firmar con el Presidente. Más de una hora despachando. No hemos hablado de casi nada. Me pregunta por el proyecto de Reforma Electoral, que le interesa mucho, y recomienda que se haga en un solo artículo. «Así pienso llevarlo —le respondo—, para que pueda votarse con más facilidad».

Voy a las Cortes. No entro en el salón de sesiones. Nueva conferencia con Moles.

Después he estado dos horas con Ruiz Funes, trabajando en el proyecto de dictamen de la ley de Vagos. A las nueve y media vengo al ministerio y ya no salgo. Me entretengo en hacer estos apuntes de la jornada, que ha sido de las más descansadas.

25 de mayo

Consejo en Palacio. El Presidente entró muy locuaz, sonriendo, con los saludos de siempre:

«Hola, gran Marcelino»; «¡don Fernando de mi alma!»; «qué hay, Presidente», etcétera, etcétera. Lo primero que hizo fue pedir la firma y despachó todos los decretos, que suele ser siempre el final del Consejo. Deduje que traía algo que tratar, de muchas palabras.

Extrajo un volante con notas y empezó, como de costumbre, a hablar de cada asunto al ministro correspondiente. Hablaba a chorro continuo, con muchas bromas, chuscadas y alusiones. Esta mala costumbre (de la que había prometido a Prieto corregirse) tenía hoy un matiz nuevo. Hasta ahora, las bromas del Presidente podían oírse como ocurrencias nacidas de la camaradería con nosotros, que hemos sido sus compañeros de Gobierno, camaradería a que él alude algunas veces y en la que expresa y nominalmente ha incluido «al señor Giral», aunque no formó parte de aquel Ministerio provisional, y aunque el hacerlo así no dejaba de ser de muy mal gusto y denotaba una familiaridad peligrosa, a la que nosotros no podíamos corresponder ni devolvérsela, todavía era disculpable o perdonable. Pero hoy ha puesto en sus palabras un tono sarcástico, y se veía una punta de soberbia, y un cierto rencor, encubierto por el desdén. Había en su tono una falsa modestia, que acentuaba, en vez de disimularlo, el convencimiento de su superioridad. Hombre, en fin, ensoberbecido, que se cree tratado con injusticia o con poco respeto por sus ministros.

A mí me ha recomendado, por ejemplo, que se detenga el embargo incoado contra el convento de las Trinitarias. En la última sesión de la Academia Española a que asistió, los académicos se interesaron por la detención del embargo, porque en las Trinitarias está enterrado Cervantes. Y al hablar de este asunto en la Academia, y examinar los procedimientos que deberían ponerse en juego, refiere el Presidente que alguien preguntó: «¿Quién de ustedes conoce al señor Vergara?» (es el subsecretario de Hacienda). «No podía yo decir —añade el Presidente— que yo no lo conozco».

Y otros dijeron: «¿Pero quién no conoce a Azaña?».

—Y yo —prosigue el Presidente—, salvando la ingenuidad de creer que hay quien conoce al Presidente del Consejo, dije que sí le conozco y que le daría esta nota.

Me dio la nota, en efecto, para que se la entregue a Vergara, «aunque el ministerio de Hacienda es el número dos en lo de no hacerle caso». Si Vergara no le complace «que el agente ejecutivo continúe acumulando pliegos en el expediente, y el propio Vergara amontonando fieltros hasta que hagan torre…» (alude a la costumbre de beber mucha cerveza que tiene Vergara). Lo de que el ministerio de Hacienda no le hace caso se debe, entre otras cosas, a lo siguiente: un sujeto, natural de Priego, estuvo cerca de un año pretendiendo una plaza de consejero en la Campsa. El pretendiente es muy amigo de don Niceto, y alegaba como título de gloria, ya que no como mérito para ocupar el cargo, el haber nacido *una hora después que Niceto y en la casa contigua* a la de los Alcalá-Zamora. Don Niceto apoyaba con mucho calor las pretensiones de su paisano, y al cabo de varios meses logró aburrir y convencer a don Jaime, que lo nombró. Pero en el Consejo de la Campsa hay dos clases de consejeros: unos que pertenecen al comité directivo y otros que no pertenecen. Ahora, todos los esfuerzos del Presidente se dirigen a que su amigo entre en el comité, y aún no lo ha conseguido.

La otra cosa era el nombramiento de un primo suyo para recaudador de contribuciones de la provincia de Granada.

Prosiguiendo el Consejo, pasó el Presidente a recomendar a Largo y a Domingo un caso de aplicación de la ley de Términos Municipales a un pueblecito de Jaén, «en el que, por fortuna —dijo don Niceto—, no tengo ni un terrón, de modo que ni Wenceslao Carrillo ni Azorín (el diputado por Córdoba) podrán decir que debo un jornal ni que soy tramposo, etcétera» (recordaba con esto el rencor contra Carrillo, por unos supuestos ataques, de que le habían hecho víctima en febrero, con ocasión de un mitin en Priego).

Dio muchas enhorabuenas a Albornoz por la aprobación de la ley de Congregaciones, y por su conducta moderada durante la discusión. «El voto de las oposiciones —dijo el Presidente— refuerza la autoridad de la ley, que de otro modo no podría contar con la mayoría del país». En los elogios a Albornoz puso un calor inusitado, encaminándoles a hacer resaltar el sentido gubernamental del ministro. «Seguramente que Alvaro teme más a un plebiscito que a un veto mío».

Pasó a hablar del orden público, y dijo que en esta materia no puede atacarse al Gobierno. La gente adinerada no quiere reconocerlo así, con raras

excepciones, como don Juan Tomás Gandarias, que estima que el Gobierno ha hecho cuanto podía y debía. El tiempo hará justicia. Felicita a Casares, y le dice que su disgusto al suspender el *meeting* de Valladolid es un acierto más. «Estas alabanzas le dejarán a usted pasmado…», dice.

—No creo que Casares sea un pasmado —interrumpo yo riendo.

Revolviendo en el tema de los elogios inesperados a Casares, se las arregló para decir que «como dicen las *Partidas*, hay que separar a los padres de los hijos, porque María Victoria, la hija de Santiago, es una *pasión* del Presidente».

Repitió el balance de la participación socialista, con el extraño criterio de las cuencas geográficas, que ya me hizo días pasados. Hizo una alusión a la promesa de no gastar bromas a los ministros «y de estar más serio que en misa, y por si esto no lo comprende Prieto, más serio que el mismo Prieto en Cartagena».

(En la conversación que tuvo con Prieto hace días, y de la que creo haber dejado nota más arriba, el Presidente se le quejó de la poca amistad que le mostraban algunos ministros; a lo cual Prieto repuso que quizás el Presidente no se daba cuenta de que sus bromas y chuscadas podían alguna vez sentar mal a los interesados. El Presidente prometió entonces no hacerlo más y estar muy serio. Pero no lo cumple).

Expuse yo después la situación parlamentaria, y cómo todo indica que va decayendo la obstrucción. Cuando Botella Asensi, empujado por la gente de su partido, se separó del grupo obstruccionista, un periódico dijo que «Botella se había encontrado a sí mismo».

Comentando esta frase, el Presidente nos ha dicho: «Pues si se ha encontrado solo y a medianoche, buen susto se habrá llevado».

Dijo el Presidente que convenía restablecer las buenas relaciones con las oposiciones. Ponderó la importancia de las leyes de Orden Público y de la ley Electoral, «verdadera ley de Defensa de la República».

Le di cuenta, y al Consejo, de las últimas informaciones recibidas de Baleares y de las de Marruecos. Le expliqué las medidas que el Gobierno piensa adoptar en uno y otro sitio, y el asunto de la futura sustitución del obispo de Gallípolli, franciscano español que actualmente tiene la jurisdicción eclesiástica de Marruecos, y para cuyo reemplazo trabajan ya los italianos.

Pasado todo esto, el Presidente dijo: «Ahora vamos a un incidente amargo, que desde hace una semana me ha hecho pasar los peores ratos».

El Presidente puso ante sí unos recortes de periódicos, y con ellos en la mano, nos dirigió una larga exposición de agravios, llegando en algunos

momentos a acongojarse hasta el punto de no poder hablar. Se le formaron dos puntos de espuma en la comisura de los labios. No leyó los recortes de periódicos, ni los dio a leer. Se limitó a glosarlos.

Comenzó diciendo que a él no le importa verse atacado ni censurado. Por ejemplo, sabe que Maura le desuella vivo, pero se queda muy tranquilo pensando que también en la otra banda el camarada Cordero se atusa los bigotes contra él. No le importa, pues, porque quien le ataca, ataca a un hombre que no puede defenderse *ni tiene quién lo defienda*; porque es responsable como Presidente, y por tanto, discutible. Pero lo que no hará, por mucho que le digan, es dimitir. No puede dimitirse la presidencia de la República, como dimitió la del Gobierno; la presidencia de la República tiene un plazo legal de duración y es inamovible, salvo los casos de destitución. Se somete a la destitución por las Cortes, y a la acusación; pero no dimitirá. Esto lo acentuó mucho, con lo que las enigmáticas frases que le dijo a Prieto en la embajada inglesa no pasan de ser una coquetería, como yo sospeché.

—Lo que no esperaba —siguió diciendo el Presidente— era un ataque procedente de ciertas personas y en ciertas posiciones. «El señor Ramos, subsecretario de la presidencia del Consejo, ha pronunciado un discurso en Murcia en que no me deja un hueso sano». (Recordando sus palabras de la embajada acerca de Ramos, no me fue difícil adivinar contra quién iba, en cuanto habló de agravios y de ataques; pero al mentar el discurso de Murcia, me maravillé, porque nadie había parado la atención en él).

La primera noticia que tuvo del discurso «del subsecretario de la presidencia» fue una información de *La Voz*. Lo que allí se decía era sencillamente «escandaloso». Se conoce que intervino «alguien más frío, más sereno» y los periódicos de la mañana dieron una referencia atenuada. Se ha procurado un periódico de Murcia, con el discurso íntegro, y lo ha recibido hoy.

Se dedica a glosar el texto del discurso (sin leérnoslo), y va refutando los dislates que, a su juicio, hay en el discurso.

Afirma que Ramos ha dicho que el Presidente de la República es parte del Gobierno. Sobre este supuesto, el Presidente edifica una brillante refutación, con mucha doctrina constitucional, para probar que él no es parte del Ministerio.

Atribuye después a Ramos la afirmación de que hay dos Repúblicas: una, hasta el 14 de octubre de 1931; otra, desde ese día hasta hoy; es decir, antes y después de la dimisión de don Niceto. Esta afirmación le exaspera de un modo especial, porque la relaciona con la cuestión religiosa, etcétera. Y me

dice: «Para alabarlo a usted no hay necesidad de atacarme a mí». Con este motivo reaparece el encono que guarda contra mí el Presidente desde aquella crisis, en la que se creyó víctima de una conjura.

Después nos dice que Ramos, en el discurso, condena la política de camarillas, de conjuras, de «zancadillas en la sombra», etcétera, como si el Presidente hiciera una política de ese jaez. Para «justificarse» enumera las veces que ha reiterado su confianza al Presidente del Consejo, desde el mismo día que los radicales se negaron a formar parte de mi Gobierno. Asegura que él no habla con nadie, ni tiene tertulia, y que hasta se priva de jugar al tresillo, para que no parezca que tiene favoritos; se entretiene en hacer solitarios.

(Eso de que no habla con nadie, dicho a los pocos días de haber armado aquel escándalo de la *urgencia* de la ley de Congregaciones, es una provocación, o un síntoma de enfermedad).

También achaca a Ramos el dicho de que la obstrucción comenzó en octubre de 1931 y de que él, don Niceto, practicó la obstrucción. No obstante ser eso disparatado, se entretiene en refutarlo, y como tiene buena memoria, nos recuerda cada uno de los pasos que dio en las Cortes y cada uno de los discursos que pronunció después de dimitir, y, ¡claro!, no había en ello nada de obstrucción. Se alaba de haber dimitido entonces, y cree que con su dimisión prestó un gran servicio a la República. «El político y el actor —dice — necesitan saber caer y yo caí bien».

De esta manera estuvo hablando una hora, acumulando cargos contra Ramos, por todos esos ataques, y otros más, que hallaba en el discurso, y acompañándolos de prolijas demostraciones y explicaciones «para defenderse». Tenía un acento lastimero de víctima indefensa; respiraba soberbia y despecho, y un rencor personal increíble, furioso.

Mientras hablaba, dominando yo mi impaciencia, observé las caras de algunos ministros. Prieto, sumido en su grasa, entornados los ojos miopes, no dejaba traslucir nada; Largo tenía un semblante glacial y severo; Fernando y Domingo apuntaban leves sonrisas cuando cruzaban su mirada con la mía, de triste deleite ante aquel espectáculo.

Cuando el Presidente, ya casi sin fuerza para dominar su emoción, dejó de hablar, comencé yo. Le di a conocer ante todo mi sorpresa. De todo el asunto, sólo conocía el hecho de que Ramos, hace dos domingos, fue a Murcia a hablar en un Círculo de Acción Republicana. Un sábado por la noche vino a decirme que se marchaba a Murcia, invitado por Ruiz Funes. El lunes o el martes siguiente, le pregunté: «¿Qué tal lo de Murcia?». «Muy bien. Mucha gente, muchos aplausos». Y eso es cuanto supe. Ni he leído el discurso, ni los

extractos de *La Voz* ni de otros periódicos, ni puedo saber ni creo que alguien haya intervenido en *suavizar* las referencias para la prensa de la mañana. «Lo que más me sorprende es que si usted, señor Presidente, cree tener un motivo de queja contra el subsecretario desde el lunes de la semana pasada, no me haya usted dicho ni preguntado nada hasta hoy, jueves, en pleno Consejo, diez días después».

—No iba a hablarle a usted de ello por teléfono desde Priego.

—Perdone usted: antes y después del viaje a Priego nos hemos visto tres o cuatro veces.

—Hasta hoy mismo no he recibido el periódico de Murcia con el texto completo. Lo he traído a Consejo porque tenía que defenderme y sincerarme.

—¿Defenderse de qué? No le hemos atacado, y en cuanto a lo que haya dicho Ramos, vale la pena de examinarlo.

(A pesar de esto, no me dio a leer el discurso. Me dio mala espina esta reserva).

Continué diciéndole que siempre he apartado al Presidente y he rogado a los demás que lo aparten de las contiendas de partido; no hemos sido nosotros los que han invocado la intervención del Presidente para resolver conflictos entre dos bandos. No creo que Ramos haya podido decir que el Presidente de la República «forma parte del Gobierno»; las explicaciones que yo he dado sobre lo que es el poder presidencial, tienden a fijar la doctrina de la Constitución, y a excluir del vocabulario político la dudosa expresión de «poder moderador», que no sirve para nada; pero las atribuciones del Presidente son lo que la Constitución quiere que sean, y nadie ha pretendido que deban ser de otro modo. «Como no conozco el texto, no puedo desvanecer los reproches del señor Presidente, pero hay uno en que ya desde ahora afirmo que se basa en un error de hecho: usted imputa a Ramos que habla de una obstrucción comenzada en octubre de 1931, cuando usted salió del Gobierno, y se ha demorado usted en demostrarnos que usted no hizo obstrucción. Permítame usted que le diga que esa interpretación de las palabras de Ramos es inadmisible. Él habla de la obstrucción que hay ahora, y seguramente afirma, como hemos afirmado otros, que esa obstrucción no ha empezado en febrero, sino que empezó al discutirse el Presupuesto, este otoño pasado, y nadie ignora que en la discusión del Presupuesto de Estado se emplearon quince días inútilmente. A esto se refiere Ramos, sin duda, y no a otra obstrucción anterior, pues no la ha habido, a no ser la que hizo Royo Villanova al Estatuto. Me basta hallar un error de hecho tan notable en las

apreciaciones de usted, para que me sea lícito dudar de la solidez de las restantes».

—No querrá usted que yo me ponga a discutir con Ramos —dijo el Presidente.

—Me guardo muy bien de cometer la impertinencia de ponerlo a usted a discutir con Ramos, ni siquiera con los ministros. Pero Ramos tiene derecho a que se le oiga y se le haga justicia. Además de mi amigo personal, Ramos es mi colaborador. La queja de usted sólo tendría fundamento, si se dirige a mí, en el caso de que usted creyera que yo he aconsejado ese discurso de Ramos, o que lo he aprobado, dado que contenga tales ataques.

—No, Presidente; no lo creo. Pero hay desaciertos en política.

—Falta que el Gobierno examine el discurso, y resuelva.

—En circunstancias difíciles no quiero suscitar dificultades al Gobierno —repuso don Niceto.

—Eso no, señor Presidente. Por difíciles que sean las circunstancias, el Gobierno deja de existir ahora mismo.

—No hablemos más del asunto. Ustedes habrán adivinado la gran amargura que me ha producido tratar esta cuestión; tanta, que a veces creí no poder seguir hablando. No quieran ustedes que además saboree el amargor. Es una cuestión de gobierno. Ustedes resolverán lo que quieran. Pero lo hecho por Ramos es intolerable.

La conversación acabó poco después con algunas palabras no más lisonjeras y se levantó el Consejo. Se fue del salón, con azoramiento y encono. Al andar, una pierna (otras veces le ocurre) se le desviaba un poco, como si cojease.

Ido el Presidente, los ministros formaron un corrillo. Había tela cortada; pero alguien dijo:

—No es prudente hablar aquí (en aquel momento entraba Sánchez Guerra).

Nos separamos. Los tres ministros socialistas se han ido a almorzar juntos con Casares. Yo he vuelto al ministerio.

He estado en el ministerio hasta las cuatro. Asomado al balcón de mi despacho, contemplando el jardín, recapitulaba el suceso de por la mañana, queriendo, a través de la marea del mal humor, de la repulsión y del asombro, sacarle punta al buen juicio. La cuestión es no dejarse contagiar por el carácter del Presidente, y no dejarse arrastrar a determinaciones improvisadas. A las cuatro fui al Congreso y me metí en el despacho de ministros. A poco,

llegaron Largo, Prieto, Casares, Domingo, Zulueta y Giral. Todos se reían, al verme, recordando la escena del Consejo.

—Bueno, ¿qué hay? —les digo riendo también.

—Usted dirá, señor Presidente —responde Largo, con expresión de malicia.

Entonces les cuento lo que he madurado a solas. El Presidente tendrá que soportar a Ramos y su discurso (como no haya en él alguna atrocidad, que no lo creo); no estoy dispuesto a que el Presidente me vaya decapitando a los funcionarios que le sean antipáticos. No caigo en eso tampoco. Lo que conviene es coartar todo intento de poder personal del Presidente y de toda caciquería, pero no dejarse derribar tontamente, para que haga gobiernos a su gusto.

—¿Lo ven ustedes? —dijo Largo—, estaba seguro de que reaccionaría usted así. Yo opino como usted.

(Por lo visto, los otros opinaban de distinto modo).

Todos los ministros concuerdan en que el Presidente favorece mucho a Albornoz y lo ensalza. Creen que se propone hacerle Presidente del Consejo. Domingo lo oye con risa de conejo. (La preferencia albornocista de don Niceto es chistosa, si se piensa en el origen de su enojo conmigo; porque las mayores dificultades para *suavizar* el dictamen de la Comisión en la ley de Cultos, han venido de Albornoz, además de Fernando).

Los ministros estuvieron también de acuerdo en que el Presidente sigue y favorece la política de las oposiciones, y en que no puede *tragarme*. Esto es manifiesto. Como todos recordaban que no nos había dado a leer el texto del discurso, sospechaban algunos si estaremos en un caso igual al de la carta de Carrillo.

Estando en estas conversaciones, Albornoz nos envió un recado diciendo que estaba enfermo y no iría a las Cortes.

Después hablo con Besteiro, continuando las negociaciones para dar término a la obstrucción. Nadie la quiere ya, a no ser Maura y algunos radicales. Los federales quieren romperla. La obstrucción ha sido un fracaso espantoso, y hay que facilitar el camino para que salgan de ella sin demasiado ridículo, porque no conviene que eso continúe, pero yo me abstengo de cantarles victoria, para que no se enfaden más. En una de mis entradas en el despacho de Besteiro encontré allí a Martínez Barrio.

—Bueno —dijo Besteiro—, ya están ustedes frente a frente.

—Eso no —repuse yo—, frente a frente no estamos. Mano a mano si usted quiere.

El camino, hoy por hoy, es que las oposiciones acepten en parte «la tregua» que propuse yo hace tiempo. Si la hubiesen aceptado entonces, ya estaríamos del otro lado. Pero es demasiada ambición la de que todos sean inteligentes. Martínez Barrio, muy retieso e importante, me dice que aceptarán la tregua para la ley del Tribunal de Garantías, y para no sé qué otra cosa. «Después —añade riendo—, ya veremos qué vientos soplan». Comprendo que desean salvar las apariencias, y que confían en que, aprobada esa ley, se produzca la crisis. ¿Motivos? Los maliciosos aseguran que cuentan con el Presidente de la República, y que si ceden en la obstrucción es porque esperan así precipitar los sucesos. La connivencia expresa del Presidente con las oposiciones, en cuanto a la caída del Gobierno, se me resiste todavía; pero si en la decisión de los radicales influye para algo el consejo o el parecer del Presidente, que es contrario a la obstrucción, no me sorprendería que los radicales cuenten con recibir algo a cambio, o que lo esperen.

Martínez Barrio no me ha ocultado que siempre se opuso a la obstrucción.

—Cuando usted se levantó en las Cortes —le he dicho—, a rechazar la tregua propuesta por mí, le conocí a usted en los ojos que no le gustaba el papel que hacía, y se lo dije.

—No sea usted sibilino —me responde Martínez Barrio. (¿Qué será *sibilino* para don Diego?). En fin, convinimos en que Soriano (no hay otro para arreglar cuestiones) hiciese una pregunta al Gobierno sobre el «alcance» (?) de la tregua y que de mi respuesta dependería[65]. Martínez Barrio reconoce que no se le puede pedir al Gobierno que se declare dispuesto a dimitir, después de aprobar esta o las otras leyes.

En el salón de sesiones todo ha pasado como habíamos convenido, salvo que Maura ha estado a punto de echarlo todo a perder, no sé si de bruto o de malintencionado. Aún venía con exigencias y bravatas. Gracias a que Martínez Barrio lo ha tomado por su cuenta, y tras unas cuantas palabras, todo acabó bien. La gente, en general, ha quedado contenta, excepto Prieto, que según me cuentan, ha salido de la sesión con malísimo humor. La verdad es que no se podía hacer otra cosa, y que el único modo de volver a la situación normal de las Cortes es éste: que vayan cediendo poco a poco, y como si nos hicieran un favor. Los periódicos dan por acabada la obstrucción. Aunque no sea así todavía, bueno es que el público lo crea, porque le será más difícil volver a ella. No será poco haber dominado tal estorbo; la obstrucción dura desde febrero.

Después de cenar he ido de paseo al Escorial. Me he estado un rato andando por la Herrería. Noche admirable, oscura, ardiente, de cielo

estrellado. Aromática y movida por el estremecimiento de las arboledas. Concierto de pájaros y sapos. Ansiedad. Noches como ésta me las bebía yo desde la ventana de mi celda, cuando era estudiante; noches encendidas por el deseo, magnificadas por la emoción de la vida eterna.

Al regreso nos detenemos en la Cuesta de las Perdices. Allí nos encontramos con Arturo Menéndez y su mujer y otro matrimonio amigo. Vuelvo al ministerio cerca ya de las tres de la madrugada.

26 de mayo

Consejo de ministros en la presidencia. Casi todo lo hemos dedicado al asunto Ramos y sus consecuencias. Después de advertir a los ministros que aún no le he dicho nada a Ramos, en espera de que el Gobierno forme juicio definitivo, les llamo la atención sobre el estado de mis relaciones con el Presidente. Resulta que, desde el lunes de la semana pasada, el Presidente está persuadido de que el subsecretario de la presidencia le ha hecho víctima de una ofensa («maniobras en la sombra») y de ataques personales y políticos. Me ha ocultado el hecho y su resentimiento, en lugar de proceder llanamente a comunicármelo y a pedirme las determinaciones que fuesen justas; esa ocultación es un desaire que me hace y puedo y acaso debo entenderlo como una falta de confianza. Yo puedo tomarlo por ahí, darme por sentido, y dimitir. Pero el efecto político para nosotros, dado el combate empeñado con las oposiciones y con el Presidente, sería por lo menos nulo, cuando no perjudicial para nosotros. Se empeñarían probablemente en entenderlo como un medio indirecto empleado por el Presidente para retirar la confianza política al Gobierno, y el «caso Ramos» pasaría a segundo término, con todo lo que contiene de ofuscación personal del Presidente y de intromisión en funciones que no le competen. Convendría plantear la cuestión en otra forma, y si quiere acabar con nosotros, que lo haga de *cara* y con su responsabilidad; porque en otro caso él no dejaría de decir que yo dimitía por un pique de amor propio, por una cuestión de etiqueta, etcétera, etcétera, posiciones malas, dado el estado de la opinión.

Prieto acentuó la mala impresión que tiene desde la sesión de ayer en las Cortes. Nuestra situación de Gobierno interino se ha marcado con mucha fuerza, a su entender, en virtud del arreglo pactado. Prieto, en esta ocasión, como siempre que está desanimado, toma un acento plebeyo, como el de una criada que se conduele ante el sanguinoso cartel del crimen de feria.

Los ministros opinaron que presentar la dimisión por lo que dijo ayer en Consejo, nos lo reprocharían, como una coacción sobre el Presidente, porque aún no está votada la última ley complementaria y no tiene, según las oposiciones, plena libertad de movimientos.

Mientras estábamos en estas conversaciones, han ido a buscar el número de *El Liberal*, de Murcia, que trae por extenso el discurso de Ramos. Llegó el discurso. Lo leimos dos veces en voz alta, y luego pasó de mano en mano. Estupefacción general. No dice lo que el Presidente le atribuyó. Es el mismo caso de la carta de Wenceslao Carrillo, en cuanto a la fidelidad de la referencia. Nos asombra la maulería del Presidente no dándonos a leer el texto en su presencia. El discurso es anodino. El Consejo acordó decir al Presidente que, examinado el texto, no encontramos en él nada que le aluda, ni por tanto, que pueda molestarle. Como el Presidente habló de «cuestión de gobierno» y de que lo hecho por Ramos es «intolerable», el Gobierno, al tomar el acuerdo, se pone tal vez en conflicto con el Presidente, y le ofrecerá la dimisión. Allá él. Si echa por ese camino, bastará reproducir en la prensa de Madrid el discurso de Ramos, para que todo el mundo comprenda que se trata de un pretexto para echarnos, y lo menos que le ocurriría al Presidente sería quedar en ridículo. Sólo una susceptibilidad enferma podría ver ataques en ese dichoso discurso, y aunque Santiago Alba le dijo a don Niceto en las Cortes que padece manía persecutoria, no acabo de creerlo. Más me inclino a creer en una rabieta personal contra Ramos; ignoro el motivo.

Hemos convenido además que si este asunto se resuelve sin dimisión del Gobierno, hay de todos modos que presentar la cuestión de confianza, para robustecer al Gobierno, o que desaparezca. Las oposiciones hacen su juego contando con que no vamos a durar, y si en el Parlamento no podemos pasar por interinos, ni sometidos a plazo, menos aún podemos estar así en los designios del Presidente. Que nos diga de una vez su resolución y si podemos contar con que proseguiremos la marcha en el Gobierno.

He interrumpido el Consejo para recibir al embajador de Francia, que venía a gastarme la fineza de darme cuenta de su viaje a Barcelona y de sus relaciones con Macià. La verdad es que esta oficiosidad de Herbette no me ha gustado. Macià se enojó porque sólo le dieron la placa de la Legión de Honor, al mismo tiempo que me daban a mí la Gran Cruz. ¡Estos son los hombres revolucionarios! Macià no quería aceptar, pero al fin aceptó, y le ha hecho a Herbette la descortesía de no ponerse la condecoración francesa.

El Consejo se ha levantado pronto y me he vuelto al ministerio.

Por la tarde he ido a Aranjuez con Cipriano. Hemos visto la exposición de tapices y paseado por los jardines. Grupos de visitantes rondan en torno mío y se acercan cuanto pueden para salir de dudas: «¿Es él?». «¡Qué no! ¡Qué sí!». Se convencen de que no huelo a azufre. A las seis y media hemos tomado la vuelta de Madrid. Desde el ministerio llamo a casa del Presidente para pedirle

hora. No ha regresado aún de paseo y me voy a las Cortes. No entro en el salón de sesiones. En virtud de la tregua, la discusión de la ley de Garantías ha comenzado a deslizarse en paz. Han aprobado un artículo o dos y la sesión se ha levantado pronto. Hablo con los ministros en el despacho. Nuevamente les hago recapitular la situación, antes de verme con don Niceto. Se ratifican los acuerdos de por la mañana. Algo ha trascendido de lo que ocurre porque se advierte mucha curiosidad, esta reunión de los ministros la ha avivado. La gente comienza a hablar del Consejo de ayer en Palacio como de un Consejo raro y de consecuencias.

Desde las Cortes vuelvo al ministerio. El Presidente me cita para las ocho en su casa. He ido allí acompañado de mi ayudante Riaño. El Presidente me recibe en un hórrido despacho, forrado de *Alcubillas* y memorias oficiales. Como vive en esta casita, no hay condiciones para hablar con él enteramente a solas. En la habitación inmediata, separada por una mampara de cristales, se queda mi ayudante, y aunque yo procuro hablar en voz sumisa, el Presidente, según costumbre, habla a gritos. Riaño se ha enterado de todo. Según he sabido esta noche, Riaño le ha contado a Saravia que, sin querer, ha oído la conversación de los dos Presidentes, porque no podía salir de la habitación. Saravia le ha dicho: «No te preocupes. Olvida lo que has oído, y en paz».

Mi conversación con el Presidente ha sido muy desagradable, según es ya uso. Lo primero que hice fue dar a la firma todos los decretos que llevaba. Generalmente los firma sin explicaciones, o con una mención general del contenido. Sólo le leo, sin que él me lo pida, los decretos importantes. Hoy llevaba yo tres o cuatro decretos relativos a los bienes de los jesuitas, y aunque me ha firmado ya docenas de ellos, a los de hoy les ha dado unas cuantas vueltas, y no le ha faltado más que olerlos. En fin, los ha firmado después de pedirme aclaraciones respecto de uno de ellos. Acabada la firma, le dije: «Ahora, señor Presidente, hemos de hablar del asunto de Ramos».

Se emocionó, tragó saliva, se le oscureció el semblante y bajó la cabeza. Extraje del bolsillo un ejemplar de *El Liberal* de Murcia y le dije:

—¿Era este periódico el mismo que tenía usted ayer en el Consejo?

—Sí; *El Liberal*, de Murcia.

—Pues el Gobierno ha leído y releído el discurso, lo ha examinado con lupa, y, después de muchas reflexiones, vengo a decirle a usted que nosotros, en conciencia, no encontramos aquí nada referente a usted.

—Bueno —repuso sordamente inclinando más la cabeza y abriendo las manos a la altura de las orejas—, no se hable más del discurso de Ramos. Yo tengo mi criterio. El Gobierno *aprueba* el discurso; acato su decisión.

—El Gobierno no *aprueba* ni *desaprueba* el discurso de Ramos —repliqué yo, un poco enojado ya por la transmutación de las palabras—; no tiene que aprobarlo ni hacerlo suyo o dejar de hacerlo. Lo que dice el Gobierno es que, en su honrado juicio, en el texto que tenemos a la vista no se alude a usted, ni por tanto se le molesta.

—Está bien; asunto terminado y basta.

—No basta, señor Presidente. Usted, en este asunto, tiene una opinión contraria a la del Gobierno. Ayer nos habló usted de situaciones difíciles, de cuestiones de gobierno, de hechos intolerables y de conflictos. Si esta divergencia de opiniones es conflicto, se resuelve ahora mismo presentando yo la dimisión.

—¡A eso no voy yo! —replicó el Presidente—. El asunto está liquidado. No hablaré más del discurso de Ramos. *Que haga otro más claro, o que lo haga otro*. (Estas palabras eran un retroceso por su parte. Pedían una aclaración o una rectificación, que no es necesaria. También, cuando le he probado que lo de la obstrucción no podía referirse a él, me ha dicho: «Si eso es lo menos importante del discurso». Con ser lo menos importante, en su arenga de ayer le dedicó algunos de sus párrafos más enconados).

Me ha dicho después que «habría preferido que el Gobierno no hubiera deliberado sobre esta cuestión».

—¿Cómo no habíamos de deliberar, señor Presidente, después de lo que nos dijo usted ayer?

—Y le parece a usted que puede ser, para mí, plato de gusto.

—Eso es otra cosa, y dependerá del resultado de nuestra deliberación. Pero no podíamos prescindir de examinar el caso.

(Es un arranque de despecho. Hubiese preferido que no nos ocupásemos del asunto y así tendría un motivo más de queja por la *indefensión* en que cree encontrarse).

Tocamos también el flanco de la *indefensión*. Ayer se quejaba: «El pobre Presidente no tiene quién le defienda». Le pregunto los motivos que tiene para creerse indefenso. Don Niceto argumenta de este modo:

—Cuando fui elegido Presidente de la República quise dirigir un mensaje a las Cortes, y lo escribí. Era correcto y usted no pudo señalar en él ningún pasaje anticonstitucional; si lo hubiera usted señalado, lo habría suprimido. El Gobierno se opuso a que yo enviara ese mensaje alegando que podría provocar una discusión en las Cortes, en la cual se me atacaría y discutiría. *El Gobierno hizo eso, porque no quería defenderme*. Estoy indefenso.

—¿De modo, señor Presidente, que si yo sé que le amenaza a usted un peligro, lo que debo hacer no es apartarlo del peligro, sino lanzarle a usted a él, para lucirme yo en la defensa? Me parece absurdo.

Habla luego de los libelistas. No se castiga a los que le injurian. Le recuerdo las intervenciones del fiscal. No le gusta la ley de Defensa de la República, pero nunca se ha aplicado a los que escriben contra él. Le recuerdo que a *La Nación* se le impuso una multa de diez mil pesetas por haber gastado una broma de mal gusto al Presidente de la República. En suma, no puede probarme nada.

Concluida esta parte de la conversación, que ha sido la más larga, pasamos a la confianza. «El Gobierno —le digo— necesita saber a qué atenerse respecto de su porvenir en los designios del Presidente. No hemos sido derrotados en las Cortes, la obstrucción va de vencida, pero como se ha discutido tanto la estabilidad del Gobierno, por suponer que no tenía la confianza del Presidente, es preciso aclararlo todo. Nosotros no hemos querido aparecer ante las Cortes como un Gobierno interino o a plazo, pero tampoco podemos ser tal ante la presidencia de la República. Deseo saber si, a juicio del Presidente, este Gobierno se acaba con la votación de la ley de Garantías, última de las que la Constitución manda hacer por estas Cortes».

El Presidente ha entrado con dificultad en la cuestión. Ha hablado mucho; entre otras cosas, de la obstrucción, para reprobarla. Me dice que siempre ha creído que este Gobierno debía aprobar otras muchas leyes, como la Electoral, las de Orden Público, etcétera, etcétera. «No se debe abusar del pobre Presidente ni de la pobre confianza del Presidente», exclama.

—Ni usted es un pobre Presidente, ni su confianza es pobre. La confianza es un valor político y yo necesito saber en qué grado lo poseo para jugarlo cuando sea oportuno.

Se escapaba diciendo que no podía hipotecar el porvenir.

—Yo no hablo del porvenir, sino de hoy. Le ruego a usted que me diga, claramente, si hoy este Gobierno va a continuar y si puede continuar después de aprobada esa ley.

—La misión de este Gobierno —dice por fin, exactamente— no se acaba con la votación de la ley de Garantías. Tráigame usted otras, sobre todo la de Reforma Electoral, mejor mañana que pasado. Yo le firmaré a usted el decreto y lo lee usted en las Cortes, y adelante.

—Eso me basta. Siendo así, continuaremos.

—Lo que no haré —me advierte el Presidente— es cerrar el Parlamento.

—No he pensado tal cosa. Continuamente estoy diciendo a todos que las Cortes funcionarán durante el verano. Usted conoce mis prisas por sacar las leyes pendientes.

—Es que algunos periódicos hablan de cerrar las Cortes.

—Pero yo no hago lo que dicen los periódicos, ni los periódicos dicen lo que yo pienso.

—Deben ustedes procurar sacar esas leyes.

—Haremos algo más que procurarlo. Y yo puedo decir, cuando convenga, que cuento con la confianza del Presidente.

—Esas cosas no son para traídas y llevadas. Pero usted puede decir, cuando le parezca discreto, que tiene todas las asistencias necesarias para gobernar.

Poco más hemos hablado. Salgo con una impresión muy desagradable. Está visto que no nos entendemos. El Presidente no puede aguantar al Gobierno, ni a mí personalmente. Quiere hacer una política de «derechas» y anda buscando la ocasión de derribarnos, sin comprometerse demasiado. Esto se acaba, porque estando así el Presidente, rayano con el odio personal, aunque no nos dé un golpe político, difícilmente podremos marchar juntos. Cada día será un disgusto.

Cerca de las diez ha venido Largo al ministerio; después, Prieto y Domingo. Querían saber si «existíamos» o no. Les cuento lo ocurrido. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», les pregunto. «Nada», responden. Insisto en que esto está perdido, y que cada vez parece más claro que el Presidente quiere contentar a las oposiciones. Domingo se va esta noche a París, y se ha quedado hasta el último tren, por si de mi entrevista con el Presidente salía la crisis.

Los periodistas han acudido también en gran número a mi secretaría. Olfatean algo, pero no saben qué.

Después de cenar, han venido Ramos, Guzmán, Cipriano y Luis Bello. Me he abstenido rigurosamente de hablar de política.

27 de mayo

Recibo por la mañana una comisión de diputados; al general Romerales, al general de Sanidad, Granda, que es un grotesco, a los generales Pardo y Carnicero, y al de la quinta división, Sánchez Ocaña. Me trae algunas tontunas militares de Zaragoza y se queja suavemente de que algunas autoridades civiles no se fían de él; se refiere a Manuel Andrés, actual director de Seguridad, que fue gobernador de Zaragoza. Parece ser que una noche, en que temían «un levantamiento» de la guarnición de Zaragoza, invitaron al general Sánchez Ocaña a una fiesta, y le retuvieron en ella con diversos pretextos hasta las tres de la madrugada. A esa hora, ¡el gobernador! le dijo: «Ya se puede usted marchar, general, porque la hora del complot ha pasado». Así lo refiere el general, y esta referencia no casa con la opinión que tengo hasta ahora formada de Manuel Andrés, hombre al parecer taciturno y precavido.

También ha venido una comisión de Las Palmas. Luego he estado una hora de conversación con Moles, Aguirre de Cárcer, Ramos y el encargado de la Dirección General de Marruecos, Hablamos largamente de las negociaciones que han de abrirse con Francia, y trazamos el plan que debe llevar el alto comisario.

Concluido esto, llega Casares, con quien ya anoche hablé por teléfono. Le cuento mi conversación con don Niceto. Casares me reitera su disgusto por la suspensión del mitin de Valladolid, a la que se vio obligado ante la amenaza de desórdenes provocados por los partidos del Gobierno. Dice que él no está así en el ministerio de la Gobernación y que se va. No presenta hoy mismo la dimisión por no armar más barullo, y aguardará unos pocos días, si, como yo creo, la situación tiene que desenlazarse pronto.

—A mi parecer —respondo—, dentro de una semana o algo más tendremos que promover la solución. Así no se puede estar. Espero a que se vote esa dichosa ley en las Cortes, y como el Presidente me ha dicho que hemos de continuar, tomaré una determinación.

A las tres de la tarde he concluido. Después de comer, voy a La Quinta. Allí me encuentro a Largo y Negrín. Regreso a las siete. Nueva conversación

con Moles, para los asuntos de Marruecos; presente Ramos.

Cuando el alto comisario se va, le cuento a Ramos lo sucedido con su discurso. Ramos se queda de piedra. «No se lo he dicho a usted —le explico — durante la tramitación del caso, para que usted no me saliera con una dimisión que yo no podía admitir. La cuestión, leído el discurso de usted, era entre el Presidente y el Gobierno».

Ramos me cuenta que la otra noche, en la embajada inglesa, la hija de don Niceto, que allí estaba, no le saludó. Por lo visto, convierten los asuntos políticos en cuestiones de familia.

Como en todo esto hay manifiestamente un enojo personal del Presidente contra Ramos y el propósito de «reventarlo», recuerdo, como antecedente probable de su enfado, lo siguiente:

Cuando Ramos fue nombrado subsecretario de la presidencia y comenzamos a reorganizar los servicios del turismo, se hizo una fuerte reducción de personal en estos servicios. Entre los que sobraban, figuraba un modesto funcionario colocado y protegido por don Niceto. Este sujeto quedó fuera de la plantilla y en disposición de cesar. Pero no cesó, por el pronto. Alegó una enfermedad y dejó de asistir a la oficina, cobrando el sueldo. Así ha pasado catorce meses. No pudiendo mantenerse una situación así, y temeroso Ramos de desagradar al Presidente, me preguntó qué hacía. Convinimos en que lo mejor era que Ramos visitase a don Niceto y le expusiera el caso de su protegido, llamándole la atención sobre la necesidad de resolver. Ramos fue a Palacio. Por cierto que era jueves, y como el día señalado para recibir a los parlamentarios es el viernes, el Presidente le dijo:

—¿Viene usted como funcionario, no como diputado?

Estas «sutilezas» son muy de don Niceto.

Hablaron, y don Niceto le dijo que esperase todavía un poco, para pensar lo que convenía hacer con su protegido. Esperamos, creyendo que don Niceto le daría un empleo en su Casa presidencial. No es inverosímil, dado su carácter, que el Presidente haya visto en la consulta de Ramos un acto de hostilidad y de persecución.

Cuando se marcha Ramos, recibo al general Masquelet. Hemos estado despachando hasta las diez de la noche.

Había muchos periodistas en la secretaría, alarmados ya por los rumores que circulan. *El Imparcial* ha publicado una información, contando a su modo lo ocurrido en el Consejo del jueves. Contiene muchos errores, mas no por eso deja de ser cierto que ese periódico sabe algo. ¿A través de quién? La gente se ha empeñado en decir que el indiscreto ha sido Sánchez Guerra,

secretario de la presidencia de la República, muy amigo de un redactor de *El Imparcial*. Mas, para que Sánchez Guerra haya sido indiscreto, tiene que haberlo sido antes el propio Presidente, contándole a Sánchez Guerra estas cosas. De los ministros no puedo sospechar en este caso una indiscreción, porque el asunto no les es agradable. Cierta o no, la indiscreción no favorece nada a la Casa presidencial, de la que mucha gente empieza a creer que es un foco de hablillas. Creo que he conseguido tranquilizar a los periodistas y que se vayan convencidos de que no ocurre nada.

Después de cenar he estado largo rato de conversación con Saravia.

28 de mayo

Aunque domingo, he hecho venir al subsecretario para poner al corriente el despacho de los asuntos del ministerio. Hemos trabajado hasta las dos.

Después de almorzar he ido con Lola y el sobrinito a Riofrío. Hemos pasado la tarde apaciblemente solos, en las arcádicas praderas verdes, pobladas de gamos. En estos ratos me olvido de todo, y recobro el impulso natural de mi temperamento, que es más inclinado a construir que a combatir. Pensaba yo, en Riofrío, lo que podría hacerse con aquel palacio y aquel monte si los valores estéticos estuviesen más acreditados en la República. Por haber dejado asomar tal vez aquella inclinación, me he atraído el reproche de «dictador», de «déspota» y de hacer política *suntuaria*. Hoy por hoy, el Estado español quiere acomodarse, para no desentonar, a los gustos de un oficinista.

He regresado a las nueve y media. Por el camino me ha acometido una vaga melancolía, cosa rara, ante la frustración casi segura de buenos y grandes propósitos. Los espíritus corroídos por la politiquería segregan una especie de monarquismo romanonista, de cuya presencia tal vez no se percatan. Hace años, durante la dictadura, decía yo de burlas que, si en España triunfase el sindicalismo revolucionario, acabaría por hacerse romaninista. Mis esfuerzos tienden a que no suceda lo mismo con la República. Un motivo de las dificultades con que tropiezo en este empeño es que bastantes republicanos, «comenzando por el Presidente», y muchos de la oposición, se criaron en la antigua politiquería. Lo que hay de singular en mi caso es que yo no he hecho «carrera política», y he caído en el Parlamento y en el Gobierno sin haber pasado por la *domesticación* de una larga carrera previa. He llegado a Presidente y a «árbitro de la política republicana», como dicen los periódicos, sin doblar la cerviz, sin claudicar, sin renunciar a ninguno de los puntos de vista ni de los impulsos que me llevaron a participar en la revolución. Comprendo, pues, que yo sea un tipo exasperante para algunas personas, y aún para muchas. Ellas hacen, como la cosa más natural del mundo, lo que yo no haría jamás, y mi deber consiste en impedir que se salgan con la suya. Algunos partidos de oposición echan de menos al rey, es

decir, las intervenciones clandestinas del jefe del Estado para cortar los nudos cuando a tales partidos les convenga. No habiendo podido vencernos en las Cortes, comenzaron las apelaciones públicas al poder presidencial, y ahora juegan las maquinaciones ocultas. Por su parte, el Presidente, entrometido como un cacique, no se contenta con hacer recomendaciones a los ministerios para que se den destinos a sus amigos, sino que pretende dirigir personalmente la política. A esta subversión del régimen republicano coadyuvan (acaso sin darse cuenta) los radicales, por aquel afán español de «imponerse», sea como sea, al enemigo, y por culpa personal de Lerroux, que tiene mucho menos talento de lo que cree el vulgo y un espíritu estrecho, mezquino, de arribista. Pasar del rango de agitador corrompido, que ocupó durante la monarquía, al de hombre de Estado de la República, es imposible. Necesitaría ser un genio, como los ha habido en otras partes, con ocasiones parecidas. Y la medianía de Lerroux no le sirve para tanto. Pero aún estas gentes son sensibles a los estímulos sentimentales de su propia posición falsa, o son prisioneros de ella, y cuando se les invoca, tienen que rendirse. Cada vez que Lerroux se ha detenido en el camino de una atrocidad o de un dislate, lo ha hecho alegando que se «sacrificaba» en bien de la República.

Otras gentes, sin las taras de Lerroux, pueden hacer mucho daño, porque la opinión pública, aunque condene y repruebe sus determinaciones, las achacará a brutalidad, a fanatismo, a conservadurismo, etcétera; pero no se atreve a dudar de la moralidad de los propósitos. Uno de los artículos de la filosofía moral del Presidente es que, en cada hombre, hay mayor poder de causar daño que de hacer el bien, y esto se aplica, desigualmente, a Maura y al propio Presidente. Maura es más escandaloso, pero más inofensivo que don Niceto. Maura redactó aquel documento de las oposiciones en que se hacía la afirmación inaudita de que renunciaban a discutir con el Gobierno en las Cortes «para no proporcionarle un triunfo parlamentario». Maura lo espera todo de una intervención personal del Presidente, ignoro con qué connivencias tácitas, a pesar del aborrecimiento que don Niceto le profesa, pagado con desprecio insolente. Y si el Presidente no interviene, Maura se «irá a la calle». Maura procede con su corto entendimiento, al modo de un señorito jaque, provocador y despótico, que por haber nacido donde nació se ha encontrado con un nombre y una posición que no puede sostener con la propia sustancia. Pero Maura, aborrecido por las derechas católicas y desdeñado por las izquierdas, no puede, desde donde está, causar grandes estragos. No así el Presidente, que además de aventajar a Maura en talento, saber y experiencia, ocupa una posición formidable, hoy por hoy. El

Presidente entiende su función de un modo que no podemos aceptar. Lo conveniente es hacerle entrar en el buen camino, sin provocar un escándalo, que dañaría al régimen recién establecido. Pero esto es difícil de conseguir, porque el Presidente todo lo convierte en cuestión personal, todo lo mira por la amistad que se le profesa o no, y ya ha dicho alguna vez una expresión temerosa: «la lealtad con que se le sirve». Todo consiste en hacerle entender que no se le sirve a él, sino que él y los demás servimos juntos.

La dificultad de la operación y lo indeciso del éxito, provienen del carácter del Presidente. Es caviloso, desconfiado, concibe fácilmente un rencor y lo conserva siempre. A mí no me ha perdonado aún la crisis del 14 de octubre de 1931. Procede con oscuros rodeos, toma posiciones de leguleyo, retuerce los textos y las palabras para hacerles significar lo que sus aprensiones le dictan; no cree en la claridad y rectitud de los propósitos ajenos; en todos ve ingratos, enemigos o desleales. ¿Es posible perdurar? Sobre mí han caído tareas muy duras: he tenido que pelear con los militares, con los nobles, con el clero, etcétera. En el Parlamento, para defenderlo de sus propios extravíos, he tenido que adoptar la desagradable faz de «luchador» a fin de que los mismos parlamentarios no diesen en tierra con la fortaleza del régimen. Todas las oposiciones se alzaron contra mí, sin querer enterarse de que estaba defendiendo la institución misma a que pertenecen. La mayoría me siguió, pero yo no estoy seguro de que *toda* la mayoría haya visto que yo no sostenía los intereses políticos de la mayoría actual, sino el poder gobernante de todas las mayorías posibles. ¿Me tocará ahora hacer frente a un poder presidencial indiscreto y entrometido? Gran batalla, que preferiré no dar, si con paciencia y entereza logro que los agitados sentimientos del Presidente no pasen a mayores. En esto, ¿quién me ayudará? De la oposición, nadie, seguramente. Y si el problema se plantease o el conflicto surgiese entre el Presidente y el Gobierno con su mayoría, llevábamos las de perder, porque se tomaría a ansia de dominio por nuestra parte, o a soberbia general mía, lo que en rigor no pasara de ser una lección saludable. Y aún muchos que en conciencia lo sentirían así, en público y para combatirnos, adoptarían la posición contraria.

Mi situación es, pues, envidiable. Tengo un Presidente enfermo, enfermo de manía persecutoria. Sanchís Banús le hizo el diagnóstico, el año 31. Yo no lo tomé en serio; pero la experiencia del trato con don Niceto va escarmentándome. Y tenemos unas oposiciones que, por espíritu de partido, se aprovechan contra nosotros de cualquier intento para reducir al Presidente a su papel, en lugar de ayudarnos a resolver esta cuestión en bien de todos. Si

no se resuelve, el Presidente logrará tener un Gobierno formado por secretarios que ejecuten su voluntad.

29 de mayo

Por la mañana, larga entrevista con el subsecretario de Gobernación. La Comisión mixta del Estatuto está atascada. Es necesario hacerla andar. Esplá me informa de lo que sucede. Han ido dejando para «mañana» los asuntos difíciles y ya es tiempo de acometerlos.

Después recibo a García Labella, director de Administración. Me trae el anteproyecto de Reforma Electoral que le encargué. Tiene poco de aprovechable y le sobran la mitad de las palabras.

Entrevista con Macià, Pi Suñer y Corominas. Tratamos de los asuntos de la Comisión mixta y traspaso de servicios. Las bases para valorar los servicios que se transfieran constituyen ahora la gran cuestión. Los funcionarios de la Comisión tienen un criterio muy mezquino. Dice Corominas, con exageración del lado contrario, que si se acepta aquel criterio, la dotación de la Hacienda de la Generalidad sería de ocho millones.

Macià dice que no ha querido venir antes a Madrid, porque no se atribuyese su viaje a un propósito político de segundo orden. De todos modos se lo atribuirán. Algunos periódicos, incluso adictos al Gobierno, anuncian la llegada de Macià con titulares a toda plana, como si fuese un acontecimiento ruidoso. Después de oír a estos señores, quedo en convocar a la Comisión mixta, para presidirla yo y marcarles una orientación.

Por la tarde, sesión inaugural en el teatro de la Comedia del Congreso Internacional de Sanidad Militar. Muchos uniformes. Discursos latos, y uno absolutamente grotesco del señor Granda.

Habla el Presidente de la República. A sus palabras pacifistas les conceden gran importancia los extranjeros.

Concluido esto, voy al Retiro, donde se inaugura una pobre exposición aneja al Congreso. Fastidio, cansancio y me hacen visitar la instalación de la Cruz Roja en otro lugar del Retiro. Me sorprende que la Cruz Roja tenga una banda de música y que defile militarmente, como un batallón. La cuestión es jugar a los soldados.

A las siete, recepción de los congresistas en Palacio. No me he divertido nada en todo esto. Y he perdido el tiempo.

Concluida la recepción, vuelvo al ministerio y me sumerjo en papeles.

Se ha recibido en la presidencia del Consejo una instancia del funcionario del turismo, protegido del Presidente; en ella pide que se le dé de baja en el servicio y se le separe definitivamente. Esta súbita determinación de un sujeto que se ha pasado catorce meses suplicando un favor, tomada a raíz del disgusto del Presidente con Ramos, refrenda la sospecha de que ahí está el origen de todo, y que la instancia del funcionario debe de haberse presentado por decisión de su protector, don Niceto.

31 de mayo

Día de audiencia. He estado recibiendo comisiones hasta las tres de la tarde. Ningún tiempo más perdido que ése, y ningún ejercicio de paciencia y compostura más fuerte.

A las cuatro he ido a la presidencia. Primeramente he reunido a los representantes del Gobierno en la Comisión mixta y les he explicado cuál es el propósito del Gobierno en el traspaso de servicios. El delegado del ministerio de Obras Públicas, que sin duda sigue inspiraciones de Prieto, opone dificultades; los demás, no. Luego llegan los representantes de la Generalidad y se celebra una sesión bastante larga. Hay un poco de controversia y al fin parecen quedar todos de acuerdo. Se espera que trabajen con rapidez.

Desde la presidencia le pido hora a don Niceto para ir a firmar. Me contestan que está en el teatro Calderón, en la función de gala que ofrece a los congresistas de Sanidad Militar el Casino Militar de Madrid, que ahora (y desde hace tiempo) se llama «Centro Cultural…». Me creo en el caso de ir al teatro, puesto que está el Presidente, y soy nada menos que patrocinador del Congreso.

El teatro, lleno. Representaban *Don Gil de las calzas verdes*. Los actores de La Farándula, sociedad *de aficionados* que preside el general Romerales. ¡Qué horror! Espero que los congresistas no se hayan enterado de nada. Saludé al Presidente, que parecía estar en sus glorias, y a las ocho me fui a las Cortes.

En el despacho de ministros me encuentro a Largo y a otros. «¿No sabe usted lo que pasa?». «No sé nada». «Pues que Diego Martínez Barrio ha ido a Palacio, ha hablado largamente con el Presidente de la República acerca de la situación parlamentaria, y que el Partido Radical se ha reunido esta tarde para darle cuenta (según ha dicho Lerroux a los periodistas) de lo que han hablado don Diego y don Niceto».

En el Congreso, la agitación era muy viva, con motivo de esa visita. Unos y otros la estimaban como una prueba de la intervención personal del Presidente en la batalla política: los radicales y los amigos de Maura para

celebrarlo; los ministeriales para censurarlo con indignación. Lerroux ha cometido la ligereza de reunir a su partido para deliberar sobre lo que haya podido decir el Presidente a Martínez Barrio, ligereza acentuada por algunos secuaces de don Alejandro, que se jactaban de la pronta solución del conflicto.

Este suceso ha venido a aumentar la irritación que existe por la tardanza del Presidente en devolver firmada la ley de Congregaciones. Todo el mundo ha notado el retraso. Las oposiciones, singularmente los católicos y los agrarios, esperan todavía que el Presidente ponga el veto y esta esperanza contribuye a azuzar el encono de la mayoría de las Cortes. Estiman que el Presidente, si no se atreve a poner el veto, dilata cuanto puede la firma de la ley, a ver si entre tanto se produce algún suceso político que le permita aplazar su cumplimiento. Una crisis, seguida de disolución, vendría muy bien a ese propósito, porque el disgusto del Presidente proviene, como nadie ignora, de los plazos marcados para la sustitución de la enseñanza. Largo Caballero estaba esta tarde muy enojado y ha dado instrucciones a sus amigos para que desbaraten otra maniobra que se atribuye al Presidente. Suponen que don Niceto está aguardando a que se vote la ley del Tribunal de Garantías, en cuyo artículo adicional se excluye del recurso de Inconstitucionalidad las leyes anteriores a la del propio Tribunal. La redacción de ese artículo es defectuosa, y yo les he dicho que basta reformar un poco el texto para que la supuesta maniobra del Presidente, aunque existiera, fracase. Un diputado socialista ha presentado hoy una enmienda con ese objeto, y otros diputados de la mayoría han presentado también enmiendas a varios artículos del proyecto, con objeto de retrasar su aprobación hasta la semana próxima, porque el plazo que tiene don Niceto para firmar termina el sábado.

Yo no creo que el Presidente se niegue a firmar la ley. De lo que le he oído deduzco que la aprobará; pero vaya usted a saber los extraños y enrevesados recovecos porque estará pasando su decisión, y los extraños motivos en que se funde. Me parece recordar, y no sé si lo he consignado ya en estos apuntes, que un día me dijo que tiene cinco o seis *razones objetivas* para aprobar la ley, y que esas razones las publicaría o, por lo menos, las conocería el Gobierno. Me temo un documento como los que hacía cuando era Presidente del Gobierno provisional. Pero cuando yo les digo a los ministros que espero ver aprobada la ley, me tachan de cándido.

Es innegable que con la tardanza en firmar la ley, el Presidente está debilitando la posición del Gobierno y haciendo ganar fuerzas a las gentes que nos combaten; creen contar con él. En esto último me parece que no se

equivocan; pero falta saber si la astucia del Presidente encontrará modo de complacerles y de no comprometerse.

En fin, nadie está contento, aunque sí hay muchos esperanzados. Falta saber si todos sabrán guardar su puesto.

El sentido común está peor repartido que la riqueza, y no hay resolución capaz de socializarlo.

He vuelto al ministerio. Después de cenar leo los periódicos y me encuentro con una nota de la secretaría de la presidencia de la República, harto sorprendente. Con pretexto de decir que no recibirá ni cursará peticiones en favor o en contra de la promulgación de la ley, el Presidente, por su secretaría, hace saber que su función en estos casos es privativa y no subjetiva, etcétera, etcétera. La nota tiende a dar una especie de excusa a las derechas y a publicar que, a él personalmente, la ley le parece mala, que por razones que no van en la nota, la ha de aprobar. No lo dice así, pero ese es el propósito que yo he visto, y después de conocida la nota ya no me cabe duda acerca de la firma de la ley. La firmará.

Fuera de esto, en la publicación de una nota de esta especie, sin previo conocimiento del Gobierno, hay un propósito, más o menos claro, de desligarse de nuestro consejo, y no sé si de ponernos en evidencia. Ha buscado el rodeo de hacer hablar a su secretaría, refiriéndose a las peticiones, escritos, audiencias, etcétera, como si se tratara de asuntos de régimen interior de la Casa presidencial. Está muy en sus procedimientos.

Albornoz me ha llamado por teléfono:

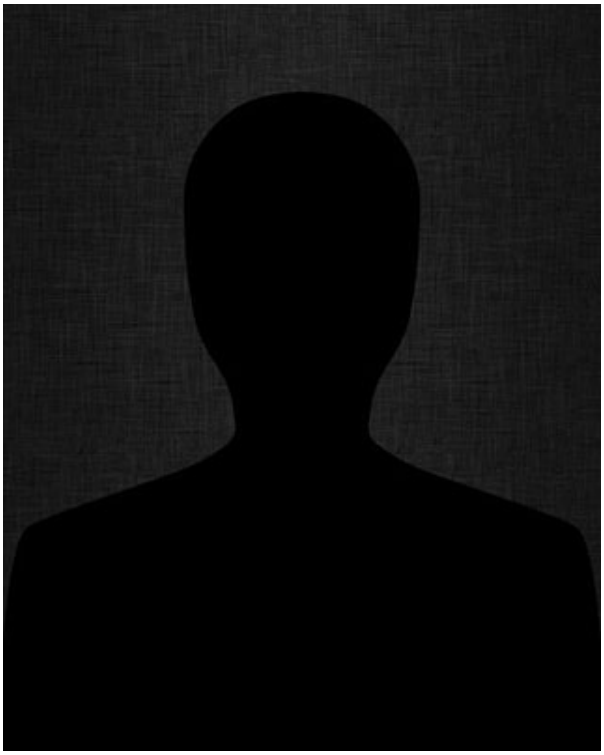
—¿Ha visto usted qué atrocidad? —me dice, refiriéndose a la nota.

He contestado con evasivas y con «veremos», porque no quiero precipitarme a dar a este asunto un giro inconveniente.

También se había anunciado esta tarde en los pasillos del Congreso que los radicales (ellos mismos lo decían) iban a dar una nota referente a la visita de don Diego Martínez Barrio. Los términos en que concebían la nota eran muy desatinados, porque comprometían al Presidente, y una vez más, ese partido empleaba, para su política, una indiscreta llamada a la función presidencial. La prensa trae, en efecto, una nota de ese grupo; no es muy acertada, pero tampoco es lo que se decía. Menos mal.

Siempre he temido yo mucho la falta de tino de muchos republicanos; parece increíble, pero todas las dificultades actuales provienen de los hombres del régimen. El feroz regocijo de la prensa monárquica no basta a abrirles los ojos. Y es tan disparatado lo que los radicales y los mauristas hacen en las Cortes, que los maliciosos sospechan que no se atreverían a hacerlo si no

contasen, o no creyeran contar con la aprobación, por lo menos tácita, del Presidente. Cierto que el Presidente me ha dicho muchas veces que desaprueba la obstrucción, y yo he de creerlo. Pero al punto a que han llegado las cosas, y con el enojo que al Presidente le ha producido la ley, puede pensarse que sólo difiere de las oposiciones en el procedimiento. Como es tan variable, un día se alarmó por la posible retirada de las oposiciones, y otro día me aconsejó que reformase el Reglamento de la Cámara para vencer la obstrucción, sabiendo, porque yo se lo dije, que el solo intento de reforma del Reglamento en plena batalla determinaría la retirada de todos. Hasta Ossorio, que se complace en mostrarse amigo del Gobierno, me dijo un día que variar el Reglamento, una vez planteada la obstrucción, sería «un acto mussolinesco». El poder de la mayoría no es absoluto, como pretenden los que hablan de «dictadura parlamentaria», y mi propósito ha sido siempre resistir con paciencia y en silencio, hasta rendirlos. Callar es bueno. Todos han hablado a troche y moche, sobre todo Lerroux. Creo que soy el único político que no ha hecho «declaraciones» en estos tres meses.



Manuel Azaña Díaz-Gallo (Alcalá de Henares, 10 de enero de 1880-Montauban, 3 de noviembre de 1940) fue un político, escritor y periodista español, presidente del Consejo de Ministros (1931-1933) y presidente de la Segunda República (1936-1939). Destacó por las reformas que implementó durante su gobierno, el llamado bienio social-azañista, y por su papel como presidente de la República durante la guerra civil española.

Perteneciente a la clase media alcalaína, procedía de una familia liberal y tuvo una educación religiosa, factores que formarían su pensamiento republicano, izquierdista y anticlerical. Tras licenciarse en Derecho, Azaña comienza a involucrarse en la vida cultural y política de la Restauración borbónica, abogando por mayores libertades económicas y derechos para los trabajadores, además de colaborar en el Ateneo de Madrid, del que sería presidente. Firme opositor a la generación del 98, es enmarcado como autor dentro de la generación del 14. Colabora con intelectuales como José Ortega y Gasset en proyectos para reformar la vida política española y se une al Partido Reformista. Durante la Primera Guerra Mundial, Azaña hace gala de un sentimiento aliadófilo, y trabaja como corresponsal de guerra en Francia e Italia. Después de varios proyectos literarios y electorales de escaso éxito, crea Acción Republicana en 1926, en plena dictadura de Primo de Rivera. Ese mismo año es galardonado con el Premio Nacional de Literatura por su

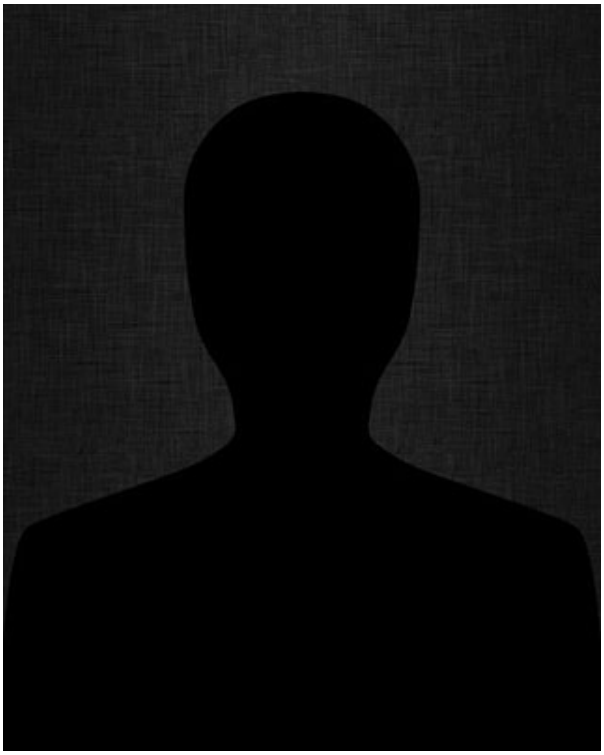
biografía Vida de Don Juan Valera. Azaña fue uno de los firmantes del pacto de San Sebastián en 1930, hecho que terminó por solidificar el republicanismo como alternativa política. Los conflictos de la Restauración culminan tras las elecciones municipales de abril de 1931 con la abdicación de Alfonso XIII y la proclamación de la Segunda República, cuyo gobierno presidirá Azaña durante unos meses de forma provisional.

Siendo elegido presidente del Gobierno en las elecciones generales de 1931, llevará a cabo reformas educativas, económicas, militares, sociales y estructurales, entre las que destacan la reforma agraria, la reforma militar, la creación de un estatuto de autonomía para Cataluña, y la laicización del Estado. El controvertido carácter de sus reformas, en conjunción con la Sanjurjada y los sucesos de Casas Viejas, llevaron a su dimisión en septiembre de 1933. Pese a ser arrestado tras la revolución de 1934, sin que pudiese ser acusado de ningún delito, Azaña vuelve a la vida política refundando su partido en Izquierda Republicana, el cual formará parte del Frente popular en las elecciones de 1936. Estas devuelven a Azaña a la presidencia del Gobierno, para después ser investido como presidente de la República, sustituyendo a Niceto Alcalá-Zamora, con Santiago Casares Quiroga en la jefatura de Gobierno. Al cabo de unos meses, se produce una sublevación militar cuyo fracaso inicia la guerra civil española. En este período, el papel de Azaña es reducido notoriamente ante la autoridad que el contexto bélico propicia a las milicias anarquistas y al Partido Comunista. Procuró la intervención franco-británica en el conflicto y una reconciliación nacional, demandada en su discurso Paz, piedad y perdón en 1938.

Una vez que el Gobierno francés abrió paso a civiles y militares por la frontera, en enero y febrero de 1939, Azaña, su familia y sus colaboradores se dirigieron hacia ella. El día 4 de febrero, Negrín le comunicó personalmente que era decisión del Gobierno que se refugiase en la embajada de España en París hasta poder organizar su regreso a Madrid. Azaña, sin embargo, dejó claro que, tras la guerra, no había vuelta posible a España. El día 12 le presentó su renuncia el general Rojo y el 18 Negrín le envió un telegrama instándole a que, como presidente, debía volver a España. Azaña, sin embargo, tenía claro que no iba a volver, como tenía claro que presentaría su dimisión en cuanto Francia y el Reino Unido reconociesen al gobierno de Franco, cosa que ocurrió el 27 de febrero. Desde Francia, Azaña envió la carta de dimisión al presidente de las Cortes el 28 de febrero. El 31 de marzo, en una reunión de la Diputación Permanente del Congreso de los Diputados

en París, Negrín criticó duramente la decisión de Azaña de no volver a España.

Falleció el 3 de noviembre de 1940 en Montauban (Francia) y fue sepultado en el cementerio de Montauban.



Dolores Rivas Cherif (Madrid, 1 de octubre de 1904 - Cuauhtémoc, 30 de abril de 1993) fue la esposa del último presidente de la Segunda República Española Manuel Azaña, exiliada en México tras la muerte de su marido en Francia en 1940.

Nació en una familia de la burguesía acomodada madrileña, y se crio en el barrio de Salamanca. Era hija de Matías Rivas y Susana Cherif. Se cuenta con poca información sobre su vida, aparte de las referencias en las memorias de su marido y su hermano. Se la describió como mujer de convicciones profundas, incluidas las religiosas, sensible y culta. Fue conocida en el entorno familiar como Lola, y en el exilio mexicano como Doña Lola.

Su hermano mayor, Cipriano Rivas Cherif, era amigo íntimo de Azaña. Se conocieron en las veladas en casa de la familia Rivas Cherif y comenzaron sus relaciones en 1927. La obra La Corona está dedicada a ella. Dada la diferencia de edad, el desarrollo de la relación no fue sencillo.

Cuando Azaña le confesó a Cipriano su enamoramiento, este estaba seguro de la negativa de su hermana. Azaña se declaró en un baile de Carnaval organizado por la familia Caro-Baroja en su casa madrileña de la calle Mendizábal. Él se presentó vestido de cardenal y ella de dama del Segundo Imperio. Se casaron el 27 de febrero de 1929. Ella tenía 25 años de edad y él 49 y era funcionario distinguido del Ministerio de Gracia y Justicia. La boda

se celebró en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, con un té posterior en el hotel Ritz, y viaje de novios a París y los Países Bajos.

Acompañaba con frecuencia a su marido. Estaba con él cuando se firmó el Pacto de San Sebastián en 1930, y estaba con él en su despacho cuando se produjo la Sanjurjada en 1932. Cuando lo detuvieron en Barcelona en 1934, enseguida se desplazó a la ciudad condal, acompañada por su hermano Cipriano y el diputado Mariano Ansó, siendo acosados durante el viaje en tren por elementos policiales. Pasó un mes antes de que pudo verlo sin restricciones, el 12 de noviembre.

Dos días antes del levantamiento, el 16 de julio, había ido a visitar a unos sobrinos enfermos en Guadarrama. Azaña dio la orden a Cándido de Oliva, secretario general de la Presidencia, para que fuera a buscarla. Rivas Cherif se mantuvo junto al presidente en todo momento, en todas sus residencias oficiales. También estuvo en la residencia del Palacio de la Ciudadela de Barcelona (1936), en el Monasterio de Monserrat, La Pobleta (Valencia) en 1937, finca La Barata, cerca de Tarrasa. Tras la derrota de la Batalla del Ebro, lo acompañó también al castillo de Peralada y otros alojamientos hasta la salida definitiva del país.

Durante su estancia en la residencia de La Pobleta (Valencia), en 1937, López Mezquita pintó su retrato, conservado en su domicilio mexicano frente al de su marido.

Acompañó a su marido en su salida al exilio el 5 de febrero de 1939, y pasaron caminando la frontera con Francia. Residieron en varios lugares (Collonges-sous-Salève, París, Ginebra, Pyla-sur-Mer) hasta la muerte de Azaña en 1940 en Montauban. Cuando en 1940, tras la caída de Francia, Negrín ofreció a Manuel Azaña su traslado en barco a Inglaterra, este no aceptó al no haber pasaje también para su mujer. Fue ella quien realizó continuas gestiones con el embajador de México en Vichy, Luis I. Rodríguez, para materializar la oferta de asilo político del presidente de México, el general Cárdenas. Al conocerse la detención de su hermano Cipriano, constan cartas de Dolores Rivas Cherif solicitando clemencia al Papa Pío XII y al mismísimo Franco, entre otros muchos.

Existe polémica sobre si en el momento de su muerte Azaña comulgó y recibió la extremaunción. Dolores mandó llamar al obispo de la ciudad, monseñor Pierre-Marie Thèas. Los historiadores ponen en duda las manifestaciones del obispo sobre la aceptación voluntaria de los sacramentos,

pese a las profundas convicciones religiosas de su mujer. Dolores Rivas Cherif negó que su marido confesase y comulgase en su lecho de muerte en una entrevista concedida en 1985 a TVE, y aclaró que llamó al obispo en calidad de amigo.

Posteriormente recibió asilo político en México, donde residió hasta su muerte en 1993. Llegó al puerto de Veracruz el 23 de junio de 1941. Se dispone de pocos datos sobre sus largos años de vida en México, donde se mantuvo discretamente apartada de la política, aunque dedicó esfuerzos a recuperar la obra de su marido. Una de los pocas pertenencias que pudo rescatar en su precipitada salida de España fueron los retratos al óleo de Azaña y de ella, pintados por López Mezquita en 1936, que siempre presidieron el salón de su casa mexicana. Sólo una vez salió del país, para visitar Francia, donde reposaban los restos de su marido. Su última residencia se encontraba en la colonia de Cuauhtémoc, al cuidado de su sobrina Susana Rivas, hija de su hermano Cipriano. Murió a los 89 años, en su casa, de un paro cardíaco. La familia mantuvo durante unas horas el suceso en secreto para celebrar una ceremonia íntima a la que asistieron 50 personas vinculadas al exilio republicano. Está enterrada en el panteón español de Ciudad de México, junto a su hermano Cipriano.

Notas

[1] Martín Luis Guzmán. <<

[2] Ruiz Fornells. <<

[3] Cipriano de Rivas Cherif y su hijo, Ramón de Rivas. <<

[4] Acción Republicana. <<

[5] Doña Dolores Rivas Cherif de Azaña. <<

[6] Ramón Franco. <<

[7] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, 4 vols., Ediciones Oasis, S. A., México, 1966-1968, p. 19. <<

[8] *El jardín de los frailes*, novela incluida en el tomo I de las *Obras completas*, p. 663. <<

[9] Al lado del párrafo anterior hay un recorte de periódico, pegado, que dice: «Ahora el Gobierno se propone continuar sus trabajos para abordar la parte del programa mínimo que el Comité revolucionario tenía preparado, y que no había sido llevado aún a la práctica.

»Refiriéndose a lo tratado en relación con el problema de la economía, dijo que era probable que se pidieran asesoramientos a personas técnicas, no sólo de España, entre las que hay muy enteradas de estos problemas, sino recogiendo la indicación de don José Ortega y Gasset, parte de la cual ya tenía el Gobierno el propósito de realizar, del extranjero. Entre estas últimas personalidades figurarán León Blum y Auriol, diputados socialistas franceses especializados en estas materias y que habían sido ya requeridos por el Gobierno para venir a España.

»Según noticia que me ha dado el señor Fabra Ribas —siguió diciendo—, el señor Auriol llegará aquí el 10 de agosto. Estos asesoramientos tendrán un carácter semioficial, y veremos si en estos problemas de Economía y de Hacienda, y por medio de la formación de un comité asesor con los técnicos citados, se llega a una solución satisfactoria. Yo he hecho presente en el Consejo que me encuentro desatendido y a merced de consejos aislados, que en lugar de fortificar el criterio de un ministro lo sumen en un mar de confusiones». <<

[10] Pegado, al lado del párrafo anterior, hay un recorte del periódico *Crisol* que dice: «HOMENAJE A LA FIGURA DE AZAÑA. La alusión justiciera y encomiástica de don José Ortega y Gasset a la labor realizada por el señor Azaña en el ministerio de la Guerra, ha desbordado deseos latentes de un homenaje al ilustre ateneísta.

»Estos reflejos, que recogen lo actuante y actual, afirman:

»Cuanto contribuya a hacer hombres para la República nos parece noble empeño; cuanto pueda significar estímulo al gobernante para que labore, llevándole calor y ambiente, nos parece magnífico; cuanto significa aplauso afirmativo y no censura sistemática tendrá nuestra acogedora simpatía.

»Hay que cambiar el sistema tan español de la censura sistemática por la cordialidad alentadora; hay que empujar a los hombres, fortaleciendo su fuerza ascensional; hay que colaborar con afirmaciones esperanzadoras.

»Y si este homenaje merecidísimo, al señor Azaña por su labor positiva, se hiciera extensible a todos sus compañeros, por lo que por sí colaboraron y por la adhesión y fuerza que al ministro de la Guerra prestaron, miel sobre hojuelas: y si en él no se olvida al ejército, como también propuso el señor Ortega y Gasset, admirable y total la justicia, porque el ejército que queda y el que se fue, callada y patrióticamente, contribuyó con su admirable disciplina.

»De este modo, el homenaje sería de justa amplitud, y estamos seguros de que al señor Azaña aún le halagaría más, máxime por haber sido él causa y motivo inicial».

Hay, además, otro recorte con una mala caricatura de Azaña y el pie: «Don Manuel Azaña, a quien se proyecta rendir un homenaje nacional». Azaña ha añadido, con su letra, el siguiente comentario: «Y ésta es la “figura” a quien se proyecta rendir… etcétera, etcétera. ¡He pasado a ser artículo de reclamo!». <<

[11] *Estudios sobre Juan Valera*, ensayos incluidos en el tomo I de las *Obras completas*, p. 917. <<

[12] Véase tomo I de las *Obras completas*, p. 825. <<

[13] Periodiquillo clandestino, durante los últimos tiempos de la monarquía, en que, sin firma, colaboró Azaña mismo alguna vez. <<

[14] Santiago Casares Quiroga. <<

[15] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 29. <<

[16] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 45. <<

[17] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 49. <<

[18] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 59. <<

[19] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 65. <<

[20] Discurso incluido en el temo II de las *Obras completas*, p. 71. <<

[21] Horacio Echevarrieta. <<

[22] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 75. <<

[23] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 81. <<

[24] Véase tomo I de las *Obras completas*, p. 729. <<

[25] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 85. <<

[26] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 103. <<

[27] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 111. <<

[28] Véase tomo III de las *Obras completas*, p. 571. <<

[29] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 127. <<

[30] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 133. <<

[31] Discursos incluidos en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 145 y 161, respectivamente. <<

[32] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 139. <<

[33] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 165. <<

[34] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 167. <<

[35] El artículo a que se refiere no figura en el cuaderno. <<

[36] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 185. <<

[37] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 191. <<

[38] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 198. <<

[39] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 201. <<

[40] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 219. <<

[41] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 231. <<

[42] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 239. <<

[43] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 245. <<

[44] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 249. <<

[45] Véase tomo I de las *Obras completas*, p. 620. <<

[46] Incluidos en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 311 y 313, respectivamente. <<

[47] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 317. <<

[48] Incluidos en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 327 y 331, respectivamente. <<

[49] Ramón de Rívas, hijo mayor de Cipriano de Rivas Cherif. <<

[50] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 355. <<

[51] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 595. <<

[52] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 607. <<

[53] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 615. <<

[54] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 617 y 626. <<

[55] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 645. <<

[56] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 677. <<

[57] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 681. <<

[58] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 691. <<

[59] Véase torno II de las *Obras completas*, p. 697. <<

[60] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 709. <<

[61] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 727. <<

[62] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p, 733. <<

[63] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 748. <<

[64] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 752. <<

[65] Véase tomo II de las *Obras completas*, p. 755. <<